MEMORIAS SOBRE LA VIDA DEL GENERAL SIMÓN BOLÍVAR

LIBERTADOR DE COLOMBIA, PERÚ Y BOLIVIA

TOMÁS CIPRIANO DE MOSQUERA

MEMORIA

SOBRE LA VIDA

DEL

GENERAL SIMON BOLIVAR

Libertador de Colombia, Perú y Bolivia.

POR

TOMAS CIPRIANO DE MOSQUERA

BOGOTA

IMPRENTA NACIONAL

1954

PRELIMINAR

Mi nombre pertenece ya a la historia: ella será la que me hace justicia; y así usted, mi querido amigo, no se ocupe de vindicarme de las acusaciones con que Benjamín Constant ha podido mancillar mis glorias. El mismo me juzgaría mejor si conociera más los sucesos de nuestra historia. No cedo en amor a la gloria de mi patria a Camilo; no soy menos amante a la libertad que Wáshington, y nadie me podría quitar la honra de haber humillado al León de Castilla desde el Orinoco al Potosí.

BOLIVAR

(Carta particular a un amigo suyo, desde Guayaquil, el año de 1829).

Después de la muerte de Bolívar han aparecido varios escritos sobre su vida, tanto en América como en Europa. Ellos adolecen de la inexactitud que es consiguiente a las primeras noticias que sus autores han adquirido de este hombre célebre. Las mismas apologías escritas para honrar su memoria están llenas de parcialidades, y aun se habla en ellas de cosas que no han existido. Desde mi primera edad en el Ejército de Colombia emprendí reunir las noticias que algún día podrían ser útiles para la historia de mi país, y tener la dicha de presentar estos materiales a la mano que se encargue de pintar los sucesos de América, y de hacer conocer al Capitán que mandó tantas veces los pueblos y el Ejército. Colocado al lado de Bolívar como su Ayudante de Campo, su Secretario y su Jefe de Estado Mayor General, he podido conocerlo y observarlo más de cerca. Como Gobernador, Intendente, Prefecto y Comandante General en distintas épocas y Ministro Plenipotenciario en el Perú, me he puesto en contacto con el Gobierno, y por tanto no desconozco la política que se observó durante la administración en que he servido. Estas razones me han animado a presentar al público mi bosquejo para servir a la historia, y sólo siento no poderlo hacer de un modo tan completo como lo exige la materia. Una desgracia ocurrida en el año de 1824, cuando fue incendiada la ciudad de Barbacoas por los realistas, hizo perecer el archivo de la casa de gobierno, y en él todos los materiales que había reunido hasta entonces en mi vida militar. Inmediatamente después

de la victoria que obtuve sobre el enemigo, me fue imposible ocuparme en reponer mis apuntamientos a consecuencia de las heridas que recibí, y ya no pensaba volver a emprender tal trabajo, cuando varios amigos me empeñaron en que lo hiciese en lo posible, porque era indispensable que los contemporáneos diésemos testimonio de los hechos de nuestros días, y por convenir con ellos me ocupé de nuevo en este asunto, con ánimo de dejar a mis hijos el cuidado de publicar mis relaciones.

No tengo la vanidad de creer mi obra tan perfecta como debe ser, pero al menos la juzgo imparcial, y mis opiniones independientes del espíritu de partido.

La principal parte de mi trabajo es la que dice relación a Bolívar, y como él no existe ya, juzgo oportuno publicarla.

Cuanto refiero de su primera edad lo he sabido del mismo General Bolívar, que tuvo la bondad de decírmelo en los ratos de descanso que tenía. Aunque no siempre he estado de acuerdo con sus opiniones, le merecí su amistad, y no juzgo faltar a ella en las publicaciones que hago.

Los hechos más notables los apoyo en los documentos con que acompaño mis memorias [1].

---

[1] Véase el apéndice. Documento número 1º.

CAPITULO I

Origen, nacimiento y primera edad del Libertador Simón Bolívar.

La familia de Bolívar es originaria de España y una de las primeras que vinieron a establecerse en América. El año de 1589 nombró la ciudad de Caracas a Simón Bolívar Procurador General en la Corte, y se le recomendó la defensa de los derechos municipales de aquella ciudad. El Rey le nombró Regidor perpetuo de Caracas y Oficial Real de la provincia.

Desde el siglo XVII gozó la familia de Bolívar una renta que podía llamarse brillante en América, y los primogénitos obtenían el empleo de Alférez Real, destino concedido siempre a las primeras familias de la nación. Don Juan Vicente Bolívar fue el padre del Libertador, y ejerció distintos empleos, siendo también Coronel de milicias de los valles de Aragua. La familia tenía distintos privilegios de que no hizo uso; entre otros el título de Marqueses de Bolívar, Vizcondes de Coporete. Igualmente tenían el señorío de las minas de Aroa, concesión que no se había hecho a americanos. La señora Concepción Palacios fue la mujer de don Juan Vicente Bolívar, descendiente, igualmente que su marido, de antiguas familias de España. Al primer hijo le llamaron como su padre; y al segundo, Simón, en memoria del primero de este nombre, por quien comienzo mi relación. Nació el 24 de julio de 1783 en Caracas. Su padrino, el doctor don Félix Aristiguieta y Bolívar le dio el nombre de Simón, y habiendo tenido el permiso de sus padres le fundó un mayorazgo porque decía que este niño sería más grande que el primero que de este nombre vino a Caracas. La casa en que nació Bolívar fue la que tuvieron sus padres en la plaza de San Jacinto. No fueron solos estos dos hermanos, también tuvieron dos hermanas: la mayor, María Antonia, viuda hoy del señor Clemente, y la segunda, Juana, igualmente viuda del señor Palacios. Don Juan

Vicente Bolívar murió dos años después del nacimiento de su hijo Simón, y recomendó a su mujer que mandase sus dos hijos a Inglaterra para que recibiesen allí su educación; pero el padre de la señora viuda, don Feliciano Palacios, se opuso tenazmente, porque decía que el contacto y relaciones de sus hijos con herejes sería capaz de corromperlos. Tales eran las ideas de nuestros abuelos en toda la nación. Estas preocupaciones perjudicaron a los jóvenes Bolívares; pero la madre les proporcionó maestros tan capaces como podían ser en aquel país. En su casa paterna recibió Bolívar las primeras lecciones de sus preceptores Carrasco, Vides, Negrete, Rodríguez y Pelgrón; después lo fueron el señor Bello y el Padre Andújar. Primeras letras, gramática latina y española, esgrima, natación, historia natural, profana y eclesiástica, con algunos principios de matemáticas hicieron la enseñanza y primera educación del joven Bolívar hasta la edad de quince años, en que su curador, don Carlos Palacios, después de la muerte de su madre, le mandó a España para que completase sus estudios.

Bolívar supo por una casualidad el año de 1797 el plan de la revolución que se tenía en Caracas para emanciparse de España; pero fue cauto, y no dijo a su tierna edad nada que pudiese comprometer a los que querían ejecutarlo, y celebraba la idea con los de su familia como una cosa buena, deseando que tomasen parte su curador y su hermano. Cuando fueron juzgados algunos sujetos a causa de haberse descubierto el plan, Bolívar por su poca edad pudo obtener permiso de los jefes de España para visitar los presos, y les fue útil su viveza y cautela.

El 19 de enero de 1799 se embarcó Bolívar para España en el navío **San Ildefonso**; su Capitán, don José Uriarte y Borja. El buque tocó en Veracruz para recibir algunos millones de pesos que se remitían a España, y con este motivo el joven Bolívar visitó a Méjico, y vivió con el Oidor Aguirre, recibiendo buen tratamiento del Virrey Azanza. Posteriormente tocó el buque en La Habana y conoció igualmente esta ciudad.

Bolívar se acordaba, como de una cosa que le había hecho mucha impresión, de un acto caballeroso del Capitán Uriarte, al que decía debía su existencia. Se encontró el navío con un buque inglés muy inferior, y como estaban en guerra las dos naciones, le era muy fácil tomarlo. Los oficiales propusieron echarlo a pique y tomar la tripulación a bordo, y la respuesta fue: "por hacer un daño sin utilidad podremos no ver un escollo que

se encuentra en esta dirección; sigamos nuestro rumbo y dejen ustedes a esos miserables". Al anochecer se pudo descubrir el escollo ya muy cerca del buque, y la vigilancia del Capitán conservó la vida a nuestro futuro héroe, que llegó a España felizmente; desembarcó en Santoña, y por Bilbao siguió a la capital de Madrid.

Bolívar vivió con su tío don Esteban Palacios, que gozaba de la gracia de los Reyes de España por las relaciones de amistad que tenía con el favorito Mallo, que era natural de Popayán, y criado en Caracas. El estudio de las matemáticas, lenguas y literatura hacían su ocupación. Palacios fue desterrado de Madrid por intrigas de Corte, y Bolívar entonces quedó al cuidado del Marqués de Ustáriz, por quien tenía un respeto que pasaba a veneración. Hasta los últimos tiempos de su vida creía Bolívar que nunca había tenido un mejor maestro que su amigo, cuyas virtudes comparaba a las de los virtuosos griegos que se presentan como modelos: tales eran sus expresiones.

La Corte de Madrid era un centro de corrupción y de intriga; y Bolívar, aunque niño, se veía forzado a asistir al palacio por las instancias de la Reina, que le distinguía como paisano de su favorito, quien tomó mucho empeño en adelantarlo en su carrera pública; pero la circunspección de Bolívar y su amor a la casa de Ustáriz, le hacían preferir este retiro a los devaneos de los sitios reales, donde varias veces se entretuvo con Fernando VII, que tenía casi la misma edad.

La casualidad proporcionó al joven Bolívar hallarse una noche en una casa adonde había salido disfrazada la Reina María Luisa, y la acompañó en su regreso a la Corte; circunstancia que influyó mucho en el aprecio que hacía la Reina de él, le proporcionó estar en los sitios reales con bastante confianza. El Príncipe de Asturias, Fernando, le invitó una tarde en Aranjuez a jugar a la raqueta, y diole al Príncipe con el volante en la cabeza, por cuya razón se molestó; pero su madre, que estaba presente, le obligó a continuar el juego, porque desde que convidó a un joven caballero para distraerse se había igualado a él. Me refería el Libertador esta anécdota diciéndome con un aire de satisfacción: ¿Quién le hubiera anunciado a Fernando VII que tal accidente era el presagio de que yo le debía arrancar la más preciosa joya de su corona?

Bolívar deseaba regresar a su país, cansado de la vida de Madrid y hostigado del palacio real, y se resolvió a dar un paso

que le ponía en uso de su voluntad, casándose. La señorita Teresa Toro, sobrina de los Marqueses del Toro, y de Inicio, fue la que le cautivó el corazón. Concibió una pasión tan violenta que siempre juzgó haber sido la más fuerte que tuvo de este género. El padre de la señorita Toro accedió al matrimonio de su hija, a condición de que se dejase correr algún tiempo, siendo el novio todavía niño, pues sólo contaba diez y siete años.

Un suceso desagradable irritó mucho a nuestro joven, y lo hizo resolverse a dejar a Madrid. El Ministro de Hacienda le mandó registrar en la puerta de Toledo a pretexto de decir que llevaba un contrabando de diamantes; pero el objeto era ver si le encontraban algunos papeles de intrigas de su amigo Mallo. Bolívar, que vestía uniforme militar, como oficial de milicias, tiró su espada contra los guardas, y se quejó agriamente del insulto que se le había hecho. Pidió pasaporte para dejar la Corte, y se fue por la posta a Bilbao, donde estaba la familia de su futura esposa. Anduvo el camino con tanta violencia que casi pierde la vida.

La guerra con Inglaterra le privaba tener algunos recursos de su casa para vivir, y como no sabía pedir, sufrió bastante. Después de la paz de Luneville, a fines de marzo de 1801, pudo obtenerlos; y resolvió pasar a Francia para conocer aquel hermoso país y con la idea de comprar cuanto necesitaba para su matrimonio y viaje a América.

Bolívar recibió hermosas impresiones al observar la Francia, París, la Libertad, y Napoleón. Su alma sufría los golpes de montones de ideas, que abruman a cualquiera que es nuevo en la vida, y mira de repente cuanto hay de asombroso en la existencia y en la historia. En vano le tentaron las seducciones del placer, en vano le deslumbraron las maravillas de las artes y del gusto; su alma se absorbía toda en la imagen de su amante y del coloso de la libertad representado por Napoleón. Una República triunfante, instituciones filosóficas y nuevas, los prodigios del genio y del saber, todo echaba en el alma de Bolívar las semillas de libertad y de gloria que después se han desenvuelto en su larga carrera. Bolívar, ansioso por volver a España y a Caracas, deja muy pronto a la Francia a fines de 1801; llega a Madrid, celebra su matrimonio, y el mismo día parte para la Coruña, donde se embarca en el buque que le esperaba para llevarle a La Guaira. Cuando Bolívar hablaba de esta época de su vida todavía se exaltaba después de tantos años. Se creyó, vuelto a su patria, el hombre más feliz con una amiga a su lado, y pensando

siempre cómo ser más dichoso en la tierra que le vio nacer. De repente, una fiebre se apodera de su esposa, en cinco días desaparece, y todo cuanto antes le era agradable le fue ya odioso; después de la muerte de su Teresa decía: "Yo contemplaba a mi mujer como una emanación del Sér que le dio la vida: el Cielo creyó que le pertenecía, y me la arrebató porque no era creada para la tierra"; y parafraseaba este mismo pensamiento de diferentes modos, para complacer sus afectuosos e imperecederos sentimientos al recordar a su amada. La tristeza le aconsejó dejar este país para siempre. Solamente ocho meses permaneció en él para arreglar sus negocios. Vendió algunas de sus propiedades, cedió otras a sus hermanos, dejó recomendado el vínculo que poseía a su hermano Juan Vicente y fletó un buque, lo cargó y siguió para Cádiz con un caudal suficiente para vivir muchos años y viajar en Europa. A fines de 1803 arribó felizmente al puerto de su destino, después de un viaje tempestuoso. Realizó en aquel puerto sus negocios, partió para Madrid a llevar a don Bernardo Toro, padre de su esposa, las reliquias que había conservado de ella. Hablaba Bolívar de esta entrevista con ternura, recordando las lágrimas que mezclaron el padre y el hijo. "Jamás he olvidado esta escena de delicioso tormento, porque es deliciosa la pena del amor", fue varias veces la expresión con que Bolívar concluía esta narración; y como mostró siempre un vivo interés en estos recuerdos, quiero referirlos aunque pueden juzgarse minuciosidades en las memorias que ahora escribo de la vida juvenil de nuestro General. Ellas también servirán para hacer conocer cuán susceptible era de sentimientos afectuosos, y que siempre influyeron en su corazón, como veremos después. Su existencia en Madrid, rodeada de los amigos que le conocieron amante, amado y feliz, le fue tan insoportable como la de Caracas; y en la primavera de 1804 partió para Francia.

Bolívar admiraba en Napoleón al héroe republicano, le parecía el astro de la gloria, no encontraba nada que se le pareciera y juzgaba que nada le podía igualar en el futuro. Ocupada así su imaginación se sorprende al verle subir al trono y tomar la corona de Emperador. Desde este día Napoleón es un tirano, y no quería ni siquiera tolerar su política. Todavía lamentaba el que el Capitán del siglo XIX, el más grande de los héroes, hubiera empañado su carrera vistiendo la púrpura real. Censuraba siempre la política que había adoptado Napoleón, y a ella atribuyó la pérdida del Imperio y la restauración de la casa de Bor-

bón. Varias veces le oí decir: "Desde que Napoleón fue Rey, su gloria misma me parece el resplandor del infierno, las llamas del volcán que cubría la prisión del mundo". Bolívar sintió tánto la caída de los republicanos, que consideraba con lástima la especie humana y dudaba ya de la libertad. Ninguna instancia bastó para que asistiera al magnífico aparato de la coronación de Napoleón. Nada contenía el ímpetu de su genio fogoso; dondequiera declamaba contra la vileza del pueblo y la usurpación del Cónsul; llegaba su osadía hasta disputar con agentes del gobierno. El General Oudinot y Mr. Delagarde participaron de estas querellas, ambos amigos de Bolívar, aunque empleados por Napoleón. Del último admiraba más la moderación por ser uno de los jefes de la policía; pero una señora que influía con su gracia y su talento sobre estos dos amigos era bastante sagaz para interpretar con indulgencia el arrojo de Bolívar. He creído digna de estas Memorias la opinión de un hombre célebre respecto de otro, y quizá cuando ellas vean la luz todavía podrán leerlas los personajes a quienes nombro y de quienes Bolívar nos hacía un agradable recuerdo.

Ya en aquella época alimentaba Bolívar las ideas de libertar su patria y consultaba a sus amigos. Llegó entonces a París el Barón de Humboldt (Alejandro), que acababa de viajar en la América española, y por lo mismo juzgó que aquel sabio viajero sería la autoridad más propia para dar consejos sobre la naturaleza y ejecución de su proyecto. Bolívar, que había sido tratado bondadosamente por el Barón, le pregunta un día qué pensaba sobre la independencia de América y los medios de realizarla. La respuesta fue que el país estaba ya en estado de recibir la emancipación, pero que no conocía hombre capaz de dirigirla. El Barón decía la verdad, porque nadie era conocido en América con talentos bastantes para semejante empresa. Sin embargo, Bolívar no desmayó, y contaba con que la revolución daría hijos dignos de ella. Mr. Bonpland, íntimo amigo de Bolívar y compañero del Barón en sus viajes, animaba con sus consejos el proyecto de emancipación. La amistad de este sabio botánico siempre fue conservada por Bolívar.

Bolívar permaneció diez meses en París, y emprendió su viaje para Italia en la época que Bonaparte debía coronarse en Milán. Su amigo, don Fernando Toro, que hasta entonces había acompañado a Bolívar desde Madrid, tuvo que dejarlo y regresó

a España [1]. En la primavera de 1805 marchó Bolívar para Italia en compañía de su amigo y antiguo maestro, don Simón Rodríguez, que hacía muchos años que se hallaba en Europa consagrado al estudio de las ciencias exactas y de las artes. Este amigo le aconsejó marchar a pie para que restableciera su salud quebrantada y observara con despacio las preciosidades que había en el país que iba a recorrer. En Lyon pusieron sus equipajes en los coches públicos, y con un bastón en la mano marcharon hacia la Saboya y el Piamonte. En once días atravesaron los Alpes, reposando una semana en Chambery. Esta marcha produjo el efecto que se deseaba, y Bolívar restableció su salud y ensayó sus fuerzas para las futuras campañas que debía hacer, convenciéndose que era capaz de esfuerzos mayores por la facilidad con que había logrado hacer aquélla.

De Turín siguió a Milán y asistió a los juegos olímpicos que se dieron en honor de la coronación de Napoleón. En aquellos juegos vio por la primera vez elevar un globo aerostático conducido por una señora que llevaba en las manos las águilas del Emperador al cielo. De Milán siguió a Venecia, origen del nombre de Venezuela, cuya ciudad flotante le pareció menos maravillosa de lo que se había figurado. De allí siguió a Florencia y de Florencia a Roma. En esta capital la exaltada imaginación de Bolívar le hizo ver la aldea de Rómulo elevada a capital del mundo, una ciudad republicana que conquistó tántos imperios, las maravillas del arte y del triunfo traídas del pie del capitolio; el brillo de mil glorias coronando las del Senado. Joven republicano, y alimentado de la historia antigua y de la filosofía moderna, Bolívar se inflama, va al monte Sacro, y hace el juramento de libertar a su patria o morir por ella. Desde entonces emprendió formar sus proyectos, y esta idea le ocupó enteramente su imaginación. Continuó sus viajes hasta Nápoles y volvió a París, donde permaneció hasta poco tiempo antes de regresar a América. París le había gustado tanto que algunas

---

1 Este colombiano, que después fue General de la República, era uno de los sujetos que más distinguió Bolívar por su mérito personal y por las relaciones que le unían a él como pariente de su mujer. Compañero desde su infancia y uno de los dignos hijos de Caracas, merece que al escribir una memoria de Bolívar se haga mención de sus servicios como hombre público: doy una noticia biográfica tomada de la boca misma de su amigo. Nació en Caracas, se educó en España y sirvió en los cuerpos de la guardia real con distinción y valor experimentado. En la campaña de Rosellón, cuando España estaba en guerra con la República Francesa, este oficial defendió con el resto de su compañía, casi destruída, un punto que los granaderos de todo el ejército habían abandonado cobardemente: y Toro con sus valientes fueron celebrados como merecían. En la guerra de la insurrección contra Francia, el General Toro sirvió en las mismas guardias reales con

veces hablando con sus amigos en el ejército dijo en ratos de mal humor: "Si no me acordara que hay un París, y que debo verlo otra vez, sería capaz de no querer vivir".

Bolívar se dirigió a Hamburgo por la Holanda, y en aquel puerto se embarcó para los Estados Unidos de la América del Norte, donde permaneció poco tiempo, y desde Charleston hizo su navegación a La Guaira a fines de 1806.

Luégo que llegó a Caracas se retiró de los negocios políticos: meditaba en sus haciendas cómo debía darse el primer golpe a las autoridades reales; y aconsejaba a sus amigos mucho tino en los pasos que pudieran darse. Las medidas que tomaron las autoridades españolas para frustrar los conatos de revolución que se habían dejado trascender en Venezuela, después del ataque que intentó el General Miranda sobre Coro el año de 1806, y las persecuciones que sufrieron varios individuos, de cuyas sospechas no estuvo exento el mismo Bolívar, le hacían fortalecer más su opinión de suspender todo acto revolucionario hasta que ya estuviesen las cosas arregladas así en Venezuela como en el Reino de la Nueva Granada. Los sucesos de la revolución de Quito en 9 de agosto de 1809 inflamaron el corazón de los patriotas, y aunque Bolívar creía que no era llegado el día de comenzar la obra de la independencia, una vez verificada la revolución del 19 de abril de 1810 en Caracas, fue de los primeros que con tesón comenzaron a trabajar por el país. Fue nombrado Coronel de milicias de Aragua, y su hermano mayor, don Juan Vicente Bolívar, comisionado a los Estados Unidos para traer fusiles y armar los cuerpos de la República. Desgraciadamente pereció este patriota distinguido en su navegación cuando regresaba a Venezuela con las armas que había comprado. Sobre su genio y talento se ha hablado con variedad, pero muchos creían que era superior en energía a su hermano Simón, de quien se acordaba con aquella fuerza de sentimiento que mostraba siempre al hablar de las personas que le eran queridas.

---

la pericia que acostumbraba. El gobierno le empleó luégo de Comandante General de Venezuela. Entró como autor principal de la revolución de Caracas el 19 de abril de 1810. En la campaña contra los realistas de Venezuela en el principio de nuestra guerra de la independencia, el General Toro perdió las piernas, quedando inútil para siempre. Cuando la ocupación de Venezuela por Monteverde, Toro se encontró en la necesidad de emigrar a la isla de Trinidad, donde sufrió con su hermano, el antiguo Marqués del Toro, pues prefirieron vivir como jardineros en una pobre choza, a regresar a su país, donde el gobierno español mandaba, y despreciaron las ofertas que les hicieron para que pudieran restituírse a sus hogares. En 1821 volvieron los dos Generales Toro, y Fernando murió poco tiempo después de resultas de sus heridas, pero en medio de sus amigos y familia, y viendo a su patria libre y a su amigo triunfante.

En una de las reuniones que tuvieron en Caracas los primeros promotores de la independencia americana, a que asistieron Salia, Pelgrón, Montilla, Rivas, don Juan Vicente Bolívar y el Oficial Mayor de la Secretaría de la Capitanía General, don Andrés Bello, se dudaba quién podía ser el jefe de la revolución contra la España, y el señor Bolívar propuso a su hermano Simón, haciendo una recomendación, que el tiempo ha probado que nacía del conocimiento íntimo que tenía de su joven hermano. Todos los concurrentes despreciaron la indicación, pues juzgaron a Bolívar joven emprendedor, pero sin experiencia y capacidad para tan alta misión. Este pensamiento de don Juan Vicente Bolívar lo he sabido de boca de uno de los concurrentes a aquella reunión, que aún vive, y lo considero digno de mencionarse en mi relación.

CAPITULO II

Primeros servicios que presta Bolívar a su patria hasta que fue hecho prisionero por el Comandante General de las tropas españolas, don Domingo Monteverde.

Como queda dicho en el capítulo anterior, Bolívar fue nombrado Coronel de milicias del valle de Aragua después de la revolución de 19 de abril de 1810, y en junio del mismo año se le confirió una misión diplomática cerca del gobierno de S. M. B., uniéndole de compañero al señor Luis López Méndez y de Secretario de la Legación al señor Andrés Bello. En 21 de julio dirigió propuestas al Gabinete de Saint-James, y obtuvo contestaciones que, aunque no favorables, nos aseguraban la neutralidad de la Inglaterra en nuestra contienda doméstica. El Marqués de Wellesley en sus conferencias con los comisionados les ofreció de parte de su gobierno no dar un paso contrario a la emancipación de América, bajo los principios que había sentado en su declaraciones diplomáticas.

Bolívar y Méndez tenían instrucciones de no tocar con el General Miranda, que se hallaba en Londres; pero creyendo Bolívar que este personaje podía ser muy útil en Venezuela no tuvo embarazo en conferenciar con él, e invitarle a que fuese a su país, donde debía prestar servicios muy importantes a la causa de su patria. Miranda ofreció a Bolívar seguir muy pronto y emprendió su viaje por los Estados Unidos.

Bolívar dejó en Londres a su compañero López Méndez y al Secretario Bello encargados de la Legación y regresó a Venezuela. El 5 de diciembre de 1810 llegó a La Guaira, y el gobierno publicó inmediatamente los resultados de la comisión de Bolívar y las razones por que había quedado en Europa el comisionado López.

Bolívar no estuvo de acuerdo con la marcha que llevaban los negocios de Venezuela, y se retiró a su casa. Varias conspiraciones que formaban los partidarios de la Regencia de España

habían sido descubiertas; pero conociendo los patriotas que se tramaba una revolución general apoyada por los realistas de Puerto Rico, Guayana y Coro, el Congreso fijó definitivamente la conducta política que debía seguirse, sancionando el acta de independencia en su declaración de 5 de julio de 1811. Lejos de contenerse el partido servil por la declaración de la independencia, se irritó de tal modo, que el 11 del mismo estalló una revolución en Caracas y Valencia contra el gobierno. El pueblo de Caracas atacó a los revolucionarios y redujo a prisión a muchos, que fueron juzgados, y algunos ejecutados por sentencia del Tribunal de Vigilancia. En Valencia lograron los facciosos apoderarse de la ciudad, y el gobierno de Venezuela mandó una expedición a las órdenes de los Generales Toros, hermanos, para destruír a los realistas. Entre La Cabrera y los Cerritos de Mariara se dispararon los primeros tiros en Venezuela, y comenzó la guerra de independencia al norte de aquella república. Desgraciadamente fueron rechazadas las fuerzas republicanas, y se retiraron a Maracay. Estos sucesos obligaron a Bolívar a dejar su retiro, y volvió a tomar servicio activo como Coronel del batallón de milicias de Aragua. El General Miranda, que había llegado ya a Caracas, y que había sido considerado como Teniente General, grado correspondiente a los que había tenido en Europa, fue destinado a mandar la expedición que se formó de nuevo contra Valencia. El se excusó diciendo que no había cuerpos para que los mandase un Teniente General; y reconvenido por una respuesta tan poco justa, ofreció marchar, pero con la condición de que el Coronel Bolívar no mandara su cuerpo en la campaña porque era joven temible. El gobierno, por condescender con el General Miranda, dispuso que marchase el batallón Aragua a órdenes del segundo Comandante. Esta disposición alarmó mucho a Bolívar, y alegando el distinguido mérito de ser uno de los primeros hombres consagrados a trabajar por su patria, pidió que se le permitiese marchar con su batallón o que se le oyese en juicio. El gobierno, que había obrado sólo por complacer al General Miranda, revocó su orden, y marchó Bolívar al frente de su cuerpo a la campaña sobre Valencia. Así empezaron sus primeros ensayos militares, y su comportamiento le hizo acreedor al despacho de Coronel efectivo de ejército.

Después de la ocupación de Valencia, el 12 de agosto de 1811, Miranda hizo marchar a Bolívar a dar parte al gobierno de Caracas de este suceso. Aunque tal comisión no le correspondía, él obedeció a su General y cumplió sus órdenes.

El General Miranda le destinó a mandar la plaza de Puerto Cabello, como Gobernador, y quería siempre tener a Bolívar distante de las operaciones militares, sobre el enemigo, pues tenía mucha prevención contra él, temiendo que le arrebatase sus glorias. Miranda conocía el genio del futuro héroe de la América del Sur, y obraba por celos, más bien que por enemistad.

La reacción que meditaban los realistas había obligado al Gobernador de Caracas, Coronel José Félix Rivas, a decretar la prisión de todos los españoles y canarios que no se manifestaban claramente por la causa de la independencia; pero el General Miranda improbó este acto, y fueron puestos en libertad en junio de 1812 todos los presos; con lo cual se alentaron los realistas y continuaron sus maquinaciones con indecible actividad. En la plaza de Puerto Cabello existían cerca de mil prisioneros encarcelados en el castillo de San Felipe, y seducido por los españoles, el oficial Francisco Fernández Vinnoni los puso en libertad, dando muerte a los guardas y apoderándose de la fortaleza. Bolívar ordenó la evacuación de la plaza, y se salvó la guarnición que estaba en la ciudad. Dirigióse a La Guaira en una goleta de guerra, acompañado de varios oficiales, y mandó al Teniente Coronel Tomás Montilla a informar del suceso al General Miranda.

Bolívar conservó una impresión tan fuerte por la desgracia de Puerto Cabello, que jamás la olvidó, ni al traidor que lo vendió. En 1819, después de la batalla de Boyacá le reconoció entre los prisioneros españoles y lo mandó fusilar.

Este acontecimiento desgraciado fue de graves trascendencias. A consecuencia de él capituló Miranda con Monteverde, autorizado por el gobierno general, que se llenó de pavor por este suceso y por la revolución de los negros, que fomentaban los realistas y que estalló el 13 de julio de aquel año (1812). El Marqués de Casa León fue el comisionado para tratar con Miranda, y arregló con él el modo de transigir, ofreciéndole mil onzas de oro para que se trasladase a Inglaterra en la corbeta de guerra de S. M. B., **Shapir**, que mandaba el Capitán Haynes.

El modo como se concluyó esta capitulación, sin ningún género de garantías; la animadversión que tenían la mayor parte de los jefes y oficiales de Venezuela contra el General Miranda, por la preferencia que daba a los extranjeros que servían a sus órdenes; y la noticia de que Miranda había recibido en Victoria doscientas cincuenta onzas por cuenta de las mil que le ofreció Casa León, irritaron de tal modo a Bolívar, al Comandante Ma-

nuel M. Casas, al doctor Miguel Peña y a otros, que resolvieron prenderle y que experimentase con ellos la desgraciada suerte que se les preparaba; pues no tenían buques para emigrar, y el Capitán Haynes apenas llevaba a Miranda, que tenía recomendaciones del Duque de Cambridge y otros personajes de la Gran Bretaña, a cuya nación había ofrecido sus servicios.

Estos fueron los angustiados sucesos de 1812, que pusieron a Bolívar y a todos sus compañeros en manos de don Domingo Monteverde. Así como este General español no cumplió con el tratado de 26 de julio, tampoco llenó sus compromisos Casa León con Miranda remitiéndole las setecientas cincuenta onzas que debió entregarle en La Guaira, porque olvidándose de la fe castellana, estos hombres, al tratar con los independientes, creíanse, al ser vencedores, exentos de sus compromisos de honor, y se nos juzgaba como miserables rebeldes.

Bolívar supo aprovechar los primeros momentos favorables después de la capitulación del General Miranda, y por medio del español don Francisco Iturbe consiguió pasaporte para Curazao en compañía del Coronel José Félix Rivas.

Después que la República se recuperó en 1821, Bolívar impetró del Congreso que se devolviesen al señor Iturbe sus bienes confiscados, y un acto legislativo correspondió el servicio que aquel español hizo al futuro padre de la Patria [1].

---

[1] Esta relación la he recibido del General Bolívar y del General Juan Paz del Castillo; pero uno y otro conocieron con el curso del tiempo que el General Miranda no había obrado por sentimientos innobles; y que juzgando de los sucesos por las circunstancias, pudo equivocarse creyendo que evitaba a Venezuela cruentos males. En época posterior el Libertador trató de distinguir a los hijos del General Miranda, señores Leandro y Francisco, y tánta cordialidad les mostró, como generosidad hubo de parte de los hijos de Miranda para no guardar resentimiento por un suceso nacido de las circunstancias de aquel tiempo. Hase escrito muchas veces sobre este acontecimiento, y pasaría en silencio semejante episodio si el silencio mismo no agravara a unos u otros el cargo. La historia debe ser imparcial, y al referir el hecho debo tomar su relación de los mismos hombres que tuvieron en él parte tan importante. Bolívar se escapó de la persecución por un amigo, y cuando no era conocido su genio por los jefes españoles. Castillo, Mires, Ayala y Madariaga fueron conducidos a las mazmorras de Ceuta, y el Comandante Las Casas, sobre quien cayeron grandes sospechas, también se justificó con el curso del tiempo y los sucesos posteriores. Esta nota debe aclarar la narración, y la escribo para hacer justicia a unos y otros. De los hijos del ilustre General Miranda vive sólo uno, y el menor fue asesinado en la guerra civil de 1831, por amigo de Bolívar. Su temprana muerte acibaró los últimos días de su madre, y su hermano y amigos no olvidaremos nunca al valiente jefe que pereció por su lealtad.

CAPITULO III

El Coronel Simón Bolívar pasa de Curazao a Cartagena. Sus opiniones políticas y servicios que presta a la Nueva Granada. Recibe el despacho de Brigadier de la Unión.

El Coronel Bolívar llegó en el mes de septiembre de 1812 a Cartagena en compañía de otros emigrados de Venezuela. Ofreció sus servicios al gobierno republicano de aquella plaza, que fueron admitidos, y se le destinó a las tropas que mandaba el Comandante Labatut, encargándosele la Comandancia de Barranca.

El 25 de diciembre de 1812 se imprimió en Cartagena una alocución dirigida a los ciudadanos de Nueva Granada, por **Un Caraqueño**; y como esta Memoria, escrita por Bolívar descubre sus opiniones y los planes y medidas que juzgaba convenientes para llevar adelante la obra de la independencia, creo muy oportuno que se lea en el orden cronológico de su vida; tanto más cuanto que ella fue la que comenzó a darle crédito entre las personas que lo habían tratado.

"MEMORIA DIRIGIDA A LOS CIUDADANOS DE LA NUEVA GRANADA, POR UN CARAQUEÑO

Cartagena de Indias, en la Imprenta del C. Diego Espinosa, año 1813.

Libertar a la Nueva Granada de la suerte de Venezuela, y redimir a ésta de la que padece, son los objetos que me he propuesto en esta Memoria. Dignaos, oh mis conciudadanos, de aceptarla con indulgencia en obsequio de miras tan laudables. Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir aquí los estandartes de la independencia que tan gloriosamente tremolan en estos Estados. Permitidme que animado de un celo patriótico me atreva a dirigirme a vosotros, para indicaros ligeramente las causas que condujeron a Venezuela a su destrucción: lison-

jeándome que las terribles y ejemplares lecciones que ha dado aquella extinguida república persuadan a la América a mejorar de conducta, corrigiendo los vicios de unidad, solidez y energía que se notan en sus gobiernos.

El más consecuente error que cometió Venezuela al presentarse en el teatro político, fue sin contradicción, la fatal adopción que hizo del sistema tolerante: sistema improbado como débil e ineficaz, desde entonces, por todo el mundo sensato, y tenazmente sostenido hasta los últimos períodos, con una ceguedad sin ejemplo.

Las primeras pruebas que dio nuestro gobierno de su insensata debilidad las manifestó con la ciudad subalterna de Coro, que denegándose a reconocer su legitimidad la declaró insurgente y la hostilizó como enemigo.

La Junta Suprema, en lugar de subyugar aquella indefensa ciudad, que estaba rendida con presentar nuestras fuerzas marítimas delante de su puerto, la dejó fortificar y tomar una actitud tan respetable, que logró subyugar después la Confederación entera, con casi igual facilidad que la que teníamos nosotros anteriormente para vencerla; fundando la Junta su política en los principios de humanidad mal entendida, que no autorizan a ningún gobierno para hacer por la fuerza libres a los pueblos estúpidos que desconocen el valor de sus derechos.

Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes; filantropía por legislación; dialéctica por táctica; y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se sintió extremadamente conmovido y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vio realizada.

De aquí nació la impunidad de los delitos de Estado cometidos descaradamente por los descontentos y particularmente por nuestros natos e implacables enemigos, los españoles europeos, que maliciosamente se habían quedado en nuestro país, para tenerlo incesantemente inquieto y promover cuantas conjuraciones les permitían formar nuestros jueces, perdonándolos siempre, aun cuando sus atentados eran tan enormes, que se dirigían contra la salud pública.

La doctrina que apoyaba esta conducta tenía su origen en las máximas filantrópicas de algunos escritores que defienden la no residencia de facultad en nadie, para privar de la vida a un hombre, aun en el caso de haber delinquido éste, en el delito de lesa patria. Al abrigo de esta piadosa doctrina a cada conspiración sucedía un perdón, y a cada perdón sucedía otra conspiración que se volvía a perdonar; porque los gobiernos liberales deben distinguirse por la clemencia. Clemencia criminal, que contribuyó, más que nada, a derribar la máquina, que todavía no habíamos enteramente concluído.

De aquí vino la oposición decidida a levantar tropas veteranas, disciplinadas y capaces de presentarse en el campo de batalla, ya instruídas, a defender la libertad con suceso y gloria. Por el contrario: se establecieron innumerables cuerpos de milicias indisciplinadas que, además de agotar las cajas del erario nacional con los sueldos de la plana mayor,

destruyeron la agricultura, alejando a los paisanos de sus lugares; e hicieron odioso el gobierno que obligaba a éstos a tomar las armas y a abandonar sus familias.

Las repúblicas, decían nuestros estadistas, no han menester de hombres pagados para mantener su libertad. Todos los ciudadanos serán soldados cuando nos ataque el enemigo. Grecia, Roma, Venecia, Génova, Suiza, Holanda y recientemente el Norte de América vencieron a sus contrarios sin auxilio de tropas mercenarias, siempre prontas a sostener el despotismo y a subyugar a sus conciudadanos.

Con estos antipolíticos e inexactos raciocinios fascinaban a los simples: pero no convencían a los prudentes, que conocían bien la inmensa diferencia que hay entre los pueblos, los tiempos y las costumbres de aquellas repúblicas y las nuéstras. Ellas, es verdad que no pagaban ejércitos permanentes; mas era porque en la antigüedad no los había, y sólo confiaban la salvación y la gloria de los Estados, en sus virtudes políticas, costumbres severas y carácter militar, cualidades que nosotros estamos muy distantes de poseer. Y en cuanto a las modernas que han sacudido el yugo de sus tiranos, es notorio que han mantenido el competente número de veteranos que exige su seguridad; exceptuando al Norte de América que estando en paz con todo el mundo, y guarnecido por el mar, no ha tenido por conveniente sostener en estos últimos años el completo de tropa veterana que necesita para la defensa de sus fronteras y plazas.

El resultado probó severamente a Venezuela el error de su cálculo; pues los milicianos que salieron al encuentro del enemigo, ignorando hasta el manejo del arma, y no estando habituados a la disciplina y obediencia, fueron arrollados al comenzar la última campaña, a pesar de los heroicos y extraordinarios esfuerzos que hicieron sus jefes por llevarlos a la victoria. Lo que causó un desaliento general en soldados y oficiales; porque es una verdad militar que sólo ejércitos aguerridos son capaces de sobreponerse a los primeros infaustos sucesos de una campaña. El soldado bisoño lo cree todo perdido, desde que es derrotado una vez; porque la experiencia no le ha probado que el valor, la habilidad y la constancia corrigen la mala fortuna.

La subdivisión de la provincia de Caracas, proyectada, discutida y sancionada por el Congreso Federal, despertó y fomentó una enconada rivalidad en las ciudades y lugares subalternos contra la capital: "la cual, decían los congresales ambiciosos de dominar en sus distritos, era la tirana de las ciudades y la sanguijuela del Estado". De este modo se encendió el fuego de la guerra civil en Valencia, que nunca se logró apagar, con la reducción de aquella ciudad, pues conservándolo encubierto, lo comunicó a las otras limítrofes, a Coro y Maracaibo: y éstas entablaron comunicaciones con aquéllas, facilitando por este medio la entrada de los españoles, que trajo consigo la caída de Venezuela.

La disipación de las rentas públicas en objetos frívolos y perjudiciales, y particularmente en sueldos de infinidad de oficinistas, secretarios, jueces, magistrados, legisladores provinciales y federales, dio un golpe mortal a la república, porque la obligó a recurrir al peligroso expediente de establecer el papel moneda, sin otra garantía que la fuerza y las rentas imaginarias de la Confederación. Esta nueva moneda pareció a los ojos de los más una violación manifiesta del derecho de propiedad, porque se conceptuaban despojados de objetos de intrínseco valor, en cambio de

otros, cuyo precio era incierto y aun ideal. El papel moneda remató el descontento de los estólidos pueblos internos, que llamaron al Comandante de las tropas españolas, para que viniese a librarlos de una moneda que veían con más horror que la servidumbre.

Pero lo que debilitó más al gobierno de Venezuela fue la forma federal que adoptó, siguiendo las máximas exageradas de los derechos del hombre, que autorizándolo para que se rija por sí mismo, rompe los pactos sociales y constituye a las naciones en anarquía. Tal era el verdadero estado de la Confederación. Cada provincia se gobernaba independientemente; y a ejemplo de éstas, cada ciudad pretendía iguales facultades, alegando la práctica de aquéllas y la teoría de que todos los hombres y todos los pueblos gozan de la prerrogativa de instituír a su antojo el gobierno que les acomode.

El sistema federal, bien que sea el más perfecto y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad, es, no obstante, el más opuesto a los intereses de nuestros nacientes Estados; generalmente hablando, todavía nuestros conciudadanos no se hallan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos, porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano: virtudes que no se adquieren en los gobiernos absolutos, en donde se desconocen los derechos y los deberes del ciudadano.

Por otra parte, ¿qué país del mundo, por morigerado y republicano que sea, podía en medio de las facciones intestinas y de una guerra exterior regirse por un gobierno tan complicado y débil como el federal? No es posible conservarlo en el tumulto de los combates y de los partidos. Es preciso que el gobierno se identifique, por decirlo así, al carácter de las circunstancias, de los tiempos y de los hombres que lo rodean. Si éstos son prósperos y serenos, él debe ser dulce y protector; pero si son calamitosos y turbulentos, él debe mostrarse terrible y armarse de una firmeza igual a los peligros, sin atender a leyes ni constituciones ínterin no se restablecen la felicidad y la paz.

Caracas tuvo mucho que padecer por defecto de la Confederación, que lejos de socorrerla le agotó sus caudales y pertrechos; y cuando vino el peligro la abandonó a su suerte, sin auxiliarla con el menor contingente. Además le aumentó sus embarazos, habiéndose empeñado una competencia entre el poder federal y el provincial, que dio lugar a que los enemigos llegasen al corazón del Estado, antes que se resolviese la cuestión de si deberían salir las tropas federales o provinciales a rechazarlos, cuando ya tenían ocupada una gran porción de la provincia. Esta fatal contestación produjo una demora que fue terrible para nuestras armas; pues las derrotaron en San Carlos sin que les llegasen los refuerzos que esperaban para vencer.

Yo soy de sentir que mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas; seremos indefectiblemente envueltos en los horrores de las disensiones civiles y conquistados vilipendiosamente por ese puñado de bandidos que infestan nuestras comarcas.

Las elecciones populares hechas por los rústicos del campo y por los intrigantes moradores de las ciudades añaden un obstáculo más a la práctica de la federación, entre nosotros: porque los unos son tan ignorantes que hacen sus votaciones maquinalmente, y los otros tan ambiciosos

que todo lo convierten en facción; por lo que jamás se vio en Venezuela una votatción libre y acertada; lo que ponía al gobierno en manos de hombres ya desafectos a la causa, ya ineptos, ya inmorales. El espíritu de partido decidía en todo, y por consiguiente nos desorganizó más de lo que las circunstancias hicieron. Nuestra división, y no las armas españolas, nos tornó a la esclavitud.

El terremoto de 26 de marzo trastornó, ciertamente, tanto lo físico como lo moral; y puede llamarse, propiamente, la causa inmediata de la ruina de Venezuela; mas este mismo suceso habría tenido lugar, sin producir tan mortales efectos, si Caracas se hubiera gobernado entonces por una sola autoridad que obrando con rapidez y vigor hubiese puesto remedio a daños sin trabas ni competencias, que, retardando el efecto de las provincias, dejaban tomar al mal un incremento tan grande que lo hizo incurable.

Si Caracas, en lugar de una confederación lánguida e insubsistente, hubiese establecido un gobierno sencillo, cual lo requería su situación política y militar, tú existieras, ¡oh Venezuela!, y gozaras hoy de tu libertad.

La influencia eclesiástica tuvo, después del terremoto, una parte muy considerable en la sublevación de los lugares y ciudades subalternas, y en la introducción de los enemigos en el país, abusando sacrílegamente de la santidad de su ministerio en favor de los promotores de la guerra civil. Sin embargo, debemos confesar, ingenuamente, que estos traidores sacerdotes se animaban a cometer los execrables crímenes de que justamente se les acusa, porque la impunidad de los delitos era absoluta; la cual hallaba en el Congreso un escandaloso abrigo, llegando a tal punto esta injusticia, que de la insurrección de la ciudad de Valencia, que costó su pacificación cerca de mil hombres, no se dio a la vindicta de las leyes un solo rebelde; quedando todos con vida, y los más con sus bienes.

De lo referido se deduce que entre las causas que han producido la caída de Venezuela debe colocarse, en primer lugar la naturaleza de su Constitución; que, repito, era tan contraria a sus intereses como favorable a los de sus contrarios. En segundo, el espíritu de misantropía que se apoderó de nuestros gobernantes. Tercero: la oposición al establecimiento de un cuerpo militar que salvase la república y repeliese los choques que le daban los españoles. Cuarto: el terremoto, acompañado del fanatismo que logró sacar de este fenómeno los más importantes resultados; y últimamente las facciones internas, que en realidad fueron el mortal veneno que hizo descender la patria al sepulcro.

Estos ejemplos de errores e infortunios no serán enteramente inútiles para los pueblos de la América meridional, que aspiran a la libertad e independencia.

La Nueva Granada ha visto sucumbir a Venezuela; por consiguiente debe evitar los escollos que la han destrozado. A este efecto presento como una medida indispensable para la seguridad de la Nueva Granada la reconquista de Caracas. A primera vista parecerá este proyecto inconducente, costoso y quizás impracticable; pero examinado atentamente con ojos previsivos y una meditación profunda, es imposible desconocer su necesidad, como dejar de ponerlo en ejecución, probada la utilidad.

Lo primero que se presenta en apoyo de esta operación es el origen de la destrucción de Caracas, que no fue otro que el desprecio con que

miró aquella ciudad la existencia de un enemigo que parecía pequeño, y no lo era, considerándolo en su verdadera luz.

Coro, ciertamente, no habría podido nunca entrar en competencia con Caracas, si la comparamos en sus fuerzas intrínsecas, con ésta; mas como en el orden de las vicisitudes humanas no es siempre la mayoría de la masa física la que decide, sino que es la superioridad de la fuerza moral la que inclina hacia sí la balanza política, no debió el Gobierno de Venezuela, por esta razón, haber descuidado la extirpación de un enemigo que, aunque aparentemente débil, tenía por auxiliares a la provincia de Maracaibo; a todas las que obedecen a la regencia; el oro y la cooperación de nuestros eternos contrarios, los europeos, que viven con nosotros; el partido clerical, siempre adicto a su apoyo y compañero del despotismo; y sobre todo, la opinión inveterada de cuantos ignorantes y supersticiosos contienen los límites de nuestros Estados. Así fue que apenas hubo un oficial traidor que llamase al enemigo, cuando se desconcertó la máquina política, sin que los inauditos y patrióticos esfuerzos que hicieron los defensores de Caracas lograsen impedir la caída de un edificio ya desplomado por el golpe que recibió de un solo hombre.

Aplicando el ejemplo de Venezuela a la Nueva Granada, y formando una proporción, hallaremos que Coro es a Caracas como Caracas es a la América entera; consiguientemente el peligro que amenaza este país está en razón de la anterior progresión; porque poseyendo la España el territorio de Venezuela, podrá con facilidad sacarle hombres y municiones de boca y guerra, para que bajo la dirección de jefes experimentados contra los grandes maestros de la guerra, los franceses, penetren desde las provincias de Barinas y Maracaibo hasta los últimos confines de la América meridional.

La España tiene en el día gran número de oficiales generales ambiciosos y audaces; acostumbrados a los peligros y a las privaciones, que anhelan por venir aquí a buscar un imperio que reemplace el que acaban de perder.

Es muy probable que al expirar la península haya una prodigiosa emigración de hombres de todas clases; y particularmente de Cardenales, Arzobispos, Obispos, Canónigos y clérigos revolucionarios, capaces de subvertir no sólo nuestros tiernos y lánguidos Estados, sino de envolver el Nuevo Mundo en una espantosa anarquía. La influencia religiosa, el imperio de la dominación civil y militar, y cuantos prestigios pueden obrar sobre el espíritu humano, serán otros tantos instrumentos de que se valdrán para someter estas regiones.

Nada se opondrá a la emigración de España. Es verosímil que la Inglaterra proteja la evasión de un partido que disminuye en parte las fuerzas de Bonaparte en España, y trae consigo el aumento y permanencia del suyo en América. La Francia no podrá impedirla: tampoco Norte América; y nosotros menos, pues careciendo todos de una marina respetable, nuestras tentativas serán vanas.

Estos tránsfugas hallarán ciertamente una favorable acogida en los puertos de Venezuela, como que vienen a reforzar a los opresores de aquel país, y los habilitan de medios para emprender la conquista de los Estados independientes.

Levantarán 15 o 20 mil hombres, que disciplinarán prontamente con sus jefes, oficiales, sargentos, cabos y soldados veteranos. A este ejército

seguirá otro todavía más temible, de ministros, embajadores, consejeros, magistrados, toda la jerarquía eclesiástica y los grandes de España, cuya profesión es el dolo y la intriga, condecorados con ostentosos títulos, muy adecuados para deslumbrar a la multitud; que derramándose como un torrente, lo inundará todo, arrancando las semillas y hasta las raíces del árbol de la libertad de Colombia. Las tropas combatirán en el campo; y éstos desde sus gabinetes nos harán la guerra por los resortes de la seducción y del fanatismo.

Así, pues, no nos queda otro recurso para precavernos de estas calamidades que el de pacificar rápidamente nuestras provincias sublevadas, para llevar después nuestras armas contra las enemigas, y formar de este modo soldados y oficiales dignos de llamarse las columnas de la patria.

Todo conspira a hacernos adoptar esta medida; sin hacer mención de la necesidad urgente que tenemos de cerrarle las puertas al enemigo, hay otras razones tan poderosas para determinarnos a la ofensiva, que sería una falta militar y política inexcusable dejar de hacerla. Nosotros nos hallamos invadidos, y por consiguiente forzados a rechazar al enemigo más allá de la frontera. Además, es un principio del arte, que toda guerra defensiva es perjudicial y ruinosa para el que la sostiene, pues lo debilita sin esperanza de indemnizarlo; y que las hostilidades en el territorio enemigo siempre son provechosas, por el bien que resulta del mal del contrario; así, no debemos, por ningún motivo, emplear la defensiva.

Debemos considerar también el estado actual del enemigo que se halla en una posición muy crítica, habiéndosele desertado la mayor parte de sus soldados criollos; y teniendo al mismo tiempo que guarnecer las patrióticas ciudades de Caracas, Puerto Cabello, La Guaira, Barcelona, Cumaná y Margarita, en donde existen sus depósitos; sin que se atrevan a desamparar estas plazas por temor de una insurrección general en el acto de separarse de ellas; de modo que no sería imposible que llegasen nuestras tropas hasta las puertas de Caracas, sin haber dado una batalla campal.

Es una cosa positiva que en cuanto nos presentemos en Venezuela se nos agregan millares de valerosos patriotas, que suspiran por vernos aparecer, para sacudir el yugo de sus tiranos y unir sus esfuerzos a los nuestros en defensa de la libertad.

La naturaleza de la presente campaña nos proporciona la ventaja de aproximarnos a Maracaibo por Santa Marta y a Barinas por Cúcuta.

Aprovechemos, pues, instantes tan propicios; no sea que los refuerzos que incesantemente deben llegar de España cambien absolutamente el aspecto de los negocios, y perdamos quizás para siempre la dichosa oportunidad de asegurar la suerte de estos Estados.

El honor de la Nueva Granada exige imperiosamente escarmentar a esos osados invasores, persiguiéndolos hasta sus últimos atrincheramientos. Como su gloria depende de tomar a su cargo la empresa de marchar a Venezuela a libertar la cuna de la Independencia Colombiana, sus mártires, y aquel benemérito pueblo caraqueño, cuyos clamores sólo se dirigen a sus amados compatriotas, los granadinos, que ellos aguardan con una mortal impaciencia, como a sus redentores. Corramos a romper las

cadenas de aquellas víctimas que gimen en las mazmorras siempre esperando su salvación de vosotros: no burléis su confianza: no seáis insensibles a los lamentos de vuestros hermanos. Id, veloces, a vengar al muerto, a dar vida al moribundo, soltura al oprimido y libertad a todos.

Cartagena de Indias, diciembre 15 de 1812".

La actividad del Coronel Bolívar le hizo emprender algunos movimientos contra el enemigo; y mientras el Comandante Labatut obraba sobre Santa Marta, él comenzó sus operaciones contra la villa de Tenerife, que fortificada por los españoles obstruía la navegación del Magdalena. Después de haber reforzado Bolívar su columna, intimó la rendición de Tenerife, que se entregó el 23 de diciembre, tomando igualmente la artillería y fuerzas sutiles. Despejó el río y siguió hasta Mompós, escarmentando a los enemigos que se le presentaron, y dejando organizado el cantón de Tenerife, cuyo vecindario reunió inmediatamente que ocupó la cabecera de él.

Labatut, que no había dado órdenes para esta expedición, se ofendió de las victorias y crédito de Bolívar, y quiso que se le juzgase en consejo de guerra, por haber hecho una expedición sin sus órdenes. El Presidente del Estado de Cartagena sostuvo a Bolívar, y no accedió a las peticiones del Comandante general, que obraba solamente por celos.

Bolívar fue entonces nombrado por el gobierno Comandante militar de Mompós; y organizando su columna de operaciones marchó contra el enemigo, que ocupaba los puntos de Guamal y Puertorreal de Ocaña. El enemigo no quería ni siquiera recibir los parlamentarios de Bolívar, pero luégo que supo que se acercaba huyó vergonzosamente hacia Chiriguaná, donde fue alcanzado y destruído completamente; perdió sus buques de guerra, artillería, fusiles y pertrechos. Solamente los oficiales españoles Capmany y Capdevila se pudieron escapar con un pequeño número de hombres. La consecuencia de esta victoria fue la libertad del territorio de Ocaña, cuya ciudad recibió a Bolívar con mucho entusiasmo. El Comandante de Pamplona, Coronel Manuel Castillo, invitó a Bolívar a que procediesen juntos contra el Coronel español Correa, que ocupaba a Cúcuta.

Mientras Bolívar recibía permiso del Estado de Cartagena para salir de su territorio, tuvo bastante deserción de su columna, y se vio precisado a fusilar algunos desertores que aprehendió, cuya medida pareció tan fuerte a las autoridades de Mompós, que produjo una queja amarga en la población, y habría desorganizado la expedición si Bolívar no hubiera usado de la

energía que le caracterizaba para conservar el orden y la disciplina.

Castillo instó a Bolívar por un auxilio de sus tropas para destruír los enemigos de la Nueva Granada que la atacaban; pero como no podía marchar sin órdenes, mientras las recibía se puso en movimiento y corrió toda la línea del territorio que mandaba. Reunió armas, hombres y cuantos elementos podía necesitar la división de Castillo que carecía de muchas cosas: pues ambos habían manifestado al Presidente Torices, de Cartagena, que era indispensable este movimiento para asegurar la independencia de las provincias de la Unión. Bolívar recibió en consecuencia la orden demandada, y marchó con presteza a Pamplona, llevando cuantos elementos pudo reunir. Siguió por el fragoso camino de la cordillera a atacar las tropas españolas que guardaban el inexpugnable punto de La Aguada; pero no quiso dar un ataque, y rodeó al jefe enemigo de espías falsos, que le hicieron creer que la división que marchaba contra él era numerosa, y perseguido en su retirada fue completamente dispersado. Lo mismo sucedió con las tropas que sostenían la ciudad de Salazar, el punto de Arboledas, Yagual y San Cayetano. Bolívar obró con tanto tino, y sus movimientos fueron con tanta celeridad, que Correa creyó muy superiores las fuerzas que le atacaban. Después de varios encuentros, el jefe español concentró sus tropas, disminuídas ya con las marchas difíciles, en la villa de San José de Cúcuta. Bolívar pasó el caudaloso río Zulia en una sola canoa que exponía mucho el suceso del movimiento; pero logró situarse, sin ser visto en su marcha, en las alturas del occidente de San José. El 28 de febrero de 1813 lo mandó atacar el Coronel Correa, queriendo tomarle la retaguardia. Bolívar evitó este ataque con un movimiento, y el enemigo fue batido en las posiciones que había tomado, después de un combate de cuatro horas, en el cual una impetuosa carga a la bayoneta decidió el triunfo. La división realista perdió su artillería, pertrechos y municiones, y un crecido número de mercaderías que traían algunos especuladores unidos al ejército real.

Después de este triunfo que libertó los hermosos valles de Cúcuta, Bolívar se ocupaba en el pensamiento de libertar a Venezuela, que estaba dominada por una división española de seis mil hombres a las órdenes de Monteverde, orgullosos con sus recientes victorias. Despachó al Coronel venezolano José Félix Rivas a Tunja y Santafé de Bogotá a solicitar auxilios del Congreso de las provincias de la Unión de la Nueva Granada y del Presidente de Cundinamarca, Nariño. Pidió al Presidente de la Unión per-

miso para llevar las tropas de la Confederación y recursos para sostenerlas, autorizando al Coronel Rivas para hacer los arreglos correspondientes. Se presentaba tan fácil la empresa por el descontento de Venezuela, que no ponía en duda el buen resultado, y la creía necesaria para asegurar la libertad de la Nueva Granada. Desde que ocupó a San Antonio de Táchira dio una proclama en que anunciaba a sus compatriotas el noble objeto que le ocupaba; y con ella inflamó el espíritu público. El Presidente Torres concibió, desde los primeros sucesos de Bolívar, una idea muy ventajosa de su genio y distinguidos talentos, y por lo tanto le nombró Comandante en jefe de la división; y después del triunfo contra Correa le ascendió a Brigadier de la Unión.

CAPITULO IV

Bolívar organiza una división en Cúcuta para salvar a Venezuela.—Desavenencias entre el General Bolívar y el Coronel Castillo.—Da principio el Libertador a las operaciones.—Deserción del Coronel Briceño.—Principios que guían al Gobierno de la Unión.—El Presidente Camilo Torres admite la dimisión del Coronel Castillo.—El Poder Ejecutivo nombra una comisión directiva de la guerra.—Libertad de Mérida.—Operaciones sobre Trujillo hasta libertarla.—Declaración de la guerra a muerte y motivos que la promovieron.—Campaña sobre Barinas.—Acción de Niquitao.—Destrucción de Tíscar.—Libertad de Barinas.—Bolívar adquiere el título de Héroe y buen Capitán.—Influencia de esta campaña y felices resultados sobre el resto de Venezuela.

Después de haber libertado los valles de Cúcuta, el General Bolívar se ocupaba en la organización de la expedición que debía salvar a Venezuela; pero ocurrió una desavenencia entre los dos jefes, Bolívar y Castillo, desde que obtuvieron los primeros triunfos, que paralizó la acción, y debe mencionarse aquí por las consecuencias que ella produjo en los acontecimientos colombianos. Titulábase Bolívar Comandante en Jefe de las tropas de Cartagena y de la Unión: Castillo, celoso de ello, le manifestó que toda la fuerza era de las Provincias Unidas, y que estaba sujeta al Congreso general. La guerra civil que existía entonces entre las provincias que obedecían al Gobierno general y la de Cundinamarca era de fatales consecuencias para la que teníamos con los españoles, y Bolívar protestó a Castillo que no pondría a órdenes del Gobierno las fuerzas de Cartagena porque tenía al efecto instrucciones del Presidente de aquel Estado, señor Manuel Rodríguez Torices. Esta desavenencia se aumentó hasta el grado de que el Coronel Castillo pasara una fuerte nota sobre los desórdenes que suponía existían en la división por las órdenes y poca economía del Coronel Bolívar, pretendiendo ejercer cierta superioridad como Comandante-general de Pamplona. Bolívar dio cuenta de todo al Congreso, y este cuerpo, lejos de cortar la competencia, la alimentó, entendiéndose con ambos; lo cual dio lugar a una correspondencia acre y destemplada de una y otra parte. Castillo juzgaba a Bolívar temerario, y su plan arriesgado, porque dejaba expuesta la Nueva Granada si se llevaba las tropas de la

Unión a Venezuela; y Bolívar acusaba a Castillo de díscolo, inepto e incapaz de hacer nada que fuera útil, y que bajo el pretexto de no obrar sino con suficientes recursos y elementos perdía el tiempo miserablemente. Quiso, no obstante, Bolívar reconciliarse con Castillo, que tenía su campo en la Villa del Rosario de Cúcuta; pero nada logró. Ciertamente era expuesta la empresa de libertar a Venezuela, dominada por más de 6.000 hombres, con una fuerza sólo de mil de que podía disponer el gobierno republicano. La persuasión que tenía el General Bolívar de cuanto se puede hacer con un cuerpo de valientes, y de la fuerza moral que le daba el estado violento de Venezuela, le habían convencido a tal punto que no dejó medio alguno para convencer al Gobierno general de la necesidad de permitirle invadir el territorio ocupado por los españoles. La correspondencia del General Bolívar al fin penetró al Gobierno de la exactitud de los pensamientos del héroe que comenzaba a darse a conocer; y no obstante la opinión que habían formado los meticulosos en contra de la empresa, se accedió a su solicitud.

1813. El 27 de abril acordó el Congreso que Bolívar podía emprender sus operaciones para libertar las provincias de Mérida y Trujillo, y el 7 de mayo llegaron al cuartel general del General Bolívar las órdenes y le llenaron de un gozo extraordinario, como se lo manifestó al señor Torres, protestándole un profundo y eterno reconocimiento. Pocos días después se le unió en Cúcuta el Coronel José Félix Rivas con las tropas, armas y municiones que el dictador de Cundinamarca, General Nariño, le había franqueado bajo ciertos pactos, para que no fuesen empleadas sino contra las tropas españolas, pues el estado de guerra civil en que se encontraban los unitarios y federalistas hacía obrar con desconfianza a los jefes de los diferentes partidos políticos. La columna que sacó de Cundinamarca, Rivas, después de las bajas que tuvo en el tránsito, apenas alcanzaba a poco más de cien soldados.

La autorización del Congreso prevenía a Bolívar que previamente a su marcha prestase juramento de obediencia al Gobierno de la Unión, y que sus fuerzas se presentasen como un ejército libertador de Venezuela, cuyo Gobierno debía restablecerse tal como existió cuando fue disuelto por Monteverde. Bolívar cumplió el deber que se le impuso de prestar el juramento de obediencia ante la municipalidad de San José de Cúcuta.

Esta medida, como la de ordenarle la formación de un consejo de guerra entre sus subalternos para deliberar sobre las operaciones, fueron sin duda fruto de sugestiones de Castillo, y propias de la época y de sujetos poco instruídos en el arte de

la guerra. Acaso influyó igualmente en este celo o desconfianza la brillante manifestación que escribió Bolívar contra los gobiernos federales, al llegar a Cartagena, cuyo precioso documento se ha visto antes.

Resuelta la invasión de Venezuela dispuso Bolívar que el Coronel Castillo marchase con 800 hombres sobre La Grita, donde se había atrincherado el Comandante general español, Brigadier Correa. Después de muchas demoras cumplió Castillo la orden que había recibido de Bolívar; pero tuvo la debilidad de reunir un consejo de guerra en Táriba para consultar la opinión de los subalternos, y sin que el jefe principal tomase parte.

Este escándalo fue el primero de insubordinación militar. Pidióse al Congreso que mandara al General Baraya de Comandante en jefe, y se presagiaba la pérdida de la división si pasaba de Mérida. Logróse al fin que fuese cumplido el plan de Bolívar, y, como dejamos dicho, fue batido Correa en las angosturas de La Grita, en cuyo encuentro cumplió Castillo con sus deberes como soldado.

Bolívar tenía ocupada la parroquia de Bailadores con su vanguardia: organizó su pequeña división con una fuerza de quinientos cincuenta soldados de todas armas. El material de artillería constaba de cinco obuses, cuatro piezas de batalla de calibre de a cuatro, y cuatro de montaña de calibre de a tres, regularmente dotadas, y un parque de infantería de 140.000 cartuchos embalados. Esta fuerza insignificante debía servirle para emprender operaciones contra 6.000 hombres de tropas regulares que tenían los españoles en el territorio que iba a ser teatro de la guerra. Hombres en cuyo corazón no había aquella fuerza de voluntad que siempre distinguió a Bolívar, conceptuaban esta empresa como temeraria y presagiaban un resultado funesto.

En tan críticas circunstancias y para aumentar los sufrimientos morales de Bolívar, el Coronel Antonio Nicolás Briceño se marcha furtivamente de la villa de San Cristóbal con el destacamento que mandaba para los llanos de Barinas, pasando por la áspera montaña de San Camilo, uniéndosele algunos llaneros valientes, entre los cuales se encontraban el oficial Francisco Olmedilla y el Comandante Jacinto Lara. Aunque los hombres que tan atrevidamente se lanzaban en una empresa tan temeraria eran valientes y llevaban buenos guías, el General Bolívar previó el funesto fin que debían tener, y el influjo moral que adquirirían los españoles al destrozar aquel destacamento que le

debilitaba con su desunión la pequeña columna de operaciones, única fuerza de que podía disponer.

Si en tan crítica época, para dar principio a una guerra heroica no hubiese presidido los destinos de la Nueva Granada el virtuoso Torres, único apoyo de Bolívar, su ánimo habría decaído y el brillo de las armas republicanas no habría lucido bajo la dirección del guerrero inmortal. Torres, comparable por sus virtudes republicanas al héroe norteamericano Washington, desde los primeros hechos de Bolívar le había conocido y formó la más exacta idea de sus talentos privilegiados, teniendo por él una predilección tan distinguida que no se cansaba de recomendarle como el genio deparado por la Providencia para humillar al león castellano. El tiempo y los hechos ilustres de Bolívar probaron después la justicia y exactitud del noble pensamiento del señor Torres. Este ilustre granadino veía en Bolívar actividad, penetración, arrojo, valor y facilidad para obtener recursos y un nuevo sistema estratégico apropiado a nuestras costumbres, clima y circunstancias que no veía en Castillo, jefe, si bien inteligente, apegado servilmente a las prácticas y usos españoles de la monarquía caduca del desgraciado Carlos IV, en que las glorias españolas habían desaparecido.

Torres y Bolívar lograron persuadir a los granadinos que la defensa de la república se debía hacer en Venezuela, donde el sufrimiento se había agotado por las crueldades de Monteverde, y era más fácil despertar allí el amor a la independencia que en las provincias de la Nueva Granada, en donde la opinión por la libertad apenas se encontraba entre la juventud inteligente y los hombres de la primera sociedad, fuertemente contrariados por algunos eclesiásticos y españoles europeos de maligno influjo.

Castillo, que veía en el ardor patriótico de Bolívar desorden, y en sus planes militares temeridad, renunció sus empleos al Gobierno de la Unión en términos poco respetuosos; pero al mismo tiempo Bolívar confió al señor Torres su plan y sus esperanzas, circunstancia que influyó en que a aquél se le admitiese la renuncia, reservándose el Gobierno proveer después lo conveniente, en cuanto a la falta de respeto con que se había dirigido tan importuna renuncia. Castillo jamás olvidó estas desavenencias, ni el que el Presidente de la Unión, conociendo el ánimo, valentía y genio de Bolívar, le hubiese preferido para una empresa digna de un corazón como el de Carlos XII y de una inteligencia semejante a la de Gustavo Adolfo.

Si bien Bolívar conocía bastante los excesos de los españoles en Venezuela, después de haber quebrantado las estipulaciones que celebró Miranda con Monteverde, apenas tenía noticias de que en el oriente de Venezuela se comenzaba una insurrección, y juzgó que el modo de ayudarla era llamando la atención al occidente.

Este pensamiento de Bolívar fue inmediatamente coronado de un buen resultado. El Brigadier Correa, después de la pérdida que sufrió, y viendo ocupado el pueblo de Bailadores por la vanguardia de Bolívar, se retiró con mil hombres que mandaba, a Betijoque, y dejó a la provincia de Mérida libre para que los patriotas se pronunciasen en favor de la causa americana. Don Vicente Campo Elías, español de nacimiento, encabezó la reacción en los últimos días de abril de 1813, y se puso en comunicación con el General Bolívar para que los socorriese. El 30 del mismo abril había recibido el primer parte Bolívar; pero como aún no había recibido facultades del Congreso, que según dejamos dicho no le llegaron hasta el 7 de mayo, dispuso que el doctor Cristóbal Mendoza, que estaba con él y había sido uno de los miembros del Gobierno federal de Venezuela, se trasladase a Mérida a organizar un Gobierno provisorio en los términos que Bolívar había juzgado oportuno. Dio cuenta al Gobierno granadino, y le pidió instrucciones sobre la línea de conducta que debiera observar respecto de las provincias venezolanas que recuperaban su libertad bajo la protección de las tropas granadinas.

Ocupado el Congreso de la Nueva Granada de la suerte de Venezuela, había, antes de recibir esa consulta de Bolívar, acordado que se formase una comisión compuesta del doctor Frutos Joaquín Gutiérrez, miembro del Congreso, quien debía presidirla, del doctor Luis Mendoza, Canónigo de Mérida, y del Coronel Antonio Villavicencio, antiguo Capitán de Fragata al servicio español, a la cual se habían dado instrucciones. Al recibir la nota de Bolívar se le contestó comunicándole las medidas adoptadas, y de quiénes se componía la comisión que debía obrar a su nombre, y se le agregó: "Que el Congreso granadino deseaba la reposición del Poder Ejecutivo de Mérida en sus antiguos funcionarios, a menos que la municipalidad se aviniese y delegase su autoridad al ciudadano Mendoza". Esta resolución era conforme a las instrucciones dadas a la comisión para que restableciese el Gobierno de cada provincia en los términos y en las personas que los desempeñaban antes de la ocupación del territorio por los realistas. El Poder Ejecutivo y el Congreso granadino respetaban la indepen-

dencia y libertad de los pueblos venezolanos, y no querían ingerirse en su manera de existir, pues de ellos no habían recibido delegación alguna.

Esta comisión no pudo llegar en tiempo al cuartel general de Bolívar, y, por tanto, de nada pudo servirle.

Bolívar emprendió su marcha dejando en Cúcuta 290 hombres de las milicias de Cartagena para que defendiesen aquellos valles, porque el Gobierno de aquel Estado los había reclamado por ser de milicias.

La organización que tenía esta división era de tres batallones denominados 3º, 4º y 5º de la Unión, 100 infantes de Cundinamarca, una brigada de artillería y un cuadro de oficiales de Venezuela. Al pequeño número de tropas le sobraban entusiasmo y valor, y el cuadro de oficiales de aquellos cuerpos era un semillero de héroes. A él correspondían los jóvenes oficiales Rafael Urdaneta, natural de Maracaibo, vecino y educado en Bogotá; Atanasio Girardot, de Antioquia, Luciano D'Elhuyart, Francisco de Paula Vélez, Hermógenes Maza, José María Ortega, Manuel y Antonio París y Antonio Ricaurte, el héroe de San Mateo, todos los cuales, con algunos otros menos ilustres, acompañaban a Bolívar en su atrevida y gloriosa conquista. Santander debió ser del número de los que acompañaron a Bolívar y era el Comandante del 5º batallón de la Unión; pero su amistad por Castillo y otras circunstancias se lo impidieron. Acompañaban igualmente al General Bolívar varios venezolanos que ilustraron sus nombres en aquella campaña. El doctor Cristóbal Mendoza, a quien ya hemos mencionado, era de los más importantes; y el señor Pedro Briceño Méndez, que iba como su secretario, el mismo que en todas circunstancias fue inseparable del General Bolívar y cuyo nombre no pasará oscuro en la historia de Colombia. El Coronel José Félix Rivas fue también de esta expedición y su nombre será siempre ilustre en Venezuela.

Apenas había emprendido Bolívar sus operaciones cuando el 15 de mayo de 1813 fue batido y hecho prisionero el Coronel Antonio Nicolás Briceño por el español Yáñez, en San Camilo. Esta loca operación de Briceño les costó la vida a él y a muchos de sus compañeros, escapándose únicamente Olmedilla y Lara con 20 hombres que pudieron llegar a San Cristóbal. Bolívar, irritado con este suceso, en Mérida lo manifestó bien en el parte que dio al Gobierno de la Unión, en el cual decía: "que esto era debido a la loca empresa de aquel desertor que había emprendido sus operaciones sin armas de fuego, sin municiones, sin cartuchos y aun sin valor".

El Libertador entró en Mérida el 30 de mayo, en medio de los aplausos del pueblo, y reforzó su división con 100 infantes que había organizado el Capitán Campo Elías. El doctor Mendoza estaba ya encargado del mando de aquella provincia con aplauso universal, y había, según las instrucciones del Congreso granadino, restablecido el Poder Ejecutivo de Mérida, compuesto de cinco individuos, como se encontraba antes de la ocupación de Monteverde.

Los españoles, bajo las órdenes de don Antonio Tíscar, cometían las más grandes crueldades en Barinas, no solamente en retaliación como pudieron hacerlo con Briceño por su conducta y escandaloso libelo publicado en compañía de Antonio Rodrigo, José Debraine y otros para hacer la guerra a muerte a los españoles y canarios, sino también contra personas inofensivas, sólo por ser adictas al sistema republicano, y para cohonestar sus hechos pretendieron que el Libertador Bolívar había suscrito aquel nefando y bárbaro escrito.

El 5 de junio Bolívar manifestó al pueblo de Mérida la misión que traía del Congreso granadino para restablecer el Gobierno republicano, y se dedicó a reforzar su expedición con aquella actividad que tanto le distinguió en sus gloriosas campañas: esto era necesario, como lo era también reanimar el espíritu público. La expedición granadina, que era el alma de su ejército, formaba la vanguardia y tenía que organizar con tropas venezolanas el centro y retaguardia. Auxiliado Bolívar por el doctor Mendoza y el pueblo meridano, pudo organizar un batallón de infantería de 500 hombres y lo puso a órdenes de Campo Elías, y un escuadrón de caballería que dio a mandar al señor Francisco Ponce, también español de nacimiento; circunstancia que prueba bien que Bolívar no odiaba a los españoles por el hecho de ser nacidos en la península, y sólo obraba contra aquellos feroces tiranuelos que servían a órdenes de Monteverde.

El 8 de junio había publicado Bolívar su enérgica protesta de Mérida, en que amenazaba a los realistas con un odio implacable y una guerra de exterminio. Su sensibilidad y su energía combatían aún en su pecho y no se resolvía a declarar la guerra a muerte para que hubiera una justa retaliación contra los españoles que ya habían ennegrecido la historia de sus hechos con mil actos feroces que tuvieron origen en Quito, en el asesinato de varios ilustres americanos en agosto de 1810, en Pasto con la ejecución de Macaulay, Caicedo y otros próceres de la independencia en 1812, y con las crueldades de Tíscar, Yáñez y mil

otros bárbaros defensores del Rey que no veían en los americanos sino rebeldes y traidores.

El mismo día 10 de junio emprendió el General Bolívar su marcha a Mérida y el 14 llegó a Trujillo. Inmediatamente reorganizó el Gobierno de la provincia o Estado de Trujillo, nombrando Gobernador y obrando conforme a las órdenes del Congreso de la Nueva Granada. El discurso de Bolívar, lleno de aquel fuego sagrado que le inspiraba la causa de la libertad, excitó el entusiasmo y reanimó el espíritu nacional. Hizo leer la proclama que el Presidente del Congreso granadino dirigió el 20 de mayo a los venezolanos. Aquel documento, propio de los sentimientos del varón fuerte que presidía los destinos de la Nueva Granada, excitaba a los venezolanos a levantarse en masa contra sus crueles opresores y restablecer el sistema republicano por la energía de sus virtudes, uniéndose a sus libertadores, cuyo único objeto era redimirlos de una infame cautividad. "Reuníos, decía, bajo las banderas de la Nueva Granada que tremolan ya en vuestros campos y que deben llenar de terror a los enemigos del nombre americano. **Sacrificad** a cuantos se opongan a la libertad que ha proclamado Venezuela y que ha jurado defender con los demás pueblos que habitan el hemisferio de Colón, que sólo pertenece a sí mismo y que ni por un momento debe consentir en depender de un pueblo transmarino". Bolívar, que tanto respeto tenía por su amigo el doctor Torres, se empeñaba en mostrarse identificado con él y llamaba en apoyo de sus principios los de este ilustre granadino que hablaba ya de sacrificar a los opresores, no obstante su alma generosa, la humanidad de sus sentimientos y su carácter bondadoso, cualidades que eran bien conocidas, y se han transmitido a todos los granadinos de boca en boca con grande aplauso [1]. No solamente logró Bolívar con estos pasos excitar el patriotismo de Trujillo; la fama voló a Caracas y Barinas, y los oprimidos venezolanos, rompiendo por entre las huestes españolas, iban a reunirse al libertador de su patria: soldados, amigos, consejeros, valientes oficiales capaces de

---

1 Escribiendo, como escribo, los hechos del Gran Capitán de la América del Sur, acaso encontrarán algunos varios episodios como propios más bien de la historia del país que de la vida de Bolívar; pero ellos, en mi humilde concepto, han influído en las acciones del héroe, y escrita hasta hoy la historia de Bolívar por enemigos suyos como el señor José Domingo Díaz, pagado por el Gobierno español para desacreditar la causa de América, y como Ducudray Holstein, despedido del ejército por Bolívar, y con poca exactitud por otros historiadores que no son contemporáneos, y han recibido informes equivocados, tengo que elevar mi débil voz en defensa de la verdad, sin que me afecten mi nacimiento en Nueva Granada ni haber sido amigo personal de Bolívar.

ayudar a Bolívar llegaban diariamente a su cuartel general. Todo esto reanimaba su espíritu y le persuadía la necesidad de no dejar que los españoles salieran de su sorpresa para que la victoria le llevase a Caracas en las alas de la fortuna, como lo había hecho hasta Trujillo.

Las noticias que tenía Bolívar de la superioridad de las fuerzas españolas no le arredraban sino que le estimulaban a obrar con decisión. En Trujillo recibió las primeras noticias, aunque confusas, de las derrotas que habían sufrido las huestes españolas en el oriente de Venezuela, y valióse de ellas para fortificar el ánimo guerrero de esa legión granadina que le servía de base a sus operaciones y estimulaba el ardor patriótico de los venezolanos de Occidente para que no fuesen ni menos decididos, ni menos valientes en la empresa de libertar el país hasta ocupar todo el territorio en que gobernaban las autoridades de España. Al mismo tiempo sabía Bolívar muchos pormenores de la conducta de Monteverde, demasiado tiránica; las crueldades ejercidas en Calabozo, San Juan de los Moros y Aragua; las confiscaciones de los bienes de los patriotas, sus prisiones reduciéndolos a pontones malsanos, y a las bóvedas de Puerto Cabello. A ello se agregó la noticia de la ejecución que hizo don Antonio Tíscar del Coronel Briceño con 17 oficiales más y algunos vecinos honrados, por republicanos en Barinas. Bolívar no solamente reanimó con todas estas noticias el ánimo de su división y de los patriotas que se habían comprometido en la empresa de salvar su patria, sino que él mismo exaltó su imaginación y resolvió obrar con tanta más energía cuanto las circunstancias lo exigían y era necesario para que la crueldad española no hiciese una impresión tal en el corazón de los menos ardorosos, que la cobardía reemplazara la prudencia, como en tales casos suele suceder en el ánimo de los que no lo tienen bastante firme para sufrir las desgracias y despreciar los peligros.

Hemos llegado a un punto de suyo delicado, y en que debo tratar del famoso decreto de Bolívar por el cual promulgó la guerra a muerte contra los españoles y canarios. Decreto terrible y que ha sido considerado bajo tantos puntos de vista, ya sea política, ya filosófica, ya humanamente. El día 15 de junio de 1813 firmó Bolívar su famosa proclama de Trujillo, que es un manifiesto de los motivos que le guiaban para semejante resolución. Mas el filósofo y el hombre de estado, para juzgar a Bolívar deben leer este documento y oír a un contemporáneo que, si bien en aquella época apenas comenzaba a conocer los sucesos, posteriormente, en el curso de la guerra de la indepen-

dencia, oyó muchas veces de la boca de Bolívar los conflictos en que se encontraba para dar semejante decreto [1]. El Libertador, después de profundas meditaciones sobre el carácter de la revolución, tenía presente que si por una parte el Gobierno de la Regencia de España había mandado que se juzgara a los revolucionarios de América por las leyes comunes como traidores y reos de lesa majestad, y que se les impusiese la pena de muerte, infamia y confiscación de bienes, esto no era otra cosa que una declaración de guerra a muerte. Los hechos que habían tenido lugar, como dejamos dicho en otra parte, y la falta de cumplimiento a las capitulaciones celebradas por Monteverde, le daban el derecho de tomar medidas de retaliación para contenerlo en sus justos límites y que la guerra se hiciera como entre naciones civilizadas. El no era el primero que diera ejemplo de semejantes escándalos en una éra de civilización. Los excesos de los realistas habían producido la exasperación de un Briceño para que hiciese una declaración como la que hizo desde Cartagena de matar a los españoles que cayesen en sus manos. Los Comandantes Campomanes, natural de España, y Miguel Carabaño, de Caracas, por las mismas razones habían ejecutado la pena de muerte en Cartagena contra realistas que cayeron en sus manos, hecho que escandalizó a las tropas granadinas que no estaban acostumbradas a tales excesos y que produjeron consternación de una parte, pasión de venganza de la otra.

A esto agregaba Bolívar la consideración de que el carácter de los hispano-americanos, flojo y aletargado en el sueño de la esclavitud de tres siglos, necesitaba un fuerte estímulo para obrar, y que sin darles a conocer que el derecho les autorizaba a repeler la fuerza con la fuerza, y a usar del derecho del talión con los tiranos, tomando ojo por ojo, la causa de la independencia era perdida, y así como en física dicen los médicos que a desesperado mal, desesperado remedio, así creía Bolívar que debía obrar en política. No le guiaban en su resolución crueldad ni dureza de corazón: el mismo acto de declarar la guerra a muerte en su conclusión y que el lector acaba de ver, es un decreto de amnistía, un llamamiento a la unión de los venezolanos, sean nacidos en América o allende los mares. Bolívar, que conoció el efecto que produjo este acto de energía, que vio cómo se había inflamado el corazón de cada uno de sus soldados y que notó que había reanimado la opinión del pueblo venezolano, quiso dar un paso

[1] Véase el Apéndice. Documento Nº 2.

humano y desde su cuartel general de San Carlos dirigió una alocución a los españoles y canarios llamándolos de nuevo a la unión y haciéndoles sentir los males que acarrearían al país su tenacidad y su temeraria oposición.

Bolívar decía, hablando de aquella época en que declaró la guerra a muerte: "No poca impresión hacía en mí mismo para obrar así el ver que la Regencia de España, habiendo reconocido que eran las Américas parte de la monarquía española para convocarnos a Cortes por su decreto de 14 de febrero de 1810, reconociendo el principio de la soberanía nacional, nos mandara bloquear y tratar como a traidores cuando no hicimos al principio sino erigir juntas que gobernaban como en España. Esto era declarar la guerra a muerte. Diez millones de habitantes éramos tratados en América como se hizo con los indígenas en el siglo 16º, sin considerar que si el derecho de conquista pudo dar algunos para gobernar esta tierra, eran los hijos de los conquistadores los que podíamos tenerlo al cabo de tres centurias de posesión. Al menos debíamos ser, decía, tratados conforme al derecho de gentes". Esta importante cuestión que debe ser juzgada por la posteridad y en una época en que hayan desaparecido enteramente las pasiones, ha interrumpido el orden cronológico de los hechos marciales de Bolívar, a que pronto volveremos, pues es necesario presentarla con toda la extensión posible, porque no solamente debemos hablar del héroe o capitán, sino del hombre de Estado al escribir las memorias de su vida.

Si Bolívar, como dejamos referido, quería con este paso traer a justos procederes al enemigo, y que regularizase sus operaciones, poco consideró el carácter español, y este paso produjo tremendas consecuencias, y la matanza que hicieron los españoles y canarios formó en todos los campos de batalla un vasto cementerio, mal harto grave que produjo semejante declaratoria, y de que los historiadores de Colombia tendrán que ocuparse al referir el número de víctimas que han sido sacrificadas en una guerra de 15 años, y cuyas consecuencias tienen aún suspendido el arreglo definitivo de relaciones entre España y la República de la Nueva Granada.

Al mismo tiempo que Bolívar daba la proclama de 15 de junio, de que hemos hablado, mandaba obrar con su división para demostrar que a sus palabras le acompañaba la acción. La vanguardia a órdenes de Girardot ocupó la provincia de Trujillo, y otra columna a órdenes de D'Elhuyart fue destinada a picar la retirada de Correa, quien había hecho alto en las posiciones de Ponemesa. Correa no esperó el ataque, y en los primeros días de

junio se trasladó a Maracaibo por el camino de Moporo. En las inmediaciones de Carache, pueblo que Bolívar llamó alguna vez el Pasto de Venezuela, por su amor a la causa del Rey, se hallaba una fuerza de 400 infantes y 50 caballeros a órdenes de un oficial de la marina real, don Manuel de Cañas, que no tuvo valor para esperar los fuegos granadinos mandados por Girardot, y le dejó el paso libre, retirándose, por cuya razón pudo libertarse a Trujillo sin una función de armas. Girardot aumentó su fuerza con algunos voluntarios que se le presentaban, y que hacían una liga tal con los granadinos como uno era el origen y una la causa que defendían. Reunidos los destacamentos que se habían separado de la vanguardia, marchó Girardot el 10 de junio en alcance de Cañas y alcanzóle en Agua-obispos, el 19 le batió completamente, y tomóle más de cien prisioneros, sus armas y municiones. Al publicar Bolívar este triunfo en una proclama, decía a sus tropas: "Carache ha sido castigado y libertado a su vez. Sus habitantes rebeldes han sido muertos o son nuestros prisioneros, y los otros que se han acogido a nuestra protección, gozan ya del abrigo de las leyes republicanas que tan gloriosamente habéis redimido".

La posición militar de Bolívar era en extremo peligrosa por el pequeño cuerpo de tropas que mandaba. Al frente tenía a Monteverde, Capitán General de Venezuela. El Coronel Cevallos, Gobernador de Coro, amenazaba por esa parte y le había reforzado Correa por Maracaibo. Tíscar ocupaba a Barinas con una fuerza de 2.500 hombres. Era, pues, necesario obrar con tal actividad que no dejara concertar un plan de operaciones al Jefe español, porque con sólo el número podían vencer los realistas. Bolívar promovía diferentes reuniones populares en donde tuviera ocasión de reanimar el espíritu público y ardor republicano. Escribía proclamas, y daba en ellas cuenta a sus soldados de las crueldades de los españoles; hablándoles de los ultrajes hechos a algunas mujeres y la constancia con que sufrían en las prisiones decía: "Y con estos ejemplos de singular heroísmo en los fastos de la historia, ¿habrá un solo hombre en Colombia, tan indigno de este nombre, que no corra veloz a engrosar nuestras filas que deben marchar a San Carlos a romper las prisiones en que gimen esas verdaderas Belonas? No, no. Todo hombre será soldado, puesto que las mujeres se han convertido en guerreros, y cada soldado será un héroe para salvar pueblos que prefieren la libertad a la vida".

Bolívar y muy pocos de sus conmilitones como Rivas, Urdaneta, Girardot y D'Elhuyart eran los únicos que conocían el

verdadero estado del enemigo, y era necesaria esta reserva para que no decayera el ardor republicano de las fuerzas libertadoras.

Libertada la provincia de Trujillo había cumplido el General Bolívar la misión que había recibido del Gobierno granadino, y conforme a sus instrucciones debía esperar nuevas órdenes para obrar. Graves fueron los conflictos en que el Libertador se vio en estos días. Ya hemos visto cuáles eran las fuerzas que tenía al frente y las ventajosas posiciones militares del enemigo; lo único que le faltaba era un jefe estratégico e inteligente para arruinar la pequeña división republicana. Para colmo de embarazos llegaron a Bolívar órdenes del P. E. de la Unión granadina mandándole suspender las marchas, porque se habían recibido tristes noticias de Cartagena, Santa Marta y Casanare, de derrotas que habían sufrido las fuerzas republicanas. Por otra parte, comenzaban a levantarse guerrillas realistas en La Grita y Bailadores a retaguardia de la división republicana, que le sostuviera su base de operaciones en Nueva Granada, en donde había dejado los 290 hombres de las milicias de Mompós de que hemos hablado y que debieran cubrir el camino del Zulia por si el Gobernador de Maracaibo intentaba obrar por esa parte.

El Gobierno granadino había nombrado una junta o comisión que debía ser la que dirigiese las operaciones, o a la que debiesen consultarse las graves medidas. Como dejamos dicho al hablar de Mérida, sus miembros llenos de patriotismo no podían menos de debilitar la acción del General en Jefe, y exponer las operaciones. Afortunadamente ni Bolívar lo sabía oficialmente, ni los comisionados habían podido seguir adelante, porque se detuvieron en los valles de Cúcuta para disponer lo conveniente a su defensa y para remitir al ejército el parque que se había quedado a retaguardia, por falta de medios de movilidad que habían escaseado con la marcha de las tropas.

Si bien Bolívar no había recibido educación militar, su genio activo y su inteligencia, unida a la experiencia adquirida en las operaciones que había ejecutado o presenciado ya en Venezuela, ya en Nueva Granada, y su constante lectura de los comentarios de Julio César y Polibio, le habían dado ideas y formado un sistema de operaciones. Resolvió seguir adelante para no perderse, creyendo que un general en jefe tiene el deber de obrar conforme a principios del arte, sin sujetarse a un plan defectivo de Gobierno que no puede tener en consideración las circunstancias del momento. Ciertamente se hacía responsable del suceso, y él no temía tal responsabilidad sino la de no haber salvado el ejército de su mando y la república. Así lo manifestó

al Congreso granadino, haciéndole presentes los males que iban a sobrevenir si cumplía aquellas órdenes, y que la brillante carrera que llevaba y la gloria de asegurar la independencia y la libertad de su patria se perderían en un momento. Los riesgos que habían aconsejado aquel plan parecían al General Bolívar insignificantes, pues la defensa de la Nueva Granada debía hacerse en Venezuela, base de operaciones de los realistas. La cooperación de los venezolanos llenos de entusiasmo por sacudir el yugo que los oprimía, los recursos que daban las dos provincias libertadas, el espanto en que se encontraban los españoles, y la falta de concierto en sus operaciones, todo lo hizo presente al Gobierno de la Nueva Granada; demostrando que si tenía la debilidad de suspender sus operaciones, reconocerían los enemigos su debilidad, y perecerían la división que mandaba y los jefes, que eran la esperanza de las dos repúblicas. Con esta pérdida era segura la de Nueva Granada: y si un general español de conocimientos tomaba la dirección de la campaña, antes de concluírse el año habrían desaparecido la libertad e independencia del país. La resolución fue firme y decidida para obrar, cumpliendo antes las órdenes sobre la organización política del Estado de Trujillo, como lo había hecho con el de Mérida, no obstante que conocía bien que la multiplicación de estos gobiernos le traería muy pronto debilidad e inconveniencia en su atrevido plan de campaña.

Con tanta energía y claridad demostró Bolívar que no podía conducirse de otro modo, que la opinión pública se pronunció en su favor; los jefes del ejército adoptaron con entusiasmo sus principios, y cooperaban con fe y entusiasmo, de modo que el mismo Congreso desistió después y consideró que el General en Jefe llenaba sus deberes satisfactoriamente.

Antes de llevar adelante sus operaciones, y libre ya toda la provincia de Trujillo, convocó Bolívar el 25 de junio al Presidente del Estado y a todos los magistrados que habían sido restablecidos en sus destinos, y en un elocuente y enérgico discurso les manifestó su misión recibida del Gobierno granadino, que sin más pactos que la identidad de la causa, y sin más interés que afianzar la libertad, había obrado en favor de Venezuela queriendo restablecerle su Gobierno y sus instituciones. De tal modo encomió la conducta del Gogierno de la Nueva Granada, que decía, "que raras veces se había visto que una nación por sólo el amor a la justicia enviara sus armas a libertar a sus vecinos sin otra ambición que la gloria, y sin otros estímulos que la humanidad". El Presidente del Estado de Trujillo, intér-

prete de los sentimientos de sus conciudadanos, y penetrado como ellos de reconocimiento por la generosidad de los granadinos, y de noble entusiasmo por las proezas de Bolívar y sus compañeros de armas, le contestó el discurso con conceptos altamente satisfactorios y análogos al importante plan de operaciones.

Logró su objeto Bolívar de reanimar el espíritu público, y sembró en el corazón de los venezolanos la simiente sagrada de amor a la libertad y gratitud por un pueblo hermano, que estaba llamado a formar en tiempos no muy lejanos una sola asociación política para ser fuerte y respetado.

En seguida dispuso que la vanguardia marchase a ocupar la ciudad de Guanare atravesando la cordillera de Boconó. Diole órdenes al Coronel Rivas para que desde Mérida emprendiese su marcha con la columna de su mando por el páramo de Santo Domingo y la ruta de Piedras; y dejaba al Mayor General Rafael Urdaneta en Trujillo para que pusiese en marcha el material de la división, que no podía seguir con la velocidad que requería el movimiento. Debía esta operación cortar las comunicaciones del Capitán General Monteverde con el Coronel Tíscar, situado en Barinas, y quitarles los recursos de los llanos de Venezuela que se extienden al oriente de la cordillera.

Tíscar, que había sido destinado por Monteverde a reconquistar el Nuevo Reino de Granada, de concierto con Correa había demostrado sus pocas capacidades militares, pues dejó que Bolívar obrase decididamente contra aquél y que fueran batidas sus tropas en Carache, y otra parte obligada a retirarse a Maracaibo. Por tanto creyó Bolívar que esta división era la que primero debía destruír, pues no obstante que se componía de 2.500 hombres, no tenía jefe, y su destrucción no solamente aumentaría la división republicana, sino que daría una gran fuerza moral en el país, teatro de las operaciones.

El Libertador sabía que Tíscar había recibido órdenes de Monteverde para atacarlo en el tránsito para Trujillo, reprendiéndolo por su poca actividad y omisión en darle parte de las ocurrencias, pues Bolívar no sólo había interceptado comunicaciones sino que hacía un riguroso examen a los prisioneros. Supo del mismo modo que había destinado un cuerpo de 900 hombres con el Capitán don José Martí para obrar por el camino de Los Callejones sobre Mérida y por el de Calderos sobre Trujillo; y que se preparaba otra columna de 200 caballeros, 500 infantes y una sección de batería de artillería de dos piezas de montaña, servida por 30 artilleros, la cual debía situarse en Guasdualito pa-

ra invadir los valles de Cúcuta por la montaña de San Camilo, a órdenes del Comandante don José Yáñez.

Dadas sus órdenes como dejamos dicho, emprendió sus operaciones y atravesando la cordillera por medio de una marcha rápida, logró sorprender y tomar prisionero un destacamento de cincuenta hombres, en el sitio del Desembarcadero, que mandaba el Capitán don Julián Ontalba. Ocupó inmediatamente a Guanare el 1º de julio y mandó perseguir a las partidas españolas que se replegaban sobre la villa de Araure. En Guanare tomó un rico botín de dinero, tabaco y mercancías de que tanto necesitaba, y supo que la columna de Martí se dirigía por el camino de Calderos para salir a Niquitao y Boconó.

El Coronel Rivas mandaba solamente una columna de 400 hombres, compuesta del batallón de nueva creación, formado en Mérida por Campo Elías, del destacamento de Cundinamarca que mandaba el Capitán José María Ortega, y algunos veteranos tomados de los otros cuerpos. Al llegar a Boconó se unió al Mayor General Urdaneta que conducía el parque de reserva, escoltado por 50 hombres, única fuerza de que pudo disponer. Tiscar, ignorando el movimiento de Bolívar, creía cortarle sus comunicaciones por retaguardia, pues lo creía marchando de Carache al Tocuyo; pero los jefes republicanos supieron su movimiento al reunirse en Boconó y que estaba a cuatro leguas de distancia, y que el 1º de julio estaría en Niquitao. Resolvieron estos dos jefes atacar al enemigo, y el 1º de julio, al ocupar a Niquitao, supieron que el enemigo estaba a una legua de distancia en el sitio de La Vega sobre una mesa alta, cortada por zanjas y llena de malezas que le proporcionaban un campo muy ventajoso para defenderse. Sus avanzadas llegaban hasta las inmediaciones del pueblo, las que fueron atacadas y perseguidas; a las nueve de la mañana se empezó un combate, que aunque desigual por la fuerza numérica de 450 hombres contra 800, no lo era en cuanto al espíritu de los combatientes e inteligencia de los dos jefes republicanos, a quienes estimulaba la idea de no desmerecer por la falta del General en Jefe que debía estar ya muy avanzado. Operaciones bien dirigidas en combate de cinco horas fueron suficientes para desalojar al enemigo de sus primeras posiciones, y cargado en las nuevas que tomó en retirada, se obtuvo un triunfo completo, pudiendo escaparse solamente el Comandante, algunos oficiales y pocos soldados que llevaron la noticia a Barinas, de su derrota. Se tomaron 450 prisioneros, mayor número de fusiles, una pieza de montaña, todas las municiones y bagajes. Urdaneta, Rivas, Ortega, Campo Elías y el Teniente Planes se

distinguieron, y los dos jefes adquirieron prez y fama. Pocos triunfos fueron tan completos en aquella campaña, y el bien meditado plan de Bolívar le valió inmarcesible gloria y demostró la exactitud de sus combinaciones. Los 450 prisioneros que eran americanos, fueron incorporados al ejército, y al saber el Libertador el triunfo, marchó sobre Barinas, ordenando que Rivas y Urdaneta siguieran su movimiento. Tíscar, informado de la derrota de su teniente y de la ocupación del sitio de Barrancas por Bolívar, emprendió una retirada sobre Nutrias, lugar situado a la izquierda del río Apure. Llevaba Bolívar consigo una columna de quinientos hombres de caballería y artillería. Al entrar en Barinas encontró abandonada la ciudad y tomó trece piezas de artillería y un parque abundante de fusiles, armas blancas y municiones de todo género; elementos preciosos y de que carecían los republicanos. Este movimiento rápido fue tan fructuoso como la batalla que dio origen a él. El general en jefe destinó al Comandante Girardot a la persecución del enemigo, pues supo en Barinas que Yáñez había emprendido un movimiento paralelo por la derecha del Apure para reunirse con Tíscar en Nutrias. Para llevar a efecto las operaciones con orden y regularidad tuvo Bolívar que permanecer dos días en Barinas, pues no era prudente obrar sin reorganizar y municionar bien sus tropas, porque si Yáñez hubiera sido un buen militar, habría podido obrar sobre la vanguardia en combinación con Tíscar, porque ambos tenían fuerza suficiente para librar un combate, antes que se reunieran Urdaneta y Rivas. Girardot cumplió tan exactamente las órdenes que llevaba, que alcanzó a Tíscar y a su segundo Nieto al embarcarse para Guayana, después de haber saqueado la población de Nutrias y en el momento en que iban a fusilar al juez del lugar y varios vecinos por sus opiniones en favor de la República. Estos hechos, y viendo los soldados de Tíscar que se acercaban las huestes republicanas, siendo ellos venezolanos, produjeron un motín que concluyó en sublevarse en contra de los españoles y les quitaron cuanto habían saqueado la noche anterior. Tíscar y unos pocos oficiales se pudieron escapar y echarse aguas abajo con dirección a la ciudad de Angostura, capital de Guayana.

Girardot, según las órdenes que había recibido, continuó ocupando las posiciones que había tomado y mejoró sus fortificaciones pasajeras para resistir al enemigo en caso de ser atacado por Yáñez, de quien no se tenían noticias exactas. Este jefe español, que no carecía de valor, continuó su retirada por la derecha del Apure sin acercarse al río, y logró llegar a San Fernan-

do atravesando por El Mantecal y las llanuras medio anegadas de aquel dilatado país.

Bolívar se ocupó entretanto de organizar la provincia de Barinas, como lo había hecho con las de Mérida y Trujillo. Con las armas que tomó del enemigo, pudo organizar muchos cuerpos de infantería y caballería para darle una forma al ejército libertador. El Coronel Santineli fue encargado del mando de un cuerpo de cazadores, y la villa de Araure, que desde el 5 de julio había proclamado la causa de la libertad, formó un cuerpo de caballería de 200 jinetes según las órdenes de la municipalidad, y lo puso a órdenes del General en Jefe. Los habitantes de la heroica provincia de Barinas se disputaban el honor de contribuír a la grande empresa de Bolívar, y formaron diversos cuerpos de caballería para apoyar las operaciones del ejército.

El 13 de julio, el General en Jefe Bolívar convocó una junta general compuesta de los magistrados y ciudadanos más influyentes, en la que manifestó no solamente el gozo que le causaba haberles dado libertad, sino también la misión que había recibido del Congreso de la Nueva Granada, apoyando sus medidas con una valiente legión que debía servir de base para destruír a los opresores de Venezuela y restablecer el Gobierno republicano. Leyóles la proclama de 20 de mayo y las instrucciones que tenía de restablecer las autoridades constitucionales que existían antes de la ocupación del país por las armas españolas. En consecuencia llamó al ejercicio del P. E. del Estado al ciudadano Manuel Antonio Pulido, que era el que ejercía anteriormente este destino. Nombró Intendente de Hacienda Pública al ciudadano Nicolás Pulido, y de Comandante General al Coronel Pedro Briceño Pumar con dependencia del Gobierno de la Unión de Nueva Granada y del General en Jefe del Ejército libertador; y reconoció como Gobernador eclesiástico al virtuoso eclesiástico doctor Ramón Ignacio Méndez, el mismo que en época posterior fue preconizado por Su Santidad León XII Arzobispo de Caracas. Excitó a todos los ciudadanos y al clero en particular para que reanimaran el espíritu público y la unión, que eran la base principal en aquella circunstancia para completar la regeneración de la República.

Este discurso fue recibido con particular y unánime entusiasmo, y se reconoció con gozo el gran bien que les venía de un pueblo hermano y de un Gobierno que no solamente miraba por la dicha del pueblo que lo había formado, sino igualmente por la de sus vecinos.

Tales fueron las operaciones del Libertador hasta libertar a Barinas, y a sus acertadas medidas, ya patrióticas, ya militares, fue debido tan completo resultado. No poco contribuyeron a él los esfuerzos de Rivas, Urdaneta y Girardot. Asegurose el éxito de la campaña y la completa dispersión de las fuerzas de Tíscar, tan superiores a las que las batieron y dispersaron.

La fama de estos hechos corrió por todos los ángulos de la República, de las Provincias Unidas de Nueva Granada, reanimó el patriotismo, y no poco influyó en la concordia entre los patriotas de las provincias federales y Cundinamarca para que sus fuerzas se unieran y de consuno obraran contra el enemigo común. Por aquella época las fuerzas españolas ocupaban una parte importante de la provincia de Popayán a órdenes del Coronel Sámano, y se amenazaba a Antioquia, el Chocó y Cundinamarca. Los triunfos de Bolívar se hicieron sentir por doquiera, y sus altas concepciones fueron de la más grande importancia para la causa de la Independencia. Bolívar comenzó desde entonces a ser tenido por el primero entre los capitanes colombianos, y el Jefe del Gobierno granadino, Camilo Torres, se gloriaba de haber sabido conocer al hombre que deparaba la Providencia para salvador de la República, valiente, activo, republicano, y dotado del genio militar necesario en tan críticas circunstancias, como era Bolívar en aquella época. Las esperanzas de la patria se fincaban en él, y en el resto de este escrito veremos si correspondió a ellas. Nada le arredraba; tenía una sola idea: restablecer la República y formar un ejército que diera vida a Venezuela y formara de dos pueblos una sola nación.

Los españoles jamás creyeron que un pequeño cuerpo de tropas bisoñas y sin disciplina fueran capaces de tamaña empresa, y acaso esta persuasión les hizo ser menos cautelosos, y confiaron demasiado en la fuerza numérica que mandaban y en el prestigio que da la autoridad que habían ejercido por tres centurias.

Desembarazado el Gobierno de la Nueva Granada de la atención de ocurrir con sus fuerzas al ejército español que le amenazaba las fronteras del Norte, admiraba las operaciones de Bolívar, y los hombres que veían el porvenir de la patria se animaban y contemplaban al héroe que se presentaba como instrumento de la Providencia para ser el salvador del país.

Si estas esperanzas no se realizaron sino con el curso del tiempo, al menos este fue el principio de los grandes hechos del capitán que después de tantos contratiempos, como veremos en el curso de este escrito, había de dar vida a tres naciones, y cuya fama pasará al través de los siglos, no obstante las calumnias y detracciones de sus enemigos.

CAPITULO V

Libertada la provincia de Barinas, Bolívar traza un atrevido plan de campaña.—Ofrece al Gobierno de la Unión Granadina ser el primero que éntre vencedor en Caracas.—Juicio del Libertador sobre los jefes españoles a quienes iba a atacar.—Monteverde y sus tenientes.—Principios estratégicos de Bolívar.—Monteverde convoca una junta de guerra: su acuerdo y operaciones que emprende llevando por consejeros a un fraile y otros eclesiásticos intolerantes.— Operaciones militares.—Victoria obtenida por Rivas en el campo de Horcones.—Retirada de la división que mandaba el Teniente Coronel Izquierdo.—Concentración de las fuerzas republicanas.—La batalla de Taguanes.—Ocupación de Valencia.—Retirada de Monteverde a Puerto Cabello.—Bolívar destina a Girardot a perseguirlo y estrecharlo en sitio en aquella plaza: Marcha sobre Caracas. Capitulación que proponen los españoles en la victoria y la concede Bolívar.—Sus principios para regularizar la guerra.—Fuga del Brigadier Fierro, y sus más adictos compañeros.—Bolívar entra triunfante en Caracas y concluye la campaña que trazó en Barinas.—Entusiasmo de los patriotas de Caracas.—Desventuras de los fugitivos.

Libertada la ciudad de Barinas y ocupada por el General Bolívar, ya no era necesario que siguieran en movimiento las demás tropas, y dispuso que la división de retaguardia vencedora en Niquitao con su valiente Comandante y Coronel Rivas marchara a Tocuyo por el camino de Biscuení y Humucaro Alto, para oponerse y batir la columna que mandaba el Comandante español don Francisco Oberto, a quien se habían unido el destacamento de don Pedro González y don Manuel Cañas con los derrotados que se salvaron en Carache. Ordenó que el Mayor General Urdaneta formase la columna del centro con las fuerzas que habían quedado en varios puntos y se situara en Araure; y dio órdenes al Comandante Girardot para que con la columna de su mando, que hasta entonces era la vanguardia, se dirigiera a marchas forzadas sobre Araure para incorporarse a Urdaneta, dejando en Nutrias un destacamento de 100 hombres al mando del Capitán Gogorza para que sostuviera aquel punto si era atacado por Yáñez, cuyos movimientos no se conocían con precisión. Al Capitán Mayor Francisco Posse lo destinó con medio escuadrón de caballería a los llanos de Calabozo para que hiciese todo lo posible a fin de ponerse en relaciones con las fuerzas

republicanas que obraban por el oriente de Venezuela, de modo que se pudieran concertar las operaciones, y de cuyos prósperos sucesos no se tenían sino ideas muy inexactas, porque los realistas tenían obstruídas las comunicaciones. Dadas estas disposiciones, el mismo Bolívar se puso en marcha para Guanare el 16 de julio dejando guarnecida a Barinas con el batallón nuevamente formado, y encargado al Coronel Santineli para que defendiese la ciudad y la frontera de Nueva Granada, si Yáñez hacía algún movimiento por aquella parte, puesto que ocupaba aún la derecha del Apure. Aseguraba Bolívar una base de operaciones sobre Barinas y Casanare. Guanare debía ser su cuartel general, y los puntos estratégicos de Araure y Tocuyo estaban mandados ocupar por las mejores fuerzas. San Carlos debía ser el punto céntrico de sus operaciones para hacer sobre él una concentración de sus fuerzas y emprender la campaña que debía libertar a Caracas, y lo que no poco le estimulaba el deseo de adquirir la gloria de restablecer la República en el suelo que le vio nacer. Tanto era su anhelo y vehemente deseo de ser el libertador de Caracas, que en una carta al Presidente Torres le decía: "Temo que los ilustres compañeros de armas, los de Cumaná y Barcelona, liberten nuestra capital antes que nosotros lleguemos a dividir con ellos esta gloria; pero volaremos, y espero que ningún libertador pise las ruinas de Caracas antes que yo".

Detúvose en Guanare hasta el 22 de julio para que Girardot tuviese tiempo de llegar con sus fuerzas al punto que le había ordenado, y poder emprender operaciones decisivas.

Los que bien conocen la topografía de Venezuela no pueden menos de admirar la muy atrevida operación y plan de campaña de Bolívar para ocupar inmensos terrenos con fuerzas tan débiles, que podían ser atacadas y batidas por los españoles, que eran superiores en número y disciplina y ocupaban puntos estratégicos muy importantes. Oberto estaba en Barquisimeto con una división de 800 infantes y 200 caballos; el Teniente Coronel don Julián Izquierdo mandaba 1.200 hombres en San Carlos; y Monteverde se dirigía de Caracas sobre Valencia. Muy fácil habría sido a los españoles batir a Rivas y Urdaneta, pues las montañas que dividen el territorio que recorría y ocupaba cada columna, les ponían fuera del alcance de operaciones combinadas, y logrado esto, habría sido igualmente batido Bolívar, aunque se hubiera reunido a Girardot.

El Libertador, como sus tenientes, no ignoraba lo que podía suceder; pero ellos que habían conocido que la rapidez

de sus movimientos y el atrevimiento de los combates que habían librado habían hecho creer a los españoles que eran muy superiores las fuerzas, pues se elevaban, según noticias, hasta 17.000 hombres, seguían imperturbables su plan, y por doquiera encontraban cooperación, buen espionaje sobre el enemigo, y sobre todo un odio implacable contra los realistas por sus excesos. La impericia de Tíscar, el poco valor de Martí, la falta de táctica de Cañas, y las mal dirigidas operaciones de Yáñez, eran una garantía del plan adoptado.

Monteverde, embriagado con el orgullo de haber hecho capitular al General Miranda, se ocupaba más en perseguir patriotas en Caracas que en obrar activamente. Contentábase con dictar órdenes a Tíscar para que ejecutara sus planes y fuera a subyugar al Nuevo Reino de Granada con la esperanza de ser Virrey. Este jefe, ni le daba partes, ni le comunicó sus derrotas, y el General Bolívar, astuto, investigador, y ocupado de nobles ideas y pensamientos, conocía bien a los jefes enemigos con quienes tenía que combatir, y de ello pruebas repetidas dio en el resto de sus campañas.

Los que al lado de Bolívar hemos servido y de él hemos recibido en diferentes veces lecciones, haciéndonos comparar lo que había concebido y mandado en otras operaciones, algo podemos decir que pueda estimarse como comentario de sus campañas. Mas nunca llenaremos un vacío que ha dejado con su muerte, sin haber escrito antes sus Memorias.

Historiadores contemporáneos han incurrido en errores al referir los mismos hechos que ahora referimos, y sin emprender rectificar sus relaciones, hacemos la nuéstra que deben leerla compañeros de armas que tomaron parte más importante que nosotros mismos; pero acaso no pueden ellos decir lo que quien, como nosotros, ha discurrido sobre la materia con el mismo General Bolívar, aunque en la época de que hacemos relación en este capítulo no teníamos la honra de empuñar la espada, porque no comienzan nuestros servicios sino en el año de 1814.

Cuando supo Monteverde la ocupación de Guanare por Bolívar, la destrucción de Tíscar y los movimientos de Rivas, Urdaneta y Girardot, convocó una junta de guerra, recurso de generales mediocres que quieren partir la responsabilidad con sus subalternos.

La junta acordó que debía trasladarse al teatro de operaciones, y salió el 6 de julio para Valencia, acompañada de varios frailes y clérigos que llevaba de consultores. Allí iba un capuchino como Coronel, que había cambiado las sandalias por un

brioso caballo, su camándula por un par de pistolas y el sayal por un rico uniforme. Bien se dejaba ver desde entonces que un General de esta clase, dirigido por eclesiásticos intolerantes y fanáticos, poco podría hacer sino era mandarnos quemar vivos a los republicanos, a quienes creía herejes porque no reconocíamos más soberano que al pueblo, y peleábamos por ser libres. Estos frailes en Venezuela, como otros por la misma época en el sur de Nueva Granada, fueron los que encendieron la guerra de fanatismo y a quienes debemos tantos males. Desde entonces Bolívar tuvo una gran prevención contra estos predicadores de la discordia y fautores de rebeliones sangrientas.

Bolívar muy pronto vio que su plan era acertado y que sus cálculos se iban a cumplir. El Comandante don Francisco Oberto, sin entenderse con Izquierdo, se movió sobre el sitio de Horcones, que está entre Barquisimeto y Tocuyo, en donde escogió un campo para batir a la columna de Rivas. En vez de continuar la ofensiva que tomara al moverse de sus reales, se situó en aquel lugar preparando un campo de defensa apoyado por una batería de artillería, que constaba de cuatro piezas de batalla de calibres de 6 y de 8. El valiente Rivas no se arredró por el número ni las posiciones del enemigo. Le atacó con valor y bizarría, y aunque dos columnas fueron rechazadas por los españoles, un ataque rápido y decidido le hizo dueño de la artillería y obtuvo con poco más de 500 hombres un completo triunfo sobre el enemigo, quedando en su poder todo el material y medios de transporte y más de 300 prisioneros, entre ellos cinco oficiales que fueron ejecutados conforme a la declaración de guerra a muerte. En el campo quedaron más de cien cadáveres realistas y algo menos de la división republicana. Oberto, González y Cañas con pocos hombres huyeron tomando el camino de San Felipe. Persiguió a los fugitivos, hasta dispersarlos completamente, un destacamento de cincuenta caballos mandados por el mismo Rivas. Este triunfo fue de grande importancia en la campaña, y sabido el 24 de julio por el Teniente Coronel Izquierdo, que ocupaba a San Carlos, emprendió su retirada sobre Valencia para reunirse a Monteverde.

El Capitán General Monteverde mandó que Izquierdo siguiese el movimiento de concentración sobre su cuartel general; pero muy pronto varió y le ordenó contramarchar sobre San Carlos, deshaciéndose de la artillería que debía hacer seguir a Valencia. El Teniente Coronel Izquierdo recibió esta orden en Tinaquillo, e hizo alto para reclamarla, cumpliendo solamente la de hacer seguir la artillería a Valencia, y desmembró su fuerza

destinando 200 hombres para que la condujeran, constando solamente aquella arma de una pieza de batalla y un obús con su respectiva dotación y material. Mientras que el Teniente Coronel Izquierdo se demoraba inútilmente en Tinaquillo con una fuerza de 2.000 hombres, dio lugar a que Bolívar llegase a San Carlos el 28 de julio, y el 29 llegaron las columnas de Rivas y Girardot, quien se había movido, como dejamos dicho, desde las márgenes del Apure. Bolívar había marchado el primero acompañado de Urdaneta, y pudo ser batido por Izquierdo, pues sus tropas eran escasas y no las más selectas: mas reunidas las columnas de Rivas y Girardot y los escuadrones de caballería de Barinas y Guanare que condujo el Comandante Teodoro Figueredo, la división se organizó en número de 2.500 hombres. El 30 de julio se emprendió la marcha sobre Izquierdo, y su primera etapa la recibieron en Las Palmas, donde pernoctó el ejército libertador. El 31 muy temprano se emprendió el movimiento sobre el enemigo, y a poco dio parte la avanzada de que el enemigo se movía por los llanos de Pegones con el objeto sin duda de presentar una batalla. Al divisar las tropas republicanas el jefe español, emprendió su retirada y logró hacerla hasta el lugar de Taguanes, en donde hizo alto y formó sus cuerpos para dar el combate. Cubrieron este movimiento sus tropas ligeras en las colinas que separan las unas sabanas de las otras, y atacadas por el Mayor General Urdaneta las dispersó tomando algunos prisioneros; pero tuvo que suspender sus movimientos hasta que llegase el resto del ejército, que debía formar su línea de batalla para atacar al enemigo. Luégo que llegó el Libertador, dispuso el ataque, y como conociese Izquierdo la superioridad de nuestra caballería, resolvió retirarse sobre los terrenos de la serranía que está en el camino de Valencia. El Libertador mandó cargar al enemigo con la caballería para detenerlo y poderle dar la batalla, mas la buena formación que llevaba de columnas cerradas burlaba el plan de Bolívar y fueron rechazados los escuadrones que cargaron sobre ellas. El terreno llano que mediaba entre la división española y la serranía era pequeño, y temiendo el Libertador que fuera reforzado Izquierdo por el Capitán General, mientras algunos destacamentos de caballería le distraían con un ataque, mandó que los mejores infantes fueran conducidos a las ancas de la caballería. Los Comandantes Girardot, D'Elhuyart y Figueredo fueron encargados de este movimiento, mientras Bolívar, Rivas y Urdaneta conducían a paso de trote el resto de la división. La sorpresa del enemigo al ver inopinadamente un cuerpo de infantería que rompía el fuego a su frente, formado en batalla, mientras

la caballería replegándose sobre las alas cargaba por los flancos, hizo a éste perder la serenidad que hasta entonces había tenido. Hubo desconcierto, y un ataque vigoroso obligó a Izquierdo a batirse a pie firme sin poder desplegar el frente de batalla. La caballería republicana cargó de nuevo por la retaguardia enemiga y no fue posible que el valor con que Izquierdo se defendiera, pudiera resistir a tan atrevida como bien combinada operación. Seis horas había resistido Izquierdo las repetidas cargas de caballería en retirada; pero no duró una más el combate general cuando la derrota fue completa, y toda la división de Izquierdo muerta y prisionera en esta célebre jornada. El mismo estaba mal herido sobre el campo de batalla, y el Libertador, honrando su valor, le hizo conducir a un hospital de retaguardia a San Carlos, donde a poco murió de sus heridas, y lo mismo sucedió a otros oficiales prisioneros y mal heridos: 700 hombres de los españoles quedaron muertos en el campo de batalla y más de 200 republicanos. Entre los valientes que se distinguieron en esta jornada, el Libertador distinguió al Mayor General Urdaneta y al Comandante Girardot. Un solo oficial a caballo pudo escaparse para llevar la noticia a Monteverde.

Esta célebre jornada demostró que los planes atrevidos de Bolívar meditados desde Barinas se habían cumplido y que, a pesar de las distancias que mediaban entre los diferentes puntos que debían ocuparse hasta hacer una concentración de fuerzas, no se equivocó Bolívar en la esperanza que tenía de que el enemigo no supiera aprovecharse para burlar su intento. Sobre la marcha se organizaban los cuerpos, y recibían aquella instrucción que apenas servía para aprender a formarse, atacar y vencer. El entusiasmo de los republicanos, la confianza en la inteligencia del jefe, la bizarría de esos valientes jóvenes que acaudillaban los cuerpos, y el horror que inspiraba la tiranía de Monteverde, daban tal fuerza moral, que a ella era debido en gran parte tan continuada serie de triunfos.

Bolívar creía que para tomar a Valencia tendría que dar otra batalla, y antes de continuar su marcha reorganizó sus cuerpos incorporando en ellos a los venezolanos prisioneros, y él, como todos los jefes, se empeñaron en dulcificarles la pena de la derrota que habían sufrido. Su valor les hacía acreedores a estas contemplaciones, y satisfechos los vencedores del triunfo, no se enlutó con la ejecución decretada por la declaración de guerra a muerte, y ya hemos dicho cuál fue la suerte de los mismos oficiales españoles, que heridos quedaron prisioneros en el campo de batalla. Si este ejemplo hubiera sido apreciado por

el cruel Monteverde, hoy no tendríamos que lamentar que la guerra de la independencia colombiana, que era una verdadera guerra civil, estuviera manchada en su historia con crueldades que deshonran a la humanidad, y para mengua de una heroica nación tendremos que recordar sucesos que solamente la veracidad histórica nos obliga a referir. Mas una generación que nos está reemplazando en la América y allende los mares en la patria de nuestros progenitores, fallará un día y dará la justicia del proceder a quien la tenga. Nosotros al cabo de 34 años que cesó tan horrendo modo de combatir, acaso no tenemos aún bastante tranquilo nuestro ánimo para ser tan imparciales como nos hemos propuesto al relatar los hechos del ilustre guerrero, cuyas hazañas, reveses y fortuna forman la base de la historia de cinco naciones que hoy existen libres e independientes, pero que aún no han podido consolidar sus instituciones.

La España misma, allá en sus guerras civiles, ¡cuántas veces ha visto a sus hijos degollarse sin piedad! A un mismo pueblo, aunque los sucesos políticos lo dividan en mil naciones, parece que le están deparados por la Providencia los mismos premios a sus virtudes, los mismos castigos a sus extravíos.

Si la imaginación y el patriotismo nos han desviado del relato histórico de nuestro plan, tenemos que suspender los impulsos de nuestro corazón para volver a él y continuar la narración de los hechos de Bolívar, a quien dejamos reorganizando su ejército para seguir a Monteverde. Según las noticias recibidas por el Libertador y los informes que obtuvo de los prisioneros, el Capitán General estaba fortificando a Valencia, pues tenía suficiente artillería y los elementos necesarios para defender aquella ciudad hasta el último extremo en caso necesario, y la guarnición era como de 250 infantes y 400 hombres de caballería, sin contar con el destacamento que le fue remitido desde Tinaquillo. Antes de concluír las fortificaciones de Valencia se movió Monteverde con una columna de tropas ligeras de infantería y caballería para ponerse a la cabeza de la fuerza que mandaba Izquierdo, y en la noche del 31 de julio se campó muy cerca del cuartel general de Bolívar en las llanadas de Carabobo. Allí recibió la noticia de la pérdida de la división española, y emprendió una marcha muy acelerada en retirada sobre la ciudad, y fue perseguido por la vanguardia de los republicanos hasta el Tocuyito, cinco millas distante de Valencia. Los innumerables patriotas de aquella ciudad, aprovechándose de las circunstancias, se empeñaron en auxiliar al ejército republicano, y cuál se presentaba con algunas armas, cuál con municiones, y la mayor

parte con auxilios de víveres y bagajes para la pronta movilidad de los cuerpos.

El 1º de agosto emprendió su marcha Bolívar sobre Valencia, para llegar a la ciudad al rayar el día, y estando próximo a la ciudad, cuando disponía sus tropas a un combate, supo que Monteverde se había retirado en una completa fuga para Puerto Cabello con poco más de 250 hombres, que quisieron acompañarle a la plaza fuerte.

Valencia, libre ya de sus opresores, hizo un recibimiento magnífico a sus libertadores. El Capitán General Monteverde dejó abandonadas 34 piezas de batalla de diversos calibres con su montaje y material de servicio, quedando algunos cañones hasta cargados y prontos para hacer fuego, pues tal fue el temor que les infundiera la batalla de Taguanes. El parque, numeroso en armas y municiones, cayó íntegro en poder de las armas republicanas, y los realistas españoles quedaron abandonados a merced del vencedor, y en una época en que se hacía la guerra a muerte, y cuando Monteverde se complacía en atormentar a los patriotas. Los tiranos siempre son cobardes, y el General Monteverde, elevado por la casualidad, no pudo hacer nada cuando la fortuna le volvió la cara. A no ser por las causas que llevamos referidas, no sabemos cuál hubiera sido la suerte de los republicanos, que no contaban para tamaña empresa sino con el ardimiento de Bolívar, la bizarría de sus tenientes, y el amor a la libertad de un pueblo oprimido y vilipendiado por aquellos tiranuelos que tanto han deshonrado el nombre español.

Monteverde al partir para Puerto Cabello a encerrarse en las murallas, escribió al Capitán General accidental don Manuel Fierro, comunicándole la rota de Izquierdo, y le decía en carta particular, entre otras cosas: "Me veo obligado con el mayor dolor a abandonar a Valencia, y tal vez toda la provincia, para ocupar a Puerto Cabello que está sin fuerza. Usted puede, si le parece, ponerse en el mejor estado de defensa porque los enemigos irán inmediatamente sobre Caracas". Así concluyó sus glorias militares el fomoso don Domingo Monteverde, el encanto de los frailes y clérigos realistas, que le llamaban, según sus más o menos aclarados entendimientos, el Macabeo y el segundo Viriato, porque suponían encontrar en este pobre Monteverde un soldado capaz de algo bueno. Bolívar destacó inmediatamente un cuerpo en su persecución a órdenes del Coronel Girardot, pero la ventaja que había tomado no permitió alcanzarle, y apenas pudo obtener este activo jefe que por la precipitación de la retirada tuviera algunas deserciones, y encerrado en Puerto Ca-

bello se calmaron sus temores bajo las murallas, y continuó rodeado de sus ineptos consejeros, que no hicieron más que empeorar la causa de los realistas.

El 2 de agosto ocupó Bolívar la ciudad de Valencia con el grueso de su ejército y emprendió sus operaciones sobre Caracas, dejando una columna a órdenes de Girardot para que emprendiese el sitio de Puerto Cabello, pues confiaba en la pericia y valor de este inteligente y valiente oficial.

Bolívar consideraba que la libertad de Caracas no solamente le daría fuerza moral, sino que le proporcionaría recursos y le pondría en relaciones con las tropas de oriente que mandaba Mariño. Debía aprovecharse del espanto que una campaña tan rápida y feliz había causado en el ánimo de los españoles para que Fierro no hiciese una defensa desesperada con las fuerzas que tenía a sus órdenes. Caracas era el foco de las intrigas y manejos de los defensores de la causa realista, y era necesario destruírla. Al mismo tiempo se lisonjeaba el amor propio de Bolívar con la idea de ser él el Libertador de su país natal, y anhelaba porque esa hermosa población sacudiera el yugo que la oprimía.

Mientras esto pasaba en Valencia y se ordenaba la conclusión de la campaña emprendida desde Barinas, llegó la noticia de los últimos triunfos al jefe español, don Manuel Fierro, quien al recibir el 3 de agosto las órdenes de Monteverde se llenó de esturpor y convocó una junta, compuesta del Arzobispo, del Intendente, de los Oidores Vidal y Costa, de los principales jefes militares y del cabildo secular, con asistencia de algunos vecinos de influencia en el país para tomar su consejo. El secreto que hasta entonces se había guardado tenía en absoluta ignorancia a todos de los contratiempos de las fuerzas reales, y no se sabía siquiera en el público la ocupación de San Carlos. Al oír los miembros de la junta la orden de Monteverde, e imponerse del estado de las operaciones de Bolívar, perdieron la cabeza y cada uno veía inevitable su pérdida. Los recursos y fuerzas de que podía disponer el Capitán General accidental, Fierro, les parecieron insignificantes, y una reunión de hombres de paz no pudo menos que aconsejar medidas de salvación. No contaban con la ayuda de las fuerzas regulares, porque en la mayor parte eran de venezolanos. El batallón de voluntarios de Fernando VII se componía de mercaderes españoles y canarios, y si bien constaba de 1.200 hombres, ellos no pensaron sino en sus propios intereses, y al saber las tristes nuevas del ejército se desertaban por escuadras para asegurar no solamente sus vidas sino sus pequeñas for-

tunas y familias. Con tales antecedentes, todos opinaron por una capitulación que los salvara, y solamente un bravo Capitán español, Bengoa, opinó por la defensa considerando suficientes las fuerzas o recursos que tenían para defender a Caracas y reanimar el ardor marcial. No fue suficiente el ánimo y valentía de este oficial para reanimar el espíritu abatido de los miembros de la junta, y ésta resolvió nombrar una comisión que llevara proposiciones de paz a Bolívar. La elección se hizo en el Marqués de Casa León, el Presbítero don Marcos Rivas, don Francisco Iturbe, amigo personal de Bolívar, doctor Felipe Fermín Paúl y don Vicente Galgana. Redactaron inmediatamente las instrucciones y se exigió del Capitán General que despachase la comisión el mismo día: tal era el terror con que todos obraban. Fierro cedió al influjo de la junta y aprobó su acuerdo, ordenando la marcha inmediata de los comisionados.

Entretanto Bolívar continuaba sus movimientos, mientras Girardot obraba sobre Puerto Cabello. El 4 de agosto ocupó a Victoria, y allí fue encontrado por los mensajeros de paz. En el mismo lugar hacía un año que se había hecho igual proposición de parte de los republicanos para implorar la clemencia de Monteverde, y entre los comisionados del General Miranda tomó parte el Margués de Casa León. El 24 de julio de 1812 Miranda aceptó las condiciones de Monteverde, y el 4 de agosto de 1813 Bolívar acordó una capitulación honrosa a los comisionados del sustituto de Monteverde [1]. Al mandar Bolívar este convenio a las autoridades de Caracas les decía: "Después de haber destruído los ejércitos que en número de 7.000 hombres oprimían a las provincias de Santa Marta, Pamplona, Mérida, Trujillo, Barinas y Caracas, nada me es más fácil que libertar a la capital de Venezuela por la vía de las armas; pero la clemencia que distingue a todos los defensores de la justicia me hace olvidar que trato con los miembros de un gobierno infractor, y sólo atiendo a la humanidad doliente, y a los clamores de los desdichados que imploran mi protección contra la justa vindicta a que se han hecho acreedores los tiranos de mi patria. Por tanto he accedido a la generosa capitulación que los comisionados, señores Marqués de la Casa León, don Fermín Paúl, don Vicente Galgana, Presbítero don Marcos Rivas y don Francisco Iturbe, han venido dirigidos por ustedes a tratar conmigo; para mostrar al universo que, aun en medio de las victorias, los nobles americanos

[1] Véase el apéndice, documento número 4.

desprecian los agravios y dan ejemplos raros de moderación a los mismos enemigos que han violado el derecho de gentes y hollado los tratados más solemnes.

"Estas capitulaciones serán cumplidas religiosamente para oprobio del pérfido Monteverde y honra del nombre americano".

La capitulación, como verá el lector en los documentos, daba la más completa seguridad de las personas y propiedades, bajo la condición de que se entregaran las armas y elementos de guerra y la ocupación de todos los pueblos de la provincia de Caracas, incluso el puerto de La Guaira. A todos concedía la facultad de ausentarse a los dominios de España con sus intereses, fijando el término de un mes para pedir sus pasaportes, y el de dos para dejar la República, pudiendo nombrar apoderados para recaudar sus intereses y arreglar sus negocios. Exigió solamente que fuera ratificado el convenio dentro de 24 horas después de recibido por el Capitán General accidental, para evitar las consecuencias de una anulación. Para dar más confianza, declaró que daría pasaporte a los militares españoles dejándoles el uso de sus espadas y les concedería a las tropas los honores de la guerra conforme a las leyes internacionales, y el Gobierno republicano haría los gastos.

Los comisionados partieron para Caracas satisfechos de su misión, y llevando una capitulación que sin duda iba a dar término a la guerra a muerte. Con este paso de generosidad Bolívar quiso demostrar al mundo que no le animaban sino nobles sentimientos, y que él no anhelaba más que por el triunfo de la causa de la libertad. Este hecho demasiado significativo honrará siempre la memoria del caudillo de la independencia y muestra cuáles eran sus intenciones.

Nadie podía imaginar que no se cumpliesen las capitulaciones; pero el Brigadier Fierro y muchos de sus subalternos no oían la voz del honor, y acosados por el remordimiento de su conciencia, por los males que habían causado a los patriotas después de la infracción de las capitulaciones con el General Miranda, recelaban que los republicanos por vía de retaliación hicieran otro tanto y faltaran a sus promesas. Poco conocían el carácter de Bolívar y la fidelidad con que cumplía su palabra.

Sin cuidarse de conservar (entre tanto se negociaba la paz) la tranquilidad pública, sólo se ocupaban Fierro y los suyos en huír desde la misma noche del 3 de agosto, y apenas demoraron su fuga hasta la del 4, por los informes que diera el Teniente Coronel Budia, asegurando que los patriotas no podían llegar antes de dos días. Dictó al efecto sus órdenes el Capitán General, y

entre otras medidas acordó que el señor Francisco Paúl, patriota decidido, se encargara de la Gobernación de Caracas anunciando por un bando que dejaba libres a los venezolanos y mandados por un compatriota suyo. El señor Paúl, que había sufrido demasiado bajo la autoridad de Monteverde por sus opiniones, se excusó tenazmente en hacerse cargo de la autoridad que se le delegaba; pero viose obligado a ceder, a ruego de muchos que encontraban en él un garantía. Empeñóse el nuevo gobernador en detener al Capitán General para que ratificara la capitulación; pero aquél no hacía sino jugar una farsa para que su fuga fuera segura y evitar que los patriotas se sublevaran y lo entregaran al vencedor, no obstante que la desarmada población de Caracas nada podía hacer. La marcha del Brigadier Fierro y los principales jefes y empleados españoles se verificó con el mayor desorden, dejando abandonados los almacenes y oficinas públicas y hasta tolerando el robo de ellas por los fugitivos. Quedaban a merced del vencedor los infelices que no se podían mover, y las pocas tropas de diferentes armas, con alguna artillería, que les eran fieles, servían de escolta al Capitán General y su comitiva para dirigirse a La Guaira.

El pueblo de Caracas, en medio del espanto con que huían los realistas, se llenó de entusiasmo y manifestaba por todas partes su gozo con vivas a la libertad y al caudillo que los ponía en uso de sus derechos. Este alborozo intimidó a Fierro y cubrió su retirada, situando al Teniente Coronel Budia en el cerro de La Pastora, ofreciéndole que le aguardaría en La Guaira, para embarcarse con él hacia Puerto Cabello.

Al llegar los comisionados a Caracas con la capitulación, se encontraron sin el jefe que debiera ratificarla, y ocurrieron al nuevo gobernador Paúl para que resolviera lo que debería hacerse. Este magistrado de circunstancias, convocó a los miembros del cabildo que no habían huído, y a varios vecinos respetables para deliberar; acordaron unánimemente que se informase de lo ocurrido a Bolívar, General en Jefe de las tropas de la Unión, para que se le suplicara que llevase a efecto por su parte el convenio.

Bolívar continuaba entre tanto su marcha triunfal desde La Victoria y por doquiera era acogido con entusiasmo y admiración. El y las tropas que mandaba eran recibidos como libertadores, y el entusiasmo iba en aumento de pueblo en pueblo y de sitio en sitio hasta llegar a Caracas. El 6 de agosto hizo el Libertador su entrada a esta ciudad, a la cabeza del ejército republicano, en medio de un numeroso concurso que le aclamaba

como Libertador y daba mil vivas al Gobierno y pueblo granadinos, de quienes había recibido Bolívar la misión y la fuerza para libertar a Venezuela.

En medio de aquel inmenso gentío se presentaron muchas jóvenes de las más bellas y graciosas de Caracas, vestidas todas de blanco como emblema de su pureza y llevando coronas de laurel y de flores, para premiar a los libertadores de Venezuela. Bolívar se sorprendió con este premio que iba a recibir de las bellas caraqueñas, y descendió rápidamente de su caballo para acatar a las jóvenes que llevaban tan lisonjera misión. Los vencedores de los españoles quedaron vencidos en presencia de las gracias, y produjo tal impresión este pasaje en el ánimo del pueblo, que se vieron correr innumerables lágrimas entre los que presenciaron la coronación de los guerreros por manos de lo más selecto del bello sexo. El repique de campanas, las continuadas salvas de artillería, las bandas de música y el alborozo del pueblo de Caracas, fueron para Bolívar uno de aquellos días memorables que nunca se borraron de su imaginación. Los parientes, los amigos de Bolívar, como muchos venezolanos víctimas del cruel Monteverde, que pudieron salir los unos de las bóvedas y cárceles, los otros de los lugares en que se habían ocultado no se satisfacían con la vista del Libertador, le abrazaban y estrechaban en su pecho lo mismo que a todos los oficiales del ejército republicano. Mientras esto pasaba en Caracas, las escenas en el camino de La Guaira y lo que pasaba en aquel puerto era enteramente diferente, y tenemos que hacer una ligera reseña, pues si ella pertenece más bien a la historia de Colombia, no por eso es un suceso que no esté unido a los que dicen relación con los hechos de la vida del General Bolívar, y que influyeron en su conducta pública.

Como dejamos dicho, el Brigadier Fierro y muchos españoles, si nesperar el resultado de la capitulación que por su orden se iniciara, huyeron vergonzosamente para La Guaira con ánimo de embarcarse; pero les acompañaba el espanto, y no tomaron sino medidas desesperadas y mal meditadas, comprometiendo a todos aquellos que, acostumbrados a obedecer, debían solos ser sacrificados en tan vergonzosa fuga.

Así como ordenó Fierro al Teniente Coronel Budia que permaneciese en las alturas de La Pastora para cubrir la retirada y a los que emigraban, al llegar a La Guaira ordenó al Comandante de la fortaleza, don Francisco Mármol, que permaneciese en su puesto para proteger el embarque de todos los que huían, ofreciéndole esperar a bordo. Pero apenas tomó aquel jefe un buque

de los pocos que quedaban en la bahía, se hizo a la vela, dejando comprometidos y a merced del vencedor a oficiales leales y cumplidos, y a un sinnúmero de realistas comprometidos en sus persecuciones contra los patriotas que capitularon en 1812 en igual mes.

Un triste espectáculo era el que presentaban los realistas que emigraban, y las tropas fieles al Rey que quedaron desde las alturas de La Pastora hasta La Guaira. El camino estaba cubierto de más de seis mil personas entre hombres y mujeres, niños, ancianos y soldados, que marchaban a pie llenos de consternación y abrasados por un sol ardiente, que dejaban abandonada su fortuna y cuanto les era más querido, temiendo la muerte y las venganzas de los patriotas a quienes tanto habían oprimido. Abandonados españoles y canarios en aquellas playas, y teniendo siempre presente el decreto de Trujillo sobre la guerra a muerte, cualquiera puede considerar cuál sería el espanto y desesperación de aquellos infelices sacrificados por un jefe, a la vez que cobarde, indolente y orgulloso, para no tratar con los republicanos. No les quedaba más recurso que huír a los bosques o implorar la clemencia del vencedor.

Bolívar, informado del estado en que habían quedado aquellos infelices y del abandono que habían hecho de todo, se ocupó inmediatamente en dictar aquellas providencias más urgentes para restablecer el orden en un país que tanto le llamaba su atención y que era su tierra natal. Un año hacía que, obscuro todavía en su carrera pública, había obtenido pasaporte para salir de Venezuela por el influjo de un amigo personal, cuyo noble comportamiento hemos referido.

Desde que Bolívar llegó a tierra hospitalaria y donde brillaba el amor a la libertad, comenzó su heroica carrera, y en Cartagena ilustró por primera vez su nombre dándose a conocer como el hombre a quien había deparado la Providencia para ser el libertador de su patria, el fundador de Colombia y Bolivia y el redentor del Perú.

Hasta la conclusión de la campaña que acabamos de referir, Bolívar no es sino un capitán: de esta época en adelante le consideramos bajo un doble aspecto, guerrero y hombre de estado; pero no adelantaremos nuestro juicio hasta concluír la relación de sus hechos, de sus glorias y desventuras, que están unidos a la historia de un continente.

CAPITULO VI

Bolívar dicta diferentes medidas para restablecer el orden y asegurar sus operaciones.—Nómbrase una comisión para tratar con el Capitán General de las tropas realistas.—Asume el mando superior y publica un manifiesto.—Resultado de los trabajos de la comisión.—Continúa la guerra sin regularizarse.—Mariño liberta el oriente de Venezuela. Principales operaciones.—Falta de unidad en el mando de Venezuela.—Bolívar continúa sus operaciones sin cooperación de Mariño.—Ataque sobre Puerto Cabello.—Propone de nuevo Bolívar regularización en la guerra y canje de prisioneros.—Obstinación del General Monteverde y sus consecuencias.—El General Bolívar da un decreto imponiendo la pena de la vida a los traidores y a los defraudadores de la renta de tabacos.—Estrecha el sitio de Puerto Cabello.—Llega una expedición de España a La Guaira. Rivas y Palacios intentan sorprenderla.—Conoce el jefe español el peligro; se va a Puerto Cabello.—Los realistas se rehacen en diferentes lugares, y en consecuencia Bolívar levanta el sitio de Puerto Cabello y se concentra sobre Valencia.—El General Monteverde sale a atacarle. Operaciones de Bolívar.—Triunfo de Bárbula y muerte de Girardot. Batalla de las trincheras en que queda destruído Monteverde.—Bolívar premia al ejército.—Entra de nuevo triunfante a Caracas y el pueblo le aclama Capitán General con el renombre de Libertador de Venezuela. Funda Bolívar la orden militar de Libertadores de Venezuela, para premiar el mérito y exaltar el patriotismo.

En medio del alborozo que había causado la entrada triunfante de los republicanos en Caracas y del estado de anarquía en que había quedado el país, no se distrajo Bolívar un momento y ocurría con sus providencias a lo grande como a lo pequeño. Sus primeras providencias fueron para restablecer el orden y asegurar los parques, almacenes y oficinas públicas, abandonados y saqueados por los mismos que huían; no por esto dejó de continuar sus operaciones sobre La Guaira, adonde se habían retirado las pocas fuerzas realistas, y cuya situación hemos descrito en el capítulo anterior.

Abandonado el país a merced del vencedor, sin haberse ratificado la capitulación de La Victoria, Bolívar no tenía contraída ninguna obligación con los enemigos, y la guerra debía continuar como había empezado. Las pasiones que dominaban en aquellos momentos en el ánimo de los venezolanos, que salían de los calabozos y mazmorras, en el de los dolientes de las víctimas sacrificadas a manos de los españoles, y en el de los que

habían perecido en el campo de batalla, eran todas de venganza y la pedían a Bolívar con energía. Los hombres prudentes hiciéronle presente que era la ocasión de dar un golpe de magnanimidad dando principio a regularizar la guerra, exigiendo que el Capitán General reducido a los muros de Puerto Cabello, cumpliese la capitulación de La Victoria, o al menos entrase en nuevos arreglos.

Bolívar generoso, y persuadido de que entonces comenzaba su más difícil misión, la de mandar el ejército y reorganizar políticamente la República, nombró una comisión para que siguiera a Puerto Cabello a tratar con el General Monteverde, compuesta en parte de los mismos realistas, a quienes esperaba un fin triste si se llevaba a efecto la guerra a muerte. Ofició que cumpliría fielmente el tratado de La Victoria, y continuaría la guerra de un modo regular, si el jefe de las armas españolas llenaba por su parte el convenio. Los Comandantes Budia y Mármol se rindieron a discreción, después de engañados y abandonados por el Brigadier Fierro, y con ellos corrían la misma suerte muchísimos españoles y canarios comprometidos. Sus vidas y sus fortunas no estaban ya en manos del vencedor, lo estaban en las de Monteverde, desde que Bolívar les ofreció derogar sólo a este precio el decreto de guerra a muerte, a que le habían obligado las crueldades y tiranía de los realistas. En consecuencia se dieron pasaportes a los comisionados para que se trasladasen a Valencia a entablar conferencias con Monteverde. La elección recayó en los señores doctor Felipe Fermín Paúl, doctor Francisco González Linares, el Presbítero doctor Salvador García de Ortigosa, doctor Nicolás Pérez y doctor Fernando Patrullo. Linares y el Presbítero García eran amigos personales de Monteverde y debían influír sobre él, para persuadirle de la necesidad en que se encontraba de salvar a tantos realistas que habían caído en manos del vencedor.

El día 8 de agosto de 1813 publicó el General Bolívar una proclama, anunciando el restablecimiento de la República bajo los auspicios del Gobierno de la Confederación de Nueva Granada, y después de haber consultado a los hombres de más influencia en Caracas, asumió el mando como jefe supremo de Venezuela, separándose de las instrucciones que había recibido del Congreso de la Unión de las Provincias de la Nueva Granada, y a que se había sometido en las provincias de Trujillo, Mérida y Barinas. El ciudadano Francisco J. Ustáriz fue el que hizo la proposición de que el General Bolívar asumiera el mando supremo como director de la guerra, y nombrase los Secretarios de

Estado necesarios para la marcha de la administración: que se estableciese un supremo tribunal de justicia, y que los gobernadores de las provincias fueran simplemente jefes políticos, y se diese el mando de las armas a un militar dependiente del General en Jefe. Adoptadas en la mayor parte por Bolívar estas ideas, nombró de Secretario de Relaciones Exteriores y de Hacienda Pública al ciudadano Antonio Muñoz Tébar, de Guerra y Marina al Teniente Coronel Tomás Montilla, y de Gracia, Justicia y Policía al ciudadano Rafael Diego Mérida. Encargóse la administración general de las rentas de la nación a un intendente, conforme a las ordenanzas que existían del tiempo de la dominación de España. Los gobernadores políticos de las provincias deberían ser subdelegados suyos, y tener por agentes en varios distritos a los corregidores. Tal fue la organización que diera Bolívar a un Gobierno provisorio. Al día siguiente, 9 de agosto, dio un manifiesto firmado por el Secretario de Estado, Muñoz Tébar, en que presentaba sus ideas y las razones que le movían a tomar el partido de ejercer el mando supremo accidentalmente. Este documento demasiado importante dice más de lo que nosotros pudiéramos expresar, y parécenos conveniente insertarlo íntegro, y es el siguiente:

"La conducta de Miranda sometió la República venezolana a un puñado de bandidos, que esparcidos en sus extensas poblaciones, llevaron por todas partes los suplicios, las torturas, el incendio y el pillaje: renovaron las escenas atroces con que ensangrentaron al Nuevo Mundo sus primeros conquistadores. Las estipulaciones, la buena fe de sus habitantes, su dócil sumisión, lejos de ser un dique a la violencia, fueron el cebo de su estúpida fiereza y rapacidad; la tiranía del rudo y pérfido Monteverde echará para siempre el sello de la ignominia y del oprobio a la nación española; y la historia de su dominación será la historia de la alevosía, del terrorismo, y otros semejantes resortes de su política.

"La nación que infringe una capitulación solemne incurre en la proscripción universal. Toda comunicación, toda relación con ella debe romperse: ha conspirado a destruír los vínculos políticos del universo, y el universo debe conspirar a destruírla.

"Americanos, el acto por el cual el Gobierno español ha desconocido el sagrado de los tratados, os ha dado un nuevo y terrible derecho a vuestra emancipación y a su exterminio.

"Arroyos de sangre han regado este suelo pacífico, y para rescatarle de la tiranía ha corrido la de ilustres americanos, en los encuentros gloriosos de Cúcuta, Carache y Niquitao, donde

su impetuoso valor, destruyendo al mayor número, ha inmortalizado la bizarría de nuestras tropas. Las repetidas y constantes derrotas de los españoles en estas acciones prueban cuánto los soldados de la libertad son superiores a los viles mercenarios de un tirano. Sin artillería, sin numerosos batallones, la fogosidad sola y la violencia de las marchas militares ha hecho volar los estandartes tricolores desde las riberas del Magdalena hasta las fronteras de Barcelona y Guayana. La fama de nuestras victorias, volando delante de nosotros, ha disipado sola ejércitos enteros, que en su delirio intentaban llevar el yugo español a la Nueva Granada y al corazón de la América meridional. Cerca de tres mil hombres a las órdenes de Tíscar, seguidos de una formidable artillería, estaban destinados a la ejecución del proyecto. Apenas entrevén nuestras operaciones, huyendo como el viento, arrastran consigo como un torbellino furioso cuanto su rapacidad puede arrebatar a las víctimas que inmolaban en Barinas y Nutrias. Desesperando de hallar salud en la fuga misma, al fin solicitan la clemencia de los vencedores, y caen en nuestro poder su artillería, fusiles, pertrechos, oficiales y soldados. Un ejército fue así destruído sin un tiro de fusil, y ni sus reliquias pudieron salvarse.

"Nada importa que el Comandante Oberto, confiado en sus fuerzas, intente para sostener a Barquisimeto, aventurar el éxito de una batalla con el ejército invencible. La memorable acción de Los Horcones, ganada por nuestros soldados, es el esfuerzo mayor de la bizarría y del valor. Sólo quince hombres pudieron escapar por una veloz y vergonzosa huída. Ejército de Oberto, divisiones de Coro, artillería, pertrechos, bagajes, todo fue apresado o destruído. Nada faltaba ya al ejército republicano, sino aniquilar el coloso del tirano mismo. Estaba reservado a los Taguanes ser el teatro de esta memorable decisión.

"Monteverde había reunido allí las únicas fuerzas que podían defenderle. Si fue éste el último y el mayor esfuerzo de la tiranía, el resultado le fue también el más desastroso y funesto. Todos sus batallones perecieron o se rindieron. No se salvó un infante, un fusil. Sus más expertos oficiales muertos o heridos. Este fue el momento de la redención de Venezuela. Allí fueron las últimas atrocidades de Monteverde. En su fuga incendiaba las poblaciones, pillaba a todos los habitantes, y con los despojos de los pueblos se refugió a Puerto Cabello, donde su estupidez no le ha permitido almacenar provisiones de víveres, ni aun de pertrechos.

"Pocas victorias han sido acompañadas de circunstancias tan gloriosas. Ella ha dado un esplendor a las armas americanas, de que no las creían capaces los otros pueblos. No hubo sino un solo herido; y el ejército de Monteverde fue pulverizado. Las ciudades de Valencia, las de los valles de Aragua, Caracas, La Guaira, todo lo que la tiranía había reducido a una desolación espantosa, fue en un momento rescatado, animado del regocijo universal; y al silencio de los muertos sucedieron los vivas de la Libertad!

"¿Quién hubiera esperado que cuatro miserables europeos, indisciplinados y sin caudillo, de la ciudad de Caracas, hubieran propuesto entonces al vencedor condiciones para rendirse? Desunidos, impotentes y sumergidos entre millares de patriotas que bastaban para sofocarlos, presentaron un tratado de capitulación, que sólo hubiera soportado la clemencia del vencedor. Se concluyó en La Victoria con ventajas que no podía esperar su estado miserable. La conciencia de sus crímenes no les permitió esperar tampoco el resultado de la negociación; corrieron vergonzosamente en tropel a los buques de la bahía, como solo medio de su salvación.

"Habitantes de Caracas y La Guaira: vosotros habéis sido testigos oculares del desorden escandaloso con que el Gobierno español ha desaparecido de entre vosotros, abandonando, a merced de los vencedores, a los mismos que debían ser el blanco de la ira y la venganza. ¿Qué hombres sensatos podrán ser más los partidarios de un inicuo gobierno, que después de haberlos envuelto en sus crímenes, los expone él mismo al sacrificio? ¿Un gobierno cuyo objeto es el pillaje, sus medios la destrucción y la perfidia, y que lejos de ver la defensa general, rinde a cuchillo a sus más comprometidos defensores?

"Nuestra clemencia ha perdonado a esta última perfidia; ha retirado del suplicio a los destructores de Venezuela, y ha propuesto por una comisión a sus residuos, acogidos en Puerto Cabello, extender a ellos mismos tan incomparable generosidad. Si ellos resisten, su obstinación labrará su pérdida por un funesto escarmiento.

"Está borrada, venezolanos, la degradación e ignominia con que el déspota insolente intentó manchar vuestro carácter. El mundo os contempla libres, ve vuestros derechos asegurados, vuestra representación política sostenida por el triunfo. La gloria que cubre las armas de los libertadores excita la admiración del mundo. Ellas han vencido: ellas son invencibles. Han infundido un pánico terror a los tiranos, infundirán un decoroso respeto

a los gobiernos independientes, como el vuestro. La misma energía que os ha hecho renacer entre las naciones, sostendrá para siempre vuestro rango político.

"El General que ha conducido las huestes libertadoras al triunfo, no os disputa otro timbre que el de correr siempre al peligro y llevar sus armas dondequiera que haya tiranos. Su misión está realizada. Vengar la dignidad americana tan bárbaramente ultrajada, restablecer las formas libres del gobierno republicano, quebrantar vuestras cadenas, ha sido la constante mira de todos sus conatos. La causa de la libertad ha reunido bajo sus estandartes a los más bravos soldados, y la victoria ha hecho tremolarlos en Santa Marta, Pamplona, Trujillo, Mérida, Barinas y Caracas.

"La urgente necesidad de acudir a los débiles enemigos que no han reconocido aún nuestro poder, me obliga a tomar en el momento deliberaciones sobre las reformas que creo necesarias en la constitución del Estado. Nada me separará de mis primeros y únicos intentos. Son vuestra libertad y gloria.

"Una asamblea de notables, de hombres virtuosos y sabios, debe convocarse solemnemente para discutir y sancionar la naturaleza del gobierno y los funcionarios que hayan de ejercerle en las críticas y extraordinarias circunstancias que rodean a la República. El Libertador de Venezuela renuncia para siempre, y protesta formalmente, no aceptar autoridad alguna que no sea la que conduzca nuestros soldados a los peligros para la salvación de la patria.

"Caracas, 9 de agosto de 1813, 3º de la independencia y 1º de la guerra.

De orden del General en Jefe,

Antonio Muñoz Tébar,
Secretario de Estado".

Como ha visto el lector en este documento, Bolívar ofreció convocar una asamblea que resolviese sobre la organización del país. Sin embargo, tuvo alguna oposición de aquellos celosos republicanos que, sin hacerse cargo de las circunstancias, creían que se podía establecer el sistema de gobierno federal; pero no para unir, como sucedió en los Estados Unidos, diversas provincias independientes unas de otras, sino para separar las de Venezuela, y hacerla conservar únicamente una unión débil, a lo cual se debió el triunfo de los españoles en 1812. De todo dio cuenta Bolívar al Gobierno granadino, exponiéndole los fun-

damentos en que se había apoyado para no cumplir sus instrucciones. Nombró de gobernador político de Caracas al doctor Cristóbal de Mendoza y de Comandante General al Coronel Rivas. En seguida dictó aquellas medidas que en su concepto eran más urgentes sobre la administración pública, y mencionaremos la excitación que hizo a los venezolanos, para que contribuyesen con sus bienes y sus personas al sostenimiento de la guerra, de 11 de agosto; la declaración de escoger los empleados públicos entre buenos servidores y patriotas, de 13 de agosto; la invitación a los extranjeros para venir a residir en Venezuela, de fecha 16 de agosto [1].

Tales fueron los actos más importantes de Bolívar, en el principio de su Gobierno, que puede llamarse su primera dictadura. Si bien no cumplió el encargo que recibiera del Congreso granadino, obró del único modo que podía hacerlo, cuando tenía aún que obrar contra el enemigo común y cuando la plaza de Puerto Cabello estaba en poder del Capitán General Monteverde, a quien se habían dirigido, como dejamos dicho, proposiciones de paz, y una comisión que explanase las ideas y sentimientos de Bolívar. Volvamos, pues, a esta cuestión que es de alta importancia en los hechos del Libertador, que vamos refiriendo.

El 10 de agosto, desde la ciudad de Valencia, se dirigió la comisión a Monteverde, informándole de los acontecimientos y de la capitulación de La Victoria; el 12 le escribió su amigo González Linares, y el 13 repitieron sus instancias para obtener alguna respuesta. El 12 había dado su primera contestación, negándose a reconocer la capitulación. Nuevas observaciones hicieron los comisionados el 14; y el 15 confirmó su resolución de no entrar en tratados ni convenciones con los patriotas [2]. La exposición de la comisión es sumamente importante, y en ella se ve el ardiente anhelo que tuvieron aquellos honrados caballeros para poner un término a tántos males.

Graves cargos se hicieron al General Monteverde por su conducta; pero hoy que los tiempos han pasado, y podemos ver con imparcialidad los hechos, si bien no aprobamos el modo que tuvo de conducirse Monteverde, creemos que la exigencia de Bolívar de pedir que se le entregase la plaza fuerte de Puerto Cabello fue exagerada, pues un general que tiene que responder a su nación del éxito de la guerra, y mucho más, después de la poca

[1] Vease el apéndice, documentos números 7, 8 y 9.

[2] Véanse los documentos números 4 y 5 en el apéndice.

inteligencia con que mandó la campaña, se habría cubierto de eterno oprobio rindiendo una plaza mal sitiada y teniendo recursos para defenderla; pero no le disculpamos en cuanto a no haber hecho algo por sus compatriotas, y promovido la regularización de la guerra, puesto que a ello daba lugar la conducta de Bolívar. Vio con desdén Monteverde la intimación del Libertador, y no quiso ni aun entrar en contestaciones oficiales, lo cual agrió más los ánimos, y la guerra a muerte siguió de un modo cruel y bárbaro entre pueblos de un mismo origen. El Gobierno español guardaba por su parte un silencio criminal y dilataba sus resoluciones por años enteros, sobre sucesos que había debido considerar y resolver. Mirábase la revolución como una rebelión, y a millones de hombres que alegaban los mismos derechos que se sostenían con buenos principios en las cortes de España, se les trataba como traidores y debían sufrir la pena capital y las de confiscación y trabajos forzados. Por tales razones, continuó Bolívar sus operaciones, y ensangrentóse de nuevo la guerra en todos los puntos de la República. En el oriente, Mariño, Piar y otros jefes distinguidos habían obtenido espléndidos triunfos; pero el país no estaba constituído, y en tan críticas circunstancias faltaba unidad de acción al gobierno republicano. Bolívar, como hemos dicho, había asumido el poder supremo por consejo de sus amigos políticos, y convencídose de la necesidad de obrar con sistema y enérgica resolución. Sin embargo suscitóse una grande oposición, y el 13 de agosto tuvo que decir Bolívar al gobernador de Barinas, en consecuencia de la resistencia que se le oponía: "A nada menos quisiera prestar materia que a las sospechas de los celosos partidarios del federalismo, que pueden atribuír a miras de propia elevación las providencias indispensables para la salvación de mi país; pero cuando pende de ellas la existencia y fortuna de un millón de habitantes y aun la emancipación de la América entera, toda consideración debe ceder a objeto tan interesante y elevado. Lamento ciertamente que reproduzcáis las viciosas ideas políticas que entregaron a débil enemigo una república entera, poderosa en proporción. Recórrase la presente campaña, y se hallará que un sistema muy opuesto ha establecido la libertad. Malograríamos todos los esfuerzos y sacrificios hechos si volviéramos a las embarazosas y complicadas formas de la administración que nos perdió... ¿Cómo pueden ahora pequeñas poblaciones, impotentes y pobres, aspirar a la soberanía y sostenerla? En la Nueva Granada la lucha de pretensiones semejantes a las vuestras, degeneró en una abominable guerra civil que hizo correr la san-

gre americana, y hubiera destruído la independencia de aquella vasta región sin mis esfuerzos para conseguir una conciliación, y el reconocimiento de una suprema autoridad. Jamás la división del poder ha establecido y perpetuado gobiernos, sólo la concentración ha infundido respeto, y no he libertado a Venezuela sino para realizar este mismo sistema. ¡Ojalá hubiese llegado el momento de que pasara mi autoridad a otras manos! Pero mientras dure el peligro actual, a despecho de toda oposición, llevaré adelante el plan enérgico que tan buenos sucesos me ha proporcionado.

Si un Gobierno descendiera a contentar la ambición y la avaricia humana, pensad que no existirían pueblos que obedeciesen. Es menester sacrificar en obsequio del orden y del vigor de nuestra administración, las pretensiones interesadas; y mis innovaciones, que en nada se exceden a la práctica del más libre gobierno del mundo, serán sostenidas a toda costa por exigirlo mi deber y mi responsabilidad".

En tan críticas circunstancias Bolívar cargó sobre sí una grande responsabilidad, y al ejercer el mando que le confiara una reunión de hombres de la capital de Venezuela, acaso no faltará quien acuse este hecho, porque no estaba representada la nación en los que confirieron a Bolívar tal autoridad. Pero si se considera el curso de los sucesos y la imperiosa necesidad de obrar, se convendrá que fue una fortuna esta resolución y muy laudable el patriotismo de Bolívar en obedecer a la voz de sus compatriotas para hacerse cargo de un mando que sólo las circunstancias legalizaban, y solamente faltó que todo el país siguiera el mismo pensamiento.

A pesar de estas dificultades no se arredró Bolívar, y con una constancia imperturbable siguió los impulsos de su genio, y atendiendo a lo más importante dictó sus órdenes como lo creyó más útil y conveniente a la situación del país. Activo e infatigable, tenía que ocurrir a las medidas estratégicas como a las administrativas, porque aquéllas eran imposibles sin recursos. Las rentas estaban destruídas y el comercio y la agricultura anulados. Los soldados combatían mal vestidos, peor armados y escasamente municionados. La guerra estaba en su origen, y nadie podía salir de tan embarazada situación con los medios ordinarios. La guerra, decía Bolívar, debe ser costeada por los enemigos, y en consecuencia mandó confiscar los bienes de los españoles y canarios que emigraron con las tropas realistas, e impuso fuertes contribuciones a los desafectos que habían permanecido en el territorio libertado. La medida era de retaliación, porque otro

tanto habían hecho las autoridades realistas después del triunfo de Monteverde, y con la victoria de los republicanos se habían salvado los bienes de los patriotas que no debían ser gravados con igualdad proporcional, y solamente se les exigió un subsidio de un 20 por ciento por los costos que se habían hecho para recuperarlos. Las raciones se suministraban lo mismo que las remontas y bagajes según las órdenes de los alcaldes y jueces subalternos de cada territorio.

Tomadas estas medidas administrativas, el Libertador dispuso que el General Urdaneta marchara a unirse al Coronel Girardot a Valencia, donde estaba la mejor parte de sus tropas, y siguió en la misma dirección con su estado mayor para activar las operaciones sobre Puerto Cabello, habiendo pedido al General Mariño que le auxiliase con su marina para estrechar el sitio de la plaza y que dispusiera de una de sus divisiones en la persecución de los realistas que ocupaban las llanuras de la antigua provincia de Caracas.

Para comprender mejor las operaciones de Bolívar tendremos necesidad de hacer una digresión explicando lo más importante de los sucesos del oriente, y encadenar así la historia del hombre célebre cuyas glorias y desventuras, cuyos hechos públicos y opiniones forman por cierto una historia de Colombia en la relación de la vida del gran Capitán, objeto principal de nuestras tareas. De otro modo, sería difícil valorar el mérito de tan insigne personaje.

Desde el 25 de mayo había sido el General Monteverde derrotado en Maturín. Mariño emprendió la campaña que debía libertar a Cumaná pero le faltaba marina con que atacar y destruír las fuerzas navales que al mando de don Francisco de Salas y Echeverría dominaban el golfo de Cariaco y la costa de Paria. Los sufrimientos de los habitantes de Margarita por las maldades del Coronel don Pascual Martínez, jefe español y uno de los más crueles contra los patriotas, produjeron una sublevación el 13 de junio de 1813, y acaudillados por el joven Rafael Guevara, restablecieron el gobierno republicano y libertaron al Coronel Juan B. Arismendi, que andando los tiempos fue uno de los Capitanes Generales de Colombia. Este caudillo de la independencia tomó el mando de la isla de Margarita y comunicó al General Mariño el triunfo de los republicanos, y que tenían reducido al Coronel Martínez a la fortaleza de Pampatar. Arismendi armó tres goletas y once buques menores, y formó una escuadrilla que a órdenes del Comandante José Bianchi fue a bloquear a Cumaná de acuerdo con el General Mariño. Diez combates tuvieron los

republicanos con los españoles en aquellos días hasta el 31 de julio, en que Mariño intimó al gobernador Antoñanzas la rendición de la plaza. Con mucha arrogancia contestó que se defendería como los iberos en Sagunto; pero buscó su salvación embarcándose en los buques de guerra y dejando el encargo de imitar a los saguntinos al Sargento Mayor don Juan Nepomuceno Quero, oficial tránsfuga de los republicanos, que traicionó sus banderas en Caracas llamando a Monteverde en tiempo de Miranda. Sin atender a las instrucciones de Monteverde para defenderse, entró en relaciones con el General Mariño y le ofreció una capitulación honrosa, que no llevó a efecto, y siguiendo el ejemplo de su jefe, huyó dejando clavada la artillería. Mariño conoció la trama del jefe español, y siguió para Cumaná, y el 2 de agosto ocupó la plaza, desclavó la artillería y atacó los buques españoles desde tierra. Otro tanto hizo el Comandante Bianchi, y fueron apresados cinco buques, escapándose solamente tres, con Quero y Antoñanzas, que iba mal herido y de cuyas resultas murió en Curazao. Entre los prisioneros cayeron 47 oficiales de los más crueles contra los republicanos, y fueron pasados por las armas: tal era el odio y la venganza con que se hacía la guerra. Igual suerte cupo al Coronel Martínez en Margarita en compañía de 28 oficiales, y en retaliaciones de las ejecuciones que hicieron Antoñanzas, Zuazola y Cerveris en el oriente de Venezuela. Este último, al saber la rendición de Cumaná huyó para Guayana desde Yaguaparo, mandando asesinar a los prisioneros, entre los que se encontraba el Comandante Bernardo Bermúdez, mal herido y en una cama del hospital en que fue degollado. Acontecimiento fue éste que irritó de tal modo el ánimo del Teniente Coronel José Francisco Bermúdez, hermano del muerto, que le hizo cometer la cruel represalia de fusilar a todos los españoles y canarios que tomó prisioneros en Cariaco, Carúpano y Río Caribe, con tal crueldad, que perecieron algunos inocentes sin más delito que haber nacido en España.

El número de los muertos ascendió a 122, y sin los esfuerzos del prefecto de las misiones, fray Francisco Aliaga, hubiera sido mayor. La irritación de los republicanos había subido de punto, cuando supieron los sufrimientos de las personas de ambos sexos, que se llevaron en calidad de rehenes a Cumaná. Muchos fueron arrojados al mar para robarles sus intereses, otros sofocados en las bodegas de los buques y otros desaparecieron hasta hoy, sin saber cómo han perecido.

Libertada la parte oriental de Cumaná, Mariño destinó al Comandante Piar a atacar a Barcelona con una fuerte columna

de tropas. El Mariscal de Campo don Juan Manuel de Cajigal, que mandaba aquella provincia, y la sostenía con pericia militar, sabiendo la pérdida de Caracas y la ocupación de Cumaná, retiróse para Guayana y dispersó más de mil hombres en guerrillas, y la más fuerte fue una confiada a don José Tomás Boves y don Francisco Tomás Morales de poco más de 100 hombres, con que se dirigieron a los llanos de Santa María de Ipire, en donde comenzaron sus operaciones, y que fueron tales, que al fin consiguieron una horrible y cruel celebridad. Cajigal, que conocía la importancia de Guayana para base de operaciones, emprendió prudentemente su retirada a aquella provincia. Los republicanos con estas ventajas creyeron libre el oriente de Venezuela, y no persiguieron a los guerrilleros ni a las tropas regulares que se dirigieron al Orinoco. Mariño fue nombrado Jefe supremo y Piar su segundo, por una reunión de ciudadanos, no obstante que lo mismo que en Caracas hubo un partido que quería el restablecimiento del Gobierno federal. En uso de las facultades que se le concedieron empezó a organizar el país y las tropas que mandaba; pero, como dejamos dicho, descuidó las operaciones.

Dividióse el país en dos grandes secciones a órdenes de Bolívar y Mariño; hubo también división de acción, y sin un plan combinado era imposible dirigir bien la guerra. Piar fue comisionado por Mariño cerca de Bolívar para acordarse; pero por buenas que fueran las disposiciones de unos y otros no se convenían en un jefe que mandara el todo, y al mismo tiempo se les ponían trabas por los celosos patriotas que deseaban la creación de un gobernador civil. Entretanto los españoles organizaban una fuerza en las márgenes del Orinoco y del Apure.

Tales fueron los sucesos de oriente hasta mediados de agosto, en que suspendimos la relación de los hechos de Bolívar para encadenar su historia.

Bolívar, que no veía asegurada su conquista desde la frontera granadina hasta Caracas, pidió a Mariño que destinase una división de sus tropas para batir a los realistas que se organizaban en las llanuras de Calabozo, y su escuadra para estrechar el sitio de Puerto Cabello, cuya plaza se fortificaba cada día más, y las discusiones inútiles sobre gobierno habían dado tiempo a Monteverde para mejorar sus operaciones de defensa. Auxiliado por todos los realistas, el 20 de agosto tenía el jefe español completamente organizada la defensa.

Han creído muchos que después de las victorias obtenidas sobre el jefe español en Taguanes y la ocupación de Valencia, debió seguir a Puerto Cabello, antes que Monteverde tuviera

tiempo de rehacerse y fortificarse en aquel baluarte de Venezuela. Ciertamente la medida parecía necesaria, pero Bolívar conocía la importancia de libertar a Caracas, adquirir fuerza moral, destruír a Fierro, y ocupar igualmente La Guaira poniéndose en contacto con las fuerzas de oriente. Sus tropas no eran suficientes para emprender operaciones decisivas en diferentes direcciones; y sin la división del mando entre él y Mariño y las disputas sobre organización política de que hemos dado noticia, nada se habría perdido con ir a Caracas, antes de estrechar el sitio de aquella plaza.

Al promediar agosto ya habían marchado sobre Valencia dos divisiones y seguido Bolívar sus movimientos: apenas se habían separado estas fuerzas de Caracas cuando los esclavos y otras gentes perdidas se sublevaron en los pueblos de Santa Lucía, Santa Teresa y Yare. Los españoles que movían a la ínfima clase del pueblo, lograron sublevar los valles del Tuy. Por largo tiempo fue una calamidad esta insurrección. El Comandante Francisco Montilla atacó el 6 de septiembre de 1813 la fuerza de 800 hombres que formaran los sublevados, en San Casimiro de Güiripa; pero no los destruyó, y retirados en guerrillas a los bosques llamaban siempre la atención de Caracas amenazándola por esa parte y desolando aquellos pueblos con robos y devastaciones.

No eran únicamente éstos los conflictos en que entró Bolívar para continuar operaciones decisivas sobre Puerto Cabello. Boves aumentaba sus partidas y había derrotado una columna patriota en Santa María de Ipire. El indio Reyes Vargas, unido al cura Torrellas, había formado al occidente de la provincia de Caracas un cuerpo de cerca de mil hombres, y Yáñez se engrosaba cada día más en San Fernando de Apure. Sin los recursos que Bolívar encontró en Caracas no habría podido hacer nada, ni estrechar a Monteverde con las pocas fuerzas con que venció en Taguanes. Sin embargo dividió su atención a los puntos que dejamos indicados, mandando al Teniente Coronel Tomás Montilla con 600 hombres sobre Calabozo para atacar a Boves: al Comandante Ramón García de Sena le confió otra columna de 550 hombres para que marchara a oponerse a Reyes Vargas y obrase de acuerdo con Montilla, para que, obtenido el triunfo sobre aquellos realistas, siguiera a Apure contra Yáñez.

Quedábanle a Bolívar solamente 800 hombres en Valencia para continuar con ellos sus operaciones contra Puerto Cabello y estrechar el sitio de la plaza.

El 26 de agosto dispuso el Libertador que el Coronel Girardot marchase con una columna por Aguacaliente, para apoderarse de las baterías de la Vijía y Mirador de Solano que defendían los españoles. Bolívar marchó con la otra columna a cargo del Mayor General R. Urdaneta por la ruta de San Esteban. Girardot ocupó la Vijía, y Urdaneta la parte interior de la ciudad. El ataque fue vigoroso y decidido, y decía Bolívar que siendo la mayor parte de la fuerza de las tropas granadinas, se debió al arrojo de éstas el brillante resultado del ataque de infantería contra baterías de artillería: la que tomó Bolívar en los puntos ocupados, y la que hizo venir de Valencia, le permitieron abrir sus fuegos al día siguiente sobre el Mirador de Solano y sobre los buques, impidiendo que los sitiados pudieran proveerse de agua en el río. El enemigo se vio obligado a obrar con mayor energía, y provisto de muchos elementos de guerra tanto en sus bajeles como en sus fortalezas, lanzaba bombas y balas rojas sobre la parte de la ciudad defendida por Bolívar, quien asedió la plaza por tierra, completando el asedio por mar con tres bergantines y tres goletas de que podía disponer. Quedaron reducidos los españoles al castillo de San Felipe y a las estacadas de la parte interior de la plaza, sobre cuyos puntos era incesante el fuego de las baterías exteriores que estableció el Libertador. Monteverde calculó, el 29 de agosto, que le sería ventajoso un ataque de sorpresa apoyado por el fuego de los baluartes, y se decidió a intentarlo, aunque fue rechazado por la brillante defensa de los sitiadores. El Libertador Bolívar, no obstante que carecía de todos los elementos para escalar una fortaleza, y de gruesa artillería para abrir brecha sobre la muralla del castillo, emprendió un ataque atrevido el 31 de agosto, mandando atacar el pueblo interior por dos columnas a órdenes de los valientes Capitanes Camacho y Monagas. Simultáneamente se rompieron los fuegos por los expresados oficiales y las baterías de la línea sitiadora. Los españoles sostuvieron con bizarría el ataque y no dejaron penetrar a los del asalto, que sufrieron mucho, y viose obligado el General Bolívar a ordenar la retirada, después que Camacho fue mortalmente herido lo mismo que su compañero Monagas y los valientes oficiales Peñalverde y Carrillo.

El Comandante del Mirador de Solano, Zuazola, creyó tomada la plaza y cobardemente abandonó su puesto: al día siguiente cayó prisionero, lo mismo que la mayor parte de sus soldados que buscaban la salvación en los bosques de fuera de la ciudad.

Este jefe, que había sido de los más sanguinarios, imploró de Bolívar el canje de su persona por el Coronel Jalon, que estaba con otros en las prisiones del castillo: el Libertador acogió la idea y propuso al general español el canje del Coronel Diego Jalon por Zuazola y el de otros prisioneros. Contestó el Mayor General Juan N. Quero que no accedía al canje de Jalon; y "que solamente se haría el canje entre subalternos persona por persona, protestando fusilar dos prisioneros patriotas por cada europeo que muriese en poder de los republicanos que mandaba don Simón Bolívar". El Mayor General Urdaneta respondió, de orden del Libertador, que no accedía a su demanda, y en un enérgico y bien sentido oficio le hizo saber a Monteverde que perecerían seis mil españoles y canarios que estaban en poder de los patriotas, a la primera víctima americana que sacrificara el gobernador español, y mandó Bolívar fusilar a Zuazola, cuyos horrendos hechos le hacían acreedor a mil muertes. Monteverde cumplió su promesa de talión ejecutando un número doble de entre los patriotas que tenía en su poder, aunque ellos no eran militares sino simples ciudadanos presos, violando la capitulación de San Mateo.

No obstante esto, Bolívar, deseando regularizar la guerra, y para salvar a los patriotas que gemían en las bóvedas, mandó un parlamento a Monteverde con dos amigos personales de aquel jefe, los señores Presbítero don Salvador García de Ortigosa y don Francisco González de Linares, ofreciendo poner en libertad dos europeos por un americano, comprendiéndose entre éstos al Coronel Jalon. Contestó que pondría en libertad a los prisioneros que tenía en el castillo de San Felipe por todos los españoles que existían en poder de los republicanos, exceptuando al Coronel Jalon. Bolívar aceptó la proposición, no obstante la desproporción y que el enemigo iba a recibir un gran refuerzo, exigiendo sólo que fuese comprendido Jalon. Negóse a ello Monteverde, instigado por los realistas que le acompañaban, y puso en prisión al parlamentario Ortigosa. Así quedaron los españoles y canarios defensores del rey sujetos a la pena de talión, y la guerra continuó con un encarnizamiento bárbaro e indigno del siglo en que se hacía.

Bolívar que preveía hasta dónde irían las venganzas, insistió por dos veces en sus proposiciones de humanidad para regularizar la guerra; pero nada pudo obtener, y la historia cuenta los inútiles y crueles sacrificios de vidas que se hicieron en seguida, porque se disputaban en crueldad realistas y republicanos. El país todo era un vasto campo de venganzas, desde Barinas hasta

Caracas y Puerto Cabello. El temor de los asesinatos de los españoles sobre los patriotas arredró a muchos, y comenzaron las defecciones, lo cual obligó a Bolívar a dar una proclama en que fulminaba la pena de muerte contra los que traicionaran sus banderas. Este documento se publicó el 6 de septiembre de 1813 y en seguida dio otro con la misma pena a los defraudadores de la renta de tabacos: esta última medida exagerada fue indigna del héroe cuyos hechos referimos, pues no debió ocurrir a una pena dispendiosa, inhumana e inútil. Sentimos tener que hablar de este decreto; pero la imparcialidad de historiadores nos obliga a ser verídicos aunque tengamos que poner algunas líneas que obscurecen la relación de brillantes hechos [1].

El sitio de Puerto Cabello se estrechaba con los medios de que podía disponer Bolívar y mandó erigir nuevas baterías y artillar los fuertes que había tomado al enemigo, molestando con sus fuegos a los sitiados y haciendo algunos ataques parciales, para no dejarlos reposar y tenerlos en continua alarma. Las fiebres endémicas de aquel país se presentaron en las tropas e hicieron más mal que las balas del enemigo, que no habían dejado de causarlo. Tuvo Bolívar que lamentar la pérdida del valiente comandante de artillería Francisco Tinoco. Disminuída la fuerza sitiadora por estas causas y no teniendo el General en Jefe Bolívar los medios necesarios para dar un asalto fructuoso, ni para abrir una brecha y tomar a viva fuerza la plaza, resolvió retirarse para ocurrir a la defensa de las provincias del interior en donde los españoles se reforzaban considerablemente. Al mismo tiempo se esperaba una expedición de España, que según correspondencia interceptada en el mar por los corsarios republicanos, había sido formada y equipada por el comercio de Cádiz que temía perder la colonia en donde ejercía un monopolio lucrativo. El 13 de septiembre se presentó la expedición española al frente de La Guaira y, prevenido de ello el Coronel Leandro Palacios, por órdenes del General Rivas que mandaba en Caracas, izó el pabellón español para que surgiera bajo el fuego de la ciudad y conseguir alguna ventaja con esta estratagema. La expedición constaba de seis buques de transporte convoyados por una fragata de 40 cañones llamada la **Venganza** y una goleta de guerra en cuyos buques venían mil doscientos hombres de infantería al mando del Coronel Salomón. Si bien Palacios logró atraer al enemigo al puerto, éste para desembarcar tomó precauciones y fue a tierra el segundo comandante del regimiento, con un pi-

[1] Véase el apéndice, documentos números 10 y 11.

quete de quince granaderos; sin duda tuvo aviso del engaño que sufría, pues emprendió su regreso a los buques; entonces fue detenido por la fuerza y después de una lucha desigual en que perdió diez hombres, entregóse prisionero cuando ya el arrojo y el valor con que se defendió eran infructuosos. Esta conducta valerosa fue la señal suficiente para que los jefes de la expedición conocieran el engaño; picaron anclas y pusiéronse los buques a la vela con dirección a Puerto Cabello, adonde llegaron el 16 del mismo mes.

Preparado Bolívar para su retirada, supo del refuerzo que acababa de recibir Monteverde y el haberse frustrado el plan de desarmar y aprisionar la expedición española; de todo impuso a las fuerzas que mandaba por medio de una alocución, en que les daba a conocer el buen éxito que tendría la campaña, obligando al enemigo a librar un combate fuera de los muros de la plaza. La confianza ilimitada que tenían granadinos y venezolanos en su jefe, no les desalentó al emprender en la noche del 17 una retirada sobre la ciudad de Valencia. Mientras esto pasaba en la costa, el Comandante García de Sena obtenía una señalada victoria sobre los jefes españoles Reyes Vargas, Acevedo, Quintero y el Padre Torrellas, que habían reunido mil hombres en Barquisimeto. El combate tuvo lugar el mismo día 13 de septiembre que había llegado a La Guaira la expedición, y fue el campo de batalla el sitio de Cerritos Blancos, cerca de Quibor.

Bolívar ordenó en consecuencia, una concentración de sus fuerzas, y al informar de su plan al Congreso de la Nueva Granada, le decía desde Valencia: "Ha llegado el momento de los sacrificios, pues la suerte ha presentado a los americanos la última prueba que va a sellar o su eterna ignominia y esclavitud o su gloria y libertad duraderas".

El Coronel José de Yáñez y el Sargento Mayor D'Elhuyart habían obtenido triunfos sobre los realistas en San Carlos y en Nirgua, con lo cual pudo Bolívar contraerse, reorganizar sus cuerpos en Valencia, y hacer que convaleciese la tropa que se había enfermado en el sitio de Puerto Cabello. El 20 de septiembre publicó un manifiesto a las naciones del mundo, en que con un laconismo propio de su estilo, hacía una reseña de los hechos del General Monteverde, ya violando las capitulaciones, ya secuestrando los bienes de los patriotas, ya oprimiéndoles en prisiones insalubres, y finalmente matándolos sin fórmula de juicio. Empeñóse de nuevo en justificar su conducta para mandar hacer

la guerra a muerte, y si bien esta materia la hemos referido con alguna extensión, remitiremos aún al lector al apéndice de los documentos que agregamos a nuestro escrito, para que se conozcan mejor las intenciones de Bolívar [1]. Allí se encontrará no solamente aquel manifiesto, sino también la correspondencia con el Gobernador inglés de Curazao, sir J. Hodgson, que interpuso su valimiento en favor de los españoles y canarios prisioneros. Estos documentos pintan bien cuál era el encono de los combatientes en aquella guerra de desolación, origen sin duda del carácter que en tiempos remotos han venido a ennegrecer la historia de las repúblicas hispanoamericanas, que no han sido continuos campos de devastación y matanza, y a cuyo fin no hemos aún llegado. Consideración bien dolorosa para quien ha sido testigo de tántos sacrificios, de tántos hechos gloriosos, y no puede preverse cuándo llegará el día del verdadero triunfo de la civilización contra la barbarie, y del progreso de un mundo llamado a ser el asiento de la libertad racional y la continuidad de la república, que florece como ninguna nación de la tierra en las regiones septentrionales de la América.

Mientras Bolívar reorganizaba sus tropas en Valencia, levantábanse en diversos puntos guerrillas realistas, ya en el mismo occidente de Caracas, ya en las provincias del sur, sobre la frontera de la Nueva Granada. Desde Maracaibo auxilió el Gobernador Miyares a los que combatían cerca de Bailadores, y el comandante, don Aniceto Matute, se apoderó de aquella población pasando a cuchillo 56 hombres de los 60 que la guarnecían, y si muy pronto, el entonces Sargento Mayor Francisco de Paula Santander, batió en Lomapelada a los realistas, poco fruto se obtuvo de este triunfo, porque reforzados los vencidos por el Capitán Lizon, que llevó 200 veteranos de Maracaibo, atacaron a Santander y le vencieron en el llano de Carrillo, lo cual obligó a la comisión directiva, que había mandado el Congreso granadino al teatro de las operaciones, a retirarse, y Bolívar quedó cortado en sus comunicaciones con la Nueva Granada. Apenas habían pasado cincuenta días de la entrada triunfante de Bolívar en Caracas cuando se presentó una reacción realista en diversos puntos, fomentada por los españoles y secundada por el cansancio de los pueblos que sufrían continuamente exacciones y reclutamientos de los republicanos, para combatir contra fuerzas mejor organizadas que las suyas, y porque el vulgo y gente de color eran más adictos al régimen colonial que al republicanismo, que

[1] Véase el apéndice, números 12 y 13.

no comprendían. Otro tanto sucedía por el oriente, y pequeños triunfos como el del Comandante Montilla en Canatagua poco influían en la guerra. En los llanos de Calabozo se aumentaban las fuerzas de Boves y Morales. El 21 de septiembre fue sorprendido el Coronel Carlos Padrón y batida su infantería que constaba de 1.000 hombres. La caballería se pasó a los realistas.

Bolívar recibió todas estas noticias en su cuartel general de Valencia, a la sazón que Monteverde con el auxilio que había recibido del regimiento de Granada, se movía al interior con 1.600 hombres de excelentes tropas. Dividió su fuerza, mandando 600 hombres por Naguanana que tomaron posiciones en el cerro de Bárbula, y el resto marchó con él mismo, por el camino de Aguacaliente. Campóse en las Trincheras, a distancia de 2 leguas de Bárbula, y fortificó su campamento. Bolívar, que, como hemos dicho, había centralizado sus fuerzas para obrar decisivamente y había provocado al enemigo a que viniese a campo raso, en donde no pudiera apoyarse en la gruesa artillería de una plaza como Puerto Cabello, para lograr de la ventaja de la caballería de que disponía, vio logrado su intento; pero no pudiendo creer que tan desacertado movimiento lo hiciera Monteverde teniendo a su lado buenos jefes y oficiales, desconfiaba, y antes de obrar decididamente mandó verificar algunos reconocimientos para evitar una celada. Esta demora, que pudo dar tiempo al jefe español para conocer su torpeza en obrar de tal modo, situándose fuéra de la distancia de operaciones, no fue bastante para salir de su error, y Bolívar, conociéndolo, mandó atacar el 30 de septiembre la vanguardia que estaba en Bárbula a órdenes del Capitán de Fragata Bobadilla. Dividió Bolívar su fuerza en tres columnas y mandábanlas Girardot, D'Elhuyart y Urdaneta. Estos tres valientes jefes se condujeron con una bizarría sin igual, y trepando sobre las escarpadas posiciones de los españoles, los batieron completamente; pero tuvo la república en este triunfo que llorar la pérdida del distinguido Coronel Girardot, a quien mató una bala perdida de los fugitivos al fijar sobre la altura de Bárbula el estandarte de la república. Este ilustre granadino, natural de la provincia de Antioquia, había sido el primer vencedor de los españoles el 28 de marzo de 1811, en Palacé, en el sur de la Nueva Granada, mandando la vanguardia como capitán, a las órdenes del Brigadier Baraya. Bolívar, que conocía su mérito, lamentó siempre su pérdida, pues había creído que era el hombre deparado para ser el primer general granadino, y le tenía previsto para grandes cosas. El decreto que dio para eternizar su memoria, y los honores que le decretó, mandando llevar

el corazón de este esforzado jefe a la capital de Caracas, prueban cuánto le amaba y las esperanzas que había tenido en él. Tal decreto, que se llamó de reconocimiento nacional, sólo se cumplió en cuanto a llevar el corazón a Caracas, y depositóse en la catedral con una función fúnebre que presidió el arzobispo.

Monteverde permaneció inactivo en sus posiciones de las Trincheras, que los españoles llaman en sus relaciones Aguacaliente, y allí esperó el ataque de los republicanos.

Los granadinos sintieron tanto la muerte de su compatriota, que no pensaron más que en vengarla. Bolívar, que sabía sacar ventaja de todas las impresiones del momento, exaltó más el ánimo guerrero de esa valiente tropa, y aumentada su fuerza con venezolanos formó una columna de 1.000 hombres que dio a mandar al Teniente Coronel D'Elhuyart, paisano y amigo de Girardot: aquél correspondió a la confianza de Bolívar, y con un ataque rápido y bien combinado logró vencer a Monteverde el 3 de octubre, quien herido en la cara huyó con el resto de su fuerza a ampararse en las fortalezas de Puerto Cabello, cuyo sitio se restableció confiriendo el mando de la línea al mismo D'Elhuyart. Monteverde, ya por sus heridas, ya por las disputas que tuvo con el Coronel Salomón, se retiró del mando y encargóse de la defensa de la plaza su segundo.

Bolívar después de estas victorias, que le daban lugar a pensar en nuevas operaciones, quiso premiar el mérito de los distinguidos oficiales y jefes que le acompañaban y dio un ascenso a todos, elevando a Brigadier al Coronel Rafael Urdaneta y dejándole el mando de 700 hombres para que siguiera al occidente y reuniera a su división las milicias de San Carlos y la fuerza que mandaba García de Sena en Barquisimeto. El Teniente Coronel Campo Elías fue destinado con una columna de mil hombres a obrar sobre Calabozo contra Boves y Morales, y debía aumentar sus fuerzas en Cura, San Sebastián y Chaguaramas para atacar al enemigo.

Después de haber dado tales disposiciones, Bolívar regresó a Caracas para continuar en la organización de la república y concertar un vasto plan de operaciones, porque él no desconocía que los triunfos de que hemos dado cuenta no eran bastante importantes para decidir la suerte de la república. Las autoridades y el pueblo en general hicieron un nuevo recibimiento a Bolívar, con aquel alborozo que producen el entusiasmo y las victorias. Cumplióse, como hemos dicho, el decreto dado para las exequias de Girardot, depositándose en una urna su corazón en la catedral, y después de estos actos de piedad religiosa y de

entusiasmo, el Gobernador, don Cristóbal de Mendoza, reunió una asamblea en la ciudad, presidida por él y la municipalidad, para acordar la recompensa que debía darse al ilustre guerrero, que acababa de obtener tan señalados triunfos sobre las tropas reales venidas últimamente de España. Discutidas varias proposiciones se resolvió que la asamblea reunida ese día en Caracas, que era el 14 de octubre de 1813, proclamara al Brigadier de la Unión, ciudadano Simón Bolívar, Capitán General vivo y efectivo del ejército de Venezuela; que de ese día en adelante se le titulase Libertador de Venezuela; y que en todas las portadas de las municipalidades de la república se pusiese en caracteres bien inteligibles: **"Bolívar, Libertador de Venezuela".**

Bolívar recibió con reconocimiento estas señales de aprecio; aceptó el empleo de Capitán General del ejército, pero manifestó en términos muy honrosos que quienes merecían dignamente el renombre de Libertadores de Venezuela, eran el Congreso granadino, que le había dado fuerzas, autoridad y poder moral, y sus dignos compañeros de armas. En consecuencia, y usando de la suprema autoridad con que estaba investido, instituyó la orden militar de "Libertadores", que debía ser un distintivo para todos aquellos que por diversos hechos y una serie no interrumpida de victorias mereciesen el título de "Libertadores". El decreto expresaba, además: que los agraciados serían considerados por la república y por el gobierno como bienhechores de la patria, dándoles el derecho de estar siempre en actividad de servicio, y que no podrían ser destituídos de sus empleos y sus medallas, sino a virtud de un juicio por traición, cobardía o deshonra.

Conocía Bolívar que era necesario lisonjear a los jóvenes guerreros con estímulos de gloria, para suplir con el entusiasmo y el arrojo la falta de organización completa, militar y de táctica, de que carecían los cuerpos de nueva creación para lidiar con fuerzas veteranas y disciplinadas. Sin estos estímulos, sin los talentos militares que tenía Bolívar, sin la ineptitud de Monteverde y otros jefes realistas, la revolución habría sido sofocada y afirmado el poder real.

CAPITULO VII

Bolívar deja a Caracas en noviembre de 1813 para ocurrir al occidente, en donde los peligros de la campaña exigían su presencia.—Campo Elías vence a Boves en Mosquitero.—Derrota de Aldao en Bobare, y de Valdés en Yaritagua por Cevallos.—Batalla de Barquisimeto dada por el Libertador y ganada por Cevallos.—Operaciones consiguientes.—Sucesos desgraciados en Barinas, batalla de Vijirima.—Nuevos conflictos de Bolívar, y sus movimientos y operaciones hasta dar la batalla de Araure, en que venció a Cevallos.—Bolívar emprende sobre un vasto campo las operaciones subsecuentes en la campaña de 1813, con escasos recursos por la falta de cooperación de Mariño.—Victoria de Boves sobre Aldao en San Marcos.—Destitución de Monteverde por los suyos en Puerto Cabello.—Bolívar regresa a Caracas para reanimar el espíritu público, reorganizar el gobierno y dar vigor a la autoridad que él o cualquiera otro general en jefe ejerciera.—Se convoca una asamblea popular para el 2 de enero de 1814, para presentarle el estado del país al concluír el año de 1813.

Investido Bolívar de la suprema autoridad política y militar, se ocupaba en Caracas, después del 14 de octubre de 1813, en dar regularidad a la administración, para contar con recursos que llevasen al cabo su proyecto de restablecer la libertad y asegurar la independencia de Venezuela. Y cuando estaba contraído a estas medidas para poderse ocupar en persona de la dirección de la guerra, los acontecimientos de occidente llamaron su atención, y tuvo que ponerse en movimiento en los primeros días del mes de noviembre de 1813.

En el capítulo anterior hemos dado cuenta de las disposiciones que tomó el Libertador, mandando al Mayor General Urdaneta con 700 hombres de infantería y un escuadrón a las provincias de occidente, mientras que el Teniente Coronel Campo Elías había sido destinado a atacar a Boves con una fuerza de 1.000 infantes y los caballos que pudiera reunir en San Sebastián y Chaguaramas.

Este cuerpo de tropas, organizado sobre la marcha por Campo Elías, libró un combate el 14 de octubre en un sitio llamado Mosquitero, contra Boves, jefe realista, y cuya crueldad, valor y actividad le habían granjeado opinión y ascendiente entre los hombres de la última clase de la sociedad, apoyado por los españoles e isleños. A los 1.000 infantes que condujo Campo Elías desde el cuartel general de la villa de Cura, se le reunieron

1.500 caballos de Chaguaramas y otros puntos: en esta fuerza se encontraban 400 jinetes de Maturín a las órdenes de los comandantes José María Anaya y J. M. Torres, y del Capitán Manuel Cedeño, que andando los tiempos fue un valiente general, y cuya gloriosa carrera veremos concluír en la batalla de Carabobo en 1821. La infantería la mandaba el Comandante Manuel Ustáriz. Las fuerzas realistas que Boves tenía a sus órdenes constaban de 500 infantes a órdenes del Comandante Morales, con 2.000 caballos regidos por el mismo Boves.

El ardor y valentía de Campo Elías encontraron igual denuedo en su adversario, y la pelea se trabó con encarnizamiento de una y otra parte. Fue al principio el combate favorable a Boves por el ala izquierda de los patriotas; pero una persecución sistemática dio lugar a Campo Elías a hacer un movimiento contra los desorganizados vencedores. El impulso que diera al ataque fue extraordinario, y las huestes españolas no pudieron resistir el empuje de los republicanos. Igualmente cruel el español Campo Elías que el jefe realista Boves, ensangrentaron inútilmente sus alternativos triunfos. Campo Elías degollando a todos los vencidos, deslustró su victoria con tan cruel conducta, que saliendo de los límites del decreto de guerra a muerte, tuvo por resultado que de ese día en adelante los llaneros se decidieron por la causa del Rey y se enrolaron en las filas de Boves para buscar venganza contra los que habían degollado a sus compatriotas. Boves se amparó en las inundadas llanuras de Apure, y Campo Elías no siguió como debiera la persecución, quedándose en Calabozo, después de un completo triunfo.

Mientras esto aseguraba por aquella parte la tranquilidad de Caracas, asiento del gobierno, en el occidente los sucesos eran otros. Desde el 24 de septiembre había marchado de Coro el Gobernador de aquella provincia, Coronel don José Cevallos, a la cabeza de 350 hombres de infantería y caballería, siguiendo por Siquisique y Carora para reunirse al padre Torrellas y otros guerrilleros españoles, para ir al encuentro de la columna que mandaba el Comandante Juan Manuel Aldao, y que encontrada en el sitio de Bobare fue derrotada por los realistas el 17 de octubre.

Marchaba a la sazón en aquella dirección un cuerpo de 250 hombres a órdenes del Teniente Coronel Miguel Valdés, que sirvió de amparo a los prófugos de Bobare que pudo proteger y reunir en Orachiche, y desde allí emprendieron su marcha sobre Yaritagua. El Coronel Cevallos supo que venía en auxilio de Valdés una columna de 300 caballos, y que había llegado a Sarare; resolvió darles alcance cuanto antes a los patriotas, y logró

hacerlo en el pueblo de Yaritagua, en donde derrotó a Valdés el 23 de octubre, aprovechando la superioridad de su fuerza que pasaba de 1.300 hombres. Cevallos contramarchó a Barquisimeto, y Valdés siguió su derrota por San Felipe a Valencia. El Brigadier Urdaneta supo los triunfos de Cevallos al llegar a Gamelotal en las colinas de la montaña del Altar, e hizo alto en aquel punto, dando parte de estas ocurrencias al Libertador, e informándole que sus 700 hombres no eran suficientes para atacar al enemigo: aprobó el Libertador la prudente conducta de Urdaneta, y como dejamos dicho, había partido de Caracas a ponerse al frente del ejército en los primeros días de noviembre, y haciendo concentrar sobre aquel punto de Gamelotal algunas fuerzas, de modo que en pocos días tenía ya la columna de Urdaneta 1.300 hombres. Con ellos emprendió el Libertador sus operaciones contra Cevallos, y se movió sobre él el 10 de noviembre.

El Libertador, que siempre había tenido buen resultado de la velocidad en sus operaciones, no quiso demorarlas para esperar otros cuerpos y especialmente al escuadrón de dragones, que a órdenes del Coronel Luis Rivas Dávila iba, según sus órdenes, a reunírsele. El Coronel Cevallos había ocupado a Barquisimeto con 500 infantes, 300 caballos y 2 piezas de artillería de calibre de a 4. Ocupó el Libertador el pueblo de Cabudare el mismo día, 10 de noviembre, y organizó la división en tres columnas de infantería a órdenes del Coronel Florencio Palacios la del ala derecha, del Coronel Ducayla el ala izquierda, y del Teniente Coronel José Rodríguez, el centro. El Subteniente Santiago Macedo mandaba la artillería, y el Comandante Fernando Guzmán la caballería. Cevallos había tomado posiciones en la parte oriental de la mesa alta en que está situada la ciudad de Barquisimeto. En un sitio llamado El Campamento formó la infantería, cuyos flancos apoyaba con dos piezas de batalla que con sus fuegos defendían el camino principal: el espacio que media entre este punto y los arrabales de la ciudad estaba ocupado por la caballería, a cuya cabeza se colocó el Coronel Cevallos. Bolívar emprendió un movimiento por el camino de Tierra Blanca, que era una estrecha vereda, para evitar los fuegos de artillería que debían serle mortíferos, tomando el camino principal, y subir a la mesa de Barquisimeto. Diose principio al combate por un ataque hecho a la caballería con 200 caballos de los patriotas, a las 10 del día, y lograron rechazarla y dispersarla sobre la ciudad. Ocuparon una parte de ella, y en el entusiasmo del triunfo comenzaron a repicar las campanas y a ejecutar otras demostraciones de júbilo, creyendo que la infantería había completado el triunfo, pues ha-

bían visto que la enemiga se replegaba. Esto dio lugar al Coronel Cevallos para rehacer sus caballos derrotados, y cargar por la espalda a los cazadores republicanos que perseguían sin buen orden a los realistas. Una voz de indisciplina, que en un momento de sorpresa se generalizó entre los cuerpos de infantería, "sálvese el que pueda", convirtió el triunfo en derrota, sin que los generales y jefes pudieran contener el desorden, hasta que volviendo sobre el campo de batalla la caballería, rehizo el combate, pero sin buen éxito, y cediendo el campo a los españoles, siguió la rota de la infantería por el mismo camino por donde se había emprendido el movimiento. La pérdida fue aciaga a los patriotas, pues allí perdieron 18 oficiales y 350 soldados, quedando prisioneros 400 hombres, contándose entre ellos 13 oficiales. Las 2 piezas de batalla, 600 fusiles, el parque de reserva y 3 banderas fueron los trofeos del enemigo.

Al llegar los derrotados al río de Cubare se encontraron con el escuadrón de dragones del Coronel Rivas Dávila, y éste logró contener a los vencedores, y cubriendo la retirada salvó los restos de la división, que por la noche pudo acampar en la entrada de la montaña del Altar. Cevallos no continuó la persecución, y con esto pudieron replegarse a San Carlos. Bolívar se adelantó para mandar concentrar sus fuerzas y proteger la retirada de la división que quedó a órdenes del General Urdaneta.

La derrota de Barquisimeto fue funesta a la república por la pérdida de hombres y elementos de guerra, y la muy sensible de buenos y aguerridos oficiales. Entre los prisioneros fue el secretario del Libertador, Rafael Mendivi, que conducido a Puerto Cabello sufrió la pena de muerte, después de estar por algún tiempo aherrojado en los calabozos. Después de este triunfo pudo Cevallos ponerse en comunicación con Yáñez, que había obtenido algunas ventajas sobre los republicanos en la provincia de Barinas. Desde el mes de septiembre habían sido constantes los progresos que hizo el Libertador en el Apure, y en San Fernando había formado los batallones de Numancia y Sagunto, cuerpos que andando los tiempos fueron de tristes recuerdos en Colombia y de importante celebridad en el Perú, como tendremos ocasión de mencionar. Ocupados alternativamente, la isla de Achaguas, Bancolargo, Nutrias, el Majagual, la Cruz y otros lugares de la provincia de Barinas, al fin fue ocupada la capital de la provincia, viéndose obligados a abandonarla el Gobernador y el Comandante General, Coronel Pedro Briceño Pinzón, que tomó la vía de San Carlos con algunos pelotones de caballería. El 2 de noviembre ocupó Yáñez dicha ciudad, y se apoderó de la

artillería y elementos de guerra que no pudo salvar el Coronel Briceño. Los sujetos más comprometidos en la revolución huyeron temiendo la crueldad de Yáñez. Este destacó una columna al mando del Capitán don Antonio Puig, sobre Guanare, en donde fue hecho prisionero el Comandante Juan Gabriel Liendo, y dividido con bárbara crueldad en pequeños trozos, para hacer más horrible su muerte. Yáñez se dedicó a organizar la provincia de Barinas mientras que combinaba sus operaciones con Cevallos para ocupar a Sarare, y desde allí emprender un ataque sobre San Carlos, introducir víveres a Puerto Cabello, y proteger la salida de una columna de 800 hombres del regimiento de Granada, y obrar en perfecta armonía y combinación sobre Bolívar. Tales eran los conflictos en que se encontraba el Libertador después de la derrota que sufrió en Barquisimeto. Fijó su cuartel general en Valencia, mandó concentrar sobre este punto las fuerzas de que podía disponer, y ordenó la organización de un nuevo cuerpo a órdenes del Coronel Manuel Villapol; había ordenado que el Mariscal de Campo J. Félix Rivas se moviese de Caracas con los cuerpos con que pudiera marchar, y que el Teniente Coronel D'Elhuyart, con la columna de granadinos, con que hacía frente a las tropas españolas que estaban sitiadas en Puerto Cabello, se moviera para proteger los movimientos del General Rivas, y pudiera obrar según las órdenes que recibiera del Libertador, quien contrajo su atención a impedir que los jefes españoles Cevallos y Yáñez se unieran a las fuerzas que podían salir de Puerto Cabello. El General Rivas marchó desde Caracas con 500 infantes, la mayor parte jóvenes de la Universidad, que con ardor republicano tomaron las armas, y 200 caballos del cuerpo organizado con los agricultores de las inmediaciones de la capital.

El Coronel Salomón, que ejercía en Puerto Cabello el mando superior de capitán general accidentalmente, sin duda en combinación con el Coronel Cevallos y Yáñez, emprendió desde el 20 de noviembre su movimiento sobre los patriotas. En San Felipe se había situado una columna de tropas realistas en número de 200 hombres, a órdenes del oficial don Antonio Millet, y mantenía un depósito de víveres para auxiliar a Salomón; pero este jefe, en vez de marchar por aquella vía, según parecía más natural, para hacer una concentración de fuerzas sobre San Carlos, se dirigió con 800 infantes del regimiento de Granada, 200 soldados venezolanos y una compañía de artillería con 2 piezas de batalla y 2 de montaña, de calibre de a 4, a ocupar las alturas de Vijirima para impedir la marcha de las tropas que vinieran de

Caracas a Valencia. El Comandante D'Elhuyart, que se había situado con las fuerzas granadinas en Naguanagua, se movió sobre el valle de Yagua, a las faldas de Vijirima, para llamar la atención del Coronel Salomón, y unirse con las fuerzas que vinieran de Caracas. El 22 de noviembre llegó el General Rivas con la fuerza de que hemos hablado, y habiéndose movido igualmente el Libertador con la que mandaba Villapol, reunió y pasó en revista 2.000 hombres de infantería y caballería. La víspera habían sido atacados los españoles por Rivas y el Comandante D'Elhuyart; pero no hubo ningún resultado de importancia, pues siendo bisoñas las fuerzas que había conducido el General Rivas, no pudo con ellas dar un auxilio decisivo a D'Elhuyart, y viose éste obligado a no emprender un ataque decisivo por el flanco izquierdo, limitándose a tener al enemigo en guardia por aquella parte, con un fuego de cazadores de cerca de 6 horas, lo que impidió que la columna del General Rivas fuese derrotada después de haber sido rechazada.

Habiendo llegado el Libertador el 23 del mismo mes fueron atacadas las posiciones enemigas bajo su mando inmediato. Al General Rivas se le confió el ala derecha y centro, y al Comandante D'Elhuyart la izquierda. Esta columna trepó una larga cuesta, y se trabó una encarnizada pelea; pero el centro fue rechazado con los fuegos de la artillería enemiga, y sin la presencia de Bolívar y Rivas, que lograron reorganizar a los dispersos, se hubiera completado la derrota. Entre tanto D'Elhuyart continuó combatiendo con las fuerzas granadinas, y durante la mayor parte del día sostuvo el combate, y se replegó en buen orden sobre el cuartel general que se había situado en la llanura. El Coronel Villapol había quedado exánime de fatiga en una quebrada, y el 24 se le encontró moribundo y pudo salvársele. Los movimientos de este día fueron insignificantes, pues el enemigo no se atrevió a dejar sus posiciones, ni quiso seguir sus movimientos para reunirse a Cevallos y los demás realistas que, como hemos dicho, se concentraban sobre San Carlos. El 25 emprendió de nuevo el Libertador el ataque sobre las montañas de Vijirima, ocupadas por Salomón, y después de un fuego bien sostenido logró desalojarle de sus puntos avanzados, distinguiéndose en este combate la columna de D'Elhuyart. Por la noche emprendió el Coronel Salomón su retirada sobre la plaza de Puerto Cabello, dejando abandonada la artillería, sus municiones, y en el hospital algunos oficiales y soldados. La pérdida en muertos fue considerable; pero Bolívar con este triunfo logró desconcertar el plan de los

españoles, y regresó inmediatamente a Valencia a preparar sus fuerzas para emprender una nueva campaña en el occidente.

En cumplimiento de las órdenes que dictó el Libertador, marchaba Campo Elías sobre San Carlos con una división, dejando en Calabozo una guarnición de mil hombres a órdenes del Teniente Coronel Pedro Aldao, para hacer frente a Boves, que venía por aquella parte.

La infatigable actividad del General Bolívar le produjo el resultado que había previsto, y el 27 de noviembre pudo pasar en revista un cuerpo de ejército, que contaba 3.000 hombres de todas armas, en el cuartel general de San Carlos.

Al General Rivas lo había mandado desde Vijirima otra vez a Caracas, para activar los preparativos de guerra en aquella capital, y D'Elhuyart siguió la persecución de Salomón hasta encerrarlo de nuevo en la plaza de Puerto Cabello.

El Libertador en estas circunstancias, de suyo premiosas y aflictivas, no pudo contar con la cooperación del General Mariño, que gobernaba en el oriente, y siempre lamentaba aquél en sus conversaciones sobre la heroica campaña de 1813, que no hubiera dicho Mariño conocido mejor los intereses de la república, y que creyéndose seguro en el oriente, hubiera dejado la conclusión de la campaña de occidente solamente a los esfuerzos del Libertador y a la constancia del General Rivas, que era el más activo lugarteniente de Bolívar, para proporcionarle recursos, y al celo infatigable de Urdaneta, encargado siempre de la organización como Mayor General. La sublevación casi total del país en favor de los españoles, para sostener la causa del rey, impedía las comunicaciones, y con mil esfuerzos apenas podía obtener Bolívar algunos espías que le informasen de los movimientos del enemigo. Un famoso guerrillero, Carlos Blanco, merodeaba constantemente a las inmediaciones de las fuerzas republicanas, y robaba por la noche los caballos, si no estaban bien guardados en los lugares donde forrajeaba la caballería.

La división que reunió el Libertador en San Carlos constaba de cuatro cuerpos de infantería: el de Valerosos Cazadores, a órdenes del Teniente Coronel Manuel Manrique; el del centro, a órdenes del Coronel Florencio Palacios, que no llevaba nombre por ser formado con los restos de los derrotados en Barquisimeto, y había dispuesto el Libertador que se le diese en el primer campo de batalla donde consiguiera una bandera del enemigo con el triunfo; el de Vencedores de Vijirima, que mandaba el Coronel Villapol; y el batallón Barlovento, que regía el Comandante Campo Elías. Había dos cuerpos de caballería: el principal es-

taba a órdenes del Coronel Pedro Briceño; y el de guardia del General al mando del Comandante Rivas Dávila.

El 1º de diciembre, después de haber pasado una revista, emprendió la marcha el Libertador: componían la vanguardia los cuerpos de Manrique, Palacios y Villapol, a órdenes del Mayor General Urdaneta. La caballería y el batallón Barlovento formaban la reserva, a cuya cabeza iba el Libertador.

La marcha se emprendió tomando el camino de Barquisimeto, y la primera etapa la recibió el ejército en Comoruco, donde pernoctó el día 2 de diciembre. Supo entonces el Libertador que el Coronel Cevallos había pasado por Sarare a reunirse en Arauca con Yáñez, y cambió su dirección sobre aquel punto, dejando en Comoruco dos escuadrones de caballería para conservar las comunicaciones con San Carlos y perseguir las guerrillas de Blanco. El día 3 pasó el ejército republicano el río de Cojedes, y se acampó en la llanura que está enfrente de Araure el día 4 de diciembre. El enemigo tenía 1.400 hombres de caballería a órdenes inmediatas de Cevallos, y ocupaba el sitio de la Galera, y 2.100 infantes que dominaban el campo que había tomado el Libertador. En la noche hicieron los españoles un movimiento, y tomaron posiciones a poca distancia a la entrada de la montaña del río Acarigua, apoyando su retaguardia y sus flancos en el bosque, y teniendo al frente una laguna que impedía el ataque por aquella parte. Había situado Cevallos dos baterías de artillería compuestas de 10 piezas de batalla, para recibir el combate, y tenía asegurada la retirada.

No habiéndose encontrado al enemigo en sus anteriores posiciones, en la madrugada del 5 se emprendió un reconocimiento sobre la población, y encontrando abandonado a Araure, siguió el Teniente Coronel Manrique con los cazadores en solicitud del enemigo, y habiéndole encontrado en la posición que dejamos descrita, rompió sobre él sus fuegos, y temerariamente comenzó la pelea estando fuera de la distancia de operaciones de los otros cuerpos del ejército. El estampido del cañón enemigo anunció el ataque emprendido por el Comandante Manrique; pero aunque marchó rápidamente el batallón sin nombre, a órdenes de Palacios, y en seguida el resto de la división, cuando llegaron al lugar del combate las primeras fuerzas con el General Urdaneta, una hábil maniobra de Cevallos cargando con 1.000 caballos a Manrique por su flanco, había destruído aquel valiente cuerpo que quedó muerto sobre el campo de batalla, lanceado por los enemigos, sin que pudieran salvarse más que el Comandante Manrique y sus oficiales montados, a quienes pudo prote-

ger en el mismo campo el General Urdaneta con el primer cuerpo que llegó en su apoyo. Cevallos, lento en sus movimientos, no supo aprovechar su triunfo, y Bolívar pudo formar su división sobre el mismo sitio del desastre y restablecer la batalla; el Coronel Palacios ocupó el centro con un cuerpo: el Coronel Villapol fue destinado con el batallón Vijirima al ala derecha; y el Comandante Campo Elías, con los vencedores de Mosquitero, ocuparon el ala izquierda. La caballería se dividió en tres cuerpos: el principal formaba la reserva; y los otros dos cubrieron los flancos de la línea de batalla. Con esta formación se principió la batalla, marchando rápidamente sobre la línea enemiga, y después de un fuego activo y bien sostenido, ordenó el Libertador una carga a la bayoneta. Cevallos quiso envolver las fuerzas republicanas con un movimiento de flanco de su caballería, y aun logró rechazar los primeros cuerpos de esta arma; pero protegidos oportunamente por la reserva del escuadrón de guardia del General, con su Coronel Rivas Dávila a la cabeza, fue batida completamente la caballería española, y abandonando el campo dejó a la infantería y artillería sin apoyo, y en consecuencia fue rota y destruída la fuerza realista, dejando en el campo de batalla 500 cadáveres, entre los cuales se encontraron el del segundo jefe de Cevallos, don Miguel Correa, y de varios oficiales. En el campo de batalla se hicieron 300 prisioneros a los españoles, y se tomaron más de 1.000 fusiles, el material de las dos baterías de 10 piezas de batalla y muchas municiones de infantería, y cinco banderas. La del batallón de Numancia fue dada por el Libertador como un trofeo al batallón sin nombre, concediéndole el de vencedor de Araure, con cuyo glorioso nombre se conservó en Colombia, y fue de los cuerpos más señalados en la guerra de la independencia, y de los que asistieron al sitio del Callao después de la rota del ejército español en Ayacucho. Medidas como esta para restablecer la moral en el ejército tomó varias veces Bolívar durante sus campañas, que tuvieron por resultado felices sucesos. Algunas de ellas no han sido bien comprendidas, y escritores de partido y apasionados las han desfigurado para ver si pueden mancillar una gloria inmortal con que el hijo de Caracas no sólo ilustró su nombre, sino los de Venezuela, Colombia entera, el Perú y Bolivia.

Durante el combate se presentaron nuevos conflictos a Bolívar para vencer; pues los tacos de los cañones llevaron el incendio a la llanura de Paja Alta en que se combatía, y hubo que arrostrar este peligro nuevo con la velocidad del movimiento, teniendo que lamentar que muriesen quemados varios heridos,

y perder algunos caballos que asustados por el fuego dieron una estampida, sin que pudiese contenérseles.

Los restos de la infantería y del personal de artillería buscaron refugio en el bosque de Acarigua; pero una bien ordenada persecución no les permitió rehacerse, y en la noche se rindieron prisioneros como 600 infantes en el sitio de la Aparición, a cuyo punto llegaron los fugitivos, ignorando que los vencedores hubiesen ocupado aquel lugar. Allí cayeron muchos españoles europeos y canarios, entre los cuales había algunos anteriormente juramentados para no tomar las armas, y fueron todos fusilados, conforme al decreto de guerra a muerte, y en retaliación de las crueldades de Yáñez en Barinas.

Tan completo triunfo, si bien no afianzó para siempre la libertad de Venezuela, al menos permitió a Bolívar ejecutar movimientos importantes, que, si como dejamos dicho, hubieran sido secundados por Mariño, otra hubiera sido la suerte de Venezuela y de la Nueva Granada. Este caudillo, si bien patriota y amigo de la independencia, ha sido funesto a la causa de la independencia, de la libertad y de la consolidación del país. Sus hechos de armas y su constancia en la adversidad no son bastantes para que el historiador imparcial no le haga severas censuras. A nosotros nos toca hoy hacerlo, y probablemente en otro capítulo nos veremos igualmente obligados a ello, no obstante que sus cabellos encanecidos en una época gloriosa, y consideraciones personales, nos obligan a tener por este antiguo General gran deferencia y respeto. Mas el deber, al relatar como contemporáneos los hechos, no nos permite otra cosa que decir la verdad sin pasión ni antipatías.

Yáñez reunió en la derrota de 200 a 300 hombres, con los que se dirigió a Nutrias, y de allí se embarcó para San Fernando de Apure. El Coronel Cevallos tomó la dirección de Guayana con varios jefes y oficiales. Los prófugos que tomaron hacia el occidente no llevaron a su cabeza jefe alguno, y como 800 hombres de infantería y caballería fueron por grupos a reunirse en Tocuyo y Siquisique.

El Libertador nombró, después de la victoria, Comandante en Jefe de Occidente al General Urdaneta, con órdenes de recuperar a Barinas, en donde mandaba el Capitán don Ambrosio Puig; y que apoyándose sobre la frontera de Nueva Granada y en comunicación con su gobierno, para tenerlo al corriente de los sucesos, emprendiese operaciones sobre Coro, después de purgar a las provincias de Mérida y Trujillo de las partidas y destacamentos realistas que las devastaban.

El Teniente Coronel García de Sena, con una columna compuesta del batallón vencedor en Araure y la caballería de Barinas, marchó contra Puig, y éste huyó en dirección de San Fernando para reunirse a Yáñez.

El Coronel Villapol, con el batallón Vencedores en Vijirima, y el de Barlovento, a órdenes del Teniente Coronel Andrés Linares, fueron destinados a ocupar a Barquisimeto. Campo Elías siguió con algunos cuerpos de caballería y todo el material de artillería a San Carlos. El valiente escuadrón de dragones de Rivas Dávila le fue también dado al General Urdaneta para la campaña sobre la provincia de Coro, que a la sazón estaba sin fuerzas y no bien mandada. Y el Libertador, conociendo la importancia de apurar el sitio de Puerto Cabello, que estaba a cargo de D'Elhuyart y las tropas granadinas, siguió para Valencia, para desde allí hacer un nuevo llamamiento al patriotismo de Mariño y de los jefes del oriente, para que cooperasen con él a dar fin a la campaña, perdida más de una vez por falta de armonía en las operaciones de las tropas de oriente y occidente, y restablecida últimamente con los triunfos de Vijirima y Araure.

La ocasión era tanto más favorable cuanto que la fragata **Venganza** y los demás buques de guerra de los españoles habían abandonado la defensa de Puerto Cabello por falta de municiones de boca y recursos pecuniarios, dirigiéndose a La Habana.

Tal era el vasto campo de operaciones en que Bolívar tenía que obrar; y si bien era demasiado extenso y, por tanto, débil en muchos puntos, la necesidad le obligó a sacrificar los principios estratégicos que aconsejaban una concentración de fuerzas, para atacar a los realistas, ya fuera en su punto más fuerte y que servía de base a sus operaciones, como Puerto Cabello, ya en las llanuras de Calabozo y el Apure, en donde se levantaba una tremenda fuerza que amenazaba la libertad de Venezuela, y que solamente Mariño no veía, sin que le moviesen las insinuaciones, y bien podemos decir, las súplicas con que le pedía el Libertador una oportuna cooperación, presentándole en sus cartas no solamente un raciocinio lógico, sino tratando de tocarle las fibras del corazón con pinturas patéticas de los sufrimientos del ejército y del pueblo. Nada obtuvo Bolívar, quien si hubiera reunido sus fuerzas en la provincia de Caracas, el enemigo no hubiera podido reunir sus partidarios, cortar enteramente las comunicaciones con las Provincias Unidas de Nueva Granada y desde Maracaibo a Coro, Trujillo, Barquisimeto, Mérida y Barinas no se habrían combinado con Boves y Yáñez, que estaban en las llanu-

ras de Apure, y de acuerdo con Monteverde y Salomón no habrían obrado de un modo decisivo. Por fortuna, el Capitán General Monteverde, de suyo inepto e incapaz de una buena concepción militar, dejaba a Bolívar en actitud de obrar aventurando el resultado, ya que no había podido conseguir la cooperación del oriente.

Como Monteverde y Salomón no tenían, mediante la estrechez en que los ponía D'Elhuyart, noticias de Cevallos y Yáñez, aprovechándose de la poca fuerza con que se les sitiaba, resolvieron que el segundo hiciese una salida de Puerto Cabello con 1.100 hombres de tropas regulares y 200 aventureros, dejando la plaza guarnecida por 600 hombres. Emprendió su movimiento Salomón el 4 de diciembre, por el camino del Patito, Mosón y Montalván. En este lugar logró dispersar un destacamento de 300 hombres, y supo entonces el triunfo de Araure con la fuga de Cevallos. Dirigióse en solicitud suya a Barquisimeto por San Felipe, y al llegar a Orachiche supo que Villapol era dueño de Barquisimeto; emprendió su retirada por San Miguel del río Tocuyo. Las fuerzas republicanas que le seguían sus movimientos le libraron algunos ataques parciales en Cuasa, Aserradero y Guama, haciéndole perder algunos elementos de guerra. Temiendo que en la ruta de Aroa y Cigua encontraría mayores fuerzas, se dirigió a Coro por el camino de Salsipuedes y la costa, perdiendo mucha gente, de modo que al llegar a Coro sólo pudo contar con 400 hombres del regimiento de Granada.

Bolívar entretanto estrechaba a Monteverde en la plaza de Puerto Cabello, y al fin llegó sobre aquel puerto la escuadrilla de oriente a órdenes del General Piar; pero si bien se obtuvo esta cooperación, faltó la de tierra, y aprovechándose Boves de la falta de actividad del Teniente Coronel Pedro Aldao para perseguirle, quedándose en Calabozo, aquel enérgico asturiano desplegó tal actividad, apoyándose en el fanatismo religioso, adoptó medidas terribles como sanguinarias, y movió contra los ricos y los blancos a los llaneros, logrando reunir 3.000 jinetes de la gente más inmoral de aquellas comarcas. Dentro de poco se le reunió Morales con 5 oficiales, 100 soldados veteranos, 300 fusiles, una pieza de batalla, 100.000 cartuchos y otros elementos de guerra.

Aldao, que esperaba sin fundamento algún auxilio del oriente, no obstante que supiera la fuerza que había reunido Boves, confió demasiado en su serenidad y valor, y el arrojo de sus sol-

dados, para aguardar impasible a un enemigo superior. El 14 de diciembre recibió a éste en el paso de San Marcos del río Guárico. La muchedumbre le envolvió, y él como el Coronel Carlos Padrón y el Teniente Coronel Rafael Castillo, con la mayor parte de la fuerza que mandaban, perecieron en desigual pelea sin provecho de la patria, si bien mereciendo una gloria póstuma por su heroico comportamiento en defensa de las libertades patrias. Se perdieron así los mil valientes de que se componía aquel cuerpo; los que no murieron en el combate fueron degollados después de él, y el resultado proporcionó a Boves que ocupase a Calabozo, en donde continuó la matanza de los patriotas, fuesen o no hombres de armas: tomó y confiscó las propiedades de los que las tenían para repartirlas entre sus soldados.

Este acontecimiento fue de fatales consecuencias y agravó demasiado el estado de las operaciones de occidente; pero por fortuna, la ineptitud del General Monteverde daba algún respiro a Bolívar para obrar e instar a Mariño por su ayuda en tan críticas como urgentes circunstancias. Una fuerza republicana que ocupaba a Capaya mantenía en respeto los valles del Tuy.

Entonces el padre Márquez intentó turbar el oriente, promoviendo una reacción en Barcelona; pero pagó él, como sus cómplices, tanta temeridad con la vida.

Cansados los españoles de la ineptitud de Monteverde, al fin se pronunciaron contra él en Puerto Cabello, y el 28 de diciembre de 1813 le depusieron: siguió a Curazao y de allí a España. Jamás volvió este hombre ignorante como malvado a América; y sin ninguna cualidad que le recomendara, la casualidad le elevó para descrédito de la España. A él sin duda son debidas la corrupción de los realistas, las matanzas sin forma de juicio y la horrible guerra a muerte, que con dolor de los hombres civilizados ha dejado una hoja negra en la historia de las contiendas civiles entre la raza española, y cuya dilatada práctica no deja olvidar sucesos tan tristes e ingratos...

Bolívar, instruído de la pérdida de Aldao, de las excursiones que hacían los españoles desde Maracaibo sobre los valles de Cúcuta, como de los auxilios que recibía Yáñez de Guayana para emprender de nuevo sobre Barinas, conoció cuán urgente era volar a Caracas para reunir una asamblea de lo selecto del pueblo, y hacerle una exposición de sus operaciones. Resolvió irse a la capital y mandó convocar al vecindario para el 2 de enero de 1814; y que de este modo se afirmase el poder que ejercía apoyado por la voluntad general de los hombres públicos que tomaban parte en la revolución, y poder contar con fuerza moral, o

que se tomara una resolución que estuviera de acuerdo con la opinión nacional. Si bien el Libertador mandaba en jefe y era obedecido, no faltaban caudillos que a la distancia cometían crímenes y crueldades que aumentaban la odiosidad de los pueblos y comprometían la existencia del gobierno republicano. Las provincias del oriente estaban intactas, es verdad; pero la opinión estaba dividida, y después de algunas disensiones civiles que ocurrieron en Margarita, aunque sofocadas, llamaban la atención del Libertador las noticias que recibía sobre varias sublevaciones, y el progreso de las partidas de guerrilleros que devastaban aquellas comarcas. Entre tanto, Boves amenazaba con 400 hombres a los valles de Aragua. Tal era el cuadro que presentaba el país al concluír el año de 1813.

CAPITULO VIII

Reunión del pueblo de Caracas para prorrogar al Libertador la dictadura de Venezuela.—Repugnancia que mostró Bolívar, y sus juramentos.—Campaña de 1814, en el occidente: negociaciones para unirse con el jefe supremo del oriente.—Campo Elías es destinado a oponerse a Boves: carácter de aquel jefe.—Pérdida de Barinas: conducta de García Sena. Operaciones del General Urdaneta.—Derrota de Campo Elías.—El Libertador recibe esta noticia en la línea sitiadora de Puerto Cabello. Concentra sus fuerzas en Valencia.—Combates de La Victoria y Pantanero.—Conflictos de los republicanos.—Ejecución de los prisioneros españoles, y razones que motivaron esta terrible medida.—Opinión de Bolívar sobre la guerra a muerte.—Operaciones para oponerse a Boves, defender a Valencia y mantener el sitio de Puerto Cabello.—Sitio de San Mateo y repetidos combates.—Batalla del 25 de marzo.—Muerte heroica de Ricaurte, y sentimientos que produjo en Bolívar.—Auxilia Bolívar a Caracas.—Conflictos en la capital.—Desventuras y victoria de Rivas. Unión de las fuerzas de oriente y occidente.—Operaciones del General Urdaneta.—Combate de San Carlos, y retirada a Valencia.—Sitian los españoles la ciudad.—Defensa heroica de Urdaneta.

Al concluír el capítulo anterior hemos hecho un sucinto resumen del estado de Venezuela, y cuáles fueron los motivos que aventuraron al Libertador a convocar al pueblo para buscar en él el apoyo de su autoridad o el remedio de tan complicada situación. Reuniéronse el día señalado, 2 de enero, en el convento de San Francisco, el vecindario y los ciudadanos de otros lugares que pudieron asistir; y presidida la reunión por el gobernador de la provincia, señor Cristóbal Mendoza, con asistencia de todos los magistrados y empleados de la capital, compareció Bolívar y pronunció un discurso con aquel lenguaje enérgico que tanto le distinguió en los días de conflicto, dando una rápida ojeada sobre los sucesos, en la que enumeraba los hechos de armas que había ejecutado y las medidas administrativas que había tomado para restablecer la República de Venezuela, auxiliado por el gobierno de la Unión Granadina y un puñado de valientes, cuya conducta siempre encomiaba Bolívar, ya por gratitud, ya por arraigar un sentimiento nacional en dos pueblos que estaban llamados a ser una sola nación, ante la cual debían sucumbir las fuerzas de la metrópoli. Este pensamiento de Bolívar alimentó siempre sus esperanzas para fundar el sistema re-

publicano en el Continente que descubrió Colón. Sus secretarios leyeron sus informes, y al concluír propuso el Gobernador Mendoza que se continuaran a Bolívar los poderes de dictador, puesto que las circunstancias eran tan premiosas como las que habían mediado cuando primeramente se le confiara tal autoridad. "En ello, dijo, nada nuevo hacemos: mas es justo que de un modo solemne se apruebe la conducta del Libertador y reciba esta señal de afecto y confianza el hombre que nos ha dado la Providencia para que conjure la tempestad que truena sobre nuestras cabezas, y a quien vemos más grande mientras mayores son los conflictos y las desgracias". El pueblo, que llenaba el templo en que se había hecho la reunión, recibió con entusiasmo la proposición del Gobernador y la aprobó por aclamación. Bolívar mostró repugnancia para seguir mandando cuando su autoridad no era completa en toda Venezuela, y su responsabilidad era solidaria para la nación, y concluyó su alocución dando las gracias por esta nueva y espontánea confianza que entonces recibía, diciendo: "el honor a que únicamente aspiro es el de continuar combatiendo a nuestros enemigos, y no envainaré jamás la espada mientras la libertad de mi patria no esté completamente asegurada". Once años corrieron después de esta solemne promesa, que se cumplió en el imperio de los Incas, con la rendición de la fortaleza del Callao. Jamás guerrero alguno cumplió con más lealtad sus juramentos.

Después de la derrota de Aldao, el 14 de diciembre de 1813, Boves aumentó sus fuerzas indisciplinadas, que no eran sino montoneras de caballería, único nombre con que podemos denominar aquellas masas. Púsose en comunicación con Yáñez, que se había apoderado de San Fernando de Apure, desde donde amenazaba a la provincia de Barinas, porque la victoria de Araure no permitió que los vencedores llevasen sus armas más allá del río de la Portuguesa, y a las riberas del Apure. El occidente estaba conmovido en contra de los republicanos, y la noticia de que el Brigadier Cajigal, nombrado Capitán General de Venezuela, debía llegar con refuerzos, alimantaba las esperanzas de los realistas que con sus partidas infestaban el territorio e impedían las comunicaciones entre los jefes republicanos estacionados en el interior del país. Valencia, Barquisimeto y los demás lugares en que estaban acampadas las columnas de operaciones, se hallaban en constante alarma, circunvalados por fuertes guerrilleros españoles.

La guerra que hacían los realistas era una cosa atroz e inmoral, pues asolaban el país con pillaje y violencias de todo género. Era, propiamente hablando, una guerra de vandalaje.

Bajo el influjo de tales circunstancias el Libertador debía abrir de nuevo sus operaciones, escaso de recursos y de hombres, y como hemos dicho, abandonado por Mariño. La heroica ciudad de Caracas había sido hasta entonces la que más decidida cooperación había prestado con toda clase de recursos y de hombres, entre quienes se habían visto como simples soldados sus más lucidos jóvenes y los propietarios más acomodados. Entre tanto, Barcelona y Cumaná, bajo el influjo de los jefes del oriente, se mostraban indiferentes y poseyendo cuantiosos recursos y sobrado número de tropas se contemplaban bastante fuertes para bastarse a sí mismas, perdían la ocasión de mostrarse dignas del renombre que les correspondía, y su omisión en ayudar a sus hermanos de occidente iba a ser un día de triste y doloroso arrepentimiento. Para colmo de los embarazos en que estaba Bolívar, supo que Piar había recibido orden de Mariño para retirarse con su escuadrilla sobre Cumaná; que el Coronel Arriaga había abandonado las llanuras de Barlovento, plagadas de guerrillas; y que el mismo Mariño no pensaba ya en efectuar su marcha en auxilio de Caracas, como lo había ofrecido. Trasladóse el Libertador inmediatamente a Valencia, hizo llamar a Piar a su cuartel general, y bien con la razón y su autoridad, o con sus amistosas insinuaciones, le persuadió que debía suspender el cumplimiento de la orden de Mariño, cargando el Libertador con la responsabilidad. Escribióle entonces a Mariño una nota oficial que pinta sus circunstancias, y en que a la vez que le suplica una cooperación franca, le pide explicación de los motivos que le impedían obrar en combinación. Presentábale un cuadro del modo como podía haberse rendido Puerto Cabello, como para enrostrarle la responsabilidad por su falta de cooperación en aquellas operaciones. El lector deberá leer una parte de esta nota para conocer mejor cuáles eran los sentimientos de Bolívar en aquellos momentos. Decía: "Sin temor de ser desmentido por el suceso, puedo asegurar a V. E. que la rendición de Puerto Cabello no podía retardarse más de 15 días, estando reducida la guarnición del castillo y plaza a los víveres almacenados con anticipación, y que por muchos que sean, no bastarían para el tiempo indicado. Las tropas de tierra cortan perfectamente la comunicación de la plaza con todos los valles inmediatos, y la escuadrilla en el mar no sólo ha impedido la entrada de socorros, sino que ha apresado algunos buques de Puerto Rico que los

conducían. En estos momentos no era mi designio quedar limitado a estas hostilidades. Me proponía aumentar la triste situación de los sitiados, apoderándome del trincherón y de las vigías, y en consecuencia, de la parte exterior del pueblo. La retirada de la escuadrilla echa por tierra el más importante proyecto, y lo que es peor, deja libre la entrada de socorros a la plaza; y siendo ésta intomable por nosotros, por fuerza de armas, jamás sucumbirá. He aquí cuál sería el resultado de una medida que conspira con nuestros enemigos al éxito feliz de su defensa; medida (permítamelo V. E. decirlo) extraordinaria, y cuya causa, por más que trabajo, no puedo descubrir ... Repetidas veces he implorado el auxilio de V. E., primero para que marchando a cubrir con sus tropas a Calabozo, se impidiera el que los enemigos la ocuparan: segundo, para que destinándolas contra Boves cooperasen con las de Caracas a su destrucción... Permítame V. E. suplicarle también que me revele las causas que han influído, y que no conozco, para unas determinaciones tan contrarias a las que hasta ahora había adoptado, en tanto que a nombre de la comprometida libertad de la república, le pido instantemente todos sus socorros para sostenerla".

Esta nota, de suyo importante, fue dirigida con emisarios especiales, para que pudieran presentar la verdad de las circunstancias y promover una transacción entre los dos jefes supremos de Venezuela, que centralizasen de algún modo el mando o al menos la dirección de la guerra. A mediados de enero se firmó un tratado, por el cual reconoció Bolívar la autoridad del jefe del oriente, como lo apetecía Mariño, con ciertas explicaciones que conducían a la centralización directiva, para darle mayor energía a la unidad de acción de la campaña.

Entre tanto que se malgastaba el tiempo en transacciones inútiles, Bolívar no descuidaba sus operaciones militares para contener a Boves, que era el enemigo que llamaba su atención, como el más emprendedor y que arrastraba consigo las masas de hombres inmorales que encontraban su fortuna en el pillaje. Destinó el Libertador a Campo Elías para que tomase el mando de las fuerzas que debían reunirse en la villa de Cura, y para ello no solamente consideró el valor y buenas cualidades del expresado jefe, sino que tuvo en consideración que era el hombre a quien más respetaba Boves. Era Campo Elías español europeo como su adversario, de un carácter indomable y poseído de tal encono y odio contra sus compatriotas, que no podía ser sino por alguna causa oculta que jamás se conoció. Muy joven vino a

América; se casó en Venezuela, y tan pronto como vio llegar a Bolívar con su expedición libertadora, abandonó su casa, su esposa y familia, y se lanzó en los combates con una decisión extraordinaria. La única mala cualidad que debiera haber impedido a Bolívar le confiara aquel mando era su carácter sanguinario, pues hacía la guerra a muerte con demasiada crueldad, llevando su odio contra los peninsulares hasta decir que él mismo se degollaría al concluír con los europeos para que no quedara ninguno. Mas esta consideración no obró bastante en el ánimo de Bolívar, según se conducían los españoles en aquella época de lúgubres recuerdos, y cuando la guerra se había encendido de nuevo en occidente. Urdaneta, que, recordará el lector, había sido destinado a destruír las guerrillas que devastaban a Barquisimeto, había logrado algunos triunfos y dispersado a Reyes Vargas, en Baragua; y disponía sus operaciones sobre Coro, cuando supo por un parte del Teniente Coronel García de Sena que Yáñez había repasado el Apure y amenazaba a Barinas con fuerzas superiores. García de Sena tenía que reducirse a la ciudad para esperar auxilios; y decía que si en 15 días no los recibía se vería obligado a retirarse.

Para mejor comprender cuáles fueron los conflictos en que se viera Bolívar para obrar, tendremos que hacer una ligera reseña de lo que pasaba en Barinas y de la conducta que tuviera que seguir Urdaneta en aquella emergencia que le impidió llevar al cabo la libertad de Coro, para completar el plan de campaña trazado por el Libertador.

Yáñez marchó con 1.000 caballos sobre las provincias de occidente, y destinó a los Comandantes Puy y Remigio Ramos con otros 1.000 para que atacaran a Nutrias y Barinas. El 4 de enero fue atacado el Comandante Francisco Conde en la primera de aquellas ciudades, y resistió con valor el combate; mas habiendo recibido esa misma noche orden del Teniente Coronel García de Sena para concentrarse sobre Barinas, verificó el movimiento con orden y regularidad. Reunida esta fuerza en Barinas, contaban sus defensores con 500 infantes y 400 caballos, fuerza suficiente, por la buena calidad de la infantería y ventajas de esta arma para disputar la victoria a 1.000 jinetes. García de Sena limitóse a la defensa de la ciudad. Obtuvo algunas pequeñas ventajas en las salidas que hizo, ya para conseguir ganado, ya para forrajear; pero al fin se estropeó su caballería, y sus caballos se desmedraron con el poco alimento y constante fatiga. El temor que inspiraron las crueldades de Puy y sus soldados, lejos de enervar el ánimo de los republicanos, fue un estímulo para la de-

fensa, y hasta las mujeres daban ejemplo de valor y de constancia, y se resolvían a morir al lado de sus defensores. Sin embargo, la defensa no podía ser prolongada por un término indefinido, por falta de víveres para vivir, pues la ciudad sufría un sitio verdadero. Esta consideración, la poca esperanza que tenía García de Sena de ser auxiliado por Urdaneta, y la idea de que al reunirse Yáñez a Puy hacía muy superiores a los españoles, le hicieron tomar la resolución de proponer a una junta de oficiales, en la noche del 15 de enero, la medida de evacuar la ciudad. La mayoría del consejo de guerra apoyó su pensamiento, y no obstante la grande oposición del vecindario, y hasta de las heroicas mujeres de Barinas, el jefe republicano llevó a efecto la medida emprendiendo un movimiento el 18, que fue creído con el objeto de ir al encuentro del enemigo, y variando de dirección hacia Quebradaseca y Barinitas se metió en la serranía, dejando abandonada a Barinas. Los españoles, respetando las fuerzas que se retiraban, no las molestaron y entraron a la ciudad, en donde degollaron sin piedad a sus moradores, la pusieron a saco, la incendiaron y cometieron todo género de horrores.

La conducta de García de Sena fue inicua y torpe, y debió disputar el triunfo antes de sacrificar una ciudad de 10.000 almas, que con tan buena voluntad se prestaba a la defensa, e impedir que pudiesen los españoles emprender en seguida sobre San Carlos para aumentar las dificultades del Libertador. El 25 de enero era el día que él mismo había señalado a Urdaneta para este movimiento, y anticiparle fue un paso falso que dejó manchada su reputación militar, no obstante que su valor jamás se puso en duda; de ello dio pruebas al morir heroicamente en un campo de batalla, y su memoria será digna de respeto por los buenos servicios que prestó a la patria.

La marcha de García de Sena por los Callejones de Mérida fue penosa: perdió sus caballos y mandó una parte de sus fuerzas a órdenes del Capitán Conde a Mérida, otra dejó en Trujillo, y siguió a presentarse al cuartel general de Valencia.

El General Urdaneta, que había emprendido su marcha sobre Barinas, a auxiliar a García de Sena con 200 infantes y una partida de buenos jinetes, supo al pasar el río de la Portuguesa la evacuación de Barinas y el degüello de sus habitantes, y casi al mismo tiempo se le presentó Yáñez con la fuerza que conducía sobre Ospino. Pequeñas escaramuzas solamente se efectuaron ese día, y al siguiente Urdaneta repasó el río de la Portuguesa y emprendió su retirada para unirse en Ospino al Teniente Coronel José María Rodríguez, que tenía en aquel lugar una corta

guarnición. Dejando a este jefe los 200 infantes, Urdaneta siguió con los jinetes que le acompañaban, hasta Barquisimeto, de donde mandó al Teniente Coronel Manuel Gogorza con 30 hombres del batallón de Valencia, en auxilio de Rodríguez. Al acercarse Gogorza a Ospino, le atacó Yáñez; pero auxiliado por Rodríguez, que salió de la ciudad, estos dos oficiales supieron obrar con tanta táctica como valentía; lograron reunirse, y oponiendo a las valientes cargas de la caballería de Yáñez sus bien formados cuadros de infantería, al fin obtuvieron la victoria, cuando una bala privó de la vida al valiente Yáñez, que a la par que cruel era un esforzado y denodado Comandante. Murió con gloria en el campo de batalla, aunque no como merecía por las crueldades que había ejercido contra los patriotas, ya fuesen armados o indefensos.

A Yáñez le reemplazó el Teniente Coronel don Sebastián de la Calzada, jefe que se formó en la revolución, y que habiendo venido como soldado del regimiento de la Reina estaba preso en 1810 por el delito de hurto. Tales precedentes se olvidaron con los sucesos del 19 de abril de 1810 y siguió la causa del Rey, en que hizo una carrera señalada, si bien manchada con todos los excesos de la época, y en consecuencia de sus malos hábitos y peor conducta. Fijó éste su campo en Guanare para reorganizarse. El General Urdaneta se ocupaba en reunir fuerzas para emprender sobre estos enemigos.

Entretanto Boves había reunido 7.000 hombres y emprendía sus operaciones contra Campo Elías, que, como hemos dicho, fue el jefe que destinó Bolívar a hacer frente al otro. Con tal objeto se movió desde la villa de Cura, y el 3 de febrero se encontraba en el sitio de La Puerta, en donde fue atacado por las huestes de Boves, las cuales con la fama que tenían de feroces, inspiraban un terror pánico a muchos de los republicanos. Dura y sangrienta fue la pelea, y al fin consiguió desordenar al 5º batallón de la Unión, sin que pudiera rehacerse, no obstante el empeño de Campo Elías y el valor de su Comandante Francisco Yepes, que con una parte de su cuerpo resistió el empuje de la caballería enemiga, hasta perecer con ella de un modo glorioso. El ala izquierda no supo llenar su deber, manteniéndose en las alturas que debió ocupar, y emprendió su retirada sobre Victoria, dejando el ala derecha cortada y, en consecuencia, fue derrotada. El Coronel Campo Elías, con unos pocos oficiales y algunos jinetes se pudieron escapar y tomar tierra de salvación en la villa de Cura, que abandonada ya por su guarnición, con la fatal noticia,

no sirvió de amparo a los derrotados, y siguieron con las reliquias que se reunieron, en dirección de La Cabrera.

Mientras que estas operaciones eran ejecutadas por Boves, el español Francisco Rosete trasmontaba la cordillera y caía sobre los ricos valles del Tuy, en donde ejerció la misma guerra de vandalismo a que se había acostumbrado desde que en 1812 le llamó a su lado el asesino Antoñanzas, y se distinguió por sus crueldades, obscureciendo con otros mayores, los crímenes de Zuazuola. Estos hombres obscuros, que de piratas y miserables pulperos se presentaban con el carácter de jefes del partido del Rey, eran los que conseguían triunfos, porque los malvados regularmente poseen el atrevimiento que falta a los hombres de bien y de principios, como sucedía con el humano Brigadier Correa, y el justo y valiente Coronel Cevallos. Si estos jefes hubieran sido obedecidos, quizá el poder español se habría afirmado; pero es sensible y doloroso tener que referir a cada capítulo hechos que denigran el carácter de los agentes de una nación que no solamente es cristiana sino que blasona de ser la católica por antonomasia.

Recibió el Libertador la mala nueva de estos desastres en el sitio de Puerto Cabello, adonde había marchado cuando supo las órdenes que Mariño comunicó a Piar. Se lisonjeaba de hacer rendir la plaza por hambre, a consecuencia de la estrechez del sitio. Pero la fortuna comenzaba a mostrársele adversa, y tuvo que ocuparse de un nuevo plan para que no hiciera más progresos Boves con sus hordas bárbaras, que si bien merecían este nombre, eran a la vez valientes, y decidido su caudillo en las operaciones que emprendía. Su primer cuidado fue ocupar los puntos más importantes de las montañas, oponiendo la inteligencia y la táctica al número y valentía de sus enemigos. Con tal objeto ordenó que un Teniente Coronel de ingenieros marchase a fortificar el estrecho paso de Cabrera, y que el Coronel Campo Elías, con los restos que había salvado, defendiese a todo trance aquella posición. Al Teniente Coronel Mariano Montilla le dio la comisión de seguir a Caracas a concertarse con el General Rivas para obrar en combinación, y teniendo que pasar por entre guerrillas enemigas, le dio una escolta de escogidos jinetes con quienes pudiera abrirse el camino en caso necesario. Previno al General Urdaneta que le mandase un buen cuerpo de tropas de su división, y él en persona marchó contra Valencia, que debía ser su cuartel general, para obrar según y como mejor conviniera. El sitio de Puerto Cabello quedó encargado al siempre heroico y valiente D'Elhuyart.

El General Urdaneta apenas podía hacer frente a las innumerables guerrillas que obraban desde Barinas, Mérida y Trujillo, hasta Barquisimeto y Coro. Todo el territorio del occidente de Venezuela era un continuo campo de batalla, y por doquiera resonaba el horrendo grito de guerra a muerte que en mala hora se declarara, según hemos dado cuenta.

Las noticias de la derrota de Campo Elías en la Puerta, de la marcha de Boves sobre los valles de Aragua, de la ocupación de Cura por el feroz Rosete, llegaron simultáneamente a Caracas y causaron una alarma extraordinaria. El celo infatigable del General Rivas, la enérgica cooperación del Coronel Juan Bautista Arismendi y la decisión y actividad del Gobernador civil, don Cristóbal de Mendoza, apoyados por el entusiasmo y decisión con que abrazaban los planes del Libertador, organizaron nuevos cuerpos para obrar en consecuencia de las órdenes que llevó el Teniente Coronel Montilla, que encontró todo preparado al llegar a Caracas. Dentro de pocos días pudo marchar el General Rivas al frente de 1.000 hombres y con cinco piezas de artillería, encaminándose hacia la Victoria, adonde tomó su campo el 10 de febrero de 1814, después que Morales se retiró con la columna que mandaba.

La respuesta que enviaba Rivas a Bolívar, de las órdenes que le comunicó con el Teniente Coronel Montilla, iba a cargo de un oficial custodiado por una compañía de infantería que fue batida por el enemigo, en cuyo poder cayeron los pliegos. Solamente 11 hombres pudieron escaparse de la muerte y regresar a la Victoria.

A las siete de la mañana del 12 de febrero se presentó de nuevo la columna de Morales, y en seguida el resto de la división de Boves, que traía la dirección de San Mateo. Logró el enemigo sorprender algunos puntos avanzados en el Pantanero, ocupó el río y la posición del Calvario, rodeando así la posición de Rivas, reduciéndola al estrecho sitio de la plaza. Empezó un ataque decidido, y apoderándose el enemigo de algunas casas, desde ellas, por medio de troneras que abrió en las paredes, hizo grande estrago sobre las filas republicanas. Rivas había perdido ya tres caballos, y a su lado cayeron muertos diferentes oficiales. Como a las cuatro de la tarde, y después de muchas horas de combate, una nube de polvo anunció al General Rivas que se le aproximaba una columna auxiliar, y suponiendo que sería el Coronel Campo Elías, situado en La Cabrera, ordenó que el Teniente Coronel Mariano Montilla saliera con 100 hombres de caballería a protegerle en la entrada a Victoria. Ya se había empeñado una

pelea desigual con el enemigo, por los 220 hombres que conducía el vencedor de Mosquitero, cuando una carga contra los realistas dada por Montilla tuvo el resultado apetecido, y Campo Elías se reunió a Rivas. Los hábiles movimientos y maniobras del General, con el entusiasmo que comunicó a sus soldados la llegada de Campo Elías, fueron suficientes para que el triunfo coronara la jornada, y al ponerse el sol el enemigo huyó en diferentes direcciones. Entre los muertos que tuvieron los republicanos se contó el valeroso Comandante de los soberbios dragones, Luis María Rivas Dávila, natural de Mérida, que mal herido exclamó que moría contento por la libertad en la hora del triunfo, y dejó de existir. La pérdida del enemigo fue doble de la de los patriotas.

Al día siguiente volvióse a presentar Morales con la división de su mando y tomó las alturas del Pantanero. Un nuevo triunfo obtuvo ese día Rivas, y el enemigo perdió su artillería, pertrechos, equipaje y hasta el archivo de su estado mayor. Bolívar se movía desde Valencia, e instruído el enemigo por sus guerrillas, de que podía ser cortado, tomó la dirección de la villa de Cura, en la cual fue perseguido con constancia.

Penosa y difícil era la situación de los patriotas cuando se perdió la batalla en la Puerta, cuyo cuadro dejamos descrito al referir las medidas que adoptó Bolívar para salir al encuentro de Boves y Morales, vencedores. La ley marcial proclamada por ambos partidos agotaba en esa guerra sangrienta los hombres, y desde 12 hasta 60 años eran los términos en la conscripción o reclutamiento. Eran escasos los combatientes, y tenían los republicanos que tener, fuéra de operaciones, una respetable guarnición custodiando más de mil españoles prisioneros en La Guaira y Caracas, a quienes recordará el lector que propuso canjear Bolívar por Jalón y un número pequeño de inocentes patriotas que tenían en las bóvedas de Puerto Cabello los españoles.

El temor de la muerte hacía que estos españoles prisioneros no perdieran ocasión de conspirar para salvarse, cuando los jefes realistas no los canjeaban. Por su parte temían los patriotas otro suceso igual al de Puerto Cabello en 1812, cuando los prisioneros lograron apoderarse de aquella fortaleza. El ánimo de los más comprometidos republicanos estaba inquieto, temiendo un día aciago, y las matanzas de Boves, Morales y Rosete, como el degüello de los habitantes de Barinas, todo contribuyó en aquellos días de conflicto a exaltar los ánimos y hacer olvidar todo pensamiento de clemencia. En tales circunstancias, los jefes militar y político de Caracas, Arismendi y Mendoza, mandaron pa-

sar por las armas a 18 de los prisioneros más turbulentos y capaces de una revolución, y el Comandante de La Guaira, Coronel Leandro Palacios, representó al Libertador que no podía responder de la seguridad de su puesto teniendo una multitud de prisioneros en momentos de peligro, y cuando no tenía fuerza suficiente para conservarlos y combatir. La contestación del Libertador fue decisiva: "Ordeno a V. S., le dijo, que inmediatamente se pasen por las armas todos los españoles presos en esas bóvedas y en los hospitales, sin excepción ninguna". Igual prevención recibieron Arismendi y Mendoza en Caracas. La ejecución de aquella orden terrible tuvo lugar entre los días 8 y 16 de febrero, al mismo tiempo que se ejecutaban los movimientos y combates que dejamos mencionados. Ochocientos sesenta y seis españoles y canarios fueron ejecutados en esa época de conflictos, y sus cadáveres se destruían en piras para dar sepultura a sus cenizas. Hasta entonces el decreto de guerra a muerte había sido modificado por los republicanos, y especialmente por Bolívar, y para justificarse ante el mundo publicó un largo manifiesto en 24 de febrero de 1814, firmado por su secretario Antonio Muñoz Tebar, y publicado en los **Documentos relativos a la vida pública del Libertador,** tomo 1º, página 132, edición de Caracas de 1826. Hoy, que los tiempos luctuosos de esa época de desventuras y de gloriosos hechos han pasado, la humanidad se estremece al considerar semejante mortandad, cuya causa era una guerra civil entre hombres de la misma raza y de la misma religión. En otro capítulo hemos tratado la cuestión sobre el decreto de guerra a muerte, mas la exactitud en la relación de los hechos de Bolívar nos obliga a decir algo sobre tan tremenda disposición.

Desde la capitulación del mes de agosto de 1813 se ofreció al General español Monteverde, como se ha dicho antes, canjear 1.000 españoles y canarios prisioneros por unos pocos republicanos, haciéndole presente, hasta por séptima vez, que era un acto de clemencia para regularizar la guerra a muerte. **La Historia de Colombia** y los documentos que se han publicado, como la memoria que se conserva por todos los que hemos presenciado la horrorosa lucha de la guerra de la independencia, comprueban un hecho incuestionable: que las matanzas comenzaron por los agentes del Rey de España, y las horribles carnicerías por los guerrilleros españoles y canarios. Después de la clemencia con que se condujeron Miranda, los Generales Toro y las primeras autoridades venezolanas, ¿cuál fue la conducta de los españoles europeos? Muerte y fusilamientos, ya bajo la fórmula de juicios de rebelión contra traidores, ya sin otro requisito que la orden

de un cabecilla o mandatario de la regencia. Seis meses de constantes reclamos se habían pasado sin que las autoridades españolas quisiesen regularizar la guerra, y los nuevos caudillos que sin misión ni título se levantaron, cuyos nombres ominosos se conservan para descrédito de la nación a que pertenecían, no hacían sino entregar a saco los pueblos y degollar la parte más ilustrada de la población de Venezuela. Boves, Morales, Rosete, Yáñez, Antoñanzas, Puy, Servery y Calzada no hicieron sino levantar los esclavos contra sus amos, porque los tenían por traidores y degollaban poblaciones enteras como Barinas, Ospino, Yaraguá, Villa de Cura y Barquisimeto, cayendo la pena sobre los hombres de la raza blanca, especialmente, que eran los insurgentes. Esos mismos prisioneros eran los autores de las sublevaciones de Santa Lucía y otros lugares, contra los patriotas, con la nefanda medida de incitar la guerra de castas, origen de los males que de entonces a hoy tiene que lamentar una gran parte de Colombia. Al cabo de cuarenta años se está cogiendo el fruto de tan inicua obra, y hoy se les quieren atribuír los resultados a las instituciones democráticas. Ellos mismos, esos prisioneros, a ejemplo de lo que hicieron los de Puerto Cabello en 1812, sublevados en el castillo, intentaban hacer otro tanto en La Guaira y Caracas. Arismendi y Palacios, jefes militares, no respondían de la seguridad de las plazas que les estaban encomendadas. Era necesaria una medida de aquellas que se toman por imprescindible necesidad en la guerra. Que había un derecho perfecto para ordenar la pena de muerte por la ley del talión es incuestionable, y pudo mandarlo Bolívar para de ese modo obligar a los enemigos de la independencia a regularizar la guerra. Pero hoy, que han pasado los tiempos de horroroso recuerdo, no falta quien diga que la medida fue inhumana, bárbara y dispendiosa sin necesidad. Puede muy bien juzgarse así oyendo la voz de la naturaleza, que defiende siempre los derechos de la humanidad; y obedeciendo al impulso de un corazón generoso es muy fácil moralizar sobre los hechos y exclamar contra el que tal pena haya mandado aplicar. Mas si a los sentimientos de humanidad se unen las reflexiones de conveniencia nacional, de salud pública y de propia conservación, todos aquellos sentimientos deben modificarse, y lamentar que la tierra haya tenido que alimentar a esos monstruos que pretendiendo defender la causa de Dios y del Rey, contra la soberanía nacional de un pueblo, se lanzaban a todo género de crímenes, castigando con cadalsos y matanzas, lo que en España era una virtud. Bolívar tenía que obrar con absoluta libertad y reunir a sus soldados sin tener

que atender a la conservación de sus enemigos. Suponiéndolos otra clase de prisioneros, no hacía sino usar de un derecho perfecto reconocido por todos los publicistas y ejecutado por los más humanos e ilustres capitanes de todos los siglos. Demasiado cansado sería ocurrir a la historia para llenar nuestro escrito de citas eruditas; mas se nos permitirá traer a la memoria del lector unos pocos hechos para que pueda comparar la conducta de Bolívar con la que observaron sus predecesores en la gloriosa carrera de las armas; y nótese que la causa que aquéllos defendieron no era tan digna de grandes sacrificios como la de la libertad de un pueblo y la de defender los derechos del hombre contra la opresión de un tirano. Napoleón, al mandar pasar al filo de la espada millares de turcos en Jaffa, no defendía la causa del pueblo; pero la guerra se hacía en regla, y la salvación de un ejército le obligó a este acto cruel y terrible contra sus sentimientos generosos. Enrique V, Rey de Inglaterra, hizo otro tanto con los prisioneros en la batalla de Azincour. Los griegos y los romanos usaron del mismo derecho, y allí están los ejemplos y las doctrinas en Grocio, Puffendorf, Alberico, Gentili y Wolf. Entre los publicistas modernos, Vattel, Martens, Bello, H. Wheaton y Rutherforth, todos concuerdan en que es justificable quitar la vida a los prisioneros en los casos extremos en que es imposible custodiarlos, y cuando la clemencia compromete la propia seguridad, y se debe compadecer al general que se halla en el caso de ordenarla. Bolívar se lamentaba siempre de las circunstancias que le habían obligado a ordenar la ejecución de la pena de muerte, y más de una vez le vimos disgustado de ejercer la suprema autoridad en el ejército cuando ésta tenía que ejercerse con la aplicación de la pena capital. De este hecho, el más marcado de su vida, por el número de los hombres que murieron, siempre nos decía: "Hice durante seis meses cuanto puede un hombre, por no llegar a tomar la medida de salvación que adopté en febrero de 1814, y desde entonces di cuenta al mundo de mi conducta". Su manifiesto, que he citado en este capítulo, es resumen verídico e histórico de los excesos de los enemigos que le daban derecho a la represalia, conforme a los principios del derecho de gentes. Bolívar, en su larga y gloriosa carrera militar, se distinguió más bien por indulgente que por severo, y lamentándose siempre de las consecuencias que ha traído la guerra a muerte, que se hizo en la guerra de la independencia, nos decía:

"Esa guerra ha sido tanto más cruel cuanto que los hombres que morían en ella eran los más civilizados de la raza cáu-

casa. A ellos fue a quienes degollaron los españoles de preferencia, y los patíbulos que erigieron los pacificadores se regaron con la sangre de los hombres más ilustres del país, cuyas virtudes sólo pueden compararse a las de los filósofos que honran la historia de las naciones, y al ejecutar la pena del talión los republicanos hemos tenido que hacerlo sobre los europeos y canarios de la raza que debía civilizar los desiertos de Colombia". Pensamiento lleno de justicia y de filosofía, que las generaciones que hoy viven y las que después vendrán, sabrán apreciar en su justo valor... Como contemporáneos y militares en la gloriosa guerra de la independencia, hemos dicho cuanto imparcialmente podemos referir hoy, que nuestra cabeza encanece, y nuestro corazón no participa de los sentimientos de la época en que los hechos se ejecutaron. Españoles de origen, y colombianos de nacimiento, nos ligan simpatías con ambos pueblos, que no formaron sino una nación hasta 1810.

Después de la batalla de Victoria, en que fue vencedor Rivas, tuvo que regresar con una parte de su división a Caracas, con el fin de oponerse a Rosete, que amenazaba a aquella ciudad por los valles del Tuy. El Coronel Arismendi había fortificado la capital con una actividad infatigable, ayudado por el entusiasmo de los republicanos. En dos días organizó el General Rivas otra columna de operaciones de 1.000 hombres, y salió con ella al encuentro de Rosete. Encontróle a siete horas de marcha de la capital, ventajosamente acampado en el pueblo de Charavage el día 20 de diciembre, con una fuerza de 800 a 1.000 hombres, y a las 12 del día los cazadores dieron principio al combate. Muy pronto se empeñó éste a la bayoneta, y una hora bastó para obtener un nuevo y espléndido triunfo, quedando el campo cubierto de cadáveres y tomando al enemigo crecido número de lanzas y caballos. No se dio cuartel, según la expresión del vencedor en su parte: ¡triste y lamentable necesidad de aquella malhadada guerra!

Siguió Rivas la persecución del enemigo por la sabana de Ocumare, en donde encontró más de 300 cadáveres insepultos, y de ellos más de una tercera parte mujeres y niños a quienes había hecho degollar el feroz Rosete. Primero habían sido asesinados los hijos, después las madres, y al fin los padres y maridos, para que fuera más terrible el castigo, y negando a todos los auxilios de la religión, para atormentar si era posible más a tantos desgraciados. Por eso exclamó Rivas en su parte, al re-

ferir al Libertador tan horrible matanza: "La sangre americana es preciso vengarla. Las víctimas de Ocumare claman a todos los que tienen el honor de mandar los países libres de América. Yo reitero mi juramento y espero que no perdonaré medio de castigar y exterminar esta raza maldita". Arismendi hizo semejante juramento en una alocución al pueblo de Caracas, exclamando: "¡Pueblo de Caracas! ¡Qué habría sido de nosotros si esos crueles enemigos entran vencedores, auxiliados por los prisioneros!" Encontróse en el equipaje de Rosete la prueba de la conspiración de aquellos presos y una marca de fierro en figura de una P para marcar en la frente a aquellos a quienes no se quitase la vida, para distinguirlos si eran segunda vez prisioneros.

El Libertador, que conocía que esos triunfos no eran decisivos, continuaba obrando con la misma actividad para reunir fuerzas y municiones y oponerse al terrible Boves, que atrevido e infatigable se mostraba más enérgico después de cada derrota de sus tenientes. Dejó en Valencia una fuerza con el Coronel Escalona; a D'Elhuyart continuando sus operaciones en el sitio de Puerto Cabello, habiéndose apoderado de las obras exteriores y del Mirador de Solano, impidiéndoles así que rompiesen la línea de asedio; pero reducidos a la fortaleza principal, allí sufrían el hambre y continuos ataques, con una constancia y valor imperturbables. Bolívar escogió el pueblo de San Mateo para su cuartel general, e hizo construír fortificaciones de campaña para resistir a las formidables masas de caballería que traía Boves de los llanos. Innumerables guerrillas infestaban las cercanías del lago de Valencia, cuya persecución se encargó a Escalona. La principal constaba de 800 hombres, a órdenes del español Ruiz, que fue derrotada en la villa de Pao, y otra de 400 hombres fue destruída por el Capitán Salcedo. Bolívar reunió en San Mateo 1.200 infantes y 600 jinetes. Cuatro piezas de batalla de grueso calibre era la artillería con que se montaron las baterías de campaña del campamento. Prolongada desde Puerto Cabello a Valencia, y de Valencia a San Mateo la línea de defensa establecida por Bolívar, tuvo que reducirse a la defensiva, aprovechándose de los accidentes del terreno montañoso, no pudiendo seguir a las llanuras, en donde la caballería de Boves era superior, y no podía dar movilidad a la artillería sin inutilizarla, por falta de caminos adecuados para conducir esta arma. Acompañaban al Libertador en el cuartel general los jefes Lino Clemente, Martín Tovar, Campo Elías, Villapol, Mariano y Tomás Montilla, Florencio Palacios, Hermógenes Maza y Antonio Ricaurte, estos dos granadinos, y

con muchos otros, todos unidos combatían llenos de entusiasmo y orgullosos de estar a las órdenes inmediatas del Libertador.

Tal era la situación del Libertador, y esperaba con ansia las fuerzas de oriente que traía el General Mariño en número de 3.500 hombres de infantería y caballería, y que eran los que habían hecho las campañas de Cumaná y Barcelona, afianzando la independencia de aquellas provincias con hechos de armas muy recomendables, a órdenes de los distinguidos jefes de oriente, entre quienes se encontraban los Coroneles Valdés, Bermúdez y Arrioga; el Teniente Coronel Izaba, y un oficial español europeo, Antonio Tanayo, de reconocida inteligencia y sereno valor. Desde el 4 de febrero habían ocupado a Tacupido, en el cantón de Chaguaramas, llamando por esa parte la atención de los realistas, que tenían su base de operaciones entre San Fernando de Apure y Calabozo.

La morosidad con que obraba el General Mariño, empeñado en operaciones secundarias, dio lugar a Boves para que emprendiera de un modo decisivo sobre el Libertador, situado, como hemos dicho, en San Mateo, lisonjeándose de que con sus 7.000 hombres podría batirse con el Libertador, y destruyéndole, completar en una batalla la reconquista de Venezuela y sofocar la revolución para seguir a Nueva Granada y reducir los pueblos que habían proclamado la independencia. Tal era el atrevido pensamiento de este tan arrojado como sanguinario caudillo.

Bolívar armó una escuadrilla de fuerzas sutiles en el lago de Valencia: hizo fortificar el paso de La Cabrera y se situó en San Mateo, pueblo que está entre la Victoria y la ribera del lago de Valencia, dominado por una cadena de colinas y pequeñas alturas al norte y sur, entre las cuales se halla la del Calvario y la de una quinta de Bolívar, dependiente del ingenio principal de su propiedad, al oriente de San Mateo, y era la hacienda patrimonial del mayorazgo que poseía el jefe republicano. El Libertador colocó su cuartel general en la trinchera que estableció para cortar el camino principal de la Victoria, que corre al pie de la casa alta del ingenio y del Calvario, y va a atravesar el pueblo de San Mateo. Colocó diferentes destacamentos de infantería sobre el paso del río Aragua y las calles de la población más inmediatas a su cuartel general.

El 25 de febrero de 1814 se presentó Boves y ocupó el pueblo de Cagua: quiso vadear el río pero el Mayor General Montilla le disputó el paso, y viose obligado a retirarse y tomar posiciones en la altura llamada del Monte, en donde permaneció hasta el 28 por la mañana. Este día atacó con toda su fuerza las

trincheras del cuartel general. El Coronel Lino Clemente y el Libertador en persona dirigían los fuegos en aquel punto, y rechazaron las repetidas cargas que con un valor distinguido les dieron en todo el día hasta que comenzó a declinar el sol. Entonces mandó el Libertador reforzar la fuerza que ocupaba la altura del Calvario con una pequeña columna a órdenes de Villapol. Tomaron los realistas algunas casas contiguas, y desde allí hicieron un fuego mortífero sobre Villapol, que encontró su sepulcro en este combate, y fue herido el bravo Campo Elías. La tropa desfallecía con estas sensibles pérdidas, cuando supo el joven Villapol, hijo del Coronel, la muerte de su padre; y no obstante estar herido, este fatal suceso reanimó su valor, y poniéndose al frente de las tropas restableció el combate y quitó a los enemigos las casas que habían ocupado, logrando herir al mismo Boves; cuya circunstancia y el acercarse la noche hizo emprender la retirada del enemigo a las posiciones del Monte, que había tomado, como dejamos dicho. La fuerza del ala izquierda, que estaba situada en la casa de Bolívar a órdenes del Teniente Coronel Manuel Gogorza, logró rechazar el ataque que le hizo el Coronel don Tomás Morales, después de un fuego sostenido por dos horas. La victoria coronó los esfuerzos de Bolívar en esta jornada, perdiendo 203 hombres y entre ellos 30 oficiales. Villapol murió el mismo día y Campo Elías poco después, de resultas de sus heridas. La pérdida del enemigo fue mayor, y Boves se retiró a la villa de Cura a sanar de sus heridas, dejando el mando a su segundo, Morales.

El 1º de marzo extendió Bolívar la línea de defensa por su izquierda hasta el ingenio, y mandó situar el parque en la casa alta, y que la caballería ocupara las labranzas de caña de azúcar para que sirvieran de forraje, y bien alimentados los caballos, pudieran sufrir la fatiga de las operaciones que debían ser continuas. La pérdida que había sufrido el enemigo y la ausencia de su jefe principal habían disminuído su ardor guerrero, y hasta el 9 de marzo fueron insignificantes los encuentros y escaramuzas que tuvieron lugar. Este día supo el Libertador que Rosete había ocupado desde el 6 a Ocumare con cerca de 3.000 hombres, y que se dirigía sobre Caracas. Aunque el General Bolívar creía exagerada la noticia sobre la fuerza que se daba al enemigo, y conocía bien los riesgos que le amenazaban, no vaciló un instante en mandar auxilios a la heroica ciudad, cuna de su nacimiento. Dispuso que el Mayor General Montilla tomase 300 hombres escogidos, y que marchase con ellos para la capital, haciendo un movimiento falso que hiciese creer al enemigo que

se le iba a atacar por su ala derecha. A las dos de la tarde emprendió Montilla el movimiento, e hizo creer al enemigo lo que deseaba, y entre tanto y favorecido por la noche ejecutó su marcha en auxilio de Caracas, sin ser molestado.

Considerando el enemigo que se había debilitado el Libertador con las bajas que había tenido en los combates anteriores, y por la marcha de los 300 hombres de que hemos hablado, intentó el 11 de marzo un nuevo asalto que fue rechazado con gran pérdida de los patriotas. El 16 dispuso el Libertador que el Teniente Coronel granadino Hermógenes Maza y el Comandante Tomás Montilla, caraqueño, atacasen a los cuerpos de caballería apostados sobre el río Aragua: este día y el siguiente, 17, fueron batidos los enemigos, distinguiéndose el primero por su valor y el segundo por la inteligencia con que obró en su apoyo, y en la persecución que dirigió hasta Cagua, causándole al enemigo una pérdida considerable entre muertos y heridos.

Aunque Boves tenía 2.000 infantes y 5.000 jinetes, le faltaban municiones y no podía empeñar una batalla general con mejor suceso contra fuerzas bien situadas, municionadas y mandadas por un General como Bolívar, y jefes que se disputaban en valor y entusiasmo el triunfo.

Boves decía a sus soldados que no sería necesario un nuevo ataque, pues el hambre y la sed debían rendir muy pronto al enemigo, completamente sitiado en las posiciones que ocupaba. Mejorado de sus heridas, siguió al campo de operaciones, y el grande alborozo con que los suyos le recibieron le hizo olvidar su prudente determinación de continuar el sitio, y el 20 de marzo emprendió de nuevo sus ataques. Hizo dar un asalto valeroso sobre las trincheras, y no obstante el arrojo con que fueron a él los realistas, les fue imposible obtener ventaja, y despedazados por un fuego bien sostenido de infantería y artillería, con grande pérdida tuvo que retirarse Boves para no concluír temerariamente con su gente, no pudiendo oponer fuerzas iguales a las de los republicanos. El desaliento comenzó entre los sitiadores, y Boves, persuadiéndose que concluiría por una completa desmoralización, determinó librar su suerte a las armas y dar un ataque general bien combinado, pues las operaciones parciales le habían sido fatales. Formó una fuerte columna para que por retaguardia atacara la fuerza que ocupaba los cerros en que se apoyaba la línea de Bolívar en el ala izquierda, y que descendiese sin tardanza a ocupar el ingenio y apoderarse del parque de los republicanos. Y poniéndose a la cabeza del grueso de sus tropas atacó de frente por las llanuras de San Mateo al Libertador, en la

madrugada del 25 de marzo. Hizo romper el fuego en toda la línea de batalla, y recorriendo las filas de sus tropas con serenidad, daba ejemplo a sus valientes llaneros. Mas todo ese arrojo fue ineficaz al medirse con sus indisciplinadas masas, contra soldados bien mandados, y morían unos sobre otros los que, atrevidos, se proponían apoderarse de las obras de fortificación de campaña con que defendía Bolívar su campamento. La escasez de hombres había obligado al Libertador a dejar solamente para custodiar el parque en la casa del ingenio, un destacamento de 50 hombres a órdenes del valiente Capitán Antonio Ricaurte.

Cuando el Libertador y sus valientes compañeros advirtieron el acertado movimiento del enemigo, al ver la gruesa columna que se presentaba sobre la altura para ocupar la casa en que estaba el parque, no podían abandonar un solo punto de los que defendían, y su resolución fue perecer en el combate, ya que no podían evitar la pérdida de las municiones de reserva, y que la necesidad solamente había obligado a Bolívar a dejar con tan poca fuerza aquel punto.

Viendo Ricaurte que era inútil hacer con sus 50 hombres una defensa infructuosa y el sacrificio inútil de su gente, le ordenó la retirada replegándose al cuartel general y ofreciéndoles que él solo salvaría en ese duro trance el parque y quizá el ejército. El enemigo, que vio desfilar el destacamento hacia la llanura, se acercó con grande gozo a tomar las municiones de que carecía, y en desorden y tumulto se precipitaron sobre la casa. El impertérrito Ricaurte, al verlos sobre sí, da fuego a las municiones, y la inesperada explosión con un terrible estruendo destruye en gran parte la columna enemiga, y el resto huye despavorido, abandonando el lugar en que un solo hombre combatió por la salud del ejército.

La historia apenas cuenta un hecho semejante.

Bolívar conservaba siempre tal respeto por la memoria de este valiente oficial, que con un entusiasmo guerrero nos decía un día: "¿Qué hay de semejante en la historia, a la muerte de Ricaurte? Este suicidio para salvar la patria, al ejército y a mí, sin más esperanza que el amor a la independencia y a la libertad, es digno de cantarse por un ilustre genio como Alfieri"... Cuando hablaba de este hecho y del de otros heroicos de sus amigos, suspendía el entusiasmo con que hacía un recuerdo a su memoria y solía exclamar después de una triste meditación: ¿Llegarán a ser inútiles tántos sacrificios?... La gratitud del Libertador por cuantos cooperaron en distintas épocas a la libertad de Colombia, fue siempre noble y generosa, y por sus compañe-

ros de armas en las campañas que vamos refiriendo, era tal vez la más marcada. Nunca quiso oscurecer el mérito ajeno, y ese grupo de granadinos a que pertenecía Ricaurte mereciόle siempre sus afecciones, pues conocía el mérito que habían contraído para libertar a Venezuela, y darle a él fama y gloria, sirviéndole de base para formar un ejército que, andando los tiempos, pagó deuda tan sagrada llevando sus legiones vencedoras a redimir de la esclavitud a la Nueva Granada... Volvamos a la narración que hemos interrumpido al hablar de Ricaurte, que eternizó su nombre con tan sublime sacrificio; al expresar los pensamientos de Bolívar no hacemos sino el homenaje debido a su memoria, y a la de aquellos a quienes él elogiaba, que ciertamente con ello les daba una reputación gloriosa que es para los colombianos una propiedad nacional.

Cuando el enemigo se creyó triunfante al apoderarse del parque, el grito repetido de victoria resonó entre sus filas. Bolívar, con una serenidad sin ejemplo, mandó desensillar su caballo para mostrar cuál era su determinación y estimular a sus compañeros a vencer o morir con gloria. Oficiales y soldados se disputan el honor de ser los primeros en cargar a los que les asaltaban, y tan heroica resolución, apoyada por la explosión del parque, decidió la jornada memorable del 25 de marzo. Ochocientos hombres entre muertos y heridos perdió Boves, y viose obligado a huír y tomar de nuevo las seguras posiciones que había elegido. Los republicanos perdieron entre muertos y heridos 93 hombres, y de ellos 15 oficiales.

Entre tanto que estos sucesos pasaban en San Mateo, Caracas corría gran peligro de ser ocupada por Rosete, y necesario es que refiramos los hechos de armas que allá se ejecutaban, y cuál fue el resultado del oportuno movimiento que ordenó Bolívar, confiando su dirección al hábil Teniente Coronel Mariano Montilla, y el mando al Coronel Palacios.

La noticia de la proximidad de Rosete y el deseo de evitar un combate en las cercanías de Caracas, como que los realistas se privasen completamente de las comunicaciones con el cuartel general de San Mateo, estimuló al General Rivas a mandar una fuerza en su encuentro en los mismos días en que empezaban los ataques de Boves contra el Libertador. El Coronel Arismendi, segundo de Rivas, fue el destinado, y organizando una columna de 800 hombres, casi todos jóvenes tiernos y estudiantes, que por primera vez empuñaban las armas, siguió a encontrarse con el enemigo. El 11 de mayo fue hallado en la sabana de Ocumare, se lanzó con arrojo al combate aquella juventud organi-

zada en batallones, y el suceso no fue dudoso, pues los esforzados jinetes del llano arrollaron y acuchillaron la débil fuerza que les atacó. Sensible sacrificio y obra del entusiasmo de los unos, y de la crítica situación del jefe de las armas, que en tales circunstancias yacía en cama enfermo. Arismendi, unos pocos oficiales y algunos jóvenes que pudieron escaparse en la derrota que sufrieron, llevaron a Caracas tan triste noticia. Los conflictos de la población eran grandes, y ya los menos valerosos y el sexo débil veían la muerte y los excesos en los umbrales de sus casas, cuando se presentó Montilla con los 300 soldados con que lo destinó el Libertador para auxiliar a la capital. Si a esta previsión se hubiera unido la prudente de disciplinar, foguear e instruír, por pocos días a los 800 jóvenes sacrificados en un momento de entusiasmo, se hubieran salvado vidas tan preciosas. Rivas anunció al pueblo que sus males no le impedirían ir al campo de batalla para salvar a Caracas. Esta heroica resolución reanimó los espíritus abatidos, y completóse sobre los 300 hombres que conducía Montilla, una columna de 900 hombres. El 17 todo estaba ordenado, y no pudiendo Rivas montar a caballo por la enfermedad que le atormentaba se hizo conducir en una litera, y el 20 reconoció al enemigo acampado en la población de Ocumare. El nuevo ataque que le amenazaba, después de haber destrozado nueve días antes una columna de 800 hombres, parece que arredró al jefe realista, y perdiendo la ofensiva y la ventaja de su caballería en campo raso se parapetó en las casas de Ocumare, y esperó allí al enemigo. Rivas supo aprovecharse del error de su contendor y le atacó en la población, comenzando por incendiarle algunas de las casas en que se había parapetado. Entonces conoció Rosete la necesidad de hacer uso de su caballería, y mandó dar una carga por el flanco izquierdo de la fuerza republicana. El Mayor General Montilla y el Teniente Coronel José María Jiménez rechazaron con bizarría este ataque, y siguióse una derrota general después de poco más de dos horas de pelea. Un mes hacía que Rivas había obtenido en los mismos campos otro triunfo sobre Rosete, y para no dejarlo rehacer ordenó su persecución con 500 hombres, a órdenes del Mayor General Montilla y del Coronel Palacios, con orden de no dejarlo reunir a los demás dispersos. Rivas regresó a Caracas a continuar en su curación, y los habitantes le recibieron con un entusiasmo extraordinario, como que esa vez la había salvado, y le apellidaron el invencible.

Por fin había adelantado sus marchas el General Mariño, y teniendo noticia por algunos fugitivos aprisionados el 21 de

marzo en San Casimiro, por sus avanzadas, que Rosete venía en aquella dirección derrotado, mandó que el Coronel Bermúdez le saliese al encuentro con medio batallón por el camino de los Pilones. Por la misma ruta y al extremo opuesto marchaban Palacios y Montilla en su persecución. El 22 intentó Rosete abrirse paso, y trabóse reñida pelea, que duró todo el día; pero conociendo Rosete el riesgo que le amenazaba aprovechóse de la noche para dispersar su tropa y que cada cual huyese por en medio del bosque, buscando una vereda para ir a los llanos, donde podrían reunirse de nuevo. Era seguro su exterminio si no tomaban esta medida, pues desde las cinco de la tarde se había distinguido en la cima de la altura la columna de Palacios, y Montilla y ellos igualmente descubrieron la fuerza de Bermúdez. Grande fue el placer que tuvieron unos y otros al reunirse en aquella noche. Al siguiente día se dirigieron los cuerpos de Bermúdez y Palacios sobre Cumatagua, en donde se incorporaron al cuerpo principal de las fuerzas auxiliares. Los 500 veteranos que mandaba Palacios eran de gran provecho a Mariño, cuya fuerza principal era de caballería. Con ellos se elevó su división a 4.000 hombres. El Mayor General Montilla refirió a Mariño cuanto había pasado en San Mateo, la difícil posición del Libertador, y cuán complicadas eran las circunstancias de las tropas, y cuán necesario marchar en su auxilio, pero yendo preparados para librar o recibir una batalla, porque Boves, dueño de las llanuras, mantenía constantes relaciones con sus guerrillas y conocía perfectamente las operaciones de los republicanos. Organizóse en consecuencia de nuevo el ejército, y diose el mando de la vanguardia a Palacios, que como conocedor del terreno era el más adecuado para este servicio. Montilla, en su calidad de oficial de estado mayor, se hizo cargo de toda la fuerza, y después de haberse tomado las medidas necesarias para que no faltasen víveres ni forrajes se emprendió el movimiento por San Sebastián a la Villa de Cura.

Si tan heroica era la defensa de San Mateo como felices las operaciones de Rivas en Caracas, y de Mariño en el oriente, como bien combinados los movimientos encargados a Montilla para salvar la capital y concertarse con Mariño, no fueron igualmente prósperos los sucesos de occidente, y antes de dar cuenta de lo que tuviera que hacer Bolívar para llevar adelante su empresa, deberemos referir cuál era la situación del General Urdaneta, y qué acontecimientos complicaron más y más las operaciones de una tan variada como encarnizada guerra.

El Virrey del Nuevo Reino de Granada, Mariscal de Campo don Francisco Montalvo, había prevenido a su segundo, el General don Juan Manuel de Cajigal, en calidad de Capitán General de Venezuela, que diese unidad a las operaciones y se concertase para obrar con el Gobernador de Coro, don José Cevallos, con las fuerzas de Boves, que deberían llamarse ejército de Barlovento, y la división de Apure formada por Yáñez y Calzada. Cajigal, que había tenido por algún tiempo su cuartel general en Coro, escogió este punto como base de operaciones, y con el resto del regimiento de Granada organizó un cuerpo de 1.000 hombres, la mayor parte corianos. Confióle el mando al Brigadier Cevallos, con orden de tomar el de todas las fuerzas realistas, en su calidad de Comandante General y director de la guerra, ordenándole que se moviese sobre Barquisimeto a atacar al General Urdaneta, que era el jefe republicano que sostenía la guerra en las provincias de Occidente y cuyas fuerzas se habían debilitado con la marcha de Villapol al cuartel general del Libertador. La actividad y constancia de Urdaneta habían logrado restablecer en gran parte la confianza y destruído muchas guerrillas. Se conservaban en armas las tropas irregulares levantadas por un indio llamado Reyes Vargas, el cura Torrellas y un Capitán Millet, natural de Cataluña, que tenían su asiento principal en San Felipe, y sobre Ospino obraban los españoles Vega y Torrealva, dependientes de la división de Apure que mandaba Calzada. La orden que tenía Urdaneta de atacar y ocupar a Barinas no pudo llevarse a efecto desde que se le separó Villapol, y orgulloso el enemigo con las noticias del triunfo de Boves sobre Campo Elías en la Puerta, y de que últimamente había sitiado al Libertador en San Mateo, levantaron a los partidarios del Rey, y aumentando las fuerzas enemigas redujeron al General Urdaneta a la necesidad de concentrar sus fuerzas; y halláronse éstas rodeadas de innumerables guerrillas y escasas de subsistencia, y aun de forraje para la caballería. Las comunicaciones estaban cortadas por el enemigo, y era muy difícil obrar en combinación con las diferentes columnas republicanas que hacían frente a las divisiones españolas, cuyos buenos sucesos y desventajas hemos referido.

Al saber Urdaneta que Cevallos había ocupado a Carora, y conociendo cuán importante le era contener sus movimientos, después de haber recogido algunos víveres, mandó al Comandante Domingo Mesa con 500 infantes y 25 jinetes hacia Quibor, quedándose él en Barquisimeto con el resto de su fuerza, que apenas alcanzaba a 130 infantes y 50 dragones. El Briga-

dier Cevallos, que tenía buen espionaje, supo el movimiento, e interponiéndose entre Mesa y Urdaneta con un hábil movimiento, atacó el 7 de marzo de 1814, con 700 infantes y 300 caballos, a la guarnición de Barquisimeto en el momento de salir a hacer ejercicios militares fuera del poblado. Tuvieron que ceder el campo a un enemigo superior, y con serenidad y valor, según confesión del mismo Cevallos, se retiraron con poca pérdida por el camino de Cabudare, llevándose consigo dos piezas de montaña, pero perdiendo los equipajes y cuanto tenían de parque y repuestos en Barquisimeto. Las tropas vencedoras, al entrar en la población, descuidaron la persecución por aprovechar los momentos de un saqueo.

Mesa, sabedor de este suceso, evitó un combate marchando a Trujillo por el Tocuyo, y Cevallos no le persiguió como debiera hacerlo para completar su proyectada operación. El General Urdaneta se dirigió sobre San Carlos, cuya población estaba rodeada de enemigos de las fuerzas de Apure. Burlando la vigilancia de los que sitiaban la población se introdujo a ella a la cabeza de un destacamento, y poniéndose a la cabeza de la guarnición, con un movimiento rápido rompió la línea enemiga y protegió la entrada de la infantería que había salvado de Barquisimeto, cuyo hecho tuvo lugar el 11 de marzo. Calzada reunió sus fuerzas, e instruído de la ocupación de Barquisimeto, no tuvo que temer por retaguardia, y desde el 12 de marzo empezó sus ataques sobre San Carlos con 800 hombres, la mayor parte de caballería. Encontrábanse en aquella ciudad, acompañando al Gobernador Juan José Maya y al Comandante de la plaza, don Pablo de Arramburi, español de nacimiento, el Coronel Pedro Briceño Pumar, el Gobernador de Barinas, Manuel Pulido, el Comandante Rodríguez, defensor de Ospino, el Capitán granadino Antonio París, y el Presbítero doctor Ramón Ignacio Méndez, que andando los tiempos fue arzobispo de Caracas. Ellos, unidos a muchos emigrados de otros pueblos de occidente y a 500 hombres de tropa, tuvieron que resistir diferentes ataques de una fuerza de 800 caballos y 1.000 infantes con que hicieron sus repetidos ataques. Cevallos aún no se había unido a Calzada, y aprovechándose de esta circunstancia, resolvió el General Urdaneta evacuar la ciudad con toda la guarnición y patriotas comprometidos, y el 17 de marzo, en la madrugada, verificó su movimiento, teniendo que abandonar seis piezas de artillería que inutilizó porque le estorbaban. Calzada entró en la ciudad, luégo que supo que estaba abandonada, y ocupándose del saqueo y maltratamientos contra los vecinos que allí quedaron, descui-

dó la persecución de la fuerza que se retiraba, y pudo ésta, tomando la sierra de Macapo, llegar a Valencia en tres jornadas.

Desde aquella ciudad dio parte Urdaneta al Libertador, de sus operaciones, anunciándole que en breve sería atacado por las fuerzas reunidas de Cevallos y Calzada, y le informaba que no debía esperar nada de los pueblos de occidente, que en lo general estaban decididos por sostener la causa del Rey. Bolívar, desde su cuartel general de San Mateo previno a Urdaneta que defendiera a Valencia hasta morir, porque siendo este el punto en que se habían situado los almacenes y todos los elementos de guerra para el ejército de operaciones, si lo tomaba el enemigo se perdería la república. Anunciόle que el General Mariño venía en su auxilio para decidir la campaña de San Mateo, y que antes de este suceso no podía mandarle refuerzos, y le añadió: "Enviad, ciudadano General, 200 hombres a D'Elhuyart a la línea sitiadora de Puerto Cabello, a fin de que pueda cubrir el punto del Palito, por donde sería fácil a los españoles enviar pertrechos a Boves, que carece de ellos". Urdaneta obedeció, y cumplida fielmente la orden de Bolívar, no pudo Boves recibir los elementos que necesitaba.

Reunido Cevallos a Calzada, formó una división de 3.000 hombres, con que debía obrar sobre Valencia, en donde solamente contaba Urdaneta con 280 fusileros para defender una ciudad abierta y en que se encontraban muchos desafectos al partido republicano. Urdaneta y Florencio Palacios, conociendo que no podían guarnecer toda la ciudad, se aprovecharon de la morosidad del Brigadier Cevallos para fortificar el recinto de la plaza y prepararse para sufrir un sitio. No le era posible conseguir ganados para hacer salazones, y las hizo de carne de burros y de mulas, recogiendo algún maíz y previniendo a los habitantes de Valencia que se proveyesen como pudiesen. Procuró deshacerse de las bocas inútiles. No tocó con el arzobispo de Caracas, Coll y Prat, ni con su numerosa familia que pasaba de 40 personas; pues él se hallaba en Valencia por súplicas de Bolívar, para que fuese a predicar mansedumbre y humanidad, y que cesasen las matanzas de esa guerra desastrosa, circunstancia que hizo mirar muy mal por los españoles a este venerable prelado.

El 29 de mayo se presentó Cevallos delante de Valencia, e intimó a Urdaneta que se rindiera a discreción. El General republicano rechazó tal intimación, y se dispuso a defender su puesto, conforme a la orden que había recibido. Acompa-

ñábanle el Brigadier Joaquín Ricaurte, mandado en calidad de segundo jefe de Bolívar por el Congreso de las Provincias Unidas de Nueva Granada, y el Coronel Juan Escalona, como Gobernador de la plaza. Era Gobernador político el célebre doctor Francisco Espejo, y mandaba la artillería el Comandante Taborda.

Al siguiente día principiaron el ataque de la ciudad las fuerzas españolas, y replegados al recinto de la plaza los enfermos del hospital militar y gran número de familias, abandonaron la línea exterior los tiradores de la guarnición. Ocuparon los españoles el río y cortaron el agua a la plaza. Así combatieron durante cuatro días a todas las horas y con una tenacidad extraordinaria de una y otra parte. Los sitiados tenían artillería; y no tuvieron arma igual los sitiadores para apagar sus fuegos, ni constancia, circunstancias que sólo pudieron influír para sostenerse 300 hombres contra 3.000. En último caso, los patriotas, que estaban seguros de ser víctimas por la guerra a muerte, habían resuelto hacer la última defensa en el cuartel de artillería y perecer allí volando el parque, cuya resolución habían tomado Urdaneta, Ricaurte y Palacios, y que no dudamos habrían hecho lo mismo que el héroe de San Mateo. Tiempos fueron aquellos en que hechos semejantes se ejecutaban con la mayor decisión y bizarría. Las acciones particulares que tenían lugar en aquella gloriosa guerra de la independencia honran al pueblo que las ejecutó, y no pasarán en silencio, pues los historiadores de Colombia darán cuenta de ellas. Nuestra tarea, estando reducida a la vida del gran Capitán de la América española, no debe pasar de los límites que son necesarios para encadenar los hechos y presentar un cuadro fiel de los acontecimientos que preparaban sucesos importantes, y a cuya realización dio complemento Bolívar tan ingratamente maltratado y tan poco comprendido por quienes no tuvieron ocasión de tratarle y conocerle.

Mientras estas angustiadas circunstancias habían ocurrido en el occidente, ya hemos visto el valor y constancia con que Bolívar se defendió en San Mateo. Sus tenientes lo secundaron, y cumplidas sus órdenes por ellos, Rivas y Urdaneta se cubrieron de gloria, y Caracas y Valencia fueron salvadas por su valor.

El 2 de abril conoció Cevallos que no podía emprender otro ataque, y que tenía que retirarse porque Bolívar se acercaba, después de la derrota de Boves en Bocachico, de cuyos sucesos daremos cuenta en el capítulo siguiente.

CAPITULO IX

Medidas del Libertador para salvar a Valencia y reunirse a Mariño.—Operaciones de este General.—Batalla de Bocachico ganada sobre Boves: se repliega a Valencia y se retiran los españoles hacia San Carlos.—Estado en que encontró Bolívar a Valencia.—Batalla del Arado.—Retirada sobre Valencia.—Victoria de Piar en el oriente.—Desmoralización de una parte de las tropas republicanas, y conducta enérgica del Libertador. Batalla de Carabobo.—Nuevas operaciones de Bolívar.—Batalla de la Puerta, ganada por los españoles.—Decidióse adversamente la suerte de Venezuela.

Luégo que el Libertador logró rechazar los repetidos ataques del enemigo contrajo toda su atención a organizar el servicio de postas y comisionados secretos, que burlando la vigilancia del sitiador pudiesen llevar sus órdenes a Valencia, y avisar al ejército de Mariño, únicas esperanzas de salvación del ejército republicano, que durante un mes había podido resistir sin dar el triunfo a Boves, porque suplió la falta de número con el valor y entusiasmo de las fuerzas republicanas, la inteligencia del Libertador para dictar medidas acertadas, y providencias oportunas y salvadoras. Cansados los indisciplinados llaneros de Boves de la prolongación del sitio de San Mateo, y viendo que sus caballos habían perdido la fuerza y el brío, comenzaron a desertarse, viendo burladas sus esperanzas, y aclaradas sus filas por la muerte segura que en cada ataque encontraran, cuando creían obtener un triunfo.

Aproximábase entretanto el General Mariño a marchas forzadas, habiendo dividido su ejército en cuatro columnas, con orden de despejar las llanuras del oriente de Caracas, infestadas de partidas enemigas que talaban el país en todas direcciones. El Coronel Bermúdez iba mandando la columna que se dirigió por Chaguarumal al valle de Pasaza; el Coronel Arriaga se encaminó con la suya siguiendo la izquierda del Orinoco; el Coronel Manuel Valdés obraba con la de su mando sobre Tucupido; y el Teniente Coronel Izaba seguía los movimientos de Bermúdez con su columna, que era la reserva. El hato de Belén fue el punto asignado para la concentración de estas fuerzas. Bien calcu-

ladas las operaciones de Mariño, obtuvieron el resultado que era de esperarse, y en Tucupido, Agua Negra, Banco del Corocito, San Rafael, Altagracia y Lezama vencieron los republicanos a cuantos enemigos quisieron oponerse y disputar el territorio. Si bien se obtuvo este resultado, no dejó de lamentarse que durante dos meses las fuerzas de oriente se distrajeran en operaciones secundarias, con gran riesgo de que se hubiese perdido Bolívar, y con él la república. Asegurado Mariño de no dejar enemigos a su retaguardia, emprendió su marcha sobre los valles de Aragua, tomando la vía de Cumabagua, y en el capítulo anterior dimos cuenta del sitio y lugar en que encontró Bermúdez a Rosete, del feliz resultado que había tenido la reunión de los fuerzas en oriente con las que llevaba Montilla en persecución del enemigo, y de su marcha hacia la Villa de Cura, por el camino de San Sebastián.

El Libertador había conseguido algunas noticias sobre la aproximación de las fuerzas de oriente; mas no era posible exponer en los avisos los pormenores del movimiento, porque no fueran a caer en manos de Boves y se perdiera la combinación. Sin embargo, no ignoraba éste el riesgo que se le aproximaba por su retaguardia, y resolvió hacer el último esfuerzo el 30 de marzo sobre el campo de San Mateo. El resultado le fue adverso, y ya no pensó sino en aprovecharse de su movilidad para ir al encuentro de Mariño, antes que lograra penetrar hasta los atrincheramientos en que estaba Bolívar; y para impedirle que tomara tierras altas y montañosas quiso anticiparse e irle a presentar batalla en el sitio de La Puerta, que le había sido favorable, como aciago al valiente Campo Elías. Mariño obró con destreza, y el 31 de marzo ocupaba ya el punto de Bocachico, que se halla entre La Puerta y Cura.

Desde el 30, después del ensayo que hizo Boves de un nuevo ataque y del rechazo que sufrió, había emprendido el movimiento que hemos referido, y a las once de la mañana del 31 encontró al Teniente Coronel Mariano Montilla, que había salido de Bocachico con dos compañías a hacer un reconocimiento. Boves marchaba en columna con su ejército, y mandó romper el fuego sobre las compañías que mandaba Montilla, y replegándose en buen orden sobre la línea de batalla de Bocachico; mas el empuje con que le atacara la fuerza enemiga le obligó a tomar una posición ventajosa, y defendióse en ella hasta ser auxiliado por fuerzas que mandó Mariño a órdenes del Sargento Mayor José Antonio Anzoátegui. Con mayor empeño ordenó nuevos ataques Boves para destruír esta fuerza, y no logró su objeto, re-

cibiendo un fuego mortífero y bien sostenido. Mariño mandó reforzar a Montilla con el batallón de Valencia, a órdenes del Coronel Leandro Palacios, y que Bermúdez con la columna de su mando y una pieza de batalla atacase el ala izquierda del enemigo. El movimiento fue acertado, y con mucha pérdida se replegó Boves a su retaguardia, y desde allí emprendió un nuevo ataque sobre el ala izquierda del ejército republicano que mandaba en persona el General Mariño. Este hizo ocupar un punto ventajoso por donde debía pasar la caballería enemiga, colocó una pieza de batalla bien servida, y fue fuerza suficiente para rechazar al enemigo y hacerle huír en desorden. La caballería con que se le mandó perseguir no pudo hacerlo con actividad por el mal estado de los caballos. Entretanto Mariño se empeñó en decidir la batalla, y mandó al Mayor General Manuel Valdés que con las fuerzas del ala izquierda y la reserva atacara el centro de la línea de Boves. Ejecutado este movimiento con bravura, y escaso ya de municiones el enemigo, tuvo que resistir a la bayoneta y, abandonando el campo de batalla, emprender su retirada por el camino de Magdalena y Güigüe, para seguir a Valencia a reunirse con Cevallos. Cerca de 500 españoles quedaron tendidos entre muertos y heridos en el campo de batalla, y la pérdida de los republicanos no bajó de 200. Boves no repitió sus ataques por falta de municiones, y Mariño por la misma causa no siguió en su persecución. Valdés, Bermúdez y Montilla se empeñaron con el General en Jefe para que les permitiera perseguir al enemigo; pero Mariño no lo creyó oportuno, y tomando el camino más fragoso por los cerros del Pao y de Zárate, se dirigió a la Victoria, perdiendo, por los accidentes del terreno y la fatiga, más caballos que en el combate de Bocachico, y muchos hombres que se desertaron, viendo la prudencia de su General, que traducían por pusilanimidad.

Desde el amanecer del mismo día 31 de marzo emprendió Bolívar un movimiento desde su cuartel general de San Mateo hacia Magdalena, para cortarle la retirada a Boves; pero una división extenuada, después de tan prolongado sitio, como el que hemos referido, y con artillería de batalla, no permitía la rapidez del movimiento. Boves evitó un encuentro con Bolívar y siguió por Güigüe. A las 7 de la mañana del 1º de abril recibió el Libertador la noticia de la rota de Bocachico y la retirada que hacía Boves, y destinó en su persecución al Mayor General Tomás Montilla, con una columna de infantería y caballería. Alcanzóle en Magdalena, y allí, no obstante que tomara buenas posiciones Boves, fue desalojado y perseguido hasta la cuesta de Lluma, en

donde presentó nuevo combate, igualmente desgraciado para él. Su marcha la verificaba por las márgenes del lago de Valencia, y desde allí le hacían un fuego certero y mortífero las fuerzas sutiles republicanas, secundando tan oportunamente las operaciones de Montilla, que en Guaica perdió Boves bastantes hombres muertos y 300 le fueron hechos prisioneros, dejando en poder de los patriotas como 1.000 caballos, mucho armamento, y un rico botín de lo que habían robado en los pueblos que ocuparon en su marcha anterior.

Boves logró al fin reunirse a Cevallos en Valencia el 2 de abril, y supo que en el mismo día se había comunicado la orden a su división, de levantar el sitio, porque ya no le quedaban sino 6 cartuchos por plaza. Tampoco tenía municiones Boves, y no obstante que sus fuerzas reunidas pasaban de 6.000 hombres, dispuso Cevallos emprender su retirada. En el momento de verificarlo se le pasaron 17 soldados de la plaza, y le ofrecieron conducir por un camino oculto la fuerza suficiente para entrar y atacar con ventaja la guarnición. Suspendió en consecuencia la retirada, y resolvió permanecer en el sitio un día más, formando una columna de 600 hombres que confió a los Comandantes Calzada y Ramos, para que llevasen a efecto la empresa. Boves debía apoyarlos y talvez habrían logrado su objeto si llevan a efecto el plan de los traidores; pero Calzada desconfió de los desertores, y Boves no ocurrió al lugar de reunión. Esto intimidó a Cevallos, y temiendo un ataque de Bolívar y Mariño reunidos, llevó a efecto su resolución, perdiendo el fruto que pensó coger con la toma de Valencia. Jamás fuerzas tan pequeñas han hecho tanto como las de Urdaneta en el sitio de seis días, de los cuales, como ha visto el lector, fueron cuatro en un continuo combate.

A las tres de la mañana del día 3 de abril se emprendió la retirada de los españoles con dirección hacia San Carlos. En Tucuyito, a tres leguas de Valencia, dispuso el Brigadier Cevallos que siguiese Boves nuevamente hacia Guadarrama y el Pao, a reunir nuevas fuerzas y a los dispersos de Bocachico, quedándose con el grueso de la caballería que había llevado aquél a Valencia. Luégo que los llaneros se vieron sin su caudillo, comenzaron a desertarse, y temiendo Cevallos la pérdida total de aquella gente, para que no se desbandara, resolvió mandarla a Calabozo, a donde podían ponerse de nuevo a órdenes de Boves, y siguió su movimiento sobre San Carlos.

El mismo día 3 de abril llegó el Libertador a Valencia con su Estado Mayor y una guardia de honor, e hizo a los defensores el justo elogio que merecían por su heroica defensa. El venía igualmente de San Mateo cubierto de gloria; pero con el ánimo consternado por la inmensa pérdida que había hecho de jefes, oficiales y soldados. Cerca de 200 oficiales y jefes, y entre ellos Villapol y Campo Elías, y 1.500 individuos de tropa, fueron las víctimas de aquel obstinado sitio de dos meses, pérdida inmensa para un ejército nuevo y una república naciente.

Cuando Bolívar llegó a Valencia presenció los estragos que habían hecho los españoles en seis días que ocuparon la ciudad. Saqueadas fueron todas las casas en la parte de la ciudad que ocuparon; algunas de ellas incendiadas; por doquiera se encontraban cadáveres de hombres y mujeres insepultos; los templos violados, y las vestiduras y vasos sagrados robados; tal era el espectáculo lamentable que se presentaba al Libertador a su entrada en aquella ciudad. Dura pena sentimos al recordar hechos tan atroces, ejecutados por las tropas de una nación cristiana en el siglo de la civilización, y en una guerra civil entre hermanos. Al referir tan tristes sucesos debemos hacerlo, no con la narración del ilustre caudillo de la independencia ni de sus compañeros de armas: prestaremos la palabra del virtuoso Arzobispo de Caracas, don Narciso Coll y Prat, testigo presencial, que decía, hablando de los estragos de aquella funesta guerra: "Mi espíritu se conmueve y mi alma no puede soportar el peso de tantos males. El hurto, la rapiña, el saqueo, los homicidios y los asesinatos, los incendios y devastaciones; la virgen estuprada, el llanto de la viuda y del huérfano; el padre armado contra el hijo; la nuera en riña con la suegra, y cada uno buscando a su hermano para matarlo; los feligreses emigrados, los párrocos fugitivos; los cadáveres tendidos en los caminos públicos; esos montones de huesos que cubren los campos de batalla y tanta sangre derramada en el suelo americano; todo está en mi corazón".

Bolívar recordaba con gratitud los buenos oficios y pastorales de este virtuoso Obispo español, al referirnos los contrastes que sufría su corazón en aquella época en que se le ponía a prueba, y que sólo el amor a la patria le inspiraba serenidad para obrar con calma y ordenar sus operaciones.

Regresó inmediatamente a la Victoria, y el 5 de abril se reunió con Mariño, a quien persuadió que debía seguir a Valencia para hacer frente al ejército realista. Después de tantas fatigas y contratiempos el ejército carecía de equipo, armamento, vestuario y víveres, y tuvo Bolívar que obrar con aquella actividad que

le era propia y que las circunstancias exigían. Después que hubo llenado sus deseos marchó con algunas tropas a reforzar la línea de Puerto Cabello que con tanta constancia había mantenido el bravo D'Elhuyart con la tropa auxiliar de Nueva Granada que mandaba, y con la que corrió grandes peligros, hallándose, a la vez que sitiador, sitiado por las guerrillas enemigas y la división de Cevallos que quedaba a su espalda, y por donde tenía que obrar para defender su importante como delicada posición. En aquella época las tropas de la Unión Granadina se distinguieron por su valor y sufrimiento, como el jefe que las mandaba por sus acertadas medidas de defensa y ataque. Bien conocía Bolívar al jefe a quien confió aquellas operaciones, y el más ventajoso resultado que obtuvo no fue precisamente mantener sitiada la plaza, sino estorbar que de allí se auxiliase a Cevallos y a Boves con municiones, cuya falta influyó poderosamente en que no pudiesen obtener ventajas sobre los republicanos.

Reunido todo el ejército patriota en Valencia, dispuso el Libertador atacar al enemigo, y mandó al General Mariño con una división de 2.000 infantes y 800 caballos sobre San Carlos, en donde estaba Cevallos con su fuerza. En Tinaco tuvo que demorarse Mariño para aguardar dos piezas de batalla y el parque de reserva que le mandó el Libertador, y para proveerse de víveres. Como era muy importante que se obrase con perfecto conocimiento del país, dispuso Bolívar que el General Urdaneta siguiese de segundo jefe de Mariño y en su calidad de mayor general del ejército, medida que fue muy importante, como vamos a verlo. Se presentó un hombre con el aspecto de un decidido patriota a dar parte que el enemigo se retiraba con dirección de Apure, y el General Mariño, sin hacer todas las investigaciones del caso, ordenó la marcha de la división, sin esperar la artillería y parque que aún no habían llegado a su cuartel general, porque tenían que conducir a hombros las piezas de batalla, y contra la prudente opinión del Mayor General, que quería que se obrase bajo las reglas del arte de la guerra, ordenó la marcha en la noche del 15 de abril, y él mismo se puso a la vanguardia con 800 hombres de caballería para alcanzar al enemigo que creía en retirada, ordenando que Urdaneta le siguiese con la infantería a las 12 de la noche. Al amanecer del 16 se observaron partidas enemigas a dos leguas de distancia del campo contrario, y aunque se conoció que el parte era falso, por una temeridad que no podemos comprender, dispuso Mariño la continuación de su movimiento, sin aguardar los elementos de guerra que necesitaba, y a las 10 y media del día llegó al sitio del Arado, in-

mediato a San Carlos, en donde descubrió al enemigo que en número de 2.500 hombres le aguardaba, formada su infantería en batalla, cuyos flancos cubría la caballería. Al frente ya del enemigo no era posible contramarchar, y ordenó el General Mariño un movimiento que creyó necesario para formar su línea en la llanura de Orupe, pasando las malezas que la dividen de la del Arado en que se encontraba. Adoptó un orden de batalla análogo al del enemigo. El centro de la línea se formó con la columna del mando del Coronel Valdés. La derecha la ocupó la del Coronel Bermúdez, apoyándose sobre las colinas que están al término de la cordillera, y el ala izquierda se confió a la columna de Caracas, a órdenes del Teniente Coronel Tomás Montilla. Hizo cubrir los flancos de la línea con algunos escuadrones de caballería, y el resto de esta fuerza y 100 infantes quedaron en reserva a órdenes del mismo General Mariño, para ocurrir a donde lo creyese conveniente. Los tiradores de una y otra línea, y algunas escaramuzas y movimientos de caballería en tiroteos insignificantes, entretuvieron el tiempo la mayor parte del día, hasta las 5 de la tarde, en que los españoles atacaron al Coronel Bermúdez con una fuerte columna de caballería. Después de haber recibido la carga impetuosa que dio el enemigo con fuego por batallones, se replegó Bermúdez sobre las colinas, dejando franco el paso por donde el enemigo se dirigió a atacar la infantería de reserva, que a la sazón había sido reforzada por otros 100 infantes y puesta a órdenes de Urdaneta: por el ala izquierda se hizo un ataque semejante por la caballería española, y por el centro fue atacada la línea por Cevallos con el regimiento de Granada y 700 caballos. Logró romper la línea de batalla, y sobrecogida la reserva de caballería a cuyo frente estaba Mariño, huyó, y con él muchos jefes. La columna de occidente, a órdenes de Montilla y Ayala con 600 hombres, no abandonó la línea, y otro tanto hizo la reserva a órdenes de Urdaneta, no obstante los repetidos ataques que hicieron los cuerpos de caballería española sobre sus flancos. Urdaneta logró rechazar los ataques y llevó al enemigo en retirada a sus posiciones, y pudo incorporarse a las tropas que se sostenían en la línea de batalla a órdenes del Teniente Coronel Ayala, único jefe que había quedado en el ala izquierda. Hízose cargo del mando en jefe Urdaneta, y ordenó al Coronel Bermúdez que descendiera de las colinas y se reuniera a la fuerza que se conservaba en la línea, y pudo reorganizar a los dispersos del centro. La noche había puesto término a la batalla de una y otra parte, y el valor de los que llenaron su deber salvó a los patriotas de una completa derrota.

Reorganizada por Urdaneta la línea, dejó cortados a los enemigos que habían seguido en persecución de Mariño, y emboscando alguna fuerza en el lugar por donde debía regresar a su cuartel general ordenó un movimiento en retirada tomando la vía de Tinaco, y llevando consigo a los heridos y las municiones y bagajes del ejército, aun de los que habían huído. Al amanecer del 17 llegó la fuerza que se había salvado, a Tinaco, que estaba abandonado, y rotos y detenidos los cajones de pertrechos del parque de reserva por los que habían huído del campo de batalla. No podía racionarse en aquel lugar la tropa, y siguió Urdaneta su retirada hasta el sitio de Palomeras, en donde podía tomar posiciones ventajosas contra la caballería enemiga que le persiguiera. Allí habían incendiado los fugitivos las cureñas de las dos piezas de batalla, y al vivaquear, algunos soldados se encontraron al General en jefe Mariño, acompañado del Comandante de caballería, Manuel Cedeño, que abandonados de sus compañeros se habían ocultado en un bosque inmediato. La pérdida de muertos y heridos no fue considerable, pero fue lamentable la muerte del Teniente Coronel Martín Peñalver, oficial de esperanzas. A Urdaneta se debió la salvación de esta fuerza, y continuó su retirada hasta Valencia.

Bolívar se ocupaba de las medidas necesarias para dar un asalto a la plaza de Puerto Cabello cuando recibió el parte de esta singular batalla y retirada, llegándole las noticias exageradas como las dan los que huyen, que fueron los que las comunicaron. Voló a Valencia, suspendiendo sus providencias de asalto, y tuvo una agradable sorpresa al encontrarse con Urdaneta y la fuerza que éste había salvado, pues creía todo perdido. Sin embargo, grandes fueron los obstáculos que encontró para reponer los hombres, municiones, víveres y equipo con que debía reorganizar el ejército para continuar la campaña. Cada uno de estos sucesos ponía a prueba la inteligencia de Bolívar, su autoridad y constancia, y otro militar sin las dotes que adornaban al Libertador habría sucumbido bajo el influjo de las circunstancias. Ocupados los campos por guerrillas enemigas, que todo lo talaban, la agricultura abandonada y los rebaños en unas partes dispersos, en otras destruídos; por todos lados no se veía sino la desolación y el exterminio producidos por una guerra tan cruel. Dentro de poco esperaba Bolívar ser atacado por Cevallos, que acababa de obtener un triunfo, y le era necesario no solamente prepararse a la defensa, sino que debía oponerse a que se concentraran las diversas divisiones enemigas, y que el Mariscal de Campo don Juan Manuel Cajigal no

proveyera de municiones a las fuerzas que obraban por el interior. Las noticias que recibió de Cevallos, Cajigal, le animaron a ejecutar la operación que temía Bolívar, y venció a la columna situada en Carora, y le hizo perseguir hasta Carache, siguiendo su movimiento principal hacia San Carlos, a donde llegó el 30 de abril con un parque de reserva que había traído desde Coro. Hízose cargo del mando en jefe como Capitán General de Venezuela, y entonces declaró que Boves, Calzada y Remigio Ramos eran Tenientes Coroneles del ejército real, honrando al último con el tratamiento de **Don,** a que no tenía derecho por la legislación española, por ser plebeyo.

Hasta entonces no había podido Bolívar moverse de Valencia, y el enemigo, después de esta reunión, emprendió su marcha, trasladando al Tocuyo su cuartel general. Bolívar, viendo la poca actividad con que obraba Cajigal, resolvió tomar la ofensiva y se movió sobre el enemigo el 16 de mayo, y el 17 continuó sus movimientos sobre Tocuyito. Muy temprano encontró al enemigo preparado a recibirle. Cajigal era superior en caballería, y Bolívar en infantería. Desplegó su línea de batalla apoyando sobre un bosque su derecha, y maniobraba para traer a Cajigal a terreno quebrado y pantanoso, en donde sacaría ventaja del arma en que era superior. Conociólo el enemigo, y obró del modo que le convenía para obligar a Bolívar a que librase la suerte de la batalla en la llanura. Batiéronse los tiradores y algunas guerrillas, y acercándose mutuamente algunos oficiales de los tenidos por más valientes, se retaban y desafiaban a combate singular. Verificáronse algunos, y en medio del encarnecimiento de la guerra civil fueron cumplidos en el combate, y se distinguieron como diestros y valientes algunos, y entre ellos José Gregorio Monagas, Jenaro Vásquez y el valiente maturinense Francisco Carvajal, llamado por su bravura el tigre encaramado.

No habiendo podido Bolívar llevar a sus posiciones al enemigo, resolvió hacer un movimiento en retirada hasta Valencia, con el objeto de reunirse al General Rivas, que marchaba en su auxilio desde Caracas, y se puso en marcha el 19 de mayo. Cajigal le siguió, y al otro día estableció su cuartel general a un cuarto de legua distante del campamento de Bolívar, que había tomado posiciones ventajosas, en cuyo acierto distinguióse siempre en las operaciones secundarias de sus campañas. Conoció Cajigal la superioridad de su contendor, y después de un amago de batalla retrocedió a acamparse en la llanura de Carabobo para aguardar la división de Boves que estaba por el oriente y la había llamado. Este atrevido caudillo, aprovechándose de la marcha de Ma-

riño al occidente, y obrando a su antojo, había dividido su fuerza mandando desde Calabozo una columna sobre Barcelona a órdenes del Comandante don Bartolomé Martínez. El General Piar salió al encuentro de éste y lo batió, lo que demoró a Boves, porque tuvo que reparar aquella pérdida y reorganizar las tropas que confió a Martínez.

Conocía el Libertador que le era de grande importancia tomar de nuevo la ofensiva; pero la escasez de víveres se lo impedía, y tenía que racionar sus soldados con carne de burro y pocas vituallas. El territorio que ocupaba en Valencia, los valles de Aragua y Caracas estaban desprovistos de todo, y faltaba ya al ejército hasta lo más necesario para la vida.

Esta situación penosa del ejército produjo el desaliento de las tropas del oriente traídas por Mariño, y seducidos 200 hombres por sus sargentos desertaron en el silencio de la noche y se dirigieron hacia San Diego. Conocido el desorden, se tomaron activas providencias para contenerlo, y por una orden general se mandó que todos los oficiales conservasen sus puestos en los cuarteles, como en formación. El Mayor General Urdaneta despachó en alcance de los desertores un escuadrón escogido, y oficiales de influjo sobre los desertores; poco prácticos del terreno, marcharon vacilantes, fueron alcanzados y, reducidos a obediencia, regresaron al cuartel general de Valencia.

Si la desmoralización cundía y el mal no era cortado de raíz, las consecuencias de ello podrían traer la disolución del ejército, y viose Bolívar obligado a tomar una de aquellas medidas redentoras que aconseja la cabeza y resiste el corazón. Examinados los delincuentes, se descubrieron los cabecillas del motín y éstos fueron sentenciados a muerte, y también uno de cada cinco de los desertores: terrible pero necesaria ejecución que restableció la moral y afianzó a los débiles que la miseria había debilitado. Grande fue el sentimiento de Bolívar al verse en la necesidad de obrar como debía hacerlo en su calidad de General en Jefe.

Pasado este triste suceso llegó el General Rivas con 800 hombres de Caracas, y resolvió el Libertador continuar sus operaciones. El enemigo estaba acampado en la llanura de Carabobo, a seis leguas de Valencia. El 26 de mayo emprendió su marcha Bolívar a la cabeza de 3.000 hombres. Cajigal tenía igual fuerza con 400 jinetes que se le habían unido, venidos del Apure, y había escogido su campo de batalla, apoyando su espalda en la serranía llamada de las Hermanas, y sus dos alas sobre colinas, perfectamente situadas en aquel terreno, y de que supo

aprovecharse con meditación el jefe español, para defenderse y evitar un fuerte ataque de flanco. El 28 de mayo, a las 9 de la mañana, reconoció el Libertador, colocado a la vanguardia, las posiciones que tenía el enemigo. Este había formado su línea de batalla a la extremidad de la llanura de Carabobo. La mayor parte de la caballería estaba colocada en el ala izquierda, apoyada en un bosque y por 200 infantes que coronaban una colina que se halla en aquella parte. La derecha se apoyaba en otra colina cuya eminencia estaba cubierta por un cuerpo de infantería; el resto de la línea se prolongaba entre los puntos indicados ocupando las colinas en que era más ventajoso combatir con esta arma, y dejando libre la llanura para los despliegues y cargas de la caballería, y en el centro estaba colocada una batería de artillería con cinco piezas de batalla, y la sexta pieza con una sección de artilleros se había montado al extremo del ala izquierda. A vanguardia tenía la línea española una zanja cubierta de bosques, por donde debía pasar el ejército republicano. Habían colocado los españoles su reserva, que constaba del regimiento de Granada, a retaguardia, apoyada en el bosque de las Hermanas.

Bolívar tenía que pasar la zanja de que hemos hablado, sin formar su línea, e hizo verificarlo; adelantó sus tiradores para que cubrieran el movimiento: pero no lo impidió el ejército realista, y a las doce del día el republicano estaba del otro lado y en actitud de formar su línea para emprender el combate. Dividióse el ejército en tres divisiones mandadas por los Coroneles José Francisco Bermúdez, Manuel Valdés y Florencio Palacios, con los cuales se desplegó la línea de batalla, cubriendo sus flancos dos escuadrones de carabineros. Una segunda línea de batalla se formó a retaguardia, compuesta de dos columnas que mandaban los Coroneles Leandro Palacios y Diego Jalón, que debían servir de reserva: la primera para la derecha, y la segunda para la izquierda de la vanguardia. Al centro se colocó el resto de la caballería, y los flancos de la infantería estaban cubiertos por dos piezas de artillería. Marcharon en esta formación los republicanos sobre el ejército español, y al alcance de los fuegos de su artillería los abrió el enemigo con regular dirección. Siguió la línea sus movimientos sin romper el fuego, y entonces el enemigo, reforzando la caballería de la izquierda con dos escuadrones que tenía ocultos en reserva, intentó flanquear la derecha y arrollar los carabineros que la cubrían. Ordenó el Libertador un movimiento oblicuo a la columna del Coronel Leandro Palacios con orden de atacar al enemigo. Formaron inmediatamente los espa-

ñoles una columna de 300 caballos y cargaron resueltamente al escuadrón de carabineros, que lograron atropellar y pasar a retaguardia de la primera línea. Toda la infantería española comenzó un fuego vivo de hileras, y empeñóse la batalla. Otro cuerpo de caballería fue destacado a llamar la atención del Coronel Jalón para estorbarle que reforzara la primera línea de batalla por la izquierda. Encontraron los enemigos una serenidad imperturbable en los republicanos, y con un vivo y bien sostenido fuego hicieron vacilar a la caballería que les atacaba, cuando una carga bien dirigida por la caballería de reserva la arrolló y dispersó. El Coronel Palacios hizo un gran destrozo en la caballería que se le opuso, y derrotada se echó sobre la línea de infantería española que trataba de protegerle, y desordenándola cedió el campo a los republicanos, sin que bastase el empeño de Cajigal y otros jefes para restablecer el combate en las alturas de retaguardia en que habían colocado algunas piezas de artillería. Urdaneta, que guiaba la vanguardia, no les dio lugar con un ataque rápido y ordenado. Entonces ordenó el Libertador al Coronel Jalón que atacase decididamente a la reserva, y el regimiento de Granada huyó sin empeñarse con honor. La caballería de la derecha se puso en fuga, tomando el camino de la villa del Pao, y a ella se unió Cajigal. El resto del ejército real huyó con Cevallos por el camino de San Carlos, y se ordenó una activa persecución. Fue completa la victoria que obtuvo ese día Bolívar, tanto por sus acertadas medidas como por la indecisión de Cajigal para aprovecharse de las circunstancias y lo mal que ejecutaron los movimientos en el momento de la batalla. Trescientos cadáveres quedaron tendidos de los enemigos entre el campo de batalla y el camino del bosque de las Hermanas, y con ellos el del Mayor General Somarriba. Muchos prisioneros, y entre ellos los Tenientes Coroneles Puelles y el Comandante del regimiento de Granada. Le cogieron 400 caballos, 500 fusiles, toda la artillería y los parques. El botín fue rico para la tropa, pues estaban bien provistos los españoles, no solamente con los recursos con que los había auxiliado Cajigal, sino también con cuanto habían robado en cuantos pueblos ocuparon en su marcha. Fue insignificante la pérdida de los republicanos: 40 heridos y 12 muertos.

Esta victoria, si bien coronaba de gloria a los que la obtuvieron, no por eso decidía el éxito de la campaña.

Boves, infatigable y atrevido, era el enemigo que más llamaba la atención del Libertador. Era necesario irle al encuentro, y por tanto dispuso que el General Mariño, con una división de 1.500 infantes, 700 caballos y 7 piezas de batalla servidas por 100

artilleros, siguieran inmediatamente a ocupar el sitio de la Puerta. Entretanto, Bolívar tenía que contraerse a tomar medidas de subsistencia y buscar recursos para vestir su ejército mal alimentado y peor vestido. La miseria era grande: los hospitales estaban muy mal servidos y las ambulancias sin remedios ni alimentos. Perecían los defensores de la república por abandono, y si algún socorro recibían era debido en aquella época calamitosa, al patriotismo y caridad de las mujeres de Venezuela, entre las que se distinguieron las de Margarita, Caracas y Valencia, enviándoles dinero, vestidos y alimentos para aliviar sus dolencias y miserias. Cada día era más crítica la posición social y militar del Libertador. Desde octubre del año anterior se había sancionado una ley para obtener recursos [1], que era insuficiente, y no podía el Libertador obrar con aquella decisión con que lo hacían los españoles, porque no quería aumentar los conflictos, si bien se veía privado de recursos. Los enemigos obraban por la fuerza y la violencia. Bolívar había agotado sus recursos personales. Los habitantes de Caracas nada habían reservado, y si hubiera tomado iguales resoluciones a las de Boves y Morales más pronto habría enajenado la voluntad de un pueblo que, acostumbrado a la quietud anterior, no veía en la independencia sino desorden, y atribuía todos los males a la revolución. El espíritu público no existía en las masas, y los llaneros, halagados por el pillaje y el saqueo, iban en gran número a hacer fortuna en las indisciplinadas huestes de Boves. Era por tanto muy desigual la lucha.

Después de la victoria de Carabobo, conociendo como conocía el Libertador la importancia de destruír al enemigo más fuerte, que era Boves, debió reunir todo su ejército y sus recursos para atacarlo con inteligencia, y no dejarle tiempo para rehacerse. Pero llevado del entusiasmo y confiando demasiado en sus tenientes, fueron otras sus medidas, y a ellas tenemos el sentimiento de atribuír los desastres que ocurrieron después de haber obrado con tanto acierto como valor, con tanta cordura como inteligencia en la ciencia de la guerra. Algunos errores han cometido los grandes capitanes, y Bolívar debía pagar caro el haberse separado esta vez de los principios. Amigo suyo y su discípulo, querría no lastimar su memoria censurando alguna vez sus hechos, pero debo ser fiel al escribir estas Memorias de su vida, y cumplo con pesar el deber que me he impuesto de ser leal y verídico. Si me equivoco, algún otro escritor podrá rectificar mi juicio.

---

[1] Véase el apéndice, documento Nº 14.

Ya hemos visto la fuerza con que se organizó la división encargada al General Mariño, que contaba con 2.300 hombres de todas armas. Al General Urdaneta le confió otra de 700 infantes, y al Coronel Jalón le dio 400 infantes y 600 caballos: aquél debía perseguir a Cevallos al occidente, y éste a Cajigal por el Pao. Boves tenía un ejército de 3.000 infantes ya bien municionados, y 5.000 caballos, que si bien indisciplinados, eran valientes y entusiastas por la causa que defendían. El Libertador había comprendido bien que la grande fuerza enemiga estaba en poder de Boves, y que sólo él debía cargar en masa, sacando ventaja de la superioridad de su infantería, apoyada por una batería de artillería bien servida, de siete piezas de batalla. Solamente quedaba a resolver cuál sería el punto estratégico que debiera escoger para defender. Caracas o Valencia eran los que indicaban las circunstancias, y si bien se resolvió a mandar al encuentro de Boves a Mariño no fue prudente hacerlo con tan corto número de combatientes. Ciertamente conoció el peligro, cuando sabiendo que Cajigal había seguido para el Apure, dispuso que la columna del Coronel Jalón cambiase de dirección y fuese a reunirse, pero no previno a éste que tomase posiciones ventajosas y esperase la reunión del ejército, o que llamase al enemigo sobre un campo en que sus masas de caballería no pudiesen obrar con ventaja. El 28 de mayo se había movido el enemigo desde Calabozo, y si bien Mariño no conocía la fuerza con que obraba, no teniendo noticias seguras porque el país estaba dominado por los españoles, esto mismo debió hacerle cauto y evitar que se le obligase a combatir con desventaja. Si el Libertador confió demasiado en el General Mariño, que, no obstante su valor, había dado pruebas de escasos conocimientos estratégicos, también cometió una falta, y al querer la remediar, yendo en persona a dirigir las operaciones, fue tarde, pues se vio obligado a someterse a las circunstancias desfavorables en que aquel General se había colocado en la Puerta, campo fatal para los republicanos, y cuya circunstancia no dejaba de influír en la moral de las tropas republicanas. El 14 de junio se incorporó Bolívar al ejército, cuando Mariño había dado todas sus disposiciones para combatir en aquel sitio. Boves ocultó al principio la mayor parte de su fuerza, temiendo que Bolívar emprendiese un movimiento retrógrado para llevarlo a campo más ventajoso, y, escarmentado por lo que había sufrido en San Mateo, mandó atacar rápidamente a los patriotas con la infantería que mandaba Morales. La caballería republicana se había movido sobre el ala derecha de la enemiga. Viendo el Libertador que el ataque era impetuoso, y que, no obstante el fuego bien

sostenido de la artillería y la línea de batalla que había formado, el enemigo ganaba terreno, dispuso que descendiera el batallón de Aragua de una colina en que estaba formado en columna, y que desplegase en batalla sobre el flanco izquierdo de la infantería española. Ejecutóse el movimiento; pero al mismo tiempo fue atacada toda la línea por una carga decidida de caballería, saliendo de los lugares en que se había mantenido oculta, y rodeando a los patriotas que no pudieron ser protegidos por la caballería, que, como dejamos dicho, se había movido sobre el flanco derecho del enemigo: la sorpresa de este ataque arredró a los republicanos, y de la vacilación siguió el desorden, y obtuvo Boves un completo triunfo. La mayor parte del ejército quedó tendido en el campo de batalla, y los que resistían se rindieron conforme a las reglas de la guerra; mas su valor no les salvó, y fueron degollados después de prisioneros. Bolívar, Mariño, Rivas y otros jefes con un pequeño número de jinetes, pudieron salvarse huyendo hacia Caracas. Mil doscientos fueron los muertos del ejército patriota, y entre ellos el Coronel Manuel Aldao y Teniente Coronel Antonio María Freites. El Coronel Jalón y el Secretario de Estado, Antonio Muñoz Tébar, fueron prisioneros y pasados por las armas al día siguiente, en la villa de Cura. La cabeza de Jalón fue remitida a Calabozo para escarnecer más la muerte de este valiente español, que había adoptado la causa de la independencia y a quien se había canjeado pocos días antes por el Teniente Coronel Marimón, salvándose así de las mazmorras de Puerto Cabello, en que por largo tiempo había sufrido tormentos que eran iguales a la muerte. El Secretario Muñoz Tébar era el ídolo del pueblo y de Bolívar por sus relevantes cualidades, y la patria de tantos héroes tiene aún que llorar la muerte y sacrificio de sus heroicos defensores.

Con esta derrota quedó vencida por entonces la república, y en el capítulo siguiente vamos a ver cuán fecunda fue en tristes resultados. Una concentración de fuerzas y recursos habría dado probablemente la victoria; pero Bolívar, cuyo genio le hacía emprender simultáneamente cuanto su imaginación le hacía comprender necesario, contó en esta vez demasiado sobre su fortuna, y dividiendo sus fuerzas emprendió lo que no era dado conseguir con tan corto número en cada punto. Caracas, que era la base de operaciones, era sin duda el lugar donde debía hacerse la última defensa, habiéndola provisto antes, de los víveres y elementos necesarios para una heroica defensa como la de Valencia y San Mateo.

CAPITULO X

Bolívar trata de defender a Caracas.—Noticias del restablecimiento de la monarquía absoluta en España.—Influencia de estos sucesos.—Pérdida de Valencia y abandono de Caracas.—Crueldad de Boves, y conducta generosa de González.—Boves usurpa el mando al Capitán General Cajigal, y obra con independencia.—Retirada del Libertador al oriente.—Defensa de la villa de Aragua: insubordinación de Bermúdez: fatales consecuencias.—El Jefe supremo del oriente, General Mariño, adopta un plan prudente de defensa.—Defección de la escuadrilla; discordia entre los jefes subalternos con los dos Generales en Jefe, Bolívar y Mariño. Conducta laudable de ambos.—Usurpación del mando por Rivas.— Prisión de Mariño: destitución de Bolívar.—Marcha a Nueva Granada.—Bolívar y Mariño llegan a Cartagena.—El Congreso aprueba la conducta de Bolívar y le nombra Capitán General del Ejército de la Unión.—Situación del General Urdaneta.—Defensa de Maturín: brillante victoria.—Insubordinación de Bermúdez: batalla de Urica.—Muerte de Boves.—Pérdida de Venezuela.—Muerte de Rivas.—Retirada de Urdaneta a Nueva Granada. Se reúne el General Mac Gregor, a Conde y a Páez.—Situación en que se encontró el Gobierno granadino.—Adopta el plan que le presenta Bolívar.—Cuadro de los sucesos de la Nueva Granada en la guerra civil y con los españoles.—El Gobierno general manda una expedición contra Santa Marta, que fracasa en Cartagena por discordias civiles.—Conducta de Bolívar en estas circunstancias.—Se ausenta del país.—Anuncio de la expedición del General Morillo.

Al seguir Bolívar para Caracas dio orden desde la Victoria al Coronel Escalona para que defendiese a Valencia, y a D'Elhuyart para que no abandonase el sitio de Puerto Cabello. Esperaba que Urdaneta, después de la persecución de Cevallos, pudiera regresar de Barquisimeto a San Carlos, e ir en auxilio de Escalona, y entretanto, él proyectaba hacer los últimos esfuerzos en Caracas para restablecer la defensa del país, y acompañado de los Generales Mariño, Rivas y otros jefes llegó el 16 de junio a la capital de la república. Ocupóse inmediatamente en restablecer el espíritu público y en reunir armas, municiones y recursos para oponerse al enemigo. Como era consiguiente, la influencia de una derrota tan completa produjo desconcierto en el ánimo del pueblo, y las censuras que hicieron algunos jefes de las operaciones desalentaban el ánimo de los patriotas. Para colmo de desventuras, recibióse al mismo tiempo la noticia de haberse restablecido en España el poder absoluto de Fernando VII, y que las leyes y la Constitución que dieron las Cortes en 1812 ha-

bían sido destruídas. Libre la Península de la invasión francesa, y gobernada por una autoridad fuerte y absoluta, dentro de poco debía esperarse una expedición bien organizada y mejor mandada por generales aguerridos e inteligentes. Hasta entonces la Regencia no había podido mandar sino débiles refuerzos para combatir en todas las colonias, y sin embargo, sus partidarios habían obtenido varios triunfos sobre los independientes. Tenía, pues, Bolívar que luchar, no solamente contra el enemigo vencedor que seguía con actividad sus movimientos, sino también contra la flojedad de ánimo que había producido la derrota, y tales noticias y el espíritu de insubordinación que una y otra cosa produjeron por tan lamentables sucesos, para la causa de la república, otro corazón menos ardiente, y ánimo menos decidido que el de Bolívar, habrían sucumbido bajo tan maléfico influjo; pero él, lejos de arredrarse, se empeñaba con ardor y no abandonaba la causa que defendía. Día y noche trabajaba para restablecer la moral, la disciplina y el ejército.

Boves siguió en la persecución como un torrente devastador hasta la Victoria. Desde allí destacó 1.500 hombres sobre Caracas a órdenes del Comandante Ramón González, y siguió a Valencia apoderándose antes de Maracay y otros puntos hasta la inmediación de la Cabrera. La angostura de la Cabrera estaba cortada por fosos y fortificada con un fortín, al cual apoyaban las fuerzas sutiles del lago de Valencia a órdenes del Alférez de Fragata Ildefonso Molano. El fortín lo guarnecían 250 hombres mandados por el Teniente de Fragata, Pedro Castillo, como oficial científico, y la tropa la mandaba el Comandante José María Fernández. Mas la posición era franqueable por la parte del norte, y teniendo Boves prácticos del terreno, después de un reconocimiento, atacó por esa parte al destacamento con fuerzas superiores, el 17 de junio. La defensa fue vigorosa; pero no pudieron resistir al mayor número. Los que cayeron prisioneros fueron degollados, algunos se ahogaron, pero otros lograron embarcarse en las lanchas, y retirarse a las islas del lago, en donde permanecieron cuatro meses hasta que el hambre les obligó a salir para tomar la costa del mar y salvarse; pocos lo lograron, pues muchos cayeron en poder de los realistas.

Boves, después de esta maniobra, aseguró sus flancos y marchó con 3.000 hombres sobre Valencia, que, como hemos dicho, defendía el Coronel Escalona, y esperaba que el General Urdaneta regresase del occidente a auxiliarle, según las órdenes que había llevado de Bolívar cuando le destinó a perseguir a Cevallos. La defensa se hizo con bravura, y en repetidos ataques que dio, el

enemigo fue rechazado. Ni Urdaneta podía regresar ni el Libertador había podido salir de Caracas, en donde se mantenía luchando con toda clase de dificultades nacidas de las circunstancias que hemos referido. El Teniente Coronel D'Elhuyart se vio igualmente en una posición desesperada. A su retaguardia tenía el ejército de Boves, y al frente los enemigos de la plaza. Sin víveres ni recursos, y cortada la comunicación por tierra con Caracas y Valencia, se vio en la dura necesidad de salvar la fuerza que mandaba, y resolvió retirarse por Ocumare, yendo a ese puerto a embarcarse en la escuadrilla que bloqueaba al puerto. El 25 de junio emprendió su retirada, dejando abandonada la artillería que clavó e inutilizó. El enemigo no le molestó en su retirada, y embarcado en Ocumare se dirigió a La Guaira, a donde llegó con felicidad. La columna de D'Elhuyart, que era formada sobre la base de granadinos, al unirse al Libertador le dio un auxilio muy oportuno, porque no había un cuerpo más veterano que ella en el ejército, y su distinguido jefe se había hecho ya un nombre por el acierto con que había sostenido el prolongado sitio de Puerto Cabello.

El Libertador, a quien nunca arredraron las dificultades ni las desgracias, había al fin logrado reunir una parte de la población y reanimado su entusiasmo; promulgó un decreto ofreciendo la libertad a los esclavos que tomaran las armas, y pidió a los prelados eclesiásticos las alhajas de oro y plata que no eran necesarias para el culto, ofreciendo reconocer su valor como deuda nacional, y dictó cuantas medidas le sugería su genio y actividad. Al fin se acercaba el enemigo, y las fuerzas de González que Boves mandó desde la Victoria, como las de Machado, que aparecieron por la sabana de Ocumare, obtuvieron algunas ventajas sobre las guerrillas que salieron a su encuentro de Caracas. Entre un sitio desesperado y una retirada para Barcelona, únicos medios que le quedaban a Bolívar, adoptó el último partido, tanto para evitar la ruina absoluta de aquella ciudad como para ir a un país de recursos y continuar la guerra en el oriente. Arredrados los principales patriotas de la ciudad con la idea de ser víctimas del furor de las indisciplinadas tropas de Boves, resolvieron imprudentemente seguir al ejército, y ya no era la división un cuerpo de maniobras sino un pueblo que emigraba: hombres de todas edades, mujeres y niños, todos huían llevando sobre sus delicados hombros aquello más precioso que podían conducir en su aventurada expedición. Personas delicadas que jamás habían caminado a pie, iban a pasar ríos y pantanos, lugares insalubres, y a estorbar los movimientos de la fuerza que se

retiraba. Los que presenciaron aquella catástrofe, porque otro nombre no podremos darle, se estremecían al referir las desventuras de tanto sér inocente, que huía lleno de terror al considerar que serían degollados sin piedad. Activaron los realistas la persecución, y, como era natural, alcanzaron a ese pueblo que emigraba y fue tratado con la dureza que acostumbraban. Todo género de excesos se cometieron sobre ellos, y sus pocos bienes fueron un rico botín para el bárbaro enemigo que los alcanzó, y sin que hicieran resistencia sufrieron la pena de muerte una gran parte, y la deshonra de virtuosas mujeres que seguían a su padre o a su hermano, al esposo o al amigo. Muchos perecieron de hambre y desnudez, y pocos llegaron con el ejército a Barcelona.

Abandonada Caracas, desierta y sin posibilidad de hacer mal, imploró el vencedor indulgencia, y el Arzobispo Coll y Prat, como el Marqués de Casa León, con otros vecinos realistas se encargaron de llamar a un jefe de los que se acercaban para que entrase en la ciudad, pusiera orden y diera algunas garantías, a que es acreedor un pueblo cristiano e indefenso que implora, cuando no perdón, al menos clemencia. Justicia deberá hacerse al Comandante González que oyó con amargo sentimiento las súplicas del venerable Arzobispo, y del humano español, Marqués de Casa León. Hizo contener al feroz Machado que, como dijimos, venía por Ocumare, y que acababa de asesinar al Conde de la Granja y otro vecino respetable que le fueron al encuentro con igual misión de paz. El 7 de julio entró González en Caracas y la libró de caer en manos de aquella banda de salteadores que conducía Machado, y que habrían hecho lo que en el tránsito hasta el punto del Mamón: degollar, saquear y cometer todo género de excesos.

Entretanto Escalona se defendía en Valencia, y Boves no había podido tomar la ciudad a viva fuerza. Sin vituallas ni recursos se llevó la defensa a un extremo que podía haber sido bastante para que se respetaran el valor y la constancia por un enemigo noble y generoso. Llegado el caso de no hacer inútiles sacrificios se entablaron conferencias para una capitulación honrosa, por el jefe de las armas republicanas. El 8 de julio le mandó el Gobernador de la plaza dos parlamentarios a Boves, ofreciéndole una capitulación. Accedió a ello el caudillo español, y empeñó su palabra de honor para conceder la vida a cuantas personas moraban dentro de la plaza, fueran o no militares, y conceder pasaporte para ir a un país extranjero a cuantos lo pidiesen durante quince días, y que pudiesen llevar consigo sus

propiedades muebles. Ofreció igualmente un salvoconducto a los que quisieran quedarse sometidos a la autoridad real, aunque hubiesen tenido algunos comprometimientos. Llenó su deber el Coronel Escalona exigiendo estas garantías después de haber cumplido la orden del Libertador, de defenderse a todo trance. No obstante, sometió la capitulación a los jefes militares y a las autoridades civiles y vecinos principales de la ciudad. Todos convinieron en ella, y se cumplió religiosamente la sumisión que exigía el jefe realista. Este rechazó solamente el artículo en que se acordaba dar cuenta al Libertador, pero ofreció de nuevo, bajo su palabra de honor, cumplir la capitulación. Firmóse la capitulación el 9 de julio por los comisionados, doctor Miguel Peña y Teniente Coronel Félix Uscátegui, y el 1º se rindieron las armas.

Apenas fueron dueños de las armas los españoles ya no se tuvieron por obligados a cumplir el tratado, y el Gobernador político, doctor Espejo, 90 vecinos principales, 65 oficiales y 300 individuos de tropa fueron asesinados con lanzas, inhumana y ferozmente, por órdenes de Boves. Apenas pudieron escaparse 5 oficiales de la guarnición, que fueron el Gobernador militar, Coronel Escalona, su segundo, el Teniente Coronel José María Ortega, el doctor Peña y dos más que se ocultaron, no creyendo en la fementida fe de Boves. Hechos son éstos que no podemos dejar de referir, pues si bien no hacen parte de la vida de Bolívar, ellos están conexionados con la conducta que en épocas diversas tuvo que observar en su larga y difícil vida pública, y sin ofrecer un cuadro sacado de la historia sería muy difícil presentar al héroe cuyos hechos vamos refiriendo. Morillo en sus Memorias, y otros historiadores españoles, han escrito para justificarse de las publicaciones que se hicieron en Europa y en América, y si bien nuestra tarea no es la de impugnar sus obras, tenemos el deber de presentar un conjunto de hechos, sobre los cuales tendremos adelante que hacer algunas reflexiones, no para escribir la historia de la guerra de la independencia, sino para hablar del General Bolívar con exactitud y con verdad.

Al llevarse a efecto esta capitulación llegó a Tinaquillo el Capitán General de Venezuela, Mariscal de Campo don Juan Manuel de Cajigal, al frente de otra división que había rehecho después de la derrota de Carabobo. Este prudente jefe pidió cuenta de todas sus operaciones como de la capitulación a Boves, para

obrar en consecuencia. Mas este caudillo lo desconoció y le dijo que le dejase obrar libremente y se retirara a gobernar a San Carlos u otro punto en que no había operaciones, y por última razón le dijo que había dado cuenta al Rey. El General Cajigal siguió a Puerto Cabello, y de allí dio cuenta al Capitán General del Nuevo Reino, don Francisco Montalvo, a cuyas órdenes había puesto la regencia las tropas que obraban en Venezuela y estaban encargadas de la reconquista de Nueva Granada, de cuyo Virreinato no quedaban sujetas al Rey de España sino las provincias del Istmo de Panamá y de Santa Marta y Ríohacha, sobre el Atlántico. En el sur, el Virrey del Perú obraba contra las provincias de Cuenca y Quito, y dominaban los españoles a Guayaquil.

Boves, después de ir a visitar la plaza de Puerto Cabello, marchó a Caracas el 26 de julio, dejó allí a don Luis Dato de Comandante militar, y dispuso que el Coronel Morales siguiese en persecución del Libertador a Barcelona. Boves publicó dos decretos de indulto y amnistía, en fechas 18 y 26 de julio, que no tuvieron efecto, porque al mismo tiempo dio una circular mandando a las justicias mayores, creadas por él, para que sin la intervención del Tribunal de la Audiencia impusiesen la pena de muerte a cuantos hubieran tenido parte en la muerte de los españoles en febrero anterior. Fue esta orden el pretexto de nuevas venganzas, y entre los ejecutores se distinguió el Capitán J. Nepomuceno Quero, nombrado Gobernador de Caracas, y un tal Chepito González, de ingrata memoria en Venezuela.

Estos desgraciados sucesos impidieron al General Rafael Urdaneta que cumpliese la orden que tenía del Libertador de regresar de la persecución de Cevallos en apoyo de Escalona; quedó aislada su división, y al fin pudo salvarla en la Nueva Granada, y servir de base para otras operaciones, como en otra parte tendremos ocasión de expresar.

Volvamos hacia el Libertador, que, como hemos dicho, emprendió su retirada hacia el oriente. El, Rivas y Bermúdez, se situaron en la villa de Aragua en Barcelona, y allí emprendieron la reforma del ejército con los pocos elementos que salvaron de Caracas, y los auxilios que mandó desde Cumaná el General Mariño, jefe supremo de aquellas provincias. La villa de Aragua está fundada a las márgenes del río de este nombre, que es tributario del Unare. Unido ya con el General Bolívar, fortificó el cuartel general en la misma villa, del modo que le fue posible, y sobre los cuadros de sus intrépidos batallones organizó nuevos cuerpos con los hombres que pudo reunir y le mandó Ma-

río. Enroláronse en las filas la mayor parte de los hombres de armas tomar de la emigración de Caracas. La más distinguida juventud formó un brillante cuerpo de 800 plazas, cuyo mando se confió al Comandante Pedro Salias. No desmintió Bolívar esta vez su bien acreditada reputación de actividad y patriotismo, y del entusiasmo con que obraba por la independencia. Apenas un mes tuvo de tiempo para formar su nuevo ejército cuando se acercaba a él un enemigo orgulloso con sus triunfos, y elevado a 8.000 hombres de todas armas, muy superior al de los republicanos, que no contaba sino con 3.000.

Dispuso el Libertador, al presentarse Morales con su fuerza, que se dividiese la suya en tres columnas, y que la principal oposición se hiciese en el paso del río Aragua, colocando a distancia de operaciones las otras dos columnas para ocurrir al punto que fuera más importante, y lograr fuéra de la villa del campo raso en que su caballería podía maniobrar bajo la dirección de bravos e inteligentes jefes. El Coronel Bermúdez, que era el segundo jefe en mando, resistió la orden del Libertador, y como las rivalidades que habían nacido entre los jefes, oficiales y tropa de oriente y occidente le menoscababan la autoridad a Bolívar, viose obligado a deferir a la opinión de su segundo en mando, y que se llevase a efecto el plan que él presentó de defenderse dentro de la villa, destacando a sus inmediaciones algunos cuerpos.

El 18 de agosto de 1814 ordenó el Coronel Morales el ataque de la villa de Aragua, pasando el río con su fuerza principal por el vado del camino nacional, y otro cuerpo de tropas se dirigió por la parte superior del río, que si bien había estado defendida por un batallón, por órdenes de Bermúdez, se había retirado. Empezóse el combate en los arrabales y muy pronto la defensa tuvo que hacerse en las calles. Apoderóse el enemigo del bosque que rodea a la población, y desde allí hacía un fuego incesante de infantería y artillería: la caballería daba cargas repetidas sobre la republicana, que por falta de terreno perdió la ventaja de obrar con habilidad. El combate de esta arma dependía ya del número y peso de sus masas. Bolívar, que había tomado el mando de las tropas de occidente, podía decirse que tenía el ala derecha, y aunque atacó con energía la izquierda del enemigo, viose en la necesidad de replegarse a la población. El encarnizamiento del combate fue horrible, y no se daba cuartel ni de una ni de otra parte. Viéronse ese día prodigios de valor; pero el del Comandante Francisco Carvajal merece citarse al dar cuenta de este suceso. Acometido por diversos escuadrones el que él

mandaba, se le vio manejar la brida con la boca y con dos lanzas en las manos hacer morder el polvo a cuantos quisieron lidiar con él. Al fin una bala le tendió, y encontró una muerte gloriosa en tan desventajosa batalla. La pérdida de este valiente jefe intimidó a sus soldados, y cedieron el campo al enemigo, replegándose al interior. Por todas partes no se veían sino cadáveres. Conociendo el Libertador que era inútil continuar una batalla sin resultados, y que la pérdida que había tenido el enemigo y su crecido número de heridos no le permitían ya una activa persecución, ordenó la retirada por el camino de Barcelona, que debía cubrir el resto de la caballería que no había podido combatir con provecho, y a cuya cabeza se encontraban los Comandantes José Tadeo Monagas, Pedro Zaraza y Manuel Cedeño, que en épocas posteriores ilustraron sus nombres con hechos que honrará la historia. Bermúdez no obedeció y continuó la lucha por dos horas más, sin otra consecuencia que aumentar el número de las víctimas de aquel día nefasto para la república de Venezuela. Retiróse, entonces, tomando el camino de Maturín. El Comandante Salias y la mayor parte del heroico batallón Caracas perecieron en el campo de batalla. Más de tres mil personas murieron de parte de los republicanos, y no digo soldados, porque este número se completó, pasando al filo de la espada no solamente a los que combatían sino a los habitantes de la villa refugiados en la iglesia matriz: su pavimento quedó manchado con la sangre de víctimas indefensas, y los que se llamaban defensores de Dios, de la religión y del Rey, no respetaron el lugar sagrado a donde buscaban refugio los enfermos y desvalidos. El enemigo perdió 1.011 hombres muertos y 832 heridos. 5.000 colombianos perdió el país, porque muy pocos eran los españoles europeos que militaban de aquella parte, y los odios y los rencores de tan cruel guerra civil se aumentaban sin mesura a cada uno de estos sucesos de lamentable recuerdo. El fanatismo y la ignorancia de las masas, como el aliciente del pillaje con que recompensaba Morales a los defensores de Fernando VII, lo mismo que Boves y sus tenientes, les dieron tánta fuerza numérica con que oprimieron a la parte civilizada, que era la defensora de los derechos del pueblo y de la independencia. Pero esta misma crueldad al fin produjo sus efectos, y la España perdió para siempre, en época posterior, sus ricas posesiones; pero dejando en ellas una desmoralización que 40 años no han podido hacer desaparecer, como tendrá el historiador hispanoamericano que lamentar cuando llame a cuenta ante la opinión del mundo a los autores de tales males.

El Libertador no se detuvo en Barcelona con la fuerza que pudo conducir desde Aragua, y se dirigió a Cumaná, y a la misma ciudad se dirigieron los Generales Rivas y Piar. Cuando recibió el General Mariño la noticia de la pérdida de Aragua, en donde cogió el enemigo todo el tren, bagaje, artillería y municiones de reserva que no podían llevar los que se retiraban, publicó como jefe supremo la ley marcial; reunió un consejo de guerra, compuesto del Gobernador Francisco Azcué, del Comandante de artillería Francisco Sucre, y los Coroneles Palacios, D'Elhuyart, Montilla y Valdés, y con su acuerdo resolvió concentrar en Güiría las fuerzas y recursos de que podía disponer.

En otras relaciones hemos tenido que lamentar la conducta militar del General Mariño; pero es necesario ser justos y confesar el mérito del acierto con que obró en esta vez, y siempre con patriotismo y una decisión imperturbable por conseguir la independencia de Colombia. La posición de Güiría era ventajosa y de fácil defensa: previno al Coronel José Francisco Bermúdez, que estaba en Maturín, que se dirigiese al expresado lugar; convidó por un bando a los patriotas de Cumaná se retirasen al mismo lugar, y mandó órdenes a la escuadrilla que cruzaba en aquellos mares, que se dirigiese a Cumaná para embarcar allí los caudales, armas y municiones de que podía disponer, para llevarlos con seguridad al punto indicado. Llevóse a efecto esta medida, y en la noche del 25 de agosto llegó a Cumaná el Libertador con la fuerza de que hemos hablado, y al conferenciar con Mariño sobre las medidas que debían acordarse para completar el plan que éste había adoptado, supieron que el Comandante Bianchi, italiano de origen y jefe de la escuadrilla, luégo que vio a su bordo los caudales y municiones, resolvió hacerse con ellos a la vela, y tornarse dueño de cuanto había recibido. Muchos oficiales estaban ya embarcados cuando hizo a ellos esta declaración inaudita, que iba a pagarse de los sueldos y gastos de su fuerza naval con cuanto tenía en su poder. La guarnición del castillo de San Antonio, seducida previamente por el mismo Bianchi, había abandonado su puesto, y otro tanto había hecho con la guarnición de los buques. No pudiendo contener a Bianchi con los fuegos del castillo, por la razón que hemos enunciado, y levando aquel Comandante las anclas, se puso fuéra del alcance de los fuegos de la plaza. A Rivas y Piar se les confió el mando de la poca fuerza que quedaba en tierra, con que se dirigieron a Maturín; y Bolívar y Mariño resolvieron embarcarse para ver si lograban reducir a aquel aventurero y quitarle los caudales con que podían mandar a las Antillas una

comisión en solicitud de armas, y llevar las municiones a otro punto de la costa en auxilio de sus tropas, que se hallaban al mando de Rivas, Piar y Bermúdez, puesto que todo el plan se había desconcertado con tan infame piratería. Perdida ya la mayor parte de Venezuela no tenía Bianchi puertos seguros y de recursos en donde vender las presas que hacía al comercio español, ni las de otros bajeles neutrales que piráticamente robaba, y quiso hacer su última hazaña de insigne malhechor. La presencia de Bolívar y Mariño en los buques, el pudor de algunos capitanes, y el modo noble con que, en tales circunstancias, los dos principales jefes de la república trataron a aquel hombre, le obligaron a que gobernara para Margarita, y allí entregó las armas y pertrechos, y parte de los buques, quedándose con tres de los mejores, y las alhajas y plata que se habían encargado a su cuidado, so pretexto de que Cumaná le debía más de 40.000 pesos de presas que había introducido en sus puertos.

Bolívar y Mariño, que habían conocido bastante el grado de insubordinación en que estaban Rivas, Piar y Bermúdez, conferenciaron sobre el partido que debieran tomar, y si sería más conveniente seguir a Cartagena para instruír de todo al Gobierno de Nueva Granada, y que se preparasen para la defensa del país, que iba a ser invadido muy pronto por fuerzas españolas venidas de la Península; pero si bien esta medida podía ser de muy felices resultados, dejando al mismo tiempo el mando a los jefes que aspiraban a él, para que se restableciera la disciplina, que como dijimos en otra parte, sufrió menoscabo desde la campaña que concluyó con la derrota de la Puerta, no se resolvieron a ello temiendo la censura que pudiera hacérseles de huír de los peligros: delicadeza laudable, si bien de aquellas que han perdido muchos ejércitos desde Farsalia y Ayacucho. El puntillo militar se sobrepuso a las convicciones de Bolívar y Mariño, y se trasladaron inmediatamente de Margarita al puerto de Carúpano, que aún se hallaba en poder de los patriotas, y desembarcaron el 3 de septiembre, en solicitud de sus compañeros de armas, y buscando de nuevo el campo de batalla para salvar la república, o morir con gloria. El hecho sólo debía hablar más en favor de los ilustres caudillos que habían tomado sobre sí la resolución que dejamos referida. No pensaron nunca que la desmoralización y la ambición de Rivas hubieran llegado al extremo de declarar que Bolívar y Mariño estaban proscritos porque habían abandonado el ejército; pero el hecho había tenido lugar. Al pisar el suelo de la patria vense asaltados Bolívar y Mariño y maltratados por sus mismos subalternos. Rivas había sido procla-

mado General en Jefe, y Piar nombrado su segundo. Aquél tenía su cuartel general en Cariaco, y desde allí se dirigió a Carúpano al día siguiente, luégo que recibió el parte de la llegada de Bolívar y Mariño. Inmediatamente redujo a prisión a Mariño, dejando destituído al Libertador. Si semejante ingratitud podía caber en el corazón de aquellos que eran émulos de Bolívar, fue intolerable de parte de Rivas, amigo, pariente y compañero suyo durante toda la campaña, y testigo de sus servicios, de su actividad y de sus glorias. Volverle la espalda cuando la fortuna le abatió no puede calificarse sino como obra de una ambición desmesurada. Antes de manchar el General Rivas su reputación con este acto de insubordinación, ya había deslustrado sus heroicos hechos con una crueldad excesiva, y ultrajado a muchos hombres con un despotismo horrible, que mucho contribuyó en contra de la causa que defendía.

Bianchi cruzaba aún sobre aquella costa, y habiendo llegado a su noticia la destitución del Libertador y la prisión de Mariño, por una peripecia que nadie supo explicar, después de la innoble conducta que observó, se presentó en Carúpano reclamando a los Generales Bolívar y Mariño con amenazas y en disposición hostil. Rivas cedió y permitió a sus jefes que se embarcaran. Bolívar, que había salvado en su equipaje algunas alhajas de valor, de la rapiña de Bianchi, se las entregó a Rivas antes de partir, para que le sirviesen en la defensa del país que ocupaba, e inmediatamente se embarcó en compañía de Mariño, e hicieron su navegación a sotavento, yendo a buscar nueva patria en Cartagena de Nueva Granada y a dar cuenta al Congreso de sus hechos gloriosos y de sus desventuras. Privóse con este sacrificio del placer de continuar a la cabeza del ejército, y de reconciliar a los jefes y oficiales que se disputaban el mando y agitaban la discordia. Aquella asonada militar produjo males muy grandes, y sembró en el ánimo de muchos jefes semillas fatales de odio y enemistades que debían producir en el curso de la revolución funestos efectos en épocas venideras.

El 7 de septiembre verificó Bolívar su viaje y publicó un manifiesto en que sinceraba su conducta, y ofreciendo que iba a someterse al juicio y examen del Congreso granadino que le había enviado a libertar a Venezuela y a romper las cadenas con que estaba oprimido el pueblo después de la capitulación con Monteverde, ofreció presentar al Congreso documentos irrefragables.

El pueblo de Cartagena le recibió con muestras de respeto y admiración, pues le había declarado hijo benemérito de la pa-

tria, y que su nombre fuera colocado en letras de oro en el archivo de la Legislatura [1].

El 25 de septiembre de 1814 desembarcaron Bolívar y Mariño en Cartagena, y el 30 se publicó en la **Gaceta Oficial** de aquel Estado una narración de los hechos que hemos referido. Después de una corta mansión en Cartagena, en cuyo tiempo Bolívar se unió al doctor José María Salazar para atraer a buen avenimiento a los hombres influyentes de Cartagena, que como sucede en las revoluciones políticas, tenían los ánimos inquietos, siguió su viaje al interior de las Provincias Unidas, y el 22 de noviembre se presentó ante el Congreso federal en Tunja, lugar que se había señalado como capital de la república, en consecuencia de la separación de Cundinamarca, que pretendía que se centralizase el Gobierno de la República, haciendo desaparecer los Gobernadores de los Estados que se habían formado. La guerra civil había dividido a los hombres y a los pueblos, y si los riesgos que amenazaron a la República en 1813 por el sur, unieron a los republicanos para equipar la lucida expedición que se confió al dictador de Cundinamarca, General Antonio Nariño, su pérdida había ocasionado nuevos embarazos al Gobierno general, y con la llegada de Bolívar pensó en restablecer el imperio de la acta federal, y someter a Cundinamarca al Gobierno de la Unión.

Cuando dio Bolívar cuenta al Congreso de sus operaciones, no solamente le aprobó éste su conducta oficial, sino que le nombró Capitán General del Ejército de las Provincias Unidas, único militar a quien en aquella época se le concedieran honor y graduación semejantes.

A la sazón el General Rafael Urdaneta, aislado, y, por decirlo así, abandonado a su suerte, conociendo que su ruina sería inevitable en el occidente de Venezuela, había emprendido una retirada sobre la frontera de Nueva Granada, cuando no pudo auxiliar a Valencia, según las órdenes de Bolívar, y se había puesto, con la división que organizó en su retirada, a órdenes del Congreso. Aunque las operaciones que ejecutó Urdaneta en occidente, después de la pérdida de Caracas y Valencia, fueron independientes de la acción del Libertador, cuyos hechos referimos, habiendo sido esta fuerza el elemento de que se valiera para cumplir las órdenes del Congreso y concertar con el Poder Ejecutivo federal un nuevo plan de operaciones contra los españoles, tenemos que dar una rápida ojeada sobre tales aconteci-

[1] Véase el apéndice, documentos números 16 y 17.

mientos para presentar un cuadro completo de la vida de Bolívar, íntimamente conexionada con todos los sucesos que al fin produjeron la independencia absoluta de la América española, honor que fue debido, en primer lugar, al hijo predilecto de Caracas. Y dejando a los historiadores de Colombia el cuidado de referir el pormenor de los hechos heroicos que tuvieron lugar en el oriente, apenas daremos cuenta de los resultados que produjo la insubordinación de Rivas, Piar y Bermúdez.

El mismo día que Bolívar zarpó del puerto de Carúpano para Cartagena llegó allí Piar con 200 hombres, no en pos del enemigo, ni a ejecutar ningún movimiento interesante, sino a encargarse del segundo puesto de la república y del ejército, en que lo había colocado una asonada militar. Bermúdez, separado de los otros jefes, aguardaba al enemigo en Maturín con 1.000 hombres de caballería y 300 infantes escasos. Entre otros jefes acompañaban a Bermúdez los Comandantes José Tadeo Monagas, Pedro Zaraza, Andrés Rojas, Manuel Cedeño y Blas José Paz del Castillo. El mismo 7 de septiembre, en que Rivas se ocupaba en desterrar a Bolívar y Mariño de Carúpano, el Coronel Morales intimaba a Bermúdez la rendición de su fuerza a discreción. Puesta en conocimiento de todos, soldados y simples ciudadanos de Maturín, oficiales, jefes y magistrados, todos convinieron en que contestase: "Que Maturín prefería el exterminio a la esclavitud".

El día 8 comenzaron sus ataques los españoles, y el 12 de septiembre resolvió Bermúdez atacar al enemigo. Una brillante batalla coronó de gloria a los defensores de Maturín. 2.200 hombres muertos en el campo de batalla y 900 prisioneros, fue la pérdida del personal de Morales, con más su material y remontas, 2.100 fusiles, 800 caballos ensillados, 6.000 en pelo, y 800 cabezas de ganado, fueron entre otras cosas de preciosa adquisición. La pérdida de Bermúdez no pasó de 175 hombres, entre muertos y heridos. Morales huyó hasta Urica en solicitud de Boves. Reunióse muy pronto Rivas a Bermúdez, y otro tanto debía hacer Piar después de ejecutar una operación con 800 hombres, a que lo destinó Rivas desde Curiaco. La insubordinación se había generalizado entre unos y otros, desde los ejemplos fatales que hemos referido, y Piar, cumpliendo en parte las órdenes que recibió, resolvió obrar por su cuenta y no regresó al cuartel general de Maturín. Rivas tenía ya un ejército de 2.200 infantes y 2.500 jinetes, con los cuales marchaba sobre el enemigo, cuando supo que Boves había derrotado a Piar por desobediente, y su columna había sido pasada al filo de la espada, el

16 de octubre, en la sabana del Salado. Bermúdez se negó a obedecer a Rivas, y el desconcierto entre los jefes tuvo funestas consecuencias. Rivas se retiró del campo, regresando a Maturín, y Bermúdez fue a buscar al enemigo. Indeciso y orgulloso, nada hizo, y al fin se sometió a los consejos de Rivas, habiendo perdido la ocasión de concluír con Morales. El 5 de diciembre, después de haber dado un mes de descanso al enemigo, fueron a atacarle en Urica. Allí murió a manos de un obscuro lancero el feroz Boves, pero también pereció el ejército republicano. Zaraza y Monagas ilustraron sus nombres con el valor con que combatieron; Paz del Castillo encontró una muerte gloriosa al frente de la infantería. Bermúdez y Rivas huyeron a Maturín, y el último fue aprehendido y degollado pocos días después en los montes de Tumanaco, yendo en busca de Urdaneta, al occidente. Los demás jefes tomaron diferentes direcciones con pequeños grupos de jinetes, tratando de ir a formar guerrillas que un día se debían presentar fuertes y orgullosas a desafiar el poder español. Tal fue el fin trágico que produjo la insubordinación de Bermúdez y Piar, y la ambición de mando de Rivas.

Cuando el Comandante Landaeta se unió al General Urdaneta en Tocuyo con 46 hombres, de los 100 que había llevado el Teniente Coronel Rodríguez a Escalona, y que no pudo introducir a Valencia, emprendiendo su repliegue al cuartel general de occidente, supo los desastres de la Puerta y de Valencia, la pérdida de Caracas, y la muerte de Rodríguez y 54 hombres en el camino, combatiendo diariamente hasta llegar al cuartel general.

Emprendió Urdaneta su retirada con 1.000 hombres y muchos jefes y oficiales de los que se le habían unido en sus operaciones. La columna era una masa mal organizada de diferentes piquetes, y en Humacaro Bajo hizo alto para organizar tres pequeños cuerpos que denominó Barlovento, Valencia y Guaira. Diole por jefes, al primero, al Teniente Coronel Andrés Linares y Mayor José Anzoátegui; el segundo lo puso a órdenes de los Comandantes Miguel Martínez y Pedro León Torres, y el tercero lo encargó a los Comandantes Domingo Mesa y Juan Salias. El Coronel Florencio Palacios hacía de su segundo, y los Tenientes Coroneles Miguel Valdés, Francisco Picón y Jacinto Lara Acero en el Estado Mayor. El doctor José Félix Blanco era Vicario de la división, y el doctor Peña, Capellán.

En el tránsito se le reunieron otros jefes y oficiales, y al llegar a Mérida se le incorporaron varias partidas de las tropas de García Sena, que desde la ocupación de Barinas se habían

mantenido en aquellos parajes. El General sir Gregor Mac-Gregor, oficial escocés al servicio de la Nueva Granada, se había avanzado con una columna hasta Bailadores, y sabiendo que venía Urdaneta siguió a unírsele en Mérida. Allí se reunió también el Capitán Francisco Conde con dos compañías, y el Capitán José Antonio Páez, mandando un piquete. Desde Trujillo había dado cuenta Urdaneta al Congreso granadino de los sucesos de Venezuela, y unido a Mac-Gregor protegieron la emigración que hacían muchos patriotas en dirección a Nueva Granada. El Gobierno granadino tomó bajo su protección a las fuerzas que conducía Urdaneta y les ordenó situarse en la frontera, previniéndole que mandase un cuadro de jefes y oficiales de caballería a Casanare, para que se organizase una fuerza de esta arma con qué oponerse al enemigo que invadía la república por Arauca. En su cumplimiento puso a órdenes del Gobierno, y siguieron a Pore, el Comandante Jenaro Vásquez, con los de igual clase; Antonio Rangel, Miguel y Fernando Figueredo y los Capitanes Britos, hermanos, Unda y Luque, formando el cuadro que debía seguir a Casanare. El Capitán Páez se había separado de la división de Urdaneta, y venido a Nueva Granada a tomar servicio en sus filas. Se le dio el grado de Teniente Coronel, y marchó desde la Salina de Chita a formar un escuadrón en Apure. Esta colocación que le dio el Gobierno al entonces joven y atrevido oficial debía ser, andando los tiempos, de gloriosos resultados para la república, y debía ser Páez el que organizara un ejército temible con las fuerzas granadinas que le aclamaron jefe en difíciles circunstancias, y de cuyos hechos tendremos ocasión de hablar en otra parte.

Tales eran los elementos de que podía disponer el Gobierno granadino cuando se le presentó Bolívar en Tunja, en noviembre de 1814, después de una campaña admirable, y que, si bien tuvo un fin desastroso, al menos se salvaron los elementos que debían servir para nuevos triunfos, y que identificándose la suerte de la república en Bolívar, como siempre lo dijo el célebre Torres, él sería el Libertador de Colombia y fundador de la república.

Después que Bolívar hubo manifestado al Gobierno granadino la lamentable situación en que dejaba a Venezuela se ocuparon del modo de prepararse a resistir una invasión de España, que según todas las noticias recibidas de Europa se preparaba para reducir a obediencia al hemisferio americano que estaba en completa revolución contra la metrópoli. Las tentativas que algunos generales liberales habían hecho en la Península para res-

tablecer el imperio de la constitución se habían malogrado, y en los últimos días de noviembre recibió avisos el poder ejecutivo de la suerte del General Mina, que por una coincidencia casual había sido desconcertado, al tiempo mismo que Boves y Morales destruyeron el ejército de la República en la Puerta y Urica. Era necesario concertar un plan general de defensa, y para ello el Gobierno quiso oír las opiniones del Libertador, como al jefe a quien acababa de nombrar Capitán General del ejército. Para comprender la gravedad de las resoluciones que debían tomarse es necesario presentar un cuadro general del estado de la Nueva Granada, y saber apreciar, en vista de él, los sucesos que debemos referir, y en que tanta parte cupo a Bolívar.

La ocupación de la provincia de Quito por el General Montes en 1812 llevó las huestes españolas hasta Pasto, y en 1813 resolvió el Comandante General de aquellas provincias comprendidas en la presidencia de Quito, mandar una expedición contra el Estado de Popayán. La fuerza que defendía este Estado era insignificante, y el Coronel Rodríguez, que la mandaba, resolvió retirarse con el Gobierno al Valle del Cauca. Esta retirada concluyó con una completa dispersión, y muy pocos fueron los hombres que se salvaron por Quindío a Ibagué. Esto sucedía al mismo tiempo que Bolívar ocupaba a Trujillo, en 14 de junio de 1813. Unidos por las circunstancias el dictador de Cundinamarca, Nariño, con el Gobierno federal, mandaron una expedición que debía atacar al Brigadier Sámano en el sur. Los resultados fueron felices, y el 15 de enero de 1814 fue completamente derrotado el ejército español en Calibío. Nariño no le persiguió inmediatamente por ocuparse de algunas intrigas para unir el Estado de Popayán al de Cundinamarca, y cuando resolvió su marcha con una brillante división ya encontró al enemigo fortificado en Juanambú, río caudaloso y cuyas aguas son un torrente. Después de inútiles combates para vencer a viva fuerza, logró ocupar este punto formidable y siguió sobre Pasto. Nuevos combates tuvo que librar, y al fin, después de triunfar, al entrar en Pasto con una marcha imprudente y contra todas las reglas del arte, destruídas sus municiones por una gran granizada, se vio obligado a replegarse con la vanguardia al resto de su división; pero aquella retirada, ejecutada en desorden, llevó la confusión al campamento, y más de 800 hombres bien armados y con una batería de artillería de batalla bien servida se pusieron en retirada, abandonándolo todo. Nariño prefirió entregarse prisionero a tener que presentarse después de sus desacertadas medidas ante el Congreso federal. Estas desgracias y tal calamidad

no tuvieron influjo en el ánimo de don Manuel Bernardo Alvarez, que mandaba en Cundinamarca, para que uniera sus esfuerzos y los recursos de aquella rica provincia al resto de las demás que tenían un Gobierno federal. La división del sur abandonó a Popayán, yendo a situarse en el Valle del Cauca. Los españoles no se resolvieron a ocupar el terreno abandonado hasta diciembre de 1814, con una fuerza de 1.000 hombres a órdenes del Teniente Coronel don Aparicio Vidaurrázaga. Tal era la situación del país hacia el sur de la república. Por el norte se acercaba el Coronel Calzada en persecución de Urdaneta. Santa Marta estaba en poder del Capitán General Montalvo, y ocupada la ribera derecha del Magdalena hasta Plato. Panamá estaba igualmente en poder de las fuerzas de España y en comunicación con el Perú.

Es verdad que no se sabía cuál sería el punto que escogiera el Gobierno español para mandar una fuerte expedición. Muchos creían que iría a Buenos Aires, otros que al Perú por el Istmo de Panamá; pero Bolívar demostró al Congreso que aunque no eran por su riqueza las colonias más importantes Venezuela y Nueva Granada, eran sin duda el punto estratégico más adecuado para emprender la pacificación de los diversos virreinatos y capitanías generales que se habían proclamado independientes. Era donde se había hecho una guerra más encarnizada, y Méjico y Lima, capitales de los dos más ricos países de la América española, estaban en poder de los españoles.

Una expedición que tuviera que atravesar desde Puerto Cabello hasta Pamplona debía llegar muy estropeada, y las enfermedades solas serían el primer enemigo que encontraban. Ocupar a Santa Marta y Ríohacha y proveer a la plaza de Cartagena de víveres y municiones para un sitio eran las primeras medidas que debían tomarse, y mandar al sur algunos jefes que reorganizaran la valiente división que estaba en el Cauca. Para contener la invasión por el norte, levantar fuerzas en Casanare y ocupar los páramos de Pamplona con tropas del interior, que debían con ventaja oponerse a la caballería, y tropas de Venezuela que no estaban acostumbradas a aquellos climas; pero las discordias civiles y la desunión con Cundinamarca eran el primer obstáculo para llevar a efecto este plan. El señor Alvarez se negaba a tal acomodamiento, y con el mayor disimulo y felonía los españoles y realistas que existían en Cundinamarca seguían la idea de mantener la división entre los republicanos, para que se debilitaran y que triunfara su causa. Algunos eclesiásticos europeos y otros granadinos, especialmente los frailes, atizaban la

discordia bajo el velo de la religión, y el inocente Alvarez servía sin pensarlo a la causa de la reconquista.

En tales circunstancias se vio el Gobierno general obligado a obrar con la fuerza, y disponiendo de la división de Urdaneta, la confió al Libertador para que obligase por la fuerza a Cundinamarca a someterse al Gobierno federal, entrando en la confederación con los mismos derechos que los demás Estados. Diéronse las órdenes, y en diciembre de 1814 marchó Bolívar contra Bogotá. No quiso Alvarez ceder sin hacer prueba de sus fuerzas y recursos, y después de una defensa inútil y en que perecieron muchos colombianos se rindió la ciudad [1] y se trasladó a Bogotá el Gobierno general para llevar a cabo el plan que se había propuesto, de acuerdo con Bolívar. Estableciόse a principios de 1815 el Gobierno federal en Bogotá, y se formó el poder ejecutivo compuesto de un consejo de tres individuos, el ciudadano Manuel Rodríguez Torices, el General García Rovira y el doctor Miguel Pey. Inmediatamente mandaron organizar una división que debía bajar desde Honda el Magdalena, para que despejase el río y reforzándose con las tropas de Cartagena y los elementos necesarios de sus parques, siguiese a ocupar a Santa Marta. Al sur se destinó al Coronel Manuel Roergas Serviez, como Mayor General, y al Coronel Carlos Montúfar como Cuartel Maestre General, con algunos oficiales, y se mandaron auxilios pecuniarios y de armas a la provincia de Antioquia, que era lo único que se necesitaba por aquella parte. Ya hemos dicho las providencias que se tomaron por el norte, y a dónde se remitieron las mejores tropas y oficiales para ocupar el Magdalena.

Conociendo el Gobierno general la enemistad que había de tiempos atrás entre Bolívar y Castillo, resolvió llamar a este jefe a Bogotá como Inspector General, y para halagarlo lo ascendió a General de Brigada; mas no calculó que tenía una débil autoridad, y que las disensiones que había en Cartagena no le permitían ejercer la influencia que correspondía al poder ejecutivo. Magistrados que obraban con los más puros sentimientos no conocían hasta dónde llevan las pasiones a los hombres, y antes de destinar a Bolívar sobre la costa debieron mandar jefes y tropa que apoyasen sus órdenes dentro de la plaza. Bolívar, que acababa de experimentar fatales consecuencias por la insubordinación de Rivas, Piar y Bermúdez, debió igualmente ser más cauto y no encargarse del mando de aquella expedición antes

[1] Véase el apéndice, documento número 18.

de estar seguro de que el Gobierno general sería obedecido. El había presenciado las desavenencias entre Torices, García Toledo, Castillo y los Piñeres, y cuán poco pudo hacer para conciliarlos a su paso por Cartagena, no obstante los buenos oficios de los señores Juan de Dios Amador y José María Salazar. La amistad que dispensó a los Piñeres le aumentaba el encono de Castillo contra él: luctuosa ceguedad que debía producir funestas consecuencias. En marzo ocupó Bolívar a Mompós, y fue recibido con grande entusiasmo por el pueblo; pero estando el señor Celedonio Piñeres mandando en aquella ciudad, estos mismos agasajos fueron de mal agüero para Bolívar.

Castillo, desde que supo en las poblaciones de Barlovento, sobre la línea del Magdalena, que Bolívar vendría a la costa, regresó a Cartagena a mezclarse en las disensiones domésticas, so pretexto de restablecer a las autoridades legítimas su influjo, y apoyado por un aventurero, Decoudray de Holstein, y otros piratas que se albergaban en Cartagena logró su intento de hacerse fuerte para resistir a las órdenes del gobierno general. Es verdad, sin embargo, que en las disensiones domésticas de Cartagena tomó el Brigadier Castillo la buena causa, aunque con objetos diversos de la justicia que apoyaba.

El ardiente deseo que tenía Bolívar de ocupar a Santa Marta y marchar por La Goajira a Maracaibo, llamando la atención de los españoles por aquella parte, para evitar un sitio a Cartagena, le hicieron olvidar todas las consideraciones que debían hacerlo cauto para obrar, y mucho más después que Castillo había publicado un libelo que improbó el Gobierno.

Desde que Bolívar llegó a Mompós comunicó su nombramiento a Castillo, y le mandó con un ayudante de campo las órdenes del poder ejecutivo de la Unión. Contestó oficialmente Castillo, reconociendo al Libertador como General en Jefe; pero tomó medidas para detenerlo que no fuera a Cartagena, y desacreditando al ejército de la Unión labraba la ruina de la república y la suya propia. Tres misiones consecutivas envió el Libertador: la primera, con el ayudante de campo Kent; la segunda, con el señor Fierro; la tercera con el Secretario del General en Jefe, Rafael Revenga. De Cartagena vinieron otros comisionados: el Teniente Coronel Tomás Montilla, el señor García de Sena y el oficial Dávila.

Desde Honda supo el Libertador la marcha de Castillo sobre la plaza, con el objeto que hemos indicado, y propuso al poder ejecutivo que mandase como comisionados a los señores José María del Castillo, hermano del General, y doctor José Fer-

nández Madrid, su relacionado, para que lo redujeran a buen partido. Bolívar continuó su marcha y viendo desobedecido al poder ejecutivo creyó de su deber seguir al bajo Magdalena para obligar a Castillo a obedecerle. Desde Barranca mandó Bolívar un cuarto mensajero, presentando los males que iba a sufrir la república por la ceguedad con que obraban Castillo y sus partidarios. Parte del armamento del ejército había naufragado y no tenía Bolívar sino como 300 buenos fusiles y municiones, que apenas bastarían para una batalla. Negáronse las autoridades de Cartagena a auxiliarle, y consultada la opinión de los jefes del ejército sobre si sería suficiente la fuerza de que disponían para ocupar a Santa Marta, la opinión fue que sería una empresa quijotesca y que debían marchar a Turbaco a pedir auxilios, y solamente armas y municiones en cumplimiento de las órdenes del Gobierno general. Esta medida proporcionaba a unos y otros entenderse, y que las medidas que se adoptasen fueran eficaces y de un resultado pronto y permanente. Una quinta misión dirigió Bolívar con el Teniente Coronel Tomás Montilla, hermano del Comandante de la plaza, Coronel Mariano Montilla, que era uno de los jefes de Venezuela que habían entrado en el complot de oponerse al Libertador después de los sucesos de la Puerta: le recibieron mal, le trataron como a un proscrito, y le quisieron matar. Su misión era de paz: pedir la obediencia al Gobierno, y por último ofrecer que el Libertador se separaría del mando, si su persona era un obstáculo para que se verificase la campaña. El ultimátum fue no contestar, tratar de bandidos a los soldados de la expedición, jurar su exterminio. No había facilidad para entrar en comunicaciones con el poder ejecutivo, y después de tener Bolívar una junta de guerra, ésta fue de opinión de marchar sobre la plaza y exigir el cumplimiento de las órdenes del poder ejecutivo. Adoptóla Bolívar y fue a ocupar el cerro de La Popa con su división. El 27 de marzo lo ocupó, e inmediatamente abrió la plaza sus fuegos contra aquel campamento. Bolívar no contestó, por no haber llevado artillería para un sitio, no habiendo sido tal su intención. Por la misma razón Bolívar no había impedido que del Zapote fueran víveres, y cuando ya vio que no era posible un acomodo, mandó ocupar a Tolú para hacer una coacción en favor de las órdenes expresas del Gobierno.

El 30 de marzo hizo una nueva apertura de negociación, y entre otras cosas dijo al comisionado: "Si yo diese oídos a la voz del honor me empeñaría en rendir esa plaza, o morir aquí, pero no atiendo sino a las intenciones del Gobierno general que lo es-

pera todo de la obediencia y lo teme todo del empleo de la fuerza. No me obligue esa plaza a manchar nuestras armas con la sangre de sus hijos. No es justo que las últimas reliquias de Venezuela vengan a perecer en una guerra nefanda, pero tampoco es justo que vayan a marchitar tántos laureles en los campos enemigos, por complacer a los que prefieren sus resentimientos particulares a los intereses de sus conciudadanos. Sea V. E. un nuevo Colocolo; emplee su acento sagrado en persuadir la concordia. Asegúrense siquiera la amistad y buena fe, por parte de los jefes de Cartagena, y lo demás será transigido de un modo satisfactorio para todos. ¿Puedo yo ofrecer más? Si más pudiese hacer, más haría". Este comisionado a quien se dirigía Bolívar era el doctor Marimón, miembro del congreso, hijo de Cartagena y a quien mandó el gobierno general para arreglar las diferencias. El 8 de abril comunicó Bolívar a la plaza que los españoles habían obtenido algunos sucesos parciales sobre el Magdalena, y que las circunstancias eran premiosas. El 9, no habiendo obtenido respuesta, hizo nuevas protestas de la buena fe con que obraba en favor de la concordia, y añadió en su nota oficial al comisionado: "¿Pero es justo que yo solo sea dócil, que yo solo renuncie a mis demandas, y que nuestros contrarios permanezcan tenazmente adheridos a sus injustas negativas? ¿Cree V. E. que esto sea justo? No lo es: sin embrago, yo cederé en todo; pero entendámonos, seamos amigos y unámonos: esta es mi única condición". Semejantes comunicaciones se recibieron con frialdad, porque se esperaba que Bolívar se cansaría y lo separarían del país, dejando arruinada su división. El 12 de abril se publicó una proclama incendiaria contra Bolívar, porque el 11 había propuesto de nuevo: 1º, que cesasen las hostilidades; 2º, que se olvidase lo pasado; 3º, que fueran amigos; y en nota al señor Marimón, le dijo: "He ofrecido ceder: me parece que lo hago con más generosidad que la que era de esperarse. Esta generosidad no es forzada sino por los sentimientos de mi corazón, que no puede tolerar el aspecto de esta provincia desolada por una espantosa anarquía, efecto de la guerra civil que, si continúa, reducirá a soledad uno de los más fuertes Estados de la Nueva Granada. Esta consideración me estremece, y concibo que es más útil dejar de tomar a Santa Marta que forzar a Cartagena a auxiliar nuestra expedición. Así, pues, yo no exijo nada para ella; exijo, sí, que no se nos hostilice en el tránsito en nuestra retirada, ni en la permanencia que elijamos para estación del ejér-

cito. He dicho en sustancia lo que deseo: mejor lo expresaría en una conferencia verbal, que también se ha negado obstinadamente y aun con más obstinación que los auxilios. Todo se me niega, ¿y en todo he de ceder yo? Voy a hacerlo así, y aun haré mucho más, cuando estemos de buena inteligencia. Yo no temo a esa plaza; menos aún a las guerrillas; todavía menos a los de Santa Marta. La primera no puede forzar mis puestos; las segundas han sido batidas en San Estanislao y las sabanas; y los últimos están a la defensiva, porque yo he tomado medidas que no les permiten obrar activamente. Yo temo, sin embargo, temo más que la muerte, ser causa de la guerra civil. Jamás pensé que en esta ciudad se prefiriese la guerra al deber de cumplir las órdenes del gobierno, y la generosidad de auxiliar a sus hermanos errantes que buscan armas para libertar a los que gimen esclavos. Dios es testigo de la pureza de mis intenciones; la posteridad será bastante recta para hacerme justicia, y el gobierno general bastante justo para decidir imparcial, si mis operaciones han tenido otro objeto que el aumento del ejército, la libertad de Nueva Granada y la obediencia al gobierno. Yo espero tranquilo el juicio que el gobierno y el mundo formen de mi conducta; y si pido tregua, olvido y amistad, no es para mí, es para mis compañeros de armas que reclamo bienes".

Después que Bolívar agotó los medios de conciliación, ¿cuál fue la conducta de Castillo y sus partidarios? Prevenirle que se retirase a Ocaña, y se le acompañó un itinerario ridículo para obligar al General y tropas de la Unión a una marcha penosa y mortificante. Se le previno separar las tropas venezolanas de las granadinas, y que éstas las pusiese a órdenes del Teniente Coronel Vélez, a quien se le prevenía que hiciese obedecer las órdenes del señor Marimón. Los castillos y baluartes tenían izadas banderas blancas de parlamento, y las baterías lanzaban bombas sobre La Popa. El 16 de abril recibió Bolívar las órdenes que dejamos indicadas, y que le fueron arrancadas al doctor Marimón, sacerdote sencillo y buen patriota, que no quería sino ver terminada una contienda que iba a poner en manos de los españoles a Cartagena. El 18 propuso Bolívar de nuevo una conferencia con el comisionado del congreso, y se accedió a ello, fijando un lugar bajo los fuegos de la plaza. Bolívar conoció la irregularidad y propuso un punto intermedio fuéra del fuego de la plaza y del de su campamento. Todo fue inútil, y el 22 se abrieron de nuevo los fuegos contra La Popa. Llegó el 24 la noticia de que la expedición del General Morillo se encontraba en Venezuela, fuerte de 15.000 hombres, y que sin duda se dirigi-

ría sobre Nueva Granada. La aproximación de un peligro inminente no fue bastante para influír en el rencoroso corazón del Brigadier Castillo, y era necesario que se sacrificase la república antes que sus pasiones. En consecuencia, Marimón manifestó al Libertador el 25 que era necesario que abandonase la provincia para atender a la defensa de Cartagena. La plaza no tenía al completo los 5.000 hombres que necesita para su defensa, sin tener que ocurrir a niños y ancianos para que cubran sus baluartes y castillos, y sin embargo, se quería que la expedición se retirase. Una larga conferencia del comisionado con Bolívar no tuvo otro resultado que el que aquel buen patriota abriese su corazón a Bolívar y le manifestase que su autoridad dada por el gobierno general era nula, pues nada se hacía según sus indicaciones; pero que iba a hacer un esfuerzo para que mediante tan críticas circunstancias hubiese una reconciliación. Cuando el Libertador esperaba un resultado favorable, el 26 se ve atacar de repente con una salida de la guarnición de la plaza, seguida por cuantos alborotados hay en tales circunstancias en las guerras civiles. Castillo y Montilla dirigían la operación. Las pasiones habían cegado a estos jefes, y su operación fue mal dirigida y vergonzosa. Tuvieron que regresar a las murallas, y hasta el 28 no se dio un paso más para lograr el objeto de la reconciliación y ocuparse de la defensa de Cartagena. Bolívar recibió ese día el aviso de que los españoles habían ocupado a Barranquilla, y transmitió la noticia a la plaza. Entonces se le invitó para una entrevista con Marimón, que tuvo lugar, asistiendo a ella el señor Pedro Gual, que poco antes había sido Gobernador de Cartagena. Este presentó un plan para que se obrase en combinación, debiendo marchar por tierra la fuerza de Cartagena, y que Bolívar se embarcase para atacar por el mar a Santa Marta. Accedió a ello Bolívar, y aprobó el plan el gobierno de Cartagena. El 29 de abril fue el Coronel Mariano Montilla al campamento del General Bolívar para arreglar los pormenores a la ejecución del proyecto. El señor Rafael Revenga entró al mismo tiempo en conferencias con Castillo y Marimón, y se ofreció una reconciliación entre los dos jefes. Lejos de tener efecto esta medida salvadora, Castillo volvió sobre sus pasos y modificó el plan de operaciones, exigiendo a Bolívar que marchase a la campaña yendo a invadir a Santa Marta por Chiriguaná y Valledupar, y que en caso de verse en la necesidad de retirarse lo hiciera sobre las provincias del interior, porque jamás se auxiliaría a las tropas de Venezuela con nada de la plaza. Vencieron las pasiones al patriotismo, las mezquinas y vengativas ideas de Castillo al in-

terés nacional, y con semejante resolución en la conferencia del pie de La Popa decretó el Brigadier Castillo la ruina inevitable de su patria nativa, la pérdida de la Nueva Granada, y se preparó un cadalso en que sin gloria, debía perder una vida que debió sacrificar, no a sus pasiones sino a la patria.

Bolívar entonces, animado de los nobles sentimientos que le habían guiado, reunió a todos los jefes que le acompañaban, venezolanos y granadinos, y les expresó que en presencia de los males que venían sobre la república era necesario que hiciera él un nuevo sacrificio en las aras de la patria. Les manifestó que él debía separarse no solamente del mando sino del país; que iría a buscar una tierra hospitalaria en el extranjero para volver a donde alguna vez su espada y sus servicios fueran útiles para continuar la guerra de la independencia. La junta de jefes se convenció de tal necesidad, y el 7 de mayo se celebró una acta por la cual Bolívar y los principales jefes hicieron dimisión de sus empleos, y prometieron ausentarse del país. Fue aceptada por Castillo y las autoridades de Cartagena esta patriótica resolución, y se les contestó permitiéndoles salir de la república y aceptando la dimisión que hacían. Pocos fueron los jefes y oficiales que tuvieron medios para seguir fuéra del país, y los demás quedaron abandonados a su suerte, pero siempre dispuestos a morir como soldados, en defensa de la independencia. El 9 de mayo se embarcó Bolívar con los jefes y oficiales que pudieron acompañarle, en un bergantín de guerra inglés, que debía conducirlos a Jamaica. Cuando Bolívar remitió el acta del 7 a las autoridades de Cartagena la acompañó con una carta oficial en que se encontraban las palabras que vamos a copiar. Decía: "Mi constante amor a la libertad de América me ha hecho hacer diferentes sacrificios, ya en la paz, ya en la guerra. El suceso que es el asunto de esta comunicación no es un sacrificio, es para mi corazón un triunfo. El que lo abandona todo por ser útil al país, no pierde nada, y gana cuanto le consagra. V. E. conoce cuál es nuestra situación, y no puede menos que aplaudir mi retirada del ejército y de la Nueva Granada. Suplico a V. E. se sirva examinar la adjunta acta que tengo el honor de dirigirle. Por ella se instruirá V. E. de mi determinación y de la opinión de los jefes del ejército, que desean como yo, no ser más tiempo causa de la guerra civil. Así, pues, piden se les permita, a los que lo deseen, separarse del ejército y salir del país, y yo suplico a V. E. no se les niegue esta demanda". Ya hemos referido cuál fue la respuesta y la ejecución que dio Bolívar a su ofrecimiento. Antes que el General Bolívar marchase tuvo

una fría conferencia con Castillo, con el gobernador del Estado, señor Juan de Dios Amador, y el doctor Marimón, en una casa del pie de La Popa. Amador le instruyó de las comunicaciones que acababa de recibir del Capitán General Montalvo, de fecha 25 de abril, en que le intimaba el sometimiento al Rey y que abandonasen él y las fuerzas de la plaza a Bolívar. Aquel digno magistrado le había contestado con una energía laudable, manifestándole que antes perecerían que abandonar la causa de la independencia que defendían. Esta resolución fue cumplida; pero sensible fue que Amador no emplease la misma energía sobre el ánimo de Castillo desde el principio de la contienda civil de Cartagena, única y exclusiva causa por la que se sometió al poder español aquella soberbia plaza fuerte, la primera de la América, que jamás debió rendirse a Morillo.

Desde septiembre de 1814 preveía el genio de Bolívar estas consecuencias. Hizo sus mayores esfuerzos con el gobierno general para organizar un plan general de defensa; lográlo, como hemos referido, y venezolanos y granadinos marcharon con cuantos recursos pudieron sacar de Cundinamarca para llevar a cabo empresa tan digna de un pueblo libre. La circunstancia de haberse demorado Morillo en Venezuela, después que arribó a las playas de Margarita el 7 de abril de 1815, por la pérdida del navío **San Pedro Alcántara,** no le permitió ejecutar el plan de venir a desembarcar en Santa Marta y Sabanilla en los mismos días que la guerra civil destrozaba el país. Tuvo que irse a Caracas, en donde estableció su cuartel general el 11 de mayo, para organizar un cuerpo de habitantes del país que pudieran resistir el clima del litoral de Cartagena, en la entrada del tiempo de lluvias, que comienza a fines de mayo o principios de junio.

Al entregar el mando Bolívar al Coronel Florencio Palacios, le dirigió una alocución de despedida al ejército[1] en que hizo una exacta exposición de sus nobles sentimientos, y el 11 de mayo, cuando Bolívar perdía de vista las playas de Colombia, el reconquistador Morillo dirigía a los habitantes de Venezuela una proclama anunciando las miras benéficas que le conducirían en sus campañas, y en el arreglo interior de aquella capitanía general, que encontró presa de las bandas de malhechores que regía el sanguinario Coronel Morales. En medio del

1 Véase el apéndice, documento número 19.

horror que causaban los excesos de Morales, Calzada y demás aventureros que habían usurpado la autoridad real a Cajigal y Cevallos, fue un consuelo para Caracas que se presentase un déspota algo civilizado, que al menos contuviese los inauditos horrores de los vencedores de la Puerta y Urica.

La discordia y la insubordinación perdieron a Venezuela; la discordia y una vana presunción de parte de Nariño y una tenacidad estoica de parte del virtuoso Camilo Torres perdieron las provincias del interior; y las pasiones de la venganza y la envidia de Castillo y de Montilla fueron la causa de la ruina de Cartagena. A Bolívar le abandonó la fortuna desde que se separó de los principios del arte de la guerra, después de la batalla de Carabobo; y su pasión de gloria por volar triunfante a Venezuela por el occidente le cegó, y no vio los peligros que su presencia sobre Cartagena traerían a la república. La abnegación con que procedió el 9 de mayo de 1815 debió tenerla cuando en Honda supo que el Brigadier Castillo volvía sus armas contra la plaza abandonando la campaña; y si hubiese regresado a Bogotá o seguido al sur, mientras Palacios y otros jefes se incorporaban al ejército de la costa para hacer obedecer a Castillo las órdenes del gobierno general, otra hubiera sido la suerte de la república.

Pero Bolívar se contentó con hacer presente al gobierno general y al congreso cuáles eran las malas disposiciones de Castillo, remitiéndole un libelo que acababa de publicar contra el Libertador. El 24 de enero de 1815 se le contestó por el poder ejecutivo y por el presidente del congreso, y fue notable la expresión con que se calificó la falsedad de aquel libelo. Díjole el presidente de la Unión a Bolívar: "Un rasgo de V. E. impone más en la opinión pública que todas las declamaciones de los calumniadores". Palabras memorables que siempre se han conservado en nuestro ánimo, y también en el de los que alguna vez le atacaron en épocas posteriores. El General Santander, Vicepresidente de Colombia en 1826, le recordó este sublime pensamiento del Presidente de las Provincias Unidas cuando le ofreció con fecha 2 de enero de 1827 continuar ejerciendo el poder ejecutivo, cuyos pormenores tendremos ocasión de referir en otro capítulo.

Hase atribuído generalmente a la debilidad del gobierno federal la pérdida de Venezuela y de las Provincias Unidas, procediendo muy equivocadamente. A la falta de federación es a la que se debe este mal, y a que desde la revolución de 1810 no se pensó en cimentar un orden de cosas permanente.

He tenido con harto dolor que personificar algún tanto las cuestiones a la conclusión del presente capítulo, porque era necesario explicar esta parte delicada e importante de la vida de Bolívar. Entonces apenas habíamos dado principio a nuestra carrera militar, y colocados en el ejército del sur, a órdenes del General Cabal, conocimos los sucesos por diferentes actos públicos y relaciones de jefes y oficiales de una y otra parte, sin tomar ninguna en la contienda civil, cuyos lamentables hechos vamos refiriendo con lealtad e imparcialidad.

CAPITULO X

Bolívar llega a Jamaica con algunos compañeros que no quisieron abandonarle.—Se ocupa de varias publicaciones para rectificar el juicio que se formaba por las que hacían los españoles.—Los partidarios del Rey resuelven asesinarlo y seducen a su criado.—Casualidad que salvó la vida de Bolívar.—A fines de 1815 trata de ir en auxilio de Cartagena, y no pudiendo hacerlo se ocupa en formar una expedición en la isla de Santo Domingo para libertar a Venezuela.—Ojeada sobre Venezuela y Nueva Granada desde fines de 1815 a mediados de 1816.—Bolívar pasó a Puerto Príncipe a formar su expedición.—Recursos con que cuenta, cooperación de Petión.—Reunión de los emigrados para nombrar un jefe, y elección que se hizo en Bolívar y otros jefes.—Defecciones y disgustos entre los expedicionarios.—Pensamientos del Libertador.—Organízase al fin la expedición, y zarpa el 16 de abril de 1816 del puerto de Aquín. El 2 de mayo se encontró la escuadrilla republicana con dos buques de guerra españoles, y los toma al abordaje.—Bolívar nombra Almirante a Brión y de Mayor General de la escuadra al Capitán de Navío Villaret. Llega la expedición a Margarita.—Se ponen de acuerdo Bolívar y Arismendi.—Sorpresa de los españoles.—El 7 de mayo se reunió una asamblea popular en la Villa del Norte.—Discurso de Bolívar; elección que recayó en él para Jefe Supremo, y para su segundo en el General Mariño.—Bolívar anuncia el restablecimiento de la República, por una proclama, el 8 de mayo de 1816.—Intima al Brigadier Pardo y ofrece regularizar la guerra.—Operaciones sobre el continente.—Ocupación de Carúpano.—Conducta de don Salvador Moxó ofreciendo $ 10.000 por la cabeza de Bolívar y de cada uno de los principales generales republicanos. Tolerancia de Morillo a semejante crueldad.—Contraste de esta conducta con la del Libertador.—Reúne Bolívar 1.000 hombres y se pone en comunicación con los jefes del interior del oriente de Venezuela, Monagas, Zaraza, Rojas y Cedeño.—Nómbralos Generales de Brigada.—Hace reunir otra asamblea popular, igual a la de Margarita, que bajo la presidencia del señor Urbaneja ratifica los acuerdos de la Villa del Norte, declarando central el gobierno.—Bolívar pretende ir a batir las fuerzas navales españolas; pero Brión se opone con varias razones y determinó ir sobre Ocumare con las fuerzas de que podía disponer.—Intrigas de Decoudray y su separación del ejército.—Noticia sobre el libelo de este oficial.—Triunfo de los españoles en Punche.—Operaciones de Mariño. Ocupación de Ocumare por el Libertador, y sus operaciones.—Separación de Brión para ir en comisión, y movimientos se Soublette.—Combate de Los Aguacates y operaciones consiguientes.—Sucesos de Ocumare, y abandono de la expedición por dos goletas.—Conducta de Villaret y medidas que adoptó de acuerdo con el Libertador.—Reúnesele Brión y se salva el armamento.—Marcha sobre Choroní, que encuentra Bolívar ocupado por los españoles; su regreso a Bonaire, en donde se le reúne Bermúdez.—Explicación sobre los motivos que determinaron la ausencia del Libertador del cuerpo de operaciones.—Su falta en el oriente: llega a Güiria el 16 de agosto.—Disposición en que encontró a los jefes republicanos.—Intrigas de Bermúdez.—Asonada del 22 de agosto. Serenidad y valor de Bolívar en medio de los sublevados, con que dominó las circunstancias.—Su separación de Venezuela y regreso a la isla de Santo Domingo.

Bolívar llegó a Kingston de Jamaica con sus compañeros de armas que no quisieron abandonarle, porque ellos, como había dicho el Presidente del Congreso granadino en una ocasión solemne, creían que la república de Venezuela existía en la persona de aquél, aunque los españoles la hubiesen ocupado. Deseoso de hacer conocer los verdaderos acontecimientos de Cartagena, publicó la nota oficial en que dio cuenta de aquellos acontecimientos, y ayudado por varios ingleses, amigos suyos, se ocupó en escribir en los periódicos británicos una serie de artículos con que contribuyó extraordinariamente a rectificar el juicio que se formara por las apasionadas publicaciones de los españoles [1].

Veían los enemigos de la independencia en la persona de Bolívar el amago inmediato a una enérgica reacción, y trataron a toda costa de salir de él por medio de un alevoso asesinato. Un español europeo, y otro nacido en América, cuyos oscuros nombres no debemos publicar, lograron seducir a un negro que servía como criado al Libertador, y había sido su esclavo, para que perpetrase crimen tan horrendo. El dinero y otras promesas sedujeron a este infiel liberto, y se dispuso a efectuar su delito en una noche, esperando que Bolívar entraría solo, como lo tenía de costumbre, a dormir en su alojamiento sobre una hamaca, que era su cama ordinaria. Encontrándose el Libertador con poca comodidad en una misma pieza con otros de sus compañeros, queriendo también dejar más libertad a los jefes, oficiales y amigos que le acompañaban, resolvió buscar para sí otro alojamiento. Encontró una sala y un dormitorio en casa de una

---

1 Entre otros ninguno más importante que la carta que escribió a un amigo suyo, en que hizo el resumen de sus grandes concepciones. Documento que revela el genio del autor y sus miras políticas. Hoy, que ha corrido un lapso de tiempo mayor que un tercio de siglo, se encuentra en aquel escrito el desarrollo de acontecimientos que actualmente se están cumpliendo. El curioso lector debe leerlo, y con tal objeto lo publicamos en el apéndice, bajo el número 20. Materia presta este documento para profundas meditaciones al estadista, no solamente de América sino de la Europa.

Sin la temprana muerte de Bolívar, hace 20 años que el Istmo de Panamá habría adquirido la importancia que tomó desde 1849 en que logré como Presidente de Nueva Granada fijar sobre él el fundamento de la prosperidad de mi patria, cuya obra no ha tenido aún su completo desarrollo por causas tristes y lamentables, que no es del caso referir. Mi empeño en esta gigantesca empresa no tenía ninguna originalidad de mi parte. Fue el convencimiento de la exactitud de las concepciones de Bolívar que más de una vez me las hizo conocer, haciéndome sentir que los primeros beneficios resultarían a la Nueva Granada, especialmente en sus provincias occidentales, y que una época vendría en que la nación que se formara sobre aquel punto culminante de la tierra, sería por donde se uniesen los intereses materiales del comercio universal, y éstos llegarían a punto tal que produjeran una revolución entre las naciones civilizadas, y lograrían destruír las guerras, que todo lo arruinan y destruyen. La posteridad será la que haga completa justicia al genio de Bolívar.

francesa criolla que tenía algunas piezas para alquilar, y las tomó para sí, ofreciendo que al día siguiente iría a ocuparlas. Casualmente cayó en ese momento un aguacero de aquellos que producen una torrentada en la zona intertropical, y la dueña de la posada propuso al Libertador que tomase posesión desde esa noche de su nueva cama, y que al día siguiente pasaría su equipaje; accedió a ello, y esta feliz casualidad le salvó de la muerte. El asesino, cansado de esperarle en el descanso de la escalera, vencido del sueño se durmió, y despertando tarde de la noche fue a examinar si su amo había entrado. Vio ocupada la hamaca y creyó que era Bolívar quien dormía tranquilo en ella, y ejecutó su horrible crimen en la persona del joven Amestoi, uno de los emigrados que hacían parte del séquito de Bolívar. Al grito que dio la víctima saltaron de sus camas otros oficiales, y descolgándose uno de ellos armado por una ventana, y llamando a grito herido a los vigilantes de la policía, lograron aprehender al asesino que huía. Siguióse la causa por los trámites legales, y no pudiendo los jueces obtener una declaración exacta del reo, permitieron que el Libertador en presencia de Mr. Hyslop le hiciera un examen prolijo. El hábito de obedecer a su antiguo amo venció su obstinación y confesó quiénes eran los que le habían inducido al crimen. En una conferencia sobre el particular tenida entre Bolívar, Hyslop y un jurisconsulto inglés convinieron en que una declaración sola y sin pruebas dada por el reo ejecutor no hacía plena prueba, y que cayendo entonces las sospechas sobre dos hombres, perdía su influencia moral contra todos los españoles a quienes se imputaba el origen del crimen, lo cual era más ventajoso para exaltar la opinión pública en contra de los enemigos de la independencia. El Libertador tuvo, además, la consideración de que podía atribuírsele a él la imputación que el reo hacía contra los que le aconsejaron el crimen, y para él era bastante saber de dónde le venían los ataques. Uno de aquellos sujetos tenía relaciones con Moxó, y de aquí vino aquella opinión vulgar que se difundió entre los que supieron el hecho reservadamente. Varios amigos míos que tuvieron conocimiento de los hechos me refirieron lo que dejo dicho en 1818 en Kingston, y cuando hablé alguna vez con el General Bolívar encontré que le afectaba aquel suceso, y no quiso entrar en pormenores. La señora dueña de la posada me dijo varias veces que ella era acreedora a las simpatías de los colombianos porque su esmero en atender a Bolívar aquella noche le había salvado. Llamábase Madama Juliana, criolla, y muy entusiasta por la persona del Libertador, a quien veía como a un ser privilegiado.

Permaneció el Libertador en Kingston hasta fines de 1815. Habiendo sabido que el Capitán de la Corbeta **Dardo**, Luis Brión, se preparaba en los cayos de San Luis para llevar víveres y municiones a Cartagena, y a tiempo que recibió por un corsario avisos de sus amigos de aquella ciudad de que su presencia reanimaría a los defensores de la plaza después que se había despopularizado Castillo, quiso ser uno de los compañeros de Brión, y fue a unírsele. En la travesía para ir a unirse a Brión con el objeto de forzar la línea de bloqueo que tenían puesta sobre la plaza de Cartagena los buques españoles, supo por uno de los buques que habían salido de la bahía que Morillo la había ocupado. Esta mala noticia no le desalentó y fue a unirse a aquel holandés desinteresado que quería ayudar con su fortuna y sus buques a la independencia colombiana. Brión puso en sus manos cuanto poseía, y Bolívar comenzó a obrar con un celo y actividad extraordinarios, para reunir a todos los emigrados de Venezuela y Nueva Granada y emprender una invasión por el oriente de Venezuela.

Antes de dar principio a la relación de la expedición de Bolívar sobre Venezuela es indispensable que presentemos el estado en que se encontraban Venezuela y Nueva Granada a fines de 1815 y principios de 1816, en que Bolívar con una legión de bravos emprendió de nuevo la libertad de su patria y de Colombia.

Las disensiones de Cartagena, de que dimos cuenta en el capítulo anterior, habían destruído la división que mandó el gobierno general con Bolívar, fuerte de cerca de 2.000 hombres. Los granadinos, que eran habitantes de la cordillera, fueron los primeros que perecieron por la mala influencia del clima de la costa. Se habían adelantado los realistas sobre el litoral de la derecha del Magdalena. Castillo comenzó entonces a tomar medidas desesperadas para defenderse y no cuidó de abastecer la plaza para un sitio de seis meses por lo menos, término que habría sido suficiente para que el ejército expedicionario fuera destruído en las riberas del Magdalena y en el ardiente clima de los pantanosos lugares de las inmediaciones de la plaza. Morillo, por ganar tiempo, y no contando con la heroica defensa de Cartagena, emprendió su campaña en lo peor de la estación lluviosa. Partió de Venezuela, zarpando de Puerto Cabello a mediados de julio; desembarcó en Santa Marta, y el 20 de julio se presentó sobre la costa de Cartagena la corbeta **Diana**, teniendo a su bordo al intendente Duarte, que dirigió desde allí una alocución invitando a los granadinos a someterse al poder del Rey. El 16 de agosto

desembarcó Morillo en Sabanilla, y desde allí dirigió una proclama a los pueblos de Cartagena ofreciéndoles que iba a concluír su esclavitud y a llevarles una paternal acogida, o el exterminio si se atrevían a medir sus armas con las del ejército real [1]. Este documento, como todos los que publicó desde que llegó a Margarita, no respiraba sino lenidad y cordura. La historia dirá cómo cumplió sus promesas, y alguna vez tendremos nosotros ocasión de referir hechos, y solamente hechos, para que la posteridad juzgue sin el colorido con que un contemporáneo puede hacer reflexiones.

Medida dura pero indispensable fue la de mandar quemar y destruír las poblaciones de Turbaco, Alcibia, Santa Rosa y el Pie de La Popa con todos aquellos caseríos que podían servir de cuarteles y hospitales para el ejército sitiador. Los propietarios de Cartagena perdieron con dolor, pero con esperanza de buen suceso, sus bellas casas de campo y quintas de recreo que poseían en aquellos lugares, especialmente en el Pie de La Popa y Turbaco, sitios deliciosos y vergeles que suavizaban los calores del sol con sus delicados frutos y su sombra. Aquel sentimiento de humanidad y simpatía por los habitantes que perdían su hogar sirvió sólo para llamarles al recinto de las murallas a aumentar las bocas inútiles sin crecer el número de defensores. Desde que un general encargado de la salvación del país olvida los principios por atender a los lamentos del desgraciado y a las afecciones del corazón, no ejerce un acto de humanidad, sino de crueldad, exponiendo la salud de la nación, y no evitando el sacrificio, que quiere ahorrar. Este fue el amargo resultado que vimos en Cartagena. Los pormenores de la heroica defensa de aquel baluarte de la independencia los encontrará el lector en la parte primera de la **Historia de Colombia,** escrita por el doctor José Manuel Restrepo.

Para dar una idea del estado de la plaza, baste presentar en el apéndice la comunicación que dirigió Castillo al gobierno general y que fue interceptada por las tropas de Morillo [1] aprehendiendo al Capitán Portocarrero que la conducía y dándole una muerte cruel por este solo hecho; circunstancia que no refiere Morillo en su manifiesto o memorias que por medio de un amigo suyo publicó para defenderse de los ataques que le hizo la prensa española en tiempo de la revolución de 1820.

El General Joaquín Ricaurte había tomado el mando de las tropas granadinas de Casanare, a cuyo frente ya hemos dicho

[1] Apéndice, documento número 22.

que se pusieron distintos jefes y oficiales de Venezuela. Con ellas obtuvo un triunfo en Chire sobre Calzada, debiéndose la parte más brillante de este combate al Comandante José Antonio Páez, que atacó la retaguardia de Calzada y le tomó todo su parque, bagajes y hospital. Calzada se dirigió entonces con su infantería sobre Pamplona para ir a unirse con la división que subía el Magdalena. Desconcertado el plan general de defensa con la pérdida de Cartagena, estaba perdida la Nueva Granada.

El Teniente General don Toribio Montes, en combinación con Montalvo y Morillo por las relaciones que mantenían por Panamá, dispuso que Vidaurrázaga atacase a los republicanos situados en el Valle del Cauca para llamar la atención por todas partes. Cuando Morillo debió zarpar de Puerto Cabello a fines de junio de 1815, emprendió Vidaurrázaga sus operaciones. La división del sur había sido reforzada por el Estado de Antioquia y reorganizada bajo la inspección del Mayor General Serviez. El 5 de julio fue atacada por Vidaurrázaga con una fuerza de cerca de 2.000 hombres, y completamente derrotado en las márgenes del río Palo, cuya posición había tomado el General Cabal para defender aquel país. 800 muertos de los españoles y cerca de 1.000 prisioneros fueron la pérdida de los realistas. Los republicanos tuvieron solamente 100 muertos y 200 heridos. Esta espléndida victoria no produjo otro resultado que la ocupación de Popayán para defender por esa parte la República, sin poder emprender operaciones sobre Quito porque no tenía el gobierno general recursos para auxiliar aquella división por las atenciones del norte.

El General García Rovira marchó a oponerse a las fuerzas de Calzada en el paso del páramo de Cachirí, en la provincia de Pamplona, a principios de 1816, y reunido aquel jefe con las tropas de Morillo que subían el Magdalena, le vencieron en Cachirí, y ya fue inútil todo esfuerzo para salvar la capital de la república. Las proclamas de Morillo, de Cartagena y Ocaña, y la amnistía que publicó en esta última ciudad el 24 de abril de aquel año, dividieron a los patriotas; algunos querían una capitulación, de cuyo parecer era el Presidente, don José Fernández Madrid, quien inició conferencias con el Coronel Latorre; pero otros sostenían la necesidad de concentrar todas las fuerzas y continuar la defensa, a cuya cabeza estaban García Rovira y Serviez, quien había tomado el mando de la fuerza veterana. La falta de unidad produjo el desconcierto. Serviez emprendió su retirada para Casanare por los desiertos de San Martín a unirse a las fuerzas que

obraban por aquella parte, y Madrid siguió al sur con parte de la guardia de honor y un batallón que estaba en marcha del sur a Bogotá. Algunos miembros del congreso siguieron a Madrid, y otros a Serviez y Santander. Estos fueron perseguidos por los españoles que lograron pequeñas ventajas sobre la retaguardia en Cáqueza; pero no se atrevieron a penetrar a los desiertos, en donde eran superiores los republicanos. Madrid llevaba la intención de ponerse a la cabeza de la división del sur para obtener una capitulación honrosa contando con la cooperación del gobernador del Estado de Popayán, don Antonio Arboleda. La provincia de Antioquia había sido ocupada por el Coronel Warleta con una columna de 1.000 hombres, la mayor parte tropas de la división de Morales, formada en Venezuela. El Comandante don Antonio Pla había ocupado la provincia del Chocó, y el Comandante don Donato Santa Cruz invadía el Cauca por el Quindío. El Coronel don Carlos Tolrá, con el batallón de Sagunto, después segundo de Numancia, perseguía a Madrid por Neiva, y el Brigadier Sámano, que había marchado de Quito y Pasto sobre Popayán con 2.000 hombres, estaba fortificado a ocho leguas de esta ciudad, en la Cuchilla del Tambo. Madrid encontró a la división del sur resuelta a perecer en el combate antes que rendirse, porque le llegaron las noticias de haber sido ejecutados en Cartagena los distinguidos patriotas don José María García Toledo, Granados, Ribón, Carabaños, Amador, Stuart, Ayos, Anguiano y el General Manuel del Castillo, y en Girón el Coronel Arévalo; y que en Bogotá, después de un indulto publicado por Latorre, habían sido reducidos a prisión todos los patriotas que, confiando en las promesas de Morillo y de Latorre, se habían sometido al vencedor. La sangre comenzaba a correr, ya no en matanzas como las de Boves, sino con el aparato de ejecuciones judiciales, y se había publicado el famoso decreto de confiscación de 9 de diciembre de 1814, dado por Fernando VII contra los americanos que se habían comprometido en la revolución. Madrid no pudo influír sobre el ánimo de una juventud exaltada, y el valor y el entusiasmo no fueron suficientes para vencer. El 29 de junio de 1816 pereció la división del sur, de 800 hombres, combatiendo contra 2.000 fortificados en la Cuchilla del Tambo. Los restos, reunidos en Guanacas, con 200 hombres del segundo batallón del Socorro, trataron, a las órdenes de García Rovira, de abrirse paso para ir a tomar el camino de los Andaquíes y atravesando las llanuras del Caguán ir a San Martín y Casanare. En el río de la Plata se encontraron con Tolrá y allí perecieron los últimos defensores de la república, y los

que escaparon en los bosques pronto fueron a acompañarnos a las cárceles de Popayán, en donde estábamos sufriendo honrosa prisión. Entonces comenzaron las ejecuciones sin forma legal de juicio o con un simulacro de él, sometiendo a los que debían morir a un llamado consejo de guerra, que no hacía sino condenar a muerte a los que el respectivo Comandante General, Enrile, Sámano o Morillo, querían matar. Bogotá y Popayán fueron los lugares en que más se prodigó la muerte sobre lo más ilustre y civilizado de la república, sin que por eso dejaran de presenciar muchas otras poblaciones iguales ejecuciones. El General Morillo, avergonzado de su crueldad, humillado su orgullo, pues había llamado a su ejército en una proclama de 1º de abril de 1815 vencedor de Soult, Massena, de Dupont y de Víctor, famosos Mariscales cuyo nombre y fama conoce el mundo, y había dicho que no le podrían vencer esos miserables discípulos de Bolívar, refiere en sus Memorias todos los actos de clemencia que ofreció; pero no refiere que por sus órdenes murieron, entre muchos republicanos fusilados, el virtuoso Camilo Torres, el humano General Rovira, los distinguidos jurisconsultos José Gregorio Gutiérrez Moreno, Joaquín Camacho, Frutos Gutiérrez, Miguel Pombo, Francisco Antonio de Ulloa y el sabio Caldas, hombre por cuya vida imploraron gracia el Virrey del Perú, Abascal, y el Teniente General Montes, hombres humanos y que deseaban que no pereciesen con Caldas los trabajos geográficos, astronómicos y botánicos de que había estado hecho cargo. Sámano hizo ejecutar al General Cabal y a los Coroneles Quijano y Montúfar, con innumerables otros jefes y letrados que jamás habían manchado su vida pública con una sola falta y que sólo habían amado la independencia. El ilustrado conde de Casa Valencia fue igualmente fusilado sin causa, para vengarse Morillo de unos versos sardónicos que escribió contra él, y el General Villavicencio, antiguo conde español y Capitán de Fragata, porque escribió a Morillo recordándole que en otra época le había servido de defensor en un juicio que sufrió siendo sargento de artillería de marina. Estas pocas citaciones de hechos que hemos presenciado basten para pintar cuál era el estado del país a principios de 1816 en Nueva Granada.

Entre tanto y desde fines del año anterior Margarita se había sublevado de nuevo y combatían aquellos habitantes a las órdenes de los Generales Arismendi y Gómez contra los españoles.

Los restos del ejército granadino que llegaron a Casanare encontraron allí al Comandante Olmedilla y al Teniente Coronel

Páez con los cuerpos que habían formado, y estaban llenos de orgullo y ardor para obrar en el Apure, donde encontraron auxilio y cooperación para sostenerse. A estos restos se habían unido el General Rafael Urdaneta y muchos otros jefes y oficiales. Entró la desconfianza en el cuerpo de patriotas contra el General Serviez y reconocieron por Comandante General al Coronel Francisco de Paula Santander. Los individuos del ejército granadino que se hallaban en aquel país organizaron un gobierno nacional que ejerciera la autoridad suprema que confió el ejército a una junta que presidía el gobernador de Pamplona, doctor Serrano, y de consejeros los Generales Urdaneta y Serviez, y Secretario el doctor Yáñez.

Desde febrero de 1816 había sido ascendido a Teniente Coronel efectivo el Capitán Páez por su brillante comportamiento en la acción de la Mata de Miel, y el gobierno granadino, de quien dependía, le confió el mando cuando se retiró el General Joaquín Ricaurte y militaban a sus órdenes los Comandantes Jenaro Vásquez y Donato Pérez con los cuerpos de su mando.

Despopularizado aquel simulacro de gobierno y temiendo ser destruídos por los españoles, fue proclamado Comandante General el Comandante Páez por los militares y emigrados que formaban el pueblo republicano en aquellos desiertos. Todos los generales, coroneles, jefes y oficiales superiores le reconocieron como jefe civil y militar. Su valor y su fama le llamaban a este delicado puesto. Páez comenzó entonces aquella heroica carrera que ha inmortalizado su nombre.

Zaraza, Monagas, Rojas y Cedeño se batían ya en una parte, ya en otra, para mantener el espíritu republicano por doquiera.

La España había logrado dominar completamente el país. 20.000 hombres tenía su ejército desde Guayaquil hasta Guayana y era dueño el General Morillo de las ciudades populosas, de las plazas fuertes y de todos los puertos. Tal era el estado del país sobre el cual Bolívar fijaba sus miradas para ir a darle libertad.

Desde que Bolívar llegó a los Cayos se dedicó a reanimar el espíritu abatido de sus compatriotas y de los granadinos que llegaban de Cartagena, y ejercía todo su influjo en inspirar confianza a varios extranjeros amigos suyos para que le auxiliasen en su empresa de llevar una expedición a Venezuela, que dando aliento a los jefes que combatían dispersos en las llanuras de oriente, llámase la atención de Morillo, que obraba en la Nueva Granada. Faltábanle recursos pecuniarios para comprar armas, municiones y algunos buques de guerra. Solamente contaba con

aquello de que podía disponer Brión, quien todo lo puso a su disposición desde que se vieron, inclusos los fusiles que se habían llevado a Cartagena antes que llegara la expedición de Morillo y que volvió a sacar no encontrando hombres que pudieran manejarlos. Algunos otros extranjeros, amigos personales de Bolívar, le dieron también auxilios pecuniarios. Entonces Bolívar se trasladó a Puerto Príncipe para tratar con el Presidente Petión y conseguir de él, si no auxilios, al menos que no se opusiese a la organización de su división. Petión le recibió con distinguidas señales de aprecio y le escribió al General Marión a los Cayos de San Luis, para que dejase obrar libremente a Bolívar en su empresa.

Después de haber hecho por sí todo aquello que le era posible creyó necesario reunir a los principales emigrados para que de común acuerdo se sometiesen a un plan de operaciones y eligiesen un jefe de su confianza que dirigiese la expedición, si no la tenían en él. Brión, Piar, Mariño, Mac-Gregor, Bermúdez, Celedonio, Gabriel y Germán Piñeres, el doctor Francisco Antonio Zea, el Coronel Pedro Briceño Méndez, Justo Briceño, Carlos Soublette, el Capitán de Navío Aury, y el Coronel Decoudray fueron las personas más notables de la reunión y con ellos el doctor Marimón, comisionado del gobierno general de Cartagena, y el Coronel Durán, comisionado por el gobierno de la Unión para ir a comprar armamento a Londres, y que había traído 14.000 fusiles, parte pagados y otros bajo su crédito y el de Brión, quien había sido el fletador en la corbeta de su propiedad, de que hemos hablado.

Zea, Brión, Durán y Marimón habían convenido previamente que ellos harían la proposición de reconocer al Libertador como General en Jefe, pues sólo él tenía el título de General venezolano y granadino, y era el hombre a quien los españoles temían más y a quien con mayor facilidad obedecerían los pueblos del Virreinato de Nueva Granada y de la Capitanía General de Venezuela. Brión hizo la proposición y fue aprobada unánimemente con el voto expreso del General Mariño. En seguida se nombró el Comandante General de las fuerzas navales, y la elección recayó en Brión; pero este nombramiento hirió el amor propio de Aury, que se creía con más derechos que los auxilios que había prestado a la Nueva Granada en Cartagena, y por haber salvado la mayor parte de los emigrados que salieron de la plaza. Entonces se dirigió al doctor Marimón para pedirle una

indemnización, y este buen sujeto creyó prudente firmar un convenio con Aury a nombre del gobierno de la Unión para indemnizarle. El señor Zea, que había sido nombrado intendente general de la expedición, se opuso, porque no había sido hecho tal arreglo con su intervención, ni bajo la dirección del general en jefe; dio cuenta de ello a Bolívar, quien rompió el contrato y lo destruyó como nulo. Aury se separó de hecho de la expedición y trató de ausentarse, llevándose consigo algunos buques que no le pertenecían. Informóse de todo lo que ocurría el General Marión, Gobernador de los Cayos, y éste puso oportuno remedio a virtud de las recomendaciones de Petión. El Coronel Bermúdez, enemigo de Bolívar, como hemos visto en las resoluciones que tomó después de la derrota de la Puerta, hizo causa común con Aury, y muy pronto se reunieron a ellos los Coroneles Mariano Montilla y Decoudray y los Comandantes Colaud y García, sin que las desgracias que iguales desórdenes, en Venezuela y Cartagena, habían perdido el país sirviesen de lección ni les enseñasen a ser moderados y prudentes. En seguida se declaró la enemistad entre el General Mariño y Brión, y tales disgustos llegaron al extremo que Montilla hiciese desafiar a Bolívar, y Mariño a Brión. Informado de todo Marimón, impidió aquellos duelos como vedados por la ley del país, y lo mismo sucedió con los que se intentaron entre el General Piar y el Teniente Coronel Rafael Jugo y entre el Coronel Decoudray y el Teniente Coronel Carlos Soublette. Hízose un arreglo en el mes de mayo de 1816 para que al llegar a Venezuela, con la intervención de los habitantes de la primera provincia libre, se nombrase un gobierno provisorio, y que entre tanto todos obedeciesen a Bolívar y a Mariño como segundo y Mayor General del ejército; que Brión fuese reconocido como Comodoro y jefe de la escuadra, y Zea como intendente general. Decoudray Holstein fue nombrado Subjefe del Estado Mayor General. Los Generales Piar y Mac-Gregor debían ser Comandantes en jefe de las divisiones que se formaran, y se organizaron cuadros con los otros jefes y oficiales de la expedición, que llegaba a 150. Algunos ciudadanos no militares para emplearlos en la nueva organización de la República y un corto número de soldados enganchados en los Cayos y de los que salieron en los buques de Cartagena, no pasaban por toda fuerza de 250 hombres. Todo se embarcó en dos goletas y una balandra armadas en guerra. El parque y las municiones eran suficientes para armar y municionar 6.000 hombres, dejando elementos de reserva.

Estos fueron los escasos recursos con que el Libertador emprendió una nueva campaña para ir a disputar con un ejército vencedor y bien mandado, no ya por famosos bandoleros como Boves, Morales, Calzada y Rosete, sino por generales, jefes y oficiales inteligentes, cultos, y muchos de ellos de educación y buenas maneras con que supieron atraerse el afecto del país que dominaban, después de aquella bárbara y atroz guerra que se hizo a los republicanos por los partidarios de la Regencia, alimentada con ciego fanatismo por algunos eclesiásticos ministros de muerte más bien que humildes pastores de paz.

Cuando Morillo recibió los primeros avisos de esta empresa, en Mompós, no le dio mucha importancia, y parecióle a sus ojos una loca tentativa que sería desconcertada por las guarniciones que dejaba en Cartagena y Santa Marta y las que cubrían a Venezuela, desde Maracaibo a Guayana. Sin embargo, con la noticia que tenía de la insurrección de Margarita y de que se habían dirigido los restos del ejército de las Provincias Unidas de Nueva Granada para Casanare, mandó desde Ocaña al Brigadier Morales a Maracaibo con la compañía de granaderos del rey para que tomando otra del regimiento de la Unión en aquel puerto, siguiese al interior de Venezuela a formar sobre ellas dos batallones con la fuerza de 1.200 hombres cada uno, que serían el segundo y el tercer regimiento del rey. Parecióle a Morillo suficiente esta medida, y muchos creyeron que sería una expedición de piratería para ir a robar en las costas del Atlántico. Ciertamente: querer libertar un inmenso territorio en el momento mismo que se estaba concluyendo la pacificación, como llamaban sus campañas los expedicionarios españoles, era un acontecimiento que no estaba en los cálculos humanos con un personal que no llegaba a 300 hombres convoyados por tres buques pequeños de guerra y cuatro transportes.

Los militares, que conocían el arte de la guerra, viendo por delante de la empresa un país sin recursos, pues los había agotado la revolución, sin caminos regulares, sin puentes en los ríos, y ocupados por jefes y buenas tropas los puntos estratégicos y las más populosas poblaciones, calificaban tanto arrojo de locura y no presagiaban un feliz resultado. Pero Bolívar, cuyas concepciones fueron siempre grandiosas, contaba con la eficaz cooperación de los 150 héroes que le seguían, y esperaba que la constancia de los que habían quedado en los desiertos de Venezuela y Nueva Granada le sería su más firme apoyo; el ejemplo de la nueva reacción por la independencia en Margarita le señalaba la base de sus operaciones, y persuadido de que la ocupa-

ción de la Nueva Granada produciría los mismos efectos que la de Venezuela por Monteverde en 1812, no se equivocaba al demostrar a sus compañeros que ellos sólo tenían que hacer una parte de la obra, porque la principal sería obra de Morillo y de la errada política de España. A sus ojos era necesario no perder los momentos, y solamente una idea le afligía: los enconos personales, que estaban adormecidos en el pecho de sus mismos compañeros; unidos en la desgracia, estarían prontos para despertar en los primeros triunfos o en alguna desventura de la guerra. Conocedor del corazón humano, no se engañaba. Esta ínclita legión fue el núcleo sobre el cual vino a formarse un respetable ejército que arrancó a la España el mundo que le dio Colón, y ayudó a formar las naciones independientes de la América española.

Preparada la expedición, todo quedó arreglado en el mes de marzo, y el 16 de abril zarpó del puerto de Aquín, y remontando la isla de Santacruz hizo en sus inmediaciones la escuadrilla buena presa a un buque mercante español. Las calmas de primavera no permitieron hacer una corta navegación. En todos los puertos de Costafirme, de Cartagena a Cumaná, se habían tomado medidas de defensa, porque los partidarios del Rey de España habían dado avisos, aunque muy exagerados, de la invasión premeditada. El 1º de mayo se reconoció la tierra de Los Testigos y al día siguiente fueron hallados dos buques de guerra españoles, bergantín **Intrépido** y goleta **Rita**, que mandaban el Capitán de Fragata don Rafael Iglesias y el Teniente de Navío don Mateo Ocampo. Brión dispuso el combate, y fueron tomados al abordaje. El Comandante de la **Rita** murió desde el principio del encuentro, y el Comandante Iglesias, cuando fue abordado su bergantín, se suicidó con sus propias pistolas por no caer prisionero. La defensa fue lucida y no lograron los patriotas que se rindieran los expresados buques sino cuando habían perdido las dos terceras partes de su tripulación. La pérdida de los patriotas no fue considerable, y entre los heridos se contó al Comodoro Brión. El Libertador le nombró Almirante de la República, por su bravo comportamiento y buena dirección, y de Mayor General de la escuadra al Capitán de Navío Villaret.

Al día siguiente, 3 de mayo, entró la escuadrilla con sus presas al puerto de Juan Griego, habiendo hecho previamente un reconocimiento sobre Pampatar y Porlamar, ocupados por los españoles.

Mandó Bolívar cerca del General Arismendi al Mayor General de la escuadra Villaret, y a su ayudante de campo, Páez, para

instruírle de su llegada y planes, invitándole a tomar parte en la combinación de sus operaciones y en el establecimiento de una autoridad que ejerciera el mando supremo, haciéndole conocer los términos de los convenios de los Cayos, y su ofrecimiento de promover una asamblea popular en el primer pueblo libre a donde llegasen. Arismendi recibió como debía, lleno de placer, a estos mensajeros, e indicó la Villa del Norte como el punto más conveniente para que Bolívar llevase a efecto sus ideas.

Los españoles, sorprendidos con la vista de la escuadrilla, la pérdida de sus dos buques y la fuga de otros hacia el continente, abandonaron la ciudad de la Asunción y el castillo de Santa Rosa, concentrándose a Pampatar y sus inmediaciones. El General Arismendi mandó demoler inmediatamente las fortificaciones de Santa Rosa, como inútiles a los republicanos y necesarias a los realistas para apoyar sus operaciones contra los patriotas. Dio los auxilios necesarios para desembarcar los elementos de guerra y la fuerza que traía la expedición.

El 7 de mayo se verificó la asamblea que debía reunirse según el acuerdo celebrado con Arismendi, y tuvo lugar en la iglesia de la Villa del Norte. Asistieron a ella todos los jefes y oficiales de la expedición, así como los de la isla, cuya presencia no era indispensable al frente de las tropas, y cuantos habitantes de Margarita podían tomar parte y los demás empleados civiles y emigrados que acompañaban a la expedición de los Cayos.

Bolívar abrió la discusión con un discurso en que dio cuenta de cuanto se había hecho para lograr volver a pisar el territorio venezolano, y manifestó que era necesario organizar un gobierno supremo que en aquellas circunstancias uniese al mando la administración del país y apoyase e invigilase el ejercicio del poder judicial para que la naciente república tuviese buen éxito. Haciendo alusión a las desgraciadas rivalidades que habían hecho perder la República, recomendó la unión y la moderación, añadiendo que él, lejos de pretender que se fijasen en él los sufragios de los ciudadanos que iban a organizar el gobierno que por tercera vez se instalaba en la éra republicana, estaba dispuesto a obedecer y contribuír al triunfo de la causa. Añadió: "Temo la gravedad del encargo, porque el ejercicio de un poder absoluto en estas circunstancias es una ocasión de suyo peligrosa para excitar celos y desconfianzas, y no quisiera ser causa de funestos resultados para la independencia". Recomendó el acierto en la elección y la libertad en la discusión. Esta fue breve, y sin oposición de ningún género se aprobó la proposición de elegir un jefe supremo con esta denominación que ejerciera la plenitud de au-

toridad necesaria, sin limitación alguna en todo cuanto creyese conveniente a la salvación de la patria. Fue consiguiente la elección del jefe supremo, y por una votación unánime recayó en Bolívar, nombrándose en seguida el segundo jefe para reemplazarle en casos de ausencia, muerte o enfermedad, y el escogido fue el General Santiago Mariño.

El 8 de mayo publicó Bolívar una proclama llena de moderación [1] en que anunciaba el establecimiento de la República por tercera vez, e invitó a los españoles a regularizar la guerra. Convencido de que había muchos generales y jefes civilizados entre los expedicionarios y que tenían fuerza europea para hacerse obedecer, creyó que haría grande eco sobre ellos este paso y que se regularizaría la guerra. Por desgracia no fue así.

El 17 de mayo dirigió una intimación al Brigadier don Juan Bautista Pardo para que entregara la parte de la isla y las fortalezas que ocupaba. Decíale: "que encargado por sus conciudadanos del mando supremo había dado principio a la nueva campaña, cesando por su parte la guerra a muerte, dando cuartel a todos los prisioneros cogidos a bordo de los buques que bloqueaban las costas ocupadas por los republicanos; que ese acto de humanidad probaría al mundo que por su parte restablecía en todo su vigor el derecho de gentes y de la guerra que hasta entonces se habían visto tan conculcados horrorosamente, deshonrando a la nación española y desolando a la América". El comandante español contestó negándose a entregar los puntos que ocupaba; y aseverando que el gobierno español jamás había declarado la guerra a muerte, ofreció suspenderla si cesaba, como se le ofrecía, por parte de los insurgentes.

Bolívar mandó bloquear a Pampatar y hacer un ataque sobre el fuerte Porlamar, que no fue eficaz, y se retiraron los buques del alcance de sus fuegos.

Bolívar, conociendo que la rendición de Pampatar exigía un sitio en toda forma y que semejante operación daría lugar a los españoles a reunir sus fuerzas marítimas y organizar mejor la defensa de la costa, resolvió marchar al continente para abrirse paso y reunirse a los valientes jefes que mantenían diversos cuerpos de caballería dispersos en guerrillas y ver si lograba formar un ejército antes que el de Morillo pudiese regresar de Nueva Granada a Venezuela. Margarita no era un lugar de recursos y debía servirle solamente en sus planes como un punto de apoyo y de arsenal para recorrer su fuerza naval. El valor y patriotis-

[1] Véase el apéndice, documento Nº 23.

mo de sus habitantes, auxiliado con los elementos de guerra que les había proporcionado, le hacían confiar en que continuasen sus hostilidades contra el Brigadier Pardo.

Algunos voluntarios se unieron a los 250 hombres de la expedición, y repartidos todos en once buques menores, zarparon de Juan Griego, y el 1º de junio de 1816 se presentaron al frente de Carúpano, el mismo puerto de donde tuvo que separarse, como hemos referido, en septiembre de 1814. El Comandante español, don Andrés Martínez de Pinillos, intentó estorbar el desembarco; pero no pudo hacerlo y se retiró al pueblo de San José y de allí a Cariaco, llevándose consigo una numerosa emigración. Perdió Martínez la artillería con que defendía el puerto y dos buques de guerra, el bergantín **Bello Indio**, y una goleta. Ocuparon los patriotas el puerto y toda aquella costa, y el Libertador se apoderó de algunos cargamentos de frutos del país que tenía el comercio español y los dio a los capitanes de los corsarios extranjeros para satisfacerles los deseos y la venalidad que les llevaba a una empresa que para los colombianos tenía un noble objeto.

Entre las medidas que había tomado el Capitán General de Venezuela, don Salvador Moxó, era una de ellas una proclama en la cual ofrecía 10.000 pesos de la Real Hacienda por cada una de las cabezas de Bolívar, Arismendi, Mariño, Piar, Brión, Bermúdez y de cualquiera de los otros jefes rebeldes. Medida indigna e inmoral que cubrirá siempre de infamia al magistrado que la ofreció, mandando asesinar a quien no podía aprehender en marcial batalla. Bolívar encontró en Carúpano este sanguinario libelo; pero no alteró su ánimo, y recomendó de nuevo el cumplimiento de su proclama de Margarita en que ofrecía cesar la guerra a muerte. Si al General Morillo le fue de grande y maléfica importancia aquel insensato escrito del Coronel Briceño y otros amigos suyos que nosotros hemos condenado en otra parte, y que no fue nunca un acto oficial, puesto que lo publicó en sus Memorias como el punto de partida de guerra a muerte, ¿por qué no improbó y castigó tamaño exceso de un teniente suyo?... No podemos dejar de citar este acto indecoroso e inmoral, porque debe tenerse presente antes de referir sucesos lamentables.

Además de aquellas órdenes publicó el Libertador un decreto ofreciendo la libertad a todos los esclavos que se presentasen a servir a la República, los que debían llenar ciertas condiciones, y ofreció a los dueños una indemnización justa de su valor a nombre de la República.

Dispuso que su segundo, el General Mariño, siguiese en la goleta **Diana** con cuatro flecheras a ocupar a Güiria, proveyén-

dole de algunos hombres, armas y municiones. Al General Piar lo mandó con un cuadro de oficiales, algún armamento y municiones en dirección a Maturín, tomando la vía del Caño Colorado. Organizó un cuerpo que debía conducir consigo, incorporando en él cuantos hombres de armas pudo conseguir en las inmediaciones, ya fuesen libres o esclavos a virtud de su decreto.

Desde el 3 de junio se había movido de Cumaná el Brigadier don Tomás Cires, recogiendo fuerzas y elementos de guerra para ir a destruír a los ladrones que se habían apoderado de Carúpano, nombre con que designaba a la expedición republicana, y sabiéndolo el Libertador fueron frustrados sus deseos. Martínez Pinillos al huír del puerto había informado exagerando la fuerza invasora, y Cires, temiendo encontrar una división completa y fuerte, obró con lentitud y precauciones que evitaron la ruina de tan pequeña fuerza como la que ocupó a Carúpano. Hasta el 17 de junio no se acercó a aquel punto. Logró batir un destacamento avanzado que mandaba el Teniente Coronel Francisco de Paula Alcántara y, no obstante esta ventaja, sus operaciones fueron vacilantes y tardías.

En tales circunstancias Bolívar no cesó de trabajar; reunió como 1.000 hombres; se puso en comunicación con los jefes del interior, José Tadeo Monagas, Pedro Zaraza, Andrés Rojas y Manuel Cedeño, y a todos les mandó el despacho de Generales de Brigada. Reunióse por su orden otra asamblea popular, igual a la de Margarita, que presidió el doctor Diego Bautista Urbaneja, a la cual se sometió el acta de la Villa del Norte, y se aprobó igualmente, agregando que el gobierno de Venezuela debía ser uno solo y central, para evitar la multiplicidad de Estados, porque la guerra no se podía dirigir sin unidad de acción, cuando el enemigo era superior y su ejército obraba por la dirección de una sola cabeza, que coordinaba y mandaba ejecutar.

El General Monagas reconoció la autoridad del Libertador el 25 de junio, y poco tiempo después los otros generales. Mas no pudo ninguno de ellos reunirse a Bolívar, porque los españoles tenían ocupados los puntos más importantes con fuerzas respetables. 1.300 veteranos se habían reunido para ir sobre el Libertador. Su situación era muy crítica, pues a esta fuerza terrestre debía apoyar otra naval de cuatro bergantines, cuatro goletas y seis buques menores que se armaron y equiparon en Cumaná y que zarparon con víveres para ir a auxiliar a Pardo en Pampatar, con orden de volver sobre Carúpano. Bolívar pensó entonces ir con toda su escuadrilla en persecución de los españoles y embarcar toda su fuerza para tener gente suficiente para un

abordaje. Brión se excusó con diferentes razones, e hizo comprender al Libertador que varios de los capitanes de los corsarios no obraban sino con la mira de hacer fortuna, y que el combate no sería ventajoso; que infantería no acostumbrada a la marina carecía de la agilidad y aplomo necesarios para pelear abordando el arma blanca. Resolvió entonces adoptar otro plan, y se reembarcó con toda la fuerza y todos aquellos vecinos que creyéndose comprometidos con los españoles quisieron unir su suerte a la del ejército. El reembarque se hizo en los días 29 y 30 de junio, y el 1º de julio zarpó la expedición, haciendo rumbo para Ocumare, puerto entre La Guaira y Puerto Cabello, y por donde Bolívar pensaba penetrar con rapidez a los ricos valles de Aragua, país el más rico y poblado de Venezuela. Creía poder levantar allí un ejército, mientras los españoles reunían sus guarniciones dispersas y regresaban del oriente los que habían seguido para Cumaná con la noticia de la invasión.

En aquellas circunstancias y cuando más se necesitaba de una completa armonía entre los jefes de la expedición, el Coronel Decoudray Holstein pretendió formar una legión de todos los extranjeros, bajo sus inmediatas órdenes, tomando el título de Mariscal de Campo, cuyo empleo pretendía que se le había ofrecido en Cartagena y estaba concedido por el gobierno de la Unión. El Libertador no aprobó este plan ni accedió a la solicitud que aquél hacía de un empleo no conocido en la organización militar de Venezuela ni de Nueva Granada, y tuvo noticia que este oficial había vuelto a entrar en la misma empresa que entró en Cartagena, de suscitar rivalidades y enconos entre nacionales y extranjeros; de modo que la discordia iba a minar, por decirlo así, los fundamentos de la expedición. Por esto dio Bolívar sus órdenes a un ayudante de campo, para que el Subjefe de Estado Mayor, Decoudray, las hiciese cumplir, habiéndose ausentado el Mayor General Mariño. La respuesta fue mandar su dimisión, y habiendo demorado el Libertador su resolución, instó por ella, por medio de Brión. Aceptósela el Libertador con aquellas frases de estilo para hacerle menos amarga su destitución, celebrando que se le hubiese presentado ocasión de separar del ejército a un oficial díscolo y revoltoso, que tanto daño había hecho a la paz doméstica en Nueva Granada. Aquel creía ser rogado para continuar en el ejército, y que se le concedería por lo menos el empleo de General de Brigada. Su desengaño lo irritó, y sin rebozo prorrumpió en amargas quejas contra Bolívar y otros jefes. Este acto de insubordinación le fue severamente reprendido por el General Bolívar, y no encontrando apoyo en ninguno de los

generales ni jefes extranjeros, tuvo que obedecer y salir del ejército: se embarcó en uno de los corsarios para trasladarse en primera oportunidad a Puerto Príncipe u otra colonia de las Antillas. El ayudante del General Soublette, que había sido promovido a Coronel, fue entonces nombrado Subjefe del Estado Mayor General. Burlado en sus quiméricos proyectos, Decoudray fue desde entonces un detractor del Libertador, y en 1829 publicó en francés e inglés sus Memorias bajo el pomposo título de **Memorias de Simón Bolívar.** La ignorancia de los hechos sobre que escribió, el ningún conocimiento geográfico de Colombia y la pasión con que hizo su mal inventada historia, son suficientes para que el menos instruído en los sucesos de la guerra de la independencia encuentre en cada capítulo falsedades notorias y la más crasa ignorancia en cuanto refiere; inventó, para escribir un libro que no es sino un libelo infamatorio. En él se encuentran mezclados muchos hechos ciertos, tomados de las publicaciones oficiales de la época; pero no supo siquiera coordinarlos en orden cronológico, y vemos confundidos sucesos de tiempos diferentes, y ejecutarse acciones y movimientos entre lugares que están a 300 leguas de distancia, como si fueran contiguos. No habría necesitado hacer mención ni del hombre ni del libro al escribir estas Memorias, si solamente escribiese para Colombia; pero como puede leerse mi escrito en otras naciones a donde quizá habrá llegado aquel libelo, debo dar noticia de él y de la causa que movió a su autor a publicarlo, tanto más cuanto he encontrado a algunas personas en Francia y en los Estados Unidos que me han preguntado si merecen algún crédito las relaciones de Decoudray, no obstante que no se les ocultase su vanidad y ridículo empeño en hablar de sí y de sus conferencias con Bolívar. Difícil tarea sería la nuestra si en la relación que vamos haciendo tuviéramos que rectificar las equivocaciones de algunos y desmentir las falsedades de otros, que han escrito sobre la materia.

Los Generales Monagas, Zaraza y Rojas, que querían unirse al Libertador, reunieron de sus partidas de guerrilla con que habían defendido la causa de la independencia, unos 800 hombres, y en marcha para Carúpano hubieron de hacer alto en el pueblo de Punche y allí fueron asaltados por el Teniente Coronel don Rafael López el 30 de junio, y tuvieron que ceder el campo al enemigo. El General Rojas se retiró a los montes del Tigre, y el General Monagas, unido al Mayor General Parejo, siguió a ocupar sus antiguas posiciones del Pao y San Diego y reunieron sus guerrillas en Chaguaramas. El General Zaraza si-

guió con algunos jinetes en dirección del río Manapire para obrar sobre Chaguaramas.

Más feliz había sido Mariño en la costa de Güiria, pues logró reunir a todos los patriotas que moraban en los bosques y ocupó todos aquellos pueblos hasta Yaguará para dominar la península de Paria. Piar logró igualmente ocupar a Maturín para amenazar al enemigo en la dirección de la villa de Aragua.

Bolívar siguió en marcha por mar y navegando hacia el occidente, el 5 de julio reconoció a Borburata, y el 6 ocupó sin ninguna dificultad a Ocumare, que fue abandonado por un pequeño destacamento de los españoles que guarnecía el puerto. El mismo día publicó el Libertador otra proclama declarando que había cesado la guerra a muerte contra los españoles; dando una amnistía a los americanos realistas y prometiendo la libertad a los esclavos, origen de la ley de manumisión en Colombia. Ofreció al mismo tiempo convocar un congreso para que restableciera el gobierno republicano [1].

Después de haber publicado estos actos oficiales, el mismo día, a las nueve de la noche, hizo marchar al jefe de Estado Mayor General, Coronel Carlos Soublette, con la mayor parte de la fuerza que desembarcó, en dirección a San Joaquín de Muriara atravesando las montañas que dividen el interior de la costa y con orden de apoderarse de la posición de la Cabrera, que debía fortificar para dominar los valles de Aragua, antes que los españoles pudiesen defenderlos, pues juzgaba ser este el punto más importante y estratégico para su nueva campaña. Bolívar se quedó en Ocumare haciendo desembarcar los elementos de guerra que traía en la escuadrilla.

El Almirante Brión, que no tenía suficiente provisión de víveres, resolvió ir a buscarlos; y aunque el Libertador no aprobó esta marcha, porque consideraba necesaria aquella fuerza en el puerto, hubo de acceder a las instancias del Almirante, conociendo que había tomado la resolución de hacerlo contra la voluntad del jefe supremo. Tales eran las circunstancias de la época y la independencia con que los corsarios obraban según veían lo que más cuenta les traía en sus especulaciones. Para mantener a Brión unido a la causa de Venezuela le dio una comisión diplomática cerca del gobierno de los Estados Unidos, y debía ponerse en relación con los patriotas de México. Al Teniente Coronel Piñango lo destinó a Choroní, puerto situado a tres leguas de Ocumare, para que reclutara algunos hombres, y él

1 Véase el apéndice, documento Nº 24.

personalmente dirigía en su cuartel general la conscripción para aumentar sus tropas.

El Coronel Soublette ejecutó puntualmente las órdenes que recibió: el 8 de julio estuvo sobre las alturas de San Joaquín, batió un escuadrón de húsares de Fernando VII que quiso oponérsele, y en seguida ocupó a Maracay y el punto de La Cabrera. Los habitantes de los valles de Aragua, temerosos de la fuerza española que ocupaba las ciudades del interior, no ocurrieron al llamamiento de Soublette y, por el contrario, huyeron al interior. El mismo día que Bolívar desembarcaba en Ocumare había llegado a Valencia el Brigadier Morales, a quien, como hemos referido, despachó desde Ocaña el General Morillo, temeroso de lo que pudiese suceder en Venezuela, no obstante el desprecio que aparentaba de las operaciones de Bolívar. Con la tropa que condujo y la que encontró en Valencia, perteneciente al regimiento de la Unión, formó una columna de 400 excelentes infantes. Muy pronto se le reunieron el Brigadier don Pascual del Real y el Sargento mayor don Juan Nepomuceno Quero, con algunas tropas y elementos de guerra que condujeron desde Caracas. Instruído Soublette de todo, emprendió su retirada y fue a situarse en los Aguacates, en cuyo sitio se le incorporó el Libertador con parte de la fuerza que había quedado en Ocumare. Allí fueron atacados los republicanos el 14 de julio y hubieron de ceder el campo al enemigo, que les era superior, emprendiendo una retirada en buen orden, y conduciendo los heridos en un hospital ambulante hasta hacerlos llegar a Ocumare. Bolívar no tenía ya buques en qué reembarcar toda su expedición, ni podía hacerlo para regresar al oriente en los que le habían quedado, y las operaciones para ocupar las provincias del occidente eran practicables. Dispuso entonces marchar a Choroní para dirigirse por oriente al interior de los llanos en busca de los Generales Monagas y Zaraza, que ocupaban aquellas comarcas con alguna caballería. Todos los jefes convinieron en lo importante de la operación; pero representaron al Libertador que él no debía ser quien dirigiera tan arriesgada operación. Tuvo una larga conferencia con el General Mac-Gregor y le dio la poca fuerza que quedaba en Ocumare para que siguiese a Choroní, anticipando órdenes al Teniente Coronel Francisco Piñango para que ocupara los desfiladeros de Curucuruma y protegiese el movimiento que hacía el Coronel Soublette en la misma dirección, para reunirse con Mac-Gregor, que debía tomar el mando en jefe de toda la fuerza. El Libertador resolvió de acuerdo con la petición de todos los jefes: fue a Ocumare a mandar reembarcar los elementos de guerra en los

dos buques mercantes de que podía disponer y en uno de guerra que tenía a sus órdenes el Mayor General de la escuadrilla, Villaret, a cuyo bordo debía embarcarse el Libertador, para auxiliar a las tropas que quedaban en tierra o seguir de nuevo al oriente. Dio las órdenes consiguientes a Villaret, y deseando activar la operación en la noche se trasladó a la playa, acompañado del Comandante de artillería Bartolomé Salom. Encontró que Villaret había suspendido la operación del reembarque, temeroso de que el capitán del buque de guerra y los de los mercantes se alzasen con ellos, pues no tenía infantería de marina para guarnecerlos. En el pueblo de Ocumare dejó a su ayudante de campo Isidro Alzuru, para que le informase oportunamente de los movimientos de Soublette y del enemigo. Bolívar mandó llamar a Villaret, que estaba embarcado, quien le contestó que al salir él de a bordo corría riesgo el buque, y que la tripulación se sublevase, como dejamos dicho. Premiosas eran las circunstancias en que se encontró el Libertador en aquella noche, teniendo en tierra un crecido parque, una imprenta y otros objetos y elementos que había llevado a aquella campaña. En tan delicada situación llegó su ayudante de campo, Alzuru, y no se supo si por sorpresa o aturdimiento, o si por malicia, dijo al Libertador que los enemigos estaban entrando en Ocumare, y que las tropas republicanas habían seguido precipitadamente su marcha para Choroní. En vez de este parte alarmante, el que mandó Soublette fue avisando que Morales se había acampado en Peladero, a tres leguas de Ocumare, con demostraciones de que pasaría allí la noche. Urgido Bolívar por Salom y otros oficiales, se embarcó en el bergantín **Indio-libre** con todos aquellos individuos que podían caber a bordo y algunos elementos y bagajes. Salom en persona fue a Ocumare a hacer un reconocimiento, y no solamente no encontró al enemigo sino que se puso en comunicación con Soublette, y éste mandó al Comandante Miguel Borrás para desmentir el falso aviso. Cuando llegó el mensajero a la playa, ya Villaret había picado los cables de las anclas y héchose a la vela. Los que quedaron en tierra siguieron con Borrás a unirse a Salom en Ocumare e incorporarse a las tropas que marchaban sobre Choroní, incluso el edecán Alzuru, que desertó en aquel lugar.

Toda la noche se mantuvieron los tres buques a la vista del puerto, y al día siguiente ordenó el Libertador a Villaret que dirigiesen su rumbo al puerto de Choroní, para ponerse en comunicación con Mac-Gregor y Soublette. Villaret cumplió la orden y la comunicó a las dos goletas: estas primeramente acortaron su andar, y muy pronto hicieron rumbo sobre la isla de Bonaire.

Tan pronto como Villaret observó el movimiento de las goletas volvió sobre ellas dándoles caza para obligarlas a cumplir las órdenes que habían recibido. Al amanecer del 16 de julio las alcanzó y las obligó el Mayor General Villaret, después de haberles hecho fuego, a que siguiesen sus aguas; pero considerando el Libertador que podrían escaparse en la oscuridad de la noche, dispuso seguir hasta Bonaire, para arreglar mejor el viaje y tomar medidas de seguridad. Luégo que hubieron entrado en el puerto expusieron los capitanes de los dos buques mercantes, a cuyo bordo estaban las armas y municiones, que las tenían para pagarse de las cantidades que les debía el Libertador por servicios y auxilios a la expedición. Villaret les había garantizado su crédito, autorizándolos a retener una cuarta parte del cargamento; pero ellos querían escaparse con el todo. Los esfuerzos del Libertador para recuperar las armas fueron inútiles; pero felizmente el 18 de julio se presentó el Almirante Brión con la escuadrilla que mandaba, y obligó a los capitanes de aquellos buques a que entregasen el cargamento de armas y municiones al jefe señalado por Bolívar para recibirlas. Al siguiente día se dirigió el Libertador con Villaret para Choroní, que estaba ya ocupado por los españoles, y poniéndose en comunicación por la parte de Chua con la costa, se informó que el General Mac-Gregor se había introducido a los valles de Aragua. Regresó entonces a Bonaire, en donde encontró al Coronel Bermúdez, que se le unió, y resolvieron seguir a la costa de Güiria para unirse a Mariño. Las desgracias no desalentaron nunca a Bolívar, y en las mayores adversidades era más constante.

Las circunstancias que hemos referido dieron motivo a que los enemigos del Libertador, especialmente los realistas, atribuyeran a cobardía su separación de la división que había traído para combatir, y por eso hemos sido minuciosos en dar cuenta de este suceso. Los que hemos podido leer algunos extractos del diario histórico que llevaba el Estado Mayor General y otros documentos oficiales de aquella época, comparados con las relaciones de los mismos generales y jefes que obraron a órdenes de Bolívar y Mac-Gregor, tenemos una fuente pura para tomar de ella las noticias en que hemos formado nuestro juicio, ya que no pudimos ser testigos presenciales. El acuerdo que tuvo Bolívar con Mac-Gregor para encargarle el mando; la resistencia de Soublette, Salom y otros jefes a que el Libertador dirigiese en persona tan arriesgada empresa cuando su presencia en el exterior y otros puertos del litoral era considerada como el más activo elemento para recibir auxilios; las órdenes comunicadas a Piñango

para que cubriera el movimiento de la división, apoderándose de los desfiladeros de Curucuruma, de modo que fuera practicable la marcha a los valles de Aragua para emprender un rápido movimiento por Orituco a Chaguaramas y unirse con las guerrillas de los Generales Zaraza y Monagas en San Diego u otro punto de los llanos de oriente, manifestaban que obraba el Libertador con un plan bien meditado, y como dejamos dicho, hemos leído documentos fieles de la época, en los cuales había copias y extractos a más de algunos originales en el archivo del Libertador que tuvimos a nuestro cargo en una época posterior.

Antes de dar cuenta del modo como obró la división, del estado en que se encontraba el país y del modo en que Morillo emprendió nuevas campañas sobre Venezuela y Casanare, y debiendo demostrar que esta división desembarcada en Ocumare fue la base de la formación de un ejército regular que debía al fin triunfar en todas partes, seguiremos a Bolívar paso a paso para no interrumpir demasiado su historia, que es la principal materia de nuestro trabajo, no obstante que ella necesita que nos separemos muchas veces para completar los cuadros indispensables a la realización de nuestro plan.

La ausencia de Bolívar del oriente hacía sentir su falta para darle unidad al plan de operaciones; su viaje forzado e indispensable de Ocumare dejó un vacío difícil de llenarse en la división del centro. Bien conocía el Libertador esta necesidad al dirigirse, como hemos referido, de Bonaire a la costa de Güiria. El 16 de agosto arribó a ella, y si bien encontró allí fuerzas republicanas, sus jefes no eran sus amigos personales. Los hechos que hemos referido nos relevan de entrar en nuevos pormenores, y solamente tendremos que agregar aquello que es necesario para llenar nuestro deber y nuestro objeto. El Libertador admitió la compañía de Bermúdez en Bonaire, porque sabía apreciar su valor, no obstante que la había rechazado en los Cayos. La generosidad de Bolívar no fue correspondida, y desde que Bermúdez se unió a Mariño se empeñó en hacerlo desconocer, so pretexto que había abandonado a la división del centro en Ocumare. Mariño se unió fácilmente a Bermúdez, y durante una semana eludieron el cumplimiento de las órdenes que dictó como jefe supremo, hasta que el 22 de agosto la apatía y disimulo se convirtió en una asonada escandalosa para desconocer la autoridad del jefe supremo. Tomóse por pretexto la orden dada para marchar al interior con el objeto de salvar a la división del centro y reunir las fuerzas de Güiria a las que mandaban los otros generales. Declararon los habitantes de Güiria que jamás abandonarían sus mujeres y sus

familias a merced de los realistas, que las degollarían y quemarían sus casas y haciendas. No faltaron entre la multitud malhechores que se reunieron resueltos a atentar contra la vida del Libertador, quien, advertido del peligro, resolvió vender cara su vida, y salvar, si no su autoridad, al menos su honor. Con firmeza y serenidad salióles al encuentro, y el valor extraordinario que mostró intimó a sus contrarios. Entonces quiso cohonestar Bermúdez el motivo tomando la palabra para hacer cargos a Bolívar por su retirada de Ocumare, no obstante que estaba impuesto de los pormenores, y llevó su arrojo hasta tirar la espada contra su jefe. La energía y fuerza moral de Bolívar le hizo superior en aquel momento, y dominando las circunstancias tuvo tiempo para reembarcarse en el bergantín **Indio-libre**, y salir otra vez del suelo de la patria, ya no por persecuciones del enemigo común, sino por odios y celos de quienes no tenían otro deber que obedecerle, puesto que ellos mismos le habían dado su voto para que ejerciera el mando supremo.

Conociendo el Libertador que las mismas causas producirían los mismos efectos en Margarita, no quiso aumentar los conflictos, dando con su presencia nuevos elementos de discordia, y desterrándose voluntariamente, hizo dirigir el rumbo de su nave para Puerto Príncipe, en Haití, en donde esperaría nueva ocasión de volver a ofrecer sus servicios, cuando sus leales amigos pudieran recibirle sin peligro; y entre tanto esperaba poder contribuír de otro modo a la causa de la independencia, confiando en sus buenas relaciones con el Presidente Petión y con Boyer, con quienes había entrado en una unión amistosa.

CAPITULO XII

Conducta del General Morillo en Nueva Granada, luégo que logró apoderarse del Virreinato: Cajigal, Montalvo, Montes y Abascal, Generales españoles, humanos, se separaron de la guerra de América.—Operaciones de Mac-Gregor y Soublette después que se separaron de Bolívar.—Motín militar y conducta de Soublette.—Combate de Quebrada Honda.—El General Monagas se pone a órdenes de Mac-Gregor.—Victoria de Los Alacranes. Operaciones del General Zaraza.—Ocupación de Barcelona por los republicanos.—Se nombra en comisión al Intendente General señor Zea, para que vaya a Haití a llamar al General Bolívar para ponerse a sus órdenes y darle una satisfacción por los agravios de Güiria.—Batalla de El Juncal.—Conducta del General Arismendi para con el Libertador.—Estado de Venezuela a consecuencia de los sucesos de El Juncal.—Bolívar reúne nuevos elementos de guerra.—La expedición de Mina contra México divide los recursos en Haití.—El Libertador se embarca en el puerto de Jacmels el 21 de diciembre de 1816: llega a Barcelona y encuentra el ejército disperso.—Situación que tenían los diferentes cuerpos de tropas.—Sucesos que habían tenido lugar en Apure.—Noticia sobre la vida y carrera pública del General Páez.—Reflexiones sobre la política del Gobierno español.

Antes de seguir los sucesos cuya ejecución presidía el Libertador, debemos hablar, al dar principio a este capítulo, de la conducta de Morillo tan pronto como logró apoderarse del reino de Nueva Granada, cuyos hechos principales hemos bosquejado en el capítulo anterior. Debemos presentar igualmente un resumen de lo que ejecutó la división del centro puesta por Bolívar a órdenes de Mac-Gregor y Soublette, y de la importante cooperación de los Generales Monagas y Zaraza para lograr el objeto que se había propuesto Bolívar, y el modo como Piar y Mariño y otros jefes del oriente obraron durante la ausencia del Libertador. Entre tanto, daba gran realce a la causa de la independencia el valiente General Páez, cuyos primeros hechos gloriosos hemos referido y cuya conducta influyó tanto en el logro de una empresa que nadie creyó realizable, sino los ínclitos varones que la acometieron, y que solamente necesitaba que se combinaran las operaciones y dirigiera la marcha política y las campañas militares un jefe que reuniera los esfuerzos aislados de los que querían

reconstituír una nación despedazada y reducida a la dura servidumbre de una colonia esclava.

Mientras Morillo iba a la conquista de la Nueva Granada, se presentó con un aire protector y humano, y ya hemos mencionado cuáles fueron sus primeros ofrecimientos a un pueblo arruinado por una bárbara guerra a muerte y las discordias civiles nacidas de la inexperiencia y del carácter colonial en que se habían alimentado las rivalidades entre los diferentes municipios, y entre europeos y americanos, llamándose los unos **chapetones** y los otros **criollos**, epítetos que se tenían por denigrantes. Unos y otros miraban con desprecio a las castas producidas por la mezcla de diversas razas, y las de indios y negros eran tenidas por viles. De aquí vinieron aquellos odios y sus consecuencias. Ya hemos referido en otra parte que los amigos de la independencia fueron solamente los hombres de educación y principalmente los nacidos en América, pues los europeos fueron pocos en abrazar la causa de la independencia. Las masas populares fueron el firme apoyo de los realistas en Venezuela, y las que en el sur de Nueva Granada sostuvieron el poder real en Pasto. Si aquella conducta iniciada por Morillo en Venezuela, y que el Virrey Abascal en el Perú y el General Montes en Quito adoptaron para matar la revolución, hubiera sido seguida, otra sin duda habría sido la suerte de las empresas de Bolívar; pero éste bien conocía al enemigo que tenía que combatir, y los españoles adoptaron el medio más adecuado para formar una opinión republicana que apenas existía y crear un espíritu nacional que era desconocido.

Apenas triunfan en Cartagena por **milagro**, como el mismo Morillo lo dijo, en su alocución de 22 de enero de 1816, cuando ordenaron las ejecuciones que hemos referido, tan injustas, que, algunas fueron improbadas por el mismo Rey Fernando VII, como la del Conde de Casa Valencia. Al saber Morillo en Mompós la insurrección de Margarita y la resistencia al interior de Nueva Granada, sus consejeros le sugirieron la necesidad de un sistema de rigor, atribuyendo a su clemencia aquel suceso, sin querer ver que era otra la causa: las confiscaciones decretadas por Fernando VII el 9 de diciembre de 1814; el desprecio con que se miró a todos los nativos, sin excluír a los mismos que habían sido vencedores con Boves y Morales; en lo general fueron pospuestos y escarnecidos aquellos valientes jinetes, creyendo que si esos hombres desnudos, y que apenas empezaban a civilizarse, habían podido obtener triunfos, los vencidos serían hordas como las que conquistaron los españoles del siglo XV. Esta creencia pasó del general al oficial europeo y del oficial al soldado, y escar-

necidos constantemente los defensores del Rey, fueron a buscar venganza uniendo sus lanzas a los valientes que batallaban a órdenes de Páez y Monagas, de Cedeño y Barreto, de Rojas y Zaraza, ínclitos guerreros que habían de ilustrar sus nombres uniéndose a los héroes de la expedición de los Cayos, dirigida por Bolívar, Mariño y Piar, y demás jefes cuyos nombres hemos citado, y de otros a quienes la historia dedicará una página para hacer de sus nombres honrosa mención.

El cuerpo que tomaban las guerrillas que hemos mencionado, la noticia de volver Bolívar sobre Venezuela y la vigorosa defensa de los últimos restos del ejército granadino en Popayán y la Plata, produjeron en el ánimo de Morillo y más bien de Enrile y Sámano ese plan de opresión y escarmientos con que fue tratado el pueblo granadino. Fusilados sus hombres eminentes y todos los jefes de alguna distinción y crédito militar, ejecutados con pena de muerte y de infamia inocentes vecinos para que en cada pueblo se tuviera un ejemplo de escarmiento, el hogar doméstico allanado para albergar en él infantes y jinetes del ejército real, y convertidas las casas particulares en pabellones y cuarteles para violar la virtuosa y fuerte mujer o seducir a la inocente, abusando de su candor. Estas fueron las causas reales de ese entusiasmo que creció de día en día hasta ser el más firme apoyo de Bolívar y sus tenientes.

Se quintaron los oficiales subalternos, y el resto de los prisioneros fueron destinados a simples soldados y tratados con dureza sin ejemplo.

Los jóvenes de familias acomodadas fueron destinados a las bandas de música militares o de simples soldados, cuyo castigo debía un día parar en su propio daño. Así aprendieron el arte de la guerra desde la escuela del soldado, para ser, andando los tiempos, oficiales instruídos, sufridos y valientes que debían humillar a 15 generales y 20.000 hombres de ejército, gran parte de europeos, en la campaña del Perú, en los campos de Junín y de Ayacucho, y destruír 15.000 más en Colombia.

Cajigal, Montalvo, Montes y Abascal, Generales que conocieron bien cuán errada andaba la política de Sámano, Morillo, Enrile y Moxó, tuvieron que dejar la América, y éstos debían ser el más adecuado elemento para que Bolívar triunfara. Acaso anticipamos en la narración que vamos haciendo nuestras reflexiones; pero al tener que referir hechos apenas creíbles es necesario que presentemos el teatro en que se verificaron, bajo un aspecto moral, y que se conozca con cuánta razón llevó a efecto su empresa el hombre a quien los españoles aparentaron siempre des-

preciar, tratándole de aventurero y sedicioso, cruel y cobarde, y regalando iguales dicterios a sus compañeros de empresa.

Queriendo Morillo y Enrile imitar al genio de Napoleón en las grandes obras que ejecutó durante sus campañas, con caminos y monumentos que recuerdan al héroe por donde pasó, se propusieron hacer caminos importantes y empedrar algunas plazas. Sin ingenieros ni capitales se establecieron, más bien que empresas útiles, presidios, a donde iban a perecer las poblaciones, abriendo bosques impenetrables y sacando los recursos de la hacienda de los moradores del país, y encargada la dirección a oficiales ignorantes y capataces venales que trataban como a viles esclavos a los trabajadores, con una severa disciplina, palos y azotes. Estas son aquellas benéficas medidas a que hizo alusión el General Morillo en su manifiesto a la Nueva Granada el 15 de noviembre de 1816, cuando se vio obligado a ir a combatir con unos cuantos ladrones, según él llamaba a los defensores de la independencia, y a quienes debía un día tratar como a iguales.

La obcecación de Morillo contra los hombres de luces le hizo decir, en una de las conferencias que tuvo con el Libertador, en Santana, el año de 1820, cuando éste le reconvino por las muertes de Torres, Caldas y demás próceres de la independencia, "que le había hecho un bien quitándole a esos abogados revoltosos, que le traerían trastornada a Colombia, si vivieran, y le sería más fácil a él vencerlo", expresiones que dieron a conocer a Bolívar y a todos nosotros lo que tendríamos que sufrir si no continuábamos con la misma energía que hasta entonces la guerra de la independencia.

Volvamos a nuestra tarea y veremos qué hicieron Mac-Gregor y Soublette, cuando se separaron de Bolívar, en julio de 1816, siguiendo las operaciones que les fueron encargadas.

El 17 de julio, reunidos Soublette y Salom a Mac-Gregor y Piñango, en Choroní, organizaron su expedición y emprendieron su marcha a los valles de Aragua, conforme a las órdenes de Bolívar, y se encargó de la dirección el General Mac-Gregor y del Estado Mayor el Coronel Soublette. El 18 encontraron en el valle de Onoto una columna realista mandada por Quero, que fue derrotada sobre la marcha. Mac-Gregor, cumpliendo las órdenes de cesar la guerra a muerte, dio cuartel a los prisioneros y les concedió su libertad. Siguió su marcha por la montaña de Güere, cuyo camino conduce a lo interior de los valles de Aragua, y allí encontró 29 cuerpos palpitantes que acababa de abandonar un tal Chepito González, que por orden de Moxó conducía presos a aquellos infelices ciudadanos, so pretexto de internarlos y con

órdenes de cometer en el desierto tan crueles asesinatos. La impresión que hecho semejante hiciera en el ánimo de los patriotas es fácil concebirse, y que comparada con la clemencia que hemos referido, deja ver una vez más de parte de quiénes estaban la razón y la justicia y de quiénes la culpa de esa atroz y encarnizada guerra a muerte. El 19 llegó la expedición a Victoria, en donde supieron con gran placer los esfuerzos que habían hecho los restos del ejército granadino en Casanare, que habían invadido el territorio de Apure, donde encontraron grande apoyo y se formó aquella división que proclamando a Páez Comandante General fue el núcleo del invencible ejército de Apure, que sin más esperanzas que su propio valor emprendía por aquella parte la libertad de Colombia, como lo hacían por el mar los de la expedición de los Cayos. Resolvió Mac-Gregor dirigirse hacia el Pao por el fragoso camino del Hato, y desde ese punto se movió sobre Rosete, que acampaba en San Sebastián de los Reyes; le batieron y tomaron su equipaje, en el cual se encontraron las noticias de la ocupación de la Nueva Granada y de la marcha de algunas fuerzas contra los patriotas de Casanare y Apure, y las órdenes para levantar un ejército en Venezuela y destruír la invasión de Bolívar y las guerrillas de Monagas, Cedeño y Zaraza. Mac-Gregor mandó al Coronel Ricardo Meza en solicitud del General Zaraza para que le auxiliase con su caballería y le indicaba las operaciones que iba a ejecutar para poder reunirse a él y al General Monagas. Dirigióse por Cumatagua a Chaguaramas, atravesando el río Orituco, algunas leguas al sur de la población de este nombre. Cerca de Chaguaramas se descubrió al enemigo y, atacado, se retiró a la población, en donde se fortificó y defendió el valeroso oficial don Tomás García. Un asedio de dos días no fue suficiente para rendirlo, y estando la tropa de la expedición muy fatigada, resolvió el General continuar su marcha el 29, teniendo ya a su disposición alguna caballería que se le unió con el Comandante Basilio Belisario. El 30 algunos jefes desobedecieron a Mac-Gregor porque no obraba según ellos creían que debía hacerse la campaña, y se pusieron a órdenes de Soublette. Este jefe supo conciliar los ánimos y demostrar a sus compañeros la sinrazón con que obraban, y que él no tenía ni el grado ni la reputación necesaria para ser el jefe de todos los que se le debían reunir, y entre ellos algunos generales. Hizo ver que el hombre de aquellas circunstancias era Mac-Gregor, y el 1º de agosto continuó en el ejército del mando que había recibido de Bolívar. El 2 continuó su marcha la división, habiéndosele reunido el Comandante Julián Infante con un escuadrón de 80 hom-

bres. Mac-Gregor, como estaba enfermo, iba a la cabeza de la división, y Soublette tomó el mando de la retaguardia que era el lugar por donde el enemigo podía atacar la división. Al pasar la retaguardia el paso de Quebrada Honda fue atacada por una columna de 1.200 hombres a órdenes de Quero. Logró éste al principio una pequeña ventaja, pero en seguida fue batido y puesto en fuga; pequeña fue la pérdida de los patriotas, pero muy sensible la del Comandante Francisco Piñango, que pereció en el combate. No era la persecución de los derrotados la más importante operación, y la división con el orgullo de este triunfo se dirigió sobre Santa María de Ipire en busca del General Zaraza, que vino al encuentro de la división con 50 carabineros. Púsose a las órdenes del General Mac-Gregor y encargóse del mando de la retaguardia para rechazar los ataques que por aquella parte podían recibir. Esta marcha de concentración sobre las fuerzas dispersas de los patriotas, según la posición del enemigo, podía considerarse como una retirada para el efecto de ejecutar los movimientos. San Diego de Cabrutica, punto principal de las operaciones del General Monagas, fue el escogido para reunir allí todas las fuerzas y formar un ejército capaz de dar una batalla a los españoles y que podría combinarse con Mariño y Piar que, como dijimos, quedaron en Güiria y Maturín a la marcha de Bolívar a Ocumare. El General Monagas había sido reconocido por los demás jefes como Comandante General, y Zaraza de su segundo. Ambos se sometieron gustosos a la autoridad de Mac-Gregor, respetando las órdenes de Bolívar, y habiendo reunido una división de 600 infantes y otros tantos caballos con una fuerza de 1.200 hombres, resolvió el general en jefe ir a atacar al Teniente Coronel don Rafael López, que mandaba la guarnición de la villa de Aragua de Barcelona. Sobre la marcha supo el General Mac-Gregor que el enemigo venía a buscarle y resolvió escoger un campo de batalla para recibirle: este fue el sitio de Los Alacranes, a las inmediaciones del pueblo de Chaparro. Formóse la línea de batalla colocando al centro la infantería mandada por Mac-Gregor. Los flancos los cubrían 300 jinetes por la izquierda, a órdenes del General Zaraza, y 250 por la derecha a las del General Monagas: un pequeño escuadrón de las tropas de este General y 200 indígenas mal armados formaron la reserva. En esta formación resolvió el General aguardar al enemigo. Llegó éste, y sin ser molestado, hizo una formación semejante al frente y situó dos piezas de batalla, en posición conveniente. El 6 de septiembre de 1816 se movió el General Mac-Gregor con el mayor orden, con toda su línea de batalla, con arma al brazo y sin

romper el fuego sino algunos cazadores. Una impetuosa carga a la bayoneta y de la caballería por los flancos decidieron en breve la batalla. López se defendió a pie firme, pero su división quedó muerta en el campo de Los Alacranes y, vencido, huyó en dirección a Barcelona. Esta ciudad, abandonada por los realistas con la noticia del triunfo de Mac-Gregor en Los Alacranes, hizo una de aquellas manifestaciones de entusiasmo en favor de la independencia, y a poco fue ocupada por López con los restos de su columna derrotada: quiso vengarse de la derrota y castigar a los patriotas barceloneses, mató cuantos hombres encontraba y puso a saco la ciudad con sus desmoralizados derrotados. El 13 de septiembre entró Mac-Gregor a Barcelona y encontró las calles llenas de cadáveres y por todas partes los despojos que dejaban los realistas del saqueo que habían perpetrado la víspera.

Desde el campo de batalla había sido destinado el General Zaraza a ir a observar los movimientos de Morales que venía sobre la división del centro, desde Caracas, y el General Monagas había seguido por el Pilar a Piritú para cortar en su fuga a López; logró su intento, pudo atacarle, matarle 70 hombres y recuperar una parte de los objetos preciosos que robaron en Barcelona.

La ocupación de esta ciudad, los triunfos de una división que había obrado en el centro mismo del país dominado por los españoles, y el crecimiento que tenían las divisiones de Mariño y de Piar, restablecieron el ánimo de los patriotas haciéndoles olvidar las desgracias de los aciagos años de 1814 y 1815.

El General Piar recibió las noticias en sus operaciones sobre Cumaná y resolvió venir a unirse con Mac-Gregor, en Barcelona. Este General, desde que fue dueño del puerto, pidió a Margarita refuerzos de armas y municiones y algunas piezas de batalla, todo lo cual fue mandado en el momento por el General Arismendi. Al mismo tiempo, y para desagraviar al Libertador de las ofensas que recibió en Güiria, luégo que llegaron Mac-Gregor y demás jefes a Barcelona, mandaron a Haití una comisión en busca del Libertador, cuya presencia se hacía de día en día más necesaria, y fue comisionado el Intendente Zea para esta importante misión.

Entre tanto el General Piar con una división de 2.000 hombres marchó por la costa de Cumaná a Barcelona, siendo su segundo el General Pedro María Freytes. Reunido Piar a Mac-Gregor se organizó un ejército a órdenes de aquél, como jefe de superior graduación, y la división del centro continuó a órdenes de Mac-Gregor y la de oriente se puso a las de Freytes.

El General Zaraza no pudo ejecutar el movimiento que se le tenía ordenado de traer a la vista al enemigo, y se le puso a retaguardia para cortarle sus comunicaciones y estorbarle la velocidad de sus movimientos. Morales siguió sobre Barcelona con una fuerza de 3.000 hombres, la mayor parte tropas europeas de la expedición de Morillo. El 26 de septiembre se acampó en las llanuras salitrosas del Juncal, y allí supo que el General Piar se había unido a Mac-Gregor y que acababan de ocupar el extremo opuesto de aquella llanura. El 27, antes de salir el sol, tocaron los republicanos la generala para tomar las armas y marchar sobre el enemigo, y al emprender la marcha descubrieron un cuerpo ligero de caballería que venía a hacer un reconocimiento: fue arrollado y perseguido hasta la línea de batalla enemiga. Piar, cuando estuvo a tiro de cañón, desplegó su línea de batalla: la infantería de ambas divisiones, colocando a su centro la artillería. Morales recibió el combate formando tres columnas de infantería que, estando la del centro más avanzada que las de los flancos, presentaban un frente irregular en figura de triángulo. Una carga impetuosa de la línea republicana destruyó las columnas del centro y de la izquierda, y sin la valentía con que se defendía la columna de la derecha toda la división habría perecido en el campo del Juncal. Derrotado, sin embargo, completamente Morales, huyó con sus restos por el camino de San Bernardino, y fue por Unare a Uchire y de allí al pueblo de Orituco para recibir refuerzos de Moxó.

Los vencedores del Juncal regresaron después de una corta persecución a Barcelona, ansiosos de ver llegar a su campo a Bolívar, que era la única esperanza para dar moral y unidad al ejército. Piar, luégo que se informó de la verdad de los hechos de Ocumare, ofreció que se sometería a su autoridad luégo que regresara el Libertador. El General Arismendi desde el 22 de septiembre había remitido un buque a Puerto Príncipe en solicitud del Libertador, ofreciéndole ser el primero en reconocerle por jefe supremo según los acuerdos de la Villa del Norte y de Carúpano. Zea verificó su marcha el 28 del mismo mes en la goleta **Diana**, de modo que llegaron casi simultáneamente las comisiones a Santo Domingo, en donde Bolívar se ocupaba de nuevo en formar una expedición auxiliar de los republicanos.

La batalla del Juncal dio un respiro a los republicanos; pero la falta de un jefe que pudiera mantener la unidad se hacía sentir de día en día. Celos de algunos con Mac-Gregor, y envidia de otros, unido al mal estado de su salud, le obligaron a separarse del mando e irse a Margarita y de allí a las Antillas para proyec-

tar una expedición sobre el Istmo de Panamá. El General Piar, para evitar conflictos entre los generales de occidente y los de oriente, se separó también de Barcelona y se fue a sus antiguos campos para obrar con Cedeño sobre Guayana, que estaba defendida por una guarnición no muy respetable.

Entre tanto la guarnición española de Margarita, reducida a Pampatar, no pudo sostenerse, y el 3 de noviembre de 1816 abandonó la isla, siguiendo a Costafirme en los buques de que pudo disponer, y fueron a reforzar a Cumaná. El General Arismendi dejó el mando de la isla al Coronel Francisco Esteban Gómez, y se embarcó con 400 hombres para Barcelona a tomar el mando, mientras regresaba el Libertador, y no dejar disolver aquella valiente división.

Tal era el cuadro importante que presentaba Venezuela a fines de 1816, al tiempo que una loca presunción privaba a la patria de los servicios de Bolívar; pero él, infatigable y siempre ocupado de su único pensamiento, la independencia de Colombia, no se abatía en la adversidad y su constancia daba moral a sus amigos y esperanza a los partidarios de la causa de la independencia.

Mientras las cosas que quedan referidas pasaban, Bolívar había reunido nuevos elementos de guerra, y habiéndose malogrado la comisión que llevó el Almirante Brión a México, regresó a Puerto Príncipe y se encontró de nuevo con Bolívar, y reuniendo sus buques a los de Villaret, que tenía a su disposición el Libertador, se formó de nuevo una respetable escuadrilla, con la cual debían marchar para Margarita. Ya en los momentos de dar fin a los arreglos de la nueva expedición se presentó en Puerto Príncipe el General español don Francisco Javier Mina con un cuadro de jefes y oficiales del ejército imperial de Napoleón que iban a unirse a los mexicanos patriotas para continuar en aquella parte la guerra de la independencia. Esta nueva empresa dividió los ánimos de los que andaban en busca de aventuras, y muchos de los comprometidos a ir con Bolívar a Costafirme, pensaron no hacerlo para unirse al General Mina. Algunos colombianos como el Coronel Montilla y el Coronel Juan Paz del Castillo, escapados de Ceuta, fueron de los que preferían seguir a Mina. De entre los jefes y oficiales que éste traía, varios se desalentaron viendo la escasez de recursos con que contaba el general español, y sabiendo el mal estado de los republicanos de México, resolvieron regresar a Europa. Súpolo el Libertador y se puso en comunicación con ellos, logrando seducirlos a que le acompañasen, pues eran todos oficiales instruídos y otros científicos de que carecía el ejército patriota. El Presidente Petión, si bien no le daba auxilios

ningunos, tampoco se oponía a que se armasen estas expediciones, pues deseaba la emancipación de Colombia y era amigo personal de Bolívar.

Embarcóse el Libertador en los buques de Brión el 21 de diciembre, en unión de sus nuevos compañeros, llevando algunos elementos de guerra, y zarpó con dirección a Margarita, desde el puerto de Jacmels, y logró desembarcar en Juan Griego el 28 del mismo mes. El mismo día publicó una alocución dirigida a la nación, en que daba cuenta de los motivos por que se había separado de Ocumare y de la costa de Güiria, y de la necesidad que había para reunir la representación nacional en un congreso en Margarita, cuyo objeto único debía ser constituír un gobierno elegido por los representantes de los pueblos libres de la república, y si esto no tuvo lugar fue debido a los acontecimientos de la guerra.

Bolívar se trasladó a Barcelona, y al desembarcar encontró el ejército disperso y muy pocas tropas en aquella ciudad. Monagas, Zaraza y Parejo habían llevado sus fuerzas al interior. El General Piar, como dijimos, marchó a unirse al General Cedeño al territorio de Guayana, llevando como 1.500 hombres, y había tomado el mando en jefe, quedando Cedeño de su segundo. Mariño obraba sobre Cumaná. La división del General Páez había hecho progresos en el Apure, y sobre ella se habían dirigido las primeras tropas que despachó Morillo sobre los republicanos, y él mismo se puso en marcha desde Bogotá a fines de noviembre de 1816. La noticia de los triunfos obtenidos por los patriotas en la campaña de Ocumare a Barcelona llegó al ejército de Apure, y éste recibió grande apoyo y fuerza moral poniéndose en comunicaciones por el Orinoco con Cedeño y luégo con Piar. El General Urdaneta y algunos jefes que no tenían colocación efectiva en las huestes que mandaba Páez, siguieron a unirse al Libertador a Barcelona, y en seguida permitió el General Páez que siguieran al cuartel general libertador el Coronel Santander y el Coronel José María Vergara, y los Tenientes Coroneles Conde, Tomás Montilla, Manuel Manrique, José María Carreño, Jacinto Lara, el Vicario General Blanco y algunos oficiales subalternos. Otros se fueron sin permiso, a quienes mandó alcanzar el General Páez para que no se desmoralizara su división, y estuvieron en riesgo de ser castigados como desertores.

Antes de seguir adelante deberemos dar una noticia del General Páez y de sus principales hechos, para concluír con ella el cuadro de los sucesos de 1816 y seguir la historia de Bolívar en el año de 1817, en el capítulo siguiente. La ayuda que Páez prestó

a las campañas de 1817 y 1818 hasta la creación de la república de Colombia, y la influencia que sus hechos tuvieron en las operaciones de Bolívar, merecen bien que demos una noticia especial suya para hacer conocer a este ínclito guerrero, cuyos hechos veremos más de una vez unidos a los del Libertador y tomando parte en los sucesos más importantes de Colombia y de la vida pública del Libertador.

Nació el General Páez el año de 1791 en la Villa de Aravore, descendiente de una familia española que se ocupaba de mantener su hacienda y bienes rurales como lo hacían la mayor parte de las familias de propietarios en el interior de la Capitanía General de Venezuela. Había recibido la educación primaria que en aquellos tiempos se daba a los jóvenes de su clase y mostrado mucha inclinación al cuidado de la hacienda de sus padres. Apenas tenía 16 años cuando su padre le encargó de una comisión para que fuese a Cabadere a cobrar algunas cantidades que le debían, y fue asaltado en el camino por unos ladrones al regresar de su comisión, trayendo la suma de pesos que había recaudado. El joven Páez iba solo; pero llevaba una espada y dos pistolas para su defensa, pues por aquellos desiertos es cosa indispensable aun en tiempos ordinarios. Cuando se vio acometido por tres hombres echó pie a tierra y con sus dos pistolas amagaba ya a uno, ya a otro. Al que primero se echó sobre él le disparó una pistola y cayó muerto. Los otros dos salteadores huyeron entonces viendo que Páez se defendía y tenía armas de fuego, y asustado él mismo de su hazaña, montó, y en vez de seguir para su casa se fue a la provincia de Barinas en busca de un amigo de su padre para que le aconsejase lo que debiera hacer para no aparecer como matador. Don Manuel Pulido, rico propietario, le colocó en su hato de la Calzada como mayordomo, y no quiso que se presentase a un juzgado a denunciarse porque le sería difícil probar su inocencia, no teniendo testigos, y así pasó inadvertido, ganándole la confianza a su protector hasta merecerle que le ayudase a formar un pequeño capital de que podía disponer en 1810, al principio de la revolución de Venezuela. Sirvió entonces en la milicia que se formó en Barinas; pero perdida la república en 1812 se retiró a su casa, en donde permaneció hasta principio de 1813. Cuando Bolívar invadió a Venezuela desde Nueva Granada, el gobernador español Tíscar le nombró Capitán y le llamó a servir al Rey. Páez, que era patriota, lejos de ocurrir al llamamiento de este jefe, fue a unirse a su protector Pulido, que se hallaba como Teniente Coronel mandando una guerrilla de republicanos, y a sus órdenes organizó una

compañía de caballería, con la cual empezó sus servicios activos en la guerra de la independencia. Cayó prisionero de Puy, uno de los subalternos de Yáñez, y debió su vida al empeño de un español amigo suyo llamado Escutasul; pero continuaba en la prisión. La victoria de Araure le permitió escaparse en medio de la sorpresa que tuvieron con la noticia los que la guardaban, y ayudado del alcaide de la cárcel rompió los grillos, dio libertad a más de cien prisioneros y con ellos se unió a García de Sena que venía sobre los españoles, y dos semanas después entró con este jefe a Barinas. Retiróse con él cuando abandonó aquella ciudad, y en compañía del Capitán Conde se dirigió a Mérida, y allí tuvo buena parte en el combate de Estanque contra Lisón. En la derrota fue el más activo en perseguir, llevándole su valor con temeridad solo al centro de los derrotados, en donde trabó singular combate con un valiente realista de Maracaibo, de nombre José María Sánchez, a quien venció y dejó tendido en el campo. Cuando regresó a su campo volvió cargado de trofeos y al frente de muchos prisioneros naturales del país, que admirados de su valor y de la humanidad y cariño con que les trató eran ya sus partidarios y luégo fueron sus soldados. Al frente de esta tropa continuó obrando hasta que se perdió Venezuela y se unió a la división del General Urdaneta en Mérida. Disgustos que no faltan en medio de aquellos sucesos de una guerra civil le hicieron separarse de la división, y siguió a ofrecer sus servicios al gobierno de la Nueva Granada cuando no existía el de Venezuela. Llegó hasta la Salina de Chita, y allí recibió el despacho de Capitán de Caballería de las tropas de la Unión y fue destinado con Olmedilla a Casanare a levantar cuerpos de caballería: formó un escogido escuadrón y con él emprendió sus correrías sobre la frontera de Venezuela, con buen suceso. Cuando el General Ricaurte fue destinado a mandar la división de Casanare, Páez era el oficial de su confianza para los movimientos de más importancia. Atacado aquel General por Calzada, en Chire, confióle a Páez el movimiento de atacarle por retaguardia, y ejecutólo tan bien que obligó al jefe español a una retirada tan desconcertada que se consideró una derrota, y tomó Páez los bagajes, parque y hospitales de retaguardia con muchos prisioneros, y entre ellos al practicante de cirugía Juan José Flores, que ha venido a ser un jefe distinguido en la América española.

A la retirada de Ricaurte para el interior, Páez quedó siempre al frente de los realistas, y en unión de Olmedilla, Jenaro Vásquez, Ramón Nonato Pérez y otros, se internó por Guasdualito a las llanuras de Apure. Por el mes de febrero de 1816 siguió

en busca del enemigo, que se le informó venía por la ribera del Apure y que ocupaba el pueblo de la Unión. En un sitio llamado Mata de la Miel encontró al Teniente Coronel López que conducía una división de 1.500 hombres de todas armas, inclusa la artillería con dos piezas de batalla. Páez hizo ver a sus compañeros Vásquez y Pérez que con 400 jinetes que mandaban era arriesgada una acción; pero que una sorpresa era casi segura. Habiéndose unido a las fuerzas granadinas que mandaba Nonato Pérez, los valientes jinetes de Guasdualito y otros del Alto Apure, que conocían el terreno palmo a palmo, y eran muy útiles para tan atrevida empresa, resolvió Páez retirarse y volver por la noche sobre el enemigo. Así lo verificó, y el 16 de febrero sorprendió y batió a López tomándole 400 prisioneros, más de 3.000 caballos y las dos piezas de batalla con crecido número de armas. Fue clemente con los vencidos, a todos les dio libertad exigiéndoles que no pudieran volver a las filas españolas. Como el combate era nocturno y desigual, mientras no se obtenía la victoria, fue crudo y sangriento y quedaron en el campo más de 300 cadáveres de los realistas. Los patriotas apenas perdieron como 40 entre muertos y heridos. El Presidente de las Provincias Unidas ascendió entonces a Teniente Coronel al Capitán Comandante Páez, y la fama de este triunfo le dio una superioridad moral sobre todos los que combatían en aquellas llanuras. La mayor parte de los prisioneros de la Mata de la Miel, no pudiendo permanecer indiferentes en aquella guerra, se decidieron por la causa de la independencia y fueron a engrosar las filas de Páez. Mandando ya éste un cuerpo como de 600 hombres se movió sobre la ciudad de Achaguas; mas tuvo que replegarse de nuevo hasta Trinidad sabiendo que los triunfos de los españoles habían obligado a los restos de la división de Serviez a buscar asilo en Casanare para unirse a las fuerzas que mandaban Páez, Vásquez, Pérez y Moreno, con quien se hallaban los jefes que dirigió el gobierno para levantar tropas de los de la división del General Urdaneta.

Los restos de la división de Serviez, unidos a los patriotas de Casanare, se trasladaron a Guasdualito y allí formaron una asamblea para regularizar un gobierno republicano. Nombraron Presidente al doctor Serrano, gobernador de Pamplona, y consejeros a Urdaneta y Serviez, y de Secretario al doctor Yáñez, para que tomara el mando de la fuerza el Coronel Santander, a quien se atribuyó el que de este modo se despojaba del ejercicio de la autoridad a Serviez y no se le confiaba al General Urdaneta, que era General del ejército venezolano y del granadino. Al reunirse todos estos restos del ejército republicano de Trinidad sobre el

Arichuma, se conoció que ese triunvirato de gobierno era nulo, y reuniéronse de nuevo ciudadanos y militares para deliberar. Acordóse dar la autoridad discrecional al jefe más popular y en quien todos confiaran, y recayó la elección no en el de más graduación ni más antiguo. El elegido fue Páez. Santander se opuso a tal resolución porque no se le llamó a deliberar y era el jefe reconocido, y pidió que se le aceptase la renuncia antes de hacer un nuevo nombramiento y se sometería gustoso. El hecho estaba perfeccionado y Páez fue reconocido Comandante General, quedando a sus órdenes los Generales Urdaneta y Serviez, los Coroneles Santander y Vergara, y muchos otros jefes distinguidos. Desde este día fue considerado Páez como General y comenzó a obrar con grande tino y energía. Dividió su división en tres cuerpos, dando el mando a los Generales Urdaneta y Serviez y al Coronel Santander. El hambre y la desnudez obligaron a los republicanos a ir a buscar recursos en un campo enemigo, y en medio de las grandes lluvias emprendió su campaña Páez sobre López, que ocupaba desde Achaguas las llanuras hasta la laguna del Término. Trasladáronse soldados y emigrados por en medio de esos médanos y anegadas llanuras hasta Araguayana, y separándose allí los emigrados, mujeres y niños que huían del jefe Pacificador Morillo, de los hombres de armas, éstos se dirigieron en busca de López, y el 8 de octubre de 1816 le halló en el hato del Yagual; le atacó y venció ese día Páez, y el jefe español se retiró por tierra a Achaguas y embarcó su artillería en el Arauca para llevarla a San Fernando. La fortuna favoreció a Páez en su atrevida empresa, y muy en breve fue dueño de Achaguas; tomó fuerzas sutiles y se propuso ir a libertar a Barinas y ocupar a San Fernando de Apure, que bien fortificado lo mandaba el Brigadier Correa. El Comandante López murió pasado por las armas, después que fue prisionero por el Comandante Francisco Arismendi.

Continuaron los triunfos de Páez en todo noviembre y diciembre de 1816, batiendo cuanto se le oponía, y engrosando sus filas con esos mismos llaneros que habían sido el brazo derecho de Boves y Morales. El ejército de Apure era ya respetable, tanto que cuando La Torre se acercaba, después de haber recorrido el territorio de Casanare, y que Morillo le seguía desde Bogotá, pudo Páez a fines de diciembre dejar a Guerrero sobre Correa en el sitio de San Fernando y regresar a Achaguas a organizar los cuerpos con que debía oponerse a Morillo. Para entonces llegó a Achaguas la noticia del desembarco de Bolívar en Carúpano, su marcha a Ocumare y la marcha de Mac-Gregor a

Barcelona. 3.000 hombres mandaba Páez. Los patriotas de Casanare, apenas pasó La Torre, tomaron de nuevo una actitud hostil a órdenes del Teniente Coronel Nonato Pérez, que obedecía a Páez, único jefe superior civil y militar del territorio libre de Nueva Granada y del sudeste de Venezuela.

Esta reseña biográfica de Páez es el complemento del cuadro político y militar de la renaciente República de Colombia en 1816, época en que pudo la España dominar la revolución si, como hemos dicho, se hubiera oído el consejo de los hombres de Estado y el voto de los españoles ilustrados. Estos creían, como Floridablanca, que desde que Carlos III apoyó la independencia de los Estados Unidos estaban perdidas las Américas, a menos que se organizasen monarquías feudatarias del imperio español. Las opiniones de Abascal, Montes, Tacón, Requena, Mosquera (el exregente de España), Villavicencio y Garay eran contrarias a la política que se previno seguir a Morillo, y aunque este General tenía bastante latitud para obrar, se dejó llevar de las exigencias crueles de Enrile, de Moxó, Sámano, Morales y Warleta, desatendiendo a Casano, Correa, La Torre, Montes y Montalvo, jefes humanos y que preveían cuál sería el desenlace de la revolución. Pero por desgracia de la España, sus grandes hombres han sido pospuestos, los verdaderos intereses abandonados, y esa nación heroica, rica en hombres, en productos y avanzada en civilización, la llevaron a su ruina un mal gobierno, la ceguedad del fanatismo y la corrupción de altos magistrados, cuyos nombres pasarán manchados en la historia española como causa de las desventuras de una gran nación y de las dificultades que han venido a la América española para constituírse. Materia ha sido ésta de muchas meditaciones de Bolívar en su corta y gloriosa carrera, sobre que oportunamente haremos alusión en nuestra relación.

CAPITULO XIII

Principia la campaña de 1817.—Piar obra sobre Guayana y el Libertador concibe el proyecto de una campaña sobre Caracas.—Dirige una proclama y se pone en marcha.—El 9 de enero ataca a los españoles y es rechazado y derrotado en Clarines.—Llega Bolívar a Barcelona: medidas que toma para defender la ciudad; llama al General Mariño, que estaba sobre Cumaná.—El General Mariño marcha con 1.200 hombres sobre Barcelona y deja el mando de las fuerzas que quedaban sobre Cumaná al Coronel Antonio José de Sucre, que contaba entonces 23 años.—El Brigadier del Real entra a la ciudad de Barcelona y no se atreve a atacar a Bolívar, fortificado con 600 hombres en el edificio de San Francisco.—Se reúne Mariño al Libertador: operaciones secundarias. El Brigadier Del Real se retira a Piritu y Clarines.—El Libertador resuelve abandonar a Barcelona para emprender sobre Guayana, que debía ser la base de sus operaciones.—Opiniones diversas.—Plan de operaciones del Libertador.—Oposición que encontró en el Gobernador de Barcelona y el General Freytes.—Condescendencia del Libertador con los que querían defender a Barcelona.—Sacrificio inútil y temerario de los que soñaron salvarse en la Casa Fuerte.—Informes de Piar al Libertador con el Coronel Olivares.—Operaciones de Piar en la provincia de Guayana.—El Libertador sigue a unirse al ejército en oriente el 22 de marzo y encuentra una celada de los enemigos.—Los aterra y se salva con los 15 oficiales que le acompañaban.—Operaciones de Mariño contrariando las instrucciones del Libertador, y oposición de varios generales al desobedecimiento, exigiendo se cumpliesen las órdenes superiores.—Falsas noticias sobre haberse perdido el Libertador atacado por los enemigos. La agitación extraordinaria que ellas producen se calma con las comunicaciones del General Monagas, anunciando haber pasado el General Bolívar los puntos difíciles.—Conflictos en el cuartel general de Mariño y noticia del General Freytes comunicando la proximidad del enemigo. Partido que se adoptó.—Situación de los españoles. Conducta del Brigadier Del Real y sus subalternos.—Se sabe que el General Morillo ha llegado al ejército de Apure.—Victorias de Páez sobre los españoles y retirada del General La Torre.—Morillo, impuesto de las operaciones de Piar y Cedeño sobre Guayana, dispone que marche el General La Torre a Angostura a tomar el mando.—Relación de las desgracias de Barcelona.—Juicio sobre tan desgraciado suceso y noticias recibidas para formarlo.—Conclusión del capítulo.

Concluímos en el capítulo primero los hechos de Bolívar hasta fines de 1816, y al continuar nuestro trabajo daremos principio con los sucesos que tuvieron lugar en el mes de enero de 1817. Las lluvias habían cesado y, secos ya los llanos de Venezuela, republicanos y realistas querían aprovecharse de la estación para continuar sus operaciones. El General Piar se había dirigido hacia Guayana desde fines del año, y el Libertador, con 300

hombres que pudo reunir en Barcelona y 400 que había llevado desde Margarita el General Arismendi, formó una columna de 700 para dar principio a una nueva campaña. Organizaba el enemigo sus tropas en Orituco, y pocas eran las que vagaban por los valles del Tuy. Sobre Unare, frente al pueblo de Clarines, existía un pequeño cuerpo de 550 hombres a órdenes del Capitán Jiménez, de los cuales 300 eran indígenas flecheros de Piritu y su vecindario. Conociendo el Libertador que los españoles tenían contraída su atención hacia Guayana, Apure y Cumaná, concibió el atrevido plan de emprender campaña sobre los llanos de Caracas, con el propósito de acopiar recursos y aumentar allí su ejército, antes que Morillo pudiese regresar de la Nueva Granada; lisonjeábale también la esperanza de apoderarse de la capital para que le sirviese de base de operaciones y dar al mismo tiempo libertad a su patria; pensamiento que en todas sus concepciones estratégicas tenía presente y que más de una vez le hizo separarse de las reglas del arte. Consecuente con ese propósito publicó el 8 de enero una proclama dirigida a excitar el sentimiento patriótico de los caraqueños, y al día siguiente, al frente de 700 soldados, marchó contra las fuerzas enemigas. Para entonces Jiménez había atrincherado su campo con fortificaciones de campaña y mantenía su caballería emboscada, a órdenes del Capitán Chacarrán, lista para acometer la retaguardia de la columna republicana. Rompióse el fuego, y dirigido el ataque contra los atrincheramientos, creyó oportuno el Libertador dar un asalto sobre los parapetos y trincheras. El ataque que en ese momento hicieron los enemigos, con una compañía de 40 jinetes por retaguardia, hizo creer a los republicanos que tenían al frente un cuerpo de caballería de los venidos de los valles del Tuy: en tales circunstancias se ordenó un repliegue que, mal ejecutado, se convirtió en verdadera derrota. Bolívar y Arismendi hicieron grandes esfuerzos para rehacerse y reorganizar la columna; pero Jiménez aprovechó los momentos de confusión, salió de sus atrincheramientos de Clarines para completar la derrota y logró destruír la mayor parte de las fuerzas republicanas, dejando el campo cubierto de cadáveres, tomando, además, los pertrechos de reserva y el mayor número de los fusiles de la columna. No se hicieron prisioneros, pues aun los que en la fuga se ampararon en los bosques hallaron la muerte al caer al siguiente día en manos de los españoles: así fue victimado el Coronel Tomás Hernández. Pocos fueron los que, obedeciendo a

Bolívar y Arismendi, lograron tomar tierra de salvación en Barcelona, defendiendo sus vidas en repetidos choques que tuvieron durante la retirada. Apenas llegado a Barcelona supo el Libertador que el Brigadier don Pascual del Real se movía desde Orituco con 3.500 hombres. Para conjurar el peligro de la situación que se anunciaba tomó enérgicas providencias y la resolución de defenderse en el convento de San Francisco. Llamó a las armas o todo hombre capaz de llevarlas, así en Barcelona como en sus cercanías, y mandó preparar víveres para sufrir un sitio en el cuartel que iba a fortificar, mientras llegaba el General Mariño de Cumaná, en donde a la sazón se hallaba atacando la ciudad. Comunicó, pues, a este jefe la orden de acudir a Barcelona para concentrar todas las fuerzas disponibles en un solo punto; le previno cómo debería ejecutar ese movimiento para no ser sorprendido en su marcha por Del Real, que maniobraba por las márgenes del río Neverí.

Era la desgracia, por aquella época, compañera del General Bolívar, y sentimos tener que decir que aquellos desastres fueron hijos de su ciega confianza para emprender operaciones, casi siempre sin recursos y con fuerzas bisoñas, cuyo valor y patriotismo, grandes como fueron, no alcanzaban a suplir los defectos de la falta de instrucción militar y de disciplina. Juzgaba el Libertador animados a todos sus compañeros de la fuerza que a él le impulsaba hasta exponer a cada momento su vida. Verdad es que su ejemplo prendía el fuego en el espíritu de los demás, como es verdad también que en muchos instantes de su existencia sólo accidentes providenciales pudieron conservarlo en medio de tántos peligros.

Mientras tanto habían sido infructuosos los esfuerzos del General Mariño, a pesar de sus repetidos ataques sobre Cumaná. Concertó entonces con sus compañeros la manera de dar cumplimiento a las órdenes del jefe supremo, y dejando el mando de parte de la fuerza al joven Antonio José de Sucre, que apenas contaba 23 años, se dirigió hacia Barcelona con 1.200 hombres de que pudo disponer, mandando parte de ellos por mar a órdenes del Mayor General Rafael Guevara, y el resto se dirigió por tierra a las del General Bermúdez y los Coroneles Valdés y Armacio. Previamente se designó para lugar de reunión de estos dos cuerpos el sitio denominado Pozuelos.

El Brigadier Del Real entró a Barcelona el 8 de febrero con una numerosa división, reforzada con los 550 hombres de Jiménez; pero, en vez de atacar decididamente al Libertador, se contentó con hacer algunos movimientos insignificantes en las ca-

lles de la ciudad. Resuelto Bolívar a sostenerse en el convento de San Francisco, aspilleró el edificio que tenía seguridad de poder defender. Semejante disposición de ánimo de parte de los independientes arredró a Del Real, sin razones poderosas, en nuestro concepto, desde luego que disponía de medios suficientes para dominar la resistencia del convento, contando, como contaba, con fuerzas superiores, como que los defensores del edificio no pasaban de 600 hombres, sin víveres suficientes para resistir un asedio y cuando estaban en posibilidad los sitiadores de establecer una línea de contravalación para rechazar cualquiera salida en que se aventurasen los sitiados, dando entonces el asalto.

Reunidos el Libertador y el General Mariño se entendieron y prometiéronse mutuamente olvidar las disensiones que tánto daño habían causado hasta entonces a las operaciones. Esta cordial reconciliación fue de felices resultados. El 14 de febrero hicieron un movimiento sobre la vanguardia española que defendía a San Bernardino, pero no pudiendo tomar el convento se retiraron el 15 a Barcelona, no sin que agotara el Libertador los medios posibles para atraer al enemigo a sus cuarteles, sin lograr, empero, su objeto, porque Del Real, falto de artillería de sitio, no se atrevía a efectuar el ataque a que se le provocaba; lejos de eso, el jefe español se retiró el 21 de ese mismo mes, del Pilar, para situarse en Piritu y Clarines.

Mariño y los demás jefes que en Güiria habían insultado cruelmente a Bolívar se decidieron a obedecerlo en todo, reconociéndole como jefe supremo, noble conducta que alentó más el ánimo del Libertador para pensar en la realización de un plan de campaña arreglado a los principios militares, y lo desligó del empeño de ejecutar acciones heroicas para marcar por ellas su superioridad entre los demás guerreros. Conociendo que su permanencia en Barcelona no era de ninguna importancia y que debía combinar un nuevo plan de campaña para buscar su base de operaciones en Guayana, resolvió abandonar aquella ciudad, mandar todos los elementos de guerra a Margarita y mover sus fuerzas hacia el interior para apoyar las operaciones de Piar, que obraba en el Orinoco sobre Guayana. Además, ya los recursos faltaban en las inmediaciones de Barcelona; el ejército real podía ser auxiliado y así emprender un ataque en toda regla sobre la Casa Fuerte, que sucumbiría sin provecho alguno. Precisaba también aprovechar la estación para adelantar las operaciones en el oriente antes de que Morillo, en marcha ya, pudiese obrar con todo su ejército. Fundadamente se podía temer que la escuadri-

lla española se proporcionara artillería de grueso calibre, otra circunstancia que alejaba la posibilidad de defender a Barcelona. Ni aun la marcha retrógrada de Del Real podía alucinar a Bolívar: ¿no sabía él por sus espías que Morales y Aletuman hacían oposición a sus compatriotas, por no haber obrado más activamente después del triunfo de Clarines, para impedir la reunión de las fuerzas libertadoras de Bolívar y Mariño?

Las ventajas que habían obtenido las lanchas cañoneras, mandadas por el Coronel Armacio, sobre los españoles en el llano de Barcelona, y la pérdida del buque de guerra **El Bailén,** si bien hubieran dado fuerza moral a los defensores de Barcelona, no eran sucesos de mayor importancia, pues el enemigo tenía 14 buques de guerra que daban movilidad y superioridad a las fuerzas españolas que conservaban la línea de Unare. Creía el Libertador que libertada Guayana y conservada por el ejército de oriente, a órdenes de Mariño, podría emprender muy pronto la reocupación de Barcelona y Cumaná y proceder contra las fuerzas españolas que obraban en la provincia de Caracas, concertando un plan de operaciones con las fuerzas de Apure que mandaba el General Páez. Las tropas ligeras que mandaban los Generales Zaraza y Monagas debían mantenerse en continuas correrías sobre Caracas y Barcelona para tener al enemigo en expectación por aquella parte, mientras recorriendo el Libertador la línea que ocupaba el General Piar sobre Guayana conocía si era necesario reforzarle para anticipar la ocupación de Angostura y todas las bocas del Orinoco. Entonces se organizaría todo el país, desde el Orinoco al Apure, y auxiliando a Casanare se extendería la línea de operaciones hasta el interior de Nueva Granada, para no dejar concentrar el ejército de Morillo sobre un solo punto de Venezuela.

Este grandioso plan fue comunicado a los principales jefes para que, a las órdenes de los respectivos generales, obrasen con confianza.

El gobernador de Barcelona, señor Esteban Rivas, el General Pedro Martín Freytes y la municipalidad se opusieron a ese proyecto, creyendo de buena fe que un cuerpo de tropas podía defender la Casa Fuerte si Mariño les auxiliaba oportunamente, lo que, a su juicio, no impediría que el General Bolívar llevase adelante el magno pensamiento concebido. Más de 300 patriotas refugiados en la Casa Fuerte, y entre ellos el resto de la emigración procedente de Caracas y Cartagena, con el deseo de la propia conservación, adoptaron el pensamiento de Rivas y Freytes: sus demandas y súplicas, acompañadas del despecho que

dan los sufrimientos, debilitaron la energía de Bolívar, a quien determinaron a una condescendencia perjudicial a los mismos que exigían semejante modificación en el plan primitivo. Y es que no estando por entonces bien afianzada aún su autoridad, hubo de plegarse Bolívar al sacrificio de posponer a la de otros su opinión, temeroso de estimular una nueva labor sediciosa que destruyese la incipiente organización del ejército. Ni fueron parte a sostenerle en su proyecto el apoyo leal que le prestaban ya sus antiguos opositores Bermúdez y Valdés, ni la determinación, igualmente favorable, en el sentido de la obediencia mostrada por los Generales Monagas y Zaraza. Tampoco pesaron más en el ánimo de Rivas, Freytes y de los miembros de la municipalidad de Barcelona, las opiniones de Sucre y de Urdaneta.

En tales circunstancias, a mediados de marzo de 1817, llegó a Barcelona el Coronel José María Olivares, Secretario del General Cedeño, que fue despachado el 24 de febrero del mismo año con pliegos del General Piar, que daban cuenta de los progresos realizados en las operaciones sobre Angostura y Guayana la Vieja. Con estas noticias resolvió el Libertador que marchase el General Mariño con la división de su mando, la que debía situarse entre Carataquiche y Carito para proteger ya a Barcelona, ya a Sucre, que había quedado en tierra de Cumaná, y replegarse, en último caso, por Aragua, Chaparro y Pao al Orinoco, a incorporarse con la división de Piar. Al General Monagas se le encargó que conservase las posiciones de San Diego y llamase por esa parte la atención del enemigo, avanzando sus partidas hasta Oruto, y al General Zaraza que obrase en combinación con Bolívar hacia los llanos de Caracas. Antes de marchar el General Mariño debía auxiliar a Freytes para que se remitiesen los elementos de guerra que no le eran necesarios a Margarita, comisión que debía desempeñar el Capitán T. Debouille, que mandaba el corsario **Diana** en que regresó el Libertador de Santo Domingo, en diciembre de 1816. El General Freytes debía defender a Barcelona con 700 hombres, según sus deseos; pero tanto a él como al gobernador Rivas y a sus amigos Celedonio y Gabriel Piñeres, que quedaban en Barcelona, se les recomendó que no se obstinasen en una defensa inútil, que se reuniesen a Mariño, si éste no podía auxiliarlos con seguridad de triunfar, y que no se deslumbrasen con la ventaja obtenida el 4 de marzo por el Capitán de navío Díaz y el Coronel Armacio. Tales fueron las instrucciones del Libertador al marchar el 22 de marzo para Guayana, acompañado del Coronel Olivares, 15 oficiales de Estado Mayor y de sus asistentes.

Antes de pasar adelante en la narración de los movimientos del Libertador es preciso que refiramos cuáles fueron los informes que le dirigió Piar con el Coronel Olivares. No bien se unieron Cedeño y Piar en los acantonamientos de Caicara, emprendieron operaciones sobre Angostura; entre los obstáculos que dificultaron su marcha no fue el menor el paso del río Caura, defendido por los españoles. Es célebre aquella única jornada de la historia (1º de enero de 1817), porque en ella el General Cedeño atacó, con un escuadrón de caballería, a la escuadrilla española situada en el paso real de aquel río, protegida por dos piezas de artillería y dos compañías de infantería, bajo las órdenes del Coronel Fitzgerald, Comandante de armas de Guayana. El atrevido movimiento de Cedeño fue protegido por el Teniente de Marina Rafael Rodríguez con un buque de guerra de fuerzas sutiles tomado dos días antes al enemigo. Tanto arrojo sorprendió de tal manera a los españoles, que huyeron perseguidos por Cedeño en legua y media del río, hasta llegar al punto de San Pedro. El General Piar continuó su marcha con intención de atacar a Angostura; el 12 de enero establecía su campamento frente a la ciudad, en el sitio de Jumal; y el 18 emprendía asalto a la plaza de Santo Tomás de Angostura. Rechazado con bastantes pérdidas, el descalabro sufrido suscitó el desagrado de varios jefes y oficiales que, sabedores de la aproximación del futuro Libertador, intentaron dirigirse a su cuartel general. El Coronel José Antonio Anzoátegui, jefe que conciliaba los ánimos en aquellas emergencias, aconsejó a Piar que mandase un oficial en comisión cerca de Bolívar, medida que por sí sola restableció el orden y la disciplina entre jefes y tropas. El 8 de febrero emprendió Piar un movimiento sobre las misiones del Caroní, dejando una columna de observación sobre Angostura a órdenes de los Coroneles Felipe M. Martín y Teodoro Figueredo; el 17 ocupó la villa de Upata, después de haber vencido a los destacamentos españoles que defendían los pasos del río Caroní. Mandó reunir a los frailes capuchinos, que había hecho prisioneros en aquellas misiones, en el convento de Carmache, y entregó el mando de la comarca al Coronel José Félix Blanco, como Comandante General; en seguida regresó al sitio de Angostura con todas sus fuerzas. Fue entonces cuando se cumplió la misión cerca del Libertador, aconsejada por Anzoátegui y confiada por voluntad de Cedeño al secretario de éste, Coronel Olivares. Ya observamos que los informes del comisionado determinaron la marcha del Libertador, el 22 de marzo, y es de este lugar agregar que Olivares aseguró al Jefe

supremo que su autoridad sería reconocida en el ejército de oriente. No tenía noticia el Libertador de haberse establecido una línea de guerrillas por los españoles, desde Piritu hasta San Mateo, e iba a pasarla con sus 15 oficiales y los asistentes que los acompañaban; pero, como en Curataquiche le dieran aviso de la existencia de una guerrilla en Quiamare, ordenó a los oficiales que tomasen las carabinas de sus asistentes para defenderse mejor. Al llegar a unos pantanos y malezas, en el lugar indicado, el Coronel Parejo, que iba a la cabeza de esta pequeña escolta, descubrió la celada; echó pie a tierra y dio la señal de alarma haciendo fuego. El Libertador, que le seguía, hizo otro tanto, profiriendo al propio tiempo voces de mando que hacían presumir un ataque por los dos flancos; al éxito completo de la estratagema contribuyó la presteza con que los oficiales todos rompieron el fuego y se lanzaron sobre el enemigo, de suerte que éste, creyéndose acometido por fuerzas superiores, abandonó sus posiciones, con lo que dejó francos el camino y el paso del río Aragua. El Libertador continuó su marcha para San Mateo y de allí a Aragua para tomar el camino del Pao, desde donde siguió al Orinoco. Cuando el Comandante de las guerrillas españolas, Jesús Alemán, llegó a San Mateo, poco después que el Libertador, y supo que era él quien iba con aquella fuerza, sospechó que no podría ir tan solo, que atrás vendría el grueso de una división, por lo que en vez de perseguirlo se retiró otra vez sobre el río Aragua.

El 25 de marzo emprendió marcha el General Mariño, después de dividir su fuerza por columnas, y el 29 ocupó el pueblo de Carito, desde donde se propuso dirigirse de nuevo a Cumaná, abandonando el plan trazado por el Libertador; pero Arismendi, Bermúdez, Valdés, Urdaneta y Soublette se opusieron, porque no había razón para cohonestar el desobedecimiento al Jefe supremo. En esta vez demostró Bermúdez que su reconciliación con Bolívar era sincera; pero el loco deseo de Mariño de tomar el mando en jefe con absoluta independencia le hacía olvidar sus deberes y las catástrofes que habían sobrevenido por su culpa. Propúsose, pues, dar nueva organización al ejército para poner a la cabeza de determinados cuerpos a ciertos jefes, medio de asegurarse la obediencia. Gérmenes nuevos de indisciplina y anarquía nacieron entonces y suscitóse una grande animadversión contra Mariño y su amigo íntimo Jugo. En tales circunstancias se difundió la noticia de haberse perdido el Libertador, atacado por guerrillas enemigas, y no faltó quien atribuyera esta supuesta desgracia a una celada puesta por los mismos Ma-

riño y Jugo. A tal punto se irritaron los ánimos, que probablemente habrían llegado al asesinato de Mariño si en aquella hora no se hubiesen recibido partes del General Monagas que anunciaban el paso del Libertador por Santana sin novedad. No obstante esto, fue necesaria la intervención del General Urdaneta para salvar a los presuntos autores de la supuesta celada. Bermúdez y Valdés instaban porque se hiciese presente a Freytes la necesidad de cumplir las instrucciones del Libertador, abandonando a Barcelona, porque se corría gran riesgo de perderse unos y otros obrando como obraban, pues no pudiendo ser Piar apoyado debidamente, era probable que no lograran tomar a Angostura si del Apure recibía refuerzos Fitzgerald, y, por último, para obligar a Mariño a obrar en tal sentido, se resolvieron a seguir sin su consentimiento a Aragua, pretextando ser aquél un punto más militar y estratégico. Verificóse la marcha, pero, apenas llegados a aquel lugar, recibió Mariño parte de Freytes en que le avisaba la aproximación del enemigo y le pedía auxilios. Como se repitieran los avisos del conflicto de Barcelona, se suscitó nuevamente diferencia de opiniones entre los jefes sobre el partido que se debía tomar. Bermúdez, Arismendi y Valdés sostenían que llegarían tarde para salvar a Freytes y Rivas de la pérdida a que su obstinación los llevara, y sólo conseguirían verse ellos también envueltos en el desastre si se consideraba que los españoles, al emprender un nuevo ataque, debían de llevar fuerzas en número no inferior a 6.000 hombres. Mariño quería seguir para Cumaná, cuando Urdaneta proponía moverse para proteger la salida de Freytes, de Barcelona, y cumplir así los planes y órdenes del Libertador: esta variedad de opiniones desmoralizaba más el ejército y produjo una completa escisión. En definitiva, Mariño, acompañado de Urdaneta, emprendió marcha para Cumaná a unirse en Santana con el General Monagas; llevaba tan sólo la división que mandaba el Coronel Jugo. Los otros jefes siguieron su movimiento proyectado para Chaparro y Pao.

Mientras esto sucedía en el ejército republicano sepamos lo que ocurría entre las tropas españolas, para completar un cuadro que exponga mejor cuán acertados fueron los pensamientos del Libertador, cómo la lamentable catástrofe de Barcelona fue debida a la ciega obstinación de Freytes y Rivas, al poco celo de Mariño por el buen servicio y a las medidas que tomó el Coronel Aldama en las tropas españolas.

La conducta del Brigadier Del Real, si atemperada a la prudencia del experto, rayana en temerosa del peligro, dio lugar a

que Aldama y Morales pretendieran apoderarse del mando para llevar a efecto un ataque sobre Barcelona. Al mismo tiempo que se unían en este plan, hacíanse mutuamente la guerra, porque cada uno quería tomar el mando en jefe. Logró Aldama que se separase Del Real del mando y que se llamase a juicio a Morales por los robos y licencia de las tropas que estaban a sus órdenes y, libre de sus émulos, resolvió llevar a cabo sus planes de ataque sobre Barcelona, con mayor decisión desde que supo la retirada de Mariño y la marcha del Libertador, a quien pensó perseguir; empero la falta de caballería y el temor que inspiraba la que mandaba el General Monagas en aquellas comarcas, le contuvo.

Por la misma época se había unido al de Morillo el ejército que comandaba en el Apure el Brigadier don Miguel de La Torre, fusión ocurrida después de la batalla de Mucuritas, en que el General Páez batió completamente a la caballería española, mandada por Remigio Ramos, el 28 de enero. Perseguido con valentía, alcanzó el español en su retirada a La Torre en el paso del Apure, llamado del Frío, en donde se apoyó la división sobre los bosques de las riberas del Apure, asediada siempre por las cargas de la caballería de Páez, que le causó muchas pérdidas. A San Fernando llegó La Torre en su retirada por la margen derecha del Apure. Unido allí con Morillo y sabedor éste de las operaciones de Piar y Cedeño, ordenó el embarque de La Torre para que siguiendo por el río llevase fuerzas a Guayana; a tiempo que los jefes republicanos se perdían en disensiones que impidieron el cumplimiento del bien meditado plan del Libertador, desembarcaba con toda seguridad en Angostura el Brigadier La Torre. Este cúmulo de circunstancias serán algún día más completamente relacionadas en la historia general de la guerra de la independencia; allí tendrán cabida detalles y pormenores en que no podemos entrar sin distraernos del plan y del objeto de nuestra obra, objeto que no es otro que relatar la vida de Bolívar y presentarlo en medio de tántas peripecias, dificultades múltiples que supo dominar, hasta llegar a la altura en que lo colocaron sus patrióticas concepciones y desvelos.

Una vez arreglados los cuerpos que obraban sobre el Apure marchó el General Morillo hacia las provincias de Caracas y Barcelona; se proponía después acometer la reconquista de Margarita, comoquiera que suponía el ser esa isla la base más importante de las operaciones del Libertador. Estimaba suficiente el auxilio dado a Guayana y el haber confiado el mando a La Torre para que se sostuviesen aquellas plazas defendidas hasta entonces por Fitzgerald. Según se infiere de sus propios escritos,

juzgaba ya de otro modo a los republicanos, que no eran, como le habían informado, "gavilla de cobardes, poco numerosa".

Todas estas noticias las llevaron al Libertador el General Urdaneta y el Coronel Santander, quienes, como dijimos en otro capítulo, se habían dirigido desde Apure en busca de él, acompañados de otros jefes y oficiales, de los cuales unos fueron hasta Barcelona con Olivares, que los encontró en el tránsito, y otros se encaminaron al ejército de Piar, en donde fueron muy útiles porque aseguraron en él respetabilidad a la autoridad del Libertador.

El Coronel Aldama, encargado ya del mando en jefe de la división española, se movió el 3 de abril sobre Barcelona, dejando cubierta la línea del río Unare con 600 hombres a órdenes del presunto gobernador de Barcelona, Teniente Coronel don Feliciano Montenegro Colón; ocupó el 5 la ciudad, y dos días después dio principio al ataque sobre el convento de San Francisco. Habiendo logrado abrir una brecha en las débiles paredes que circuían aquel edificio, llamado "Casa Fuerte", con bastante pérdida de su parte, pudo dar el asalto poco después de mediodía. Ni la valentía de los defensores, ni los llantos de las señoras en presencia de los vencedores, ni el candor e inocencia de los niños consiguieron dulcificar la furia española: cebóse esa gente cruel, no solamente en los militares, sino en las inocentes mujeres y en los niños que perecían traspasados por las bayonetas, por las balas o por el sable implacable de los asaltantes; ni faltó en medio de la cruel matanza el tributo arrancado al pudor por la soldadesca desenfrenada. Pocos fueron los jefes y oficiales que, confundidos entre los cadáveres amontonados en el foso exterior de las murallas, consiguieron salvar la vida. Entre éstos se contaron el valiente Teniente Coronel Francisco de P. Vélez, hoy General granadino, y el Subteniente José María Piñeres, hoy Coronel, que perdió a su padre, a su tío y a otros individuos de su familia. Escapóse también, con otros pocos, el oficial Raimundo Freytes, hermano del General, abriéndose paso por en medio de los asaltadores. El gobernador Rivas y el General Freytes también salieron asímismo a viva fuerza de la casa, pero hechos prisioneros fueron después fusilados en Caracas por orden del Capitán General Moxó. Solamente de don Feliciano Montenegro Colón se refieren algunos actos de clemencia.

Mientras tanto el General Urdaneta persuadía a Mariño de lo justo y conveniente que era proteger la salida de la guarnición de Barcelona: para verificarlo recibió el batallón Güiria y alguna caballería de la del General Monagas que estaba en Santana,

mas cuando marchaba con esta columna encontró ya al paso del río Aragua al oficial Freytes, quien le refirió la catástrofe de Barcelona.

Ya hemos hecho una relación de todos los acontecimientos que sobrevinieron para producir la ceguedad de Rivas y de Freytes, alentar la vanidad de Mariño, pretendiente al primer lugar entre las huestes libertadoras, y la coacción moral que sufrió el General Bolívar hasta llegar a una condescendencia fatal a la causa nacional y generadora de la pérdida de quienes no vieron en tiempo el peligro... No es suceso nuevo en la historia de los pueblos que por deferir un jefe a los lamentos del bello sexo vaya él mismo al sacrificio y pague su debilidad no sólo con la vida sino también con el brillo del honor militar. ¡Desgraciada profesión que nos obliga tántas veces a no ser hombres para ser soldados y a olvidar los sentimientos del corazón para pensar solamente con la cabeza! Es fuerza que así suceda, que en ocasiones es humanitario saber sobreponerse a las debilidades inherentes a la sensibilidad, al amor y a la amistad.

Mucho se ha comentado este episodio de la matanza de Barcelona, ora culpando a Bolívar, ora a Mariño, y no pocas veces se ha hecho recaer sobre Bermúdez y Valdés la responsabilidad de lo sucedido. He presentado el cuadro de lo ocurrido según mi juicio, dejando al lector que forme el suyo en vista de mi relación. Aunque no pertenecía yo en aquella época al ejército de Venezuela (estaba prisionero entre los españoles), me refiero a lo que entonces supe, a los documentos que he consultado y a una relación muchas veces hecha por el General Manuel Valdés, actor en esta sangrienta campaña. En cuanto a ocurrencias de la del General Piar, oí el relato de labios del General Pedro León Torres, mi amigo, a cuyas órdenes serví en época posterior como oficial de Estado Mayor, en horas en que frescos aún aquellos sucesos en la memoria de tántos, servían de tema a nuestra conversación en los vivaques: cada cual refería a los demás las escenas en que había actuado. Bien quisiera hoy, al publicar esta Memoria, consultar con alguno de tántos testigos; pero no es dado hacerlo, porque nos vemos los sobrevivientes separados en diferentes regiones del mundo... Tal es el curso natural de los acontecimientos humanos.

CAPITULO XIV

Llega el Libertador al cuartel general de Piar, se impone de todo, conoce los buenos resultados que va a dar su plan y toma medidas para estrechar el sitio de Angostura y Guayana la Vieja.—Consideraciones del Libertador para establecer un centro de unidad y gobierno en Venezuela.—Recibe el Libertador un parte de las operaciones del Coronel José Félix Blanco y de tener 22 frailes capuchinos prisioneros.—Asesinato de estos religiosos por el Teniente Coronel Lara y su ayudante Monzón y cómo fue visto este suceso.—Marcha el Libertador a Barcelona y su encuentro en el camino con los Generales Bermúdez y Valdés, que le instruyen de lo ocurrido en Barcelona.—Dicta sus órdenes a diversos Generales y jefes para que obren en combinación, y regresa al Orinoco.—El 24 de abril se une, en la ribera derecha del Orinoco, a la división que conducía para apoyar el sitio de Angostura.—Dificultades para efectuar el paso del río.—Las fuerzas sutiles se presentan a impedirlo: combate parcial: se efectúa el paso y tiene la división que hacer un camino hasta encontrar al Teniente Coronel Montilla que les llevaba auxilios.—Progresos del ejército del Orinoco durante la ausencia del Libertador.—Operaciones de Piar y su triunfo espléndido sobre el General La Torre en el mes de abril.—El Libertador, instruído de todo, se traslada a San Félix, en donde fija su cuartel general.—Apoyado por sus amigos y sostenido por el ejército puede ejercer el mando con seguridad, y sus planes reciben un desarrollo completo.—Se reorganiza el ejército.—Las selvas del Orinoco son la cuna del renacimiento de la República y de la aparición de Colombia.—Morillo en Barcelona.—El General Mariño conspirando nuevamente.—El Congreso de Cariaco. Desconocimiento del Libertador a esta farsa, y órdenes que dictó.—La generalidad del ejército rechaza este atentado, pero encuentra simpatías en Piar, envanecido por el triunfo de San Félix.—Reorganización del ejército.—Piar elevado a General en Jefe.—El Libertador estrechó el sitio de Angostura y Guayana: manda construír lanchas para aumentar las fuerzas sutiles y ocupar esas plazas antes que regrese Morillo de Margarita.—Se ordena al Almirante Brión que introduzca su escuadra al Orinoco y el 17 de julio mandó que bajasen las flecheras construídas ocultándose de la vista del enemigo.—Son descubiertas y atacadas.—El Libertador quería inspeccionar las operaciones.—Peligros que corrió.—Se salva en una rebalsa del río.—Conversación que tuvo con un compañero.—Se pierde la flotilla, pero la entrada de la escuadra de Brión no deja sentir su falta.—Nuevos planes del Libertador para obrar. Relación de la conversación en la noche del 18 de julio, que alarma a los que acompañaban al General Bolívar.—Se une Brión al Libertador: manda construír unas baterías en la orilla del Orinoco.—Contento general del ejército.—Abandono de Angostura por La Torre y entra Bermúdez el 17 de julio.—Permanencia de La Torre en Guayana hasta el 3 de agosto, que partió para Granada.—Nuevos desaciertos de Mariño.—Morillo desembarca en Margarita, y después de una inútil y sangrienta campaña varios jefes dejan a Mariño y se unen al Libertador. Comisión que manda cerca de Páez y su resultado.—Los llaneros que venían con Boves se pasan al General Páez y saca fruto de ellos. Morillo, habiendo sido informado de la toma de Guayana y de los progresos de los patriotas, abandona la isla de Margarita y regresa al

Continente.—Cómo refiere el tirano estos sucesos y su retirada a Caracas.—Llegan a España noticias de la conducta de Morillo y progresos de los patriotas.—Opinión del Consejo de Indias.—Triunfo de Páez en Barinas.—Mariño y Piar.—Conspiración de este General.—Medidas que adoptó el Libertador.—Bermúdez le hace ceder y se va a Margarita.—Decreto del Libertador sobre bienes nacionales y organización de un gobierno provisorio.—El venezolano Díaz inventa en su obra que él era el que había obrado de modo que Bolívar saliese de Ruiz.—Conclusión del capítulo.

El Libertador, como dejamos dicho en el capítulo anterior, siguió por el Pao al Orinoco venciendo serias dificultades; atravesó el río cerca de la isla llamada Bermuda, en una **curiaca** (embarcación semejante a una canoa) que le tenía preparada el Comandante Pantaleón Guzmán, y pocos días después llegaba al cuartel general de Piar. En la detenida conferencia que tuvo con este jefe y con los Coroneles Anzoátegui y Torres demostró cuán acertado era su plan, cómo se imponía la necesidad de estrechar el sitio de Angostura y Guayana antes de que Morillo mandase nuevos refuerzos o de que surgiesen imprevistos contratiempos para apoderarse de aquellas plazas, y cómo era urgente contar con una base segura de operaciones y fundar un gobierno regular que concluyese con las aspiraciones de Mariño y caudillos que obraban con absoluta independencia, como Páez en el Apure. Aprobó cuanto había hecho el General Piar y las medidas del Coronel José Félix Blanco, que organizaba con tino y actividad las misiones del Caroní. Ante la noticia que en esa ocasión recibió el Libertador de estar prisioneros veintidós frailes capuchinos de esas misiones, era natural que, como sucedió, representándose la tenacidad de esos religiosos en defender la causa de España, se expresara con ardorosa acrimonia contra ellos. Hallaron en los conceptos vehementes de Bolívar el Teniente Coronel Jacinto Lara y su ayudante de campo, Monzón, estímulo bastante para juzgar buena y patriótica la matanza de los frailes, con lo que, pocos días después y por su sola cuenta, realizaron tan atroz crimen. Como se haya inculpado al Libertador por este bárbaro asesinato, me he visto en la necesidad de referir el hecho como pasó, sin tener embarazo alguno en nombrar a los oficiales autores de semejante atentado, lesivo del honor de los defensores de la independencia. Los excesos de los españoles en muchos lugares como en Barcelona y las matanzas con aparato judicial en Cartagena, Bogotá, Popayán, Caracas, etc., influyeron en el ánimo de Bolívar para no mandar juzgar a los perpetradores del delito narrado, a lo que se agregaba que Lara era de los preciosos restos del ejército de occidente, salvado en

Nueva Granada con Urdaneta. En aquella época bien pudieron influír estas razones para no castigar a los culpados, pero no ahogaron estas consideraciones la indignación del Libertador, a quien, pasados muchos años, le oí una vez más condenar la matanza del Caroní, en presencia de todos nosotros, de modo asaz severo.

Una vez que hubo el Libertador dado sus órdenes a los Generales Piar y Cedeño volvió hacia Barcelona a ponerse a la cabeza de las divisiones que dejó a cargo de Mariño, para regresar con ellas y acometer decididamente el asalto de Angostura y Vieja Guayana. El 17 de abril encontró en el sitio de La Palmita, cerca del pueblo de Chaparro, las columnas comandadas por los Generales Arismendi, Bermúdez y Valdés, quienes le instruyeron de los desastres de Barcelona, de la resolución de Mariño de marchar a Cumaná y de lo infructuoso que fue el movimiento seguido por Urdaneta para salvar la tropa y los vecinos atrincherados en la Casa Fuerte. Acorde ese resultado con sus previsiones, nada cabía observar; contrájose, pues, a dar instrucciones a los cuerpos ligeros que debían quedar molestando a los españoles para impedirles las operaciones que emprenderían sobre Guayana, en auxilio de don Miguel de la Torre, a la sazón unido ya con Fitzgerald; previno al General Monagas cómo debía coordinar las operaciones, escribió a Urdaneta a la provincia de Cumaná, dándole algunas órdenes, y siguió para el Orinoco, otra vez dominando los obstáculos que la estación lluviosa oponía a la marcha de la división, compuesta de las columnas que dejamos mencionadas.

El 24 estuvo nuevamente el Libertador, con la división que conducía, sobre el Orinoco. No teniendo sino pequeñas embarcaciones, con ellas emprendió pasar aquel río caudaloso, dos leguas arriba de la embocadura del Pao y cerca de la del Cuaicupa. La pericia con que se ejecutó este atrevido movimiento fue admirable. Algunas tropas y bagajes quedaban aún en la ribera izquierda, el 27 de abril, cuando se presentaron tres flecheras de las fuerzas sutiles españolas a estorbar el paso de la división sobre la que rompieron fuegos de artillería y metralla. Bolívar mandó contestarlos desde las riberas con el de Cazadores de infantería, sin que, en una hora que duró el ataque, pudieran los españoles hacer daño mayor del que en cambio recibieron. Dos de las flecheras subieron el río; la tercera regresó aguas abajo. Libre así el paso, se completó el de las tropas; pero se encontraron sin senda para seguir su marcha, de suerte que hubo de abrirse camino la división por entre un espeso bosque

hasta atravesar el río Aro, para encontrar en seguida el pueblo de Barboa. Desde allí era ya practicable la vía que va a Angostura por Almacén, vadeando los ríos Tapaquire, Mapaces y Curiapo. En la necesidad de alimentarse con carne de caballo se veían las tropas; muchos soldados murieron por haber comido **yuca brava,** planta venenosa muy abundante en aquellas selvas vírgenes. Los oficiales tuvieron que marchar a pie hasta reunirse al Teniente Coronel Tomás Montilla, que, de orden de Piar, iba al encuentro del Libertador con auxilios de víveres, ganado y bagajes. Montilla halló la división entre el río Aro y Barboa, desde donde no tuvo dificultad la marcha. Fue así que el 2 de mayo, todos reunidos, se apercibían en el Juncal para atacar a Angostura.

Durante la ausencia del Libertador había hecho prodigios la división que mandaba Piar. El General La Torre tenía a sus órdenes más de 2.000 infantes y 200 caballos, fuerzas que lo tentaron a probar las de Piar en un primer encuentro que sirvió sólo para hacer manifiesta la pericia del jefe republicano. Efectivamente, contando el español con su superioridad estratégica sobre Piar, determinó un movimiento hacia el hato llamado Ferraneso, al sur de Angostura, con lo cual daba ocasión a que Piar se dirigiese en busca de las Misiones, antes fuente de recursos de los españoles, y aventurase la caballería a través del Caroní, arriba del Salto de Arinia, con lo que el agotamiento y estropeo de los caballos pondría a las fuerzas patriotas en condiciones de inferioridad para ser fácilmente batidas. Mientras tanto, La Torre se dirigía rápidamente al Orinoco, cuyo curso seguiría para llegar sin pérdida de tiempo a las Misiones, de modo que estuviesen ya ocupadas por las fuerzas del Rey cuando se presentasen maltrechas y engañadas las republicanas. Si bien el pensamiento del general español era bueno contando con la impericia del republicano, por esa vez, sus combinaciones fueron burladas, pues Piar, desde que observó el movimiento de La Torre, ordenó al Coronel Blanco salirle al encuentro con 500 o más caballos de remonta por la derecha de Caroní, en marcha hacia donde se encaminaba el enemigo, quien continuó durante la noche su movimiento a favor de fogatas que encendió entre los dos campamentos. Al día siguiente reconoció Piar las huellas de su enemigo, cuyas intenciones no se le escapaban; de suerte que con tal acierto ejecutó sus movimientos, con el auxilio de 700 caballos que le proporcionó Blanco, que el 11 de abril, entre las 2 y las 3 de la tarde, se encontraban españoles y patriotas sobre un mismo territorio: aquéllos de vuelta de San Mi-

guel y éstos de San Félix. Unos y otros se aprestaron al ataque y la defensa, variando sus formaciones hasta encontrarse a tiro de pistola el batallón Barlovento de los republicanos, mandado por el valeroso Coronel José María Chipia, con una de las columnas enemigas. Chipia, desplegando sus fuerzas en batalla rápidamente mandó dar frente y alinearse; pero el Teniente Coronel José María Landaeta no se limitó a repetir las órdenes de aquél sino que dispuso romper el fuego y cargar a la bayoneta. Piar entonces ordenó el resto de la división y empeñó el combate en toda la línea con fuegos convergentes sobre las columnas enemigas, en tanto que la caballería cargaba rudamente sobre el flanco izquierdo español. Al comprender el General La Torre que no podía desplegar sus fuegos, quiso retirarse para mejorar de posición; vano intento: su movimiento retrógrado se convirtió pronto en derrota, sin que fueran estímulo para rehacer la batalla el denuedo con que se batieron algunos jefes españoles, entre quienes se distinguía el Gobernador de Angostura, Cerruti. En breve callaron las bocas de fuego. La lucha se empeñó al arma blanca y revistió solemnidad siniestra, en medio de lo cual sólo resonaban las voces de ¡**Firmes, Cachirí!**, lanzadas por los españoles, y el grito de ¡**A la carga!**, proferido por los patriotas. Tremendo fue el degüello de los vencidos; en poco tiempo perdió el General La Torre 1.600 infantes y 200 jinetes con que entró en batalla, contra 1.800 infantes y 400 jinetes que guiaba al combate Piar. Es de observar que la infantería republicana la componían 500 fusileros, 800 lanceros y 500 flecheros. La necesidad obligaba a los republicanos a combatir, como lo hicieron los antiguos caribes en la guerra de la Conquista, tres siglos antes. Entre los prisioneros, cuyo número alcanzó a cerca de la mitad de la división española, cayeron 75 jefes y oficiales; 500 muertos y 200 heridos dejaron los vencidos en el campo, y sólo La Torre y 17 compañeros lograron escapar y embarcarse en el puerto de Tablas, sobre el Orinoco. Los muertos del ejército republicano llegaron a 100, entre los cuales se contaron los bizarros oficiales Chipia y Landaeta.

Al valor y pericia de Anzoátegui y Torres se debió, en parte, este triunfo, que les valió ser ascendidos a Generales de Brigada en el campo de batalla.

El Libertador, al ser instruído de tan brillante hecho de armas, ordenó la reorganización del ejército en las misiones del Caroní y trasladó a San Félix su cuartel general, dejando a cargo del General Cedeño el sitio de Angostura, pues la guarnición no

era capaz de hacer una salida con ventaja después de este famoso y memorable combate.

Los felices resultados que el plan de operaciones alcanzaba de día en día; el respeto que inspiraban al ejército los generales y jefes que sostenían la autoridad del Libertador, entre quienes debemos hacer mención especial de Urdaneta, Cedeño, Zornosa, Monagas, Anzoátegui, Torres, Santander, Vergara, Montilla (Tomás), Manrique, Soublette, Sucre, Carreño y sus nuevos amigos Arismendi, Bermúdez y Valdés, con muchos otros subalternos de conocido patriotismo, y el decidido apoyo del Almirante Brión, permitían ya al Libertador desplegar con más confianza su genio y dar a la naciente República una forma regular, más que nunca necesaria en aquellas circunstancias, en que se trataba de oponerse a un General como Morillo, que, como lo hemos referido, había regresado de Nueva Granada y dirigía las operaciones mediante un sistema regular y a favor de conocimientos militares.

La República nació en aquella época, puede decirse, merced a la organización que se dio al ejército con las distinguidas tropas que se llevaron de Barcelona, y las selvas del Orinoco, puede agregarse, fueron la cuna de la nacionalidad. Gobierno nacional, he aquí lo que pretendía por entonces fundar Bolívar y obtener para esa entidad nueva, respeto en el interior y consideraciones en el exterior.

Ocupábase el Libertador, reconociendo cuán urgente era formar una escuadrilla en el Orinoco, en construír una en el puerto de Tablas para poder estrechar el sitio de las fortalezas de Guayana, cuando llegaron dos noticias de suyo importantes. La primera le imponía del arribo de Morillo a la provincia de Barcelona y de que, en marcha Aldama hacia el Orinoco, se hallaba ya en Chaparro con una fuerte división. La otra, de la conducta de Mariño en la provincia de Cumaná, fomentando de nuevo la discordia que iba a destruír los esfuerzos del naciente gobierno iniciado por Bolívar en Guayana como jefe supremo.

Como dejamos dicho, Mariño se dirigió desde Aragua a la provincia de Cumaná. Reunido a las tropas que había dejado a cargo del Coronel Sucre y a otros pequeños cuerpos que obraban por aquella parte, con los cuales organizó una división de 2.000 hombres, dominó con ella la parte de la provincia de Cumaná comprendida entre Paria y Carúpano, y pudo fijar su cuartel general en Cariaco. En los primeros días de mayo, a tiempo que echaba Bolívar los fundamentos de la reorganización del ejército y del país, en la baja Guayana, se unían alrededor de

Mariño diferentes ciudadanos, entre quienes figuraban el canónigo doctor José Cortés de Madariaga, natural de Chile, el mismo que en la revolución de Caracas del 19 de abril de 1810 llevó la voz como tribuno del pueblo contra el gobierno del Capitán General de Venezuela, que llegaba escapado de las mazmorras de Ceuta, en donde lo tuvo recluído el gobierno español desde 1812, después de la pérdida de Venezuela. Patriota exaltado e imbuído en todos los principios de la revolución francesa, el doctor Madariaga estaba persuadido de que sin las formalidades de un gobierno representativo no podría haber república, y proyectó la formación e instalación de un congreso y de un poder ejecutivo plural, compuesto de tres individuos. Mariño, lejos de oponerse a esa escisión que iba a establecerse, contrariando los acuerdos convenidos, por los cuales se creaba la autoridad suprema del Libertador, fomentó la idea de la que nació una junta sin mandato ninguno del pueblo, a la que se dio el nombre de congreso. Componíanla los señores Francisco Javier Alaix, Francisco Alcalá, Manuel R. Baba, Diego Vallecilla, Diego Alcalá, Francisco de Paula Navas, Diego Bautista Urbaneja y M. Maneiro. Creóse un poder ejecutivo cuyos miembros debían ser el Libertador, el General Francisco Toro y el señor Francisco J. Alaix. Suplentes, los señores Zea, Cortés Madariaga y Coronel Diego Vallecilla. A Brión se le nombró Almirante, y al General Mariño, Jefe Superior del Ejército. Pusiéronse, pues, las armas en poder de este General, que era todo su empeño, y se dejó a Bolívar tan sólo una sombra de autoridad en aquel consejo directivo. Después de tomadas estas medidas y verificados algunos nombramientos, se acordó cerrar las sesiones el 9 de mayo y trasladar el congreso a Margarita, en donde debería instalarse el nuevo gobierno. El amor a la causa de la Independencia, de sobra probado por muchos de los ciudadanos cuyos nombres acabamos de mencionar, los justifica ante la posteridad, por paso que no se puede menos que calificar de imprudente, dado en circunstancias de presentarse Morillo con un fuerte ejército. La justicia impone reconocer que especialmente Zea, Brión, Urbaneja, Maneiro y aun el mismo Cortés Madariaga obraban por convicción, impulsados por el deseo de estatuír un gobierno republicano; pero no podemos decir lo mismo del General Mariño, quien sólo soñaba con el mando supremo, obsesión que asumía ya proporciones de manía en él, con ser hombre de buenos conocimientos políticos aunque mediocre en los militares. Su amor a la independencia y cualidades muy apreciables como hombre privado le valieron la deferencia que en más de una ocasión se le dispensó.

Estas noticias produjeron en el ánimo de Bolívar y en el de los buenos oficiales que le acompañaban aquellas sensaciones que eran consiguientes. Prepararse para resistir a Morillo y sus huestes y desconocer la ridícula farsa de la junta llamada Congreso de Cariaco fueron en adelante el pensamiento y la voluntad de todos. El Libertador desconoció cuanto se había hecho, y escribió a sus amigos que se habían mezclado en tal proyecto, afeándoles su conducta y demostrándoles cuán peligrosas eran las circunstancias para ensayar reformas antes de cimentar siquiera la autoridad del Jefe supremo, constantemente debilitada por las facciones y por la falta de unidad en la dirección de la campaña.

Con todo, las gestiones de los disidentes hallaron eco simpático en Guayana, así en el General Piar como en otros oficiales, sus adictos, que, envanecidos por el triunfo de San Félix, sentían que la presencia del Libertador y sus leales compañeros les privasen de la honra de entrar solos a Angostura, ciudad que se prometían rendir en breve. Cedeño, el General modesto y valeroso, el primero en emprender apoderarse de Guayana y cuyo plan adoptó Piar, opinaba después con Bolívar y vituperó la conducta de quienes simpatizaron con los promotores de aquel desorden; desorden, hemos dicho bien, que no de otro modo cabe llamar la mencionada junta de Cariaco. Contaba el Libertador con el apoyo del ejército cuando dispuso una nueva organización, distribuyéndolo en dos divisiones de infantería y una de caballería: puso la primera a órdenes del General Piar, a quien elevó al empleo de General en Jefe; encargó la segunda al General José Francisco Bermúdez; dio el mando de la caballería al General Cedeño, y nombró jefe del Estado Mayor Libertador al General de Brigada Carlos Soublette. Poco se había adelantado en las operaciones después de la victoria de San Félix: el ejército permanecía acantonado en las inmediaciones de Angostura y Guayana Vieja. Acercóse el Libertador a Santo Tomás de Angostura y mandó construír un reducto en San Fernando, a poca distancia de la ciudad, para poner allí una plaza de armas y apoyar la línea de circunvalación de la ciudad. La primera paralela que se estableció sobre la plaza no distaba en varios puntos más de doscientos metros, de modo que estaba al alcance de los fuegos enemigos. Así quiso emprender un asalto, mas reconociendo que le faltaban los medios de echar puentes sobre los fosos y artillería para abrir una brecha, resolvió limitarse al asedio. El General Piar había emprendido antes un ataque a viva fuerza, y fue rechazado.

Como supo el Libertador que Morillo, en vez de continuar con su lucido ejército sobre el Orinoco, se dirigía a Margarita, determinó, en 30 de mayo, ocupar varias posiciones con el objeto de bloquear a un mismo tiempo los castillos de la Vieja Guayana y de Angostura. Efectivamente, trasladó su cuartel general a San Félix; en este lugar, San Miguel y el pueblo de Caroní, quedaba el centro del ejército: su ala derecha bloqueaba las fortalezas de la Vieja Guayana, y la izquierda, formada en gran parte por la división de caballería al mando del General Cedeño, asediaba a Angostura. Dio órdenes al Almirante Brión para que retirase la escuadrilla que tenía en las costas de Barcelona y Cumaná y la trasladase al Orinoco, trayendo las fuerzas sutiles que posible fuera, dada la significativa importancia de ocupar completamente a Guayana antes de que Morillo regresara de Margarita, y mandó activar la construcción de algunas lanchas en el puerto de Tablas, situado en la embocadura del río Caroní. Esta ardua empresa la confió al General J. B. Arismendi, cuya actividad era conocida: faltaban carpinteros de ribera, calafates y los instrumentos necesarios para tales construcciones. En lugar de aquellos obreros se emplearon carpinteros comunes, y en un mes de constantes trabajos se consiguió armar y equipar cuatro flecheras que se pusieron a órdenes del Capitán Rodríguez y del Teniente Rosendo, quienes las estrenaron tomándole otras dos al enemigo. Contando la escuadrilla española, entre goletas y lanchas cañoneras, con veinte buques de guerra, la flotilla sutil republicana no podía medirse con ella, por lo cual se destinaba a obrar contra buques aislados, y, por decirlo así, furtivamente, guareciéndose en los caños y lagunas en que podía ser protegida desde tierra.

El Libertador había indicado al Almirante Brión los puntos que ocupaba en la derecha del Orinoco para que pudiese dirigirse al interior, desde la bahía de Guampiche, en donde debía reunir sus fuerzas navales para recibir precisamente noticias de Maturín acerca de los movimientos de Morillo y burlar así sus planes. Cumplió debidamente Brión las instrucciones recibidas e introdujo su escuadrilla al Orinoco en ocasión en que se habían elevado ya a once los buques pequeños armados en guerra en el puerto de Las Tablas; con todo, para reunirse a Brión, necesitaban las flecheras republicanas pasar por frente a la Vieja Guayana en donde tenía el enemigo la mayor parte de sus fuerzas sutiles. El 2 de julio de 1817 se ordenó la operación de bajar el río, aprovechándose de la oscuridad de la noche y cargándose en la navegación hacia la izquierda del Orinoco: nueve bu-

ques pasaron sin ser sentidos; empero, descubrió el enemigo los dos últimos, los que al oír el cañon de alarma se vieron forzados a retroceder aguas arriba. En cuanto a los que siguieron hacia abajo, fueron también divisados por las escuchas españolas y por ellas perseguidos a dura boga: acosados de cerca buscaron su salvación en un caño que de la derecha del río va hacia la laguna de Casacoima, en la esperanza de hallar protección en el ejército de tierra, siendo así que el Libertador, en previsión de ese accidente, había dispuesto la marcha de algunos destacamentos en tal dirección; él mismo con varios oficiales de Estado Mayor se encaminó a presenciar las operaciones. Mas el enemigo conjeturó, por su parte, que podría haber tropas republicanas en la ribera derecha para proteger la flotilla, y desembarcó, por tanto, arriba del mencionado caño, una partida que marchase paralelamente con las fuerzas marítimas, maniobra tan sigilosamente ejecutada que, sin ser sentidos, en breve tomaron prisionero un atrasado del destacamento al cual se había unido el Libertador con los oficiales que le acompañaban a la inspección que quería hacer del movimiento. Dioles noticias el prisionero de que marchaba alguna tropa seguida por Bolívar y otros generales, lo que redobló el ahinco de avance del enemigo, casi seguro de apoderarse del Jefe supremo y compañeros, a quienes a poca distancia tuvo a la vista. El destacamento estaba ya del otro lado de una rebalsa del Orinoco, que entra muy adentro de tierra, con ánimo de acercarse a la desembocadura del río Casacoima a proteger las fuerzas sutiles. Mientras tanto nuestros jefes habían echado pie a tierra, se encontraban muy descuidados el 4 de julio cuando se descubrió el enemigo. Estaban con el Libertador los Generales Arismendi, Carlos Soublette y Pedro León Torres; los Coroneles P. Briceño Méndez y Jacinto Lara, el Capitán Martel y algunos otros oficiales y ordenanzas. El General Torres y dos oficiales que, como él, tenían la brida de sus caballos en la mano, montaron y volaron a buscar auxilio por una senda que conocían; los demás, en vista del peligro, se arrojaron al agua y tomando hacia el interior de la rebalsa llegaron a un lugar en que pudieron salir y situarse sobre unos troncos de árboles para esperar allí el resultado. Los soldados, situados del lado opuesto del nombrado seno, al oír los disparos de los españoles sobre el General Pedro León Torres y sus compañeros, volvieron a la orilla e hicieron fuego sobre el enemigo, circunstancia que impidió a éste intentar la persecución de los que huían aguas arriba. En el lugar a donde pudieron llegar se consideraron perdidos, y, según nos refirió el Capitán Martel, el Libertador tomó un

puñal y dijo: **primero me cortaré yo mismo la garganta que dejarme hacer prisionero de los españoles;** sus compañeros se expresaron en igual sentido. Pasados algunos instantes anduvieron algo más hasta un sitio en que resolvieron pasar la noche y meditar en lo que deberían hacer al siguiente día. Mientras tanto la escuadrilla española, superior a la republicana, perseguía a ésta hasta la laguna de Casacoima, en donde al fin la rindió; lograron salvarse la mayor parte de las tripulaciones echándose a tierra y dirigiéndose hacia el río de Casacoima para ir a unirse al ejército. Fue así como en un solo día se perdieron los trabajos y el esfuerzo de más de un mes, gastado en armar la primera escuadrilla del Orinoco.

Al considerar el inminente peligro que corrió el Libertador con los otros generales y oficiales, no podemos menos de lamentar que hubiera expuesto así la salvación de la República, identificada en su persona en aquellas angustiosas circunstancias, por ir a inspeccionar un movimiento enteramente secundario. Tal era el ardor que impulsaba a la acción al General Bolívar, que le parecía indispensable su presencia dondequiera, y, aun cuando en ocasiones éxitos felices abonaran su determinación, no siempre pueden alabársele esa inquietud y esa audacia, servidoras de sus deseos. Nada que no se moviera con el vuelo de su imaginación le satisfacía, empeñada en ver realizadas en un momento sus concepciones. En esa noche de Casacoima el disparo casual de algunos tiros y el no querer los españoles alejarse de las márgenes del Orinoco salvaron a Bolívar y a sus distinguidos conmilitones.

Como dejamos dicho, el Libertador y sus compañeros pasaban la noche sentados sobre los troncos de algunos árboles, mojados y molestados por los mosquitos y otros insectos de aquellos bosques anegadizos. Como era natural, no dormían, sometidos todos al disgusto de la incertidumbre en que se encontraban. Bolívar, para reanimar el espíritu abatido de sus compañeros, temeroso no por sí sino por la vida del jefe de la naciente república, empezó a desarrollar el plan de operaciones que tenía combinado. Comenzó por manifestarles que si bien se había perdido la flotilla, con la entrada de Brión al Orinoco se podría concertar un ataque simultáneo a la Vieja Guayana, pues emprendiendo operaciones decisivas por tierra tendrían los españoles que reconcentrar sus fuerzas. Dio por sentado que se apoderarían de toda la Guayana y que cuando Morillo regresase de Margarita, vencedor o vencido, imposible le sería hacer una campaña ventajosa sobre el Orinoco. Les manifestó que era lo más

probable que no pudiera dominar completamente a Margarita y que la pérdida de Guayana, los triunfos de Páez en el Apure, las operaciones de Mariño en Cumaná, las guerrillas de los Generales Zaraza y Monagas en los llanos de Caracas y de Barcelona, eran un conjunto de circunstancias que obligarían al jefe español a regresar a occidente para organizar de otro modo sus operaciones. Con inspiración profética trazó rápidamente la campaña de Venezuela y la libertad de Nueva Granada; el levantamiento en masa de todo el virreinato; la libertad de Quito; la formación de Colombia y la organización de un ejército capaz de ir a batir al real en Lima y al Alto Perú. En el Desaguadero, decía, nos abrazaremos con Belgrano, Alvear y demás jefes argentinos, y juntos todos los pueblos libres de la América del Sur, impondremos la ley a la España: la gloria de Colombia será inmarcesible. Cuando hubo concluído el Libertador su cuadro, abrillantado con la sublimidad de su frase de fuego, sus amigos, lejos de confortarse, temieron fuera presa de un delirio febril, determinado por la acción del agua o por la insalubridad del clima. Briceño Méndez, su Secretario General, a tal punto participaba de estos temores que le instó para que descansara y abandonara por aquella noche toda suerte de preocupaciones y negocios. Años después el Capitán Martel me refería, memorando ese incidente, que sobrecogido él por la fantasía profética de Casacoima, experimentó el dolor de creer que su jefe se había enloquecido.

Con la luz del día siguiente volvió también la seguridad al espíritu del grupo republicano; todos celebraron ver al Jefe supremo festivo, limitado el pensamiento al modo de reparar la escuadrilla, para dirigirse pronto a San Félix; a todas estas volvía a ellos el General Pedro León Torres con caballos y auxilios de varias clases, de modo que, en marcha poco después la expedición, el 16 de julio se hallaban de nuevo en el cuartel general.

Persuadido el General Bolívar de que era indispensable organizar tribunales militares en reemplazo de los consejos ordinarios y de generales, formados aquéllos con arreglo a la ordenanza española, reconocida como ley, creó, por medio de un decreto dictado en San Félix, los Consejos Permanentes. Esa disposición que, ciertamente, restableció la disciplina, estuvo vigente por mucho tiempo en Colombia, hasta que se dieron por el Congreso leyes que organizaron definitivamente los juzgados y tribunales.

Continuaba el Libertador reorganizando las fuerzas en las Misiones del Caroní, y como dejamos dicho, esperando a que

Brión se internase al Orinoco con la escuadra. La llegada del Almirante llenó de contento no solamente a Bolívar sino a la mayor parte de los oficiales que aguardaban en esos buques sus familias, expuestas a caer en manos de Morillo, que, unido a Aldama, encaminábase a atacar a Margarita, llevando los regimientos de Navarra y de Burgos que en Barcelona esperaban el momento de marchar al Perú, a donde los conducía el General Canterac.

Después de dar sus órdenes, Bolívar se trasladó a San Miguel y de allí pasó a Casacoima, en donde se vio con Brión y mandó construír una batería para que favoreciese la escuadrilla, que siendo todavía de poca fuerza era necesario abrigarla en un caso dado. La llegada de Brión, el combate que tuvieron las fuerzas sutiles que había traído éste y que subiendo el Orinoco se encontraron con las españolas, quedando éstas sumamente maltratadas por el arrojo con que las atacó el Coronel Antonio Díaz, que las mandaba, y la escasez de víveres que tenía La Torre en Angostura, le obligaron a trasladarse a la Vieja Guayana, y el General Bermúdez entró el 17 de julio a la ciudad, con gran regocijo de la población. El General La Torre no permaneció en la Vieja Guayana sino hasta el 3 de agosto, en que evacuó la plaza y salió para la isla de Granada y de allí a Costafirme con su escuadra y los restos de la guarnición, reducida a menos de 600 hombres.

Comoquiera que Morillo juzgaba ser Margarita el punto de apoyo de las operaciones de Bolívar, creía necesario arrebatarle ese baluarte para base de operaciones. No le fue difícil apoderarse de la Costafirme, desde donde se dirigió contra la deseada isla, después de batir los diversos destacamentos de las fuerzas de Mariño, quien, como se ha visto, al impulso de una ambición no justificada privó a Bolívar del concurso de esas tropas, llevadas a Cumaná para ser infructuosamente sacrificadas.

Ese plan de Morillo no era un proyecto del momento. Desde Mompós había expuesto al Rey Fernando la importancia de Margarita y Guayana, y lo hizo constar en las instrucciones que dio al General Enrile, a quien envió a Madrid, a mediados de 1817, para que diese al gobierno de la Metrópoli un informe detallado de la situación de la América. Esa carta oficial y este informe, documentos auténticos que hemos adquirido después de publicada la primera parte de estas Memorias, se verán en el apéndice.

Con la obsesión, pues, de apoderarse de Margarita no prestó Morillo la atención que debiera a Guayana, no obstante que debía saber que aquel país era la vía por donde se internarían to-

dos los elementos de guerra a los llanos de Apure y Casanare, lugares en donde con tánta bizarría luchaban las legiones de Páez.

Llegado el español a Margarita, desembarcó en Los Barales, desde donde dirigió una intimación al jefe de las fuerzas republicanas y una alocución al pueblo, con la pretensión de alucinar, ansioso de disponer de sus fuerzas contra Bolívar y de acelerar la marcha de Canterac al Perú. Cuéntase que este futuro vencido de Sucre, al ver a nuestras tropas, le ofreció a Morillo "batir a sombrerazos a esos bribones". Momentos después, situado en el cerro de Matasiete, se vio envuelto en un reñido combate y rechazado hasta el punto en que estaban las reservas con Morillo, quien a grito herido, pero con sorna, le increpó así su insuceso: "¡a sombrerazos los ha batido usted y viene rechazado!" Morillo mismo hubo de ponerse al frente de esa acción, por otra parte muy lucida por el valor de los combatientes. Entonces conoció Canterac el arrojo y denuedo de los colombianos que, andando los tiempos, debían obligarlo a firmar la capitulación de Ayacucho.

Dos días antes de la rendición de Angostura llegaron al cuartel general del Libertador el General Rafael Urdaneta, el Coronel Antonio José de Sucre, el Teniente Coronel Jerónimo Sucre, el Sargento Mayor Portero y varios otros oficiales subalternos e individuos particulares que se separaron del lado de Mariño cuando éste se declaró generalísimo por el nombramiento del famoso Congreso de Cariaco.

Antes se le habían reunido los Coroneles Santander y Vergara y los Tenientes Coroneles Conde, Manrique, Carreño y Valdés y el doctor José María Salazar, quienes al saber la ocupación de Guayana y el regreso del Libertador, de Haití, tomaron pasaporte de Páez, a cuyo lado no se creían con garantías. Otros oficiales subalternos que no lo obtuvieron, como el Teniente Córdoba y el Subteniente Navas, se fueron sin él; alcanzado el primero por orden de Páez, se vio en peligro de ser fusilado como desertor. Con los informes exactos que todos estos jefes y oficiales dieron a Bolívar acerca de Páez, vino en conocimiento de cómo la conducta que éste observaba era la de un jefe independiente en ejercicio de la autoridad que asumió al quitarle el mando a Santander, quien a su vez lo había usurpado a Serviez, y, con la mira de unificar la acción, diputó a Manrique y Parejo para que se dirigieran a Páez, a quien deberían persuadir de la necesidad de obrar bajo la autoridad del Jefe supremo de la República; pocas conferencias bastaron para conseguir el objeto deseado.

La fuerza que salvó Santander de la pérdida de Nueva Granada, refugiándose en los Llanos, fue el elemento principal que en Casanare y Apure sirvió de núcleo al grupo heroico de soldados de la libertad; y, por consiguiente, la destitución de Santander por el Teniente Coronel Páez, apoyado por los demás oficiales, dio por resultado que el célebre llanero formase un ejército y esclareciese su nombre, llamando además seriamente la atención de Morillo, a lo que se debió que el Libertador pudiese combinar mejor sus operaciones ulteriores.

Para la prosperidad del ejército de Páez vinieron a ser fecundos en resultados la muerte de Boves y las órdenes que dictara Morillo para reprimir a los llaneros acaudillados por aquel español asesino y feroz bandolero, pues sus soldados, a quienes repugnaba vivir sujetos al rigor de la disciplina, fueron a engrosar las filas de Páez, quien por su educación y modo de ser podía manejarlos perfectamente, como lo hizo. Como el Libertador conocía el mérito de Páez, hizo cuanto le fue dado para que obrase de acuerdo con él y se formase general, porque, aunque sin estudios técnicos, como no los tuvieron tampoco tantos otros tácticos distinguidos de la gran guerra, mostraba, más que instinto, genio guerrero para esta clase de operaciones de los desiertos llanos del Apure y Casanare, donde el solo enemigo no es el hombre armado contra el hombre, sino las bestias feroces y los reptiles ponzoñosos y las corrientes impetuosas y hasta los caballos salvajes que han menester de ser domados con arrebatos de salvajes.

Ha sido necesaria esta digresión del objeto principal de nuestras Memorias porque es preciso exhibir los elementos materiales y morales con que Bolívar tuvo que obrar en la grandiosa empresa de conquistar la independencia, no solamente de la heroica Colombia, sino también del Perú y Bolivia, fundamento de la de toda la América española.

Dejamos a Morillo en su lucha con los margariteños que regía el General Gómez. No pasaban las fuerzas organizadas para la defensa de 1.500 hombres, con los cuales resistieron los diversos embates del invasor. Cuando se preparaba Morillo para tomar la ciudad capital, La Asunción, viose obligado a abandonar la isla porque supo la ocupación de Guayana por el Libertador y la retirada del General La Torre de las plazas de Angostura y Vieja Guayana; que Zaraza se había apoderado de Llano Alto, y que los valles del Tuy estaban amenazados por una invasión. Heroica fue la defensa de Margarita. No solamente lo refieren así los historiadores de Colombia Restrepo y Baralt, sino también Torren-

te y Díaz en sus parciales narraciones de la guerra de reconquista de Venezuela: éstos confiesan el valor de los habitantes y la furia con que se batió Morillo lanceando con sus propias manos 18 individuos que supieron morir sin humillarse.

Ya hemos manifestado cuál era la importancia que acordaba Morillo a la ocupación de la isla de Margarita y al sostenimiento de las plazas de Guayana. En sus Memorias, publicadas en París y traducidas al francés en 1826, inserta las proclamas de que hemos hablado y refiere el abandono de la isla en los términos siguientes, que traducimos: "Mi lenguaje fue desdeñado y me vi insultado en presencia de mis soldados, que admiraban mi tolerancia. La isla fue ocupada casi enteramente: todas sus posiciones, fortificadas por el arte y por la naturaleza, fueron tomadas sucesivamente a pesar de la obstinada defensa y de una resistencia inaudita en los fastos militares. La ocupación de su capital (la ciudad de La Asunción) iba a terminar esta campaña cuando noticias exageradas del progreso del enemigo y de conmociones en la provincia de Caracas me hicieron abandonar mi empresa. Estas noticias aseguraban que el General La Torre había avanzado a Guayana, viéndose obligado a retirarse a la isla de Granada, dejando al enemigo en la libre posesión del país: me trasladé rápidamente con una parte de mis tropas a la capital de Venezuela. La isla de Margarita vino a ser entonces el refugio de seres turbulentos, gracias a los hombres pusilánimes o mal informados que me obligaron por sus instancias y avisos inexactos a abandonar una operación que consideraba como terminada". Los avisos eran dados por el Brigadier Pardo, a quien el mismo Morillo nombró de Capitán General, retirando a Moxó por sus crueldades y robos.

La misma Corte española, alarmada con noticia de los progresos que hacía Bolívar, inquirió la opinión de los Consejos de Indias y de guerra. El de Indias presentó un informe al Rey en que pedía se improbase la conducta de Morillo y se usase de medios suaves para conservar las Américas. Este importante documento fue presentado a Fernando VII el 10 de noviembre de 1817; pero el Ministro de Guerra, Eguía, seguía favoreciendo a Morillo y sosteniendo cuantos excesos cometía este General, para destruír el país al poder de contribuciones y de la muerte de los más ilustres ciudadanos.

Las ventajas obtenidas con la ocupación del territorio de Guayana, el retiro de Morillo de Margarita y el brillante combate de Páez en Barinas, en donde batió completamente al Coronel Remigio Ramos tomándole muchos elementos de guerra, mulas,

pertrechos y ropas que sacó de los almacenes de los españoles y del comercio en general, daban apoyo de significación a las operaciones que meditaba Bolívar; pero corría la época de las contrariedades y debían éstas poner a prueba la inteligencia y la energía del Libertador, siempre más grande cuanto más poderosas surgían las dificultades que habían de ser vencidas.

Y aquí llegamos a un momento de la historia que no es sino el desarrollo lógico de sucesos ya referidos. Hay que repetir que el genio de la discordia sopló un día sobre el cerebro del General Santiago Mariño, autor del Congresillo de Cariaco y factor de funestas sugestiones hechas a Piar, Arismendi y otros jefes del ejército.

Los principios profesados por la junta de Cariaco servían ahora de fundamento a trabajos sediciosos del General Piar, con la sola variante de conferir la dirección suprema de la guerra a un consejo de generales. Se invocaba el derecho exclusivo de las razas mestizas al gobierno de la tierra venezolana, porque siendo ellas mayoría en el país contaban con títulos indiscutibles, y en tal sentido se hizo llamada al sentimiento de los jefes y oficiales mulatos y cuarterones, con cuyo concurso principió a minarse la constitución del ejército.

Impuesto el Teniente Coronel Juan Francisco Sánchez del plan que maduraba Piar, lo comunicó al Libertador, quien creyó conveniente hacerlo saber al General Arismendi, que estaba en posesión de la trama, sintiendo sí que manchasen su nombre (el de Arismendi), en intriga tan detestable y en circunstancias en que debían abrirse operaciones, tanto más uniformes cuanto los españoles habían renovado la campaña con el regreso de Morillo y obtenido pequeñas ventajas en el Llano Alto. Este paso contuvo a Arismendi; pero, sabedor el General Piar de estar descubierto su plan, pidió licencia para irse al exterior a cuidar de su poca salud, a lo cual accedió Bolívar, ordenando entregase al General Urdaneta la división que mandaba. Ocurrían estos hechos en los días en que se apuraba el bloqueo de Angostura y de la Vieja Guayana. Con la licencia que le fue concedida el 30 de junio, Piar, en vez de marchar a las colonias extranjeras, como ofreció, se trasladó a la villa de Upata, después de haber estado algunos días en Angostura seduciendo a varios jefes.

No bastaron para disuadir a Piar las insinuaciones amistosas que le hicieron algunos amigos, ni aun el llamamiento que recibió del Libertador para que desistiese de esa conspiración enderezada no solamente contra la autoridad de Bolívar sino

contra la sociedad americana, amenazada con una guerra de castas.

Años después, cuando el General Bolívar refería estos sucesos, lamentaba siempre los males causados por los ambiciosos que, so capa de defender principios que jamás han respetado, van derecho en persecución de mando para ejercerlo como déspotas.

Reunió el Libertador una junta o asamblea militar que, a decir verdad, no había otro modo de obrar de acuerdo con los principios democráticos, ante la cual expuso la necesidad del compromiso de sostener la autoridad por él representada. Logró el acatamiento pleno de sus deseos, por manera que contó desde entonces y una vez más con la opinión de los jefes del ejército.

Mientras tanto, Piar se había trasladado de Upata a la villa de Aragua de Cumaná, para unirse allí a los descontentos seducidos por Mariño.

Convencido Bolívar de la fuerza moral que podía adquirir merced a un acto de firmeza, decidió llamar a juicio al General Piar; en efecto, instruído el correspondiente sumario, se ordenó prender al jefe en rebeldía, por comisión encargada al General Cedeño, al Teniente Coronel Jesús Barreto y a los Comandantes Juan A. Mina y Juan Francisco Sánchez; suceso que nos relató el General Barreto y que supimos también por boca del General Francisco Carmona, quien era por entonces Teniente Coronel de Caballería y estaba en Aragua con Piar. Llegados Cedeño y Barreto solos, dejaron a Sánchez y Mina emboscados con una partida de jinetes aguerridos de toda confianza, y se dirigieron a casa de Piar, en donde entraron. Barreto, apoderándose de la espada que el General tenía colgada en la hamaca, le intimó prisión. Piar trató de escapar para ir a unirse a la fuerza que mandaba Carmona, pero Barreto, tomándolo de la mano, lo conservó así mientras llegaba la escolta con los caballos. Antes pasó el General Cedeño a hablar con Carmona, quien le prometió estar dispuesto a cumplir las órdenes del Libertador. Habiendo hecho montar a Piar lo llevaron a Angostura, en donde fue juzgado y condenado a muerte, por sentencia que pronunciaron unánimemente los miembros del Consejo de Oficiales, Generales de Brigada Pedro León Torres y José Antonio Anzoátegui, Coroneles José Ucrós y José María Cedeño, Tenientes Coroneles Francisco Conde y Judas Tadeo Galindo. Fue fiscal el General de Brigada Carlos Soublette y defensor el Coronel Teodoro Galindo.

Refiriéndose a la ejecución del 16 de octubre de 1817, años después Bolívar nos decía: "Solamente la necesidad de moralizar la naciente República de Colombia me pudo animar para no ceder a los impulsos de mi corazón que luchaba con mi juicio. Mariño conspiraba siempre, y Páez obraba en realidad independientemente: algunos otros de nuestros hombres públicos refugiados en el ejército querían que se combatiese a los españoles organizando un gobierno absoluto y otros bajo un consejo directivo. Encontrábame lleno de contrariedades y era necesario que cesase la anarquía para dar unidad a las operaciones y llevar adelante mis planes".

Cuando se supo en Caracas este golpe de energía del Libertador y que el Consejo de Oficiales Generales, organizado conforme al decreto de San Félix, había comenzado a ejercer sus funciones con tan célebre causa, se formó por Morillo y el Capitán General de Venezuela una idea más favorable de Bolívar, y temieron habérselas más adelante con un jefe que obraba con plan y regularidad. Los generales que hasta entonces habían pretendido obrar con independencia, como Páez y Mariño, reconocieron que la autoridad de Bolívar se había consolidado con este acto de justicia, de energía y de orden. Sin embargo, el desgraciado General Mariño, lleno de buenas cualidades como cumplido caballero, tentó una vez más oponerse a las órdenes de Bolívar. No le servían de escarmiento los golpes que recibiera de los españoles en Yaguarapaso, perdiendo alguna tropa en la derrota que sufrió por el jefe español Jiménez, ni el inútil sacrificio de un valiente como el Coronel José María Hermoso, varios jefes y oficiales y 250 hombres de tropa. Así fue que cuando el Libertador le ordenó entregar el mando del resto del ejército al General Bermúdez, quiso desobedecer entrando en controversias con dicho General, ya por comunicaciones oficiales, ya por cartas particulares o en conferencias privadas. La firmeza con que procedió Bermúdez y el espíritu de subordinación que se iba introduciendo en las tropas hicieron ver a Mariño que tenía que cejar, y no obstante el modo insultante con que contestó al principio, cedió, entregó las tropas a Bermúdez y se retiró a Margarita, lo que le permitió Bermúdez, obteniendo del Libertador que dejara tranquilo a Mariño, su antiguo amigo y compañero, a cuyas órdenes había servido. El Libertador recordaba con este motivo las faltas anteriores del mismo Bermúdez, con quien se había reconciliado de tan buena fe; era, pues, necesario darle una prueba de confianza, medio de atraer también a Mariño a buena vía.

El 10 de octubre, antes de la ejecución de Piar, dio el Libertador el decreto por el cual mandaba que los bienes nacionales provenientes del ramo de secuestros que se debían hacer de los bienes de la corona española y de los defensores de ese gobierno, se distribuyeran entre todos los militares que habían servido en el ejército desde la expedición de Ocumare en 1816, hasta el 13 de febrero de 1819. Este decreto llevaba fecha 3 de septiembre y se dio en retaliación de los de Morillo que ordenaron confiscar los bienes de los patriotas, tanto en Venezuela como en Nueva Granada.

En medio de las selvas del Orinoco organizaba Bolívar la administración pública. El decreto de asignaciones comprendía a los empleados del cuerpo civil y de sanidad, asimilándolos a los empleos militares. Al General en Jefe se le señalaron $ 250.00, al de División $ 200.00, al de Brigada $ 150.00, al Coronel $ 100.00, al Teniente Coronel $ 90.00, al Sargento Mayor $ 80.00, al Capitán $ 60.00, al Teniente $ 40.00, al Subteniente o Alférez $ 30.00, a los Sargentos Primero y Segundo, trompetas y músicos $ 7.00, y a los soldados $ 5.00. De este modo decretó el Libertador la inversión de los bienes nacionales, origen primitivo de la deuda interior. Los congresos de Guayana y Cúcuta aprobaron este decreto con fechas de 6 de enero de 1820 y 29 de septiembre de 1821.

Luégo que Bolívar dominó la situación y teniendo que emprender operaciones militares, creyó conveniente formar un gobierno provisional, y que tuviese un carácter verdaderamente político y limitar su autoridad para empezar a sentar las bases de un gobierno representativo y democrático, conforme a los principios proclamados. En consecuencia, el 30 de octubre de 1817 decretó el establecimiento de un Consejo de Estado, que se instaló solemnemente el 10 de noviembre siguiente.

Recordemos que el Libertador ejercía el mando a virtud de la memorable acta de 6 de mayo de 1816, celebrada en la heroica isla de Margarita, y que dimanaba de aquélla la forma central del gobierno dictatorial representado por Bolívar con el nombre de Jefe Supremo.

Ante ese nuevo cuerpo manifestó el Libertador en brillante discurso cómo la necesidad le había obligado a ejercer el mando absoluto, verdadera dictadura para salvar la situación y concentrar las operaciones, y cómo era preciso establecer ya un cuerpo moderador de su autoridad. Debía el Consejo deliberar libremente en materias administrativas y económicas y con voto consultivo en materias de gobierno. Era llegada la hora de organizar

los juzgados y tribunales conforme a las leyes anteriores vigentes, y, en el ramo de guerra, conforme al decreto de San Félix, que tan útil fue durante la guerra. Son dignos de copiarse los siguientes conceptos de su discurso: "El tercer período de Venezuela no había presentado hasta ahora un momento tan favorable en que se pudiese colocar al abrigo de tempestades el arca de nuestra constitución. Yo he anhelado y podré decir que he vivido desesperado en tanto cuanto he visto a mi patria sin constitución, sin leyes, sin tribunales, regida por el solo arbitrio de los mandatarios, sin más guías que sus banderas, sin más principios que la destrucción de los tiranos y sin más sistema que el de la independencia y libertad. Yo me he apresurado a dar a mi patria el beneficio de un gobierno moderado, justo y legal. Si no lo es, V. E. va a decirlo: mi ánimo ha sido establecerlo".

El Consejo de Estado se componía de varias secciones: la primera, de Estado y Hacienda, a cargo del doctor Francisco A. Zea, del señor Fernando Peñalver y señores José María Ossa y Vicente Lecuna; la segunda, de Guerra y Marina, compuesta del Almirante Luis Brión, General Manuel Cedeño, Coroneles Tomás Montilla y Pedro Hernández y Teniente Coronel Francisco Conde; la tercera, del Interior y Justicia, organizada con los señores Juan Martínez, Presidente de la Alta Corte de Justicia, y de los jurisconsultos Luis Peraza, José España y Antonio Betancourt. Los primeramente nombrados en cada sección eran Presidentes, y pertenecían igualmente al Consejo los Generales: Carlos Soublette, José Antonio Anzoátegui y los Coroneles Antonio Díaz, Mateo Salcedo, Juan Francisco Sánchez, José Ucrós, José Manuel Olivares y Fernando Galindo, y el Comisario General del ejército, Manuel Bremont.

La principal función del Consejo era reemplazar al Jefe Supremo en caso de muerte u otra que le privase del ejercicio de la autoridad; acordar todos los decretos para la marcha de la administración, que debían ser mandados ejecutar por el Jefe Supremo; dar voto consultivo en los casos graves, a petición del Poder Ejecutivo, y correr con las relaciones exteriores centralizando este servicio.

Además del establecimiento del poder judicial, con arreglo a las leyes, se creó un Tribunal de Comercio que debía extender su protección a la agricultura.

Los miembros que dejamos nombrados, que componían el Consejo, eran todos empleados públicos; servían sus destinos y asistían a las deliberaciones de ese cuerpo.

Dotado de genio inmortal, Bolívar hacía salir como por encanto una república de la nada; al mismo tiempo que creaba, organizaba, sin descuidar su obra magna, la dirección de la guerra y la organización militar. Y a este hombre singular era a quien los realistas llamaban jefe de bandidos; mas, ¡qué mucho que los enemigos de la patria americana fueran en todos los tonos contra el predestinado de un futuro no ya remoto, si los hijos del mismo suelo por cuya independencia se luchaba, los pequeños enemigos de los grandes le inculpaban por falta de moderación con aspiraciones al mando despótico, y le atribuyeron con insolente arrojo la ejecución de Piar como medio, inicuo medio, de deshacerse de un rival que oscurecía su nombre!

Cierto escritor de cuentos y falsedades, el venezolano José Domingo Díaz, dice que "en ese tiempo don Simón Bolívar, escapado de Barcelona, había penetrado hasta el Apure, y unídose a Páez, que así como Piar le reconocieron por el jefe supremo de la República. Piar era uno de nuestros más temibles enemigos. Valiente, audaz, con talentos poco comunes, y con una grande influencia en todas las castas por pertenecer a una de ellas, era uno de aquellos hombres de Venezuela que podían arrastrar así la mayor parte de su población y de su fuerza física. Era más temible que el aturdido Bolívar; y si hubiese vivido, ya el tiempo lo habría confirmado. Una casual reunión de circunstancias felices le proporcionó pocos meses después el hacerle desaparecer. No era necesario para ello sino conocer el irreflexivo aturdimiento, la suma desconfianza, la irritabilidad excesiva de Simón Bolívar. Así, desde mi habitación pude excitarlas por personas intermedias, y por un encadenamiento de papeles, y de sucesos verdaderos o aparentes. Cuando estaba ya lleno de terror, de sospechas y desconfianzas hacia su colega, una gaceta de Caracas puesta en sus manos le precipitó, voló a Guayana y le pasó por las armas".

Apenas puede figurarse un hombre de recto juicio, que un venezolano que se dice amigo y condiscípulo de los actores de la revolución, escriba como testigo ocular tanta inepcia y falsedad. El lector ha visto la verídica relación hecha del juicio y ejecución de Piar; en ella hemos manifestado quién fue el que descubrió sus planes al Libertador y cuál el jefe que real y positivamente le aprisionó con sus manos. Los Generales Valdés, Sucre y Torres, no obstante su amistad con el desgraciado General Piar, confesaban y condenaban su conducta. Todos los

que cito, menos Sánchez, han hablado conmigo: su testimonio y los autos que existían en los archivos de Colombia desmienten a los calumniadores.

El General Piar no era venezolano, como dice Díaz; nació en Curazao y fue hijo natural de una mulata blanca holandesa y de un caballero de raza española.

No faltan todavía ciertos hombres de nulidad reconocida empeñados en mancillar la reputación del héroe, a quien se figuran impulsado por celos de gloria. Gentes de ese criterio no conocieron a Bolívar; acaso algunos lo vieron desde lejos.

CAPITULO XV

Situación del ejército republicano al emprender el Libertador la campaña de 1817 sobre Caracas.—Fuerzas del ejército español.—Morillo abre operaciones sobre Apure.—El General Páez concentra sus fuerzas y se dispone a obrar en guerrillas.—El General La Torre recibe órdenes de ir a atacar a Zaraza.—Se une a Aldama y marcha sobre Apure.—El General Páez maniobra sin comprometer batalla y sorprende un destacamento español.—El Coronel Aramendi.—Sabe Morillo la marcha del Libertador a unirse a Zaraza.—Marcha Morillo a reforzar a La Torre. El General Zaraza no cumple las órdenes del Libertador y se resuelve a recibir la batalla en el Hato de La Hogaza.—La pierde, y Morillo no logró llegar antes de la victoria de La Torre, que fue completa.—Da un indulto Morillo.—Recibe el Libertador la noticia en San Diego y resuelve regresar a Angostura y dicta diferentes órdenes a sus tenientes. Las desgracias no arredran el ánimo de Bolívar.—Páez le da cuenta al Libertador de sus operaciones.—En vista de los informes de Páez el Libertador resuelve unirse a aquél en Apure y parten las fuerzas de Angostura el 31 de diciembre.—Conclusión del capítulo con algunas reflexiones.

Organizado un gobierno regular y afianzada la autoridad del Libertador, como hemos referido en el capítulo anterior, vamos a ocuparnos del modo como se ejecutó el plan de operaciones del General Bolívar y con qué fuerzas emprendió sus movimientos y cuáles oponía Morillo.

Tan pronto como se restablecieron la disciplina y el orden en Guayana, el Libertador activó la organización y aumento de los cuerpos y dispuso que el General de Brigada Pedro León Torres fuese a reforzar al General Zaraza, que tenía su cuartel general en Chaguaramas; como estuviese escaso de municiones y armamento, se le remitió alguno para que pronto pudiese obrar sobre los llanos de Caracas, para cuya operación debían obrar bajo sus órdenes las guerrillas que mandaban los oficiales Urquiola, Villasana, Velásquez y otros. El General Monagas, con la división de su mando, ocupaba parte del territorio de Barcelona y fijó su cuartel general en las cercanías de Pao. Bermúdez tomó el mando de las fuerzas que le entregó Mariño en la provincia de Cumaná, y fue reforzado con las que regía el General Rojas. A todas estas divisiones les faltaban armas y municiones, que algunos comisionados fueron a traer de las colonias extranjeras, en donde había contratadas por el Almirante Brión.

El General Páez había concentrado sus fuerzas en Achaguas, abandonando el cuartel general de Yagual, porque se había infestado ese lugar de fiebres perniciosas.

El ejército español, después de la retirada del General Morillo de Margarita, había sido distribuído como vamos a expresar, tomando los datos de documentos oficiales del mismo Morillo. El Coronel Francisco Jiménez fue destinado a obrar sobre Güiria y se formaba esta columna de los cuerpos de Clarines y la Reina Isabel.

Don Vicente Bausa fue destinado sobre Cumaná, con orden de destruír aquella población.

La guarnición de Cumaná constaba del batallón provincial de aquel puerto, del de Granada y de algunos piquetes de húsares y artillería ligera.

La ciudad de Barcelona estaba guarnecida por 100 hombres del batallón Barbastro, y el resto de este cuerpo guardaba la escuadrilla real en el puerto de La Guaira.

En Caracas, el batallón de Burgos y diversos destacamentos de todas armas.

En el valle de Orituco, el batallón de la Corona. En Puerto Cabello, el cuadro del batallón Clarines destinado; en San Félix, la mayor parte del sexto escuadrón de artillería, un hospital y el depósito de inválidos.

Otros puntos del interior estaban guarnecidos por las milicias de Valencia y Aragua.

El ejército de operaciones constaba de cinco divisiones, y tenía Morillo su cuartel general en Calabozo.

La primera división se componía de los regimientos de Castilla y de la Unión y de los húsares de Fernando VII con un débil escuadrón de llaneros. Era Comandante General el Brigadier don Miguel de la Torre.

La segunda división se componía del batallón de Burgos, dos batallones del regimiento de Navarra y un escuadrón de lanceros del Rey.

La tercera división, de los batallones primero y tercero de Numancia, del regimiento de León, de un batallón de artillería de húsares de Granada, del batallón de Aragón, el del Rey, el de la Albuera y el que guarnecía a Panamá, de Cataluña, todo a órdenes del Virrey Sámano.

La cuarta división, que regía el Brigadier don Ramón Correa, se encargó al Coronel de Dragones don Juan de Aldama, por haberse llamado al Estado Mayor, ad ínterim, al Brigadier don R. Correa, y constaba del regimiento Dragones de la Unión,

los guías del General, lanceros venezolanos y los batallones Victoria y Numancia. Estaba destinada a obrar contra el ejército de Apure y se hallaba situada en Nutrias y riberas del Apure.

La quinta se formaba del batallón de Barinas, dragones fieles a Fernando VII y de muchos escuadrones de la misma arma, organizados según el sistema del país en San Fernando y Camaguar: ella tenía por Comandante General al Coronel don Sebastián de la Calzada.

Tal era el completo del ejército expedicionario que tenía Morillo y que pasaba de 14.000 hombres de fuerza efectiva.

El ejército republicano tendría 10.000 hombres en los puntos que dejamos indicados.

El Libertador resolvió entrar en operaciones y mandó al General Urdaneta al ejército de Páez, para que instruyéndolo del plan que había adoptado, obrasen de acuerdo con él, y al Coronel Montes de Oca para que fuese a instruír al General Zaraza de que el Libertador seguía con una hermosa división y que no debía librar ni recibir batalla antes de reunirse a él. El Coronel Montes de Oca, según se excusaba Zaraza, no fue preciso en sus órdenes, y Zaraza resolvió batirse con el Brigadier La Torre, a quien Morillo le había dado órdenes de ir a atacar a Zaraza antes que se reuniese a otras fuerzas.

El General Morillo partió de su cuartel general de Calabozo a unirse a las divisiones de Aldama y Calzada para evitar que el Libertador se uniese al General Páez.

Antes que llegase Morillo, el Coronel Aldama, llamándose el vencedor de Barcelona, intimó al General Páez que se rindiese o lo batiría y triunfaría fácilmente de él. Páez le contestó con arrogancia y le ofreció irlo a atacar pasando el Apure.

Al partir Morillo para Apure dio órdenes al General La Torre para que fuese a atacar a Zaraza antes que pudiese reunírsele otra división republicana.

El General Páez no se detuvo y mandó al Comandante Rangel con una columna de 400 hombres a atacar y ocupar el pueblo de Santo Domingo y mortificar a Aldama en Nutrias. Al saber Aldama que se acercaba Morillo, fue a su encuentro, abandonando a Nutrias, en donde le tenían en constante alarma las tropas de Rangel. El General Morillo llevaba consigo el batallón de la Unión, su cuerpo favorito, un escuadrón de lanceros del Rey y otro de llaneros del país, organizado por don Rafael López.

Llegó el General Morillo a Camaguar y se reunió Aldama al General Morillo, que iba ya con Calzada en Camarnio, de donde siguieron todos juntos al pueblo de Apurito.

Instruído Páez de este movimiento hizo retirar al Comandante Rangel de las inmediaciones de Nutrias, trató de concentrar sus fuerzas, y trasladó sus enfermos a la ribera del Arauca para formar un hospital del otro lado de este río y quedar expedito para obrar.

Esta campaña de Morillo hasta San Antonio, en que creía encontrar todas las fuerzas de Páez, le salió fallida, porque encontró diseminado el ejército patriota para obrar según el sistema adoptado por Páez, de no atacar sino en las circunstancias probables de triunfo.

El General Páez mandó una columna de caballería a órdenes del Coronel Aramendi para que fuese a sorprender un campamento de caballería realista, que estaba acampado en una sabana, y persiguió al destacamento que fue a Achaguas con ánimo de sorprender a Páez, que se decía que estaba en esa población enfermo. Aramendi logró su objeto tomando muchos caballos y matando y haciendo prisioneros algunos hombres. Entonces siguió con sus fuerzas el General Páez para San Fernando.

Encontrábase Morillo en estas operaciones contra Páez cuando recibió un posta del Brigadier La Torre en que le daba parte desde **El Calvario** de que Bolívar con las fuerzas de Guayana venía por la vía de San Diego a reunirse a Zaraza.

El Coronel Aldama, en su marcha de Nutrias a Guadarrama, se había separado mucho del cuartel general y no pudo reunirse con Morillo, que lo llamó para ir a reforzar a La Torre, sino en un lugar llamado Dormida, cerca del río Juanapaso.

El mismo día Morillo tomó de la cuarta división el batallón Numancia, los lanceros venezolanos, y un escuadrón de tropas del país, que mandaba don Rafael López, y emprendió su marcha a reunirse a La Torre.

El resto de la cuarta división siguió con Aldama para Apurito, por donde debía obrar, y la división de Calzada dispuso que se fuese a lo interior de Barinas para organizar nuevas fuerzas y contener el progreso de los independientes.

El General Zaraza se situó en el hato de La Hogaza y tenía una avanzada en la quebrada de Munapise. No cumplió las órdenes del Libertador, de replegarse a su cuartel general que lo encontraría marchando en su encuentro por la vía de San Diego. El Brigadier La Torre atacó el 2 de diciembre de 1817 el destacamento de que vamos hablando, y en seguida a toda la división Zaraza, cuya derrota fue completa, y teniendo una fuerza doble a la de La Torre, Zaraza fue vencido, quedando en poder del enemigo la artillería que eran tres piezas, un parque de 50.000 car-

tuchos, más de 1.000 caballerías y muchos fusiles, los equipajes y una imprenta. El campo quedó cubierto de cadáveres: 1.200 patriotas y 200 realistas: no hubo prisioneros porque no habían querido los republicanos someterse al llamamiento paternal que dijo Morillo que les había hecho a los republicanos cuando después del rechazo de Margarita y pérdida de Angostura y Vieja Guayana, publicó en septiembre de 1817 el indulto que desde enero había acordado el mismo Fernando VII cuando se casó con una princesa de la casa de Braganza. Morillo, al referir los sucesos de aquella campaña, contestando un escrito del General Antonio Nariño, dice: "Esta feliz jornada de La Hogaza me hizo olvidar cómo los rebeldes se habían osado a acoger la amnistía real y mis promesas particulares. Yo borré de mi memoria las crueldades y los asesinatos cometidos sobre los europeos y aun sobre los americanos que seguían mi ejército y que tuvieron la desgracia de ser prisioneros. Para no hacer estremecer la humanidad yo cubriré estos crímenes con el silencio", y en seguida publica una amnistía.

No queremos después de medio siglo hacer revivir aquellos sentimientos de furor de la época en que las crueldades mutuas deshonraron el carácter español y el hispanoamericano. Pero es necesario que cuando un contemporáneo escribe en el último tercio de la vida no deje pasar inadvertidos los escritos de los actores que no son fieles a la narración histórica. El hombre que segó tantas vidas ilustres como las de Caldas, España, Villavicencio, Torres, García de Toledo, Anguiano y mil más, no tiene derecho a decir lo que dejamos copiado después de la matanza de La Hogaza, en que no hubo prisioneros.

En el capítulo anterior hemos citado la relación que dio Enrile al Rey sobre las operaciones hasta la ocupación de la ciudad de Bogotá, para que se vea con qué disimulo cubría los excesos de que él era autor. En el mismo capítulo he citado el informe del Consejo de Indias, que jamás se publicó y que obtuvimos uno y otro documento después de la muerte de nuestro tío, el ex-Regente de España, Ministro del Consejo de Indias, don Joaquín de Mosquera, y la viuda nos mandó parte de su archivo como herederos. El informe del Consejo fue escrito por el mismo señor Mosquera según lo acordado, y la carta de Enrile y su informe son los originales firmados por Enrile, de modo que no puede dudarse de su autenticidad.

Morillo, con las noticias del triunfo que recibió en Guadarrama, a la embocadura del río de La Portuguesa, resolvió acantonar las fuerzas que tenía a sus órdenes y se preparaba para la nueva campaña de 1818. Guadarrama, Baúl y Calabozo fueron los lugares destinados para los cuerpos que conducía a sus órdenes el General Morillo. En San Diego de Cabrutica recibió Bolívar la fatal noticia de la pérdida del combate de La Hogaza. Ordenó a Zaraza que no abandonase los llanos de Caracas con sus guerrillas de caballería; a José Tadeo Monagas, que conservase sus posiciones de Barcelona; y resolvió regresar a Angostura con la división que tenía a sus órdenes y la fuerza que había podido salvar el General Pedro León Torres.

El Libertador tenía tanta deferencia por los hombres que servían con absoluta abnegación como Zaraza y otros, que se preocupaba, les daba empleos militares, y acostumbrado a llamarlos Coroneles y Generales, llegaba a persuadirse que lo eran y les confiaba un mando superior, y tuvo que lamentar su error como en el de la acción de La Hogaza.

El genio de Bolívar era más fecundo y grande en medio de los conflictos. Esta desgracia no le desalienta; regresa a Angostura, encuentra que un buque de los que fueron a buscar armamento y municiones había regresado, pudo con ellas armar las nuevas tropas que había organizado publicando la ley marcial, y quedaron los republicanos tan fuertes o más que lo estaban el 1º de diciembre.

El General Páez, después de la sorpresa que dio el Coronel Aramendi a los españoles y supo el regreso de Morillo a Calabozo y la marcha de Aldama a Apurito y de Calzada a Barinas, le escribió al Libertador que con el ataque que diera a la caballería en Nutrias y el que hizo a San Fernando por la noche, vitoreando al Libertador, Morillo había repasado el Apure y retirádose así a Guadarrama.

Ya hemos referido las causas que obraron en el ánimo de Morillo para sus operaciones, y las que tuvo el Libertador para las suyas. El General Bolívar nos decía, acordándose de los sucesos de 1817, que había sufrido más por la divergencia de opiniones de sus copartidarios, deslealtad y envidia de otros e ineptitud de algunos, que lo que le hicieran pensar las operaciones de los españoles, y bien conocerá el lector, por lo que dejamos referido de los siete primeros años de la revolución, que ha tenido Bolívar necesidad de un alma de hierro y una constancia sin

ejemplo. ¿Cuántos héroes que nos describe la historia como grandes se habrían anonadado al presentárseles tales dificultades?

Recibidas las comunicaciones de Páez, el General Bolívar resolvió unir su ejército al de Apure y le mandó al Coronel Olivares con las instrucciones para obrar. El General Valdés mandaba una división y el General Pedro León Torres otra, las que se embarcaron el 31 de diciembre del año 1817 en 29 buques en Angostura para reunirse con la división Monagas en el lugar donde desemboca el Pao en el Orinoco.

Con este movimiento hemos concluído las campañas para dar principio a la de 1818.

El Libertador, con la ejecución de su plan de ocupar a Guayana y establecer allí su base de operaciones, comenzó a desarrollar el plan que a grandes pinceladas poéticas trazó en las rebalsas del Orinoco aquella noche lúgubre de que hemos hablado al referir las operaciones en las riberas de este río. Sus tenientes se entusiasmaban. Sofoca la naciente revolución que un cerebro ardiente como el de Cortés de Madariaga, inicia y acoge la envidia y letal ambición de Mariño. Restablece la moral y disciplina con un acto sublime de energía y justicia. Organiza una administración de gobierno y hacienda; restablece las leyes y el poder judicial y establece un gobierno, limitando la autoridad suprema que ejercía, por aclamación de los heroicos republicanos reunidos en Margarita, perla preciosa que vino a ser el baluarte inexpugnable de la libertad y el arsenal de marina para la que se formaba y adquiría en el exterior. El año de 1817, en que el genio y valor de los colombianos hacían conocer al gobierno español que no eran los cadalsos, tormentos, confiscaciones y presidios los elementos de pacificar, se vieron sus agentes súbitamente enfrente, ya no de cuerpos francos y aguerridos, sino de un gobierno regular tanto más digno de respeto cuanto que Bolívar por sus heroicos hechos de armas de 1813 a 1814 había dado a Morillo y Enrile una idea favorable a sus aptitudes.

En el documento que hemos citado adelante se ve que el Consejo de Indias sentía ya la pérdida de las colonias por la mala conducta de los pacificadores; pero nosotros sabemos que influía también en el ánimo del Consejo el conocimiento que tenían algunos de sus miembros de las cualidades del General Bolívar, porque le habían seguido y estudiado desde principios de la revolución. A esto debemos atribuír el cambio de conducta del Capitán General don Juan B. Pardo y del Pacificador Morillo

en sus proclamas ofreciendo indultos y amnistías, que eran considerados como falaces medios de triunfar, pues otros como los que se ofrecieron al ocupar a Caracas, Cartagena y Bogotá, fueron ilusorios, quebrantándose las promesas.

La fama de Bolívar vuela a Europa y levanta el entusiasmo en el noble pueblo inglés. Los especuladores abren sus arcas para mandarle armas, vestuarios, equipo y municiones, y con estos elementos una juventud ambiciosa de gloria. Estos son frutos preciosos adquiridos por Bolívar.

CAPITULO XVI

Bolívar llega de Guayana al campamento del General Monagas, situado en las bocas del río Pao.—Pasa revista al ejército, reunida la división Torres.—Marcha en dirección a Apure.—Se reúne al General Páez y marchan juntos a San Fernando de Apure, ocupado por los españoles. Arismendi quita al enemigo sus canoas con caballería.—Se emprende un rápido movimiento sobre Morillo, que estaba en Calabozo, y queda asediado San Fernando.—Sorpresa de Morillo al verse atacado por Bolívar.—Morillo en persona sale de Calabozo a reconocer al enemigo, lo persigue Arismendi hasta los arrabales de la ciudad y se salva muriendo un español que se interpuso entre Morillo y Arismendi.—Retirada de Morillo.—Marcha del Libertador en su persecución.—Medidas que había adoptado el jefe del ejército español para abrir una nueva campaña, y situación de dicho ejército al acercarse el Libertador.—Medidas que toma el General Morillo para abrir operaciones cuando se le presentó el ejército y sufre descalabros.—Pensamientos del Libertador para obrar con el ejército unido ya a Páez.—Movimientos que efectúa para llevar a cabo su plan.—Circunstancias que obraron en el ánimo de Bolívar para no atacar a Calabozo.—Morillo emprende su retirada a concentrar sus fuerzas.—Bolívar regresa a Calabozo y no sigue a cortar al enemigo en su retirada.—Razones que tuvo.—Se emprende la persecución, y hay que suspenderla.—Cedeño y Páez alcanzan al enemigo y le hacen algunos prisioneros.—Posiciones que tomó Morillo, y continúa su retirada en la noche.— El 15 de febrero fue nuevamente alcanzado Morillo en Sombreros. Tomó buenas posiciones y rechazó a la infantería republicana, con pérdida.—Continúa Morillo su retirada, y el Libertador sigue sus movimientos, yendo a tomar las llanuras limpias en que era superior por su caballería.—Páez y los llaneros se resisten a marchar. Repasa el ejército a Calabozo, y el Libertador tiene que convenir con Páez para que regrese a Apure para rendir a San Fernando.—El Libertador dispone que se concentren las fuerzas en Calabozo.—Llegada del General Urdaneta al cuartel general.—Su opinión y la de otros generales sobre las operaciones que adoptó el Libertador.—Emprende el ejército la marcha por Ortiz a los valles de Aragua.—La deferencia del Libertador fue inevitable pero se separó de los principios.—Situación y puntos que ocupaba el ejército realista.—Páez llegó el 25 de febrero de Apure; intimó la rendición a Quero, éste se retiró, es alcanzado y vencido.—Una ojeada sobre las operaciones.—Emprendida la campaña segunda de 1818. El General Morillo se prepara a retirar.—Llega una columna de vanguardia del ejército republicano a Maracay el 12 de marzo.—Toma acantonamientos el ejército, y el cuartel general se fijó en Valencia.—Plan de operaciones del Libertador comienza a organizar la provincia de Caracas.—Morillo, reunido a Calzada, emprende la ofensiva, y el Libertador tiene que obrar a la defensiva, emprendiendo una retirada.—Suspende su marcha el 16 en la quebrada de Semen, en donde fue atacado por todo el ejército español.—Batalla de Semen.—Morillo fue herido. Se retira el Libertador a Ortiz y la caballería huye en derrota.—Medidas que adopta el Libertador para rehacerse.—El Teniente Coronel López bate y mata al Comandante Blanco y la escolta que le acompañaba.—Observaciones necesarias para la historia.—Se reunió al Libertador el resto del ejército en Calabozo.—Se fortifica la ciudad y se forma el batallón Zapadores.—Urdaneta marcha en comisión cerca de Páez y Cedeño, lla-

mándolos.—Llegan estos Generales con sus fuerzas en los momentos en que iba a ser atacado el Libertador por La Torre.—Al encontrarse con un ejército superior al que había combatido en Semen, La Torre resuelve no atacar y retirarse.

Al llegar el Libertador con las fuerzas que sacó de Guayana a la boca del Pao, en donde le aguardaba el General Monagas, pasó revista al ejército y dispuso que pasase todo él a la ribera derecha del Orinoco para seguir a unirse con el de Apure. Se efectuó la marcha por la derecha del Orinoco, por Caicara hasta la población de Urbana, en donde era más fácil el paso del río, tocando en varios puntos para tener subsistencia fácil para la tropa, y estando en Cañafístola recibió el General Bolívar aviso de marchar el General Páez a su encuentro, el que verificó el 31 de enero, al mes completo de haber salido de Angostura la expedición.

Desde la Urbana, el 22 de enero, comunicó órdenes el Libertador al General Zaraza, que se encontraba hacia el sitio llamado del Muerto, que siguiese a ocupar el río Caura, y al General Cedeño que no abandonase sus posiciones del Tigre.

Para que el Libertador pudiese pasar diversos brazos del río Arauca, cerca de su desembocadura al Orinoco, le envió el General Páez varios botes y embarcaciones ligeras, dos mil caballos y algún ganado. En las embarcaciones se pasó con seguridad el parque y la infantería. La caballería nadaba con sus caballos y las monturas, y alguna tropa también pasaba los brazos del Arauca en las embarcaciones.

La reunión del Libertador con Páez tuvo lugar en San Juan de Payara, y allí se hicieron las manifestaciones más cordiales. A uno y otro les hemos oído la relación de este encuentro. Nos decía Bolívar, al tener que pasar el río Baba en hombros, que era necesario hacerlo como lo verificó Páez en la boca del río Coplé en 1818, y daría las órdenes al General Flores para que efectuase ese movimiento. Con este motivo recordó el General Bolívar aquella campaña, y nos decía: "Al verme con Páez en medio de 1.500 jinetes y un pequeño cuerpo de infantería, animados de un sentimiento de independencia y libertad individual, y del carácter marcial de estos hombres de las selvas, me complacía de encontrar un poderoso elemento para continuar la campaña. Al ver el arrojo con que Arismendi y 50 llaneros se echaron al agua para ir a quitar al enemigo las embarcaciones que tenían del lado opuesto, me pareció que iban a ser despedazados; pero tanto arrojo intimidó a los enemigos y tuvimos catorce embarcaciones para pasar el ejército."

El General Páez en Nueva York, cuando le leímos el rasgo de su biografía, que está en el Capítulo XII de estas Memorias, nos dio las gracias por el modo como hacíamos una reseña de los hechos, y ocupándose de las campañas de 1817 a 1818 y 1819, nos refirió su entrevista con Bolívar en San Juan de Payara, y notamos que el uno en 1829 y el otro en 1852, ambos recordaban con placer aquella reunión, que afianzaba la unión de los pueblos y las legiones granadinas y venezolanas que iban a fundar en 1819 la heroica Colombia.

La Providencia nos ha conservado para escribir estos recuerdos gloriosos al continuar en 1868 las Memorias sobre la vida de Bolívar, precisamente a los cincuenta años de verificarse los hechos que vamos refiriendo, y cuando casi todos nuestros compañeros han desaparecido, y apenas quedamos unos pocos contemporáneos, y de los generales en aquellas campañas, solamente Monagas, Páez y Soublette, pues Briceño Justo, París, Silva, Martínez, López, Piñeres, Briceño Emigdio y yo éramos subalternos, y los demás no sirvieron sino de 1819 en adelante. Entre los empleados civiles quedan unos pocos. También en Venezuela y la Nueva Colombia. Ninguno en el Ecuador.

Verificado el paso del ejército, compuesto de 1.500 infantes y 2.000 jinetes, con una compañía de artillería, se emprendió la marcha por la Sabana que yace entre los ríos Guárico y Guaritico, dejando al Coronel Miguel Guerrero con un escuadrón de caballería para que continuase asediando a San Fernando y que el enemigo no pudiese salir a aprovecharse de caballos y ganado vacuno. Era necesario pasar el Guárico por el paso de Alta Gracia para salir a Calabozo, donde tenía el General Morillo su cuartel general, atravesando el río Orituco, al oriente de Calabozo, como a miriámetro y medio de distancia, para no ser vistos por los cuerpos volantes de los españoles.

El ejército anduvo en menos de dos días la distancia que media entre el Apure y Calabozo, algo más de diez miriámetros. Permaneció el ejército oculto el 10 por la mañana y se adelantó el General Páez, que le gustaba mucho ser él quien reconocía primero al enemigo, para sorprenderle las guardias avanzadas en que pastaban los ganados y caballos del ejército real que moraba en Calabozo. Logróse la operación; se mandó el ganado a retaguardia y quedó el General Páez muy cerca de la ciudad de Calabozo. Al informarse Morillo del acontecimiento y del informe que le dieron de que el ejército republicano se acercaba, no quiso creerlo, pues no comprendía que 4.000 hombres pudieran estar sobre él sin haber sido vistos, y él en persona salió a hacer un

reconocimiento. Dejó a su retaguardia doscientos infantes emboscados y se adelantó con el Estado Mayor a hacer el reconocimiento. Luégo que Páez lo reconoció, ordenó al Coronel Aramendi que los cargase, y a gran trote efectuó éste el movimiento, y al alcanzar a Morillo dio en un hoyo que hizo caer su caballo, y alejándose Morillo, pero ya cerca de los arrabales de la ciudad le dio de nuevo alcance, e interponiéndose un oficial de Estado Mayor, que fue lanceado por Aramendi, se salvó Morillo. La tropa de infantería que había dejado emboscada Morillo, hizo fuego por retaguardia a los jinetes que habían dado esta carga, y volviendo sobre ella el General Páez la rompió abriéndose paso para irse a reunir al ejército.

Antes de lograr la reunión se avistó una columna por el Capitán Guerrero, que venía en dirección opuesta a la del ejército, y era el regimiento de Húsares y los Cazadores de Navarra que venían al cuartel general; cargados, fueron rechazados por la infantería con fuegos certeros; nuestra caballería y los húsares emprendieron la persecución; luégo que estuvieron fuera de los fuegos de la infantería, Páez mandó volver caras y cargar a los húsares: éstos resistían, pero reforzado Páez por el auxilio que mandara el Libertador al oír el fuego de la caballería de Apure y dos compañías del batallón Barcelona, se emprendió atacar a toda la fuerza enemiga que venía de la Misión de Abajo. El regimiento de húsares fue completamente batido, y solamente se escaparon unos 60 hombres que pudieron entrar en Calabozo. La infantería española peleó con denuedo, y rotos formaban grupos de a cuatro para defenderse; Morillo en persona salió de nuevo de la ciudad con dos compañías de Navarra a proteger a los que huían a la desbandada, y él mismo tuvo que tirar su espada con una escolta de honor y los soldados de Navarra para entrar a la ciudad, perdiendo en este encuentro al Coronel Narváez, Comandante de los Dragones de la Unión, y un oficial de húsares que le acompañaba.

Tomada por Morillo la ciudad, se le reunió la fuerza que venía de la Misión de Arriba, que era el batallón Castilla, que formado en columna cerrada no fue atacado por la caballería y los Cazadores de Barcelona que habían quedado fatigados del combate anterior. Estos combates y operaciones secundarias de la guerra se efectuaron en los días 10 a 12 de febrero.

Morillo, después que regresó de Apure en el mes de diciembre de 1817, como dejamos dicho, acantonó las fuerzas que había traído de Apure y emprendió reconocer el país para prepararse a una campaña sobre Páez, y otro tanto ordenó al Briga-

dier don Miguel de la Torre para que su división vencedora en La Hogaza volviese a sus antiguos acantonamientos.

Morillo carecía de caballería del país, pues la única que tenía a órdenes del Teniente Coronel López no pasaba de 300 jinetes y había sido destinada hacia San Diego para aumentar su tropa.

No creyó Morillo nunca que Bolívar vendría a atacarlo, y así es que Aldama y Calzada cubrían el Alto Apure y la provincia de Barinas. El 5 de enero había convocado en la ciudad de Victoria una junta de las principales autoridades de Venezuela para arreglar el modo de proveer al ejército de lo necesario para abrir operaciones. Con este objeto fue Morillo a presidir aquella junta, de allí pasó a Valencia y mandó a su ayudante de campo, Coronel Villavicencio, a España, a informar del estado que tenía la guerra con los **rebeldes**, y fue a fijar su cuartel general a San Carlos, para observar a Páez, que se decía iba a invadir a Barinas.

Supo entonces por las cartas del Teniente Coronel López que Bolívar marchaba por tierra por la ribera izquierda del Orinoco. Supo Morillo, como lo refiere en sus Memorias, estos movimientos por Telésforo Gutiérrez, que fue prisionero del ejército republicano y se desertó volviendo a sus banderas.

Con estas noticias recibidas en San Carlos, el General Morillo se trasladó a Calabozo; llegó allí el 10 de febrero y comunicó órdenes al Coronel Calzada para que se moviese sobre Guadarrama, y ordenó a las demás fuerzas que, como dejamos dicho, las había mandado acantonar, que puntualmente se pusieran en marcha sobre Calabozo, desde Sombrero, y otros lugares para hacer una concentración de fuerzas para marchar sobre San Fernando, que guarnecía el Teniente Coronel don José María Quero con poca fuerza, bajo el amparo de fortificaciones.

Al Teniente Coronel López le mandó moverse sobre Guayabal, atacando de paso las fuerzas que había sublevado el General Zaraza.

Aunque los destacamentos que se movían para hacer reconocimientos entre Camaguán y Guayabal habían sido rechazados el mismo día 10 de febrero, que llegó el General Morillo a Calabozo, no creyó que hubieran sido atacados por un ejército que se acercaba sino por cuerpos francos que recorrían el país, pues estaba persuadido que Bolívar y Páez reunidos se ocuparían de tomar a San Fernando, para no dejar una ciudad fortificada a su retaguardia.

La orden de marcha la preparó Morillo para comunicarla a sus tropas, a fin de marchar el 12 sobre el Apure.

Al día siguiente se presentaron: primeramente, la fuerza que batió a los húsares, y a las doce del día, todo el ejército republicano.

Las fuerzas que reunió Morillo ese día en Calabozo eran los restos de los Húsares y de la compañía de Cazadores de Navarra, que fueron rotos y despedazados, como dejamos dicho; los batallones del regimiento de Navarra, el de la Unión y el batallón de Castilla, que se le incorporó el mismo día.

El Libertador no pensó en atacar la ciudad de Calabozo, y según él nos decía al referir su plan de operaciones en la campaña de 1818, estaba reducido a unir el ejército que organizó en Guayana con el de Apure: dar a éste regularidad y disciplina para que pudiese obrar con provecho en la guerra que teníamos que sostener con 14.000 soldados bien mandados y disciplinados. No quería Bolívar conquistar la libertad salvaje barbarizando nuestras poblaciones de los llanos de Apure y Casanare, en donde el europeo civilizado jamás pudo conquistar sus fértiles regiones. Una guerra de cuatro años había hecho del habitante de Apure un domador de fieras, independiente de toda autoridad que no tuviese un vigor físico y una fuerza que le diera superioridad.

Reunido el ejército de Guayana, mandado por jefes y oficiales instruídos, al de los Llanos, hombres fuertes, vigorosos y decididos, se formaba uno superior al español.

Conocía el Libertador los acantonamientos de los expedicionarios, y la rapidez de sus movimientos tenía por objeto batirlos en detal y ocupar poblaciones que le dieran soldados de infantería para formar cuerpos con el cuadro de oficiales europeos que iba a llegar.

El Libertador tenía la persuasión que era imposible asegurar la independencia de Venezuela sin unirla a Nueva Granada, y que para lograrlo debía arrancar del poder de los españoles el Virreinato de Nueva Granada, salvando así también las provincias de Quito, Guayaquil y Cuenca. Para llevar a efecto este plan intentó su reunión con Páez y ejecutó la marcha rápida que lo trajo al frente de Morillo, cuyas operaciones estamos refiriendo. Una vez que la sorpresa del ejército real no pudo tener otro resultado que el haber batido un regimiento de caballería y que era imprudente atacar la ciudad de Calabozo, resolvió Bolívar dejar al Coronel Iribarren en las inmediaciones de la población para que observase los movimientos de Morillo, y emprendió su

marcha para interponerse entre Morillo y La Torre y ocupar los valles de Aragua, creyendo que Morillo debía aguardar en Calabozo las fuerzas que tenían Calzada y López sobre Barinas y los Llanos. El desconcierto que tuvieron los españoles en Valencia, Caracas y Puerto Cabello fue tal que comenzaron a emigrar algunas familias, e impuesto de todo el Libertador, creyó que era llegado el caso de ocupar el occidente de Venezuela para seguir después a Nueva Granada, por Mérida, con cuerpos de infantería levantados en los lugares que iba ocupando. Esta fue la razón de haberse pasado a la parroquia del Rastro, para seguir de allí a Valencia por San Sebastián y Cura. Luégo que Morillo hizo sus aprestos para concentrarse sobre la Victoria, se deshizo de la artillería y emprendió su retirada por el camino de Uriosa a Sombrero en la noche del 13 de febrero, al mismo tiempo que Bolívar se había movido al Rastro, después de haber hecho una intimación a Morillo de entregar al país por una capitulación.

El Coronel Iribarren, luégo que supo la evacuación de Calabozo, ocupó la ciudad y mandó parte al Libertador, quien juzgó que debía deshacer el camino que había llevado, regresando a Calabozo para emprender la persecución de los españoles por la misma vía que hubiesen adoptado, e ir tomando los atrasados y no exponerse a tener que ejecutar una marcha más prolongada siguiendo sin datos ciertos de los movimientos del enemigo. Tenía mayor movilidad que el ejército español y debía alcanzarlo aunque perdiese algún tiempo regresando a Calabozo, que dista del Rastro más de un miriámetro. Bien podía haber seguido directamente a Sombrero; pero, según decía el Libertador cuando habló sobre esto a sus Generales en la mañana del 15, los encontró deseosos de ir a Calabozo para proveerse de varias cosas que les hacía necesario ir a la ciudad.

Cuando el Libertador entró en estas conversaciones con Páez, Monagas y Torres, lo hacía porque quería contemplarlos, pues todavía su autoridad sobre Páez no estaba respetada y obedecida como debiera.

Después de hacer alto el ejército en Calabozo, para facilitar lo que deseaban los oficiales y tropa, se emprendió la persecución a las doce del día con la caballería a órdenes de Páez; y Bolívar dejó sus órdenes a los generales que mandaban la infantería para que siguiesen el movimiento, creyendo el Libertador que de ese modo haría alto Morillo y se prepararía a recibir una

batalla, y que habría tiempo de que llegasen la infantería y las piezas de artillería que llevaba el ejército.

La activa persecución que hacían los Generales Páez y Cedeño tuvo que suspenderse mientras el resto del ejército, que se había equivocado en su ruta, tomó la del Calvario, en vez de la de Sombrero, y perdió mucho tiempo deshaciendo una legua.

No obstante todo esto, los Generales Cedeño y Páez con algunos jinetes bien montados alcanzaron a las cinco de la tarde la retaguardia enemiga cerca de la quebrada Uriosa, tomaron 400 hombres prisioneros de los rezagados y estropeados por la fatiga y el calor. Morillo formó su ejército del otro lado de la quebrada, y una guardia avanzada de caballería, a distancia de unos 100 metros de la quebrada, observaba los movimientos del ejército republicano. Luégo que Páez recibió un refuerzo de más de 100 hombres atacó a los Húsares cargándoles hacia su línea, y el fuego de la infantería española hizo regresar a Páez sin ninguna pérdida, matando el fuego de los españoles a unos pocos de sus mismos soldados que huían.

El ejército español continuó su retirada en la noche, perdido de los bagajes, equipajes, hospital y emigrados que salieron con Morillo bajo la custodia de un cuerpo de caballería a órdenes del Coronel Morales.

El 15 fue alcanzado el ejército español en el Sombrero, y formado en tres columnas del otro lado del río, en terreno montañoso, el Libertador mandó atacarlo. El cansancio y la fatiga obligaban a los soldados a tirarse al río para saciar la sed, y esto impidió que el ataque fuera riguroso y fue rechazada la infantería que atacó, compuesta de los batallones Barcelona y Apure, con pérdida de cien hombres muertos y algunos heridos. La caballería toda estaba fuera de los fuegos de la infantería enemiga y protegió la tropa que se retiraba en desorden y contuvo al enemigo.

Al día siguiente vadeó el río Guárico para salir a la sabana limpia y atacar por allí al enemigo; pero Morillo continuó su retirada tomando la vía de Barbacoas.

El combate del Sombrero, en que fue rechazada la infantería que en mala hora mandó atacar al enemigo el Libertador, restableció un tanto la moral a los realistas de Venezuela, que se habían llenado de estupor con la aparición del ejército sobre Calabozo, y tuvo Morillo que exagerar este encuentro dándole en sus partes todo el lujo de palabras que hicieron de un hecho de armas secundario una reñida acción de guerra en que no perdió

sino un oficial muerto y dos más heridos, juntamente con cuarenta de tropa.

Hemos tenido que entrar en estos pormenores con motivo de la variedad con que las diversas publicaciones de la época tergiversaron los acontecimientos. Como no estuvimos en aquella campaña escribimos en vista de los documentos que hemos reunido, y de notas tomadas del mismo Libertador, sobre el plan que había adoptado y las contrariedades que tenía en aquellas campañas.

Hizo alto el ejército en Sombrero y se hicieron allí las exequias del cadáver del Coronel Pasioni, italiano, que huyendo del despotismo de su patria buscaba una nueva en la República. Los jefes de la caballería manifestaron al Libertador que los caballos estaban muy estropeados y no podían continuar la marcha, y Páez se empeñó obstinadamente que se le dejase seguir al Apure a tomar a San Fernando; y con éste contramarchó el ejército a Calabozo.

El ejército español, sin bagajes ni caballería y lleno de miseria, con una persecución activa y prudente habría desaparecido, llevándose a efecto el plan del Libertador; pero su autoridad no era tal que pudiera hacerse obedecer. Cuánto tuvo que sufrir con sus conmilitones que no conociendo el arte de la guerra, se oponían, y de buena fe, a las inspiraciones del genio de Bolívar y a sus principios estratégicos.

Estas contrariedades habían hecho mucho mal a la salud del Libertador, no obstante su constitución vigorosa, y en época posterior nos refería cómo había tenido que unir la prudencia a la energía.

Dadas las órdenes a Guayana para que fuese auxiliado el Coronel Guerrero con un cuerpo de infantería para atacar a San Fernando o privarlo de víveres, no quería el Libertador que regresara Páez al Apure; pero este General se obstinó en su proyecto, y al fin convino Bolívar, comprometiéndole a regresar luégo que hubiese llenado su objeto, y el 22 de febrero emprendió su marcha con el batallón Apure y la caballería que mandaba, menos el cuerpo del Coronel Vásquez, que quedó en Calabozo.

Luégo que marchó Páez para el Apure, el Libertador determinó concentrar las fuerzas en los llanos de Calabozo para emprender nuevas operaciones. Llegó el General Urdaneta de Guayana con algunos oficiales europeos de los que habían venido de Inglaterra con el Coronel Mac-Donald.

El ejército contaba con dos brigadas de infantería compuestas de los batallones Barcelona, Valeroso, Angosturas y Bar-

lovento, con 1.000 hombres. Dos brigadas de caballería mandadas por los Generales Monagas y Zaraza y el regimiento del Coronel Jenaro Vásquez, con la fuerza total de 1.200 hombres. El ejército contaba 2.200 hombres y una parte de la infantería recién reclutada y con poca disciplina.

El Libertador mandó que Zaraza y Vásquez fueran a ocupar a Ortiz, con dirección a los valles de Aragua, cuyo movimiento se verificó el 5 de marzo. El 7 siguió el resto del ejército la misma vía por Ortiz, Parapara y San Juan de los Morros.

Ya hemos referido la separación del General Páez para ir al Apure, como lo verificó creyendo que la adquisición de San Fernando haría del Apure la base de operaciones. El General Urdaneta juzgaba, como el Libertador, que las operaciones debían hacerse sobre el occidente de Venezuela para destruír a Calzada antes que se reuniese a Morillo; y los demás Generales, Cedeño, Monagas, Zaraza, Valdés, Torres, Soublette y Anzoátegui juzgaron que ocupados los valles de Aragua era fácil libertar a Caracas; y como ésta fuese la idea más popular en el ejército, la adoptó el Libertador.

Las condescendencias de un general en jefe con sus tenientes, contra sus convicciones, siempre han traído consecuencias funestas, como las juntas de guerra para discutir las operaciones o movimientos. El general en jefe que no tiene la habilidad para dirigir una campaña, no se debe hacer cargo del mando, y cuando la tiene, son los principios del arte de la guerra y la estrategia su único consultor. Pero en una república naciente en que todavía no hay gobierno fundado en los principios, y en que la autoridad no tiene toda la fuerza que le da la ley, no es extraño lo que vamos refiriendo.

Para mejor comprender las operaciones tendremos que manifestar los puntos que ocupaba el ejército español después del combate del Sombrero.

Morillo hizo su retirada de Sombrero a Barbacoas, y desde este lugar dictó sus órdenes para que La Torre, Aldama y Calzada se le reunieran, y siguió su marcha por lo más escabroso del terreno que media entre Barbacoas y la villa de Cura por Guarinas, Camaragua, San Francisco y San Sebastián; en el tránsito se le reunieron La Torre con cuatro compañías del regimiento de Burgos y 200 hombres del batallón de milicias de Caracas. El Brigadier Aldama se incorporó con 50 milicianos del regimiento de Valencia. En la villa de Cura pasó Morillo revista a su ejército el 23 de febrero, y el 25, en que supo Morillo que el ejército había contramarchado a Calabozo, mandó tomar acan-

tonamientos del modo siguiente: Los batallones de Navarra y el de la Unión en Valencia, el de Castilla en Victoria, y los Húsares en la Quinta. Los batallones de milicias de Caracas y Valencia quedaron en la villa de Cura. Calzada marchaba de Barinas por Guanare y San Rafael a San Carlos para pasar a Valencia.

El General Páez llegó al Apure el 25 de febrero, e impuesto del estado de asedio en que estaba Quero, que tenía de guarnición el tercer batallón de Numancia, le intimó la rendición, y como no ocurriese, dio principio al ataque no solamente por tierra sino también por agua. Viose Quero obligado a emprender su retirada sobre Barinas el 6 de marzo, y perseguido por Páez fue alcanzado y batido. El Comandante español fue herido gravemente y murió de las heridas. Tomó el General Páez más de trescientos prisioneros de la clase de tropa, que siendo de Nueva Granada en donde fue reclutada aquella gente, debían incorporarse a las fuerzas republicanas.

La escuadrilla sutil que subió de Guayana bajo las órdenes del Coronel Díaz y el Teniente Coronel de artillería Bartolomé Salas, el Coronel Figueredo y el de igual clase, Sánchez, que llevó al Apure un batallón de 200 hombres, fueron los jefes que unidos a Páez afianzaron el dominio de todo el Apure. Casanare se había libertado, y Nonato Pérez, Moreno y otros jefes dominaban las llanuras desde Arauca hasta Pore y Chire.

Tal era la situación que tenían los beligerantes cuando el Libertador emprendió la funesta campaña de 1818, que le puso en tan difíciles circunstancias.

Era necesario para emprender operaciones, ya que no se pudiera continuar la persecución de Morillo yendo a ocupar a Valencia por Ortiz, Tinaquillo y Carabobo, como pretendía el Libertador, hacerlo después del encuentro del Sombrero, o no hacerlo sin saber el resultado de la ocupación de San Fernando, y organizar los cuerpos que iban a formarse de los voluntarios ingleses que comenzaban a llegar de Europa. Tal era nuestro juicio cuando preguntábamos al Libertador por qué se había separado de sus mismas opiniones y del plan estratégico que había formado. Nos explicaba todos los obstáculos que lo impidieron y nos repetía la máxima de Federico: "que la fuerza de un ejército estaba en las piernas de un soldado", y él quería aprovecharse de la velocidad con que marchaban sus infantes y el número de caballos de remonta que llevaba. El ardor de Bolívar por combatir, creyendo siempre que volaba en las alas de la fortuna, le hizo cometer algunas faltas como la de la campaña que vamos des-

cribiendo. Cada uno de los Generales que le acompañaron entonces atribuyen la pérdida a diversas causas, y como sucede regularmente, oíamos a cada uno que su opinión fue tal, y que, seguida, se habría obtenido otro resultado.

Los escritores españoles no han publicado sino historias de sus hechos, aumentando el número de las fuerzas patriotas y el arrojo con que peleaban, para ensalzar el mérito de sus jefes. En los escritos de los colombianos se encuentra más exactitud pero se alcanza a conocer cierto apego a las controversias íntimas de aquella época, y todavía se resienten de algunas personalidades.

Al resolvernos a cumplir con un deber de patriotismo, escribiendo estas Memorias, tenemos que emitir nuestro juicio, y repetir lo que oíamos del Libertador sobre sus operaciones, lo que expresamente hacía, sabiendo que nos ocupábamos de hacerlo.

Sin esperar el resultado de Apure, como hemos dicho, el 6 de marzo la guarnición de San Fernando abandonó la plaza.

Cuando supo Morillo que el Libertador había concentrado sus fuerzas en el hato de San Pablo, se trasladó a Valencia a dar disposiciones para resistir al Libertador; allí debía reunírsele Calzada. Dejó el mando de las tropas que estaban en Cura al Brigadier La Torre.

Cuando La Torre supo que le amenazaba el General Bolívar por informes del Brigadier Morales, que con un cuerpo de caballería estaba recorriendo el paso, se retiró a la Victoria y después a los Comisos, lugar ventajoso para defenderse, mientras Morillo podía reunirse a él y acaso Calzada.

El 12 de marzo ocuparon a Maracay y luégo a Cabrera 200 infantes, con la brigada de caballería que regía Zaraza, y con orden de justificar esta posición. El General Monagas, con su brigada de caballería sostenida por el batallón Angostura, se situó en Maracay. El General Valdés, que mandaba el resto de la infantería, siguió hasta Camejo por Victoria, distante un miriámetro de las Cocanas.

El Libertador, con el regimiento del Coronel Jenaro Vásquez, su Estado Mayor General y las fuerzas que se regularizaban de voluntarios, fijó su cuartel general en la Victoria, dando instrucciones a los Generales Monagas y Zaraza para que fortificasen y defendiesen la Cabrera.

Morillo en Valencia y La Torre en los Comisos tenían dividido su ejército, y creyó el Libertador que debía atacar primeramente al Brigadier La Torre. El General Urdaneta fue dado

a reconocer como Comandante General de la provincia de Caracas y Gobernador político.

Al marchar el ejército a atacar al Brigadier La Torre, y estando el Libertador en Consejo, interceptó las comunicaciones que mandaba el General Morillo dando órdenes de atacar: que la 5ª división que mandaba Calzada se le había reunido el 14 de marzo, y que él marchaba sobre Maracay. Quedaba por este motivo el Libertador con su ejército formando una línea interna entre dos extremos, y en un terreno montuoso en que su caballería no podía prestar todo el servicio que en las sabanas. Monagas y Zaraza no defendieron el desfiladero de la Cabrera. Emprendió su retirada, y en Cagua se reunió al General Monagas, y en Cura al General Zaraza, que había sido batido por la caballería española cerca de Maracay, y fue perseguido por medio miriámetro en su retirada, abandonando equipajes, algunas municiones y muchas mulas y caballos de remonta. En esta retirada, caminando por la noche y con aguacero, sufrió mucho el ejército. El Libertador continuó su marcha hasta Bocachico para pernoctar allí.

Morillo llegó el 15 a Cagua con todo su ejército, y allí supo que el Libertador había seguido con todas sus tropas para Cura, y trató de irlo a sorprender, pero solamente encontró al regimiento de Jenaro Vásquez, que dejó el Libertador en observación; hizo fuego a las descubiertas enemigas, y al trote marchó a avisar al Libertador de que allí venían los españoles con todo su ejército.

Al amanecer del 16 de marzo llegó el Libertador a la quebrada de Semen, y resolvió recibir allí a los enemigos y librar la batalla. Dispuso que los emigrados que seguían el ejército y los equipajes siguiesen para San Juan de los Morros. La fuerza no era sino de 1.000 hombres de infantería y otro tanto de caballería, porque en Maracay y la Cabrera se habían perdido algunos hombres, la mayor parte dispersos o desertores. Aunque se le reunieron cerca de 500 hombres de infantería, el número de desertores fue casi igual.

Con tales desventajas no debió el Libertador exponerse a una batalla, y debió seguir a los Llanos, en donde su caballería podría haberle sido más útil.

Tomadas posiciones en la mesa alta, que está a la izquierda de la quebrada de Semen, cubierta por sus flancos con bosque bastante espeso, creyó el Libertador que era fácil defenderse allí, pues el Brigadier Morales venía con su división picando la retaguardia. Se presentó el enemigo por la mañana, pero después

que el Libertador había organizado sus fuerzas en dos líneas: la primera de la infantería y la segunda de la caballería. En el paso de la quebrada llamada Bocachica comenzó el combate con los Tiradores que había colocado allí el General Pedro León Torres, y atacados por toda la vanguardia del ejército español se replegaron y se dio principio a un combate general entre las dos infanterías, y arrollada ésta y tomada de flanco por el regimiento del Coronel Jenaro Vásquez, fue arrollada toda la vanguardia, no obstante haberse empeñado la caballería española en rehacer la pelea volviendo caras y batiéndose con bizarría. El General Morillo, al recibir el parte del Brigadier Morales y al saber que su situación era embarazosa y necesitaba auxilios, hizo que la infantería que estaba descansando en la villa de Cura dejase sus mochilas y marchase al trote. El mismo General Morillo se puso a la cabeza con el escuadrón de caballería volante y llegó al combate en el momento que huía en derrota la vanguardia de Morales, sin que este Brigadier ni el General Morillo la pudieran contener; pero llegó en ese instante el batallón Unión, cuerpo selecto de los españoles, y rompió el fuego sobre las fuerzas que perseguían a los derrotados de Morales. La persecución se hacía en desorden, como sucede con tropas poco disciplinadas, y cambióse la victoria en un rechazo. El Libertador hizo que se organizasen los infantes rechazados, y el combate se empeñó de nuevo con las fuerzas que iban llegando; y el valor de los Generales Urdaneta, Valdés, Torres y Anzoátegui, que se batían como jefes de cuerpo, hizo suspender el arrojo del enemigo y obligó a Morillo a que él mismo se pusiera al frente de sus tropas y diera una carga sobre las fatigadas tropas que se batían por cuatro horas. El escuadrón de caballería volante, protegido por el de Guías del General, se batieron con el regimiento de Vásquez, y Morillo fue herido gravemente de una lanzada; pero los batallones de Barinas y Navarra, que entraron en ese momento en batalla, forzaron a nuestras tropas a batirse en retirada, y la caballería huyó cobardemente, no obstante el empeño de sus jefes en contenerla.

El Libertador siguió para Ortiz por Parapara, en donde reunió algunos dispersos; otro tanto hizo en Ortiz y dispuso que el Comandante Blanco fuese a San Pablo a reunir los dispersos. Dio con don Rafael López, que tenía una fuerza de 500 jinetes y 100 infantes, y fue batido y muerto con todos los que le acompañaban.

La pérdida del ejército patriota fue de más de 400 muertos e igual número de heridos, los cuales en su mayor parte pere-

cieron por falta de recursos. Perdiéronse los equipajes, incluso el del Libertador con su escritorio y el del Estado Mayor. Por los estados de fuerza que tomaron supieron cuál era la efectiva que tenía el ejército, pero nunca se publicó porque los escritores españoles tenían interés en aumentar el número de los combatientes como el de los muertos y disminuír los suyos. Poco más o menos hacían lo mismo los patriotas.

La pérdida de los españoles fue considerable. Morillo la reduce a 150 de tropa y nueve oficiales muertos y otros tantos heridos, pues no incluye a los soldados y oficiales americanos que servían en sus tropas, porque era una ganancia para ellos la pérdida de hombres que, andando los tiempos, vendrían a serle enemigos, como sucedió con los llaneros que acompañaron al sanguinario Boves. El Libertador y los Generales Urdaneta, Valdés y Torres, todos calculaban que no bajaban de 800 hombres los muertos y heridos del enemigo.

El General Morillo, herido, continuó exhortando a sus tropas hasta que vio que habían conseguido un triunfo, y entonces ordenó al Brigadier Ramón Correa, Jefe del Estado Mayor, que tomase el mando y se dedicaran a curarle los cirujanos del ejército real.

De los Generales republicanos fueron heridos Urdaneta, Valdés y Torres; pero ninguno de gravedad.

En la milicia no se falta impunemente a los principios, y esta desgraciada campaña fue el resultado de emprender operaciones simultáneas en diversas direcciones. El Libertador, como hemos expuesto, tenía que luchar no solamente con el enemigo, sino con sus tenientes; que siéndole coetáneos, tenían cierto carácter de independencia o igualdad, y todos querían emitir sus opiniones; las condescendencias que tuvo con algunos jefes fueron perjudiciales, como se ve en esta campaña.

Si el General Bolívar, unido a Páez en su rápida marcha a Calabozo, le cerca con su numerosa caballería, y cuando emprendió su retirada a tomar los terrenos quebrados y montañosos, no le atacase en ellos sino en las sabanas, le habría destruído; y en vez de atacarlo en Sombrero debió flanquearlo y dirigirse al occidente a encontrar a Calzada entre Valencia y Tinaquillo, y por San Carlos volver a Calabozo para rendir a San Fernando y llevar adelante el plan primitivo que había concebido. Tales eran los remordimientos que tenía cuando nos hablaba de sus campañas, insistiendo siempre en la falta que hacía en los ejércitos patriotas un cuerpo de oficiales de Estado Mayor. Era necesario crearlo todo, y no se considera esto por los críticos de

tiempos posteriores que fallan y moralizan sobre los hechos y los hombres que han formado la nacionalidad colombiana.

El Libertador llegó el 19 al Rastro y comenzó a reorganizar sus fuerzas: desde Ortiz se adelantó el General Torres cerca de Cedeño y Páez llamándolos en su auxilio, porque el ejército español se movía sobre los restos del republicano. Concentra sus fuerzas en Calabozo; los restos de la infantería forman el batallón Sagrado, del que se nombró Comandante Bolívar, Mayor el General Anzoátegui, los demás jefes como oficiales, éstos como Sargentos y Cabos, y el resto como soldados, para dar ejemplo de abnegación. El General Anzoátegui mandaba en la plaza de Calabozo que se fortificó, y el General Zaraza en las llanuras inmediatas en que acampaba la caballería, el Libertador y Monagas se movieron hacia Guardatinajas a encontrar al General Cedeño, y Páez, como hemos referido, que libró todo el Apure, podía venir con una fuerza a auxiliar al Libertador.

El General Cedeño, que venía a vanguardia, fue el primero que se encontró al Libertador, quien le ordenó que siguiera al Rastro, y lo mismo ordenó a Páez; a Zaraza y Anzoátegui dijo que concentrasen las fuerzas en el Rastro para atacar a La Torre, que venía sobre el Libertador, creyéndolo incapaz de resistirlo después del desastre de Semen o La Puerta, como llamaron los españoles al combate; el Rey de España confirió a Morillo el título de Marqués de La Puerta.

El 22 de marzo, después de la función de armas, Bolívar tenía un cuerpo de infantería de 800 hombres y 2.000 jinetes. Cuando La Torre creía ir a concluír las operaciones con la destrucción completa del Libertador, se encuentra con un ejército mayor que el que encontró en Semen, y en el Banco del Rastro hizo alto y no se atrevió a atacar en las llanuras. El Brigadier La Torre no creyó prudente ni capaz de combatir con el ejército republicano, y en la noche del 22 celebró un consejo de guerra para emprender su retirada.

Un nuevo campo de operaciones se abre al Libertador, que será materia del capítulo siguiente. Las desgracias, lejos de arredrar al Libertador, le daban nueva fuerza moral, y sus recursos intelectuales le distinguieron en las más difíciles situaciones.

CAPITULO XVII

Plan del General Morillo y sus tenientes después de la retirada del Rastro. El Libertador, a instancias de Páez, persigue a La Torre.—Conferencia entre estos Generales.—Combate de Ortiz.—Retirada de La Torre.—Contramarcha del Libertador hasta San Pablo.—Continúa sus movimientos para llevar a efecto su plan primitivo de obrar sobre el occidente.—Diferentes disposiciones dadas por el Libertador en este sentido.—El Brigadier Del Real hace regresar al Coronel Rafael López, de Valencia, para impedir la reunión del Libertador al General Páez.—Movimientos ordenados por el General Morillo, repuesto ya de sus heridas.— El Libertador emprende marcha con una columna de cuerpos de infantería y caballería en dirección hacia el occidente, para reunirse a Páez. Se acampa en un sitio llamado Rincón de los Toros.—Sorpresa que le da el Coronel López y circunstancias especiales de este suceso y cómo se salvó el Libertador.—Muere López, y Pla le sucede, se retira según las órdenes que tenía López.—Cómo refirió Renovales su operación en la noche del 16 de abril, en Rincón de los Toros.—Conducta de Morillo con los prisioneros de aquella sorpresa.—El Libertador dejó el mando a Cedeño y Torres, y siguió a San Fernando de Apure a ponerse en curación, porque su salud había sufrido mucho.—Atrevimiento del General Páez para entrar en San Carlos.—Su retirada a las llanuras.—Reúnen los Brigadieres La Torre y Correa 1.000 hombres y se dirigen sobre Páez. Movimiento de este General y su resolución de batirse en la llanura de Cojedes.—Resolvió Páez librar batalla, y la dio el 2 de mayo, venciendo y destruyendo su infantería comprometida en combate desigual.—Páez marcha a alcanzar los dispersos de la infantería y seguir para Araure. Se retiró para San Fernando a verse con el Libertador.—Cedeño fue batido en la laguna de los Patos.—Todos los derrotados se retiraron a San Fernando, en donde Bolívar restablece la moral del ejército.—Pérdidas que tuvo el ejército español en esta desastrosa campaña para la República.—Sin embargo, un ejército de 14.000 hombres no pudo destruír completamente a los cuerpos republicanos: su arrojo y valor sostuvieron la situación.—Marcha del Libertador a Angostura.—Operaciones del ejército español después de los combates de Cojedes y laguna de los Patos.—Sucesos de Oriente.—El Libertador en Guayana.—Cuadros de cuerpos de infantería, caballería y artillería venidos de Europa.—Se constituye un gobierno civil y provisorio y se dictan varias medidas o providencias para reorganizar políticamente el país.—Se organiza de nuevo el ejército.—Noticia de cómo se enganchaban oficiales en Inglaterra y su marcha a Venezuela.—Conducta indigna del Coronel Wilson en el Apure promoviendo nombrar Jefe Supremo a Páez.—Modo como Procedió Páez.—El Alférez O'Leary se fue a Guayana a informar de todo al Libertador.—Este escribe a Páez ordenándole que restablezca el orden y remita a Guayana a Wilson.—Así sucedió, y Wilson fue juzgado y despedido del servicio.—Lamentábase el Libertador de los embarazos que le pusieron sus conmilitones.—Cuadro de las contrariedades que tuvo el Libertador y su penetración para continuar sus planes.—Conversación con Morillo sobre la herida que recibió.—Juicio de Morillo sobre la guerra en Colombia, obstáculos que encontró y piensa variar de sistema.—Auxilios y elementos de guerra que recibió el Libertador cuando estaba más necesitado.—Marcha del Coronel José F. Blanco a Casanare.—El General Santander remitió elementos de guerra con al-

gunos jefes y oficiales para organizar las fuerzas de Casanare.—Siguió el General Cedeño a unirse al General Zaraza.—Se remiten auxilios al General Monagas.—El General Mariño llamado al servicio y el General Bermúdez destinado a cooperar con Mariño a la toma de Cumaná, por la costa.—Manda el Libertador llamar la atención de Morillo sobre diversos puntos para emprender la campaña que debía libertar a la Nueva Granada.—Toma de Güiria por Bermúdez.—El Libertador convoca de nuevo al Consejo de Estado para organizar el país, y éste convoca un Congreso de Diputados de Venezuela y Nueva Granada.—El Presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata y el Libertador se ponen en relaciones.—Marcha del Libertador al Oriente.—Derrota de Mariño.—El Libertador regresa a Guayana.—Impuesto de las disposiciones de Francia y Rusia para mediar con Inglaterra en favor de España para concluír la guerra, da su manifiesto.—Pérdida de la escuadrilla de flecheros.—Marcha el Libertador al Apure para ir a Nueva Granada.

El Brigadier La Torre, como dejamos dicho, fue en su contramarcha a establecer sus acantonamientos en Ortiz, y dejó consigo a los batallones de la Unión, de Castilla y de Valencia y el escuadrón del Infante don Carlos, que tendrían 1.150 hombres de fuerza. El resto de la infantería pasó a la villa de Cura y la caballería a las inmediaciones de la laguna de Valencia por la abundancia de pastos para forrajear. El Coronel López había recibido órdenes al retirarse del Banco del Rastro para seguir a la villa de Pao, con dirección a San Carlos.

Después del reconocimiento que hicieron los españoles por medio de espías, del ejército republicano, no creyeron que Bolívar, después de los sucesos de Sombrero y Semen, se atreviese a emprender operaciones sobre los valles de Aragua, y que sin duda se hacía fuerte entre Calabozo y San Carlos, o que, como juzgaba Morillo, se defendería al otro lado del río Apure apoyándose en San Fernando, y en consecuencia los Brigadieres La Torre y Correa, que por la enfermedad de Morillo a causa de la herida, estaban el uno hecho cargo del mando y el otro del Estado Mayor, ordenaron que el Brigadier Del Real ocupase la villa del Pao, y que Calzada volviese a Barinas, para tener en jaque al Apure y Casanare.

Tal era el plan de los españoles al retirarse del Rastro.

Bolívar resolvió, a instancia de Páez, forzar la marcha e ir a alcanzar a La Torre, antes de que tomase la cordillera y se pusiese en marcha, y el 26 le dio alcance en las inmediaciones de Ortiz, en el cerro de los Aguacates. Formóse allí La Torre para defenderse, dejando a su espalda el pueblo de Ortiz.

El ejército republicano constaba, como hemos dicho, de 800 infantes y 2.000 jinetes; se agregó el regimiento de Rangel, con el cual se reemplazó la brigada de caballería del General Zaraza,

para que quedase guarneciendo las llanuras de Calabozo y mantener las comunicaciones con el cuartel general libertador.

Sabiendo el Libertador que el hato de San Pablo lo había ocupado el Coronel Rafael López con su columna de 500 caballos y algo más de 100 infantes, con dirección al Pao por los Tiznados, creyó que no podrían tenerse firmes los españoles. El General Páez, orgulloso del triunfo que tuviera sobre el Capitán Mayor Quero, al salir de San Fernando le manifestó al Libertador que allí podrían dar un golpe seguro y que iba a probarle que su separación antes de las operaciones que emprendió sobre los valles de Aragua no había influido en nada en la completa victoria sobre los enemigos, ya que el Libertador le había manifestado que si no le hubiera faltado en su marcha sobre Cura y Victoria, hubiesen impedido la reunión de Calzada a Morillo, y el combate de Semen hubiera sido otra cosa, y acaso en la Cabrera o las Cocuisas se habría decidido la campaña.

Nos referimos al mismo Libertador y a los Generales Valdés y Torres cuando se discutía sobre aquellas operaciones, y a algunas notas que hemos tomado de los documentos de la Secretaría o las del Libertador cuando estuvo a nuestro cargo.

Empeñóse el ataque contra las fuerzas del General La Torre, y fue arrollado de una posición a otra el batallón de Valencia, pero inmediatamente fue reforzado por los de la Unión y Castilla. El combate fue bien sostenido por los batallones españoles contra nuestra infantería, y para reforzarla se mandó echar pie a tierra al regimiento del Coronel Jenaro Vásquez para que cargasen con lanza en mano y con fuego de sus carabinas. Este bravo Coronel se lució en la pelea como siempre; pero la noche, después de seis horas de combate, puso término a la pelea. En las faldas del cerro de los Aguacates pernoctó nuestro ejército y el enemigo emprendió su retirada, por las pérdidas que había tenido, y temiendo ser cortado por la caballería si hacía su movimiento por la derecha, por el camino de Sombrero.

El Brigadier La Torre siguió de Ortiz a Semen, en donde se le reunió el Brigadier Correa, a quien llamó en su auxilio desde que supo que se le perseguía.

El ejército republicano tuvo algunas pérdidas de hombres, muertos y heridos, pero no pasaron de 100: entre los heridos lo fue el Coronel Vásquez, que murió en la misma noche, sentido de todos por su conocido valor.

La sed y el estropeo de tropas y caballos obligaron al Libertador a retroceder a un lugar en que hubiera agua para beber,

pues temía perder hombres y caballos por esta causa, y fue necesario andar cerca de tres miriámetros.

Continuó su marcha el Libertador hasta el hato de San Pablo, y allí se le reunió el General Pedro León Torres, con nuevos refuerzos traídos del Apure y caballos para remontar. Se continuó la marcha en dirección a San Carlos, para obrar sobre el occidente conforme al plan primitivo del Libertador. En el pueblo de San José de los Tiznados resolvió el Libertador regresar a Calabozo para organizar nuevas fuerzas y dar sus órdenes sobre las operaciones en diversas direcciones.

El General Monagas fue destinado a levantar nuevas fuerzas en Barcelona; el General Soublette, con diez y ocho oficiales ingleses de los que habían venido de Europa, siguió a Angostura para organizar los cuerpos que estaban para llegar a Guayana desde Inglaterra. El General Zaraza fue a reunir fuerzas a Sombrero, Calvario y Barbacoas. Publicó el Libertador la ley marcial para obligar a todo hombre a tomar las armas, desde su cuartel general de Calabozo.

El General Páez recibió orden de seguir a San Carlos, para reunir las fuerzas que se mandaron recorrer las llanuras hasta la provincia de Barinas, que debían salir por Araure y San Rafael bajo las órdenes del Coronel Rangel a San Carlos, para atacar al Coronel Rafael López, que había elevado su fuerza a muy cerca de mil jinetes y doscientos infantes. Quería el Libertador que el General Páez obrase por Occidente para llamar la atención de La Torre y batir a López, que iba aumentando su fuerza. Este jefe era un mulato de Barinas muy práctico del terreno y valiente, y consideraba el Libertador de mucha importancia batirlo. Se retiró éste a Valencia en donde estaba el Brigadier del Real, quien ordenó a López que se fuese por Hato Viejo y Tiznados sobre Sombrero y Barbacoas, para impedir que el Libertador se reuniese con Páez, en San Carlos, y ordenó Morillo al Brigadier del Real que ocupase a San Carlos luégo que pudiera seguir los movimientos que hiciese el General Páez. Ya para esta operación estaba mejor de su herida el General Morillo.

Al mismo tiempo ordenó al Coronel Calzada que regresara con su división a Barinas, para contener a los patriotas que hacían progresos por aquella parte, pues ese era el teatro donde podía servir mejor la causa del Rey, por sus relaciones y ascendiente en aquella provincia.

La fuerza del Brigadier don Pascual del Real se replegó por Cañadas a Valencia, porque el General Páez le amenazaba por

Galera; y López con sus escuadrones de Llaneros y los Dragones leales, que le reforzaron juntamente con los guías del General, el batallón de Barinas y los restos del Victoria, siguieron hacia San José de los Tiznados, por donde sabía que estaba el Libertador, para tratar de sorprenderlo.

El Libertador, luégo que se le reunió la columna que mandaba el Coronel Justo Briceño, elevó su fuerza a 600 infantes, y la caballería que mandaban Cedeño, Julián Infante y Rendón, que hacía poco tiempo que se habían pasado de las filas españolas a las republicanas, salió de los Tiznados con dirección a San Carlos a reunirse al General Páez. Bolívar le anunció su marcha con el General Cedeño, que partió con un escuadrón de caballería el 16 de abril de 1818; por la tarde siguió el Libertador su marcha y escogió para la tropa el llano llamado Rincón de los Toros, en donde podía obrar la caballería y apoyar su infantería en las matas y bosques inmediatos.

Al llegar López cerca del campamento se le presentó un sargento desertor y le informó que el ejército patriota estaba a una corta distancia, y que Bolívar tenía su hamaca con algunos oficiales del Estado Mayor en un bosquecillo, que los venezolanos llaman **mata**, por ser la reunión de varios árboles en una llanada. Con esta noticia y haber revelado el santo y seña tomó la resolución López de dar una sorpresa, y mandó adelantar su fuerza. El Capitán de Dragones de la Unión, Renovales, le ofreció a López introducirse al campamento con treinta y seis hombres conducidos por el sargento desertor, el que daría el santo y seña y su nombre al enemigo si lo reconocían. Al llevar a efecto esta atrevida operación, Renovales, aprovechándose del traidor sargento pasado, tomó sus medidas el Coronel López para ejecutar su asalto.

Encontróse Renovales con el Coronel Francisco de Paula Santander, Subjefe del Estado Mayor General, encargado de él por la ausencia del General Soublette, que mandaba el campamento y había dado órdenes para emprender la marcha. Reconoció Santander la patrulla, y habiendo dado el santo y seña y siendo conocido el sargento, éste informó que el Libertador lo había mandado hacer un reconocimiento, y ver a los ordenanzas del cuartel general que estaban cuidando las caballerías. El Coronel Santander le dijo: "Siga usted a dar cuenta de su comisión y dígale al Libertador que ya voy para allá".

El sargento, como conocedor del campo, siguió hacia la hamaca del Libertador, quien estando despierto y pronto a ponerse a caballo, se había retirado y tomado su gorro de cuartel

para ir a montar, cuando Renovales hizo una descarga sobre la hamaca. En este momento iba a montar el Libertador como a unos 50 pasos de distancia. Se espanta la mula con los tiros y echa a correr a acamparse en la caballería que estaba situada a una distancia como de 200 metros. Entra una gran confusión en el campamento, y la caballería trata de salir a tomar la vía de Calabozo. Llama el Libertador al Capitán Serrada para que le dé las ancas de su caballo, y sigue este oficial haciéndose el desconocido, diciéndole: "Mi caballo no resiste dos jinetes". Pasaba luégo un sargento Martínez montado en una yegua, y le pidió lo mismo: el anca para salvarse. El sargento reconoce al Libertador, porque ya alumbraba el día, al mismo tiempo que López atacaba la fuerza que se había puesto en armas para defenderse; pero la sorpresa fue tal que se completó la derrota. El Libertador se iba perdido hacia el lugar que juzgaba poder tomar un camino para Calabozo, en donde Cedeño podía protegerlo. La yegua desfallece y cae. No creyó el General Bolívar que podía salvarse sino quitándose el dormán encarnado y lleno de cordones de oro y el gorro de cuartel, porque los enemigos que lo perseguían lo verían desde una gran distancia; arrojó uno y otro a un bosquecillo y siguió por otro más áspero, a atravesarlo, sin más guía que el sol, dirigiéndose hacia donde él calculaba que podía encontrar a Cedeño o a los que se habían escapado, tomando el oeste, inclinándose al norte.

Al salir a una llanura, los Coroneles Infante y Rendón alcanzaron a ver un caballo rucio con una buena montura, que corría en la dirección a donde se alcanzaba a ver a un hombre que huía en pechos de camisa, y Rendón le dijo a Infante: "Vayamos a coger aquel caballo y llevémoslo a ese hombre que va por el camino que nosotros llevamos, que debe ser uno de los nuestros". Infante le contestó: "El enemigo debe venir cerca y nos puede alcanzar por entretenernos en coger un caballo"; pero Rendón insistió: el caballo era manso, lo pararon, y tomándolo por la brida, el uno lo tiraba y el otro lo arreaba. Alcanzan al Libertador, y se sorprenden de placer y le ofrecen el caballo para que se salvase. A tan extraño accidente y viendo el Libertador que el caballo que se le ofrecía era mejor que los que montaban los Coroneles Rendón e Infante, sospecha que Rendón había seducido a Infante y lo perseguían para tomarlo preso y llevarle a López. Pero luégo advirtió la sinceridad y placer con que se gozaban de haberlo salvado, y arregló la brida que iba mal puesta y continuó su marcha con ellos, hasta una casa a donde salieron y fueron a buscar qué almorzar en la mañana del 18

de abril. Acostóse el Libertador a descansar y se durmió. No quisieron despertarlo los Coroneles, hasta que viendo que se perdía tiempo lo llamaron para que almorzase y le mostraron el nombre de Rafael López que tenían los estribos de la montura, que eran de plata. No sabían si era López el que había muerto y huído el caballo, o algún otro jefe, pues es costumbre en los llanos de Venezuela que los jefes lleven dos o tres caballos ensillados y diez o doce escogidos en la madrina de caballos de remonte. Almorzaron y siguieron juntos la marcha. Santander, Briceño y los que pudieron tomar el camino de Calabozo se encontraron con el General Cedeño, que habiendo regresado solo al campamento no encontró sino despojos y cadáveres, y viendo que el enemigo después de su triunfo había contramarchado, cosa que no podía comprender, tomó entonces para Calabozo en solicitud de Bolívar y demás derrotados, y fue reuniendo dispersos hasta encontrarse con Bolívar, lo que fue para él de gran placer, pues muchos de los dispersos le juzgaban muerto o prisionero.

Esta relación que hacemos es lo que el mismo Libertador y el General Santander nos han referido, lo propio que el sargento Martínez a quien no volvió a ver el General Bolívar sino mucho tiempo después, en que lo ascendió a Capitán, y en Popayán en 1822 le dio a mandar el primer escuadrón de granaderos que hacían la guardia de honor del Libertador en la marcha. Siendo yo entonces Edecán del Libertador hablé con él, cuya sencilla relación, en todo igual a la de los jefes, me ha podido hacer formar un juicio exacto de lo ocurrido y formar esta relación, rectificando todas las que se han hecho hasta hoy por historiadores de Colombia y de los españoles.

Cuando el Teniente Coronel don Antonio Pla tomó el mando por la muerte de López, encontró en las instrucciones privadas de Morillo la de regresar a Ortiz y Parapara, después de haber recogido el armamento y municiones que quedaron en el campo; y cuando una partida de los que perseguían le llevó el dormán y gorro de cuartel que, como nos dijo el Libertador, se vio obligado a tirar para no ser visto de los que perseguían... [1].

Por orden de Morillo fueron fusilados en diversos lugares los Tenientes Coroneles Mampalo, Bertolari, Francisco Rodero, Juan de Dios Morales y el Capitán Florencio Tovar para con-

[1] Así está en el original este párrafo, que, como se ve, carece de sentido.

servar la vida de su padre, que era uno de los próceres de la independencia. En el campo encontró muertos e insepultos, el General Cedeño, los cadáveres de los Coroneles Fernando Galindo, Silvestre Palacios y el del Sargento Mayor Mariano Plaza, ayudante de campo del Libertador, y más de ciento cincuenta hombres. La infantería, como hemos dicho, consistía en 600 hombres, y los españoles daban por muertos 600 y 108 prisioneros. Los restos que se reunieron en Calabozo eran unos 150 infantes y la caballería de Cedeño. El Libertador dejó a Cedeño de Comandante General de Calabozo y al General Pedro León Torres hecho cargo de la infantería, y se trasladó a San Fernando de Apure, bastante enfermo, a donde habían seguido los Generales Urdaneta y Valdés a curarse de las heridas recibidas en Semen.

Dejamos al General Páez en marcha para San Carlos, en donde debía esperar al Libertador, y frustrado esto, daremos cuenta de las operaciones de Páez en el occidente y el modo como éste y los españoles obraron, cuyos hechos son de grande importancia en la relación que vamos haciendo de las desastrosas campañas de 1818.

El General Páez llamó a su cuartel general al Coronel Rangel, que estaba obrando por Barquisimeto, y se le reunió con 200 jinetes, que era la fuerza que le había quedado, porque tuvo mucha deserción. Entonces resolvió ir a San Carlos y entró un escuadrón hasta la plaza, en donde había entrado antes el Brigadier La Torre con el batallón la Unión y alguna caballería. La infantería hizo fuego desde los balcones a la caballería patriota, que atrevidamente se introdujo hasta la plaza, y se retiró a una llanura inmediata, en donde acampó el General Páez con sus 1.200 hombres de caballería y 350 infantes mandados por el General Anzoátegui.

Reunióse a La Torre el Brigadier Del Real, y en seguida el Brigadier Correa; el ejército español se elevó a cerca de 4.000 hombres de todas armas.

El General Páez se había retirado de la inmediación de San Carlos hasta Cojedes. No obstante la poca fuerza, en vez de replegarse sobre Calabozo y el Apure, porque ya entraba el tiempo de lluvias, que hacía imposible la marcha del ejército español sobre los Llanos, quiso ir en busca de La Torre y marchó el 1º de mayo por Cumanico; al llegar a este sitio encontró al ejército español que venía en su persecución, después de habérsele reunido el 30 el Brigadier Correa, y fue entonces cuando aumentó a cerca de 4.000 hombres.

El General Páez contramarchó hasta la llanura de Cojedes, y se propuso aguardar allí a los españoles, muy superiores en infantería. Apoyado Páez con 350 infantes por los flancos con su caballería, y colocando a Rangel a retaguardia resolvió esperarlos y no hacer fuego hasta que estuviese el enemigo a tiro de pistola.

El 2 de mayo se dio este desigual y sangriento combate, en que lucieron el valor y denuedo de Páez y su impericia como Comandante en Jefe. Abandona la dirección de sus tropas por dar una carga al enemigo, arrolla cuanto se le presenta, persigue al enemigo más allá de sus reservas, toma los equipajes y caballos de remonta, regresa triunfante en busca de su infantería y resto de caballería, y no encuentra sino el campo de batalla abandonado por los combatientes, muertos y heridos de ambos ejércitos. Recogió a los de su ejército, entre ellos al Teniente Coronel Vicente Vanegas con doce heridas de bala y arma blanca. Permaneció el General Páez esa noche en el campo de batalla, y el enemigo en el pueblo de Cojedes. Las pérdidas de éste fueron considerables; el Comandante General, Brigadier La Torre, fue herido desde el principio de la acción y tomó el mando el Brigadier Correa. El 3 de mayo emprendió el General Páez la marcha en seguimiento de los dispersos, que llevaban la vía de Araure para el Apure. En Guamito alcanzó una partida de caballería al resto de la infantería deshecha en Cojedes y la caballería que dejaron abandonada los Coroneles Muñoz e Iribarren, que al ver el triunfo de Páez sobre el ala derecha del enemigo, dejaron su puesto para ir a la pelea, en donde la victoria les coronaba de gloria.

Todas estas faltas dieron fin a la penosa campaña de 1818. El General Páez trató muy mal a los que habían abandonado el campo de batalla, con excepción del General Anzoátegui, queriendo hacerlos responsables de la derrota que sufrieron cuando él era vencedor a su vista. Llegó a Achaguas y de allí pasó a San Fernando, en donde estaba el Libertador. El Coronel Rangel se separó de Páez para ir a Nutrias a reunir más gente. Se encontró con el Comandante Reyes Vargas, que tenía más fuerza, y fue batido, perdiendo varios jefes y oficiales, entre ellos el valiente Coronel Cuesta.

Pasó Rangel el río Apure para seguir a San Fernando, que era el cuartel general.

El General Cedeño, que había quedado en las llanuras de Calabozo, resolvió aguardar a Morales, que desde Ortiz había emprendido su marcha sobre él. En la laguna de los Patos fue

el combate muy mal dispuesto y pereció la mayor parte de la infantería, y la caballería se salió, dejando comprometido al General Cedeño y a la infantería. Reuniéronse todos los derrotados en San Fernando de Apure, y el Libertador restableció la moral y la subordinación que se había relajado en medio de tantas desgracias, pero que unos a otros se achacaban la causa de cada desastre (sic).

Un plan de campaña llevado a efecto es menos desastroso que otro, si aquél se ejecuta puntualmente y éste sufre modificaciones por transigir con ajenas opiniones.

Destruída la infantería, perdidos más de 500 hombres de caballería, municiones, vestuarios y todos los fusiles que se trasladaron a la izquierda del Apure, dejaban en impotencia al Libertador para seguir obrando en el Apure y sobre Barinas y Calabozo; pero el mes de mayo iba a dar principio a las inundaciones y de este modo a suspender las hostilidades entre los beligerantes. El ejército español había sufrido mucho en su personal, porque grande fue la pérdida de hombres en los combates que tenemos citados en esta narración, como por las enfermedades. Las heridas recibidas por los Generales Morillo y La Torre prueban bien la necesidad que tuvieron de rehacerse en el combate, poniéndose ellos mismos a la cabeza.

Un ejército de más de 14.000 hombres, perfectamente organizado, vestido y disciplinado, luchaba sin tregua con batallones y escuadrones improvisados y que llevaban Bolívar y sus tenientes a los campos de batalla sin más instrucción que la de aprender a formarse y hacer fuego, y sin más táctica que la de atacar y vencer, y si no se lograba esto, morir.

No obstante las ventajas obtenidas por Morillo sobre los patriotas, no se lisonjeaba de ver terminada la guerra en un año; y en adelante veremos sus operaciones, obligado por las que efectuaba el genio extraordinario de Bolívar.

El 24 de mayo se embarcó el Libertador en el Apure para salir al Orinoco y volver a Angostura, a donde le llamaba la necesidad de completar la organización de un gobierno perfecto, y la de un nuevo ejército de operaciones. Llevó consigo al General Soublette, Jefe del Estado Mayor General; al Subjefe Coronel Francisco de Paula Santander, algunos jefes y oficiales y sus ayudantes de campo.

Tendremos que concluír dando cuenta de esta campaña con la noticia de las operaciones del ejército, después de las acciones de guerra de Cojedes y la laguna de los Patos de que hablamos antes.

Fue reforzada la división que mandaba Morales sobre el Apure con el batallón del infante don Francisco de Paula. El Coronel Calzada ocupó a Barinas batiendo al Gobernador Gómez, y se retiró a la ribera derecha del Apure, perdiendo en Obispos unos pocos soldados.

El Brigadier Morales, con el refuerzo que recibió, se avanzó hasta el Guayabal con ánimo de ir a atacar al General Páez, en San Fernando. El 28 de mayo fue atacado Morales, de sorpresa, por la guardia de honor del General Páez, y el destrozo que hicieron en la noche hizo creer a Morales que sería nuevamente atacado, y regresó para Calabozo.

La estación de aguas había llegado y anegado las sabanas. Fuéra de madre los ríos, las fuerzas republicanas dominaban las aguas, pues los españoles con la pérdida de la Guayana no tenían ya embarcaciones armadas en guerra. La caballería tenía sus acantonamientos en la ribera derecha del Orinoco, y alguna entre Apure, Arauca y San Fernando, bien guarnecido.

Durante las operaciones del ejército a órdenes del Libertador y del General Páez y los desaciertos de Cedeño y Zaraza, que hemos referido en el oriente, tampoco fuimos felices, y tendremos que ocuparnos de los acontecimientos que tuvieron lugar por aquella parte.

Margarita, en donde mandaba el General Gómez, gozaba de la libertad que conquistara su heroica defensa, y sus habitantes tripulaban las fuerzas sutiles que dominaban el Orinoco y el Apure. Ella era el refugio de muchas familias emigradas del continente, que huían de los españoles. En los puertos de esta isla se refugiaban los corsarios que perseguían el comercio español y vendían sus presas. La capital de Barcelona estaba ocupada por los realistas, pero el General Monagas, que fue mandado por el Libertador a esa provincia, tenía en constante alarma a los españoles y las guerrillas hacían prodigios.

Cumaná estaba en poder de los cuerpos que mandaba el Coronel don Eugenio Arana, quien atacó a Cumanacoa el 7 de enero, y que el Coronel Domingo Montes defendió con bizarría haciendo bastante daño al enemigo; pero flaqueando poco tiempo después tuvo que retirarse Montes al interior con 200 hombres que mandaba. Arana regresó a Cumaná, y Montes, acompañado de Izaba, Pagola y Villegas, ocuparon de nuevo a Cumaná. Estos jefes eran partidarios del General Mariño, y al saber que el Libertador había dado el mando de las fuerzas que obraban por el oriente, hicieron un pronunciamiento firmando una acta desobedeciendo al General Bermúdez y sometiéndose al General

Mariño, que estaba retirado en Margarita. Se trasladó, de acuerdo con el General Gómez, y tomó el mando de las fuerzas que regían Montes, Izaba y Pagola, que no pasaban de 400 hombres. El 12 de marzo el Coronel Jiménez atacó a Mariño en Cariaco y lo derrotó perdiendo 100 hombres, algunos fusiles y municiones. El Coronel Jiménez murió en este combate, y por este incidente no fue activamente perseguido el General Mariño.

El Libertador, instruído de aquellos sucesos cuando estaba en las operaciones sobre Morillo, escribió a Bermúdez dándole orden que con las tropas que se organizaban en la Vieja Guayana se trasladase a Cumanacoa y tomase el mando de las fuerzas que obraban en la provincia de Cumaná y Barcelona. El General Bermúdez mandó a su Jefe de Estado Mayor, Coronel Antonio José de Sucre, a verse con Mariño y persuadirlo a obrar de acuerdo. El Coronel Sucre, joven de veinticuatro años no cumplidos, comenzó a dar pruebas de su talento y tacto político desde entonces, y persuadió a Mariño y sus compañeros que debían obedecer las órdenes del Jefe Supremo. Mas al separarse Sucre para volver al cuartel general de Bermúdez no obedecieron las órdenes que les comunicaba el Comandante General, y los jefes, oficiales y alguna tropa que improbaban la conducta de Mariño y Montes, fueron a presentarse al General Bermúdez.

Trasladóse Bermúdez al puerto de Madera con su división fuerte de 800 hombres, y estrechó el asedio de Cumaná llegando las partidas que circulaban la plaza hasta muy cerca de las fortificaciones. El General Mariño había ocupado a Cariaco, y cuando debió reunirse a Bermúdez no lo hizo, y entretanto el 29 de mayo salió de la plaza de Cumaná el Brigadier don Tomás Ceres; atacó en el puerto de Madera al General Bermúdez y lo derrotó, tomándose las dos piezas de artillería que tenía, las municiones que había en su parque y más de doscientos fusiles y algunos caballos. Pudo salvarse alguna fuerza y se trasladó con ella a Maturín y de allí a Guayana.

El General Mariño se trasladó a Cumanacoa, y aunque tuvo unas pequeñas ventajas en Güiria y Carúpano, no pudo tenerse firme y se retiró a Maturín.

El General Monagas obraba con gran actividad sobre los enemigos de la provincia de Barcelona y persiguió con mucha constancia al Coronel español Gorrín, de tal modo que lo aturdió y acobardó, por cuya razón lo reemplazó el General Morillo con el Comandante don Alejo Moreno.

Cuando llegó el Libertador a Guayana con su Estado Mayor y algunos oficiales que condujo desde Apure, encontró los cua-

dros de oficiales ingleses que habían llegado con el Coronel MacDonald, un escuadrón de húsares con el Coronel Wilson, los cuadros de los regimientos de húsares y lanceros que vinieron con el Coronel Hippisley, el Coronel Campbell con el cuadro de un regimiento de Rifles, y el Coronel Rook y el Coronel Gilmore con oficiales de caballería y clases de tropa. El total de estos cuadros de jefes, oficiales y tropa eran 420 hombres; pero las enfermedades los diezmaron. Inmediatamente se contrajo el Libertador a reorganizar el gobierno civil y político y a dar eficaces órdenes para formar un nuevo ejército, que debía emprender operaciones al cesar el invierno.

Nombró el Libertador dos Secretarios de Estado: el Coronel Pedro Briceño Méndez y el ciudadano José Gabriel Pérez, entre quienes se repartieron los negocios de los diferentes departamentos administrativos. Dictó los decretos de 18 de junio prohibiendo la circulación de la moneda macuquina emitida en la provincia de Barinas, por ser de mala ley y peor tipo; de 2 de julio para perseguir el contrabando; del 3 del mismo mes, organizando las gobernaciones de provincia, dándoles atribuciones políticas y militares y de policía a los gobernadores como indispensables en la época de abrir operaciones y organizar ejércitos, el cual decreto derogaba el de 6 de octubre de 1817, que reconocía gobernadores civiles y comandantes generales.

El General Anzoátegui fue a las Misiones del Caroní con el cuadro respectivo de oficiales a organizar un batallón de 500 hombres, que debían ser de la guardia de honor del Jefe Supremo. De los ingleses se debían formar dos batallones de Rifles a órdenes del Coronel Rook y de los Comandantes Sanders y Mackintosh, y el escuadrón de húsares que mandaba el Coronel Wilson se mandó al Apure. En Angostura se mandaron organizar dos batallones de 500 plazas cada uno de infantería y zapadores. Los enganchamientos de oficiales y tropa se hacían en Europa por el señor Luis López Méndez con una constancia admirable, pues bien conocía cuán necesario era traer a Venezuela algunos oficiales instruídos para disciplinar las tropas colecticias de que se formaban nuestros cuerpos, especialmente infantería, artillería y zapadores. Mucho fue lo que tuvo que hacer este distinguido venezolano, y sufrió mil disgustos y hasta prisiones en Inglaterra porque no estando reconocida Colombia, no tenía carácter diplomático.

Al arribar las naves que traían a los militares enganchados en las colonias se desertaron muchos, y algunos se presentaron a las autoridades británicas como voluntarios para su ejército.

Todas estas circunstancias disminuían el número de los enganchados. Al ocuparnos de los acontecimientos de 1819 hablaremos de los otros cuerpos ingleses y una legión alemana que vinieron también al país.

Entre los jefes que dejamos nombrados, y que fueron destinados al Apure, estaba destinado el Coronel Wilson. Comenzó a turbar la buena armonía entre Páez y el Libertador, con alguno de los jefes más adictos a Páez, y firmaron un acta nombrando al General Páez Jefe Supremo y General en Jefe, pues este hombre caviloso logró alucinar a los llaneros y causar este escándalo. Andando los tiempos se descubrió que era agente del gobierno español contratado con el objeto de dividir a los patriotas y disolver los cuerpos auxiliares ingleses.

El General Páez no estaba en San Fernando cuando se firmó esta acta sino en Achaguas, y se trasladó a San Fernando a calmar los ánimos y a aconsejarles prudencia. El Alférez de húsares rojos, Daniel Florencio O'Leary, después Edecán del General Anzoátegui, del Libertador y General de Brigada, fue el que tomó su pasaporte y se fue a Guayana a dar parte al Libertador. El Libertador escribió a los jefes y oficiales amigos suyos improbándoles su conducta y pidiéndoles explicaciones. Al General Páez le ordenó que improbase la conducta irregular de los que habían hecho aquello; pero con mucho tino porque las circunstancias así lo exigían, y dispuso que le mandase a Wilson. Cuando éste llegó a Angostura lo mandó prender, juzgar y despedir del país.

El General Bolívar recordaba con amargura todos estos acontecimientos de las dificultades que habían puesto en sus operaciones desde el principio el General Miranda, Castillo, Mariño, Bermúdez, Montilla, Rivas, Alzuru, Arismendi, Páez, Santander y otros llamados liberales de Venezuela y Nueva Granada. Algunos como Rivas, Bermúdez, Montilla y Arismendi, logró que se reconciliaran de buena fe. Santander y Páez fueron entusiastas ocasionalmente y siempre inclinados a disminuír el mérito de Bolívar.

Al hacer estas indicaciones nos mueve la necesidad de presentar el cuadro de contrariedades con que el Libertador tenía que luchar, y para que se vea cuán grandes fueron sus concepciones morales y políticas, sus combinaciones militares para sobrellevar las desgracias, las deslealtades, la ineptitud y la envidia, hacerse superior y vencerlo todo.

La situación del ejército español en Venezuela y en el Nuevo Reino de Granada, en el mes de junio de 1818, era de suyo com-

plicada, pero no obstante sus decantados triunfos y el modo como obraba el Pacificador don Pablo Morillo, dejaba conocer al Libertador que era necesario desmayar en la empresa de salvar a Venezuela y Nueva Granada y formar a Colombia.

La división de vanguardia, después del triunfo que obtuvo en la laguna de los Patos, se acantonó en Calabozo y Guardatinajas. Hizo una parte de ella un movimiento sobre Páez; llegó a Guayabal y después de un combate parcial, de que hemos dado cuenta, se retiró a sus acantonamientos de invierno.

La primera división con los batallones Valencey, Barbastro y los Granaderos, alternativamente ocupaban a Caracas; Valencia y Nirgua hacían la custodia de la escuadrilla en la costa, y una compañía de Barbastro estaba en la ciudad de Barcelona.

La caballería europea se refundió en un solo regimiento, el de húsares de Fernando VII, y se mantuvo en donde había mejores pastos entre San Carlos, Junyita y Valencia.

La segunda división estuvo constantemente en San Carlos, después del combate de Cojedes. Con motivo del levantamiento de Ospino, Arauce y Guanaré, con el auxilio del ejército de Apure obró esta división en medio del invierno por aquella parte. Varios cuerpos de tropas ligeras de caballería reconocían parte de la provincia de Barinas, y un fuerte destacamento que mandaba el Comandante Floralba fue batido y hecho prisionero con una parte de su fuerza.

La tercera división estaba en la Nueva Granada, fuerte de 4.200 infantes y 700 soldados de caballería y un batallón de artillería. El batallón 1º de Numancia no pertenecía ya a esta división y se elevaba a 1.300 hombres para seguir al Perú. Como realmente sucedió en enero de 1819. El batallón del Rey, formado en Nueva Granada, de fuerza de 1.000 hombres, se destinó a reemplazos de los cuerpos europeos en la división de vanguardia.

La cuarta división ocupaba la provincia de Cumaná y parte de la de Barcelona.

El General Morillo, después de la herida que recibió en Semen, y el General La Torre, por las que recibió en La Hogaza y Cojedes, llegaron a conocer que el arrojo de nuestros soldados no era de militares comunes, y en época posterior decía Morillo al Libertador, en la entrevista de Santana, que tres lo atacaron introduciéndose con arrojo en la batalla, que pudo evitar con su espada el tiro de uno; pero que un mulatico de 18 años, al parecer desnudo, con un calzón pequeño y un sombrero de paja, le dio la lanzada y se salió del combate volviendo la cara con una rara agilidad.

No sabía Morillo cuando llegó a Venezuela lo que tenía que hacer y que aprender. Después de algún tiempo pudo comprender bien: que la insalubridad del clima para los europeos era mortal para sus soldados, y la falta de todas las comodidades que se prestan al soldado europeo le hacían sufrir mucho y tenían que resignarse de mala gana. Los caminos eran rutas ásperas impracticables por los muchos peligros que se presentaban, y una guerra a muerte era la causa del desaliento de los más decididos militares educados con sentimientos generosos.

"Los talentos militares más brillantes, decía en un informe el General Morillo, una dilatada experiencia, encallan continuamente contra las maniobras de un enemigo, que encuentra recursos en la propia barbarie, y que protegidos en sus derrotas por terrenos que él sólo puede practicar y cuyas costumbres son dignas de las bestias feroces a que se asemejan".

En las primeras victorias creía que estaba resuelta la cuestión de la pacificación; pero luégo conoció que se engañaba y luégo corría la sangre a torrentes. Contaban para rehacerse los republicanos con los ganados y caballos inagotables en las llanuras de todo Venezuela y Casanare, y acostumbrado el llanero a luchar con un toro de los más rabiosos, atravesar un río profundo, lo hacían con mucha facilidad y por diversión, costumbre que les daba a los colombianos una gran ventaja para vencer los obstáculos que para un español son invencibles.

Todas estas consideraciones y el estado del país movieron a Morillo a tratar otro medio de pacificación, y dio dos proclamas, una para los habitantes de Barinas el 4 de mayo, y otra para los de Calabozo el 14 del mismo mes [1], y se quejaba después de la ceguedad de los rebeldes que este lenguaje no produjo nada en el espíritu de los republicanos. ¿Olvidaba el General Morillo que iguales ofrecimientos hechos por el Brigadier don Miguel de la Torre fueron ilusorios, y que los que creyéndolos se presentaron en Bogotá en 1816, fueron perseguidos y juzgados, condenados a muerte y presidio?

Si los enganches de militares europeos no produjeron todo el bien que se esperaba por la pérdida del buque **Indian,** que naufragó sobre los cabos de Francia y se perdieron los 300 hombres que traía porque los salvados no quisieron volverse a embarcar, y los muertos y desertores, sí tuvo el Libertador abundantes recursos en fusiles, municiones, equipo y vestuarios

---

[1] Véanse en el apéndice los documentos números 29 y 30.

con que armó y vistió a las tropas que debían emprender la campaña de 1819.

El 12 de julio fue la fecha en que llegó a Angostura el Almirante Brión con una escuadra unida a la del Comodoro Aury, que tenía a sus órdenes una escuadrilla de corsarios. La aflicción del Libertador por haber quedado reducido su parque a 200 fusiles lo tenía muy agitado, pero ella se cambió en alegría y esperanzas al recibir más de 8.000 fusiles y municiones suficientes que llevó Brión de las conseguidas por López Méndez en Londres.

El Almirante Brión condujo en su buque a un agente especial del gobierno de los Estados Unidos de América, a hacer reclamaciones por el daño que hacían algunos corsarios independientes. El Libertador lo trató con cortesía y firmeza, haciéndole ver que los corsarios de que hablaba eran de Buenos Aires, y que había mucha exageración. Todos creían que era un agente confidencial para iniciar el reconocimiento de la independencia. Si bien algunos americanos como los miembros de la Legislatura de Kentucky sancionaron un acto de simpatía, el gobierno general guardó mucha circunspección, y lo mismo sus más poderosos comerciantes. En la Gran Bretaña e Irlanda fue otro el entusiasmo del pueblo inglés por nuestra independencia.

El Libertador remitió inmediatamente armamento y municiones, igualmente que algunos vestuarios y equipo, a los Generales Monagas, Zaraza, Bermúdez y Páez, lo que influyó mucho para animar a los tres primeros, que eran decididos por llevar a cabo los planes del Libertador, y hacer que Páez se mantuviese en los límites de una subordinación aparente, porque sus compañeros, los valientes e indisciplinados jinetes, no querían a otro caudillo que el que sabía domar un bravo toro y colearlo, pasar a nado un ancho río y amansar un caballo salvaje en veinticuatro horas. Vencer esta clase de preocupaciones era muy difícil, y esta fue la ardua tarea del General Bolívar. Páez, con una perspicacia clara y un regular entendimiento, era capaz de sacar ventajas de esta situación y civilizarse, como sucedió, llegando a ser una figura notable en la revolución de Colombia, aunque en su disolución tuvo la mayor parte, como diremos adelante, cuando lleguemos a esta parte de nuestro trabajo.

El distinguido eclesiástico doctor José Félix Blanco, que dirigía como sacerdote y como jefe civil y militar las Misiones del Caroní, se separó de ellas para irse a los llanos de Casanare para examinar lo que en aquel país se hacía, y cómo se podía

unir al todo la naciente república, pues el Coronel Ramón Nonato Pérez y los otros caudillos como Juan Galea, Moreno, el Padre Merino, fraile de Santo Domingo, obraban por su cuenta y de acuerdo algunas veces con Páez. Este viaje fue muy útil, pues pudo no solamente dar informes al Libertador, sino que logró que Pérez y Galea se dirigieran al Libertador pidiéndole recursos de armas y municiones e instrucciones para obrar.

El General Bolívar conoció entonces cuán necesario era poner al frente de Casanare un hombre inteligente que le sirviese para organizar la vanguardia del ejército que debía librar la Nueva Granada. Nadie tenía para ello mejores cualidades que el Coronel Santander; lo ascendió a General de Brigada y lo mandó a tomar el mando de las fuerzas que existían en Casanare, y al efecto le dio por compañeros al Coronel Antonio Obando, Teniente Coronel Joaquín París y Vicente González, con algunos otros subalternos, todos naturales de Nueva Granada, resto de la columna que salvó Serviez en 1816, o que prisioneros de los españoles en la misma época lograron restituírse a sus banderas. El 26 de agosto salieron por el Orinoco a remontarlo hasta las bocas del Meta, para entrar por él a los llanos de Casanare. Tuvo, pues, noticia de la marcha de estos comisionados, y como tenía celos con Santander desde la época de 1816, en que le tomó el mando al Capitán Laurencio Silva con orden de detenerlo en el paso de Cariben, pero se manejó este Capitán con cordura y habilidad, Santander siguió a llenar su misión, que fue tan importante a la causa de la independencia. Cuatro buques de regular tamaño y ocho menores condujeron el armamento y municiones para la división de vanguardia, y el Libertador dirigió una alocución a los habitantes de Nueva Granada anunciándoles su libertad, y concluía así: "El sol no completará el curso de su período sin ver en todo nuestro territorio altares a la libertad".

El General Cedeño partió en los mismos días a unirse con Zaraza en los llanos de Calabozo, conduciendo armas y municiones.

La división que organizaba en Caroní se completó muy pronto: constaba del batallón Rifles con cuadro de oficiales ingleses de Barcelona y cinco compañías de dragones. El otro batallón de Rifles se arreglaba en Angostura para hacer de estos dos cuerpos de Legión Británica que debía mandar el Coronel Rook. Mandaba esta división el General Anzoátegui, y como Jefe de Estado Mayor el Coronel José María Vergara.

Al General Monagas se le remitieron igualmente armas y municiones a la provincia de Barcelona, e instrucciones para obrar.

Después de la conducta extraña del General Mariño quiso el Libertador ponerlo en buen camino, le escribió recordándole sus buenos servicios y lo nombró Comandante General de la división que debía obrar sobre Cumaná, formada sobre los cuerpos que dicho General organizaba en Maturín.

El General Bermúdez, con una columna de cerca de 500 hombres de infantería, debía obrar por la costa embarcándose en puerto de Jabasco y protegido en esta operación por el Almirante Brión con sus tres mejores buques; y el Coronel Antonio María Díaz, con las cinco lanchas cañoneras, debía cooperar a esta expedición.

Creía el Libertador que teniendo que emprender en persona la campaña sobre Nueva Granada había que llamar la atención del enemigo, en Cumaná, Barcelona y Calabozo. Elevar la fuerza de Casanare y que el General Páez obrara sobre Barinas y la izquierda del Apure para que cuando Morillo supiese que habían trasmontado la cordillera de los Andes no pudieran auxiliar eficazmente al Virrey don Juan Sámano.

Bermúdez dio principio a la ejecución de este plan grandioso y bien combinado; el 25 de agosto tomó a Güiria, apoyado por el Almirante Brión y el Capitán de Navío Díaz; tomada la plaza fortificada, no obstante que Mariño no mandó los 300 hombres que debió remitir de la provincia de Cumaná, tomaron más de cien fusiles, algunas municiones, seis piezas de artillería, ocho buques de guerra pequeños, igual número de buques mercantes y un regular botín de efectos y ganados. El bergantín **Colombia** había sido abordado al principio por las lanchas españolas y tomado con pérdida de toda su tripulación, pasada a cuchillo. Lo represó el Capitán de Navío Díaz, y casi les costó la muerte dada a la tripulación del **Colombia,** pues fueron tratados con la ley de guerra. El talión era horrible en aquellas campañas.

En medio de todas estas vicisitudes los ánimos de los republicanos no estaban tranquilos, y las aspiraciones de algunos generales hacían temer que, so pretexto de limitar nuevamente las facultades del Libertador, era necesario establecer definitivamente un gobierno con sus poderes independientes. El Libertador se persuadió de ello y convocó nuevamente el Consejo de Estado, y el 1º de octubre tuvo lugar esta reunión que presidió

el mismo Libertador, y pronunció un discurso muy expresivo de sus opiniones y sentimientos, que debe leerse íntegramente [1] porque extractado no daríamos una idea completa del modo como Bolívar veía el porvenir de Venezuela y de Colombia.

Estableció además del Consejo de Estado, un Consejo de Gobierno compuesto del General de División Rafael Urdaneta, como Presidente, y de vocales a los señores Director de Rentas Juan Germán Roscio y doctor Fernando Peñalver, Intendente del ejército. Para el Consejo de Estado nombró de Secretario al Fiscal de la Alta Corte de Justicia, doctor Ramón García Cádiz.

El Libertador manifestó en este acto cuánto era su ardor por conseguir no solamente la independencia sino también el establecimiento de un gobierno republicano, y que la autoridad suprema emanada de la soberanía nacional fuera bastante fuerte y respetada por aquellos hombres que fundando su ascendiente en el valor personal, y la licencia que daban a sus soldados para merodear llegaban a ser caudillos, y los que aspiraban a reemplazar al Libertador llamado de nuevo a encabezar la dirección de la guerra.

El Consejo de Estado acordó la convocatoria de un congreso constituyente de Venezuela y Nueva Granada para fundar a Colombia, pensamiento que Bolívar y sus amigos tenían como el medio más seguro para adquirir la independencia en el Virreinato de Nueva Granada y Capitanía General de Venezuela, sino de toda la América española, que debía confederarse por medio de un congreso de plenipotenciarios.

La fama de los hechos de Bolívar llegó a Buenos Aires y recibió carta del gabinete del director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, don Juan Martín de Pueyrredón, y una alocución. Bolívar no recibió estos documentos sino en junio de 1818, y la contestación que dio demuestra bien, como la alocución que dirigió a los habitantes del Río de la Plata, la idea grandiosa de la unión americana que en medio siglo no ha podido realizarse aún, no obstante que háyanse hecho grandes y políticos esfuerzos [2].

El ejército de Apure, que regía el General Páez, se mantenía en San Fernando, isla de Achaguas y otros lugares, y de él salían cuerpos francos a hostilizar a los españoles, y obligaron a

---

1 Véase en el apéndice el documento número 31. **Correo del Orinoco,** número 12.

2 Véanse en el apéndice los documentos 33, 34, 35 y 36. **Vida pública,** págs. 204, tomo 1º.

Calzada a retirarse de Barinas a Guanare. Perdían los españoles dos de sus cabecillas de guerrillas, Pedro Garrido y Nicolás Rueda. En los llanos de Calabozo el Coronel Leonardo Infante, que servía a órdenes del General Zaraza, batió a los realistas Oramas y Machura de la división del Brigadier Morales.

El General Monagas obraba por las llanuras de Barcelona y tenía su cuartel general en la Concepción del Pao, y el General Cedeño en San Diego de Cabrutica y en comunicación mutua.

El General Bermúdez, como dejamos dicho atrás, ocupó a Güiria; pero no contento con esto y sin obtener refuerzos de consideración, resolvió atacar a los españoles en Río Caribe, dejando una guarnición en Güiria de los 200 hombres que se le reunieron de las guerrillas del Coronel Juan Carlos Touchet. La fuerza con que atacó constaba de las cinco lanchas cañoneras de Díaz y 200 hombres de desembarco; fue rechazado, y no pudiendo sostenerse en Güiria tuvo que regresar por la costa a Margarita, dejando al General Mariño sin el auxilio que debiera haberle prestado. La rivalidad de estos dos Generales les hacía obrar así, no obstante las órdenes que tenían del General Bolívar.

Luégo que el Libertador dejó instalado el gobierno político y civil en Guayana emprendió su marcha al ejército de oriente, por Maturín, en donde fue muy bien recibido. Creía el General Bolívar unirse al General Mariño en Cumanacoa, por donde debió con su fuerza, compuesta de 1.200 infantes y 400 jinetes con una batería de artillería servida por 40 hombres, atacar a Cariaco. En vez de moverse por esta ruta lo hizo por Caripe, que se disponía a tomar por la fuerza a Cariaco, que lo defendía el Teniente Coronel don Agustín Nogueras, que había llegado a tomar el mando con un refuerzo de 270 hombres. Atacados los puestos avanzados por el Coronel Montes, fueron derrotados y perseguidos hasta llegar a Cariaco, en donde encontró el Coronel Montes al Comandante Nogueras en buen orden, y cargó a la bayoneta contra los vencedores que hacían la persecución en desorden, y la victoria se convirtió en derrota: ésta se hizo extensiva al resto de la división que se encontraba mal parada en los desfiladeros que median entre Cariaco y la serranía del Catuero, perdiéndose entre muertos y prisioneros 400 hombres, una bandera, algunas cajas de municiones y los caballos de remonta y los de los muertos en la pelea.

El resto de la fuerza siguió con Mariño a Santa María, y, formados en este cerro, contando con ser auxiliados por el General Cedeño o el General Zaraza, que obraban entre San Diego y Santa María, el enemigo no se atrevió a atacarlos.

Recibió el Libertador esta mala noticia en Guanaguana, y de allí regresó a Maturín, en donde se le unieron Mariño y su Jefe de Estado Mayor, Conde, a dar cuenta del acontecimiento, e impuesto de todo dispuso que marchase el General Mariño a levantar un ejército en la provincia de Barcelona sobre las fuerzas del General Monagas, que creía su segundo. Mandó a llamar al General Bermúdez a Margarita para que viniese como Comandante General de Cumaná a reorganizar las fuerzas que se salvaron de Cariaco para levantar sobre ellas una nueva división. Dadas estas disposiciones regresó el Libertador a Angostura, para emprender sus operaciones hacia el sur: al salir para Maturín, el Libertador había hecho marchar para Apure su guardia de honor.

Al regresar a la capital supo el Libertador que se trabajaba con decisión, por la Rusia y la Francia, en ponerse de acuerdo con la Gran Bretaña para intervenir en la cuestión de las guerras civiles de España con sus colonias.

Los Estados Unidos, que debían su independencia a la intervención de España y Francia, eran fríos espectadores de nuestras luchas. La Inglaterra, solamente calculando su propio interés, no se resolvía a entrar en semejante proyecto, y a pesar de sus leyes sobre neutralidad salían socorros para Colombia.

El Libertador temió que pudiera haber alguna intervención de mediación, dando libertad al comercio con las Américas a todas las naciones en que interviniera la Inglaterra, y dictó su importante decreto de 20 de noviembre de 1818, después de haberlo consultado con los poderes públicos constituídos en la época en Angostura, documento que por sí dice más que lo que debiéramos expresar extractando sus ideas [1].

El mismo día, 20 de noviembre, la escuadrilla de cinco flecheros que navegaba de Margarita para Costa firme al llegar enfrente de Aragua fue atacada por otra mayor con que salióle al encuentro el Coronel Guerrero, llevando a bordo tropa del batallón de Granada para el abordaje. Al principio tuvieron ventajas las armas republicanas; pero fuerzas mayores vencieron y las flecheras se perdieron, pereciendo cerca de 200 hombres. Esta desagradable noticia la recibió el Libertador antes de seguir para el Orinoco el ejército de Apure, y salió de Angostura el 21 de diciembre con su Estado Mayor y con los aprestos militares que seguían a San Fernando de Apure para llevar al cabo su plan de

[1] Véase en el apéndice número 36: **Correo del Orinoco** e **Historia de Venezuela**, pág. 551, tomo 1º.

libertad a las provincias de Nueva Granada; todo iba en veinte buques, y reinaba el más grande entusiasmo entre los compañeros de Bolívar, del general al soldado.

Hemos concluído la narración de las difíciles y complicadas campañas de 1818, en que los reveses, las intrigas, la insubordinación y la ambición fueron causa de tantos males, pero el genio de Bolívar, su constancia a toda prueba y la cooperación de hombres llenos de patriotismo como Monagas, Urdaneta, Peñalver, Zea, Zaraza, Sucre, Manrique y otros, le daban la fuerza moral que otros le querían menguar.

Vamos a entrar en la narración de los hechos que en 1819 tuvieron lugar, y en el capítulo siguiente haremos la reseña de cuanto puede ser conveniente para hacer justicia a quienes la merecen y demostrar cuán exactamente había concretado sus planes el General Bolívar.

CAPITULO XVIII

LA CAMPAÑA DE 1819

En el capítulo anterior hemos referido los hechos de las memorables campañas de 1818, en que se mostró tanto más grande el genio de Bolívar cuantas mayores fueron las decepciones y las contrariedades de sus compañeros de empresa.

Jamás se ha visto un ejército más virtuoso; apenas tenía vestidos; sus alimentos escasos, reducidos generalmente a carne y algunas veces a un poco de leche, yuca y plátano, porque hasta el maíz se escaseaba.

Bolívar no podía imponer contribuciones, porque las nuevas causas encuentran un escollo para difundirse cuando se ponen pechos para sostenerlas; y era necesario hacer un contraste con la política de los españoles, que en todas partes imponían contribuciones y gravaban al vecindario con alojamientos para los oficiales, que iban al asilo doméstico de las familias a vivir y comer con ellas, y en la generalidad eran corruptores de la moral.

Por tanto, el Libertador y los demás jefes del ejército y los magistrados civiles empeñaban su crédito y el de la nación para crearse recursos y armamentos, pero se evitaba pedir empréstitos forzosos para no despopularizar la causa de la República.

Los virtuosos militares de aquella época marchaban sin calzado, con pocas excepciones que podían obtenerlo de mala calidad; pero en tiempo de las inundaciones, ninguno. Tánta abnegación, tántos sacrificios no han sido bastantes para consolidar un gobierno estable en la América española. Escribimos esta relación a los cincuenta años de aquellos tiempos heroicos, repasando nuestra memoria y consultando los apuntamientos que hicimos con Bolívar ahora 40, 41 y 42 años, cuando él nos franqueaba su archivo privado para escribir estas Memorias.

En el transcurso del tiempo de que venimos hablando se han publicado algunas obras sobre la historia de Colombia y

las antiguas repúblicas de Nueva Granada y Venezuela. Las hemos comparado, y como los autores, algunos contemporáneos pero no actores en los hechos de la guerra, y otros hábiles escritores de época posterior a la gran epopeya, han recibido incompletas las relaciones, nos obligan a diferir del modo como refieren y aprecian los hechos. Nos toca a los contemporáneos dejar materiales para el historiador, que andando los tiempos, podrá escribir en el siglo XX una historia completa y presentar a las generaciones futuras el hermoso cuadro de las guerras de la independencia de la América española, y de las peripecias que han prolongado por más de medio siglo la fundación de la verdadera república.

Hemos creído de nuestro deber hacer, al dar principio a este capítulo, la manifestación anterior para que el lector encuentre los motivos que nos obligan a diferir de los escritores a que hacemos alusión, porque creemos que han recibido noticias incompletas, o con respecto a sus propios hechos, quieren justificarlos, por cargos que se les hayan hecho en las controversias de partidos.

Recordamos bien que en 1831, estando cerca de Fontainebleau, a orillas del Sena, con los Mariscales Mortier y Mac-Donald, les referíamos cómo hacíamos la guerra sin calzado, y se miraron mutuamente, como que dudaban de nuestra relación. Ibamos a cazar algunas avecillas con escopetas a orillas del río: dejamos nuestro calzado para caminar sobre el fango y guijarros, y después de haber andado como quinientos metros se nos acercaron a preguntarnos por qué habíamos hecho aquello y querían ver la planta de nuestros pies, si podíamos resistir aquel mal piso sin daño. Les dijimos: "La mutua mirada de ustedes al escuchar nuestra relación nos hizo sospechar que ustedes dudaban de lo que referimos"; a lo que respondieron: "Perdón, General, ciertamente creímos que usted hablaba del soldado y que generalizaba el hecho; pero ahora diremos a usted que con generales y oficiales acostumbrados a marchar como un fuerte soldado será un ejército invencible, y comprendemos bien cómo han triunfado de un ejército de más de 20.000 españoles, cuyo valor y constancia hemos conocido en la guerra de la Península, de 1808 a 1814. Esto prueba la máxima de Federico, "que la fuerza de un ejército está en sus piernas".

Como dejamos dicho en el capítulo anterior, Bolívar dejó a Angostura el 21 de diciembre y llegó el 16 de enero a San Juan de Payara, en donde tenía su cuartel el General Páez; escoltaba al Libertador la división Cedeño, y antes había

marchado el General Anzoátegui con los batallones Barlona y Barlovento, que se reunió a la columna de artillería que regía el Coronel Bartolomé Salom.

Luégo que se reunió el General Bolívar con el General Páez, antes de comunicarle su plan de operaciones, le pidió informes sobre el ánimo de los revoltosos que habían celebrado el acta de 25 de agosto del año pasado, y le informó del juicio seguido al Coronel Wilson y su destierro. El Libertador, que reconocía en el General Páez un valor distinguido y mucha ambición de gloria y de mando, le inspiró confianza y le consultaba algunas operaciones, llevándole hábilmente a las conclusiones que deseaba, para que Páez, creyéndose autor de la idea, la adoptase y siguiera el plan de Bolívar. No podía ser de otro modo. Bolívar, hombre de mérito y de una civilización europea, tenía que obrar así para sacar fruto de hombres que apenas tenían una educación de partidos y que no habían leído un libro de ciencia de la guerra, de administración pública ni de historia; y que, no obstante, comenzaban a formarse en las selvas del Apure.

Páez quedó satisfecho e hizo explicaciones al Libertador sobre el modo como había manejado a los revoltosos y le pidió que no desconfiara de aquellos jefes, que estaban arrepentidos. El General Bolívar se dio por satisfecho y le manifestó a Páez que tenía que regresar a Guayana a instalar el Congreso que debía dar existencia a un gobierno verdaderamente republicano y con representación popular; le ascendió a General de División y le nombró General en Jefe del Ejército de Apure, que constaba de 2.000 infantes, igual número de jinetes y un pequeño grupo de artillería.

Las instrucciones del Libertador se reducían a que mientras él regresaba de Guayana no comprometiese ningún combate general: que el Coronel Ramón Nonato Pérez tuviese en constante alarma a Calzada en Barinas, manteniéndose en Guasdualito y en comunicación con el General Santander, que regía las tropas de Casanare, que debían formar la vanguardia del ejército que debía libertar a la Nueva Granada.

De este modo se entretendría al ejército español distante de Caracas y costas de Cumaná y La Guaira, por donde debían obrar las fuerzas que se esperaban de Europa, de los cuerpos ingleses e irlandeses que por varias contratas debían venir a Colombia. Dejando estas instrucciones a Páez, el General Bolívar regresó a Angostura con su Estado Mayor el 22 de enero de 1819.

El General Morillo, durante la misma época en que el Libertador preparaba estas operaciones, reorganizaba su ejército,

y el Brigadier don Ramón Correa, su Jefe de Estado Mayor, daba completa organización al cuerpo administrativo y de sanidad para que nada faltase en la campaña que debía abrir el año de 1819, al venir la estación seca, para entrar en los llanos de Calabozo y el Apure, para lo cual había situado el General Morillo convenientemente sus tropas y recorrido todo el occidente, regresando a la capital, Caracas, para sacar los recursos necesarios.

Sufrió el General Morillo una caída de a caballo que le estropeó de tal modo la pierna izquierda que lo redujo a la cama, y tuvo que encargar el mando de la vanguardia del ejército al Mariscal de Campo don Miguel la Torre, a la que se agregaron las divisiones primera, segunda y quinta, que conducían muchas canoas para pasar el río Apure.

Para el 1º de enero de 1819 ya estaba mejor el General Morillo y salió su Estado Mayor de Valencia para Calabozo, donde se le reunió el General Morillo, aunque no completamente restablecido del golpe que sufrió.

El General La Torre se presentó con el ejército sobre San Fernando, y entonces el General Páez destinó algunos destacamentos de caballería a molestarlo, sin manifestar oposición al paso del río, para ejecutar el plan de operaciones que le había trazado el Libertador. El Mariscal de Campo La Torre dio parte al General Morillo a Calabozo, y éste se trasladó inmediatamente al cuartel general de La Torre, y al llegar supo que San Fernando no solamente había sido abandonado por el ejército republicano sino también por sus habitantes, los que incendiaron sus habitaciones para que no encontrara Morillo cuarteles. Este acto de patriotismo de los vecinos de San Fernando es muy sublime, porque fue obra de ellos ejecutarlo a la indicación de Páez. Los rusos incendiando a Moscú ejecutaron un acto oficial. Los apureños, al poner fuego a sus casas y emprender hombres y niños, mujeres y ancianos, su marcha a las selvas protegidas por Páez, mientras los hombres de armas tomar estaban en las filas republicanas, ejecutaron un acto de heroísmo digno de no olvidarse en nuestros fastos históricos.

El General Páez, que tenía la ventaja de conocer palmo a palmo el territorio, se movía con grande presteza y fatigó extraordinariamente al ejército real, que se componía de 6.500 hombres de todas armas, mientras el de la República, a órdenes de Páez y Anzoátegui, no pasaba de 4.300 hombres, incluyendo Estado Mayor, jefes y oficiales.

Al llegar el Libertador a Angostura, en los primeros días de febrero, tuvo noticia de haber desembarcado en la isla de Margarita los cuerpos que esperaba de Europa. Estos eran cerca de 1.200, enganchados por el señor English, que había sido Comisario de Guerra en el ejército inglés durante la guerra de España contra Napoleón, y que habiendo ido a Guayana, desde 1817, hizo un contrato con Bolívar para enganchar esta fuerza, en cuya recompensa se le hacía General de Brigada. También venían 300 alemanes comandados por Uslar.

No era fácil que estas tropas vinieran a Angostura desde Margarita, y resolvió el Libertador que obrasen sobre La Guaira, Barcelona y Cumaná, según las circunstancias; mandó de Comandante en Jefe al General de División Rafael Urdaneta y de su segundo al General de Brigada Manuel Valdés. Dio orden al Gobernador de Margarita, General Torres, de reforzar estos cuerpos extranjeros con un batallón de hijos del país.

El Libertador llevaba adelante su plan de libertar el Virreinato de Nueva Granada, de donde sacaría elementos de todo género y especialmente hombres y dinero. Sabía el Libertador que la infantería granadina era muy buena, pues recordaba los prodigios que hizo en la campaña de 1814.

El 16 de febrero tuvo lugar la instalación del Congreso de Venezuela. El Jefe Supremo con su Estado Mayor y varios generales, jefes y oficiales salieron de la casa del Libertador en dirección a la de gobierno, en que estaba reunido el Congreso. Una diputación salió a recibirle a la puerta, y luégo que entró al salón destinado para las reuniones, abrió las sesiones con la lectura de un discurso que mostraba bien cuáles eran los sentimientos del General Bolívar. Extractar esta obra del genio de Bolívar sería hacerle perder su mérito: tomar aquellos períodos que nos parecen más importantes, talvez dejan trunco el pensamiento del autor; y como nuestras Memorias son sobre la vida de Bolívar, necesitamos acompañar a ellas los documentos más importantes, y ninguno merece esta calificación como el de que nos ocupamos.

Al pronunciar el Libertador las últimas palabras de su discurso: "Señor, empezad vuestras funciones: yo he terminado las mías: queda instalado el Congreso de Venezuela", todos los miembros de éste dieron un viva al Congreso. Bolívar dijo entonces: "Mi espada y las de mis ínclitos compañeros de armas están siempre prontas a sostener su augusta autoridad". Grandes aplausos se siguieron y una salva de artillería. En seguida invitó el Libertador a que eligiesen un presidente para

recibirle el juramento y entregarle el mando que había ejercido hasta ese momento. Fue elegido por aclamación el señor doctor Francisco Antonio Zea, y prestó el juramento. El Libertador, colocándole en la primera silla, bajo el dosel, le entregó el mando, depositando el bastón en manos del Presidente del Congreso.

Esta sesión importante del Congreso de Venezuela no queremos extractarla sino darle publicidad, porque ella es de gran significación para conocer los nobles sentimientos que animaban a Bolívar, a Zea y a todos los hombres del Congreso en aquel día venturoso para Colombia [1].

Al día siguiente de la instalación del Congreso llegaron a Angostura 500 hombres de los enganchados en Inglaterra por el Coronel Elsom, y, dada la organización conveniente a los batallones Albión y Rifles, se pusieron a órdenes del Coronel Manrique para que los condujese a Apure.

El Congreso reeligió a Bolívar de Presidente, y el 16 de febrero sancionó un decreto determinando el modo como debía ejercer el Libertador las facultades que se le concedían; se nombró al señor Francisco Antonio Zea Vicepresidente, a cuyo cargo quedaba el ejercicio del Poder Ejecutivo, en los términos del mencionado decreto.

El Libertador, de acuerdo con lo que dijo en su discurso, no quería aceptar y elevó una excusa formal por la comunicación dirigida al Secretario del Congreso, y el 17 se le contestó que el Congreso no la aceptaba [2].

El Libertador, según le oímos muchas veces, no quería ejercer el Poder Ejecutivo, porque una autoridad ilimitada, como era necesaria en la guerra, le llenaba de enemigos, y los ambiciosos vulgares siempre aspiraban a mandar bajo formas constitucionales que no cumplían, y censuraban al Libertador. El era muy susceptible a las censuras de hombres eminentes o distinguidos; pero las calumnias no lo arredraban.

Fue uno de sus principales objetos reunir el Congreso de Angostura, organizar la República de un modo que hiciera respetar al gobierno, no solamente en el exterior, viendo las naciones que simpatizaban con la independencia de América que estaba constituído el país, sino que los caudillos que regían cuerpos de tropas, con aspiraciones a ser cada uno de ellos un autócrata en las selvas a que estaban constantemente reducidas, tuviesen este freno.

---

[1] Véase apéndice, documento Nº 37.

[2] Véase apéndice, documento Nº 38.

Quería, igualmente, el Libertador que se sancionase una constitución muy semejante a la inglesa, y eso se ve bien en el discurso que hemos citado y en el proyecto de constitución que presentó al Congreso. Era muy contrario al sistema de gobierno federal, pues atribuía a esta organización y a las facultades que tuvieron los gobiernos de las Provincias Unidas de Nueva Granada, la reconquista de los españoles. No participamos de tal modo de ver la cuestión de la reforma social, no solamente en Colombia sino en la mayor parte de la América española. Si el Libertador hubiera vivido hasta la época en que escribimos, se habría persuadido de que el gobierno general de una república federal, como la de los Estados Unidos, tiene suficiente fuerza. En el apéndice de estas Memorias publicamos la carta que escribió a un amigo suyo de Kingston, Jamaica, el 6 de septiembre de 1815, y este documento precioso, que tiene tánta sinceridad como escrito en el destierro, no fue sino un vaticinio de lo que se le esperaba a la América española; allí mismo está la idea general del proyecto de constitución que presentó al Congreso de Angostura.

Las circunstancias de la época le aconsejaban buscar un remedio a los males que preveía, y al mismo tiempo pensaba que esos militares ambiciosos, que tántos males han causado y siguen causando a la América española, debían recibir alguna recompensa a sus servicios para que no causasen males. Esta era la idea del Senado hereditario. No es un escrito de la naturaleza del presente, el que debe profundizar una cuestión de ciencia de gobierno y constitucional. Otra generación fallará sobre las opiniones del Héroe del siglo XIX en el mundo de Colón.

El 26 de febrero nombró el Libertador tres Secretarios de Estado: del Interior y Justicia, al doctor Diego Bautista Urbaneja; de Hacienda, al doctor Manuel Palacios, y de Guerra y Marina, al Coronel Pedro Briceño Méndez, el que debía seguir con él a la campaña, y partieron el mismo día para Apure, remontando el Orinoco. El 7 de marzo llegaron el General Bolívar y los auxilios y elementos de guerra con las tropas que conducía el Coronel Manrique a Cunabiche. A su paso por La Urbana fue recibido con grande entusiasmo por la división de infantería que mandaba Anzoátegui. Le mandó seguir a Cunabiche, en donde estaba el cuartel general de Páez.

Al llegar a dicho cuartel general supo el Libertador, con detalles, todas las operaciones que había ejecutado Morillo sobre el ejército de Apure, en contramarcha de la ribera derecha

del río Arauca hasta Achaguas, y que había marchado la quinta división a órdenes del General La Torre contra el Coronel Nonato Pérez, que obraba sobre Barinas; que el Brigadier Aldama había seguido con el batallón Valencey y un cuerpo de caballería sobre Calabozo, cuyas noticias hicieron comprender al General Bolívar que Morillo había contramarchado de las llanuras de la derecha del Arauca, porque conocía que no le era posible obligar al ejército de Apure a dar una batalla general y que se le llamaba la atención por otras partes.

El Libertador dispuso que se trasladase el ejército a la izquierda del Arauca para llamar la atención de Morillo y dar tiempo a Urdaneta para que obrase sobre la costa de Venezuela, ya fuese sobre Caracas, como lo deseaban Urdaneta y Valdés, o ya sobre Barcelona o Carúpano, como creía el Libertador, y se uniría esa división a las fuerzas que mandaban Mariño, Bermúdez y Monagas. El Libertador le manifestó al General Urdaneta todo su plan, pero dejó a su arbitrio la elección del punto que debía atacar primero. Nos decía el Libertador: "Me veía el hombre más amargo en aquella campaña de principios de 1819. Páez no tenía más idea que pelear en las sabanas con su brillante caballería y un arrojo sin igual. Había mandado organizar la división de vanguardia en Casanare, a la que me debía unir con la que mandaba Anzoátegui, que juzgaba, como Soublette, Santander y Salom, que era el más sublime plan de operaciones. Urdaneta y Valdés se proponían atacar por La Guaira u Ocumare a Caracas. Los movimientos del ejército español me dejaban comprender que el General Morillo debía tener conocimiento del arribo de la expedición del General English a Margarita. Era, pues, necesario hacer un movimiento ofensivo para conocer bien las posiciones de los españoles y cuál era su intención para obrar en consecuencia, y por eso se ejecutó el movimiento pasando el río Arauca por San Juan de Payara".

Los historiadores colombianos y españoles han apreciado estas operaciones de Bolívar de diversos modos, y Morillo dice que el 11 de febrero, en la noche, recibió el aviso de Caracas de que una expedición de 4.000 ingleses y franceses, en auxilio de los independientes había llegado a los Cayos de San Luis, en la isla de Santo Domingo.

Verificado el paso del Arauca resolvió el Libertador que unas partidas se adelantasen a cerciorarse de la situación del ejército. Una de ellas fue rechazada en la dehesa de Lucero y otra dio parte de que en el trapiche de La Gamarra estaba un

batallón de Valencey a órdenes del Coronel Pereira con un escuadrón de carabineros. Dispuso el Libertador que tres cuerpos de infantería fuertes de 800 plazas y 200 jinetes atacasen con ímpetu a Pereira, y fueron rechazados los dos batallones que atacaron y la caballería, perdiéndose algunos soldados muertos y heridos, 4 oficiales y 25 individuos de tropa prisioneros; los que informaron a Pereira de la única fuerza que les atacó y la que estaba de reserva y de todo el ejército que venía a retaguardia. No creyó prudente el Coronel Pereira perseguir, y después de haber dejado bien puesto su honor, resolvió retirarse en solicitud de Morillo, que estaba en Achaguas, a tres miriámetros de distancia. En el tránsito se reunieron Pereira y Morillo, quien dispuso retroceder a Achaguas para coordinar sus operaciones. El combate de La Gamarra fue el 27 de marzo, y el 26 había dirigido el General Morillo una alocución a los jefes y oficiales ingleses para que se separaran del servicio de los patriotas. El creía que esta fuerza se componía de los cuerpos que combatieron en España a órdenes del General Hill, cuyas tropas conocía [1]. Antes, desde Arauca, el 4 de febrero, había hecho otro tanto llamando a su lado a los habitantes de Apure y Arauca. Estos pasos dejaban conocer bien cuánto temía, y no sin razón, el resultado de las nuevas campañas, viendo que Bolívar, no obstante los contratiempos del año 1818, se presentaba más fuerte, había fundado un gobierno y tenía fuerzas marítimas que le daban movilidad, y que la Corte de España, desatendiendo los reclamos que hiciera por medio del General Enrile, no había provisto de marina.

El 29 de marzo emprendió el General Morillo su marcha contra los republicanos; pero el Libertador, persuadido de la necesidad de repasar el Arauca, había emprendido contramarcha, y la ejecutó el 27. Al día siguiente se presentó Morillo con toda la fuerza que tenía en Achaguas y acampó en un sitio llamado La Mata del Herradero, dos kilómetros abajo del lugar en que estaba colocado el ejército republicano.

El General Páez fue informado, por un oficial llanero que se pasó del ejército español, del plan que tenía Morillo para perseguir sin tregua si volvía a presentarse a provocar combates parciales de caballería. Páez se lo comunicó al Libertador y le pidió que le dejase pasar con 150 hombres selectos, entre jefes, oficiales y tropa, para ir a cucar a Morillo y atraerlo en su persecución al frente del ejército republicano, en donde se

---

1 Véase apéndice, documento Nº 39.

mandó emboscar una columna pequeña de cazadores para que hiciesen fuego de flanco al improviso sobre los españoles, dando lugar a Páez y sus valientes para escarmentar a aquéllos. Este fue el famoso y brillante combate de las Queseras del Medio, en que 150 héroes se distinguieron uno a uno, a cual mejor. Páez y el Coronel Rondón llevaron el valor y el arrojo a un grado desconocido [1]. Rondón es el Aquiles colombiano. Bolívar y todo el ejército contemplaban del otro lado del río tánto valor, tánta audacia. Los cazadores, emboscados, llenaron de espanto a la infantería, que perseguía a Páez apoyando los mejores cuerpos de caballería con que atacaba Narciso López, oficial venezolano, que primero fue patriota y se pasó a los españoles. Este caudillo atrevido fue traidor a su patria y traidor a su reina, y murió en un cadalso en La Habana.

Morillo, en sus Memorias, habla de este combate como ocurrido el 5 de abril, cuando tuvo lugar el día 2, y refiere con mucha falsedad los hechos, queriéndose atribuír ventajas que no obtuvo. Que escritores apasionados exageren, no es extraño; pero un General de reputación y valiente no debió defraudar el mérito del combate que vamos refiriendo.

Morillo emprende un movimiento retrógrado sobre Calabozo, y Bolívar pone su cuartel general en el pueblo de Rincón Hondo.

De allí partió el Libertador a verse con Páez, en el bajo Apure, por donde obraba llamando la atención de Morillo, que estaba en Achaguas. El Libertador dejó el mando a Anzoátegui y siguió al cuartel general de Páez, para acordar con él el modo como se debía emprender la nueva campaña.

Pensaba el Libertador que dejando una fuerte división de caballería entre Arauca y Apure, poniéndose en contacto con Zaraza, el ejército se podía trasladar a Barinas, llamando la atención de la tercera división que ocupaba la provincia de Tunja y amenazaba a Casanare, y que obrando al mismo tiempo el General Santander por Tunja, pudieran batir a Barreiro antes de que el General La Torre pudiera reunírsele.

Antes de continuar esta relación tenemos que dar cuenta de lo que pasaba en otros puntos de Venezuela y de la Nueva Granada, para poder formar, si nos fuese posible, el cuadro más completo de los acontecimientos, que sin escrúpulo llamaremos que fundaron la nacionalidad colombiana y sirvieron de base a la libertad de la América española.

---

[1] Véase la lista de estos 150 héroes en el apéndice, documento Nº 40.

Como dejamos dicho atrás, el General Urdaneta fue destinado a tomar el mando de las tropas enganchadas en Inglaterra y que habían llegado a Margarita. Acompañaron al General Urdaneta el General Manuel Valdés, como segundo; los Coroneles Sánchez y Montes de Oca, el Teniente Coronel Francisco Urdaneta y varios subalternos nacionales y extranjeros.

El Libertador dio orden que se reforzase la expedición con 500 infantes de Margarita, y al Almirante Brión que le proporcionara recursos. Al llegar Urdaneta encuentra las tropas extranjeras conducidas por English en un estado de indisciplina extraordinario, pues esos soldados, que traían el aliciente de hacer fortuna con la esperanza de aventuras que les habían ponderado los enganchadores, luégo que no obtuvieron una gratificación pecuniaria al llegar, ración a la europea, calzado y todas las comodidades de un ejército inglés, y que no cumpliéndose estos ofrecimientos hechos por English, dudaban ya de que obtendrían el botín de las propiedades nacionales y particulares que les habían ofrecido. A estas dificultades se agregó la desobediencia del gobernador, General Gómez, de entregar los 500 hombres, por sugestiones del General Arismendi.

El General Urdaneta usó de prudencia y energía en tan difícil posición: consiguió algunos empréstitos para pagar sueldos a los extranjeros y le hizo comprender a English su mala conducta en ofrecer más de lo que podía darse a los enganchados, saliendo de sus instrucciones. El deseo de recibir el despacho de General de Brigada que le ofreció el Libertador, le hizo a este señor, antiguo comisario de guerra en el ejército de Wellington en España, no detenerse en promesas.

Al mismo tiempo se hizo obedecer de Gómez y Arismendi, y, puesto en tela de juicio este General, fue mandado reducir a prisión, por un auto que asesoró el doctor Narvarte al Comandante en Jefe, y remitido a Guayana para ser juzgado allá. El establecimiento de un gobierno regular, con todos los poderes públicos, fue de gran provecho al General Urdaneta.

En estas circunstancias tan difíciles llegó el Coronel Mariano Montilla, uno de los próceres de la revolución de 1810, de grandes talentos y conocimientos generales en política y milicia, y que debía serle de grande utilidad. Este jefe, después de las desavenencias que tuvo con el General Bolívar en 1815, observó una conducta poco digna, apoyando a Castillo, de cuyos lamentables sucesos hemos hablado en el capítulo X. Montilla volvía a su patria a prestar útiles servicios y a ponerse a órdenes del Libertador. Fue prontamente colocado como Jefe de

Estado Mayor General, en reemplazo del Coronel Gilmore, que enfermó, y el Libertador aprobó el nombramiento. Conocía Montilla el francés y el inglés y tenía una educación europea, lo que influyó mucho en el arreglo de aquella expedición de soldados venales que a cada paso amenazaban de muerte a los jefes que los habían conducido a Colombia.

Urdaneta debía llamar la atención sobre La Guaira para tomar a Caracas, o por Ríochico para unirse en Orituco a Monagas y a Zaraza, llamando la atención de Morillo para atender al norte, en circunstancias que no podía abandonar el sur, en donde obraba el Libertador, y Páez tenía que sostener el occidente, amenazado por la parte de Barinas y Guanare.

Si había dificultades para esta operación, debía ejecutarse lo mismo sobre Cumaná y Barcelona, dando al mismo tiempo protección a Guayana, en donde estaba el gobierno general, y reforzar a Bermúdez o Mariño. Este era el plan del Libertador para emprender la salvación de la Nueva Granada, objeto principal de sus meditaciones como base para la unión y libertad de Colombia. Para ejecutar las primeras operaciones sobre La Guaira y Caracas, debía hacerse en los meses de marzo a mayo; pero si no hubiese tenido lugar, se debía obrar sobre Cumaná y Barcelona.

En la misma época el General Santander había reunido más de 1.200 infantes en Casanare y unos 700 jinetes de que se formó la división de vanguardia con los batallones de Cazadores y primero de línea y varios escuadrones de caballería. Galea mandaba una parte de las fuerzas de Casanare, y Moreno otra, y estaban divididos cuando llegó el General Santander y con su autoridad y buen tacto político para manejar aquellos hombres hizo que todo Casanare obrase en masa contra los españoles, y decimos en masa porque hasta las mujeres y los niños salían de las poblaciones que debían ocupar los españoles.

El Libertador comprendió bien, por los movimientos retrógrados de Morillo, que él tenía llamada la atención, y todos los batallones de españoles estaban acantonados en las principales ciudades de la costa. El ejército de Apure, a cuya cabeza estaba el mismo Morillo, se componía de venezolanos enrolados unos por la fuerza, y los de caballería por los caudillos realistas de los llanos, que los autorizaban para robar y cometer todo género de excesos. ¡Cuánto tiene que sufrir aún Venezuela por las bárbaras costumbres de los que guerrearon en la época de que vamos hablando, ya con patriotas, ya con realistas!

Morillo mandó al Coronel Barreiro a hacerse cargo de la tercera división de la Nueva Granada, y él mismo se dispuso para ir a la campaña de Casanare, que debía principiar en enero de 1819; pero las operaciones del Libertador sobre él se lo impidieron y se contentó con ordenarle el modo de obrar al Coronel Barreiro, previniéndole al Virrey Sámano que de ninguna manera se obrase como él pensaba con un ataque rápido sobre Casanare, porque se perdería la división por falta de caballos para los escuadrones y de caballerías y bagajes para el ejército. La experiencia le había hecho comprender a Morillo que en Colombia y todas las regiones intertropicales no hay táctica ni principios análogos a la ciencia de la guerra, y especialmente a la castramentación europea. Esta ciencia se modifica en América, y bien dirigidos los pueblos son invencibles por un ejército europeo que, a pesar de sus armas de precisión y superioridad numérica, tiene de sucumbir a la larga, por la influencia del clima, enfermedades endémicas que se desarrollan sobre el europeo, como pestes, y porque esa vida frugal y amena de nuestros bosques y llanuras, que encanta nuestros sentidos, es para el europeo una vida monótona que le hostiga y desespera en las filas del ejército y todo lo destruye. 20.000 españoles europeos desaparecieron en Colombia, y todos los que pasaban al Perú, de que más adelante daremos cuenta. Pero debíamos iniciar estas ideas en la época en que Morillo y sus jefes lo reconocieron; mas no por eso el estúpido gabinete de Fernando VII le aconsejó el único partido que debía tomar, y que si antes le habían presentado un buen plan de dar independencia a las Américas con monarquías de su propia familia, ya en 1819 era necesario el reconocimiento de la independencia con tratados ventajosos de amistad y comercio. Se han pasado 43 años en que no posee la España un palmo de tierra en sus antiguas colonias, que hoy constituyen 16 repúblicas independientes, y solamente posee a Cuba y Puerto Rico, porque, como veremos adelante, la Inglaterra se opuso a que Bolívar las libertase del poder español.

En fines de marzo, el Coronel Barreiro emprendió operaciones saliendo de Tunja para ir a atacar al General Santander a Casanare, y pasó la cordillera y acampó en las llanuras el 6 de abril, y el 9 ocupó a Pore, hasta cuyo punto no había encontrado habitantes, y el abundante ganado que veía en las llanuras era arisco y con mucha dificultad podían matar a bala alguno para comer. Al entrar en Pore vio Barreiro que se retiraba un escuadrón enemigo; en la población encontraron las casas solas,

y solamente a un loco que vagaba por las calles y una mujer oculta en una casa.

Barreiro continuó su marcha hacia Palmar, en donde había alcanzado a ver una división enemiga, que él calculó en 1.000 hombres de infantería y 1.000 jinetes, y quiso perseguirlos; pero su caballería se inutilizó y estuvo constantemente en alarma porque los escuadrones republicanos, bien montados, le mortificaban, sin poder obtener ventajas sobre ellos. Había llamado a las compañías de infantería que estaban destacadas en Sácama, pertenecientes al batallón del Rey, y se le reunieron el 14 de abril. Entonces resolvió atacar a los patriotas, pero éstos no quisieron presentarle combate, cansándole con guerrillas de caballería, con las que desde el 17, que salió la división española de Pore, fue constantemente mortificada. Las lluvias comenzaron y Barreiro desesperó de poder obtener triunfos, y resolvió contramarchar a la provincia de Tunja, pues con las lluvias iba a perder enteramente los caballos, pues ya muchos soldados no los tenían y marchaban con la silla a la espalda. Quince días fueron suficientes para que el Coronel Barreiro se persuadiera que no podía destruír a los **ladrones de Casanare,** como se denominaba a las tropas republicanas.

Los asesinatos y martirios que habían ejecutado don Juan Tolrá, Bayer y todos los oficiales que habían estado en aquel país, exaltaron de tal modo el patriotismo de los casanareños, que todos en casa huían de los poblados y se iban a refugiar a otros lugares, y los hombres tomaban las armas.

El General Santander evitaba toda función de armas, pues su división debía conservarse, por ser la vanguardia del ejército que iría a libertar al Nuevo Reino de Granada. La actividad y acierto con que Santander preparaba su división le recomendaron en alto grado para con el Libertador.

Las guerrillas que se habían levantado a principios del año 1819 en las provincias del Socorro, Pamplona, Tunja y el Cauca, alarmaban a los españoles, y en el Sur tenían pocas fuerzas porque el batallón primero de Numancia, que formó Yáñez en Venezuela, teniendo muchos prisioneros republicanos en sus filas reducidas a 300 hombres y destinados como soldados varios oficiales prisioneros, no quería Morillo que fuese a hacer la guerra al Norte y lo mandó elevar a 1.300 hombres, como en realidad se hizo en la antigua provincia de Popayán, para que siguiese al Perú en reemplazo del batallón Burgos, que dejó el General Canterac en Venezuela y que fue uno de los que atacaron en la Margarita, como dejamos dicho.

El General Mac-Gregor preparaba por este tiempo una expedición en Inglaterra para ir a apoderarse del Istmo de Panamá, fomentada por el señor Del Real, Agente de la Nueva Granada en Londres, y de acuerdo con López Méndez. Los señores López Tagle, Juan de D. Amador, Manuel Benito Rebollo, Juan S. Narváez y el doctor Vargas eran en Jamaica los que se ocupaban en preparar el ánimo de los granadinos para que recibieran bien esta expedición, que debía, inmediatamente que se apoderase de Panamá, ponerse en comunicación con el Cauca y el Chocó, para que estallase allí una revolución que debía llamar la atención del Virrey Sámano, mientras Bolívar obraba sobre Tunja y Pamplona, lo que se comunicó al Libertador por medio del Comodoro Aury, que fue a verse con el Almirante Brión a las costas del oriente de Venezuela. Fuimos encargados de llevar a Popayán estas noticias y de instruír a los patriotas del estado en que se encontraban las operaciones en Venezuela, para que al apoderarse del Istmo Mac-Gregor, estallase en el Cauca el movimiento. Estábamos en Jamaica emigrados, huyendo de los españoles, porque habiendo sido prisioneros en 1816 y destinados a soldados del Numancia, obtuvimos pasaporte para España a servir en Guardias de Corps, por gracia que obtuvo nuestro tío, el señor Mosquera, que fue Regente del Reino y era entonces Ministro del Consejo y Cámara de Indias. Preferimos ser subalternos de las tropas republicanas a Jefe en el ejército realista, y obtuvimos pasaporte para volver a Popayán, con el objeto indicado. El Libertador aprobó completamente el plan y servíale esta combinación que se había meditado con conocimiento de los pensamientos de Bolívar, desarrollados en la rebalsa de Casacoima, como dejamos dicho atrás.

Hemos entrado en estos pormenores para que se vean las grandes miras que guiaban a Bolívar y la cooperación que encontraba en todos los buenos patriotas para secundarlo.

Desgraciadamente el General Mac-Gregor, luégo que ocupó a Portobelo el 10 de abril de 1819, época en la cual Morillo desistía de su empeño de batir entre el Apure y el Arauca a Bolívar y a Páez, no se preocupó por tomar a Panamá, lo que habría sido de gran provecho. Mac-Gregor, oficial valiente pero de pocos alcances militares, se dejó sorprender a pocos días, y apenas él y unos pocos se salvaron embarcándose en los buques de guerra; la tropa que quedó en tierra se defendió en el castillo de San Jerónimo. Capitularon, y después de habérseles garantizado las vidas fueron fusilados el Gobernador Juan Elías López, el doctor Vargas Vesga y los oficiales ingleses, y condena-

dos a trabajos forzados los soldados ingleses para que muriesen, como resultó, salvándose apenas unos 60, que se pusieron en libertad para regresar a su patria.

Luégo que el Libertador se vio con Páez en el bajo Apure regresó al Arauca, donde había dejado la infantería con el General Anzoátegui, y dispuso que Páez hiciese subir embarcaciones por el Arauca para repasar el río e ir a situar la fuerza en Mantecal y batir a Morales, que se dirigía sobre Barinas, a donde había seguido el regimiento de Rangel, puesto que Morillo, con la mayor parte de su fuerza, había seguido para Calabozo. Salieron juntos Bolívar y Páez de Achaguas para ir a reunirse a la división de infantería, por ver si le podían dar un golpe a Morales; y, de no ser fácil, dejarlo en jaque con el ejército de Apure, mientras el Libertador podía hacer un movimiento rápido sobre Nueva Granada. Batiendo a Morales el Libertador seguiría de Barinas a Cúcuta, mientras Santander obraba sobre Tunja; Urdaneta, en la costa, en combinación con Bermúdez, Monagas y Mariño y Páez, en comunicación con Cedeño y Zaraza, llamaba la atención para que Bolívar pudiese ejecutar su plan favorito de ir a libertar a Nueva Granada, en donde se le esperaba ansiosamente.

Para la operación sobre Barinas debía Páez mandar embarcaciones para pasar el Apure, pues aunque se debía pasar por el antiguo pueblo de Los Setenta, no se podía desguazar el río porque llevaba ya mucha agua.

Se había reunido Rangel al Libertador en Mantecal cuando regresó de Achaguas, y en Cañafístola tuvo el Libertador avisos de Santander de lo que había hecho, y le remitía al Coronel Jacinto Lara para que le informase a la vez de todo cuanto había hecho: que toda la provincia de Casanare estaba libre, y los llanos de San Martín de la de Bogotá, y que la de Tunja estaba invadida por sus guerrillas por Upía, en dirección a Miraflores.

Aunque Páez se manifestaba de acuerdo con el Libertador en sus medidas, no cooperaba con puntualidad a dar ayuda con los buques de los ríos Arauca y Apure, y manifestó que su caballería necesitaba descanso antes de emprender operaciones.

Luégo que se reunió Lara al Libertador en su marcha para Guasdualito y le dio tales informes, que se comunicaron a los demás Generales, resolvió el General Bolívar marchar a Casanare y le dio orden a Páez que pasase a Guasdualito y tomase el mando de la caballería del Coronel Ramón Nonato Pérez y

500 caballos que tenía de remonta en potreros para que le sirvieran en las operaciones que iba a ejecutar.

Reunió el Libertador a los Generales Páez, Anzoátegui, Soublette, Pedro León Torres y a los Coroneles Briceño Méndez, Plaza, Manrique, Rangel e Iribarren para que se impusieran de lo que pasaba en Nueva Granada, para exigirles su cooperación, y que expresasen sus ideas. Todos, uniformemente, respondieron que era lo más importante seguir a libertar a la Nueva Granada, y recomendó el Libertador a todos que influyesen en el ánimo de la gente de Venezuela para que no se arredraran con la idea de las montañas heladas y bosques pantanosos, de que hablaban los que no querían salir del llano.

Acordes todos en ese pensamiento, resolvió el Libertador continuar su marcha atravesando el río enfrente de la población de Arauca, para aprovechar el tiempo, y el 4 de junio se encontraba en dicho pueblo, habiendo tenido no pocas dificultades por la escasez de canoas. Muchos llaneros y aun algún jefe desertaron. Páez no ejecutó las órdenes del Libertador, de llamar la atención saliendo por la montaña de San Camilo a los valles de Cúcuta. Cuando el Libertador nos refería cuán graves para él eran las dificultades morales que tenía que vencer para inspirar en el ánimo de los generales subalternos la justa idea de la operación estratégica y política, nos decía: "Napoleón tenía en sus Mariscales y Ministros brazos que ejecutaban un plan concebido. Washington tenía a su lado a Adams, Jefferson, Hamilton, Monroe, Madison, Jay, que no le eran inferiores, y a los auxiliares franceses y españoles; y yo tenía mediocridades que con su valor y patriotismo fueron populares y se envanecieron creyéndose capaces de influir sobre mí. Anzoátegui, Soublette, Santander y, sobre todo, el General Urdaneta y los Coroneles Sucre, Briceño Méndez y Manrique eran los que por su educación comprendieron mis planes y me ayudaron a vencer las dificultades morales".

El 28 de junio se unió la división de reserva, mandada por Anzoátegui, a la de vanguardia que regía Santander en Pore. El ejército se componía de los batallones Cazadores de vanguardia y primero de línea granadinos, Barcelona y Bravos de Apure o de Páez, venezolanos; Rifles y Albión, ingleses, con algunos indios del Caroní, el primero, dos escuadrones de Llano Alto que mandaban Rondón e Infante, uno de guías de Apure y dos de Casanare. El Estado Mayor estaba organizado así: Bolívar, General en Jefe; Soublette, Jefe de Estado Mayor General; Manrique, Subjefe; Santander y Anzoátegui, Generales de División;

Comandante de Artillería, Coronel Salom; Jefes de Brigada y de los cuerpos, los Coroneles Rook, Mujica, Plaza, Rondón e Infante; los Tenientes Coroneles París, A. Obando, Sanders, Carrillo, Morales, Mellao y varios otros, en los Estados Mayores divisionarios.

El 11 anterior el Libertador se había adelantado a Tame a verse con Santander y hacer marchar la vanguardia a Pore, desde donde siguió el ejército por Morcote. En Paya batió el General Santander una columna que defendía la buena posición que tenían ocupada 300 hombres de la división de Barreiro. El día 27, después de este triunfo, reunió el Libertador a todos los Jefes para alentarlos, porque las aguas habían destrozado el calzado a los ingleses, los caballos flaqueaban, porque los de Casanare y Apure sufren mucho en la piedra; el vestido se consumía durmiendo sin abrigo y en malas barracas. Hacía esto Bolívar porque conocía que había un disgusto en los llaneros, porque subían a la cordillera y decían los apureños que no querían salir de Venezuela. Los granadinos les ponderaban las comodidades que iban a encontrar al pasar la cordillera. Los Generales Soublette y Anzoátegui les apoyaban, lo mismo que Plaza y Manrique. Venció el Libertador esta resistencia. El Coronel Rook hacía otro tanto con los oficiales y tropa inglesa, entre quienes venían varios jóvenes que ilustraron su nombre en la historia de Colombia, como O'Leary, Wright, Fergusson, Mackintosh, Shorton y el bravo Sanders.

De Paya a Socha gastó el ejército nueve días atravesando la cordillera por el páramo de Pisva o Peñanegra, nueve días de un constante sufrimiento. Los jinetes dejaron sus caballos, cansados o muertos, en el desierto; no querían conservar ni las armas ni las monturas, y cuando llegaron al pueblo de Socha, en la provincia de Tunja, parecía el ejército una tropa en completa derrota.

Los enemigos, bien provistos y numerosos, estaban acantonados en los valles de Sogamoso y prontos a obrar contra el ejército republicano, cuyo lamentable estado hemos referido.

Santander y todos los granadinos que estaban en la vanguardia hicieron grandes esfuerzos para sacar el parque, equipajes y cuanto quedó regado en el páramo. Bolívar y demás jefes trabajaban de un modo infatigable para alentar el espíritu público y encontrar recursos. En tres días de reposo para las tropas, y de una actividad sin ejemplo, Bolívar, secundado sobre todo por Santander, montó la mayor parte de la caballería; tuvieron cobijas y alpargatas la tropa y los oficiales. La abun-

dancia de víveres y el entusiasmo con que venían de todas partes, los unos a tomar las armas, otros a llevar víveres, muchos a dar cuenta en dónde estaba el enemigo, en lo que tomaban parte las mujeres, era un cuadro consolador para el ejército, y el ánimo fue en todos morir antes en batalla que repasar la cordillera en retirada.

Bolívar veía coronada su empresa y asegurada la independencia de Venezuela y Nueva Granada, y que tendría lugar la unión colombiana.

La retirada de Barreiro de Casanare, la derrota del destacamento avanzado en Paya, todo influía en que los españoles perdieran moralmente y que aumentase la opinión en favor de Bolívar y sus huestes.

Los cadalsos levantados por Morillo, Enrile, Warleta, Tolrá y por todos los jefes expedicionarios y el sanguinario Virrey Sámano tenían enlutadas las familias, que no esperaban sino la ocasión para vengar a sus padres, hermanos, hijos y amigos. La sangre derramada por esos feroces hombres tenía que fecundar el árbol de la libertad.

Bolívar organiza partidas volantes para llamar la atención por todas partes al enemigo, y éste conoce que todo el país le es adverso, sin poder tener completa noticia de la fuerza y situación del ejército republicano.

Las guerrillas que, como dejamos dicho, se habían levantado en las provincias de Socorro, Tunja y Bogotá, se lanzan de nuevo a la guerra y van en solicitud del Libertador. La fama y nombre de Bolívar aumentan el entusiasmo, y los tres años de uno dominación bárbara en toda la Nueva Granada no habían producido el efecto que esperaban los españoles, sino al contrario. En 1816, testigos somos del desaliento que tuvo el pueblo granadino por los desórdenes que se siguieron a la guerra civil que provocaron Nariño en Bogotá y Castillo en Cartagena. Oíamos entonces, cuando estábamos en horrorosa prisión, a muchos de nuestros hombres públicos arredrados, decir que todavía no estaba preparado el país para la independencia, y atribuían sus sufrimientos a la guerra civil y a la entusiasta locura de la juventud. Pero la mano de hierro con que fueron tratados en los presidios a que fueron destinados los mismos que capitularon en Bogotá con La Torre, sometiéndose a un falaz indulto que Morillo revocó, produjo que esos mismos hombres, lamentando la muerte de sus deudos y amigos, elogiasen a los que jamás participamos de sus ideas, y tales pensamientos, que volaban como por encanto de un extremo a otro del país, hirieron

de muerte al partido retrógrado y español, y se vio la aurora de la libertad en Socha.

El 7 de julio salió un destacamento a sorprender al que tenía el enemigo en Corrales, y advertido el Brigadier Barreiro, se movió con dos columnas de 800 hombres cada una desde Sogamoso a ocupar las posiciones de Corrales y Gámeza. Después de algunos tiroteos se replegó el Brigadier Barreiro con toda su fuerza reunida a Tópaga, y las fuerzas que lo habían tiroteado en Corrales y Gámeza se retiraron a Tasco para estar en comunicación con el cuartel general de Socha y la ciudad de Santa Rosa y pueblos de Cerinza, de donde llegaban continuos recursos. El 11 de julio marchaban las divisiones de Santander y Anzoátegui sobre el enemigo, y éste había pasado el río Gámeza y, a vista del ejército republicano repasó el río y tomó posiciones en la peña de Tópaga. Atacado allí Barreiro por el batallón de Cazadores y tres compañías de los batallones Barcelona, Rifles y Bravos de Páez, se replegó y posesionó de los molinos de Tópaga, posición más ventajosa que la anterior. Después de un combate de ocho horas el ejército se replegó a Gámeza con la pérdida de 12 muertos y 76 heridos y algunos contusos, entre ellos el General Santander. Dispuso el Libertador que se aguardase allí, y en las posiciones de Tasco la incorporación de la Legión Británica y los escuadrones de Casanare que regía Nonato Pérez.

Reunida esta fuerza, el Libertador emprendió un movimiento sobre Santa Rosa para privar de recursos al enemigo y ponerse en contacto con Páez, que debía estar ya próximo a los valles de Cúcuta, conforme al plan acordado a consecuencia del movimiento del ejército libertador a Bonza. El enemigo fue a situarse hacia su retaguardia para cubrir las vías de Tunja y Santafé. Tomó buenas posiciones y se atrincheró en las casas de los molinos de Bonza. El Libertador hizo marchar al Coronel Pedro Fortoul a Pamplona con un destacamento, para libertar aquella provincia, y al Coronel Antonio Morales con otro a Tunja, y todo tenía un magnífico resultado. Dio un decreto publicando la ley marcial y se aumentaba el ejército considerablemente. El 20 de julio se acercó a Bonza a provocar un combate; pero el enemigo no quiso salir de sus posiciones; resolvió Bolívar entonces pasar a la retaguardia del enemigo para incomunicarlo con Tunja y Bogotá, y el 25 marchó el ejército por el Salitre de Paipa. Barreiro se movía en la misma dirección y se trabó un combate en un sitio llamado el Pantano de Vargas. El combate estuvo muy comprometido y hábilmente dirigido. El ejército re-

publicano constaba de los cuerpos que hemos dicho. La tercera división española, de los batallones 2º y 3º de Numancia, 1º y 2º del Rey, y los restos del batallón Tambo y del regimiento de Dragones de Granada. En este célebre combate perdió el ejército 104 hombres de tropa, muertos y heridos, un jefe y 4 oficiales muertos y 3 jefes y 17 oficiales heridos. La pérdida del enemigo fue como de 500 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Las compañías de la Legión Británica con sus jefes y oficiales y la caballería del Alto Llano con el Comandante Rondón y Teniente José Carvajal decidieron el combate; pero la noche le puso término. Al amanecer el 26 los dos ejércitos permanecieron en sus posiciones de la víspera, antes de la batalla. Mandando fuerzas disciplinadas y con buenos oficiales ejecutó Barreiro una retirada regular y fue a tomar posiciones en Paipa; el General Bolívar fue a ocupar su antiguo cuartel general de Bonza.

Era el Libertador infatigable, asistía a todas partes e iba organizando el país bajo su autoridad. No le pareció prudente atacar a Barreiro en sus nuevas posiciones, sino sacarlo de ellas por un movimiento estratégico. Marchó desde su cuartel general de los Corrales de Bonza. El día 3 de agosto mandó hacer el Libertador un reconocimiento con toda la fuerza sobre el enemigo. Fue atacada por un cuerpo de caballería, arrolló un destacamento de 100 hombres de la misma, que estaban avanzados, y se retiró de Paipa a tomar una posición militar que media entre los caminos que van a Tunja y Socorro. El Libertador, pasando el río de Paipa por el puente, se situó a la derecha del río Sogamoso.

El día 4 de agosto permanecieron los cuerpos en sus respectivas posiciones, sin que en ninguno de los dos campamentos se observase algún movimiento. El Libertador, para hacer un movimiento rápido a la retaguardia de Barreiro, para incomunicarlo con Bogotá, base de sus operaciones, hizo en la misma tarde del 4 mover sus fuerzas en dirección a los Corrales de Bonza, repasando el puente de Paipa. A las 8 de la noche contramarchaba y tomó el camino de Tunja, que va por Tuta, Toca y Chivatá, mucho más largo pero que así podía ocultar el movimiento al enemigo. A las 9 de la mañana del 5 llegó el Libertador a Chivatá con un cuerpo de caballería, y a las 11 entró en Tunja; y como hubiese quedado muy colgado el ejército con una marcha tan larga, mandó órdenes para que se adelantase rápidamente, porque el enemigo, habiendo descubierto el movimiento el mismo día 5 por la mañana, se puso en marcha por Sotaquirá, Cómbita y Motavita, y para detenerlo mandó el Libertador al Co-

mandante Mellao con un destacamento de dragones a encontrar al enemigo y entretenerlo mientras se reunía el ejército en Tunja. En la tarde del 5 se presentó Mellao al enemigo y éste hizo alto a las 5 en el llano de La Paja y siguió su marcha a las 8 de la noche, llegando a Motavita el 6 a las 9 de la mañana.

Cuando ocupó el Libertador a Tunja había salido para ir a unirse a Barreiro el Gobernador don Juan Loño, a la cabeza del tercer batallón de Numancia y con 3 piezas de batalla. En la ciudad no había más guarnición que un piquete de dragones de Granada, que cuidaba el equipaje y caballos del Brigadier Barreiro. En la sorpresa se pusieron a caballo y se defendieron; murieron peleando unos 3, y el resto, hasta 20, fueron hechos prisioneros.

El Libertador, que temía llegase el enemigo, quiso comprometer a los tunjanos en la defensa, pues se presentaban con un raro y laudable entusiasmo; y le mandó a la muchedumbre del pueblo que sacase cuanto había en los almacenes de la tercera división española, y de uno o más enemigos de la independencia.

A las 3 de la tarde del día 5 se reunió todo el ejército en la ciudad de Tunja, pero se colocó en las plazas y lugares convenientes para resistir un combate y para que descansase. La misma gente que había vaciado los almacenes, viendo la desnudez de la tropa, no obstante lo que habían recibido desde Socha, les trajeron vestidos, cobijas y calzado y, sobre todo, mantas para abrigarse. Se les pidió que hiciesen de comer a la tropa para que le trajesen el rancho a la formación y, sin excepción, los habitantes de Tunja llevaban toda clase de alimentos cocidos, pan y chicha a la tropa y oficiales, y la noche del 5 les fue muy agradable después de una marcha tan forzada.

El Comandante Mellao no perdía de vista al enemigo, y logró hacerle algunos prisioneros cuando se colocó a su retaguardia. Barreiro, persuadido de la ocupación en donde acababa de perder sus almacenes, caballos y mulas de remonta y 600 fusiles con algunas municiones, resolvió marchar por Sora para irse por Samacá a Hatoviejo, poniéndose en contacto con el Virrey Sámano, que tenía en Bogotá el batallón Aragón; y como supiese que el Libertador con su ejército estaban en Tunja, creyó Barreiro que llegaría antes que el Libertador al puente de Boyacá, lugar equidistante de Samacá y Tunja.

El Libertador hizo marchar rápidamente al ejército cuando supo que Barreiro tomó la vía de Boyacá y adelantó una descubierta de caballería. A las 2 de la tarde del 7 de agosto, es-

tando el ejército enemigo en un bajío que media a unos 1.200 metros del puente, sobre la ribera izquierda del río, se presentó el destacamento de caballería por la vía recta de Tunja, fue cargado por los españoles y tuvo que replegarse, perseguido por los cazadores enemigos. En la persecución se presentó el batallón Cazadores de Vanguardia, desplegó una de sus compañías en tiradores, y las demás en columna de ataque cayeron sobre el enemigo, que tuvo que retirarse a unos paredones, de donde fueron desalojados. En seguida se presentó todo el ejército, y el enemigo formó unos 3.000 hombres para recibir la batalla.

Los Cazadores, rechazados en las lomas del camino que va a Tunja, pasaron el río y se situaron del otro lado del puente. La batalla se inició por un movimiento del enemigo por su derecha, para pasar el río, y se lo impidió una compañía inglesa. Por la izquierda y centro atacaron los cuerpos de la división de reserva, y por la derecha del enemigo la división de vanguardia. El Libertador recorría el campo de batalla para dirigir las operaciones. Antes que llegase la noche estaba decidida la batalla memorable, que el 7 de agosto afianzó la independencia y libertó a la Nueva Granada. Bolívar, Anzoátegui y Santander son los primeros que merecen un recuerdo en la historia por este hecho de armas, como el Comandante Rondón, que con una brillante carga de caballería rindió a los granaderos de a caballo, todos europeos, y en seguida a los dragones. Pocos jefes de caballería y unos dos oficiales de Estado Mayor fueron los únicos que se salvaron huyendo por el puente, así como la tropa que estaba al otro lado del puente y los que huyeron por Samacá con el Comandante don Nicolás López. Más de 1.600 hombres de tropa fueron prisioneros, el Brigadier Barreiro, su segundo, Coronel Jiménez, y 35 oficiales, todo el armamento, municiones, caballos, etc.

El General Santander con su división fue destinado a la persecución, y el General Anzoátegui con la suya, en el campo de batalla, para completar la persecución de los alrededores, asegurar los prisioneros y recoger armamento, municiones, etc.

En la noche del 7 de agosto llegó a Ventaquemada la división de vanguardia a órdenes del General Santander, y el Libertador poco después con el Estado Mayor General y sus ayudantes de campo. El 8 encontró el Libertador entre los oficiales prisioneros a Francisco Fernández Vinoni, y en el momento que reconoció al traidor de Puerto Cabello le mandó ahorcar; así

expió este hombre el crimen cometido el año de 1812 al poner en libertad más de 1.000 prisioneros del castillo de San Felipe, como informamos en el capítulo II de estas Memorias.

El 8 en la madrugada siguieron los escuadrones dragones; los guías continuaron la persecución, y el Libertador siguió a las 11 con el escuadrón del Llano Arriba, y se reunió a Mujica en Chocontá. El 9 marchó todo el resto del ejército. El 9 en la noche acampó el ejército en el Puente del Común y recibió el Libertador el 10 por la mañana el parte de que el Virrey y las fuerzas de la guarnición, que consistían del batallón Aragón y los Alabarderos, habían huído de la capital juntamente con 300 hombres de los derrotados en Boyacá, organizados en una columna de cazadores y un escuadrón de dragones de Nueva Granada.

El Libertador entró ese mismo día a Bogotá en medio de un entusiasmo que es imposible describir, porque al hacerlo se juzgaría que escribíamos un rasgo poético de entusiasmo; pero ello es que basta leer la comunicación de Bolívar al Vicepresidente de la República, el 14 de agosto, para comprenderlo [1].

El Teniente Coronel Sierra, con algunos oficiales de caballería, entre ellos el Teniente Coronel Francisco González y el Teniente Coronel graduado Nicolás López, fueron los jefes que llegaron en la derrota a Zipaquirá el 8, y desde allí se adelantó el Capitán Manuel Martínez Aparicio a dar parte al Virrey Sámano de la completa derrota del ejército español y la necesidad de ponerse en salvo. El Capitán Martínez Aparicio se hizo introducir al Virrey, a las 10 de la noche. Sámano se levantó a tomar medidas para huír. Llegaron el 9 los derrotados y, puestos a órdenes del Brigadier Sebastián de la Calzada, emprendieron su marcha para Popayán, por Neiva, y el Teniente Coronel Sierra marchó en posta a Popayán y Quito a informar del suceso y llevando órdenes del Virrey, quien siguió el mismo día 9 para Cartagena, por Honda, escoltado únicamente por los Alabarderos.

Los partes de Barreiro de los combates de Paya, Gámeza y Pantano de Vargas, anunciando siempre triunfos, habían dado tal confianza al Virrey y sus adeptos españoles que no esperaban semejante resultado, aunque algunos patriotas que conocían la topografía del país, que veían que Bolívar derrotado en Paya pasa la cordillera, vencido en Gámeza aparece más al sur, en los

[1] Véase, en el apéndice, documento Nº 41.

Corrales de Bonza, y se bate en Vargas, decían ésos, y con razón: con la otra victoria de Barreiro, Bolívar entra a Bogotá. Pero los realistas no esperaban sino saber que el bandido de Bolívar y sus compañeros, que no eran sino una partida de cuadrilleros, serían ahorcados muy pronto.

El estupor fue tal que Sámano dejó como 600.000 pesos en plata macuquina y en barras en la Casa de Moneda, y aun en su propia casa algún dinero que no alcanzaron a recoger y distribuírlo entre su gente. Los propietarios y los comerciantes españoles huyeron con igual atolondramiento, y algunos ladrones se levantaron en la ciudad a aprovecharse de las circunstancias, como sucede en tales casos, cuando la anarquía reemplaza al orden. Varios oficiales republicanos que estaban ocultos salieron a coger desertores, y algunos fueron feroces ejecutándolos como en guerra a muerte.

Con la llegada de Bolívar a la capital todo desorden cesó; el Libertador mandó inmediatamente fuerzas de la división de reserva a perseguir al Virrey, y cuando llegaron el Rifles y la caballería a Honda, ese mismo día se había embarcado el General Sámano.

Calzada, al salir para el Sur, mandó incendiar el almacén de pólvora situado fuéra de la ciudad, para privar de este recurso al enemigo.

El Comandante Pla se retiró de los valles de Tenza con cerca de 300 hombres, y al llegar el 10 de agosto a Monserrate supo que estaba Bolívar en Bogotá; su tropa se dispersa y todos fueron prisioneros, incluso Pla. Otro Jefe, Juan Loño, soltó alguna tropa y tomó el camino de La Vega y fue a embarcarse en Guarumo, pasando por veredas casi impracticables.

El Coronel Maza fue destinado a picar la retaguardia a Calzada; pero nunca pudo darle alcance, aunque sí le tomó atrasados, y el entusiasmo se levantó por doquiera en las provincias limítrofes.

Conclúyese la penosa campaña que con tántos contratiempos emprendió el Libertador desde Mantecal. Setenta y cinco días fueron suficientes para dar término a la campaña más gloriosa y difícil que ejecutara el Libertador. El Mantecal está situado a 7º12' latitud norte y 68º55' longitud occidental de Greenwich (5º19'15" longitud este de Bogotá), y Bogotá a 4º35'52" latitud Norte, divididos los lugares por inmensos bosques, ríos y pantanos, sobre todo por las heladas cimas de los An-

des; son consideraciones que se deben tener presentes al graduar el mérito de esta campaña, el genio inmortal de Bolívar y la conformidad y constancia de sus tenientes. Aníbal, pasando los Alpes, no encontró más obstáculos que Bolívar en los Andes de Pisva; pero él no se detiene embelesado en sus laureles, y pronto lo vamos a ver en sus brillantes concepciones en los capítulos siguientes.

CAPITULO XIX

SUMARIO

El General Morillo destinó al Coronel Juer a perseguir las guerrillas del General Pedro Zaraza.—Crueldades de Juer.—El Capitán General de Venezuela teme la invasión de la Costa firme por fuerzas de Margarita, y se prepara a defenderla.—El General Mariño manda concentrar el ejército de oriente sobre Cumaná.—El General Aldama hace un reconocimiento sobre el ejército de oriente, e impuesto de su reunión en San Diego, se retira.—Combate en el río Güere.—Retirada de Aldama a Onoto.—Mariño, disgustado por la separación del mando del ejército, ordenada por el Congreso, no sigue al enemigo.—Desconcierto producido por las disposiciones del Congreso.—Al llegar el General Urdaneta sobre la costa de Barcelona no encuentra al ejército de oriente.—Ocupa a Barcelona y la división extranjera se desbanda a merodear, y el estado de embriaguez en que se pusieron los ingleses obligaron al General a tomar medidas de precaución.—La escuadrilla española se presenta sobre Pozuelos, y recorriendo la escuadra republicana, se retiró.—Saint Just intentó asesinar al General Urdaneta pero no pudo verificarlo.—El General Urdaneta resuelve retirarse en solicitud de los cuerpos que debían reunírsele, y zarpó de Barcelona para el puerto de Bordones. Se le reúne el Coronel Montes y marchó a establecerse en Casituro.—El Almirante Brión navega por el golfo de Cariaco, pasando bajo los fuegos de la plaza de Cumaná.—El General Urdaneta ataca temerariamente la fortaleza de Aguaranta, pierde 130 hombres y emprende su retirada en busca de las tropas que debían reunírsele.—Separa al General English por inepto y sigue a Maturín, a donde llegó el 20 de agosto.—El General Bermúdez llegó tarde a Barcelona: atacado por Pereira se defendió; pero tuvo que emprender su retirada a Cumanacoa y mandó al Coronel Sucre a informar de todo al General en Jefe.—El Brigadier Pereira regresó a Caracas.—El Congreso reunido en Angostura sancionó la Constitución y varias leyes importantes.—Falsas noticias produjeron desconcierto y se pensó acusar como desertor al General Bolívar por haber salido del territorio de Venezuela.—Conatos de revolución contra el Vicepresidente Zea.—El Vicepresidente no acertó a dominar la situación y renuncia ante el Congreso.—Fue elegido Arismendi de Vicepresidente, y Mariño de General en Jefe.—El 11 de septiembre, a los cinco días de los desórdenes que tuvieron lugar en el Congreso, llegó el parte de la batalla de Boyacá, que produjo grande entusiasmo. Decreto atentatorio de Arismendi contra los propietarios de ganados. El General Páez, cuando quiso cooperar llamando la atención de los españoles por Guananí, no hizo otra cosa que un ataque en el pueblo de La Cruz, que no tuvo ventaja ninguna, y regresó a Achaguas.—El General Díaz llega al Apure y triunfa sobre la flotilla de los españoles.—El Libertador, temeroso del no cumplimiento de sus órdenes por Páez, ordena en el mismo campo de Boyacá la marcha del Coronel Carrillo a Pamplona y otra fuerza al Socorro.—Ideas y pensamientos que ensalzan a Bolívar.—Se organiza un Gobierno en Cundinamarca.— Las provincias de Antioquia, Pamplona, Neiva, Mariquita y Socorro quedan

libertadas con el estupor que produjo la batalla de Boyacá.—Decretos importantes del Libertador.—El General Soublette, destinado a mandar las fuerzas organizadas como ejército del norte, marchó a Pamplona.—Atacado La Torre en La Cruz, se retira a Bailadores, y el General Soublette ocupa a San Camilo de Barinas, en donde debía atacar el General Páez.—El General Soublette dejó el mando al Coronel Justo Briceño para que siguiese a la cabeza de la fuerza, porque debía él seguir a Guayana.—La división tuvo muchas bajas por causa del clima.—Al marchar el Libertador prohibe que se fusile a los prisioneros.—Santander se compromete para canjearlos.—El Libertador recibió aviso de haberlos fusilado de orden de Santander.—Impresión que le causó este suceso, y cómo se condujo el Libertador al improbarlo. Modo como se trata de justificar el General Santander.—Marcha del Libertador a Cúcuta.—Con la noticia de la expedición de La Torre en el Táchira hizo el Libertador seguir los cuerpos a Pamplona.—Dejó instrucciones al General Anzoátegui y marchó para Casanare.—Recibió el General Bolívar en el tránsito la mala noticia de la muerte del General Anzoátegui, y suspendió su marcha un día para remediar tan notable falta y seguir a Casanare y de allí al Apure.—En el caño de Guaritico encontró el Libertador al ejército que mandaba Páez.—Grande entusiasmo en el ejército.—El General Bolívar manifestó a Páez cuánta falta había hecho su cooperación en la campaña de Nueva Granada y modo como se disculpó.—El General Páez quedó encargado de obrar sobre Barinas.—Precipita el Libertador su marcha para Guayana, impuesto de lo que pasaba en Angostura y el oriente.—Encuentro con el General Sucre.—Llega el Libertador a Angostura el 11 de diciembre, y el 14 fue recibido por el Congreso.—Modo digno con que fue atendido el Libertador.—Renuncia de la Vicepresidencia hecha por Arismendi, y respuesta del Presidente al Congreso.—El 17 de diciembre se sanciona la Ley Fundamental creando la República de Colombia.—Esta Ley sepultó por lo pronto las ambiciones.—Un retrospecto del autor.—Acontecimientos del Cauca después de saberse el triunfo de Boyacá.—El 1º de septiembre de 1819 llegó el Teniente Coronel Luna a Popayán, y el 3, Calzada, con la fuerza que salvó de Bogotá.—Conducta del Obispo Jiménez de Enciso.—Marcha del Teniente Coronel Rodríguez al Cauca.—Triunfo de San Juanito el 29 de septiembre.—Marcha de Calzada a Pasto el 5 de octubre y excomunión del Obispo de Popayán al retirarse con Calzada.—Auxilio que manda el Virrey del Perú al Gobernador de Guayaquil y al Presidente de Quito.—Expedición del General Mac-Gregor a Ríohacha.—Disposiciones que toma el Libertador en Angostura para comprar armas.—El General Santander organiza fuerzas en las provincias del Departamento de Cundinamarca.—Ocupación de Popayán por el Teniente Coronel París, que fue reemplazado por el Coronel A. Obando, con perjuicio del servicio nacional.—El Libertador mandó una misión diplomática a Europa.—Varios actos importantes del Congreso de Angostura.—El General Soublette reemplaza al General Mariño en el mando.—El 24 de diciembre se puso en marcha el Libertador, de Guayana para Bogotá.—Nombramiento de los Comandantes en Jefe para la división de oriente, la del norte y sur, confiadas a los Generales Urdaneta y Valdés y al Coronel Mantilla.—Publicación de la Ley Fundamental de Colombia.—Fuerza del ejército español al fin del año de 1819.—Situación del ejército republicano en la misma época.

Durante las operaciones militares que terminaron en Boyacá, el General Morillo destinó al Coronel don Juan Juer con dos escuadrones de húsares a perseguir las guerrillas que el General Pedro Zaraza mantenía en los llanos de Casanare, en unión de las de los Comandantes Urquiola y Rengifo. Unos y otros obtuvieron ventajas parciales, pero nada decisivo. Lo primero

que hizo Juer fue degollar una partida de guerrillas, en número de 25, incluso un oficial: tal era el furor de aquella guerra.

El Capitán General de Venezuela, al saber que en Margarita se preparaba una expedición con tropas inglesas, por avisos que recibió, dio orden al Brigadier don Juan Aldama de marchar a Victoria con el primer batallón de Valencey y dos escuadrones; y nombrando Comandante General de las fuerzas de los valles de Aragua, se mandaron organizar milicias en todos aquellos lugares, especialmente en Valencia y Caracas.

El General Mariño, que mandaba en Jefe el ejército de oriente, tenía por Jefe de Estado Mayor al General Tomás Montilla, a quien debían reunírsele los Generales Monagas y Bermúdez, que obraban en la provincia de Barcelona, para que se dirigiese toda la división de oriente sobre Cumaná, que estaba bien guarnecida por una fuerza de 1.000 veteranos españoles y las milicias del país. El Coronel don Eugenio Aldana tenía su principal residencia en la provincia de Barcelona, y regía una fuerza de 600 infantes y 100 caballos. Sabiendo en San Andrés de Onoto que el ejército republicano estaba en San Diego de Cabrutica, marchó a reconocerlo; pero supo en Santamaría de Ipise que los Generales Mariño, Monagas y Cedeño habían reunido en San Diego sus divisiones, y resolvió marchar a la villa de Pao a sorprender un destacamento que había en ese lugar custodiando 600 caballos de remonta. No encontró habitantes en la villa y no pudo hacerse dueño de la madrina de caballos. Contramarchó hacia el Chaparro, y al pasar por el hato de Cantaura fue atacado por un escuadrón de caballería que tenía a su frente al General en Jefe Mariño. Entretuvo Mariño al enemigo la mayor parte del día 12 de junio, mientras llegaban el resto de su caballería y la división de infantería.

Luégo que Aldana descubrió que las fuerzas que se le acercaban eran superiores a las suyas, emprendió su regreso y tuvo que batirse en retirada por cerca de legua y media hasta que llegó al río Güere, en donde se pudo parapetar en el cauce seco de dicho río y con los árboles que daban amparo a su infantería. El combate fue serio y duró siete horas. La noche puso fin a él, y los realistas se pudieron retirar perdiendo una pieza de artillería, 300 fusiles y algunas municiones, más de 200 muertos y como 60 prisioneros. Para salvarse continúa su retirada por el cauce del río Güere y a los tres días llegó a Onoto, sin comprender qué causa había influído en que no le hubiesen perseguido. El en sus partes atribuyó esto a la pérdida que habían

tenido los patriotas en las nuevas cargas que le dieron y que resistió a bayoneta.

Las causas para suspender la persecución fueron: la primera, que inmediatamente después del combate recibió el General Mariño un correo de Angostura en que se le llamaba al Congreso, de que era Diputado; y que entregase el mando en Jefe al General Bermúdez; y la segunda, la no llegada del General Cedeño con su caballería. Disgustado el General Mariño no quiso continuar la persecución de Aldana, y había tomado a Barcelona, que estaba desguarnecida, con cuya operación había el General Urdaneta encontrado ese apoyo en la campaña que debía hacer para ocupar a Cumaná, atacándola por mar y por tierra.

El General Cedeño, que, sin duda, fue valiente hasta la temeridad, más obediente que ninguno, no tenía un talento militar, ni comprendía la importancia de esta separación, y mientras llegaba Bermúdez marchó a San Diego para esperarlo allí.

El General Urdaneta, después de haber allanado todas las dificultades que tuvo en Margarita, y obrando con arreglo a las instrucciones que tenía, y de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, se embarcó el 15 de julio en Margarita y zarpó con dirección a Barcelona, en cuya provincia debía obrar el ejército de oriente para proporcionar a las fuerzas contratadas ganados y víveres, servirle de apoyo para mantener la disciplina entre los extranjeros y llamar seriamente la atención del General Morillo para que no auxiliara a la tercera división que guarnecía al Virreinato, y que Bolívar pudiera vencer.

El Congreso de Angostura, desconfiando de Mariño, quiso retirarlo para llevar a efecto el plan de Bolívar, pero medidas inconsultas y extemporáneas no producen sino malos resultados.

Por fortuna, Bolívar, superior a todos sus compañeros y con una firmeza y fuerza de voluntad admirables, venció las dificultades, aunque no logró que fuera completa la cooperación que debían prestarle Urdaneta, Páez y Mariño. El primero no pudo hacer más; Mariño, resentido, partió para Guayana a quejarse al Congreso, y Páez no cumplió las órdenes de obrar sobre Cúcuta.

El 17 de julio arribó la escuadra republicana, trayendo a su bordo la división extranjera cuyo Jefe inmediato era el General English a la ensenada de Pozuelos, distante dos leguas de Barcelona. El mismo día fue atacada por tierra y por mar, y la guarnición del castillo del Morro se rindió después de ha-

berla defendido con valor. El Gobernador Saint Just se retiró a Piritu con 200 hombres.

Luégo que ocupó la ciudad la división de cuerpos enganchados, se puso en desorden para merodear; apoderados esos hombres de algunos almacenes de licores, se embriagaron, poniéndose en tan lastimoso estado que Saint Just habría podido destruír la división esa noche, si lo hubiera sabido.

El General Urdaneta, impuesto del mal resultado que tuvo la victoria del Güere, en el hato de Cantaura, y la retirada de Saint Just para Piritu, temió un asalto en medio de una embriaguez de los ingleses. Los habitantes habían emigrado y era necesario evitar la deserción al enemigo, que intentaban algunos ingleses, en vista de la proclama de Morillo, y porque se creían engañados por English, que ofreció más de aquello a que estuvo autorizado. Por todas estas razones tomó cuarteles en el arrabal de Portugalete, situado al oriente y dividido por el río Nervi, que saliendo ya al Aragua es caudaloso y no se puede atravesar en invierno por estar cargado de agua. Situó su Estado Mayor en medio de las dos casas que servían de cuarteles a la división, para mejor vigilarlos.

El 18 de julio se presentó la escuadrilla española enfrente de Pozuelos, consistente en cinco buques menores y ocho flecheros, sin duda para provocar un combate; pero luégo que reconoció que la republicana constaba de dos corbetas de guerra, diez bergantines, seis goletas y ocho buques menores, entre los cuales había seis flecheros, se puso en retirada a toda vela en dirección a Cumaná y en seguida para La Guaira.

Sabiendo Aldana, por sus espías, que el General Urdaneta tenía su casa sin guardia, y por los pliegos que había interceptado, que aguardaba la caballería de Monagas o Cedeño, intentó hacer asesinar al General Urdaneta, y el 22 el Comandante Saint Just se disfrazó como soldado patriota, con las divisas blancas, y con 22 jinetes entró en Barcelona dando vivas a la patria y a la libertad, y las patrullas y puestos de avanzada dejaron pasar tal gente armada sin ser reconocida; mas oyendo el alboroto el Coronel Montilla salió a la puerta del alojamiento; los realistas, creyéndose descubiertos, se pusieron en retirada y lancearon a algunos soldados ingleses que encontraron en las calles. Esto no habría ocurrido si la división que ocupaba a Barcelona hubiera sido del país, o si hubiese hecho el servicio conforme a las reglas del arte de la guerra.

La falta de víveres, la desnudez de la tropa y el disgusto porque no recibían los ingleses lo que English les había ofre-

cido, les desmoralizó y muchos se pasaron al enemigo, por las promesas de Morillo en la proclama que hemos citado en el capítulo anterior. Una partida de desertores ingleses se dirigió al puerto de Santafé y se batió con la fuerza que guarnecía aquel lugar, quedando muertos 19 y presos 18. Algunos otros desertores fueron aprehendidos en vía al enemigo, y juzgados en consejo de guerra, fueron fusilados.

Temía el General Urdaneta una revolución en aquellos cuerpos, ya que solamente el de alemanes que mandaba el Coronel Uzler le apoyaba, pues dicho Coronel era un jefe inteligente, valiente y caballero. English nada hacía porque no tenía aptitudes para mandar; y los muchos oficiales de honor que servían en esos cuerpos no tenían influencia sobre aventureros que habían sido arrastrados por las promesas de que hemos dado cuenta.

En tan penosas circunstancias, el General Urdaneta resolvió reembarcar las tropas y abandonar a Barcelona, puesto que ninguno de los Generales Cedeño, Mariño, Bermúdez, Rojas, Zaraza o Monagas fueron a auxiliarle para que la campaña sobre Cumaná tuviese buen éxito. Como los oficiales que salieron de Barcelona, y los postas a buscar a algunos de los Generales mencionados eran aprehendidos por las guerrillas españolas, resolvió el General en Jefe reembarcarse anticipando órdenes por mar, para que se acercase al puerto de Bordones toda la fuerza que obraba por aquella parte y Cumaná. El 1º de agosto zarparon la división, el Estado Mayor y los elementos de guerra que tenía para ir al puerto designado, y llegaron a él el 3 del mismo agosto. El expresado puerto de Bordones yace a ocho kilómetros al occidente de Cumaná y allí se le reunió el General en Jefe, Coronel Domingo Montes, con una fuerza de 300 hombres. Emprendióse la marcha por la costa para ir a establecerse en Cantaura para atacar a Cumaná. La marcha se efectuó a distancia de dos kilómetros de la plaza, y su artillería no dejó de dirigir algunos tiros que no hicieron ningún daño. La caballería española sí molestó por retaguardia. Pasado el río Manzanares por el puerto de Madera, llegó la división al sitio designado de Cantaura. Aprovechando el Almirante Brión un violento vendaval hizo una atrevida operación, yendo al golfo de Cariaco para ponerse en comunicación con Urdaneta, y pasando por la misma rada de Cumaná bajo los fuegos de sus castillos. El castillo de la boca del río le hizo un vivo fuego que fue contestado, pero no hubo resultado ninguno.

La plaza de Cumaná tenía una guarnición de 1.000 infantes españoles, las milicias de la ciudad y un completo armamento sus castillos. Luégo que se reunieron el General Monagas y el Coronel Montes con un escuadrón de caballería y algún ganado, tenía más de 1.500 hombres de infantería y 200 de caballería el ejército de oriente.

Aunque carecía de artillería, el General Urdaneta, contra las reglas del arte, atacó la fortaleza de Agua Santa, que tenía fosos, escarpa, estacadas y contraescarpa, que se unía al camino cubierto que va a la plaza. Esta fortaleza estaba guarnecida por cañones de grueso calibre.

Al amanecer, el 5 de agosto, una columna de 400 infantes, 200 ingleses y 200 alemanes, a órdenes del Teniente Coronel Tendentall, y otra de regular número de venezolanos regida por el Coronel Montes, intentaron dar el asalto a la madrugada; el arrojo fue admirable, y sufriendo un vivo fuego de artillería, fusilería y algunas granadas, no permitió tomar aquella fortaleza. El General Urdaneta conoció cuán temerario había sido ese ataque y mandó retirar las tropas fuéra del alcance de la artillería, pues la reserva también fue colocada al alcance de la artillería enemiga. Pocas veces se vio combatir con tánto valor como se verificó este ataque inútil. El castillo de la plaza de San Antonio y los baluartes Barbudo y San Fernando también abrieron sus fuegos sobre el ejército republicano, y una bala de rebote mató el caballo del General Urdaneta, quien no sufrió nada. Sacrificáronse inútilmente 150 hombres, pero se probó el valor de aquellas tropas. La situación era más penosa, y se vio el General Urdaneta en la necesidad de emprender una marcha al interior para salvar la división, y la emprendió repasando el Manzanares para dirigirse a Maturín. Esta marcha fue ejecutada sin víveres ni recursos. Los ingleses prefirieron la muerte a seguir al ejército; muchos se pasaron al enemigo, y una partida de 16 fue atacada y fusilada al emprender su fuga, la que se defendió.

Antes de marchar despachó el General Urdaneta al General English a Margarita porque, lejos de servir, era un obstáculo por su incapacidad. Murió poco después en aquella isla.

A Maturín llegó muy disminuída la tropa; pero allí encontraron carne, cazabe y otros víveres para subsistir.

El Libertador, previendo esto, había dicho a Urdaneta, en sus instrucciones, que internara las tropas extranjeras para unirlas a las tropas nacionales y tener cómo hacerles regularizar el servicio. El 20 de agosto tomó cuarteles toda la división en Ma-

turín y cesaron los sufrimientos, que en quince días habían hecho más estragos que una derrota.

Cuando el General Bermúdez llegó a tomar el mando de las fuerzas que regía Cedeño, y supo la difícil situación del General Urdaneta, marchó para Barcelona, pero llegó allí tarde, pues ya había evacuado la ciudad. Venía en su persecución el Coronel Pereira con la segunda división del ejército español, y Bermúdez se atrincheró en el arrabal de Barcelona, cortando el puente del río Nervi. No pudo Pereira pasarlo, y después de tiroteos insignificantes desistió de la empresa de atacar a viva fuerza la ciudad. Conoció el General Bermúdez la necesidad de salir y emprender su marcha hacia Cumaná a unirse a Urdaneta. El 12 de agosto a las 8 de la noche emprendió su movimiento, que el enemigo no descubrió sino tarde, y pretendió seguir a su alcance. En Canoma alcanzó Pereira a la división del General Bermúdez, y hubo una función de armas de poca significación, y continuó su retirada sin que Pereira lo persiguiera porque no tenía raciones su tropa y hacía más de 40 horas que no tomaban alimento. Cuando llegó Bermúdez a Cumaná, ya Urdaneta había seguido a Maturín. Fijó allí su cuartel general y dispuso que el Coronel Antonio José de Sucre, Jefe de Estado Mayor, fuera a Maturín a informar de todo al General Urdaneta.

El Coronel Pereira regresó para Caracas dejando al Coronel don Eugenio Aldana en sus posiciones de San Andrés de Onoto, pues temía el Capitán General que fuese invadido el occidente con fuerzas que transportaría fácilmente la escuadra republicana.

El Congreso de Guayana se ocupó durante todo este tiempo en legislar para arreglar el país y en sancionar una Constitución que fue aprobada y sancionada el 15 de agosto; pero que no se publicó inmediatamente hasta conocer cuáles fueran las ideas del Libertador acerca de ella. Era calcada sobre el plan presentado por Bolívar, mas suprimiendo la institución de censores y el poder moral que tenía el proyecto. Fueron muy interesantes las leyes que se sancionaron en aquel Congreso, para establecer el régimen de un gobierno civil. El 24 de agosto creó un Consejo de Administración de Guerra, cuyo presidente debía ser el del Estado o, en su defecto, el Ministro del mismo ramo. Se ordenó el contrato de un empréstito de tres millones de pesos sobre el crédito de la República. Creáronse dos Cortes de Almirantazgo en Margarita y en Angostura, como lo exigía el número de presos de los corsarios que hostilizaban el comercio español. Todas estas medidas y la respetabilidad que tenía el

gobierno daban confianza y se esperaba con ansia el resultado de las victorias de Bolívar.

Cuando el espíritu público estaba anheloso de noticias del Sur, teatro de la guerra, y cuyas operaciones ya dejamos referidas, el genio de la discordia y las ambiciones vulgares comienzan a divulgar que Bolívar había sido derrotado por Barreiro y que iba casi solo a la Guayana. Diputados amigos de Arismendi y Mariño, el primero preso y en juicio, y el segundo destituído, atribuían que todo era obra del Libertador; pronunciaron discursos muy apasionados y aun profirieron que se juzgase a Bolívar como a un desertor, por haber salido a hacer la guerra fuéra del territorio de Venezuela. Asiento tenían en ese Congreso diputados granadinos, y Bolívar, Capitán General de ambas Repúblicas, que tenían identificada su causa desde 1813, debían ser consideraciones que no se ocultaban a nadie en el país, para que esos diputados no hubiesen pronunciado tal blasfemia política.

El Teniente Coronel Diego Morales fue el escogido para iniciar una revolución publicando falsas noticias, como el incendio de San Diego de Cabrutica por los españoles y su marcha sobre Angostura. Examinado por el Vicepresidente Zea ante el Consejo Administrativo de Guerra, se contradijo, mintió y se dejó conocer que era una trama urdida para alarmar al Congreso y a la población y que esto produjese la renuncia de Zea y la exaltación de Mariño y Arismendi. Como Zea estaba al corriente de lo que pasaba en el ejército, por las comunicaciones que recibía de Urdaneta y Bermúdez, no adoptó medida ninguna: no faltó algún miembro del Consejo que opinase por reponer a Mariño en el mando que se le había quitado, dejando a sus órdenes a los Generales Urdaneta y Bermúdez para que influyeran en el ánimo de Mariño a fin de que obrase con arreglo a las necesidades y planes militares del Libertador.

Fue una terquedad de Zea no acceder a esta indicación, y el Congreso, que se mezclaba en los negocios administrativos, tuvo una gran culpa en que se hubiese herido la susceptibilidad de Mariño.

La revolución debía estallar en el Congreso, y el señor Domingo Alzuru inició la discusión pidiendo que se eligiese un Vicepresidente militar. El Secretario interino de Guerra y Marina lo era el del Interior, doctor Diego Bautista Urbaneja; combatió tan absurda petición, pero la barra se componía de gente ganada para intimidar, y Mariño apareció armado y se hablaba de los peligros de la invasión.

Ese Congreso había degenerado, y uniéndose su mayoría a los que conspiraban para atrapar el gobierno, dejó conocer a Zea que era llegado el caso de hacer un sacrificio a la paz, y renunció para que los escándalos fueran menores. Con este triunfo los conjurados entraron de lleno en su plan, y fue elegido Vicepresidente el General Arismendi, quien de la prisión salió en triunfo a encargarse del Poder Ejecutivo, y el General Mariño nombrado General en Jefe, marchó luégo a relevar a Urdaneta y Bermúdez. Se hizo por medio de una revuelta lo que pacíficamente se hubiera hecho según el consejo que se dio al señor Zea.

Hecho cargo del Poder Ejecutivo el General Arismendi, el 14 de septiembre, continuó la alarma para justificar los hechos, y fue de notarse que amigos políticos y personales, como los Coroneles Montes de Oca y Sánchez, hubiesen hecho parte de los conjurados para destituír a Zea, pues no fue otra cosa su remoción.

El 19 de septiembre, a los cinco días de las declamaciones que tuvieron lugar en el Congreso, llegó el parte oficial de la batalla de Boyacá. El Presidente del Congreso contestó la comunicación del Libertador con que dio cuenta de la libertad de Nueva Granada, y el entusiasmo fue tan grande que todo el mundo se felicitaba mutuamente.

Arismendi dio un decreto atentatorio contra la propiedad declarando de propiedad nacional todos los cueros de las reses que se mataran, para aumentar los fondos nacionales, e imponiendo penas al que desobedeciese esta contribución, que recaía únicamente sobre los dueños de ganados, a quienes también impusieron el mantener los ejércitos beligerantes.

Mientras estos sucesos pasaban en Guayana y en el oriente, el General Páez no cooperó al triunfo de la campaña de Nueva Granada, limitando sus operaciones a llamar la atención de Morillo. Como las operaciones que hemos referido llamaron la atención de Morillo, dio órdenes para concentrar sus fuerzas y que marchase el General La Torre en auxilio de Barreiro.

Tarde pensó el General Páez en llamar la atención de los españoles por Guanar para impedir que la quinta división marchara a los valles de Cúcuta. Mientras se obraba en la campaña de los 75 días, de Mantecal a Bogotá, del 24 de mayo a 10 de agosto, no ocurrió otra cosa notable que los combates que tuvieron lugar en el pueblo de La Cruz, en el mes de julio, cuando marchaba sobre Guanare. Este hecho de armas de una gran parte de las fuerzas del ejército de Apure mandadas en Jefe por Páez; la

infantería por el General Pedro León Torres, y además servían jefes distinguidos por su valor, como los Coroneles Muñoz, Mirabal, Rangel, Urquica, el que murió allí, fue un triunfo que costó caro al ejército por el número de muertos y heridos, que pasaron de más de 140 hombres, incluso 2 jefes y 18 oficiales.

Páez no siguió a Guanare y regresó a Achaguas, porque no se creyó bastantemente fuerte para continuar la campaña sin considerar las consecuencias que podía tener el no cumplimiento de las órdenes del Libertador. El 3 de septiembre llegó de Apure el Coronel Díaz y el 30 atacó en la boca de Apuleco a las fuerzas sutiles de los españoles que bajaban el río en número de diez hermosas flecheras tripuladas convenientemente y con 200 hombres de desembarque de infantería, pertenecientes al batallón Barinas. El enemigo no pudo sostenerse: echó sobre la ribera sus lanchas para defenderse, pero Díaz los atacó por agua, mientras el Capitán Carlos Castillo (después General venezolano) acometió en tierra a la infantería, que destruyó, y tan importante acción de armas dejó libre el Apure y segura la navegación hasta Guayana. Los enemigos que ocupaban a San Fernando lo evacuaron como consecuencia del triunfo obtenido por Díaz, y aunque incendiaron la población al retirarse, solamente se quemaron pocas casas, y el General Páez hizo ocupar de nuevo tan importante punto.

El Libertador, temiendo que Páez no hubiera obrado conforme a sus instrucciones, dispuso en el mismo campo de batalla, en Boyacá, que el Coronel Carrillo marchase por Pamplona con un batallón, y otro fue mandado al Socorro para atacar al Gobernador González, y los cuerpos de nueva creación que se habían formado siguieron a aquellas provincias. Los demás cuerpos siguieron a Bogotá, como hemos referido, para perseguir al Virrey y a Calzada.

En Casacoima concibió la idea de esta célebre campaña, o, como hemos referido, con ánimo de inspirar confianza a sus compañeros, les comunica tan sublime concepción, que mereció que algunos creyesen que era un delirio o locura. La historia de los griegos y romanos no señala un genio entre los grandes capitanes, que haya tenido que vencer a la naturaleza, a los enemigos y a las ambiciones vulgares que hicieron tánto mal a la causa de la independencia y que, relajando la moral, dejaron una semilla que, andando los tiempos, debió producir tan perniciosos efectos, como veremos en el resto de nuestras Memorias sobre la vida de Bolívar.

En Bogotá organizó el Libertador un gobierno, encargando como Jefe del Poder Ejecutivo al General Francisco de P. Santander, que tánta parte había tenido en el buen éxito de las operaciones. Ordenó el Libertador que el Teniente Coronel José María Córdoba marchara con una pequeña fuerza a ocupar a Antioquia, y que el Teniente Coronel Joaquín París, con el batallón Cazadores de Vanguardia, siguiera a Neiva y Popayán en persecución de Calzada. El Coronel Antonio Morales había sido derrotado por el Gobernador del Socorro, don Lucas González; pero luégo que supo éste la derrota de Boyacá, marchó a Cúcuta a unirse al General La Torre, que vino por aquella parte. El Coronel don Carlos Tolrá, espantado con la fuga del Virrey, abandonó la capital de Antioquia y se retiró a Zaragoza para ponerse en comunicación con Cartagena. El Teniente Coronel Córdoba, luégo que ocupó a Antioquia mandó al Capitán Juan María Gómez con 70 hombres a libertar la provincia del Chocó, como se logró, cayendo prisionero el Gobernador Aguirre.

Bolívar, después de dejar instalado a Santander como Vicepresidente en Nueva Granada, marchó para Pamplona con los cuerpos vencedores en Boyacá y los que se organizaron rápidamente. Solamente permaneció en Bogotá 40 días para dejar organizado el país. La alocución y los principales actos no deben extractarse sino repetirse íntegramente [1]. Sería menguar su mérito no incluírlos íntegros en este trabajo.

El General Soublette marchó a ponerse al frente del ejército para resistir el ataque que se temía por aquella parte, porque La Torre, con unos 500 hombres de la quinta división española, se había reunido en los valles de Cúcuta a las guarniciones del Socorro, que, como dejamos dicho, se retiró con su Gobernador, y la de Pamplona, con el Gobernador Bauza, hizo lo mismo. El Coronel Fortoul se situó en Pamplona con los cuerpos que organizó en Málaga y La Concepción, y allí se reunió todo el ejército para continuar las operaciones.

El General Soublette marchó a atacar a La Torre, que se había situado en El Rosario con una fuerza de poco más de 1.000 hombres. El ejército republicano sería más de 2.000 infantes, reforzados los cuerpos no solamente con reclutas sino con los prisioneros de Boyacá, venezolanos y granadinos, que con gusto se incorporaron entre sus compatriotas libertadores. El 23 de septiembre fue atacado La Torre al pasar el río Táchi-

---

[1] Documentos números 44 a 47. Documentos relativos a la vida pública del Libertador, páginas 75 a 79.

ra y se replegó al Alto de La Cruz, en donde hubo un combate sin resultados. La Torre siguió su retirada a Bailadores, y el General Soublette ocupó el cantón del Táchira, fijando su cuartel general en San Cristóbal para comunicarse por San Camilo con Páez, a quien consideraba por lo menos en Barinas. El General Soublette ofició a Páez avisándole que con una división de 2.000 hombres marcharía a unírsele por la montaña de San Camilo, pero que necesitaba recursos de caballos para la movilidad y ganados para la subsistencia de la tropa; y que suspendiese las operaciones hacia la Nueva Granada, porque ya eran inútiles después de los triunfos del ejército libertador. No solamente no estaba en operaciones el General Páez sino que se había ido a su hato de Yagual, dejando las fuerzas en San Fernando y Achaguas. El General Soublette tuvo muchas dificultades para unirse a Páez. Cuando llegó a Mantecal estaba muy disminuída la división que llevaba: la puso a órdenes del Coronel Justo Briceño, constante de cuatro batallones bien organizados y con una oficialidad de entusiastas jóvenes granadinos que ilustraron su nombre en la guerra, y comunicó a Páez que él seguía con instrucciones del Libertador a Guayana; y que debía llamar la atención de Morillo, que tenía su ejército entre Calabozo y Barquisimeto. Las enfermedades diezmaron la fuerza de Carrillo, y con ella se emprendió reorganizar los cuerpos veteranos que tenía Páez para disciplinarlos completamente.

El Libertador, mientras tanto, había llegado a Pamplona y se ocupaba con el General Anzoátegui en organizar otro ejército con los auxilios de todo género que le remitía el General Santander, de Bogotá. Al partir de ésta el Libertador el 20 de septiembre, le manifestó el General Santander que los 38 jefes y oficiales prisioneros iba a fusilarlos, porque llevándose todos los cuerpos no podía conservarlos sin peligro. El Libertador recibió tal manifestación con sumo disgusto y le prohibió que hiciera tal cosa, porque era manchar el triunfo de Boyacá y la libertad de las provincias de Pamplona, Tunja, Socorro, Bogotá, Antioquia, Mariquita, Neiva y la mayor parte de la de Popayán, y le ofreció dejarle una compañía del batallón Granaderos de la Guardia, antes denominado Barcelona. Entonces el General Santander le ofreció cumplir sus órdenes y que no disminuyera la fuerza del Granaderos. El Libertador le manifestó que habiendo ofrecido canje al Virrey Sámano, debía esperarse su respuesta, con la cual los Jefes, incluso Barreiro, habían esperado: que si el Virrey los abandonaba, ellos estaban en libertad de tomar servicio en la República y lo harían gustosos. Estas

circunstancias manifiestan bien que el Libertador deseaba dar fin a la horrible guerra a muerte.

A fines de octubre, cuando el Libertador se ocupaba en la reorganización del ejército, de que hemos hablado, recibió el aviso de Bogotá de haber mandado fusilar el General Santander a Barreiro y sus 37 compañeros prisioneros. La indignación del Libertador fue grande y dictó una comunicación tan fuerte al General Santander, improbándole su conducta, en que le decía: "que era ponerlo en la más amarga situación si Sámano tuviera la virtud de aceptar el canjeo", y le hacía tan fuertes recriminaciones que el General Anzoátegui le manifestó que aquello era justo, pero no prudente en tales circunstancias, porque entibiaría el ánimo de Santander, y lo obligaría a renunciar el destino en circunstancias en que se acababan de recibir noticias de que La Torre volvía a los valles de Cúcuta con la quinta división del ejército real. Bolívar conoció la justicia de las observaciones de Anzoátegui y se limitó a improbar, en carta particular, aquel acto cruel que Santander justificaba en un manifiesto cuyas principales razones copiamos. Después de pintar el estado crítico del país, y que el Virrey Sámano no aceptaría el canje, decía: "En tal estado y en el de proveer a la seguridad de la República, amenazada de una reacción y sin que hubiera un lugar aislado y seguro dónde alojar a los prisioneros, cuando los buenos ciudadanos estaban temerosos, una parte del pueblo vacilante, los perversos acechando un momento favorable, y todos con los ojos clavados en un gobierno que acababa de renacer, ¿qué otro partido quedaba por adoptar que el de fusilarlos o ponerlos en libertad con pasaporte para el cuartel general de Morillo o para España? Yo no lo encontré entonces: todavía no me ocurre cuál hubiera debido ser. Darles pasaporte hubiera sido ponerles de nuevo a nuestro frente para que siguieran haciéndonos la guerra exterminadora que nos habían hecho; hubiera sido soltar tigres y panteras cebados en nuestra sangre, para que volvieran a despedazarnos. En semejante extremo, hubiera valido más no traer nuestras armas a Nueva Granada. Antes al menos no era tan exaltado su encono contra los pueblos".

Quiso justificar su conducta como una medida de retaliación a los fusilamientos y asesinatos judiciales de Morillo, Enrile y Sámano, levantando patíbulos en todas las ciudades y hasta en los remotos lugares de la Nueva Granada: sangre vertida que pedía venganza al Cielo. Recuerda el hecho de haber mandado fusilar Barreiro a 34 prisioneros que cogió en la acción de Gámeza; y agregaba: "Fusilar 38 prisioneros tomados en una

guerra regular, y cual se usa en pueblos cultos, hubiera sido un suceso no inaudito pero sí escandaloso. Mas fusilarlos en una guerra irregular en donde los enemigos no observan derecho alguno, en que violan hasta las consideraciones debidas a la humanidad, en que no nos tratan como a hombres sino como a bestias, es un acto de justicia y aun de necesidad. Si ellos nos degüellan cuando caemos en sus garras, ¿por qué no los podremos degollar nosotros si caen en nuestras manos?"

Ciertamente estaban vivas las heridas que habían causado en los corazones las matanzas de los próceres de la independencia, como Baraya, Caldas, Torres, Gutiérrez, Moreno, Cabal, Montúfar, Quijano, García Rovira, Leiva, García Toledo, Anguiano, Granados, Caicedo y tántos otros más o menos distinguidos, y hasta simples soldados y ciudadanos, para infundir temor. Los que lloraban por tres años tan dolorosas pérdidas, a la verdad encontrarían alivio a su pena en la venganza; pero tales sentimientos no son del filósofo ni del cristiano. Otros creyeron necesaria la cruel ejecución para que los patriotas no desmayasen, y preferir morir peleando antes que en un patíbulo, y bajo tal concepto aprobaron la ejecución del 11 de octubre. Tal es la condición humana, que encuentra el modo de suavizar las crueldades y justificar un fusilamiento colectivo a los 62 días de estar prisioneros aquellos oficiales, y visitados y tratados por los mismos que, como Santander y Manrique, fueron los ejecutores de esta matanza, incluyendo Manrique a un español que dijo en la plaza: "Esos hombres no pueden morir; los perdonó Bolívar"; y sin haberle puesto en capilla, fue fusilado. El Libertador afeó tánto esta conducta del bizarro Coronel Manuel Manrique, que le hizo a este Jefe una impresión profunda.

Sin las circunstancias que dejamos referidas, ocurridas entre Bolívar y Santander, y vivo aún el ayudante de campo que llevó las órdenes para que permaneciera una compañía de Granaderos para la custodia de los presos y que con la promesa de Santander se revocó, y la comunicó también al Jefe del cuerpo, y que éste fue el Coronel Manuel Ibáñez, entonces Capitán, podríamos creer que las razones de Santander justificaban el hecho. El General Bolívar jamás olvidó esta decepción; en otro lugar tendremos que ocuparnos de este asunto, para explicar otros muy importantes.

Marchó el Libertador en los mediados de octubre a revisar los cuerpos de Rifles y Vencedores en Boyacá que habían seguido a Cúcuta, cuando supo la reaparición de La Torre en el Táchira con una fuerza de 1.200 hombres, que se hacía subir

a más de 2.000. El Libertador hizo contramarchar los batallones a Pamplona, en donde se elevaba el ejército de un modo increíble. El General Santander desplegó entonces una actividad sin ejemplo. Vestuario, armamento, municiones, equipo, menaje y, sobre todo, dinero, remitía diariamente al ejército del Norte que se organizaba en Pamplona. El General Morillo tenía entonces su cuartel general en Barquisimeto, a una distancia de más de 41 miriámetros del Táchira, y ciertamente no podía auxiliar al Mariscal don Miguel de la Torre, que tenía al Libertador con más de 2.000 hombres, a 5 miriámetros. La Torre conoció su falsa posición y retiróse de nuevo a Bailadores, ocupando a Cúcuta con su vanguardia.

El Libertador dejó al General Anzoátegui de Comandante en Jefe del ejército del Norte, organizado con los batallones Rifles y Vencedor en Boyacá y la caballería que mandaba el Coronel Mellao, y partió para Guayana el día 10 de noviembre. En la salina de Chita, el día 19 de noviembre, al partir para Casanare recibió el Libertador el parte del infausto acontecimiento que había tenido lugar en Pamplona, de la muerte casi repentina del General José Antonio Anzoátegui, que vivió poco para su patria y mucho para su gloria. En estas Memorias hemos citado su nombre con elogio en los campos de batalla, y últimamente con el consejo que dio a Bolívar con motivo de los fusilamientos de Barreiro y compañeros: era natural de Barcelona y de una familia distinguida; murió de General de División a los treinta años de edad. El Libertador suspendió ese día su marcha para dar órdenes al ejército del Norte, y nombró para que tomara el mando en Jefe al Coronel Bartolomé Salom y de Jefe del Estado Mayor al Coronel Jacinto Lara, quienes llenaron cumplidamente su encargo.

El Libertador siguió su marcha a Casanare y estuvo en Pore el día 24 de noviembre. El Gobernador Comandante Militar, Coronel José Concha, le escribió y puso a sus órdenes una partida de caballería práctica del país para que le escoltase hasta Guadualito, del otro lado del Arauca: de Guadualito siguió para Achaguas, en donde creía encontrar al General Páez. A mucha distancia alcanzaron a distinguir un cuerpo de tropas, y observados con los anteojos se comprobó que eran más de 2.500 hombres con penachos blancos, que era el distintivo de los patriotas en el Apure y en todo Venezuela. Se dirigió el Libertador con su Estado Mayor hacia el campamento y encontró en él a Páez con todo el ejército de Apure en marcha para Barinas. El campamento de Páez estaba en el caño de Guaritico. Grande fue

el entusiasmo que se mostró en el ejército, especialmente en los cuatro batallones organizados en Nueva Granada, que sufrían mucho por el clima. El Libertador tuvo una conferencia con Páez: le manifestó cuánta falta había hecho su cooperación en la campaña y la necesidad de llamar seriamente la atención de Morillo y La Torre para que no emprendieran operaciones sobre Nueva Granada. El General Páez se disculpó lo mejor que pudo de no haber obrado sobre Cúcuta y le refirió lo costoso que le fue el combate del pueblo de La Cruz el 22 de julio de ese año: diose por satisfecho el Libertador, y después de haber mandado formar el ejército de Apure para arengarle, se dirigió a cada uno de los cuerpos, con frases análogas a cada uno de ellos, y de la esperanza que tenía el Libertador de su comportamiento. Había mucha escasez de dinero, y del poco que llevaban el Libertador y sus edecanes reunió una cantidad regular para aliviar a los oficiales granadinos, que por primera vez iban al Apure. Siguió a la isla de Achaguas el 2 de diciembre de 1819 a embarcarse para Angostura, y el General Páez siguió con el ejército hacia Barinas, con lo cual se llamaba la atención a La Torre y a Morillo.

Las noticias que había recibido, por cartas de Guayana, de la revolución que tuvo lugar en septiembre, y la de la venida de la Legión Irlandesa con el General Devereux, le obligaron a no demorarse en el tránsito. Estando ya embarcado en el Achaquiros para seguir por Apurito al Orinoco el 4 de diciembre por la noche, se oyó que venía una embarcación a remo, y el Libertador le hizo interrogar qué embarcación era aquella, y respondió que una flechera que llevaba al General Antonio José de Sucre. El Libertador, con aquel genio de pólvora, gritó: "Yo no conozco a ningún General Sucre". Este conoció la voz del Libertador, y respondió: "No es el General Sucre sino el Coronel Antonio José de Sucre". Acércase la embarcación de Sucre, en que iban él y el Coronel Francisco Urdaneta. Sucre le informó detalladamente de los sucesos ocurridos en Guayana: que quedaba en Angostura el General Urdaneta y se esperaba al General Bermúdez, a quien el General Arismendi, como Vicepresidente, había sido reemplazado con Mariño.

El Libertador dijo a Sucre que él era el único que merecía el ascenso y que lo ratificaría. Sucre le manifestó que con tal advertencia lo había aceptado. Resolvió el Libertador que regresara Sucre con él a Guayana, en donde necesitaba de sus servicios, y el Teniente Coronel Francisco Urdaneta siguió su marcha para Bogotá, en donde tenía su mujer e hijos que dejó en Car-

tagena en 1818, cuando pudo escaparse del presidio a que lo habían destinado. Sintió mucho que el Libertador dijese que Sucre era el único que merecía el ascenso; pero los aprobó todos y Urdaneta fue destinado en su clase al ejército del Sur.

El 11 de diciembre llegó el Libertador a Angostura, sin que se tuviese noticia de su viaje sino pocas horas antes de su arribo al puerto. El pueblo, entusiasmado con la noticia, corre a encontrarlo a la orilla del Orinoco, le acompaña en triunfo hasta la casa del Comandante General. El mismo Vicepresidente Arismendi se había trasladado a Maturín a tomar medidas para activar la campaña de oriente y moralizar las indisciplinadas tropas de los ingleses de la división de English, de que hemos hablado.

El Congreso entero, los Secretarios de Estado y todas las autoridades nacionales y locales lo felicitan en el momento de su llegada. Casi al mismo tiempo regresó el General Arismendi, después de haber logrado su objeto, pues su energía y aptitud eran proverbiales.

El 14 de diciembre fue recibido oficialmente el Libertador en el salón del Congreso, a dar cuenta de sus operaciones y triunfos. Pronunció un discurso, en que resalta el entusiasmo por la unión de la Nueva Granada y Venezuela. El Presidente del Congreso contestó con igual ardor patriótico. Pidió la palabra el diputado Domingo Alzuru y pronunció otro discurso lleno de entusiasmo. Estas piezas son conocidas pero deben hacer parte de nuestras Memorias para que se lean en este punto interesante de la vida del Héroe, y en el momento de dar nacimiento a la heroica y gloriosa Colombia. El mismo día 14 dirigió una alocución a la Legión Irlandesa que había conducido el General Devereux [1].

Las actas de las sesiones del Congreso de Angostura, en los días 14 y 17 de diciembre, son una manifestación espléndida del patriotismo, y en ellas se ve pintado al genio de la Libertad inspirando a los interlocutores, y los laureles de Boyacá apagando la fiebre revolucionaria que pocos días antes había conmovido a la naciente República.

Bolívar influyó, al llegar a Angostura, con sus amigos del Congreso, que ese día eran todos, para que no se aceptase la renuncia al General Arismendi; y sancionada la unión de Colombia se eligieron Presidente y Vicepresidente de la nueva república. De este modo todo quedó arreglado. Los enemigos de

---

[1] Véase el apéndice, documentos números 48 a 50, tomados del tomo 2º de la **Vida Pública del Libertador**, páginas 95 a 103.

Bolívar no recibieron la menor reconvención; pero sí los amigos que, como los Coroneles Montes de Oca y Sánchez, habían sido promovedores de aquel acto indigno de destituír al señor Zea, les afeó con mucha acritud su falta; y la pena que por ello tuvo el Coronel Francisco Sánchez, lo enfermó y llevó al sepulcro. Muerte que sintió mucho el Libertador y que pudo evitar volviéndole su confianza y amistad.

El 17 de diciembre se firmó la ley fundamental de Colombia, y la gran República fue inaugurada este día. Existió solamente once años, pues el 17 de diciembre de 1830 desapareció al exhalar Bolívar su último aliento en Santa Marta. Con este acontecimiento infausto concluirá nuestro trabajo. Ahora seguiremos nuestra obra con la enumeración de los hechos conexionados con Nueva Granada y Venezuela, no ya como los acontecimientos de dos pueblos sino de uno solo.

La ley fundamental sepulta las ambiciones vulgares de los que aspiraban al mando. Nuevas complicaciones se preparan al General Bolívar; pero las vence todas, menos la ingratitud.

Cuando después de 39 años que recogimos de los mismos labios del Libertador la ratificación de tántos hechos y que nos había confiado su archivo, como sus amigos, Ayudante de Campo, Secretario General y privado y últimamente como su último Jefe del gran Estado Mayor General, encuentro un alivio en mi destierro, al coordinar mis trabajos y apuntamientos y, transportándome a esos tiempos, vivo en el pasado, converso con mis amigos que están en la eternidad, y apenas alcanzo a divisar, esparcida sobre la faz de la tierra, una escasa **pléyade** de las estrellas que lucían cuando a todos nos vivificaba el genio de Bolivar, que fue nuestra lumbrera en el ejército y que nos guiaba en el combate...

Al saberse en el norte de la provincia de Popayán la noticia del triunfo de Boyacá, se conmueve, y salieron de los bosques en que estaban ocultos desde 1816 el General Joaquín Ricaurte, el Coronel Antonio Alaix, el Sargento Mayor Juan María Alvarez, el Teniente Policarpo Martínez y un hijo del General Ricaurte, con muchos otros republicanos que huían de las persecuciones de los españoles. El Coronel Pedro Domínguez se hallaba en Buga en visita de la provincia; alarmado emprendió su marcha para Popayán, y le escoltaban varios españoles avecindados en el Valle del Cauca y otros sujetos partidarios del Rey. En el sitio del Guanábano fue asaltado por unos 200 hombres puestos en armas, acaudillados por Alaix y Alvarez, de que hemos hablado, y fueron muertos los principales sujetos de

los 80 que componían la escolta. Este hecho, ocurrido el 2 de septiembre, compromete a los patriotas y se levantan en masa en el Valle del Cauca, desde Caloto a Cartago y Supía.

Simón Muñoz, un famoso guerrillero de Patía y Timbío, que era Teniente Coronel, y los oficiales Capdevila y Mendiburu, que huían por el Quindío, al saber la derrota de Barreiro, al llegar a Cartago siguieron por Cajamarca al Chocó, y al llegar a las juntas de Samaná supieron que el Capitán Juan María Gómez había ocupado la provincia y regresaron a ocultarse en tierra de Anserma, en que había adictos al gobierno español.

El 1º de septiembre llegó a Popayán el Teniente Coronel Sierra con la noticia de Boyacá, y siguió a Quito a poner a órdenes del Gobernador, Comandante y Presidente de la Audiencia, don Melchor de Aymerich, la columna que regía Calzada con el nombre de 3ª división, que fue destruída en Boyacá. El 3 entró Calzada a Popayán con unos 600 hombres de todas armas. El batallón Aragón era el que estaba organizado, y con el resto de la infantería se organizó una columna de Cazadores.

Regía la Diócesis de Popayán el Obispo don Salvador Jiménez de Enciso y Cobos Padilla, hombre de un carácter enérgico y decidido, y unióse a Calzada para ayudarlo. El sugirió la idea de mandar inmediatamente una columna de tropas al Valle del Cauca para ocuparlo y castigar severamente la muerte de Domínguez y sus compañeros, y mandó cerrar todas las iglesias de aquellos lugares que fueron ocupados por patriotas. Calzada destinó al Teniente Coronel de Húsares don Miguel Rodríguez, con 200 hombres tomados de las fuerzas que había salvado, y algunos hombres de unos piquetes de reclutas que hacían la guarnición de la capital. En mala hora las banderolas de los soldados de caballería fueron mandadas construír de color negro para aterrar.

Los patriotas de Popayán mandaron aviso a Caloto y Buga de las instrucciones que llevaban los realistas. Un grito unánime de guerra se oye en todo el Cauca, y al llegar a Buga, Rodríguez se vio rodeado de más de 1.000 hombres, la mayor parte de caballería. Si vio obligado a retirarse al ingenio de azúcar de San Jacinto, para fortificarse en la casa principal, mientras recibía algún auxilio o se le reunía Muñoz, que se esperaba del Chocó. Miguel Rodríguez, con sus 200 hombres, fue intimado de rendirse por el General Ricaurte, que había tomado el mando. María Antonia Bautista viuda de Ruiz, lleva sus hijos al combate, anima a los soldados y se precipita a caballo sobre un ángulo de la casa para incendiarla, y al comenzar el incendio po-

ne Rodríguez bandera blanca y se rinde al General Ricaurte, entregándole la fuerza que, como dejamos dicho, constaba de 200 hombres y 9 oficiales.

El triunfo obtenido el 29 de septiembre intimida de tal modo a Calzada, que resolvió retirarse a Pasto, llevándose consigo a los empleados públicos y a muchos patriotas de las primeras familias para que no pudiesen auxiliar a los caucanos y tropas que venían de Bogotá. A mi padre fue al primero a quien se le ordenó marchar a Pasto y que lo acompañase yo. Tuvo que hacerlo, y de ello esperaba sacar ventajas, como realmente sucedió.

El Obispo de Popayán fulmina excomuniones: declara cerradas todas las iglesias y suspensos a los curas de todas las parroquias, y dinero, vestidos y todos los recursos que estaban a su alcance los da a Calzada. Este prelado parecía más bien el Comandante General que Calzada. Hizo salir con él al provisor y no dejó quién le supliese, y ordenó a los canónigos y prebendados que de ser ocupada la ciudad de Popayán cerraran la catedral. Bien sabía el Obispo que éste era un paso de suyo grave y que aterraría a los tímidos, entre los católicos, y exaltaría a los fanáticos, buscando la muerte como mártires; pero no creyó que este abuso iba a mostrar que había sacerdotes ilustrados que despreciaban tales abusos y que iba a comenzar una lucha de principios liberales, en cuanto a cultos.

El 5 de octubre salió Calzada para Pasto y dejó completamente abandonada la ciudad, cuyos habitantes, sin sus próceres, porque habían emigrado unos y otros arrastrados por la fuerza a Pasto y Quito, se esforzaron en conservar el orden por mutuo consentimiento, hasta que llegase alguna fuerza de Bogotá, que se supo estar en marcha. En los distritos del Sur dominaba la opinión en favor del Rey, desde 1811, y los valientes guerrilleros de Timbío, excitados por el fanatismo, tomaron las armas.

El Virrey del Perú manda auxilios a los Gobernadores, Comandantes Generales de Guayaquil y Quito, y el Mariscal de Campo, don Melchor Aymerich, por delegado del Virrey Capitán General, toma el mando en Jefe de todas las fuerzas de las provincias meridionales al Virreinato del Nuevo Reino de Granada, bajo la dirección del Virrey del Perú.

Libres quedan, como hemos dicho, las provincias de Casanare, Pamplona, Tunja, Santafé, Antioquia, Chocó, Mariquita, Neiva y Popayán en su mayor parte, y obedecían al Virrey las de Ríohacha, Santa Marta, Cartagena, Panamá y Veraguas, so-

bre el Atlántico, y las de Jaén y Mainas, Loja, Cuenca, Guayaquil y Quito, en el Sur, con los municipios de Pasto, Barbacoas y Almaguer, de la de Popayán.

En este mismo período de tiempo con que concluye el año de 1819 hubo otro acontecimiento desgraciado. El General Mac-Gregor se encarga de unos 200 hombres que llegaron a los cayos de San Luis, en Haití, y que fueron contratados por el agente de Nueva Granada en Londres, doctor Del Real, y siguió con ellos a ocupar a Ríohacha. Ya había dado pruebas de incapacidad en la malograda expedición de Portobelo y no podía menos que tener un resultado semejante esta expedición. Los soldados, enganchados para buscar fortuna, no podían tener más sentimiento que el de hacerse ricos lo más pronto posible. El 5 de octubre del mismo día que Calzada salió de Popayán, Mac-Gregor atacó a Ríohacha. La pequeña guarnición española se defiende bien; pero Mac-Gregor vence y ocupa la ciudad, con tropa, y él mira el combate desde a bordo. Los vencedores se hacen dueños de vidas y haciendas y entregan a saco la ciudad. Exasperados los habitantes y unidos a las parcialidades de indios guajiros amigos de los riohacheros, hacen una reacción contra Mac-Gregor, y éste y sus compañeros, para lograr su botín, se embarcan y huyen con lo que habían robado. Los oficiales y soldados que defendían la fortaleza quedan abandonados y se rinden a los vencedores, que en lo general eran patriotas y habrían cooperado a la libertad de su patria si aventureros venales no hubieran sido los que ocuparon la capital de esa provincia.

El Libertador continuaba en Angostura dando regularidad al gobierno. Con más de $ 300.000 fuertes que le mandaron de Bogotá envió al General Sucre a las Antillas a comprar armamento; proyectó las cajas para los principales gastos de la guerra y dio buenas cuentas a los acreedores por auxilios de armas y elementos de guerra de todo género.

El General Santander organizó la fuerza que se había movido hacia Popayán y mandó levantar un batallón en Neiva y alguna caballería. Los ejércitos del Norte y Apure recibían constantes reemplazos, y de agosto a octubre pasaban de 1.000 los reclutas que se destinaron al ejército, incluyendo en ellos 1.600 prisioneros de la tercera división española.

El día 20 de octubre fue ocupada la ciudad de Popayán por 300 hombres de infantería, a las órdenes del Teniente Coronel Joaquín París: este Jefe fue reemplazado por el Coronel

Antonio Obando, quien se mantuvo en una inacción escandalosa. En el Valle del Cauca un inglés, Runnell, que pertenecía a un corsario patriota del Pacífico, al frente de gente común organizó guerrillas patriotas que causaban más descrédito y desmoralización.

Los patriotas, arranchados al sur de Popayán y en Pasto, avisaron a sus familias que se reorganizaba el ejército español en Pasto; pero el Jefe mira todo con indiferencia y se mantiene en la mayor inacción. La energía y actividad de Bolívar y Santander se anulaban en algunas partes, y esto sucedió a fines de 1819 en la provincia de Popayán.

El Congreso de Angostura, después de las célebres sesiones del 14 y 17 de diciembre, siguió dando disposiciones muy importantes para el ejercicio del Poder Ejecutivo por el Presidente Bolívar y por el Vicepresidente, o quien debiera sustituírle.

Bolívar quiso que siguiese a Europa una legación muy respetable y nombró de Enviado Extraordinario al Vicepresidente señor Francisco Antonio Zea, al que acompañaba el General José María Vergara. Esta importante legación debía ir a solicitar el reconocimiento de Colombia y dar idea justa del país. El Libertador deseaba que los pueblos y gobiernos europeos formasen una justa idea del progreso de Colombia; la unión de Nueva Granada y Venezuela presentaba al mundo el plantel de una inmensa nación.

El Congreso dispuso cómo debía reemplazarse la falta del Vicepresidente al marchar a Europa. Estableció una comisión permanente del Congreso para que supliera, en casos dados, la acción del Poder Legislativo. Dio el decreto para hacer elecciones de un Congreso Constituyente de Colombia y algunas reglas sobre la libertad de los esclavos, y mantener en ella a los que la habían obtenido por los decretos del Libertador.

El General Soublette marchó al ejército de oriente para reemplazar a Mariño y organizarlo de nuevo, y hacer seguir al ejército de Apure la Legión Británica y otros cuadros de los cuerpos extranjeros que tántos disgustos causaron en el oriente, como hemos referido.

El 24 de diciembre dejó el Libertador a Guayana, después de haber mandado organizar una división en Margarita a órdenes del Coronel Mariano Montilla para regresar a Ríohacha a obrar en combinación con las fuerzas que entrarían por Ocaña. El General Manuel Valdés debía conducir una división de los cuerpos de oriente para pasar a Cundinamarca; el General

Bolívar debía llevar consigo los que repusieran al ejército de Apure, y el General Urdaneta debía ir a tomar el mando del ejército del Norte, confiado accidentalmente al Coronel Salom.

El 25 de diciembre se publicó la Ley Fundamental de la República de Colombia con una solemnidad grande, y Bolívar, lleno de un noble entusiasmo, marchaba a Cundinamarca para que fuese aceptada por los pueblos.

Al concluír el año de 1819 el ejército español se disciplinaba y preparaba para la campaña de 1820. Constaba en Venezuela de 13 batallones, de los cuales se formaban los regimientos de Valencey, de 10 cuerpos, y del Rey, de 3, y los batallones sueltos de la Reina, el Infante, Hortalvich, Granada, Barbastro, Navarra, Barinas y Burgos, y los regimientos de caballería 1º del Rey, de 9 escuadrones; de Húsares, de 2; de Dragones leales, de 4, y de Guías del General, de 2, y un escuadrón de artillería volante y un batallón de artillería para el servicio de las plazas fuertes. Este ejército tenía 10.400 infantes, 2.700 jinetes y 800 artilleros; total, 13.900 hombres. En el litoral e Istmo tenía el Virrey el regimiento de León, dos batallones de Albuera, Cataluña, del Rey y Artillería, fuertes de 3.400 hombres; 300 soldados de caballería y las milicias de Santa Marta, Cartagena, La Ciénaga y Mompós, algo más de 1.000 hombres. En el sur de Popayán y provincias del Sur tenía la 3ª división y los batallones Aragón y Cazadores, fuertes de 1.200. Los Andes y la artillería en Quito, un batallón en Guayaquil y una brigada de artillería. El regimiento de Dragones de Granada, un batallón de milicias de Pasto, esto es, 4.000 hombres. Tenía, pues, el ejército real 22.600 hombres.

El republicano tenía el ejército de Apure, 3.000 hombres; el del Norte, 2.500; las guarniciones de Cundinamarca, 2.000, y la columna de operaciones del Sur, 500. Las divisiones del oriente, 2.000 hombres, y las fuerzas que se preparaban en Margarita para ir a Ríohacha, 1.000 hombres. Total, 11.000, menos de la mitad del ejército español en la Capitanía General de Venezuela y el Virreinato. Esta fuerza estaba distribuída en los batallones de Granaderos, Rifles, Vencedor en Boyacá, Tiradores, Legión Británica, Legión Irlandesa, Albión, Cundinamarca, Neiva, Cauca, Alto Magdalena y Vargas y una brigada de artillería. Regimientos de Guías, tres escuadrones de Húsares, Lanceros de Oriente, Granaderos montados, Guardia de Honor y Lanceros de Páez o Apure y el batallón Cauca, que guarnecía al Chocó, Micay e Iscuandé. Pero el Libertador poseía el centro y podía reunir sus fuerzas para obrar sobre las

divisiones españolas en detal. Poseía la gran hoya del Orinoco, por donde subían armas, vestuarios y municiones a Cundinamarca; este gran Departamento remitía hombres, cobijas, vestidos del país, alpargatas y dinero. Bolívar era el ídolo del pueblo, y Sámano y Morillo, como Aymerich y Calzada, el espanto y terror de los colombianos. No se necesitaban sino armas para tener soldados.

Al concluír el año feliz de 1819, hemos visto la aurora de la libertad que apareció en Guayana. En el capítulo siguiente empezaremos la relación de los hechos de 1820, en que Bolívar coge el fruto de sus desvelos y su fama vuela por todo el mundo, alimentando las esperanzas de tántos pueblos, y va a conmover el trono de Fernando VII, haciendo vibrar las fibras liberales de los españoles que aman la libertad, como nosotros.

CAPITULO XX

SUMARIO

Objeto principal del regreso del Libertador a Bogotá.—Inactividad del General Morillo, preparándose para una guerra defensiva.—El Gobierno colombiano no se puede comunicar sino por Angostura, pues los españoles ocupan todo el litoral de ambos mares.—Expediciones organizadas por el Virrey Sámano y el Comandante General de Quito contra los republicanos.—El Libertador dispone cómo deben obrar las divisiones sobre Ríohacha, el sur, norte y Magdalena.—El Congreso de Angostura cierra sus sesiones.—Discurso de clausura del Presidente Zea. Sentimiento por la disolución de la heroica Colombia de 1819.—El Coronel Juan Illingworth en las costas del Pacífico liberta con los auxilios de los republicanos del Cauca la costa de Buenaventura, en 8 de diciembre de 1819.—El 19 de enero de 1820 abre operaciones el Coronel Salom contra el General La Torre.—El Comandante Maíz atacó en Barbacoas, sitio del río Magdalena, la flotilla del Teniente Coronel Barrada y lo venció y persiguió hasta Vadillo.—El Gobernador del Chocó se puso en comunicación con el Coronel Illingworth para resistir a los españoles.—El 8 de febrero llegó el Libertador a San Cristóbal y ordenó diversas operaciones sobre el Magdalena, en combinación con Montilla, que mandaba la Legión Irlandesa, y con Urdaneta, que regía la del norte sobre La Torre.—Páez debió obrar sobre Barinas.—Impuesto el Libertador de la sorpresa del Coronel Obando en Popayán por Calzada, ordenó la marcha de los batallones Albión y Cundinamarca y dos escuadrones a Neiva para formar una división.—Calzada recorrió todo el Valle del Cauca, recibió informes de Antioquia y el Chocó sobre rechazo a las fuerzas españolas y regresó a Popayán, dejando en el cantón de Caloto la caballería.—Exaltación patriótica que producen las depredaciones de Calzada.—Misión del General Sucre a las Antillas. Servicios importantes del Coronel Montilla y del Almirante Brión para llevar a efecto la expedición sobre Ríohacha.—El Gobernador español de Ríohacha huye y se ocupa la ciudad.—El Libertador fue instruído en su viaje a Bogotá de que Santander había publicado y mandado cumplir la Ley Fundamental de Colombia.—Conducta laudable de Santander y los habitantes de Bogotá.—Contestación del Libertador al parte que se le dio de este acontecimiento.—Santander presta grandes servicios al Libertador y al país para que lleve adelante la obra de la independencia.—La batalla de Boyacá tuvo diversos efectos políticos, y la situación de la América española produce una revolución en España.—Morillo y Sámano recibieron muy mal esta noticia y se limitaron a disciplinar cuerpos.—El Coronel Montilla emprende operaciones al interior de la provincia de Ríohacha, sin resultados.—El Coronel Lara fue destinado a Ocaña con una división para seguir en auxilio de Montilla.—No habiendo llegado a tiempo y amenazado por una fuerza española, se repliega a la ciudad de Ríohacha el Coronel Montilla.—Conflictos en esta ciudad con los irlandeses.—Sánchez Lima atacó en estas circunstancias a Montilla y fue derrotado.—Partido que tuvo que tomar Montilla para reprimir a los irlandeses insurrectos.—Regreso

del Libertador a Cúcuta para activar las operaciones.—Córdoba y Maza en marcha para unirse a Montilla y Lara.—Calzada perdió el apoyo que le daban el Obispo de Popayán y el Comandante de Aragón.—Sugiriósele una operación que debía desmoralizar su ejército.—Realizóse el plan y fue derrotada por sorpresa la columna que regía Domínguez, y fue a La Plata.—Se aumentó el disgusto entre Calzada, el Obispo de Popayán y el Comandante de Aragón.—Reciben informes Calzada y el Obispo de la marcha de la división Valdés, de La Plata al Cauca, por Pitayó, y se mueve con su ejército el 20 de junio.—El 6 se encuentran las vanguardias, y la española fue completamente derrotada en Pitayó.—Retirada de Calzada con el resto de su división el día 7. Se aumenta la división entre él, el Obispo de Popayán y el Comandante de Aragón.—Abandonó a Popayán, retirándose a Timbío para reunir allí sus dispersos, cuando supo que Valdés había seguido al Cauca.—Sorpresa de un destacamento español en el zanjón de Japio.—Se reunió Valdés a las fuerzas levantadas en el Cauca.—Ocupación de Popayán el 15 de julio.—Calzada se retiró de Timbío a Almaguer, y el Obispo Jiménez fulminó nuevas excomuniones contra los republicanos.—El Coronel Montilla tuvo al fin que deshacerse de los irlandeses mandándolos a Jamaica.—Incendio de Ríohacha.—Enérgica resolución de Montilla contra los insurrectos, y se mueve hacia Sabanilla: ocupó este puerto y en seguida otras poblaciones, en donde recibe auxilios de víveres y caballos y refuerzo de hombres.—Sabiendo Lara que Montilla había desocupado a Ríohacha, se dirigió a la ribera derecha del Magdalena en su solicitud, la de Córdoba y Maza.—Operaciones de estos dos Jefes.—Triunfo obtenido por Maza el 25 de junio en Tenerife, y se ponen él y Córdoba en comunicación con Montilla.—Organizóse un gobierno civil en Soledad.—La unión de Córdoba y Maza a Montilla afianza la libertad de la provincia de Cartagena, y el Coronel Romero se retiró de la plaza cuando supo la victoria de Tenerife.—Se abrió el puerto de Sabanilla al comercio exterior.—Lara se dirigió a tomar cuarteles en la derecha del Magdalena cuando supo las operaciones de Montilla, Córdoba y Maza, y quedó Carmona en tierra de Ocaña para perseguir las guerrillas españolas.—El Libertador fijó su cuartel general en la Villa del Rosario de Cúcuta para dirigir desde allí las operaciones, e indicó al Vicepresidente Roscio que trasladase el asiento del Poder Ejecutivo a Cúcuta, como se verificó. El General Soublette fue nombrado Vicepresidente de Venezuela para que fuese con este carácter a dirigir las operaciones de los ejércitos que regían Bermúdez, Monagas, Páez y Zaraza.—Una junta de personas caracterizadas pide al Capitán General de Venezuela que jure la Constitución de 1812, como se había hecho en España.—El General Morillo fue instruído de esto y se trasladó a Caracas y cumplió las órdenes que recibió de la Corte para jurar la Constitución y ponerse en relación con los jefes republicanos para hacer la paz.—Influencia favorable de este acontecimiento en el estado que toma la guerra. El 7 de julio recibió el Libertador las comunicaciones de La Torre, en que le anunciaba la marcha de dos comisionados a tratar del restablecimiento de la paz.—La respuesta atenta y negativa a recibir los enviados, si no era la base el reconocimiento de Colombia como Nación soberana.—Cómo refiere un escritor español el modo como recibió las órdenes Morillo para entenderse con los patriotas.—La Constitución española fue jurada en Caracas el 7 de junio y el 9 en Cartagena, contra la opinión del Virrey y otros jefes.—Manifiesto de Fernando VII y sus efectos.—Reclamaciones del Duque de San Carlos en Londres, para impedir la salida de la división Devereux.—Se trasladó con unos pocos oficiales a Sabanilla dicho General y pretendió tomar el mando de las fuerzas que Montilla no le dio porque no tenía órdenes del Gobierno.—El Libertador dejó en el Rosario de Cúcuta a los agentes, el General Urdaneta y el Coronel Briceño Méndez, para que se entendieran con los comisionados españoles, con instrucciones de no tratar sino sobre la base del reconocimiento de la independencia.—El Congreso de Guayana estaba disuelto, y reunidos algunos Diputados bajo la Presidencia del señor Peñalver, respondieron

negativamente a las proposiciones de los comisionados españoles.—El ejército del Sur suspende sus operaciones de orden del Libertador. Ordenes análogas dio a Páez y Urdaneta, y partió para el Magdalena. Se acercó a Cartagena y entró en relación con la plaza.—Contesta agriamente el Secretario General una comunicación al Brigadier Torres.—El Libertador regresó inmediatamente por Soledad.—Sorpresa que dan los españoles a las fuerzas sitiadoras en Turbaco.—Montilla ocurrió rápidamente a regularizar el servicio y el sitio en Turbaco. El Gobierno español no conoció la índole de los pueblos que combatían por su independencia.—El 20 de agosto se reunieron en San Cristóbal los comisionados españoles con los agentes que dejó el Libertador y presentaron las proposiciones de un arreglo.—No fueron aceptadas.—Respuesta que se dio conforme a las instrucciones del Libertador.

Entramos a referir cuanto tuvo que hacer el Libertador para coordinar sus grandes operaciones estratégicas, y las medidas de alta política para afianzar la unión de Nueva Granada y Venezuela y batir un ejército de más de 22.000 hombres con uno de 11.000. En el capítulo anterior hemos referido el número de cuerpos de uno y otro ejército, y el lugar que ocupaban las respectivas divisiones.

Regresó el Libertador de Guayana rápidamente a dirigir desde el centro las operaciones, y a influír sobre los republicanos de Nueva Granada para que aceptasen la ley fundamental de Colombia.

Después de la batalla de Boyacá parece que el General Morillo perdió parte de su actividad y que se preparó para una guerra defensiva. Sin embargo, mandó que el General La Torre volviese a ocupar el Táchira, como dejamos dicho en el capítulo anterior. Bien pudiéramos decir que entre el ejército español que obra en Venezuela, las fuerzas que tenía el Virrey Sámano, de Ríohacha a Panamá, y las que ocupaban el sur del Nuevo Reino de Granada, desde Guayaquil a Pasto, estaba circundado el ejército colombiano, sin tener otra comunicación con el exterior que la del Orinoco por Angostura. Las grandes distancias que tenían entre sí los jefes realistas les hacían difícil una combinación estratégica; pero, no obstante, vuelto de su estupor Sámano había mandado una columna a órdenes del Coronel Warleta sobre Antioquia, entrando por el río Cauca a Nechí, y siguió por Zaragoza a Remedios y de allí a Yarumal. El Teniente Coronel Isidro Barrada armaba una flotilla en Mompós para salir a Honda, poniéndose de acuerdo con Warleta. Otra flotilla se armó y dirigió al Atrato, y la tercera división, que había sido aumentada y reforzada en Pasto por el Mariscal de Campo Melchor Aymerich, Comandante General de las provincias del territorio de la Audiencia de Quito, debía obrar

sobre Popayán. Bolívar, que conocía bien la situación del país en su viaje a Guayana, sofocó la naciente revolución de Mariño y Arismendi, exaltó el patriotismo de todos, amigos y émulos de su reputación, y después de las medidas que tomó y de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, dispuso que la división a órdenes del Coronel Montilla fuese apoyada por una columna que entrara en la provincia de Santa Marta por Ocaña; otra que bajase por el Magdalena a batir las fuerzas fluviales que tenían organizadas en Mompós, y otra columna que marchase a batir a Warleta.

El Congreso de Angostura cierra sus sesiones el 19 de enero de 1820, y su Presidente, señor Francisco Antonio Zea, leyó, antes de concluír la última sesión, un discurso de clausura lleno de entusiasmo, por la inauguración de la Unión Colombiana. Quizá nunca escribió Zea una cosa mejor, tanto por sus hermosas ideas como por el entusiasmo con que pintó el porvenir de la nueva República [1]. Si el entusiasmo de los fundadores de Colombia existiera hoy, no se encontrarían Venezuela, Ecuador y la nueva Colombia divididas en tres repúblicas, y formarían una sola confederación que sería la que llevaría la vanguardia para fundar el derecho público americano. Secundando los pensamientos de Bolívar, restablecimos el glorioso nombre de Colombia a la Nueva Granada, y excitamos con una ley de la Convención de Ríonegro a esta unión que, acordada en 1819 en Guayana y ratificada en 1821 en Cúcuta, rompieron Páez en Venezuela y Flores en el Ecuador, crimen que llamamos de lesa patria por los males y guerras civiles que ha traído. En otro capítulo, al dar cuenta de los días tormentosos de la Patria en 1826 y 1827, entraremos en pormenores; pero se nos excusará esta indicación, porque un pecho colombiano tiene fibras que vibran al tocarlas.

El Coronel Juan Illingworth, Capitán de Navío de la Marina de Chile, cuando la escuadra chilena a órdenes de Lord Cochrane se presentó sobre el Perú, fue con la corbeta **Rosa** a las costas del Chocó y Buenaventura, en persecución de los buques españoles. La batalla de Boyacá había exaltado el espíritu liberal, y se puso de acuerdo dicho Coronel con los republicanos del Cauca, que habían levantado el grito de independencia y libertó toda esa costa, ocupando a Guapi el 30 de octubre del año de 1819, con la tripulación de la corbeta **Rosa.**

---

[1] Véase el apéndice, documento número 47.

El 9 de enero abrió el Coronel Salom operaciones sobre el General La Torre, y éste emprendió su retirada el 11, primero a La Grita y después a Mérida, cortando el puente del río Chama, para estar más a cubierto de un ataque inesperado.

La escuadrilla formada en Honda de orden del General Santander, en que el Gobernador Teniente Coronel Mantilla se distinguió por su actividad en equiparla, estuvo lista para salir al encuentro de la española que subía de Mompós, mandada por el Teniente Coronel Isidro Barrada; hízose cargo del mando de la flotilla el Teniente Coronel Maíz y llevaba en la tropa de desembarco al Capitán José Carvajal con unos 70 hombres del 2º escuadrón de Guías. Trabóse el combate el 20 de enero en Barbacoas, abajo de Nare; abordó y tomó Maíz dos buques de guerra del enemigo y echó a pique otros dos; y tomó nueve fragatas con más de 100 prisioneros. El Capitán Carvajal saltó a tierra para atacar la infantería que hizo desembarcar Barrada para impedir que pudiesen los buques de la flotilla retirarse por la ribera del río con palancas, porque en aquellas aguas no se puede remontar a remo. Atacó Carvajal con lanza en mano a los fusileros, los venció y quedaron muertos en la playa, y reembarcándose persiguió al enemigo hasta Vadillo; regresaron a Nare los buques que desde el 18 de diciembre recorrían el río Magdalena, de Nare a San Pablo. Quedó libre el Alto Magdalena en el mes de enero.

El Coronel Cancino, Gobernador del Chocó, se puso en relaciones con el Coronel Illingworth [1] para que le auxiliase si podía hacer pasar del Pacífico a las aguas del Atrato dos lanchas para obrar sobre las fuerzas que subían el río, indicándole que de la bahía de Cupica al río Napipí había un arrastradero [2] que permitía tal operación. Cancino había fortificado el morro de Murri, en el Atrato, lugar intermedio entre las bocas de los ríos Murri y Napipí: pasaron dos lanchas, y al saber el enemigo que navegaban el Napipí, abandonó el ataque del fuerte de Murri y se retiró para Cartagena el 19 de enero, por ser imposible tomar el Chocó. Las dos lanchas regresaron al Pacífico y la corbeta **Rosa** continuó en corso en aquellas costas.

---

[1] El Coronel Illingworth cambió la escritura de su apellido por el de Illingrott, para que lo pudiesen pronunciar.

[2] Llaman arrastradero en el Chocó el lugar por donde pueden pasarse canoas de un río a otro o del mar a un río, arrastrándose sobre maderos cilíndricos.

La tercera división, como hemos dicho, la reforzó Aymerich y pudo ponerse en movimiento el 10 de enero desde Pasto. El Coronel Quiñones, de caballería, el Comandante Puente y el Capitán de milicias José María Obando fueron destinados a cortar completamente la comunicación con Popayán para poder sorprender al Coronel Antonio Obando. Los patriotas que llevó Calzada a Pasto y a Almaguer dieron aviso a sus familias de esta expedición, y Obando fue instruído seis días antes; pero hombre de pocos conocimientos y abandonado, había señalado día para marchar, el 24 de enero, y ese mismo día fue sorprendido a las cinco de la mañana. Basilio García, Comandante del Aragón, no dio cuartel, y en todo el día mató a cuantos prisioneros pudo hacer. Quiñones y los jefes de caballería hicieron otro tanto; pero el Teniente Coronel Nicolás López y sus oficiales salvaron cuantos cayeron en sus manos. Muchos se ocultaron en las casas particulares, y entre ellos el Coronel Obando. Alguna tropa se pudo salvar tomando la cordillera oriental y fue a llevar la noticia a la provincia de Neiva, en donde se organizaba un batallón para reforzar la columna que ocupó a Popayán.

El Libertador llegó a San Cristóbal el 8 de febrero y dispuso que el Coronel Carmona siguiese por Pamplona y Cachirí a ocupar a Ocaña, para marchar por tierra a Ríohacha con el batallón Flanqueadores, nuevamente creado; que el primer escuadrón de Guías abriese operaciones sobre Chiriguaná, y que el Capitán Ibáñez, edecán del Libertador, pasase el cuartel general del Coronel Montilla, que por entonces estaría en Ríohacha. Esta columna debía obrar en combinación con la que debía bajar a la provincia de Cartagena por el Cauca, a órdenes del Teniente Coronel Córdoba, y el Teniente Coronel Maza bajaría por el Magdalena para que todos cooperasen a la libertad de las provincias.

El Teniente Coronel Córdoba batió parte de las fuerzas de Warleta el 12 de febrero en Chorros Blancos, cerca de Yarumal, y lo persiguió hasta Cáceres. El Coronel Carmona ocupó a Ocaña el 7 de marzo.

Después de que el Libertador recorrió los acantonamientos del ejército del Norte, previno al General Urdaneta que al tiempo que comenzara a obrar Morillo sobre Ríohacha se moviese contra La Torre, ejecutando operaciones secundarias de guerra, mientras hacía otro tanto el General Páez por Barinas y hacia Calabozo. En su tránsito para Bogotá, desde Cúcuta recibió el parte de la sorpresa del Coronel Obando en Popayán, y dispuso que los batallones Albión y Cundinamarca, con el se-

gundo escuadrón de Guías que mandaba el Teniente Coronel José Carvajal, y el de Lanceros de Oriente, marchasen para Neiva a unirse al batallón Neiva, que se disciplinaba en aquella provincia a órdenes del Coronel Mires, Comandante de armas. Estos cuerpos debían componer el ejército del Sur y agregárseles los cuerpos que se organizaban al norte de la provincia de Popayán.

Calzada recorrió todo el Valle del Cauca hasta Cartago y Supía, con ánimo de ponerse en contacto con Warleta y la fuerza que hubiese ocupado al Chocó. El Teniente Coronel Simón Muñoz, que estaba oculto en Anserma, se le presentó con unos pocos compañeros, y le instruyó de la retirada de la flotilla del Atrato para Cartagena. Recibió aviso de la derrota de Warleta, y del Capitán Eugenio Tamani, que estaba de Gobernador de Popayán, anunciándole que fuerzas patriotas se acercaban por Guanacas a Tierradentro. Inmediatamente contramarchó por Buga a Cali y de allí a Popayán; en esta marcha no encontró ejército con quién combatir, sino algunas guerrillas que se formaron para mortificar a Calzada; en ella se cometieron mil excesos contra los habitantes de esos pueblos, y muchos fueron asesinados inhumanamente. El Coronel Calzada siempre se distinguió en la tolerancia de los subalternos para que matasen y robasen a los insurgentes.

En el cantón de Caloto dejó la caballería que se había aumentado con muchos esclavos que reclutó en las haciendas de los patriotas, ofreciéndoles la libertad; y con el aliciente del robo no fueron pocos los que se unieron a Quiñones, Simón Muñoz y Obando. En los meses de febrero a mayo no quedó ganado en las haciendas de Caloto y norte del municipio de Popayán, y otro tanto sucedió con las caballerías y bestias mulares, conchas y alhajas que saqueaban de las casas.

Los pueblos del Cauca, desde Popayán a Cartago, con estas depredaciones se exaltaron de tal modo que todo presagiaba el fin de la dominación española, al tener siquiera armas. La guerra era a muerte. El inglés Runnel, con los hombres que reunió para hacer la guerra a Calzada, se convirtió en bandido y fue otro azote de esos desgraciados pueblos. Tal era la triste situación de la provincia de Popayán en los meses de febrero a abril de 1820.

El General Sucre, que fue destinado en Guayana a comprar armas y municiones en las Antillas, llenó su misión con prontitud y regresó a Guayana con más de nueve mil fusiles, muchas municiones y algunas armas blancas para la caballería, las cuales se introdujeron a Bogotá y Tunja por el Orinoco, el Meta y

el Arauca, venciendo inmensas dificultades al pasar por desiertos sin más caminos que veredas cuasi impracticables, al salir de los canales naturales de los ríos.

El Coronel Montilla tuvo igualmente que trasladarse de Margarita a otras islas de las Antillas en solicitud de armamentos para la expedición que se debía armar y equipar para seguir a Ríohacha. Logró su objeto y allanar cuantas dificultades le oponían los irlandeses que habían llegado a Margarita, que todos pedían, antes de marchar, el cumplimiento de las promesas con que fueron enganchados por el General Devereux. El Almirante Brión, que desempeñó parte tan importante en las campañas de la independencia desde 1815, cooperó activamente a la marcha de Montilla para Ríohacha; el 7 de marzo zarpó de Margarita y el 12 se presentó en la rada de Ríohacha e intimó al Coronel José Solís que rindiese la plaza. Este jefe se negó a ello, y no pudiendo defenderse abandonó la ciudad esa noche; otro tanto hicieron los habitantes que tenían que perder, recordando el saqueo y depredaciones de los aventureros de Mac-Gregor, cuyos desórdenes hemos referido. Al día siguiente se ocupó la ciudad, se nombró Gobernador de la provincia al Coronel Ramón Ayala, y se mandaron comisionados a invitar a los que emigraban para que regresasen a sus casas.

El Libertador, después de que arregló lo que debía hacerse en el ejército del Norte, partió para Bogotá por el Socorro. Cuando recibió la noticia de que el General Santander había promulgado en Bogotá la ley fundamental de la Unión Colombiana, se llenó de gozo y entusiasmo, porque éste era el objeto principal de su viaje a la capital de Cundinamarca.

El General Santander, cuando recibió la ley fundamental con una patriótica carta oficial del Libertador, convocó una junta general de todos los empleados y personas más notables de Bogotá para instruírlos de un acontecimiento de tánta importancia política; y que era necesario aceptar y popularizar en el país. Les instruyó que pronto llegaría la ley convocando un Congreso Constituyente de toda Colombia. Todos aplaudieron la idea y sancionaron un acta en ese sentido. Impuesto el Libertador de los términos en que aquella respetable junta había dado su asentimiento, al contestar al Vicepresidente de Cundinamarca, General Santander, lo hizo con un fervor tan patriótico y elogioso por los distinguidos servicios que había prestado a la República, que ese documento será siempre para las tropas del General Santander el más bello timbre con que se recuerde por ellas y los colombianos la parte importante que les cupo en

la independencia, libertad y fundación de Colombia. Al concluír el General Bolívar su comunicación, le decía: "Es, pues, V. E. el más acreedor a la gratitud de Colombia, que por mi órgano lo manifiesto a V. E., y a esos dignísimos pastores, magistrados, jueces, defensores y ciudadanos del Departamento de Cundinamarca".

Mucha razón tenía el Libertador para elogiar así al General Santander y a los habitantes del Departamento de Cundinamarca, que entonces era todo todo el país libertado de la Nueva Granada. Hombres, dinero y recursos de todo género salían de la Nueva Granada para llevar al ejército, comprar armas, vestuarios y equipo que las empobrecidas provincias del oriente y sur de Venezuela no podían suministrar después de las sangrientas campañas, en que sus hijos morían por la causa de la independencia y libertad.

Mas Santander no solamente obraba en proporcionar recursos. Como Jefe supremo administraba al Departamento, y organizó Tribunales, Juzgados y la Hacienda Pública, para que hubiese un gobierno regular. Escogió buenos secretarios que le ayudaron muy bien, y respetó la organización municipal de los cabildos fundados por el Gobierno español que, a la verdad, eran un elemento de **gobierno propio.**

La victoria de Boyacá no solamente libertó tántas provincias como por encanto, sino que desalentó a Morillo y demás jefes españoles, y la fama lleva a España el nombre glorioso del héroe y la triste noticia de que el ejército expedicionario europeo iba desapareciendo en los combates y las enfermedades. Buenos Aires no solamente mantenía su independencia, sino que ayudó a Chile para libertarse de sus opresores: una escuadra respetable surcaba el Pacífico bajo la dirección de Lord Cochrane. En México no faltaban insurrecciones. El Gobierno de Fernando VII mandó preparar un fuerte ejército que pasase a la América española, y debía comenzar a obrar una parte por el Río de La Plata, bajo las órdenes de los mejores generales de que podía disponer, y la otra a reforzar a Morillo. Reunido este ejército en la Andalucía, y pronto ya para embarcarse, los españoles liberales lo minaban, porque no veían en ello sino la terquedad de ese gobierno retrógrado, que despreciando los consejos de hombres distinguidos quería dominar por el terror y la sangre que se derramaba. Llegó el 1º de enero de 1820; estalla la revolución contra el Gobierno despótico de Fernando VII en el ejército, dando principio por el pronunciamiento de los batallones Sevilla y Asturias en los pueblos de Cabezas y Villa-

martín. El Comandante Rafael Riego y el Mayor Juan Muñoz marcharon simultáneamente por diversas vías sobre el cuartel general que estaba en Arcos. Riego, que llegó primero, sorprendió al General en Jefe, que lo era el Conde de Calderón, General Callejas, y a los otros Generales de la expedición: Blanco, Fournaz y Salvador. El Coronel Antonio Quiroga fue puesto al frente de la revolución y trasladó el cuartel general a la ciudad de San Fernando, en la isla de León. Generalizóse la insurrección de los cuerpos, cayó el gobierno despótico, y se proclamó la Constitución de 1812.

Bien conocido era en el ejército español el estado actual de la guerra; que muy pocos regresarían; y que no se lidiaba con indios salvajes sin armas, sino con americanos, hijos de los conquistadores, y con esforzados hombres de varias razas, como son los mestizos, mulatos y zambos, que no mueren de fiebre amarilla y duermen sin tienda de campaña.

A este cúmulo de circunstancias se debió la revolución del 1º de enero, y en el mes de marzo, cuando se emprendían operaciones conforme vamos refiriendo, llegó a Colombia esta importante noticia. Los republicanos la recibieron con gozo porque ya no tenían que temer nuevos ejércitos expedicionarios. Morillo y Sámano se desesperaron, y, contra su opinión, se vieron obligados a morigerar su conducta, y suspendieron las operaciones activas, limitándose a disciplinar y aumentar los cuerpos para emprender operaciones, luégo que supieron el desenlace de la revolución de España.

El Coronel Montilla tomó mucho empeño en Ríohacha para transmitir al interior estas noticias que darían confianza a los colombianos. Regresaron la mayor parte de los que habían abandonado la ciudad, y prestaron útiles servicios al Comandante General. Un indio, Miguel Gómez, con sus parientes formó unas guerrillas y comenzó a hostilizar a los patriotas; pero siempre que se acercaban a la ciudad fueron batidos.

El Coronel Montilla se movió con una columna de 500 hombres hasta el valle de Upar para unirse a las columnas que a órdenes de Carmona debían entrar por Ocaña. No tuvo en la marcha más embarazos que los que son consiguientes a los malos caminos y la falta de apoyo de los habitantes, que eran adictos al Gobierno español, por la influencia de un Coronel Daza y otros hombres ricos de ese país. La permanencia del Coronel Montilla en el valle de Upar, por todo el mes de abril, esperando las fuerzas que hacían parte de su división, para obrar, fue infructuosa, pues Carmona no pudo pasar de Chiri-

guaná, y ni éste pudo hacer llegar comunicaciones al Coronel Montilla, ni las que le remitía Montilla llegaban a poder de los Jefes, a quienes se les comunicaba su posición.

El Libertador, a su regreso de Bogotá, ordenó al Coronel Lara que con los batallones Rifles y Pamplona siguiese a Ocaña a unirse a Carmona y que, formando una división, siguiese a unirse a Montilla. El Coronel José María Carreño fue destinado como Jefe de Estado Mayor. Hubo de demorarse la marcha mientras se organizaba el batallón Pamplona y se disciplinaban en Bucaramanga los reclutas nuevamente destinados al batallón Rifles. Carmona se vio amenazado por una columna de más de 1.000 hombres de los españoles y se retiró sobre Ocaña a aguardar al Coronel Lara, que no pudo marchar hasta el 20 de mayo, en que quedó regularmente equipada su columna, y llegó a Ocaña el 1º de junio; allí supo que Carmona se replegaba.

El Coronel Montilla volvió a ocupar la ciudad de Ríohacha a mediados de mayo, retirándose para defenderse en aquella ciudad de una división de 300 infantes y 400 jinetes que había reunido el Coronel Sánchez Lima, de tropas de Maracaibo y Santa Marta. Impuesto Montilla de la proximidad del enemigo y al dar las órdenes de marcha, se le presentaron unos oficiales irlandeses con una representación, que era una completa insurrección, pidiendo mejores raciones y que se les trasladase a una colonia inglesa, porque no querían continuar al servicio de Colombia.

Esta conducta vil, en el momento mismo en que se encontraba próximo el enemigo, puso en graves dificultades al Coronel Montilla y al Almirante Brión. El distinguido talento de Montilla le sugirió diversas medidas para sofocar esta insubordinación, propia de aventureros venales. Había entre ellos algunos oficiales de honor, que no venían por amor a las riquezas y al robo, sino por sentimientos nobles, como el Coronel Stopford y los subalternos O'Connor, Felipe Braum, Brown, Whitle, Dunlop y otros. Con la ayuda de estos oficiales, después de mil dificultades, el 25 de mayo logró que una parte de los irlandeses, unidos a la infantería de marina y a los pocos vecinos de Ríohacha que se enrolaron, se formase una columna de 400 hombres y salió con ella a batir al enemigo: llevaba dos piezas de batalla bien montadas y servidas por buenos artilleros, y a los lanceros se unieron varios oficiales y vecinos de la ciudad, como tropa de caballería. Junto a un bosque, en las inmediaciones de la laguna Salada, había tomado posiciones Sánchez Lima y comenzó el ataque: muy pronto fue desalojado y perseguido

hasta la sabana de Patrón, en que se trabó de nuevo el combate: duró poco más de una hora. Los españoles huyeron en completa dispersión; Sánchez Lima fue a reunir sus derrotados a más de 14 leguas de distancia, lo que permitió al Coronel Montilla regresar a la ciudad para obrar de modo que no se perdiese el fruto de la expedición, y salir de los insurrectos irlandeses.

El Libertador solamente permaneció en Bogotá hasta el 24 de marzo, en que regresó para Cúcuta a activar las operaciones, cuyo plan general hemos explicado ya. El Teniente Coronel Córdoba había organizado un pequeño batallón denominado Antioquia, con oficiales tomados entre la juventud de esa provincia y alguno que otro caucano, y ocupaba la ciudad de Zaragoza. El Teniente Coronel Hermógenes Maza tenía medio batallón denominado Alto Magdalena, embarcado en la flotilla que venció en Barbacoas a órdenes de Maíz. Estos dos Jefes recibieron nuevas órdenes de moverse tan pronto como supiesen que Lara y Montilla estaban reunidos, bajo cuyas órdenes debían obrar.

Situado Calzada en Popayán fue contrariado por el Obispo Jiménez, por Basilio García y algunos otros oficiales, y comenzó a perder la fuerza moral entre sus tropas. Nos hallábamos entonces en aquella ciudad, de regreso de Pasto, a donde nos condujera Calzada, y por medio del Capitán Manuel Bosch, Secretario privado de Calzada, sugerimos a éste que mandase 200 hombres a La Plata a hacer un reconocimiento: precisamente iban a perderse y se restablecía la moral que se perdió con la sorpresa del 24 de enero. Pero era necesario que el Coronel Mires estuviese enterado, y escribimos a dicho Coronel. Cuando el Capitán Domínguez llegó a El Pedregal, a seis leguas de La Plata, se retiraron los patriotas a la Mesa de Pascol; el 25 de abril fueron sorprendidos los españoles y no escaparon sino unos 10 soldados y 2 o 3 oficiales. Calzada no supo este golpe hasta los primeros días de mayo. Con este acontecimiento se aumentó el disgusto entre el Obispo y García con Calzada. Mandó que la caballería se replegase de Quilichao a Mondomo, para tenerla más cerca y en capacidad de unirse en las faldas de la cordillera, si la división que se organizaba en La Plata pasaba la cordillera.

Los espías que mandaron Calzada y el Obispo Jiménez por medio de los curas informaron la marcha del Coronel Valdés por Pitayó, y se movió Calzada con todo su ejército el 2 de junio y ordenó que la caballería fuese a reunírsele en Guambía, por donde debían seguir las tropas a colocarse en las posicio-

nes que yacen al salir del páramo de Las Moras: el 4 de junio estuvo el ejército de Calzada en Miraflores; el 5 ocupó la vanguardia a Guambía, y fue informado el Comandante de ella que el ejército republicano había dormido ese día en el páramo, y que al día siguiente estaría en Pitayó. Marchó el Teniente Coronel López con su columna de Cazadores, fuerte de 800 plazas, y quedó el batallón de Aragón en Guambía el 6 de junio, día en que había seguido a la madrugada López. La caballería no había llegado a Guambía. La vanguardia de la división que mandaba el General Valdés, compuesta del batallón Neiva y el segundo escuadrón de Guías, había llegado a Pitayó cuando se presentó el Comandante López con sus 800 hombres: el General Valdés tomó posiciones y dio órdenes a los cuerpos de retaguardia que redoblasen la marcha. Comenzó el combate con el batallón Neiva y perdió terreno; fue reforzado por Albión, según llegaban las compañías, y al retroceder los Cazadores de López, una brillante carga de caballería que dieron el Coronel Francisco Urdaneta y el Comandante Carvajal completó la derrota. López llegó con muy poca fuerza a Silvia, sitio inmediato a Guambía, en donde encontró a Calzada, que seguía con Aragón. En el momento se ordenó la retirada al otro lado del puente del río Piendamó para reunir los dispersos y resistir al enemigo. El General Valdés suspendió la persecución para esperar que le llegase su parque y tener noticia del Cauca, por donde obraba el Teniente Coronel Murgueitio y héchose cargo del mando de la provincia el Coronel Concha. El 7 de junio se retiró Calzada a Popayán y siguió en completo desacuerdo con el Obispo Jiménez y los Jefes de los cuerpos, pues quería que respondiesen de la derrota: López, que atacó sin orden, y García, que no marchó el mismo día 6. Atribuían los expresados Jefes los desaciertos de Calzada a su secretario privado Capitán Bosch, que tuvo que ocultarse y seguir a presentarse al General Valdés. Como Calzada intentó volvernos a llevar a Pasto a varios patriotas, nos retiramos a las haciendas de la cordillera oriental y de allí tomamos camino a unirnos al General Valdés, como lo verificamos a fines de junio en el Cauca. La pérdida de los españoles en la jornada del 6 en Pitayó fue de 400 hombres entre muertos, dispersos y prisioneros: éstos llegaron a 80, inclusos tres oficiales.

Calzada permaneció algunos días en el pueblo de Timbío para reunir algunos dispersos y los destacamentos que estaban

en el cantón de Caloto, medida que adoptó cuando supo que el General Valdés había seguido al Valle del Cauca.

El Teniente Coronel Murgueitio sorprendió en el puente de Japio un destacamento de los españoles, y en Quilichao a Joaquín Ledesma, que con su tropa de bandidos cometió los mayores excesos. Se remitió a este mal sujeto, preso, a Palmira, donde fue fusilado.

Uniéronse al Coronel Valdés dos batallones organizados en el Cauca por el Teniente Coronel Murgueitio; de ellos se dieron reemplazos a los batallones Neiva y Cundinamarca y se formó el batallón Cauca. La fuerza de caballería se devolvió a disposición del Coronel Concha para que le sirviese de apoyo a sus providencias, y con el fin de sacar recursos de ganados y caballerías para el ejército. El ejército del Sur quedó elevado a 2.100 infantes en cuatro batallones y 300 jinetes en dos escuadrones.

El 15 de julio fue ocupada la ciudad de Popayán: un destacamento de Dragones de Granada, situado en el puente del río Cauca, huyó a nuestra vista y fue perseguido hasta los ejidos del sur de la ciudad.

Calzada emprendió su retirada el mismo día por el camino de la cordillera y fue a situarse en el cantón de Almaguer, pues no quiso ir a Pasto porque la guerra que le hacía el Obispo Jiménez tenía divididos los ánimos entre los realistas. El Obispo fulminó nuevas excomuniones y dejó en entredicho las iglesias de Popayán, con exclusión de los monasterios de monjas, en que debían celebrarse los oficios a puerta cerrada.

Al tiempo que se cumplían estos hechos en el Sur, continuaban las dificultades en la expedición que llevó el Coronel Montilla a Ríohacha. Los irlandeses, después de la victoria del 25 de mayo, permanecieron tranquilos una semana esperando noticias del interior; pero al fin tuvo el Coronel Montilla que tomar la resolución de abandonar a Ríohacha y despachar a los irlandeses a Jamaica, como lo deseaban. El 4 de junio se verificó el movimiento, pero los irlandeses insurrectos no quisieron embarcarse sin saquear la ciudad, como lo hizo en otra época la tropa de Mac-Gregor. Al fin fueron a los buques mercantes que se les habían destinado, pero no quisieron entregar el armamento. Fue necesario que Brión les intimase que al no entregarlo, los echaría a pique: con esta amenaza lo entregaron rompiendo algunos fusiles. Se mandó una comisión cerca del Duque de Manchester, Capitán General de Jamaica, para que le informase de lo ocurrido en Ríohacha, cuya ciudad incendiaron los

irlandeses al salir de ella. Tanto el Duque de Manchester como el Almirante Home Popham improbaron duramente su conducta a los irlandeses, y más a los oficiales que los guiaban en tales desórdenes.

Todos los patriotas de Ríohacha se embarcaron en los buques de la escuadra, e iban allí también el señor Pedro Gual, venezolano, don Joaquín Borrero, granadino, y el señor Miguel Santamaría, mexicano, que fue Diputado a las Cortes de España en 1812 y emigró a las Antillas inglesas huyendo del Gobierno de Fernando VII. De acuerdo con las instrucciones del Libertador, se dirigieron Brión y Montilla a Sabanilla, haciéndose notar la escuadra sobre Santa Marta para llamarles la atención a los españoles, y el 11 de junio ancló la escuadra en Momo Hermoso, sitio al occidente de la bahía de Sabanilla: fue asaltada una fortificación que había al centro de la bahía y tomados cuatro cañones de 24, que era la artillería con que estaba armada. Inmediatamente marcharon a Galapa y Barranquilla los señores Gual y Borrero, que eran conocidos en el país, y se levantan los habitantes contra las autoridades españolas; la villa de Soledad, que era la población más importante, presta auxilio a los libertadores que se presentan, y antes de tres días se habían armado 300 hombres y organizádose en compañías; se formó también un escuadrón de 120 hombres. Montilla era muy conocido desde 1814 y había estado en el sitio de Cartagena. El Coronel Lara, que había llegado de Ocaña el 1º de junio, marchó a Upar, y cuando se unió a Carmona en Tamalameque, supo que desde el 5 de junio había sido abandonada la ciudad de Ríohacha por Montilla; se dirigió a la ribera derecha del Magdalena por Chiriguaná, en solicitud de las fuerzas de Montilla o de Córdoba y Maza, a quienes consideraba obrando contra las tropas españolas que ocupaban a Mompós. Penosísima fue la marcha de esta columna por montañas y bosques insalubres que destruyeron a los cuerpos con enfermedades.

El Teniente Coronel Córdoba ocupó a Zaragoza, y los españoles se habían retirado a Nechí: en pequeñas canoas se avanzó y los enemigos se retiraron a Majagual, en cuya parroquia hicieron alto para impedir que Córdoba bajase por el Cauca; tenían tres buques armados en guerra y 120 hombres de desembarco a órdenes del Coronel Guerrero. Desocupado Nechí pudo el Comandante Córdoba adquirir embarcaciones para salir al río Cauca, y dispuso que los oficiales Corral y S. Córdoba fuesen por Mojanda a sorprender a Guerrero en Majagual; lo consiguieron, y el Teniente Coronel Córdoba hizo fusilar a los

tres oficiales españoles europeos que cayeron prisioneros, y siguió a ocupar a Magangué y a insurreccionar las sabanas de Corozal con el Teniente Benedicto González. Este oficial pidió auxilio a Córdoba desde Corozal, pues le atacaban fuerzas superiores: marchó Córdoba en su apoyo y los realistas se retiraron a Tola y desembarcaron mil fusiles que habían traído de Cartagena para levantar un batallón: hiciéronse inmediatamente a la vela para Cartagena, y Córdoba marchó a tomar a Mompós atacándolo por la parte occidental. Los enemigos resolvieron retirarse, porque El Banco estaba amenazado por tierra, por Carmona; y Maza se hallaba en el caño de Ocaña con los 26 buques armados en guerra que mandaba Maíz; dominaba, pues, el río, el Comandante Córdoba. El 10 de junio ocupó dicho Jefe a Mompós y el 22 se le unió Maza con la flotilla; aumentando sus pequeños cuerpos con momposinos y tripulando mejor sus buques, resolvieron ir en persecución del Teniente Coronel Villa, que se retiró con el batallón Valencia, antes llamado Albuera. Este Jefe se había ido a situar en la antigua ciudad de Tenerife para ponerse en correspondencia con Cartagena y Santa Marta, pues con la ocupación de Sabanilla, Barranquilla y Soledad por Montilla, estaba interrumpida su comunicación con Sánchez Lima, que se retiró de Upar. Las fuerzas sutiles de los españoles constaban de once bongos armados con gruesa artillería y mandados por oficiales de la marina española. Antes de llegar a Tenerife desembarcó el Teniente Coronel Córdoba con su batallón de Antioquia, y el Teniente Coronel Maza siguió por el río para atacar simultáneamente a los españoles. Se rompió el fuego por sorpresa, porque al rayar el día 25 de junio, Maza, con un valor distinguido, abordó los primeros buques y pasó a cuchillo a las tripulaciones. El buque que mandaba el mismo Jefe de la columna, Teniente Coronel Villa, se incendió y voló: esta célebre jornada dejó libre el Magdalena, poniéndose en comunicación con Montilla, que recorría los pueblos de barlovento de Cartagena, en donde tenía cada día nuevos adictos, y en muchos de ellos encontraba conocidos antiguos. El señor Paúl, venezolano, el Canónigo Cortés Madariaga, chileno, Gual, Borrero y Santamaría, de que hemos hablado, eran de mucho auxilio al Comandante General. Al señor Gual se le nombró Gobernador civil de Cartagena y se señaló como capital de la provincia a Soledad.

Cuando los oficiales españoles que estaban en la ciudad de Tenerife con la compañía de granaderos del batallón León y un piquete de caballería, vieron el desastre de la flotilla, huyeron por tierra al cerro de San Antonio para seguir a Santa Marta.

El Teniente Coronel Córdoba no alcanzó a llegar antes del triunfo, porque el combate se decidió en un corto tiempo, y Maza no se cuidó de esperar la hora convenida para atacar.

Córdoba y Maza se dirigieron al día siguiente para Soledad; al pasar por Barranca supieron que allí estaba un parque abundante de artillería que el Brigadier Torres mandaba para fortificar la ciudad de Mompós, y lo tomaron y condujeron a Barranquilla con los nueve buques tomados en Tenerife, de los once que tenía Villa, pues uno solo se escapó, y el otro ya hemos dicho que voló. El triunfo de Tenerife fue suficiente para libertar toda la provincia de Cartagena, pues los jefes y oficiales que la recorrían para armar milicias y ponerla en estado de defensa se retiraron a la plaza. El Teniente Coronel Ignacio Romero, Comandante de artillería, había salido de Cartagena con una columna de 500 hombres; supo en Sabanalarga la ocupación de Soledad por Montilla y que se dirigía por esa vía, y que Villa había sucumbido y perdídose el parque que estaba en Barranca: emprendió su retirada, y por feliz se tuvo llegando a la plaza sin perder soldados.

Unidos los buques tomados a los españoles con los que armó el Almirante Brión en Sabanilla, se recorría todo el Magdalena y se ocuparon las poblaciones litorales de la derecha del Magdalena que pertenecían a la provincia de Santa Marta. El mando de esta flotilla de fuerzas sutiles se encargó al Capitán de Fragata José Padilla, natural de Ríohacha, cuya audacia y buena suerte le hicieran recomendable.

Los españoles habían obstruído los caños que llevan las aguas del Magdalena a la ciénaga de Santa Marta, y no se podía invadir con nuestras fuerzas por esa vía sin allanar precisamente los obstáculos, cuya obra se ordenó al Comandante Padilla.

El Coronel Montilla encargó al Gobernador civil, Gual, el arreglo de la Hacienda y especialmente la Aduana de Sabanilla, cuyo puerto se abrió para el comercio exterior, y se dio principio a la navegación del Magdalena por embarcaciones mercantes, protegidas en ciertos puntos por los bongos de guerra, porque había guerrillas realistas en Chiriguaná, Tamalameque y en tierra de Ocaña, cuya persecución estaba encargada al Coronel Carmona, que desde el 7 de marzo en que ocupó esa ciudad, tuvo diferentes encuentros hasta Chiriguaná, de donde, como hemos dicho, regresó cuando encontró la división del Coronel Lara. Al saber este Jefe la ocupación de Mompós por Córdoba y Maza, se dirigió por Chiriguaná a ponerse en comunica-

ción con ellos y con el Coronel Montilla, y el 24 de junio encontró cerca de la población la columna que regía el Coronel Sánchez Lima, quien emprendió la retirada hacia Jagua, después de un tiroteo que tuvieron las compañías de vanguardia. El Coronel Lara siguió por el camino de Corral Grande a tomar cuarteles en una población de la derecha del Magdalena.

El Coronel Montilla marchó a Turbaco para poner sitio a la plaza de Cartagena y ocupó aquella población el 1º de julio con una fuerza de cerca de 1.000 hombres a que se había elevado rápidamente ese corto número de hombres con que se ocupó a Sabanilla, y los pequeños cuerpos de Córdoba y Maza. El Coronel Montilla comisionó al Teniente Coronel Córdoba para reunir fuerzas en las sabanas de Corozal y el occidente y que se remitiesen del Sinú a Chinú a los sitiadores.

El Libertador, desde que regresó de Bogotá al ejército del Norte, tenía su cuartel general en la Villa del Rosario de Cúcuta para dirigir las operaciones desde allí, mandando órdenes al oriente, al Apure y a las costas del Atlántico, en las provincias de Cartagena y Santa Marta.

El Vicepresidente Zea marchó para Europa el 1º de marzo, y el doctor Roscio, Vicepresidente del Departamento de Venezuela, entró a ejercer el Poder Ejecutivo de Colombia, conforme a la nueva Constitución y leyes sancionadas por el Congreso. Se trasladó a Cúcuta, según las indicaciones del Libertador.

El General Morillo tenía su cuartel general en Valencia, y en todas partes activaba la disciplina e instrucción de los cuerpos para emprender una campaña decisiva en 1820; pero los acontecimientos de España tenían alarmados a los generales españoles, pues se sentía que las ideas liberales en favor de la Constitución de 1812 existían entre los jefes y oficiales expedicionarios, y en muchos empleados civiles de la capital de Caracas.

El Libertador dispuso que el General Soublette fuese a encargarse de la Vicepresidencia de Venezuela para que con este elevado carácter centralizase la dirección de la guerra en ese Departamento, y como tál, diese instrucciones a los Generales Bermúdez, Monagas, Páez y Zaraza, de acuerdo con el plan general que le había comunicado, como su Jefe de Estado Mayor General, durante las campañas de Venezuela y Nueva Granada; y partió para Angostura en el mes de mayo. Por la misma época se desenvuelven los acontecimientos políticos en Venezuela, que iban a dar nueva faz a la revolución y a la guerra.

Algunos vecinos de Caracas, europeos y americanos, celebraron un acta pidiendo al Capitán General, don Ramón Correa, que se instalase una junta y se proclamase la Constitución de 1812, como lo habían hecho las provincias de España. El Capitán General le dio cuenta al General Morillo de este acontecimiento, que era de grave importancia por las crueldades de los sujetos que encabezaron la reunión y las noticias que se habían recibido de Galicia. El General Morillo se trasladó inmediatamente a Caracas, sin demorarse en ninguna parte, y sorprendió su entrada en la ciudad cuando nadie le aguardaba. Encontró pliegos oficiales de España en que se le ordenaba la publicación de la Constitución de 1812, y las reservó hasta conferenciar con el Capitán General y los Oidores. A los dos días organizó una junta de pacificación, compuesta del Capitán General, del Gobernador del Arzobispado, del Intendente de Hacienda, de los dos Alcaldes ordinarios y de dos vecinos principales, con un secretario, y se reservó la presidencia cuando estuviese presente. El 7 de junio se publicó y juró la Constitución en Caracas, y el General Morillo puso una circular a los Generales que mandaban diversos cuerpos de ejército, anunciándoles que tenía órdenes de la Corte para entrar en relaciones con ellos, el Gobierno de Angostura y el General Bolívar, a fin de restablecer la paz en Venezuela y el Nuevo Reino de Granada.

El General Morillo recibió estas órdenes con indignación, pero tenía que cumplirlas. Este acontecimiento trastornó todos los planes de campaña de Morillo y alentó a Bolívar y a los hombres públicos de Colombia, especialmente al General Santander, que era el alma de la formación de los nuevos cuerpos, para proporcionar recursos a los diversos ejércitos y divisiones.

El 7 de julio recibió el Libertador las comunicaciones oficiales del General Morillo, incluyéndole el manifiesto de Fernando VII y transcribiéndole la orden que tenía de entrar en relaciones con el Gobierno de Colombia, y que con tal objeto habían marchado dos comisionados cerca del Congreso y otros dos cerca del Libertador. El General Miguel La Torre le anunciaba que había suspendido por un mes las hostilidades para entrar en conferencias, y esperaba que se haría lo mismo por su parte. El Libertador contestó al General La Torre una carta muy atenta admitiéndole la suspensión de hostilidades, y que aguardaba a los comisionados; pero le dijo francamente: "Pueden venir los comisionados siempre que hayan de tratar de paz y amistad con Colombia, reconociendo a esta República como un Estado independiente, libre y soberano. Si el objeto de

la misión de esos señores es otro que el reconocimiento de la República de Colombia, V. S. se servirá significarlo de mi parte que mi intención es no recibirlos, y ni aun oír ninguna otra proposición que no tenga por base este reconocimiento".

Al General Morillo le contestó en los mismos términos y le agregó que desde el 20 de noviembre de 1818 había resuelto la República de Venezuela, hoy Colombia, combatir perpetuamente contra el dominio exterior y no reconciliarse sino con la independencia. Al mismo tiempo le mandó una copia de la ley fundamental de Colombia para que conociese el sentido en que obraría él; y que trataría a los comisionados con el respeto que merecían como agentes de paz entre los beligerantes.

Un escritor español, don José Domingo Díaz, refiere que cuando Morillo recibió las órdenes de fecha 11 de abril, en que se le mandaba entenderse con Bolívar y el Congreso de Angostura, exclamó, irritado: "Están locos: ignoran lo que mandan; no conocen el país, ni los enemigos, ni los acontecimientos, ni las circunstancias: quieren que pase por la humillación de entrar en estas comunicaciones: entraré porque mi profesión es la subordinación y la obediencia".

Este acontecimiento tuvo una influencia extraordinaria en Colombia, como en las demás repúblicas y en las provincias que aún dominaba el Gobierno español.

La Constitución española fue jurada en Caracas el 7 de junio con grande aplauso, y el Capitán General se consideró desde ese día como Jefe Superior Civil. Morillo se consideró exonerado de las facultades extraordinarias que tenía para mandar como absoluto. Al mismo tiempo se recibieron en Cartagena noticias de España; y que en La Habana se había jurado la Constitución. El Brigadier don Gabriel de Torres y Velasco encabezó como Gobernador una manifestación de los empleados y militares, hecha al Virrey, para que se jurase la Constitución; y como se negase porque no había recibido órdenes de la Corte, se hizo la promulgación por el Brigadier Torres, apoyado por la guarnición. El Brigadier Cano, Coronel del regimiento de León, quiso oponerse; pero la tropa y oficiales juraron la Constitución el 9 de junio. Sámano se negó a prestar el juramento y delegó el mando civil en el Oidor Decano, don Francisco Mosquera Cabrera, y el militar al Brigadier Torres. Sámano, el Obispo Rodríguez y los Brigadieres Cano y Warleta se negaron a prestar el juramento y se embarcaron para Jamaica; en seguida renunció el mando civil el Oidor Decano, y el Gobernador de Cartagena lo anunció como Jefe Superior, Político y Militar.

Fernando VII, al dirigirse a todos los virreyes y capitanes generales que tenía en América, con su manifiesto en que quería atraer a los independientes, a quienes ya no trataba de insurgentes, sino disidentes, rompió la venda que tenían muchos americanos imbuídos en ideas retrógradas, y los militares americanos comenzaron a desertar de las filas del Rey, cambiando notablemente la opinión.

El Duque de San Carlos, Embajador español en Londres, hizo enérgicas reclamaciones para impedir la expedición que debía conducir el General Devereux, y logró que se le embargaran los buques que tenía fletados y que se desacuartelaran los hombres enganchados. Con unos veinticinco hombres que lo acompañaban y algunos oficiales que habían sido admitidos al servicio de Colombia, se embarcó en Inglaterra el General Devereux y llegó a Sabanilla en el mes de julio. Este General, que con mucho interés tomó la defensa de los principios liberales, apenas pudo mandar los enganchados que llegaron a Margarita, de cuya mala conducta hemos hablado. Los que salieron de Inglaterra antes se unieron a Mac-Gregor para la expedición de Portobelo, y otro buque naufragó con la gente que llevaba.

López Méndez y otros de los recomendados para enganchar europeos desempeñaron muy mal la comisión: hicieron ofrecimientos exagerados y vendieron diplomas de oficiales para que pasasen a servir a Colombia.

El viaje del General Devereux, de que acabamos de dar cuenta, tenía por objeto reclamar del Gobierno sus fuertes desembolsos, y las peripecias que sufrió por las autoridades británicas embargándole los buques. El tuvo gran interés y generosidad para servir a Colombia. En su arribo a Sabanilla pretendió que el Coronel Montilla se pusiese a sus órdenes, por ser General de División. Le manifestó que él no tenía comisión del Gobierno, y que no poseyendo el idioma, no podía encargarse del mando político y militar que ejercía Montilla. El Libertador le honró con una comisión de carácter diplomático para Europa, por no disgustarlo, y para separarlo del teatro de operaciones, en que causaba algunas molestias en el servicio.

Como no hubieran llegado al Rosario de Cúcuta los comisionados españoles, y el Libertador quería ir personalmente a la campaña de la costa de Cartagena y Santa Marta, nombró al General Rafael Urdaneta y al Coronel Pedro Briceño Méndez, Secretario de Guerra, para que se entendiesen con ellos, dejando instrucciones terminantes de no aceptar nada sino sobre la base del reconocimiento de la independencia. La comi-

sión dirigida al Congreso llegó a la vieja Guayana, y la componían el Brigadier don Tomás de Cires y don Domingo Duarte. Como se habían cerrado las sesiones del Congreso, fue convocado extraordinariamente bajo la Presidencia del señor Fernando Peñalver, y se acordó la contestación en estos términos: "Que el Congreso oiría con gusto las proposiciones que se le hicieran de parte del Gobierno español, siempre que tuvieran por base el reconocimiento de la soberanía e independencia de Colombia; y que no admitiría las que se separasen de este principio, muchas veces proclamado por el Gobierno y pueblos de Colombia".

Cuando resolvió el Libertador ir al Magdalena, dispuso que el ejército del Sur se acantonase al norte de la provincia de Popayán y suspendiese las operaciones por aquella parte, y que se adelantase su instrucción en táctica militar, que faltaba a los cuerpos de nueva creación.

Al General Páez ordenó que estuviese a la defensa, situando su cuartel general en Achaguas para conservar a Barinas, y amenazando a Calabozo, en donde tenía Morales poco más de 2.000 hombres. Urdaneta debía hacer lo mismo con respecto a La Torre, que tenía 1.400 hombres en la división que se retiró a los valles de Cúcuta.

Por desgracia el ejército del Sur, en vez de conservarse y aumentar en disciplina e instrucción como los otros cuerpos de ejército, se disminuyó e hizo consumos improductivos en el Valle del Cauca.

A principios de agosto partió el Libertador por Salazar a Ocaña y de allí pasó a visitar a Mompós, Tenerife, Piñón, en donde estaba ya la columna que mandaba Lara; siguió a Soledad, Barranquilla y Turbaco. Su presencia fue eficaz para que se aumentase el ejército sitiador y el que debía ocupar a Santa Marta. La provincia de Cartagena prestó una cooperación tan distinguida que a ello se debió la rapidez con que se elevó la fuerza que formó en tan pocos meses el ejército del Magdalena. En marzo ocupó el Coronel Montilla a Ríohacha; la Legión Irlandesa no hizo más que poner embarazos, y un puñado de hombres bajo la dirección de Montilla y la cooperación del Almirante Brión hace renacer el espíritu del heroico pueblo de Mompós, que en 1813 ayudó a Bolívar en su célebre campaña del Magdalena a Ocaña. Bolívar recuerda esos días gloriosos: encuentra bravos soldados de aquella época. Mientras el ardor republicano se muestra por doquiera, en la ribera izquierda del Magdalena, desde Ocaña a la Ciénaga y Santa Marta, los re-

cuerdos de la guerra civil de 1810 a 1815 hacen popular la causa del gobierno despótico de Fernando VII, y esto entorpece el triunfo de la libertad.

Se hizo cargo el Libertador de las dificultades, instruyó a Montilla de sus planes y pensamientos y se puso en comunicación con el Gobernador de Cartagena, don Gabriel de Torres, sobre la interesante cuestión de hacer la paz con España. Las comunicaciones fueron iniciadas por una correspondencia atenta y moderada de ambas partes; pero Torres, sin promover conferencias, como lo había hecho Morillo, pasó una comunicación, con ultimátum, pidiendo al General Bolívar una pronta y terminante contestación a las siguientes proposiciones: 1ª, si se unía a la Nación Española; 2ª, si juraba la Constitución, y 3ª, si mandaba diputados a Cortes. El Libertador encontró a Torres nada dispuesto a discutir las cuestiones conforme a la circular del Gobierno español, de 11 de abril de aquel año. Hízole contestar de un modo fuerte a Torres, lo que causó una exaltación en los españoles, que meditaron dar un golpe de mano sobre Turbaco, para ver si lograban destruír al Libertador y matar así la naciente República de Colombia.

Ofendido el Libertador, le falta calma en aquella ocasión, que es tan necesaria a un hombre de Estado, y se expuso y expuso la suerte de Colombia.

El 30 de agosto, después de haber mandado esa impetuosa contestación, que ofendía al Gobierno y Nación españoles, partió para Barranquilla, en donde se preparaban fuerzas para abrir operaciones sobre Santa Marta. El 1º de septiembre, a la madrugada, partió de la plaza de Cartagena una columna de 500 hombres, 420 de infantería y 80 artilleros, escogidos en el regimiento de Lara y Brigada de caballería, que desembarcaron en Cospique, lugar de la bahía de Cartagena, y marcharon rápidamente a Turbaco. Un débil destacamento fue sorprendido y pasado a cuchillo; el Coronel Miguel Valbuena sigue rápidamente a Turbaco. Mil hombres de tropa estaban en aquella villa a órdenes del Coronel Ramón Ayala, y la sorpresa fue tan completa, que tropa, jefes y oficiales y los habitantes se pusieron en completa fuga a los bosques inmediatos. Valbuena manda no dar cuartel, y son vilmente asesinados hombres, mujeres y niños: más de 200 personas, y aparecieron después entre los fugitivos unos 50 heridos. La fuerza que estaba en Torrecilla, al oír el fuego en Turbaco, se puso sobre las armas, y un escuadrón de caballería, apoyado por una compañía de infantería fuerte de 100 hombres, mandada por el Capitán Florencio Jiménez,

marchó rápidamente a atacar al enemigo en el momento en que asesinaba infelices. Las mismas trincheras que tenían los patriotas en la plaza sirvieron a los españoles para defenderse; elevaron los cañones, incendiaron la población y regresaron a Cospique. La pérdida de Valbuena consistió únicamente en 8 muertos y 26 heridos. No fue posible perseguir al enemigo, que se retiraba, porque abandonada la población por todos, los jinetes se dedicaron a contener el incendio.

El General Montilla, instruído del suceso en Soledad, en donde tenía su cuartel general para iniciar operaciones sobre Santa Marta, se puso en marcha para Turbaco con el batallón Antioquia, que mandaba el Teniente Coronel Córdoba. Se reorganizó la línea del sitio y se regularizó el servicio para que no pudiese ocurrir otro caso semejante al que dejamos referido.

El Gobierno español no conocía la índole de los pueblos que combatían por la independencia: sin duda creyó que como los movimientos primeros de 1810 se limitaron a establecer juntas que gobernasen en nombre de Fernando VII y que se igualase en derechos a los americanos con los europeos, podrían admitir la paz con esas conversaciones, sin la independencia, y de allí las bases de las proposiciones.

Ya hemos referido la respuesta definitiva que dio el Presidente de una comisión del Congreso de Angostura a los señores Tomás de Cires y Domingo Duarte.

En San Cristóbal se reunieron los comisionados colombianos, General Urdaneta y Coronel Briceño Méndez, con los españoles González de Linares y Coronel Herrera, que reemplazó al señor Toro.

Las proposiciones de los agentes del General Morillo, encargado de dirigir la negociación, fueron presentadas el 20 de agosto: "1ª Que se adopte y jure la Constitución española y que se nombren y envíen inmediatamente diputados a las Cortes, en conformidad de lo que dispone la misma Constitución; 2ª Que en caso de adoptarse y jurarse la Constitución por los pueblos disidentes, la Majestad conserva a los actuales Jefes el mando de las provincias que ocupan, por tiempo ilimitado, con subordinación al General en Jefe del ejército pacificador, o bien al Gobierno de la metrópoli inmediatamente".

Los agentes del Libertador, después de haber tenido francas discusiones con los del General Morillo, dieron la contestación definitiva en estos términos: "Que no estaban autorizados para sellar los males de Colombia, sometiéndola a la España, sino para promover sus intereses y derechos, constituyéndola libre,

independiente y soberana. Si, pues, la misión de los comisionados españoles se dirigía a estos objetos, procederían a oír sus proposiciones; pero que, de lo contrario, protestaban firme e irrevocablemente que no responderían siquiera a ninguna proposición". Agregaron una declaración: que estimaban los ofrecimientos de ejercicio de autoridad como un ultraje a hombres que servían a su patria para ser los libertadores del país en que nacieron, y no por ambición de mando.

Los comisionados españoles terminaron sus conferencias manifestando que no tenían ellos ni el General Morillo facultad para establecer negociaciones sobre la base de independencia, y se entretuvieron ya de un modo confidencial sobre la ventaja de nombrar comisionados para que se discutiese por agentes colombianos en la Corte de Madrid la paz y acaso el reconocimiento de la independencia, con un tratado que diese ventajas al comercio español.

CAPITULO XXI

SUMARIO

El Libertador a su regreso de Cartagena propone un armisticio al General Morillo para tratar de la paz.—Fuerza del ejército del norte a órdenes de Urdaneta, y movimiento que emprende sobre los españoles.—Ocupación de Mérida por el Libertador.—Retirada de Tello y su persecución. Libertad de Mérida y Trujillo.—El General San Martín ocupa, el 12 de septiembre de 1820, el puerto de Pisco en el Perú.—La corbeta **Rosa** aparece sobre las costas de Colombia.—Revolución de Guayaquil en favor de la independencia.—Marcha del Teniente Coronel Muñoz a Chile en solicitud de armas y buques.—El Virrey del Perú invita a San Martín a suspender las hostilidades y entrar en arreglos de paz que no pudieron acordarse.—Se rompen las hostilidades.—Marcha el General Arenales a Ica, y San Martín hacia el norte.—El Almirante Cochrane bloquea el Callao y toma la fragata **Esmeralda**.—San Martín manda dos agentes a Guayaquil.—Patriotismo de algunos peruanos.—El batallón Numancia y la historia de su marcha al ejército republicano.—El General Arenales ocupó el 5 de diciembre el cerro de Pasco, derrotando al General O'Reillys.—El Gobierno de Guayaquil hace emprender operaciones sobre Quito.—Derrota de la división republicana en Guachi. El Libertador se pone en relaciones con San Martín.—El Coronel Montilla se traslada a Soledad.—Llegada de las fragatas **Diana** y **Atrevida** a Cartagena y Santa Marta con auxilios de Venezuela para los españoles.—El Coronel Carreño marcha contra Sánchez Lima y lo bate en La Fundación.—Batalla de Pueblo Viejo y libertad de Santa Marta. Operaciones al oriente de Venezuela y libertad de la provincia de Barcelona.—Se unen muchos oficiales y tropa españoles a los republicanos. Se presenta Reyes Vargas al Libertador en Trujillo, con la fuerza que regía.—Morillo recibe en San Carlos la invitación del Libertador para entrar en conferencias y le escribió nuevamente de Trujillo sobre el mismo asunto.—Movimientos del General Morillo.—Marcha de Sucre y Plaza al cuartel general de Morillo, y su regreso.—Comunicaciones preliminares para un armisticio.—Reunión de los comisionados de ambos ejércitos en Trujillo.—Celebración del armisticio, convenio de regularización de la guerra.—Entrevista del Libertador con el General Morillo.—El Libertador regresó a Barinas.—Ordenes comunicadas a Valdés para obrar sobre Pasto antes de la celebración del armisticio.—Llegada de la corbeta **Alejandro** y otros buques con el Teniente Coronel Muñoz, trayendo elementos de guerra.—Combate de la fragata **Prueba** con la corbeta **Rosa de los Andes**.—Pérdida de ésta por la cobardía de la tripulación, que la hizo encallar en un caño y quedó Illingworth con su gente en la costa de Buenaventura sirviendo a Colombia.—Marcha del General Valdés hacia Pasto.—Organización y acantonamiento del ejército a virtud del armisticio.—Marcha del Libertador a Bogotá con dirección a Popayán, para donde seguían el Coronel Morales, de parte del Libertador, y el Teniente Coronel Moles, de la de Morillo, a notificar el armisticio.—El Coronel Justo Briceño y el Capitán español Manuel Landa siguieron al Magdalena con el mismo

objeto.—Objeto de la marcha del Libertador al Sur y motivos por que la suspendió e hizo seguir al General Sucre.—Nombró el Libertador los comisionados que debían partir para España, según los deseos que manifestaron los comisionados del Gobierno español.—Sucre en Popayán con los jefes que debían notificar el armisticio en el Sur.—Acción de guerra en Genoy, que pierde Valdés.—Popayán, amenazada, se salva.—El Coronel García imprueba la conducta de Muñoz y toma servicio en Colombia.—El General Sucre marchó a Guayaquil con alguna fuerza auxiliar.—Excita el Libertador a los diputados al Congreso Constituyente para que sigan al Rosario, lugar designado para capital provisional de Colombia.—Maracaibo, independiente.—El Libertador anuncia al General La Torre que las hostilidades continuarán, cumplido el término del armisticio.—Antes de los cuarenta días de término para comenzar las hostilidades lo hicieron los españoles en Cartagena, y fueron batidos.—El Presidente de Quito pretende que se varíe la línea divisoria del territorio señalado a los beligerantes, y se niega el General Torres.—El Coronel García abre operaciones sobre Popayán y se retira sin batirse.—El Libertador se trasladó a Barinas y dio principio a las operaciones militares contra el ejército español.—El General Bermúdez marchó sobre Caracas, y después de un combate poco importante ocupó la ciudad y llamó al Vicepresidente de Venezuela para que arreglase el Departamento.—Combate con Morales, y es derrotado, teniendo que abandonar a Caracas.—El Brigadier Pereira marcha contra Bermúdez, y lo derrota el 23 de mayo de 1821.—El Libertador ocupó a San Carlos y se reunió al ejército de Apure.—El General La Torre divide sus fuerzas, en vez de centralizarlas.—Fuerzas de los dos ejércitos en 1821 y su posición.—Falta de unidad de plan en el ejército español.—Muerte de los Vicepresidentes Roscio y Azuola: nombramiento del General Nariño.—Reunión del Congreso Constituyente.—El General La Torre obra contra los principios del arte de la guerra y se prepara para recibir una batalla en Carabobo.—El Libertador se aprovechó de la mala dirección que daba La Torre y ocupó el 24 de junio el desfiladero de Buenavista, ataca en seguida a La Torre y lo vence completamente. Descripción de la batalla.—Heroicidad y muerte de los Generales Cedeño y Plaza.—Distinguido comportamiento del Coronel García y el batallón Valencey.—La retirada a Puerto Cabello.—El Coronel Pereira, vencedor de Bermúdez, recibe la noticia de la pérdida del ejército real en Carabobo y se retira para La Guaira.—El Libertador intima rendición: sus respuestas, capitulación.—Conducta del Almirante francés en La Guaira.—El Libertador llama al Vicepresidente Soublette a Caracas: le nombra Director de la guerra y divide el Departamento de Venezuela en tres distritos militares.—Ordena el Libertador la suspensión de las operaciones en el Sur.—Terminados los arreglos en Venezuela, el Libertador marcha al occidente y prepara el plan de operaciones para la libertad del Departamento de Quito y auxiliar al Perú.

El Libertador, como dejamos dicho en el capítulo anterior, marchó el 30 de agosto de 1820 para Cúcuta, dejando instrucciones a Montilla para estrechar el sitio y atacar a Santa Marta, operación muy importante para tranquilizar aquella provincia y abrir operaciones sobre Maracaibo, atravesando La Goajira, país habitado por indios salvajes. Hizo el viaje en veintiún días hasta San Cristóbal, que en aquella época, sin buques de vapor en el Magdalena, era una marcha rápida. Recibió la noticia del desgraciado acontecimiento que tuvo lugar en Turbaco, en el tránsito; consideró que era necesario suspender las hostilidades

por medio de un armisticio, y dirigió el 21 de septiembre de 1820 una comunicación al General Morillo proponiéndole la celebración de un armisticio, entrando en conferencias, para allanar las dificultades, advirtiéndole que no por eso se suspendían las operaciones, y que él seguiría a San Fernando de Apure para estar más inmediato a su cuartel general. El ejército del Norte, mandado por el General Urdaneta, se había elevado a 5.000 hombres. No podía moverse todo al mismo tiempo por escasez de víveres y transportes en el tránsito del Táchira a Mérida, y dispuso el Libertador que la primera brigada de infantería de la guardia, que constaba de más de 2.000 hombres a órdenes del Coronel Plaza, se moviese sobre la división española que ocupaba a Mérida a órdenes del Coronel Tello, y por escalones marchó el resto de los cuerpos. El enemigo se retiró a Mérida y esta ciudad fue ocupada por Plaza; el 2 de octubre entró a ella el Libertador, poco después de la ocupación, y ordenó la persecución de los españoles; un cuerpo de caballería a cuya cabeza iban los Coroneles Gómez e Infante, alcanzaron la retaguardia en el páramo de Mucuchíes y tomaron el parque, bagajes, equipajes y víveres y alguna fuerza que cubría la retaguardia. El Coronel Tello continuó su retirada; el Libertador, con toda la fuerza reunida del ejército del Norte, continuó sus movimientos, y el 17 de octubre ocupó a Trujillo, quedando libres las dos provincias de Mérida y Trujillo.

Al mismo tiempo que se ejecutaban en Colombia estas operaciones, el General San Martín, con la escuadra mandada por Lord Cochrane, ocupaba el puerto de Pisco, del Perú, el 12 de septiembre de 1820. Esta noticia y la aparición de la corbeta **Rosa de los Andes** en las costas del territorio de las provincias de Guayaquil, Quito y Popayán, que cruzaba desde 2° latitud sur hasta 4° latitud norte, y que había ocupado el 6 de septiembre la población de Guapi y en seguida el puerto de Buenaventura, produjeron la revolución de Guayaquil del 9 de octubre, en que depusieron al Gobernador, don Pascual Vivero, y se encargó del mando el Capitán Escobedo, uno de los revolucionarios, apoyado en dos compañías de Numancia que mandaban los Capitanes Luis Urdaneta y León de Febres Cordero, a órdenes del Capitán Mayor don Miguel Letamendi. Los expresados oficiales y don José Villamil, don José Indaburo, don Manuel A. Luzarraga, don Leocadio Llona, José Peña y un Noguera, hombres influyentes en la gente de color, a que pertenecían, fueron los promovedores de esta revolución y dieron parte al Libertador, mandando las comunicaciones en un buque

de mucho andar a Buenaventura, y remitiendo presos algunos españoles. El Coronel Illingworth proporcionó un buque de vela para que siguiese a Chile el Comandante Muñoz, en solicitud de armas y municiones, llevando comunicaciones del Vicepresidente de Cundinamarca, General Santander.

En Cali se encontraba el General Valdés, que se había retirado de Popayán desde agosto, cuando recibió las noticias del desembarque del ejército aliado de Buenos Aires y Chile a órdenes del General San Martín, y mandó un extraordinario a Bogotá con pliegos para el Libertador y para el General Santander.

El General San Martín ocupó luégo a Pisco y los pueblos de Alto y Bajo Chinchá, entre los días 13 y 22; el 26 se reunieron en Miraflores, cerca de Lima, comisionados del General San Martín y del Virrey del Perú, suspendiendo las hostilidades por ocho días para acordar las bases de una reconciliación y hacer la paz. No accedieron los comisionados del Virrey a las proposiciones de los de San Martín, y fueron rotas de nuevo las hostilidades. El 5 de octubre marchó el General Arenales a Ica, ciudad que ocupó el 6, de donde siguió al interior. El General San Martín se reembarcó y fue a ocupar el puerto de Ancón, al norte del Callao, bloqueando el puerto e impidiendo que saliesen los buques de guerra españoles. El 5 de noviembre en la noche dio el mismo Almirante Lord Cochrane un asalto a la fragata **Esmeralda,** anclada bajo los fuegos del castillo del Callao; la tomó y la sacó fuéra del alcance de la artillería de las baterías de dicho castillo. Acción heroica y muy distinguida. San Martín trasladó entonces su ejército más al norte y fue a desembarcarlo en el puerto de Huacho, que está a 28 leguas al norte de Lima, el 9 de noviembre. El 14 siguieron para Guayaquil los Coroneles Guido y Luzarraga a cumplimentar al nuevo Gobierno de Guayaquil y establecer relaciones con él y el ejército libertador.

El patriotismo de hombres distinguidos del Perú se mostraba de un modo significativo en favor de la causa de la independencia. Los señores López Aldana (don Fernando), Mariátegui (don Francisco Javier), Pérez y otros daban informes a San Martín y se entendieron con los oficiales colombianos destinados como soldados al batallón Numancia, Cuervo, Montero, Bustamante, Sornoza, Geraldino y otros, y con el Capitán Lucena y los Tenientes Guaz e Izquierdo para que el batallón que, como hemos dicho atrás, se componía de caucanos y algunos

venezolanos prisioneros del ejército republicano, se pasara al General San Martín. El Capitán don Tomás Heres descubrió el complot e iba a dar cuenta al Virrey cuando se vio con el doctor Pérez, de quien era amigo; le refirió lo que iba a hacer. Este distinguido peruano le improbó el hecho y le manifestó que él era el que debía tomar la dirección e irse al ejército republicano; además, le dijo que sus íntimos amigos López Aldana y Mariátegui eran los que dirigían a los oficiales nombrados. Heres, después de entenderse con López Aldana, se comprometió y resolvió llevar al ejército de San Martín al batallón primero de Numancia, lo que se verificó el 3 de diciembre de 1820. Este batallón cubría la retaguardia de la división que había salido a reconocer al enemigo y se retiraba de Palta para Lima. Hizo alto el batallón y contramarchó hacia Chancay a unirse al General San Martín, que estaba ya impuesto por López Aldana y Mariátegui de lo que iba a suceder. Tenía el cuerpo entonces 650 plazas. Una compañía estaba en Piura y dos en Guayaquil, de las ocho de que constaba el cuerpo, con 130 hombres de tropa cada compañía y 5 oficiales. La disciplina de este batallón era igual al primer regimiento europeo de Francia o España. Solamente el Coronel don Ruperto Delgado y dos oficiales españoles no quisieron entrar en la revolución, y fueron conducidos en calidad de prisioneros. Los Capitanes Heres y Herrera, que no fueron los promovedores de este hecho, tuvieron la habilidad de ser los que, alegando la antigüedad de su empleo, tomaron el mando y presentaron el cuerpo a San Martín. Este acontecimiento fue de gran trascendencia política y desconcertó completamente a los españoles en el Perú. El 6 había ocupado el General Arenales el cerro de Pasco, después de un combate en que fue prisionero el General O'Reilly; el Teniente Coronel Santa Cruz, natural de Bolivia, de la ciudad de La Paz, se entregó prisionero al Sargento Mayor Lavalle y tomó servicio en las tropas republicanas. Laserna, Canterac, Valdés y Loriga tenían a sus órdenes 8.000 hombres, y no sabemos por qué se aturdieron tánto para no obrar contra un ejército de 4.000 hombres. La ocupación de Pasco y prisión de O'Reilly, la pasada del Numancia, la toma de la **Esmeralda,** la revolución de Guayaquil y el restablecimiento del régimen constitucional en España fueron sin duda las causas que influyeron sobre el ánimo de La Serna y sus tenientes.

El nuevo Gobierno de Guayaquil, sabiendo que Aymerich había seguido a Pasto a resistir a los vencedores de Pitayó, resolvió libertar a Quito y Cuenca y mandó una expedición de

300 hombres a órdenes de los Capitanes Luis Urdaneta y León Cordero, elevados a Tenientes Coroneles. Luégo que Aymerich supo los sucesos de Guayaquil, se puso en marcha para Quito con 300 hombres escogidos de infantería y caballería, a órdenes del Teniente Coronel don Francisco González. Urdaneta y Cordero obtuvieron algunas ventajas, y en Guachi, cerca de la ciudad de Ambato, se encontraron con González. En un combate no muy reñido fueron derrotados completamente y se salvaron, pudiendo regresar a Guayaquil; y no encontrando en el mando a Escobedo, se fueron al Perú. Este acontecimiento no hizo desmayar a los habitantes de Guayaquil; su Gobierno tomó medidas para resistir y recibió auxilios del Cauca, de armas y algunos oficiales con una compañía del regimiento de guías, a órdenes del General José Mires, que se trasladaba para tomar el mando de las fuerzas que obraban contra los españoles; le acompañaba como ayudante de campo el Teniente Trinidad Morán, que andando los tiempos ilustró su nombre en las campañas del Ecuador y el Perú, mandando un batallón en Ayacucho.

El Libertador se puso en relaciones con el General San Martín y le ofreció una activa cooperación para libertar al Perú, quedando el batallón Numancia como fuerza auxiliar colombiana.

El Coronel Montilla en el Magdalena, después de la sorpresa que dieron los españoles al General Ayala en Turbaco, reorganizó la línea de sitio sobre Cartagena y regresó a Soledad para activar las operaciones sobre Santa Marta, paralizadas por la llegada de la fragata **Ceres** a Cartagena, el 3 de septiembre con auxilios de La Habana, y luégo que esta fragata partió para Cuba a traer más víveres para la plaza, se presentaron las fragatas **Diana** y **Atrevida**, conduciendo un bergantín mercante cargado de víveres para la fuerza sitiada, y la escuadrilla colombiana se refugió en Sabanilla, porque no se creía capaz de combatir con las mencionadas fragatas. A bordo de dichos buques vino una fuerza de 200 hombres de auxilio a Santa Marta y con ellos reforzó el Mariscal de Campo don Pedro Ruiz de Porras la columna que mandaba Sánchez Lima, para que atacase la fuerza que mantenía Lara en El Piñón. El Coronel Carreño tomó el mando por enfermedad de Lara y marchó a encontrar al enemigo que venía sobre él por Pivijay. Este se retiró al saber el movimiento de Carreño y fue alcanzado en Fundación, donde lo derrotó, y se escapó por La Goajira hacia Maracaibo, acompañado del Teniente Coronel Valcárcel.

Libre ya Carreño de esta atención, convino con el Coronel Padilla el ataque del campo atrincherado de Pueblo Viejo, Carreño por tierra y Padilla por el lago de la Ciénaga. Tanto en las baterías como en la misma villa de la Ciénaga el combate fue reñido, pero vencieron los republicanos. Esta batalla costó a los realistas más de 600 hombres muertos y la pérdida de todo el armamento y municiones que tenían. El Mariscal de Campo, Porras, propuso un armisticio para capitular. Le fue concedido; pero faltando a su promesa, se pudo escapar de la vigilancia de la flotilla que bloqueaba el pueblo de Santa Marta, el 11 de noviembre, y con tres vecinos más de Santa Marta fue a dar a Chagres. Así terminó la campaña sobre Santa Marta, tan recomendada por el Libertador para llamar la atención de Morillo por Maracaibo.

Hemos dado ya una rápida ojeada a los acontecimientos del sur de Colombia, del Perú y de la campaña del Magdalena, y tenemos que referir los acontecimientos que en la misma época ocurrieron en Venezuela.

La revolución de Cádiz y los convenios iniciados por los españoles con los jefes independientes y el Gobierno de Colombia desengañaron a muchos ilusos americanos, que comenzaron a tomar partido en las filas republicanas. El Comandante Silva, que obraba sobre Barinas, el Comandante Fernando Torralva y el Capitán Ampudia se presentaron a servir a la República. Obtuvo Saint Just pequeñas ventajas en la provincia de Barcelona, pero él y Arana tuvieron que abandonar las posiciones que ocupaban para replegarse sobre el centro en busca del ejército de Morillo. El General Monagas atrajo al padre Arbelais Lenaz, defensor del Rey, y éste atrajo al Teniente Coronel Hilario Torralva, con 300 hombres que regía, y se unieron al General Monagas. Los pueblos de San Pablo, San Lorenzo, San Francisco, San Miguel, Clarines y Piritu, que eran adictos a los españoles, tornaron a ser republicanos y juraron la independencia. Otro tanto hicieron jefes y oficiales naturales de la provincia de Barcelona, y en agosto y septiembre quedó libre toda la provincia. Fueron derrotados Saint Just y el guerrillero Guzmán, muerto éste y aquél reducido al morro de Barcelona, el 22 de octubre.

En Cumaná no fueron más felices los españoles. La guarnición de Carúpano se sublevó contra el Gobierno español, los oficiales y algunos sargentos que no tomaron parte en la revolución, se apoderaron de la fortaleza, en donde se refugiaron muchos españoles para resistir a los sublevados; pero éstos se

embarcaron en la fragata dinamarquesa Circe y se trasladaron a Margarita.

El General Bermúdez obtuvo iguales ventajas, y se le pasaban diariamente soldados y oficiales de los españoles. Avanzó sobre los llanos de Caracas hasta los límites orientales de la provincia.

El Libertador permaneció en Trujillo esperando la reunión de sus cuerpos, y el 20 de octubre se le sometió voluntariamente el Coronel Reyes Vargas, que mandaba en Carora, con la fuerza que regía; fue de gran importancia su ayuda al ejército republicano, auxiliándolo con víveres, ganados y bagajes. Este Jefe había sido acérrimo defensor de los españoles, pero persuadiéndose de la justicia de la causa americana se unió a las banderas republicanas.

Recibió el General Morillo en San Carlos la comunicación que le dirigiera desde San Cristóbal, el 21 de septiembre, el Libertador, proponiéndole abrir de nuevo las negociaciones. El General Morillo remitió aquella carta oficial a la Junta de Pacificación, diciéndole que debían nombrar de comisionados al Brigadier Correa, a don Juan Rodríguez del Toro y a don Francisco González de Lineros. Se pusieron en marcha hacia el cuartel general del Libertador, que suponían en San Fernando de Apure; pero no había llegado aún el General Bolívar, porque tuvo que ponerse al frente del ejército por enfermedad del General Urdaneta. Como no había recibido el General Bolívar respuesta del General Morillo, escribióle nuevamente manifestándole los motivos que le habían impedido seguir a San Fernando. El Libertador dijo a Morillo: "V. E. debe conocer que para obtener la tranquilidad y entendernos, necesitamos suspender las armas sin experimentar los grandes perjuicios que se han seguido a la causa de la Nación desde que envié a V. E. mis primeros comisionados; perjuicios de mucha trascendencia que pesan sobre mi responsabilidad. Entre tanto que lleguen los comisionados que vienen de Calabozo continuaremos nuestras operaciones".

El General Morillo se había movido con 2.000 infantes y 200 jinetes de Barquisimeto sobre Carache, adonde llegaban los puntos avanzados del ejército republicano. El General Sucre y el Coronel Plaza fueron comisionados para ir a tratar sobre el armisticio con los del General Morillo, y llegaron hasta Humúcaro Bajo, en donde tenía su cuartel general el expresado Jefe; pero no habiendo aún llegado de Calabozo los comisionados Correa, Toro y Gouzález de Lineros, regresaron a Trujillo

los del Libertador. Las hostilidades continuaron, y al acercarse el ejército español a Carache, la vanguardia del republicano se replegó a Trujillo. El Coronel Juan Gómez y Mellao cubrían la retirada con un escuadrón: mandóle cargar Morillo, y viendo la bizarría con que se batían en retirada, él mismo se puso al frente de los húsares de Fernando VII y los cargó: muerto el caballo de un soldado patriota, le intimaron la rendición; se niega, y defendiéndose, mató a dos húsares. El General Morillo mandó que no lo mataran y lo mandó a curarse al hospital de su ejército.

El Libertador propuso desde el 3 de noviembre no solamente el ocuparse del armisticio sino un tratado de regularización de la guerra. Las comunicaciones entre los dos Generales en Jefe fueron frecuentes y de un carácter franco. El Libertador exigió que Morillo hiciese alto en los puntos que ocupaba. Desde Trujillo, con fecha 26 de octubre, le manifestó el Libertador que debía suspender sus operaciones. Este procedimiento de reconocer como beligerante al ejército republicano y como magistrado al Libertador merece que a estas Memorias se acompañen las piezas más importantes, para que se vean, al leerlas, los precisos términos en que se entendían el Libertador y Morillo [1]. Llegaron a Carache los comisionados españoles y siguieron a Trujillo. Allí se entendieron con los que nombró el Libertador, a saber: General Sucre, Coronel Briceño Méndez y Teniente Coronel Pérez. Los documentos que hemos citado dicen más que lo que pudiéramos referir nosotros, y en ellos se verá cuán importantes fueron para Colombia el armisticio y la regularización de la guerra. El 25 y 26 de noviembre se firmaron el armisticio y el tratado de regularización de la guerra, propuestos por Bolívar para dar fin a esa inmoral guerra a muerte, que no tuvo más resultado que desolar el país y encender odios y venganzas entre españoles y colombianos y entre realistas y patriotas. Ya hemos hablado sobre el particular en otro capítulo de estas Memorias.

Concluído el armisticio, tuvo lugar en Santana una entrevista entre el Libertador y el General Morillo, a indicación de éste. El 27 de noviembre llegó primeramente Morillo a la parroquia de Santana y mandó cuatro jefes al encuentro de Bolívar, y él mismo salió, al acercarse el Libertador, a su encuen-

---

[1] Documentos números 52 a 58, tomados de las Memorias de Morillo, páginas 319 a 375, y Documentos de la vida pública, tomo 2º, páginas 183 a 204.

tro. Al verse, echaron pie a tierra y se saludaron marcial y cordialmente y siguieron de brazo a la casa en que Morillo había mandado preparar una comida militar y delicada.

Preguntó Morillo al Libertador en dónde estaba su guardia de honor, y le respondió:

—Yo confío en la hidalguía española y no me acompañan sino mis ayudantes de campo y algunos jefes que han querido conocer a usted.

Entonces exclamó Morillo:

—¡General, me ha confundido usted! Tiene usted razón: un caballero español no falta a su palabra, y el modo como se ha conducido usted prueba bien que corre en sus venas sangre castellana. ¡Gracias, General!

Llamó un ayudante y mandó que se retirase la guardia de honor. Esta fue la introducción a la más cordial conferencia y al contento que reinó entre el Libertador y Morillo, y entre todos los generales y jefes de ambos ejércitos y los negociadores del armisticio y tratado de regularización de la guerra.

Reinó no solamente armonía en esta entrevista sino cordialidad y franqueza. No parecía una reunión de Jefes de diverso bando: el trato era de camaradas, y así fue que al sentarse a la mesa se notaba contento y satisfacción. Los brindis, propios del día, contribuyeron a hacer más grata esta entrevista; vamos a repetir en este lugar los más notables.

El Libertador: "A la heroica firmeza de los combatientes de uno y otro ejército; a su constancia, sufrimiento y valor sin ejemplo; a los hombres dignos que a través de males horrorosos sostienen y defienden la libertad; a los que han muerto gloriosamente defendiendo su patriotismo o su gobierno. ¡Odio eterno a los que deseen sangre y la derramen injustamente!"

El General Morillo: "¡A la unión y concordia entre los españoles de Europa y América. Que el armisticio y tratado que hemos acordado sea el preludio de una paz eterna, y que no vuelva a oírse el estampido del cañón!

"¡Castigue el Cielo a los que no estén animados de los mismos sentimientos de paz y amistad que nosotros!"

El señor don Juan Rodríguez Toro: "La muerte me es indiferente después de un día tan glorioso".

El Coronel Briceño Méndez: "Que la última página de la historia militar de Colombia termine en el 27 de noviembre".

El Brigadier Correa: "Prefiero este día a todas las victorias de la tierra."

El General Sucre: "Boyacá produjo una reacción en la opinión de los españoles de allende los mares. Riego y Quiroga invocan la libertad y de allí nace un armisticio; que nos tratemos como hombres y fijemos la base de una amistad sincera. La firma que he puesto como comisionado de Colombia en los convenios me llena de honra y de placer".

El General La Torre: "Brindo por la prosperidad de todos los militares de ambos ejércitos. Si la mala suerte nos llevara otra vez al combate, será solamente cumpliendo cada cual su deber, sin pasiones ni venganzas. Yo espero que siendo todos amigos de la libertad no habrá más contienda".

Hubo muchos otros brindis, todos en iguales términos, sobre la paz.

El General La Torre, tuvo, al concluírse la mesa, una conversación muy animada con el Libertador, y al terminar le dijo, transportado:

—¡Descenderemos juntos a los infiernos en persecución de los tiranos!

El General Morillo propuso que se erigiese una columna en el sitio en que se habían abrazado el Libertador y él, en conmemoración de los convenios celebrados, para darles un carácter más augusto; y que ingenieros de ambos Gobiernos dirigiesen la obra. Adoptó el General Bolívar el pensamiento, y en el momento llevaron al lugar mencionado la primera piedra, que se debía colocar en el cimiento de la columna. Colocada la piedra, se abrazaron de nuevo Bolívar y Morillo y todos los oficiales colombianos y españoles.

En la noche, los Generales Bolívar y Morillo tuvieron una conversación muy franca sobre las operaciones militares, en que se dieron mutuamente cuenta de los motivos y principios que los guiaron a ordenar ciertas operaciones. Debemos narrar algunos pasajes que nos comunicó el mismo Libertador, de los cuales tomamos nota para referir su contenido en estas Memorias.

El General Morillo dijo al Libertador:

—¿Qué motivo tuvo usted para mandar fusilar a Barreiro y 37 oficiales españoles, después de que fueron conservados como prisioneros de guerra? Yo he considerado este acto como cruel.

El General Bolívar le contestó:

—No solamente no lo he ordenado sino que improbé la conducta de Santander y le he obligado a que dé un manifiesto

que explique su conducta. Quise situarlos en Sogamoso; pero Santander me ofreció conservarlos. He explicado a usted lo que desea saber, y a mi vez diré a usted que las ejecuciones que se han hecho últimamente en Portobelo daban derecho a retaliación. Por fortuna hemos puesto ya punto a esa guerra cruel que hemos hecho con mengua del crédito nacional de los dos pueblos que adoptan tales medidas. En Trujillo tuve que firmar el decreto de guerra a muerte en 1813, y en Trujillo hemos borrado en 1820, a los siete años, esa ley de retaliaciones. General, las generaciones que vengan nos harán justicia.

En seguida le manifestó el General Bolívar a Morillo que la guerra se había encarnizado por esas ejecuciones impolíticas, como las que se hicieron en Cartagena, Bogotá y otros lugares, después de haberse terminado la guerra en toda la Nueva Granada, y le expresó que las ejecuciones del inmaculado Camilo Torres, del sabio Caldas, del humano General Cabal, de José Gregorio Gutiérrez, de Miguel Pombo y de tántos ciudadanos ilustres, no se podían justificar. Morillo le contestó que él no había creído en el saber de Caldas y que todos esos señores eran unos demagogos de la escuela francesa que si vivieran no le dejarían formar un gobierno. El Libertador contradijo el pensamiento de Morillo y le hizo una reseña del mérito de Torres y de Caldas.

Le enseñó Morillo al Libertador una miniatura que tenía de un retrato suyo:

—Ya usted ve que conservo su retrato.

—Bien, General —le respondió Bolívar—, ¿y no se lo habrán dado a usted para comprobar la identidad de la persona?

Se rieron ambos y continuaron la conversación muy variada.

Preguntóle el Libertador por qué no le habían dado el título de Conde de Cartagena hasta 1818, juntamente con el de Marqués de la Puerta, y le manifestó Morillo que tenía un enemigo en la Corte, el señor Mosquera, del Consejo y Cámara de Indias, que le hacía la guerra por haber mandado que fuera ejecutado el señor García Toledo en Cartagena, que era cuñado de Mosquera; y si hubiera hecho lo mismo con el hermano de éste, que es uno de los más influyentes disidentes del sur del Virreinato, me habría hecho más males, porque tiene gran concepto en el Consejo y en el ánimo del Rey.

—Desde entonces —nos decía el Libertador— quise conocer a su padre de usted, porque fue para mí una recomendación el concepto que tenía Morillo de él, para privar al país de aque-

llos hombres que serían una columna de la causa popular; y como usted sabe, le hago a su padre completa justicia.

Así concluyó la entrevista de Santana. El Libertador se despidió de Morillo para no volverse a ver jamás en el mismo lugar en que plantaron la primera piedra de la columna mandada levantar, y que no se llevó a efecto.

El Libertador mandó a su edecán, Capitán Ibáñez, al oriente de Venezuela a comunicar el armisticio, acompañado de un oficial español, que llevaba la orden para los jefes de ese ejército. Regresó el Libertador a Sabanalarga, donde estaba el ejército, para hacerlo retornar a Trujillo, y de allí siguió a Barinas.

Desde que el Libertador marchó a Trujillo dio órdenes al General Valdés para que se moviese sobre Pasto, a fin de que Aymerich no pudiese concentrar sus fuerzas contra Guayaquil, pues acababa de recibir la noticia del desembarco de San Martín en las costas del norte del Perú, y de la revolución de Guayaquil. El General Santander le prevenía igualmente que importaba mucho que el armisticio le fuese notificado, si posible fuera, en Pasto.

Cuando se recibieron estas órdenes habían llegado a Buenaventura la corbeta **Alejandro** y el bergantín **Ana Bolívar,** contratados por el Teniente Coronel Muñoz en Chile para servir a Colombia. Trajeron estos buques 2.560 fusiles, vestuarios, municiones y otros elementos de guerra, y se celebró en Cali un contrato con el señor Benjamín Halton, su dueño, para auxiliar a Guayaquil y aumentar el ejército del Sur. Muñoz dejó 700 fusiles de 1.700 que contrató en Chile, y condujo 1.000 a Buenaventura, porque lo que faltaba eran armas. El Coronel Illingworth fue quien proporcionó un buque para que fuese Muñoz a Chile, y cuando regresó con los buques de que hablamos, trajo comunicaciones del General O'Higgins y del Almirante Cochrane para el Libertador, con fechas de 24 de julio y 7 de agosto. Después de la marcha de Muñoz apareció la fragata **Prueba,** de 52 cañones, en solicitud de la corbeta **Rosa;** el 16 de mayo se trabó un combate entre los dos buques. La **Rosa** era muy inferior, pero trató de tomar al abordaje a la **Prueba,** y la herida del Coronel Illingworth lo impidió no obstante los esfuerzos que hizo su segundo, Desereines. La **Rosa** se repuso del combate y tomó puerto en las bocas del río Tupaje, para entrar a Iscuandé a reparar sus averías y volver a salir en busca de la **Prueba.** Su tripulación, que estaba aterrada del combate, varó intencionalmente la corbeta en el caño que une el Tupaje con el Iscuandé, y se perdió este buque. El Coronel Illingworth quedó con su gente

prestando servicios en aquella costa y proporcionando medios para comunicarse con Guayaquil.

La división Valdés marchó del Valle del Cauca en ejecución de las órdenes del Libertador, en diciembre de 1820, y se excusaba de seguir por falta de dinero: teníamos entonces el Gobierno civil y militar de la ciudad de Popayán y su cantón, y le dimos 10.000 fuertes para que marchase, tomándolos de personas de nuestra familia, para que se cumplieran las órdenes del Libertador. Emprendió la marcha el 2 de enero de 1821 con los batallones Cauca, Cundinamarca, Albión y Neiva, y los escuadrones Guías y Lanceros de Oriente, fuerza de infantería de 856 hombres y 125 de caballería, quedando en Popayán 340 hombres en el hospital. Fuerza total del ejército del Sur, 1.311, a que quedó reducido por las varias contiendas durante la permanencia en los acantonamientos del Valle del Cauca, de 2.400 hombres que se retiraron de Popayán en agosto.

Después se remitieron al General Valdés nuevas órdenes del Libertador, conducidas por un destacamento de 40 hombres, y el 16 de enero hicimos marchar 100 veteranos de los dados de alta en el hospital, para reforzar la infantería.

El Libertador se trasladó a Barinas a organizar acantonamientos del ejército republicano. La división de los cuerpos de la guardia constaba de 5.000 hombres a órdenes del General Urdaneta, que se retiraron de Trujillo a Barinas teniendo por límite el río Bocona hasta su confluencia con el Apure. La división que regía Páez, de 4.000 hombres, la mayor parte de caballería, dispuso el Libertador que continuase a la derecha del río Apure hasta el Orinoco; que Monagas y Zaraza ocupasen los llanos al oriente de la provincia de Caracas, y Bermúdez, con los 3.000 hombres que tenía a sus órdenes, se situase a la izquierda del río Manapire. Hechos estos arreglos, marchó el General Bolívar para Bogotá, por San Cristóbal, en dirección a Popayán, para donde seguían los comisionados Coronel Morales, por el Libertador, y Teniente Coronel Moles, por el General Morillo. A la costa fueron comisionados el Coronel Justo Briceño y el Capitán Manuel Landa.

La marcha proyectada del Libertador hacia el sur tenía por objeto que la línea divisoria entre los ejércitos español y colombiano nos dejase franca la comunicación con Guayaquil y el Perú; le acompañaba el General Sucre para que reorganizara el ejército del Sur, mientras llegaba el General Pedro León Torres, llamado al efecto, y que siguiese a Guayaquil a negociar la incorporación a Colombia y que tomase el mando de

todas las fuerzas republicanas en aquella provincia para obrar contra Quito, ocupada por los españoles. Al salir para el Sur le llegaron comunicaciones al Libertador, de don José Sartorio, Brigadier de Marina, y don Francisco Espelis, Capitán de Fragata, que habían llegado a Venezuela con la división marítima compuesta de las fragatas **Viva** y **Ligera**, la corbeta **Andara** y los bergantines **Hienco** y **Hércules**, en que también vinieron comisionados para el Nuevo Reino de Granada, Perú y Chile, con proposiciones de paz de parte del Gobierno constitucional de España. Consideró el General Bolívar que era más importante regresar al Norte para entenderse con estos comisionados, y como pidieron, entre otras cosas, que el Libertador mandase agentes a España, nombró al señor Rafael Revenga, Secretario de Hacienda, y al señor Tiburcio Echeverría, Gobernador de Bogotá, disponiendo que el General Sucre continuase viaje a Popayán con el objeto y comisión que dejamos indicados.

Al llegar el General Sucre con los comisionados que debían notificar el armisticio, le hicimos presente el estado de la división Valdés y la necesidad de que siguiesen los comisionados cuanto antes para salvar de una pérdida total todo el sur de Popayán; siguieron con una escolta de caballería, dejándonos instrucciones el General Sucre para obrar según las circunstancias, y se nos notificó el armisticio.

El 12 de febrero de 1821 atacó el General Valdés a la división española situada en Genoy y fue derrotado por falta de conocimientos topográficos, atacando de frente una fuerte posición militar cuando por la izquierda de ella era flanqueable y no habría resistido el enemigo el arrojo de nuestros infantes. Allí murió el bravo Teniente Coronel Carvajal, de los vencedores de Vargas, Boyacá, Barbacoas y Pitayó. El General Valdés y su Jefe de Estado Mayor, Murgueitio, reunieron la fuerza derrotada en Chaguarbamba para continuar la retirada, y en la ribera derecha del Juanambú recibió los 100 hombres que le mandamos desde Popayán para resistir a la fuerza que le perseguía, cuando llegaron Sucre y los comisionados españoles el 5 de febrero, y se salvó la fuerza que se retiraba, tomando el mando el General Sucre; los comisionados Morales y Moles siguieron para Pasto y Quito a cumplir su misión.

El mismo día 2 de febrero una columna de 500 hombres, mandada por el Teniente Coronel Simón Muñoz, se acercó a Popayán con ánimo de atacar la ciudad. Nos pusimos en estado de defensa haciendo saber a los españoles que no los habíamos salido a atacar porque se nos había intimado el armisticio;

pero que si nos atacaban serían responsables del derramamiento de sangre; después de una conferencia que tuvimos con dicho Jefe, firmó un convenio con nosotros suspendiendo las hostilidades y retirándose a ocho leguas de distancia, en donde esperaría órdenes de don Basilio García. En Pasto se había acordado entre el Coronel Morales y los jefes españoles que si Popayán había sido ocupada, quedaría todo el cantón dependiente de las autoridades españolas; y si no, sería el río Mayo límite del cantón de Pasto. El Coronel García improbó la conducta del Teniente Coronel Muñoz y le llamó a responder por su proceder, Coronel Muñoz y le llamó a responder por su proceder, porque porque él no podía suspender las hostilidades sin recibir sus órdenes. Esta circunstancia nos proporcionó a traer a este Jefe y otros oficiales colombianos a que tomasen servicio entre nosotros, y se pasaron a nuestras filas 2 jefes, 6 oficiales y 100 hombres de tropa de caballería.

El General Sucre se retiró, con la división Valdés, de Juanambú al pueblo del Trapiche, hoy Villa de Bolívar, con la fuerza que se salvó en Genoy y los 100 hombres que se le habían incorporado al General Valdés, como hemos dicho, y regresó a Popayán, en donde con los batallones de reserva del Cauca y Bogotá se reorganizó la división. El General Sucre marchó con el batallón Albión y el escuadrón Lanceros de Oriente para Cali a arreglar allí una columna; con una fuerza de 800 infantes y 120 jinetes siguió a Guayaquil por Buenaventura a cumplir su misión. La división del Sur permaneció en Popayán y se pidieron reemplazos al Cauca y un cuerpo a Antioquia.

El Libertador excitó a todos los diputados elegidos en el Departamento de Cundinamarca para que siguieran al Rosario de Cúcuta y se reuniese el Congreso; marchó él mismo en esa dirección. El Vicepresidente Roscio estaba ya en dicha ciudad, y como no hubiese número para abrir las sesiones, siguió Bolívar a visitar los acantonamientos del ejército en Barinas y otros puntos, llegando hasta Achaguas.

En el tránsito recibió la noticia de la revolución de Maracaibo, hecha por insinuaciones del General Urdaneta, que tenía una división sobre el lago de Maracaibo, acontecimiento que desconcertó completamente la negociación de la paz con España; con cuyo objeto, como dejamos dicho, regresó Bolívar del camino que llevaba, al Sur. Las circunstancias políticas se complicaron mucho para los españoles. Tántos partidarios suyos que, como el Coronel Remigio Ramos y el Padre Torrellas, luchaban con ardor por la causa del Rey, por la falsa idea del de-

recho divino en que los habían imbuído algunos Obispos como los de Mérida, Cartagena, Popayán y otros eclesiásticos, se desengañaron y tomaron servicio en las filas republicanas cuando vieron proclamados en España los principios de soberanía popular. Los generales y jefes españoles miraban también con demasiado desprecio a los americanos, y no influía poco esto en los acontecimientos de la época.

El Libertador no tuvo parte en los sucesos de Maracaibo el 28 de enero de 1821, que fue todo obra de Urdaneta, ni tampoco desaprobó este hecho contrario a las estipulaciones del armisticio; y aunque quiso reanudar las negociaciones, el General La Torre ni los comisionados Sartorio y Espelis convinieron. No obstante, los señores Revenga y Echeverría, comisionados cerca de la Corte de Madrid, siguieron en un buque de guerra español para Cádiz.

En Cartagena tuvo dificultades la ejecución del armisticio, porque el Brigadier Torres pretendía que Lorica quedase en poder de los españoles, y en Riohacha también se hicieron demarcaciones que no dejaban contentos a los beligerantes.

Se recibieron noticias de la derrota que habían sufrido las columnas patriotas en Guachi y Cuenca y que los españoles, no reconociendo que el armisticio comprendiera a Guayaquil, cargaban sus fuerzas sobre aquel punto. Este cúmulo de circunstancias obraron en el ánimo del Libertador para declarar al jefe del ejército español que conforme al artículo 12 del convenio de Trujillo se abrirían de nuevo las hostilidades en el mes de abril. También le convenía al ejército español volver al estado de guerra activa porque sus filas se disminuían diariamente con la deserción de oficiales y tropa de naturales de Colombia. El General Bolívar, con fecha 10 de marzo, notificó al General La Torre que debía continuar las hostilidades 40 días después de hechas las notificaciones, y el General español contestó desde Caracas, el 21 del mismo, que aceptaba la declaración. El 30 de abril era el día señalado para romperse las hostilidades. El Brigadier Torres mandó una expedición sobre Lorica, desde Cartagena, sin haberse cumplido el término para abrir hostilidades; pero el 20 de abril fueron batidos los españoles en Lorica por el Coronel Lara, y por agua los persiguió el Coronel Padilla hasta la bahía de Cartagena, en donde tomó posiciones para emprender la comunicación de la plaza con los castillos de Bocachica.

El Gobernador de Quito, Mariscal de Campo Aymerich, que tenía el mando militar de las provincias de Quito, Cuenca, Loja

y parte de la de Popayán, reclamó al General Torres como una infracción del armisticio la marcha del General Sucre a Guayaquil, y pretendía que se le hiciese regresar. También quiso que la línea del Mayo, establecida por los comisionados Morales y Méndez, se fijase en la cuchilla del Tambo, a que no accedió. El Capitán de Milicias españolas don José María Obando estuvo en Popayán en el mes de mayo, y viendo la poca guarnición que tenía allí el General Torres, informó a don Basilio García que era la ocasión oportuna de sorprender a Popayán. El General Torres nos ordenó que replegásemos la fuerza que cubría la línea del Mayo, conduciendo ganados para el ejército, del que pertenecía a las haciendas de los realistas; así lo ejecutamos a la vista de la columna que mandaba don Basilio García, de 400 hombres de Aragón y como de 600 de milicias de Pasto y guerrilleros de Patía.

El 15 de junio emprendió García tomar a Popayán, pero encontrándola guarnecida por más de 1.500 hombres y atrincherada la ciudad, se retiró para Pasto. El General Torres se ocupó en organizar nuevos cuerpos para seguir a Pasto en el mes de julio.

El Libertador tenía su cuartel general en Barinas, y al abrirse las hostilidades se puso en movimiento hacia Guanare, dando órdenes al General Páez que marchase con toda su división en aquella dirección. El General Urdaneta emprendió operaciones sobre Coro, y el 11 de mayo ocupó aquella ciudad; dejó en ella al General Escalona con el mando de la provincia, siguiendo con la fuerza que mandaba, a unirse al Libertador. El ejército español se movía al mismo tiempo. La Torre, que había avanzado hasta Arauca con la marcha de Bermúdez, desde el oriente sobre Caracas, se replegó a Valencia y desde esa plaza dispuso el Libertador que el General Cedeño ocupase a San Carlos para estrechar al enemigo; lo logró tomando más de 100 prisioneros del destacamento que cubría esa población. El General Bermúdez, apoyado por Monagas y Zaraza, marchó rápidamente sobre Caracas. En Tacasigua batió a 250 hombres del batallón Hostalrich; perseguido el enemigo, fue completamente destruído en Guatire, no obstante haberse reforzado aquellos destacamentos con 300 hombres del batallón Valencia. Murió en el combate el Teniente Coronel Albornoz, segundo Comandante de Hostalrich, con 66 soldados y hechos algunos prisioneros. En consecuencia, fue evacuada Caracas y ocupada por Bermúdez el 14 de mayo, en donde aumentó su división con 800 hombres y llamó al General Soublette, Vicepresidente de Vene-

zuela, para que pasase a organizar la capital. El 18 marchó Bermúdez sobre los valles de Aragua, alcanzó a Correa en el pueblo del Conejo, lo atacó, dispersó e hizo muchos prisioneros, el 20 de mayo, entre los cuales lo fue el Brigadier Cires. El General Morales marchó a proteger a Correa con una división de más de 200 hombres excelentes, y Bermúdez, que había seguido sobre Victoria, se situó en los cerros de Marqués y Limoncitos, en las cornisas, que son posiciones ventajosas; fue atacado por Morales el 24, en que se sostuvo un combate reñido por ambas partes. Bermúdez emprendió por la noche su retirada por falta de municiones, y Morales no le persiguió sino lentamente, porque había quedado muy estropeada su división.

El 26 de mayo pasó Bermúdez por Caracas, y unido al Vicepresidente de Venezuela, que era el Director de las operaciones, se dirigieron al Rodeo, en donde se le reunieron al General Bermúdez 400 hombres que traía de Barcelona el General Arismendi; el Coronel Avendaño, con 300 hombres que sacó de La Guaira, llegó el mismo 30 de mayo al cuartel general de Bermúdez, y el Coronel Masero con 300 que traía de los valles del Tuy. El General Bermúdez abrió operaciones ofensivas y el Coronel Masero atacó al Teniente Coronel Avoy el 8 de junio, y fue derrotado. Herido Avoy, fue reemplazado por el Teniente Coronel Lucas González; y reforzado éste por Pereira, marcharon a atacar al General Bermúdez en Santa Lucía. Este General ocupó las fuertes posiciones del cerro de..., y el 15 de junio fue atacado por Pereira. El combate fue fuerte; pero batidos los españoles y muerto el Teniente Coronel González, tuvieron que abandonar el campo y retirarse a Caracas, obrando con bastante inteligencia y valor en su retirada, hasta situarse en el cerro del Calvario, al occidente de Caracas. El General Bermúdez, envanecido por las ventajas que había obtenido, atacó al Brigadier Pereira y fue rechazado; desordenados sus cuerpos, sufrió la más completa derrota, teniendo que retirarse, con la poca fuerza que salvó, hasta Ríochico. No obstante este desgraciado desenlace que tuvo la compañía de la división Bermúdez, fue muy útil, porque dividió las fuerzas españolas, y el General La Torre no pudo reunir todo su ejército en Valencia. La derrota de Bermúdez tuvo lugar el 23 de mayo, víspera de la batalla de Carabobo.

El Libertador había ocupado a San Carlos desde los primeros días de junio para reunir allí los cuerpos que de Coro, Apure y Barquisimeto marchaban a reunírsele para seguir sus operaciones sobre Valencia, cuartel general de los españoles.

El General La Torre, en vez de centralizar sus fuerzas sobre un solo punto, separó los cuerpos que obraron sobre el General Bermúdez y mandó los batallones de Navarra y de Barinas con un cuerpo de caballería a atacar a los Coroneles Carrillo y Vargas Reyes, que hicieron salir de Barquisimeto al Coronel Lorenzo, operación tanto más imprudente cuanto que el General español debió saber que el ejército de Apure se había reunido al Libertador, lo mismo que los cuerpos de la guardia que mandaba y conducía desde Coro el General Urdaneta.

El Libertador conoció bien la fuerza del ejército español en todo Venezuela, que alcanzaba a 11.000 hombres. El ejército colombiano, como dejamos dicho, constaba de 12.000 que obraban sobre Venezuela, 3.000 sobre Ocaña, Santa Marta y Cartagena; 2.000 en el Sur, 1.200 en Guayaquil, 600 en Bogotá, y en el Orinoco, Guayana y Margarita, 1.200. Eran, pues, 20.000 hombres los que componían el ejército republicano, y el español los 11.000 de Venezuela, 2.000 en Cartagena, 1.200 en Santa Marta, 600 en el Istmo y 3.000 en Pasto, Quito y Cuenca; en total, 18.000. Las operaciones de los españoles no tenían un plan uniforme, porque después de la separación de Morillo, Morales queria reemplazar a La Torre. El Virrey Sámano era un viejo inepto. El Brigadier Torres obraba independientemente en Cartagena y lo mismo Porras en Santa Marta. Aymerich asumió el mando supremo en Quito y los jefes subalternos lo miraban con desdén.

Esta era la situación moral del ejército español. Antes de ocuparnos de la batalla de Carabobo tenemos que echar una ojeada sobre la marcha que llevaban los negocios en Colombia.

Trasladado a Cúcuta, el Vicepresidente Roscio enfermó gravemente y el Libertador lo reemplazó con el General Azuola, que a su vez enfermó y fue reemplazado por el General Antonio Nariño, a quien tocó abrir las sesiones del Congreso General de Colombia en la Villa del Rosario de Cúcuta, el 6 de mayo de 1821. Ansiaba el Libertador que se verificase esta reunión para consolidar la autoridad del Gobierno y la unión de la República de Colombia.

Si el General La Torre no tuvo a bien centralizar sus fuerzas, tampoco el Libertador podía hacerlo, porque las distancias eran inmensas y el ejército español ocupaba el centro de la Capitanía General de Venezuela. Un general hábil en estas circunstancias habría sacado ventajas llevando su ejército a Caracas y batiendo a Bermúdez, volver sobre Bolívar, no con 6.000

hombres sino con 9.000 o 10.000; pero sucedió todo lo contrario. La Torre, habiendo tomado posesión de Carabobo y escogido este campo de batalla para recibir allí la que Bolívar quisiese librarle, creía que sería imposible que el enemigo lo venciera.

La Torre tenía un cuerpo de observación en Tinaquillo para que le instruyese de los movimientos del ejército republicano. El General Bolívar ordenó al Comandante del tercer escuadrón de Húsares, Laurencio Silva, que marchase a dispersar aquel cuerpo, y el 15 de junio le dio una sorpresa en que solamente se escapó un soldado que fue a dar parte del acontecimiento. La Torre hizo replegar la fuerza que tenía en el desfiladero de Buenavista, dejando de este modo franco el paso al ejército colombiano. Cuando el Libertador fue instruído de esto, como conocía lo ventajoso de la posición, no creía que el General español, que había fijado su cuartel general en Carabobo, abandonase un desfiladero como el de Buenavista, y mandó ocuparlo inmediatamente; así se ejecutó el 24 de junio por la mañana.

Desde este lugar observó el Libertador que el enemigo había escogido su campo de batalla en Carabobo, situándose de tal modo que las tropas republicanas no podían librar una batalla sino con desventaja. La Torre había tomado la posición de Carabobo para recibir la batalla. Este sitio es una llanura que media en la encrucijada de los caminos de San Carlos y el Pao, y que permitiendo al que la ocupa moverse rápidamente a las vías mencionadas, puede impedir que el ataque se haga con columnas que presenten un frente capaz de arrollar las fuerzas que se le opongan.

El General Bolívar, luégo que ocupó el desfiladero de Buenavista, se puso a examinar la formación que tenía el ejército español. Este había formado su primera línea de batalla apoyando su derecha en un matorral, y la izquierda estaba cubierta por un cuerpo de caballería. La segunda línea tenía una formación análoga, y ambas cubrían perfectamente las vías que se unen en aquel lugar de San Carlos y el Pao. Luégo que el Libertador recorrió aquellos puntos, desde donde podía examinar mejor al enemigo, descubrió una senda estrecha que iba a un flanco del enemigo a su derecha, pues la fuerza principal daba frente a los caminos de San Carlos y el Pao, por donde no se podía atacar sino con una marcha de flanco hasta pasar el terreno accidentado, y era seguro que sería despedazado el que tal intentara. El Libertador ordenó que la 1ª división, compuesta de la Legión Británica y el batallón Bravos de Apure, con 1.500 jinetes a órdenes del General Páez, hiciera un cambio de dirección al

trote, por pronta maniobra, para pasar la quebrada que separa la planicie de Carabobo en que estaba el enemigo. Aunque el movimiento fue muy bien ejecutado por el General Páez, descubierto por el enemigo, mandó algunos de sus cuerpos de infantería a impedir el paso. El batallón Bravos de Apure estaba pasando el desfiladero cuando rompieron sobre él los fuegos, pero no se detuvo y continuó su marcha haciendo fuego y ganando terreno. Del otro lado del riachuelo la carga que dieron los españoles les fue brillante, y comenzaban los Bravos de Apure a replegarse cuando entró en batalla la Legión Británica, y echando rodilla en tierra resistieron tan heroicamente a los cuerpos de infantería y caballería que les cargaban, que dieron lugar a que se rehiciese el batallón de Apure y juntos hicieron replegar la vanguardia enemiga. Llegaron oportunamente dos compañías del batallón Tiradores, con su Comandante el Teniente Coronel Las Heras, y el escuadrón de guardia de honor de Páez con su Estado Mayor; la carga que dieron a la bayoneta, yendo de frente la Legión Británica, puso en retirada al enemigo; en la mesa de Carabobo fue completa la derrota de los cuatro batallones que empeñaron la batalla por el flanco derecho, izquierdo nuéstro. Puesto en retirada el resto del ejército español, para proteger la rota de la vanguardia, logró organizarse en la altura y ordenó una carga de caballería sobre los cuerpos que perseguían a los derrotados. El General Páez, con 100 hombres de su guardia de honor y su Estado Mayor, salió al encuentro de los escuadrones de los españoles, que fueron rotos y perseguidos hasta ponerlos en completa fuga.

El General Cedeño, que mandaba la 2ª división, y el Coronel Plaza la 3ª, recibieron orden de pasar por los desfiladeros que antes estaban defendidos por el ejército español, para reemplazar a la 1ª división, ya fatigada con un combate tan fuerte. Según lograban pasar nuestros escuadrones de caballería, volaban a la persecución, que ejecutaban los que primero habían pasado. La derrota fue completa, pero los batallones de infantería que habían hecho marchas tan dilatadas no podían alcanzar a los infantes enemigos que corrían en completa dispersión.

Los batallones Burgos y Valencey, que cubrían el camino de San Carlos, no entraron en la batalla y se retiraban en columna para Valencia. Cargados por nuestra caballería, formaron cuadro, y con una bizarría admirable se defendían en retirada. El valiente Teniente Coronel Mellao, Comandante de Dragones, murió en una carga; y el esclarecido General Cedeño, rompiendo el cuadro de Valencey, recibió un herida mortal en la

cabeza. El Coronel García, Comandante de Valencey, hizo respetar a este valiente Jefe y dejó un tambor que lo mantuviese acostado sobre su pecho hasta que llegasen algunos soldados para atenderlo. Los valientes honran el valor. El General Plaza se precipitó sobre los cuerpos que se retiraban, con una serenidad admirable, y recibió a quemarropa una herida mortal en el vientre. Cuando llegó el Libertador a donde le tenían asistiéndolo, le dijo al General Bolívar: "Mi General, muero con gusto en un campo de victoria y en el punto más avanzado a donde no llegó Páez". Este Coronel deseaba señalarse más que el General afamado por su valor.

El General Bolívar mandó que los cuerpos de caballería tomasen a las ancas de sus caballos a los batallones Granaderos y Rifles de la guardia para alcanzar a Valencey y Burgos antes de entrar a la ciudad de Valencia. Así se ejecutó, y el batallón Burgos fue completamente dispersado en la ciudad de Valencia; pero Valencey, aunque tuvo que huír en desorden al salir de la ciudad, volvió a formar el cuadro y siguió en retirada hasta Puerto Cabello. Muy cerca de la plaza estaba el General La Torre con su Estado Mayor, y permaneció allí toda la noche del 24 de junio reuniendo dispersos. El Coronel Tello, que, como dejamos dicho, había ido a reforzar al Coronel Lorenzo, que obraba por San Felipe, se retiró igualmente a Puerto Cabello con los batallones Navarra y Barinas. Así concluyó el ejército expedicionario que mantuvo una guerra activa por once años en Venezuela, y los campos de Carabobo testigos fueron al principio y fin de las campañas mandadas por Bolívar en persona de una batalla gloriosa en 1814 y la que afianzó la independencia de Venezuela en 1821, dejando expedito al Libertador y al ejército para emprender la libertad del Ecuador y el Perú.

El Coronel Las Heras fue destinado con tres batallones a perseguir a Tello, pero éste, impuesto de la derrota de Carabobo, se retiró a Puerto Cabello. El Coronel Rangel marchó a Valencia a poner sitio a la plaza de Puerto Cabello, y el Libertador, después de haber reorganizado los cuerpos y establecido autoridades políticas y civiles en Valencia, marchó con tres batallones y el escuadrón de guardia de honor para Caracas, acompañado del General Páez, para ir a atacar por retaguardia al Coronel Pereira, que suponía iba en persecución del General Bermúdez.

El Coronel Pereira, vencedor el 23 de junio, fue informado el 26 de la pérdida del ejército español y emprendió su retirada sobre La Guaira; pero no encontrando buques para embarcarse, quiso hacerlo por tierra. El Coronel Manrique y el Co-

mandante Arguíndegui fueron destinados a perseguir a Pereira en su marcha para Puerto Cabello. Fuele imposible a este Jefe continuar su marcha por tierra a Puerto Cabello, y con la poca fuerza que le quedó regresó a La Guaira para intentar salvarse en este puerto o capitular con honor. Impuesto el Libertador del regreso de Pereira a La Guaira, le intimó rendición con su ayudante de campo, Teniente Coronel Diego Ibarra. Pereira a la primera intimación contestó: "... No me hallo en situación tan deplorable, ni he sido rechazado en Petaquire, pues no medió ni una guerrilla, y sólo el no sacrificar sangre obligó mi retroceso.

"Segundo: la capitulación que V. E. propone necesita por mi parte más reflexión, pues de ella depende la suerte de muchos hombres, que ante todo debe ser afianzada; y para ello, si V. E. gusta, puede mandar por un jefe u oficial la base en que la cimienta, seguro que a la hora en que llegue a este puerto iré a verme con él".

La intimación del Libertador fue el 1º de julio; la contestación de Pereira, el 2; se repitieron las comunicaciones, y el 4 de julio quedó aprobada la capitulación de un modo muy honroso para Pereira y los que le acompañaban. La conducta de este Jefe con los prisioneros que hizo de la división Bermúdez y la que había tenido en toda la guerra inspiraron al Libertador mucha deferencia por él.

El Almirante francés M. Juvien, que tenía una división marítima en La Guaira, se negó a embarcar la división de Pereira, reducida ya a 700 hombres, y el Libertador mandó a su ayudante de campo, Anacleto Clemente, hijo de una hermana del Libertador, a cumplimentar al Almirante francés por su conducta y decirle que bien podía trasladar al Coronel Pereira y los capitulados a Puerto Cabello.

Las condiciones de esa capitulación son muy importantes y las copiamos en el apéndice [1], pues el modo como se redactan tales documentos da a conocer el carácter del vencedor y la entereza del vencido.

Llamó el Libertador al Vicepresidente de Venezuela, que había ido a Ríochico, cuando la derrota de Bermúdez, para organizar el Departamento y fijar la capital en Caracas. El General Soublette correspondió dignamente a la confianza que había hecho de él el Libertador, y quedó encargado de la dirección

---

[1] Véase el apéndice, documentos números 59 a 60. **Documentos de la vida pública de Bolívar.** Tomo II, página 304.

de la guerra. El territorio de Venezuela fue dividido en tres Departamentos militares: El de Oriente, compuesto de las provincias de Margarita, Guayana, Cumaná y Barcelona, a cargo del General Bermúdez, para que obrase sobre Cumaná hasta rendir la plaza; el del Centro, compuesto de las de Caracas y Barinas, a órdenes del General Páez, para que estrechase el sitio de Puerto Cabello hasta que se rindiese la plaza, y el de Occidente se encargó al General Mariño para pacificar a Coro. Este Departamento se componía de las provincias de Coro, Maracaibo, Trujillo y Mérida.

Al comunicar al ejército del Sur el triunfo de Carabobo desde Tocuyito, el 25 de junio, se le dio orden al General Pedro León Torres, Comandante en Jefe, de suspender las operaciones y tomar acantonamientos hasta la llegada del Libertador al Sur, y que se remitiese un batallón de infantería, elevándolo a mil plazas, por lo menos, a la división que mandaba el General Sucre en Guayaquil. Los escuadrones 3º de Húsares, Cazadores Montados, 1º de Guías y un piquete de granaderos a caballo y los batallones Rifles y Vencedor en Boyacá, recibieron órdenes de marchar al Sur para que, reunidos a la división Torres, formasen el ejército del Sur a órdenes del Libertador.

Fue infatigable el Libertador en todo el mes de julio en Caracas, y el 1º de agosto salió con dirección a occidente, tocando antes en Maracaibo, para dirigir desde allí las operaciones sobre Coro y estrechar el sitio de Cartagena. Los cuerpos destinados al ejército del Sur tomaron la misma dirección, por si acaso fuese rendida inmediatamente Cartagena, llevarlos al Istmo y emprender por mar a Guayaquil, mientras Torres llamaba la atención por Pasto.

Impuesto el Libertador de haberse instalado el Congreso general de Colombia el 6 de mayo, le dirigió una renuncia [1] excusándose de continuar mandando como Presidente. Lo mismo hizo el General Santander, renunciando la Vicepresidencia de Cundinamarca. El Libertador y Santander preveían que el Congreso iba a dar leyes represivas de la autoridad militar en campaña, y que el disgusto del ejército antes de terminarse la guerra les pondría en dificultades. El Congreso no aceptó la renuncia, y habiendo elegido al Libertador Presidente de Colombia y al General Santander de Vicepresidente, los llamó para que fuesen a prestar el juramento constitucional.

---

[1] Véase el apéndice, documento número 61, **Gaceta de Colombia.**

El 1º de octubre dirigió el General Bolívar un mensaje al Congreso aceptando condicionalmente la Presidencia, y prestó juramento el 3; el mismo día, después de aquel acto solemne, pronunció un discurso el Libertador, que le fue contestado por el Presidente del Congreso [1]. Bien podríamos prescindir de la inserción de tántos documentos en el apéndice a estas Memorias; pero aunque se ha publicado la mayor parte, se ha comprendido mal su espíritu por algunos escritores de la historia de Colombia y en los escritos de hombres apasionados que tergiversan los hechos.

No es nuestro ánimo escribir la apología del General Bolívar, como lo ha hecho el señor Larrazábal, de cuya obra ha llegado a nuestro conocimiento el primer volumen. Después de leerlo y encontrar en él citas importantísimas de las cartas de Bolívar, y de documentos importantes que reimprimirá y publicará en el apéndice, no hemos creído conveniente corregir nuestro trabajo de acuerdo con lo que él dice, pues juzgamos más exactas las relaciones que hacemos, por haberlas recibido del Libertador mismo, o como testigos presenciales.

Es muy laudable el empeño con que el señor Felipe Larrazábal ha ejecutado su trabajo, ciertamente importante, y que será para el historiador de Bolívar una preciosa colección de documentos. En las historias de Baralt y Restrepo hay también equivocaciones hasta en los nombres y en geografía, pero no es posible dejar de caer en tales equivocaciones cuando hay que atenerse a noticias ajenas.

Réstanos ocuparnos en otros acontecimientos del año de 1821, que serán materia del capítulo XXII.

---

[1] Véase el apéndice, documentos 62 y 63, **Gaceta de Colombia.**

CAPITULO XXII

Después de que el Libertador tomó posesión de la Presidencia de la República, su primer acto fue el decreto de 7 del mismo mes, nombrando Secretarios de Estado, y lo fueron el señor Pedro Gual, de Relaciones Exteriores; el señor José Manuel Restrepo, del Interior; el señor José María Castillo y Rada, de Hacienda, y el Coronel Pedro Briceño Méndez, de Guerra y Marina, reunidos en una secretaría estos dos Despachos.

Después del triunfo de Carabobo e impuesto el Libertador de haber emprendido operaciones el ejército del Sur a órdenes del General Pedro León Torres, le previno que suspendiese sus movimientos y contramarchase al cuartel general de Popayán, para emprender operaciones decisivas sobre el Departamento de Quito, y que mandase uno de los cuerpos del ejército a Guayaquil, por el puerto de Buenaventura, a reforzar la división colombiana que obraba por esa parte contra el ejército español que ocupaba el interior, de la antigua Presidencia de Quito y el territorio de Pasto, de la provincia de Popayán. Estas órdenes se recibieron en el sitio de Capitanes, muy inmediato ya el ejército al río Guáitara, por cuya vía había resuelto el General Torres ocupar el territorio llamado entonces de los Pastos, hoy municipio de Túquerres. El mal clima de Patía causó muchas bajas en el ejército, por las enfermedades, y alcanzó su número como a 300 plazas.

Luégo que marchó el ejército se retiró a Cali el Comandante General del Departamento, Coronel Concha, dejando en Popayán únicamente un hospital militar con algunos convalecientes que no alcanzaban a 70 hombres: quedó en la plaza de Comandante de armas el Teniente Coronel Pedro José Murgueitio.

Los guerrilleros del Tambo, Timbío y Patía, que eran tenaces defensores del Rey, luégo que marchaba un cuerpo respetable de tropas para el Sur, se desbandaban para situarse después a retaguardia de las tropas de operaciones para interrumpir su comunicación con la ciudad de Popayán. Reunidos todos

estos guerrilleros a órdenes de sus caudillos Manuel María Córdoba, Juan Gregorio Sarria y Agustín Castillo, atacaron a Popayán el 13 de agosto de 1821. El ejército del Sur en su contramarcha estaba en la Cuchilla del Tambo cuando se le dio aviso al General de que en número de 300 hombres habían marchado los guerrilleros a atacar la ciudad. El General ordenó que el batallón Cauca marchase rápidamente a proteger la ciudad: yo era Jefe de este cuerpo y redoblé la marcha para cumplir las órdenes del General. Al llegar a la ciudad, el 14, supe la brillante defensa que había ejecutado el Comandante Murgueitio, atrincherado en dos casas de la plaza mayor, sin pérdida alguna de su tropa, saliendo muchos guerrilleros mal heridos, entre ellos Castillo, que murió con otros a pocos días.

El General Torres no quiso permanecer en la ciudad y acampó sus tropas a legua y media al norte de ésta, en un clima sano, porque la ciudad estaba contagiada de una fiebre maligna.

Para cumplir las órdenes del Libertador de auxiliar a Sucre, que obraba, como hemos dicho, por Guayaquil contra Quito, refundió los batallones Cauca y Paya en uno solo, y a fines de agosto marchó al puerto de la Buenaventura por Cali.

Trasladó el General Torres su cuartel general a Caloto, para organizar allí nuevos cuerpos y esperar los que debían venir del centro de la República, para emprender operaciones decisivas a órdenes del Libertador, como lo había anunciado después de la batalla de Carabobo.

Dejó en Popayán a los batallones Cundinamarca y Neiva y un escuadrón de caballería para que guarneciesen la ciudad de Popayán.

Desde que se proclamó la independencia de Guayaquil, a fines de 1820, la población estaba dividida en diversas opiniones: algunos querían que Guayaquil hiciese parte de la República de Colombia, porque había pertenecido al Virreinato del Nuevo Reino de Granada, que se había reunido con la Capitanía General de Venezuela para formar la República de Colombia, conforme a la ley fundamental del Congreso de Guayana; y el tercer partido quería que la provincia de Guayaquil continuase como una pequeña república independiente, a semejanza de las ciudades hanseáticas de Alemania. Esta diversidad de opiniones la fomentaban algunos españoles europeos que habían quedado en Guayaquil, no obstante la expulsión que sufrieron muchos desde la proclamación de la independencia.

El General Sucre llevaba instrucciones del Libertador de negociar con el Gobierno de Guayaquil la incorporación de esa provincia a Colombia, y mientras esto se verificaba, celebrar un convenio, para que la dirección de la guerra estuviese a su cargo, y poder de ese modo combinarse las operaciones entre los generales que obraban por el norte de Quito, y Sucre por el sur.

Desde que el General Sucre arribó a Guayaquil, en mayo de 1821, procuró, por cuantos medios le fueron posibles, negociar su incorporación a Colombia. Mas no lo pudo conseguir. Sin embargo, celebró con la Junta de Gobierno un convenio, por el cual ésta se puso bajo la protección de Colombia para defender y sostener su independencia; prometió concurrir con 800 hombres y con todos los medios y elementos de guerra que tuviera para libertar las demás provincias del Departamento de Quito. El General Sucre ofreció lo mismo a nombre de la República.

El General Sucre recomendaba constantemente al General Pedro León Torres, Comandante en Jefe de la división que obraba sobre Pasto, lo mismo que al Comandante General del Departamento del Cauca, Coronel Concha, que le remitiesen los cuerpos de nueva creación que llegasen de Cundinamarca o de Antioquia, y los que se formasen en el Cauca, para elevar su división a un número respetable; pero no llegaban tales auxilios de Antioquia ni Cundinamarca, y era muy difícil conseguir conscriptos en Popayán y el Valle del Cauca, porque había un terror pánico al clima de Patía, en que enfermaban y morían hasta un veinte por ciento de los nuevos reclutas; solamente el patriotismo de los principales habitantes del Cauca logró alentar el espíritu público de sus compatriotas.

Como la revolución de Guayaquil era reciente, la Junta de Gobierno era también novicia en el carácter enérgico que debía tomar aquélla para asegurar la independencia.

El Teniente Coronel don Nicolás López, prisionero de las tropas de Guayaquil, cuando atacaron a Quito al mando de Urdaneta, a pesar de sus sentimientos realistas había tomado servicio bajo las banderas del nuevo Gobierno. Siendo López, de Coro, pudo inspirar confianza y se le dio el mando del batallón número primero. Entonces, con la más refinada malicia, llamó a servir en dicho cuerpo, que se estaba formando, a todos los que eran más desafectos al nuevo Gobierno, los que tuvo el talento de conocer. Distinguíanse entre los traidores a sus juramentos el Teniente Coronel Bartolomé Salgado y el Capitán Val-

dés. Así fue que había muy pocos oficiales de aquel batallón que no mereciesen la confianza de López.

El General Sucre, que tenía un ojo penetrante y experiencia de la revolución, desconfiaba de López y de algunos otros jefes: él había comunicado sus sospechas al Gobierno, llamando igualmente la atención de éste sobre los españoles y sus desafectos; pero la Junta reputaba a López y a sus compañeros de traición por buenos patriotas y no tenía desconfianza alguna de los demás sindicados por Sucre.

En tales circunstancias, el Presidente Aymerich preparaba una expedición de 1.200 hombres contra Guayaquil, los que se hallaban acantonados en Riobamba y Guaranda; otros 1.000 debían salir al mismo tiempo de Cuenca y dirigirse para Yaguachi.

Si no hubiera llegado el General Sucre con los auxilios que llevó en marzo de 1821 a Guayaquil, habría sido ocupada por los españoles esa pequeña república. A principios de julio constaba la división de Sucre de los batallones Albión, Santander y Libertador y un escuadrón de 100 plazas, la mayor parte del regimiento de guías de la guardia organizado en Venezuela; con esta fuerza estaba situado en Samborondón, cuando el 17 de julio se verificó una revolución realista en Guayaquil, apoderándose los revolucionarios de las fuerzas sutiles y la corbeta **Alejandro**, de Colombia, que se había armado en guerra. La Junta de Gobierno, compuesta de los señores Olmedo, Roca y Jimeno, ocurrió al General Sucre a pedirle protección, e inmediatamente la dio, marchando sobre la ciudad una parte de sus fuerzas a órdenes del Coronel Antonio Morales, Jefe de Estado Mayor de la división colombiana. Se restableció el orden en Guayaquil, sometiendo a las fuerzas sutiles; pero los conjurados se salvaron en la corbeta **Alejandro**, en la que fueron a unirse a los buques de guerra españoles, fragatas **Prueba** y **Venganza**, que a órdenes de los Capitanes Villegas y Zooroa cruzaban el mar Pacífico, entre Paita y el golfo de Panamá.

Cuando López supo en Babahoyo, donde estaba acantonado, el mal suceso que tuvieron los revolucionarios en Guayaquil, con quienes estaba en combinación, proclamó la causa del Rey y se puso en marcha para Guaranda a unirse a la división española. Informado de ello el General Sucre, ordenó perseguirlo con el escuadrón de dragones que mandaba el Teniente Coronel Federico Rach; este Jefe alcanzó en Palolargo a ese batallón, lo atacó por retaguardia, y como descubrieran la traición los soldados, se pasaron la mayor parte, algunos fueron prisio-

neros y López y Salgado pudieron salvarse con unos 100 hombres, porque abrigados en la montaña de Angas, no pudo obrar sobre ellos y pudieron llegar a Guayaquil a unirse a las tropas españolas.

Cuando esto pasaba en Guayaquil, ejecutaba el General Torres su marcha sobre Pasto, que suspendió en Capitanes, como dejamos dicho, y tuvo Aymerich que dejar guarnecida a Pasto con el batallón Aragón; pero, animado por los realistas de Guayaquil y esperando un buen resultado de la conjuración de las fuerzas sutiles de Guayaquil, y la sublevación que debía ejecutar el Comandante López, resolvió marchar sobre aquella provincia.

Resuelta la marcha, dio Aymerich las órdenes más urgentes al Coronel don Francisco González, a fin de que se pusiera en camino con el batallón de 1.000 plazas que mandaba en Cuenca, llamado Constitución. Debía unírsele en Babahoyo el 28 de agosto, penetrando por el camino de Yaguachi.

El General Sucre se hallaba instruído de tal proyecto, y para frustrarlo preparó los diferentes cuerpos de su división, con los que en los primeros días de agosto ocupó a Babahoyo. Sabiendo que la división española acantonada en Guaranda avanzaba, rápidamente le salió al encuentro en las llanuras de Palolargo. Detúvose allí el enemigo al frente de nuestras posiciones, sin emprender operación alguna, lo que manifestaba claramente que aguardaba a que llegase el tiempo fijado para la cooperación de las tropas de Cuenca. Sabiendo Sucre que éstas debían arribar a Yaguachi el 18 de agosto, vio que era muy crítica su posición si no daba un golpe a los realistas cuando todavía se hallaban separados. Dejó, pues, el camino franco a Aymerich, y con una marcha rápida situóse en Yaguachi antes que arribara la división de Cuenca.

Al día siguiente supo la aproximación de los enemigos y escogió un campo de batalla. El General Mires fue destinado sin tardanza a que lo ocupase con el batallón Santander y una compañía de dragones al mando de Cestaris. Pero los realistas habían apresurado tánto su marcha que Mires los halló a poca distancia de Yaguachi, en un bosque, cuyo camino estrecho sólo permitía la marcha de cuatro hombres de frente. Mires creyó que debía rechazar la columna española hasta situarse en la posición que se le había prevenido. Empeñó, pues, el combate (agosto 19), a las once de la mañana. El enemigo retrocedió hasta un punto en que podía formarse en cuadro para atender a todas las direcciones del bosque ocupado por los cazadores

del batallón Santander. El terreno permitía ya también que Mires ordenase las demás compañías de Santander, regidas por el Mayor Soler, Comandante del cuerpo: todas marcharon a romper el cuadro en que peleaban los realistas. En medio de un fuego muy vivo murió el valiente Soler, quien fue reemplazado por el Capitán Mayor Pallares. Los españoles sostenían el combate denodadamente cuando el Capitán Morán dio una carga vigorosa con la primera compañía de dragones. El enemigo no pudo resistirla: fue despedazado su cuadro y derrotado completamente. El Coronel González pudo escapar con sólo 120 hombres. Murieron 150 y se tomaron más de 600 prisioneros, entre ellos el segundo Jefe, Tamariz, con el armamento, municiones, equipajes y todo cuanto pertenecía a aquel cuerpo. Esta brillante jornada aseguró la independencia de Guayaquil.

Aún eran inferiores las fuerzas de Sucre a las de Aymerich. Este, después de ocupar a Babahoyo, siguió hacia Yaguachi por un camino áspero y fangoso. Había ya caminado dos días sin tener conocimiento de la desgracia ocurrida al Coronel González, que Sucre había procurado se le ocultara, cuando la supo en las cercanías de Yaguachi. Retrocedió entonces la división española con tánta rápidez que en un solo día hizo el camino de dos marchas. Atravesó nuevamente el río, y el 24 de agosto por la noche estuvo en Palolargo, donde se detuvo.

Los movimientos de Sucre, aunque pudieron haber sido más rápidos que los del enemigo, por la posesión del río, no lo fueron, por desgracia. Marchando por tierra hacia Babahoyo, el único escuadrón que tenía de caballería se encontró de repente con la división de Aymerich antes de su retirada: el escuadrón hizo una marcha retrógrada equivocada que demoró la de Sucre dos días. En el momento en que arribó la caballería a Babahoyo fue remontada y salieron partidas a reconocer el campo enemigo. Este se hallaba situado en Sabaneta y ocupaba una hermosa llanura, confiado en sus numerosos y bien montados dragones. No era prudente atacar en sus estancias a la división española, y al día siguiente hizo el general colombiano repetidos esfuerzos para sacar al enemigo de sus posiciones y atraerle a un punto más ventajoso para la infantería republicana; pero aquél se mantuvo en su campamento, protegido siempre por su caballería.

Sin embargo, temiendo Aymerich que cupiera a su división una suerte funesta, emprendió cobardemente su retirada el 27 de agosto, a las ocho de la noche. Los dragones independientes, mandados por Cestaris, persiguen con actividad la retaguardia

y le toman las municiones, bagajes, muchas caballerías, algunas armas y bastantes prisioneros. Duró la persecución hasta la Punta de Playa. Las marchas del enemigo fueron tan desordenadas, y era tánto el miedo que llevaba la división de Aymerich, que esta vergonzosa retirada fue una verdadera dispersión. Perdió en ella más de 400 hombres. Si la caballería de Sucre, que no tenía herraduras, hubiera podido sufrir el terreno pedregoso de la cordillera, pocos realistas habrían llegado a Guaranda.

Obtenidas tan grandes ventajas militares, quiso el General Sucre aprovecharse del prestigio que le daban, para ver si conseguía la incorporación de Guayaquil a Colombia. Baja, pues, a la capital, cuyo cabildo declara que los votos de la provincia estaban absolutamente pronunciados por la reunión a la República, y que debía convocarse un colegio electoral dentro de 15 días para que así lo resolviera. Expidióse en efecto la convocatoria.

En estas circunstancias se presentó el oficial realista don Francisco Jiménez a proponer el canje de los prisioneros, a nombre de Aymerich. Todos los soldados americanos se resistieron a ser canjeados, diciendo "que no querían servir a los tiranos de su patria". El comisionado Jiménez fue de la misma opinión, y se alistaron casi todos en las banderas de la República.

Después de estos sucesos, el General Sucre, cuya actividad era muy grande, regresó a Babahoyo. Conforme a sus anteriores disposiciones, habían marchado ya dos cuerpos de tropas colecticias para llamar la atención de los realistas. El uno sobre Cuenca, que tenía cerca de 300 hombres, destinados a seguir por el camino del Naranjal, a las órdenes del Coronel Luco; y el otro, de igual número, gobernado por el Comandante Illingworth, que debía seguir a Latacunga por el Zapotal y amenazar a Quito.

El principal cuerpo de la división republicana se componía de 1.300 hombres, entre los que había 70 dragones, que iban a montarse en las cordilleras, y 250 prisioneros en Yaguachi, que se incorporaron en nuestras filas. Estas fuerzas todavía eran inferiores a las de Aymerich, que tenía más de 2.000 hombres, entre ellos 500 dragones bien montados y de excelente disciplina. Confiaba Sucre reportar la victoria por medio de su infantería y por la desmoralización que se había introducido en el ejército de Quito.

Al arribo de Sucre a Babahoyo, las tropas dirigidas por Mires habían seguido hacia la cordillera. Alcanzólas en Guanu-

jo, y con la celeridad de las marchas sufrió la división una baja de cerca de 200 hombres entre desertores y enfermos. Detúvose allí tres días para descansar y remontar la caballería. Con mucha dificultad pudo conseguir malos caballos. Esto le obligó a enviar por dos piezas de montaña que había dejado en Babahoyo. Supo entre tanto haber salido ya a Latacunga el Comandante Illingworth, donde ocupaba a Pulí, y que se le habían unido los habitantes de los pueblos que le auxiliaban eficazmente. A pesar de esto temió Sucre que le destruyera un cuerpo de caballería realista. Resolvió, pues, hacer un movimiento sobre su izquierda, y salir a Ambato por el camino de Picobamba. Distaba cuatro jornadas de aquel lugar.

Hallábase el enemigo a tres jornadas de Ambato cuando tuvo noticias del movimiento de la división colombiana. Emprendió, pues, inmediatamente su marcha hacia la misma villa por la ruta de la derecha, dejando en medio la cordillera. Al tiempo que Sucre llegó a Pilaguin, los españoles estaban en Mocha.

Conociendo la superioridad que tenían éstos en caballería, el General republicano determinó permanecer sobre las montañas y no bajar a las llanuras de Ambato. Este pensamiento fue impugnado vivamente por varios jefes que deseaban combatir, pues decían que indicaba una irresolución. Sucre tuvo la debilidad de ceder, y a las doce del día (septiembre 12) estuvieron en la llanura de Ambato o de Guachi ambas divisiones enemigas.

Los realistas ocuparon una pequeña ensenada al pie de la cordillera, donde ocultaron su infantería y parte de la caballería. Los republicanos formaron sus 900 infantes en tres columnas cerradas, y sólo tenían 70 dragones. Por el frente los cubría una zanja; empero, estaban descubiertos sus flancos y su espalda. En tal situación el General Sucre hizo varias tentativas para saber la fuerza enemiga, y aun él mismo fue a reconocer y a buscar una posición más segura.

Mientras se ocupaba en esto, la caballería española atacó de firme a nuestra infantería y fue rechazada; no obstante repitió la carga, y tuvo que retirarse de nuevo. Entonces el General Mires cometió la imprudencia de permitir que los batallones Albión y Guayaquil se dispersaran con el objeto de perseguir a los realistas. Aunque Sucre volaba a remediar el mal, poniéndose a la cabeza del batallón Santander, no pudo conseguir que se restableciera la formación. Introducido el desorden, aparecieron entonces la infantería y caballería enemigas. Los patriotas no pueden resistir su ataque simultáneo. Todos sus cuerpos son en-

vueltos y destruídos o prisioneros en tres horas que se defendieron valerosamente. El General Sucre pudo escapar con dos fuertes contusiones, y apenas se salvaron 100 hombres con el Comandante Cestaris y pocos oficiales. En aquel día los españoles tuvieron un completo desquite de la jornada de Yaguachi.

Todo cuanto traía la división republicana fue cogido por los realistas. Tomaron éstos 40 oficiales prisioneros, entre ellos al General Mires y 400 soldados: tuvieron los independientes 300 muertos y heridos. En el Sur fue tan funesta a los republicanos la arenosa llanura de Guachi como la Puerta en Venezuela.

Los españoles perdieron una tercera parte de su caballería, cuyos cuerpos fueron los que se empeñaron principalmente en el combate, mandados por el Coronel José Moles. Fue sobre todo sensible a los españoles la muerte del Coronel Payol.

Sucre tuvo la advertencia de participar oportunamente su derrota al Comandante Illingworth. Hallábase éste sobre Quito el 12 de septiembre por la noche, cuya capital defendía don Damián Alba con sólo 80 hombres. Sin la desgracia de Guachi, Illingworth se habría enseñoreado de la capital. Mas habiéndola sabido, pudo retirarse a Guayaquil con poca pérdida.

En Babahoyo hizo alto el General Sucre, como punto el más a propósito para recoger los dispersos y los prisioneros que desertaron al enemigo, que fueron bastantes. Igualmente mandó regresar la expedición a Cuenca, que ya no tenía objeto. Propuso también al General Aymerich el canje de cerca de 250 soldados y algunos oficiales realistas que tenía prisioneros. Con ellos y los convalecientes de los hospitales contaba reunir 1.000 hombres para defender la provincia de Guayaquil. Era ésta en el Sur la base de operaciones de Colombia, y, por tanto, debía conservarse a todo trance.

La cuestión pendiente sobre la incorporación de Guayaquil a Colombia tenía a la ciudad capital despedazada por bandos y partidos. Sucre, temeroso de que perjudicaran a la defensa contra los españoles, propuso que se difiriese la resolución para mejor oportunidad, y así lo acordó el Gobierno de la provincia.

Afortunadamente para la causa de la Independencia arribó en el mes de octubre el batallón Parga con 500 hombres, y debían seguirle 300 soldados más. Este oportuno socorro enviado de las provincias del Cauca puso a Sucre en aptitud de defender a Guayaquil.

Poco después (octubre 25) llegó el Coronel Diego Ibarra, edecán del Libertador. El objeto principal de su viaje era conducir pliegos para el General San Martín, el Vicealmirante de la

escuadra de Chile, Lord Cochrane, y el Gobierno de Guayaquil. Bolívar les anunciaba los vastos planes que había concebido para dar independencia y libertad a toda la América del Sur; planes que meditaba desde que encerraron a los españoles de Venezuela en la plaza de Puerto Cabello. Eran éstos conducir 4.000 hombres de sus mejores tropas sobre Panamá, apoderarse del Istmo y enviarlas al Perú, a fin de expeler a los españoles de aquel hermoso y rico país, aun antes de arrojarlos de las provincias de Quito. Pensaba el Libertador que nada importaría a la causa general de la América que los realistas poseyeran unas pocas provincias en la cima de los Andes del Ecuador si les quitaba su apoyo en el Perú. Para realizar sus proyectos necesitaba y pedía a la Junta de Guayaquil transportes para conducir sus tropas de los puertos del Chocó y Panamá. La misma demanda hacía al Protector del Perú.

Hablando el Coronel Ibarra que la escuadra de Chile, con que se contaba para ejecutar el indicado plan, estaba carenándose en Guayaquil, y que San Martín no podía disponer de ella, suspendió su viaje a Lima. Encargóse el General Sucre de comunicar al Protector los planes de Bolívar, y le pidió transportes para conducir sobre el Pacífico las tropas colombianas. San Martín le contestó en 24 de noviembre, lleno de complacencia por los generosos auxilios que le ofrecía Bolívar para consumar la grande obra de dar independencia y libertad al Perú: ofreció los transportes y todo cuanto se necesitara para la más pronta conducción de las tropas, desde las costas de Colombia hasta las playas que dominaron los Incas.

Deseoso el Protector de acelerar tan importante combinación, envió a Guayaquil al General de Brigada don Francisco Salazar, quien traía ostensiblemente el doble objeto de felicitar a Bolívar luégo que arribara, y de ser encargado de negocios cerca de la Junta de Guayaquil. El debía contribuír eficazmente a combinar todos los medios que se juzgasen necesarios para llevar a la cima tan grande empresa que se meditaba. Su encargo secreto era promover la incorporación de Guayaquil al Perú.

Aguardábanse las respuestas del Protector, y en el intermedio el Coronel Ibarra, ayudado por el influjo del General Sucre y por los auxilios que le prestara la Junta de Guayaquil, pudo enviar algunos buques a Buenaventura. Esperábase que ya habrían arribado a dicho puerto algunos batallones colombianos, y acaso el Libertador mismo.

El Libertador se demoró en Bogotá, dando tiempo a que llegasen las tropas que había ordenado viniesen de las provincias del Atlántico para seguir al Sur, y emprender operaciones sobre el Departamento de Quito, yendo por Buenaventura a Guayaquil.

Sabiendo la llegada del General Mourgeon a Panamá, como Gobernador y Capitán General del Nuevo Reino de Granada, y su marcha hacia Quito por el puerto de Atacames a tomar el río de Esmeraldas y atravesar una montaña cubierta de bosques hasta Quito, juzgó el Libertador que se había colocado en una situación peligrosa, y dio órdenes al General Montilla, que había ocupado a Cartagena después de la capitulación con el Gobernador español que mandaba en aquella plaza, el Brigadier Gabriel de Torres y Velasco, para que mandase al Coronel Carreño con una expedición sobre Panamá, y Montilla se puso en relaciones con algunos sujetos de Panamá conocidamente republicanos, como eran los señores Blas y Mariano Arosemena y Manuel José Hurtado, que podían influír sobre el Coronel Fábrega y el Brigadier don Isidro de Diego, antiguo Jefe del batallón Cataluña, para que de un modo pacífico se uniera Panamá a Colombia, para emprender desde allí operaciones combinadas con el Protector del Perú. Esta combinación tuvo muy buenos efectos, pues en la villa de Los Santos comenzó el pronunciamiento en favor de la unión a Colombia, y el 28 de noviembre se proclamó la independencia de Panamá del Gobierno español y su agregación a Colombia, y se formó de las provincias de Panamá y Veraguas un Departamento, de cuyo mando se encargó el Coronel Fábrega. En el acta de pronunciamiento y agregación a Colombia se exigió el reconocimiento de la deuda que había contraído la España por empréstitos forzosos exigidos a Panamá.

Cuando supo el Libertador la marcha de Mourgeon a Quito, dispuso que el Coronel Juan Paz del Castillo siguiese a Quito cerca de Mourgeon con proposiciones de paz para evitar la continuación de la guerra.

El General Aymerich, después del triunfo obtenido en Yaguachi, organizó una división a órdenes del Coronel don Carlos Tolrá, que había llegado a Quito haciendo su viaje por el Perú y Mainas, y conociendo este Jefe que no podía atacar a Guayaquil, porque estando Sucre a la derecha del río Guayas y procediendo este río con fuerzas marítimas, no podía la división española emprender operaciones, y celebró Tolrá con Sucre un armisticio y entre otras condiciones se acordó que Sucre permitiera seguir al Perú y Panamá comisionados del ejército español para conocer el verdadero estado del Perú, y por Panamá del estado

de las armas españolas en Puerto Cabello y Maracaibo. Este armisticio, aprobado por Aymerich, se comunicó al General Pedro León Torres, que mandaba el ejército del Sur en el Cauca, para que se hiciera extensivo a ese ejército el armisticio. El General Torres, que obraba independiente del General Sucre, no convino en que se hiciera extensivo al territorio en que él obraba de modo independiente.

Cuando supo el Libertador la llegada de los batallones Rifles y Vencedor en Boyacá a las inmediaciones de la capital de la República, emprendió su marcha al Cauca el 13 de diciembre, por la provincia de Neiva, a pasar la cordillera de los Andes por el territorio de Páez y el páramo de las Moras, y llegó al cuartel nizar allí los cuerpos que debían seguir con él a Guayaquil por el que marchara el batallón Bogotá a Popayán a órdenes del Teniente Coronel Joaquín París, mandando órdenes al General Manuel Valdés para que redoblase sus marchas por La Plata a Popayán, a la cabeza de los batallones Rifles y Vencedor. El Libertador se trasladó a Cali en los primeros días de enero para organizar allí los cuerpos que debían seguir con él a Guayaquil por el puerto de Buenaventura con los batallones de nueva creación que había mandado organizar en Cali y Caloto. Supo el Libertador en Cali que las fragatas **Prueba** y **Venganza**, de la escuadra española, cruzaban las aguas del Pacífico, entre el golfo de Panamá y las costas de Buenaventura a Macames, y conociendo que era peligroso embarcarse en Buenaventura con dirección a Guayaquil, resolvió trasladarse a Popayán para organizar allí el ejército del Sur y emprender operaciones sobre Pasto, y que siguiesen a Guayaquil 1.200 hombres de los dos cuerpos organizados, como dejamos dicho, en Cali y Caloto, para aprovechar los transportes que habían llegado de Guayaquil. En los mismos buques marchó el señor Joaquín Mosquera, que iba de Ministro Plenipotenciario cerca de los Gobiernos de las Repúblicas del Perú, Chile y Buenos Aires.

Los cuerpos veteranos que marchaban para el puerto de Buenaventura regresaron para Popayán, y el Libertador, después que publicó su importante proclama del 17 de enero, resolvió marchar para Popayán, llegando al cuartel general de esta ciudad el 27 del mes de enero, y comenzó a organizar el ejército de operaciones para marchar sobre Pasto; la organización se hizo en tres divisiones: las de vanguardia, a órdenes del General Pedro León Torres, compuestas de los batallones Bogotá y Vargas, y la segunda a órdenes del General Valdés, compuesta de los batallones Rifles y Vencedores en Boyacá. La de caballería se

componía de los escuadrones Guías de las guardias, el de granaderos, cazadores y el de lanceros de Páez. El 10 de marzo emprendió el Libertador sus operaciones, marchando el ejército por el camino de Tambo a Patía. Había demorado hasta este día el Libertador su marcha por falta de recursos pecuniarios, pues no llegaban los que debían venir de Bogotá y de la provincia de Antioquia. El Libertador manifestó esto al doctor José María Mosquera, pidiéndole que le facilitase algunos fondos, y le ofreció que le daría cuanto tenía en dinero y solicitaría de sus amigos las sumas que podrían darle. Al día siguiente consignó en la Tesorería de Guerra 80.000 pesos en onzas de oro, y el Libertador reconoció como un servicio distinguido este empréstito, ofreciéndole pagarlo en un corto período, como lo efectuó.

Instruído el Libertador de los acontecimientos del Perú y operaciones que efectuaba el General San Martín, después de la rendición del Callao por el Mariscal de Campo don José Lamar, y la traslación de este General a Guayaquil, le comunicó al General Sucre las operaciones que iba a emprender sobre Pasto, para que él sin demora alguna se pusiera en relaciones con el General San Martín, que lo auxiliase con las fuerzas que se habían situado al norte del Perú.

El General San Martín, conociendo la importancia de coadyuvar a la libertad del Departamento de Quito para que Bolívar y él, unidos, obrasen activamente sobre el ejército español que ocupaba desde el sur del Perú hasta la frontera de Buenos Aires, se apresuró a dar sus órdenes al Presidente de Trujillo, General Arenales, para que auxiliara eficazmente la expedición que Sucre proyectaba en Guayaquil contra las provincias de Loja y Cuenca. En efecto, el General Arenales, en cumplimiento de las órdenes del Protector, embarcó en los primeros días de diciembre el batallón Trujillo con más de 600 plazas y 100 granaderos a caballo, tropa excelente y aguerrida: el batallón Piura debía agregarse en la provincia de este nombre, con el cual se completarían 1.200 hombres. El Comandante de Piura, Coronel don Andrés Santa Cruz, oficial activo y emprendedor, era quien debía tomar el mando de la expedición: él manifestaba muy buenos deseos de contribuír eficazmente a la independencia de las provincias meridionales de Colombia. De acuerdo con Sucre emprendió su marcha por tierra a la provincia de Loja, territorio colombiano.

El General Sucre, luégo que recibió las órdenes del Libertador, emprendió operaciones sobre Cuenca y mandó al General Tomás Heres para combinar los movimientos de la división pe-

ruana que mandaba el Coronel Santa Cruz, señalando por punto de reunión la población de Saraguro, como se verificó el 9 de febrero.

Graves dificultades tuvo que vencer el Libertador para que el Protector del Perú, animado de sentimientos patrióticos por la independencia de América, no rompiera sus relaciones con Colombia, con la mira de apoderarse de Guayaquil. El tacto político de Sucre fue de mucha importancia en estos arreglos, lo mismo que la llegada del Ministro colombiano señor Joaquín Mosquera, con el objeto de celebrar un tratado de confederación americana entre diferentes repúblicas.

Antes de la llegada del Libertador al cuartel general de Tapio y cuando supo que Mourgeon había llegado a Quito, mandó cerca de él a los Coroneles Juan Paz del Castillo y Antonio Obando como parlamentarios para negociar la libertad del General Mires y demás jefes y oficiales prisioneros. Obando enfermó en Pasto y solamente siguió cerca de Mourgeon el Coronel Paz del Castillo, a quien mandó devolver aquel General porque el objeto principal que lo llevaba, que era el negociar la libertad de los prisioneros, se había verificado por un acto de generosidad con solamente la condición de no tomar las armas hasta ser canjeados. Según supimos después, Mourgeon desconfió del parlamentario Juan Paz del Castillo, porque conociéndolo como uno de los próceres de la revolución de Venezuela, y que había acompañado a San Martín desde Buenos Aires a Chile, no podía ser un simple parlamentario, y que acaso llevaba instrucciones para conocer el estado de la opinión en Quito y demás poblaciones del Ecuador, y cuál era el espíritu del ejército español a consecuencia de la revolución de España para plantear nuevamente la Constitución. Este juicio de Mourgeon provenía sin duda de una carta que recibió de Bolívar invitándolo a que procediese como Odonojú en México.

Ya dejamos dicho el día que partió el Libertador de Popayán, abriendo las operaciones sobre Pasto. La marcha fue penosa por las bajas que ocurrían en el ejército a consecuencia del mal clima de Patía. En el sitio de Miraflores, en que estuvo algunos días el cuartel general, se estableció un hospital con muy cerca de 300 enfermos, y el ejército marchó en tres columnas hasta el punto del Alpujarra, del otro lado del río Mayo, punto estratégico que amenazaba simultáneamente diferentes pasos del río Juanambú, que ocupaban los españoles, habiendo construído fortificaciones de campaña.

El Coronel don Basilio García, Comandante General de la división que ocupaba a Pasto, formó una columna de tropa ligera con los guerrilleros de Patía y otras poblaciones del cantón de Almaguer, cuyas fuerzas de infantería ascendían a 200 hombres, y la caballería constaba de 150 jinetes, ocupados de maniobrar a retaguardia del ejército colombiano, para cortarles las comunicaciones con Popayán y aprehender a los soldados atrasados del ejército.

El Libertador dejó en el pueblo de Mercaderes el escuadrón lanceros de Páez, que mandaba el Teniente Coronel José de la Cruz Paredes, para que protegiese las comunicaciones con el cuartel general, y allí me dejó órdenes para que con la columna que yo mandaba de 120 hombres, pertenecientes a diferentes cuerpos que habían quedado atrasados, siguiese a ocupar a Ataminango para sostener las comunicaciones con el ejército que debía pasar el Juanambú por las inmediaciones de aquel pueblo. Ciertamente verificó su paso vadeando el río el 26 de marzo, por un lugar llamado La Herradura, y cuando la división española ocurrió a impedirlo, ya la vanguardia había ocupado las alturas de la ribera izquierda del río por el sitio llamado La Ovejera, siguió a Consacá, ocupando las fuertes posiciones que le permitían tomar el camino que va a dar al Guáitara, con el objeto de pasarlo y obligar al enemigo a emprender su retirada de Pasto para el territorio de Túquerres, y estar en contacto con el ejército español de Quito. De Consacá marchó el ejército con dirección a Bomboná el 6 de abril, y el 7 muy temprano llegó la vanguardia, compuesta de los batallones Bogotá y Vargas, a la quebrada de Cariaco. Observó el Libertador que se aproximaba a la altura que domina la quebrada de Cariaco alguna fuerza enemiga, y le ordenó al General Torres que antes de almorzar la tropa, para lo cual había hecho alto, tomase la altura y batiese la fuerza que se aproximaba. El Libertador con sus ayudantes de campo contramarchó a encontrar la segunda división y que redoblase la marcha para proteger a la primera, y cuando llegó con dicha división observó que el enemigo había ocupado esa fuerte posición, y la división de vanguardia había hecho alto y estaba almorzando, porque el General Torres había entendido mal la orden del Libertador, creyendo que le había ordenado que hiciera almorzar a la tropa antes de emprender la ocupación de la altura. El Libertador tuvo una gran molestia y mandó que el Coronel Barreto tomara el mando de la división y atacara al enemigo. El General Pedro León Torres se ofendió, y echando pie a tierra le dijo al Libertador: "He entendido mal sus órdenes"; y quitán-

dole el fusil a un soldado, le dijo: "Marcho a vanguardia a probar mi valor como un soldado". Esta respuesta le hizo impresión al Libertador y lo restableció en el mando, ordenándole que diese principio al combate, atacando en sus posiciones al enemigo. A las doce del día se empeñó por diferentes partes la batalla: el enemigo estableció una batería de artillería con dos piezas que hacían mucho daño a los cuerpos de vanguardia. Como a las cuatro de la tarde observó el Libertador que una fuerza española que formaba la derecha de la segunda división había hecho varios movimientos insignificantes, y que su Jefe debía ser inepto o cobarde, y ordenó al General Valdés que lo mandase atacar con el batallón Rifles; tardóse la operación porque en aquellas breñas no era fácil subir a coronar la altura: había una cortadura natural donde hubo necesidad de clavar algunas bayonetas para que sirvieran de escala, y lograron subir 180 hombres con el Coronel Barreto, los Capitanes Fergusson, Ramírez y Wright y el Teniente Piñeres, y atacaron al enemigo por aquella parte. Como lo había juzgado el Libertador, el Jefe español era inepto y cobarde, fue derrotado y llevó el espanto al cuartel general de don Basilio García. Oscurecía la noche y emprendió el Coronel García su retirada, dejando en el campo de batalla 80 muertos.

La división de vanguardia había sido destrozada, heridos todos los jefes, incluso el General Torres y la mayor parte de los subalternos; muertos y heridos, 500 hombres.

El General Valdés mandó parte al Libertador de la victoria obtenida, y que había tomado una buena posición militar; esto fue de gran satisfacción para el Libertador, y se ocupó esa misma noche en mandar recoger heridos y establecer un hospital militar.

Al día siguiente mandó a su secretario general, Teniente Coronel José Gabriel Pérez, en comisión cerca del Coronel don Basilio García, intimándole la rendición y ofreciéndole una capitulación honrosa, cuyo proyecto llevó Pérez escrito. El Coronel García pensó en acceder, como lo hemos sabido después; pero un clérigo español, Capellán del batallón Cazadores de Cádiz, que había llegado al cuartel general de García, le aconsejó que respondiera al Libertador que estaba colocado en las alturas de Yacuanquer, y que para tomarlas perdería más gente que en Cariaco. Regresó con esta respuesta el secretario general, y como el Libertador no tenía noticias de los cuerpos de reserva que debían llegar, y tampoco podía ponerse en comunicación con el General Sucre porque estaba ocupado el territorio de Túquerres a Ipiales por parte del batallón Cataluña y una compañía del

batallón Aragón, resolvió trasladarse hasta el punto del Peñón, sobre el Juanambú, para permanecer allí hasta la llegada de las tropas de reserva.

Hizo saber al Comandante General don Basilio García que dejaba en Bomboná un hospital militar con médicos, medicinas y recursos para su subsistencia, y en él al General Pedro León Torres para que fueren tratados dicho General, los oficiales y tropa, con arreglo al derecho de gentes y de la guerra, a virtud de la regularización celebrada entre el Libertador de Colombia y el General en Jefe don Pablo Morillo.

El Teniente Coronel José de la Cruz Paredes, teniendo noticia de los movimientos que emprendían las tropas ligeras de los españoles que obraban en el cantón de Almaguer y valle de Patía, llamó a su cuartel de Mercaderes la pequeña columna de observación, que estaba sobre Juanambú a mis órdenes para aumentar sus fuerzas y salvar el hospital que estaba en Miraflores amenazado por las expresadas tropas ligeras de que hemos hablado. Al día siguiente (16 de abril) de haberse reunido la columna expresada con el escuadrón que mandaba Paredes, se tuvo noticia de la ocupación que habían hecho las fuerzas españolas del hospital de Miraflores, matando a varios individuos que trataron de defender el hospital, pero pudieron escaparse un capitán, dos subalternos y varios convalecientes que pudieron llegar a Mercaderes, y resolvió marchar sobre el enemigo llevando consigo los convalecientes que se habían salvado en el hospital de Miraflores y en los pueblos de Patía y de Mercaderes, y con el objeto de abrir la comunicación con Popayán para que marcharan las tropas de reserva a unirse con el ejército del Libertador, que estaba al otro lado del Juanambú, y se tenía noticia de haber habido un duro combate del 7 al 9 de abril, en la dirección del volcán de Pasto.

El 22 de abril se encontró al enemigo formado en un cerro llamado El Volador, en número de 200 infantes, y por retaguardia se acercaba un cuerpo de caballería de más de 100 jinetes. La fuerza republicana tomó posiciones al frente de la infantería enemiga en una meseta, para subir a la cual la caballería tenía que pasar por un callejón estrecho, el que se obstruyó, y se colocó sobre él un piquete de infantería mientras se atacaba al enemigo que estaba al frente. El Teniente Coronel Paredes comenzó el combate por la izquierda, y los Capitanes Mosquera, Edecán del Libertador, y Braum, Capitán de lanceros, con 15 jinetes flanquearon al enemigo por su izquierda, y puesta en desorden una compañía, llevó el espanto al resto de las fuerzas y

se completó la derrota de la infantería, muriendo 40 españoles y huyendo el resto de la infantería por esas escarpadas breñas hacia el oriente, la caballería enemiga se retiró porque no habiendo podido auxiliar a los infantes presenció su derrota. Los vencedores continuaron su marcha hasta Popayán, a donde llegaron el 24, y encontraron en esa ciudad al Coronel Lara con los cuerpos de reserva que indebidamente había demorado.

El armamento de estos cuerpos era de calibre 18 y las municiones que habían llegado de Bogotá eran de fusiles ingleses de 14, y fue necesario establecer una maestranza para arreglar las municiones al armamento, y se dio principio a ello inmediatamente.

El 26 llegaron a Popayán el General Jesús Barreto y el Coronel Juan Paz del Castillo, a quienes mandó el Libertador a buscar los cuerpos de reserva con el parte del triunfo de Bomboná y la necesidad que había tenido de suspender sus operaciones, como dejamos dicho, después de la batalla más heroica y menos gloriosa que se había librado en las últimas campañas.

Los cuerpos que se formaron de la reserva tuvieron que demorarse 6 días en Popayán, y el 14 de mayo marchó la primera columna a unirse al ejército a órdenes del Coronel Juan Paz del Castillo; y el 7 encontró el Libertador en el pueblo de Mercaderes todo el ejército en retirada; porque no pudo mantenerse en El Peñol por falta de víveres, pues aun la carne y la sal se escasearon extraordinariamente, y continuó su marcha el ejército hasta El Trapiche, población regular por su buen clima y salubridad, y se remitieron órdenes al General Barreto para que se quedara en Patía con la caballería, tomando ganados para el ejército y que siguiera la infantería al pueblo del Trapiche. Llegó la columna de infantería a dicho pueblo el 20 de mayo, y se había incorporado a ella el Teniente con grado de Capitán, Fidel Pombo, que traía comunicaciones del General Sucre al Libertador, dando cuenta de sus operaciones, de la ocupación que había hecho de la ciudad de Cuenca desde el 21 de febrero y que el enemigo había emprendido su retirada por Alausí hasta Riobamba, y que se movía sobre él, el 4 de marzo; de modo que cuando llegaron estas comunicaciones al cuartel general del Libertador no podría el General Mourgeon auxiliar a la división española que guarnecía a Pasto, para que el Libertador obrase decisivamente sobre aquel punto.

Se recibieron en el mismo tiempo noticias por tres oficiales de los enfermos que habían quedado en Bomboná, que se

decía en aquellos lugares inmediatos a Pasto que el General Sucre se acercaba a Quito.

El Libertador, en los días 20 a 22 de mayo, reorganizó los cuerpos del ejército, formando de ellos la 1ª y 2ª brigadas de la guardia colombiana; la 1ª se componía de los batallones Bogotá y Vargas; y la 2ª, del Rifles y Vencedor en Boyacá, y una columna de caballería a órdenes del General Barreto, compuesta de los escuadrones primero de guías, granaderos de a caballo, cazadores montados y húsares. Organizado así el ejército, dispuso su marcha para el 25 de mayo, y el 23 hizo seguir a Pasto al secretario general, Teniente Coronel José Gabriel Pérez, con una nueva intimación al Coronel Basilio García, Comandante General de la división que ocupaba a Pasto. La intimación es un documento histórico de grande importancia, como se verá en el apéndice. El secretario general, acompañado de un ayudante, siguió a Pasto por la montaña de Bateros, y la del Puruguay para ir por la vía del Tablón de los Gómez al cuartel general del Coronel García.

Como dejamos dicho, el 25 de mayo se puso en marcha la primera brigada del ejército a órdenes del General Valdés, nombrado Comandante en Jefe del ejército; y el 26 siguió el Libertador con el Estado Mayor General, la segunda brigada de la guardia y la caballería. El 29 de mayo fue ocupada la montaña de Berruecos y desalojado el enemigo, que ocupaba un estrecho de la montaña y que había construído un foso como de cuatro metros de anchura, sobre el cual fue necesario construír un puente en la noche del 28, para que pasara el ejército al día siguiente, como se verificó, acampando el ejército en el caserío de Berruecos, con el Libertador a la cabeza. La misma noche tuvo noticia el Libertador que se acercaba por retaguardia el Coronel José Gabriel Pérez, con dos jefes españoles que mandaba el Coronel García, con proposiciones de paz, y llegaron al cuartel general libertador el 30 de mayo, muy temprano. Recibió el Libertador a los comisionados, Teniente Coronel don Pantaleón Fierro y Teniente Coronel don Miguel Retamal, e inmediatamente comisionó el Libertador al Coronel Pérez y al Teniente Coronel González para que procediesen a arreglar una capitulación honrosa, como lo había ofrecido después del triunfo de Bomboná; no obstante que creía que don Basilio García se rendía, porque Sucre debía haber ocupado a Quito, según las operaciones que le había anunciado dicho General por el puerto de Buenaventura. El Teniente Coronel Fierro le dijo entonces al Libertador: "Después de la muerte del General Mourgeon, tomó

el mando el General Aymerich, que estaba capitulado el 23 de mayo con el General Sucre, después de una reñida batalla en Pichincha. Es todo lo que se sabe en el cuartel general, comunicado por el Comandante del batallón Cataluña, que ocupa el territorio de los Pastos, limítrofe de la provincia de Quito". A esto contestó el Libertador: "Para mí esto no era probable sino seguro; pero no obstante, no exijo otra cosa que una capitulación honrosa, como la que ofrecí después del triunfo de Bomboná." Se acordó el mismo día 30 de mayo, como se verá en el apéndice.

El 31 del mismo mes marcharon con ella los comisionados a entregarla a don Basilio García para que la ratificara, y el 1º de junio marchó el ejército a ocupar el Juanambú y las posiciones militares fortificadas del otro lado del expresado río. El 2 de junio atravesó el Juanambú la 2ª brigada de la guardia, y la columna española que ocupaba el atrincheramiento de Matabajoy se retiró para Pasto, y la 2ª brigada de la guardia siguió su marcha por el Boquerón al caserío de Ortega, y la 1ª brigada siguió los movimientos de la 2ª, y, reunida toda la fuerza en Buesaco, el 4 de junio, ordenó el Libertador la organización de una columna de las cuatro compañías de granaderos y las cuatro de cazadores de los cuatro batallones del ejército, para que marchasen con el Libertador a Pasto, a órdenes del General Salom, Jefe del Estado Mayor del Ejército, y que el General Valdés marchase a retaguardia con todo el ejército. El 5 de junio recibió el Libertador una carta oficial del Coronel García, en que le suplicaba redoblase su marcha porque el pueblo de Pasto, por sus instintos fanáticos, quería que continuase la guerra, y solamente había podido calmarlo por la influencia del Obispo de Popayán, que estaba en aquel lugar. El Libertador le contestó que al día siguiente estaría en Pasto. Al día siguiente (el 6) se puso en marcha el Libertador con su Estado Mayor, y en el Alto de Tacines, como a las once del día, encontró al Capitán don Gregorio Alonso, ayudante de campo de don Basilio García, y al presbítero don Félix Liñán y Haro, secretario del Obispo de Popayán, a anunciarle al Libertador que sería cumplida la capitulación y que el Comandante General español, con el Gobernador de Pasto, vendrían a encontrarlo hasta la meseta del Calvario, como a una legua de distancia de Pasto; pero que deseaban saber cuáles eran los honores que se le hacían al Libertador Presidente.

Contestóles el Libertador que el Presidente de Colombia, cuando entraba vencedor a una ciudad, recibía los honores de un emperador romano.

A las tres de la tarde encontró el Libertador en la meseta del Calvario al Coronel don Basilio García, acompañado del Gobernador de Pasto, los miembros de su Cabildos y otros empleados, y al verlo se desmontaron todos. El Libertador se adelantó y echó pie a tierra para recibir al Coronel García, quien le dirigió la palabra en estos términos:

"Excelentísimo señor: Esta espada y este bastón que me han dado el Rey de la Nación Española para defender sus derechos, tengo el honor de entregarlos al más ilustre Jefe Americano".

El Libertador le contestó: "Señor Coronel: esa espada y ese bastón que le ha dado a usted el Rey de la Nación Española, para defender su causa, consérvelos usted porque se ha hecho digno de ellos; pero al regreso a España diga usted al Rey de la Nación Española que los descendientes de los conquistadores de Granada han humillado al León de Castilla, defendido por los vencedores, de los vencedores de Austerlitz".

El Gobernador de Pasto y algunos otros de los concurrentes también le dirigieron la palabra al Libertador; y les contestó con palabras halagüeñas y de cortesía. Poniéndose de a caballo siguió el Libertador, con su Estado Mayor, acompañado de todos los que habían venido a felicitarlo, llevando a su izquierda al Coronel García.

Al entrar a la ciudad encontró el Libertador tendidas las tropas en alas para hacerle los honores, le presentaron las armas y batieron marcha de honor. En las esquinas de la plaza le aguardaba el Obispo de Popayán, con sus vestiduras pontificales y bajo de palio; desmontóse el Libertador para recibir al Obispo, quien le dio la paz y lo incensó conforme lo hacen los Obispos católicos a las personas que tienen honores reales, y bajo de palio lo condujo a la iglesia, y colocándose en el presbiterio de aquel templo se cantó el Tedeum, y concluída la ceremonia se retiró el Libertador acompañado por el Obispo y el clero hasta la puerta de la iglesia, y el Libertador siguió a la casa que le tenían preparada en la misma plaza, en la que encontró medio batallón de la división española como guardia de honor. El Coronel García le manifestó al Libertador que no estaba contento que se hubiera adelantado solo con su Estado Mayor, porque aunque él y las tropas de línea lo defenderían de todos modos, no tenía confianza en los pastusos, y se mandaron

órdenes al General Salom para que redoblara la marcha con la columna que mandaba. En la plaza mayor se iban aglomerando los hombres de la población de Pasto de un modo sospechoso; pero al oír poco más de las cinco de la tarde el sonido de la banda de cornetas, con que entraba a la ciudad la columna que mandaba el General Salom, se dispersaron con gran velocidad todos los hombres que habían ocupado la plaza, que quedó completamente sola, de lo que se alegró mucho García. El 7 llegó el resto del ejército, y la división española rindió las armas ese día en la plaza mayor. Fui comisionado para recibir las armas, el parque y la Tesorería de Guerra, en la que existían 8.000 pesos, y el Libertador dispuso que los destinara el Comandante General, don Basilio García, como auxilio a los jefes y oficiales prisioneros que debían seguir a España.

El 8 de junio marché a Túquerres con un ayudante del Coronel García a poner en conocimiento de los jefes españoles que estaban en aquel territorio, que el Comandante General había capitulado y que debían rendir igualmente las armas, lo que efectuaron el Comandante Taguada, del medio batallón Cataluña, y el Capitán Pastor, de una compañía de dragón, los que me informaron hallarse entre Tulcán e Ipiales parte de los regimientos dragones de Granada que habían venido derrotados de Quito, y seguían en solicitud de ellos; y en el puente natural del Rumichaca encontré al Brigadier don Carlos Tolrá, y puse en su conocimiento la comisión que llevaba, y me manifestó que él no podía someterse a la capitulación de don Basilio García, porque era un Jefe superior a él, y se sometería a la del General Aymerich, para donde seguiría inmediatamente.

Cuando fuimos con Tolrá a hacerle saber al Teniente Coronel Morales que debía someterse al Gobierno de la República, a virtud de la capitulación celebrada entre el Libertador y don Basilio García, un negro caucano tendió su carabina para hacerme fuego, y el Teniente Coronel Morales, con el asta de su lanza, levantó la carabina, y el tiro se fue por alto. Inmediatamente el Brigadier Tolrá mandó echar pie a tierra al soldado, y desmontándose 4 carabineros hizo fusilar al dragón que me había querido asesinar; restableciendo de este modo la disciplina en los dragones, que contramarcharon al pueblo de Ipiales, en donde debían entregar sus armas y caballos.

El 10 del mes de junio llegó el Libertador al pueblo de Tlcán, escoltado por el escuadrón de Húsares de la Guardia, y al día siguiente siguió su marcha para Tusa, con dirección a Quito. En el centro de la montaña de Guaca lo esperaban un

matrimonio de indios, junto a su choza, en donde habían formado un arco muy ingenioso y de muchas flores. El marido estaba a un lado del arco con una hijita, y la mujer del otro lado con un hijo varón. Se hincaron y gritaron: "Viva el Libertador que nos viene a quitar los chapetones, que por tántos años nos oprimen". Estaban vestidos con el traje propio de los indígenas, y el Libertador se desmontó para agasajarlos; nos pidió a sus edecanes el dinero que llevábamos a mano, y reunió 20 onzas de oro que se las regaló a esta familia, que de rodillas exclamaban palabras de reconocimiento al Libertador, quien nos dijo: Esta manifestación sincera la aprecio más que los obsequios que voy recibiendo de los ciudadanos que salen a mi encuentro para felicitarme por la libertad del Ecuador".

Ese mismo día llegó el Libertador a Tusa, en donde recibió aplausos de entusiasmo y se tenía preparada una mesa para tomar un almuerzo, con vino, licores y frutas, que aceptó, y a dos horas después siguió para Quesaca y Puntal, y pernoctó en Puntal, en donde se le tenía preparada una comida con licores y vino de lo mejor que podían conseguir. El 11 siguió su marcha con dirección a Ibarra, durmió en la hacienda de San Vicente, de los dominicanos, y el 12 llegó a la ciudad de Ibarra, en donde se le hizo un magnífico recibimiento. El 13 fue a la ciudad de Otavalo, en donde encontró al escuadrón de granaderos montados del río de La Plata, que lo esperaba allí para servir de guardia de honor, y siguió a dormir a Tabacundo. Al día siguiente pasó por Ganllabamba y fue a dormir a Rumipamba, donde lo esperaba el antiguo Marqués de San José, con un suntuoso convite; durmió allí, y el 15 siguió a Quito, encontrando en el tránsito a las corporaciones civiles y eclesiásticas y muchos ciudadanos distinguidos que salían a encontrarlo. El entusiasmo era extraordinario, y al entrar a las calles de la ciudad todas las ventanas y balcones estaban cubiertos con tapices y lucían en ellas las señoras y señoritas, vestidas y peinadas con mucha elegancia. En la plaza mayor se había formado un salón sobre un tablado ricamente adornado todo, y había en él seis señoritas jóvenes vestidas como ninfas para coronar al Libertador de Colombia; subió al tablado con Sucre, sus ayudantes de campo, el Jefe del Estado Mayor General, y 4 ayudantes generales.

Una de las señoritas, Mariana Arboleda, puso sobre las sienes del Libertador una corona de laureles artificiales ricamente unidos por un broche de diamantes. Dio las gracias el Libertador a la señorita, y quitándosela de la cabeza la colocó sobre la del General Sucre y le dijo a la señorita: "Esta corona

corresponde al vencedor en Pichincha". Y la señorita, tomando de una gran bandeja una corona de laureles naturales, le dirigió la palabra al Libertador diciéndole: "Si la corona de laurel artificial que os ha sido destinada la habéis cedido al vencedor de Pichincha, pirmitid, señor, que os corone con otra de laureles naturales"; y en seguida las las seis ninfas coronaron a los jefes y oficiales, edecanes del Libertador y oficiales del Estado Mayor.

Del tablado bajó y siguió a la catedral, acompañado de su Estado Mayor, abriéndose paso, en medio de un concurso inmenso, hasta llegar al templo, en cuya puerta le recibió el cabildo eclesiástico, que lo condujo hasta el presbiterio, en donde se cantó un Tedeum, dando gracias a Dios por el triunfo de las armas republicanas. De la catedral siguió el Libertador a la casa de gobierno, situada en la misma plaza. Pocas veces se puede ver una ovación tan espléndida y espontánea.

Esa tarde se presentaron en el palacio del gobierno algunos jefes y oficiales de los prisioneros españoles a cumplimentar al Libertador. El General Aymerich había seguido para Guayaquil.

Los que hemos presenciado esta función solemne podemos comprender bien cuánto era el entusiasmo que produjo la presencia del Libertador de Colombia. Materialmente desde Tulcán a Quito hemos marchado sobre flores y arcos triunfales y espléndidas manifestaciones de contento, alegría y admiración.

En la tarde del día 15 llamó el Libertador al General Sucre a una conferencia particular para acordar el decreto que debía publicarse para convocar una asamblea general de los pueblos que, desde Pasto a Quito y Loja, debía expresar su adhesión a la ley fundamental de Colombia, y que el Congreso, en su reunión próxima de 1823, convocase una Convención General de toda Colombia para sancionar la Constitución que debe regir en la República, con el voto y representación de todo el pueblo colombiano.

El General Sucre le manifestó al Libertador que aunque no era cierto que después de haberse fundado a Colombia en el Congreso de Guayana, con diputados suplentes por la Nueva Granada, fue muy conveniente la convocatoria del Congreso Constituyente de Cúcuta, y fue autorizado el Libertador para mandar el ejército que les había dado independencia y libertad a los departamentos del Sur; entre los cuales se enumeraba a Guayaquil, que había sido invitada para hacer parte de Colombia. Que aquel Departamento se mantenía como república independiente,

y el Perú pretendía que se le incorporase. Le hizo presente igualmente que conforme a las instrucciones que había recibido del Gobierno Nacional, había organizado en el Departamento de Cuenca un gobierno político civil y un Tribunal de Justicia, y que le había presentado ese mismo día el acto de 28 de mayo que se celebró en esa ciudad de Quito, y que eso le parecía suficiente para que entrara en la unión colombiana el territorio de la antigua presidencia de Quito.

El Libertador se convenció de las razones de Sucre y que no debía hacerse otra cosa.

Al día siguiente, 16 de junio, dispuso el Libertador que marchasen en comisión a Guayaquil a preparar buques para conducir al Perú la división auxiliar que remitía a Colombia, y la que debía trasportar de regreso la división auxiliar del Perú, y fueron comisionados al efecto el Teniente Coronel Mosquera, Ayudante de Campo del Libertador, el Sargento Mayor Arenales, del Estado Mayor de la división peruana.

Dio las órdenes el Libertador que los cuerpos de Colombia que debían formar la división auxiliar de esta República marchasen por la vía de Guaranda a Guayaquil y la división peruana por Alauxi y Machala a la isla de Lapuna, a la desembocadura de los ríos de Guayaquil, en donde se hallaban algunos buques de guerra de la escuadra peruana, y para evitar que en la ciudad de Guayaquil se uniesen fuerzas de las dos repúblicas y evitar un conflicto entre ellas por la diversidad de opiniones sobre la incorporación de ese Departamento a Colombia o su agregación al Perú.

El Teniente Coronel Mosquera, Edecán del Libertador, regresó de Guayaquil, después de haber cumplido su comisión a encontrar al Libertador en el tránsito de Quito a Guayaquil para darle cuenta de que el General Lamar se había puesto en marcha desde Guayaquil, cerca del Libertador, para demorarle su viaje mientras llegaba el General San Martín a Guayaquil, y con su arribo se pronunciase este Departamento por su agregación al Perú. El expresado General Lamar, al saber en el pueblo de San Miguel de Chimbo que el Libertador había llegado a Riobamba, en marcha para Guayaquil con la división auxiliar que debía venir al Perú, suspendió su marcha en San Miguel de Chimbo para demorar si podía que siguiese el Libertador para Guayaquil. El Teniente Coronel Mosquera, que estaba informado de todo, siguió a dar cuenta al Libertador del plan que los miembros del Gobierno de Guayaquil habían formado con el General Lamar, para demorar la marcha del Libertador, mientras

podía llegar a la ciudad de Guayaquil el Protector. El 3 de julio encontró dicho Jefe al Libertador en vía para Guaranda y siguió con él hasta aquella población, en donde el Libertador aguardó los cuerpos que estaban en marcha para Guayaquil, y el 6 de julio siguió con ellos hasta Babahoyo, dejando al General Lamar en San Miguel, enfermo. El día 9 llegó el Libertador a Babahoyo, esperando allí los cuerpos de que hemos hablado; el 10 siguió con ellos hasta Buijo, en donde pernoctó, y el 11 se embarcó nuevamente en el río de Guayaquil y llegó a la ciudad a las 4 de la tarde.

Fue grande el entusiasmo con que se le recibió, desembarcando en la parte superior de la ciudad, en donde lo aguardaban los miembros del Gobierno, acompañados del General Salazar, encargado de negocios del Perú, cerca del Gobierno de Guayaquil, y el Coronel Rojas, agente confidencial cerca de la Junta de Gobierno de Guayaquil, del de Chile y de todos los empleados superiores de la República de Guayaquil. El entusiasmo con que se recibió al Libertador fue muy grande, pero se advertía que las hermosas damas de Guayaquil en los balcones de las calles por donde debía pasar el Libertador habían adornado sus vestidos con los colores de los pabellones de Colombia y el Perú, y algunas con el de la bandera propia de la República de Guayaquil. El mayor número llevaba los tres colores de Colombia; algunas el bicolor rojo y blanco, y pocas los colores blanco y azul de la bandera guayaquileña.

La agitación que había en la ciudad fue grande; el 13 llegó a su colmo, y se enarboló en el asta de la bandera del muelle que queda enfrente de la Casa de Gobierno de Guayaquil, a donde había sido alojado el Libertador, la bandera colombiana. Por tres veces la mandó arriar el Libertador, excitando desde un balcón al pueblo para que tuviera calma y prudencia, y los entusiastas guayaquileños volvían a izar el pabellón colombiano hasta por cuarta vez. Estaban en la sala de la casa del Libertador el General Salazar y el Coronel Rojas, representantes del Perú y Chile, presenciando el empeño del Libertador para calmar la agitación; pero creciendo ésta de punto, dio una proclama ofreciendo su protección al pueblo de Guayaquil [1]. En esa noche los miembros del Gobierno abandonaron la ciudad y fueron a asilarse en los buques de guerra de la escuadra peruana, que estaba anclada en el golfo de Guayaquil, enfrente de la isla de Lapuna.

---

1 Véase apéndice. **Gaceta de Colombia** Nº 46.

El Libertador se ocupó en organizar la administración pública de la ciudad para que no estuviese acéfala y se conservase el orden público.

Eran distintas las manifestaciones que recibía el Libertador de las diferentes poblaciones del Departamento de Guayaquil en favor de su agregación a Colombia, y dio un decreto mandando nombrar diputados para formar una asamblea general que decidiese con toda libertad lo que más conviniera a los intereses del país.

El 24 de julio de 1822 se celebraba el natalicio del General Bolívar, y por la noche entró a la ría de Guayaquil la goleta **Macedonia**, en la que venía el Protector del Perú, General San Martín, e hizo desembarcar a sus Ayudantes de Campo, Coronel don Rufino Guido y Teniente Coronel Soyer, a cumplimentar al Libertador con orden de manifestarle: que si su presencia podía causar alguna excitación en el país, podrían verse a bordo de dicho buque. El Libertador respondió como debía y mandó inmediatamente 4 de sus Ayudantes de Campo a saludar al Protector y ofrecerle un alojamiento.

Al día siguiente fue recibido con todos los honores que le correspondían y con demostraciones muy cordiales de parte del Libertador y del pueblo de Guayaquil. Después de la comida se retiraron Bolívar y San Martín a una sala de la casa que le había sido preparada, a tener una conferencia, y habiendo comenzado ella, por el estado en que estaba Colombia, me llamó el Libertador para que fuera a su casa a traer unas cartas del General Santander, para enseñarle algo a San Martín. En seguida el General San Martín habló y le manifestó su pensamiento de hacer del Perú una monarquía constitucional para adquirir de ese modo la independencia y dar a la América española gobiernos análogos a sus necesidades.

En seguida le presentó copia del Acta del Consejo de Estado, que por su grande importancia copiamos en seguida, en el texto de estas Memorias, lo mismo que la comunicación oficial que el Ministro Monteagudo dirigió al Presidente del Consejo de Estado. Estos documentos son los siguientes:

Estando reunidos en la sala de sesiones del Consejo de Estado, los consejeros Ilustrísimo y Honorable señor D. Juan García del Río, ministro de Estado, fundador de la orden del sol, Ilustrísimo y H. señor coronel don Bernardo Monteagudo, ministro de Estado en el departamento de guerra y marina y fundador de la orden del sol, Ilustrísimo y H. señor Hipólito Unanue, ministro de Estado en el departamento de hacienda y fundador de la orden del sol, el señor D. D. Francisco Javier Moreno, presidente de la alta Cámara de Justicia, el Ilustrísimo y H. Gran Marsical Conde

del Valle de Oselle, Marqués de Montemira y fundador de la orden del sol, el señor D. D. Francisco Javier de Echague, gobernador del Arzobispado y asociado a la orden del sol, el honorable señor general de división Marqués de Torre Tagle, fundador de la orden del sol e inspector general de los cuerpos cívicos y comandante general de la legión peruana de la guardia, y los señores condes de la Vega del Ren y de Torre Velarde, asociados a la orden del sol, bajo la presidencia del Excmo. señor Protector del Perú, don José de San Martín, acordaron extender en el acta, que las bases de las negociaciones que entablen cerca de los altos poderes de Europa, los comisionados Ilmo. y H. señor D. Juan García del Río, y el H. señor coronel don Diego Paroissien, fundador de la orden del sol y oficial de la Legión del Mérito de Chile, sean las siguientes:

1ª Para conservar el orden interior del Perú, y a fin de que este Estado adquiera la respetabilidad interior de que es susceptible conviene el establecimiento de un gobierno vigoroso, el reconocimiento de la independencia y la alianza o protección de una de las potencias de las de primer orden de Europa, y es de consiguiente indispensable. La Gran Bretaña por su poder marítimo, su crédito y sus vastos recursos, como por la bondad de sus instituciones; y la Rusia por su importancia política y poderío, se presentan bajo un carácter más atractivo que todas las demás, están de consiguiente autorizados los comisionados para explorar como corresponde y aceptar que el príncipe de Saxe-Cobourg o en su defecto uno de la dinastía reinante de la Gran Bretaña pase a coronarse Emperador del Perú. En este último caso darán la preferencia al duque de Saxe con la precisa condición que el nuevo jefe de esta monarquía abrace la religión Católica, debiendo aceptar y jurar al tiempo de su recibimiento la Constitución que le dieren los representantes de la nación, permitiéndosele venir acompañado, a lo sumo, de una guardia que no pase de 300 hombres. Si lo anterior no tuviese efecto podrá emplearse algunas de las ramas colaterales de Alemania, con tal éste estuviera sostenido por el Gobierno Británico, o uno de los príncipes de la Casa de Austria, con las mismas condiciones y requisitos.

2ª En caso que los comisionados encuentren obstáculos insuperables por parte del Gobierno Británico, se dirigirán al Emperador de la Rusia como el único poder que puede rivalizar con la Inglaterra.

Para entonces están autorizados los Enviados para aceptar un príncipe de aquella dinastía o algún otro a quien el Emperador asegure su protección.

3ª En defecto de un príncipe de la Casa de Brounswick, Austria y Rusia, aceptarán los Enviados alguno de los de la Francia y Portugal, y en último recurso podrán admitir de la Casa de España, al Duque de Luca, en un todo sujeto a las condiciones expresadas y no podrá de ningún modo venir acompañado de la menor fuerza armada.

4ª Quedan facultados los Enviados de conceder ciertas ventajas al Gobierno que más nos proteja y podrán proceder en grande, para asegurar al Perú una fuerte protección y para promover su felicidad.

Y para su constancia, la firman en la Sala de sesiones del Congreso, en Lima a 24 de diciembre de 1821 años, en la heroica y esforzada Ciudad de los Reyes.

José de San Martín,—El Conde del Valle de Oselle,— El Conde de la Vega del Ren,—**Francisco Javier Moreno,**— **Francisco Javier Echague,**— El marqués de Torre Tagle,—**Hipólito Unanue,**— El Conde de la Torre **Velarde,**— El Ministro interino del Gobierno,—**Bernardo de Monteagudo.**

No obstante de lo iniciado a V. E. en mi anterior nota sobre los puntos que deben comprender las instrucciones que lleven los señores García del Río y Paroissien, encargados de levantar el empréstito en Londres, S. E. el Protector me ha encargado diga a V. E. que el Excmo. Consejo no eche en olvido, como punto esencial, el autorizarlos para que soliciten de una de las Casas reinantes un Príncipe de aptitud y prepotencia que rija los destinos del Perú, pues está altamente penetrado que el Gobierno más conducente a su felicidad es el monárquico constitucional, sistema que S. E. sostendrá en caso necesario con toda su fuerza física. Dios guarde a V. E. muchos años. —Lima, abril 12 de 1822. — **Bernardo de Monteagudo".**

Leídas que le fueron estas comunicaciones, el Libertador le observó al General San Martín que algunos de los miembros del Consejo no eran sino títulos de Castilla, y que había como miembro del Consejo un eclesiástico; que todo esto era conservar las instituciones coloniales y pretender llevar a efecto el proyecto de Floridablanca cuando propuso al Rey de España crear monarquías en América, erigiendo al Rey de España, Emperador de todas las monarquías americanas, para conservar en una sola confederación las naciones de raza española, pues las Américas debían independizarse después de haber auxiliado a los Estados Unidos para su independencia de la Gran Bretaña.

¿Cómo cree usted que puedan negociar un soberano para el Perú de las familias anglosajonas y que un Príncipe, como el Duque de Luca, cambie de religión para ser Rey del Perú, cuando ha renunciado a sus derechos a la Corona de Inglaterra, para casarse con una señora que no era Princesa?

En el mes de abril todavía el Ministro Monteagudo, de orden de usted, insistía en esa negociación, que usted me propone ahora.

El Perú ha celebrado el tratado de amistad y confederación con Colombia y se ha firmado ahora 20 días, con consentimiento de usted por el Ministro Monteagudo; y no hay unidad de pensamiento con lo que usted me propone ahora, con la de llevar a efecto la Confederación Americana que será representada por un Congreso de Plenipotenciarios de diferentes Repúblicas de la América española.

Yo no puedo sino continuar la línea de conducta que he observado en 12 años de absoluta consagración a la causa de la libertad. Jamás doblaré la cerviz en presencia de un Príncipe a quien había despreciado y enseñado a despreciar que el suelo virgen de América no permitía otro gobierno que el republicano y comprometidos mi nombre y mi fama con las negociaciones que he emprendido, para arrancar el poder a la España, jamás daría un paso semejante. En seguida le dije: Usted, General, se ha perdido con este viaje. La agregación que ha decretado usted de algunas provincias de Buenos Aires al Perú le han enajenado a los mejores Generales. Según noticias que acabo de recibir del agente confidencial de Colombia, Teniente Coronel Gómez, el General Las Heras se ha separado

del ejército por no traicionarlo; y los Generales Alvarado y Arenales no le secundan a usted en sus planes. Yo creo que al llegar usted al Perú tendrá que sofocar una revolución, porque el Ministerio que usted tiene no se ha puesto al frente de la opinión, sino que quiere fundar un sistema que no es ni de la época, ni de las circunstancias. Los colombianos han aprendido a despreciar a los Reyes, y yo no dejaré nunca de ser el primer ciudadano de mi patria, para ser el último en una fuerza de monarquía. Animóse tánto el Libertador durante unos minutos, que lo conoció y concluyó con un pensamiento poco más o menos como este: "Jamás debemos usted y yo, General, ser otra cosa que republicanos, y el día en que dejemos de serlo nos veremos solos y abandonados. Mancillaremos la fama de cien combates y pasará nuestro nombre sin esplendor a la posteridad". El General San Martín le respondió: "El tono decisivo y la fuerza de voluntad con que usted me habla no me permiten hacerle algunas reflexiones; pero día llegará en que usted conozca que el modo de terminar la guerra es el que yo he creído más oportuno. La historia dará a usted o a mí la razón. Vamos, pues, a hablar de otras cosas. Las tropas que hay en el Perú sin las que usted manda, no son suficientes para destruír el Ejército español. ¿Podrá usted darme mayor apoyo? ¿Podrá usted ir a tomar el mando militar en el Perú?" El Libertador le contestó: que estaba íntimamente persuadido de la necesidad de auxiliarlo con los esfuerzos que pudiera hacer Colombia; pero que por ahora debía limitarse a los de la división que preparaba, la cual pondría a las órdenes del General Juan Paz del Castillo que le era un Jefe conocido, pues había servido a sus órdenes desde Buenos Aires hasta Chile, que permanecería con todo el ejército en el sur de la República para emprender operaciones o combinaciones si el ejército realista tomaba de nuevo la ofensiva; pero que todo esto debía arreglarse por un tratado entre las dos Repúblicas; y sobre el último punto de ir a tomar el mando militar al Perú, le manifestó: que tendría mucho gusto de hacerlo si la República se lo permitía y podía ausentarse sin que para ello sufriera el orden interior, y agregó: que el abandono temporal que ha hecho usted del Perú, puede serle muy costoso, por lo que he sabido y considere usted, por lo que le pasa, cuán cauto debo ser para revoluciones de tamaña importancia.

El General San Martín tomó la palabra y se expresó en estos o semejantes términos:

"Comprendo bien General, que no pudiendo estar de acuerdo con usted debo separarme del mando del Perú convocando al Congreso previamente para entregarle el mando y retirarme no solamente del Perú sino también de las Repúblicas de Chile y Provincias Unidas del Río de La Plata, cuya independencia he consolidado con mis últimas campañas. Me trasladaré a Europa para contemplar desde allá los acontecimientos favorables que aseguren la independencia del Nuevo Mundo".

La conversación versó en seguida sobre otras materias de poca importancia política, y el General San Martín trató de regresar inmediatamente a Lima para evitar un desconcierto en sus operaciones.

Al regresar San Martín al Perú encontró realizada la revolución, que había provenido no precisamente de medidas que

hubiese tomado Monteagudo, sino principalmente del disgusto que tenían los argentinos de la desmembración del territorio de Buenos Aires, para agregarlo al Perú. El pensamiento de San Martín era formar una monarquía del antiguo imperio de los Incas; y este proyecto era el que le hacía ambicionar la posesión del puerto de Guayaquil, en cuya adquisición trabajaban con empeño los Generales Salazar y Lamar; y se creyó por muchos, entonces, que San Martín había hecho esa marcha precipitada para apoderarse de Guayaquil con la escuadra de que disponía y la división del General Santa Cruz.

Después del regreso de San Martín, el 27 de julio, el Libertador se ocupó en consolidar el Departamento de Guayaquil, y reunido un colegio constituyente declaró solemnemente que el Departamento hacía parte de la República de Colombia, y con fecha 13 de agosto, el secretario general del Libertador comunicó este fausto acontecimiento al Vicepresidente encargado del Poder Ejecutivo.

Después que marchó la división auxiliar del Perú, a Lima, le siguió la colombiana, compuesta de 2 batallones de la guardia colombiana a órdenes del General Juan Paz del Castillo, como se lo había ofrecido el Libertador al General San Martín. El señor Mariano Paz Soldán, en su **Historia del Perú independiente,** asegura que nadie presenció ninguna de las conversaciones de Bolívar y San Martín, porque nadie se consideraba bastante grande para acercárseles en los momentos que hablaban; y en seguida confiesa que San Martín propuso el establecimiento de una monarquía en el Perú y que Bolívar no aceptó porque él prefería la dictadura a una presidencia vitalicia, como lo probó después; y en esta aseveración el señor Paz Soldán quiere hacer misteriosa la entrevista de Bolívar con San Martín, y estudioso como es el señor Paz Soldán, pudo leer el número 46 de la **Crónica de Nueva York de 1851,** en que hice yo la relación de aquella entrevista, como Secretario del Libertador que asistí a ella para tomar notas, lo mismo que el señor Soyer, Secretario privado de San Martín.

Se advierte igualmente una prevención del señor Paz Soldán, al ocuparse de Bolívar, haciendo alusión al proyecto de constitución que adoptó y publicó en Lima el Libertador para la República Bolivariana, de la que él no podía ser Presidente, y que por desgracia adoptó esta idea sugerida por don José Ma-

ría Pando, Secretario de Estado en la República Peruana, y fueron, igualmente, colaboradores de este proyecto de constitución el General Tomás Heres y algunos otros peruanos y colombianos que estaban al lado de Bolívar en Lima.

Me toca, pues, rectificar algunos hechos, y lo hago ahora al ocuparme de estas Memorias.

CAPITULO XXIII

SUMARIO

Santander se encarga del Poder Ejecutivo por la marcha de Bolívar a la campaña del Sur.—Nombra Director de la guerra en Venezuela a Soublette, Intendente de ese Departamento.—Protesta de la municipalidad de Caracas.—La guerra del Perú llama hacia esta República la atención del Libertador.—Operaciones de los españoles en Venezuela.—Recibe en Guayaquil la noticia de la muerte del Coronel Heras y honra su memoria.—Operaciones del General Soublette contra Morales.—El General La Torre se separa del mando del ejército español sitiado en Puerto Cabello; le sucede el Brigadier Morales y abre operaciones sobre Maracaibo, después de llamar la atención de Soublette sobre Valencia.—Páez y Soublette comprenden las intenciones de Morales; y obran en consecuencia y dan parte al Poder Ejecutivo de Colombia para que dicte las medidas necesarias para coadyuvar a las operaciones que ejecutan en los Departamentos del Zulia y Magdalena, órdenes que dictó el General Santander.—Ocupa Morales a Maracaibo, y el Vicepresidente Santander se declara en uso de sus facultades extraordinarias y llama al Libertador para que se encargue del Poder Ejecutivo.—El oficial español Boves se subleva en Pasto.—Morales obra sobre Coro. Ocupa a Trujillo.—El Libertador se trasladó de Guayaquil a Cuenca y de allí pasó a Quito a organizar nuevas fuerzas y atender al centro de Colombia.—El General San Martín regresó al Perú y se encargó del Poder Ejecutivo.—Reúne el Congreso y se retira del Perú.—Sus alocuciones.—Se organizó en Lima una Junta de Gobierno.—El General Juan Paz del Castillo llegó al Perú con la división auxiliar de Colombia y se puso a órdenes del Congreso peruano.—Aumentado el ejército unido con esta fuerza, ordenó el Gobierno la marcha de una fuerte división hacia Arequipa a órdenes del General Alvarado.—El Libertador recibió en Quito la noticia de la sublevación de Pasto, acaudillada por el Teniente Coronel don Benito Boves y la sorpresa que le da al Coronel Obando.—Dispone el Libertador la marcha del General Sucre con una división contra Boves.—Combates que dio en Taindala y Yacuanquer.—Ocupación de Pasto por el General Sucre.—Medidas adoptadas por el Libertador y su traslación a Pasto.—Recibió en aquella ciudad comunicaciones del General Juan Paz del Castillo en que le comunicaba estaba mal visto en el Perú y que tendría que retirarse a Guayaquil.—El Libertador juzgaba insuficiente al ejército unido del Perú, Chile y Buenos Aires, y preparaba fuerzas para defender la frontera de Colombia o auxiliar al Perú.—Regresó de Pasto a Quito con el General Sucre y dejó al General Salom encargado de la pacificación de Pasto y poner franca la comunicación con Popayán y Bogotá.—Informe del General Paz del Castillo y marcha del Libertador a Guayaquil, acompañado de Sucre y el General Mires; fue a reemplazar al General Salom para que éste se encargase del mando civil y militar en Quito.—Juicio del Libertador sobre la guerra, y coincidencia entre las operaciones de los ejércitos españoles en Venezuela y el Perú.—El año de 1823 se iniciaba de un modo escéptico a la causa de la Inde-

pendencia.—La división colombiana llegó a Guayaquil.—En el mes de febrero recibió el Libertador la noticia de la pérdida de la división que mandaba el General Alvarado.—Noticia de este desastre.—Los restos se retiran, y llegan a El Callao.—El 26 de febrero el General Santa Cruz dirige una representación al Gobierno, para que se separe la Junta del ejercicio del Poder Ejecutivo, apoyado en el ejército de observación, y se proclama al General Riva Agüero como Presidente del Perú. Actividad de Riva Agüero, ascensos militares que concede.—El ejército se reorganiza, y se mueve sobre Lima.—Medidas que adoptó el Libertador en Guayaquil para organizar fuerzas.—Se dirigió a los Gobiernos de Chile y Buenos Aires pidiéndoles que cooperaran a la libertad del Perú.—El General Santander llama con instancia al Libertador por el progreso que hacía Morales por el norte de Colombia. El Libertador resolvió marchar para Bogotá dejando a Sucre en el Sur: pero en el sitio de Sabaneta recibió nuevas comunicaciones de Santander, dándole parte de la actitud que tomó el ejército colombiano y que no había grave peligro, contramarchó a Guayaquil a preparar tropas para auxiliar al Perú, a cuyo efecto mandó al Coronel Urdaneta a Lima a ofrecer auxilios a éstos.—Llegó el General Portocarrero a Guayaquil en la goleta **Macedonia** solicitando el auxilio de Colombia y que el Libertador en persona fuese a dirigir la guerra.—Tratado que celebran los Plenipotenciarios para llevar a efecto el auxilio.—Se firmó el convenio el 18 de marzo y en el mismo día se embarcó la expedición a órdenes del General Manuel Valdés, y el Libertador quedó en Guayaquil organizando nuevas fuerzas y dictó órdenes para proporcionar recursos.—El General Sucre siguió como Ministro Plenipotenciario cerca del Gobierno del Perú.—Decretos del Congreso peruano para que se llame al Libertador y dando las gracias por los auxilios que recibió de Colombia.—Riva Agüero organiza nuevo ejército.—Respuesta del Libertador al Congreso y Gobierno peruanos que le llamaban.—El ejército español se aproxima a Lima.—Reúne el Presidente una junta de todos los generales del Perú, Chile, Buenos Aires y Colombia, y acuerdan evacuar a Lima y retíranse a El Callao, dándole el mando en Jefe al General Sucre.—El Congreso se trasladó también al Callao, y un regimiento de caballería protegió la emigración que marchaba al norte del Perú.—El Congreso invistió al General Sucre de facultades extraordinarias para obrar contra el ejército español.—El 20 de junio hizo Canterac un reconocimiento sobre El Callao.—Marcha de Valdés a Chancay.—Confusión que hubo en El Callao.—Disposiciones del Congreso.—Sucre les excita a que se trasladen a Trujillo y prescinde de las cuestiones entre el Congreso y Riva Agüero.—Dispone Sucre que una división vaya en auxilio del General Santa Cruz, que había desembarcado en Arica.—Esta expedición se confió al General Lara; Sucre quedó en el Callao para defender la plaza y dueño de la bahía con las fuerzas marítimas.—Canterac abandonó a Lima y emprendió marcha a Tunja para ir a oponerse a las divisiones de Santa Cruz y Lara. El General Sucre delega las facultades que le había concedido el Congreso en el Gran Mariscal Torre Tagle, y se embarcó para ir al Sur a tomar el mando de todo el ejército.—Operaciones del General Santa Cruz.—Sucre le anuncia su llegada a Arequipa.—Santa Cruz cree que no necesita auxilio y obra aisladamente; se complican las operaciones.—Campaña desactiva sin batallas.—Retirada de Santa Cruz y de Sucre, a consecuencia de la disolución de los 5.000 hombres que mandaba Santa Cruz.—El Libertador esperaba en Guayaquil el permiso del Congreso de Colombia cuando recibió la noticia de la derrota del Coronel Juan José Flores, en Pasto, por el Coronel español don Agustín Agualongo, y se puso en marcha para Quito con una columna. Agualongo eleva su fuerza y marcha sobre Quito.—El Libertador lo ataca y vence en Ibarra.—Regresa del norte a Quito y continuó el General Salom a Pasto en persecución del enemigo.—La severidad con que fue tratada la provincia de Pasto produjo malos resultados.—El Libertador al llegar a Guayaquil recibió una diputación del Congreso peruano, llamándole. —Entrevista con los comisionados.—El 1º de agosto recibió la ley que le permitía salir de Colombia, y el 6 se embarcó

en el bergantín **Chimborazo**.—El 1º de septiembre llegó a El Callao, y el mismo día pasó a Lima.—Recibimiento que tuvo.—Medidas que adoptó para reconciliar a Riva Agüero con el Congreso.—Noticias que se recibieron del Sur.—Decretos del Congreso autorizando al Libertador para dirigir la guerra.—Diversos actos del Congreso peruano.—El General Martínez notifica un acuerdo del Gobierno de Buenos Aires al del Perú.—Noticias que recibe el Libertador el mismo día del triunfo de la escuadra colombiana sobre la española en Maracaibo y del General Sucre, de Arequipa, anunciándole su entrada a esa ciudad, y se presentó el Coronel D. A. Gutiérrez de La Fuente como comisionado del General Riva Agüero para hacer un arreglo con el Gobierno peruano y el Libertador.—El Libertador le descubre a La Fuente que Riva Agüero estaba traicionando al Perú y a la América.—El Coronel La Fuente entra en arreglos y regresa al cuartel de Riva Agüero.—La historia no ha referido bien estos sucesos y se publican los hechos cómo pasaron, con documentos.—Situación política de Lima mientras se desenlazaba la cuestión de guerra civil entre Riva Agüero y el Congreso.—Marcha del Libertador al norte.—Nuevas conferencias entre los comisionados del Libertador y Riva Agüero.—El Coronel La Fuente logra tomar documentos importantes y con ellos persuadió a sus compañeros de la traición de Riva Agüero y le pone preso.—Así termina la guerra civil al frente del enemigo común.—Movimientos del Libertador hasta Cajamarca y su marcha a Trujillo.—Comisiona el Libertador a un edecán, Coronel Diego Ibarra, cerca del Poder Ejecutivo de Colombia pintándole la situación del Perú.

Encargado el Vicepresidente de la República del Poder Ejecutivo, por la marcha del Libertador al Sur, con el mando del ejército, con arreglo a la ley que dio el Congreso, quedaba al Poder Ejecutivo la suprema dirección de la guerra en Venezuela, y de acuerdo con la ley de 6 de octubre de 1821 nombró al Intendente de Venezuela, General de división, de Director de la guerra en los Departamentos de Venezuela, Zulia y Orinoco, que estaban a órdenes de Páez, Mariño, Bermúdez y otros generales. Los colosos republicanos que querían ver establecido el Gobierno civil independiente del mando militar, censuraban a Santander, y los Generales en Jefe, Páez, Mariño y Bermúdez, no se conformaban que el Poder Ejecutivo delegase estas funciones al Intendente de Venezuela porque era de inferior graduación a ellos, y no querían reconocer que era el Intendente a quien con arreglo a la ley se le nombraba Jefe superior civil y militar, para centralizar el mando en operaciones militares.

La municipalidad de Caracas protesta contra la expedición de la Constitución de Cúcuta, no obstante que fue representada aquella provincia por 27 diputados, nombrados por las provincias de la antigua Capitanía General y 44 por los del antiguo Virreinato que tenía el doble de población y territorio. Todo esto amargaba el ánimo del Libertador y preveía la disolución de Colombia cuando él faltase, si no quedaba consolidado el país.

Mientras en el sur de Colombia la victoria coronaba a los valientes en Bomboná y Pichincha, como hemos referido, y el genio de Bolívar, sus grandes concepciones y la previsión de Sucre nos llevaron hasta las fronteras del Perú, la guerra de los Departamentos del Norte no tenía un término feliz. Después de la capitulación del Coronel Gómez, el General La Torre se empeñó en reconquistar a Maracaibo. Confió el mando de las fuerzas al Brigadier Morales, que unido al Teniente Coronel don Lorenzo Morillo, que obraba en Coro, debían marchar hacia Alta Gracia con el objeto de invadir la provincia de Maracaibo. El Coronel Heras se retiró a la ciudad. Aprovechándose Morales de las brisas que dominaban en abril de 1822, pudo burlar la vigilancia de la escuadrilla que ocupaba el lago de Maracaibo por órdenes del General Lino Clemente, Intendente de Zulia, y desembarcó una columna al sur de la ciudad, de 700 hombres, y otra al Norte, de 200. Acababa de hacer este movimiento atrevido Morales cuando supo que tenía a su retaguardia fuerzas enemigas muy superiores. Era la división que mandaba el Coronel Piñango, que por orden del General Soublette debía atacar a las fuerzas españolas que ocupaban a Coro. El Coronel Piñango recibió órdenes contrarias del General Páez, y sabedor el General Soublette de esto, resolvió como Director de la guerra trasladarse a Barquisimeto para regularizar las operaciones y hacer cumplir sus órdenes, y llegó el 15 de abril a aquella ciudad. Allí supo que desde el 1º de abril había seguido Piñango con 200 infantes y 200 jinetes de excelente tropa, y que había llegado el 11 a Cumarebo. El 17 se encontraron con los españoles emboscados en Chipure a órdenes del Coronel Tello, que estaba a la cabeza del batallón Hostabrich y otros piquetes fuertes de 300 hombres. Atacados los enemigos, la victoria fue completa, quedando en el campo 120 muertos y prisioneros de los españoles, con igual número de fusiles. Con esta noticia, Morales siguió a encontrar la división Piñango, dejando los 800 hombres que habían atravesado el lago de Maracaibo obrando sobre la ciudad. Creyendo Piñango que le atacaban fuerzas superiores a su división, disminuída por las marchas forzadas, resolvió retroceder hacia Carora para unirse en Paregal a la columna que mandaba el Coronel Reyes Vargas. El 9 de mayo se reunió con el General Soublette en Carora.

Impuesto Morales de la retirada de Piñango en Uramaco, contramarcha rápidamente a proteger las fuerzas que dejó obrando sobre Maracaibo. Al llegar a Alta Gracia supo que la columna de 200 hombres, mandada por Ballesteros, situada al

norte de la ciudad, había sido atacada en el Hato de Juana de Avila por el batallón Tiradores a órdenes de su valiente Jefe, Coronel Heras, que murió al asalto que dio a las trincheras enemigas, terminando así su gloriosa carrera. Ballesteros se rindió después de haber perdido 47 hombres, muertos en el asalto, y el Teniente Coronel don Lorenzo Morillo se retiró a la Villa de Perijá. La escuadrilla colombiana se había apoderado de todas las embarcaciones que condujeron a aquella parte del lago a los españoles, y no podían ir a unirse a Morales en Alta Gracia. Morillo, rodeado por fuerzas superiores, tuvo que rendirse por capitulación al General Clemente, y 44 oficiales y 518 hombres de tropa se salvaron de este modo, y se estipuló que serían transportados por cuenta de Colombia a Santiago de Cuba, con sus armas y municiones en mano; y que los que quisieran quedarse en el país al servicio de la República serían admitidos en sus mismos empleos. El Teniente Coronel Morillo se ahogó en el lago, habiéndose caído del buque en que seguía para Maracaibo.

Estábamos en Guayaquil cuando el Libertador recibió el parte del General Clemente dándole cuenta de este suceso y de la muerte de Heras. Al oírnos leerle el parte se inmutó y derramó unas lágrimas, diciéndonos: "La pérdida que ha hecho Colombia con la muerte de Heras no se compensa con la victoria que ha obtenido". Nos dio orden que todos sus ayudantes de campo llevásemos luto con él por una semana. El General Bolívar tenía grande aprecio por este valiente Coronel, natural de la isla de Cuba, de donde fue a Colombia a combatir por la libertad. La capitulación de Morillo tuvo lugar el 4 de mayo.

Soublette se movió en persecución de Morales, y éste a su vez marchó a su encuentro. Se encontraron en Dabajuro, terreno accidentado y cubierto de bosque; le trabó un combate reñido. Soublette venció el cuerpo que cubría la retaguardia enemiga, con la columna de occidente mandada por el Coronel Reyes Vargas; pero el batallón Boguea, a órdenes de su Comandante Fleyel, fue rechazado y perdió entre muertos y prisioneros 100 hombres de tropa y 11 oficiales. Entre los prisioneros cayó el Coronel Piñango, 2º Jefe de la división, y los Capitanes Telechea y Trainez y otros subalternos a quienes fusiló Morales, dejando vivo únicamente a Piñango. El Brigadier Morales no respetaba el tratado de regularización de la guerra. Los españoles publicaron el combate del 7 de junio en Dabajuro como un completo triunfo.

El General Soublette se reunió al batallón Boyacá y continuó en retirada hasta Carare, a donde llegó el 15. Allí se le in-

corporaron los destacamentos que recorrían el país y comenzó a reorganizar fuerzas para la libertad de Coro, país enfermizo poblado de gente fanática por los españoles y terreno cubierto de cactos y otras malezas que hacen sufrir mucho a las tropas en sus marchas. El Director de la guerra sufrió mucho en esta campaña, más moral que físicamente, por las desavenencias con el General Páez, que había llevado muy a mal que tuviese la dirección de la guerra un General de división, y él siendo General en Jefe, el mando de los cuerpos. Después Soublette abrió operaciones en julio, sobre Morales, y ordenó que las tropas que estaban en la provincia de Maracaibo se le reunieran el 16 de aquel mes en Juritiva. Se verificó la combinación, y el 18 marchó sobre Coro, a donde llegara Soublette con 2.000 hombres el 25; pero desde el día anterior se había movido Morales con parte de sus tropas para Puerto Cabello, embarcándose en el puerto de La Vela y haciendo marchar por tierra al batallón Barinas.

Soublette dejó dos batallones al Coronel Torrellas para que persiguiese las partidas enemigas que infestaban el territorio, y él siguió para Valencia con el resto de la fuerza.

Se supo que el llamamiento de Morales por La Torre era para entregarle el mando como Capitán General de Venezuela, pues él estaba nombrado con el mismo carácter para Puerto Rico.

Morillo se retiró de Venezuela después del armisticio y entrevista de 1820. La Torre, que le sucedió, perdió la batalla de Carabobo y llevaba un año medio sitiado en Puerto Cabello, y deseaba salir con honra antes de entregar la fortaleza de aquella plaza. Este deseo y las intrigas del Brigadier Morales influyen en el desconcertado Gobierno de Madrid, en el nombramiento de Capitán General, al más cruel y sanguinario hombre que había degollado sin piedad a centenares de colombianos. Sólo podemos disculpar este nombramiento hecho en tiempo que blasonaba el ministerio español de liberal, a la necesidad de nombrar un Jefe que conociese el país y hubiese dado pruebas de valor y conocimientos, en la clase de guerra que se hacía en los desiertos de Colombia.

Al hacerse cargo Morales del mando de Venezuela como Capitán General, contando con la movilidad marítima que tenía con la fragata **Ligera** y el bergantín **Hércules**, buques superiores en fuerza a la escuadrilla que regía Beluche sobre la costa de La Guaira a Puerto Cabello, emprendió una operación Morales saliendo de la plaza de Puerto Cabello con 1.800 hombres el 11 de agosto, y ocupó las posiciones del cerro llamado La Cumbre

de Valencia, para atraer hacia esa parte las fuerzas que mandaba Soublette en el occidente, en apoyo de Páez, que, después de haber estrechado el sitio de la plaza, había tenido que retirarse abandonando las ventajosas posiciones que había tomado en la Vigía Baja, desde donde estuvo batiendo el interior de la ciudad, porque los 2.000 hombres con que estrechaba el sitio se habían disminuído en gran parte por la fiebre amarilla y falta de recursos, habiendo tenido aviso que llegaba un refuerzo considerable de la isla de Cuba.

Después de algunos combates en la expresada posición del cerro de La Cumbre de Valencia, nada pudo obtener Morales sino el haber muerto en uno de esos choques el bizarro Coronel Rondón, que hizo prodigios de valor como en Vargas y Boyacá. No se atrevió Morales a descender a la llanura de Namarmaya porque era superior Páez en caballería, y luégo que observó Morales el día 14 que se unía a Páez el General Soublette, consideró que Coro y Maracaibo habían quedado abandonados, el 18 regresó a Puerto Cabello y el 24 se embarcó en una flotilla de 14 buques para ir sobre Maracaibo con una fuerza de 1.200 hombres de desembarco y víveres para 6 días.

Páez y Soublette comprendieron en el momento el objeto de la campaña que emprendía Morales, y se comunicó al Gobierno general a Bogotá la operación que emprendía el enemigo para que se instruyese al General Montilla al Magdalena y que mandase refuerzos por Cúcuta al Departamento del Zulia. Al mismo tiempo ordenó el General Soublette a Beluche para que siguiese a La Goajira a ponerse en comunicación con Montilla y que batiese a los buques españoles en donde los encontrase.

Todas las prevenciones que hizo Soublette fueron desatendidas por Beluche y Clemente, y Morales desembarcó el 30 de agosto en las playas Coforo de La Goajira con excelentes tropas; pero sin víveres, que pudo ser vencido si el Comandante General del Zulia hubiese obrado con actividad para impedir el paso del río Sonry. El resultado final de los desaciertos fue la victoria de Morales el 12 de septiembre y la ocupación de Maracaibo por los españoles, y retirada de Clemente con poco más de 300 hombres que salió de su derrota, con los que atravesó el lago de Maracaibo y fue a situarse en Mopon, al sudeste de la laguna.

Santander mandó levantar un cuerpo de 4.000 hombres para que obrase por el Magdalena y La Goajira, y Montilla se trasladó a Ríohacha con las fuerzas que tenía disponibles, e hizo organizar una columna de vanguardia que puso a órdenes

del Coronel Sardá, fuerte de 1.100 infantes, 140 húsares y 25 artilleros. Esta fuerza de vanguardia marchó a situarse en Sinamaica, a una distancia de 7 leguas de Maracaibo, ocupado por Morales, y a 40 de Ríohacha, en que quedaba el resto del ejército. Apenas era creíble que un General hábil como Montilla mandase ejecutar una operación tan desacertada, que tuvo por resultado la pérdida de la mayor parte de la columna en el combate del 13 de noviembre, a dos horas de Sinamaica, en una llanura. Se salvaron Sardá y unos 300 hombres que llegaron a Ríohacha moribundos por lo que sufrieron en el desierto de La Goajira.

La ocupación de Maracaibo por Morales hizo una fuerte impresión en el ánimo del Gobierno, y el General Santander, que ejercía el Poder Ejecutivo en ausencia del Libertador, se declaró en uso de facultades extraordinarias, conforme al artículo 128 de la Constitución, y mandó elevar las fuerzas en los Departamentos de Boyacá y Magdalena para obrar por Cúcuta y Ríohacha sobre el Zulia y que el General Soublette llamase la atención con las fuerzas que no necesitara el General Páez, sobre Puerto Cabello.

Llamó el General Santander la guarnición veterana que había en Popayán y dio cuenta al Libertador de este acontecimiento, llamándole con instancia para que regresase del Sur, a encargarse del Poder Ejecutivo, terminada como había sido la campaña con la libertad de los Departamentos del Sur, e incorporación de Guayaquil.

Cuando el Comandante General del Cauca recibió la orden de hacer marchar la guarnición que había en Popayán, supo que el 28 de octubre se había insurreccionado Pasto, poniéndose al frente de la insurrección Boves, oficial español, sobrino del famoso bandolero de este nombre que se hizo célebre por sus crímenes en la guerra de Venezuela de 1813 a 1815; y no pudo mandarla porque tenía que atender al sur del Departamento.

Morales se propuso apoderarse de Coro, en cuya provincia tenía muchos partidarios la causa de los españoles, y marchó sobre esa capital, yendo a desembarcar en el puerto de Ancón, a donde desembarcó el 26 de noviembre. El Gobernador de Coro, Coronel Torrellas, se retiró con 500 hombres a la sierra de San Luis y se fortificó en Cusinagua. El 4 de diciembre fue atacado por Morales, que no pudo tomar la posición defendida con fuerzas inferiores por el Coronel Torrellas, y se retiró a las 5 de la tarde Morales. Esa misma noche supo Torrellas la derrota de Sardá, y resolvió retirarse salvando la columna que mandaba, aunque

tuvo que clavar la artillería que no podía conducir por esos malos caminos.

Morales se reembarcó para ir a atacar al General Clemente, y el 24 de diciembre llegó al puerto de Gibraltar; aquél se retiró hacia Trujillo. Le persiguió el jefe español y ocupó a Trujillo el 28. La columna del General Clemente se reunió a la de Torrellas y un fuerte destacamento que tenía el Coronel Cruz Cambes, y el 29 en Cuscula se organizó con fuerza de más de 1.800 hombres que emprendió a llamar la atención de Morales, que seguía para Mérida a encontrar la división que mandaba el General Urdaneta, que marchaba de Cúcuta a salvar el Zulia.

El Libertador, después que organizó el Departamento de Guayaquil e hizo marchar la división auxiliar al Perú, se trasladó a Cuenca para visitar este Departamento, y allí pasó a Quito para organizar nuevas fuerzas para atender a la seguridad de Colombia, pues tenía temores del progreso que hicieron los españoles y para estar más inmediato al centro de la República e instruírse del estado de la guerra en Venezuela.

Al regreso del General San Martín al Perú, después de la entrevista con el Libertador, llegó a El Callao el 19 de agosto y se trasladó al pueblo de La Magdalena, en donde se instruyó de los pormenores de la caída de Monteagudo y su destierro del Perú. El supremo delegado, Marqués de Torre Tagle, le instó para que volviese a encargarse del Poder Ejecutivo, y en lo general todos los habitantes del Perú manifestaron confianza en el Protector. Este accedió a las exigencias del supremo delegado, y el 22 de agosto, al hacerse cargo del Poder Ejecutivo, dirigió sendas alocuciones [1].

Después que el Protector de la libertad del Perú se encargó de nuevo del Poder Ejecutivo dictó diferentes decretos para que se realizase la reunión del Congreso, y se ocupó en organizar el país para entregar el mando. El 20 de septiembre tuvo lugar la instalación del primer Congreso del Perú, y el General San Martín dispuso la solemnidad con que debería efectuarse, y en el acto de declarar constituído dicho Congreso le dirigió el siguiente discurso:

"Señores: Al deponer la insignia que caracteriza al Jefe supremo del Perú, no hago sino cumplir con los deberes y con los votos de mi corazón. Si algo tienen que agradecerme los peruanos es el ejercicio del supremo poder que el imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoy, que felizmente lo dimito, yo

[1] Véanse las **Gacetas** de 1822.

pido al Sér Supremo que conceda a este Congreso el acierto, luces y tino que necesita para hacer la felicidad de sus representados. ¡Peruanos! Desde este momento queda instalado el Congreso soberano y el pueblo se asume el Poder supremo en todas sus partes."

En seguida presentó su renuncia; le fue admitida con expresiones muy honrosas y se le nombró Generalísimo de las Armas del Perú. El General San Martín aceptó únicamente el título, y el mismo 20 dirigió una alocución a la nación desde el pueblo de La Magdalena, despidiéndose [1] y luégo siguió a El Callao para emprender su marcha a Chile. El Congreso organizó el Poder Ejecutivo en una Junta de Gobierno, compuesta del General don José de Lamar, Felipe Antonio Alvarado y del Conde de Vista Florida. El General Rudesindo Alvarado se encargó del mando del ejército.

El General Juan Paz del Castillo con la división de Colombia, de que hemos hablado, llegó al Perú al día siguiente de la instalación del Congreso y se puso a sus órdenes, e incorporóse a ella el batallón Voltígeros, que estaba en Lima. Esta fuerza aumentó el ejército, y el Gobierno ordenó la marcha del General Alvarado a la costa de Arequipa con una expedición compuesta del regimiento del Río de la Plata, de 2 batallones; y de la Legión Peruana de otros 2 y de los batallones números 2, 4, 5 y 11, los 4 escuadrones de granaderos de los Andes y 10 piezas de artillería. El 1º de octubre se dio principio al movimiento, y en los días 10, 15 y 19 zarparon los buques llevando una división cada convoy. Dirigiéronse primeramente a Iquique para tomar noticias del enemigo, y señalóse el puerto y ciudad de Arica para lugar de asamblea. El 25 de noviembre la fragata **Protector** llegó a Iquique, la goleta **Macedonia** a la ensenada de Víctor, y el 28 se reunieron en Arica 8 buques de la expedición. El General Alvarado despachó desde Iquique un batallón a Tarapacá y se trasladó a Arica para emprender operaciones contra el ejército español, y éste, al saber que sería atacado por el sur, se preparó a la defensa que dirigía el Virrey Laserna, quien nombró al Mariscal de Campo Canterac, de General en Jefe del ejército de operaciones del Sur. El General Alvarado reunió su ejército y marchó a Tescua, donde reunió 5.000 hombres de las tres armas para obrar contra los españoles.

---

[1] Véase el apéndice, documento Nº 64. **Gaceta del Perú** Nº 26, pág. 5. Tomo 3º, y **Memorias de Müller**, tomo 1º, página 370.

El Libertador se hallaba en Quito cuando recibió el parte de una nueva sublevación de Pasto, capitaneada por el Teniente Coronel don Benito Boves, que se escapó del depósito de prisioneros y fue a asilarse en donde se le reunieron otros españoles prófugos, y el 28 de octubre, al grito de ¡viva Fernando VII!, se apoderaron de la ciudad y marcharon rápidamente a Túquerres, capital provisoria de la nueva provincia, y sorprendieron a su Gobernador, Coronel Antonio Obando, y luégo Boves con esta medida organizó una fuerza de 1.500 hombres que armó con los fusiles que tenían ocultos los pastusos y algunos que tomaron en Pasto y Túquerres, en los almacenes en que se guardaban las armas recogidas, y 700 que perdió Obando cuando lo batió Boves.

Organizada en Quito una expedición compuesta del batallón Rifles y los escuadrones Granaderos, Guías, Cazadores Montados y Dragones, se puso en marcha sobre Pasto a órdenes del General Sucre. En las posiciones de Taindala se situó Boves, después de haber saqueado al municipio de Túquerres especialmente en ganados y caballos que él necesitaba para mantener su tropa y tener movilidad. Atacado por 3 compañías de Rifles, las rechazó Boves, y el General Sucre no creyó prudente comprometer la caballería y se retiró a Túquerres, esperando los cuerpos de infantería que debían reforzar su columna, y luégo que llegaron los batallones Vargas y Bogotá marchó de nuevo, y el 22 de diciembre de 1822 llegó Sucre al río Guáitara, y el 23, bajo los fuegos enemigos, se echó un puente sobre el Guáitara, y atacado el enemigo tuvo que ceder el campo al bravo comportamiento de los Coroneles Córdova, Sandes y Maza, y dueño ya el General Sucre de esta posición, marchó sobre Pasto, y encontró organizado el enemigo en la quebrada Yacuanquer. Atacado nuevamente, fue dispersado; pero no se le pudo perseguir porque anocheció y la oscuridad no permitía hacerlo. Al amanecer del 24 de diciembre se le intimó rendición al señor Estanislao Merchancano y a la municipalidad, y no solamente no contestaron sino que pusieron preso al conductor de los pliegos. A las doce del día se encontró al enemigo en los alrededores de la ciudad, y su fuerza principal apoyada en el atrio de la iglesia de Santiago. Aunque el enemigo tenía 2.000 hombres, y muy decididos a combatir, no pudieron resistir el empuje de las tropas regulares: fueron batidos y perseguidos en las calles de la ciudad. El encono del batallón Rifles por el rechazo que sufrió en Taindala en el mes anterior le hizo ser cruel y no dio cuartel, de lo que provino que murieran más de 400 hombres, mientras los cuerpos del

Gobierno Nacional solamente perdieron 6 muertos y 40 heridos. El General Sucre tuvo que restablecer la disciplina y sujetar a Rifles, poniéndose a la cabeza del batallón Bogotá. Este castigo cruel que sufrieron los pastusos produjo que la guerra durara dos años más y a lo cual contribuían varios eclesiásticos realistas, por lo cual el Libertador dispuso que se pidiesen al Provisor del Obispado de Quito, de que dependían los curas de Pasto, para que remitiese unos sacerdotes patriotas y que predicasen la paz.

El Libertador, a virtud de las facultades que le concedió el Congreso, expulsó del territorio a algunos vecinos de Pasto y a varios curas, e hizo otro tanto en Quito con los desafectos que fomentaban esta guerra, para estorbar que fuesen eficaces los auxilios que fueran al Perú, y se daban sus trazas para comunicarse con los generales españoles que mandaban en el Perú.

El Libertador en persona se trasladó a Pasto para tomar, en vista de las circunstancias, aquellas medidas que creyese más oportunas para afianzar la paz y mantener expedita la comunicación con Bogotá, y estar instruído del curso que llevaba la guerra en Venezuela.

Hallábase en aquella ciudad cuando recibió comunicaciones del General Juan Paz del Castillo, en que le instruía la mala voluntad con que la Junta Gubernativa del Perú miraba a la división de Colombia, y que tendría que retirarse a Guayaquil; que no aceptaba el ofrecimiento que había hecho el Gobierno de Colombia de 4.000 hombres más para afianzar la independencia del Perú. El Libertador tenía tal persuasión desde que ocupamos a Quito en el mes de junio de 1822, de que no era suficiente la expedición auxiliar de las Provincias Unidas del Río de la Plata y Chile para afianzar la independencia del Perú y asegurar la de Colombia, que por esta razón no quiso regresar a Bogotá y esperaba que el Congreso que se reuniese en 1823 le autorizase para salir de la República en caso necesario.

Con este motivo el Libertador regresó a Quito y dejó al General Salom encargado del mando de las tropas. Al llegar a Quito, el 22 de enero de 1823, recibió el aviso de haber llegado a la isla de Lapuna la división que había ido al Perú, de acuerdo con el General San Martín.

El General Juan Paz del Castillo informó al Libertador que la Junta Gubernativa del Perú, contra la opinión de los buenos patriotas del Perú, había tenido desconfianza de los auxilios colombianos, y que Lamar y Alvarado, los principales miembros

de la Junta, que no eran peruanos, tenían celo de las glorias que pudiese adquirir Colombia, y creían suficiente la expedición que habían enviado al Sur para batir al Virrey Laserna; pero que él creía todo lo contrario: que los españoles envolverían a Alvarado y llamarían la atención hacia el Norte para que no fuese auxiliado.

Partió inmediatamente el Libertador para Guayaquil a informarse mejor de la verdadera situación del Perú, y dispuso que el General Mires reemplazase en Pasto al General Salom y que éste se encargara del mando civil y militar en Quito para que el General Sucre fuese a Guayaquil, en donde necesitaba sus servicios. En comunicación oficial dijo el Libertador al Poder Ejecutivo para que se tomasen medidas para entrar en campaña decididamente, luégo que los españoles hayan derrotado la división auxiliar de Chile y Buenos Aires; porque no había un centro de acción: una Junta de Gobierno, débil por su institución, y falta de prestigio en el ejército al nuevo General en Jefe. El Libertador veía esto tan claro, que por eso se preparó a entrar en una campaña en 1823, al mismo tiempo que el General Santander tenía que atender a Venezuela y velar sobre Pasto por la parte del Norte. El año de 1823 se presentaba con nuevas complicaciones, y, sin estar de acuerdo los españoles que obraban en Venezuela con los del Perú, sus movimientos se efectuaban como en combinación.

Apenas llegaron los cuerpos del Perú a Guayaquil se les acantonó en diversos lugares y se ordenó suspender el reclutamiento por falta de recursos para mantener en completo pie de fuerza los batallones.

En el mes de febrero recibió el Libertador las noticias del triunfo que obtuvo el General Canterac sobre Alvarado en los días 19, 20 y 22 de enero, en que desapareció tan distinguida división, fuerte como hemos dicho, de 5.000 hombres. Veintidós días duró la campaña, y en ella demostraron los Generales Canterac y Valdés cuán superiores eran al General Alvarado, que no atacó a Valdés cuando estaba fuéra de la distancia de operaciones de la fuerza de Canterac, y esta omisión le causó su derrota.

Dejaremos a los historiadores de esa campaña la relación de los pormenores: el resultado fue que de los 5.000 hombres solamente se salvaron 800, que con Alvarado, Correa y otros jefes se pudieron retirar y embarcarse en los buques de guerra en Ilo e Iquique, y de allí partieron a Lima.

Sin embargo, una mención honrosa debemos hacer de un batallón de la Legión Peruana, que combatió con bizarría en la

batalla de Torata. Se condujo con valor, y los restos se retiraron a Iquique. Allí, atacado por fuerzas superiores españolas, se batieron, y el Comandante, don Pedro de la Rosa, y el Capitán Mayor Tarramona, pelearon hasta morir en el combate. Los dos fueron enterrados en el mismo sepulcro, y el Gobierno del Perú les ha mandado levantar un mausoleo en el cementerio de Lima, haciendo trasladar a él sus restos mortales.

Salvóse igualmente de esta catástrofe la compañía de Cazadores de la Legión Peruana, que la condujo desde Arica el Coronel Müller al Callao en el bergantín **Protector,** después de haber hecho muchos esfuerzos para distraer al enemigo en aquella costa, y llegar al Callao el 12 de mayo de 1823.

El General Arenales se retiró con las fuerzas que mandaba a la costa y se embarcó para Chile. Los demás jefes y tropa con mil dificultades llegaron a Lima.

El 26 de febrero el ejército de observación, a órdenes del General don Andrés Santa Cruz, hizo una representación al Congreso pidiendo la destitución de la Junta de Gobierno y que se nombrase Presidente de la República al General don José de la Riva Agüero. El Congreso del Perú vaciló, pero el 27 formó el General Santa Cruz el ejército fuera de la ciudad en sitio del Balconcillo, e intimó al Congreso que nombrara a Riva Agüero de Presidente. Esta intimación fue hecha en estilo de petición. El Coronel don Agustín Gamarra era el Jefe del Estado Mayor de este ejército.

Hecho cargo del Poder Ejecutivo Riva Agüero, nombró de Secretario de Guerra al Coronel don Ramón Herrera. Desplegó Riva Agüero mucha actividad: tanto él como Santa Cruz, Gamarra y Herrera habían servido en el ejército español hasta que el General San Martín llegó al Perú, y en otros capítulos hemos dicho en la época que tomaron servicio en el ejército republicano, once años después de iniciada la revolución de la América española. En abril de 1823 fueron ascendidos Santa Cruz a General de división, Gamarra, Pinto de Chile, Müller y Herrera, a Generales de Brigada.

El ejército español se reorganizó en Jauja a órdenes del General Canterac, en número de 3 batallones: Burgos, Gerona y Centro, y 2 escuadrones de granaderos. En Arequipa quedó el Brigadier Carratalá, con 2 batallones y 2 escuadrones y 2 baterías de artillería. Al sur del Desaguadero estaba el Brigadier Olañeta con su división y el General Valdés con la suya en Huanacojo.

Laserna ordenó un movimiento sobre Lima y el Callao; pero ocurrieron diferencias entre él y Canterac y se demoraron

las operaciones; pero el General Valdés medió entre estos dos Generales para que hubiese unidad de acción en las operaciones.

Como hemos dicho, el Libertador se trasladó a Guayaquil a reorganizar la división que había regresado del Perú y a formar nuevos cuerpos para auxiliar al Perú, pues estaba persuadido que si los españoles ocupaban a Lima y al Callao, dominarían todo el Virreinato del Perú y emprenderían operaciones sobre Colombia. Se dirigió a los Gobiernos de Chile y Buenos Aires para manifestarles la necesidad que había de llevar a efecto la alianza que había propuesto por medio del Plenipotenciario señor Joaquín de Mosquera, y obrar con un interés americano en tan ardua cuestión. Entretanto, la guerra de Pasto continuaba fomentada por los realistas del Ecuador y centro de Colombia, para llamar la atención del Libertador y no dejarlo auxiliar al Perú. Al mismo tiempo Morales amenazaba desde Maracaibo los valles de Cúcuta, y el General Santander llamaba al Libertador para que se encargase del Poder Ejecutivo porque ignoraba los acontecimientos del Perú. Fue tal la exigencia de Santander, que el Libertador resolvió ponerse en marcha para Quito y seguir a Bogotá. En el sitio de Sabaneta, para entrar ya a la cordillera cuyos ramales parten del Chimborazo, recibió nuevas comunicaciones y regresó a Guayaquil para activar la organización de 3.000 hombres que debían seguir al Perú, y en un buque muy velero había dispuesto que siguiese al Callao el Coronel Luis Urdaneta a ofrecer auxilios al Gobierno del Perú, persuadido de la necesidad de reforzar a los patriotas después de las derrotas de Torata y Moquegua, y llevó el encargo de investigar la opinión de los patriotas del Perú sobre esta nueva expedición, en atención a las antipatías que habían nacido en Lima por celos entre peruanos, argentinos y colombianos, para saber cómo allanaría tantas dificultades.

Recibió el Libertador comunicaciones del Poder Ejecutivo de Colombia, en que se le manifestaba que no era temible la expedición de Morales y que las operaciones del ejército de Venezuela a órdenes de Páez daban confianza al Poder Ejecutivo de que no se complicaría la situación. En consecuencia, resolvió el Libertador y regresó a Guayaquil el 13 de marzo, con el objeto de aumentar las fuerzas en aquel puesto, ya para auxiliar al Perú, ya para defender las fronteras de Colombia si los españoles se apoderaban de Lima y el Callao.

El Libertador estaba convencido que era preferible llevar la guerra al Perú, tomando la ofensiva, que esperar a los españoles en Colombia. En estas circunstancias llegó a Guayaquil en

la goleta **Macedonia** el General don Mariano Portocarrero, de Ministro Plenipotenciario cerca del Libertador de parte del nuevo presidente Riva Agüero, pidiéndole auxilios para salvar la independencia del Perú. Como el Libertador estaba preparado para mandar una división auxiliar al Perú, celebró un convenio con Portocarrero para dar su apoyo a la República hermana, y dijo al Presidente Riva Agüero: "Colombia hará su deber en el Perú: llevará sus soldados hasta el Potosí, y estos bravos volverán a sus hogares con la sola recompensa de haber contribuído a destruír los últimos tiranos del Nuevo Mundo. Colombia no pretende un grano del terreno del Perú, porque su gloria, su dicha y su seguridad se fijan en conservar la libertad para sí y en dejar independientes a sus hermanos".

El General Juan Paz del Castillo fue el Ministro que celebró el tratado con el General Portocarrero, y en él convino el envío de una división auxiliar, su pago, equipo y permanencia en el territorio peruano. Colombia debía aumentar la división hasta 6.000 hombres y las demás fuerzas que tuviera disponibles según las circunstancias. La República del Perú se comprometió a satisfacer todos los costos de transporte tanto de ida como de regreso y a pagar los sueldos asignados en el Perú. El equipo y municiones del ejército colombiano debían ser por cuenta de la República Peruana, así como la composición de las armas, su reposición y reparos. Debían darse al mismo ejército los bagajes de ordenanza y reemplazar numéricamente las bajas, fuera cual fuese la causa que las produjese. Estipulóse por último, que los buques de guerra de la marina de Colombia serían tratados en el Perú como los buques de aquella República, siempre que estuvieran en servicio.

Este convenio se firmó el 18 de marzo, y el mismo día se embarcaron 300 hombres que estaban preparados a órdenes del General Manuel Valdés.

El Ministro Portocarrero instó encarecidamente de parte de su Gobierno que fuese personalmente el Libertador a dirigir la guerra. "Este auxilio, decía, es el principal, el mayor y el único que puede salvar la patria de los Incas". El Libertador le contestó que estaba pronto a marchar con sus queridos compañeros de armas a los confines de la tierra que fuera oprimida por tiranos y que el Perú sería el primer país a que iría, cuando necesitara de sus servicios; pero que aguardaba el permiso del Congreso de Colombia para trasladarse a Lima sin tardanza.

El Libertador, que conocía la importancia de completar los 6.000 hombres ofrecidos, trabajaba en su organización sin tregua ni descanso. Le faltaban recursos pecuniarios y levantó un empréstito de cien mil pesos en Guayaquil y otros ciento los exigió de los Departamentos del Ecuador y el Azuay, y de todo el Sur se sacaron víveres, vestuarios y bagajes y el Gobierno de Colombia le remitió por Panamá municiones, artillería y otros elementos de guerra. El Libertador gobernaba los Departamentos del Sur, a saber: Ecuador, Azuay y Guayaquil, y las provincias de Pasto, Buenaventura y Popayán, del Departamento del Cauca, con las facultades extraordinarias que le concedió el Congreso de Cúcuta para los lugares en que se hacía la guerra, y de estos lugares sacaba todos los recursos y hombres para elevar el ejército auxiliar a 6.000 hombres. Estas facultades dictatoriales que ejercía Bolívar conforme al artículo 128 de la Constitución, se hacían tolerables a los pueblos por el espíritu de justicia con que obraba el Libertador, haciendo menos gravosos los sacrificios de los pueblos que esperaban sacar de ellos una ventura futura.

El sur de Colombia estaba regido por el Gobierno de un Jefe superior civil y militar. Fue al principio el General Sucre en donde dio a conocer su talento y habilidad de magistrado superior, y sucedióle el General Bartolomé Salom cuando aquél fue llamado a Guayaquil, para seguir al Perú como Ministro Plenipotenciario. El principal objeto de esta misión era que acordara con el Gobierno peruano el plan de operaciones más conveniente y fijar el modo como debía comprometerse a obrar la división colombiana.

Sucre llevó también instrucciones para reclamar la devolución de las provincias de Jaén y Mainas, agregadas provisionalmente en tiempo de San Martín, que correspondían al Virreinato del Nuevo Reino de Granada.

Las instrucciones dadas a Sucre y al General Valdés en 13 de abril eran muy liberales a favor del Perú. Ellas existen en los archivos de Colombia y por ellas se ve que no se pretendía ni un palmo del territorio peruano, y se les manifestó que según las órdenes del Gobierno español, Jaén y Mainas se agregaron nuevamente al Virreinato de Nueva Granada, como constaba en las órdenes y en la guía de forasteros españoles, que era un documento oficial, de que se dio a Sucre un ejemplar.

Previnósele a Sucre por el Libertador, que el plan que debía adoptarse era: 1º Defender a todo trance las fortalezas del Callao, a fin de que no cayeran en poder de los españoles y que sirvieran de base de operaciones, y que fuesen custodiadas por

fuerzas colombianas para evitar una traición. 2º Que se llamase la atención de los españoles por Arica y que cuando sus fuerzas estuviesen en el Sur, hacer un movimiento rápido sobre Jauja. 3º Que estos movimientos debían hacerse bajo la inteligencia de no comprometer una batalla decisiva sin absoluta seguridad de buen suceso. Tales fueron las órdenes transcritas a Sucre y Valdés.

El 26 de abril llegaron a Guayaquil don Francisco Mendoza y el Marqués de Villafuerte, comisionados por el General Riva Agüero para solicitar encarecidamente del Libertador su traslación al Perú. Los comisionados llevaron al Libertador la ratificación del Gobierno del Perú al tratado de 18 de marzo, y las cartas particulares que condujeron estos comisionados para Bolívar, de Riva Agüero, Santa Cruz, Herrera, Gamarra, Salazar, Portocarrero, Unanue, López Aldana y otros sujetos distinguidos del Perú en que le suplicaban fuera a mandar el ejército del Perú, sin lo cual el éxito no era seguro.

El Libertador contestó que aún no tenía el permiso del Congreso y que no podía salir del territorio colombiano; pero que Sucre tenía instrucciones para combinar las operaciones. Regresaron los comisionados con esta respuesta, y por desgracia el Congreso colombiano no se había reunido para tomar en consideración este importante negocio.

El 4 de mayo dio el Congreso del Perú un decreto excitando al Libertador para pasar al Perú. El General Riva Agüero se lo comunicó con una carta oficial muy honrosa y expresiva. Al mismo tiempo el Congreso peruano dio el 5 de mayo de 1823 un decreto solemne de acción de gracias por unanimidad por los servicios hechos últimamente al Perú por el auxilio de tropas siempre vencedoras [1].

Entretanto Riva Agüero, Santa Cruz y Herrera trabajaban en organizar una división de 5.100 hombres de desembarco. Esta se hizo a la vela en los días 14 al 20 de mayo con dirección a los puertos del sur llamados intermedios. La división colombiana, juntamente con los batallones 7º y 8º del Río de la Plata y los restos de los cuerpos de Chile, permanecieron en Lima para defender la capital y principalmente la plaza del Callao. Ya hemos dicho que esta defensa, y no exponer las fuerzas colombianas si no era con seguridad del triunfo, eran las más expresas recomendaciones en las instrucciones del Libertador a Sucre.

---

[1] Documento. **Gaceta del Perú** Nº 37, de 7 de mayo de 1823.

El Libertador, al contestar a las más apremiantes peticiones del Congreso y Gobierno peruanos, para trasladarse a Lima, dijo: "El Perú me ha juzgado capaz de servir a su libertad; y yo no puedo pagar esta confianza si no empleo todos mis esfuerzos en llenar tan lisonjeras esperanzas para mí. Ya habría volado a esgrimir mi espada por muchos aliados y compañeros de armas si un religioso respeto a la letra de nuestras instituciones no me hubiera retenido en la inacción que me atormenta, mientras mis hermanos están luchando con gloria por la justa causa de la libertad. Protesto a V. E. que una inmortal impaciencia me fatiga día y noche al saber que el Perú está en peligro o combate por su existencia y que yo no ayudo como soldado".

Tales eran los nobles sentimientos que el Libertador alimentaba en favor del Perú.

El ejército español, a órdenes del General Canterac, debía, según las órdenes del Virrey Laserna, emprender operaciones desde Jauja para ocupar a Lima; y que el General Valdés quedase en Huamanga para defender el Sur en caso de un ataque por los independientes. Canterac no convino con el Virrey en el modo de obrar, y dimitió el mando en jefe; pero luégo con la intervención de Valdés se pusieron de acuerdo, emprendiendo sus operaciones desde Jauja el 2 de junio con una fuerza de 900 hombres de las tres armas, atravesó la cordillera y bajó a Lima, por Huarochiri.

Al saberse en Lima la aproximación del ejército español se difundió una grande alarma, y sólo se pensaba en el modo de salvarse.

Se reunió una Junta de Guerra en el Palacio de Gobierno por orden del Presidente Riva Agüero, que se compuso de todos los generales del Perú, Colombia y ejército unido de Buenos Aires y Chile. Se acordó evacuar a Lima y trasladar todas las fuerzas al Callao, y se le dio el mando en Jefe al General Sucre. El Presidente Riva Agüero, con la mayor parte de los miembros del Congreso, también se retiraron al Callao, y el regimiento de Granaderos de los Andes a órdenes de su Coronel Lavalle, se retiró a Chancay protegiendo la emigración que marchó para el Norte, y algunas partidas de guerrilla de los cuerpos francos del Perú iban con dicho regimiento.

Reunido el Congreso en el Callao, al saber que el 18 de junio había ocupado Canterac a Lima, se ocupó en discutir las medidas más apropiadas para salvar al país y acordaron dar el

mando en Jefe al General Sucre, con facultades dictatoriales para obrar contra el enemigo común.

El 20 de junio hizo Canterac un movimiento sobre la playa del Callao, y desde este día hasta el 27 hubo algunos tiroteos entre los cazadores de la plaza, que estaban avanzados, y los del ejército español que se acercaba a los puestos avanzados. El General Valdés marchó con una columna de infantería y caballería de más de 1.500 hombres a ocupar a Chancay y proporcionar bagajes y ganado vacuno para el ejército, que debía emprender su retirada, luégo que se impusieron en Lima que la expedición de Santa Cruz se componía de los batallones 1º de la Legión Peruana, Cazadores, 1º, 2º, 4º y 6º de infantería, Regimiento de Húsares, escuadrón de Lanceros y una brigada de caballería con 8 piezas de batalla; fuerza total, 1.500 hombres. La confusión que se introdujo en el Callao al acercarse el enemigo sobre la plaza tomó graves dimensiones, y el 22 de junio el Congreso destituyó al General Riva Agüero de la Presidencia.

El General Sucre, hecho cargo del mando absoluto de la plaza del Callao y de la dirección de la guerra, excitó al Congreso para que trasladase sus sesiones a Trujillo, y prescindiendo de las cuestiones entre el Congreso y Riva Agüero, dejó que éste siguiese igualmente a Trujillo.

Luégo que quedó Sucre solo en el Callao, dio diversas disposiciones para restablecer la moral y que se preparase una división que debía ir en auxilio de la expedición del General Santa Cruz, que había desembarcado en Arica el 17 de junio. La expedición constaba de los batallones Vencedor en Boyacá, Voltígeros y Pichincha, fuertes de 2.000 hombres y 50 jinetes de guías de Colombia y 1.000 hombres más distribuídos en el batallón Nº 4º, una compañía de caballería del Perú. El General Lara tomó el mando de esta división y zarpó del Callao el 5 de julio, quedando Sucre en la plaza con fuerzas suficientes para defender los castillos, y dueño de la bahía y de toda la costa por medio de los buques de guerra que tenía a sus órdenes.

Luégo que Canterac se persuadió que no le era posible tomar el Callao, y sabiendo que había seguido para el Sur una expedición, ordenó al General Valdés que saliese el 5 de julio con los batallones de Voluntarios Lerma y Centro, que mandaban Ameller y Espartero, los tres escuadrones de caballería que mandaba Terraz y dos piezas de batalla, marchasen al Cuzco para oponerse a Santa Cruz y Lara; él mismo resolvió seguir a Jauja y desocupó a Lima el 16 de julio, extrayendo cuanto le podía servir e inutilizando la Casa de Moneda. Algunos rea-

listas emigraron con el ejército real. Al llegar Canterac a Larín hizo continuar en retirada dividiendo su fuerza en varias columnas. El marchó por Cañete a Huaneardica. El Coronel Barandalla con un batallón y los escuadrones de Húsares de Fernando VII, marcharon a Jauja por Santo Domingo. El Brigadier Loriga con alguna tropa siguió a Terma y el Brigadier Monet con una división por Ica a Córdoba.

El General Sucre delegó en el Gran Mariscal Torre Tagle las facultades que le había concedido el Congreso, y se embarcó para el Sur a tomar el mando en jefe de todo el ejército de operaciones.

El General Santa Cruz había ocupado a La Paz el 7 de agosto; el 9, su segundo, el General Gamarra, llegó a Viacha, y el 10 tuvo un encuentro con el Brigadier Olañeta en las inmediaciones de Calamarta: la función de guerra no fue decisiva, y Olañeta se replegó hacia Potosí.

Dividiendo el ejército del Sur, sin guardar la distancia de operaciones, no se podían proteger mutuamente Santa Cruz y Gamarra. El General Santa Cruz resolvió salir al encuentro del General Valdés, que había llegado a Puno y puesto en marcha sobre el Desaguadero; al avistarse los dos Generales, Valdés retrocedió a tomar posiciones en Zepita. El 25 de agosto un reñido combate en los altos de Zepita no se decidió, y en la noche Santa Cruz regresó al Desaguadero y Valdés a encontrarse con el Virrey, que debía estar en Puno con las fuerzas que conducía del Norte, y el 28 se reunieron en Pomata. El Virrey había ordenado al General Canterac que ocupase a Huamanga para estar en aptitud de ocurrir al punto más conveniente; y que el Brigadier Loriga permaneciese en Jauja para mantener aquellas provincias. Comunicó Laserna a estos Jefes que él continuaba sus operaciones hacia el Sur.

El General Sucre había llegado el 28 de agosto al Valle de Víctor y el 30 ocupó a Arequipa, que abandonó el Coronel Ramírez que la guarnecía con 600 infantes y 200 caballos.

Le comunicó Sucre su llegada a Santa Cruz ofreciéndole auxiliarlo para decidir la campaña; pero este General se creyó tan seguro del triunfo que no aceptó el ofrecimiento, sin considerar que tenía a su frente generales hábiles, a cuyas órdenes había servido, y que tenía la división Gamarra a una distancia tal que no le podía servir de apoyo en un caso dado. Luégo que Santa Cruz conoció la combinación de las fuerzas españolas y que Olañeta regresaba de Patón con 2.500 hombres, emprendió su marcha a unirse a Gamarra en Onao, y lo verificó el 8 de

septiembre, y en vez de obligar al enemigo a dar o recibir la batalla, dejó que éste se uniera a Olañeta, que, como dejamos dicho, traía 2.500 hombres. La reunión tuvo lugar el 14 de septiembre en Lora, y el mismo día emprendió Santa Cruz su retirada para la costa, cuando si hubiese obrado militarmente debió obrar con todo el ejército sobre el enemigo, que había tenido que hacer marchas forzadas desde Lima y estaba su tropa extenuada de fatiga, o dirigirse contra Olañeta hasta destruírlo y ponerse en comunicación con los Generales Arenales y Urdinimea, que estaban en Salta; pero viéndose Santa Cruz a la cabeza de 7.000 hombres y el entusiasmo con que lo recibieron los pueblos, no pensó que el número sin disciplina y habilidad estratégica es insuficiente para la victoria.

Después de haberse negado pocas semanas antes el General Santa Cruz a recibir el auxilio de Sucre por no ponerse a sus órdenes, cuando lo solicitó fue tarde.

El 17 llegaron los españoles a Licabia, y la caballería republicana a órdenes del Coronel Brundren contuvo al enemigo, que no pudo entrar en combate, porque estaba rendido de haber marchado 39 leguas en tres días. Santa Cruz debió hacer alto, y el enemigo habría retrocedido para descansar, y este hecho habría dado moral al ejército republicano, que la perdía diariamente desde que emprendió la retirada, sin guardarse todas las reglas que aconseja el arte de la guerra. En este día comenzó la deserción en gran número, se perdían los bagajes, mulas de carga y equipajes, y como dicen Camba y Müller, esta retirada era una huída desastrosa.

No entraremos en los pormenores de esta disolución del ejército de Santa Cruz, que sin batirse perdió 6.000 hombres y se salvaron él y la mayor parte de los jefes y oficiales, porque los españoles no tenían ya fuerzas en las piernas de sus soldados después de tántas marchas sin tregua ni descanso. 1.300 hombres fue lo que salvó, incluso oficiales, de general a subteniente.

El General Sucre, no obstante la negativa de Santa Cruz para recibir su auxilio, se movió hacia Puno creyendo que se retiraría en esta dirección; pero tomó la vía de Moquegua para seguir a la costa en solicitud de transportes para regresar a Lima.

El General Sucre contramarchó hacia Arequipa, y el 2 de octubre se dirigió a Moquegua para verse con Santa Cruz y Gamarra, que seguían a encontrarse en Ilo. A su vez regresó el 6 de octubre, hizo marchar la infantería a Quilca para embarcarse para el Callao, y él permaneció en Arequipa con la caba-

llería. El 8 fue atacado por los españoles, y no obstante que lograra rechazarlos, al fin tuvo que retirarse y se dispersó la caballería a dos leguas distante de Arequipa. Los habitantes de la ciudad, al verla ocupada por los españoles, prorrumpieron en gritos en favor de Fernando VII, colocando el retrato de este monarca en la parte exterior de la casa municipal. Era mucha la opinión que tenían los españoles en el Perú; no obstante que la parte más ilustrada del país era decidida por la independencia, y solamente la juventud instruída era republicana en aquellos tiempos. Apenas existían unos pocos de esos ilustrados jóvenes y entre ellos contamos al doctor don Francisco Mariátegui y al doctor don Manuel Lineyros, que han ilustrado su nombre en las diversas épocas de la revolución americana.

Embarcadas las tropas de Santa Cruz en Ilo y Arica y las de Sucre en Quilca, la caballería siguió por tierra a Lima y la infantería al Callao.

Cuando el Libertador se preparaba en Guayaquil para seguir al Perú, luégo que recibiese el permiso del Congreso, llegó la noticia de la completa derrota que sufrió en Pasto el Coronel Juan José Flores el 12 de junio de 1823. Perdió la columna que mandaba, fuerte de 600 infantes y 50 jinetes de guías. El Coronel Flores y los Tenientes Coroneles Luque, Obando y Jiménez con pocos oficiales y soldados fueron los únicos que se salvaron, huyendo a Popayán, en donde se organizó una columna para atacar a los enemigos, creyendo que marcharían en persecución de los vencidos; pero los realistas, sabiendo que toda la fuerza organizada en el Ecuador había seguido para el Perú y estaba en marcha para Guayaquil con el mismo objeto, armados con los fusiles tomados a Flores y Obando, siguieron rápidamente sobre Ibarra, y con los realistas que se les reunieron en Túquerres e Ipiales elevaron su fuerza a más de 1.200 infantes; don Estanislao Merchancano fue reconocido como Gobernador a nombre de Fernando VII, y el Coronel Agustín Agualongo, Comandante General.

Luégo que el Libertador recibió la noticia del triunfo de los pastusos sobre Flores, se puso en marcha de Guayaquil sobre Quito con 400 soldados veteranos de infantería y caballería, pues consideraba que era necesario destruír completamente esa sublevación en favor de los españoles, para poder continuar remitiendo auxilios al Perú, cuya situación dejamos descrita atrás. Dio órdenes el Libertador para que el General Salom no emprendiese operaciones sobre Pasto, para sacar al enemigo del territorio en que eran hábiles para batirse en guerrillas, y en

el que no puede obrar con ventaja la caballería. Los partidarios del Rey de España que existían en el Ecuador y en Barbacoas y Popayán tenían al corriente a los pastusos de lo que pasaba en el Perú y Venezuela para alentarlos y llamar hacia ellos la atención, como pudimos saberlo positivamente en 1824, cuando destruímos la última fuerza que mandaba Agualongo.

El Libertador trabajó en Quito con aquella actividad que le distinguía y organizó sobre los 400 hombres que condujo desde Guayaquil una división de 1.500 hombres de las tres armas. Al ocupar Agualongo el territorio de Tulcán y Tusa, el General Salom se retiró del Puntal a Ibarra, y cuando el enemigo pasó el Chota siguió su retirada hasta Guayabamba, en donde se incorporó a la división que mandaba en persona el Libertador.

El Coronel Agualongo había elevado su fuerza a 1.500 infantes y unos 100 jinetes: ocupó a Ibarra, y la tropa, ocupada en merodear en los alrededores de la ciudad y en saquear las casas de los republicanos, se dejó sorprender el 18 de julio, que al llegar a las inmediaciones el Libertador supo el desorden en que estaban, y él en persona tomó un piquete de caballería y un edecán, marchó a la cabeza de la división y ocupó la ciudad, librando sobre los enemigos un combate sangriento para exterminar a estos partidarios del Rey de España, que paralizaban todas las operaciones en auxilio del Perú. El triunfo fue completo, y de Ibarra al Chota murieron 600 hombres; pero Agualongo y algunos jefes y oficiales de esta facción se salvaron, y fueron a continuar la guerra en su país.

De Chota regresó el Libertador a Quito, a donde llegó el 31 de julio, y el General Salom siguió a Pasto con órdenes de exterminar a los partidarios de los españoles, confiscarles los bienes y trasladar sus familias al Ecuador y Guayaquil, para distribuír las tierras que quedasen vacantes a nuevos pobladores.

Cuando algunos oficiales del ejército español sublevaron la provincia de Pasto en 1822, fue tratada con rigor aquella población, como referimos en el capítulo anterior. Ese rigor y las intrigas de los realistas produjeron un nuevo alzamiento y el triunfo sobre el Coronel Flores. La severidad del Libertador mandando exterminar a los vencidos el 18 de julio y las órdenes dadas al General Salom, lejos de concluír la guerra, la prolongaron un año más, como se verá en el curso de esta narración, lo que produjo la incomunicación del Gobierno con el Libertador, que tenía que hacerse por Barbacoas o por mar, pues las guerrillas no permitían correos. Por esta razón, no había podido el Libertador

recibir el decreto del Congreso de 4 de junio, dándole permiso para seguir al Perú según lo creyese más conveniente.

Al llegar el Libertador a Guayaquil encontró allí una diputación del Congreso del Perú, cuyo Presidente era don José Joaquín Olmedo, que tenía por objeto excitar al Libertador para que fuese al Perú a encargarse del mando del ejército unido. El señor Olmedo manifestó al Libertador los sentimientos de gratitud y consideración que animaban al Congreso y pueblo peruanos, con respecto a la persona del Libertador, por los auxilios que hasta entonces había recibido. Además, añadió el señor Olmedo: "Todos los elementos de ataque y defensa acumulados en el Perú sólo esperan una voz que los úna, una mano que les dirija y un genio que los lleve a la victoria". El Libertador le manifestó cuál era su pena de no haber podido seguir por no tener aún el permiso necesario del Congreso. La diputación del Gobierno y Congreso peruanos informó al Libertador de la crítica situación en que estaba la Nación a consecuencia de la ocupación de la capital por Canterac y de la desavenencia de opiniones entre el Congreso y el Presidente Riva Agüero. Los decretos que se habían dado para que el Congreso y el gobierno se trasladasen a Trujillo; y para crear un supremo poder militar, y que el Presidente Riva Agüero saliese del país. Tales decretos fueron acordados del 19 al 23 de junio de 1823: todo lo cual contristó el ánimo del Libertador. Al contestar al Presidente de la comisión, señor don José Joaquín Olmedo, se expresó así el General Bolívar: "Yo ansío por el momento de ir al Perú, mi buena suerte me promete, que bien pronto veré cumplido el voto de los hijos de los Incas, y el deber que yo mismo me he impuesto, de no regresar hasta que el Nuevo Mundo no haya arrojado a los mares a sus opresores".

El Libertador se preparaba para partir de Guayaquil al Callao, luégo que recibiese la ley que le permitiese salir del territorio de Colombia: llegó el 1º de agosto y el 6 se embarcó en el bergantín **Chimborazo** y llegó al Callao el 1º de septiembre, y siguió inmediatamente a Lima, donde fue recibido con grande entusiasmo, y el día 2 le concedió el Congreso para que terminase las diferencias con el General Riva Agüero, y el Libertador nombró a los señores don José María Galdiano y Coronel Luis Urdaneta al efecto, dándoles instrucciones al respecto, pues después de los acontecimientos que tuvieron lugar en Trujillo el 19 de julio, disolviendo al Congreso, poniendo presos a algunos de sus miembros, y que esta asamblea nacional reunida en Lima le había destituído el 16 de agosto, y creyó que

por amor a la libertad de la patria, el hombre que había organizado un ejército e instado tanto por recibir los auxilios de Colombia procedería con patriotismo; pero estos esfuerzos fueron inútiles, como veremos después. La situación pareció crítica al Libertador por este principio de guerra civil, y porque aunque el General Santa Cruz había dado una idea lisonjera de sus operaciones, le había parecido muy mal que hubiera dividido sus fuerzas cuando debió batir en detalle las diversas divisiones y columnas; dio órdenes a Sucre, que había ocupado a Arequipa, para que obrase conforme a las indicaciones que le hacía; y que fijasen su base de operaciones en uno de los puertos de Ilo, Islay, Arica o Quilca, según fuese necesario. El 29 de septiembre se recibió en Lima el parte de la acción de Zepita, que pintaba Santa Cruz como una batalla ganada sobre la división que mandaba el orgulloso General español don Jerónimo Valdés. Para un militar de la capacidad del Libertador no se le ocultaba que el combate no era una completa victoria, pues Santa Cruz no persiguió al enemigo, y se retiró al Desaguadero, tomando provisiones al Sur. Los españoles también se atribuyeron la victoria, y es muy particular que en una y otra parte las pérdidas del enemigo sean mayores a las del que da el parte, y el número es aproximado en cada uno pero inversamente, lo que probaba la exactitud del juicio de Bolívar en las instrucciones dadas a Sucre.

El 10 de septiembre sancionó el Congreso la ley que invistió al Libertador del mando supremo en la dirección de la guerra, bajo la denominación de Libertador y con las facultades dictatoriales en todo lo que fuese conexo con la guerra. Los términos de la ley y el continuar el Presidente Torre Tagle en ejercicio del Poder Ejecutivo, fue porque el General Bolívar manifestó que no debía llamársele Dictador ni desaparecer el Poder Ejecutivo Nacional, tanto para mantener la autonomía del Perú como para poder realizar una reconciliación entre Riva Agüero y el Congreso [1]. Otra ley dispuso el 11 del mismo mes que mandaba reconocer al Libertador por todos los generales oficiales superiores y por todo el ejército [2]; documento que muestra bien cuál era la necesidad de restablecer la moral entre los diversos cuerpos y en general en el país.

---

[1] Documento. **Gaceta del Perú** Nº 12.

[2] Documento. **Gaceta del Perú** Nº 12.

Pocos días después de este acto del Congreso, el General don Enrique Martínez pasó al Presidente del Perú la resolución de la Junta de Representantes de la provincia de Buenos Aires, reconociendo bajo su dirección e inmediata dependencia la división de los Andes, que servía en el ejército [1], cuyos actos dejó conocer como no dignos de las circunstancias. ¿Una división auxiliar, bajo la inmediata dirección y dependencia de un gobierno a mil leguas de distancia? Todo esto complicaba la situación. El Gobierno de Buenos Aires había celebrado un convenio preliminar con los comisionados españoles el 4 de julio de 1823 que salía de las autorizaciones que le diera la Junta de Representantes, lo que produjo una mala impresión en el Perú y Chile. Don José Larrea y Loredo, Ministro Plenipotenciario del Perú, manifestó al Congreso de Chile lo irregular de la medida, y conociendo el Congreso y Gobierno de Chile que era necesario hacer un esfuerzo para decidir la cuestión en un campo de batalla antes que seguir negociaciones con España, cuando esta nación estaba invadida por el Gobierno francés, para restablecer el poder absoluto, resolvió reforzar al ejército del Sur, con una división de 2.000 hombres: conducta laudable que fue contrariada poco tiempo después por el jefe de dicha fuerza.

En medio de tántas dificultades un acontecimiento favorable a las armas colombianas en el triunfo de la escuadra republicana contra la española en el lago de Maracaibo y la entrega de la plaza el 24 de julio vino a reanimar el espíritu público, con fecha 8 de octubre, y el Libertador lo celebró tanto más cuanto que le llamaban la atención las operaciones sobre españoles en Venezuela.

A un mismo tiempo recibió el Libertador comunicaciones del General Sucre, desde Arequipa, de fecha 7 de octubre y al Coronel don Antonio Gutiérrez de la Fuente, comisionado del General Riva Agüero, para hacer un arreglo entre dicho General y el Gobierno del Perú.

El General Sucre le daba cuenta al Libertador de haber dado una alocución como General en Jefe, y se la acompañó para que fuese reconocido como autoridad suprema, y en el parte que le da de las operaciones de Santa Cruz sobre las tropas españolas le manifestaba que nada había podido conseguir para que Santa Cruz aceptara sus indicaciones, y que había hecho marchar la infantería a Quilca para que se embarcase y siguiese

1 Documento. **Gaceta del Perú.** Nº 18.

a Pisco y que el General Müller conduciría la caballería por tierra.

Cuando Santa Cruz se embarcaba en Arica para el Callao y Sucre en Quilca, llegó al primer puerto la expedición de que hemos hablado, remitida de Chile, a órdenes del Coronel Benavente: tomó el mando el General Pinto y mandó matar sus caballos y se embarcó y regresó a Valparaíso, dejando en conflictos al ejército unido ya con las ventajas obtenidas por los españoles, por la falta de capacidad militar de Santa Cruz, como por la conducta desleal de Riva Agüero.

El Coronel don Antonio Gutiérrez de la Fuente le presentó al Libertador un proyecto de convención para arreglar las diferencias con el Gobierno del Perú, y con fecha 20 de octubre le contestó al Coronel La Fuente por el secretario general del Libertador sus proposiciones de arreglo. Estos documentos importantes en la historia de los acontecimientos, aunque han sido publicados, estimamos conveniente reproducirlos en estas Memorias que escribimos sobre la vida de Bolívar, cuyo mérito se enaltece cada día más, después que se acallan las pasiones.

Bolívar no tuvo embarazo en entrar en estos arreglos con el agente de Riva Agüero, para darle una prueba de su deseo de reunir a los peruanos y alejarlos del campo de la discordia, que daría el triunfo a los españoles, y mucho más cuando conocía que Riva Agüero estaba traicionando la causa americana.

En una conferencia que tuvo el Libertador con el Coronel La Fuente le hizo presente que tenía datos seguros de que Riva Agüero traicionaba al país, entendiéndose con los españoles. La Fuente le manifestó que no lo creía; pero que el General Riva Agüero, si había teni un jefe que le apoyase para disolver al Congreso, como lo hizo el Comandante Novoa, no encontraría uno solo que lo siguiese en esa infamia. El Libertador le enseñó una carta interceptada que daba la confirmación de las noticias recibidas de haber mandado un parlamentario cerca del Virrey Laserna. El General Bolívar advirtió la fuerte impresión que había hecho al Coronel La Fuente este descubrimiento, y le animó para que llevado de sus sentimientos salvase de una mancha a su patria.

A estas manifestaciones correspondió La Fuente ofreciendo al Libertador que las fuerzas que obedecían a Riva Agüero no empañarían la honra del Perú: tomó la carta que le dio el Libertador para que la enseñase con prudencia a sus compañeros, para que obrasen en favor de la causa de la independencia, y le anunció que él se movería muy pronto hacia el Norte, pues

la pérdida de la división de Santa Cruz, sin combatir, le obligaba a irse hacia el norte del Perú, para recibir los recursos de Colombia, dejando la plaza del Callao bien guarnecida.

El Coronel La Fuente refirió entonces al Libertador todo lo que había pasado desde que llegó Riva Agüero a Trujillo, y que él y el General Herrera se habían opuesto a la disolución del Congreso al llegar y que no lo efectuó hasta que tuvo un cuerpo que, mandado por el hermano de su secretario Novoa, pudo contar con él. Que un día en Santa, muy mortificado con el Libertador porque en vez de apoyarlo a él, que era el que lo había llamado, se había unido al Congreso; que era un ambicioso y que él estaba resuelto a entenderse con los españoles para destruír a Bolívar; pero que indignado de oírle aquello, le habló con tanta resolución, que Riva Agüero le contestó que eso no era sino una hipérbole, por el disgusto que le causaba la conducta de Bolívar. Que así lo había creído; pero que en vista de lo que acababa de ver, él le ofrecía ir a persuadir a sus compañeros que la salud de la patria estaba en unirse al Gobierno Nacional y al ejército unido.

Los que han escrito algo sobre la historia de las guerras de la independencia han tocado este punto de un modo general, y nosotros, como contemporáneos y miembros que fuimos del Estado Mayor de Bolívar, tenemos que referir con minuciosidad estos sucesos; y que se conozca bien la verdad.

Será necesario referir los datos y pormenores de esta insigne traición de Riva Agüero, evitada por La Fuente, y cuánto influyó en la suerte del país la conducta de este Coronel y todos los militares del Perú, que se unieron al ejército unido en circunstancias solemnes.

Comisionado el Coronel La Fuente para ir cerca del Libertador para tratar de la unión entre los peruanos y el ejército auxiliar de Colombia, recibió instrucciones el 11 de octubre de 1823. El Coronel La Fuente llegó a Lima, y el primer paso que dio fue presentar el 13 un proyecto de arreglo, que en su concepto allanaba todas las dificultades. El Libertador le hizo llamar para tener una conferencia particular con él, y le preguntó si sabía que Riva Agüero estaba en inteligencia con los españoles. El Coronel La Fuente le aseguró que él ignoraba tal cosa y que no creía que tuviese tan dañada intención. Entonces el Libertador le presentó las comunicaciones interceptadas del Coronel Silva al General español don Juan Loriga. Este documento hizo ver al Coronel La Fuente la indicación que le había hecho el General Riva Agüero, y que conociendo su oposi-

ción la había retirado diciéndole que eso era una hipérbole, no era tal, y sí un plan combinado. Le pidió al Libertador la carta para persuadir a sus compañeros del riesgo que corría la patria con aquel General, para tomar medidas de salvación. El Libertador se la ofreció, pero le manifestó que era necesario concluír el convenio, para que lo llevase a Riva Agüero, y el 20 de octubre el secretario general le transcribió la resolución del Libertador, dada en contestación a sus proposiciones del 18. La lectura de estos documentos manifiesta claramente que había buena fe de parte del Libertador y del Coronel La Fuente, que presentaban una tabla de salvación al General Riva Agüero, y que el Libertador quería conjurar la tempestad política que amenazaba al Perú.

El Coronel La Fuente regresó al cuartel general de Riva Agüero, y le dio cuenta del resultado de su comisión, improbó el convenio y no quiso que se hiciese trascendental a los jefes y oficiales de los cuerpos que tenía a sus órdenes.

Antes de concluír el desenlace de esta cuestión tenemos que hacer una reseña de lo que pasaba en Lima en el resto del mes de octubre y parte del de noviembre, para presentar un cuadro de los acontecimientos más importantes que compelían al Libertador a obrar con tanto tino como firmeza en aquellas circunstancias.

La escasez de dinero fue tal que el Congreso autorizó diversas contribuciones: una de 400.000 pesos forzosa, que se distribuyó por una junta de personas respetables de la capital. Se dieron severos decretos de policía para impedir la comunicación con los españoles y disidentes del Norte, y se dispuso que todo el ejército se trasladase al Norte, por la dificultad de mantener las fuerzas de las divisiones que habían regresado del Sur, de las cuales la de Santa Cruz había reconocido al General Torre Tagle como Presidente, y destituído a Riva Agüero. Otro tanto hizo la marina a órdenes del Vicealmirante Guise. Se colectaron en masa todas las caballerías útiles, y se hizo un reclutamiento general para reemplazar las bajas del ejército. Se celebró un contrato con los comerciantes de Lima para un empréstito de 200.000 pesos para pagar 300.000 en descuento de aduanas.

El Congreso dictó varias leyes sobre organización y garantías, y entre otras la ley de libertad de imprenta, de 3 de noviembre de 1823. Con fecha 11 del mismo mes se dio la ley que declaraba extinguidos todos los títulos de nobleza que había conservado el General San Martín, por decreto de 27 de diciembre

de 1821. El día 11 quedó sancionada la Constitución del Perú y el 13 se publicó y juró solemnemente.

Después de estos actos solemnes marchó el Libertador para el Norte. Desde Supe, con fecha 16 de noviembre, su secretario general comunicó al Gobierno del Perú las exigencias de Riva Agüero, entre las cuales la más grave era la disolución del Congreso, y acompañó el "ultimátum" que los comisionados del Libertador, Coronel A. Morales, colombiano, y don Francisco Araos, peruano, hicieron a los de Riva Agüero.

El Coronel La Fuente, persuadido ya de la infamia con que se procedía de parte de Riva Agüero por la posesión en que se encontraba de los documentos que dejamos citados, suspendió la resolución que tenía para obrar decididamente hasta que terminasen las conferencias de Pativilca entre los comisionados del Libertador y de Riva Agüero. Estas terminaron sin fruto alguno. En consecuencia, Riva Agüero comienza a moverse hacia la Sierra en grande confusión, y ésta proporciona al Coronel La Fuente apoderarse de documentos importantes que confirman lo que ya le había dicho el Libertador de la inteligencia con los españoles, del Presidente Riva Agüero. Presentados estos documentos a los jefes y oficiales del regimiento de coraceros, todos sin excepción fueron de opinión que debían poner preso a Riva Agüero y dos o tres jefes que le acompañaban en las tramas, y después de haberse apoderado de las entradas de la ciudad de Trujillo, le sorprendieron en su casa en la mañana del 25 de noviembre. Fue sometida la tropa de infantería que había en la plaza, y en seguida convocó el Coronel La Fuente a los vecinos de la ciudad de Trujillo a la casa municipal para instruírlos del suceso y de los documentos que había tomado y comprobaban la traición. Los ciudadanos que formaron la asamblea popular aprobaron la conducta del Coronel La Fuente y de todo el regimiento de coraceros, y lo proclamaron prefecto del Departamento, de que dieron cuenta al Gobierno del Perú y al Libertador, que se acercaba con el ejército.

Esta noble conducta del Coronel La Fuente fue de una importancia extraordinaria en aquellas circunstancias. Terminóse la guerra civil y desaparecieron los obstáculos que suspendían las operaciones contra el ejército español, que ocupaba la mayor parte del país. Pasados los tiempos se ha querido juzgar la conducta de Riva Agüero como una mala combinación, para engañar a Laserna y a Bolívar, disolver el Congreso y conseguir por sí solo la independencia del Perú. Esta manera de disculpar los errores de un hombre, que ciego de ambición, de envidia y

vanidoso, se lanzó en un abismo, apenas puede ser materia de disculpas, que no oscurecerán jamás la verdad de los hechos históricos. Ciertamente Riva Agüero pedía al Virrey Laserna una liga para destruír a Bolívar, y contaba con el ejército que mandaba Santa Cruz para que le fuese a auxiliar hacia el Sur, pues ignoraba que la impericia de este General había perdido la mayor parte de su fuerza, y que estaba sometido al Congreso y a Bolívar. El General Loriga estimulaba al Coronel Silva para que indujera a Riva Agüero a celebrar el tratado de alianza contra Bolívar, y acelerar la conclusión de un tratado de paz bajo las bases de que se le habían dado instrucciones al comisionado español Areu, que la principal era no reconocer la independencia. Estas comunicaciones fueron interceptadas por las partidas que recorrían el país entre los españoles y los disidentes.

El Libertador, al moverse de Lima llevaba el plan de interponerse entre los españoles y Riva Agüero, para desconcertar a éste y hacer frente a Canterac, si a consecuencia de la retirada de Santa Cruz y Sucre, intentaba operaciones para entenderse con los disidentes.

Al emprender sus movimientos el Libertador le manifestó al General Sucre que las fuerzas colombianas no debían obrar contra las peruanas que obedecían a Riva Agüero, porque de ello vendrían celos y enconos entre peruanos y colombianos que ya se dejaban sentir, desde que fue al Perú la primera división auxiliar, y que era necesario no dar motivo alguno que autorizase estas disensiones. Sin esta emulación naciente no se habría perdido la división de Santa Cruz. Con estos movimientos la fuerza que mandaban Silva, Novoa y Mancebo, emprenderían su retirada para Cajamarca. Entonces dispuso el Libertador que el adjunto al Estado Mayor General, Manuel A. López, fuese en comisión cerca de los jefes que estaban con algunas fuerzas en la Sierra, para que conocieran el peligro que corría el Perú, por esta disidencia de Riva Agüero y su inteligencia con los españoles, que se valdrían de ellos para destruír el ejército unido, y después a los que so pretexto de destruír al Libertador para hacer tratados de paz con España, violaban los tratados de alianza últimamente celebrados, y uno de ellos por el General Portocarrero, Ministro nombrado por Riva Agüero. Tales eran las indicaciones principales de las comunicaciones e instrucciones dadas a López. Este oficial encontró en Cajamarca alguna caballería en desorden porque los oficiales y tropa se habían distribuído los fondos existentes en la comisaría de guerra. Los jefes y tropa que permanecían en Cajamarca recibieron bien las insinuacio-

nes del Libertador y se sometieron a su autoridad. Los Coroneles Silva, Novoa y Mancebo se separaron, y por Huamachoco se internaron al Marañón.

En Atunhuailas recibió el Libertador el parte de la prisión de Riva Agüero, a quien remitió preso juntamente con el General Herrera, que estaba enteramente de acuerdo con las pérfidas transacciones con los españoles. Persuadido el Libertador que toda medida fuerte contra estos dos Generales vendría a ser perjudicial a su nombre y al del Congreso peruano que lo había destituído y mandarle castigar, dio órdenes al General Juan Paz del Castillo, Intendente y Comandante General de Guayaquil, que les diese pasaporte para que siguieran libres al exterior, al lugar que tuviesen por conveniente, y así se cumplió la orden.

El Libertador siguió hasta Cajamarca, y reuniendo los soldados y oficiales de los cuerpos abandonados por Silva, comenzó a reorganizarlos y se dio principio a formar de nuevo el ejército peruano, disuelto por la dispersión del Sur, de que hemos hablado, y la mala conducta de Riva Agüero.

Terminada la cuestión con Riva Agüero, el General Sucre tomó el mando en jefe del ejército unido y se acantonó en la provincia de Andahuailas.

De Cajamarca se trasladó el Libertador a Trujillo para fijar allí su cuartel general, y estar más inmediato al mar para entenderse con Lima, Guayaquil y Panamá. El territorio libre del Perú, en diciembre de 1823, era desde Tumbes hasta Cañete. En el interior ocupaban los republicanos el territorio desde el cerro de Puno hasta Huancabamba y Polunda hacia el norte, terreno que comprendía los Departamentos de Lima y Trujillo.

El Libertador, luégo que supo que el navío **Ana** y el bergantín **Aquiles** habían llegado al Pacífico por el Cabo de Hornos, dio órdenes a Guayaquil y Panamá para que los buques de transporte de tropas que debían seguir para el Perú fuesen convoyados por buques de guerra, y navegasen tomando precauciones para evitar un encuentro, pues la esperanza que tenía de reforzar el ejército unido consistía en estos auxilios, pues el regreso de Pinto con la división que llegó hasta Arica, le había hecho perder toda esperanza de auxilio de Chile, después de unos 300 hombres que condujo el Coronel Aldanate para engrosar las filas del batallón número 4.

El Coronel Diego Ibarra salió el 22 de diciembre para Bogotá por Buenaventura, con comunicaciones del Libertador para el Vicepresidente Santander, pintándole la situación del Perú,

los desastres de la división Santa Cruz y la falta de recursos pecuniarios y exigiendo menos cuerpos de tropa y medidas eficaces para levantar un ejército de reserva. Pasto estaba nuevamente en armas en favor de los españoles, y era necesario mantener la comunicación entre Bogotá y Quito por Barbacoas, y de Buenaventura por mar a Guayaquil y el Perú. Los corsarios españoles el **Brujo** y la **Quintanilla** cruzaban en el Pacífico, desde Chile hasta las costas del Chocó, y se había dado algún armamento para introducirlo a Pasto por Tumaco y Barbacoas, en donde contaban con agentes los españoles. En consecuencia nos destinó el Libertador de Comandante de armas y marina de la costa de Colombia, desde Charambirá hasta Atacama, y el mando político como Gobernador de Buenaventura nos lo confió el Poder Ejecutivo para defender aquella costa y mantener la comunicación por mar y por tierra, como hemos dicho.

El Libertador, que sentía todo el peso que gravitaba sobre sí en la dirección de las operaciones, le escribió al Ministro de la Guerra a Lima una carta muy interesante y que el General Torre Tagle publicó en un manifiesto para justificarse, y de que en otro lugar nos ocuparemos. A esta carta el lector imparcial le dará su genuina inteligencia: la de aconsejar las medidas que creía útiles; pero Torre Tagle y don Andrés Camba en sus Memorias la publican, y nosotros también lo haremos: porque ella aclara bien cuál era la situación en que se encontraba el Libertador a fines de 1823. ¿Que un General español trate de sanguinarios a los republicanos que, como Bolívar, aconsejaba rigor cuando se estaba traicionando la causa de la patria? Ellos, los españoles, ¿cuántas víctimas sacrificaron en el Alto Perú, Colombia y Chile? Ciertamente el General Laserna condujo con más humanidad la guerra que los otros virreyes y capitanes generales. La orden del Libertador al General Castillo para poner en libertad a Riva Agüero, cuando había sido condenado a muerte por el Congreso del Perú, y mandado ejecutar por Torre Tagle, dice todo lo contrario de lo que los detractores de la época decían del inmortal Bolívar.

CAPITULO XXIV

Al terminar el año de 1823 el Libertador veía muy comprometida la suerte, no solamente de la independencia del Perú, sino de la América, porque destruído el ejército de Colombia en el Perú, peligraba Colombia. Llegó a creer que una batalla perdida llevaría al ejército español hasta el Ecuador, ocuparía inmediatamente al Departamento del Cauca y la defensa tendría que hacerse en la cordillera central y la que resguardaba a Antioquia por el norte. Todo lo hizo presente al Vicepresidente de Colombia, para que le remitiese 12.000 hombres, comprendiéndose en ellos los 3.000 que estaban en marcha y los 3.000 que pidió, cuando supo la pérdida de Santa Cruz y la retirada de los chilenos en tan críticas circunstancias. Al General Salom, que mandaba en los Departamentos del Sur, y a los Comandantes Generales del Istmo y del Cauca, les prevenía que activasen la venida de los recursos que debían mandar, y que se hiciese un esfuerzo por las tropas de Quito y Popayán para concluír la guerra de Pasto, que impedía la rapidez de los movimientos y tenía distraída una fuerza de más de 2.000 hombres en aquella guerra tan obstinada de parte de los realistas, defensores de Fernando VII, fanatizados por el clero desde 1811.

Reorganizadas las fuerzas que tenía Riva Agüero y necesitando acercarse a Lima, se trasladó a Trujillo y de allí a Pativilca. Una legua antes de Pativilca visitó la antigua fortaleza de los Incas, cuyas ruinas son un monumento de la grandeza y civilización de aquella nación; entró a ella y la examinó con mucha atención. Estuvo poético haciendo un retrospecto al pasado, y llenó de entusiasmo a cuantos le rodeaban. Al llegar a Pativilca fue atacado de una fiebre cerebral que lo tuvo fuera de su juicio varios días; pero un médico, Joly, lo asistió con mucho cuidado, y a los ocho días estaba cortada la calentura, aunque sumamente débil. En aquellas circunstancias llegó al cuartel general el señor Joaquín de Mosquera, Ministro Plenipotenciario de Colombia cerca de las Repúblicas del Perú, Chile y Río de la Plata, cuya misión había cumplido y regresaba lle-

vando consigo los tratados de alianza celebrados con aquellas naciones, y sabiendo en el puerto la enfermedad del Libertador, fue a verle y a informarle del buen éxito de su misión. Grande fue la impresión que sufrió el señor Mosquera al ver al Libertador de Colombia en una silla ordinaria de vaqueta reclinado, macilento y débil, en el muro de un jardín en que tomaba aire fresco. El General Bolívar se complació de ver a su íntimo amigo, y en medio del aburrimiento de su físico, reanimó su espíritu y habló de las grandes concepciones que tenía para concluír la campaña, si le mandaba el Gobierno de Colombia recursos. El señor Mosquera continuó, y fue conductor de importantes comunicaciones para el Gobierno y otras autoridades de Colombia. La confianza que tenía el Libertador en los 4.000 colombianos y 3.000 hombres del Perú y restos de la expedición de San Martín los estimaba suficientes para recibir una batalla, si el ejército español le buscaba, y esperaba emprender operaciones en los últimos días de marzo para ir a atacar la división que estaba en Jauja; al efecto se dictaron todas las disposiciones convenientes para elevar los cuerpos de caballería y ser superiores en esta arma a los españoles.

El 9 de enero dirigió una representación al Congreso renunciando la Presidencia de Colombia, cuando supo que los representantes del Ecuador dirigieron una comunicación al Ayuntamiento de Quito pidiéndole datos de las provincias, de las autoridades militares y políticas, que exigían abiertamente sacrificios, y entre otras cosas decían: "En el cuerpo legislativo tiene Quito diputados capaces de acusar aun al mismo Presidente de la República cuando delinca".

Las facultades extraordinarias de que revistió el Congreso al Libertador las había delegado a las autoridades políticas y militares que debían aprestar los recursos para la guerra, y lo que hacía entonces en los Departamentos del Sur era lo que había hecho en los del Centro, Norte y del Atlántico, cuando en ellos se hacía la guerra. Cuando se está fuéra del peligro y se cree afianzada la paz con sacrificios extraordinarios, se juzga a los hombres muy mal y se desconoce al genio que saca a un pueblo de la esclavitud para ser libre. El Libertador consideró que esa comunicación era un botafuego para incendiar contra él al Ecuador, porque sus autores no comprendían la situación ni el deber de buenos ciudadanos. Lo más notable de su renuncia vamos a copiarlo, porque así se comprende mejor el sentimiento que causó en Bolívar esta conducta. Le explicaba así:

"Mientras que el reconocimiento de los pueblos me ha recompensado exuberantemente mi consagración al servicio militar, he podido soportar la carga de tan enorme peso; pero ahora que los frutos de la paz empiezan a embriagar a esos mismos pueblos, también es tiempo de alejarme del horrible peligro de las disensiones civiles, y de poner a salvo mi único tesoro, mi reputación. Yo, pues, renuncio por última vez la Presidencia de Colombia: jamás la he ejercido: así, pues, no puedo hacer la menor falta. Si la patria necesita de un soldado, siempre me tendrá pronto para defender su causa".

Creyó que renunciando la Presidencia debía hacerlo con la renta vitalicia que se le había concedido de 30 mil pesos. Estas renuncias se consideraron en las sesiones de 1825, y se negaron por unanimidad y en silencio, aprecio más elocuente que lo que hubiera podido decirse para no aceptarla.

Impuesto el Libertador del convenio preliminar ajustado en Buenos Aires con los comisionados españoles, sin conocer aún el resultado que tuviese la conferencia del General Las Heras, mandado cerca del Virrey Laserna, que había mandado a Salta al Coronel Espartero a conferenciar con el expresado General, excitó al Presidente Torre Tagle para que el Ministro de Guerra, don Juan Baindoaga, pudiese ir a tratar de una suspensión de hostilidades y proceder de acuerdo con el agente de Buenos Aires, que había llegado al Perú. Esta misión se verificó, y el General Baindoaga marchó hacia el cuartel general del Virrey. En Jauja lo recibió el General Monet y diole cuenta al General Canterac de quien dependía, y tenía su cuartel general en Huancayo, a nueve leguas de Jauja. Este General comisionó al General Loriga para que oyese las proposiciones que traía el comisionado peruano. El General Baindoaga expresó el objeto de su misión y entregó los pliegos que llevaba para el Virrey. Se esforzó en manifestarles a los Generales Monet y Loriga la situación en que se encontraba el ejército real, sin tener esperanza de recibir auxilios de España, invadida por un ejército francés, y que no sería difícil un avenimiento con el Gobierno republicano del Perú. Pintóles Baindoaga su situación personal y cuánto tendrían que sufrir con el Gobierno absoluto de Fernando VII, ofreciéndoles que serían recibidos en la República con todos sus empleos y los honores a que eran acreedores. Esto lastimó un tanto la delicadeza de los generales españoles, antiguos amigos de Baindoaga, y le contestó el General Loriga que daría cuenta al General en Jefe de la petición relativa a la comisión de que venía encargado, para solicitar una conferencia

con S. E. el Virrey Laserna, y le agregó que el ejército español estaba recomendado de conservar la integridad de la monarquía española en el Perú y que obedecería al Gobierno que se estableciese en España y reconociese la Nación.

El Ministro Baindoaga negociaba un armisticio por orden de Torre Tagle, según las instrucciones del Libertador; entró en conferencias con sus antiguos amigos Loriga y Camba y les manifestó que podían entenderse con Torre Tagle para hacer una paz honrosa al Perú entregándoles la fortaleza del Callao, y les comunicó las instrucciones que había dado Bolívar a Heres para que negociara la misión de Baindoaga, y de que tuvo la habilidad Torre Tagle de sacar una copia porque Heres le confió la carta oficial que había recibido. Leída ésta y la que le escribió el Libertador al Presidente Torre Tagle, conoció éste que no se le hablaba con franqueza y, ofendido, creyendo comprometido a Bolívar en la guerra, resolvió entrar en inteligencia con los españoles. Como no se le permitió a Baindoaga la conferencia con Canterac y el Virrey, se limitó a escribir al Virrey una carta incluyéndole una comunicación del Presidente Torre Tagle y dirigió otra carta confidencial al General Canterac, que tenía por objeto la admisión del convenio preliminar entre los comisionados del Gobierno español y el Gobierno de Buenos Aires, con cuyo paso tendría lugar la inteligencia entre Torre Tagle y el Virrey para no alarmar al Libertador con las entrevistas que fueran consiguientes. Los acontecimientos de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior sobre la complicación de los sucesos de Venezuela y Pasto, y la pérdida de las divisiones de los Generales Alvarado y Santa Cruz, y el regreso de la división de Chile, habían desalentado a Torre Tagle; no obstante que hubiese desaparecido la división entre Torre Tagle y Riva Agüero, o más bien dicho, con el Congreso peruano. Unico modo como se puede explicar este cambio fatal en el antiguo Intendente de Trujillo, que tan decididamente se pronunció por la independencia, cuando llegó el General San Martín. El Marqués de Torre Tagle mismo, en un manifiesto que escribió para justificarse de su debilidad y mala conducta, dice: "El General Baindoaga deseaba que el convenio particular con los españoles no se hiciese aunque fuera bajo la base de independencia; quería que se propusiese una cosa que no se había de cumplir; y yo estaba siempre decidido a obrar de buena fe a llenar exactamente mis deberes, y **a dar la paz al Perú uniéndonos sinceramente españoles y peruanos.**"

Torre Tagle dio cuenta al Libertador del resultado de la negociación y cómo la había desempeñado el General don Juan Baindoaga. El Libertador, que tenía toda confianza en que el Presidente Torre Tagle se habría conducido con lealtad, le contestó desde Pativilca con fecha 7 de febrero, en los siguientes términos: "He visto con la mayor satisfacción el resultado de la misión del señor General Baindoaga, porque ha sido perfectamente conducida por el negociador. Hemos logrado con este paso sondear el ánimo y el estado del enemigo. El General Baindoaga hizo muy bien en dar a los enemigos la idea de un nuevo tratado que pudiera serles favorable; con esto pueden ellos esperar algo de negociaciones. Por lo demás todo me ha parecido igualmente bien".

Pero no le informó al Libertador que el General Loriga había dicho a Baindoaga que: "el medio más seguro y pronto de alejar la guerra del país era el de unirse los peruanos y los españoles con los mismos lazos y vínculos con que lo habían estado antes; que al titulado Libertador Simón Bolívar debía considerársele como enemigo común de unos y otros, siendo el interés de todos la destrucción de su omnipoder; que hartas pruebas tenían de la nobleza y generosidad del Virrey Laserna, que cumpliría religiosamente; y que cuanto propusieran en este sentido él obtendría el asentimiento del Virrey". Y Camba, como su antiguo amigo le aconsejó, que influyese con Torre Tagle en que se unieran de buena fe para poner en Porta, del otro lado del Juanambú, a Bolívar. Pero Baindoaga, aunque manifestó con su semblante asentimiento, les dijo: "Bajo tales principios no puedo comprometerme a nada cualesquiera que sean mis simpatías por ustedes". Las conferencias entre Canterac, Loriga y Valdés con el General Sucre, después de Ayacucho, dieron a este ilustre General la luz que necesitaba para descifrar los enigmas de la guerra que vamos refiriendo y de quien tomamos la mayor parte de los datos para escribir esta parte de nuestras Memorias. La infame muerte dada al ilustre Gran Mariscal de Ayacucho nos ha privado de sus Memorias tan interesantes a la campaña de 1824.

En estas críticas circunstancias el Libertador dispuso que el batallón Vargas, que guarnecía los castillos del Callao, saliese con dirección a Cajatumbo, y previno al General don Enrique Martínez que lo reemplace con tropas de su división. En cumplimiento de esta orden fue reemplazado aquel batallón por el número 9 del Río de la Plata y parte del 11. El General Alvarado era el Gobernador del Callao. Estos cuerpos habían

perdido la moral por la falta de recursos, y no recibir su prest puntualmente. Los Sargentos Dámaso, Moyano y Oliva hicieron una conjuración, pusieron presos al General Alvarado y a sus oficiales, y exigieron que se les pagase el alcance de sus ajustamientos y les diesen buques para irse a Chile, de donde debían seguir a Buenos Aires los argentinos. Tuvo lugar el 5 de febrero de 1824 este acontecimiento. El 6 por la mañana regresaba de Lima al Callao el Capitán Estanislao Correa, y al saber en Bellavista, a distancia de una milla del Callao, este desagradable acontecimiento, siguió a la plaza para verse con Moyano, que era Sargento de la compañía. Llegó a una avanzada e hizo llamar a Moyano y le reconvino por su mala acción, que resultaría en favor de los españoles. Moyano contestó que nada de eso se debía temer, que si se le daba orden de fusilarlos lo harían, que ellos no querían continuar sirviendo sin sueldo fuéra de su país. El Capitán Correa le ofreció ir a conseguir lo que ellos deseaban y se mantuvieron tranquilos. En el momento se mandó un comisionado para que les ofreciese buque, dinero y olvido de lo que había ocurrido. Tal fue la opinión de los jefes que estaban en Lima, y se exigió al Presidente Torre Tagle proporcionase los recursos necesarios; pero una calamidad fue la resolución del General don Enrique Martínez de mandar una orden al Capitán del buque que debía conducirlos a Chile, que entregase estos soldados al primer buque de guerra que seguiría sus aguas. Esta orden, escrita sin acuerdo del Presidente Torre Tagle ni de los demás jefes que se habían interesado en conceder tal dinero y perdón para no perder las fortalezas del Callao, fue interceptada por Moyano, y al día siguiente que iba el mismo Capitán Correa a seguir sus arreglos con Moyano, le encuentra furioso, y le dijo que lo había engañado y que él se vengaría.

Como era natural, los oficiales españoles prisioneros en el castillo del Callao se informaron de lo ocurrido y llamaron a Moyano y Oliva para manifestarles que estaban perdidos, y que no tenían más salvación que proclamar la causa del Rey, y ellos les ofrecían ascensos y pagarles sus ajustamientos, y lograron su proyecto.

Cuando el Capitán Correa informó a los generales y jefes lo que había sabido de Moyano, todos increparon la conducta del General Martínez; pero sin remedio. Los más pequeños incidentes en la guerra deciden los grandes resultados, y en esta vez no consideró el Libertador que si perdía la base de operaciones que tenía en el Callao corría riesgo la campaña, y no

debió sacar una guarnición de tanta confianza, y el General Martínez no obrar con deslealtad a lo que se había convenido. Este suceso desmoralizó mucho a diversos jefes y oficiales y a los encargados del mando en el Perú, al saber que el 7 había conseguido el Teniente Coronel, con grado de Coronel, don José Casariego, ponerse al frente de los conjurados, y proclamar al Rey. Este Jefe con los demás oficiales prisioneros tomaron el mando de la fuerza. El Sargento Moyano fue proclamado Coronel y Jefe del número 7, y Oliva lo mismo del número 11. Casariego consiguió dar parte a Pisco al Brigadier Rodil, para que se ocupase cuanto antes la plaza.

Varias fueron las versiones que se inventaron para pintar este suceso como una intriga de Torre Tagle para entregar el Callao a los españoles, y otros como sugestión de Bolívar, para descubrir la fidelidad del General Torre Tagle. Los historiadores españoles, colombianos y peruanos no han tenido todos los informes que nosotros poseemos por nuestras relaciones con los sujetos que intervinieron en este asunto, como el Coronel don Estanislao Correa y Garay, entonces Capitán de la misma compañía en que servía Moyano.

Después que Moyano y Casariego se habían entendido, accedieron a mandar comisionados a Bellavista para entretener, y que el ejército no abriese operaciones sobre los castillos mientras llegaba alguna fuerza española.

El Congreso del Perú, en vista de lo ocurrido en el Callao, la incoherencia en el modo de conducir estos asuntos delicados a diversas autoridades, dio un decreto el 10 de febrero nombrando al General Bolívar Dictador, y en seguida se disolvió, pues el grave acontecimiento de la pérdida del Callao exigía una medida de salvación; como fue tan útil y necesaria en la antigua República Romana.

El Libertador se encontraba en Pativilca cuando estos acontecimientos, y aceptó la suprema autoridad que le concedió el Congreso constituyente en que tenían asiento los patriotas más distinguidos y que en tiempos posteriores han hecho honra a su patria, y los nombres de Mariátegui, Luna Pizarro, Pedemonte, Unanue, Sánchez, Carrión, Alvarez, Otero, Olmedo, Colmenares, Leneines y tantos otros han representado al partido liberal del Perú; y que en tan difíciles circunstancias no desfallecieron, mientras otros sujetos, acostumbrados al régimen colonial, no supieron mantener la fe viva en el porvenir de las naciones.

A virtud de la aceptación que hizo el Libertador del mando supremo quedó anulada la autoridad del Presidente Torre Tagle; dictó las más enérgicas providencias para concentrar el ejército hacia el norte y trasladó su cuartel general de Pativilca a Trujillo. Previno al General Martínez que se moviese con los cuerpos de su mando, y con todos los elementos de guerra y propios para ella, como caballerías de toda clase, armamento, vestuarios y telas para construír los vestidos. Que con la traición del Callao el ejército español se moverá sobre Lima y no había que emprender una retirada precipitada y centralizar todos los recursos hacia el Norte.

Como sucede en tales circunstancias, el abandono de una ciudad, y mucho más una capital como Lima, produjo desaliento en unos, disgusto en muchos y conformidad únicamente en aquellos hombres que adoptan en casos solemnes, medidas enérgicas, prudentes y previsivas. El Libertador fue informado de los obstáculos que se presentaban al General Martínez, y destinó al General Gamarra para llevar a efecto las medidas, y dándole aún más plenas autorizaciones. Todavía quiso que sus órdenes fuesen más eficaces, y comisionó al efecto al General Necochea para que con los otros dos Generales nombrados antes, ejecutasen las órdenes que les había comunicado. Al Vicealmirante Guise le ordenó que destruyese la fragata **Venganza,** desmantelada en el Callao, y los demás buques existentes en ese puerto y que no estando en actitud de servir, los podían inutilizar los enemigos. Así lo ejecutó el Vicealmirante destruyendo las fragatas **Guayas.**

Dos escuadrones que estaban situados en Cañete y Huacho, al retirarse para cumplir las órdenes del Libertador, se sublevaron en Larin, y se fueron a unir a los que habían hecho la rebelión del Callao, y para entrar en la plaza atacaron un destacamento de 60 hombres que había en Bellavista, que derrotaron matando algunos soldados.

Los miembros del Congreso decididos por la independencia se retiraron de Lima el 26 de febrero, con las fuerzas que mandaban los Generales Necochea, Gamarra y Martínez, con todos los elementos que pudieron reunir para llevarlos a Pativilca. El Gran Mariscal Torre Tagle y el General Baindoaga con otros oficiales se ocultaron en Lima para unirse a los españoles.

El 16 de febrero había llegado al Callao el Teniente Coronel don Isidro Alaix en una lancha que venía desde Pisco mandada por Rodil, conduciendo 10.000 pesos para los cuerpos sublevados.

El General Monet, con una división bajo de la Sierra y en Larin se unió al Brigadier Rodil el 27 de febrero, y el 29 viajaron a Lima, en donde se les presentaron Torre Tagle, Baindoaga y otros desertores del ejército peruano, que antes habían pertenecido al ejército español, y que abandonaron cuando creyeron victoriosas las huestes republicanas. Estos dobles traidores, al dejar las banderas de la patria, dejaron purgado al ejército republicano, y ya no hubo que temer nuevas felonías. El 1º de marzo ocupó Monet al Callao, y en el acto ocupó con sus batallones las fortalezas relevando a los insurrectos, que fueron incorporados en varios cuerpos del ejército realista; formando uno mixto de realistas y sublevados que se denominó Real Felipe y se le confirió el mando al Sargento Moyano con el rango de Coronel, y de segundo Jefe al Sargento Oliva, como Teniente Coronel.

El General Monet nombró Gobernador del Callao al Brigadier Rodil, y de Larin al Brigadier Camba. Le nombró una nueva municipalidad y se organizó un cuerpo de voluntarios realistas, que se elevó a 600 plazas, colocando a todos los oficiales que abandonaron sus banderas al partir el General Necochea. El número de estos desleales servidores del Perú, según el decir de los españoles, llegó a 2.401. Seis días gastaron los españoles en proveer de víveres al Callao y arreglar el modo en que debía quedar la ciudad de Lima, y el 18 de marzo emprendió el General Monet su regreso a Jauja, según las órdenes que recibió del General en Jefe Canterac. Nombró de Gobernador de Lima al Marqués de Torre Tagle; pero éste se excusó manifestando que ese destino no podía desempeñarlo, porque se afirmarían los republicanos en la idea que tenían de ser el autor de la sublevación del Callao, y fue nombrado el Coronel Conde de Villar de Fuentes.

El 16 de marzo había ocurrido otra defección en Supe, de los escuadrones Lanceros de la Guardia y Lanceros peruanos a órdenes del Teniente Coronel Navajas y Comandante Ezeta, los que prendieron al Coronel Carlos María Ortega, y al Gobernador político don Felipe Silva, apoderándose del ganado vacuno, que tenían reunido para llevarlo al ejército a Pativilca.

El Mariscal de Campo Monet condujo al cuartel general de Canterac a todos los prisioneros del Callao, y como se hu-

biesen huído en el tránsito dos oficiales, el Coronel Estomba y el Comandante Luna, hizo sortear dos de los que quedaban presos para castigarlos por la fuga de los mencionados y amedrentar así a los demás; y estos dignos oficiales hicieron agrias reconvenciones a Monet y a Camba por el modo indigno con que los trataban, atándolos como reos, no siendo ni prisioneros de guerra sino entregados a los enemigos por una vil traición. Monet dispuso entonces que fuesen pasados por las armas, y cuando llegaron los demás a Puno, fueron confinados a una isla de esteros en el lugar de Tiquitara, en donde sufrieron muchas privaciones y escaseces, además de un mal trato Prudant y Millán.

Enorgullecidos los españoles con la adquisición del Callao, creyeron que muy pronto destruirían al ejército unido y que Bolívar sería vencido y arrojado más allá del Juanambú, como se lo manifestó el Brigadier Camba al General Baindoaga; pero ellos no conocían el genio preclaro de Bolívar, y solamente el General Canterac, que había experimentado en Margarita el valor de los colombianos y sabía cómo se había levantado un ejército de la nada, por la enérgica actividad de Bolívar, no se alucinaba y dictaba sus órdenes para prepararse a una dura campaña, pues sabía muy bien que era más fecundo en recursos después de una desgracia que cuando estaba victorioso.

El Libertador no solamente reunía y organizaba en el norte del Perú un ejército peruano llamando a las armas a los buenos ciudadanos de la República, ayudado por los Generales Santa Cruz, Gamarra, La Fuente y por los distinguidos ciudadanos que resistieron a las dificultades que oponían la traición de los que proclamaban la causa de España en el Callao y en Larin y Supe, sino que exigía con urgencia tropas y elementos de guerra y dinero de los Departamentos de Guayaquil, Azuay, Quito, Panamá y el sur del Cauca, y que se activasen las operaciones sobre Pasto para que viniesen las fuerzas empleadas en la pacificación de esa provincia, y disponía la defensa de las costas colombianas, desde Guayaquil a Buenaventura, para evitar que los corsarios españoles salidos de Chiloé pudiesen introducir armas a Pasto por Tumaco y Barbacoas, en donde, como en el Ecuador algunos adictos al Gobierno español, fomentaban la guerra para privar al ejército unido de las fuerzas y recursos con que debía terminar la campaña. Los Generales Juan del Castillo en Guayaquil, Salom en Quito, Carreño en Panamá, Mires sobre Pasto con el Coronel Flores, Gobernador de esa pro-

vincia y Teniente Coronel Mosquera en la provincia de Buenaventura, recibieron las órdenes más eficaces y con la prevención de remitir los cuerpos organizados y que llegaren al Istmo del centro de Colombia. Pativilca, Trujillo, Huaraz y otros puntos del norte del Perú eran los lugares en que alternativamente tenía el Libertador su cuartel general, asiento al mismo tiempo del Gobierno dictatorial del Perú y del de los Departamentos colombianos que le estaban sujetos a su autoridad por especiales facultades, que le diera el Congreso de Colombia, que a su vez mandó levantar un ejército fuerte de 50.000 hombres para concluír la guerra de la independencia en la campaña del Perú. El cerebro del General Bolívar se había triplicado en esa época solemne. No solamente atendía a los negocios puramente de la guerra, sino que dictaba decretos de carácter legislativo para organizar el país. En el apéndice a estas Memorias ponemos el índice de estas disposiciones para que se vea que no olvidaba nada para organizar la República Peruana, al mismo tiempo que dirigía la guerra e inspiraba en el ánimo de todos los que a sus órdenes servíamos, el entusiasmo, la admiración y nos daba valor para secundarlo.

En 1829, cuando tratábamos de restablecer la paz con el Perú, nos decía un día al discutir con él y Sucre el modo de terminar la campaña y hacer la paz con el Perú: "Yo no puedo mirar al Perú como una nación extraña. En 1824 fue mi época clásica. Traicionado por los soldados argentinos y chilenos en el Callao, abandonado por los auxiliares de Chile, contrariado por las infidencias de los Generales Riva Agüero y Torre Tagle y de los Generales Portocarrero, Herrera y Baindoaga, nada me quedaba para hacer frente a un enemigo victorioso, sino las divisiones colombianas y su joven General (hablaba de Sucre), la lealtad de la peruana que me seguía y mi nombre que era el sueño fatídico de los españoles. El Congreso del Perú, delegándome toda la suma del poder, me daba el valor moral necesario, y esa nación, teatro de mis glorias, no puede ser tratada como enemigo. Haremos la paz a toda costa, y ustedes tienen que coadyuvar en ese sentido". Sucre tenía el mando superior del Sur, y me cupo la honra de ser entonces el Jefe de Estado Mayor General del Libertador e Inspector General.

Bien podríamos dejar esta narración para el capítulo en que trataremos de los sucesos de aquel año; pero al referir lo que pasaba en esa época clásica, como la llamó el Libertador,

hemos querido mencionar los pensamientos que ocupaban el ánimo varonil y heroicamente americano de Bolívar.

Con fecha 25 de febrero de 1824 comunicó el Libertador la defección de la guarnición del Callao al Vicepresidente de Colombia, y le instaba por la remisión de auxilios, no obstante que conocía las dificultades para sacar recursos pecuniarios. En esa importante comunicación manifestaba el secretario general el plan del Libertador, y con fecha 31 de marzo le decía desde Trujillo al secretario de guerra, el del Libertador, cuál era la situación del país y que su resolución era triunfar o morir en el Perú [1].

Cuando el Libertador se veía tan contrariado por los acontecimientos del Callao y la necesidad de abandonar a Lima, dio órdenes al General Salom que se moviese con 2.000 hombres del interior de las provincias del sur de Colombia, y recibimos orden de exigir un empréstito forzoso a la ciudad de Barbacoas, para remitírselo al General Salom, y que con toda la fuerza que teníamos en la costa de Buenaventura a Esmeralda marchásemos al Perú en los bergantines **Sacramento** y **Serafín**, fletados para este transporte, pues se preparaba a ser atacado por los españoles, luégo que el Virrey supiera la ocupación del Callao. Felizmente para la causa de la independencia, en los primeros días de febrero se proclamó el General Olañeta independiente del Virrey Laserna, separándole de su ejército las fuerzas que mandaba él en el Alto Perú, hoy República de Bolivia, y haciéndose obedecer por la fuerza de los Generales Maroto. Esta noticia la recibió el Libertador en Trujillo en el mes de marzo, y entonces pudo explicar el regreso del General Monet a la Cordillera de los Andes, que ocupaba el General Canterac, y la permanencia del General don Jerónimo Valdés en Arequipa.

El General Olañeta había hecho su carrera en el Alto Perú y era un desaforado realista. Comenzó por guerrillero, que en el Perú se llaman montoneros. Como natural de Santa Cruz de la Sierra, tenía en el país muchas relaciones y la ambición de hacerse Virrey de Buenos Aires, a cuyo territorio correspondían las provincias que él mandaba, le hizo ponerse en pugna con los otros generales españoles; pero cuando se vio amenazado el ejército español, se entendió con el General Valdés e hicieron un convenio para obrar contra el Libertador.

---

1 Apéndice, documento Nº 96. Tomo 3º Restrepo, página 619.

El Coronel Juan José Flores obtuvo un triunfo sobre las fuerzas del Coronel don Agustín Agualongo el 29 de marzo en Matabajos, y la consideró tan completa, que dio parte de ella al Gobierno, al General Salom y a nosotros, que obteníamos el mando, como se ha dicho atrás, de la provincia litoral de Buenaventura y costa de la de Pichincha, y con ese motivo dictamos las órdenes más eficaces para exigir los 50.000 pesos del vecindario de Barbacoas. Debía ejecutar esta medida el Teniente Coronel Vicente Micolta, pero como no podía vencer los embarazos que le oponían las autoridades civiles y los prestamistas, tuvimos que trasladarnos a Barbacoas a mediados de mayo para ejecutar las órdenes del Libertador. El 29 de mayo estuvo realizada la recaudación de la mayor parte del empréstito y en la inteligencia que había concluído la guerra en Pasto y que no teníamos que ocuparnos sino de llevar a efecto las órdenes de marcha del Libertador, pues casi se infería del parte del Coronel Flores, cuando recibí aviso que los realistas de Pasto y los del Alto Patía venían por el río de este nombre a atacarme. Yo tenía solamente en la ciudad 80 soldados veteranos, pues la mayor parte de la fuerza cubría los puertos de mar. Una anécdota muy curiosa había ocurrido la noche del 29 de mayo, que me inspiró la idea de poner la fuerza sobre las armas. A las once de la noche llovía a cántaros, de modo que mi secretario privado, el de la Gobernación y el de la Comandancia de Armas, no habían podido volver a la casa. El señor Manuel Patiño estaba conmigo conversando al lado de la mesa central, cuando entró volando una avecilla y se deslumbró, sin duda, con las luces, y se tropezó en su vuelo en mi rostro y la cogí. Era un azulejo de pluma hermosa y avecilla de canto, que sin duda huyó de alguna ave de rapiña nocturna. Dije al señor Patiño, la hora y con la lluvia y truenos es de mal agüero, pero la pluma hermosa es de bueno. ¿Qué diría un romano?; le corté el ala a la avecilla y la puse con otras que tenía en una jaula al balcón. Escampó, se retiró el señor Patiño y entraron mis secretarios y ayudantes. Les referí el hecho y mandé que la tropa se pusiera sobre las armas y en vela, y a mi guardia de honor le previne que cargase los fusiles y no diese entrada a nadie sin darme parte y reconocida la persona. A las tres de la mañana llegó el Capitán Pedro Rodríguez, de las minas del río de Magüí, a darme parte de que iba a ser atacado, y como me encontró en vela, creyó que otro se había anticipado. Llamé a las armas la milicia de la ciudad y a los esclavos que quisieron enrolarse, ofreciéndoles la libertad a los que se condujesen bien,

y el 30 hice seguir dos lanchas con destacamento a reconocer al enemigo, y no habían andado un kilómetro cuando lo encontraron, rompieron el fuego y se replegaron al cuartel que estaba a la orilla del río Telembí, en su confluencia con el Quaqui. Con mucho arrojo me atacaron por agua, pero un tiro de una pieza de a cuatro con metralla despedazó una canoa matando y ahogándose 30 hombres que venían en ella. El enemigo se retiró para emprender el ataque por tierra, tuvo que hacer una trocha para entrar a la ciudad, y el 1º de junio intentó tomar por asalto el cuartel en que me había fortificado. Comenzó el combate a las 6 de la mañana, y a la una fue rechazado con una pérdida de 30 muertos y entre ellos el llamado Coronel Toro. Salí en su persecución con un destacamento, y un soldado Martínez, del batallón Aragón, se pasó, y volviendo la cara, a dos pasos, me hizo fuego y me rompió ambas quijadas y pasó la lengua; tuve que regresar al cuartel a curarme y dispuse que el Teniente Coronel Parra, que había servido en el ejército español, y estaba al servicio, continuase la persecución. Este era uno de los confidentes de los realistas para fomentar la guerra y creíamos en su lealtad. Dijo a la tropa: "nos cortan, regresemos al cuartel", y se fue a unir a los realistas; les informó que estaba yo mal herido y que podía tomarse el cuartel atacándolo e incendiando las casas contiguas al cuartel, edificios todos de madera y cubiertos con hojas de palmas los techos. Un soldado que se vio envuelto entre ellos y prisionero, le dijo a Agualongo que él se había pasado y le recordó que había estado con él en la acción de Yaguachi en el batallón Constitución, y lo acogió Agualongo. Como oyese el plan de volver a atacar e incendiar la población, se ofreció a regresar al cuartel e incendiar el techo del cuartel, como deseaban. Regresó con este ofrecimiento y me impuso de todo. Yo tenía que escribir las órdenes en una pizarra porque no podía hablar, y sin poder contener la hemorragia. A las dos de la tarde fue nuevamente atacado el cuartel e incendiada la ciudad. Hice quitar la cubierta de paja del cuartel echándola a tierra, y viendo que se incendiaba la iglesia matriz, mandé sacar la custodia y el copón con el Sacramento, con un oficial; al llegar al cuartel le hice hacer los honores y escribí en la pizarra: "Dios está con nosotros, somos invencibles". Produjo un efecto admirable. El enemigo perdió como 140 muertos, en los días 30 de mayo y 1º de junio. Fue derrotado a las cinco de la tarde, y en la persecución de esa noche y el 2 de junio se tomaron 33 oficiales prisioneros y 150 de tropa. Nuestra pérdida fue de 13 muer-

tos y 18 heridos, incluso yo. Jamás en mi vida militar he tenido un combate como aquél. Las llamas del incendio con el humo se elevaban a los cielos con una horrible belleza, y los lamentos de la población al estampido de las maderas que se reventaban, y el ataque del enemigo era un cuadro muy particular que tengo aún grabado en mi mente. Los 33 oficiales los mandé pasar por las armas por incendiarios, y hecho prisionero después Parra, fue juzgado y pasado también por las armas. Con esta función de armas concluyó la guerra de Pasto y si no pude seguir por mis heridas, sí mandé los fondos colectados y la tropa que debía seguir.

El General Salom, al saber que Agualongo había marchado a atacarme me creyó perdido, y contramarchó desde Latacunga a Quito, en donde recibió el parte que le di del triunfo, y me dio las gracias a nombre del Libertador. Tanto el Gobierno desde Bogotá, como el Libertador desde el cerro de Pasco, me concedieron un ascenso, y una medalla de honor mereciendo que el Libertador escribiese a mi padre a Popayán, a donde tuve que ir a curarme: "Un millón de cosas al bravo defensor de Barbacoas". Estas desgraciadas heridas me privaron de estar en Junín y Ayacucho, como lo lograron las tropas que mandé en el Sacramento.

Hemos tenido que hacer esta digresión porque el hecho de armas mío fue una batalla que sí tuvo una influencia decidida en la guerra. Adueñados los realistas de Barbacoas y Tumaco, tenían la intención y el plan de sublevar los esclavos, y con los auxilios que esperaban de Rodil del Callao, impedir los auxilios de Colombia, llamando la atención del Libertador hacia Pasto.

Las comunicaciones del Libertador sobre la terminación de la guerra de Pasto eran lo más exigente, tanto a los que estábamos a sus órdenes como al Vicepresidente encargado del Poder Ejecutivo de Colombia, que no podía complacer al Libertador en todo, porque tenía que proceder con arreglo a las leyes que autorizaban el envío de auxilios al Perú. Reunido el Congreso de 1824, dio las leyes que mandaban auxiliar al Perú y facultaban al Poder Ejecutivo para proporcionar recursos.

Si bien las traiciones habían desalentado mucho el ánimo de los vecinos de Lima, habían exaltado en el norte del Perú un grande entusiasmo, y las guerrillas de hombres del país se aumentaban y molestaban al ejército español en las inmediaciones de Pasco y en las cercanías de Lima y el Callao.

Luégo que el Libertador comprendió que la guarnición del Callao había disminuído el ejército que mandaba Canterac, y que el del Sur se ocupaba en reducir a Olañeta, resolvió decididamente abrir operaciones concentrando las fuerzas que tenía acantonadas desde Piura y Cajamarca hacia el norte. La concentración se hizo en Huaraz. En el mes de junio mandó el Libertador que el General Müller fuese a ponerse a la cabeza de las guerrillas (montoneros), para que tuviesen en constante alarma al General Canterac, que estaba en Jauja e impidiesen la comunicación con Lima y el Callao para no dejarles entrar en combinaciones.

El ilustre General chileno don Bernardo O'Higgins acompañaba en esta campaña al Libertador, quien le distinguía sobremanera y entraba en conferencias sobre las operaciones militares que se iban a ejecutar y oía con gusto sus indicaciones. El General en Jefe del ejército unido era Sucre, y el Libertador, supremo director de la guerra, tenía a su lado un Ministro General peruano, un secretario general colombiano y el Grande Estado Mayor General Libertador, de que era Jefe el General Santa Cruz. La división peruana, compuesta de los batallones 1º, 2º y 3º, y de la Legión Peruana. La 1ª de Colombia la regía el General Córdoba y constaba de los batallones Rifles, Vencedor y Vargas. Una de caballería, compuesta de los escuadrones peruanos, a órdenes del Jefe General Müller, y de los regimientos de granaderos y húsares de Colombia que mandaban los Coroneles Carvajal y Silva. El todo lo mandaba el General Necochea. Además los montoneros avanzados sobre Pasco y Reyes eran unos 1.600 hombres que no tenían una perfecta organización regimental. La fuerza total era de 11.000 hombres.

Tomadas todas las disposiciones para emprender operaciones, el norte del Perú proveyó abundantemente de bagajes para el ejército, y víveres se proporcionaron en todo el tránsito. La campaña se abrió en el mes de julio, y se vencieron todas las dificultades de las cimas heladas y sendas impracticables que tenía que vencer el ejército unido. Al montar la Cordillera de los Andes de Huaraz a Pasco, se puede decir que resolvió el problema de Aníbal, que por donde pasa una cabra pasa un ejército. El 29 de julio ocupó el Libertador la ciudad de Pasco, asiento de grandes minas de plata. Llegaron con cortas diferencias las tres divisiones de infantería y la de caballería que llevaba sus jinetes montados en mulas, y llevando de diestro el caballo de pelea. Tuvo Bolívar que dar disposiciones muy fuertes contra los que abusaban vendiendo mulas y caballos, por-

que de atrás había entrado la desmoralización en el ejército del Perú. Las mismas medidas se adoptaron para la conservación de los ganados que se conducían a dos o tres días de distancia, para proveer al ejército. Al emprender la marcha del ejército salieron desde Cajamarca a Huaraz 6.000 cabezas.

Acostumbrados los jefes españoles a vencer a los republicanos, por falta de los generales y jefes que mandaron en Ica, Torata, Moquegua y dispersión del Desaguadero, veían con poco temor la aproximación del ejército unido mandado por Bolívar; y algunos como el Brigadier Camba instaron a Canterac para que se moviese contra el ejército unido aprovechando la pérdida de moral que habían tenido los republicanos con la perfidia del Callao y desocupación de Lima; pero se equivocan; un general resuelto a vencer o morir tiene dobles estímulos para obrar. Recordemos la campaña de Boyacá en 1819 y veremos al Libertador venciendo contra todas las probabilidades y las dificultades que le presentó la intemperie de la cima de los Andes en esa parte de Colombia. El y muchos jefes, oficiales y aun individuos de tropa de esa memorable campaña, hicieron la de 1824 de que vamos hablando.

Los españoles creían que las tropas colombianas no podrían sufrir la intemperie de la cordillera del Perú, en donde ellos estaban situados, y que les sería fácil maniobrar y desconcertar al Libertador. Al leer sus escritos y relaciones hechas por los generales del ejército real se conoce bien que ellos no podían creer que el Libertador pudiera competir con ellos: eso se deduce de tales escritos y especialmente de las Memorias de Canterac y García Camba, Generales entendidos y tan verídicos en sus relaciones, como puede serlo el actor que defiende su causa perdida, que busca origen a la desgracia en ajenas faltas, y jamás permite el amor propio reconocer el mérito sobresaliente del genio superior que hiciera perder la fama adquirida en 14 años de victorias. De parte de los independientes, se han publicado algunas Memorias, como las del General Guillermo Müller, oficial de algún mérito; pero que ha escrito su libro para aparecer el hombre más importante en el ejército de Chile, con San Martín y con Bolívar, para que no se le tache de falta de modestia en recomendarse, dio a su hermano sus trabajos para que publicara sus Memorias. Otros escritores, como el autor de la historia de la revolución hispanoamericana, desfiguran los hechos, dicen cosas falsas, como que se ha verificado la independencia contra la intención y querer de los habitantes de las colonias españolas.

Limitado nuestro trabajo a la vida de Bolívar, no nos es permitido escribir completamente la historia de Colombia y el Perú, pero sí tenemos necesidad de presentar los hechos culminantes en que de algún modo intervenía Bolívar. Al ocuparnos de la relación de las dos célebres campañas terminadas en Junín y Ayacucho, hemos tenido necesidad de hacer la anterior digresión que será suficiente para que se conozca que vamos a hacer justicia, y nada más, en nuestro relato.

El 2 de agosto recibió el Libertador el parte de haberse terminado la guerra de Pasto con el triunfo de Barbacoas, y ordenó que se formase el ejército en las llanuras de las haciendas de Pasco hacia el pueblo de Bancas, y después de revistar las tres divisiones de infantería y la de caballería, hizo leer a los cuerpos la siguiente proclama:

"Simón Bolívar, Libertador Presidente de Colombia, Dictador de la República del Perú:

¡Soldados! Vais a completar la obra más grande que el Cielo ha encargado a los hombres: la de salvar un mando entero de la esclavitud.

¡Soldados! Los enemigos que debéis destruír se jactan de catorce años de triunfos: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates.

¡Soldados! El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo. ¿La burlaréis? ¡No! ¡No! ¡No! Vosotros sois invencibles.

BOLIVAR".

Fue grande el entusiasmo que produjo esta alocución en todo el ejército unido; y al concluír la lectura en cada cuerpo, un entusiasta viva al Libertador y a la libertad hacía más solemne la parada.

Retirados a sus campamentos, el Libertador se contrajo a despachar un correo para Huaraz y Trujillo y remitiendo órdenes al General Salom, sobre el movimiento que debía ejecutar con la división que traía, y al General Paz del Castillo, de las precauciones que debían adoptarse para evitar que los buques españoles que estaban en viaje de Chile para las costas del Perú y Colombia pudieran capturar los transportes que conducían las tropas y armamentos de Colombia.

Escribió nuevamente al Gobierno de Colombia, que libre ya de las atenciones de la guerra en Venezuela con la rendi-

ción de Puerto Cabello en noviembre de 1823, que no supo el Libertador sino hasta el 21 de febrero, y la que se mantenía en Pasto, con los triunfos de Mapachico y Barbacoas, era necesario prepararse para resistir las asechanzas de la España con su Gobierno despótico y exterminar el poder de Fernando VII en el Perú.

El día 3 llegaron algunos escuadrones de montoneros, que acababan de atravesar la cordillera custodiando ganados y bagajes de reserva, y fueron incorporados a los que estaban ya en el ejército, y guiados por los vecinos prácticos de Reyes, que eran hombres decididos por la República, se movieron hacia el sur por el camino que va por el occidente de la laguna de Chinay, Cocha o de Reyes. El mando de todos estos escuadrones se le había confiado al General Müller.

El Libertador prefirió este camino que podía permitirle cortar a Canterac, que se movía de su cuartel de Jauja hacia Tarma, y podía desde Oroya salirle a retaguardia de Tarma y Jauja. Müller supo en el puente de Oroya que Canterac marchaba por la vía de Tarma a Reyes, y con este motivo el Libertador hizo forzar el movimiento del ejército en dirección a Oroya, entre la laguna y el río Pasi. El General Müller se replegó con los escuadrones de montoneros a incorporarse al ejército. Al tomar el Libertador esta vía podía no solamente atacar por retaguardia a Canterac, sino que los contrafuertes de la cordillera y el río Pasi le proporcionaban posiciones ventajosas, que no tenía el camino de Reyes a Tarma.

El General Canterac se había movido de Huanaco desde que supo el movimiento del ejército republicano, para irlo a batir al salir por la cordillera, confiando poder atacar sus divisiones en detalle por la dificultad de conservar en desfiladeros las distancias de operaciones. Pero el Libertador había previsto esto, y él, como los Generales Sucre y Lamar, vigilaban en la exactitud de los movimientos para salir antes que el enemigo pudiese reunirse a la salida de la montaña.

Grande servicio hicieron esta vez los montoneros que impedían que Canterac tuviese noticias seguras de los movimientos del ejército, y confiado Canterac con que la desmoralización de Lima cundía en todo el Perú, se preparaba para obrar con todas las fuerzas del ejército español, luégo que se sometiese Olañeta al Virrey Laserna, que lo creían hacedero desde que estaba reconocido por todos los generales españoles como rey absoluto. Pero le fallaron sus cálculos cuando supo, de un modo cierto, el movimiento de todo el ejército unido. El 1º de

agosto se reunió el ejército a dos leguas al norte de Jauja, compuesto de la división Monet que tenía cuatro batallones, a saber: del 1º de Burgos, 2º del primer regimiento, Guías y Victoria; división Maroto, compuesta de los batallones 1º del primer regimiento, 1º y 2º de Gerona, del Imperiales y Fernandinos; 1.300 caballos a órdenes del Brigadier Bedoya y 9 piezas de artillería de montaña bien servidas. Fuerza total, 8.500 infantes y 1.300 jinetes: 9.800 hombres. El 5 de agosto por la noche llegó el ejército español a Carhuamayo, donde tomaron posiciones la artillería e infantería, quedando al mando del General Maroto, mientras el General Canterac hacía un reconocimiento sobre Pasco con toda la caballería. Gran sorpresa, dice García Camba, que tuvo el General en Jefe al saber en el pueblo de Pasco, por unos enfermos rezagados, que el Libertador con su ejército había seguido por el valle de Jauja por el camino de Oroya o Iauli. Contramarchó Canterac a unirse a la infantería, y al llegar al campamento cambió el frente de su línea y dispuso marchar a la madrugada del 6 en dirección a Reyes, por el mismo camino que había llevado. A las dos de la tarde divisó el Libertador al ejército real que iba en retirada a la izquierda de su vanguardia. El Libertador se llenó de gozo al ver que Canterac, en vez de dirigirse hacia el ejército unido, había emprendido una retirada. El Libertador ordenó al General Necochea que hiciese ensillar los caballos de batalla a los escuadrones y marchase a atacar al enemigo por retaguardia. Se arreglaron 900 hombres y marcharon hacia el enemigo. La infantería española continuó su retirada a la falda de la cordillera oriental del valle de Jauja, y la caballería se formó en batalla del otro lado de un pantano que impedía al General Necochea maniobrar por los flancos, y no pudiendo pasar por el terreno seco sino un escuadrón por mitades, fue atacada la caballería republicana con ventaja por Canterac en persona: herido y prisionero el General Necochea, fue rota la primera columna, y dio el General Canterac una lucida carga a los escuadrones rotos; pero el ardor de los vencedores en la persecución los perdió. El Teniente Coronel Suárez, del escuadrón de Húsares del Perú, y el Teniente Coronel Felipe Braun, del de Granaderos Montados, que había ido por la derecha a atacar el ala izquierda del enemigo, buscando paso al pantano, viendo el desorden con que huían los cuerpos del ejército unido, y el que llamaban Vencedores, se resolvieron a rehacer el combate cargándoles por la espalda, y con admirable destreza y conservando siempre la formación en batalla con que perseguían a los que iban venciendo y acuchillándolos c

lanceándolos: los dispersos republicanos que advierten el cambio de posición, vuelven caras y completan la derrota del enemigo y le persiguen hasta cerca de las masas de infantería.

El Libertador, que con ardor juvenil solía precipitarse en los combates, marchó con la caballería y se vio envuelto en el desorden, pero bien montado, desviándose a un lado con algunos oficiales de su Estado Mayor logró llegar al ejército, que había formado ya el General Sucre a distancia de cerca de 4.000 del campo de batalla; pues el Libertador se había adelantado dejando atrás toda la infantería y dos escuadrones. Por la noche recibió el parte el Libertador de la victoria obtenida, que se lo mandó el Coronel Martínez Aparicio, Jefe de Estado Mayor de la segunda división, que lo recibió de un oficial que regresaba a dar parte del triunfo, y de haber rescatado al General Necochea, que lo conducían prisionero y herido. El valiente oficial que logró salvarlo fue el Capitán Cumacaro. El placer del Libertador fue extraordinario, y Sucre y Lamar lo felicitaron por este brillante triunfo de la fortuna, porque pudo ser aciago el combate e imprudente que el Libertador se hubiese expuesto. Nos separamos absolutamente en esta relación del parte que dio el Coronel Heres, secretario general, del **Boletín Oficial** que publicó el General Santa Cruz, Jefe de Estado Mayor, y del parte de Canterac y las relaciones publicadas por escritores españoles, como García Camba y las del General Müller; y referimos este acontecimiento por la relación que recibimos del mismo Libertador, de Heres y otros jefes y del General Sucre que nos decía en Quito, cuando estábamos en operaciones sobre Guayaquil, en 1829: "que teníamos necesidad de atenuar el ardor del Libertador, en el momento de ver al enemigo".

La victoria de Junín restableció completamente la moral en el Perú. Dada la víspera del aniversario de Boyacá, en terrenos elevados sobre los Andes, a distancia de 18 grados de latitud un campo de batalla de otro y algunos de longitud. El uno en el hemisferio norte y el otro en el hemisferio sur: llegó a inspirar cierto buen agüero entre los soldados y oficiales, que supo aprovechar el Libertador para dar más ánimo y confianza. Al saberse en Lima esta victoria decayó el ánimo de los que habían traicionado la causa de la independencia. El desgraciado Marqués de Torre Tagle, que había publicado un manifiesto para denigrar a Bolívar y justificar su pusilanimidad, que lo extravió hasta la traición, fue con su familia y el General Baindoaga, con otros tantos a asilarse al Callao, en donde

murió arrepentido de su extravío, sin poder remediar los males que causó a compatriotas y reputación.

El General Canterac continuó su retirada, y el 8 llegó por la noche a Huayacanchi: marcha demasiado forzada que ejecutó Canterac contra las reglas del arte para conservar un ejército cuando la infantería no había combatido. Apenas se puede ejecutar tal movimiento de 56 millas de 20 al grado en 24 horas. La noticia de la victoria y la retirada precipitada del ejército real alentó el espíritu público de los patriotas, y los partidarios del Rey de España se dirigían al Cuzco para ponerse a cubierto. Desde Huayacanchi dio parte Canterac del suceso anunciándole la necesidad de hacer venir al Cuzco al General Valdés con su división para poder resistir a los independientes. La deserción fue numerosa, y muchos de los prisioneros de Torata y Moquegua y del Desaguadero se incorporaban al ejército, y entre ellos algunos soldados de caballería de los que entregó Navajas al General Monet. El 11 acampó Canterac en Guando, y después de pasar de Jauja o Pari, mandó sus enfermos a Guamanga por Piedos y él continuó por Paucara; y mandó volar el puente de piedra construído en Iscachaca. El 15 de agosto se separó Maroto del mando de la infantería y se dirigió al cuartel general del Virrey Laserna, disgustado con Canterac. Este continuó su marcha a Guamanga por Acobamba, y el 22 se acampó a poca distancia de la ciudad, y pasando el 27 el río Pampas, el 28 se estableció en las buenas posiciones de Chincheros a esperar órdenes del Virrey.

El Libertador, después del triunfo de Junín, fue a acamparse en la población de Reyes, y ordenó reconocer el campo para conocer la pérdida del enemigo y hacer enterrar los cadáveres. Fueron sepultados 235 muertos; y según el reconocimiento que hicieron los prisioneros, que fueron 80, había entre ellos 10 de jefes y oficiales. El ejército unido tuvo fuera de combate entre muertos y heridos 144 hombres, entre los heridos el General Necochea. Se tomaron al enemigo más de 300 caballos con sus monturas y las armas y equipo correspondientes a muertos y prisioneros, como de 500 individuos.

El Libertador tenía que organizar el país que iba ocupando y disponer una marcha regular que evitase las bajas del ejército, que no era fácil reponer. Los 500 colombianos que existían en el ejército era necesario no perderlos por la fatiga y el cansancio: ellos moralizaban a los nuevos soldados conscriptos en el Perú, y no quería Bolívar que se disminuyeran los cuerpos de la guardia colombiana, vencedora desde el Orinoco a Boyacá, y

de Boyacá y Carabobo a Bomboná y Pichincha. Continuó el ejército en marcha por Tarma a Huancayo, desde donde dirigió el 13 de agosto una proclama a los peruanos, para examinar el espíritu público. El 28 ocupó a Guamanga. De allí pasó a recorrer el territorio de Andahuailas y Albrencas, y el ejército se dirigió a Chalhuanca y Chuquibamba. Los montoneros, con el Teniente Coronel Carreño, recorrían los pueblos y pasos del Apurímac. El Libertador hizo un reconocimiento, y llegó a su cuartel general el Capitán General don Bernardo O'Higgins, que se había quedado enfermo en Huaraz y que llevó por objeto informar al Libertador del estado en que se encontraba el norte del Perú: que aún no habían llegado los cuerpos, que debían ir de Colombia porque necesitaban ser bien convoyados por la proximidad de la escuadra española, que estaba en Chiloé. Después de la primera conferencia con el Libertador sobre la situación del país, le pidió que le permitiese una manifestación, que era el primer objeto de su viaje. Pedirle al Libertador que dejase el ejército de operaciones a órdenes del General en Jefe y él regresase a Huaraz y de allí a otro punto cercano en que debiera fijar su cuartel general. El Libertador le manifestó que le era muy grato el oírlo y que era importante que los Generales Sucre y Lamar tomasen parte en la discusión.

La manifestación de O'Higgins se reducía a probarle al Libertador que no era justo, prudente ni patriótico que él continuase a la cabeza del ejército porque era caprichosa la suerte de la guerra; y que si él sucumbía con el ejército de operaciones, era perdido el Perú y en seguida Chile y Colombia. Que estando organizado un ejército de reserva, dentro de dos meses, más o menos, que sería el término de la campaña con una batalla, si era desgraciada, él se replegaría a Guayaquil y Loja con el ejército y los buques de guerra y con los 5.000 hombres mandados levantar en Colombia, el cual sería armado y equipado con el empréstito de 2.000.000 de pesos fuertes conseguido por Colombia el 15 de mayo en Hamburgo, según las cartas oficiales recibidas de Colombia. El Libertador se persuadió de la exactitud del pensamiento de O'Higgins y resolvió seguir con el mismo O'Higgins al norte del Perú. En consecuencia dejó el mando del ejército unido al General Sucre y su segundo el Mariscal Lamar, nombró de Jefe del Estado Mayor General al General Gamarra y dispuso que el General Santa Cruz regresase con él al norte del Perú. En la primera semana de octubre emprendió su contramarcha. Dejó al General Müller de Comandante General de caballería, en reemplazo del General Necochea, por es-

tar enfermo, y el cual mando había estado ejerciendo desde el 7 de agosto, después de la victoria de Junín.

En Huancayo recibió el Libertador la ley de 28 de julio dada por el Congreso de Colombia, derogando la del 6 de octubre de 1821, por la cual se concedieron facultades extraordinarias al Libertador. El Libertador al leerla se alarmó porque vio en ella un principio de oposición a su autoridad en el Congreso, suscitada por Santander, que constantemente quería que el Libertador le diese parte de cuanto hacía, sujetándolo a su aprobación, y del empeño de las diputaciones de los Departamentos del Sur de limitar el ejercicio de facultades extraordinarias delegadas a los militares.

El Libertador contestó a Santander que el General Sucre quedaba encargado del mando inmediato del ejército colombiano, y que él limitaría su acción a la suprema dirección de la guerra, como Dictador del Perú y a virtud de la ley de 4 de junio de 1823, en que el Congreso le permitió salir de Colombia para poder dirigir la guerra en el Perú. Bolívar sintió mucho la expedición de una ley inútil: porque ella no era otra cosa que una traba que se le ponía por el Poder Ejecutivo, a quien atribuía la indicación de tal ley; y decimos del Poder Ejecutivo, porque no solamente juzgaba acertada esta ley Santander sino también Restrepo y Castillo. El General Briceño Méndez la creyó no solamente inútil, sino perjudicial en las circunstancias de la guerra en el Perú.

El Libertador dejó instrucciones a Sucre de no pasar el Apurímac y acantonarse entre Andahuailas y Abancaes y demás lugares que encontrara convenientes, para mantener la disciplina, aumentar la instrucción táctica de los nuevos soldados y de los cuerpos últimamente organizados hasta que recibiese refuerzos; pero que conociendo sus ideas sobre el modo de conducir la campaña, le autorizaba para obrar según las circunstancias, evitando formar consejos de guerra, para discutir las operaciones, sin que esto le privase de sondear el ánimo y opiniones de los generales que estaban a sus órdenes, especialmente al General Lamar, que debía reemplazarlo en caso de falta absoluta o temporal. Al despedirse de Sucre el Libertador le comunicó éste que Valdés se había unido a Laserna y Canterac, y que iban a tomar la ofensiva: noticia que acababa de recibir el General Gamarra, del Cuzco, de donde era natural, y mantenía una correspondencia secreta con sus amigos fuéra. Por un momento pensó el Libertador suspender la marcha; pero los

Generales O'Higgins y Lamar le manifestaron que esa noticia aconsejaba más urgentemente su marcha, porque era probable que se interpusiesen las comunicaciones con el Norte, en circunstancias que no había en Lima y el norte del Perú un jefe que centralizase la administración del país. Sucre guardó silencio.

Al llegar el Libertador a Chancay el 3 de diciembre, fue informado de una derrota que sufrió el mismo día en Bellavista una columna de 600 hombres, que había organizado el Coronel Luis Urdaneta, con los soldados que habían salido de los hospitales y los rezagados del ejército que habían quedado estropeados en las marchas y se habían reunido en Chancay y Lima, después que los españoles se concentraron en el Callao. Rodil fue informado de la mala calidad de la tropa y le mandó dar una sorpresa con el Teniente Coronel don Isidro Alaix a la cabeza de 500 infantes y 100 jinetes. Fue perseguido Urdaneta hasta Lima, y perdió entre muertos y prisioneros 150 hombres; los demás se dispersaron, y no los persiguió el enemigo para volver al Callao.

El navío **Asia** y el bergantín **Aquiles** llegaron al Callao el 22 de septiembre, y unidos a la corbeta **Ica** y los bergantines **Pezuela** y **Constante**, formaron las fuerzas navales que tenía a su disposición Rodil. El 9 de octubre el Vicealmirante Guise, que no abandonó las aguas de la bahía del Callao, atacó a los buques españoles con su escuadrilla, compuesta de la fragata **Protectora**, la corbeta **Pichincha**, el bergantín **Chimborazo** y dos goletas, muy inferior de fuerza a la española; que no supo su Jefe, Capitán de Navío Roque Cruzueta, aprovecharse de su superioridad. El combate duró muchas horas. Los combatientes se retiraron a sus fondeaderos: los españoles al Callao; los republicanos a la isla de San Lorenzo, y continuó Guise su bloqueo: ambos publicaron el combate como victoria suya; pero los buques españoles partieron para el Sur el 20 de octubre y los persiguió el Vicealmirante Guise; los persiguió dos días y una noche, y haciendo agua la fragata **Protectora**, resolvió hacer ruta a Guayaquil para carenar los buques y convoyar las fuerzas que habían llegado a ese puerto, del interior y del Istmo de Panamá, y por cuya venida al Perú instaba el Libertador. Las tropas que se embarcaron en Panamá el 20 de octubre llegaron a Puna el 7 de noviembre, y no pudieron seguir porque los buques de guerra no podían estar carenados y arreglados antes de 40 días. Todos estos contratiempos mortificaron mucho al Li-

bertador, que conocía bien la necesidad de estrechar el sitio del Callao y formar un ejército de reserva.

El General La Fuente fue comisionado hacia los pueblos del Sur a organizar fuerzas, y el Coronel Urdaneta a los del Norte; ambos llenaron su misión bien, como Jefes entendidos y que conocían perfectamente el servicio militar.

Convencido el General Sucre que el ejército español se había reorganizado en el Cuzco, y que abría operaciones con más de 12.000 hombres, pues se habían reunido unos 4.500 del ejército del Norte, 5.600 del ejército del Sur y las fuerzas que tenía el Virrey en el Cuzco y Puno de unos 3.000 hombres, y que con la facilidad que tenían para moverse sus infantes, la mayor parte peruanos de la sierra, acostumbrados a caminar, su plan de operaciones debía ser ejecutar movimientos estratégicos, para librar una batalla en el momento favorable y ver si podían lograr que las divisiones del ejército unido estuviesen fuéra de la distancia de operaciones. Resolvió a mediados de octubre hacer un reconocimiento de Apurímac, desde enfrente de Oropesa hasta Agacha y el paso del río que va a Paruro: el General Müller, cuando recibió la orden de mandar preparar el escuadrón de Granaderos montados de Colombia y el regimiento de Húsares del Perú, para marchar con el General en Jefe a un reconocimiento, se ofreció ir él en persona a acompañarle mandando esa fuerza, y aceptó el General Sucre su ofrecimiento. El objeto de Müller lo conoció inmediatamente el General en Jefe, que era indicarle iniciar las operaciones contra el enemigo, suponiendo que no se había reunido el ejército del Sur que mandaba Valdés: el General le contestó que él sabía ya que Valdés estaba en el Cuzco, y el ejército pronto a emprender operaciones, por lo cual recorría el país para saber cómo obraría al conocer el punto por donde desguazara el río el ejército español o construyera puentes. Müller quiso mostrarle al General Sucre que estaba informado y que debía obrar como él le indicaba. Esta conferencia la cortó diciéndole: tengo un plan meditado e instrucciones del Libertador, y no pido ni recibo consejos. Müller, acostumbrado a dar opinión en todo, y querer que se le escuchase, para decir que los buenos resultados se le debían a él y los malos ocurrían por no haberse seguido su opinión, se resintió y no volvió a decir nada al General en Jefe. Este General era valiente y cumplido caballero; pero infatuado con la creencia que era un excelente político y estratego, se hacía molesto con los otros Generales. El ha escrito sus Memorias, como lo hemos dicho, y al referir la campaña de Ayacucho, aunque en-

contramos bastante exactitud en sus relaciones: vamos a referir las operaciones de esa campaña tomando los datos de memorándum que nos dio el mismo General Sucre en 1829, sabiendo que al escribir las Memorias de la vida del Libertador teníamos que hacer un cuadro histórico de la independencia de Colombia y el Perú, teatro del héroe colombiano.

Nos decía Sucre: "El ejército español era más fuerte que el que yo mandaba; constaba de tres divisiones de infantería y una de caballería. Este fuerte de 1.400 hombres y el escuadrón de Alabarderos, 150. Las divisiones de infantería constaban de 13 batallones fuertes de 800 a 1.00 hombres, pero no bajaría su fuerza total de 10.400 hombres y 350 artilleros en cuatro baterías de campaña; total, 12.300 hombres. El ejército unido no tenía ya más de 8.000 hombres. Era necesario maniobrar para obligar al enemigo a batirse en un campo de batalla, que los dos ejércitos tuviesen un mismo frente en sus líneas y evitar que pudiera desplegar toda su caballería, y al mismo tiempo no dejarle interponerse entre el ejército y su base de operaciones, que es el norte del Perú, desde Lima". No podía, como dice Federico II, cortarle del mismo modo su base al enemigo, porque los españoles con la adquisición del Callao y la fuerza naval que iba de Chiloé, y constaba del navío **Ana**, el **Aquiles** y otros buques menos armados por Quintanilla y Rodil, cambiarían de base cortando la del ejército unido. Bajo tales principios las operaciones se ejecutaron del modo siguiente:

Después del examen que hizo el General Sucre de algunos puntos, dispuso que el General Müller y el Coronel Althaus siguiesen a descubrir por dónde pasaba el ejército y ver si lograban verlo y conocer su fuerza y las columnas de marcha, y se les dio el destacamento de caballería y otro de montoneros, para que fuesen custodiados y tuviesen seguridad. Estos Jefes obraron con bastante inteligencia, pero se vieron casi perdidos por varios accidentes. El Coronel Althaus mandó aviso del paso del enemigo por Agcha y se unió al General Müller; tuvieron que retirarse, y extraviado Althaus, lo hicieron prisionero los indios, que eran adictos a los españoles, Müller pudo salvarse y salvar el destacamento.

El General Gamarra, que conocía el país a palmos y tenía muchas relaciones en el Cuzco como natural de ese país, siguió a Oropesa, en donde estaban Müller y Althaus y tomó una escolta del escuadrón granaderos para seguir a Araipalpa, por donde esperaba encontrar medio de mandar sus espías al Cuzco;

pero al llegar a Toro divisó una avanzada enemiga que traía el camino de Agcha a Mamara, y se puso en marcha para el cuartel general por la vía más corta, para llegar pronto a Chalacanco. Al llegar el General Gamarra al cuartel general se ordenó reunir todos los cuerpos en Lambrama para continuar a Andahuailas. El 7 de noviembre se reunieron los cuerpos en el lugar designado; y el ejército español llegó a Mollepata, y marcharon a Casimebigua el mismo día, en donde se fijó el cuartel general con la división de caballería y una de infantería: la otra pasó a Pindrigua, a distancia de poco más de una legua, y la otra entre las dos, a distancia de poco más de una milla, en Chaljuani. El enemigo continuó su marcha por Panchira a Guamanga, e impuesto de esto el General Sucre, continuó la suya a Andahuailas, en donde permaneció el ejército hasta el 18 de noviembre, que supo Sucre que el ejército español había forzado sus marchas hacia Guamanga, en cuya ciudad entraron las compañías de cazadores, de la división de vanguardia. Creyó Sucre que el enemigo trataba de apoderarse de Jauja y Turma para obrar de acuerdo con Rodil; pero recibió comunicaciones del Libertador, en que le decía que los buques españoles habrían zarpado para Intermedios y que el Presidente de Chile, General Freire, había ordenado carenar y poner listos los buques de guerra, fragata **Isabel,** bergantín **Lautaro** y goleta **Montezuma,** que debían pasar al Callao a unirse a la escuadra Perú-colombiana, y que el General Salom estaba ya en el norte del Perú con los cuerpos que sacó en julio, de Quito y Pasto, de los cuales algunos habían seguido a reforzar el ejército unido, al Sur, y que no contase por ahora con más auxilios, que era necesario dar una batalla. En consecuencia, marcharon de Andahuailas, Talavera y San Jerónimo, las divisiones del ejército, a posesionarse de los cerros de Chincheros y Bombón. Al llegar a Uripa se conoció que ocupaba la altura una fuerza enemiga, y una compañía de Rifles y otra de Húsares de Colombia fueron a ejecutar un movimiento, y desalojaron a tres compañías de cazadores que fueron a repasar el río Pampas, en donde se encontró a todo el ejército español, que sabiendo que moraba en Andahuailas el ejército unido, contramarchó desde las inmediaciones de Guamanga, hasta que, como queda dicho, había llegado su vanguardia el 16 de noviembre y se presentaba; el 19 hubo un pequeño choque con un batallón en el puente de Pampas; y en los días 21, 22 y 23, los cazadores de uno y otro ejército se batían en guerrilla, siempre con ventajas del ejército republicano. El regreso del Virrey Laserna a encontrar al ejército unido persua-

dió al General Sucre que sí quería dar, o recibir batalla. Los españoles estaban en la llanura de la Concepción, a la ribera izquierda del Pampas, en muy buenas posiciones; no se debía irlo a buscar estando de por medio un río correntoso, que es un torrente difícil de desguazarse. Las posiciones de Uripa que tomó el General Sucre eran superiores, y tampoco podía atacarlas el enemigo. La distancia a que los dos campamentos estaban era de cuatro kilómetros; pero lo quebrado del terreno no permitía pasar esta distancia aérea sino caminando diez kilómetros. El 28 desapareció la división de vanguardia, y según el aviso de las guerrillas de observación, había tomado el camino de Vilcas-Huamcon, para irse a situar en el flanco izquierdo del ejército unido, o mejor dicho a su retaguardia, y el Virrey tenía su fuerza oculta antes que el enemigo en Carhuanca. Esta maniobra del Virrey aconsejó a Sucre pasar el río Pampas rápidamente para dirigirse a tomar posiciones a su retaguardia, tomando la dirección de Guamanga. Los españoles, que habían dividido su ejército, marchaban con una parte casi paralelamente al ejército unido, y la división Valdés, por la derecha del Pampas, marchó hasta frente de Pomacahuanca. Inmediatamente formó el General Sucre su línea de batalla apoyando sus flancos en barrancos, por donde no podía atacarlo la caballería enemiga. El Virrey Laserna no solamente acusó el combate, sino que tomó posición entre unas breñas inaccesibles. El 3 hizo el Virrey un movimiento que indicaba querer combatir; pero movióse hacia su retaguardia dirigiéndose hacia las alturas de la derecha del ejército unido, para tomarle la retaguardia. La posición de Mutara era mala para recibir la batalla por retaguardia, y Sucre ordenó una maniobra rápida, para pasar su ejército por los desfiladeros de la quebrada de Corpahuaico antes que llegase el ejército enemigo. Habían pasado la 1ª división de Colombia, la del Perú, y la caballería a órdenes de Müller pasó por Chonta. El ejército español había adelantado una división de cinco batallones y cuatro escuadrones, que mandaba el General Valdés, a impedir el paso; pero solamente logró atacar por retaguardia la 2ª división de Colombia, compuesta de los batallones Vencedor en Boyacá, Rifles y Vargas, a órdenes del General Lara, quien ordenó al Coronel Sanders, del Rifles, que sostuviese el fuego para que los otros dos cuerpos pudieran salir por la derecha y situarse de modo que protegerían su retirada y la del General Müller con su caballería. El Coronel Sanders con su cuerpo mostraron la serenidad que siempre les distinguió, perdiendo 300 hombres y retirándose el resto, protegido por Vargas: el segun-

do Jefe, Dugsbury, murió en este combate. La resistencia de 800 hombres a la afamada división Valdés dio a conocer la calidad del ejército colombiano a los españoles, como se lo dijo el mismo General Valdés a Sucre después de Ayacucho. El General Müller, con su manía de aparecer siempre distinguiéndose, refiere más inexactamente el combate de Mutara para aparecer que él fue el que reunió a Rifles disperso y también a Vargas, que se había dispersado, lo que es inexacto, como se lo dijo el General Moran, que era entonces el Coronel del Vargas, cuando vio las Memorias de Müller, en el Perú. Perdióse ese día el parque del ejército y una de las dos piezas de artillería, que no pudieron pasar la quebrada. El Teniente Coronel de Estado Mayor, Bustamante, había sido destinado a reconocer los movimientos del enemigo, y lo cogieron prisionero las partidas avanzadas de caballería.

El ejército español acampó en la derecha de Corpahuaico, y el unido, en la izquierda. El 4 el Virrey Laserna hizo mover una división de 5 batallones y 6 escuadrones a pasar la quebrada por la parte superior, mostrando querer combatir. El General Sucre, que veía el ardor de todo el ejército para atacar al enemigo y vencerlo: después que la víspera una división con el más afamado batallón de Cantabria a su frente no pudieron vencer a Rifles, que perdió algo más de la tercera parte de su tropa, los republicanos se creían invencibles. El General Sucre abandonó la barranca y se situó en la llanura de Tambo Cangallo. Cuando el ejército español subió la barranca y vio al ejército unido en la llanura, se movió velozmente hacia los cerros de la derecha de la línea de batalla que le presentó el General Sucre, y conoció éste que no quería combatir sino maniobrar para aprovecharse de algún descuido del General en Jefe para atacarlo, recordando las ventajas que este género de maniobras le había dado grandes resultados durante 14 años. En consecuencia el General Sucre se movió con todo el ejército la noche del 4 al pueblo de Guaichao, pasando la quebrada de Acoero y cambiando así de dirección. El 5 en la tarde se continuó la marcha a Aco Vinchos y los españoles a Tambillo; siempre a la vista los dos ejércitos. El 6 llegó el ejército unido al pueblo de Quinsa: los españoles, por una marcha forzada a la izquierda, se colocaron a retaguardia del ejército unido en las fuertes posiciones de Pacaicara; ellos siguieron el 7 por la impenetrable quebrada de Guamanguilla, y al día siguiente a los elevados cerros de la derecha, siempre con la idea de ponerse a retaguardia. El terreno intermedio en la dirección paralela que llevaban los dos

ejércitos no permitía que el uno atacase al otro sin riesgos de ser vencido el que atacara. El 8 el ejército español marchó por las faldas de la cordillera oriental de los Andes, y en la tarde tomó posiciones en el cerro de Cundurcunca, a un kilómetro del campamento del ejército unido. Sucre formó su ejército dando frente al del Virrey en un ángulo: la derecha, la 1ª división de Colombia, a órdenes del General Córdoba: la izquierda, la división peruana, a órdenes del Gran Mariscal Lamar: el centro estaba ocupado por la división de caballería, a órdenes del General Müller; y la 2ª división de Colombia, a órdenes del General Lara, estaba de reserva. Dispuso el General Sucre que un batallón de la 1ª división desplegara en guerrillas, al frente del ejército español, y el Virrey hizo descender su ejército a las faldas del cerro que ocupaba, y otro batallón desplegó en reposición al frente del colombiano, y comenzaron sus fuegos mutuamente hasta anochecer.

Creyó Sucre que el ejército real hiciera algún movimiento en la noche, pues habían reconocido que no le podía atacar por los flancos al campo escogido para recibir la batalla, porque estaba defendido por barrancos inaccesibles, y para evitarlo ordenó al General Córdoba, que con las bandas de música y unas compañías de cazadores hicieran un ataque falso sobre la vanguardia enemiga, lo cual produjo su efecto, que el enemigo se mantuvo firme. El 9 reconoció el General Sucre toda la línea y arengó a los cuerpos, recordando a cada cuerpo sus hechos gloriosos: respondieron con vivas entusiastas a la libertad, al Libertador, a Colombia y al Perú. La mayor parte de la mañana se empleó solamente en fuegos de artillería y de cazadores. A las 10 del día situaron los españoles al pie de la altura cinco piezas de batalla, arreglando también sus masas, al tiempo que Sucre recorría la línea de tiradores, y dio vida a éstos, que forzaron la posición en que colocaban la artillería, y fue ya la señal del combate. Los batallones Cantabria, Centro, Castro 1º, Imperial y dos escuadrones a órdenes del General Valdés con una batería de seis piezas, forzando su ataque por esa parte. Sobre el centro formaba la división Monet, compuesta de los batallones Burgos, Infante, Victoria, Guías y 2º del primer regimiento, apoyando la izquierda de éste con los tres escuadrones de la Unión: el de San Carlos, los cuatro de granaderos de la guardia y las cinco piezas de artillería ya situadas; y en la altura de la izquierda del ejército unido de batallones 1º y 2º de Gerona, 2º Imperial, 1º del primer regimiento de Fernandinos

y el escuadrón Alabarderos del Virrey, a órdenes del General Villalobos.

El centro de la línea enemiga aún no estaba perfectamente ordenado, y la división Valdés atacaba la izquierda del ejército unido, cuando mandó el General Sucre al General Córdoba que cargase a la división Valdés, que estaba en la izquierda de la línea enemiga. Este General echó pie a tierra, y dando la voz de "¡Armas a discreción, paso de vencedores, marchen!", acometió con tanta bizarría sin romper el fuego hasta que 4 escuadrones enemigos cargaron estando la infantería a 100 pasos de la enemiga. El General Müller, con los escuadrones de Húsares y Granaderos de Colombia, apoyaba a Córdoba y atacó a la caballería española; el Coronel Silva con los escuadrones mencionados, y el Coronel Carvajal fueron heridos, lo que causó algún desorden en la carga que daban; pero los Tenientes Coroneles Braum y Henao reorganizaron los cuerpos para seguir la carga, y fue completamente derrotada la división de Villalobos, y trató el Virrey de rehacer el combate con la división Monet, que tenía algunos obstáculos que superar por lo accidentado del terreno, y el General Sucre mandó que se le atacase por su flanco con el batallón Vencedor y los Húsares de Junín. El General Lamar sostenía el combate por la izquierda, y los cuerpos de ella comenzaban a retroceder cuando fueron reforzados con Vargas, de la división Lara, se rehizo el combate y Lamar triunfó sobre Valdés. A la una del día la victoria fue completa. El Virrey Laserna, esforzándose para contener sus soldados, para rehacer la batalla, fue herido, cayó de su caballo, y un sargento del batallón Bogotá lo hizo prisionero; le dijo quién era y que lo llevase a verse con un jefe. Lo condujo a donde el Comandante Coronel Galindo y éste lo presentó al General Sucre, y le recibió con el decoro que correspondía; mandó que un cirujano curase las heridas. Los derrotados seguían a reunirse en la altura de la cordillera, por Cundurcunca. Siguieron la persecución los cuerpos de la reserva, que estaban menos fatigados, y el General Lamar mandó a uno de sus ayudantes a ofrecerle a Canterac un convenio honroso a nombre del General Sucre.

Los Generales Canterac y Carratalá pasaron con el General Lamar al cuartel general a verse con Sucre, y se celebró la honrosa capitulación que salvó a los restos del ejército real, que se componían ese día de 9.310 hombres de tropa; y el ejército unido tenía 5.780 hombres, las dos terceras partes de colombianos. Ambos habían tenido una baja muy considerable, por enfermos y desertores. Murieron en la batalla 1.800 hombres del

ejército español y entre más de 3.000 prisioneros y heridos. El ejército unido perdió 370 hombres muertos y 609 heridos. Quedó en poder del vencedor todo el armamento, parque, piezas de batalla y cuanto poseía el ejército español. El convenio celebrado en el campo de batalla puso término a la campaña del sur del Perú, y 16 Generales, 16 Coroneles, 68 Tenientes Coroneles y 484 oficiales de diferentes graduaciones, prisioneros, fueron tratados con toda consideración y marcharon por diversas vías a España, juntamente con 300 individuos de tropa, único resto de los cuerpos que de España vinieron al Perú. El General Canterac escribió desde Guamanga la siguiente carta al Libertador:

"Excelentísimo señor:

Como amante de la gloria, aunque vencido, no puedo menos que felicitar a V. E. por haber terminado su empresa en el Perú, con la jornada de Ayacucho. Con este motivo tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes, saludarle en nombre de los generales españoles, su afectísimo y obsecuente servidor, Q. B. S. M., **José Canterac.** — Guamanga, 11 de diciembre de 1824".

Después de la batalla se trasladaron vencedores y vencidos a Guamanga (hoy ciudad de Ayacucho), y allí recibieron sus pasaportes todos los generales, jefes, oficiales y tropa españolas para trasladarse a la Península. Unos por Buenos Aires, otros por Quilca y Lima, a embarcarse para pasar el Cabo y algunos el Istmo de Panamá.

El 12 de diciembre dispuso el General Sucre que siguiese para el Cuzco un batallón de la división primera y que le siguiese un escuadrón a órdenes de los Generales Gamarra y Müller. Tomó todas las medidas para incorporar los soldados que se habían dispersado en las marchas, e incorporar a los prisioneros peruanos que quisiesen hacerlo con voluntad, y se emprendió la marcha para el Cuzco en los días subsecuentes. El 24 llegó la vanguardia y en los días siguientes todo el ejército con su General en Jefe. Fue recibido con grande entusiasmo y allí tomó Sucre el estandarte con que Pizarro entró a la capital del Imperio de los Incas, lo remitió al Libertador, y éste al Gobierno de Colombia, y se depositó en el Museo Nacional, en donde existe.

Los escritores españoles han pretendido negar que solamente tuviese Sucre 5.780 hombres y exageran la disminución de su ejército, para no confesar que fueron superiores en número. El General Sucre nos decía: "Si yo hubiese tenido fuerzas igua-

les en número al ejército español, no habría maniobrado para llevarle a un campo de batalla que nos igualase el frente. Acostumbrados los indígenas del Perú a caminar dos leguas por hora, los generales españoles querían envolvernos con sus maniobras: forzar la marcha de una tropa no acostumbrada a trotar en las cimas de los Andes del Perú sería extenuarlas y no tendrían el arrojo e impulso en una carga a la bayoneta: el soldado indígena americano, tanto en el Perú como en Colombia, es valiente y muere en su puesto, pero el blanco, el mulato, el mestizo y negro, tienen otra inteligencia y arrojo. El ejército colombiano era en lo general de opinión y amaba la libertad; no eran simples máquinas de guerra, como la tropa de los españoles: forzada y anarquizada. Esta era una superioridad moral que nos favorecía, decía Sucre; y los Generales peruanos Gamarra y Santa Cruz, que eran naturales del país, lo conocían perfectamente, y el General Lamar, colombiano que había servido mucho tiempo en el Perú, trabajaron con los jefes y oficiales para infundir opinión en la tropa. Los peruanos de la costa se asemejan más a los colombianos".

Hemos hecho esta citación del juicio de Sucre, para que se vea que conocía lo que traía entre manos; y que el Libertador sabía a quién había encargado la obra de asegurar la campaña, después de la victoria de Junín. A propósito de esto, en 1832, cuando viajábamos por Europa, tuvimos ocasión de ver a diversos generales distinguidos, y el Mariscal Mac-Donald en Florencia nos pidió si teníamos algo sobre las campañas de Colombia antes de dar la batalla de Boyacá y la del Perú antes de las victorias obtenidas en Junín y Ayacucho: ¿por qué las relaciones hechas por los Generales españoles Morillo y Canterac dejan ver una superioridad de inteligencia estratégica en Bolívar y Sucre? Le manifestamos que no había escrito ninguno de ellos sus Memorias; pero pudimos darle algunos informes, que aseguraron su concepto. El Mariscal Marmont, hablando con el General Santander a principios de 1830, le hizo igual pregunta, y le manifestó que por sólo las Memorias de Canterac comprendía que las operaciones de Sucre eran arregladas a los sublimes principios de la estrategia moderna. El juicio de estos dos Mariscales del primer imperio son de mucha importancia, para hacer un justo elogio de los conocimientos de Bolívar y Sucre.

Dejamos en nuestra relación al Libertador en su regreso al norte de Chancay, y las providencias que dictó para aumentar las fuerzas; se trasladó a Lima para examinar de cerca al

enemigo que se había reunido en el Callao y preparado víveres para un sitio de un año. Todos los peruanos a quienes descorazonó la traición del Callao y volvieron a ser partidarios de la monarquía española se habían ido a aquella plaza, y con más razón Torre Tagle y Baindoaga, que eran los Jefes de la Nación cuando aquellas ocurrencias de la traición del Callao, de que hemos dado cuenta. Torre Tagle dio su proclama de 4 de marzo de 1824, después que Monet ocupó a Lima, y el 6 un manifiesto para justificarse ante los españoles y peruanos. Esta conducta le tenía acobardado y se redujo a sufrir con Rodil el sitio del Callao. Los buenos peruanos, que eran la mayoría de la juventud ilustrada de la ciudad de Lima y de los pueblos del Norte, o estaban en el ejército o en el Norte, y los que no pudieron emigrar, sufriendo vejaciones de los españoles y ocultos. Al saberse en Lima que el Libertador entraba a la ciudad el 7 de diciembre, la población en masa salió a recibirle y todo el mundo quería abrazarle y hablarle: hubo momentos que parecía podían sofocarle, y tuvo que rodearse de unos pocos para no sufrir. La casa estuvo rodeada toda la noche por gentes de todas clases. Estas ovaciones populares eran de una gran significación. Solamente quería el Libertador organizar la administración de la ciudad y salir otra vez a Chancay en otro lugar a activar la formación del ejército de reserva; pero no le fue dado, porque fueron tales las exigencias de la población para que no abandonase la capital, que hubo de convenir, y se contrajo no solamente al principal objeto de organizar la reserva, y con ella estrechar el sitio del Callao, sino que dio decretos importantes para organizar el Gobierno Nacional.

Antes de llegar a Chancay recibió aviso que el ejército español había ocupado con su vanguardia a Guamanga y vuelto a salir, y que los indios de Huanta y cercanías de Guamanga se habían pronunciado por los españoles, cortándoles así la comunicación.

El mismo día 7 de diciembre dirigió el Libertador la importante circular a los Gobiernos de las demás Repúblicas de la América española para la formación de una asamblea general que fuese el lazo de una gran Confederación. No queremos extractar este interesante documento, y se verá en el apéndice bajo el número 94. (Véanse Documentos, pág. 175. Tomo 4º).

Esta fue la idea de Bolívar desde 1821, como hemos dicho, y no la abandonó hasta su muerte, como se verá después. A los 45 años de escrita esta comunicación se siente más la ne-

cesidad de un Congreso americano, y más adelante nos ocuparemos de esta cuestión.

El Poder Ejecutivo se estableció en Lima conforme al decreto de 24 de octubre dado en Jauja restableciendo los tres Ministerios de Estado, a cargo del doctor José Sánchez Carrión, de Gobierno y Relaciones Exteriores, encargado interinamente del de Guerra y Marina el Coronel don Tomás Heres y del de Hacienda el doctor Hipólito Unanue. La ansiedad por tener noticias de la campaña del Sur era no solamente del Libertador sino de la población de la capital. Llega el 26 de diciembre y recibe Bolívar la noticia del triunfo de Ayacucho que pocos días antes le había comunicado un cura porque el Teniente Coronel Medina, edecán del Libertador, que la conducía, fue asesinado por los indígenas sublevados a retaguardia del ejército. En una alocución a los peruanos en ese mismo día publicó el Libertador la noticia de la victoria y la terminación de la guerra, y el 27 dio el decreto de honores al ejército vencedor del Perú. (Véase el apéndice, documentos, y **Gaceta del Gobierno,** y documentos, tomo 4º). Así concluyó el año de 1824, haciendo brillar la refulgente luz de la libertad e independencia del Continente Americano. (Véase en el apéndice el documento número 104 del Gobierno, la proclama de Sucre).

Fáltanos dar cuenta de lo que hizo Sucre en el Cuzco y en el Alto Perú, para completar este cuadro interesante de la historia de la independencia y de los hechos gloriosos de Bolívar y Sucre.

El 11 de enero escribió el General Sucre al Libertador, desde el Cuzco, participándole que acababa de recibir las tres comunicaciones del General Olañeta y su sobrino, don Casimiro; que dentro de tres días marcharía para Puno a verse con Olañeta; que le había dicho en Cochabamba al Capitán Briceño, al partir, que en ese momento acaba de recibir la noticia del triunfo de Ayacucho; y que con una escolta seguiría a Puno a verse con él.

El Virrey Laserna encontró el 26 de diciembre en Carareli la noticia de haberse encargado del mando del Virreinato el Mariscal de Campo don Pío Tristan, a consecuencia del acuerdo de la Real Audiencia del Cuzco. Celebró este acontecimiento y dispuso que siguiese el Brigadier don Valentín Senez cerca del nuevo Virrey Tristan, haciéndole indicaciones para entenderse con Olañeta y sostener la causa del Rey; pero a poca distancia encontró un destacamento, y el Jefe de él no permitió que la escolta que custodiaba al Virrey siguiese adelante, y el

General Laserna siguió con sus compañeros. El 28 encontraron un oficial que conducía comunicaciones de Tristan para el Libertador, y como fuese apertoria, la leyó el Virrey, y descorazonado por su contenido siguió a Quilca en busca de buques de guerra españoles para embarcarse.

El 30 de diciembre el Virrey Tristan, luégo que recibió la capitulación de Ayacucho, celebrada por Canterac, como General en Jefe después de la prisión del Virrey Laserna, ordenó por una circular a los jefes españoles que le estaban subordinados el cumplimiento de la capitulación, y dio una alocución a los peruanos, cuyos documentos remitió Sucre al Libertador antes de marchar para Puno. Al acercarse a Puno el General Sucre supo que Olañeta no pensaba ya en la entrevista, y que contramarchaba para La Paz, cuya ciudad evacuaron igualmente los realistas y la ocupó el Coronel Gamarra el 28 de enero, y el 8 de febrero entró con los cuerpos de vanguardia a dicha ciudad el General Sucre y fue recibido con grande entusiasmo.

El Coronel de Dragones, Araya, proclamó en Cochabamba la causa de la independencia, y en Valle Grande se sublevó la guarnición española y puso preso el 12 de febrero al General Aguilera y remitido a disposición del General Sucre. Chuquisaca proclama la independencia el 22 de febrero, apoyada la población por el escuadrón de Dragones de Charay.

En un mes de operaciones en el Alto Perú, sin dar una batalla, solamente con los movimientos ejecutados por Sucre, se le habían incorporado 1.800 hombres en cuerpos enteros que abandonaron la causa del Rey y más de 700 desertores que se incorporaron al ejército libertador en su marcha triunfal.

El 16 de marzo ofició el General Sucre al General Olañeta comunicándole la posición del Coronel Echeverría, capitulado en Puno y puesto en libertad bajo su palabra de honor, y que llevaba fondos para el Coronel Quintanilla a Chiloé y tenía además el encargo de hacer envenenar al Gran Mariscal, acción indigna y que prueba la infame conducta de Olañeta traicionando a todos. Es muy interesante el documento que se verá al apéndice.

El Coronel Medinaceli ocupaba a Chinchas y se unió a los republicanos, y marchó contra Olañetá, que ocupaba a Potosí, y en Tumurla hizo alto el Teniente Coronel Herria, edecán de Olañeta, que iba a reforzarlo, y dio cuenta a su General de esta infidencia de Medinaceli contra el Rey. En consecuencia el 28 de marzo de 1825 marchó Olañeta a unirse a Herria y atacar a Medinaceli, como se verificó en Vitiche. Continuaron la marcha, y el 1º de abril, en una reñida acción en la quebrada de Tumurla,

recibió Olañeta una herida mortal que decidió la pelea en favor de Medinaceli, y habiendo muerto en la noche, se rindieron al vencedor 200 hombres, de los 700 que entraron en combate. De los derrotados partieron para Tumurla por Salto a Buanos Aires dos Tenientes Coroneles, dos Comandantes, dos Capitanes con grado de Teniente Coronel y diez entre Capitanes y Tenientes. Todos los españoles que quisieron acogerse a la capitulación de Canterac recibieron sus pasaportes y marcharon por distintos puertos del Perú, como dejamos dicho, y atravesaron la República Argentina a embarcarse en Buenos Aires.

El Virrey Laserna siguió a Quilca con sus compañeros, los Mariscales de Campo Villalobos, Maroto, La Hera, Brigadier García Camba y los Coroneles Pacheco, Santa Cruz y Sanjanena. Hizo adelantar al General Villalobos para que ordenara al Capitán de Navío Cruzueta que le esperase con el navío **Asia** y demás buques que hubiese en esa caleta, para recibir a los generales, jefes, oficiales y otros empleados que debían partir para la Península. Le encontró el General Villalobos pronto para darse a la vela y esperó Cruzueta al Virrey, y hechos varios arreglos, siguieron en diversos buques para Europa; Cruzueta siguió para Filipinas y tocó en las islas Marianas, en donde se sublevaron las tripulaciones, y llevaron el navío **Asia** a la República Mejicana con el bergantín **Constante**, y el **Aquiles** se fue a Valparaíso, y se entregó al Gobierno de esa República. Con estos acontecimientos quedó libre el Pacífico de buques españoles, y no quedaba el estandarte español sino en Chiloé y el Callao.

CAPITULO XXV

Restablecida la confianza en el país y encargado un ministerio con personas competentes para ayudar al Libertador en su labor de organizar la República del Perú y presentar al Congreso Constituyente, que se había convocado desde el 24 de diciembre para el 10 de febrero de 1825, fueron muchas las disposiciones gubernativas que dictó el Libertador en los diversos ramos de la administración. El mismo General Bolívar indicaba a los Ministros los puntos sobre que debían presentarle los proyectos de decreto sobre las materias de sus Departamentos Administrativos. Se hallaba en Lima don Bernardo Monteagudo, Ministro que fue del Protector San Martín, que había regresado al Perú, después de la expulsión que sufrió por un acto revolucionario, y como el Libertador hiciese mucho aprecio de este hábil estadista, entró cierta emulación contra él, creyendo que podía influír en los Consejos del Libertador, como sucedió con San Martín. Resolvióse, entonces, sacarlo del medio, y el 28 de enero de 1825 fue asesinado en la calle de San Juan de Dios, en Lima. Descubrióse el asesino; pero éste se mantuvo negativo en confesar la verdad, porque contaba con el apoyo de un alto personaje, autor del crimen por celos políticos. El General Bolívar hizo llevar a su presencia al reo una noche, e interrogándolo para que le descubriese el autor de su delito, logró al fin que le dijese que era el Ministro de Estado, Sánchez Carrión. Conoció el Libertador cuán peligroso era en aquellas circunstancias que se revelase el nombre del autor del asesinato y las dudas y sospechas que inspiraría esta declaración, y se propuso cortar todo ese expediente haciendo salir al criminal fuéra del país para llevarlo por Panamá a Haití o la costa de Africa. Para tomar esta medida se consultó con el Ministro de Guerra, Coronel Heres, y con el señor Unanue, y ambos creyeron que era lo más prudente tomar este partido, y se llevó a efecto.

Heres, que era amigo íntimo de Monteagudo desde el tiempo de San Martín, se propuso vengarse de la muerte alevosa

dada a su amigo y resolvió hacerlo. El señor Carrión estaba un poco débil de salud y todas las mañanas hacía ejercicio y al regresar a su casa tomaba una horchata de almendras dulces. Heres sabía que el criado le esperaba para darle la horchata al desmontarse. Resolvió, pues, envenenarlo con un tósigo lento, para que su muerte no fuese alarmante. Un día a principios de mayo, logró encontrar al criado de Sánchez Carrión esperando a su patrón con la horchata. Le pidió fuego para encender un cigarro, y mientras el criado fue a traerlo, envenenó la horchata.

Heres tuvo la imprudencia de comunicar este crimen a un amigo suyo, el Coronel Letamendi, y éste lo hizo saber dos años después al Libertador, quien asombrado de tales manejos nos los refirió una vez cuando disertábamos sobre las intenciones que tuviesen de asesinarlo en Bogotá el 25 de septiembre de 1828 y recordaba otros crímenes semejantes, que se habían ejecutado durante la guerra de Colombia por españoles y colombianos, horrorizados por la desmoralización que traen las pasiones y celos políticos. El desgraciado General Heres, en época posterior Gobernador de Guayana, en Venezuela, ¿fue también asesinado...? ¿Y se negará que hay una justicia eterna que castiga los crímenes de los hombres de Estado que infringen la ley natural?

Creemos de nuestro deber descubrir este misterio para que sea conocido semejante acontecimiento.

Dirigióse Sucre a Potosí y entró el 29 de marzo a esa ciudad, que el día anterior había evacuado Olañeta para ir a encontrar una muerte desastrosa, como dejamos referido al final del capítulo anterior, y condujo la libertad al Alto Perú. Cumplióse el pronóstico de Bolívar en Casacoima, cuando en medio de la fatiga y el sobresalto en que estaban por la noche él y sus compañeros trazó a grandes rasgos las campañas que iba a emprender para libertar a Nueva Granada, al Ecuador y al Perú, hasta llegar a las heladas cumbres del Potosí.

El Libertador, después que recibió la noticia del triunfo de Ayacucho, convocó al Congreso para el 10 de febrero. Llegó el Vicealmirante Blanco, de Chile, con la fragata **Isabel** y la goleta **Montezuma**, tomó el mando de todas las fuerzas navales en el Callao el 18 de enero; después de atacar a las fuerzas marítimas españolas tuvo un resultado favorable. Se empeñó el Libertador en dar regularidad a la organización del país. El 10

de febrero se instaló el Congreso Constituyente del Perú: en este acto solemne, ese día dijo el Libertador estas memorables palabras: "Hoy es el día del Perú, porque hoy no tienen un dictador". Los discursos de la instalación no dicen más que la frase que acabamos de copiar; pero se deberá incluír en el apéndice, como lo hacemos.

Retirado el Libertador de la sala del Congreso, éste se ocupó en discutir una resolución para que continuase en el ejercicio del poder dictatorial hasta que se reuniese el Congreso de 1826. Aprobada la proposición, se nombró una comisión presidida por el señor Larrea y Loredo, para que comunicase al Libertador que el Congreso le prorrogaba el mando para que organizase el país. El señor Larrea al comunicarle la resolución a Bolívar le expuso los fundamentos en que se había apoyado el Congreso, para aprobar unánimemente la disposición que acababa de anunciar. Hubo entre Bolívar y Larrea una discusión bastante animada, pintando Bolívar los peligros de conferir tal suma de autoridad a un solo hombre, y que él no quería que se iniciase en una república esta medida de salvación, cuando ya no había guerra con un enemigo, que obraba con mando absoluto y recursos, circunstancia que le hizo aceptar la dictadura cuando se perdió el Callao. El señor Larrea manifestó contestándole al Libertador cuál era el sentimiento del Congreso al prorrogarle tan peligrosa autoridad, porque confiaba que no la ejercería sino para organizar el país y cimentar su independencia, porque sabía que era más grande Bolívar comenzando las libertades públicas que perpetuándose en el mando. Entonces el Libertador contestó, después de una detenida discusión, en estos términos:

"Queda mi persona consagrada al Perú en los términos que el Congreso desea, y que el eminente patriotismo de este pueblo merece, con tal que se olvide, al nombrarme, el odioso título de dictador".

Al dar cuenta el señor Larrea al Congreso del resultado de su comisión, se ocupó en sancionar el decreto que prorrogaba la autoridad al Libertador, lo que se efectuó el mismo día 10 de febrero, y en seguida se votó una acción de gracias a Colombia, encargando a una comisión especial del Congreso ir a Bogotá a manifestarlo al Gobierno de aquella República, y solicitar que se permitiese a Bolívar continuar en el Perú. El mismo día se sancionaron los decretos votando una acción de gracias al Libertador y al ejército, y el 12 de febrero, el decreto que concedió honores al Libertador, al ejército y a Sucre, nombrándolo Gran Mariscal de Ayacucho. El Libertador aceptó con términos hon-

rosos este decreto y el que continuaba la autoridad suprema, en cuya comunicación de aceptación anunció que tenía que ausentarse al Alto Perú por algunos meses y que dejaba encargado del Poder Ejecutivo al Consejo de Gobierno presidido por el Gran Mariscal don José de Lamar.

Antes de separarse del ejercicio del poder supremo del Perú dispuso que el Ministro Carrión previniese al General Sucre que mandase hacer elecciones en los departamentos del Alto Perú, para que concurriesen al Congreso peruano y que se declarase que se reincorporaban las provincias del Alto Perú al Bajo, como existió antiguamente el virreinato del Perú; pero antes que Sucre pudiese recibir tal orden recibió comunicaciones del General Arenales, en que le decía que el Gobierno Nacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata había resuelto de aquellas provincias, por medio de sus representantes.

Estaba reunido el Congreso Constituyente del Perú, y como el principio adoptado en toda la América antes española para continuar en república fue el **uti possidetis** de 1810 de los antiguos virreinatos y capitanías generales, expresó sus sentimientos de dejar a las provincias del Alto Perú en libertad de deliberar, y el Libertador suspendió sus órdenes, y resolvió ir personalmente a aquellas provincias, llevando un secretario general para el despacho de los negocios que no delegaba en el Consejo de Gobierno.

El Congreso del Perú decretó que se diera al Libertador un millón de pesos, lo cual no aceptó éste, como se verá en las comunicaciones del Apéndice, bajo el número 113. Jamás consintió el Libertador que sus servicios se recompensasen con dinero, y en otro capítulo tendremos que ocuparnos de esta dotación, que fue definitiva; quiso el congreso del Perú que fuese para Caracas y otros pueblos de Colombia.

El 10 de marzo cerró el Congreso del Perú sus sesiones, después de haber dado el decreto de 8 del mismo mes mandando auxiliar a la República de Colombia, en cuyo decreto se le dan nuevas facultades al Libertador. Estos actos del Congreso peruano fueron la más desmesurada confianza que se le haya dado a un jefe vencedor después de terminada la campaña. Los registramos íntegros en el Apéndice de esta obra, para que se gradúe la virtud republicana de Bolívar en épocas ulteriores: porque en una generación nueva que no puede ser testigo de tantos y esclarecidos hechos se ha juzgado mal por ciertos hombres al virtuoso republicano, que no se deslumbró con las pompas y vanidades que eran consiguientes a tales medidas que pu-

sieron a prueba al mortal a quien se exaltó, y en peligro la libertad de un pueblo.

El 1º de abril se instaló el Consejo de Gobierno y en la misma fecha nombró el Libertador secretario general para entenderse con el Consejo de Gobierno al Coronel José Gabriel Pérez. Con una alocución, el Libertador se despidió de los habitantes de Lima, para seguir al Sur.

Después de instalado el Consejo de Gobierno emprendió el Libertador su marcha a los Departamentos del Sur, y en todos los pueblos por donde pasaba dejó impresiones favorables por el empeño que manifestaba por el progreso, y especialmente por la instrucción pública, y dictó varias resoluciones que se comunicaron al Consejo de Gobierno.

Se hallaba en Arequipa cuando dictó el decreto de 16 de mayo; mandó reunir una asamblea general en las provincias del Alto Perú, de conformidad con el decreto que había dado el General Sucre, sometiendo el negocio al Congreso del Perú en sus sesiones de 1826, y el 20 de mayo dispuso que el Consejo de Gobierno lo convocase para someterle éste y otros negocios importantes que necesitaban la sanción legislativa.

El Libertador llegó a Arequipa el 15 de mayo, al Cuzco el 26 de junio, a La Paz el 26 de agosto y a Potosí el 5 de octubre. En todas partes organizaba algo y fue recibido con un raro entusiasmo en cada población. Cuzco y Potosí acuñaron medallas de oro, plata y cobre en conmemoración de Bolívar, y todos los pueblos le saludaban como a su Libertador. Fue una ovación nacional y admiraban todos la facilidad y elocuencia con que contestaba el General Bolívar todos los discursos que se le dirigían, haciendo siempre resaltar en ellos su amor a la libertad del Continente Americano. En Potosí subió al encumbrado cerro en que yacen las ricas minas de plata, y en una especie de ambigú que le sirvieron el 26 de octubre, contestando a un brindis que le dirigieron, dijo: "La gloria de haber conducido desde el Orinoco a estas heladas regiones nuestros estandartes de libertad, dejan en la nada los tesoros inagotables de los Andes, que están a nuestros pies."

Cuando el Libertador marchó de Arequipa para el Cuzco nombró de secretario general al doctor Felipe Santiago Estenos, peruano de nacimiento, porque debiendo despachar los decretos de organización del sur del Perú quiso que no fuese colombiano el secretario general, pues no quería que destinos de in-

fluencia se ejerciesen por ciudadanos naturales de Colombia, después de los acontecimientos de los Generales Riva Agüero y Torre Tagle, pues jamás pensó en que el Perú tuviese que sufrir influencia en el régimen interior de parte de los auxiliares, no obstante que entre pueblos hermanos debía existir comunidad de intereses, de derechos y de deberes.

La actividad del Libertador para reorganizar los Departamentos del sur del Perú se deja ver recorriendo la colección de decretos que dictó en su marcha hasta entrar en las provincias del Alto Perú. Estas se constituyeron en República de Bolivia por medio de la Asamblea reunida a virtud del decreto de Sucre, ratificado por el Libertador. Este acto solemne tuvo lugar el 6 de agosto, aniversario de la victoria de Junín. Sus primeros actos fueron el 11 de agosto sobre la designación del nombre de la República, encargando del Poder Ejecutivo al Libertador y declarándole honores, lo mismo que a Sucre y a los militares del ejército unido que dieron libertad al Alto Perú. El 13 de agosto se declaró la forma de gobierno y el 3 de octubre se mandó reconocer al General Sucre como encargado del Poder Ejecutivo, en ausencia del Libertador. Estos documentos importantes deben acompañarse a estas Memorias, porque tienen una significación importante en vista de lo que dejamos dicho y como el origen de una nueva nacionalidad.

El Gobierno de Buenos Aires resolvió mandar una misión extraordinaria cerca del Libertador, y así se lo anunció el Ministro de Relaciones Exteriores al Libertador con fecha 14 de mayo. Los plenipotenciarios argentinos fueron el General Alvear y el doctor Díaz Vélez, que llegaron a Chuquisaca el 8 de octubre y fueron recibidos el 16, no obstante que el Libertador les comunicó, por medio de su secretario general, que había dejado el despacho del negociado de Relaciones Exteriores al Consejo de Gobierno del Perú, y cuando decía el Libertador esto a los Ministros del Río de la Plata ya estaba nombrado encargado del Poder Ejecutivo de Bolivia e instalada la República. Estos importantes documentos también los acompañamos en el Apéndice.

El lenguaje del Ministro argentino en su discurso al Libertador y su respuesta fueron muy duros contra el imperio, esto es, al cabo de 45 años de un plan perseverante de usurpaciones del centro del país que bañan los grandes ríos de Amazonas, Ríonegro, el Plata y el Paraguay, y cuando el heroico pueblo del Paraguay ha mostrado al mundo de lo que es capaz una república que tiene convicciones y un caudillo ilustre. Cuan-

do nuestro trabajo pueda publicarse, esta guerra bárbara quizá habrá concluído, para iniciarse otra entre el Brasil y las Repúblicas Oriental y del Río de la Plata, y que es probable que arrastren a las de Bolivia, Colombia, el Perú y Venezuela. Bolívar preveía esta absorción si no se realizaba la alianza hispanoamericana, y entonces se ocupaba ya de ir a dar la libertad a Cuba y Puerto Rico, de cuyos planes nos ocuparemos adelante.

El 6 de octubre se disolvió la Asamblea de Bolivia, después de haber sancionado los actos legislativos que hemos mencionado, y el de 4 de octubre acordando solicitar del Gobierno de Colombia y del Libertador la permanencia de 2.000 hombres en esa República. El Libertador se encargó realmente del Poder Ejecutivo de Bolivia, y dio diferentes decretos sin denominarse sino Libertador de Colombia y el Perú... y entre ellos fue el más importante el reglamento para verificar las elecciones de 11 de noviembre, en que hace mención del acuerdo de la Asamblea pidiéndole el proyecto de una Constitución que la rigiese. El Libertador se hallaba el 9 de diciembre de 1825 en Chuquisaca, y allí asistió a la celebración del aniversario de la batalla de Ayacucho.

En ese día el Libertador hizo en la mesa, a la hora de los postres, manifestaciones en honor de Sucre, que le colocaba como al más distinguido General, y que teniendo de él el más completo conocimiento, le mandó como su precursor a la campaña que concluyó con la batalla de Pichincha, al Perú como Plenipotenciario, y definitivamente le dejó encargado del mando del ejército unido, vencedor en Ayacucho. Sucre, modesto y agradecido, le dio las gracias y propuso un brindis: "Al primer ciudadano de América". Todos tenían la copa en la mano, cuando el Libertador, llenando la suya, dijo: "Bebo con mucho gusto, porque le conozco". Esta respuesta del Libertador sorprendió, y el Gran Mariscal le dijo: "General, yo al proponer este brindis y los señores al llenar sus copas para corresponder, todos hemos creído que íbamos a dedicar nuestro brindis a V. E., pero puesto que V. E. conoce a ese ciudadano, queremos que V. E. nos lo haga conocer, porque solamente Bolívar puede ser el primer ciudadano de América". El Libertador le contestó: "Hay en Colombia un hombre modesto que, teniendo a su hermano de Regente en España, es defendida la causa de la libertad e independencia. Sus hijos, desde que han tenido capacidad de servir a la patria, lo han hecho. Me ha proporcionado recursos para la campaña de 1822 sobre Pasto. Si yo tuviese que escoger un padre después

de haber muerto el mío, escogería al señor doctor José María de Mosquera, de Popayán." Sucre le contestó: "General, bebemos por el señor Mosquera, a quien usted ha querido dedicar mi brindis; le conozco, y a sus hijos. Ninguno de ellos está aquí, y el elogio de V. E. es la más grande distinción que ha podido recibir un colombiano".

El Libertador resolvió regresar al Perú, y en el mes de enero de 1826 emprendió su viaje y llegó a la capital el 10 de febrero. El 22 de enero se había rendido la plaza del Callao al General Salom, que mandaba las fuerzas que la sitiaban. El recibimiento que se hizo al Libertador el día de su entrada en Lima fue espléndido, y llegó precisamente en la época que se debía reunir el Congreso Constituyente del Perú. El Consejo de Gobierno de éste dispuso que los diputados que iban llegando a Lima pasasen sus credenciales a la Corte Suprema, para que los calificase. Los diputados a quienes se hizo esta notificación la resistieron, manifestando que ellos mismos eran los que tenían que calificar a sus miembros, y se negaron a acceder a tal pretensión. El Libertador se retiró a La Magdalena y tenía a su lado al Secretario General, Coronel Pérez, para el despacho y para entenderse con el Consejo de Gobierno. Esta corporación, compuesta de los señores don Hipólito Unanue, como Presidente, y los Ministros don José Larrea y Loredo y doctor Juan Salazar y Alvarez.

Con la capitulación del Callao quedó completa la grande obra de la libertad del Perú y el afianzamiento de la independencia de la América española. El General Bolívar había llegado al apogeo de su gloria. Debió instalar el Congreso del Perú y embarcarse con el ejército auxiliar para Colombia. Pero la desgracia de las Repúblicas de Colombia y el Perú iba a iniciar una éra de vicisitudes que tenemos que lamentar hasta hoy. El Libertador, que se había formado un plan de gobierno para las Repúblicas hispanoamericanas, lo discute con los miembros del Consejo de Gobierno y con algunos otros. La manifestación hecha al Libertador en Bolivia para que le diese un proyecto de Constitución le lisonjeó mucho: él creyó que iba a realizar un bello ideal plantando una República modelo; para que conforme a su Constitución se reformasen las demás Constituciones de las Repúblicas, que debían formar la Gran Confederación Americana. El proyecto del Libertador estaba basado sobre el que presentó en Guayana; pero entre sus Consejeros, doctor Pando, doctor Unanue, General Heres, dominó la idea de la Presidencia vita-

licia, y el Libertador redactaba con el General J. G. Pérez el proyecto de Constitución, y se encargó el señor Antonio Leocadio Guzmán de escribir una ojeada o apología del proyecto.

Además de esta idea, dominaba en el ánimo del Libertador el pensamiento de limitar el poder del Brasil, como se ha visto en los discursos de recepción del Ministro Plenipotenciario. Quería además el Libertador que se afianzase la existencia política de Bolivia, sin detrimento del Perú, por cuya razón se fijaron los límites de la nueva República por el que tenían los Virreinatos del Perú y Buenos Aires.

Estas circunstancias, de una parte, y sus compromisos de regresar a Colombia después de reunir el Congreso del Perú, como lo ofreció desde Onao, combatían el ánimo del Libertador extraordinariamente. El Congreso peruano había mandado una comisión compuesta de los señores Ferraría y Agüero cerca del Congreso colombiano pidiendo que se permitiese al Libertador residir por más tiempo en el Perú, el que contestó que estaba en las facultades del Libertador prorrogar su permanencia en Lima, conforme a la ley que le concedió el permiso.

El aspecto político de Colombia era bastante delicado. A fines de 1825 se habían hecho las elecciones de Presidente y Vicepresidente. En cuanto a la Presidencia, era casi uniforme la opinión en favor de Bolívar, y con respecto a la de Vicepresidente, se había dividido la opinión entre el General Santander, candidato de Bolívar, el señor doctor Castillo, de las provincias del Centro de Colombia, y el General Briceño Méndez, de las del Norte. El Sur votó todo por Santander. El Congreso declaró electo a Bolívar, y perfeccionó la elección de Santander. La elección de estos magistrados era indirecta o delegando orden. El General Bolívar, de los 608 votos de los electores, tuvo 582. Los 26 restantes se repartieron entre Páez, Santander, Sucre y Urdaneta.

Contraída la elección de Vicepresidente entre los tres que habían obtenido votos, al primer escrutinio resultó electo el General Santander.

El Congreso de Colombia se ocupó también en dar una ley permitiendo la permanencia de Sucre en Bolivia con 2.000 hombres, para afianzar la paz en aquella República y sostener su independencia amenazada por el Brasil.

Tal era el aspecto político de Colombia y el Perú, a lo cual se agrega que en febrero suspendió sus pagos la casa de Goldsmith, y esta bancarrota trajo la pérdida de dos y medio mi-

llones de pesos a Colombia, de los vales que tenía aún en poder Goldsmith, y que debía satisfacer en los plazos estipulados del contrato de empréstito. Y para complicar más la situación, el Senado de Colombia aceptó la acusación intentada contra el General Páez por la Cámara de Representantes el 30 de mayo. El Vicepresidente, General Santander, combatió la idea, y principalmente fueron diputados venezolanos los que intentaron esta acusación. Al saberlo Páez, por sugestiones del doctor Miguel Peña, que estaba también acusado, por defraudador de fondos públicos, tuvo lugar la revolución de Valencia de 30 de abril y las actas posteriores que completaron la ruina de Colombia, y que como se verá en otro capítulo, esta conducta infiel de Páez y sus consejeros fue el primer paso dado a la anarquía de Colombia, cuya época luctuosa data desde este acto inicuo que destruyó la unión de la gloriosa Colombia.

Impuesto el Libertador del giro que tomaban las cuestiones en Bogotá, de no haberse iniciado las conferencias del Congreso americano en Panamá, y del estado político que tomaban nuestras relaciones en Europa y los Estados Unidos, creyó que debía apurar la organización de Bolivia y del Perú, conforme al proyecto elaborado de acuerdo con sus consejeros y que remitió a Bolivia con fecha 25 de mayo, y esta pieza importante, como el discurso con que la remitió, aunque ha sido impresa y reimpresa, la encontrará el lector en el Apéndice, para que nada falte al conocimiento que se debe tener del héroe, cuyas obras gloriosas y algunos errores vamos refiriendo.

El Libertador, que conocía bien a Páez y Venezuela; que había recibido la misión encargada a Guzmán, y que temía que la antipatía entre Caracas y Bogotá, nacida de aquellos celos, nacidos entre las antiguas capitales de las colonias españolas; de la poca sinceridad que había en la amistad de Santander con Páez, resolvió mandar al Coronel Daniel Florencio O'Leary cerca de Santander con orden de seguir hasta Caracas donde Páez, y con él mandó algunos ejemplares del proyecto de Constitución para Bolivia y de la ojeada escrita por Guzmán. El Coronel O'Leary llevaba una carta para Páez, aconsejándole prudencia en su conducta, y otra carta en blanco con la firma del Libertador, para que, de **acuerdo con Santander y los Secretarios de Estado, se cambiase sustituyéndola** según las circunstancias que hubiesen ocurrido; **pero con la condición de no poner frase alguna de improbación amenazante.** Al llegar el Coronel O'Leary a Bogotá se sabía que había tenido lugar la revolución de abril en Venezuela y que Páez se denominaba Jefe civil y militar, y

en consecuencia fue cambiada la carta poniéndose las firmas de que se sometiera al Congreso para no perderse, y que él (el Libertador) tenía que hacer cumplir. O'Leary llegó a Caracas; y nada pudo obtener de Páez y regresó a Bogotá.

Al saberse en Panamá a fines de mayo la revolución de Páez en Venezuela, me encontraba allí en tránsito para los Estados Unidos a curarme de los sufrimientos que tenía por las heridas recibidas en Barbacoas. Había sido nombrado Intendente y Jefe superior del Departamento de Guayaquil, por un período de 4 años, y tenía permiso para este viaje. Los Generales Briceño Méndez y Carreño y el señor General me llamaron para instruírme de lo sucedido en Valencia y Caracas, y que ellos sabían por qué el General Briceño Méndez había venido de Venezuela, que aquella revolución no tenía tal objeto de promover reformas. Que había conocido en Caracas el plan de subvertir el orden para establecer una monarquía en Colombia, con cuyo objeto había pasado a Lima el señor Guzmán; que el General Montilla en Cartagena y el General Juan Paz del Castillo en Guayaquil estaban de acuerdo, y al estallar un pronunciamiento en Guayaquil se haría en Cartagena y Quito; que era necesario que yo marchase a encargarme del mando de aquel Departamento antes que se supiese tal noticia. Cerróse el puerto de Panamá por ocho días, y salí de allí el 28 de mayo en la goleta **Corina**. Este buque, poco velero, no pudo remontar el Cabo San Francisco en varios días, y no pudo llegar al puerto de Manta hasta el 4 de julio. Desembarqué en él para seguir por tierra a Guayaquil, y al llegar el 8 a Santa Lucía, lugar inmediato al río Daule, fui informado que habían llegado a Guayaquil los señores doctor Manas y Blas Arosemena y comunicado la noticia de la revolución de Venezuela, y que ocho días antes que ellos habían salido de Panamá con el objeto de encargarme del Gobierno del Departamento, y que en consecuencia se había hecho un pronunciamiento secundando la revolución de Venezuela. Persuadido como estaba yo de que el Libertador no había contestado favorablemente al General Páez, a Carabaño y demás partidarios de la monarquía, me resolví ir en una canoa a la ciudad y alojarme en casa de mi amigo don José Antonio Roa, para pedirle a Paz del Castillo que me entregase el mando. Dicho General se sorprendió al verme en Guayaquil, el día 9 de julio a las cinco y media de la tarde, y trató de entorpecer el acto de reconocerme como Intendente. Fui a verle personalmente y le manifesté la irregularidad de su conducta. Nada conseguí. Me retiré a mi alojamiento, y se me presentó el General Fran-

cisco Illingworth a manifestarme que aceptara el pronunciamiento de Guayaquil, que estaba de acuerdo con el Libertador, según se lo había manifestado el Coronel O'Leary. Le contesté que no era así; que el Libertador había rechazado la propuesta de Guzmán de un gobierno monárquico; que las reformas sobre federación eran contrarias a la verdadera idea revolucionaria; que Páez, hombre sin prendas políticas y un bravo militar de la independencia, no había comprendido su posición, y Peña y otros revoltosos lo habían lanzado en la carrera del crimen contra la libertad. El General Illingworth se retiró; y una hora después había un grande alboroto en la ciudad que gritaba de voz en cuello: "Abajo el Intendente nombrado por el Gobierno, viva Páez, viva la federación".

Como vi que la acta del 6 de julio no estaba firmada por el General Valdés y los Jefes militares, resolví dirigirme a ellos, y en medio del tumulto me vestí con mi uniforme de Coronel y pasé a casa del General Valdés como a las 8 de la noche. Al entrar encontré al General rodeado de los jefes y oficiales de la guarnición, y otros jefes que no pertenecían a ella, como el General Silva y el Coronel León Febres Cordero. Al verme el General me condujo a otra pieza, y me manifestó que me había expuesto saliendo en medio. Que el General Paz del Castillo, según le había informado el Coronel O'Leary, no improbaría un movimiento en el Sur que impidiera al Vicepresidente a precipitarse contra Páez; pero que él no había querido firmar la acta del 6 de julio, pues nada le había informado O'Leary. Entonces le expliqué cuál era el plan de los revolucionarios de Venezuela, según lo que me informaron los señores Generales Carreño y Briceño Méndez; que no le exigía sino que prescindiera de tomar parte con Castillo, porque la mayoría de los hombres sensatos y el pueblo me apoyarían como Magistrado constitucional. Se puso de acuerdo conmigo, y le propuse que hiciera servir en el comedor algunas botellas de champaña, para tomar una copa por el Libertador, lo cual persuadiría a los jefes oficiales que no era cierto que yo tuviera instrucciones de Santander. Así sucedió, y cuando propuse el brindis lo hice en estos términos: "Cuando un edecán del Libertador se vuelve a ver con sus antiguos amigos y camaradas, el saludo debe ser tomar una copa a la salud y gloria del Libertador". Fue aplaudido, y nos entendimos. Los amotinadores, bajo la dirección de Castillo, Amador, Jefe municipal, y los doctores Marcos y Espantoso, recorrieron las calles hasta las 4 de la mañana del 10 de julio. Este día a las 11 de la mañana volví a verme con el General Castillo

y le encontré resistido a entregarme el mando. Me pude sobreponer a las intrigas: tomar posesión de la Intendencia, dando cuenta de lo ocurrido al Gobierno y al Libertador. Recibí aprobaciones del Gobierno, y el Libertador y el Vicepresidente me escribieron las cartas que se verán en el Apéndice sobre estos acontecimientos.

La agitación continuaba en Guayaquil para contrariar un nuevo alboroto por la federación, y con el Comandante General tomábamos medidas para conservar el orden, como se informó al Poder Ejecutivo.

En tan difíciles circunstancias y después que en Quito y el Amay se había secundado el paso de Guayaquil, la República esperaba con ansiedad saber del Libertador y lo que hubiese resuelto al saber los acontecimientos de Venezuela. Antes de continuar la narración de los sucesos de Guayaquil, tan trascendentales en la marcha de Colombia, y los futuros destinos que preparaban al Libertador, tenemos que retroceder nuestra relación a lo que pasó en el Perú después de los acontecimientos que dejamos referidos.

La presencia en Lima del señor don José María Pando y la misión de Guzmán a proponer la monarquía, influyeron en el ánimo del Libertador a afirmarse más en su idea de la Constitución boliviana para ofrecerla a todas las Repúblicas, y encantado en el Perú, como él decía, se creyó capaz de resistir las sugestiones de los monarquistas, y que le sería fácil contentar a los republicanos. La respuesta que dio a Páez, repulsando el pensamiento de coronarse, fue brillante. Entre muchas reflexiones había los siguientes conceptos: "Yo no soy Napoleón, ni quiero serlo, ni tampoco imitaré a César o a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador me parece superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto me es imposible degradarlo". En seguida le aconsejaba que desistiese de esa idea y que no se dejase alucinar: que era un proyecto que alarmaría a las demás Repúblicas; que el período fijado por la Constitución de 1821 se acercaba, y que para entonces se propondrían los informes que él motivaba, e iba a ofrecer a Bolívar en un proyecto de Constitución que le remitiría, y a principios de junio de aquel año se lo remitió con el Coronel O'Leary para recomendarle su estudio y que trabajase por él, llegada la época. El General Páez, en el tomo 1º de su autobiografía, pasa en silencio este hecho, y al hablar de esa injustificada revolución de abril de 1826 publica una carta que le escribió al Libertador con fecha de 25 de mayo

explicándole su conducta, y en seguida dice que a pocos días de escribir esa carta había recibido una escrita por el Libertador desde La Magdalena, con fecha 28 de mayo, remitiéndole muchos ejemplares de su discurso y de su Constitución, que fue remitida a Bolivia, como proyecto, el mismo día 25 de mayo que escribió Páez al Libertador. La misión de O'Leary tuvo por principal objeto ir a impedir que Páez se lanzase en una revolución, a consecuencia de la acusación admitida por el Senado el 31 de mayo, pues la temían a consecuencia de las ideas que habían manifestado de tiempo atrás, de reformas y el plan de monarquía. Esa carta, que copiamos en el Apéndice, nos parece que fue escrita por Bolívar en una fecha anterior al proyecto de la Constitución, y que mal la pudo llevar O'Leary en junio con fecha de mayo.

El disgusto ocasionado entre ambos Diputados al Congreso del Perú cuando el Consejo de Gobierno exigió que sus credenciales fuesen calificadas por la Corte Suprema, se lo pintaron al Libertador con coloridos ofensivos a su persona y al ejército colombiano que algunos peruanos deseaban ver regresar a Colombia, y que el Libertador cumpliera su promesa de instalarlo y ausentarse con el ejército, como lo había ofrecido desde Onao, dando principio al embarque de algunos cuerpos, como lo hemos dicho.

A consecuencia de esto se habló de una conspiración tramada contra el Libertador por los Generales Alvarado y Necochea, argentinos, y apoyada por los Ministros Salazar y Alvarez. Si el hecho fue cierto, debió persuadirse el Libertador que su honor y su gloria requerían que dejase al Perú instalado el Congreso constituyente. Resolvió tomar esa resolución, y lo anunció al Consejo de Gobierno. A la sazón había llegado a Lima el señor Antonio Leocadio Guzmán, despachado de Caracas por Páez, con un proyecto de monarquía, de que hablaremos luégo.

El Libertador anunció su regreso a Colombia el 31 de marzo y pidió que se alistasen buques. Tal anuncio causó un pánico extraordinario en el país. La municipalidad de Lima, la Corte Suprema, las corporaciones y las personas más influyentes de la capital van a La Magdalena a exigir del Libertador que no se ausente sin dejar constituído el país; 51 Diputados pasaron una exposición al Libertador el 21 de abril en que decían los inconvenientes que había para constituír la República, y concluían pidiendo que se suspendiese la instalación del Congreso; que se consultase a las provincias si se debía reformar la Cons-

titución e indicaran al individuo que debiera encargarse del Poder Ejecutivo. El Consejo de Gobierno decretó el 27 del mismo que se llevase esa representación al Libertador, y el mismo día la devolvió el Libertador al Consejo, con un mensaje, y en su virtud el Consejo de Gobierno la decretó bajo las firmas de los señores Unanue, Presidente; Salgar, Vicepresidente, y el Secretario Lena, por el Ministro de Gobierno.

Al llegar el señor Pando al Perú, de regreso de Panamá, fue nombrado nuevamente Ministro de Estado, y contribuyó con sus consejos a perfeccionar el proyecto de Constitución boliviana, y en cumplimiento del decreto de 27 de abril, que hemos citado, pasó una circular el 1º de junio, sometiendo el proyecto de Constitución a los Colegios Electorales; y el Ministro decía que el Libertador quería que se adoptase aquel proyecto y se quería que al mismo tiempo se eligiese al Libertador como Presidente vitalicio.

La opinión que tenía el Libertador del buen juicio y talento de Pando le resolvieron a adoptar sus ideas, y a ella contribuía mucho el número de aduladores que le rodeaban no solamente del Perú sino también de Colombia y de otros países. Ya hemos dicho cómo quedó redactada la Constitución boliviana, y vamos ahora a hablar del documento más importante que descubre completamente las ideas del Libertador en materia de gobierno. Este documento lo poseemos dado por el mismo General Bolívar en 1829, para que lo conociésemos.

Cuando empezaban a surgir nuevos proyectos de monarquía en Colombia, y de que nos ocupamos en el capítulo correspondiente, la copia que tenemos es el mismo borrador que tenía el Libertador en su archivo. Un tanto de este documento di al General Santander para manifestarle lo que pensaba y decía el Libertador a Sucre. Cuando las pasiones desaparezcan habrá quien escriba la historia de este grande hombre, superior a los de los siglos XVII y XIX. Los grandes hombres son grandes hasta en sus faltas. El 12 de mayo escribía esta carta, después de la representación de los 55 Diputados al Congreso Constituyente del Perú. Pocos días después recibió la interesante comunicación de Santander que esperaba de mayo, en que el 15 de marzo había sido declarado Presidente constitucional, y a él le había tocado ser electo Vicepresidente, acompañándole copia de la renuncia que elevó al Congreso, y cuya copia está autorizada por la firma de Santander, como el original dirigido al Congreso. Este documento, como la comunicación del General Santander, de mayo de 1825, que también nos dio el Libertador,

los verá el lector en el Apéndice correspondiente; asímismo el manifiesto del señor Pando, publicado en Lima de 1827, cuando se le hicieron varios cargos, entre otros por la circular de 1º de junio citada.

Pena nos da hablar de un acontecimiento que tuvo lugar el 16 de abril de 1826, cual fue la ejecución de la pena de muerte en las personas del General don Juan Baindoaga y don José Terán, a virtud de sentencia de vista y revista de la Corte Suprema de Justicia del Perú.

En el capítulo anterior hemos referido la parte que tuvo Baindoaga en convenir con Torre Tagle en entrar en inteligencia con el Virrey Laserna y el modo como se condujo Baindoaga en la entrevista con el General Loriga y el Brigadier García Camba.

Torre Tagle y Baindoaga, con otros jefes y oficiales, que según afirman los jefes españoles como García Camba, ascendían a 240, se pasaron a los españoles y se refugiaron, después de la victoria de Junín, en el Callao. Terminada la guerra con la rendición del Callao en el mes de febrero de 1826, el juicio y ejecución de Baindoaga fue un hecho que condena la moral política, y diremos **summum jus summa injuria.** El General Baindoaga salió del Callao en una embarcación pequeña y se dirigió a los buques de guerra de Chile; pero fue aprehendido por un bote de guerra de la escuadra colombiana que mandaba el General Illingworth, y aunque expresó que había salido del Callao para restituírse a su patria, no fue escuchado y se le mandó juzgar criminalmente como traidor por la Corte Suprema, y no como a General de Brigada. La autoridad de Torre Tagle había quedado anulada, lo mismo que la de su Ministro Baindoaga, desde que el Congreso del Perú nombró Dictador a Bolívar y éste aceptó la dictadura, quedando el Presidente Torre Tagle en un carácter indefinible, y Gobernador, en Lima, como Presidente. En el capítulo anterior hemos dado cuenta de todos aquellos acontecimientos. Sometido a juicio duró éste seis meses, y entre tanto y después de la vista fiscal que evacuó el señor Galsam el 13 de noviembre de 1825. La victoria de Ayacucho afianzó la independencia de la América del Sur, y después la rendición del Callao dejó libre al Perú. Todos los que tuvieron iguales o mayores compromisos con los españoles estaban perdonados o se restituían a sus casas. Riva Agüero, condenado a muerte por el Congreso peruano y, mandada ejecutar la sentencia por Torre Tagle, no se prestó a ello el General La Fuente, por considerar ese acto secreto un crimen. Muchos desgra-

ciados habían muerto en el Callao a causa de las enfermedades, y otros perecieron en los combates, y el resto quedaron libres.

La vista fiscal, calcada sobre las doctrinas del derecho español, finge el crimen de lesa patria para calificar las leyes que califican el delito de lesa majestad, y haciendo abstracción de la guerra civil entre la metrópoli y sus colonias, se supone que los errores en política son crímenes ordinarios o delitos comunes, y a usanza española pide se le imponga la pena de muerte, que se ejecutará en el modo ordinario, y después se colgaron los cadáveres de Baindoaga y Terán en la horca.

La Corte Suprema, compuesta por los señores don Ignacio Ortiz de Zeballos, don Mateo de Yramategui y Manuel Tellerio, condena a muerte a Baindoaga y Terán el 27 de febrero de 1826, y en revista confirma la Corte Suprema plena aquella sentencia el 11 de abril del mismo año: los Ministros don Francisco Valdivieso, don Fernando López Aldana, don Tomás Ignacio Palomeque, don Agustín Quijano Velarde y don Felipe Santiedo Estenoz. El Consejo de Gobierno da una resolución que rubrican los cuatro Ministros: Unanue, Larrea y Loredo, Salazar y Alvarez, mandando ejecutar esta inicua sentencia, revalidada, con el fundamento de leyes draconianas y sin objeto, porque ya no había necesidad de tal efusión, y Baindoaga y Terán no eran más criminales que todos los que gozaban de su libertad y derechos, después de aquellos desgraciados acontecimientos.

La municipalidad de Lima pidió al Libertador la conmutación, y Bolívar, que había improbado solemnemente la ejecución de los 38 oficiales españoles hecha por Santander en 1819, no usó de las facultades dictatoriales de que estaba investido para salvar la vida a un distinguido peruano, que había contribuído a la fundación de la República, porque, como dijo su secretario general, ese paso sería lo mismo que improbar las sentencias de muerte.

Hemos dicho que con pena tenemos que hablar de este suceso, porque en nuestro concepto los que inducían al Libertador a dar el paso de presentar una Constitución a Bolivia y al Perú querían que se intimidase al pueblo con esta severidad inconsulta. Han pasado 43 años, cuando hacíamos este bosquejo de una gran falta de la Corte Suprema del Perú, de su Consejo de Gobierno y del Libertador, que dejó de ser en esta vez el generoso vencedor de los españoles, y que él, como se verá en otros capítulos, nos mandaba dar un indulto general; porque perseguir en revolución no trae sino la obligación de perseguir siempre. Conocíamos mucho al Libertador y sabíamos que no se com-

placía con tolerar o ejercer actos de tiranía. No hemos querido pasar en silencio este hecho, porque fue uno de los más notables de aquella época y porque la vista fiscal tiene un argumento contradictorio. Decía el señor Galsam que el delito era de traición porque era contra el legítimo gobierno, que lo representaba el Libertador por suprema resolución del Congreso, y el delito lo cometía el Gobierno del Perú, que lo constituían Torre Tagle y Baindoaga.

Volvamos a encadenar los sucesos memorables de 1826. Hemos referido los acontecimientos de Guayaquil y el modo como restablecimos el sistema constitucional, y la respuesta que recibimos del Libertador y del Gobierno. En esa comunicación ofrecía el Libertador regresar dentro de un mes a Colombia, y se preparaba para hacerlo.

Difundida la noticia en Lima de la marcha del Libertador para Colombia, comienzan a formarse grupos en la ciudad que se dirigían al palacio con gritos, arengas y ruegos para pedirle que no se ausentase; le elevan varias peticiones, y se dieron cuantos pasos fue posible dar para persuadir al Libertador que no se ausentase. Todo fue inútil, y con aquel decir poético y bíblico manifestaba su gratitud. Una reunión de hermosas peruanas fue a palacio a pedir al Libertador su permanencia en el Perú. Las recibió con la galantería con que siempre trataba a las damas. Sus expresivas palabras hicieron concebir a las hermosas limeñas que la hermosura había rendido al héroe, y publicaron que no se ausentaba Bolívar.

Al siguiente día de esta visita, que fue el 16 de agosto, se reunió el Colegio Electoral de Lima, y unánimemente le dieron la sanción al código boliviano, y también declararon que el Libertador, y no otro, sería el Presidente vitalicio; un doctor, el señor Bahamonde, se opuso, pero la oposición de este señor fue débil y firmó con todos el acta. Una diputación del Colegio Electoral fue a participar al Libertador el resultado, con música y manifestaciones de alborozo. El Libertador les contestó: "Señores: es con suma satisfacción que oigo haberse aceptado por los Colegios Electorales la Constitución, que yo presenté para la República de Bolivia. El Consejo de Gobierno, deseoso de fijar la dicha del país, me consultó, y yo convine en que se ofrecen a los pueblos del Perú. Esta Constitución es la obra de los siglos; porque yo he reunido en ella todas las lecciones de la experiencia y los consejos y opiniones de los sabios. Congratulo

a los representantes de esta provincia de que la hayan aceptado. Han conformado su opinión con la mía acerca de los intereses políticos, de la duración, ventura y tranquilidad de los pueblos. Ella no será bastante a libertarlos de los grandes desastres que cambian la faz de la tierra, trastornando los imperios; pero la pone a cubierto de todos los males momentáneos, y sin embargo de grande trascendencia a la generación que los sufre. Mas el Perú cuenta hombres eminentes y capaces de desempeñar la suprema magistratura; a ellos toca, no a mí, el obtenerla. Así, no puedo encargarme de ella. Me debo a Colombia, y si ella me lo permitiere, consultaré con mi conciencia sobre la sanción con que me habéis colmado de honor, pues yo estoy encadenado a servir al Perú, con cuanto penda de mí mismo".

Siguiéronse a lo acordado por el Colegio Electoral de Lima los de los demás Colegios, en número de 52, y con excepción del círculo de Tarapacá, por influencias del Coronel don Ramón Castilla, hicieron la misma adopción de la Constitución boliviana y designando a Bolívar para Presidente.

Llegaron al Perú un poco abultadas las noticias de la revolución de Venezuela, y aprovechando Pando de las circunstancias, aconsejó al Libertador que no saliese hasta dejar resuelta la cuestión de la proclamación de la Constitución boliviana, y así lo resolvió; pero él, el General Heres y el General Páez manifestaron al Libertador que para cortar la revolución de Venezuela y llevar adelante los sofismas meditados, era necesario que fuesen Guzmán y Demarquet en comisión a Guayaquil y Quito, y pasar a Panamá, Magdalena y Venezuela, para que los pueblos le concediesen el poder supremo, y poder mantener la unidad de Colombia y su estrecha alianza con el Perú, según el plan acordado, y que dejamos citado. Escribimos entonces al Libertador una carta con fecha 8 de agosto y semejantes a Flórez, Carreño, Montilla, y otros jefes de Venezuela y al señor Mendoza a Caracas.

El 26 de agosto llegaron a Guayaquil con las comunicaciones que dejamos enunciadas, y en la misma noche tuvimos una conferencia con los comisionados Guzmán y Demarquet, y asistieron a ellos los Generales Valdés, Paz del Castillo y Silva; luégo se llamó al General Illingworth, al Capitán de Navío Wright, y a otros militares y empleados públicos. Hicimos cuanto nos fue posible por evitar el pronunciamiento de Guayaquil en favor de la dictadura, que iba a concluír con la reputación del Libertador. Pero resueltos Valdés, Paz del Castillo y Silva con todos los jefes y oficiales de la guarnición, a sostener el acto

revolucionario, se acercaron a nosotros el Coronel Vicente González, segundo Jefe militar, el señor José María Montoya, el señor Vicente Ramón Roas, el señor don Blas Arosemena y otros ciudadanos, a manifestarme que, estando para llegar el Libertador, accediera a la convocatoria de la reunión, y que continuando yo de Intendente no se interrumpiría el régimen político y constitucional. Duro era para mí este paso. Le di al Coronel González permiso para ausentarse de la capital del Departamento, para que se salvase de los compromisos, y accedí a que se reconociera una reunión de ciudadanos de la ciudad de Guayaquil. Se hizo la convocatoria, y el señor Guzmán redactó el proyecto de acta que debía acordarse, diciendo que eso era lo que deseaba el Libertador. Verificada la convocatoria, el 28 de agosto se reunió una asamblea numerosa y abrí la reunión con el siguiente discurso:

Señores: El pueblo, inquieto por temores, ha obligado a las autoridades locales a reunirse en este día para tratar de la felicidad de este país, acordando unánimemente los medios de calmar las agitaciones públicas, cuando ustedes han querido que oigan sus votos. Mis deberes están escritos en las leyes, y yo no puedo como magistrado emitir mis opiniones políticas, porque el expresarlas no me es permitido, sino en consonancia con mis funciones. Sin embargo, el torrente de la opinión y la conmoción del pueblo me han llamado a este concurso, en consecuencia de las últimas noticias que agitan este pueblo, por la meditación de tremendos males. Mi administración ha sido penosa y rodeada de diferentes sucesos, que me han compelido a condescender con la voluntad general, para que en el seno de una sociedad numerosa se acuerde por ustedes el remedio que no sé aún pueda yo poner a los males que nos amenazan. La opinión pública acordará sobre base indestructible lo que convenga pedir, conciliando los intereses, los pensamientos de los corazones patriotas. Dar al departamento el sosiego, la tranquilidad necesaria a su conservación y salvar este país de los horrores de la anarquía, que es la consecuencia de estas agitaciones, son mis deberes. ¿No temen ustedes que el desorden que ha comenzado en los pueblos de la república cause la ruina del país? La guerra civil empieza por desgracia, porque estos son los preliminares al choque armado. Las medidas de Venezuela y Maturín nos presagian ya días funestos. Yo presento a ustedes este cuadro para que no sean imitadas por los colombianos del Sur aquellas medidas; que se acuerden todos, y que, los elementos que mal dirigidos pueden traer el infortunio sobre los pueblos, se combinen para asegurar el goce en el orden y la felicidad

Yo no he podido estorbar por más tiempo este acto, y he convocado a las autoridades para que lo solemnicen y emitan sus opiniones, conservando el orden a toda costa. Mi sangre correrá antes que ver horrores y ultrajes personales: cesen las pasiones, y en la calma de ellas, con la quietud de la prudencia, decídanse los medios de evitar la anarquía y las desgracias. La unidad nacional, el respeto a la causa santa que defendemos por nuestra libertad e independencia, deben ser para ustedes el objeto de sus desvelos... El general Bolívar existe, el general Bolívar es el punto

de contacto nacional. ¿Y no sería muy justo que lo llamásemos con urgencia para que no demorase su venida? Estos mis sentimientos y hasta aquí mis opiniones.

Concluída la lectura se leyó el proyecto de acta que se acordó por todos los concurrentes. Quedaron satisfechos los promovedores, y yo continué en el ejercicio de la autoridad constitucional con que había sido investido por el Poder Ejecutivo con consentimiento del Senado.

Concluída la reunión me presentaron a la firma las circulares donde se transcribía lo acordado a los Intendentes de otros Departamentos, a algunos Comandantes y Generales del Departamento y a otros empleados nacionales. Dado el primer paso era inevitable esto, y tuve la desgracia de acceder a tales cosas con el ánimo de hacer al Libertador, a su llegada, una relación de lo ocurrido y manifestarle que había sino innecesaria una medida que iba a poner en duda su amor a la causa de la libertad.

Sancionado este acto, el Departamento continuó tranquilo; el Coronel Demarquet siguió para Quito y el señor Guzmán para Panamá. Ambos llevaban la misión de promover que se celebrasen en los diversos Departamentos de Colombia actos semejantes.

Continué gobernando con arreglo a la Constitución y a las leyes, y todas las providencias y resoluciones del Poder Ejecutivo Nacional las hacía cumplir, disponiendo su ejecución como providencia emanada de la autoridad que se me había conferido.

El Libertador debió llegar, según los avisos que se nos habían comunicado, del 10 al 13 de septiembre, y nos trasladamos a Puna, isla situada en la desembocadura de la ría de Guayaquil, el Coronel Wright, el Teniente Coronel Luzarraga y yo, para informarle de lo ocurrido antes de entrar en la ciudad. Al avistar el buque que traía al Libertador nos embarcamos en una lancha y fuimos a encontrarle antes de que el buque entrase al puerto. El buque, al ver la lancha que llevaba la insignia del Jefe del Departamento, se puso a la capa y fuimos recibidos. El Libertador nos recibió con agrado y, como era natural, nos preguntó qué había de nuevo, y le contesté que se había verificado un acto de que deseaba informarle, proclamándole dictador. Al oír esta palabra se modificó: me hizo bajar con él a la cámara del buque y me dijo: "Yo no he indicado tal cosa: ¿trae usted el acta?; démela usted", y se la presenté. La leyó, y entonces le dije: "Señor, yo he accedido a la celebración de esta acta con la esperanza que V. E., impuesto de las disposiciones

constitucionales, conozca lo innecesario del paso dado, y resuelva lo que crea justo. El artículo 128 de la Constitución da al Presidente toda la autoridad de un dictador en circunstancias como las en que se encuentra Colombia, y lo hecho contra mi voluntad no hace sino complicar la situación". El General Pérez, Secretario General del Libertador, tomó la palabra y combatió mi opinión. El Libertador pidió la Constitución, y mientras se sacaba de un baúl, le hice una relación de lo que había ocurrido, y que si yo había suscrito aquel documento, lo había hecho únicamente por conservar el país en orden mientras él llegase. Luégo que el Libertador leyó el artículo constitucional, dijo a Pérez: "Usted y Heres me han hecho convenir en la idea de que los pueblos me llaman proclamándome Jefe Supremo para salvar a la Nación, puesto que sería difícil la reunión del Congreso en 1827. Yo que gusto poco de registrar las leyes defiriendo a lo que me informan mis Ministros, he sufrido un engaño, y mi reputación va a menguarse en este paso que me será exclusivamente atribuído." Entonces me dijo: "Luégo que lleguemos a la ciudad me presentará usted el acta en presencia de la municipalidad de Guayaquil y demás empleados con que viene usted a felicitarme por mi regreso a Colombia, para declarar que no la acepto y que continúe el régimen constitucional en el Departamento."

Hasta llegar a la ciudad nos ocupamos de la situación, y le referí todo lo ocurrido en Panamá y por qué había emprendido mi viaje, para evitar que el General Paz del Castillo diese el paso que dio. Entonces me respondió el Libertador que él había rechazado la idea de Páez sobre monarquía, y que espantó que el Coronel O'Leary al llegar a Bogotá y a Caracas había explicado sus ideas y pensamientos, agregándome que lo que podía consolidar el orden y el progreso en Colombia era la adopción de la Constitución boliviana, que era el arca de la alianza que él presentaba a Colombia y al Perú, y a la primera República que llevaba su nombre. Todo se hizo como lo deseaba el Libertador. El 13 de septiembre desembarcó el Libertador en la ciudad de Guayaquil y le hice el recibimiento digno al Libertador de Colombia. El Libertador marchó al cuarto día para Quito y continuó el régimen constitucional por haber declarado el Libertador que no aceptaba tal acta, y que yo debía continuar en el ejercicio de la autoridad constitucional y legal que se me había conferido.

Al llegar a Quito hizo otro tanto y aprobó la conducta del General Ignacio Torres al haberse opuesto en Cuenca a una

acta semejante, y siguió para el Departamento del Cauca, dirigiéndose a Bogotá.

El Libertador fue recibido en todas partes con aquellas muestras de entusiasmo que los pueblos le daban siempre.

Estando el país declarado en asamblea por el General Santander, a consecuencia de los acontecimientos de Venezuela, y los sucesos de julio en el Sur, creyó el Libertador que, siendo él el Presidente, podía tomar algunas medidas para conservar el orden y tranquilizar los Departamentos del Sur, las cuales ratificaría al encargarse del ejercicio del Poder Ejecutivo. El mismo día 13 dio una alocución a la Nación y la transcribió al Poder Ejecutivo, anunciándole que no había aceptado el poder que le quisieron conferir los Departamentos del Sur. Con mucho júbilo se recibió en Bogotá la proclama del Libertador y su resolución de no aceptar tales pronunciamientos.

Ciertamente fue un paso falso del Libertador haber convenido en mandar la comisión que llevaron a Colombia Guzmán y Demarquet. Después que rechazó los actos de dictadura viose obligado a convenir en tomar ciertas medidas para atenuar el disgusto que había causado en sus amigos la condenación de su conducta y aunque tales medidas fuesen ratificadas luégo que se hizo cargo del Poder Ejecutivo y los pocos ascensos que concedió fueron aprobados por el Senado de Colombia; esta conducta le ha merecido censuras por sus mismos amigos en época posterior; pero ellos no dijeron entonces nada, sin duda por no complicar la situación.

Sufrimos los Intendentes del Sur una improbación del Vicepresidente encargado del Poder Ejecutivo, como era justo; pero impuesto posteriormente de cuáles habían sido las circunstancias que mediaron y que dejo referidas, recibimos con satisfacción datos que honran nuestra conducta en aquella penosa situación. Las publicamos en el Apéndice porque ellas no solamente son documentos que nos honran, sino que ratifican el relato que vamos haciendo del modo como procedió Bolívar en aquellas circunstancias. A la edad y experiencias que tenemos hoy, no habríamos condescendido con los amigos políticos que nos suplicaron ser condescendientes con la excitación que se nos hizo. No he dado las explicaciones que hago hoy en este escrito sobre la conducta del Libertador y la mía en ese episodio de nuestra vida pública, porque en medio de las pasiones de la época no se escucha la razón.

Al llegar el Libertador a Popayán encontró que sus amigos le hablaron el lenguaje de la verdad y le hicieron ver cuán

perjudicial era a su reputación y fama la publicación del proyecto de Constitución boliviana; y el Libertador, dócil a la razón, hizo justicia a las reflexiones que se le hicieron, y su tacto político le sugirió la idea de escribir al General Santander una carta, que era hasta cierto punto la desistencia de un bello ideal de la Confederación perú-colombiana, que hemos publicado en el documento número 131 del Apéndice, y este precioso documento probará hoy que Bolívar, cediendo a la razón, no se obstinaba en querer hacer triunfar sus ideas, y que no fue nunca el deseo de mandar lo que le hiciera obrar en este o cual sentido. Los señores José María, Joaquín y Rafael de Mosquera y don José A. Arroyo fueron los amigos que le hicieron conocer cuál era el estado de la opinión. Siguió su marcha por la cordillera de Guanacas a la provincia de Neiva y de allí a Bogotá. En la ciudad de Tocaima le recibieron el Vicepresidente, General Santander; el General Soublette, Secretario de Guerra, y el señor Revenga, Secretario de Relaciones Exteriores. La entrevista de Bolívar con Santander y los Secretarios de Estado fue muy interesante, y luégo que hubo oído los informes que le dieron sobre la marcha de la administración pública y el estado de la opinión en contra del proyecto de Constitución boliviana y los temores que tenían muchos liberales de que él venía resuelto a cambiar la Constitución de Colombia, para hacer por la fuerza que se llevase a efecto la Confederación perú-colombiana, el Libertador les manifestó que todo era un error: que él había expresado con lealtad y franqueza sus opiniones; que había recibido informes fidedignos del curso que habían tomado en el Perú las cuestiones políticas, y que había conocido que los hombres públicos del Perú, libres ya de la influencia que podía tener en la marcha de ese país, habían comenzado a obrar en sentido de independientes de él y obrar en un sentido contrario; que por eso había escrito al General Santa Cruz una carta leal y franca, para que convenciéndose de que él no era capaz de contrariar la voluntad del pueblo en el Perú, como tampoco lo haría en Colombia, trabajasen en el sentido de no temer nada de su parte. Santander y los Secretarios quedaron satisfechos y siguieron a Bogotá llenos de placer al ver que el Libertador era siempre el mismo hombre que había sostenido las ideas republicanas con que ilustró su nombre durante la guerra de la independencia.

El 14 de noviembre llegó a Bogotá. En la parroquia de Fontibón encontró al Intendente, General José María Ortega, quien le dirigió la palabra en presencia del numeroso concurso de empleados y personas distinguidas que habían salido a reci-

birle. En el discurso le habló de haberse violado las leyes. El Libertador, que conocía que el General Ortega hacía alusión a Páez y a las actas de los Departamentos del Sur, que él no había aceptado, le interrumpió diciendo: "Hoy es el día destinado a celebrar las glorias del ejército libertador, y si conmigo hubieran venido los vencedores de Junín y Ayacucho, debíamos recibir los honores del triunfo conforme lo determinó el Congreso de Colombia, y no hay que hablar de violación de leyes para aumentar la dificultad de restablecer el orden." Bolívar montó a caballo y siguió rápidamente a la capital. El día era lluvioso, y aunque las calles por donde debía entrar estaban vistosamente adornadas, no hubo la alegría que se esperaba, por esta razón y la precipitación con que entró a la ciudad. Volvió a Bogotá después de cinco años once meses en que había marchado a libertar el Sur de Colombia con resolución de no dejar a Colombia ni el Perú, como realmente sucedió.

El Vicepresidente se había adelantado con los Secretarios, para recibirle en el Palacio de Gobierno, acompañado de los secretarios, los habitantes y demás corporaciones y empleados. Un pueblo numeroso rodeaba el palacio y entró una parte de él a éste a presenciar el recibimiento oficial. A los vivas que el concurso le daba para felicitarlo, contestó el Libertador: "Viva Colombia, viva su digno Vicepresidente, viva la Constitución de Colombia, ese evangelio del pueblo colombiano". El General Santander en ese momento le dirigió un discurso elocuente y digno.

Terminaremos aquí este capítulo que comprende la época luctuosa en 1826, en que se comprometieron las libertades públicas, la integridad de Colombia y las glorias del Libertador; para continuar en los siguientes los sucesos más complicados con que debía concluír Colombia y el Libertador.

Concluía el año de 1826 en Colombia con un desenlace tan favorable al sostenimiento del orden y la Constitución de 1821, reconociendo el Libertador que no era posible plantear la Constitución boliviana y limitar sus ideas a la gran confederación americana, conforme a los convenios del Congreso americano, cuya asamblea se instaló el 14 de junio en Panamá y acordó cuatro tratados en 15 de julio, y de que nos ocuparemos al tratar de la ratificación del de unión que dio el Libertador en septiembre de 1827. Entre tanto y antes de recibirse por el General Santa Cruz la carta del Libertador de 26 de octubre de 1826, se cumplían hechos de suma trascendencia en Bolivia y el Perú. El 27 de noviembre el Congreso boliviano ratificaba

el tratado de federación boliviana, acordado por los Plenipotenciarios de las dos Repúblicas. El señor Pando había dado instrucciones detalladas al efecto al Ministro peruano.

El 30 de noviembre, el Consejo de Gobierno del Perú declaró por un decreto haber sido aceptada por el pueblo la Constitución, nombrando al Libertador primer Presidente vitalicio de la República, y después su proclamación y juramento como ley fundamental. El mismo día dictó otro decreto el Consejo señalando día y solemnidades para el juramento de la Constitución. El 1º de diciembre publicó una alocución anunciando estos hechos, y se juró el 9 de diciembre.

El 24 del mismo mes el General Lara, que había manifestado su entusiasmo por el Perú, por haber nombrado Presidente vitalicio, le informa el Secretario de Guerra y Marina de Colombia que los pueblos del Perú juzgan la presencia del ejército colombiano en Lima, sin objeto o como un opresor. Estas ideas se aumentaban, y el 1º de enero el General Lara se dirigió al Secretario de Guerra del Perú pidiéndole que se le permitiese regresar a Colombia con el ejército. De este modo terminó también el año de 1826 en el Perú. Aunque estos hechos se han publicado en la **Historia Contemporánea,** no queremos extractar los documentos a que aludimos: porque nuestras Memorias son para que la vida de Bolívar sea escrita en el siglo XX por los datos que dejamos los que hemos sido contemporáneos y actores.

La revolución de Páez en abril de 1826, las ambiciones vulgares y los envenenados consejos dados al Libertador, complicaron la situación a Colombia y al Perú; libres de enemigos exteriores, comienza una éra de sinsabores y desgracias, de que vamos a ocuparnos en los siguientes capítulos.

CAPITULO XXVI

El 14 de noviembre de 1826 recibió el Libertador una representación de los empleados y magistrados nacionales y de muchos ciudadanos de Colombia, recordándole los actos más explícitos a su vida pública en favor del sostenimiento de la Constitución, y su respeto por la soberanía del pueblo, documento honroso para los republicanos de Colombia que lo suscribieron y para su redactor, doctor Vicente Azuero.

El 16 recibió a los Ministros públicos de los Estados Unidos Mejicanos, de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos de América, en cuya recepción se le dirigieron al Libertador los discursos de estilo y los contestó en los términos correspondientes.

Los Secretarios de Estado presentaron sus renuncias colectivamente, y no las aceptó el Libertador con un decreto honroso para ellos.

Después de las conferencias que tuvo el Libertador con el Vicepresidente y Secretarios de Estado, no obstante que el Poder Ejecutivo estaba investido de las facultades extraordinarias del artículo 128 de la Constitución, dictó el decreto de 23 de noviembre declarando que desde ese día en adelante estaba como Presidente de la República en el caso del artículo 128 y en el ejercicio de todas las facultades extraordinarias que de él emanan, tanto para restablecer la tranquilidad interior como para asegurar la República contra la anarquía y la guerra exterior. Los considerandos de este decreto son las mismas razones que tuvo el Libertador al escribir sus cartas de 8 de agosto desde Lima, y mandó a Guzmán y a Demarquet a promover que los pueblos le concediesen la autoridad que le daba la misma Constitución, y sobre lo cual hemos dicho lo que ocurrió en Guayaquil cuando nos vimos con el Libertador. El 24 dio el decreto que suprimía la Secretaría de Marina y el que creaba un Jefe superior para los Departamentos del Sur, a semejanza del que el Congreso Constituyente creó para los Departamentos del Norte. Estos dos decretos, como los diez y seis más que dictó y dos

circulares que fueron autorizadas por los Secretarios respectivos, Restrepo, Castillo y Soublette, y con acuerdo del Vicepresidente, prueban hasta la evidencia que todos los miembros del Gobierno encontraron que había necesidad del ejercicio del poder supremo en una sola persona. Léanse los mencionados decretos y se verá, para convencerse, que cada uno es materia de ley. Después de estas medidas dictatoriales y el mismo día que emprendió marcha para Venezuela, dejó el Poder Ejecutivo al Vicepresidente con las mismas facultades.

El señor Restrepo, al dar cuenta de estos acontecimientos en su **Historia de Colombia,** dice en la página 557 que Bolívar opinaba entonces (1826) que debía reformarse la Constitución de Colombia, tomando de la Constitución ofrecida a Bolivia cuanto fuese conveniente a Colombia, y después de exponer sus principios, el Libertador decía: "que si los pueblos de Colombia quisieran que hubiese un monarca constitucional, él sería el primero que le obedecería", y que él le oyó varias veces estas ideas, de cuya exactitud y verdad se hallaba el Libertador íntimamente convencido. Nos parece que el historiador de Colombia, que de celoso republicano se convirtió en monarquista, y que fue uno de los que entraron en el plan de monarquizar el país en 1829, como veremos adelante, ha sufrido una desviación en sus ideas y quiere justificar sus opiniones apoyándolas con estas manifestaciones. Hemos sido desde 1821 individuos del Estado Mayor, y nos tocó desempeñar la Secretaría privada del Libertador, la general y la del Estado Mayor General en 1829. Por tanto podemos afirmar todo lo contrario, decía muchas veces que él no sería monarca jamás por sus principios, ni sería súbdito de un rey improvisado.

Más adelante asegura que Santander y los Secretarios se pusieron de acuerdo, y que el Libertador les manifestó cuáles eran las medidas que debían adoptarse, y se dieron los decretos que hemos citado; y que Santander dio otros a indicación del Libertador, según lo comunicó el Secretario General, señor Revenga.

La proclama del Libertador, al partir para Venezuela, dice lo que pensaba, y ese es un documento que nos releva de hacer explicaciones.

Las causas de las desavenencias del Libertador con el General Santander las atribuye Restrepo a que este General creyó que el informe que dio el Secretario General, desde Tunja, y después del Zulia, sobre el descontento de esos pueblos, por varias leyes, era una censura a su administración; y que desde

Lima escribió a Páez dándole la razón en su disputa con el Gobierno colombiano; que en Popayán dijo lo mismo; que en su viaje hacia el Norte se expresó duramente contra el Gobierno del Vicepresidente. Que desde Pamplona le escribió censurándole sus concesiones de intereses con algunas personas de Bogotá: censura que indicaba que Bolívar había dado crédito a las graves críticas que se habían hecho al General Santander sobre el empréstito de 1824, y atribuye Restrepo estas causas al resfrío que hubo en la amistad de estos dos personajes. Desde Tunja nos escribió el Libertador en otro sentido sobre la opinión que se había formado en Bogotá con respecto a la reforma de la Constitución. Era tan complicada la situación de aquella época que los mismos actores se engañaban.

El Libertador temía mucho que se encendiera la guerra civil en Venezuela y que Páez, internándose en Apure, se pondría en defensa, como en 1816 lo hizo contra los españoles, y la anarquía de Venezuela traería la disolución de Colombia y la barbarie. Por eso fue que previno al Coronel O'Leary que inspirase confianza a Páez, para que no se le lanzase en completa rebelión contra el Gobierno Nacional. No quedó satisfecho el Libertador con la conducta de O'Leary, que de acuerdo con el General Santander, Restrepo, Castillo, Soublette y Revenga opinaron que se le debía hacer sentir a Páez que el Libertador iba a restablecer la Constitución y a hacer cumplir las leyes. Se separó el Coronel O'Leary del Estado Mayor General del Libertador, y no le acompañó a Venezuela.

Desde Cúcuta, al partir para Venezuela, pidió el Libertador al General Fortoul, que mandaba en Pamplona, recursos pecuniarios y otros elementos de guerra; porque creía el Libertador que viendo Páez que tenía elementos y fuerza, sería más dócil y se sometería. Fortoul contestó que tenía orden del Gobierno de no mandar dinero, tropas ni elementos de guerra, porque no se debía obrar por la fuerza y que ya se le había manifestado esto al Libertador.

Santander, decididamente, hacía la oposición al Libertador, y de amigo suyo se tornó en enemigo. Ya hemos enunciado lo que dice Restrepo sobre la causa del enfriamiento de la amistad. Diremos nosotros lo que le oímos a Bolívar en época posterior; nos deía: "Antes de partir de Bogotá discutíamos con Santander, **tête —à— tête,** cuál sería la conducta que debía observarse el 2 de enero si no se había reunido el Congreso", y se pusieron de acuerdo para que el Libertador pasase un mensaje al Vicepresidente, fechado en la Villa del Rosario de Cúcuta,

manifestándole que estando elegidos constitucionalmente y declarados así por el Congreso, el Poder Ejecutivo debía continuar ejercido por ambos en los términos del decreto de 23 de noviembre. Santander se manifestó satisfecho, se escribió el mensaje y se le dejó a Santander para que lo publicase oportunamente. En seguida le manifestó el Libertador que había que hacer todo lo posible para restablecer el orden y afianzar la paz. Que su vida no sería larga y que el que debía sucederle en el mando de Colombia o de la Confederación Perú-colombiana debió ser Sucre, cuyos hechos lo presentaban al mundo americano como un coloso. Santander, que hasta ese día tenía la idea, que así como lo había hecho elegir Vicepresidente, el Libertador lo designaría para su sucesor, dejó de ser su amigo, y fue a unirse a los liberales de esa época, cuya junta directiva para hacer publicaciones la componían el señor Castillo, Secretario de Hacienda; doctor Vicente Azuero, doctor Francisco Soto, doctor Rufino Cuervo, Teniente Coronel Pedro Acevedo y Alejandro Vélez, redactores de **La Banda Tricolor.**

Sin embargo que el General Santander obraba ya decididamente contra el Libertador, publicó el mensaje del 12 de diciembre y su contestación, y no obstante éste, pasó una comunicación del Presidente del Senado para que se encargase del Poder Ejecutivo, quien se negó a ello. Esto pasaba en Bogotá en el mes de diciembre de 1826.

Sigamos al Libertador. En su marcha para Maracaibo recibió en el punto de La Horqueta, donde se reúnen el Zulia y el Catatumbo, la noticia de la sublevación de Puerto Cabello contra Páez, y que éste había declarado a Venezuela en asamblea, es decir, que ejercía el poder dictatorial militar: que se había derramado la sangre atacando a Puerto Cabello, y en el oriente, en Cumaná, entre constitucionales y perturbadores del orden. El 16 de diciembre llegó el Libertador a Maracaibo y con su presencia se calmó la agitación y el deseo de secundar la revolución de Valencia y Caracas. El General Urdaneta, Intendente y Comandante General del Zulia, lo había impedido. Creyó el Libertador necesario formar un ejército para combatir a Páez; pero ya hemos dicho que Santander le negó los recursos, y que tenía que obrar con los que él se proporcionase. Los Generales Clemente y Salom le acompañaban; a Clemente lo nombró Intendente del Zulia, a Urdaneta General en Jefe, y a Salom, segundo Jefe del ejército.

La alocución del Libertador de 16 de diciembre, dada en Maracaibo, tuvo por objeto calmar el espíritu revolucionario y

ocurrir al soberano, que es el pueblo, para que decida su suerte. Declaró en provincia de asamblea el Departamento del Zulia. Por decreto del 19 de diciembre se invistió del ejercicio del Poder Ejecutivo en los Departamentos del Zulia, Maturín, Venezuela y Orinoco, y mandó cesar las hostilidades. Este decreto fue el fundamento de la tranquilidad de los Departamentos del Norte. En seguida se dirigió el Libertador a Puerto Cabello por la provincia de Coro, y dio órdenes al General Montilla, a Cartagena, para que se embarcasen en la fragata **Cundinamarca** y en la corbeta **Ceres** el batallón Callao y el escuadrón de granaderos montados de los cuerpos que habían regresado del Perú.

Cuando llegó a Valencia el Coronel Diego Ibarra, de regreso de la comisión que llevó de parte de Páez al Libertador y le presentó las cartas del Libertador escritas desde Bogotá, logró que Páez diese una proclama el 15 de diciembre anunciando el regreso del Libertador. Este documento, si bien felicitaba al pueblo de Venezuela por el regreso del Libertador a su patria, estaba concebido con ideas llenas de fatuidad, expresando Páez que el Libertador no venía a destruír su Gobierno sino a ayudarlo con sus consejos. Rodeado Páez de los verdaderos autores del alzamiento, Núñez, Cáceres, Curataño, Peña y demás sujetos que deseaban la disolución de Colombia, escribieron aquel papel indigesto. Bolívar, que sabía aprovecharse de las circunstancias, luégo que recibió una copia de aquel documento, escribió desde Coro una interesante carta para inspirar confianza y someter a Páez de un modo pacífico.

La sublevación de Páez fue contrariada por el General Bermúdez, en Barcelona, por el General Monagas, en Maturín, por la municipalidad y guarnición, en Puerto Cabello, a cuyo frente se puso el General Briceño Méndez. El General Santiago Mariño hizo otro tanto en Cumaná; de modo que si Santander hubiera secundado al Libertador, habría sido más completa la restauración del orden. Los trastornos de Venezuela no tuvieron consecuencias, porque la llegada del Libertador y sus medidas de combinación restablecieron por entonces la obediencia al Gobierno general, como vamos a ver.

Desde que salió el Libertador de Bogotá, el 25 de noviembre de 1826, no dejó de dictar las más activas providencias para concluír la revolución de Venezuela. Desde Paipa, con fecha 1º de diciembre, de Pamplona con la de 9 y de San José de Cúcuta en los días 11 y 12, dio órdenes para la marcha de algunas fuerzas con destino a Puerto Cabello, para reforzar esa plaza, y luégo que llegó a Maracaibo dio nuevas órdenes al Magdalena

y al Istmo para trasladar las fuerzas que había disponibles en esos Departamentos, con lo cual creía el Libertador abrir operaciones en caso de que sus medidas de lenidad no tuvieran buen efecto. En Capadaré supo el Libertador el triunfo de Juan Santos López sobre el General Bermúdez y que éste se retiró de Barcelona al Pilar, y la marcha de Páez hacia el occidente con algunas fuerzas, y por tanto repitió sus órdenes al General Montilla para la remisión del batallón Callao. Luégo que entró en Puerto Cabello dictó órdenes para salvar el batallón Boyacá que venía por el mar, de Maturín; pues temía que los buques de los españoles de La Habana se presentasen en nuestras costas.

Desalentado el Libertador con la oposición que le hacía Santander para auxiliarle y los ataques de la prensa en Bogotá, como de la anomalía que existía con dos Gobiernos Ejecutivos de Colombia, que no podían proceder en armonía: que aunque Guerrero en el Apure se había pronunciado contra Páez, y que fuera posible batirlo alguna vez, no era seguro que encendida la guerra terminase pronto, y que era probable la separación del Centro para formar una República independiente, a que tendían las ideas de los oposicionistas de Bogotá después de la comunicación confidencial que dirigió a Páez desde Coro, y de que hemos dado cuenta, expidió el decreto de 1º de enero de 1827, en que dispuso el Libertador que terminase la disidencia y nadie fuese perseguido. Transcrito a Páez, éste lo acogió con gozo y lo publicó por un bando, sometiéndose a la autoridad del Libertador, y en seguida pidió Páez un juicio por las acusaciones que se intentaron contra él, el 26 de abril de 1826. El Libertador anunció a Colombia la terminación de la revolución de Venezuela por medio de una alocución de 3 de enero. Al contestar el Secretario, General Revenga, al General Páez la comunicación en que se sometía, le dijo palabras sumamente exageradas, que tuvo cuidado Revenga de decir a Páez, el Libertador me ha dicho: Ayer el General Páez ha salvado la República, etc. Como estos acontecimientos han sido considerados de diversos modos, queremos que el lector encuentre los textos originales en el Apéndice. Allí se verá que sí el Libertador usó en la respuesta que mandó dar a Páez conceptos de un estilo oriental de que usaba frecuentemente el General Bolívar, a efecto de su imaginación exaltada y que algunos escritores han censurado, como impropio este estilo en un político profundo; pero también es cierto que esas ideas bizarras y conceptos elevados, unas veces poéticos y bíblicos otras, produjeron más de cien veces un mag-

nífico resultado cuando el Libertador tocó con ellos las fibras del corazón de los colombianos.

Esta vez el Libertador, apagando la tea de la discordia con las concesiones hechas a Páez, entibió el ardor patriótico de sus amigos, no logró que sus adversarios unidos a Páez y éste fuesen agradecidos. En toda su vida pública el Libertador fue generoso con sus enemigos, los perdonaba y llenaba de honores; pero no conseguía ganarles el afecto, y más de un amigo suyo llegó a enfriarse de tal modo, que parecía más bien haberse convertido en indiferente cuando no en resentido amigo, y tal vez algunos en sus enemigos.

Además regaló el Libertador una espada de mucho valor a Páez, y todo causó grande impresión en el ánimo de sus leales amigos.

Tal era la situación de Colombia a principios de 1827: vamos a ocuparnos del giro que tomaron los negocios políticos en el Perú.

En la conclusión del capítulo anterior hemos manifestado cuál fue el desengaño que tuvo el Libertador en Popayán y la carta que escribió el General Santander, la cual fue remitida con el Capitán Gabriel Urbina para que llegase con seguridad. Hemos hablado allí también de la comunicación del General Lara al Secretario de Guerra de Colombia, en diciembre de 1826, exponiéndole la opinión que se tenía en el Perú sobre la permanencia de las tropas colombianas en el Perú. El General Santa Cruz y sus ministros habían declarado al Libertador Presidente vitalicio y aceptado la Constitución boliviana. En el mes de diciembre llegaron a Lima las noticias de la oposición que se hacía en Colombia a la Constitución boliviana, y el espíritu republicano de ese pueblo para pedir al Libertador que cumpliese sus promesas de mantener la Constitución de 1821.

La mayor parte de los oficiales de la tercera división, si bien eran adictos al Libertador, eran también republicanos y conociendo la opinión del Perú querían regresar a la patria y sobre todo por ir a restablecer el orden constitucional en Venezuela y los Departamentos del Sur. El General Lara, Comandante en Jefe, y los jefes de los cuerpos eran todos venezolanos y los subalternos granadinos, que se quejaban de postergación, habiendo entre estos oficiales más inteligentes que los expresados Comandantes. Tal era la situación moral de la tercera división de Colombia.

Llegó al Callao un oficial Castillo, que venía de Guayaquil, e impresionado con las ideas republicanas que traía de Co-

lombia, se presentó al Capitán Rafael Guerrero que guarnecía el castillo con su compañía, que era del batallón Vencedor en Boyacá, a proponerle que era necesario sublevar a la tercera división para irse a Colombia a restablecer el régimen constitucional en Colombia. El Capitán Guerrero no aceptó la proposición y le manifestó al Teniente Mariano Castillo que el General Lara había informado al Gobierno de Colombia que debía retirarse el ejército colombiano a su patria; pero Castillo continuó hablando con algunos oficiales, y se hablaba de una revolución. Llegó esta noticia al Ministro de Guerra, General Heres, quien la puso en conocimiento de Lara, quien no la creyó porque se decía que querían cambiar escarapela.

Impuesto el General Santa Cruz por el oficial peruano Ignacio, que era cierta la seducción de la tercera división, hizo llamar a dicho oficial y el General Lara para que, oculto detrás de una mampara, oyese lo que decía Ignacio. Retirado éste se persuadió Lara que era necesario proceder a investigar la realidad de la revolución, y ordenó al Capitán Pedro Dorronsoro, segundo Comandante de Araure, para que pusiese preso al Teniente Mariano Castillo. Dorronsoro se lo advirtió para que se ocultara, y sabiéndolo, Lara ordenó la prisión de Dorronsoro para pasarlo por las armas, y sabiendo Castillo lo que pasaba, se presentó para ser juzgado, y Lara, a indicación de varios jefes, puso en libertad a Dorronsoro. Castillo no declaró que hubiese cómplices, y que él únicamente era el que había hablado de la postergación de los granadinos a los venezolanos, y Lara se dio por satisfecho y se contentó con publicar una orden general recomendando la unión entre los colombianos. Todas estas ocurrencias pasaron del 15 al 20 de diciembre de 1826, y creía Lara que lo que había de serio era el disgusto del pueblo peruano, y por esta razón el 24 de diciembre mandó en comisión cerca del Poder Ejecutivo al Capitán Miguel Ramírez, con una comunicación oficial pidiendo que se retirara del Perú el ejército colombiano; y como el historiador imparcial debe recibir los datos de los contemporáneos y actores, no nos contentamos con extractar el sentido y acompañamos este documento en el Apéndice. El 31 del mismo mes ocurrió una riña entre unos soldados peruanos con otros colombianos; arrollados los primeros, los habitantes de la capital en esa parte de la ciudad en que ocurrió el choque o pelea se suscitó una especie de tumulto que se pronunció contra los colombianos, dando vivas al Perú y mueras a los colom-

bianos. El General Lara se dirigió en una carta oficial al Ministro de la Guerra, manifestando la necesidad de que se retirase el ejército, la cual estaba escrita en el mismo sentido que la remitida al Poder Ejecutivo de Colombia.

Tales hechos, que eran ya del dominio público, excitaron en el ánimo de los peruanos que tenían ideas liberales la idea de fomentar las aspiraciones de los colombianos para regresar a su patria unos, y quedarse otros como ciudadanos del Perú.

El General Santa Cruz y sus Ministros Pando, Larrea y Loredo, y Heres, sancionaron el 20 de noviembre, que era la Constitución del Perú, la que adoptaron los Colegios Electorales, y que Bolívar era el Presidente constitucional y vitalicio del Perú. Con la misma fecha se dio otro decreto, designando los días y solemnidades para el juramento de la Constitución, y el 21 de diciembre una alocución a los peruanos. El 9 de diciembre, aniversario de Ayacucho, se juró la Constitución celebrándose una acta muy propia de las circunstancias en que se quería dar una sanción especial a este peregrino modo de constituír un país.

Llega el Capitán Urbina con la carta del Libertador, escrita al General Santa Cruz, desde Popayán, y de que nos hemos ocupado antes. Varias eran las opiniones que todo esto había incitado, y el 1º de enero de 1827 ya hemos dicho cómo veía el General Lara la permanencia del ejército libertador en el Perú.

Todo mundo veía en Lima que el gobierno fundado sin consultar libremente al pueblo era obra exclusiva de los que indujeron en mala hora al Libertador a presentar el proyecto de Constitución boliviana; solamente Santa Cruz y sus Ministros, con el círculo que los rodeaba, soñaban con la ventura de las nuevas instituciones; pero el rechazo de la idea de un Presidente vitalicio y un poder electoral absurdo compuesto de un elector por cada 100 ciudadanos y que debían reunirse en la capital de la provincia, fue tal que produjo la efímera vida de la Constitución del 9 de diciembre de 1826.

Estábamos en aquellas circunstancias al frente del Departamento de Guayaquil, y veíamos venir la tempestad que iba a conmover a ambas Repúblicas de Colombia y el Perú.

Existía en Guayaquil el Gran Mariscal don José de Lamar, en correspondencia con sus amigos del Perú y sabedor del entusiasmo que había en Colombia por afianzar un gobierno republicano, fomentaba en un círculo de familia y amigos la federal, para que los Departamentos del sur de Colombia tuvieran un gobierno independiente y pudiesen unirse al Perú, quedando por este hecho el Gran Mariscal ciudadano de nacimiento y pri-

mer hombre de Estado de las Repúblicas del antiguo imperio de los Incas.

Todos tenemos elementos combinados con la vacilación de Santa Cruz, la obstinación de los Ministros Pando, Heres y Larrea y Loredo, para llevar adelante el nuevo orden de cosas apoyándose en la fuerza colombiana y la incapacidad del General Lara, del General Landón, y de los demás jefes superiores, permitió que al fin el Comandante José Bustamante conviniese al proyecto de hacer una revolución, y tuvo lugar el 26 de enero de 1827. No queremos aventurar conceptos indignos de los que hemos sido actores, en esa grande epopeya de la revolución de la Independencia, para mancillar tantas reputaciones como lo han hecho escritores que nos han precedido al tratar esta cuestión.

Oigamos al Coronel Dorronsoro en su exposición al Ministro de Colombia en Méjico y al General Bustamante en su declaración dada en Cuenca, y que entonces eran el uno Capitán y el otro Teniente Coronel.

Dice Dorronsoro en su exposición al señor Gual, Ministro de Colombia al Congreso Americano: "Me hallaba en Lima por orden de S. E. el Libertador, de segundo Jefe del batallón Araure, cuando el 24 de enero del presente año entró a mi alojamiento el Jefe de Estado Mayor de la División, Comandante José Bustamante, diciéndome que faltaría a la amistad y a la confianza si no me descubriese un secreto de importancia; pero aguardaba, en recompensa, que tampoco faltase yo a la una ni a la otra, en el caso de que no me agradase lo que iba a comunicarme.

"Yo le respondí ciegamente, y luégo me descubrió el secreto de una revolución, con el objeto de sostener la Constitución de Colombia. Le pregunté con quién contaba para su ejecución y cuáles eran los recursos que tenía, a lo que me respondió que con 60 oficiales y con la mayor parte de la tropa de los cuatro batallones que componían la división que estaba en Lima. Que tenía de su parte a los señores Generales Santa Cruz, Otero y Aparicio, con todo el ejército del Perú; que debía acercarse a la capital para sostenerle, si fuese necesario; que la Suprema Corte de Justicia, con su Presidente, el señor doctor Manuel Vidaurre, y muchos de los ciudadanos de Lima estaban de acuerdo con él. Que además no se debía temer nada de parte del señor General A. J. de Sucre, porque al mismo tiempo se iba a dar el mismo golpe en Bolivia, y que en este concepto,

esperaba también que yo cooperase, debiendo estar seguro de la gratitud de Colombia".

El resto de la exposición es disculpándose de no haber dado parte, porque aunque se negó a tal acto dio su palabra de no descubrirlo; pero sí copiaremos los siguientes trozos de la exposición: "Pero no nos volvimos a ver hasta el día siguiente, 25 de enero, cerca de la oración. Después de una larga conversación: pues que me aseguró que no podía verificarse mientras no se acercasen a la capital las tropas del Perú que estaban en la sierra... Pero esa misma noche se dio el golpe y yo amanecí en un calabozo... Después he sabido que cuando Bustamante se separó de mí en la última conversación, pasó acompañado de algunos oficiales a la casa del General Otero, quien le obligó a que esa misma noche, sin aguardar cosa alguna, hiciese la revolución: porque de lo contrario debían temer que yo los denunciase y mucho más habiendo declarado de un modo tan decidido que no entraría jamás en la revolución. Así lo hicieron, y a la una de la mañana llevaron los batallones a la plaza mayor, en donde permanecieron formados con el mayor orden hasta las tres y media de la tarde del 26 de enero, mientras disponían la conducción al Callao de los señores Generales Lara y Landón y de los demás jefes de los cuerpos".

El resto de la exposición de Dorronsoro es la parte histórica de lo que acaeció, para no seguir con los revolucionarios y porque tampoco se unió al General Córdoba.

Aprehendido Bustamante en Cuenca, como se verá después, dio la siguiente declaración:

DECLARACION DEL COMANDANTE BUSTAMANTE

Antonio de la Guerra, primer Comandante y Jefe del Estado Mayor de la división de operaciones.

Habiéndome ordenado el señor General, Comandante General, el que tomase declaración al primer Comandante José Bustamante, sobre lo ocurrido en el Perú en la tercera división de Colombia, y esclarecer el influjo que haya podido tener el Gobierno del Perú en la venida a su patria de la expresada división; y habiéndole tomado el juramento de ordenanza, prometió bajo su palabra de honor decir verdad en los puntos que fuese interrogado.

Preguntado: Si la venida de la indicada división se verificó a petición suya, o si la previno el Gobierno del Perú, dijo: que colocado el exponente en una posición peligrosa por las razones que expondrá en más oportuno tiempo, conoció casi con evidencia que no podía permanecer en ella hasta recibir órdenes del Gobierno de Colombia, sin experimentar una

completa disolución de la división que empezaba ya a sufrir en virtud de la seducción que se empleaba, para la que había en la tropa una extensa disposición por razones muy conocidas: que a este conocimiento se unieron los temores que le manifestó el señor General Santa Cruz de una reacción que comprometía la tranquilidad del país y la conservación de la misma división: que últimamente le indicó el señor General que el mejor partido que en tales circunstancias podría tomar la división era venir a su país, para lo cual sí se presentaba como inconveniente la protesta del exponente al Gobierno de Colombia, de permanecer como auxiliar hasta recibir sus órdenes, él me manifestaría orden de S. E. el Libertador para embarcar el ejército cuando ya no lo creyese necesario: que por esta y otras mil indicaciones sostenidas por el expresado General con tesón, conoció el que declara que el interés del Gobierno del Perú estaba en la salida de la división, que el exponente creía también de necesidad, tanto para evitar los peligros que lo amenazaban en aquel país, como para servir de apoyo al Gobierno, de cuya obediencia según se aseguraba, estaban separados los Departamentos del sur; que resuelto el que declara a regresar con la división, creyó de necesidad traer consigo un hombre de luces que lo dirigiese en algunos casos dudosos que pudiesen ocurrir, y a este efecto habló al señor Luis López Méndez, quien se negó al principio, mas con el influjo del General Andrés Santa Cruz, cedió después, y penetrado de que la división sólo traía por objeto sostener la Constitución y el Congreso, le ofreció el que declarara prestar deferencia a sus opiniones; que muy pocos días antes de embarcarse, un amigo del que declara, sujeto de importancia, le indicó que dando un paso en favor del Perú podía recibir en retribución quinientos mil pesos, y que para esto no debía hacer más que no oponerse a la agregación de Guayaquil a aquella República, cuya propuesta fue despreciada como merecía; siendo de advertir que por algunas expresiones se dejó entender que así era la voluntad del Gobierno.

Preguntado: Si es cierto que el Gobierno del Perú expidió algunos despachos en favor de los oficiales de esta división para que pudiesen volver en el caso de un revés, dijo: que a petición del exponente concedió el General Santa Cruz a tres oficiales despachos para el ascenso inmediato, y que esta solicitud la hizo porque siendo dichos oficiales peruanos de nacimiento sospechaba pudiesen abandonar las banderas de Colombia; este temor le hizo también ofrecerles empeñarse con el Gobierno de la República para que les concediese su licencia.

Preguntado: De orden de quién se puso una guardia a bordo de la goleta **Olmedo** para impedir diese la vela en ocasión que debía zarpar para Guayaquil, dirigida por el señor agente de Colombia, dijo: que la dicha guardia fue enviada por orden del que declara, por cuya petición se cerró también el puerto por cuatro días: que no tiene más que decir; que lo dicho es la verdad a cargo de la palabra de honor que tiene dada, en lo que se afirmó y ratificó, leída que le fue esta declaración, y la firmó con el señor Juez Fiscal y el presente Secretario.

J. Bustamante.

A. de la Guerra.

A. Ortega,
Secretario.

El acta que formaron los oficiales sublevados contra sus jefes es un documento escrito para aparecer defensores de la Constitución y de la soberanía nacional, que esos mismos revolucionarios usurparan quebrantando las leyes de la subordinación militar.

El General Lara, en la exposición que hizo al Poder Ejecutivo de su conducta y del modo como procedió, siempre exacto en el cumplimiento de sus deberes, narrando cómo fue aprisionado y robado, nada dice que ilustre la cuestión ni por qué no insistió en reclamar del Gobierno del Perú los transportes para regresar a Colombia. Este honrado General no estaba a la altura del puesto que le confió el Libertador, y como hemos dicho, él y los jefes de los cuerpos tuvieron datos suficientes para obrar y contrarrestar esta nefanda revolución, origen de tántos males y de la guerra fratricida entre el Perú y Colombia.

El General Santa Cruz, amigo personal del Libertador, y aturdido con la carta del Libertador, escrita de Popayán, había perdido enteramente la fe en el nuevo sistema de gobierno, se conducía tan débilmente, que quedó mal con todos.

Pando y Heres, tenaces en su plan de gobiernos fuertes, querían sostener la Constitución proclamada el 9 de diciembre de 1826, con buena fe de parte de Heres, y con ánimo dañado de parte de Pando, que, como adicto al Gobierno español, quería preparar una reacción favorable a la España, como se vio por un manifiesto publicado en Madrid a su regreso a España, después de haber ejercido por diferentes veces varios Ministerios del Estado en el Perú y merecido las distinciones de Bolívar.

En esta revolución los únicos que aparecen disculpables en convenir con un hecho escandaloso son los peruanos, que querían constituír su patria con formas republicanas y liberales; pero no contamos en este número a los que firmaron el acta de juramento de la Constitución boliviana, porque el alto puesto que ocupaban en la sociedad los obligaba a obrar con entereza y dignidad.

Hecho el levantamiento de la tercera división contra sus jefes, viose libre la capital del Perú de la fuerza con que contaba el Consejo de Gobierno para sostenerse, y pronunciada la opinión porque se organizase de nuevo el Gobierno, dio el General Santa Cruz su proclama el 28 de enero. Otra dio el 27 el Comandante Bustamante, jefe de la revolución, y el 28 se separaron los Ministros Pando y Heres, y fueron nombrados los señores Vidaurre y el General Salazar, quedando el de Hacienda, Larrea

y Loredo. Diéronse en la misma fecha varios decretos, por los cuales se organizaba de nuevo el país y se convocaba un Congreso Constituyente.

El encargado de negocios de Colombia, señor Cristóbal Armero, dio cuenta de estos acontecimientos al Poder Ejecutivo Nacional en la misma fecha, y el 29 participó lo mismo el nuevo Ministro de Relaciones Exteriores del Perú al de Colombia.

Antes de tener noticia de los acontecimientos que dejamos referidos llegó a nuestra noticia el disgusto que había en el Perú por la permanencia del ejército colombiano en aquella República, y que se proyectaba en los Departamentos del Sur hacer nuevas manifestaciones para llevar a cabo la formación de los Estados de los Departamentos del Sur; creímos entonces necesario dar una alocución para inspirar confianza y mantener el orden constitucional y legal. La situación se complicaba, y la ausencia del Libertador a Venezuela tenía al Poder Ejecutivo en dualidad, de modo que faltaba la unidad de acción. El 13 de febrero recibimos la noticia de la sublevación de la tercera división y resolvimos que el Coronel Urdaneta marchase al Perú conduciendo las comunicaciones que había llevado el oficial Roa, y el Teniente Coronel Guerra siguiese juntamente con él para seguir a Bolivia. Nuestro ánimo fue que el Coronel Urdaneta persuadiese a los jefes y oficiales de la tercera división del mal que hacían a su patria: que el General Lamar estaba en Guayaquil preparando la opinión, para que las tropas que viniesen del Perú protegiesen la formación de una nueva República, para confederarla al Perú, y que el señor Vidaurre estaba en el plan. Marcharon con tal objeto estos dos Jefes; pero nada obtuvieron porque cuando llegaron al Perú era tarde.

El 20 de febrero llegó el General Heres a Guayaquil y nos informó de los pormenores de lo ocurrido en Lima. El atribuía todo el mal resultado a la ineptitud del General Lara y a la desmoralización de la oficialidad, por celos de provincialismo y porque varios querían quedarse en el Perú, como Bustamante, Lupera, Arvieta, Divissa y otros subalternos de los que hicieron la primera junta revolucionaria.

Al fin tuvo lugar la marcha de la tercera división contra los Departamentos del Sur y el General Santa Cruz se vio perdido, pues no obstante los pasos que dio para un nuevo gobierno al Perú, cuyos documentos dejamos citados, permitió el embarque de tropas auxiliadas con ascensos pecuniarios, víveres y municiones para invadir los Departamentos de Guayaquil y

el Amaí. El 19 de marzo tuvo lugar la marcha, desde el puerto del Callao, convoyados los transportes por el bergantín de guerra del Perú, el **Congreso.**

Cuando recibimos esta noticia ya se había trasladado a Guayaquil el General Pérez, Jefe superior del Sur, con el General Flores, que se había encargado de la Comandancia General del Departamento por enfermedad del General Valdés.

La declaración de Bustamante corrobora los informes que recibimos, que muchos individuos de la tercera división estaban comprometidos en la desmembración de Colombia. De ello dimos cuenta al Libertador recordándole lo que le informamos en Guayaquil, a su regreso del Perú.

A la llegada del Coronel Urdaneta, de regreso del Perú, en la goleta **Olmedo** con la comunicación del agente de negocios de Colombia, señor Cristóbal Armero, que les sirvió de credencial para que nos informasen del objeto que traían Bustamante y la tercera división, dispusimos que se armase en guerra la goleta **Olmedo,** para salir al mar a impedir el desembarque de la tropa, y estando en Guayaquil el Jefe superior, General Pérez, nos comisionó al Coronel González y a mí para que saliésemos al mar con tal objeto, y a los Generales Heres e Illingworth para que hicieran lo mismo en otro buque. Cuando llegamos al puerto de Manta ya había desembarcado la tropa. Regresamos a Guayaquil para ocuparnos en la defensa. Inútiles fueron nuestros esfuerzos para que los Generales Pérez y Valdés tomasen medidas oportunas a evitar la revolución que meditaba el Coronel Elizalde, dirigido por el General Lamar.

El General Heres había marchado el 14 de abril para el Ecuador conduciendo algún armamento en unión del Coronel Cordero, medida importante que le dio recursos a dicho General para obrar contra Bustamante.

El Coronel Urdaneta y el Teniente Coronel Guerra nos informaron de parte del agente en Colombia, que el objeto era separar los Departamentos del Sur y nombrar Jefe superior a López Méndez, y separar a Guayaquil de Colombia para agregarlo al Perú, y en seguida llevar los límites del Perú hasta Juanambú; pero que este proyecto era necesario madurarlo, porque para tal traición no se contaba con la tercera división, sino con unos pocos oficiales que habían resuelto hacerse peruanos. Conocimos que con un poco de tacto traeríamos a buen camino a los oficiales sublevados; pero así como Lara se obstinó en

Lima en no separar del servicio a todos los oficiales sospechosos y embarcarlos para Panamá, asímismo el General Valdés, Comandante General, y el General Pérez, Jefe supremo, se empeñaron en mantener al Coronel Elizalde y al segundo Comandante Merino, en sus destinos de Jefe del Estado Mayor el uno, y el otro de Comandante del batallón Guayas. El General Flores, que estaba de Comandante General, accidentalmente, no quiso contrariar a Valdés, que era amigo de Elizalde.

Al llegar a Bogotá supe con sorpresa que al recibirse la noticia de la revolución de la tercera división, Santander la celebró como un acontecimiento plausible; y que se celebró con música por las calles, cohetes y muchos vivas a la libertad. El mismo día que llegué a Bogotá (29 de mayo) tuve una larga conferencia con el Secretario de Guerra, General Soublette, y pudo comprender bien las tendencias de las revoluciones de la tercera división y de Guayaquil; varios Senadores y Representantes se me acercaron al día siguiente, e impuestos de los acontecimientos del Sur formaron una idea muy distinta de la que al principio se tuvo con las noticias exageradas que habían recibido, y porque la exposición del General Lara de 3 de abril no era un documento que podía dar a conocer toda la extensión de los sucesos que tuvieron lugar en el Perú en los meses de diciembre de 1826 y en enero de 1827. Luégo que los Senadores y Representantes amigos del Libertador conocieron a fondo la cuestión, afianzaron la opinión en la mayoría del Congreso para no aceptar la renuncia que había hecho el Libertador de la Presidencia de Colombia. La discusión fue muy animada desde el 1º al 31 de mayo; pero en esta fecha no se contaba con mayoría para no aceptarla, no obstante el fuerte empeño que tenían los doctores Azuero, Gómez, Uribe, Restrepo, Soto y algunos miembros del Congreso, de menos importancia que éstos, que eran los que querían no solamente separar a Bolívar del mando, sino también de dividir a Colombia en tres Repúblicas: Venezuela, Nueva Granada y Ecuador. Fui invitado a diversas reuniones de miembros del Congreso en casa del señor Baralt, para satisfacer a los informes que se me pedían, sobre los acontecimientos del Perú y sur de Colombia.

El General Santander en aquellas circunstancias tuvo una conducta doble e incomprensible. Estaba resuelto a hacer una oposición decidida al Libertador: quería dividir a Colombia y al mismo tiempo daba pasos para aparecer como mantenedor de la Constitución e integridad nacional.

Después que di cuenta por escrito al Secretario de lo Interior y de la conferencia que tuve con el General Soublette, me vi con Santander y le hice cuantas explicaciones me pidió. El 2 de junio el Secretario del Interior aprobó mi conducta, cuya carta oficial está en el documento número 161.

La agitación de la capital, no obstante haberse negado la aceptación de la renuncia del Libertador por 30 votos negativos contra 24 afirmativos, crecía cada día, y el doctor Vicente Azuero era el promovedor de una revolución a que asentía Santander, y los amigos del Libertador nos reuníamos armados por la noche en casa de Baralt, Presidente del Senado, para defendernos.

Desde Guayaquil mandé al Teniente Roa con pliegos para el Libertador y los Intendentes del Istmo y Magdalena, anunciándoles la revolución de la tercera división. Recibió estos avisos el Libertador pocos días antes que las comunicaciones oficiales del Poder Ejecutivo a que se le transcribió la comunicación, que el Secretario de Guerra pasó al Comandante José Bustamante, documento indigno del Jefe de la Nación y que produjo un sentimiento profundo en el ánimo del Libertador, como se ve en la carta oficial del señor Revenga de 18 de abril. Con fecha 30 de abril pasó el Vicepresidente un mensaje al Libertador llamándole, el cual llegó con los informes que remitíamos para Panamá anunciándole la invasión de Colombia; y el General Heres, que siguió al Istmo, y de allí a Cartagena, le completó los informes de lo ocurrido en el Perú; la debilidad de Santa Cruz, que fue hasta el punto de considerársele partícipe del trastorno que se verificó en Lima en el mes de enero.

Lejos de arredrarse el Libertador, cuando se veía rodeado de circunstancias difíciles, era que tenía ingenio. El 19 de junio contestó el Secretario, General Revenga, el mensaje del Libertador, y en la misma fecha dio la proclama que anunciaba su regreso a Colombia. Se recibió en Bogotá el 18 de julio, cuando se anunciaba que el 21 estallaría la revolución. El General Santander estaba en el secreto de la revolución y trató de separarse del Poder Ejecutivo para ponerse al frente de ella, contando con el Coronel Vélez, Comandantes Gastón y Piñeres y el Capitán Posada Gutiérrez. Eramos varios los Jefes que debíamos morir; pero teníamos tomadas medidas de seguridad, y las tropas en que se pensaban apoyar serían las que a nuestras órdenes impedirían tal escándalo. Soublette logró disuadir a Santander de dar tanto escándalo y arruinar su reputación.

El General Santander me hizo diversas insinuaciones para que renunciara la Intendencia de Guayaquil, si no quería regresar, como me lo había ordenado el Poder Ejecutivo; y se había comunicado orden al General Antonio Obando para que si me encontraba siguiese conmigo hasta Guayaquil. Me decía el General Santander que él deseaba nombrar Intendente constitucional a Lamar para atraerlo a Colombia. Mi respuesta fue que por la misma razón no renunciaría; que Lamar era peruano de corazón, miembro electo para el Congreso Constituyente del Perú y futuro Presidente de aquella nación: que Lamar era el director de la revolución de Guayaquil. Llegó de su hacienda el 15 de abril en la noche y se puso de acuerdo con su sobrino Antonio, y el otro, Juan Francisco, venía de Comandante de la columna que desembarcó en Manta.

El efecto mágico que produjo la proclama del Libertador, que dejamos citada, de 19 de junio, restableció la confianza, y los mismos revolucionarios variaron en sus conversaciones y discursos. Solamente Azuero y Soto sostenían la necesidad de separar al Libertador del mando de la República.

El Libertador, que jamás suspendía sus movimientos y operaciones, una vez que había resuelto algún problema, político o militar, y que estaba resuelto a irse hasta el Sur a batir a los sublevados de la tercera división, y a encargarse del Poder Ejecutivo por la elección constitucional que había hecho la nación en él para Presidente, y el llamamiento de los pueblos, ordenó la marcha de una columna de 800 hombres que debía embarcarse en La Guaira para Cartagena, y previno al General Urdaneta que se aproximase a la provincia de Pamplona, con una división fuerte, sacándola de los cuerpos que estaban en el Sur. Dispuso que el General Páez quedase como Jefe superior de los Departamentos del Zulia, Venezuela, Orinoco y Maturín, y que se entendiese directamente con él por medio del Secretario General Revenga. Ciertamente esta medida era irregular, porque existían así dos Gobiernos a un mismo tiempo; pero Bolívar, que había comprendido que el Vicepresidente era el caudillo de la revolución que proyectaban los editores de **El Conductor** en Bogotá, y que veía venir grandes complicaciones, tuvo que tomar semejante medida para salvar la integridad nacional.

El 5 de julio se embarcó el Libertador en la fragata **Druida** de S. M. B. y le acompañó el enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario, Sir A. Cockburn, que había ido a Caracas a felicitar al Libertador de parte del Gobierno de S. M. B., al

gran Capitán de la América del Sur. Ese mismo día zarpó la fragata de La Guaira, y el 9 de julio fondeó en la bahía de Cartagena. El General Montilla, que gobernaba en Cartagena, y todas las autoridades y el pueblo en masa le hicieron un aplaudido recibimiento. El pueblo de Cartagena era, ha sido y es un entusiasta admirador de Bolívar, y manifestó en ese día el gozo que tenía de volver a ver al héroe que inició en aquella tierra clásica la ilustre carrera que desde sus playas hasta Venezuela y el Orinoco, y desde el Orinoco hasta Boyacá, Bomboná y Junín, completó una grande epopeya, que ha dado por resultado la independencia de un mundo y la creación de tres nacionalidades: obra de sus esfuerzos y combinaciones. Así es que el Libertador saludó entonces a Cartagena con las memorables palabras que jamás se han olvidado y que con gran placer repetimos hoy al narrar los acontecimientos que corresponden a la vida del inmortal Bolívar. En las contestaciones que dio ese día, la más notable fue al dirigirse al respetable ciudadano Juan de Dios Amador, Jefe antiguo del Estado de Cartagena en 1815, que le habló a nombre del pueblo. Contestó así: "Vuestra benevolencia se ha excedido en demostraciones de puro amor para conmigo. Yo no esperaba tanto, porque no me debéis nada, cuando por el contrario os debo todo. Si Caracas me dio vida, vosotros me disteis gloria. Con vosotros empecé la libertad de Colombia. El valor de Cartagena y Mompós me abrió la puerta de Venezuela en 1812. Estos motivos de gratitud eran suficientes para que yo os profesara la predilección más justa. Pero ahora mismo habéis querido añadir nuevos lazos a mi grata amistad. En esta época de maldición y de crímenes vuestra lealtad ha servido de baluarte contra los traidores que amenazan cubrir a Colombia de ignominias. Vuestra fuerte ciudad ha salvado la patria. Vosotros sois sus libertadores, algún día Colombia os dirá: **¡Salve, Cartagena redentora!**"

Cuando se supo en Bogotá que el Libertador había llegado a Cartagena, que vendría por Ocaña y que le acompañaban los 800 infantes que sacó de Caracas a órdenes de Salom, hubo una grande excitación y el General Santander hizo protestas ante el Congreso; porque el Libertador no ejercía autoridad ninguna constitucional desde que él prestó el juramento y se encargó del Poder Ejecutivo. La oposición se desencadenó contra cuanto hacía y había hecho el Libertador en los Departamentos de la antigua Capitanía de Venezuela, y el 21 de julio se pensó en dar un golpe de Estado con la fuerza que estaba en

la capital; pero los Secretarios de Estado, Castillo, Restrepo y Soublette, hicieron ver a Santander que era hombre perdido si no evitaba esos escándalos. En la Cámara de Representantes se incitó una corta discusión, acalorada, para sancionar una ley que prohibiera al Libertador llevar a Bogotá las fuerzas que salieron de Caracas. El Diputado Gómez Plata, del Socorro, fue el que más declamó contra la tiranía de Bolívar, y que conducía esos cuerpos para oprimir. El General Santander estaba en la barra esa noche elogiando el discurso cuando otro representante, también del Socorro, el doctor Inocencio Vargas, tomó la palabra para manifestar que lo acre del discurso del representante por el Socorro le probaba que no había que temer tiranía, pues si tal cosa fuera posible no se habría expresado de ese modo el señor Gómez Plata. Se cortó la discusión y se pasó al orden de la noche.

Con fecha 19 de julio escribimos al Libertador con el Teniente Coronel Whittle instruyéndole de lo que pasaba en Bogotá, y el 28 dirigimos otra comunicación importante anunciándole nuestra marcha a encontrarle.

Restrepo en su **Historia de Colombia** ha tratado esta cuestión con bastante atención, pero ella está reducida a lo que dejamos expuesto; que Santander y la oposición no querían que llegasen fuerzas a la capital, para aprovechar la ocasión de disolver a Colombia y excluír a Bolívar del mando nacional. Cuando las pasiones hablan, calla la razón.

Varios amigos del Libertador nos resolvimos a seguir a encontrarlo y nos reunimos en Zipaquirá: el General Soublette, Secretario de Guerra; el Coronel Herrán, Jefe del Regimiento de Húsares; el señor José Ignacio París, amigo íntimo del Libertador, y yo, su antiguo ayudante de campo e Intendente de Guayaquil. Hicimos el viaje juntos hasta el Socorro, en donde encontramos al Libertador. Fui el primero que habló con él, estando todavía recogido en su dormitorio, y lo encontré muy preparado contra Soublette por la contestación dada a Bustamante. Le expliqué las circunstancias en que había estado el Secretario de Guerra y el servicio que acababa de prestar conteniendo a Santander para que no se lanzase en una revolución detestable. El Libertador era el hombre más dócil a la razón cuando se le presentaban las cuestiones con modestia y sin aire de impugnación. Cambió enteramente, me hizo llamar al General y tuvieron largas y francas conversaciones.

En Ubaté encontramos al Coronel Wilson, Edecán del Libertador y que iba cerca del Poder Ejecutivo y del Congreso con comunicaciones del Libertador, reclamando la ley que limitaba el pie de fuerza a 10.000 hombres, pero sabía el Libertador que no era sincera la conducta de Lamar, de Elizalde y Bustamante, en Guayaquil; y que era necesario mandar fuerzas al Sur para someter los cuerpos de la tercera división y al Departamento de Guayaquil. La elección que hizo Santander del General Antonio Obando fue lo más desacertado porque era enemigo del Libertador, y un jefe escaso de conocimientos políticos y militares. Ya tendremos que ocuparnos de su conducta en Guayaquil.

El Presidente del Congreso contestó al Libertador que fuera a encargarse del Poder Ejecutivo y que después podría hacer las indicaciones que tuviera a bien, y nos pusimos en marcha para Bogotá. El Libertador traía a su lado al General Briceño Méndez, como Jefe del Estado Mayor General Libertador, y se le unió el General Urdaneta en el Socorro, habiendo hecho un viaje por Soatá y Onzaga.

En Saboyá se le presentó el Teniente Coronel graduado Ramón Espina, que venía del Sur a informarle sobre el verdadero estado en que quedaban aquellos Departamentos y la República del Perú y para excusarse él y otros oficiales de haber firmado el acta de 26 de enero por no abandonar enteramente la fuerza a disposición de los verdaderos revolucionarios.

Seguimos por Chiquinquirá y Ubaté a Zipaquirá, y desde esta ciudad nos mandó el Libertador, el 9 de septiembre, con una comunicación para el Presidente del Congreso en que le pedía que estuviera reunida esta augusta asamblea para presentarse ante ella a prestar el juramento constitucional. Contestóle el Presidente del Senado y regresamos a encontrar al Libertador; entró el 10 de septiembre, en medio de un concurso inmenso, a la capital. Desmontóse en la puerta de la iglesia de Santo Domingo, en donde estaba reunido el Congreso, y prestó el juramento constitucional.

Recibimos orden de ir a la Casa de Gobierno a anunciar al Vicepresidente que el Libertador había prestado el juramento y estaba encargado del Poder Ejecutivo. El General Santander aguardaba al Presidente, acompañado de los Secretarios de Estado y del Estado Mayor General, cuyo Jefe era el General Valero. Este General estaba decorado con el busto del Libertador, y Santander se lo pidió para ponérselo al cuello, como que

también lo había recibido del Gobierno del Perú, para dar esta prueba de deferencia al Libertador.

Al ver el Libertador a Santander decorado con su busto puso un semblante complaciente, y oyó con atención el discurso del Vicepresidente, que pronunció lleno de buenas ideas y sentimientos amistosos. En nuestro concepto fue en parte improvisado. El Libertador, que tenía el dón de la palabra, y sobre todo para contestar los discursos que se le dirigían, lo hizo con mucho tacto y cordialidad.

Concluída la ceremonia le manifestó el General Santander que le tenía preparada la mesa para que comiese con él y las personas que él quisiese convidar, que por su parte solamente había invitado a los Secretarios de Estado. El Libertador aceptó y dijo que asistirían con él las personas que le acompañábamos, y además el General Valero y los ayudantes de campo del Libertador.

La mesa fue servida con elegancia y propiedad y reinó la mayor cordialidad.

Supo el Libertador allí que el doctor Soto, el doctor Juan N. Azuero y el doctor Miguel Uribe Restrepo se habían ausentado, temiendo alguna persecución por sus discursos, y el Libertador recomendó a Santander y al señor Restrepo que les hiciesen decir que el General Bolívar jamás había atacado la libertad de palabra de los miembros del Congreso. Cuantas veces vimos al Libertador en un caso análogo siempre le vimos los sentimientos más republicanos y soportar las opiniones ajenas, sobre todo en materia de inmunidades de los Senadores y Representantes.

A las once de la noche nos retiramos con el Libertador a su quinta, situada en las faldas de Monserrate, sus ayudantes de campo y yo, como ayudante general de Estado Mayor que le acompañaba.

El día 11 de septiembre, a las ocho de la mañana, llegó a la Quinta de Bolívar el General Santander a caballo y vestido de General de División. Me pidió un criado para que le sirviese; y lo introduje a la sala manifestándole que el Libertador estaba aún recogido. Me suplicó que si estaba despierto le anunciase que tenía que verlo. Pasé al dormitorio del Libertador, y me preguntó quién había llegado a caballo, y le dije que Santander que deseaba verlo. Exclamó el Libertador: "¡Santander!" "Sí, señor", le respondí. Entonces me dijo: "Dígale usted que éntre y lo

recibiré como antiguo amigo, que aquí podremos hablar solos". Pero me agregó: "Cierre usted la puerta cuando éntre el General Santander, para que oiga usted la conferencia que tengamos, porque puede ser que sea necesario redactar un memorándum por una diferente persona". Así sucedió.

La salutación fue amistosa de parte de ambos. El objeto principal de Santander fue justificarse por las contestaciones que dio a Bustamante cuando recibió la noticia de la revolución de la tercera división y el modo como obró, después que supo las tendencias de los principales autores de la revolución. Le dijo que Colombia estaba en una grande crisis política y su existencia pendía únicamente de su vida. El Libertador discurrió sobre esto con bastante propiedad. El resto de la conversación fue puramente confidencial y de recuerdos de su buena amistad. Le invitó a quedarse a almorzar y le suplicó que le hiciese llamar a un ayuda de cámara. Santander le dijo: "Voy a hacerlo venir". Yo me retiré y nos juntamos Santander y yo en una pieza en que había una chimenea encendida, para esperar allí al Libertador. Santander mandó a su ordenanza que le acompañó desde la ciudad a traer un vestido de paisano, y como viniese antes del almuerzo, se cambió de traje. Permaneció con el Libertador hasta las dos de la tarde y se retiró.

Esa tarde fueron los Secretarios de Estado a discutir algunos negocios de Estado con el Libertador y les refirió lo que había pasado. Todos ellos se admiraron y dijeron al Libertador: "No crea usted en la sinceridad de Santander. Desde que partió usted para Venezuela el General Santander cambió completamente, y se ha unido a los Azueros y otros liberales, con quienes tenía antes constantes disputas y se ha entregado completamente al doctor Soto. Debe hacer algo que nosotros no alcanzamos a comprender".

El Libertador manifestó al Congreso la necesidad de ocuparse en arreglar la Hacienda Nacional, y le dio cuenta de cuanto había hecho en los Departamentos del Zulia, Venezuela, Orinoco y Maturín; y pidió que se le autorizase para hacer arreglos en el ramo de Hacienda, si no tenía tiempo de ocuparse en este negociado. El Congreso dio algunas leyes, y el 5 de octubre se puso en receso.

Tenemos que volver a encadenar los acontecimientos que tuvieron lugar en los Departamentos del Sur, antes y después de la revolución de Guayaquil, el 16 de abril de 1817; que tuvimos que suspender para ocuparnos de la parte importante

de los acontecimientos de 1827, que acabamos de referir y cuyos sucesos hemos presenciado; y tomado parte en algunos de ellos como magistrado constitucional.

Aunque los historiadores Restrepo, Díaz y Baralt han tratado estas cuestiones, y estamos de acuerdo en muchos puntos, diferimos en otros en que como actores y testigos presenciales tenemos que referir con lealtad lo que sabemos y hemos presenciado, y por qué obramos en tal o cual sentido.

En el capítulo anterior dimos cuenta de haber remitido al Libertador el proyecto de Constitución de la República de Bolivia; y lo que dijo a Sucre en su carta de 12 de mayo de 1826. La Constitución boliviana fue sancionada y el General Sucre nombrado Presidente vitalicio. Aceptó dicha Presidencia temporalmente, ofreciendo ejercerla solamente hasta 1828. Sucre, que había estudiado mucho el carácter de los habitantes del Perú y Bolivia, no se hacía ilusiones y se resignó a esto solamente por trabajar por la estabilidad de la nueva República.

Después que concluyó la guerra comenzó a introducirse la inmoralidad en algunos oficiales colombianos en Bolivia, y hubo una insubordinación contra el General Córdoba que dio motivo a separar a varios oficiales de la segunda división y mandarlos al Perú a la tercera división. El oficial Domingo Matute se sublevó en Cochabamba con un escuadrón del regimiento de Granaderos montados, el 14 de diciembre de 1826, y se trasladó a Salta, en donde fue recibido por el General Arenales, y sirvió para apoyar diversas revoluciones en aquel país de la Confederación argentina; pero fueron tales los excesos de este oficial, que al fin tuvo que fusilarlo el mismo General Arenales y disolver aquel cuerpo.

Tan pronto como declaró el Consejo de Gobierno del Perú, que se sometiera el proyecto de Constitución a los Colegios Electorales, se nombró al doctor don Ignacio Ortiz de Ceballos para que fuese a Bolivia a celebrar un tratado de alianza y federación entre las Repúblicas del Perú y Bolivia, después de haber reconocido la independencia de Bolivia. Este tratado debía ser el que iniciaba la confederación entre las Repúblicas de Bolivia, Colombia y el Perú, conforme al pensamiento del Libertador. Fue celebrado el tratado el 27 de noviembre de 1826, con dos modificaciones importantes al artículo 15 sobre la accesión que diera Colombia al expresado tratado, y que si moría el Libertador quedaban en libertad las Repúblicas contratantes de conti-

nuar o no en la federación. Como se ve por la fecha en que fue acordado, el tratado tuvo lugar antes de que se hubiese constituído el Perú. Pando, que era el alma de estos proyectos, vio que tardaban los acontecimientos, precipitaban la marcha del país en que gobernaba y conmovía a las Repúblicas de Bolivia y Colombia.

Todo esto tuvo grande influencia en los sucesos lamentables de la revolución de la tercera división colombiana, de que nos hemos ocupado, y tenemos que referir lo que ocurrió después que llegó el Coronel Juan Francisco Elizalde a Manta y Montecristi, y se llevó a cabo la incalificable revolución militar del 16 de abril.

Verificada en Lima la revolución de 26 de enero de 1827, Bustamante conservó la disciplina de los cuerpos, se separó de la capital y se acantonó en los pueblos de La Magdalena y Bellavista. Pidió al Gobierno del Perú que le prestase los auxilios como a división auxiliar. Juró solemnemente la Constitución de 1821 en presencia del agente de negocios de Colombia, paso inútil puesto que era jurar la Constitución de la República solamente para encubrir la traición que encerraba en sí el acto criminal de una rebelión militar.

Al fin pidió transporte para dirigirse a Colombia e impidió que el bergantín **Colombia** siguiese a Guayaquil a dar aviso de la invasión proyectada, y no se le permitió seguir sino cuando el agente de Colombia reclamó del Gobierno del Perú que se hubiese permitido a Bustamante tomar tales medidas. Del mismo modo impidieron al Coronel Urdaneta y al Comandante de las fuerzas, que se vieran con los oficiales de la división, y pudieron zarpar del Callao en la goleta **Olmedo,** de cuyo viaje hemos dado cuenta.

Bustamante desembarcó en las inmediaciones de Paita con el batallón Rifles e invadió la provincia de Loja, y de allí pasó a Cuenca, habiéndose dirigido a los pueblos del Amay, con una alocución. El General Flores, como Comandante General del Ecuador, se puso al frente de la fuerza pública y marchó a encontrarse con Bustamante para batirlo, no obstante la superioridad de la clase de tropa que componía a aquel batallón. Por fortuna llegó al cuartel general de Flores el Capitán Ramón Bravo, que llevaba la contestación de Santander a Bustamante, e instruído el General Flores por los informes que nos diera el Coronel Urdaneta de las miras que traía Bustamante para cons-

tituír los Departamentos del Sur en una república bajo la autoridad de López Méndez, logró persuadir a Bravo para que hablase con los oficiales leales, a sostener las instituciones y el Gobierno. Bravo dudó de la traición que se proyectaba y ofreció al General Flores que si descubría ser cierto aquello, obraría decididamente en favor del Gobierno, le pondría el batallón Rifles a sus órdenes. Bravo marchó a Cuenca, y descubriendo la verdad de lo que le había encargado el General Flores, reconvino reciamente a Bustamante, quien lo puso preso; pero pudo escaparse, y colocado al frente del piquete del 4º escuadrón de Húsares se presentó al batallón Rifles en que tenía mucho influjo, le arengó y el batallón se puso a sus órdenes el 5 de mayo de 1827. Puso presos a Bustamante, López Méndez y 40 oficiales que tuvo por cómplices en la traición que meditaba Bustamante; formando los cuerpos en la plaza, es decir, Rifles y el escuadrón de Húsares, se pusieron a las órdenes del General Ignacio Torres, Intendente de Guayaquil. Ocupada esta ciudad por los cuerpos que desembarcaron en Manta, se dispuso que Elizalde, de acuerdo con Lamar, que hacía mil protestas de haberse hecho cargo del mando para evitar males, que marchase por Yaguachi el General Barreto a unirse con Bustamante, y que el mismo Elizalde seguiría por Babahoyo a Riobamba para atacar las pocas fuerzas que tenía el jefe superior en el Sur, Ecuador y el Amay.

La actividad del General Flores y su inteligencia, y la lealtad de los Intendentes del Ecuador y Amay, Coronel Murgueitio y el General Flores, fueron suficientes para improvisar una división al incorporarse Rifles y Húsares.

El 16 de mayo llegó el General Antonio Obando a encargarse del mando de la tercera división. La elección del Vicepresidente fue malísima. Obando era enemigo del Libertador por las reprensiones que le hizo varias veces, y las principales por haberse dejado sorprender por los españoles el 24 de enero de 1820 en Popayán, y en Túquerres en octubre de 1822. No tenía para Santander otra recomendación que la de ser uno de sus más adictos partidarios.

Al llegar a Riobamba el 16, como hemos dicho, fue informado por el General Torres, Intendente del Amay, y el General Flores, Comandante General del Ecuador, de todo lo que había ocurrido, y se le hizo reconocer por los cuerpos de la tercera división que estaban allí, como Comandante General, y se dispuso a seguir a Guayaquil.

Antes de llegar Obando y después que Bustamante dio su declaración de 6 de mayo, en que descubrió la parte que habían

tenido algunos peruanos, resolvió Flores ganarlo ofreciéndole ponerlo en libertad y que marchase a Guayaquil a restablecer la obediencia al Gobierno de los batallones de la tercera división y a salvarse él y sus compañeros del peligro que corrían de perder completamente su honor. Se comprometió y se le dio su equipaje para que siguiese. Otro tanto ofreció López Méndez; pero no se tuvo en él confianza porque daba muestras de estar loco. Trasladado Bustamante a Guayaquil, Lamar le entregó los tres batallones de la tercera división, y lejos de cumplir su promesa continuó apoyando al Gobierno intruso de Lamar y la revolución.

El General Flores, apoyado por el Intendente del Amay, General Torres, y los Coroneles González y Felicio Cordero, había cambiado el aspecto político del Sur.

El 30 de abril desembarcó en Atacames el Jefe superior Pérez, y los Generales Valdés y Heres siguieron a Panamá. El Coronel Urdaneta y yo llegamos el 31 a desembarcar los oficiales y tropa que salieron de Guayaquil por leales con nosotros; pero encontramos orden del General Pérez de pasar al puerto de Esmeraldas para desembarcar allá, lo cual fue fatal, pues el bergantín **Congreso,** a órdenes del Teniente de Navío Bolain, fue mandado en nuestra persecución para hacer seguir a todos los jefes y oficiales a Panamá. Ya hemos referido todo esto atrás. Cuando llegó el General Pérez a Quito ya había marchado Obando para Guayaquil, y se hizo cargo del mando de los Departamentos del Sur. Otro suceso favorable ocurrió entonces, y fue la llegada del Coronel Ambalegui con el medio batallón de la derecha del batallón Ayacucho, mandado por el General Sucre y que se embarcó en Arica. Este Jefe llegó al puerto de La Puna, supo la revolución del 16 de abril en Guayaquil y siguió a Machalá para internarse al Amay, como lo verificó. En seguida arribó otro medio batallón a órdenes del Mayor Barrera, y en vez de cumplir las órdenes que le dejó en la Puna el Coronel Ambalegui, se internó a Guayaquil a unirse a los revolucionarios. El Coronel Urdaneta y el Teniente Coronel Lecumberry siguieron a Quito por Popayán, y los jefes y oficiales que conducían hasta Buenaventura, por Barbacoas. Con este auxilio de jefes y oficiales se logró formar una buena división que marchó a órdenes del experto y activo General Flores sobre Guayaquil: porque ninguna confianza se tenía en el General Antonio Obando.

Concentró las fuerzas el General Flores en San Miguel de Chimbó y trasladóse al cuartel general del General Pérez, para ponerse en comunicación con Lamar y Obando, tanto más nece-

sario cuanto que desde el día 21 de mayo había propuesto Lamar una entrevista al General Flores, para arreglar las cuestiones, pues Lamar veía que la tercera división era una fuerza sin moral, y los negocios del Perú le llamaban la atención, como que era el presunto Presidente.

El jefe superior previno al General Lamar que se le entregasen los cuerpos de la tercera división al General Antonio Obando, **como que era dicho Mariscal el que mandaba en Guayaquil.** Este le contestó con fecha 6 de junio que Obando estaba hecho cargo de los batallones Araure, Caracas y Vencedor, y que serían obedecidas las órdenes del supremo Gobierno. Buenas palabras y nada más, porque de hecho Lamar y los revolucionarios mandaban, y les fue de auxiliar el General Obando.

El jefe superior, convencido de que era necesario restablecer el orden constitucional en Guayaquil, previno con fecha 3 de junio al General Flores que marchase a ocupar a Babahoyo, y se le incorporaron la mayor parte del batallón Caracas y muchos vecinos de Guayaquil que salieron de la ciudad por no permanecer con los facciosos. Allí recibió unos comisionados de Lamar y la municipalidad de Guayaquil, que se había constituído en poder público en el Departamento para darle a la facción militar de Lamar y Elizalde cierto carácter de revolución popular y política, cuando no era otra cosa que la base para disolver a Colombia con el pretexto de federación de los Departamentos del Sur; y la historia de los sucesos posteriores lo comprueba completamente: ¡Cuántos males se hubieran evitado a Colombia si Pérez y Valdés no se hubieran cegado cuando los Coroneles González y Mosquera les hacían presente la necesidad de separar a Elizalde y a Merino del destino que tenían, y si después de acaecido el 16 de abril se hubiesen mantenido al frente de las fuerzas navales!...

Los comisionados convinieron con el General Flores en Babahoyo en que los cuerpos de la tercera división siguiesen al Punamá y Pento: que Guayaquil fuese guarnecido por las fuerzas que mandaba Flores y que el General Lamar continuase con el mando hasta que resolviese otra cosa el Poder Ejecutivo.

La municipalidad de Guayaquil, que, como hemos dicho, se había erigido en poder público para obrar en lugar de las revoluciones, desaprobó el convenio, y en consecuencia el General Flores marchó sobre Guayaquil por Bata y Vincos para ocupar a Daule; el General Lamar hizo mover los batallones Vencedor y Guayas, dos compañías de Ayacucho, la artillería y las

milicias de Guayaquil con 200 jinetes. El General Flores forzó su marcha para pasar el río Daule, y cuando se presentó el enemigo batió a los jinetes que se adelantaron y tomó algunos prisioneros. El General Lamar hizo retroceder la fuerza a la ciudad y Flores suspendió también las operaciones para evitar un derramamiento de sangre, situándose en la villa del Daule.

Lamar, alma de toda esta revolución, hacía decir a la municipalidad y al mismo Obando, y decía él que habiendo abandonado las autoridades el Departamento el 16 de abril, no se le podía reconocer y que las cosas debían continuar como estaban, hasta recibir órdenes del Gobierno; pero cuando llegaron las órdenes no las cumplieron.

El General Lamar, después de haber hecho retirar las fuerzas a Guayaquil, se separó del mando, y se lo entregó a su sobrino el Coronel A. Elizalde, manifestando que estaba enfermo. Llegó entre tanto la comisión que él esperaba del Perú, llamándole por haber sido electo Presidente y Vicepresidente el señor don Manuel Salazar y Baquijano, y marchó inmediatamente. El 24 de julio se ausentó Lamar de Guayaquil, para ir a fomentar la enemistad del Perú contra Colombia, que tánto mal hizo a una y otra nación. La municipalidad de Guayaquil nombró de Intendente al señor Diego Novoa y de Comandante General al Coronel Elizalde. El General Flores recibió órdenes de no tomar por la fuerza a Guayaquil y se retiró hacia el interior, habiendo tenido antes algunas conferencias con las autoridades de hecho de Guayaquil y con los federalistas que pretendían erigir el Estado de Guayas, confederándose a Colombia, y ofreciendo mandar sus diputados a la convención.

El General Antonio Obando, después de haber sido el juguete de los facciosos de Guayaquil, viendo que se le ponía a órdenes del General Pérez, se embarcó el 7 de julio para Buenaventura para seguir a Bogotá, y tuvo este embarazo menos el General Flores, que era realmente el que dirigía las operaciones para restablecer el orden de Guayaquil. Lo único que hizo Obando, en cumplimiento de las órdenes del Poder Ejecutivo, fue mandar el batallón Araure a Panamá. No logró hacer lo mismo con el batallón Vencedor, porque su Comandante, el Capitán Juan José Arteta, se opuso, y estuvo, según se aseguró, dispuesto a poner preso al mismo Obando y a los jefes nombrados por el Poder Ejecutivo para encargarse del mando de Guaya-

quil el General Torres, como Intendente, y el Coronel González, como Comandante General.

Bien difícil era la tarea de los jefes del Sur para restablecer el orden constitucional; pero los Generales Torres y Flores no descansaban un momento. En los días 9 a 11 de septiembre los oficiales Antonio Carballo y Juan José Arteta, que se titulaban Comandantes, en unión del señor Ramón Arteta quisieron proclamar la agregación de Guayaquil al Perú, habiendo seducido algunas tropas y la marina; pero el Coronel Elizalde se puso al frente del medio batallón Ayacucho, lo mismo que todo el vecindario, que veían comprometidas sus fortunas; y que el General Flores caería sobre ellos y no podrían contar con la mayor parte de la tropa de los cuerpos de la tercera división, especialmente el batallón Vencedor. El General Flores dispuso que el Teniente Coronel Manuel León se trasladase a Guayaquil como fugado de su cuartel general, para que lograse ponerse al frente del Vencedor, cuya moral se restablecía diariamente. La medida tuvo buen efecto, y el 22 de septiembre el batallón proclamó su obediencia al Libertador. Inmediatamente marchó León sobre Guayaquil, ocupó los cuarteles del Ayacucho y Húsares, que se le sometieron. Nada valieron los empeños del Coronel Elizalde para disuadir a León, y éste manifestó que obraba de orden de Flores, que venía con fuerzas sobre Guayaquil. El 25 de septiembre llegaron Flores, por Babahoyo, y Torres, por Machalá, y ocuparon a Guayaquil. El honrado señor Novoa, que se había hecho cargo de la Intendencia, la entregó al General Torres, nombrado interinamente mientras regresaba el propietario, y el General Flores se encargó de la Comandancia General; dio término la ominosa revolución del 16 de abril y la insubordinación de la tercera división.

Mientras todos estos acontecimientos se verificaban en el Sur, en Venezuela se habían aumentado las guerrillas realistas formadas por el Capitán General de Puerto Rico y su Secretario Díaz, el venezolano desnaturalizado, más enemigo de la República y del Libertador. Los Generales Páez y Mariño obraron con actividad y tino para destruírlas y asegurar el orden público.

Encargado el Libertador del Poder Ejecutivo, dio cuenta al Congreso de todas las medidas que había adoptado en Venezuela para restablecer el orden y la armonía y mejorar la Hacienda Pública. El Congreso accedió a las demandas del Libertador y

dio las leyes de 21 de septiembre, fijando las rentas públicas de la Nación; el decreto de 26 de septiembre aprobando todos los decretos del Libertador en los cuatro Departamentos del Norte y mandándolos observar, y los de 29 del mismo mes, como los de 2 y 3 de octubre, concediendo amplias autorizaciones al Libertador. El ejercicio de estas autorizaciones le dio grande influencia al Gobierno y esperanzas a Colombia de que la reforma de la Constitución por la convención convocada para el 2 de marzo de 1828 en la ciudad de Ocaña sería de mucha importancia para la consolidación del país.

El Libertador me admitió la renuncia que hice de la Intendencia de Guayaquil, y nombró en propiedad con reconocimiento del Senado al General Illingworth; y fue destinado como Comandante General del Departamento del Cauca, a donde marchó a la cabeza del batallón Paya, pues quería el Libertador acercar algunas fuerzas al Sur, por lo que pudiese ocurrir en los Departamentos limítrofes al Perú, en donde el General Lamar y los contrarios al Libertador se conducían hábilmente.

En Bolivia, después de los acontecimientos de la tercera división en el Perú, los cuerpos de la primera y segunda divisiones de Colombia que guarnecían aquella República fueron el objeto de nuevas seducciones, para seguir el ejemplo de los del 26 de enero en Lima. Todo era obra del Presidente Lamar y sus partidarios. La enemistad de Lamar al Libertador era tal que todos sus actos eran una decidida hostilidad, y al mismo tiempo trabajaba contra Sucre, que mandaba en Bolivia, y había sembrado de conmociones. Pretendía disolverla y unirla al Perú, y al efecto se mandaban comisionados y agentes para hacer una revolución; pero como era un obstáculo la fuerza colombiana, sobre ella se ejerció toda la influencia posible para revolucionarla.

Lamar, violando no solamente los tratados de amistad con el Perú sino los principios del derecho de gentes, expulsó del Perú al encargado de negocios de Colombia, Cristóbal Armero, poniéndolo preso en una fragata de guerra so pretexto de que fomentaba conspiraciones, y fue sin duda el verdadero motivo para que no hubiese un representante de Colombia que fuese testigo de lo que se hacía contra Colombia y la existencia de Bolivia.

No se permitió que las tropas colombianas se restituyesen a su patria, aunque lo solicitó el General Lara; negando el paso por Tacna y Arica el objeto era que estos cuerpos aguerridos no fuesen a unirse a los que guarnecían el sur de Colombia, pre-

textando que era para que no saliesen peruanos ni bolivianos en aquellos cuerpos de los que se habían dado en reemplazo, conforme a los tratados. El Gobierno de Colombia había prevenido desde julio de aquel año que fueron licenciados todos los peruanos y bolivianos que tenían los cuerpos al venirse a Colombia, por la razón de no extraer hombres de esas Repúblicas, porque era duro hacer abandonar su patria a un Comandante contra su voluntad.

El Presidente Lamar mandó organizar un ejército al Sur, entre el Cuzco y Puno, a las órdenes del General Gamarra, y otro al Norte, situándose los cuerpos entre Trujillo y Piura, a cargo del General Plaza. No queda duda que se proyectaba destruír a la República de Bolivia y desmembrar a Colombia, absorbiéndose los Departamentos del Sur y la provincia de Pasto. Emisarios partieron para Bolivia para persuadir a sus hombres públicos de las ventajas de incorporarse al Perú, y al mismo tiempo seducían a los cuerpos colombianos para seguir el ejemplo de la tercera división. Hasta al mismo General Sucre se le dirigieron insinuaciones sobre esta reunión de Bolivia, que rechazó como que era el Presidente. La oficialidad de los cuerpos colombianos hizo otro tanto, rechazando las indicaciones subversivas; pero lograron seducir a los sargentos del batallón Voltígeros y a parte de los del batallón Bogotá, y el 25 de diciembre de 1827 estalló una revolución acaudillada por el Sargento Guerra, que se denominó General; y pusieron presos al General Figueredo, Comandante General de las tropas colombianas, a los jefes y oficiales de los cuerpos: General Urdinimea, boliviano, y al Prefecto de La Paz, General Fernández. Pudo escaparse el Teniente Coronel Arembo y marchó a Viacha, a donde estaba el 2º batallón de Bogotá y el 2º escuadrón del regimiento de Húsares de Anchoalla, a órdenes del Coronel Rivas y del Teniente Coronel Isidro Barriga. Los sublevados pusieron en libertad al Prefecto para que les proporcionase dinero y marchase al Perú, después de haberse apoderado de ocho mil pesos. El Capitán Valero, del Voltígeros, que se mostró deferente a la sublevación para desconcertarla, influyó en que se pusiese en libertad al General Fernández, para que proporcionase el dinero, que hiciesen lo mismo con muchos oficiales de los cuerpos. Fernández cumplió con darles 20.000 pesos que los vecinos de La Paz le proporcionaron.

El Coronel de Granaderos montados de Colombia, Felipe Braum, que también fue puesto preso, se pudo escapar porque el centinela lo dejó salir, y encontrando dos soldados de su cuer-

po, le dieron caballo y un sable; regresó acompañado de los dos soldados, y se presentó a su cuerpo y le ordenó seguirle. Los granaderos obedecen, y atacó a los rebeldes. Le da un tiro de pistola al Sargento Guerra, que no le acertó, y sigue a la quinta de Potosí a atacar a los rebeldes. Estos se baten, y formados en cuadro, resisten. Reunidos el batallón Bogotá y los Húsares, fueron atacados en firme, y no obstante una resistencia tenaz y bien dirigida por los sargentos, al fin sucumbían y fueron prisioneros 300 hombres, muriendo 80 y dispersándose el resto. El Sargento Guerra se escapó y logró pasar el Desaguadero. El General Sucre llegó pocos días después a La Paz, y fue recibido con entusiasmo por sus habitantes, que unánimemente se opusieron a la sublevación del Voltígeros, manifestando de este modo que no había animadversión contra él ni contra la existencia de la nueva República.

El General Sucre había informado al Gobierno de Colombia que temía una sublevación en las tropas colombianas, porque la conducta de Santander y las publicaciones habían producido ideas subversivas en las tropas de las dos divisiones existentes en Bolivia y el sur del Perú que se habían replegado a La Paz, después de la marcha del batallón Ayacucho a Guayaquil, desde Arica.

Encargado del Poder Ejecutivo el Libertador, mandó reorganizar los cuerpos de la tercera división que estaban en el Sur, lo mismo que el batallón Guayas y la artillería, que entraron en la revolución del 16 de abril y dispuso que se situase una fuerte guarnición en Loja, provincia fronteriza del Perú.

Al saberse de la revolución del Voltígeros en La Paz, el Libertador conoció perfectamente que las relaciones entre Colombia y el Perú se iban a complicar, y comenzó a tomar providencias para prepararse a una guerra entre las dos Repúblicas.

En ejecución de la ley que mandó reunirse la gran Convención en Ocaña, dictó el Libertador las órdenes más terminantes para que las elecciones de los Departamentos se hiciesen con absoluta libertad, porque quería que fuese representada la Nación por representantes elegidos por los ciudadanos, para que correspondiendo a la voluntad de los verdaderos amantes de la República, fuesen las instituciones obra del convencimiento y de las necesidades.

Los amigos del General Santander y él mismo trabajaron con grande interés para llevar a la Convención diputados de oposición al Libertador. Los Intendentes y Comandantes Generales recibimos órdenes del Gobierno para no estorbar el libre

sufragio, pues el Libertador no quería otra cosa que consolidar la paz y la estabilidad de Colombia, amenazada no solamente por el Sur, sino también por el Norte, pues los españoles, impuestos de los acontecimientos lamentables que hemos referido en los años de 1826 y 1827, creían llegada la época de emprender una nueva reacción realista en Venezuela e incendiar de nuevo el país.

La revolución de Páez, en abril de 1826, en Venezuela; el paso en falso de la comisión de Guzmán y Demarquet a Colombia, que el mismo Libertador juzgó irregular, como hemos referido, y la conducta de los Generales Pérez y Valdés, en abril de 1821, no separando a Elizalde y Merino de los destinos que ejercían, como la debilidad que tuvieron el 17 de abril entregando los buques de guerra al General Lamar, fueron sucesos que condujeron a Colombia y al Libertador a una bien difícil situación.

CAPITULO XXVII

Como dijimos en el capítulo anterior, Páez y Mariño obraron activamente para destruír las guerrillas españolas levantadas en Venezuela. El 23 de diciembre de 1826 apareció sobre las costas de Margarita el Almirante Laborde, con una escuadra del navío **Guerrero,** la fragata **Yberia** y el bergantín **Hércules.** Su jefe tenía el designio de alentar a los realistas de Venezuela y atacar al navío **Asia,** que desde el Pacífico se dirigía a Veracruz, para hacer parte de la expedición que debía, después de rendir a San Juan de Ulúa, seguir a libertar a Cuba. El día 2 de febrero de 1828 se dejó ver el Almirante Laborde en frente de La Guaira, desde donde tuvo correspondencia con Páez sobre canje de prisioneros, lo que se efectuó y continuó con un crucero inútil, y regresó a La Habana tocando antes en Curazao.

Deberemos dar aquí una noticia sobre los convenios entre Colombia y Méjico para rendir la fortaleza de San Juan de Ulúa y seguir a libertar la isla de Cuba, con cuyo motivo marchó el navío **Asia,** de Acapulco a Guayaquil, para carenarse como se verificó, y siguió a Valparaíso para completar su composición y proveerse de víveres para una larga navegación. El General Illingworth marchó de Guayaquil a Cartagena por Panamá, para ir a tomar el mando de la escuadra unida cuando el Libertador marchó para Bogotá a fines de 1826. Al llegar a Caracas en 1827, le habló a Páez sobre esta expedición recordándole lo que había escrito desde La Paz y Potosí en 1825, pero esta obra tan digna de Bolívar, para completar la independencia americana, fue contrariada por el Gobierno de S. M. B., que declaró al Ministro de Colombia en Londres, señor Hurtado: que el Gobierno inglés no permitiría esta expedición, porque el resultado sería que las islas de Cuba y Puerto Rico pasarían a ser de los Estados Unidos, lo cual era seriamente perjudicial a la Gran Bretaña. Manifestó el Ministro colombiano a Mr. Canning que la España pretendía reconquistar la América, auxiliada por Francia y Rusia; y entonces declaró el Ministro inglés que el Gobierno de S. M. B. se opondría a tal intervención con la

fuerza, si era necesario; y que las Repúblicas de Méjico, Colombia y el Río de la Plata se juntaban para rechazar las fuerzas españolas en el Atlántico, y no era posible que pensase la España atacar las Repúblicas del Pacífico, y se concluyó de este modo el proyecto de una expedición sobre Cuba.

Además, el Gobierno americano se oponía a la independencia de Cuba, porque juzgaba que vendría a ser sometida por tratados y un protectorado de Inglaterra y Francia, o seguiría el ejemplo de Santo Domingo, constituyéndose en una República anárquica de negros. Todo esto se demuestra por las manifestaciones del Gobierno americano con las instrucciones que dio al Ministro acreditado cerca del Congreso de Panamá y publicaciones hechas por sus hombres de Estado, como el eminente Henry Clay.

Hoy, que se han corrido 43 años desde la época en que Bolívar pensó libertar a Cuba, los republicanos de aquella isla luchan por su independencia, y si los hombres del 23 de mayo de 1867, en Bogotá, no hubiesen destruído el convenio celebrado con el Perú para que Colombia se pusiese al frente para hacer la paz con España o aliarse para libertar a Cuba, la cuestión política de esa porción del territorio americano se encontraría en una muy ventajosa situación. No sabemos lo que acontecerá antes que podamos publicar nuestras Memorias. Contraídas ellas a la historia de Bolívar, no podemos extendernos en este asunto, aunque tenemos conocimiento de todos los pormenores de esta importante cuestión hispanoamericana.

Fue grande la agitación de Colombia en los meses de enero y febrero con motivo de las elecciones para diputados a la Convención. Santander trabajaba con entera libertad promoviendo una oposición sistemática al Libertador y proclamando la reforma constitucional en sentido de una forma federal, que antes había combatido.

Las guerrillas de realistas en el nordeste de Colombia reaparecieron, y obligaron a Páez y a Mariño tomasen medidas eficaces para destruírlas. El 16 de febrero de 1828 se declaró el Libertador investido de facultades extraordinarias que concedía el artículo 128 de la Constitución al Presidente, respecto a los Departamentos del Zulia, Venezuela, Maturín y Orinoco, que estaban amenazados de una invasión exterior.

Dictó el Libertador con fecha 20 de febrero un decreto determinando el modo y las fórmulas como deberían ser juzgados breve y sumariamente los que cometiesen los delitos de traición y conspiración. Este decreto reprodujo los que para tales casos

había dictado antes Santander, como encargado del Poder Ejecutivo. En época posterior fue considerado este decreto como tiránico por Santander y sus partidarios.

El Libertador declaró por un decreto de 28 de febrero que, debiendo ausentarse para los Departamentos del nordeste y no yendo a mandar el ejército, marcharía encargado del Poder Ejecutivo, dejando a Bogotá un Consejo de Gobierno encargado del despacho de los negocios ordinarios del Poder Ejecutivo, compuesto de cuatro Secretarios de Estado, que lo eran los señores Castillo, Restrepo, Vergara (Estanislao), que reemplazó a Revenga, y Soublette. Posteriormente fue reemplazado el señor Castillo, que debía seguir a la Convención, por el señor Nicolás Tanco, y fue nombrado Secretario de Guerra el General Urdaneta (Rafael), quedando Soublette de Secretario de Marina, que debía acompañar al Libertador a los Departamentos del nordeste como Secretario General, para entenderse con el Consejo de Gobierno y comunicar las órdenes que dictase directamente el Libertador.

El Consejo de Gobierno debía tener un quinto miembro, que sería el Presidente de la Alta Corte de Justicia, y cuando el señor Vergara pasó a ser Secretario de Relaciones Exteriores fue nombrado el doctor Félix Restrepo, por decreto de 3 de marzo. En la misma fecha dirigió el Libertador una proclama a los colombianos anunciando la reunión de la gran Convención y su marcha para los Departamentos del nordeste. El 16 de marzo emprendió su viaje dirigiéndose a San José de Cúcuta, por Tunja, como punto central desde donde debía dirigir la marcha política y las operaciones militares, para pacificar los Departamentos en que los españoles mantenían guerrillas y oponerse a la escuadra española que había reaparecido sobre las costas de Venezuela y Maturín. El Libertador se había investido de facultades extraordinarias por decreto de 13 de marzo.

En Sátiva, lugar situado al norte de Tunja, recibió el Libertador comunicaciones de Páez, en que le avisaba haber sido batidas las guerrillas españolas y que el Almirante Laborde había desaparecido de nuestras costas. Allí mismo recibió parte del General Montilla sobre la insurrección del General Padilla, Comandante General de Marina, apoderándose del mando; que los Comandantes de los castillos de San José y San Fernando de Bocachica se habían negado a obedecer a Padilla.

Resolvió el Libertador trasladarse a Bucaramanga y seguir a Cartagena para sujetar a los revolucionarios.

Los primeros trabajos de la junta preparatoria para instalar la Convención se contrajeron a calificar las elecciones, sin tener para ello facultad; y el primero que excluyeron fue al doctor Miguel Peña por estar sujeto a juicio criminal ante el Senado por ser Ministro de la Alta Corte de Justicia, cuando se le acusó por haber dispuesto de caudales públicos, cuyo acto reclamó el Libertador porque Peña estaba comprendido en el indulto general que dio en Venezuela el 1º de enero de 1827, para terminar la revolución de Venezuela, y fue desatendido.

Padilla se dirigió al director de la junta preparatoria de la Convención, doctor Francisco Soto, diciéndole: "que iría él mismo a ofrecer su persona, su poco influjo y cuanto pudiera pertenecerle en defensa de la Convención".

La mayoría de los diputados de oposición, elegidos en los Departamentos del Centro, como más inmediatos a Ocaña, fueron los que, unidos a otros elegidos en diversos lugares, compusieron aquella junta; y el 17 de marzo acordó la junta contestar a Padilla la resolución que se acordó, concebida en estos términos: "que se manifestase al General Padilla la gratitud de la diputación por el celo en favor del orden público, observancia de las leyes y seguridad de la Convención, que había manifestado en los días 5, 6 y 7 del corriente, según aparecía en su comunicación y documentos". Eran treinta y ocho diputados de los presentes en Ocaña y tuvo tan irregular resolución; la aprobaron 26 diputados contra el voto negativo de 11. Al día siguiente el Diputado Espinel, de Caracas, pidió la revocación, demostrando que esa reunión no tenía facultades para semejante acuerdo y conociendo muchos diputados su error, se limitó la contestación a acusarle recibo a Padilla: "y que la diputación había visto con aprecio los sentimientos de respeto a la gran Convención que manifestaba en dicha comunicación".

En Piedecuesta recibió el Libertador comunicaciones de Montilla en que le comunicaba que, habiéndose investido de facultades extraordinarias, como Comandante General y a virtud de las instrucciones que tenía, había hecho salir los cuerpos militares de la plaza por medio de los Coroneles Basto, Reimbolt y Aldecreutz y restablecido en su puesto el señor Vicente Heros, Intendente del Magdalena; y que Padilla había fugado para Mompós, por Tolú, a donde mandaba fuerzas.

Padilla, después de haberse dirigido a dos diputados reunidos en Ocaña, se trasladó a esa ciudad, y allí fue impuesto de las resoluciones que acabamos de referir. Soto, Azuero y demás oposicionistas para acordar un plan revolucionario, para

apoderarse de Cartagena e iniciar una reacción general contra el Libertador. La poca circunspección con que obraron estos señores dejó conocer sus planes y fue instruído el General Montilla. Después de haber dirigido Padilla una representación al Libertador tratando de justificarse, regresó a Mompós; pero había llegado la fuerza que mandó Montilla, y se trasladó a Cartagena acompañado siempre de su director Muñoz. Llegó el 1º de abril, y advertido Montilla por el Coronel Aldecreutz del viaje de Padilla, lo puso preso, en su casa, con una guardia de absoluta confianza, y lo mandó bajo la custodia de un jefe de confianza a Bogotá para que fuese juzgado allá, y a sus cómplices los sometió a juicio en Cartagena.

El Libertador no había pensado acercarse a Ocaña, y fueron los acontecimientos los que le resolvieron a quedarse en Bucaramanga, para estar cerca del lugar en que estaba reunida la representación nacional.

La Convención se instaló el 9 de abril y eligió Presidente al señor Castillo y Vicepresidente al señor Navarrete. Se nombraron cuatro secretarios, todos de oposición al Libertador, y por influencia del General Santander, que se constituyó en caudillo de aquel partido. La ley prohibió que el que ejerciese el Poder Ejecutivo pudiese estar en la ciudad de Ocaña, y por esta razón no pudo ir a ella el Presidente. La Convención se dividió en tres partidos. El más numeroso era el de oposición, que tenía 28; el de amigos del Libertador era solamente de 14 diputados, y otro, tercero, de hombres independientes, tenía 15 diputados; los independientes se componían de los del Cauca, la diputación de Antioquia, de otros de Venezuela y Departamentos del nordeste. Este partido independiente era el que iba a decidir de las grandes cuestiones, agregándose alternativamente a los dos.

El Libertador nos escribió el 29 de abril desde Bucaramanga la carta que copiamos en seguida; y la que refiere de un modo claro y sencillo los acontecimientos de Cartagena, la instalación de la Convención y sus primeros actos:

Bucaramanga, 29 de abril de 1828.

Señor Coronel Tomás Mosquera.

Mi querido coronel:

Por estar en marcha y a causa de mis ocupaciones no había contestado la muy apreciable carta de usted, del 22 de mayo, que tengo a la vista y que he leído con bastante interés por las noticias que usted me comunica.

Yo he ordenado que el batallón Ayacucho pase a Antioquia a guarnecer aquel departamento, y que otro cuerpo de los más pequeños se venga al Cauca a la guarnición de su país, pues no es justo que siendo rico, vasto y abundante, no mantenga un cuerpo de tropas que sirva para su resguardo y atienda al mismo tiempo a Pasto, donde pueden necesitar auxilios de armas cuando menos se piense. Además el Cauca está poblado de gentes de diferentes especies y categorías.

Las últimas ocurrencias de Cartagena, debidas a la inicua conducta del general Padilla que traicionando al gobierno y sus deberes se apoderó por la intriga y por la fuerza de los mandos civil y militar, me hicieron retroceder así el Magdalena para velar sobre aquel departamento y su seguridad amenazada con peligro eminente, me he venido, pues, en esta villa que también tiene la ventaja de hallarse inmediata a Ocaña. Padilla, después de haber estado en el mando supremo de Cartagena siete días, fue depuesto por el pueblo y las tropas que no pudieron ver con indiferencia tan pérfido atentado y se vio obligado a huír. Anduvo algunos días errante sobre el Magdalena hasta que al fin se determinó a regresar a Cartagena y en la oscuridad de la noche penetró en la plaza escalando los muros. Fue aprehendido por Montilla y ahora está en camino para Bogotá, para ser juzgado. Es de esperarse que este ejemplo sirva a la República.

La gran Convención se instaló el 9 del corriente nombrando por presidente al señor Castillo. Sucesivamente han tenido algunas sesiones de bastante interés y casi puede asegurarse que el sistema de federación será rechazado, habiéndose determinado únicamente que había lugar a la reforma de la Constitución y sobre este punto ruedan las opiniones. El partido de Santander obra como es natural, la federación, mas siendo que este sistema no triunfaba proponen ahora la división del departamento, para de este modo debilitar la fuerza del gobierno. Mis amigos defienden pero con moderación la unidad. Esto es en pocas palabras, lo que pasa en la Convención hasta el día. Yo no sé a la verdad cuál será el resultado final, mas creo que los partidos se truncarán y harán algunas modificaciones en la Constitución. Su digno hermano se conduce muy bien.

Tenga usted la bondad de saludar a su respetable padre y familia y de creerme su afmo.

Bolívar.

El Libertador dirigió a la Convención el mensaje del 29 de febrero de 1828, el que fue contestado por el Presidente de la Convención el 25 de abril. Estos importantes documentos manifiestan que el Libertador había completamente abandonado la idea de la Constitución presentada a Bolivia y al Perú, tanto por el desengaño que sufrió al llegar a Colombia como por el resultado que tuvo en el Perú su adopción. Pero él, como la mayoría de la Convención y en general el país, rechazaba la forma federal atribuyendo a esta clase de gobierno los desastres de la primera época de la República de Venezuela y la de las Pro-

vincias Unidas de Nueva Granada. Pasados esos tiempos y en vista de los acontecimientos, debemos confesar que fue un error del Libertador y de todos nosotros, los que obteníamos en aquella época el mando de los Departamentos, sostener la forma de gobierno central.

Sin embargo, debemos hacer justicia a los que en Ocaña rechazaron el proyecto de Gobierno federal; porque muchos de los federalistas, como Santander, Soto, Azuero y Camacho en época anterior sostuvieron el centralismo en Nueva Granada, con una tenacidad tal, que probaron que las opiniones en la Convención de Ocaña no fue sino un elemento de oposición para atacar a Bolívar. Posteriormente, en le República de Nueva Granada, fueron centralistas.

Los diferentes cuerpos del ejército también representaron a la Convención pidiendo que se les igualase en el sufragio como ciudadanos, que los mantuviese en sus fueros: representaciones fueron estas que indignaron a una gran parte de los diputados. El Jefe civil y militar de Venezuela, General Páez, dirigió muchas actas con un mensaje a la Convención, pidiendo se mantuviera al Libertador en el ejercicio del Poder Ejecutivo, y la unidad nacional.

Agitóse extraordinariamente la discusión sobre reformas federales, y al fin los centralistas rechazaron el proyecto y se entró en términos conciliatorios entre centralistas y federalistas. Fue rechazado el proyecto de constitución federal el 28 de abril, y el 4 de mayo, nos decía el Libertador, contestando nuestra carta de 5 de abril, en que le comunicaba se remitía una representación a la Convención por la municipalidad y vecinos de Popayán, pidiendo las reformas en sentido central: "Aunque ellas llegaron talvez en tiempo que no pudiesen producir el efecto que ustedes desean, sin embargo muestra siempre la opinión de esa parte de la República en favor de la unión y de la estabilidad. Puedo asegurar a vuestra merced que en la Convención se había rechazado por una gran mayoría la federación que se había propuesto, y habiendo acordado que se hiciesen reformas en la Constitución, conservando siempre la forma central".

Sin embargo de este triunfo en que la mayoría de la Convención acordó: "que el Gobierno de Colombia en sus tres poderes sería unitario; que su administración se mejoraría haciendo más eficaz la acción del Ejecutivo, en todos los extremos de la República; y que para facilitar la consecución de estos objetos, se establecerían asambleas en las divisiones territoriales,

con las facultades que les dieran la Convención y las leyes", nada favorable se esperaba de la Convención.

Nombrada la comisión que debía redactar bajo tales bases la Constitución, presentó en ella un proyecto el doctor Vicente Azuero, que era una parodia de la Constitución de la República francesa, en que no quedaba Poder Ejecutivo, propiamente dicho, y además, dividía el país en 20 Departamentos con asambleas o cámaras legislativas. Este proyecto fue sometido a discusión y aceptado. El señor Castillo presentó un contraproyecto que firmaron 22 diputados, se suscitaron largas discusiones entre los dos partidos siempre que los diputados que sostenían la necesidad de acordar la Constitución de acuerdo con la opinión nacional expresada por las innumerables representaciones de municipalidades, Magistrados de los Tribunales, oficiales del ejército y muchos vecindarios; les respondían Santander, Azuero, Soto y otros oposicionistas a Bolívar y a sus amigos, con insultos tratándolos de abyectos y amigos de la tiranía.

Cuando el Libertador tuvo informe de tales cosas, escribió a sus amigos a Ocaña, que se ausentaría hacia el nordeste de Colombia para tranquilizar completamente esa parte del país y tener una base de operaciones para salvar a Colombia.

Con esta noticia se promovió en la Convención, por el señor Castillo y sus amigos, que se llamase al Libertador a Ocaña, en razón a que el poder constituyente tenía necesidad de frecuentes informes del Poder Ejecutivo y porque aquella resolución comprendida en el decreto reglamentario de la convocatoria de la Convención, que prohibía que el encargado del Poder Ejecutivo estuviese en Ocaña, era una disposición absurda; y que habían conseguido introducirla, por miedo de la influencia que tuviese Bolívar en la gran Convención. Que ni en Guayana ni en Cúcuta había influído el Libertador sino expresando sus ideas y obedeciendo siempre al Poder Legislativo Constituyente.

Fueron inútiles los argumentos y la lógica del señor Castillo para vencer las pasiones. El doctor Soto presidía la Convención en estos días de grande agitación.

Los diputados independientes o moderados se empeñaron en conciliar los extremos y promovieron una reunión confidencial para entenderse. Se verificó la conferencia sin resultado ninguno. Ya hemos dicho cuál era el proyecto de Azuero. El del señor Castillo dividía el país en Departamentos y provincias. El Poder Legislativo en dos cámaras, una de Senadores nombrados: uno por cada provincia, por 4 años, y otra de Representantes a

razón de uno por cada 40 mil habitantes. El Presidente y Vicepresidente durarían 8 años y los Ministros del Poder Judicial serían nombrados por todo el tiempo de su buena conducta.

Santander, que como hemos dicho antes, se convirtió de amigo en enemigo, cuando Bolívar le dijo que Sucre era el mandado a sucederle, desplegó en Ocaña una animadversión extraordinaria, y se opuso a que el Libertador fuese a Ocaña diciendo: "Que era tal la influencia moral de Bolívar sobre los colombianos, que él muchas veces había ido a verle, irritado y lleno de venganza para decirle la verdad y que no se conducía bien y al verlo y hablarle se desarmaba y tenía que admirar su genio". Esta confesión llena de veneno para arredrar a los traidores que pretenden ser hombres independientes, en boca de Santander era una confesión del mérito de Bolívar. Se acordó después de una discusión acalorada de muchos días, que se discutiesen los dos proyectos simultáneamente: disposición antiparlamentaria, que daría por resultado aprobar artículos inconexos y que prorrogaría inútilmente la discusión.

Las pasiones se enardecían diariamente. Los diputados amigos del Libertador que sostenían el proyecto del señor Castillo, eran insultados diciéndoles que querían secundar los planes ambiciosos de Bolívar, queriendo establecer una Constitución más monárquica que la de Bolivia, así como establecer la tiranía ministerial. Se les ridiculizaba siempre que mencionaban las muchas peticiones de los pueblos, de las corporaciones y del ejército, que pedían un gobierno fuerte y vigoroso, de tal suerte que al fin de mayo ningún diputado quería ensayar sus fuerzas para traer a buen sentido a los que se habían declarado irreconciliables enemigos de toda medida que pudiese dar por resultado favorable un acto adicional a la Constitución de 1821, para conservar el orden y la integridad nacional.

El Presidente de la Convención era el doctor Soto, y con su larga práctica de táctica parlamentaria dirigió las discusiones y anotaciones, unas veces con habilidad y otras aun faltando a los reglamentos internos, con la esperanza de que la mayoría sostuviese sus resoluciones.

Los diputados que sostenían el proyecto de Castillo, viéndose oprimidos por una mayoría orgullosa, que se había constituído con la incorporación de algunos de los que se llamaron independientes, perdieron toda esperanza de conciliación.

Debió elegirse nuevo Presidente de la Convención y se nombró al señor Joaquín de Mosquera, como una medida de conciliación; pero esto no calmó los ánimos. Varios diputados

de los independientes presentaron un nuevo proyecto de Constitución que podía ser bien recibido por ambos partidos; pero era tal la acrimonia de unos y otros, que no se aceptó la discusión.

Viéndose los representantes que sostenían el proyecto de Castillo oprimidos por una mayoría intolerante que les negaba no solamente lo justo sino hasta los hechos que habían tenido lugar en la Convención, indicaron que siendo su presencia en el seno de la representación nacional un mal, pues que solamente servía para dar sanción a disposiciones contrarias al querer nacional, habían resuelto separarse y regresar a sus provincias a dar cuenta a sus comitentes. Segunda vez algunos diputados promovieron conferencias entre los individuos que encabezaban los dos partidos. Esto tuvo lugar el 2 de junio. Después que se verificó la reunión y se discutió con decencia cada una de las proposiciones de la Constitución, hubo una esperanza de llegar a entenderse. Pero Santander, Azuero y Soto dirigieron una solicitud indigna, pidiendo permiso a la Convención porque sus ideas liberales, de que jamás podrían prescindir, eran un obstáculo para las reformas. Como se ve, tal solicitud les hacía aparecer como el alma de la oposición y era una increpación contra los diputados que querían las reformas de acuerdo con la opinión nacional. Castillo y los demás diputados se creyeron ofendidos y resolvieron ausentarse, y el 1º de junio se pusieron en marcha para no permanecer en Ocaña.

Ningún esfuerzo de los que se llamaron independientes y de algunos de la oposición fue bastante para hacer volver a los 20 diputados que se ausentaron y quedando únicamente 54 que no hacían el **quórum** legal para continuar sus reuniones. El 11 de junio declararon los diputados existentes en Ocaña suspendidas las sesiones, y fueron 53 porque el señor Hermoso no asistió por enfermo; se unió a los 20 que se fueron a la aldea de La Cruz, desde donde dirigieron una exposición a los diputados residentes en Ocaña y otra al Libertador: documentos importantes que demuestran los principios en que apoyaron los 21 diputados el abandono de hecho que hicieron de su representación en la Convención.

La libertad con que obró la oposición para combatir a los amigos del Libertador y los insultos que les prodigaban, habla muy alto en favor de Bolívar, que toleraba todo; no obstante que Colombia atravesaba una época crítica con los acontecimientos que se habían verificado en los tres Departamentos del Sur y el peligro de una guerra en el Perú.

El Libertador perdió toda esperanza de un avenimiento entre los representantes de la Convención y resolvió regresar a Bogotá porque le llamaban a la capital los negocios internacionales, que se complicaban hacia el sur, y marchó de Bucaramanga el 9 de junio, y el 16 desde el Socorro; comunicó al Consejo de Gobierno los acontecimientos de Ocaña.

Los documentos que dejamos citados demuestran cuál era la situación del país, y que aunque el Libertador estaba investido de facultades extraordinarias en toda la República, gozarían de la más completa libertad los miembros de la Convención; y que el decreto del Libertador exceptuó a Ocaña del ejercicio de tales facultades. Santander y sus compañeros no solamente agriaban las cuestiones para despopularizar al Libertador, sino que mantuvieron constantes reuniones reservadas con todos los diputados que se les habían reunido para concertar un plan revolucionario en toda la Nación, y que debían empezar simultáneamente en diferentes provincias; de que fue instruído el Gobierno aunque sin los datos precisos para poder proceder.

El Libertador, antes de dejar a Bucaramanga, le escribió al Consejo de Gobierno cuál era la situación y que se pondría en marcha para la capital, para que meditasen las medidas que debían adoptarse; pues según el acuerdo de 21 diputados que sostenían, dirigidos por el señor Castillo, el 2 de junio, habían resuelto separarse de Ocaña, y quedaría la Convención disuelta. Les decía a los miembros del Consejo que en la ciudad del Socorro esperaría el resultado definitivo. Les dijo confidencialmente que algunos de los más exaltados habían manifestado que era necesario matar al General Bolívar, sin lo cual la revolución no tendría buen resultado.

En las cartas de 2 y 3 de junio que escribió el Libertador a sus amigos, les manifestaba que estaba acosado por tanta ingratitud y que él tenía la voluntad de hacer un esfuerzo para acompañarnos, como se verá en la carta que nos escribió, y en que hace relación a otra carta escrita al señor Arboleda (Rafael), en la cual se extendía sobre la necesidad de constituír el país con un gobierno que auxiliase el orden y la libertad; para sostener la independencia nacional y repeler las invasiones de los españoles por las costas de Venezuela y por la frontera del Perú, en donde el General Gamarra había colocado un ejército de observación: que él no indicaría nada, sino que los buenos ciudadanos podían meditar lo que más convenía a la salvación del país. En la carta que dejamos citada nos dejó de su puño y

letra estas palabras: "Ya es tiempo de obrar porque no hay más esperanza".

El Capitán Francisco Montúfar, Diputado por Pichincha, fue mandado desde Ocaña el 9 de junio a Bogotá para anunciar la resolución de los 21 diputados resueltos a separarse de Ocaña para que se tomasen medidas oportunas para salvar el país.

Recibidas estas noticias, el Intendente de Cundinamarca, Coronel Pedro A. Herrán, tuvo conferencias con los Secretarios de Estado y resolvió convocar una asamblea popular, por medio de una alocución para que se acordase la medida de proclamar al Libertador jefe supremo de la República, para que salvase el país. Unióse el Coronel Herrán al General de División José María Córdoba. El 13 de junio tuvo lugar este acto de tanta trascendencia, que se transcribió al Consejo de Gobierno, el que le dio su aprobación, y todos los Intendentes y Comandantes Generales de los Departamentos. Correspondióse en toda la Nación con actos semejantes, que fueron publicados en la **Gaceta Oficial de Colombia,** y corren en los documentos de la vida pública, para la vida de Bolívar. Todas ellas son iguales en el sentido que se redactó la de Bogotá, la cual se ve en el apéndice bajo el número acta 13 de junio, que hemos citado. Solamente una de ellas, la de Popayán, no se publicó; no obstante que el Libertador la recibió bien y la publicamos, como que fue la excepción expresándose el vecindario de la capital del Departamento del Cauca en su acta, que las facultades que se le conferían las ejercía hasta que asegurada y tranquilizada la República interior y exteriormente, **se pueda convocar la Nación para que fije su futuro gobierno.**

Cuando recibimos las comunicaciones de Bogotá, el 28 de junio, reunimos a los jefes militares, Coronel Obando, Coronel Anzlegui y Zamora, Coroneles Líno de Pombo, Vicente Gutiérrez de Piñeres y F. Esteban Luque, para instruírlos de los sucesos y ellos, como un oficial de cada clase, formaron una acta para obedecer al Libertador como Jefe supremo de la Nación y consultados en otra reunión los empleados nacionales, y los Ministros de la Corte Suprema de Justicia, opinaron que se convocase al pueblo en un cabildo abierto, para instruírle de la situación del país y no se permitió que ningún militar asistiese a la reunión, mandando que los cuerpos no saliesen de sus cuarteles. Tal fue el modo como se procedió a acordar y formar el acta que dejamos mencionada, e instruído de todo el Liberta-

dor, nos contestó satisfecho de este modo de proceder, como se verá en su carta de 15 de julio, en el apéndice.

Hemos referido minuciosamente los hechos que tuvieron lugar en la Convención hasta disolverse; cuál fue el origen de la acta de 13 de junio de 1828, que sirvió de modelo para todas las que se celebraron en Colombia y que se encuentran en el tomo 15 de los documentos de la vida pública del Libertador.

Han corrido 41 años de la época que vamos refiriendo, y si se consideran los acontecimientos que han ocurrido en este largo período que se acerca a medio siglo: las vicisitudes de los tiempos en todas las Repúblicas hispanoamericanas, se vendrá en conocimiento que Bolívar obraba con patriotismo y el deseo de salvar a Colombia de la anarquía; y que de ninguna manera le lisonjeaba el deseo de mando.

Según la posición pue ocupábamos sus agentes constitucionales, nos hablaba y daba instrucciones o consejos. Al escribir a Venezuela, agitada violentamente por la revolución que inició en mala hora Páez el 26 de abril de 1826, que tuvo que terminar con indulgencia por las contrariedades de Santander y la rebelión de la tercera división auxiliar de Colombia en el Perú y los sucesos de los Departamentos del Sur, decía a sus amigos: "que se mantuviesen tranquilos y que no diesen paso alguno, porque estaba suficientemente autorizado por la Constitución para salvar el país" (cartas al señor Mariño y al señor Mendoza). A los Generales Salom y Monagas les aconsejaba que debían permanecer tranquilos ocupándose únicamente de conservar y mejorar los Departamentos. Una vez que Venezuela se ha manifestado de un modo tan solemne en las representaciones a la Convención, sería un mal aumentar la acción de elementos que, habiendo ya producido el bien que debía esperarse, causarían ahora males. Al escribir en este sentido el Libertador a Venezuela, tenía presentes las actas desconociendo la legalidad de haberse convocado la Convención por el Congreso de 1827, y las representaciones dirigidas a la Convención por Páez el 15 de mayo de 1828.

El General Páez se había sometido al Libertador desde que llegó en fines de 1826 a Venezuela, y quedó absuelto por el decreto de 1º de enero de 1827, como hemos referido; pero rodeados de hombres turbulentos como el doctor Miguel Peña, y débil en su carácter moral, como hombre público era una amenaza continua para la unidad de Colombia; y el Libertador hacía todo lo posible para tenerlo contento, y que no armase más males de los que había inferido a Colombia, con el ejemplo de

la insurrección de 1826, causa de todos los trastornos de Colombia.

Hemos leído en la autobiografía de Páez una carta que dice escribió el Libertador al General Clemente, con fecha 14 de mayo, desde Ocaña, que dice: "Ya sabrás que la Convención ha decretado un gobierno central, y conservar la Constitución con pocas alteraciones. Esto quiere decir que después de tantas contiendas por las reformas, nos quedaremos como antes o quizá peor. Aquéllos esperan muchas cosas; pero yo no tengo la misma esperanza y por consiguiente he resuelto irme a Venezuela a contribuír a la felicidad de mi propio país. Vino Herrera, de Ocaña, y la gran Convención me escribió mandándome las representaciones de Venezuela añadiendo que lo hacía porque estaba encargado de mantener el orden público: esto quiere decir que las representaciones lo han turbado y yo no sé qué hacer, ni decir con esta providencia. Yo devolví a Herrera a Ocaña con mis últimas ideas; pero aceptadas o no, pienso continuar mi marcha, para tratar con mis amigos de salvar nuestro propio país". Y dice Páez: **Este era el epitafio de Colombia, escrito por el Libertador.**

Con fecha 16 de mayo nos decía el Libertador: "Las cosas de la gran Convención siguen poco más o menos en el mismo estado en que tenían cuando escribí mis útimas cartas a usted. La federación fue rechazada por 44 votos contra 22. Después se ha procedido a la discusión de las bases de reformas: mis amigos de allí me escriben que la Constitución será mejorada en mucho."

Nosotros hemos estado al corriente de la marcha de los negocios en la Convención, y que publicamos íntegras las cartas del Libertador y las nuéstras, no podemos combinar la oposición de ideas en las cartas que dejamos citadas, y debe ser algún error o equivocación; porque el Libertador no pensó huír del peligro, y no ofreció acompañarnos, como se ve en las cartas que publicamos en el apéndice de estas Memorias y que hemos citado.

El 16 de julio contestó el Libertador por medio del Secretario General, General Soublette, que aceptaba el pronunciamiento del 13 de junio hecho en Bogotá, llamándolo a ejercer el poder supremo de la Nación. El 24 llegó a Bogotá, en donde fue recibido con grande aplauso y entusiasmo. Dirigiéronle la palabra el Presidente del Consejo de Ministros, el de la Alta Corte de Justicia; el Intendente del Departamento, el jefe político de la capital; el Comandante General del Departamento de Cundi-

namarca; el contador general Decano y el Rector de la Universidad. Todos los discursos, como debe suponerse, fueron entusiastas por el Libertador; y él con aquella facilidad que tenía para improvisar, contestó y desenvolvió sus ideas republicanas, y que solamente el amor a la patria le obligaba a aceptar de nuevo el ejercicio del poder supremo. Estos discursos se publicaron en la **Gaceta Oficial**, y nos parece innecesario reproducirlos ni extractarlos.

El Libertador, en uso de sus facultades extraordinarias de que estaba investido, conforme al artículo 128 de la Constitución de Cúcuta, siguió gobernando y organizó un Consejo de Estado para que le ayudase en la confección de aquellos decretos más importantes que debiera dar, y en el que se declaraba encargado del mando supremo.

Este Consejo se compuso de los Secretarios de Estado, de los señores José María Castillo y Rada, el Arzobispo de Bogotá, doctor Fernando Caicedo, doctor Francisco Cuevas, José Rafael Revenga, Joaquín de Mosquera, Jerónimo Torres, José Félix Valdivieso y Martín Santiago Icaza. Uno de los trabajos de que se ocupó de preferencia el Consejo fue dar una Constitución al país para que, conforme a ella, se encargase el Libertador del mando de la República; la actual debía quedar como permanente, al terminar la consolidación del orden y restablecida la paz con el Perú. Este proyecto fue presentado por el señor Castillo y trabajado sobre el que presentó a la Convención de Ocaña. Puesto en discusión, todos lo aprobaron, dando este consejo al Libertador. El señor Joaquín de Mosquera permaneció en silencio; y como lo notase el Libertador, le preguntó que explicara su silencio, pues lo juzgaba adverso al proyecto.

Al día siguiente pasó el señor Mosquera a verse con el Libertador, para explicarle más extensamente su opinión; y le dijo poco más o menos lo siguiente, según él me ha referido: "General, a la altura en que usted se encuentra, no llegan más opiniones ni noticias que las que le traen los que lisonjean al mandatario y pretenden ganar su voluntad; y yo vengo a darle una prueba de mi antigua amistad, asegurándole no solamente que es falso que los colombianos sólo aguardan conocer sus deseos, para complacerlo; sino que es todo lo contrario. Ha perdido usted inmensamente en la opinión pública desde que adoptó la Constitución boliviana que le presentaron en el Perú y de cuanto ha pasado en Colombia, y la conducta que ha tenido usted con Páez en Venezuela". Le refirió en seguida varias anécdotas que había presenciado, o conocido en su viaje de Po-

payán a Ocaña y el que hizo al día siguiente de dicha ciudad a Bogotá, para que conociese la verdad y cuánto odio había contra sus edecanes y otros oficiales que le acompañaban desde el Perú. Esta conferencia fue interrumpida por haberse presentado el Ministro de Francia, y el señor Mosquera se retiró. Esa tarde, que fue el 20 o 21 de agosto, hizo llamar el Libertador a Mosquera para que le explicase todo su pensamiento. Entonces este consejero le dijo, poco más o menos, según él mismo me lo refirió y el Libertador ratificó la relación: "Las actas que hasta ahora se han sancionado por diversos problemas y cuerpos del ejército, están reducidas a proclamar a usted Jefe supremo, para que ejerza un poder dictatorial mientras puede devolverlo a la Nación. Dar una Constitución, como la Carta que dio Luis VIII en Francia, es usurpar la soberanía del pueblo y dejar a la República inquieta, esperando la ocasión de hacer una nueva revolución. No hay que engañarse, General. La oposición contra usted se aumenta diariamente, y los que lo ven y hablan de cerca no son francos, o no ven los peligros que están corriendo Colombia y usted". Entonces le preguntó el Libertador cuál era su opinión, y contestó el señor Mosquera: "Que dé usted un decreto orgánico bajo cuyas disposiciones gobierne y que se reconozcan las garantías y derechos políticos de los colombianos y que ofrezca convocar un Congreso constituyente para el 2 de enero de 1830".

Después de algunas explicaciones, el Libertador le indicó al señor Mosquera que preparara su voto para el día siguiente, que ha conocido que tenía razón. Al día siguiente hizo convocar el Libertador al Consejo de Estado y, reunido, les manifestó que había desechado el proyecto presentado la víspera, por las opiniones que emitió el señor Mosquera, en la discusión y meditación que ha tenido sobre el particular; pero que al señor Mosquera le correspondía indicar la medida que se debía adoptar, y éste expresó que debía sancionarse un decreto orgánico al cual se arreglara el Poder Ejecutivo en el ejercicio del poder a que estaba llamado, debiendo contenerse en él el reconocimiento de las garantías individuales, incluso la libertad de imprenta. Dejar independiente al Poder Judicial y ofrecer convocar inmediatamente un Congreso Constituyente. Adoptó la idea el Libertador en la sesión de ese día que fue el 21 de agosto; y comisionó al señor Castillo para redactar el proyecto de acuerdo con el señor Mosquera; el 24 fue presentado, y discutido en los días 25 y 26, y sancionado el 27 del mismo mes. Este hecho ha estado ignorado hasta ahora; y es muy importante para hacer

ver que Bolívar, lo que menos quería era usurpar la soberanía del pueblo; y que lo que hizo en aquellas circunstancias fue obra de la necesidad de salvar el honor nacional y la integridad de Colombia.

Durante este período de mando supremo dio el Libertador varios decretos importantes para la marcha de la administración; especialmente en materias de hacienda y para restablecer la disciplina militar. Pero con dolor lo decimos: tuvo la debilidad de dar decretos retrógrados por complacer a los reaccionarios que le rodeaban en aquella época luctuosa; tales como el que reformó el plan de estudio prohibiendo la enseñanza de legislación por Bentham, el que restableció algunos conventos menores y el que derogó la ley que exigía la edad de 26 años para profesar: obrando en contra de lo que hizo en el Perú y Bolivia en este asunto. Restableció el fuero militar y la observancia de la ordenanza española, y la ley que prohibía el matrimonio de los militares, exigiendo licencia para contraer nupcias. Estas disposiciones levantaron el clamor contra el nuevo orden de cosas, y limitada la libertad de imprenta faltó esta válvula de seguridad política, y el plan revolucionario que se acordó en Ocaña se puso en práctica para destruír la acción del Gobierno supremo.

El Libertador, que consideraba, y con justicia, a Santander el Jefe de la revolución, resolvió hacerle salir de Bogotá y le nombró Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca del Gobierno americano; y a su petición se designó al señor Luis Vargas Tejada, Secretario de la Legación.

Organizóse en Bogotá un club demagogo para asesinar a Bolívar, único medio para variar completamente el nuevo orden de cosas establecido. Este club lo componían originalmente, el Comandante Carujo, de Venezuela; Horment, francés; Luis Vargas Tejada, bogotano; Florentino González, del Socorro; Mariano Ospina, de Guatavita; Ezequiel Rojas, de Tunja; Celestino Azuero, del Socorro; Zuláibar, de Antioquia; Emigdio Briceño, de Mérida; Rafael Mendoza, de Bogotá; Ramón Guerra, de Tunja; Silva, de Chiquinquirá; López, oficial degradado en juicio, y Juan Miguel Acevedo Tejada, de Bogotá.

Debía ser asesinado el Libertador. A algunos otros partidarios de Santander se les atribuyó complicidad; pero aunque enemigos del Libertador, no tuvieron parte en este crimen premeditado.

La municipalidad de Bogotá dio un baile de máscaras en el teatro, en celebridad del aniversario de Boyacá, en la noche

del 1º de agosto y pensaron los conjurados efectuar esa noche el crimen; pero Bolívar se retiró por la puerta excusada del teatro antes de que llegase la hora de la combinación. El Libertador se fue de paseo a Soacha, y Horment, Carujo, Luis Vargas Tejada y Florentino González fueron a verse con Santander para hacerle sabedor de lo que iban a ejecutar, para que se preparase a encargarse del Poder Ejecutivo, si la revolución después de muerto Bolívar lo llamaba al Poder. Santander se escandalizó al oír el nefando plan. Esto pasó el 20 de agosto. Cerró la puerta de la sala en que estaban juntos y les manifestó que él jamás tomaría parte en semejante asesinato; que Bolívar debía ser separado del mando; pero jamás asesinado porque tal crimen deshonraría la causa liberal. "Pueden ustedes comenzar por asesinarme aquí; porque sólo así dejaré de evitar tal atentado". Les agregó que el plan revolucionario se debía madurar y llevarlo a efecto, luégo que Tovar, de Caracas; Jaramillo, de Antioquia; López, de Popayán; Rojas, de Tunja; Vallarino, de Panamá, y Quintana, de Santa Marta, informasen que estaban tomadas las medidas para dar el golpe; pero nunca asesinarlo. Les manifestó que el ejército entero era idólatra del Libertador. Que Castillo se encargaría del Poder Ejecutivo, y el régimen reaccionario contra las conquistas de los republicanos dominaría en Colombia con tal atentado. Entonces se manifestaron convencidos y ofrecieron a Santander abandonar su proyecto y continuar el plan de conspiración, y se retiraron. El General Santander hizo ensillar un caballo y se dirigió para Soacha a verse con el señor José Ignacio París, que acompañaba al Libertador en reunión del General Urdaneta y dos ayudantes y sus criados para que sugiriese al Libertador la necesidad de regresar a Bogotá y no estar sin guardias. Encontróse en el puente de Bosa con el Libertador y los que le acompañaban, que regresaban del paseo, y siguió hacia Soacha viendo logrado su objeto, y en los días siguientes de agosto y septiembre nada pudo sospechar. Sin embargo, la conspiración seguía adelante, precaviéndose de que el General Santander tomase conocimiento. El Coronel Ramón Guerra, Jefe del Estado Mayor del Departamento de Cundinamarca y el Comandante Silva de la artillería, eran los que ofrecían a los conspiradores apoyo con el batallón de artillería que lo podían inducir a dar el golpe al batallón Vargas, suponiendo que él había resuelto contra el Libertador en el momento que los conspiradores asaltaban a Bolívar en Palacio.

El 24 de septiempre el Capitán Benedicto Triana, que tenía alguna noticia de la conspiración, porque había logrado obtener algunos datos estando un poco cargado de licor, le dijo al Teniente Salazar, del batallón Junín, que sabía que conspiraban contra la vida del Libertador, y este oficial fue a darle parte al Libertador, quien hizo llamar al General Joaquín París, Comandante General, para que tomase algunas medidas para descubrir el hecho que se denunciaba. El Comandante General, que tenía absoluta confianza en el Jefe de Estado Mayor, Coronel Guerra, le dio la orden de iniciar un sumario para descubrir lo que hubiese. Guerra era uno de los redactores de un periódico que sostenía al Libertador, y de que era redactor principal el doctor Jerónimo Torres. Guerra dio inmediatamente aviso a los conspiradores y aparentó el 25 de septiembre estar ocupado en descubrir la conspiración de un modo reservado, para dar un golpe seguro contra los conspiradores, y se acordó en el club de conspiradores dar el golpe esa misma noche, y lejos de reforzar la guardia de Palacio y mandar estar vigilantes, se relevó la custodia con 20 hombres de caballería desmontados a órdenes del Capitán Martínez; y se contentó el Jefe de Estado Mayor con ordenar el servicio ordinario con un centinela en la puerta de Palacio y otro en la escalera.

El Coronel Guerra, después de haber estado en el cuartel de artillería a municionar la tropa, como éste no estuviese en su totalidad a donde se le dijo a la partida que tomó Carujo y Horment, que la guardia de policía se había sublevado, y al resto de la artillería, que el batallón Vargas se había revolucionado contra el Libertador e iban a someterlo.

El Capitán Mendoza fue a sorprender a los centinelas del batallón Vargas, y trató de matar al soldado Márquez, natural de la Ciénaga de Santa Marta, dándole un sablazo que le hirió el brazo; pero el soldado le hirió también y los oficiales Torrealva y Quintero, que estaban en el cuarto de banderas, arrestados, se arrojaron a defender al centinela y cerraron la puerta del cuartel, quedando adentro Mendoza, que conocía bien el cuartel y que había una ventana sin reja en una pieza del lado de San Agustín, y se escapó por ella el Teniente Lizardi, puso sobre las armas al batallón y rompió el fuego contra Silva que atacaba el cuartel. El Coronel Whittle al oír el fuego en su casa, toma un caballo y sale para el cuartel. Ezequiel Rojas y Luis Vargas Tejada estaban cerca de la puerta de calle de la casa de Whittle, y al verlo salir armado con su asistente se arredraron y siguió al cuartel. Reconocido por Lizardi le hace abrir la

puerta y puesto a la cabeza de su cuerpo sale a atacar a los artilleros, que al grito de ¡viva Bolívar!, dado por Vargas, se arredran y ven que se les había engañado y huyen.

Carujo, Horment, Zuláibar, López y Florentino González, con la escolta de artillería, se dirigen a Palacio: sorprenden al Capitán Martínez y a la guardia y los aprisionan. Carujo, Horment, Zuláibar y López con González, entran a Palacio matando a los centinelas de la puerta y la escalera y se dirigen al interior a asesinar a Bolívar. En la antesala se opone el Teniente Andrés Ibarra, Edecán del Libertador, y de un sablazo le desarman hiriéndole en la mano. El Libertador, que iba a acostarse, conoce el peligro y toma sus pistolas para morir defendiéndose. La señora Manuela Sáenz, que estaba con él, se apodera de la llave de la alcoba, y le manifiesta que tiene tiempo de salvarse por la ventana que cae a la calle del teatro y tomando una sábana se descuelga con sus pistolas y huye tomando la calle hacia el Oriente. Al llegar a la esquina de la calle que va para el convento del Carmen, siente que lo sigue un hombre y prepara su pistola para atacarlo: era uno de sus criados. Trinidad, que salió huyendo de Palacio y tomó la misma calle y conoció al Libertador, le dice: "Soy Trinidad, mi General", y el Libertador le dice que le siga. Al llegar al puente del río San Agustín bajan juntos y se guarecen bajo el puente. A poco pasan unos conjurados gritando: murió el tirano, y oye a lo lejos vivas al Libertador y el fuego en diversas direcciones; como cesara el de Vargas, creyó el Libertador que el batallón había rechazado a los conspiradores y resolvió ir para ese batallón; al llegar a otro puente del río, que está en la esquina que da al cuartel de Vargas, sienten venir dos oficiales a caballo y se ocultan. Llegan los oficiales y uno de ellos era el Teniente Coronel Espina que andaba en solicitud del Libertador; habla a los que le acompañaban y le conoce el Libertador y le llama. Gran regocijo tuvo el Libertador de verse salvo, tomó el caballo y llegó al cuartel de Vargas y le recibe la guardia con grande entusiasmo, y siguió el Libertador para la plaza mayor, en donde estaban el batallón Vargas y el escuadrón de Granaderos montados a órdenes del General Urdaneta, dirigiendo la persecución de los conspiradores. El General Córdoba fue a perseguir a los que huían por San Victorino y dejó escapara Carujo, a quien le ofreció asilo en su casa y lo ocultó.

La presencia del Libertador en medio de la fuerza y de los Generales Urdaneta, Córdoba, Vélez, París, Ortega y el Coronel

Herrán les reanimó a todos y se ordenó una persecución activa contra los conspiradores.

Cuando los conjurados no encontraron al Libertador en su dormitorio, preguntaron: "¿En dónde está el General Bolívar?" Y la señora Sáenz les respondió que dormía en la sala del Consejo y la hicieron ir con ellos. Al ver herido al Teniente Ibarra, la señora Sáenz prorrumpe en llanto, y Zuláibar le da un pañuelo para que le ligue la mano herida. Al encontrar la sala del Consejo cerrada, el conspirador López trató de estropear a la señora Sáenz; pero Florentino González la defiende y se retiraron. Al salir de Palacio encuentran los conspiradores al Coronel Fergusson, Edecán del Libertador, que iba a Palacio a cumplir su deber y Carujo lo asesina dándole un pistoletazo. Así le paga el servicio que, como amigo, le había prestado pocos días antes, haciéndole dar la efectividad del grado de Comandante por el Libertador.

El Libertador se retiró al Palacio por la mañana, de la plaza en donde permaneció mientras se dictaban todas las órdenes para perseguir a los conspiradores. Estaba rodeado de sus amigos que le felicitaban, cuando entró el señor Joaquín de Mosquera y viéndolo mojado, con la cabeza desgreñada y macilento, le pidió que tuviese la bondad de ir con él a otra pieza, porque tenía algo que decirle; y lo llevó al dormitorio en donde le manifestó que su salud era lo que había que atender, que estaba mojado y macilento y necesitaba mudarse, tomar alimento y dormir. El Libertador le contestó: en toda esta noche de tormento que ha sido un infierno para mí, lo he pensado a usted, recordando lo que me dijo, que no creyera en la gran popularidad que me decían tener en Colombia, porque había muchos enemigos que estaban resueltos a hacerme una oposición tenaz y temeraria.

Cambióse de vestido el Libertador, y como no había ni fuego en Palacio, tuvo el señor Mosquera que ir a su casa a hacerle preparar y traer una buena sopa y otras cosas para que almorzase y descansase.

Cuando descansó el Libertador y se repuso con haber dormido algo, su primera idea fue dar un indulto y amnistía completa y hacer llevar a su presencia a todos los conspiradores aprehendidos para decirles que estaban muy engañados creyéndolo tirano: que sus hechos gloriosos y la libertad de tres Naciones le habían elevado; pero que él no usurpaba jamás la soberanía nacional. Hoy se retiran las guardias de Palacio: estaré siempre solo y con las puertas abiertas. Si algún fanático por

hacerse célebre con mi muerte, que venga a cubrirse de oprobio, y yo recibiré de sus manos una nueva gloria: moriré por la tolerancia y la indulgencia. El señor Castillo encontró la idea sublime y digna del Héroe; pero le dijo al Libertador que debía discutirse con todos los secretarios y los jefes del ejército y otras personas de influjo que se opusieron, y el Libertador no se encontró esta vez bastante fuerte para dar ese golpe de firmeza para seguir el consejo de su inspiración.

Las causas siguieron a los reos aprehendidos, y se sometió a juicio al General Santander por sospechas.

La exaltación entre las autoridades política y militar produjo la aprehensión y procedimiento contra personas inocentes por el sólo hecho de ser de la oposición al Libertador o amigos de Santander que, como jefe de la revolución política que se acordó desde Ocaña, se le creyó también cómplice en la conjuración del 25 de septiembre, y según el juicio que se le siguió, fue condenado a muerte porque no denunció el delito de conspiración, y porque era el jefe de la revolución proyectada en Ocaña, a la cual hizo alusión uno de los reos. Consultado por el Libertador el Consejo de Ministros, sobre esta sentencia pronunciada por el General Urdaneta, Comandante General de Cundinamarca, con el dictamen del asesor nombrado, Coronel Tomás Barriga, que era también abogado, resolvió el Consejo: por cuanto resultaba probado que Santander tuvo conocimiento de la conspiración, que la aprobaba y daba consejos y opiniones sobre ella, y que quiso tuviese su efecto después de su salida de Colombia; mas que no tuvo parte en el suceso del 25, y la ejecución de muerte se miraría como injusta, excesivamente inicua y talvez como imparcial y vengativa. El Libertador conoció que las conclusiones del Consejo eran justas, y conmutó la pena de muerte a que fue condenado Santander a extrañamiento de la República, y que si regresaba sin permiso del Gobierno se llevaría a efecto la sentencia. El General Córdoba ocultó a Carujo y se ofreció a presentarlo si se le perdonaba la vida. Así lo acordó el Libertador, dándole un indulto con la condición de salir del país. Fueron también indultados Florentino González por haber sido entregado por unos parientes y después Briceño, Mendoza, Azuero, Acevedo, Rojas y otros. Solamente fueron fusilados el 30 de septiembre: Horment, Zuláibar, Silva, Galindo y López, todos convictos y confesos de su delito. El 2 de octubre fueron fusilados Padilla y Guerra: aquél por cómplice de la muerte

del Coronel Bolívar y que se unió a los conspiradores, y el segundo, por la felonía con que se evadió, como dejamos expuesto. El 14 de octubre fueron fusilados el Teniente de Caballería Juan Hinestroza, un sargento y 4 soldados del mismo cuerpo, únicos que se comprometieron en las clases de tropa a ir a atacar a Vargas, suponiéndolo revolucionario contra Bolívar. Así concluyó esta célebre causa y las ejecuciones por el horrendo crimen de querer asesinar al Libertador de Colombia.

Nuestra relación difiere en algo de lo que han dicho Restrepo, Baralt y otros historiadores, porque nosotros procedemos en vistas no solamente de lo actuado y publicado, sino que hemos tenido conferencias y explicaciones no solamente con los que defendieron al Libertador y los que fueron jueces, sino también con los acusados y con especialidad con los oficiales Torrealva, Quintero, Lizardi, Coronel Whittle, General Espina, entonces Teniente Coronel, con Mendoza y Márquez, el centinela de que hemos hecho mención, y que murió de Coronel en la guerra civil de 1859 en el Estado de Santander.

La relación que hago de lo que pasó entre el General Santander y los conspiradores, él mismo me lo refirió en París y voy a exponer cómo tuvo lugar esta exposición. El General Santander luégo que supo que yo había sido recibido por Luis Felipe, entonces el Rey ciudadano (1831), solicitó del General Lafayette que lo presentase en la Corte, y el General se excusó porque estaba en la oposición al Gobierno francés como diputado, y no quería acercarse a alguno de los Ministros. Entonces ocurrió a mí y lo recomendé al Marqués de Dolomieu, marido de la primera dama de honor de la Reina y suegro del Conde de Saint Mauris, introductor de Embajadores, los mismos que me introdujeron en la Corte por relaciones que tuve con otros nobles franceses. Pocos días después de haberle recomendado recibí un billete del Marqués de Dolomieu en que me decía que pesando sobre Santander la fea mancha de conspirador contra Bolívar, exigía S. M. que dijese yo lo que había en esto: porque el Rey de los franceses no podía admitir en su Palacio a un conspirador para asesinar a Bolívar. En el momento contesté al Marqués de Dolomieu que siendo yo amigo y admirador del Libertador, ni tendría relaciones con Santander ni lo habría recomendado para ser presentado al Rey de los franceses si lo considerara cómplice en el crimen del 25 de septiembre: que pasaría a su hotel a informarle lo que había pasado en Colombia, y por qué fue expatriado Santander, después de haber sido injustamente condenado. Escribí al General Santander remitiéndole

la carta de Dolomieu sin advertir lo que había contestado. Pocas horas después se me presentó el General Santander con un semblante conmovido y me dijo con una voz ronca y enérgica: "Vengo, General, a pedir a usted que por nuestras relaciones y por honor a Colombia, me justifique usted a los ojos de Luis Felipe. Yo no he tenido parte en el horrendo crimen de asesinar al Libertador", y me refirió todo lo que he dicho de su confianza con los conspiradores y que no se creyó obligado a dar parte porque creyó que Carujo, Horment, Vargas Tejada y González cumplirían su palabra. Al mismo tiempo se quejaba de que sus enemigos políticos lo hubieran infamado tanto; cuando acabé de oírle le enseñé el borrador de mi contestación al Marqués de Dolomieu. Santander me dio un fuerte abrazo y me encomió que le hiciese cuanto antes las explicaciones al señor Marqués, protestándome que su respeto por Bolívar no lo sabían todos, y los desagradables sucesos que los pusieron en pugna. Entonces le pregunté yo si sabía que a Sucre debía el que se le hubiese hecho salir de los castillos de Bocachica, y me dijo que no, y le referí lo que había ocurrido en Quito en 1829. Cuando usted mandó su representación al Libertador, mi hermano Joaquín y mi padre me la recomendaron. Sucre asistía todos los días al despacho que hacía el Libertador conmigo, como Jefe del Estado Mayor General libertador y cuando di cuenta de su representación me ordenó el General Bolívar que no la leyese; el General Sucre le dijo entonces: General, usted tiene el deber de oír a Santander, como ha oído a los que le acusan y persiguen. Respondió el Libertador: no quiero oír lo que solicita. Entonces el General Sucre con una voz firme, pero en tono modesto, le contestó: Bien puede usted, General, desatender a los que recomiendan a Santander y a él mismo; pero advierta V. E. que quien le pide que sea justo es el Gran Mariscal de Ayacucho, que ha puesto los laureles de Pichincha y de Ayacucho sobre las sienes de V. E. El Libertador dejó la silla en silencio: se puso de pie, paseó en la sala y llamó a Sucre a otra pieza, hablaron en voz baja unas cuantas palabras y volvieron al despacho y me mandó leer la solicitud. Después de que acabé su lectura dijo: tiene razón Santander en quejarse del mal tratamiento que he consentido. Este hombre, lleno de talento y de resentimientos, se ha perdido por pasarse a mis enemigos políticos. Resuelva usted la petición como la estime usted pronto. Entonces Sucre me dictó: "Que cumpla lo acordado en la conmutación de la pena impuesta, y el Secretario General prevendrá al Consejo de Gobierno y al Comandante Ge-

neral del Magdalena que salga el General Santander de los Castillos y se le envíe a los Estados Unidos o Europa". En seguida continuamos el despacho y terminado, se despidió el Gran Mariscal. Cuando quedamos solos, me dijo el Libertador: "Solamente Sucre, que sabe la debilidad que tengo para con él, ha podido hablarme así. Espero que nadie sepa lo que ha pasado. No es necesaria la advertencia; pero la historia de este suceso debe conocerse hoy". El General Santander se explicó entonces con una especie de dolor por haber roto las relaciones entre el Libertador y él; y me pidió que le dijese lo que sabía yo de la muerte de Sucre y oída mi relación concluyó: La pérdida de Sucre es una calamidad nacional y más ahora que no hay quién domine la situación.

El Coronel José María Obando, que había sido Gobernador de Pasto y en donde tuvo una conducta doble, inspiraba desconfianza al Libertador y me dio orden que lo hiciese seguir a Bogotá, para ser destinado al Norte. Empeñóse conmigo para que lo dejase a mi lado y que respondiese yo de su conducta al Libertador. Se lo ofrecí, y como había firmado la declaración que hicimos los jefes militares, tuve confianza en él y le nombré Comandante de armas en Popayán, mientras que yo iba a activar el reclutamiento para completar el batallón Ayacucho que debía seguir al ejército del Sur, amenazados como estábamos por el Perú. Entre tanto llegó a Popayán, de Ocaña, el Teniente Coronel con grado de Coronel J. Hilario López, que venía iniciado en el plan revolucionario acordado en Ocaña y se puso de acuerdo con Obando y el señor Manuel José Castrillón y otros sujetos para sublevar a las antiguas guerrillas de Timbío. Esperaron que yo remitiese al Sur el batallón Ayacucho, que estaba reformándose y luégo que marchó pusieron en obra la seducción, abusando Obando de la confianza que hice en él, para extraer armas y municiones del parque, para la rebelión. El 27 de septiembre marché a Buga a hacer algunos arreglos en el Departamento, y no quedó fuerza ninguna en la capital; llegó en esos días el Comandante Sirakouski con el cuadro de 18 cabos y sargentos que seguían conduciendo 120 reclutas para el ejército del Sur. Recibí en el Bolo, al sur de Palmira, las comunicaciones del Gobierno, en que se me comunicaba la conspiración del 25 de septiembre. El 10 me puse en marcha forzada para Popayán y llegué el 14, un día antes del en que debían ejecutar el alzamiento comenzando por asesinarme antes de entrar en la ciudad. Tomé medidas para sofocar la revolución; pero el 12, el Coronel Obando, con el Teniente Coronel López

se pusieron en armas y se acercaron a la ciudad. No pudieron dar el golpe que meditaban y pude organizar la milicia de Popayán y poner en disciplina los reclutas que había conducido Sirakouski y recibí 190 hombres del Valle del Cauca, que estaban organizados como caballería, y de todo instruía al Gobierno casi diariamente. El 11 de noviembre recibí órdenes del Secretario de Guerra y Marina, para que hiciese atacar a los revolucionarios, porque era menos malo sufrir una derrota que permanecer a la defensiva. Yo había informado al Gobierno que con reclutas no podía batir a los antiguos guerrilleros de Timbío y Patía que acompañaban a López y Obando. Mi segundo, el Coronel graduado Pedro Murgueitio, y Sirakouski me pidieron que les permitiese atacar al enemigo para cumplir las órdenes del Gobierno, y convine. El 12 de noviembre atacaron a los enemigos en los ejidos de la ciudad; dispersaron la infantería enemiga, pero imprudentemente fue Sirakouski a atacar con 40 infantes un escuadrón de caballería del Patía, murió el Comandante Cedeño y huyó la infantería a defenderse en una casa; pero la milicia de Popayán estaba seducida y se pasó al enemigo poniendo preso a su Comandante.

Defendí la ciudad con los reclutas, pero estando a llegar una compañía del batallón Vargas, conduciendo 80.000 pesos para el ejército del Sur, resolví salir por la noche con 20 hombres de caballería y los oficiales de Estado Mayor y que la tropa de caballería del Cauca se retirase y que el Comandante Lino de Pombo hiciese un arreglo con los revolucionarios para que ocuparan la ciudad, mientras que yo salvaba la compañía que estaba custodiando los fondos, de que he hecho mérito. Logré la operación, pues aunque el enemigo me alcanzó en el páramo de Guanacas, me mataron a mi ayudante de campo, Teniente Coronel Carlos Salgar y dos oficiales y un jefe, prisioneros con 7 soldados, de éstos murieron 3; el resto se salvó con el Coronel Murgueitio, pudieron cogerme, pues me mataron el caballo; pero pude entrar en el bosque y atravesar la montaña pie a tierra y me uní a la compañía de Vargas que había hecho contramarchar Murgueitio. Desde El Pedregal me puse en comunicación con el Departamento en la parte del norte no revolucionada, se unió a mí el resto de Vargas y en seguida llegaron Carabobo y Granaderos montados y marchamos sobre Popayán que lo reocupamos el 3 de diciembre. Obando se había ido a Pasto y revolucionó aquella ciudad, y López fue a unírsele, cuando ocupamos a Popayán, después de haber batido un destacamento de caballería. El General Córdoba no quiso perseguir con activi-

dad a López, que marchaba con 500 hombres. Yo era segundo Comandante en Jefe de la división e Intendente y Comandante General del Departamento. Cuando alcancé al enemigo llegó y suspendió la persecución, me devolvió a Popayán, para que diese cuenta al Libertador de estar ocupado Popayán y que él perseguía al enemigo. Este fue alcanzado por la vanguardia a órdenes del Teniente Coronel Lino de Pombo, le atacó y dispersó; pero Córdova suspendió la persecución. Conocí entonces que el General Córdova no había querido destruír completamente la revolución, y di cuenta al Libertador para que redoblase su marcha y viniese a dirigir las operaciones, para seguir a reforzar el ejército del Sur, cuyos Departamentos eran invadidos por el Perú. Obando, desde que inició su revolución, hizo alusión a los auxilios que le vendrían del Perú, a donde comunicaron él y López la intención de sublevarse y, el 11 de octubre, la víspera de su alzamiento, se dio noticia de esta sublevación en un periódico de Lima. El Coronel Francisco García interceptó las comunicaciones que dirigían por la montaña de San Juan a sus partidarios en Tumaco y Barbacoas, pliegos para los Generales Lamar y Gamarra.

El Coronel Obando se había empeñado en persuadirme que estaba resuelto a seguir al Libertador, que en Pasto le había hecho Coronel efectivo y había solicitado del Libertador gracias. El Teniente Coronel López, cuando le escribí de Guayaquil sobre la carta del 28 de agosto de 1826, se excusó de hacer lo que se hizo en aquella ciudad, cuyos hechos dejo referidos, me escribió una carta en que convenía que el Libertador debía ser dictador, y después se ha querido llamar uno de los colombianos que jamás se sometió al Libertador. Este documento debe ver la luz pública para que no solamente se conozca a los hombres que han sido alternativamente amigos y enemigos de Bolívar, sino también el carácter generoso del Libertador.

CAPITULO XXVIII

Nos contraeremos a tratar en este capítulo una cuestión delicada e importante en la historia de Colombia y el Perú y la parte que en ella tomó el Libertador Simón Bolívar.

Desde que llegó al Perú el General San Martín consideró ser muy importante la adquisición del puerto de Guayaquil para que sirviera de astillero a la nueva república que deseaba formar; y luégo que aquella importante provincia proclamó su independencia, mandó dos comisionados para que trabajasen por la incorporación de aquel territorio, como hemos dicho al referir los acontecimientos de 1820 y 1821. Guayaquil pertenecía al antiguo Virreinato del Nuevo Reino de Granada y hacía parte del distrito de la audiencia de Quito, que era una de las dos, que en materias judiciales, estaba dividido el expresado Virreinato del Nuevo Reino de Granada, y creía el protector del Perú que estando sometidas entonces las provincias de Guayaquil, Cuenca y Quito al Virreinato del Perú, en el ramo de Guerra y Marina, a consecuencia de la revolución verificada en el Virreinato del Nuevo Reino, podía legítimamente adquirir este territorio. A su vez las Provincias Unidas de la Nueva Granada consideraron que todo el distrito de la Audiencia de Quito que se extendía por el norte hasta la quebrada de Murillo, en la provincia de Popayán, debía ser parte de la nueva república conforme al principio que adoptaron los nuevos republicanos en la revolución de 1810: es decir, el territorio que componía los antiguos Virreinatos y Capitanías Generales en la América española.

Ocupado por San Martín el puerto del Callao, el Mariscal de Campo, don José de Lamar, natural de Cuenca, se trasladó a Guayaquil con el encargo de ejercer su influencia en aquel territorio para que se verificase su anexión al Perú. Al referir los acontecimientos de aquella época ya hemos hecho mención de lo ocurrido para que Guayaquil hiciese parte de la República de Colombia, conforme a las declaraciones de los Congresos de Guayana y Cúcuta que constituyeron la expresada

República de Colombia, uniendo en una sola nacionalidad el Virreinato del Nuevo Reino de Granada y Capitanía General de Venezuela. Referidos quedan en los capítulos anteriores los acontecimientos que tuvieron lugar en el Perú durante toda la cámpaña que libertó y constituyó en una nueva república el territorio del antiguo Virreinato del Perú y la elección de la República de Bolivia en el Alto Perú, que había sido agraciado al Virreinato de Buenos Aires desde el siglo XVIII.

La revolución de la tercera División auxiliar de Colombia en Lima, a consecuencia de lo que se verificó en Venezuela, por Páez en abril de 1826, y los pronunciamientos que tuvieron lugar en los Departamentos del sur de Colombia, produjeron un resfriamiento en las relaciones internacionales del Perú y Colombia; acontecimientos lamentables de que hemos dado cuenta. Siguióse a esto la revolución que tuvo lugar en Bolivia por el alzamiento del batallón Voltígeros, de Colombia, que fue sofocado por el Coronel Felipe Braum.

El Gobierno del Perú, ejercido por el General Lamar, nombró a principios de 1828 un Ministro Plenipotenciario para que fuese a Bogotá a entenderse con el Libertador, para arreglar las diferencias que se habían suscitado por las razones expuestas por las dos Repúblicas.

El Libertador, que según se dijo, tenía objeciones, así contra la persona de Villa, a quien viera alistado en las filas de los realistas al lado de Baindoaga y Torre Tagle, no quiso verle privadamente y tampoco dio a Villa la audiencia pública acostumbrada, diciendo que no era necesario. Encargó, sí, al Secretario de Relaciones Exteriores, que le visitara y discutiera los puntos cuestionados. Tal negativa del Libertador, según se dijo entonces, y asevera Restrepo en su **Historia,** no fue aprobada por algunos de sus Ministros, ni tampoco era popular la guerra con el Perú en los Departamentos del sur de Colombia, que consideraban ser sumamente gravosa para ellos, cuando toda la República estaba conmovida a consecuencia de la disolución de la Convención, y los temores que se tenían de una nueva invasión española por las costas de Venezuela; porque los sucesos del 25 de septiembre de 1828 en Bogotá, contra la vida del Libertador, habían hecho creer al gabinete de Madrid que podía emprender una nueva reconquista en sus posesiones perdidas, juzgando que la influencia del Libertador había desaparecido. Empero se engañaba porque los colombianos, todos, indignados con aquel atentado, dieron nuevas y espléndidas manifestaciones en favor del Héroe que les había dado patria y libertad.

Habiendo anunciado Villa los deseos que tenía de saber los agravios de que se quejaba el Gobierno de Colombia, para satisfacerlos, y estrechar las relaciones entre ambos Estados, el Ministro de Relaciones Exteriores, Revenga, los redujo a ocho capítulos y preguntó al enviado peruano si tenía autorización para satisfacerlos. Estos eran: la retención de la provincia colombiana de Jaen y Mainas; el envío de la tercera División sin previa noticia y a puertos no designados por el Gobierno colombiano; la expulsión violenta del agente público de Colombia, en Lima; la presión indebida y otras vejaciones irrogadas a varios colombianos; la denegación del tránsito por el territorio peruano a los cuerpos del ejército auxiliar, residentes en Bolivia; la acumulación de tropas sobre las fronteras de Colombia; el no liquidar y fenecer las cuentas de todos los suplementos que Colombia hizo al Perú para conseguir su independencia y no haber satisfecho deuda tan sagrada.

Contestó el Ministro Villa que tenía instrucciones para satisfacer las observaciones que se le hacían, menos a la primera y última.

Durante cuatro meses la discusión tanto por escrito, como de palabra, fue muy animada hasta el punto de hacer imposible el continuarla. El Ministro Villa manifestó que el tratado de Guayaquil entre el General Portocarrero y el General Paz del Castillo, Plenipotenciarios de las dos Repúblicas, del cual hemos hecho mención en estas Memorias, no era válido porque había sido declarado sin autorización del Congreso del Perú y por un ministro nombrado sin consentimiento del expresado Congreso conforme a la Constitución. Grande fue la sorpresa del Secretario de Relaciones Exteriores al oír esto, pues tal negativa era contraria al artículo 3º de la unión, liga y confederación, y al artículo 7º del adicional a tal liga y confederación celebrados el 6 de julio de 1822 y ratificados por los referidos Congresos, lo cual había dado lugar al envío de una expedición al Perú en 1822 a órdenes del General Paz del Castillo y en que se apoyó igualmente el Presidente Riva Agüero, para demandar los auxilios que pidió con el General Portocarrero. Del mismo modo el Libertador, cumpliendo con una de las estipulaciones de dichos tratados, mantenía en pie de guerra 4.000 hombres en el sur de la República y pudo remitir inmediatamente 3.000 a órdenes del General Valdés, como lo hemos expresado en el capítulo correspondiente.

No fueron más cordiales las relaciones con el Secretario de Relaciones Exteriores, Estanislao Vergara, que lo que habían

sido con el señor Revenga. Se le pidieron a Villa sus credenciales y pleno poder en que debía constar que su nombramiento había sido hecho con arreglo a la Constitución nuevamente proclamada, que era en lo que se fundaba Villa para desconocer el carácter diplomático de Portocarrero y el convenio celebrado con él. No pudo prestar tal documento, porque ni las credenciales ni el pleno poder hacían mención de ello. El señor Vergara le manifestó que no era exacta su observación por las razones que dejamos expresadas; y que siendo su misión no solamente distinta de la del General Portocarrero que tuvo lugar conforme al derecho convencional entre las dos Repúblicas, no podía el Gobierno de Colombia seguir tratando con él, porque tal misión sí debió ser nombrada conforme a las disposiciones constitucionales del Perú, y se le dio el pasaporte de estilo para que regresara a dar cuenta de su misión.

El señor Villa tuvo la poca circunspección de contraer relaciones de amistad con los miembros de la oposición sistemática y apasionada que existía en Bogotá en aquel tiempo, y cuando se preparaba la revolución proyectada en Ocaña y la conspiración del 25 de septiembre.

Mientras se verificaban en Bogotá estas conferencias y se mantenía en las fronteras de Colombia una división de observación del ejército peruano, mantenía otro ejército en Puno, que traía al Gobierno boliviano en desasosiego. El Gran Mariscal de Ayacucho, que conocía muy bien la gravedad de la época que atravesaba Bolivia, se trasladó a La Paz e invitó al General Gamarra a tener una conferencia en el Desaguadero en la cual, verificada, le enseñó el decreto en que convocaba el Congreso boliviano para el mes de agosto de 1828 en que entregaría el mando al Congreso boliviano para retirarse a Colombia, como lo había ofrecido, cuando se hizo cargo de la Presidencia de aquella República. Además, le manifestó su correspondencia privada con el Libertador y otros hombres públicos de Colombia que debían inspirar confianza al General peruano y a su Gobierno, para no temer nada de su parte, habiendo dispuesto que comenzasen a regresar los batallones auxiliares de Colombia sin llevar reemplazos ningunos de los peruanos y bolivianos que hubiesen sido dados a virtud del convenio de marzo de 1823 entre Colombia y el Perú. Parecióle a Sucre que su antiguo Jefe de Estado Mayor en Ayacucho, quedaba satisfecho, y se retiró a La Paz y de allí a Chuquisaca (hoy ciudad Sucre), capital de aquella República. Sin embargo, el Gran Mariscal, don José de Lamar, había dado instrucciones al general

Gamarra de apoyar cualquiera revolución que se efectuara en Bolivia para separar a Sucre del mando de ella y agregar las antiguas provincias del Alto Perú a la República peruana.

La mayoría de los habitantes del Perú, con la de los colombianos, lejos de querer una guerra fratricida entre dos pueblos hermanos, no deseaban otra cosa que paz, unión y estabilidad, pero ambiciones vulgares y enemistades personales preparaban días de luto a las Repúblicas que, en Pichincha, Junín y Ayacucho habían hecho tremolar los pabellones republicanos y destruído el poder de Castilla en todo un Continente!...

Después de haber mandado para Colombia los batallones Pichincha y Bogotá, compuestos de los colombianos que habían podido sobrevivir a la campaña, tuvo lugar una revolución el 18 de abril en la capital de Bolivia por cincuenta granaderos, acaudillados por dos sargentos peruanos y uno de Tucumán; se apoderan de sus oficiales y proclaman la revolución a los que se juntan el Coronel Asebey y algunos paisanos. Sabiendo Sucre el movimiento, sigue sin tardanza al cuartel; acampañado de sólo 6 personas acomete a los amotinados, que le hacen fuego, y una bala le rompe el brazo derecho. Esta herida le obliga a retirarse, apoderándose luégo los sediciosos de su persona y de las de sus ministros y amigos; pero el Secretario del Interior, doctor Facundo Infante, sin acobardarse, tuvo la firmeza o previsión de expedir órdenes y mandar venir a la capital algunas tropas de las que estaban inmediatas.

El Coronel López, Prefecto del Potosí, luégo que las recibe, vuela con 100 hombres a las cercanías de la capital; atacado por los facciosos, los bate y huyen a la provincia de Laguna después de haber sufrido alguna pérdida. Los mismos pueblos los persiguen y aprehenden, y el ilustre Mariscal de Ayacucho, a quien tánto hicieron sufrir aquellos malvados, recibió en su desgracia testimonios sinceros del respeto y consideración que los bolivianos profesaban a su persona.

No pudiendo gobernar Sucre por su herida, formó un Consejo de Gobierno presidido por el Ministro de Guerra, General José María Pérez de Urdininea. El Consejo se componía de éste, de don Miguel Aguirre, Ministro de Hacienda, y de don Facundo Infante, del Interior. En seguida entregó el mando del ejército al Presidente, dándole facultades extraordinarias a fin de que pudiera dictar cuantas medidas juzgara conducentes para defender la República.

Atribuyóse en aquella época la revolución de Granaderos en la capital de Bolivia, al Gobierno peruano; y algunos culparon

al General Gamarra de haber puesto en planta los planes de su Gobierno. En 1830, cuando se supo en Lima el asesinato del Gran Mariscal, nos mandó Gamarra a su ayudante de campo Teniente Coronel Escudero, a pedirnos informes de los pormenores que tuviésemos sobre aquel fatal suceso, y pasamos al Palacio de Gobierno a darle las explicaciones de lo que sabíamos y creíamos sobre este horrible asesinato. La conversación rodó, como era natural, sobre la vida y servicios de tan esclarecido General. Tuvimos, pues, ocasión de hablar sobre la invasión de Bolivia por el General Gamarra, y nos protestó que no había tenido parte en la revolución de los Granaderos; y que había dado aviso a su Gobierno del acontecimiento, y que iba a salvar la vida del Gran Mariscal, con cuyo motivo había seguido hasta La Paz, en donde encontró a los habitantes de aquella ciudad decididos a sostener al General Sucre, que había sido salvado del poder de los facciosos y que había establecido un Consejo de Gobierno para que se encargase del mando de Bolivia; pero que pocos días después recibió órdenes del Presidente Lamar de sostener en Bolivia el establecimiento de un Gobierno propio en las antiguas provincias del Alto Perú, para que se constituyeran según la libre voluntad de aquel pueblo; y que en cumplimiento de su deber había ocupado a Oruro, Cochabamba y Chuquisaca, y dirigídose al Presidente del Consejo de Gobierno, General Pérez de Urdininea, con quien entró en relaciones para llevar a efecto las órdenes del Gobierno del Perú; pero que Urdininea rechazó las proposiciones que le hizo en Sorasora. Que entre tanto el Coronel Blanco se había sublevado y apoderándose de la persona del Gran Mariscal y Urdininea, retirándose a Potosí, con quien celebró posteriormente un tratado en Pequinsa para que se convocara un congreso constituyente que resolviese sobre la suerte de Bolivia. Así explicaba Gamarra su conducta y me ponía por testigo al General Cerdeña, amigo y partidario del Libertador, que le había acompañado en aquella campaña.

El Congreso Constituyente de Bolivia no pudo reunirse el día señalado por falta de quórum, y esta medida extraordinaria no era ciertamente arreglada a los principios constitucionales de Bolivia; porque existía un congreso constitucional que estaba en receso y era el que había debido convocar el Presidente del Consejo, Urdininea. Este General no mostró en aquellas circunstancias ni las cualidades de hombre de Estado ni los conocimientos militares como General; pero Sucre, que conservaba no obstante la difícil posición en que se encontraba por su poca

salud, la complicación de estar ocupada una gran parte de la República boliviana por el ejército peruano, fuerte de 5.000 hombres, cuando Bolivia no tenía sino poco más de 3.500, tuvo la entereza y firmeza de dar un paso que debía honrarle al separarse de Bolivia, como lo había ofrecido desde que se hizo cargo del mando de aquella República.

A pesar de la proximidad de Gamarra a la capital, Sucre en su mensaje al Congreso habló con la mayor firmeza de la pérfida e injusta agresión de los peruanos, dirigida contra la independencia de Bolivia; invasión que llamó de tártaros y cosacos. Protestó contra los humilllantes tratados impuestos a Bolivia en una campaña. En seguida se despidió para siempre de los representantes del pueblo de Bolivia, pidiéndoles como premio de sus servicios que le mandaran juzgar si había alguna infracción de ley durante su administración, pues renunciaba solemnemente a su inviolabilidad constitucional, encargándoles que a todo trance comenzaran la independencia de Bolivia, obra de sus esfuerzos comunes y de los generosos socrificios de los pueblos.

El mensaje de que vamos hablando, con dos pliegos más que contenían la organización de un gobierno provisorio y las propuestas para Vicepresidente de la República, los entregó al Presidente Urdininea en presencia de 6 diputados; hecho esto emprendió su viaje por el desierto para irse a embarcar en el puerto de Cobija o de Lamar, y no quiso verificarlo por el territorio peruano aunque le prestaba más comodidad; porque creyó que el Presidente de Bolivia, al separarse para siempre de aquella República, no debía exponerse a sufrir algún desaire o detención, creyendo acaso el General Lamar que su persona en el sur de Colombia fuese un obstáculo para la invasión que premeditaba; y así lo informó al Libertador cuando le dio cuenta del modo como había terminado su misión en Bolivia.

Para terminar su mensaje, añadió Sucre con la noble sencillez y verdad que caracterizaban sus discursos: "De resto, señores, es suficiente remuneración de mis servicios regresar a la tierra patria, después de seis años de ausencia, sirviendo con gloria a los amigos de Colombia; y aunque por resultado de instigaciones extrañas llevo roto este brazo, que en Ayacucho terminó la guerra de la Independencia Americana, que destrozó las cadenas del Perú y dio sér a Bolivia, me conformo cuando en medio de difíciles circunstancias tengo mi conciencia libre de todo crimen. Al pasar el Desaguadero encontré una porción de hombres divididos entre asesinos y víctimas, entre esclavos

y tiranos, devorados por los enconos y sedientos de venganza. Concilié los ánimos, he formado un pueblo que tiene leyes propias, que va cambiando su educación y sus hábitos coloniales, que está reconocido de sus vecinos, que está exento de deudas exteriores, que sólo tiene una interior pequeña y en su propio provecho, y que, dirigido por un gobierno prudente, sería feliz. Al ser llamado por la asamblea general para encargarme de Bolivia, se me declaró que la independencia y organización del Estado se apoyaban sobre mis trabajos. Para alcanzar aquellos bienes en medio de los partidos que se agitaron 15 años y de la desolación del país, no he hecho gemir a ningún boliviano, ninguna viuda, ningún huérfano solloza por mi causa; he levantado del suplicio porción de infelices condenados por la ley, y he señalado mi Gobierno por la clemencia, la tolerancia y la bondad. Se me culpará acaso de que esta lenidad es el origen de mis heridas; pero estoy contento si mis sucesores con igual lenidad acostumbran al pueblo boliviano a conducirse por las leyes, sin que sea necesario que el estrépito de las bayonetas esté permanentemente amenazando la vida del hombre y asechando la libertad. En el retiro de mi vida veré mis cicatrices y nunca me arrepentiré de llevarlas; cuando me recuerden que para formar a Bolivia preferí el imperio de las leyes a ser el tirano o el verdugo que llevara siempre una espada pendiente sobre la cabeza de los ciudadanos".

"¡Representantes del pueblo! Desde mi patria, desde el seno de mi familia, mis votos constantes serán por la prosperidad de Bolivia".

Casi a un mismo tiempo dejaron las playas del Perú Sucre y los últimos restos de los colombianos que habían dado independencia y libertad al antiguo imperio de los Incas. Condujo aquéllos el intrépido Coronel Braum, que tanto se había distinguido en el Perú y en Bolivia. El Gran Mariscal de Ayacucho tocó en el Callao, de donde ofreció "sus buenos servicios en cuanto tendieran a transigir las diferencias del Gobierno peruano con el de Colombia". Añadía que daba este paso porque se le había acusado de que él era una de las causas o el agente de un rompimiento, por lo cual su honor mismo estaba comprometido en rebatir esta calumnia. Por ausencia de Lamar, el Vicepresidente del Perú aceptó cortésmente la oferta, añadiendo que no esperaba de este paso el menor resultado favorable, y que eran bien conocidos los aprestos y planes que por el Sur y por el Norte habían formado contra el Perú.

Sucre, para su más completa justificación de que el Jefe de Bolivia no había meditado planes de consuno con el de Colombia, tuvo la satisfacción de mostrar seis notas oficiales de este Gobierno al de Bolivia, escritas en 29 de junio último, las que acababa de recibir a bordo en el Callao; en ninguna de ellas se trataba de hostilizar al Perú, y por el contrario, decía el Libertador: "cuánto se complacía en que la voz de la justicia y de la razón se hiciesen oír para que todos los americanos se entendiensen de un modo amistoso y pacífico". Después de dar este paso muy honroso al carácter de Sucre, continuó su viaje a Guayaquil, a donde arribaron el 19 de septiembre corriendo después a unirse con su familia, en Quito.

Después de haber dado cuenta del modo como terminó la Legación peruana a cargo del señor Villa, en Bogotá, hemos presentado el anterior extracto de los acontecimientos de Bolivia, hasta la separación del Gran Mariscal de Ayacucho, cuyos sucesos tuvieron grande influencia en la complicación de las relaciones internacionales entre Colombia y el Perú. El General Flores, preocupado con lo que había pasado en Guayaquil, desde la revolución del 16 de abril de 1827, en que tomó tánta parte el General Lamar y de la invasión del territorio colombiano por la tercera división, y del retiro del señor Villa, de Bogotá, como por la aproximación a la frontera de una división peruana a órdenes del General Plaza; publicó el 18 de abril de 1828 una alocución de un carácter bélico y alarmante sin tener instrucciones del Gobierno para dar un paso tan atrevido y que debía producir, como produjo, perjudiciales influencias en la República del Perú. El General Plaza dirigió a Flores, con fecha 22 de mayo, una comunicación pidiéndole explicaciones sobre la autorización que tuvieron para haber dado tal alocución. El General Bolívar, después de los informes que recibió de Flores y las noticias de Bolivia, dio su proclama de 3 de julio, dando por iniciada la guerra fratricida, en donde se combatió por los mismos guerreros que unidos habían proclamado la victoria sobre el León de Castilla y arrojádole al otro lado del Atlántico.

Al mismo tiempo que se iniciaba la guerra con el Perú, recibió el Libertador informes de los aprestos que se hacían en España para invadir de nuevo a Colombia, y expidió la proclama de 28 de julio de 1828.

Los Departamentos del Sur veían con disgusto la guerra con el Perú, porque los sacrificios que se les exigían eran superiores a la renta de los ciudadanos; y las contribuciones ordinarias rendían un producto escaso para mantener el ejército

que se aumentaba diariamente. Los individuos de la oposición al Libertador que premeditaban una revolución, como hemos dicho atrás, proyectada en Ocaña, declamaban contra el aumento del ejército y algunos simpatizaban con la invasión peruana tanto en la frontera de la República, en la provincia de Loja, como en otros pueblos del Sur, como lo manifestó la conducta de Obando y López.

En tales circunstancias, y como encargados del poder político y militar, nuestro deber era informarlo así al Libertador, como lo hicimos en 6 de septiembre de 1828. El Libertador nos respondió una interesante carta.

Cuando el Libertador hablaba a sus tenientes de un modo confidencial, pero ciertamente con el carácter oficial, expresaba sus pensamientos y principios con rectitud y de acuerdo con sus sentimientos republicanos. El 19 de septiembre, cuando Bolívar nos decía: **mi insignia es obediencia al pueblo,** una juventud fascinada y hombres que tenían el corazón pervertido, trataban de asesinarle!...

Bien podríamos agregar a estas Memorias las proclamas, decretos y manifiestos de Bolívar y Lamar y de los Gobiernos de ambas Repúblicas, como las alocuciones de los mandatarios de ellas; y especialmente de algunos de sus Generales; pero a los 41 años que han pasado y después de la reconciliación de los hombres de una y otra nación; y haber desaparecido de la escena todos los que en primera línea obraron hostilmente, es mejor dejar que reposen aquellos documentos en las colecciones oficiales en que se encuentran.

El General Sucre llegó a Guayaquil en el mes de septiembre de 1828, y en octubre del mismo año el Coronel Felipe Braum, con el resto de las tropas auxiliares que salieron de Bolivia por el puerto de Arica y llegaron al de Manta o Guayaquil eludiendo el bloqueo que las fuerzas del Perú habían puesto a nuestras costas de los Departamentos meridionales, y cuando ya se había batido la corbeta **Libertad,** del Perú, con la goleta **Guayaquileña,** de Colombia, sin ningún resultado no obstante la superioridad de fuerza de la **Libertad** que fue compensada con la habilidad en la maniobra y arrojo del Coronel Wright.

Hemos querido presentar en este capítulo el resumen de los acontecimientos que produjeron la infausta guerra entre Colombia y el Perú y que no habría tenido lugar si Páez no desconcierta la marcha normal de Colombia y si los militares de la tercera división no hubieran, con su desmoralización, incen-

diado al Perú contagiando a los cuerpos colombianos que estaban en Bolivia, y si Pando y Heres no hubieran sugerido al Libertador la idea de la Constitución boliviana para sustituír al proyecto que desde Guayana había formado el Libertador, haciéndoles creer que era el modo de deshacer los proyectos monárquicos, que tanto en el Perú por San Martín, como en Colombia, habían querido variar el sentimiento republicano.

Más adelante tendremos ocasión de contraernos a esta materia.

En el mes de noviembre de 1828 resolvió el Perú invadir a Colombia apoderándose de Guayaquil. Para evitar este escándalo entre naciones amigas, había nombrado el Libertador desde el 31 de julio de Ministro Plenipotenciario cerca del Gobierno del Perú a su ayudante de campo Coronel Daniel F. O'Leary, para que promoviese la suspensión de hostilidades celebrando un armisticio e iniciar la negociación de la paz. Desde Guayaquil dirigió al Gobierno del Perú copia de sus credenciales, pidiendo pasaporte para trasladarse al Perú, escribiendo al mismo tiempo confidencialmente al General Lamar, quien se excusó a admitir la misión, negando en su comunicación el tratamiento debido al Libertador, Presidente de Colombia y proclamado por los pueblos Jefe supremo de la Nación. Conducta poco digna de parte de Lamar y negando el reconocimiento que aun en guerras civiles es debido a los Gobiernos de hecho y separándose de la práctica de las naciones en sus relaciones internacionales. El Coronel O'Leary, obrando con el decoro que correspondía a su carácter público, no quiso recibir la carta que le dirigió Lamar titulándolo comisionado del General Bolívar.

Enorgullecido el Vicealmirante Guice, que mandaba la escuadra peruana, el que había sido y era uno de los más acérrimos enemigos del Libertador y constante promovedor de esta guerra, por la superioridad marítima que tenía, aspiró a empresas mayores. Determinó, pues, atacar a la ciudad de Guayaquil; el 22 de noviembre a las cuatro y media de la tarde se presentó con una fragata, una corbeta, una goleta y tres lanchas, sorprendiendo a los defensores de la ciudad. La batería de Cruces, defendida sólo por 16 artilleros, tenía que ceder a fuerzas mucho mayores (noviembre 22); el enemigo pasa la cadena, incendia la batería y rompe un fuego de metralla contra las casas y la población. El Coronel Wright se había retirado batiéndose en la **Guayaquileña,** junto con algunas lanchas. Los enemigos anclaron a las siete y media de la noche.

Al siguiente día muy temprano, la batería de la Planchada y las cañoneras hicieron algún fuego a la escuadra peruana, mas con poco efecto, y aprovechándose ésta de la brisa y de la marea, sube a las cuatro y media de la tarde al centro de la ciudad, y a medio tiro de pistola de la ribera, hace un fuego horroroso de metralla y palanquetas sobre las principales casas a las que causa muchos daños; fuego que duró sin interrupción por cuatro horas, hasta las once de la noche. El batallón Caracas, que guarnecía la ciudad, y su bizarro Comandante Gabriel Guevara, ocurrieron a todos los puntos y defendieron las bocacalles que daban sobre el río, con una firmeza y valor extraordinarios. El Coronel O'Leary, poniéndose a la cabeza de la artillería, colocó tan diestramente cuatro violentos disparos que hizo muchos daños a la escuadra peruana.

Viendo el Vicealmirante Guice que le era imposible realizar un desembarco y que el pueblo entero de Guayaquil estaba decidido a defenderse, suceso contrario a lo que había esperado, determinó retirarse en el curso de la noche; pero la fragata **Presidente,** que él montaba, se varó al frente de la Aguardientería (noviembre 24). Al amanecer, los valientes soldados del Caracas formaron un terraplén al frente y montaron un cañón de a 24; esta batería, dirigida por el Coronel Pareja, causó muchos daños a la **Presidente,** que recibió también algunos tiros en la Planchada; y nuestras lanchas cañoneras, dirigidas por el Teniente de fragata Francisco Calderón, la molestaron igualmente en su retirada. Tuvieron que conducirla a remolque de los otros buques de la escuadra luégo que pudo flotar auxiliada por el flujo o marea; tantos fueron los daños que se le hicieran. El mayor, sin duda, fue la muerte del Vicealmirante Guice, de una herida mortal que recibió en el combate de aquella mañana por una bala de cañón. Bravo oficial inglés de marina que había hecho distinguidos servicios a la causa de la Independencia de la América del Sur, aunque fuera difícil manejarle por su altivo e intratable genio.

La escuadra enemiga se retiró bien escarmentada a su crucero, cerca de la isla del Muerto. Fue brillante en aquellos días de peligro el comportamiento del Prefecto Illingworth, de los Coroneles: Guerra, O'Leary, Pareja, Luque, Wright, Letamendi, Villamil y Luzárraga; así como los otros oficiales subalternos, que sería largo mencionar.

Se lisonjeaban los peruanos de encontrar partido y traidores en Guayaquil, y el desengaño les fue harto costoso.

Antes de dejar la capital de la República, el Libertador dictó varios decretos, como Jefe Supremo, con fuerza de ley, para arreglar la Hacienda Pública y el régimen administrativo; tuvieron un buen resultado en la práctica porque mejoraron la Hacienda Pública, pero no así el que suprimió las municipalidades, porque los republicanos de corazón, tanto de la oposición como amigos del Libertador, censuraron este acto que destruyó el ejercicio del poder municipal, elemento principal del Gobierno propio. No obstante esto, como el Libertador no pensaba retener la autoridad suprema, dio el decreto de 24 de diciembre de 1828 convocando al Congreso Constituyente para el 2 de enero de 1830; y con la misma fecha expidió el decreto reglamentario sobre elecciones, y el 28 de diciembre emprendió su marcha para el Sur a ponerse al frente del ejército para repeler la invasión exterior del Perú, deshaciendo las fracciones que acaudillaban Obando y López.

No olvidó el Libertador dictar un decreto revocatorio del de 1823, que prohibía la importación en Colombia de los frutos y manufacturas españoles, aun cuando fuesen de propiedad española, correspondiendo así con más generosidad al decreto del Gobierno español, siendo Ministro el señor Ballesteros, que permitió la introducción en la Península de los productos de la América española. Con estos actos de carácter legislativo concluyó el Libertador su interesante labor en el año de 1828, que conmovió por sus fundamentos la estabilidad de la República y laceró el corazón con la ingratitud de los colombianos que atentaron contra su vida, y de los peruanos que rompieron el lazo que unía a las dos naciones.

No obstante el General Bolívar, conociendo como conocía que la mayoría en Colombia como en el Perú no participaba de los sentimientos innobles de sus enemigos, resolvióse a hacer un esfuerzo supremo como varón fuerte, para restituír a Colombia y restablecer las buenas relaciones con el pueblo peruano, como luégo se verá en los capítulos siguientes.

CAPITULO XXIX

En el capítulo XXVII hemos dado cuenta de la revolución de Obando y López y ocupación de Popayán con las fuerzas destinadas a reforzar el ejército del Sur que el Libertador había puesto a órdenes del General Sucre, como Jefe superior de los Departamentos del Sur.

En el norte de la República, Páez se había preparado para rechazar cualquiera invasión española que se intentara, pues como hemos dicho, la noticia del atentado del 25 de septiembre de 1828 y la disolución de la Convención de Ocaña habían hecho creer a los españoles, a su Gobierno y aun al de Francia, que la anarquía nos iba a devorar, y era la ocasión oportuna de emprender una nueva reconquista.

El Libertador, luégo que se aseguró de que quedaban las costas del Atlántico bien defendidas para resistir cualquiera invasión europea y que el Consejo de Gobierno organizado en Bogotá le prestaba una útil cooperación y completa seguridad para conservar el orden en el interior y una buena administración que restableciera la regularidad del servicio público, resolvió marchar al Sur, llevando, además de los cuerpos que componían la División Córdova, al batallón Granaderos de la Guardia y al escuadrón de Dragones del Zulia.

Deseando que terminase cuanto antes la revolución de Obando, nos escribió el Libertador desde Neiva dándonos instrucciones detalladas para indultar a todos los facciosos menos a los tres cabecillas, y mandó a Córdova que abriese operaciones sobre Pasto. Parecióme que no convenía ejecutar esta orden porque la conducta del General Córdova se me hacía sospechosa, y mandé un oficial en comisión cerca del Libertador suplicándole que ordenase la suspensión de la marcha hasta su llegada; así se verificó, y modificando las órdenes de la carta de 5 de enero, me escribió desde La Plata un billete de su propia letra que decía: "Dé usted un completo indulto a todos los comprometidos en la revolución, porque debemos tener presente un bello pensamiento de una ilustre escritora (Madama Stael), que

perseguir en revolución no trae sino la obligación de perseguir siempre".

El Libertador llegó a Popayán el 23 de enero de 1829, y el 26 dio una alocución a los habitantes del Cauca, elogiándoles su fidelidad, y a los pastusos, para que abandonasen a Obando, y además dio en la misma fecha un decreto de indulto que no exceptuaba a nadie para que, sometidos al Gobierno, prestasen juramento de fidelidad y se retirasen a sus casas. El Coronel Demarquet, antiguo Edecán del Libertador, llegó a Popayán el 2 de febrero, por la vía a Buenaventura, mandado en comisión por el Jefe superior del Sur, General Sucre, para informar al General Bolívar el estado en que se encontraba el ejército: que había sido atacada la ciudad de Guayaquil por la escuadra peruana, cuyo acontecimiento dejamos referido en el capítulo anterior, y que el General Lamar había invadido ya el territorio colombiano, moviéndose desde Piura a fines de noviembre, y que había encontrado partidarios en la provincia de Loja por las relaciones que tenía de familia, en el Departamento del Azuay, pues era natural de la ciudad de Cuenca; que se había ordenado concentrar las fuerzas para rechazar al enemigo y la urgente necesidad de ocupar a Pasto para destruir la facción de Obando y López, que era indudable que obraban de acuerdo con los invasores.

El Libertador dictó providencias muy enérgicas para completar la organización de la división, y que redoblase sus marchas el batallón Granaderos, que no había llegado al cuartel general.

Aceptó el ofrecimiento que le hicieron dos eclesiásticos respetables, doctores Mariano Urrutia y José María Grueso, el primero Maestre-escuela, y el segundo Canónigo Penitenciario de la Catedral de Popayán, para trasladarse a Pasto, elevando el indulto, para persuadir a Obando del deber en que se encontraba de someterse al Gobierno para rechazar la invasión de Lamar; aceptó el Libertador este ofrecimiento patriótico, y dándoles la instrucción respectiva siguieron en los primeros días de febrero unidos al desempeño de su comisión.

Completada la organización de la División Córdova, compuesta de los batallones Granaderos, Vargas, Carabobo de la Guardia, dos escuadrones de Granaderos montados; fuerte en todo la división de 3.400 hombres disponibles, ordenó la marcha sobre Pasto. El 10 de febrero marchó el General Córdova con la vanguardia compuesta del batallón Vargas. El 12 siguió el Libertador al frente de la segunda columna, compuesta del ba-

tallón Carabobo y los escuadrones de Granaderos montados, y le acompañaban el Teniente Coronel Laguitrán, segundo ayudante general del Estado Mayor para desempeñar sus funciones cerca del Libertador, y el 14 marchó a reserva a mis órdenes como segundo Comandante en Jefe, y Jefe de Estado Mayor acompañado del Teniente Coronel de ingenieros, Lino de Pombo, segundo ayudante general desempeñando sus funciones de tal en la columna de reserva.

El 21 de febrero los comisionados cerca de Obando llegaron a Sombrerillo desde donde dieron parte al General Córdova de estar muy adelantado el arreglo con los facciosos. El 24 se reunió toda la división en Hatoviejo y desde allí devolvió el Libertador a los comisionados a continuar sus arreglos con Obando. El 28 recibió el Libertador comunicaciones de Pasto, dándole parte de haberse recibido la noticia de un encuentro del ejército colombiano con el peruano, en Yaraguro, y que las ventajas habían sido nuéstras. Los facciosos, con motivo de haberse retirado la columna que obraba en Túquerres, habían cargado todas sus fuerzas sobre Juanambú. En consecuencia, dispuso el Libertador que siguiese su marcha la división; y el 29 emprendió el movimiento. El 31 acampamos del otro lado del puente de Mayo, en donde se hizo alto por el mal estado de salud del Libertador, y para aguardar el regreso de los comisionados, con la última respuesta de Obando, y se tomaron disposiciones para evitar un ataque del enemigo sobre el punto en que estaba el cuartel general y el Libertador indispuesto, como hemos dicho. Esa noche el General Córdova pasó a mi tienda de campaña, y nos ocupamos de los negocios públicos y del éxito de nuestra campaña. Me habló el General Córdova de la necesidad de pensar únicamente en la suerte del país, y me dijo que al entrar en Pasto, luégo que hubiésemos salido de los sucesos de la campaña contra el Perú, debíamos pensar en segregar a la Nueva Granada de Venezuela, porque el Libertador estaba muy enfermo, y **sin faltarle al respeto,** separarlo del mando; que el Ecuador se constituiría en otro Estado y que los jefes granadinos nos encargaríamos cada uno de una parte del plan; que él tomaría el mando supremo, y yo sería su Mayor General y Secretario de Guerra, fijándose el cuartel general en Cartagena; que el General Herrán conservaría el mando del interior y su cuartel general en Bogotá: el Coronel López mandaría en Popayán; el Coronel Borrero, en el Cauca; el Coronel Córdova, en Antioquia; que a Obando, puesto que ya no era dudoso que se sometiera, se le dejaría en Pasto, cuyo país conocía, y el Co-

ronel Espinar iría a mandar el Istmo. Pregunté al General: "¿Y dónde reúne usted la representación nacional?" "¡Qué representación!", me respondió; "es necesario exterminar a los abogados: nuestra República debe tener una organización puramente militar". Quedé admirado de tan descabellado proyecto, y le hice ver al General que no era practicable, y a cuántos males conducía semejante revolución, y que los amigos del Libertador no debíamos nunca serle infieles. La primera vez que los dos Jefes del ejército somos granadinos de nacimiento, añadí, fuera una mancha horrible para el país el abusar de nuestra posición para aprisionar al Libertador. "Esto no es digno de usted ni de mí". Sorprendióse un poco de mi respuesta y me dijo que no había consultado sino ligeramente el asunto con Espinar; pero que si no me parecía bien, aguardásemos el desenlace de los negocios, para pensar en el particular. Un asunto de tal magnitud me llamó mucho la atención, y entonces pude yo explicarme a mí mismo los desacertados movimientos que ejecutó el General Córdova al principio de la campaña, faltando a las combinaciones que había hecho conmigo: salvarle la vida al Libertador de una asechanza, no permitir una rebelión en las tropas de la División que mandábamos Córdova y yo, ni amargar al General Bolívar sus días de convalecencia con descubrirle semejantes proyectos de deslealtad de Córdova, fue el objeto de mis meditaciones por muchas horas para obrar en consonancia. Tampoco un Jefe de mi representación en el ejército podía ser un delator. Resolví llamar en esa noche a los Coroneles Whittle y Farriar, que mandaban los batallones Vargas y Carabobo, para recomendarles la vigilancia de sus cuerpos e hice otro tanto con los Comandantes de caballería, España y Díaz, dándoles un conocimiento ligero de las ideas de Córdova. Me vi al día siguiente con el Coronel de Granaderos, Portocarrero, y me manifestó que algo él había sospechado, pero que no tuviese ciudado. Desde ese día me empeñé más en que ninguna orden se diese a la División, que no fuera por mi conducto, como Jefe de Estado Mayor General.

Regresaron los señores Urrutia y Guerra e informaron al Libertador que no habían podido pasar el Juanambú porque Obando no quiso que pudieran verse con los jefes y oficiales que le acompañaban, pero que los pastusos que habían seguido a Obando, creyendo que iba a sostener la causa del Rey y de la religión se habían desengañado de tal superchería, viendo que los señores Urrutia y Guerrero, antiguos realistas, y que habían estado emigrados en Pasto, estaban al lado del Libertador y de

3.000 hombres que llegó a reunir, habían quedado reducidos a poco más de 1.000, cosa que influyó en el ánimo de Obando, lo mismo que la noticia recibida de la ventaja obtenida por nuestras tropas en Saraguro para someterse al Libertador; en consecuencia, dispuso que el Coronel Demarquet pasase al campamento de Obando a manifestarle los términos en que serían indultados, conservando sus empleos. Obando contestó de acuerdo y avisó al Libertador que el Teniente Coronel con grado de Coronel, José H. López, partía al cuartel general del Libertador a estipular definitivamente la manera en que se sometían al Gobierno. Dispuso el Libertador que marchara inmediatamente el General Córdova con la vanguardia hasta Berruecos y que devolviese al Teniente Coronel López, en donde lo encontrara, a aquel punto en donde debía arreglarse todo definitivamente, pues no convenía que López conociera la fuerza de la División. Así se ejecutó: El Libertador siguió con la columna del centro, y me dejó orden de seguir el movimiento. El 3 de marzo llegó el Libertador a Berruecos y se hizo el arreglo el 4. El mismo día, poco antes del regreso de López, llegué con la reserva al cuartel general de Berruecos, y el Libertador ordenó al Secretario General que me enseñase el convenio celebrado, que se estaba poniendo en limpio para remitirlo a Obando y que lo firmase para ser ratificado. Luégo que lo hube leído lo devolví al Coronel Espinar sin decir una palabra. Causóle impresión al Libertador mi conducta y me preguntó: "¡Qué!, no le parece a usted bien?", y le respondí: "El Libertador de Colombia puede perdonar, indultar y hacer concesiones; pero no reconocer a una facción como beligerante, ni dar premio a los rebeldes, deprimiendo a los leales servidores". Córdova, Espinar y Pombo, que estaban un poco atrás del Libertador, me hicieron señales de silencio, temiendo, como me lo dijeron después, que el Libertador se irritase; lejos de molestarse el General Bolívar, me dijo: "Explique usted su pensamiento"; y lo hice en los términos siguientes: "V. E. puede dar un decreto declarando restablecido el orden, a virtud del sometimiento y concediéndoles una completa amnistía y olvido, dejándolos en sus mismos empleos, y a los oficiales que les acompañan, que sean considerados en sus grados como oficiales de milicias; si no se someten de ese modo debemos marchar sobre ellos, que no son capaces de resistir esta división". El Libertador meditó un momento y ordenó al Secretario General que le extendiese el decreto, como yo lo había indicado, para que el Coronel Demarquet lo entregase a López que aguardaba la respuesta e informase que en consecuencia

de esto el Libertador marchaba con toda la división a Pasto. Obando aceptó el decreto y se retiró de Matabajoi. El 8 de marzo hizo su entrada el Libertador en dicha ciudad y fue recibido con gran entusiasmo por la población y todos los empleados.

El 9 recibió el Libertador una comunicación del Gobernador de Imbabura, que condujo el señor Teodoro Gómez de la Torre, en que le decía lo mismo que en otra comunicación del General Sucre, que: "el 12 de febrero, por 200 soldados de Yaguachi fueron dispersados dos batallones peruanos (fuertes de 1.300 hombres), tomando casi todo el parque de su ejército, una porción de sus bagajes, y sobre todo desmoralizaba completamente su tropa. De que la división peruana al mando del General Plaza fue completamente derrotada en Portete, el 27 de febrero, quedando prisionero dicho General y casi todos sus jefes, innumerable tropa y multitud de armamento: que quedaba el General Lamar en Girón con 4 batallones y 5 escuadrones, restos de 7.700 hombres con que invadió a Colombia. Debiéndose considerar el segundo triunfo de nuestras armas como decisivo, no será extraño que a esta fecha no exista en actitud hostil un solo individuo de los que componían el ejército invasor".

Copiamos íntegramente el parte que recibió el Libertador, y más adelante nos ocuparemos de los pormenores de la campaña de 30 días, dirigida con tanta previsión e inteligencia por el Gran Mariscal de Ayacucho y la actividad y habilidad con que organizó el ejército el General Flores e inició las operaciones desde la frontera de Colombia hasta Cuenca, en donde se hizo cargo del mando del ejército el General Sucre.

El Libertador dejó la División Córdova en Pasto y se dirigió a Quito a ponerse al frente de los negocios y llevar a efecto la conclusión de la guerra y la ocupación de Guayaquil que aún permanecía en poder de los peruanos. Temí que la falta de ocupación nacional pudiera traer una revolución capitaneada por Córdova, y para evitarlo dispuse que se preparasen los cuerpos a una revista de inspección; lo comuniqué al General, que tenía un carácter muy militar, y le pareció bien. Hice más frecuentes mis visitas para evitar estorbarle su plan y no dejar que una brillante división, que ganaba día por día, fuera a perderse. Al fin volvió Córdova a hablarme sobre su proyecto, fundándose, para pensar llevarlo a cabo, en que era necesario separarnos cuanto antes de Venezuela, y me dijo que estaba resuelto a obrar si el Libertador no le daba el mando de todo el ejército del Sur. Ya esto me pareció muy serio, y secamente le manifesté que no contase conmigo y que meditase mucho sobre su gloria y re-

putación. Comenzóse a resfriar nuestra amistad. Hice nuevas advertencias a los jefes de los cuerpos, y aun a los segundos comandantes, para que no se ejecutase nada sin darme parte y escribí a los Generales Sucre y Torres, a Quito, para que influyesen con el Libertador en que llamase a Cordova a su cuartel general para evitar una revolución en la División. El Libertador tomó partido de escribirnos a todos una circular recomendándonos suma vigilancia, porque sabía que se conspiraba. El 6 de abril nos llamó a Córdova y a mí a su cuartel general dando orden de poner en movimiento la división para Quito. Al llegar a Rumipamba se adelantó Córdova y se condujo con tal imprudencia cuando se avistó con el General Bolívar, que éste conoció el plan y lo descabellado de su proyecto. Yo llegué seis horas después; me lo refirió todo el Libertador y me dio el nombramiento de Jefe de Estado Mayor General, previniéndome que me ocupara inmediatamente en organizar el ejército, y presentarle todos los documentos que podía necesitar para saber la fuerza y recursos que había para seguir la campaña. Pocos días después de estar encargado del Estado Mayor General me mandó reconocer el Libertador como Inspector General del Ejército que S. E. dirigía en persona desde el Departamento del Cauca al de Guayaquil, y previno al Estado Mayor General, residente cerca del Poder Ejecutivo, que limitase su acción sobre los otros Departamentos de Colombia.

El 28 de enero de 1829 se puso al frente del ejército el Gran Mariscal de Ayacucho.

El General Sucre no había querido encargarse del mando de los Departamentos del Sur por las razones que expresó y porque desde que llegó a Bolivia no estaba de acuerdo con la política de Flores, que estaba por la guerra, como el lector habrá comprendido bien en la narración que hemos hecho de los acontecimientos del Perú, pero instruído Sucre que la invasión se había iniciado por la frontera de Mataró y Guayaquil, creyó de su deber ponerse al frente para dirigir las operaciones y llevarlas a un término glorioso y restablecer con él la paz con el Perú.

El General Flores, como General en Jefe, había trabajado con grande actividad y mucha inteligencia para rechazar la invasión. Tenemos necesidad de dar una noticia sobre el particular.

Luégo que el General Flores supo en Guayaquil que se había verificado la invasión, dio órdenes para que la columna que obraba contra la facción de Obando se reuniese al batallón Quito y marchase a Cuenca; que las tropas que estaban en Loja,

se replegaran igualmente a Cuenca dejando partidos de observación para que conociesen los movimientos del enemigo y dar oportunos partes al cuartel general. Hizo seguir la mayor parte de las fuerzas que estaban en Guayaquil a incorporarse al ejército, dejando únicamente de guarnición al batallón Ayacucho, organizado en el Cauca, cuya tropa era aparente para aquel clima, la milicia de Guayaquil y una compañía de artillería; esta fuerza debió agregarse al batallón Girardot que se aguardaba de Panamá y llegó el 4 de enero al puerto de Manta.

El 22 de diciembre de 1828 publicó el General Lamar una proclama contra el Libertador diciendo a los colombianos del Ecuador: "que las armas del Perú eran las de la libertad, que la América entera estaba amenazada de perderla, y que debían levantarse en masa contra los proyectos ambiciosos del dictador de Colombia". Añadió que el único objeto que traía el ejército peruano era romper el yugo que se les había impuesto alevosamente y contener en su origen el torrente de males en que se les pretendía sumergir, cuyo grande beneficio venía a proporcionarles así como él lo había ejecutado en Bolivia. Elogiaba el ataque perpetrado contra el Libertador el 25 de septiembre y excitaba a los pueblos a que hicieran al Gobierno de su patria una traición, que se atrevería a llamar **generosa"**. Esta proclama, escrita contra todos los usos de la guerra, mostraba bien el dañado corazón de Lamar, autor principal de tan deplorable guerra. Dirigióse al mismo tiempo al ejército con otra alocución, aconsejándole la deserción, y que el ejército peruano marchaba contra algunos jefes de Colombia que se habían prostituído ignominiosamente declarándose por el General Bolívar; y que su ejército se retiraría al exterminar la tiranía: dando así una relevante prueba de desinterés y amor a la gloria.

El ejército colombiano se indignó de que se le creyese capaz de traicionar; pero no sucedió así en la provincia de Loja, en donde el Gobernador Carrión y sus parientes sedujeron a los habitantes con la profusión del oro con que se les pagaban los auxilios y el espionaje, y fueron desleales a su patria, a tal grado, que no se podía obtener quien se prestase a ir a examinar los movimientos enemigos.

Los habitantes de Cuenca manifestaron una lealtad y patriotismo dignos del mayor elogio, auxiliando de todos modos al ejército y manteniendo un espionaje tan bien servido que el General en Jefe conocía con exactitud los movimientos del enemigo, que se dirigió por Loja y Narón. El ejército colombiano se componía solamente de 4.200 hombres, mientras el peruano

constaba de 7.800 distribuídos en 8 batallones, 2 regimientos y 2 escuadrones de caballería y una brigada de artillería; se movían con el objeto de ponerse Lamar en correspondencia con la ciudad de Guayaquil, que había sido abandonada por el General Illingworth, después de una capitulación con el jefe de escuadra peruana, Boterín, quien ocupó no solamente la ciudad, sino también los pueblos de la izquierda del Guayas, auxiliado por el Teniente Coronel José Bustamante y algunos oficiales y tropa de la tercera División que traicionaron a su patria, desertando de Guayaquil cuando fue ocupada esta ciudad, los que cometieron muchos excesos en las poblaciones a que entraron; entre ellos se hizo notable el asesinato del General Mires, que había quedado enfermo en Samborondón.

El General Sucre, que comprendió bien que el movimiento del enemigo tenía por objeto flanquearlo, emprendió su marcha y fue a situarse en Paquichapa desde donde se dirigió a Lamar con fecha 5 de febrero de 1829, contestándole su carta del 4 del mismo para continuar la apertura de negociaciones de paz que había iniciado desde Cuenca el mismo día en que se hizo cargo del mando. Después de varias comunicaciones que mediaron entre el Gran Mariscal de Ayacucho y el Presidente de la República peruana, Lamar, y las conferencias que tuvieron lugar en el puente de Paquichapa, entre los comisionados nombrados por el General Sucre, el General Heres y el Coronel O'Leary y por el General Lamar, el General Orbegozo y el Teniente Coronel Villa. Después de haberse cambiado diversas minutas de tratado se conoció que no había otro objeto que distraer al General Sucre, mientras el ejército peruano emprendía su movimiento nocturno que burlase la vigilancia de Sucre y pudiese colocarse con ventaja el ejército peruano para atacar al colombiano.

La habilidad de los comisionados colombianos le hicieron decir al señor Villa algunas cosas que, sin quererlo, descubrieron el plan, y dieron parte a Sucre. Una columna ligera del ejército peruano se movió en dirección a ocupar la retaguardia del ejército colombiano a que debían seguirle todos los cuerpos del ejército, que estando en conferencias, dispuso Lamar su movimiento; el General Sucre, calculando la naturaleza del camino, el tiempo que debían emplear los cuerpos de retaguardia en desfilar, previno al Comandante en Jefe que ordenase la formación de una columna de la División que mandaba Urdaneta para que atacase bruscamente la gran guardia enemiga y penetrase hasta el campamento de Saraguro. La columna se compuso de la

compañía de Granaderos del Cauca y Cuarta de Caracas, al mando del Coronel León; el General Urdaneta ordenó que 20 hombres de una compañía de Yaguachi desguazasen el río de Saraguro para sorprender la gran guardia y que pudiese pasar con ligereza el Coronel León con las compañías mencionadas y llegar al campo enemigo antes que los dispersos. Se ejecutó el movimiento perfectamente, y el Coronel León al llegar a la plaza de Saraguro ordenó al Capitán Piedrahita, de Granaderos del Cauca, que se interpusiese entre los dos batallones 1º y 8º del Perú, e hiciesen fuego a uno y otro y volviesen a salir para continuar el ataque con la compañía de Caracas por los flancos de dichos batallones, movimiento atrevido que se ejecutó perfectamente con la oscuridad de la noche. Creyendo el General Lamar que todo el ejército colombiano atacaba su retaguardia, ordenó que se marchase rápidamente hacia la vanguardia, abandonando lo que no se había podido poner en marcha. El General Urdaneta, que seguía al Coronel León, al llegar a la población, ordenó que fuesen incendiados los almacenes del enemigo, para retroceder inmediatamente conforme a las órdenes que tenía. Este incendio desgraciadamente se propagó a la población, incendiándose el hospital en que había dejado el ejército peruano algunos enfermos, y se cree que algunos perecieron. Conocido el suceso por el Gran Mariscal, ordenó al Coronel Luque y Comandante Camacaro que con el batallón Rifles y un piquete del escuadrón Cedeño marchasen a picarle la retaguardia al enemigo y tomarle algunos prisioneros de los dispersos, y bagajes. Consiguieron destruír 80 cargas de municiones, 2 piezas de batalla y algunos fusiles, tomando varios prisioneros y 200 mulas. El Gran Mariscal, conociendo el movimiento que llevaba el General Lamar, por el mortífero valle de Yunguillo, no quiso perseguirlo, y emprendió su marcha por el camino público de Ona, para interponerse entre el ejército peruano y la ciudad de Cuenca conservando al mismo tiempo su comunicación con Quito y la parte libre del Departamento de Guayaquil.

El ejército continuó su marcha a Narón el 14; el 15 atravesó a Girón y llegó el 16, contando encontrar allí al ejército peruano. Este, al conocer la resolución de que el Gran Mariscal le buscaba para atacarle, hizo alto en la hacienda de Lenta, a 4 leguas de Girón. El Gran Mariscal se trasladó a la llanura de Tarqui para observar mejor los movimientos del enemigo, que después de haber destruído los puentes de Ricai y Ayabamba, colocó su ejército entre Lenta y San Fernando. El 18 se trasladó el ejército a Guaguatarque y de allí pasó a Narancay, cerca

de Baños, a 10 leguas de distancia del campamento enemigo. El 25 supo el General Sucre que la División de Plaza estaba en Girón y el resto del ejército en San Fernando, y resolvió atacarla marchando el 26 a las tres de la tarde con 3.600 hombres de combate; pero no pudo llegar a Tarqui hasta las 7 de la noche por causa de un gran aguacero. Allí supo que Plaza estaba ya en el Portete. Como el ejército peruano había quedado a retaguardia perdiendo la distancia de operaciones, resolvió atacar a la vanguardia con la primera división del ejército, la que tuvo que hacer alto a poca distancia del enemigo para esperar la segunda brigada y la caballería. 100 tiradores escogidos, a órdenes del Capitán Piedrahita, marchaban de descubierta para preparar el combate; el cual se extravió y permitió al enemigo marchar a encontrar al ejército colombiano, sin ser descubierto, y rompió sus fuegos contra el escuadrón Cedeño. Empeñóse el combate a la madrugada del 27; estando ya arrollada la División Plaza, llegó una fuerte columna de infantería mandada por el mismo Lamar. Reforzó a los combatientes la segunda división, al tiempo mismo que llegaba Gamarra con dos batallones; la batalla se hizo general y a las 7 de la mañana no había ya fuerza ninguna del Perú que combatiera, y los derrotados tomaron el desfiladero del Portete que va a Girón, a unirse a la caballería e infantería que no habían estado en el combate. El General Sucre, que tenía instrucciones del Libertador, de no hacer sangrienta la guerra y abrir negociaciones de paz, en vez de aprovecharse del triunfo para completar la destrucción del enemigo, mandó un oficial del Estado Mayor a ofrecerle una capitulación que salvase sus reliquias. El General Lamar contestó pidiendo las concesiones que se le harían y los comisionados que estipulasen la negociación. Fueron nombrados el General Flores y el Coronel O'Leary, y el General Lamar nombró a los Generales Gamarra y Orbegozo. Después de muchas discusiones luégo que el General Sucre dio el ultimátum, se convino en el tratado de marzo de 1829. La pérdida del ejército peruano consistió entre muertos y heridos en más de 1.500 hombres, incluso 60 jefes y oficiales, dejando por despojos multitud de armamentos, cajas de guerra, banderas, vestuarios, etc. La del ejército colombiano consistió en 164 muertos y 206 heridos; entre los prisioneros está el Comandante Cumacaro y su segundo Comandante, Nadal, el Comandante V. Vallarino, 2º de Yaguachi, los Tenientes Pérez, Avila y Santa Cruz y los Subtenientes Pinto, Carrillo y Triana. Entre los segundos se encontraron los Capi-

tanes Bravo, Méndez y Hernández, los Tenientes Sotillo y Silva y los Subtenientes Alvarez, Gil y Casanova.

Los Generales Flores y Heres, y el Coronel O'Leary, fueron ascendidos en el campo de batalla por el Gran Mariscal de Ayacucho, a nombre del Libertador. Posteriormente se concedieron otros ascensos a los jefes y oficiales que se habían distinguido. La campaña duró 30 días, y el Gran Mariscal dirigió con el acierto que era propio a sus relevantes cualidades.

Al encontrarse con el Libertador en Quito, el 10 de marzo, le dirigió un discurso lleno de entusiasmo y adecuado a las circunstancias. El Libertador le contestó felicitándole por los relevantes servicios que acababa de prestar a su patria, pero uno y otro sentían que se hubiese llevado hasta el extremo de derramar sangre americana y amiga. Batalla heroica, pero sin gloria, porque no la hay en las guerras fratricidas.

Los Generales Gamarra, Cedeño y muchos otros jefes y oficiales manifestaban después de la infausta batalla en que se batieron los que unidos habían humillado al poder español en Ayacucho, cuál era la pena que los afligía al haber tenido que esgrimir sus espadas solamente por el deber que tenían de obedecer al Gobierno del Perú, que se estableció en aquella República después de los tristes sucesos que hemos referido. Al regresar a su patria con sólo 2.500 hombres de los 8.000 que habían emprendido operaciones en el territorio colombiano, iban animados de un sentimiento ardoroso para cooperar al restablecimiento completo de la amistad y buenas relaciones que habían unido a las dos Naciones para adquirir su independencia.

El General Lamar, al dirigir sus órdenes al jefe que ocupaba a Guayaquil para entregar la plaza, le dio al comisionado peruano una orden reservada previniéndole lo contrario y como debía justificar de algún modo esta falta de cumplimiento al convenio de Girón, dirigió al General Sucre una comunicación con fecha 17 de marzo, desde su cuartel general de Gonsanamá, avisándole que había revocado la orden de entregar a Guayaquil por los términos en que se había dado parte de la batalla de Tarqui y otros incidentes a que hace alusión. Esta comunicarión llegó a Quito cuando ya estaba el Libertador en aquella ciudad, y le contestó el Secretario General dirigiéndose al Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, con fecha 3 de abril. Y con fecha 3 del mismo mes dirigió el Libertador una alocución a los colombianos manifestando sus sentimientos en favor de la paz.

El General Flores, que había marchado después de la batalla de Tarqui a Guayaquil con una división para guarnecer el Departamento, recibió aviso que se negaba el jefe peruano a entregar la ciudad, y dispuso que siguiesen los demás cuerpos del ejército a reunirse en Babahoyo y marchó hasta Baba, en donde fijó su cuartel y dio allí una proclama con fecha 9 de abril, de acuerdo con la del Libertador que había recibido.

La conducta de Lamar negándose a entregar a Guayaquil y sus reclamaciones, ofendieron de tal modo a los Generales y Jefes del ejército colombiano, incluso Flores y Heres, que deseaban marchar al Perú y continuar la guerra con aquella República contando con el ejército, con la incorporación de los cuerpos de la guardia que formaron la División Córdova, y los que estaban en marcha de Bogotá para el Sur podían componer un ejército de más de 10.000 hombres bien disciplinados, con el cual era segura la victoria y la ocupación de Lima aunque no tuviésemos marina en el Pacífico.

El Libertador creyó, por la conducta de Lamar, que la guerra era inevitable, y repitió las órdenes que había dado para que las fragatas **Colombia, Cundinamarca** y corbeta **Urica** pasasen del Atlántico al Pacífico, cruzando por el cabo de Hornos para batir a la escuadra peruana y celebrar entonces el tratado definitivo de paz. Llegó a quejarse con el General Sucre, de que no hubiese obtenido rehenes y garantías positivas para la entrega de Guayaquil. Tratábanse estas cuestiones entre el Libertador y Sucre, quien juzgaba que era necesario esperar el resultado que hubiese en el Perú después de los sucesos de la campaña y le manifestaba al Libertador la necesidad de obrar de acuerdo con su alocución de 2 de abril.

En tales circunstancias nos hicimos cargo del Estado Mayor General, como lo hemos indicado. El General Sucre era combatido en sus opiniones por los Generales Flores, Cordero, Sanders y Urdaneta, como por los jefes de los batallones, que todos querían la marcha al Perú y habían logrado que el Libertador dudase si era necesario recuperar por la fuerza a Guayaquil, y marchar por lo menos a ocupar el norte del Perú para hacer una paz definitiva y recabar no solamente el arreglo de límites, el pago de gastos de la guerra y la liquidación de la deuda contraída por los auxilios de Colombia, sino también, restablecer las relaciones amistosas para marchar a reunir el Congreso de Bogotá a principios de 1830, para dimitir el mando y separarse para siempre de la cosa pública. Esta vacilación sobre el partido que debía tomar indujo al General Sucre a poner los medios

para que el Libertador se resolviese a adoptar el partido que su honor y gloria exigían, y me habló para que procediésemos de acuerdo a decidir al Libertador en tal sentido y desechar las ideas que le presentaban los generales para continuar la campaña e ir a celebrar la paz en el Perú; como el plan de operaciones no estaba aún trabajado, el General Sucre le manifestó al Libertador que supuesto que me había nombrado Jefe del Estado Mayor General, debía ordenarme que trabajase y le presentase el plan, que era un deber del Jefe de Estado Mayor General; y era necesario que se conociese si yo me encontraba en capacidad de hacerlo. El Libertador le manifestó que al nombrarme me había considerado con la capacidad necesaria, que me lo iba a ordenar y examinarían juntos el proyecto que yo presentase; el General Sucre me comunicó lo que había dicho el Libertador y su respuesta.

Al día siguiente, estando en el despacho juntamente con Sucre, me previno el Libertador que de preferencia me ocupara del trabajo de presentarle el plan de operaciones para la campaña, comprendiendo en él no solamente los movimientos militares, sino también los recursos con que contábamos, la fuerza que debía tener el ejército para ocupar a Guayaquil y seguir al Perú si era necesario; le respondí que haría todo lo posible para llenar los deseos de S. E., pero que no haría otra cosa que desarrollar sus ideas de que tenía conocimiento por las muchas conferencias que habíamos tenido.

El 10 de mayo le presenté el trabajo: el ejército constaba de los cuerpos que existían en los Departamentos del Sur y el Cauca, de 10.500 hombres de tropa de fuerza efectiva, fuéra de algunos cuerpos de milicias; y teníamos necesidad de reparar algún armamento que no estaba en buen estado en los parques; que las rentas en los Departamentos del Sur no daban sino $ 950.000, de los cuales cerca de medio millón pertenecía a Guayaquil, que era insignificante la cantidad que dieran los otros dos Departamentos y el del Cauca, para con esos recursos movernos no solamente para lograr la ocupación de Guayaquil, sino para continuar la guerra, como opinaba Flores, "hasta el Perú"; que no sabíamos para cuándo estarían las fragatas de guerra en el Pacífico. Que los recursos que se esperaban de Bogotá no eran suficientes para tan ardua empresa; y que, si la invasión del Perú había reanimado el espíritu público, éste volvería a perderse en el Sur al exigirle nuevos sacrificios. Que Colombia tenía fijos sus ojos en el Libertador y esperaba que terminada

la guerra se hiciese la paz para que pudiese regresar inmediatamente a Bogotá en el año entrante, a abrir las sesiones del Congreso Constituyente; que por tanto, yo había desistido de entrar a confeccionar un plan de operaciones en el sentido de lo que deseaban los jefes del ejército y me limitaba únicamente a las operaciones sobre Guayaquil con 5.000 hombres, con cuya fuerza podíamos reducir a las fuerzas enemigas en la ciudad de Guayaquil, hasta poderles quitar el **Aguadulce;** pero como no teníamos fuerzas sutiles, ni marina, era imposible el hacer otra cosa hasta que llegasen la fragata **Colombia** y la corbeta **Urica,** que eran los dos buques que, según las últimas noticias, debían haber zarpado de las costas del Atlántico para doblar el cabo; y en tal sentido presenté los proyectos de las órdenes que se habían de dar al Comandante en Jefe del ejército del Sur que estaba sobre Guayaquil; al General Urdaneta, a Cuenca, y al General Carmona, para que pusiese el cuartel general en Pasto de la división que traía de Bogotá; al mismo tiempo le presenté una minuta de las órdenes que debían dictarse por la secretaría general para proporcionar recursos, mulas y caballos para la movilidad. Después de una detenida discusión en que tomó parte el General Sucre, con quien yo había procedido de acuerdo, el Libertador lo aprobó todo y me dio orden de ponerme en marcha al cuartel general de Flores a instruírle a la vez del plan de operaciones que debía ser muy reservado para que no se desalentasen los militares que debían ir al Perú, sin que por tanto se les diese a entender que el Libertador estaba de acuerdo con ellos; me ocupé de mi marcha y dejar extendidas todas las órdenes que debía firmar antes de seguir al ejército del Sur. Cuando fui a despedirme del General Bolívar, el 13 de mayo, me recibió muy satisfecho del trabajo, diciéndome estas palabras: "Ha desenvuelto usted completamente todas mis ideas, y comprendido que yo no aspiro a otra cosa que a satisfacer los votos de Colombia y afianzar una paz duradera con el Perú; haciendo renacer en aquella República las simpatías por Colombia, en donde hay más amigos nuéstros que enemigos y pocos los que desconfían de mi lealtad y patriotismo. Continúe usted desempeñando sus funciones como esta vez para que merezca que lo llame mi Berthier".

Este interesante episodio en la vida de Bolívar demuestra bien cuál era su pensamiento, y el General Sucre obró para afianzarlo y me hizo el honor de llamarme por su cooperador al fin que desde Tarqui se había propuesto, y nos decía al Libertador y a mí que debíamos esperar una reacción en el Pe-

rú, dirigida por los Generales que no alimentaban celos mezquinos, como Lamar y Necoechea.

El 18 de agosto llegué al cuartel general de Baba para verme con Flores, quien me comunicó al llegar que se acababa de oír una detonación de la parte de Guayaquil, que no podía ser otra cosa que la inflamación de algún parque. Me ocupé de darle las órdenes e instrucciones del Libertador, que las encontró todas de acuerdo con sus ideas, menos la de limitar las operaciones hasta ocupar a Guayaquil para hacer un tratado definitivo de paz. El General Flores atribuyó a Sucre esta determinación que quitaba al Libertador la resolución de vengar sus ultrajes y restablecer la independencia de Bolivia y regresar a Bogotá lleno de gloria para mantener la unidad colombiana que Páez iba a disolver si no veía al Libertador con poder material.

El Libertador partió el 24 de mayo a Riobamba, a donde me fijó por punto de mi regreso, para darle cuenta del estado en que había encontrado el ejército del Sur.

El 19 de mayo recibió aviso el General Flores de sus corresponsales que tenía en Guayaquil, de que la detonación que oímos el 18 había provenido del incendio de la fragata **Prueba,** causado por un marinero que fue con una luz encendida a la bodega a robar un poco de aguardiente y al taladrar una pipa se incendió ésta y en seguida el buque, y al llegar el fuego a la santabárbara voló la fragata. Llevé la noticia al Libertador para manifestarle que sin esa fragata no podía defenderse Guayaquil, y podíamos tomarlo por la espalda, aunque tuviesen los peruanos fortificado el cerro.

Resolvió el Libertador ponerse en marcha al cuartel general de Baba, y se dieron las órdenes para que siguiesen algunos cuerpos para el cuartel general del Sur, y completar 5.000 hombres.

El General Flores en su marcha para ir a ocupar a Guayaquil llegó hasta Samborondón; pero cuando supo que Lamar había mandado a Piura dos batallones, resolvió retirarse a Baba porque su fuerza era inferior, pues no pasaba de 1.500 hombres, que era la tropa que había creído dicho General necesaria para guarnecer el puerto.

Aunque el General Flores tuvo que emprender su marcha en la fuerza del invierno, creyendo que la plaza de Guayaquil se entregara, adoptó las medidas convenientes para precaver el desarrollo de las enfermedades endémicas en el ejército. Por la misma razón, el Libertador ordenó que esperasen algunos días

los cuerpos entre Riobamba, Guaranda y San Miguel, mientras bajaban los ríos y desaparecía la inundación, la que había principiado a fines de mayo; entrando la estación seca, que es en la que se disfruta de mejor salud en el Departamento de Guayaquil. Hacemos mérito de este incidente porque el señor Restrepo en su Historia, sin duda mal informado, hace una censura al Libertador por haber emprendido operaciones en invierno, asegurando haberse perdido 3.000 hombres por enfermedades, lo cual no es cierto, y la mortalidad del ejército no pasó en toda la campaña de tres y medio por ciento y otro tanto tuvimos en bajas de desertores y atrasados, etc.

Al llegar el Libertador a Babahoyo recibió la noticia de que en Piura había una fuerte oposición a Lamar, y que era probable lo destituyesen del mando porque no había podido ser elegido Presidente por no ser peruano de nacimiento, lo que corroboraba la opinión de Sucre, de que esto sucedería después de la impericia con que aquel General dirigió la campaña de invasión.

No se corrieron muchos días cuando se recibió la noticia de haber sido depuesto Lamar en Piura, y que el General La Fuente al frente de las tropas que mandaba en Lima, había obligado al Presidente Salazar y Baquijano a dimitir su autoridad y encargádose del mando supremo, mientras se reunía el Congreso. Continuamos la marcha al cuartel general de Baba e inmediatamente que llegamos a ese punto dispuso el Libertador que se trasladase el ejército a Samborondón a desalojar la guarnición peruana que se encontraba en aquella población; debía ser atacada por agua por los esquifes que había armado y disciplinado el Capitán de Navío Wright, emboscando en ellos cazadores de infantería, y por tierra, por la infantería y caballería; pero como había que pasar el río Baba, en el punto que se llama Tres Bocas, fue necesario llevar canoas tiradas a cola de caballo para poder atravesar con ellas el río que es navegable y no puede desguazarse por la infantería.

Al llegar en la mañana del 16 de junio al paso del río, se encontró que lo defendían 40 infantes. El General Flores mandó desensillar a 10 jinetes de Cedeño para que se tirasen a pelo y a nado a órdenes del Comandante Corcer para ir a tomar y desalojar el destacamento, rompiendo a la vez el fuego los cazadores desde la ribera opuesta. El enemigo huyó y pudo pasar con mucha facilidad una columna de infantería, compuesta de los batallones Pichincha y Quito y los escuadrones de Dragones, Granaderos, Húsares, Dragones del Istmo y Cedeño. El General Flores se adelantó con 300 soldados de infantería y 100

de caballería y atacó a la columna de 700 hombres que ocupaban la población, la cual se embarcó rápidamente abandonando sus cuarteles para seguir a Guayaquil; las 4 lanchas cañoneras que protegían los buques de transporte en que se embarcó la tropa rompieron sobre la columna y los esquifes un fuego vivo de artillería con sus piezas de 24 y 18. Las pérdidas fueron insignificantes. El Libertador llegó poco después de haberse ocupado el pueblo, y cuando todavía las lanchas cañoneras continuaban sus fuegos contra la infantería, que se batía desde los barrancos, el resto de las tropas llegaron al día siguiente.

El 19 de junio me ordenó el Libertador que pasase una comunicación al Comandante General de Guayaquil, exigiéndole la entrega de la plaza. En su contestación propuso la celebración de un armisticio para que pudiese el Libertador mandar un comisionado a Piura a tratar con el Gran Mariscal Gamarra, de quien dependía Necoechea, y los jefes peruanos partidarios de Lamar se habían separado de Guayaquil desde que recibieron la noticia de la deposición del Presidente de aquella República. Se le dijo al Comandante General, don Miguel Benavides, que podía remitir un comisionado para celebrar el armisticio que había propuesto en su última comunicación y que en consecuencia pasó al cuartel general de Huijo el Teniente Coronel don Francisco Valle-Riestra y se celebró dicho convenio el 27 de junio entre el mencionado Jefe del Estado Mayor, Valle-Riestra y el General León Febres Cordero, el que fue aprobado por el Jefe de Estado Mayor en nombre del Libertador. Pocos días antes recibió el Libertador comunicaciones del General Gamarra, proponiéndole la celebración de un armisticio por 90 días hasta que, instalado el Congreso peruano, acto que debía realizar en todo el mes de julio. En la comunicación de Gamarra se confesaba los esfuerzos que repetidas veces había hecho para evitar o terminar una guerra injusta o fratricida, cuya culpa se atribuía enteramente a la administración del Presidente Lamar.

El General La Fuente, luégo que se hizo cargo del Gobierno del Perú, como Jefe supremo provisorio, dirigió a los peruanos una proclama en la cual, entre otras cosas, decía: "Que asumía el mando supremo, porque de lo contrario se haría responsable ante Dios y los hombres si desoyese la voz de los pueblos y del ejército, que habían clamado porque se pusiera al frente de los enemigos".

La opinión pública se pronunció en el Perú enérgicamente contra la guerra a Colombia, atribuyéndosela a Lamar y a los

enemigos gratuitos del Libertador, como Luna Pizarro y Necochea, que hacían parte de los consejeros que influyeron sobre aquel General. La Fuente y Gamarra fueron los órganos principales de aquella opinión y justificaron completamente al Libertador y a Colombia. El General La Fuente decía en su proclama inaugural: "Una guerra insensata y fratricida provocada artificiosamente, con depravados designios; una invasión del territorio extranjero ejecutada con la más insigne indiscreción; la campaña que, dirigida por las personas más sabias del arte militar, terminada con desdichas e inmerecido oprobio; los valientes salvados de las consecuencias primeras de la ineptitud, condenados después a perecer lastimosamente; al nombre peruano sin mancilla en medio de los antiguos reveses de la fortuna, ahora pronunciado con desprecio por las naciones y con baldón por un pueblo hermano; la Constitución y las leyes holladas por satisfacer privados e innobles sentimientos y para arrancar a la indigencia contribuciones onerosas destinadas a fomentar la funesta lucha; los campos yermos, las familias desoladas, segados todos los manantiales de la prosperidad pública..., he aquí en bosquejo el triste, el espantoso cuadro que presenta el Perú, cuando debía ya saborear en paz y alegría los goces de la abundancia y de la dicha social".

Además, el General La Fuente, como Jefe supremo provisorio, nombró al Gran Mariscal Gamarra General en Jefe del ejército y le previno que celebrase un armisticio que debía durar hasta que, reunido el Congreso, pudiese nombrarse un plenipotenciario para que celebrase la paz con Colombia, aprovechándose de la oportunidad de estar el Libertador al frente del ejército, en el Departamento de Guayaquil.

Estos acontecimientos excitaron en el ánimo del Libertador un deseo vehemente de dar término a la guerra con el Perú y consolidar la estabilidad de Colombia, y promover el afianzamiento de la independencia americana. Desvanecidas sus esperanzas de ver realizada la alianza de todas las Repúblicas hispanoamericanas por medio de los tratados que debían celebrar sus Plenipotenciarios en el Congreso de Panamá, que trasladó sus sesiones a Tacubaya, en Méjico, había circunscrito sus pensamientos a la confederación de las Repúblicas de Bolivia, Colombia y el Perú, cuyo proyecto fue mal comprendido y desapareció con los acontecimientos que dejamos referidos de los años de 1826 y 1827. Se había ocupado el Libertador desde Quito, en los primeros días del mes de abril, de la necesidad de terminar la guerra con el Perú, y solicitar de una potencia europea

su intervención y buenos oficios para que las nuevas repúblicas terminasen las agitaciones periódicas promovidas unas veces por ambiciosos que querían apoderarse del mando, otras por republicanos demócratas que se iban a la lucha contra los usurpadores, y algunas por hombres que querían conciliar las ideas democráticas con el mantenimiento del orden público, estableciendo gobiernos rigurosos. Al efecto, se dirigió al Consejo de Gobierno a Bogotá, para que por medio del Ministro americano solicitase la mediación de los Estados Unidos para que terminase la guerra con el Perú, y que tomasen en consideración la necesidad de negociar con una nación fuerte de Europa un tratado que garantizase la estabilidad de los nuevos gobiernos y que se diese garantía a los que estableciesen conforme a la voluntad popular, y de este modo obtener la protección de aquella nación que hubiese celebrado estipulaciones comerciales y de colonización en nuestras tierras desiertas. El Consejo de Gobierno hizo fuertes objeciones a este pensamiento porque le pareció irrealizable, y recibió el Libertador su respuesta el 2 de julio en Buijo. Nos hablaba sobre la situación de la América, diciendo: "No sé si he hecho un bien o un mal a la América en haber combatido con todos mis esfuerzos por la causa de la independencia. Testigo de grandes acontecimientos en Europa, se exaltó mi imaginación, y allá, en el Monte Sagrado, juré con algunos de mis amigos libertar mi patria, y hacerla marchar por una nueva senda de felicidad. No he tenido más elementos para mi obra que mi constancia y el haberme aprovechado de la novedad de mis ideas de libertad que ocupaban el pensamiento americano. He concluído mi obra, ¿y qué es lo que veo? Un vasto campo de anarquía, en donde tántos seres inmundos quieren gozarse en la estimación de un bien que no saben estimar: no miro sino desgracias para una serie continua de años, y no sé si al fin morirá este pueblo antes de haber llegado a su adolescencia: Venezuela y Nueva Granada han sido los lugares donde más se ha ensangrentado la lucha, no obstante las campañas del Río de la Plata en el Alto Perú, y la egregia revolución de Chile; reducido el poder español al Perú, allí lo ha combatido Colombia. Esta es mi época clásica: abandonado por los aliados, traicionado por los mismos que gobernaban esa República y por la guarnición que ocupaba el Callao, todo quedó encargado a mi cuidado; mis hechos y mi fama valieron un ejército. Allí se afirmó la independencia que conquisté en Boyacá y Carabobo. Sin estos hechos, ¿qué sería hoy de nosotros? Estaríamos sometidos al yugo español hasta que llegara la época de la eman-

cipación natural. Hoy ha sido prematura; pero nadie tiene poder de detener los acontecimientos. Formo este juicio porque veo que Buenos Aires y Guatemala, que más felices fueron que algún otro país para conseguir la independencia, se encaminan a la barbarie. Las ideas algo exageradas de Rivadavia, en la República Argentina, y un celo indiscreto por la libertad pueden sumir ese país en la anarquía. Dorrego ha sido asesinado; este ejemplo tendrá horribles consecuencias. Iturbide no supo conocer ni su situación ni sus hombres. Y el más rico país de la América no será sino un campo de combates entre la indigencia y los hijodalgos españoles, que quieren formar con la plata de su misma nobleza americana. A su lado tienen a los Estados Unidos que verán con celo la prosperidad de Méjico, que es la valla del descuajo de la tierra del occidente de aquella República. Chile, que por su posición geográfica está llamada a gobernar con más facilidad que otro alguno de los Estados, acaba de adoptar en 1828 instituciones que no le darán estabilidad. El Perú rompió los lazos de unión que yo le había dejado, y ha sido conducido ese pueblo a esta guerra, que será el origen de una completa anarquía; su actual unidad depende de que hoy somos sus enemigos. Colombia está en una crisis que me espanta. Bolivia, mi hija menor, la han arrancado de los brazos de su curador, y su existencia depende de la anarquía de Buenos Aires y del Perú. No volverá a ser parte de aquellas Repúblicas, pero corre los mismos peligros que el Perú".

Hízonos grande impresión este cuadro presentado por el Libertador para ver en su conjunto la marcha de las diferentes Repúblicas, de que tomamos nota en aquella fecha, y al cabo de cuarenta años no vemos aún completamente consolidados el orden y la libertad en las nuevas Repúblicas, exceptuando a Chile.

Imposible me fue entonces retener palabra por palabra, todos los pensamientos del Libertador, y si no puedo expresarlos con todo aquel tono y decir poético del Libertador, al menos conservo algunas de sus mismas frases. Personificó algún tanto en una de sus conferencias a cada Estado, para hacer ver que en América, sin talentos y sin mérito, alguna vez se arrastraba al país a grandes desgracias; desesperado una noche, sobre su hamaca, le oí con pena y con placer desenvolver sus ideas, y me repitió muchas veces: "No se me comprende; se me quiere juzgar tirano porque he propuesto desde Guayana una forma de Gobierno que pueda ser fácil en estos países. Las Naciones no pueden tener una metamorfosis instantánea. La demo-

cracia necesita entrar por grados: es el alimento del adulto, y dado a un niño, le mata, como la carne al recién nacido. Los hombres útiles, los de más experiencia, se separan de los negocios, y entre el egoísmo y las ambiciones vulgares se labra la desgracia de la América". Y concluyó: "¿No debo, pues, dudar si he hecho un bien o un mal con haber conquistado la independencia? Esto no estaba preparado para una República; y aquí no cabe una monarquía. Es aún mayor absurdo creer que puedan darse Reyes a la América española, después que hemos enseñado a despreciar la dinastía de España".

Esto mismo publicamos en 1843, en el examen crítico del libelo publicado en Lima por el General Obando, y como se ve, pronosticaba el Libertador lo que ha sucedido y predecía: que Méjico era la valla del descuajo de la tierra del occidente de los Estados Unidos, que llevaron a efecto apoderándose de una parte del territorio mejicano para fundar el rico Estado de California, que acaban de unirlo al centro de aquella República por medio de un ferrocarril, que, sin duda, es el mayor que ha podido construírse como vía interoceánica.

El 6 de julio ordenó al Secretario General que replicase al Consejo de Gobierno contestando la comunicación que éste le pasara en contestación a la carta oficial que desde Quito se le dirigió, sometiendo a su discusión las proposiciones de que hemos hablado, sobre mediación de los Estados Unidos y protección de una nación europea, y el Secretario General lo hizo en los términos siguientes:

"Al Excelentísimo Señor Secretario de Estado, en el despacho de Relaciones Exteriores.

"Señor: He tenido la honra de dar cuenta a Su Excelencia el Libertador Presidente, de la comunicación de ustedes de 25 de mayo, contraída a manifestar los pasos que se han dado privada y oficialmente por el Ministerio de ustedes para excitar a los gobiernos de los Estados Unidos y del reino unido de la Gran Bretaña e Irlanda, por medio de sus ministros, a una mediación entre el Perú y Colombia, y de las observaciones que ha hecho el Consejo a la indicación que de orden de S. E. transmití a ustedes sobre la conveniencia de solicitar de alguna potencia europea tomase la América bajo su protección. Los primeros son conformes con los deseos de S. E.; las segundas, aunque desenvuelven los principios del derecho de gentes, convencional; son más bien aplicables a la palabra protección de que me he servido en mi nota del 4 de abril, que a la idea concebida por S. E. y que no acerté a expresar.

"Desde que las diferentes secciones americanas han ensayado infructuosamente todas las formas de gobierno simples o mixtas comprendidas entre la democracia pura y el completo absolutismo; después que los pue-

blos se han familiarizado en destituír, deportar y aun ejecutar infamemente a los monarcas, directores, presidentes y demás conductores de las naciones; cuando los gobiernos nuevos hacen profesión de desconocer todo derecho de gentes, y guiados por el instinto del mal y por su propio interés, han conculcado los tratados más solemnes y faltado a la fe pública de las sociedades; después que ineptos para gobernarse a sí mismos, son frecuentemente presa del primer ambicioso: de un emperador audaz, y convertidos en instrumentos ciegos de pasiones individuales, llevan la guerra a las naciones limítrofes; desde que la desmoralización ha penetrado en el corazón de los ejércitos; cuando la demagogia ha arrastrado a los hombres, no sólo a despedazar las entrañas de su patria, y abrasarla en el fuego de la discordia civil, sino en invocar a los enemigos de aquélla, abrirles las puertas y franquearse a ellos como a sus colaboradores; después, en fin, que la sed de mando ha sugerido el medio de saciarla, vituperando a los predecesores hasta el extremo de fallar contra ellos en favor de los enemigos; y cuando la antigua metrópoli, tan lejos de perder las esperanzas de reconquista, hace preparativos para una nueva y fuerte expedición sobre las costas y provincias australes de la América, es preciso, es inevitable deplorar anticipadamente la futura suerte del Nuevo Mundo.

"¿Qué medios pueden excogitarse para salvarlos por nuestros propios esfuerzos del estremecimiento casi universal que ha derrocado los imperios, que ha sepultado las repúblicas, que ha hecho desaparecer las naciones enteras? ¿Cómo librar la América de la anarquía que la devora y la colonización europea que la amenaza? Se reunió un Congreso Anfictiónico, y sus tareas fueron desdeñadas por las naciones más interesadas en sus convenios. Se propuso una federación parcial de los Estados Soberanos; y la maledicencia y el escándalo se elevaron hasta los cielos. En fin, la América necesita de un regulador, y con tal que su mediación, protección o influencia emanen de una nación poderosa del antiguo continente, y con tal que ejerza un poder bastante para que en caso de ser desatendida e insuficiente su política, emplee la fuerza y haga oír la voz del deber, lo demás es cuestión de nombre.

"S. E. está al cabo de las dificultades que hay para que Colombia implore el favor de la Europa o de una nación cualquiera para sí y los demás Estados americanos. Lo está también de los celos que excitaría entre las potencias europeas la influencia que una de ellas (que no fuese la España) ejerciese sobre la América; pero debiendo ésta a la Inglaterra 200.000.000 de pesos, es sin duda la nación a quien más interesa impedir la destrucción y la esclavitud de la América; pero este interés aislado o falto de aplicación y ejercicio no pondrá a la América a cubierto de ser colonizada nuevamente por la España u otra nación continental; y hé aquí el término de la revolución y el fruto de 20 años de sacrificios. S. E. no tiene en este negociado el más remoto interés personal fuera del de Colombia, fuera del de la América. No se adhiere a la palabra; busca la cosa. Llámese como se quiera, con tal que el resultado corresponda a sus deseos de que la América se ponga bajo la custodia o salvaguardia, mediación o influencia de uno o más Estados poderosos que la preserven de la destrucción a que la conduce la anarquía erigida en sistema, y del régimen colonial de que está amenazada. Inglaterra ¿no ofreció espontáneamente su mediación entre el Brasil y el Río de la Plata? ¿No intervino a mano

armada entre la Turquía y la Grecia? Busquemos pues, señor Ministro, una tabla de qué asirnos o resignémonos a naufragar en el diluvio de males que inundan a la desgraciada América.

"Sea usted servido de someter nuevamente al Consejo esta explicación de los votos del Libertador, por la felicidad, de las naciones en cuya existencia le ha cabido no pequeña parte.

"Soy de ustedes, etc. — **José D. Espinar**".

Deseando conservar la cronología de la historia de los actos importantes de la vida del Libertador, hemos interrumpido la narración de los acontecimientos del Sur, a la conclusión de la guerra con el Perú, para hacer mérito de lo que dejamos expuesto sobre la ansiedad de espíritu que afligía al Libertador en la época a que nos referimos, y como antecedentes que deben servir cuando nos ocupemos de la cuestión de monarquía, promovida por el Consejo de Gobierno en Bogotá. Pero nos falta aún que copiar un interesante documento que ilustra completamente la gran cuestión de que el Libertador se ocupaba para dar fin a su vida pública. Después de la carta oficial del Secretario General, que dejamos copiada, continuó el Libertador sus conversaciones sobre el mismo asunto, al que daba acaso más preferencia y a la terminación de la campaña por medio de un armisticio. Del 10 al 11 de julio, según recordamos, llegó un correo de Bogotá y recibió el Libertador una interesante carta del Secretario de Relaciones Exteriores, que le contestó el 13 del mismo mes, con la siguiente:

"Campo de Buijo, frente a Guayaquil, julio 13 de 1829.

Al señor doctor Estanislao Vergara.
Mi querido amigo:

He recibido la apreciable carta de usted de 8 de junio último, y quedo enterado de cuanto me dice de Francia, Estados Unidos y de nuestras buenas elecciones en esos cantones con todas las demás reflexiones que usted me hace con respecto a nuestra América.

Pienso como usted, que el continente americano va señalándose de una manera tan escandalosa, que no puede menos que alarmar a la Europa para sostener el orden social. Nosotros, que hemos sido los más juiciosos, ve usted por qué calamidad vamos como vamos, y que no podemos inspirar alguna confianza a nadie. Me ha tenido tan melancólico estos días la perspectiva de la América, que ni la caída de La Mar y los servicios que nos ha hecho el Perú en su mudanza, me han consolado; y antes por el contrario, han aumentado mi pena, porque esto nos dice claramente que el orden, la seguridad, la vida y todo se aleja cada vez más de esta tierra, condenada a destruírse ella misma y ser esclava de la Europa. Esto lo creo infalible, porque esta

inmensa revolución no la encadena nadie. Convencido de esto soy de opinión que lo más que se puede lograr en este Congreso, es una ley fundamental que durará muy poco, y que yo mismo tendré grande dificultad para sostenerla. Yo he dicho hasta ahora a usted, sí, sí, a todo cuanto me han propuesto sin atreverme a dar mi opinión verdadera, temiendo que interceptaran mis cartas y se prevalieran de ellas para hacer guerra al mismo Gobierno y alarmar la multitud contra el Consejo. Mi opinión es vieja, y por lo mismo creo haberla meditado mucho. Primero: no pudiendo yo continuar por mucho tiempo a la cabeza del Gobierno, luégo que yo falte, el país se dividirá en medio de la guerra civil y de los desórdenes más espantosos. Segundo: para impedir daños tan horribles, que necesariamente deben suceder antes de diez años, es preferible dividir el país con legalidad, en paz, y buena armonía. Tercero: si los representantes del pueblo en el Congreso juzgan que esta providencia será bien aceptada por éste, deben verificarlo lisa y llanamente, declarando al mismo tiempo todo lo que es concerniente a los intereses y derechos comunes. Cuarto: en el caso de que los representantes no se juzguen bastante autorizados para dar un paso tan importante, podían mandar pedir el dictamen de los Colegios electorales de Colombia, para que éstos digan cuál es su voluntad y sus deseos; y conforme a ellos dar a Colombia un Gobierno. Quinto: no pudiéndose adoptar ninguna de estas medidas, porque el Congreso se oponga a ellas, en este extremo solamente, debe pensarse en un gobierno como el de Bolivia; con un senado hereditario, como el que propuse en Guayana. Esto es todo cuanto podemos hacer para consultar la estabilidad del Gobierno, estabilidad que yo juzgo quimérica entre Venezuela y Nueva Granada, porque en ambos países existen antipatías que no se pueden vencer. El partido de Páez y el de Santander están en este punto completamente de acuerdo, aunque el resto del país se oponga a estas ideas. El pensamiento de una monarquía extranjera para sucederme en el mando, por ventajosa que fuera en sus resultados, veo mil inconvenientes para consequirla. Primero, ningún príncipe extranjero admitirá por patrimonio un principado anárquico y sin garantías. Segundo, las deudas nacionales y la pobreza del país no ofrecen medios para mantener un príncipe y una corte miserablemente. Tercero, las clases inferiores se alarmarían, temiendo los efectos de la aristocracia y de la desigualdad. Y cuarto, los generales y ambiciosos de todas condiciones no podrían soportar la idea de verse privados del mando supremo. No he hablado de los inconvenientes europeos, porque pudiera darse el caso que no los hubiera, suponiendo siempre una rara combinación de circunstancias felices. En cuanto a mí, usted debe suponerme cansado de servir y fastidiado por tantas ingratitudes y crímenes que se cometen diariamente contra mí. Usted vio el caso extremo en que me colocó la gran Convención de dejar sacrificar el país o de salvarlo a mi costa. El artículo de que usted me habla, el más favorable que se ha podido escribir en mi honor, únicamente dice: **que mi usurpación es dichosa y cívica.** ¡Yo, usurpador! Una usurpación cometida por mí! Mi amigo, esto es horrible: yo no puedo soportar esta idea; y el horror que me causa es tal que prefiero la ruina de Colombia a oírme llamar con este epíteto. Usted dirá que después no será lo mismo. Replico: que no pudiendo nuestro país, ni la libertad, ni la esclavitud, mil revoluciones harían necesarias mil usurpaciones. Esto es hecho, mi amigo; y

tómese por donde se quiera, los sucesos del año 28 han decidido de mi suerte. Usted verá por la Secretaría general lo que escribe el Gobierno del Perú, mandando entregar la plaza de Guayaquil por medio de un armisticio que ya debe haberse concluído, y debe traerlo el parlamentario de guerra, de hoy a mañana. Advertiré a usted de paso que si ustedes adoptan la medida que he indicado antes de establecer un gobierno particular para cada sección, ustedes aseguran su suerte de manera irrevocable. Sin duda alguna ustedes se pondrán a la cabeza de la opinión pública, y aun mis enemigos mismos los considerarán a ustedes como los verdaderos salvadores. Mis amigos son inmensos, y los de Santander casi son imperceptibles: ligándose ustedes para este fin, ahogan al otro y le quitan las armas de que se está valiendo. Deben ustedes contar, para afirmar este plan, con todos los generales adictos a mí, inclusive los venezolanos, porque yo sé muy bien cuáles son sus ideas, y siempre preferirán el partido más sano. Desde luego, creo que Santander no debe componer por ahora parte de este gobierno, pues sus enemigos son muchos en todas partes, y los medios que puede emplear para destruírlos serán muy criminales y por lo mismo dañosos. Si ustedes adoptan este partido y se oponen desde luego a Santander, cuenten ustedes con el Sur, pues el general Sucre, Flores, el Ejército y todas las personas pudientes de este país preferirán estar ligados a ustedes que dividirse, porque conocen muy bien que solos están expuestos con el Perú a cuanto quiera aquel país; y Pasto, por el norte, es un peligro horrible. Ruego a usted que muestre esta carta a los señores Ministros para que la mediten y decidan lo que tengan por conveniente. Un país que está pendiente de la vida de un hombre corre tanto riesgo como si lo jugaran todos los días a la suerte de los dados. Y si este hombre ha sufrido mucho, durante veinte años, tiene muchos enemigos que lo quieran destruír, está fastidiado del servicio público, y lo aborrece mortalmente; entonces la dificultad de mantener este estado se multiplica hasta lo infinito. Esta es la verdad, mi querido amigo, y créame usted sobre mi palabra. Yo no quiero engañar a ustedes ni perderme yo. **No puedo más**; y este sentimiento me lo dice mi corazón, cien veces por día. Póngase usted en mi lugar para que me pueda excusar y penétrese usted bien de su posición para que conozca que lo que digo es cierto. Ambos necesitamos de tomar un partido: ustedes el suyo y yo el mío. Con esta medida quedaremos todos bien, **o al menos, menos mal.** Quedo de usted de corazón,

Bolívar".

Han querido algunos historiadores como Restrepo y otros escritores públicos apasionados, hacer creer que el Libertador no miraba mal la forma de un Gobierno monárquico, y que ofrecía sostener al soberano, si era elegido por la Nación. En 9 años que tuvimos la alta honra de pertenecer a su Estado Mayor, comenzando por ser ayudante de campo, desempeñando su Secretaría privada y la general, y últimamente su Jefe de Estado Mayor General, siempre le oímos hablar el mismo lenguaje y repetir las mismas ideas: un Gobierno republicano y cen-

tral, conforme al proyecto de Constitución que presentó al Congreso de Guayana, el que desgraciadamente modificó, como hemos referido en un capítulo anterior.

Volvamos a enlazar la narración de los acontecimientos con que terminó la guerra del Perú.

Luégo que el Libertador recibió los pormenores de los acontecimientos de Lima, y cuando ya nos ocupábamos del armisticio que se celebró con el Coronel Benavides, escribió desde el cuartel general de Barranca el 25 de junio; esta hermosa carta, y su contestación, son documentos que creemos deber transcribirse íntegros, para que el lector forme una idea acabada sobre las intenciones del Libertador y el noble comportamiento del Gran Mariscal La Fuente, que son los siguientes:

Banana, 25 de junio de 1829.—Con suma satisfacción, mi querido amigo, he visto los documentos inmortales que usted ha dado al entrar en el mando supremo. Ha sido para mí la mayor sorpresa ver en un solo acto y en un solo papel cuanto era de desearse; pero que no era posible esperar. Usted se ha colmado de gloria salvando a su patria de los mayores peligros y del vituperio que le causaba un gobierno tan injusto y tan miserable. Usted ha dado a Colombia la más espléndida satisfacción, y ha vengado mi reputación de los ultrajes que ha vomitado ese país contra mí, cerca de tres años. Por un solo rasgo de la pluma de usted se han acordado dos naciones enemigas: se han reunido todos los espíritus; se han allanado todas las dificultades, y los deseos más encontrados han llegado a uniformarse. Tiene usted la dicha de presentarse en el campo de la política cubierto de honor, puro de toda culpa y rodeado de la esperanza de todos. Tan sólo los demagogos y los facciosos podrán quejarse de la generosa y noble conducta de usted en estas tremendas circunstancias. Los enemigos de la América se unirán a ellos para formar un coro de maldición; pero no los oiga usted y siga su marcha denodada. En vano se alarmarán para procurar enemigos al salvador de su patria. Mi ayudante el coronel Demarquet pondrá esta carta en manos de usted, referirá a usted con verdad y sencillez todo lo que sepa de nosotros y de Colombia, contando con la sinceridad y franqueza de mi antiguo amigo; yo he contado con usted siempre, y espero que no me engañará mi corazón. Yo deseo la paz con la más pura sinceridad, y estoy muy distante de abrigar la menor pretensión sobre el Perú, contento de verlo dichoso, bajo un buen gobierno, obra de su voluntad absoluta; pero no por esto me será posible dejar de defender los derechos legítimos de Colombia: Podemos olvidar todo lo pasado sin abandonar lo que se debe a ese país, que tanto ha sufrido por libertar al Perú y por defenderse de él. Me tomo la libertad de instar a usted con encarecimiento para que no perdamos un momento en entablar y concluír la negociación de la paz; pues estamos muy recargados de tropa que no podemos mantener, después que la guerra ha desolado estos departamentos del modo que usted no podrá concebir".

La Fuente contestó desde Lima, en 8 de agosto, y decía al Libertador:

"Mi general y mi respetado amigo: Si V. E. ha visto con tanta satisfacción mi proclama a los pueblos por los importantes objetos que ella abraza, ¡cuántas emociones de puro placer y contento habrán inundado mi alma desde que recibí la preciosa carta de V. E., por mano de su edecán el señor Demarquet...! ¡Yo hubiera querido que aquel documento, al presentar a la nación el cuadro tan veraz como sencillo de los errores de la facción, destronada, hubiese hecho a V. E. la justicia que le es debida! Mas los momentos en que fue emitido no eran, ciertamente, los más adecuados para un acto que, en su oportunidad, debe ser de un carácter más marcado y solemne. Concluída la paz que tanto apetecen estos pueblos, no dudo reparar con ventaja los agravios que un corto número de hombres pérfidos e inmorales han inferido a V. E. Los peruanos, es decir, los sensatos, los hombres justos e imparciales, y los amigos de la libertad bien entendida, los verdaderos patriotas, jamás han atribuído a V. E. miras innobles ni proyectos dirigidos a mancillar sus glorias; antes por el contrario, ellos han conservado en el fondo de sus almas una gratitud y admiración que no se extinguirán jamás. Por lo que a mí toca, yo no me he presentado en la actual escena sino como ejecutor del juicio nacional, inequívocamente pronunciado contra sus opresores, y por reivindicación de sus más caros derechos. Y si algo he merecido por estos servicios, que pueda lisonjearme hasta el colmo es, sin duda, la opinión propicia que V. E. ha formado de mis procedimientos en obsequio de mi patria en tan delicada crisis. Puedo asegurar a V. E., con la verdad y franqueza que me son características, que la causa primordial que a mí y a mi compañero el general Gamarra nos ha determinado a acometer tan ardua empresa ha sido el logro de una honrosa paz y duradera. Estamos íntimamente convencidos que V. E. la deseaba de buena fe, y que el Perú suspiraba por ella. Forzoso era destruír con una mano fuerte los obstáculos que frustraban este bien, tan apreciable a dos pueblos ligados por las más gratas y estrechas relaciones. El Perú, señor, no desconoce los eminentes servicios que le ha dispensado una república hermana, y mucho menos los deberes que ellos han impuesto a su gratitud. Estos puntos serán considerados con la mayor circunspección y cordura por la comisión diplomática que ha de nombrarse al efecto; lisonjeándome, desde ahora, que V. E. recordará entonces todo lo que ha hecho por el Perú y lo que se interesa por su felicidad. Los amigos de V. E. que, sin duda, son todos los hombres justos e imparciales y todos los verdaderos patriotas de este suelo, y también lo son míos, y estos títulos, unidos al lisonjero recuerdo con que V. E. los favorece, redoblarán en mi espíritu los miramientos y consideraciones que le son debidos. Concluyo con pena esta comunicación, la más grata y satisfactoria de mi vida pública, por los nobilísimos objetos que la promueven, protestando a V. E. que soy siempre su cordial amigo de corazón y obsecuente servidor Q. B. S. M.,

Antonio Gutiérrez de Lafuente".

A virtud de las comunicaciones que recibió el Libertador del General Gamarra, dispuso que siguiese el Coronel Guerra a Piura con instrucciones y poder para celebrar un armisticio, con la condición precisa que debía entregarse la plaza de Guayaquil; e hizo marchar a su ayudante de campo, Coronel Heloy Demarquet, cerca del General La Fuente, para que promoviese el nombramiento del Plenipotenciario que debía celebrar en Guayaquil el tratado definitivo de paz. El Coronel Demarquet cumplió a satisfacción del Libertador su comisión y se nombró de Plenipotenciario al señor doctor José Larrea y Loredo, antiguo Ministro de Hacienda, cuando el Libertador ejercía el mando supremo en el Perú. Esta circunstancia influyó en el ánimo del Mariscal Gamarra para que hubiese más facilidad de celebrarse un tratado digno para ambas Naciones.

El 14 de julio se recibió en el cuartel general de Buijo el armisticio celebrado en Piura, por el Coronel Guerra y el señor don Agustín Lira, Teniente Coronel del ejército del Perú, y aprobado por el Gran Mariscal Gamarra en la misma fecha y ratificó el Libertador el 15 de julio, y el 21 se trasladó el Libertador a dicha ciudad.

Al regreso del Coronel Demarquet, recibió cartas el Libertador de los Mariscales Gamarra y La Fuente, y de muchos de sus amigos del Perú, lo cual influyó bastante en restablecer su tranquilidad, y mejorar su salud, que había sido gravemente afectada, tanto por sus sufrimientos de espíritu, que le traían atormentado desde el acontecimiento del 25 de septiembre de 1828, como por una irritación local de resultas de un golpe que sufrió contra una mesa. Para restablecerse mejor de su salud tomó una casa de campo en la isla de Santaí, en la ría de Guayaquil, en frente mismo de la ciudad, en donde se entretenía cazando patos y otras aves, después de despachar los asuntos principales con el Secretario General y conmigo, como Jefe de Estado Mayor General y encargado de la Prefectura y Comandante General del Departamento, por enfermedad del General Juan José Flores.

La idea de separarse del mando voluntariamente, le tenía siempre ocupado; pero cuando juzgaba que se lo querían quitar por la fuerza, se irritaba, y decía que jamás permitiría tal ultraje, cuando él quería separarse del ejercicio del Poder Ejecutivo por su propia convicción y sus conveniencias sociales.

En uno de los días de agosto recibió el General Bolívar comunicaciones de Bogotá y de Popayán, en que se le indicaba temor de que Córdoba continuase con su plan revolucionario,

y que era necesario que tomase algunas medidas para evitarlo. El Libertador no se quería convencer de la deslealtad de este General, y se hacía reflexiones para demostrarnos que el interés propio aconsejaba a Córdova no ser ingrato, y prepararse una carrera política más brillante. Sin embargo, ordenó al Consejo de Gobierno que le nombrasen Ministro Plenipotenciario en los Estados Unidos.

El General O'Leary le escribió con fechas 9 y 15 de julio indicándole la idea de no ir a Bogotá durante la reunión del Congreso Constituyente, para que no se dijese que había influído en sus deliberaciones u oprimídolo con la fuerza. Aceptó la idea del General Bolívar y le contestó que creía muy conveniente que tratase de generalizarla como cosa suya y de personas sensatas. En la misma contestación, que fue despachada el 21 de agosto, le indicó el Libertador una idea para que le diese vueltas y la considerase bien, y le decía: "¿No sería mejor para Colombia y para mí, y aún más, para la opinión, que se nombrase un Presidente, y a mí se me dejase de simple Generalísimo? Yo daría vuelta alrededor del gobierno, como un toro alrededor de su majada de vacas. Yo lo defendería con todas mis fuerzas y las de la República. Este gobierno sería más fuerte que el mío, porque añadiría a mis fuerzas propias las intrínsecas del gobierno y las particulares del personaje que lo tuviera. La administración general estará siempre completa, acabada, sin mengua de legitimidad y de autoridad. El gobierno sería fuerte por sí mismo y por el apoyo que yo le diera. Tendría unidad, estabilidad y continuación. No se vería obligado a estar dando saltos como yo, y dejando vacíos inmensos por detrás. En lugar de moverse trastornando toda la administración y todas las cosas con su marcha, como me sucede a mí a cada instante, formaría un sistema de acción que llevaría adelante sin variaciones y sin pasar por las manos diferentes, como sucede ahora, lo que tiñe todo de diferentes colores, y de una manera extravagante. Yo correría los departamentos, impediría los desórdenes, entraría en campaña sin necesidad de abandonar el gobierno. Mi atención se dedicaría toda, entonces, al ejército y a la aplicación de la fuerza armada. Mi movilidad sería admirable para acudir con prontitud y oportunamente a dondequiera que la necesidad o el peligro me llamaran. Con esto se evitarían todas las insurrecciones y todos los ataques repentinos, y el gobierno estaría sentado sobre su silla gozando de plena tranquilidad y seguro de que yo me presentaría por todas partes como un muro dentro

del cual se salvarían el orden público y la paz doméstica: marcharía sin obstáculos, los ciudadanos reposarían gozando del curso de las leyes, y mi opinión cobraría el lustre que ha perdido. Con ella ganaría Colombia mucho, y yo, gloria, libertad y dicha. Si no se adopta este partido, o me pierden a mí, o pierden a Colombia, y en ambos casos nos perdemos todos. Yo no puedo vivir bajo el peso de la ignominia que me agobia, ni Colombia puede ser bien servida por un desesperado a quien le han roto todos los estímulos de espíritu y arrebatado por siempre todas las esperanzas. ¡Por Dios, O'Leary! ¡Por Colombia y por mí!, proponga usted este pensamiento: insinúelo usted en el espíritu de los legisladores, y yo lo autorizo, además, para que dé mi papel a la imprenta lleno de fuerza y de elocuencia, probando la utilidad de la adopción de esta medida".

Constantemente el General Bolívar, después que escribió la carta de 21 de agosto, de que acabamos de dar cuenta, se ocupaba en discutir cuál sería el medio más adecuado para que la nueva Constitución se sancionase, de modo que fuese aceptada en toda la Nación, y resolvió pasar una circular para que los colegios electorales expresasen la opinión de sus comitentes, con respecto a la forma de gobierno, y ordenó al Consejo de Gobierno que pasase una circular a todos los Prefectos con aquel objeto, cuyo documento es de grande importancia por la influencia que tuvo para llevar a efecto la revolución de noviembre de 1829, en Venezuela, que tenía proyectada el General José Antonio Páez, que como Jefe Civil y Militar de los Departamentos del Norte, donde ejercía facultades extraordinarias, desde que el Libertador transigió con él en 1827, cuando se le sometió, según hemos dado cuenta en los capítulos anteriores. Esta idea tuvo preocupado al Libertador hasta que se firmó y celebró el tratado de paz con el Perú; y con fecha 13 de septiembre escribió al General Páez una carta muy expresiva en que le refería lo que había mandado publicar por medio de la circular de que hemos hablado. No creyó nunca el Libertador que este paso de consultar la opinión sirviese de pretexto para la disolución de Colombia, y expresamente decía a Páez, en el documento que hemos citado: "Como este Congreso es admirable, no hay peligro en pedir lo que se quiera, y él sabrá cumplir con su deber decidiendo de los negocios con sabiduría y calma". Expresiones son éstas que desmentían bien que el Libertador esperaba continuaría la existencia de Colombia en una confederación de cuatro Estados, y no se atrevía a indicarlo, de temor de que su pensamiento fuese contrariado por los monarquistas y los que aspiraban a suce-

derle. Los que presenciábamos la agitación de espíritu del Libertador, manifestándonos siempre su cansancio para ejercer el Poder Ejecutivo, lo compadecíamos porque ya tocaba en una especie de delirio, viendo peligros por doquiera, y creyéndose impotente para hacer el bien, y se conformaba con ofrecer sus servicios para sostener al gobierno que le sucediera como hijo leal.

El 11 de septiembre llegó a Guayaquil el Ministro Plenipotenciario. El Libertador recibió al señor Larrea como a un amigo que apreciaba, y en una conferencia franca entre ambos, puede decirse que quedó acordado el tratado de paz. Al día siguiente fue recibido el Ministro Plenipotenciario oficialmente, y se nombró al señor doctor Pedro Gual, antiguo Secretario de Relaciones Exteriores de Colombia, que había regresado de Tacubaya, del Congreso americano. Tuviéronse las conferencias de estilo, y el 22 de septiembre se concluyó y firmó el tratado de paz.

Por este tratado y las declaraciones anexas a él quedó restablecida completamente la armonía y alianza entre Colombia y el Perú; y se comprometieron ambos Gobiernos a la celebración de un nuevo tratado de amistad y comercio, quedando vigente el 6 de julio de 1822, que no se consideró abrogado por la guerra que contra la voluntad de ambas naciones se verificó en fuerza de los acontecimientos que dejamos referidos.

En una conferencia que tuvo el Libertador con el señor Larrea, le manifestó cuán importante sería que el Gobierno del Perú se pusiese de acuerdo con los de Colombia y Chile, para mandar una expedición marítima a Filipinas para libertar aquellas colonias, manifestándole que el Capitán General don Bernardo O'Higgins estaba de acuerdo en esta idea; y que el General Illingworth podía ser el Jefe de la escuadra unida.

Viendo el Libertador el modo feliz como había concluído la conferencia, y que nada le quedaba que hacer en el Sur, pensó que para acabar su vida pública de un modo digno e inspirar confianza no solamente a Colombia y al Perú, sino también a las demás Repúblicas hispanoamerinacas, de que él no aspiraba a la continuación de seguir mandando, debía ausentarse de la América, embarcándose en la fragata de guerra **La Vestal**, de la armada francesa que estaba en el Pacífico, a cuyo Comandante se dirigía suplicándole que se prestase para llevarlo a Francia, debiendo previamente dirigirse al Consejo de Gobierno a Bogotá, para que al reunirse el Congreso Constituyente y entregase el mensaje que le dirigía, dándole cuenta de su resolución, y en el que indicaba que después de profundas meditacio-

nes sobre el estado en que se encontraba la opinión de Colombia se constituyera la República en una confederación de 4 Estados, a saber: uno en el Sur, de los Departamentos de Azuay, Cauca, Guayaquil y Quito; otro de los Departamentos de Antioquia, Boyacá, Cundinamarca y Pamplona; el tercero, de los Departamentos del Istmo, Magdalena y Zulia; y, el cuarto, de Apure, Maturín, Orinoco y Venezuela. Que al efecto debían nombrarse 4 Prefectos generales para los 4 distritos que dejaba mencionados; y que antes de partir dejaría de Prefecto general del Sur al General Flores, dejándome encargado del mando en Jefe del ejército del Sur, para que estuviese a disposición del Gobierno general.

Dictó el Libertador este mensaje a su Secretario privado, el Teniente Coronel Jacinto Martell, pero nada nos había dicho, ni al General Flores ni al Secretario General, ni a mí, que era su Jefe de Estado Mayor; y despachó los pliegos con un oficial del Estado Mayor a Bogotá. Como yo hubiese sido parte de lo que dictaba, dispuse que el Coronel Uzcátegui siguiese con el oficial que iba en comisión hasta Babahoyo, en donde debían permanecer hasta segunda orden del Libertador. Como hasta los dos días de la marcha de este oficial, me permití suplicarle al tercero se sirviese decirme algo sobre la comisión que llevaba el referido oficial, pues yo había oído desde la oficina en que despachaba, contigua a la pieza en que escribía el Libertador, algo del mensaje que había dictado, y me respondió: "Supuesto que ha oído usted una parte del mensaje, voy a hacérselo leer, para que sepa cuál es mi definitiva resolución, y mande usted preparar un buque que siga al Callao, con comunicaciones para el Comodoro francés". Impuesto de todo le manifesté que siendo yo su Jefe de Estado Mayor debía acompañarlo, cuando él abandonaba la República, dejándola expuesta a una disolución que talvez traería la anarquía; que sus enemigos dirían que era una deserción, cuando los pueblos al investirlo del sumo poder había sido con la esperanza de que reuniese un Congreso Constituyente, para devolver a él el poder supremo. Me permití manifestarle que ya sabíamos los pasos que se daban en Bogotá para establecer una monarquía; que el General Páez, al publicar el manifiesto de 7 de febrero de 1829, desde Caracas, a los colombianos del Norte, lo había presentado renunciando el mando supremo, y siempre continuando en él, documento que ha sido muy elogiado por lo bien escrito. Sin tener en cuenta el veneno que encierra contra el Libertador y para justificarse ante la opinión pública, hace una protesta de su fe política, re-

publicana, cuando él antes le propuso por medio del señor Guzmán un gobierno monárquico; y le mandaba en comisión al Teniente Coronel Austria, para saber si el Libertador estaba de acuerdo en el plan de monarquizar a Colombia; le hice presente que su viaje a Francia, sin haberse opuesto al plan de monarquía, se consideraría por los republicanos como un paso dado para que tuviese efecto semejante proyecto de traer a Colombia un príncipe francés. El Libertador me contestó explicando sus ideas; pero concluyó diciéndome: "Si hombres leales como usted me presagian lo que dirán mis enemigos, es necesario que me presenten sus ideas para salvar la situación". Divagó un poco haciéndome una reseña de lo que le habían hecho sufrir sus enemigos, hasta llegar el caso de quererlo asesinar. Entonces le manifesté que yo creía que debía marchar a Bogotá a reunir el Congreso Constituyente, y que se nombrase un Presidente provisorio que debía gobernar hasta que se constituyera definitivamente Colombia, conforme a la voluntad nacional. Que de los 10.000 hombres de que constaba el ejército del Sur podían quedar 3.000 a órdenes del General Flores, como Prefecto general, y que yo conduciría los 7.000 restantes a Bogotá, para que a órdenes del General Sucre fueran a Venezuela a hacer marchar en orden al Jefe civil y militar, General Páez, que ya gobernaba aquellos Departamentos como una república independiente, y que podíamos contar de auxiliares a los Generales Monagas, Bermúdez y Arismendi, y talvez a Mariño; entonces me manifestó el Libertador que una vez conocido su plan por el Consejo de Gobierno, porque hacía tres días que había marchado el oficial por posta, una resolución como la que yo indicaba le haría aparecer a los ojos de sus Ministros como vacilante en sus resoluciones; entonces le prometí que haría alcanzar al oficial, y luégo que convino en ello, le comuniqué que lo había hecho detener en Babahoyo porque confiaba que mis razones acaso pudieran hacerle fuerza, y si no lo lograba, hacía continuar al mensajero. El Libertador me dio entonces la orden de hacerle regresar y nos previno al Comandante Martell y a mí que no hablásemos de esto a nadie y que se destruyesen todos los documentos.

Me previno entonces el Libertador que me preparase para seguir al Perú de Ministro Plenipotenciario a dar cumplimiento al tratado de paz y que continuase arreglando los documentos que se le habían entregado para la liquidación de la deuda de Colombia. El 27 de septiembre siguió a la hacienda del Garzal, en la parte alta de las sabanas del Guayas, para convalecer

y emprender su viaje para Quito y Bogotá y llevar a efecto la marcha de los 7.000 hombres que debían seguir al interior.

El 4 de octubre recibimos el General Flores y yo orden del Libertador de trasladarnos inmediatamente al Garzal, pues tenía que comunicarnos órdenes a consecuencia de haberse complicado la situación en el interior por la revolución de Córdova. Partimos inmediatamente y Flores condujo a su lado al Coronel José María Obando, a quien comprometió para que ofreciese sus servicios al Libertador para ir atacar a Córdova por el Cauca.

Luégo que llegamos al Garzal y nos vio el Libertador en compañía de Obando, se entró a una pieza interior de la casa e hizo llamar a Flores para reconvenirle por haber llevado consigo a Obando. Entonces le manifestó que venía dispuesto a ofrecer sus servicios para ir a atacar a Córdova, y que como las tropas que se destinasen para ir a sofocar aquella revolución estaban mandadas por jefes de toda confianza, no había que temer de Obando y debía concederle el ascenso a General, y que marchase inmediatamente de Comandante General del Cauca. Así lo hizo, y Obando se ofreció con mucha espontaneidad, recibió sus despachos y siguió inmediatamente para Pasto. Cuando el Libertador se separó del mando, y supo que Obando quería volverse a entender con sus antiguos amigos políticos, me mandó originales de dos cartas de él para que las tuviese presentes e hiciese uso de ellas en cualquier emergencia política.

Nos llamó el Libertador a Flores y a mí para instruírnos de su resolución definitiva, mandando que se preparase Flores para seguir a Quito, en donde quedaría como Prefecto general del Sur, y extendería su autoridad militar hasta Popayán para que vigilase a los Jefes de Pasto y mantuviese constantes relaciones con Obando y se entendiese conmigo, que iba de Ministro Plenipotenciario al Perú, para tenerme al corriente de cuanto me pareciese importante a la conservación de la buena armonía entre Colombia y el Perú, y mandase a mi disposición la fragata **Colombia** cuando llegara, para que se mantuvieran la disciplina y la tripulación en mejores climas que los de Guayaquil. Como yo estaba encargado de la Prefectura y Comandancia General, que debía entregar al marchar al Perú, a otro jefe, me ordenó que antes de separarme, reorganizase el batallón Granaderos de la Guardia, elevándolo a 1.200 plazas, con tropa de los otros batallones de la división, y lo hiciese seguir inmediatamente al puerto de Buenaventura para que siguiese a Cali e hiciese parte de la división que debía atacar a Córdova por el

norte de Antioquia. Esta revolución había afectado mucho al Libertador y nos decía que era irrevocable su resolución de reunir el Congreso, darle cuenta del ejercicio que había hecho del poder supremo y marcharse inmediatamente para Europa, que por medio del Mariscal Davorist, Duque de Eckmall, amigo suyo desde 1805, que lo conoció joven en París, conseguiría de Carlos X le permitiese ir a vivir a Versalles en el pequeño Trianon, en donde se ocuparía de dictar sus Memorias, y que allá me esperaba en el otoño de 1830 para que me encargase de ese trabajo, puesto que lo había empezado, y me decía: "Aunque yo no soy confinado a un destierro como Napoleón, el deseo de conservar mi gloria me hace abandonar mi patria, y en este destierro voluntario será usted mi Gourgeau o Montolom". En seguida se ocupó de darme instrucciones verbales sobre los puntos más importantes de mi legación y lo que debía decir a sus amigos políticos del Perú, para que supiesen que se ausentaba para siempre y que les explicase lo que iba a hacer en Colombia. Que iba a escribirles a varios de ellos, refiriéndose a lo que yo les diría a la vez, y me recomendó mucho que conservase siempre buenas relaciones con el señor Larrea y con los Generales Gamarra, La Fuente y Cedeño, y con los señores Unanue, P. de Monte, Estenos y Freire, y en general, a todos los hombres públicos del Perú que le habían distinguido, como muchas señoras, a quienes me recomendó visitase.

Me separé del Libertador el 1º de octubre con la esperanza da reunirme a él dentro de un año, pues aunque veía el mal estado de su salud, no desconfiaba que al separarse de los negocios públicos y llegado a Europa se restablecería.

CAPITULO XXX

Nombramiento de comisionado para el arreglo de límites, conforme al tratado de 22 de septiembre de 1829.—Llega el Libertador a Quito el 20 de octubre de 1829 y da diversos decretos para iniciar una legislación especial en el Departamento del Sur.—El Libertador recibió en Pasto la noticia de haber terminado la revolución de Córdova.—De las medidas que tomó el Consejo de Gobierno para dar sus pasaportes a los Ministros Plenipotenciarios de los Estados Unidos, al de Méjico y Cónsul General de Inglaterra.—El Libertador lamenta la muerte de Córdova, indignamente ejecutada.—Ligero juicio sobre este distinguido General. Planes de monarquía y aversión del Libertador a ellos.—Inexactitudes del señor Larrazábal, al hacer mención de los que lo apoyaban.—El Libertador recibe en Popayán comunicaciones del Consejo de Gobierno, en que le comunica los pasos que ha dado, e imprueba su conducta. Contesta a Páez las comunicaciones que condujo Austria, y le da a éste instrucciones minuciosas para explicar a Páez cuál sería la conducta del Libertador.—Comunicación importante del Secretario del Libertador al Consejo de Gobierno reiterando su improbación sobre el plan de monarquía.—Continúa el Libertador su viaje atravesando el Valle del Cauca y la montaña del Quindío.—No le sorprende el desenlace que ha tenido la revolución promovida por Páez en Venezuela.—Indicaciones que hace al Consejo de Gobierno sobre la necesidad de acceder a la separación de Venezuela.—Oposición del Consejo de Gobierno a las ideas del Libertador, y le llama con urgencia para que se encargue del Poder Ejecutivo.—Suspende sus trabajos sobre monarquía, y da orden a los Ministros en Europa, que lo comuniquen a los respectivos Gobiernos. Páez deja el carácter doble con que se había conducido y se lanza completamente contra la unión colombiana y el Libertador.—La opinión del Centro y Sur de la República manifiesta ideas análogas para que no continúe el régimen central.—La Legación de Colombia cerca del Gobierno del Perú, después de haber sido recibido su Ministro, da principio a la liquidación de la deuda contraída por la dicha República del Perú.—Manifestación que hace el Ministro Plenipotenciario, General Mosquera, a los amigos del Libertador, por especial recomendación que recibió para ello.—El Presidente Gamarra se complace al saber las manifestaciones que hizo el General Mosquera, y le ofrece a éste atender al Libertador en su ausencia voluntaria de Colombia con el sueldo del Presidente del Perú.—Algunas reflexiones a la conclusión del capítulo.

Antes de partir el Libertador para Quito nombró comisionado para el arreglo de límites al Teniente Coronel de Ingenieros don Eugenio Tamaris, para que procediese en unión del comisionado del Perú a dar cumplimiento al tratado de 22 de septiembre, previniéndole en sus instrucciones que diese cuenta de todo al Prefecto general del Sur y al Ministro Plenipotenciario, cerca del Gobierno del Perú, para los arreglos definitivos que debían hacerse con aquel Gobierno.

Llegó a Quito el 20 de octubre, y de acuerdo con el pensamiento que tenía, de dar una legislación especial a los 4 Estados o Departamentos en que debía dividirse a Colombia, dio varios decretos para fomentar las fábricas del Ecuador y del Azuay, y desde Guayaquil había dado otros, poniendo en arrendamiento las rentas de tabaco y aguardiente, que producían poco; y por otro decreto sujetó las comunidades religiosas de Quito y Cuenca a sus respectivos Obispos y Vicarios generales. Decreto que reclamaron algunas corporaciones del Sur, para que disiparan las rentas de los conventos y que los religiosos de ellos tuviesen una autoridad inmediata que mantuviese sus institutos y la moral, disponiendo que de todo se diera cuenta al Papa.

También creó un tribunal de comercio en Guayaquil, semejante al que existió en Cartagena en tiempo del Gobierno español.

Aunque todos estos decretos no estaban de acuerdo con los principios económicos que había comenzado a establecer el Congreso de Colombia, quiso el Libertador complacer las exigencias de los habitantes del Sur que creían inadecuadas las medidas de progreso que había iniciado el Congreso, como ya dejamos dicho. También restableció la contribución personal de indígenas, conocida en tiempo de la Colonia con el nombre de tributo; medidas todas retrógradas, que si fueron bien recibidas en el Sur no fueron bien vistas por los hombres ilustrados del Norte y Centro de la República.

Al llegar a Pasto, el General Bolívar recibió la noticia de haberse terminado la revolución de Antioquia. El Consejo de Gobierno le informaba que a virtud de las órdenes que había dejado al General Urdaneta, Ministro de la Guerra, éste se había investido del carácter de Jefe superior militar de los Departamentos de Antioquia, Cauca y Cundinamarca, y organizado una expedición de 800 hombres veteranos para que marchase rápidamente por Honda a debilitar la revolución. El General Urdaneta, uno de los más hábiles e inteligentes Generales de Colombia, se trasladó con la columna hasta la mencionada ciudad de Honda y de allí siguió a órdenes del General O'Leary, oficial valiente e inteligente que ejecutó sus movimientos con mucha presteza e inteligencia, como era indispensable para ir a combatir al valiente Córdova, uno de los distinguidos vencedores de Ayacucho. Fue una calamidad para la época que las consideraciones que se tenían por él, el Libertador y el Consejo de Gobierno no les hubiera permitido tomar una providencia

enérgica para evitar que fuese a Antioquia, en donde podía llevar a efecto su revolución, como en efecto la llevó y cuyos planes había puesto en práctica desde Pasto y Popayán y excitado al General Páez a Venezuela para que le secundase, y se puso en comunicación con otros jefes del Centro y con el Cónsul general de Inglaterra, Henderson, con quien tenía íntima amistad y con cuya hija debía desposarse. Los Ministros Harrison, de los Estados Unidos, y Torens, de Méjico, también estaban instruídos por Córdova del plan revolucionario y le prestaban su apoyo, por lo cual el Consejo de Gobierno les expidió sus pasaportes e informó a sus respectivos Gobiernos, absteniéndose de tomar otra medida una vez comprobada su culpabilidad, pues debía respetar las inmunidades diplomáticas.

El General O'Leary comisionó cerca del General Córdova al Teniente Coronel José Manuel Montoya para que, como su amigo personal, le aconsejase se sometiese al Gobierno y que se le darían garantías y una amnistía para todos los comprometidos en la revuelta, incluso él. Respondió con arrogancia creyéndose invencible a la cabeza de 400 hombres mandados por buenos oficiales. Como los habitantes de Antioquia, en su generalidad, eran contrarios a tan descabellada revolución, no pudo reunir más fuerzas que la expresada con la cooperación de su hermano el Coronel Córdova y su cuñado el señor Jaramillo, Gobernador de Antioquia. El expresado General, al declararse General en Jefe del ejército de la libertad, y haber proclamado el restablecimiento de la Constitución de 1821, y el completo goce de todas las garantías, obraba como un dictador militar, para organizar el ejército, apoderándose de todas las rentas públicas. Para intimidar a los que le hacían oposición mandó fusilar a los oficiales Herrera y Vélez, que, cumpliendo con su deber, habían tratado de oponerse a la revolución apoderándose de un cuartel.

El 16 de octubre se avistaron O'Leary y Córdova, y éste tomó posiciones en la hacienda del Santuario; al día siguiente, el 17, fue atacado por 200 veteranos y en dos horas de combate destruídos completamente los 400 hombres de Córdova, que si bien combatieron estimulados por el arrojo de su General y la valentía de sus oficiales, tuvieron que ceder el campo después de haber perecido cerca de 200 hombres, incluso varios oficiales. El General Córdova estaba mal herido y se retiró a la casa de teja de la hacienda, ordenando al Coronel Córdova que se salvase con el resto de la tropa y después de haber disparado un piquete que le acompañaba sus últimos tiros, éstos huyeron y

el General entró a una pieza interior y se encontró en una cama que había allí, para esperar la muerte que le aguardaba de resultado de sus heridas. El Teniente Coronel Ruperto Hand (que había ido a Colombia con la Legión Holandesa) entró a la casa, y encontrando a Córdova en una situación lamentable, lejos de condolerse de él, no obstante que el General le dijese que estaba herido y rendido, la rajó con su espada; al primer golpe que le diera se defendió Córdova metiendo el brazo, y en seguida le dio en la cabeza, causándole una herida mortal de que murió pocos minutos después. Los servicios que le prestaron O'Leary y otros jefes fueron inútiles. Hand debió haber sido juzgado y castigado, lo mismo que los que asesinaron al Capitán Benedicto González, aprehendido también y herido. Sensible nos es tener que referir este hecho indigno, porque el que escribe la Historia debe decir la verdad; y recibimos este dato del General Francisco Urdaneta y del Coronel José Manuel Montoya. Ellos aseveraban que el General O'Leary no había dado tal orden.

El Libertador recibió la noticia de la muerte de Córdova con profunda pena, e indultó a su hermano y a todos los comprometidos en aquella revolución. No podía olvidar el General Bolívar al valiente oficial de las campañas de 1817 y 1818 en Venezuela, distinguido en 1819 en la batalla de Boyacá, que con un puñado de valientes, unido al Coronel Maza, libertó al Magdalena; estuvo en el sitio de Cartagena; en Pichincha fue el que decidió la batalla con la carga que dio sobre el enemigo, al frente de dos batallones, que le valió su ascenso a General, en 1823. En Ayacucho, todo el mundo sabe que se distinguió entre los valientes. Córdova murió de 32 años de edad y había sido General a los 26. Fuimos subalternos juntos en 1815, y desde entonces era ya un oficial arrojado y valiente; ¡justo es que tributemos este recuerdo a un distinguido militar cuyas faltas acaso fueron ocasionadas de un golpe que recibió en la cabeza que le causó la demencia por algunos días, y constantemente se le advertía turbación en su razón...!

En diferentes capítulos de estas Memorias hemos hecho alusión a las ideas monárquicas que tuvieron diversos personajes y sincerado la conducta del Libertador, que jamás opinó por esta forma de gobierno que juzgaba irrealizable; no obstante que después de los sucesos de la revolución de la independencia, en las Repúblicas hispanoamericanas se creyó por algunos hombres públicos que la forma de gobierno monárquico era la más a propósito para conseguir la independencia y afianzar el orden. En el Río de La Plata fue el General Belgrano el que ini-

ció la idea de sustituír una monarquía constitucional a la absoluta, y se explicaba así: "No viendo yo un asomo de que se pensase en constituciones y que siguiesen los americanos prestando una obediencia injusta a hombres que por ningún título debían mandarlos, traté de buscar los servicios de la Infanta Carlota y de formar un partido a su favor, exponiéndome a los tiros de los déspotas que celaban con mayor anhelo para no perder sus mandos y para conservar la América dependiente de España, aunque Napoleón la dominase".

El doctor don Saturnino Rodríguez Peña fue el agente de Belgrano para entenderse con la Infanta Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII, y mujer de don Juan VI, que se había trasladado al Brasil, ofreciéndola reconocer como regente de la nueva monarquía.

De esta misma opinión eran Pueyrredón, Rivadavia, Sarratea, Moreno, Posadas y Alvear, de Buenos Aires, a los que reunió San Martín para trabajar por el mismo sistema monárquico, no solamente en Argentina sino también en Chile. El General O'Higgins, en 1818, solicitó del Senado de esa República, para negociar en Europa el establecimiento de una monarquía constitucional para los reinos de Chile y el Perú, y los Senadores estuvieron de acuerdo por él.

En 1819, en Guayana, el señor Zea, que no pudo obtener del Libertador el asentimiento para que el Gobierno de Colombia fuese monárquico, inició en su plan a varios Generales y entre ellos, Urdaneta, Valdés, Anzoátegui, Torres, Santander y Vergara convinieron en que debía trabajar por ese sistema tomando por base el Senado hereditario del proyecto de Constitución del Libertador, a quien pretendían obligar a servir la regencia del Nuevo Reino, mientras se obtenía un soberano de la familia real de Inglaterra, e indicaban al Duque de Sussex. Este plan no llegó a madurarse hasta no contar con todos los generales de prestigio y con las personas de más influjo de Venezuela y de Nueva Granada.

Recuerdo bien que en 1820 y 1821 los Generales Valdés, Pedro León Torres y Mires, con los Coroneles Manrique, Cestaris y Peru de la Croix se insinuaban con nosotros, los subalternos, recomendando aquella forma de gobierno como la más a propósito para afianzar el orden y obtener el reconocimiento de la independencia. Esta idea llegó a tener partidarios en la provincia de Popayán, de tal modo que el Colegio Electoral reunido en Cali, en las indicaciones que hizo a los representantes de la provincia, manifestó que podían convenir en el Con-

greso de Cúcuta en la creación de una monarquía constitucional. Semejante idea no era popular, y ninguno de los oficiales subalternos que habían recibido buena educación la apoyaba; y por el contrario, se murmuraba contra tal proyecto, y la juventud no militar, tanto en Venezuela como en Nueva Granada, era decidida por la República democrática.

En 1821 Guatemala se decidía por la monarquía constitucional, y Méjico la estableció, como se sabe por el plan de Iguala, por O'Donojú, y la posterior coronación de Iturbide. En la misma época el General San Martín inició sus conferencias con el General Laserna. Al tratar de la conferencia entre Bolívar y San Martín dejamos copiada el acta del Consejo de Estado del Perú y la comunicación del Ministro de Estado, don Bernardo Monteagudo.

El General San Martín encontró entre los hombres más prominentes del Perú, en aquella época, buena acogida a su proyecto de monarquía; pero la juventud, especialmente la de Lima, combatía la idea.

Ya hemos dicho en otra parte que el Libertador se oponía decididamente a tal forma de gobierno, porque la creía peligrosa e imposible. Inútil será que repitamos lo que en diferentes ocasiones se ha publicado sobre los pensamientos expresados por Bolívar contra la monarquía, y el señor Felipe Larrazábal, en su interesante obra de la vida de Bolívar, que propiamente hablando es la apología del Libertador, copia algunos trozos de cartas interesantes y de sus mensajes, y creemos dignos de reproducir los siguientes: Escribía desde Cuenca al señor Peñalver, uno de sus amigos a quien amaba con entrañable cariño: "Mucho temo que las cuatro planchas cubiertas de carmesí que llaman **trono** cuesten más sangre que lágrimas y den más inquietud que reposo. Están creyendo algunos que es muy fácil ponerse una corona que todos adoren; y yo creo que el tiempo de las monarquías fue, y que hasta que la corrupción de los hombres no llegue a ahogar el amor a la libertad, los tronos no volverán a ser de moda en la opinión. Usted me dirá que toda la tierra tiene tronos y altares; pero yo responderé que estos monumentos antiguos están minados por la pólvora moderna, y que las mechas encendidas las tienen los furiosos, que poco caso hacen de los estragos".

Cuando recibió el Libertador, en la isla de Santay, comunicaciones anunciándole que el Teniente Coronel Austria estaba en marcha para su cuartel general, mandado por Páez para inquirir del Libertador su juicio sobre el plan de monarquía de que se

ocupaba el Consejo de Gobierno en Bogotá, recibió también el General Flores, en Guayaquil, carta del General Urdaneta en que le manifestaba lo avanzado que tenía el Consejo de Gobierno el proyecto de constituír una monarquía, para que indujesen al Libertador a que no se obstinase en rechazar ese proyecto salvador, y tanto a él como al General Luis Urdaneta, su primo, le decía "que si el Libertador le manifestaba a Austria que sí aceptaba la realización del proyecto de monarquía, era seguro que Páez entraría en él, pues en 1826 había sido iniciador, por las sugestiones del General Caravaño, del señor Rivas, que se pusieron de acuerdo con Briceño Méndez para que se entendieran con el General Montilla, Comandante General del Magdalena. Flores nos habló al General Espinar y a mí para que tocásemos esta cuestión con el General Bolívar, previamente a lo que él, el General Illingworth y otros jefes y personas respetables, le dirían para exigirle el sacrificio último que podía hacer por Colombia. Tanto Espinar como yo hicimos ver al General Flores que era tiempo perdido, porque uno y otro, estando al lado del Libertador, encargados del despacho de la Secretaría General y del Estado Mayor, conocíamos cuánto le mortificaba la idea de querer establecer una monarquía en Colombia, pues en esos mismos días nos había hablado condenando las opiniones monárquicas de algunos generales absolutistas, y que pensaban que un rey los mantendría siempre con mando y ellos gobernarían a su antojo; que los que, como Monteagudo, García del Río, Urdaneta, Zea y otros hombres distinguidos de Buenos Aires, Chile, Perú y Colombia, que habían creído que esa forma de gobierno era conveniente para América, no conocían bastante el país y juzgaban que sería bien recibido por el pueblo el soberano, porque no consideraban que la juventud inteligente, en las nuevas repúblicas, estaba imbuída de los principios de la Revolución Francesa y creían que tiranía y monarquía eran sinónimos; que las castas de mulatos, zambos y mestizos, aspiraban a compartir con los blancos el poder; y los indios y los negros gemían todavía bajo el peso de la esclavitud, cuya libertad había demandado a los congresos, para que hubiese una fusión y que se hiciese homogénea la población por medio de la república, y con un gobierno análogo al que había propuesto desde Guayana. El mismo General Flores le indicó que sabía que vendría Austria en comisión cerca del Libertador, y recibió con sumo desagrado aquella noticia, y dio uno o dos días después órdenes al Secretario General que previniese a Austria por un correo extraordinario que lo aguardase en Popayán.

El señor Larrazábal, en el capítulo CLIX, al tratar esta cuestión del proyecto de corona, dice: "Hubo en efecto, ¡pena da decirlo!, propósitos repetidos de constituír una monarquía en Colombia; y desde luégo, muchos militares de alta esfera: Páez, Mosquera, Ibarra (D.), Briceño Méndez, Flores, Urdaneta, Mariño, Pérez, Espinar, Clemente y otros muchos le hablaron de coronarse... Mostraban cierta apariencia de adhesión unos; ponderaban otros los talentos superiores del héroe, la constancia con que había llevado a cabo la independencia del Nuevo Mundo".

Nos parece que el señor Larrazábal ha procedido de ligero al mezclar nuestro nombre y el del General Espinar, que, ciertamente, jamás fuimos monarquistas, como no lo fueron Sucre ni el General Ignacio Torres, ni el General Florencio Jiménez, de los que hacíamos parte del ejército del Sur. El General Páez comprende también entre los monarquistas a Sucre, sin razón; pero es verdad, un General valiente como Páez, que tántos servicios hizo a Colombia con su lanza, ha pretendido en su autobiografía sincerarse y cubrir con sombras al héroe inmaculado de Ayacucho, y ha buscado la opinión de un libelista, el General Joaquín Posada, para decir que éste asevera que el proyecto de monarquía encalló por la oposición de Páez. Triste recurso, ocurrir a lo que el General Posada ha escrito en un libro para difamar reputaciones bien sentadas y solicitar con sus Memorias una celebridad, pero inciertas y parciales. A esta clase de hombres no les queda otro recurso que rebajar méritos ajenos para hacerse un lugar en la historia, que no pueden obtener por sus hechos ni por su posición social en los fastos de Colombia.

Réstanos referir lo que realmente ocurrió en el proyecto de monarquía, trabajado por el Consejo de Gobierno en Bogotá, en 1829.

Desde que llegó el Ministro Bresson a Colombia se manifestó admirador y adicto al Libertador, y dio a entender que el establecimiento de una monarquía en el país tendría por resultado el reconocimiento de la independencia por la Francia, y que podría su soberano negociar con el de España el reconocimiento de la república. Esta idea fue bien acogida por el Consejo de Gobierno, y se ocupó de popularizar la idea, a cuyo efecto se hizo una reunión de personas notables en la capital de la Nueva Granada para discutirla; el General Urdaneta se dirigió al General Páez recomendándole el proyecto para inducirlo a que lo apoyase, quien no contestó categóricamente, y comisionó, como ya hemos dicho, al Teniente Coronel Austria, para

que pasase al cuartel general del Libertador para conocer su opinión.

El Consejo, sin esperar la resolución del Libertador, les dio instrucciones a los Ministros Plenipotenciarios cerca de las cortes de Francia e Inglaterra, señores Palacios y Madrid, para que solicitasen su apoyo para realizar el proyecto, y condujo los despachos el Duque de Montebello, que había acompañado a Bresson en su misión, y ofreció al Consejo su cooperación, manifestándose entusiasta decidido por el plan de monarquizar la República.

Al llegar el Libertador a Popayán recibió las comunicaciones del Consejo, participándole lo que había hecho; y el Libertador sintió sobremanera que se hubiesen avanzado a dar un paso de suyo peligroso. Al mismo tiempo se vio con Austria y pudo contestar a Páez. En vez de referir cuál fue el pensamiento y resolución del Libertador, nos parece más conveniente copiar las comunicaciones del Consejo y del Libertador y el modo como despachó a Austria.

El lector acaba de ver bien claramente expresados los sentimientos del General Bolívar en esta materia. Muchos han escrito artículos sueltos y folletos increpando al General Bolívar que había querido coronarse o, por lo menos, convenía en el establecimiento de una dinastía europea. No hablamos de los libelos escritos en Colombia y el Perú sobre semejante aserción; pero vamos a ocuparnos ligeramente del modo como ha sido discutida esta cuestión por el General Páez, en el capítulo XXIV de su autobiografía, en el cual ha tratado de justificarse ante la opinión pública, insertando en su escrito cartas que recibía del General Rafael Urdaneta y declarando apócrifa una carta suya que se ha publicado, y que no obstante las enmiendas que le hace, en el sentido general de ella, se conoce que sí tuvo las ideas que hemos enunciado. Publico, además, la copia de otra, que se dice escrita por el General Bolívar al Ministro inglés residente en Bogotá, la cual es bien explícita en cuanto a sus ideas de no mandar más, y asevera que algo le han indicado sobre el proyecto de monarquía, y no se encuentra en ella otra expresión que pudiera traducirse que convenía en que la Nación pudiera elegir un gobierno conforme a los establecidos en Europa, es decir, un gobierno monárquico constitucional. Escribiendo el General Bolívar al representante de la Gran Bretaña pudo usar, diplomáticamente, de la frase a que se hace alusión, después de haber manifestado en el fondo de ella su oposición a tal proyecto.

El proyecto del Consejo de Gobierno estaba reducido a lo que el Secretario de Relaciones Exteriores comunicó al cuerpo diplomático, a saber: que la monarquía constitucional ofrecía todo el vigor y estabilidad que debe tener un buen gobierno, y juzgaron conveniente que el Ministro de Relaciones Exteriores abriese con reserva una negociación con los agentes diplomáticos de Inglaterra y Francia para saber si los soberanos de aquellos reinos darían su asenso al proyecto de que el Libertador mandara mientras viviera, y después de su muerte entrase a reinar un príncipe europeo. Por supuesto que en el ánimo de los señores del Consejo entraba que Bolívar fuese el primer rey de América; que no era dable que ofreciesen a un hombre de sus méritos y de sus altas cualidades un puesto subalterno en el teatro de sus heroicidades, y agregaban que el Libertador no sabía nada. Y el Ministro dijo a los agentes diplomáticos que el Consejo no contaba con el asentimiento de aquél; más, que había sido máxima invariable de su política sostener la voluntad de los pueblos, y que el Consejo esperaba que el Libertador, al fin, se sometería a lo que el Congreso hiciera.

Los señores Rafael María Baralt y Ramón Díaz, en el resumen de la **Historia de Venezuela,** han tratado la cuestión de monarquía con bastante exactitud, aunque con alguna severidad, al juzgar el procedimiento de los Ministros que componían el Consejo de Gobierno. El primero de estos señores, hombre distinguido por sus talentos, sirvió, siendo joven, el destino de oficial de la Secretaría General del Libertador en 1829, y tuvo ocasión de conocer perfectamente las opiniones del General Bolívar en aquella época y ha podido juzgarlas cuando su juicio se maduró, por cuya razón ha escrito en los términos que dejamos dicho, aunque haya podido equivocarse en algo, como es natural, cuando se aprecian las cuestiones en medio de contradicciones y, acaso, bajo el influjo de las pasiones contrarias de una época bien difícil, como fue la de 1828 a 1829. La circular del Libertador, de 31 de agosto de 1829, y la del Secretario del Interior, de 10 de octubre del mismo año, escritas ambas con la más sana intención para que el Congreso de 1830 pudiese reconstruír el país, conforme al querer de la mayoría nacional, produjo efectos contrarios. En algunas partes se hicieron actas y manifestaciones para que el Libertador continuase mandando. En Caracas y otros pueblos del centro de Venezuela sirvieron de apoyo a la revolución que temíamos y encabezó el General Páez, proclamando la independencia de Ve-

nezuela, erigiendo una república. En muchos lugares el espíritu republicano se reanimó y se trabajó por mandar diputados al Congreso que contrariasen la idea de monarquía, sostenida por la imprenta en Bogotá desde 1828, y se hizo notable el señor Juan García del Río por sus meditaciones. Este ilustre escritor había trabajado con San Martín y Monteagudo por el establecimiento de una monarquía en el Perú, como lo dejamos expuesto en otro capítulo, e influyó bastante en el ánimo de los miembros del Consejo de Gobierno. En época posterior, en 1843, en Chile, nos decía que en 1821 había creído ser una necesidad la creación de monarquías constitucionales conforme al plan iniciado por San Martín, que en 1828 y 1829 había creído posible la adopción de tal forma de gobierno, para contener la anarquía que debía producir el choque entre el absolutismo militar y la exageración de los principios proclamados por la Revolución Francesa y el fraccionamiento de las repúblicas, queriendo imitar el sistema de gobierno de los Estados Unidos, sin haberlo estudiado convenientemente; pero que en aquel año, en 1843, juzgaba que era un absurdo querer contrariar la opinión pública, que estaba decidida en toda la América española por el sostenimiento de repúblicas democráticas; y que en su concepto, se necesitaba que se afianzasen las instituciones promoviendo mejoras internas en todas las repúblicas, una buena isntrucción popular, y todas las libertades, incluso la religión para perfeccionar el establecimiento de gobiernos populares. He creído cumplir con un deber de amistad al infortunado señor García del Río, que murió en Méjico sin haber podido regresar a Colombia.

El señor Restrepo, en su **Historia de Colombia,** ha hecho, como era natural, la defensa de todos los miembros del Consejo de Gobierno, pretendiendo justificar sus procedimientos, que se apoyaban en la carta oficial del Secretario General del Libertador, escrita desde Buijo en julio de 1829, y de la que hemos dado cuenta anteriormente. Se queja igualmente de que el Libertador no hubiese sido franco con amigos tan leales como lo eran él y los señores Castillo Rada, General Rafael Urdaneta, Estanislao Vergara y Nicolás M. Tanco, Ministro de Estado. Pero no considera que el Libertador, ocupado como estaba, con la conclusión de la guerra con el Perú, para restablecer la buena armonía de esa República con la de Colombia, lastimado su espíritu desde el acontecimiento del 25 de septiembre de 1828, que no olvidó jamás hasta su muerte, y que se veía sin aquel prestigio de sus mejores días, estaba siempre preocupado,

meditando constantemente el modo de terminar su vida pública, sin dejar por eso de hacer un esfuerzo sublime para que no desapareciera la República de Colombia.

En nuestro humilde concepto, el Consejo de Gobierno, con las más sanas y patrióticas intenciones, obró mal, porque sabía perfectamente el temerario proyecto del General Córdova para hacer una revolución, como la ejecutó: los manejos del General Páez en Venezuela, para fraccionar a Colombia, y el disgusto de los Departamentos del Sur por lo mucho que habían sufrido por la guerra desde 1822, para auxiliar al Perú y sofocar la revolución de Pasto; olvidaba que la España persistía siempre en el empeño de dominar a sus antiguas colonias y acababa de dar una prueba con la expedición de Barrada a Méjico; en el Perú y Chile acababan de triunfar las ideas liberales, y en Bolivia reemplazada la Constitución ofrecida por el Libertador por otra que abolía la Presidencia vitalicia. Este cuadro, ciertamente lamentable, debía haber desaconsejado por lo menos a aguardar que el Libertador llegase a Bogotá, para que con él hubieran discutido, y con Sucre y otros hombres de Estado que iban a reunirse en el Congreso Constituyente.

No consiguió el Consejo de Gobierno obtener una respuesta del Gabinete de las Tullerías, y el Ministro Polignac estaba decidido a no reconocer la independencia de las nuevas repúblicas y a apoyar los proyectos de España. El Gobierno inglés, siempre prudente y previsor, dio respuesta de cortesía, y nombró un Ministro para Bogotá que reemplazase al señor Campbell, que se había mostrado deferente al proyecto de monarquía del Consejo de Gobierno. Con esta exposición y los documentos que dejamos citados nos parece haber demostrado que el Libertador jamás pensó ni ser monarca, ni traer príncipes europeos, que no podían encontrar apoyo en la opinión pública. La monarquía en Haití y el imperio en Méjico habían desaparecido, y era un ejemplo sangriento que el Libertador más de una vez había citado en sus discursos, para alejar la idea de querer transformar dos repúblicas en imperios o monarquías en donde no había ni aristocracia ni riqueza para mantenerlas.

No atribuímos a los miembros del Consejo de Gobierno ni miras ambiciosas, ni falta de liberalidad en sus ideas, porque hemos conocido y tratado con amistad y confianza a todos cuatro Ministros, y consideramos por experiencia que, colocada la capital de la República en Bogotá, sin comunicaciones frecuentes con los Continentes de Europa y América, se carece de aquellos conocimientos políticos para juzgar de la marcha de las

naciones, y siendo en aquel tiempo escasas las comunicaciones con los Departamentos y provincias de la vasta República de Colombia, esto influyó sin duda en el equivocado plan que adoptaron ciudadanos tan recomendables.

El Libertador continuó su marcha a Bogotá por el Valle del Cauca, y atravesó la cordillera por la montaña del Quindío. No le sorprendió que Páez, sin aguardar al Teniente Coronel Austria, se hubiese constituído jefe principal de la revolución que tuvo lugar en noviembre de 1829 para disolver a Colombia. Los historiadores Baralt y Restrepo han referido los pormenores de esta revolución, y nosotros diremos que Páez no hizo otra cosa que completar su delito de parricida que comenzó con su revolución de 1826. Así calificaba el profundo Zea, en su manifiesto a los pueblos de Colombia, cuando les anunció la formación de la república a los que pretendieran disolverla. Este valiente y denodado General, que tántos tías de gloria dio a Colombia y de quien dejamos escrita una reseña biográfica en el capítulo XII de estas Memorias, ha escrito en su autobiografía la defensa de sus procedimientos, y en ello hace bien porque la conciencia le acusa, y si no puede justificarse, porque ciertamente no se justifica, al menos deja conocer algún arrepentimiento de no haber sido consecuente con sus promesas. Páez convocó un Congreso Constituyente para establecer la completa independencia de Venezuela, conviniendo con la opinión de los que con tiempo atrás pretendían la división de Colombia. El Libertador, que fue el promovedor de la unión de Venezuela y Nueva Granada para fundar la República colombiana, llegó a persuadirse que iba a separarse en tres o cuatro Estados la República, y por eso indicó al Consejo de Gobierno que debía proponerse al Congreso Constituyente la separación, que se efectuaría cuando la integridad nacional no tenía otro vínculo de unión que su persona; porque las antipatías de las capitales de Caracas, Bogotá y Quito, nacidas desde la época de la Colonia, y formadas por el Gobierno español en todas las posesiones de América para perpetuar su dominación con estas rivalidades, debió efectuarse al separarse el Libertador del mando, cuya resolución había tomado irrevocablemente. El Consejo de Gobierno se opuso decididamente a semejante medida, que creyó perjudicial a los intereses nacionales, y llamó al Libertador para que se hiciese cargo del Gobierno, y que propusiera él mismo la reforma constitucional.

Improbado como había sido el proyecto de monarquía, resolvieron los Ministros separarse, y previamente previnieron a

los Ministros cerca de las Cortes de Francia e Inglaterra que suspendiesen toda negociación sobre el particular, anunciando que quedaba cortado el proyecto de monarquía que había sido improbado por el Libertador y servido de pretexto a los revolucionarios de Venezuela, que habían logrado separar el Departamento del Zulia de la unión para que se reintegrase el territorio de Venezuela, conforme a los límites que tenía en 1810. El General Páez, sobre quien influyó extraordinariamente el doctor Miguel Peña, primer promotor de la revolución de 1826, se dejó conducir por éste, organizó un Gobierno propio y comenzó a levantar fuerza pública en Venezuela para defenderse en caso de que el Gobierno general tratase de mantener la unión, combatiendo a los revolucionarios y abandonando el lenguaje moderado con que había querido presentarse como sostenedor del Gobierno y del Libertador; se presentó como el caudillo de la revolución. Estos acontecimientos influyeron extraordinariamente en el Centro y Sur de la República, y el partido demócrata, que deseaba Constituciones liberales, comenzó a trabajar en este sentido para que concluyese el sistema político que había regido en la República, desde la disolución de la Convención de Ocaña. Los pueblos del antiguo Virreinato de la Nueva Granada se quejaban de la influencia que ejercían los militares, a quienes por lo general se les colocó en los primeros puestos públicos, dando entre ellos la preferencia a los Generales y Jefes naturales de Venezuela, circunstancia que influyó mucho en el descontento del Centro y Sur de la República para desear igualmente la separación de Colombia, y que se mantuviese una liga y confederación entre las grandes secciones en que debía dividirse el país. Los centralistas, que combatían el sistema federal, alegaban como principal argumento el ejemplo de anarquía y guerra civil que había existido en las Repúblicas de Méjico, Centro América y Provincias del Río de la Plata; sin considerar que los unitarios de Buenos Aires, los monarquistas de Méjico y los centralistas de Centro América eran los que, contrariando el sistema federal democrático, habían sido la causa de las diversas revoluciones y lo fueron en 1813 y 1814 de la pérdida de las Provincias Unidas de la Nueva Granada.

En el mes de noviembre de 1829 llegué a la ciudad de Lima, encargado de la Legación de Colombia cerca del Gobierno del Perú, con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, y el 2 de diciembre fui recibido en audiencia pública por el Presidente de la República, Gran Mariscal don Agustín Gamarra, quedando de este modo restablecidas las re-

laciones diplomáticas entre las dos Repúblicas. En el mismo mes se dio principio por la Legación y los comisionados nombrados al efecto por ambos Gobiernos, a la liquidación de la deuda contraída por el Perú en favor de Colombia, conforme a los tratados públicos entre las dos naciones.

El Libertador había escrito a sus amigos personales que yo estaba perfectamente instruído de sus opiniones y deseos para afianzar las buenas relaciones entre los dos países, y el modo de promover la felicidad del Perú. Algún tiempo después de mi permanencia en la capital se me acercaron don Cayetano Freire y el Coronel Echenique a manifestarme que varios amigos del Libertador habían recibido cartas de él en las que les manifestaba el encargo especial que había recibido para expresarles las ideas del Libertador con respecto a la marcha próspera del Perú(y que deseaban tener una conferencia conmigo con tal objeto; como era regular, dejé a su elección el señalamiento del día y la hora. Pocos días después recibí un billete del señor Freire avisándome que al día siguiente estarían él y los demás amigos del Libertador en la casa de la Legación, entre siete y ocho de la noche. Tuve el honor de recibir, el día señalado, a los señores General Cerdeño, Coronel Echenique, General Egusquiza, señores Carlos P. de Monte, Felipe Santiago Estenos, doctor Tudela, señor Unanue, Galeano y Villazón, y después de haberme manifestado el aprecio que hacían del Libertador me dijeron que deseaban informarse a fondo de todo cuanto el Libertador creería oportuno para la prosperidad del Perú, y si podían contar con su regreso en caso de que lo llamasen. Fue muy fácil mi respuesta porque el Libertador me había instruído que dijese a sus amigos personales cuál era la resolución irrevocable que tenía de separarse para siempre de la vida pública; que pensaba irse a Europa a descansar de una vida tan laboriosa como penosa, empleada por 20 años. en conquistar y afianzar la libertad e independencia del Perú; que había escrito a los Generales Gamarra y Lafuente con toda la sinceridad de su carácter, asegurándoles su gratitud al pueblo peruano y a ellos por su conducta noble para restablecer la paz entre las dos naciones, y que al señor Larrea le había dado una noticia extensa de lo que deseaba ejecutar en Colombia antes de partir para Europa, de modo que quedaría completamente restablecida la armonía entre los dos pueblos. Alguno de estos señores me manifestó sus sentimientos de admiración por el General Bolívar y que hasta ese momento había abrigado la esperanza de volver a verlo una vez más en el Perú. El Ge-

neral Gamarra tuvo noticia de la conferencia y se manifestó conmigo muy satisfecho de lo que el Libertador había hecho, para persuadir a sus amigos que debían estar unidos para sostener las instituciones patrias y la amistad entre el Perú y Colombia, asegurándome que tan pronto estuviera el Libertador en Europa recibiría una renta igual a la del Presidente del Perú; yo le di las gracias, manifestándole que el Libertador quedaría reconocido por este acto, pero que no aceptaría porque él no quería ser gravoso a un pueblo que le honraba más con su gratitud que con erogaciones pecuniarias; todo lo que estaba de acuerdo con mis instrucciones para el modo de promover a la conclusión del tratado celebrado en 22 de septiembre de 1829 ordenándome manifestar al Gobierno, llegado el caso, que persistía en su resolución de no aceptar el millón de pesos que se le había concedido, ni siquiera para beneficiar a su país natal y a los pueblos de Colombia.

El Presidente Gamarra me manifestó que él no daba por terminada su conferencia conmigo sobre ese punto, hasta saber a dónde se dirigía el Libertador.

Hemos concluído con la narración de los hechos ocurridos en 1829, época bien difícil que atravesaron Colombia y el Perú y en la que el Libertador supo dominar la situación.

CAPITULO XXXI

Introducción.—Congreso de 1830.—Se nombra Presidente al señor Castillo Rada.—Se llama a Bolívar para que vaya a Bogotá a abrir las sesiones. Llega Bolívar.—Los Secretarios renuncian sus carteras.—Se admitió la renuncia al señor Restrepo.—Los otros Secretarios ocuparon su asiento en las Cámaras.—Se organiza un nuevo Ministerio.—Opiniones de Bolívar sobre la revolución de Venezuela.—No cree que debe continuar en el ejercicio del Poder Ejecutivo.—Opiniones del Consejo sobre el Gobierno federal.—Reunión del Congreso.—El Libertador abre las sesiones. Discurso del General Sucre.—Contestación de Bolívar.—Diputación de Antioquia.—Celos de Urdaneta con Sucre y disgusto con el Libertador. Acta de instalación.—Mensaje del Libertador.—Proclama.—Llama al Congreso **Congreso Admirable**.—El Congreso aprueba su conducta.—El Congreso cree que el Libertador debe continuar en el ejercicio del Poder Ejecutivo.—Conducta doble de Páez.—Promesas con motivo del obsequio de una espada.—Bolívar continúa con repugnancia en el ejercicio del Poder Ejecutivo.—Trabajos del Congreso para reducir a Páez por vías de lenidad.—Bolívar y el Congreso en oposición sobre el Gobierno central.—Medidas tomadas para precaver el contagio revolucionario.—Los revolucionarios de Venezuela.—Bolívar quiere ir a hablar con Páez.—El Congreso se opone a esta medida.—Antipatías entre venezolanos y granadinos.—El Congreso nombra una comisión para redactar un proyecto de Constitución.—Base de dicha Constitución.—La revolución de Venezuela avanza.—Páez organiza su Gobierno.—El Congreso le envía una comisión.—Se dan salvoconductos a los desterrados por el atentado del 25 de septiembre.—Mensaje del Libertador y respuesta del Congreso.—Don Domingo Caicedo nombrado Presidente del Consejo de Gobierno.—Se hace regresar a Cúcuta a los comisionados enviados por el Congreso a Venezuela.—Proclama de Páez contra el Libertador.—No arreglan nada los comisionados y regresan.—Medidas pacíficas tomadas por Bolívar para someter a Páez.—Proyecto de conspiración, descubierto.—Medidas tomadas por el Presidente del Consejo y el Libertador. Sublevación del batallón Boyacá, en Ríohacha.—El Libertador convoca al Consejo de Estado con asistencia a él del Presidente del Congreso, del señor Castillo y del General Urdaneta.—Castillo se excusa y escribe una carta al Libertador que le hace perder su serenidad, y no hubo dictamen del Consejo.—Celos de Castillo y Urdaneta con Sucre.—El Libertador regresa al campo.—El señor Tanco renuncia la cartera de Hacienda y es nombrado el doctor José Ignacio Márquez.—Cuestión alarmante del señor Castillo en el Congreso, que produce grande agitación, y es rechazada.—Representación de los vecinos de Popayán de gran trascendencia política.—Revolución de Casanare.—Mensaje del Poder Ejecutivo al Congreso, de acuerdo con el Libertador.—Gran agitación que produce intervención indebida de los Ministros de Inglaterra y del Brasil.—El Libertador insistía en no seguir mandando.—Intrigas en el Congreso para excluír al General Sucre de la Presidencia de Colombia, a que era llamado para suceder a Bolívar.—El Libertador manifiesta que ninguno de los que tuvieron parte en el plan de monarquía debían ser candidatos para la Presidencia, ni tampoco los revolucionarios de Venezuela, e indicó al señor Joaquín de Mosquera.—Los amigos del Libertador y de la unidad colombiana no aceptan la indicación de Bolívar y propusieron al señor Eusebio María Canabal.—Los

partidarios del Libertador trabajaban tenazmente porque no se separara del mando y lograron que convocara una junta para consultar lo que debieran hacer.—La junta opinó que debería llevar a efecto su resolución de separarse del mando.—Pierde un momento el Libertador la calma, y el General Caicedo y el señor Baralt le hablan con calma y logran restablecer en el ánimo del Libertador su resolución de separarse del mando.—Lo comunica en un mensaje al Congreso.—Elección del Presidente de Colombia.—Incidentes que ocurrieron por ligerezas de Bolívar.—Se comunica la elección de Presidente al Libertador y la sanción de la nueva Constitución, por la que quedaban derogados el decreto orgánico de 1828 y las facultades extraordinarias concedidas al Poder Ejecutivo.—El Libertador contesta satisfactoriamente.—El Congreso sanciona un decreto reconociendo los servicios del Libertador. Alborotos en Bogotá con motivo de la elección de Presidente.—Sublevación de dos cuerpos para irse a Venezuela.

Al ocuparnos del último año de la vida de Bolívar y haberle sobrevivido 39 años, que se han cumplido hoy 17 de diciembre de 1869, en que murió el ilustre Padre de Colombia, Libertador de Bolivia y del Perú, me encuentro casi aislado en este mundo político y he oído cuán injustos cargos y lisonjas indebidos se han hecho al Héroe. Cuán pocos somos los que vivimos en el Continente Americano, testigos presenciales de los grandes hechos de la magnífica epopeya de la revolución hispanoamericana; los que en ella desempeñamos destinos importantes de primera clase, apenas existíamos como una veintena, desde la Confederación Mejicana en la América septentrional hasta la del Río de la Plata y República de Chile, en la del Sur.

Apagadas las pasiones en una edad septuagenaria, y claro aún el entendimiento y fresca la memoria, por favor que nos ha dispensado la Providencia, tenemos el deber de rectificar errores nacidos de la influencia que ciertos personajes han ejercido sobre los historiadores, como Díaz y Baralt, y los que como Restrepo y Páez, interesados para justificar los hechos, han tratado de pintar a Bolívar con coloridos que no le cuadran, y Larrazábal, en la apología que ha escrito del Héroe, con abundante copia de documentos, no ha dejado de cometer sus equivocaciones y omitido algunos hechos y anécdotas sobre las que pudo reflexionar si las hubiera considerado.

Necesaria nos ha parecido esta introducción al capítulo XXXI para que el lector imparcial, cuando compare nuestras Memorias con lo que han escrito los autores mencionados y los historiadores de las Repúblicas de Colombia, del Perú y de Bolivia, compare las narraciones y consulte los documentos históricos, para descubrir no la verdad de los hechos irrevocables, sino los motivos morales o políticos que han podido influír en el ánimo de los actores de la revolución americana.

Reunidos 35 miembros del Congreso Constituyente el 2 de enero de 1830 en Bogotá, se constituyeron en comisión preparatoria para proveer la asistencia de los miembros que faltaban para completar las dos terceras partes del quórum de que debía formarse dicho Congreso. Los 35 diputados que asistieron el 2 de enero eligieron para Presidente al señor doctor José María Castillo Rada, y para Secretario, al señor García del Río. Resolvieron en seguida dirigir un mensaje al Libertador para que se trasladase cuanto antes a la capital a abrir en persona las sesiones del Congreso Constituyente. El 15 de enero llegó el Libertador a la capital y fue recibido con grande entusiasmo, como sucedía en todos los pueblos a donde llegaba; cesaban las influencias de sus enemigos políticos, pues como decía Santander, "él mismo se desarmaba de las pretensiones que tuviera alguna vez contra sus opiniones, cuando se presentaba el Libertador".

Los Secretarios hicieron su renuncia y se le admitió al señor Restrepo; los Secretarios de Guerra y Marina, de Relaciones Exteriores y el Presidente del Consejo, que habían sido elegidos Diputados al Congreso, dejaron sus puestos vacantes y se organizó un nuevo ministerio compuesto por el General Domingo Caicedo, como Secretario de Relaciones Exteriores y Presidente del Consejo, y el General P. A. Herrán, como Secretario de Guerra y Marina; el doctor Alejandro Osorio, como Secretario del Interior; continuó en la Secretaría de Hacienda el señor Nicolás María Tanco; el 18 del mismo mes tomaron posesión los primeros y prestaron el juramento de estilo. Como era natural, todo el mundo deseaba conocer las opiniones del Libertador con respecto a la revolución de Venezuela y le manifestó al Consejo de Gobierno que existía, y al que nuevamente se organizó, lo mismo que a los Diputados al Congreso que se le acercaron, que improbaba cuanto se había hecho en Venezuela, porque eran actos revolucionarios y contrarios al decreto orgánico de 27 de agosto de 1828, y que tocaba al Congreso Constituyente constituír de nuevo la República en cuatro Estados o Departamentos, con legislación propia para mantener la unidad de Colombia, y que él por ningún motivo debía continuar en el ejercicio del Poder Ejecutivo. Esta opinión de convenir en la separación de la República, creando cuatro entidades políticas, no fue aceptada ni por los miembros del Consejo ni por una gran mayoría de los Diputados al Congreso que sostenían la idea de un gobierno central. Contrájose el Libertador a escribir él mismo el mensaje que debía presentar al Congreso Constituyente. El 20 de enero tuvo lugar la instalación del Congreso, habiéndose completado

el quórum exigido por el decreto de convocatoria de las dos terceras partes de los miembros elegidos, que debía ser de 45 Diputados, y asistieron 47. El Libertador en persona abrió las sesiones, recibió el juramento a los Diputados y continuó presidiendo dicho Congreso mientras se hacían las elecciones de Presidente, Vicepresidente y Secretario de tan augusta corporación, y fueron elegidos: Presidente, el Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre; Vicepresidente, el señor don José María Estévez, Obispo de Santa Marta, y Secretario, el señor Simón Burgos.

Habiendo tomado posesión de la Presidencia el General Sucre, pronunció un discurso dando las gracias por la elección que en él había recaído, ofreciendo desempeñar su puesto lo mejor que pudiese, y elogiando el acierto con que el Libertador Presidente había conducido la República en una crisis peligrosa, convocando un Congreso que cure los males del Estado y abdicando en él espontáneamente el poder ilimitado que los pueblos le confirieron. S. E. contestó que en el Congreso se fincaban las mejores y más legítimas esperanzas de la Nación, que dará sin duda una Constitución llena de fuerza y libertad, y que se retiraba con la mayor confianza dejando a la cabeza de los representantes del pueblo al Gran Mariscal de Ayacucho, el más digno de los Generales de Colombia. Los señores Juan de Dios Aranzazu y Alejandro Vélez, Diputados por Antioquia y que pertenecían al partido liberal, habían tomado asiento al lado del General Rafael Urdaneta, y en el momento de oír la expresión de Bolívar, en obsequio de Sucre, le llamaron la atención diciéndole: "Hay un General más digno que usted", y lograron inspirar en Urdaneta celos contra Sucre y disgusto con el Libertador. Los mismos Diputados en una época posterior nos refirieron este hecho. Al publicarse el acta de instalación del Congreso en la **Gaceta de Colombia,** de 24 de enero, se corrigió la frase del General Bolívar, poniendo: uno de los Generales más dignos de Colombia; pero Urdaneta no quedó satisfecho y tuvo una conducta vacilante, como se verá en seguida en la relación de los sucesos de esa época.

El mismo día de la instalación del Congreso se dio lectura al mensaje del Libertador, documento muy importante y que, como hemos dicho, fue escrito por el mismo Bolívar. Publicóse igualmente una proclama del mismo, dando cuenta a la Nación.

El Libertador, al concluír su vida pública, decía sus últimas palabras para vindicarse de tántas calumnias con que sus enemigos pretendieron eclipsar sus méritos y glorias, atribuyén-

dole muchas veces las faltas de otros mandatarios de Colombia, que, como Páez, habían desterrado de su patria a colombianos notables como Jova, Narvarte, Romero e Iribarren.

El Congreso Constituyente de Colombia, compuesto de lo más selecto de la República, con excepción de unas pocas nulidades, mereció que el Libertador lo llamase el Congreso Admirable. Absolutamente libres como fueron las elecciones, estaban representados todos los partidos y opiniones que dominaban en esa época en Colombia. Al contestarle al Libertador su mensaje, le aprobaron su conducta, y no podía ser de otro modo; todos los miembros del Congreso, ya fuesen monarquistas, liberales, centralistas o federalistas, todos se convencieron que Bolívar deseaba separarse del mando para siempre y dejar la Patria, ausentándose a Europa, dando de este modo fin a su vida pública.

El Congreso creyó que el Libertador debía continuar en el ejercicio del Poder Ejecutivo, hasta que se sancionase la Constitución y se eligiese el nuevo Presidente de la República. Estas solemnes manifestaciones reivindicaron completamente al Libertador y patentizaban con cuánta felonía se había conducido Páez al proponer oculta y siniestramente la separación de Venezuela, aparentando deferencias por el Libertador, que jamás tuvo, y contradiciendo con hechos sus discursos y protestas en favor de Bolívar cuando éste lo salvó en 1826 y le honró, entre otras cosas, con la dádiva de una espada de la que Páez hizo mención con las siguientes notables palabras: "¡La espada redentora de los humanos! Ella en mis manos no será jamás sino la espada de Bolívar: su voluntad la dirigirá, mi brazo la llevará. Antes pereceré cien veces, y mi sangre será perdida, que esta espada salga de mi mano, ni atente jamás a derramar la sangre que hasta ahora ha libertado. Conciudadanos: la espada de Bolívar está en mis manos; por vosotros y por él iré con ella a la eternidad". Bolívar patentizó en sus últimos actos, que cuando el 31 de agosto de 1829 se dirigió a los colombianos para que expresasen libremente su opinión sobre la forma de gobierno y elección de magistrados, le animaba un sentimiento republicano y quería no contrariar la opinión nacional, y como en otra ocasión dijo: "Mi divisa es obediencia al pueblo", y recordará el lector la cita que hemos hecho de este pensamiento.

A virtud de la resolución del Congreso continuó el General Bolívar en ejercicio del Poder Ejecutivo, aunque con mucha repugnancia: porque su salud se deterioraba cada día más, y el giro que tomaba la revolución de Venezuela le hacía ver el por-

venir triste que le esperaba a Colombia, después de la disolución del pacto de unión y que con su muerte, que veía próxima, iba a desaparecer la **heroica Colombia**, por cuya formación había trabajado sin descanso.

El Congreso Constituyente empleó muchas sesiones en sancionar un reglamento anterior, y sus discusiones dejaron conocer que estaban sus miembros resueltos a sostener un Gobierno central y la unión de la República, y que no se emplease la fuerza para atraer a la obediencia a Páez usando de medios de lenidad. Esta opinión del Congreso, de mantener la unidad de Colombia con un gobierno central, era contraria a los deseos del Libertador, que, no obstante haber sido siempre muy centralista, al fin convenía en una confederación de cuatro Estados y opinaba entonces que bajo esta forma de gobierno podría mantenerse la Unión, y para precaver el contagio revolucionario en el Centro y en los Departamentos del Magdalena, Istmo y Zulia, mandó acercar algunas fuerzas hasta Cúcuta y Maracaibo, antes de saber que el Zulia se hubiera unido a la revolución de Venezuela y que esperaba también el Libertador que en los Departamentos de Maturín y Orinoco hubiera una reacción contra la revolución de Valencia, secundada por Caracas, y en que los antiguos realistas de Venezuela se coaligaron con algunos republicanos exaltados y militares ambiciosos, que querían adueñarse de Venezuela para hacer de ella su patrimonio. Todos estos, los que sin creerlo acusaban a Bolívar autor del plan de anarquía en que no tuvo ninguna parte Bolívar, y sí Páez, Carabaño y algunos otros, como dejamos expuesto anteriormente. Deseoso el General Bolívar de traer a buen camino a Páez, pensó trasladarse a los límites del Departamento de Boyacá, colindante con Venezuela, para tener una entrevista con Páez, y le invitó a ello comunicando al Congreso este pensamiento, para recibir instrucciones y autorización para una transacción. El Congreso se negó a dar tal autorización porque consideraba que su misión no era otra que constituír de nuevo la República; y que era al Poder Ejecutivo a quien correspondía resolver sobre el particular. Desistió el Libertador de este pensamiento porque se persuadió que era inevitable la separación de Venezuela, que también deseaban en la Nueva Granada, en donde se aumentaban por diversos causas, como en Venezuela, las antipatías entre granadinos y venezolanos.

El Congreso nombró una comisión para que redactase el proyecto de Constitución, compuesta de seis diputados bajo la Presidencia del señor Vergara. La diversidad de opiniones, en-

tre forma central, federal o mixta, estorbaban el acuerdo, y limitáronse entonces a discutir las bases de la nueva Constitución, y se acordaron las siguientes: Que el Gobierno sería el republicano, popular, representativo, ejercido por el Poder Legislativo, compuesto de un Senado y una Cámara de Representantes; del Poder Ejecutivo, ejercido por un magistrado denominado Presidente de la República, con sus respectivos Ministros, que serían los responsables de todos los actos de la administración; y el Presidente, únicamente en los de traición e infracción de ley expresa, con un Consejo de Estado que le auxiliaría con su dictamen en los negocios importantes, y un Poder Judicial independiente. Además, se declaraba que la duración del Presidente sería de ocho años. Se declararía la religión católica como religión del Estado, y al Gobierno en ejercicio de patronato. Para transigir con las ideas de federación se establecerían Cámaras o diputaciones provinciales para legislar en materias municipales. El Libertador manifestó al Congreso, por medio del Presidente, General Sucre, la necesidad de ocuparse seriamente de la cuestión de Venezuela, que había tomado un carácter serio con la separación del Departamento del Zulia, de la Prefectura General del Magdalena, y su anexión a los otros Departamentos de la antigua Capitanía General de Venezuela, con cuyo hecho ya Páez se había erigido en Jefe de todo aquel territorio, y había nombrado Secretarios de Estado al General Soublette, al señor Diego B. Urbaneja, antiguos Secretarios del Gobierno de Colombia, y al doctor Miguel Peña, el primer motor de la revolución desde 1826. El Congreso tomó en consideración las indicaciones del Libertador, y nombró una comisión compuesta del General Sucre, del señor Estévez, Obispo de Santa Marta, y del señor Francisco Aranda, para que se trasladasen a Venezuela a tratar con Páez y el gobierno de hecho que se había establecido sobre el modo de que volviesen a la unión de los Departamentos que se habían constituído independientes. Hacia este mismo tiempo, el Libertador, a fin de dar nuevas pruebas de su generosidad, mandó expedir salvoconductos para regresar a Colombia a todos los que aún sufrían destierros por causa de la conspiración del 25 de septiembre. Permitió igualmente a los que cumplían las penas de sus sentencias por el mismo delito, que volviesen a sus domicilios o que salieran del país, según la parte que hubieran tenido en aquel crimen. Apenas se concluyeron tan importantes negocios cuando el Libertador pasó un mensaje al Congreso en que le manifestaba: Primero. Que hallándose enfermo, necesitaba con ur-

gencia separarse del ejercicio del Poder Ejecutivo, y segundo, que siendo miembro del Congreso el señor Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, quien debía desempeñarlo, conforme a lo dispuesto en el decreto orgánico de 27 de agosto de 1828, tocaba al Congreso elegir la persona que desempeñara interinamente el Gobierno de la República. Este mensaje produjo una discusión animada, y resolvióse contestar al Libertador que correspondía al Poder Ejecutivo, conforme al mismo decreto de 27 de agosto de 1828, designar quién debía reemplazarle en las faltas temporales. En vista de tal resolución, resolvió el Libertador encargar de la Presidencia del Consejo de Gobierno al General Domingo Caicedo, Secretario de Relaciones Exteriores, conservando su cartera. Tuvo el General Bolívar por razón para este nombramiento las cualidades especiales que adornaban a Caicedo, como sujeto de un carácter conciliador, estimado por los liberales y por sus amigos políticos. La comisión que marchó para Venezuela, al llegar a Táriba, recibió comunicaciones del General Piñango, manifestándoles que tenía orden de Páez de no permitir que los comisionados del Gobierno de Bogotá siguiesen a Valencia. Sucre contestó que la comisión que llevaban no era del Gobierno de Bogotá sino del Congreso Constituyente de Colombia, y siguió su marcha hasta Grita, en donde fueron detenidos y se les hizo regresar a la Villa del Rosario de Cúcuta, a donde debían pasar los comisionados que venían nombrados por el Congreso de Venezuela para conferenciar con los de Colombia. Un mes se demoraron en llegar a Cúcuta los comisionados de Páez, señores General Santiago Mariño, Martín Tovar Ponte y doctor Ignacio Fernández Peña. Páez y los revolucionarios de Venezuela temían la presencia del General Sucre en Valencia, y por eso estorbaron que siguiese hasta a aquella ciudad para llevar adelante las miras ambiciosas de dominar a Venezuela. Publicó una proclama contra el Libertador, y resolvió abrir una campaña para sostener la revolución que separó a Venezuela, y con la intención de ir a libertar la Nueva Granada, como si esta parte de Colombia hubiera alguna vez necesitado auxilio extraño para ser libre. La historia de la guerra de la independencia está llena de actos sublimes de patriotismo y de valor que, bajo Bolívar, ejecutaron los granadinos y venezolanos en ambos territorios para conquistar la independencia. En esas campañas se estrecharon nuestras relaciones políticas y se formó la heroica Colombia, que debía desaparecer con su fundador. Nada pudo obtenerse en la conferencia oficial que tuvieron los comisionados de una y otra parte, ni en las francas conversa-

ciones que como amigos personales tuvieron los comisionados, antes de separarse para regresar los unos a Bogotá y los otros a Valencia.

El Libertador, que no quería absolutamente que se abriesen operaciones contra Páez, dio instrucciones a los Comandantes Generales que mandaban las fuerzas sitiadas en Pamplona y Ríohacha que se abstuviesen de todo acto de hostilidad contra los rebeldes de Venezuela, a quienes se quería traer a la senda legal por medios pacíficos. Crecía de día en día la agitación en la capital de la República, y el Presidente del Consejo de Gobierno, General Caicedo, descubrió un proyecto que hablaba de revolución, que encabezaba el Coronel don Milcíades Mariano París, y que apoyaba, según informes de algún crédito, el General Rafael Urdaneta, antagonista decidido del General Sucre, desde que el Libertador, imprudentemente dijo, en verdad, que "Sucre era el General más digno de Colombia". La revolución tenía por objeto sancionar la separación de Venezuela y constituír otra República en Nueva Granada. Instruído de todo el Libertador, se trasladó de la quinta de Fucha a Bogotá para discutir con el Consejo de Gobierno las medidas que debían adoptarse para evitar tal escándalo. Antes de separarse de Fucha, recibió el Libertador el parte de haberse sublevado en Ríohacha el coronel Vargas, natural del Socorro, y dirigiéndose a Maracaibo con el batallón Boyacá, a su mando, compuesto en la mayor parte de granadinos, para unirse a la revolución de Páez. El Libertador, que consideraba la trascendencia que un hecho tal tendría, convocó al Consejo de Gobierno y que asistieron con él el Presidente del Congreso, señor Vicente Borrero, el General Urdaneta y el señor José María Castillo Rada. Este se excusó de ir a tal Consejo, pero escribió una carta al Libertador, manifestándole que la opinión pública se pronunciaba por no contrariar la separación de Venezuela, que el Congreso organizara el Gobierno de Nueva Granada, y que el Libertador se separase del mando; y supo el Libertador que el General Urdaneta participaba de esta opinión; y fue tal la impresión que produjo en su ánimo la opinión de Castillo, apoyada por Urdaneta, que perdió su serenidad y reconvino a Urdaneta con expresiones fuertes. El señor Nicolás M. Tanco, Secretario de Hacienda y único miembro del anterior Ministerio que existía en el Consejo, hizo su dimisión para que se completase la renovación de Secretarios y se quedase enteramente homogéneo; le fue aceptada, y nombrado para reemplazarle el doctor José Ignacio Márquez.

Este disgusto no permitió al Consejo una prudente discusión y se abstuvieron de dar su opinión. Castillo como Urdaneta, que habían sido partícipes en el plan de monarquía, que el Libertador improbó, le habían retirado su amistad, y ambos engendraron celos contra Sucre porque consideraban que sería el sucesor de Bolívar y tenían aspiraciones de serlo. Desde ese día quedaron casi rotas las relaciones entre estos señores y el Libertador. Satisfecho el Libertador de las medidas tomadas por el General Caicedo, con la separación de París del mando de las milicias, y de las seguridades que recibió del señor José Ignacio París y del General, que su hermano Mariano no intentaría trastornar el orden, regresó a Fucha, porque su salud necesitaba estar en una casa de campo y retirado del tumulto de la ciudad.

El señor Castillo, de acuerdo con la carta que había escrito al General Bolívar, hizo en el Congreso la siguiente proposición: "Que se suspenda el examen del proyecto de Constitución, dándose un reglamento provisorio con todas las garantías, y que se elija un Presidente y Vicepresidente con un Senado o Consejo para que dirijan la República, hasta que en mejores circunstancias se reúna la representación nacional, y se dé la Constitución que convenga".

Grande fue la agitación en el recinto del Congreso; los Diputados del Sur declararon que si se mencionaba la separación de Venezuela, el Sur también tendría derecho para establecer un gobierno propio en el distrito de la antigua Audiencia de Quito, que se separó del Virreinato del Perú para agregarlo al del Nuevo Reino de Granada. Se comprendió bien la gravedad de la cuestión suscitada por Castillo, y una gran mayoría de Diputados negaron las proposiciones, para continuar la discusión de la Constitución. No se pasó mucho tiempo sin que otro incidente viniera a influír en el ánimo de los miembros del Congreso y del Gobierno. Los vecinos de Popayán elevaron una exposición al Congreso, en que expresaban sus opiniones y votos por la crisis en que se encontraba Venezuela y para evitar la guerra. Al recibir esta exposición, el Consejo de Gobierno comprendió bien que las circunstancias se complicaban, con una manifestación tan expresa, que debía influír en el ánimo del Libertador y en los miembros del Congreso. El Consejo de Gobierno acordó que uno de sus miembros, el Secretario de la Guerra, General Herrán, pasase a Fucha a instruír al Libertador de esta solicitud que llegaba en circunstancias que la opinión pú-

blica se agitaba en el mismo sentido, para contrariar toda medida que condujese a romper hostilidades contra Venezuela. Habíase recibido al mismo tiempo la noticia de la sublevación de Casanare, encabezada por el General Moreno, para agregarse a Venezuela. No era por cierto un sentimiento político el que había producido este pronunciamiento, sino el deseo del robo y el pillaje en épocas de trastornos. El Libertador había dado en arrendamiento las haciendas de ganado que poseía la República en aquellas vastas llanuras de Casanare al General Rafael Urdaneta, quien había hecho un contrato con el General Lucas Carvajal cuando regresó de la campaña del Perú, para que administrase esas propiedades, y Moreno encontró que el medio más fácil de adueñarse de ellas era hacer una revolución y asesinar al General Carvajal y a su compañero, el Comandante Segovia. Todos estos acontecimientos aumentaban en el General Bolívar su aborrecimiento y tedio al ejercicio del Poder Ejecutivo. Manifestó al Presidente del Consejo por medio del General Herrán sus opiniones para que se pusiesen en conocimiento del Congreso estos acontecimientos. Viendo el General Bolívar que la representación de los vecinos de Popayán estaba suscrita, no solamente por los magistrados del orden judicial del Departamento, del Obispo y alto clero, sino también por sus amigos personales de aquella ciudad, como el señor Joaquín de Mosquera, a quien se atribuía haberla promovido, estimó de gravedad este suceso por cuanto debía influír en las deliberaciones del Congreso. El Presidente del Consejo, de acuerdo con el Libertador, pasó un mensaje el 15 de abril, en que decía: "Que en concepto del Ejecutivo no debía darse Constitución alguna, supuesto que Venezuela estaba decidida a resistirla por la fuerza, pues entonces tampoco sería adoptada en otros Departamentos, y se presentaría a los pueblos el funesto ejemplo de acordar instituciones que desaparecerían al día siguiente".

Este mensaje produjo en el Congreso grande impresión, y durante dos días la discusión fue muy agitada y se le hicieron cargos al Ejecutivo demasiado fuertes, atribuyéndole tendencias a la disolución de Colombia, en que la representación nacional no podía convenir. Los Diputados por Cartagena, Juan de Francisco Martín y Juan García del Río, encabezaban el partido que sostenía la unidad colombiana con el Libertador a su frente y un Ministerio inteligente y decidido. Los Ministros públicos de la Gran Bretaña y del Brasil, contra todas las reglas diplomáticas de prescindencia en los negocios internos de un país, pasaron cartas oficiales al Poder Ejecutivo en que la

del primero decía: "'Haber visto con sorpresa la propuesta hecha por el Ejecutivo de establecer un gobierno separado para la Nueva Granada, propuesta que envolvía la disolución de la República de Colombia: que no dudaba notificar al Gobierno colombiano que si esta medida se adoptaba por el Congreso y se llevaba a efecto, por el mismo hecho quedaría anulado en el momento el tratado que existía entre la Gran Bretaña y Colombia, y cesarían inmediatamente sus funciones como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario"; y el segundo se limitaba a manifestar que en el caso de nombrarse un gobierno provisional para la Nueva Granada, consideraría haber cesado su representación. El Ministro de Relaciones Exteriores contestó a los enviados de Inglaterra y el Brasil que del paso que había dado el Poder Ejecutivo no se infería que se deseaba la disolución de Colombia, y manifestó al Ministro de Inglaterra que estaba dispuesto el Gobierno a cumplir los tratados públicos. Esta correspondencia diplomática, tan fuera de las reglas, sirvió de apoyo en el Congreso a los partidarios de la unidad colombiana, con un gobierno central, y la mayoría continuó resueltamente la discusión de la Constitución, para que había sido convocado el Congreso, y pretendían que el Libertador continuase en ejercicio del Poder Ejecutivo. Como el General Bolívar expresaba de un modo decidido a todos sus amigos que no aceptaría por nada la Presidencia de Colombia ni ejercería el Poder Ejecutivo, que estaba desempeñado por el Consejo de Gobierno, se discutieron en privado en quién debían fijarse para elegir el Presidente. Los señores José María del Castillo, General Urdaneta, Aranzazu, Vélez y otros liberales se propusieron excluír a Sucre, para que no fuese elegido Presidente, y se propuso y sancionó un artículo en que se exigía que el Presidente debía tener cuarenta años de edad, el cual fue aprobado por una gran mayoría sin que se apercibiesen los Diputados, que no estaban en la intriga del objeto de tal disposición.

El Diputado por Antioquia, Vélez, propuso un proyecto de decreto por el cual se disponía que sancionada la Constitución se ofreciese a los pueblos de Venezuela para que la adoptasen, pues veían en ello que no había el menor motivo de temor de establecer monarquía, ni continuar gobierno personal. Esta idea, que conciliaba completamente las opiniones manifestadas por la prensa en la capital de la República y por las exposiciones que se habían dirigido al Congreso, de Popayán, Neiva, Tunja y Sogamoso, fue bien acogida y continuaron los trabajos sin agitación, y tanto la Constitución como el decreto orgánico fueron

sancionados; y cuando se empezaron a ocupar los Diputados en acordarse sobre la persona en que debían fijarse para nombrar el Presidente provisorio, ocurrió a algunos la del Gran Mariscal de Ayacucho, pero inmediatamente se les hizo notar que estaba excluído por no tener sino 36 años de edad. El Libertador indicó a algunos amigos suyos al señor Joaquín de Mosquera como candidato, porque no debían fijarse en él porque estaba resuelto a dejar a Colombia tan pronto como se sancionase la Constitución, y agregó que tampoco debía pensarse en algunos de los miembros del Consejo anterior de Gobierno, que habían promovido el proyecto de monarquía, ni en cualquiera de los caudillos de la revolución venezolana. El señor Juan García del Río fue comisionado cerca del Libertador para indicarle que sus amigos políticos en el Congreso no aceptaban al señor Mosquera, porque él era el que, promoviendo la representación de Popayán, había puesto al Congreso en la necesidad de adoptar medidas de transacción, cuando el Gobierno general tenía poder moral y material para continuar la unión y sofocar las revoluciones. El Libertador manifestó a García del Río que no estaba de acuerdo con su idea, y que desde ese momento se abstendría de injerirse en la política, de un modo confidencial, como lo estaba haciendo, dejando al Consejo de Gobierno que obrara independientemente. Estos incidentes me los comunicó el mismo señor García del Río, explicándome en Chile, en 1843, lo que había pasado en Bogotá entre él y sus amigos con el Libertador, agregándome que había manifestado al General Bolívar que él era amigo personal del señor Mosquera desde 1815; que se conocieron en Londres; que conocía su carácter honrado y probo; pero que el paso que acababa de dar para embarazar al Congreso en la resolución de sostener la unidad nacional le probaba que no podía llevar adelante la existencia de Colombia. Que el Libertador le preguntó en quién se fijaban ellos, después de haber excluído a Sucre, y no ser posible la elección de Urdaneta, ni de Castillo, ni de otro alguno de los monarquistas, y menos un partidario de Santander o de Páez. Entonces García del Río le manifestó al Libertador que escogerían al señor Canaval, que tenía bellas dotes, y lo rodearían los hombres de Estado, amigos del Libertador, de prestigio y de un carácter decidido y firme; concluyó el Libertador, según García del Río, diciéndole: "Hagan ustedes lo que quieran". Esta explicación que recibí del señor García del Río es lo que deja ver en su verdadero punto de vista lo que ocurrió en Bogotá para que se decidiesen unos por Canaval y otros por Mosquera.

Los partidarios del Libertador, no contentos con el giro que tomaba la cuestión de Presidente, no ahorraban medio alguno para inducirlo a que desistiese del temerario empeño de separarse, y al fin lograron mover su susceptibilidad e inducirlo a que reuniese una junta de consulta de amigos suyos e imparciales a quienes debía exponer que la exclusión que se pretendía hacer de él, para continuar en el mando de la República, era tan ofensiva que equivalía a una condenación de su conducta pública dada por la representación nacional. El Libertador, que era idólatra de su gloria, perdió su serenidad y creyó que sus amigos tenían la razón, y promovió la junta que le indicaban; pero tuvo el buen sentido de hacerlo por medio del Consejo de Gobierno, y mandó a ella al señor Luis Baralt para que lo representara. Tuvo lugar esta reunión el 21 de abril, y tomada en consideración la situación del país, la misma gloria del Libertador, le aconsejaron que no desistiese de su idea primitiva que había llevado, desde su regreso de Guayaquil, de separarse del mando, y volver a la vida privada; que esta conducta desmentiría a sus detractores, que siempre estaban repitiendo los mismos cargos de ambicioso, partidario de la dictadura. El señor Caicedo, Presidente del Consejo, el señor Baralt y el General Herrán fueron comisionados para llevar la respuesta de la consulta al Libertador.

Aguardaba con ansiedad esta respuesta, y cuando oyó lo que habían acordado consultarle, tuvo uno de aquellos actos de ligereza, propios de su constitución bilioso-nerviosa, que tántas veces le perjudicó en su vida pública; dijo al señor Caicedo: "Bien se conoce que aspira usted a sucederme, y el Consejo es interesado". Por fortuna el señor Caicedo era de una constitución contraria a la del Libertador, pasivo y flemático, y contestó con palabras muy corteses que se equivocaba, y el señor Baralt explanó al Libertador todos los principios políticos y buena voluntad con que sus verdaderos amigos habían afrontado tan enojosa consulta, y le daban un consejo propio para conservar su gloria. Se le hizo presente al mismo tiempo, por el General Caicedo, que había tenido que reprimir a los promovedores de una petición al Congreso pidiendo su reelección y que debiera ser precedida de otra de frailes y clérigos, en que pedían lo mismo para salvar la religión, y un tumulto encabezado por el Coronel Demetrio Díaz, que saldría gritando vivas al Libertador y a la religión. Con todo esto le volvió la calma al Libertador y manifestó a los comisionados que mantendría su irrevocable resolución de no mandar más.

El 29 de abril dirigió al Congreso el mensaje en que manifestaba su resolución definitiva de separarse de la vida pública, y el Congreso le contestó de un modo digno. Esta última manifestación de Bolívar fue la realización de sus constantes promesas, y concluyó en el ejercicio del mando supremo, el 4 de mayo de 1830, y ese mismo día fueron elegidos Presidente de la República, señor Joaquín de Mosquera, y Vicepresidente, General Domingo Caicedo; en el primer escrutinio resultaron 26 votos por el señor Eusebio María Canaval, 17 por el señor Joaquín de Mosquera, y 5 por el señor General Domingo Caicedo; esta votación manifestó claramente que la mayoría absoluta del Congreso se componía de partidarios de la unión colombiana, y los 22 Diputados que votaron por Mosquera y Caicedo representaban la opinión liberal y contraria al empleo de la fuerza para someter a Venezuela. En la barra del Congreso predominaba la opinión en favor del señor Mosquera, y dejaron oírse voces irrespetuosas y alarmantes cuando se leyó el nombre del señor Canaval; sin este desorden era seguro que después de haber votado por el señor Canaval, la mayoría del Congreso, dando así un voto de improbación a la conducta del señor Mosquera por haber promovido la exposición de los vecinos de Popayán, habrían dado su voto en favor del candidato indicado por el General Bolívar, pues todos sus partidarios tenían deferencia por el señor Mosquera, aunque todos estaban convencidos de que no eran los magistrados que iban a elegir capaces de dominar la situación, y que el único que tenía las cualidades que exigía la necesidad de conservar a Colombia era el Gran Mariscal Sucre, a quien excluyeron, como dejamos dicho, Castillo y Urdaneta, con pocos más Diputados partidarios de la división de Colombia; cuánto mal produjo una frase imprudente, aunque verdadera, del General Bolívar, "llamando a Sucre el más digno General!" En otro tiempo también se enajenó la voluntad de Santander, y de amigo ardoroso se convirtió en enemigo implacable, porque le manifestó, como hemos expuesto en un capítulo anterior, "que Sucre era el llamado a sucederle".

El mismo día fue elegido Vicepresidente el General Domingo Caicedo por 33 votos, uno menos que el señor Mosquera. Mucho he hablado sobre la coacción que se ejerció sobre el Congreso para elegir al Presidente Mosquera; pero aun cuando no estuvimos en Bogotá en aquella época, hemos sido informados, por diferentes miembros de ese Congreso, que no influyó en su ánimo de ninguna manera la vocinglería de la barra, cuando contaban con fuerza suficiente para dispersar cualquier tu-

multo y con jefes y oficiales dispuestos a hacerlo. Luégo que se verificó la elección y tomó posesión el Vicepresidente, por estar ausente el señor Mosquera, se comunicó al Libertador por medio de una comisión de cuatro miembros del Congreso, que la Constitución estaba sancionada y encargado del Poder Ejecutivo el Vicepresidente; que por lo tanto había concluído la licencia del decreto orgánico de 27 de agosto de 1828 y las facultades extraordinarias que a su virtud ejercía. El Libertador contestó: "Que él quedaba reducido a la vida privada, que tánto había deseado; y que si el Congreso quería una prueba especial de su ciega obediencia a la Constitución y las leyes, estaba pronto a dar la que se le exigiese". El Congreso correspondió a esta nobleza de conducta de parte del Libertador, sancionando una ley reconociendo sus servicios y mandando llevar a efecto el decreto del Congreso Constituyente de 1823, por el cual se le declaró una pensión vitalicia de $ 30.000 anuales. Celebróse la elección de los nuevos magistrados en la capital de la República, por los liberales de aquella época, con música, cohetes y entusiasmo por el nuevo orden de cosas; pero como en tales reuniones populares en medio de la exaltación de las opiniones políticas, no faltaron imprudencias contra los amigos del Libertador y contra los militares que le eran adictos, se puso en riesgo la tranquilidad pública.

El 7 de agosto el batallón Granaderos de la Guardia y el escuadrón Húsares de Apure se sublevaron y pidieron pasaporte para Venezuela. Fueron presos sus Comandantes Mugarra y Soto, y se puso a la cabeza de esta fuerza el General Trinidad Portocarrero. El General Urdaneta, Comandante General, y el General Herrán, Secretario de la Guerra, trataron de hacer entrar en orden a esta tropa; pero fueron rechazados, insistiendo siempre en pedir auxilios para marchar a Venezuela, y se contentaron con $ 1.000 para raciones y los bagajes necesarios para la marcha. La juventud de la capital, y principalmente los alumnos de la Universidad se exaltaron con esta novedad y ofrecieron ir a batir a los cuerpos veteranos, sin tener buenas armas.

El Secretario de Guerra, General Herrán, lo impidió, haciendo ver a dichos jóvenes que se iban a sacrificar inútilmente. El Libertador dejó la casa de gobierno, trasladándose a la de su amigo el General Herrán, para emprender inmediatamente su marcha a Cartagena. Esto lo verificó el 8 de mayo, y salió de la capital acompañado del Vicepresidente y los Secretarios de Estado del nuevo Gobierno, de todos los miembros del cuerpo diplomático y de una gran parte de sus amigos particulares y po-

líticos que sentían verle partir para Cartagena, cuyo clima no podía convenirle a su deteriorada salud.

No pasaremos adelante sin dar cuenta de ciertos actos del Gobierno, propios de la crisis revolucionaria en que se encontraba la República y la falta de cordura con que fueron acordados. Algunos Diputados de Quito se acercaron al señor Caicedo para manifestarle la necesidad de separar del mando civil que ejercía en los Departamentos del Sur el General Juan José Flores, porque estaba dispuesto a promover la separación del escuadrón, de acuerdo con las ideas que Urdaneta manifestaba en la capital, y la revolución de Páez. El General Caicedo y sus Secretarios dieron crédito a ello y se dictó una medida general suprimiendo las prefecturas generales del Ecuador y Magdalena, dejando a los Prefectos Montilla y Flores de Comandantes Generales. Faltaban solamente siete días para poner en práctica la nueva Constitución cuando se dio dicho decreto, y los mismos que promovieron su expedición comunicaron al General Flores que el objeto era destituírlo para privarlo del influjo que podría tener en la suerte futura de Colombia para elegir de nuevo al Libertador, Presidente de la República, por los Colegios Electorales; lo cual me lo dijo el mismo General Flores en septiembre de 1830, en Guayaquil, de cuya conferencia me ocuparé en adelante. No había ninguna necesidad de este acto que produjo la revolución de Flores, separándose de la obediencia del Gobierno general. El señor Caicedo se acercó al General Sucre para suplicarle y persuadirle de la necesidad que había de que partiese cuanto antes a Quito haciendo camino por tierra para llegar más pronto que por Cartagena, Panamá y Guayaquil, como lo había pensado al irse con el Libertador, y evitar de este modo la separación del Ecuador, para que tuviese lugar la elección de Diputados al nuevo Congreso Constituyente, aceptara o no la Constitución de Venezuela. Sucre accedió a los deseos del señor Caicedo, y he aquí decretada, sin pensarlo ni sospecharlo siquiera el señor Caicedo, la muerte de Sucre, y consentido el sacrificio por el ilustre Mariscal, cuando él creyó que tenía por delante una larga vida para merecer y servir a Colombia.

Por extraordinario se comunicó al señor Mosquera su elección a Popayán; más de 70 cartas le escribieron sus amigos personales y políticos exigiéndole su pronta marcha a la capital, y que no se excusase, y él, obedeciendo al impulso que recibía para ir a encargarse del Poder Ejecutivo, contestó el 14 de mayo, aunque conocía bastante cuán difícil y ardua era la labor

de que se iba a encargar, que aceptaba la magistratura de Presidente y que trataría de cumplir y llenar debidamente sus deberes. Solamente el Libertador le hizo decir por medio de su ayudante de Campo, Coronel Wilson, cuán peligroso e inútil era el sacrificio que se le exigía. El Libertador veía claramente que excluído Sucre de la candidatura para sucederle las ambiciones de los aspirantes al mando, y la irrevocable resolución de Páez, de alzarse en Venezuela, para hacer de esta República su patrimonio, era imposible que colombiano alguno que no tuviera hábito de mando podía gobernar una república recién salida de los torbellinos de la guerra de la independencia y de la lamentable con el Perú en que se habían formado, no diré notabilidades sino individualidades de militares ambiciosos que se creían con derecho a mandar la tierra como libertadores. Esto no es una simple suposición; muchas veces hablé con el Libertador sobre esta calamidad pública y haber tenido que elevar a las primeras clases del ejército a militares, si bien valientes y sufridos, sin cualidades políticas para hombres públicos. Los que hemos tenido que discutir con el Libertador arduas medidas sobre administración, sabemos lo que tenía que sufrir, cuando se veía obligado, por circunstancias especiales, a hacer Coroneles y Generales a sujetos que no podían llevar el título de tales y solamente sabían manejar la espada o la lanza en un campo de batalla. Algunos que han escrito sobre nuestra historia, y entre otros Restrepo, atribuyen la antipatía de Nueva Granada a Venezuela a la multitud de empleados militares que de aquellos Departamentos habían sido colocados en los del Centro y Sur, sin que los granadinos ni ecuatorianos hubiesen sido mandados a Venezuela. No tiene razón Restrepo: porque el Libertador no veía el origen de los jefes que nombraba, y en los Departamentos del Centro, a saber: Boyacá, Cundinamarca y el Cauca, y posteriormente el de Antioquia, cuando se formó, fueron mandados siempre por granadinos, y en el Sur alternamos entre granadinos y venezolanos. En aquellos Departamentos en donde no había operaciones de guerra se nombraron sujetos no militares. Muy fácil es censurar la política de los gobernantes; pero estos hábiles escritores, cuando la casualidad los lleva al mando son los que militarizan más una república y cortejan a la soldadesca improvisada, como puede hacerlo con una belleza el joven más disipado. Al escribir sobre la vida de Bolívar nos vemos obligados a presentar estos cuadros, para que se conozca bien cuánto tenía que sufrir en la silla presidencial que algunas veces llamaba "patíbulo dorado".

Ya dejamos dicho cómo partió de Bogotá el Libertador. En el tránsito fue recibido hasta Turbaco y Cartagena, con aquellas demostraciones de entusiasmo con que el pueblo le distinguió siempre, desde que por primera vez la fama le hizo conocer como Libertador y como padre y fundador de Colombia. Su ánimo era seguir inmediatamente para Europa; pero no pudo verificar su viaje por falta de recursos y un buque a propósito; resolvió permanecer entre Cartagena y Turbaco mientras regresaba la fragata **Shanon** de un viaje que tenía que hacer, por orden del Almirante de la estación de Jamaica, a las costas de Venezuela, de donde debía volver a Cartagena para tomar al Libertador. Cuando hemos dicho que por falta de recursos no marchaba Bolívar le parecerá al lector una exageración, y que el hombre que había mandado por tántos años, y que había poseído una de las mayores fortunas de Caracas, no tenía con qué viajar ni cómo vivir en el exterior. Escribió desde Guaduas a su sobrino político, don Gabriel Camacho, y desde Turbaco al señor Amador, Prefecto del Magdalena, las siguientes cartas, que son la prueba de nuestra aserción y hacen el elogio del héroe que vivió tánto para su patria y cuidó tan poco de su persona y de su fortuna.

"Señor Prefecto Juan de Dios Amador.—Turbaco, mayo 26 de 1830. Mi estimado amigo: Permítame V. que me tome la libertad de participarle que he llegado hoy aquí con ánimo de irme fuera del país; pero con el deseo al mismo tiempo de expresar a usted mi reconocimiento por la benevolencia con que me ha tratado la autoridad departamental y todos los pueblos del Magdalena, de lo que doy a usted las gracias más expresivas. Mi sobrino Fernando Bolívar va encargado de cumplimentar a usted de mi parte y manifestarle los sentimientos de estimación y respeto de que estoy animado. El gobierno me entregó en Bogotá una libranza de ocho mil pesos contra la tesorería de este departamento, y como estoy pobre y necesito de este dinero para mi partida, suplico a usted muy encarecidamente la mande pagar; y si no hubiere fondos me atrevería a esperar que usted diese providencia para que algunos deudores del tesoro me la pagasen aunque fuese con algún descuento. Me lisonjeo que la bondad de usted me servirá en esta ocasión, como siempre lo ha hecho usted con todos los desgraciados. Mi sobrino Fernando presentará a usted la libranza y él se encargará de dar todos los pasos. Mientras tanto reciba usted los sentimientos de mi más distinguida consideración.—**Bolívar**".

"Señor Juan de Dios Amador.—Turbaco, 31 de mayo de 1830.—Mi apreciado amigo: Recibí la muy apreciable carta de usted, en la cual me comunica que ha conseguido el dinero de la libranza. Yo estoy satisfecho de lo que usted me asegura con respecto a la dificultad de conseguir dinero en esta circunstancias, y por lo mismo agradezco más la bondad de usted y la eficacia con que me ha servido en esta ocasión. Mi sobrino va encargado para recibir el dinero cuando usted lo tenga listo, y lleva mi recibo

para el efecto. Ofrezco a usted los sentimientos de mi distinguido aprecio y cordial amistad, con que soy de usted afectísimo amigo.—Bolívar".

"Señor Juan de Dios Amador.—Soledad, octubre 18 de 1830.—Mi estimado amigo: Siento infinito incomodar a usted con encargo bastante molesto; pero por no tener otra persona a quién ocupar en este asunto, y confiado en la bondad de usted, me atrevo a suplicarle que haga componer la casa del señor Kinsella que tiene en el pie de la Popa, de algunos daños que recibió mientras yo habitaba en ella. Los gastos que ocasionare y el valor de un catre que usted le pagará a este caballero, los descontará del dinero que usted tiene en su poder. Este es un favor que agradeceré a usted demasiado. Me alegraré que usted se mantenga sin novedad, y se sirva aceptar las expresiones afectuosas de mi constante amistad.—Bolívar".

Mientras el Libertador, pobre y escaso de salud, esperaba en Cartagena la ocasión de embarcarse para Europa, a llevar a efecto el pensamiento de concluír sus días en Versalles, se le preparaban nuevos disgustos morales que tan profundas impresiones iban a producir en su ánimo. El Gran Mariscal emprendió su marcha para el Sur, de acuerdo con el compromiso que contrajo con el General Caicedo. Tiempo es ya de revelar el secreto del misterioso origen político que tuvo el atentado execrable de la muerte de este ilustre americano. La revolución de Venezuela había despertado el espíritu turbulento de los partidarios del General Santander y de los exaltados liberales que simpatizaron con los conspiradores del 25 de septiembre, y eran los que promovían la idea de la separación de la Nueva Granada. Era para ellos un obstáculo la existencia de Sucre, que consideraban como el lazo de unión para mantener la integridad de Colombia. Formóse un club directivo de esta clase de partidarios para llevar a efecto el pensamiento de crear una república independiente en el centro de Colombia; y se organizó en Bogotá, compuesto de los señores Manuel A. Arrublas, Cipriano Cuenca, Angel María Flores, doctor Vicente Azuero, Luis Montoya y doctor Juan Vargas; uno de los editores de **El Demócrata** y **La Aurora**, periódicos revolucionarios. Estos señores fueron los que indujeron al General Domingo Caicedo para que marchase por tierra, al Ecuador, el Gran Mariscal de Ayacucho, como hemos referido. ¿Cuál fue el objeto de esta insidiosa excitación al General Caicedo, para que promoviese la pronta marcha de Sucre a Quito, para trabajar en favor de la unión colombiana? He aquí el misterio: "salir de Sucre". Todo el mundo conoce en Colombia la ruidosa causa que se siguió en 1840 a los asesinos del Gran Mariscal y la ejecución que tuvo lugar de Apolinar Morillo, principal ejecutor de este crimen. Una señora respetable, de Bogotá, muy amiga de doña Ignacia Zuleta, mujer

del señor Arrublas, veía las sesiones misteriosas de este club, y movida de esa curiosidad propia de las señoras iba a escuchar por la cerradura de una puerta de la sala en que se reunían los del club directivo, y pudo oír el plan que se habían propuesto, de inducir al General Caicedo y dirigirse a los Generales López y Obando, que, no obstante ser enemigos del Libertador, los tenía colocados en Neiva y Popayán, para que Sucre, en su tránsito al Ecuador, desapareciese. El señor Luis Montoya se encargó de dirigir las comunicaciones a Neiva al General López, con su mayordomo José Manuel Elizalde, que había llegado ese día en la hacienda de Boitá; y así sucedió: llegó Elizalde, y fue el conductor de los pliegos al General López. Hasta aquí la revelación que me hizo la señora, de que voy hablando. Cuando regresé de la campaña del Sur, en 1841, y le comuniqué este descubrimiento a mi hermano, el Arzobispo de Bogotá, manifestándole que con ello se comprendía bien lo que los editores de **El Demócrata** habían dicho, que Obando haría con Sucre lo que ellos no habían hecho con Bolívar. Mi virtuoso hermano se contristó y me dijo: "Por mi mano ha pasado una de esas cartas criminales y yo le he dado curso, sin maliciar siquiera semejante atentado". Le pedí una explicación, y me hizo la siguiente: "Tú sabes, me dijo, que Flores promovió una manifestación de algunos vecinos de Pasto para que se agregasen al Ecuador, y dio su decreto de 5 de mayo de 1830, acogiendo aquella manifestación, y mandó fuerzas a Pasto para proteger esa agregación. El Prefecto y Comandante General, señores Arroyo y General Obando, protestaron, y el segundo, por indicaciones de nuestro hermano Joaquín, que había sido elegido Presidente y marchaba para Bogotá, siguió a Pasto con el batallón Vargas para impedir la segregación de Pasto y su agregación al Ecuador. Pocos días después de la marcha de Obando llegó un posta de Neiva trayendo comunicaciones de esa ciudad y de la de Bogotá, y yo recibí una carta en que se me encargaba poner en mano propia de Obando la inclusa. El Teniente Coronel José del C. López, Jefe del Estado Mayor, me comunicó que había llegado un extraordinario para el General Obando, y que lo iba a remitir a Pasto, y le supliqué, me dijo, que le hiciese el favor de incluírle una carta que acababa de recibir de Bogotá, y al ponerle otra incluyéndole la que había recibido, llegó el Sargento Caicedo, anunciándome que venía de parte del General Sucre, que ese día llegaría a nuestra casa, pues a ella llegaba siempre al pasar por Popayán. Mi hermano le escribió, según su relato, una esquela en que le decía: "Te incluyo la adjunta

carta que he recibido para ti"; no puedo ser más largo porque voy a recibir a Sucre, que debe alojarse en casa". Obando contestó a mi hermano: "He recibido tu carta; te la aprecio. Sucre no pasará de aquí..." Con tono consternado me agregó mi hermano: "Desde ese momento no tuve tranquilidad". Las caballerías que había contratado Sucre para marchar le fueron embargadas, y el dueño de ellas, señor Luciano Valdés, dio aviso al General Sucre que no podía seguir al día siguiente por esta razón y que le proporcionaría otras caballerías. Mi mujer, señora Mariana Arboleda, le manifestó al General Sucre que no debía seguir por Pasto; que ese embargo de las caballerías a un hombre de su categoría, algo significaba. El General Sucre no creía en nada desfavorable hacia él, y se empeñó en seguir, como lo verificó. El 11 de junio estaba mi hermano a la mesa con mi mujer, el señor Lino de Pombo, Rafael Mosquera, nuestro primo, y otros amigos, cuando entró un sirviente de mi hermano, llamado Camilo, y le dijo: "Mi amo, acaba de llegar el Comandante Sarria y ha dicho en la gallera que han asesinado al General Sucre en la montaña de Berruecos". Rafael Mosquera, dando un golpe sobre la mesa, exclamó: "¡La carta!" Levantándose todos de la mesa, se fueron a la sala. Mi hermano dijo a sus amigos, presentándoles la carta de Obando: "Esta carta y la que recibí de Bogotá pueden formar el sumario de un proceso; ¡yo soy inocente, y quemo estos documentos, porque mi carácter sacerdotal así lo exige!" En época posterior le referí esto al señor Mariano Calvo, porque éste estaba creyendo que era Flores quien había mandado asesinar a Sucre. Me pidió permiso para hablar con el Arzobispo sobre este particular, y le dije que no tenía embarazo. El Arzobispo le repitió cuanto me había dicho, y el señor Calvo quedó asombrado de una trama tan infernal. Andando los tiempos fui en 1847 a Antioquia, y averiguando por la existencia de José Manuel Elizalde, se me aseguró que estaba lazarino en un pueblo inmediato a aquella ciudad. Me trasladé a él para informarme de su propia boca de lo que hubiese en la comisión que llevó; y me dijo, exclamando: "¡Ay, General! Estoy lazarino, y talvez es un castigo de Dios por haber llevado unos pliegos al General López, que me dijo mi patrón Luis Montoya que eran muy interesantes, y que debía marchar a Neiva a entregarlos, dándome su mula de silla para que hiciese el viaje con prontitud". El General López hizo llamar inmediatamente a don Carlos Bonilla para comprometerlo a que en el paso de "Domingo Arias", del río Magdalena, volcaran la canoa en que fuera Sucre, para ahogarlo. El señor Bonilla se

indignó y se negó a ello. Elizalde oyó la discusión, y me dijo: "que desde ese momento se había afligido temiendo las consecuencias". Graves fueron las meditaciones que tuve habiendo completado el descubrimiento de los verdaderos autores del asesinato de Sucre. ¿Cuáles fueron los motivos políticos que indujeron a los autores del delito a perpetrarlo? ¿Cuál la debilidad de López y Obando para prestarse a buscar asesinos para inmolar al esclarecido Sucre en una encrucijada en la montaña de Berruecos? Mi hermano, el señor Joaquín de Mosquera, al marchar de Popayán a encargarse del Poder Ejecutivo, se encontró, a tres leguas de Popayán, con el General Sucre, en la parroquia de Paniquitá: durmieron en el mismo lugar y se entretuvieron esa noche discutiendo el modo como podría contrariarse la revolución que se veía venir de parte de Flores, con motivo del decreto de que hemos hablado, de 5 de mayo. Cuando por una casualidad se descubrió lo que todos sospechábamos: quién había sido el verdadero asesino de Sucre; diez años después de este fatal acontecimiento se siguió la causa por todos los trámites regulares de un juicio, y fue condenado a muerte y ejecutado en la plaza de Bogotá el reo principal, Apolinar Morillo, quien antes de morir exclamó en el patíbulo: "Que él pagaba con su vida el crimen que había cometido; pero que otras personas, al oír los tiros que se dispararan contra su corazón, debían pedir perdón a Dios por haber tramado el delito por que él era castigado".

Este célebre proceso corre impreso. Los historiadores han hablado de la muerte de Sucre, y yo, en el libro IV del **Examen Crítico,** que escribí en Chile en 1843, hice un análisis del descubrimiento de los autores de la muerte de Sucre; pero me faltaban entonces los datos que dejo referidos. Al recibir en Popayán la fatal noticia, los vecinos de esa ciudad escribieron una carta a la señora Mariana Carcelén de Sucre para acompañarla en su dolor. Este documento fue extendido como un acto expiatorio del delito cometido en tierra caucana; y bien conocieron todos los que lo leyeron en Colombia, que era una protesta solemne contra las autoridades militares que residían en Pasto, y que no habían tomado eficaces medidas para descubrir los autores del delito. En el mismo **Examen Crítico,** de que he hablado en el libro II, pág. 48, referí lo que el Libertador dijo, al recibir la noticia, estando en una casa de campo, al pie del Cerro de la Popa, en Cartagena: "¡Se ha derramado, Dios excelso, la sangre del inocente Abel! ¡Si tenéis justicia, haced caer un rayo de vuestras manos sobre aquel monstruo! ¡Des-

graciado de mí, que he dejado a ese malvado el poder de hacer mal...!" Siguió hablando casi en delirio de Obando, y se trasladó a la ciudad a verse con sus amigos. El señor Larrazábal, al referirse a este acontecimiento, lo hace en los términos siguientes: "El 1º de julio, a las nueve de la noche, recibió el Libertador en el bohío que habitaba, al pie del Cerro de la Popa, la infausta nueva de haber sido asesinado el Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre. Profundo fue su dolor por la desgraciada y temprana muerte de este compañero de armas a quien tánto amaba. '¡Santo Dios, exclamó; se ha derramado la sangre de Abel!' No es cierto que Bolívar prorrumpiese acusaciones contra determinadas personas, como se ha escrito, ni en lamentos indignos de su elevada alma... "El señor Larrazábal refiere la mitad de lo que yo he escrito en mi libro y contradice la noticia que di, con referencia a personas de su familia, que fueron: su mayordomo José Palacios, madama Juliana, ama de llaves, la misma que lo salvó en Jamaica de ser asesinado, y que se empeñó en servir al Libertador en Cartagena. Lo mismo me dijeron después el Prefecto Juan de Francisco Martín, el señor Juan de Dios Amador y su ayudante de campo Coronel Wilson. El señor Larrazábal no es más admirador de Bolívar que yo; él ha escrito una apología brillante de Bolívar; yo escribo las Memorias verídicas de su vida; ni la exclamación de Bolívar tiene nada de vituperable. La carta que escribió a Flores está de acuerdo con mi relato y hace recaer sus sospechas a los que con pastusos y patianos podían irlo a atacar. Persuadido yo en 1847 que era necesario dar un término a la investigación de este delito y que tuvo su origen en una infame combinación política, y como suele decirse, con todos los hilos en la mano, propuse al Consejo de Gobierno la expedición de un decreto de amnistía e indulto general por todos los crímenes que se hubiesen cometido en el país, así políticos como comunes, para que quedase cortada la causa pendiente contra los cómplices del asesinato de Sucre, y que no se hablase de otros asesinatos como el del General Lucas Carvajal y Segovia en Casanare; al del Teniente Coronel Francisco Miranda, hijo del célebre General Miranda, en Cerinza; del General Sardá, y Coronel Mariano París, en Bogotá; del Coronel Alzuru y General Luis Urdaneta, en Panamá; el Capitán Guillermo Gaitán; doctor Ramón Rebolledo, en Tapio. En mi concepto, era necesario dar este paso; pero en el Consejo de Gobierno predominó la opinión contraria presentada por los Secretarios de Hacienda y Relaciones Exteriores, Florentino González y Manuel Ancízar,

bien conocidos en el país como liberales. Además comprendía bien que el voto del Vicepresidente de la Nueva Granada, General Caicedo, por la conmutación de la pena de muerte impuesta a Apolinar Morillo, provino de un principio de delicadeza, pues él bien comprendió después que fue el instrumento inocente de la conspiración contra Sucre, y acaso la misma señora que me comunicó a mí lo que había oído se lo diría al General Caicedo, con quien tenía un parentesco inmediato. En diciembre de 1848 resolví definitivamente dar el decreto de amnistía y se publicó el 1º de enero de 1849.

Cuando en 1854 mandaba yo el ejército del Norte de la República de la Nueva Granada, en Santa Rosa de Viterbo me convidó a comer el Gobernador de la provincia de Tundama, doctor Luis Reyes, y hablamos, como era natural, de la revolución de Melo, contra quien marchaba yo para someterlo a la obediencia del Gobierno, y poner en libertad al Presidente, General José María Obando. El doctor Romualdo Liévano, defensor que fue de Obando en aquella causa, hablaba fuertemente contra el Presidente preso; yo, que había sido su enemigo político, le dije: "que él, que había sido su defensor, no debía atacarlo hasta que se descubriese la verdad, llegando a Bogotá". Me respondió que lo había defendido y lo defendería en esa causa, porque Obando, lejos de tener interés político o particular, estaba interesado en conservarle la vida para destruír a Flores, que quería apoderarse de la provincia de Pasto, y que al que interesaba matar a Sucre era a este General, como lo había acusado Obando. Entonces descubrí por primera vez en público lo que había dicho en el Consejo de Gobierno, para probarle al doctor Liévano que había habido un objeto político en el asesinato de Sucre; que expedido mi decreto de amnistía ya podía hablarse con franqueza, como lo había hecho yo, a los 24 años de haberse ejecutado aquel crimen que debía lamentar; pero no mover cuestiones desagradables, y agregué: "En esta ciudad está el señor Luis Montoya, que fue el que mandó los pliegos con su mayordomo Elizalde"; acababa de decir esto cuando entró el señor Montoya y pude exigirle, que si no era cierto mi relato. Oyó lo que le referí con alguna sorpresa, y respondió así: "Es cierto que tomamos medidas para que Sucre no fuera a Quito; pero no aconsejamos su muerte". Todos quedaron sorprendidos del descubrimiento que yo acababa de hacer, y la confesión involuntaria del señor Montoya. Este amigo mío, desde la juventud en que fuimos subalternos juntos en 1815, pasó luégo a mi habitación a pedirme explicase cómo había yo sa-

bido aquello, y me decía: "Me has sorprendido y arrancado un secreto, y debes creer que nosotros no aconsejamos la muerte de Sucre, que tántas calamidades y sangre ha traído al país".

Nos ha parecido conveniente incluír en las Memorias de la vida de Bolívar la relación que acabamos de hacer de la causa, objeto y fines con que se privó a Colombia del primero de sus Generales como estratego, y uno de los pocos que éramos contrarios al plan de monarquía, de que hemos tratado en estas Memorias, y que sin justicia ha querido comprender el señor Restrepo entre los partidarios de la monarquía. Justo es que al concluír este capítulo demos una noticia general sobre la vida y carrera del ilustre Gran Mariscal Antonio José de Sucre. Nació en la ciudad de Cumaná el 13 de junio de 1793. Sus padres fueron don Vicente de Sucre y doña Ana María de Alcalá; recibió una educación esmerada, y en 1810, cuando estalló la revolución de Venezuela, había concluído su primer curso de matemáticas e ingeniería militar, pues sus padres lo habían destinado a seguir la carrera militar en el cuerpo real de ingenieros, como Cadete. Decidióse por los principios republicanos y comenzó su carrera a órdenes del General Mariño, rico propietario de Cumaná, y que fue proclamado General en Jefe de su provincia y como tal se incorporó a Bolívar en 1813, mandando una división, en la que iba el joven Sucre de Teniente Coronel, a los 20 años de edad. Sirvió a las órdenes de Mariño y Páez, y en la campaña de 1816 ya era Coronel y sirvió a órdenes del Libertador en esa campaña, cuando el Libertador regresó a Venezuela con la célebre expedición de Los Cayos. El General Bolívar encontraba en el joven Sucre un oficial de esperanza y de gran inteligencia, modesto, valiente y circunspecto. Cualidades que recomendaban al joven Coronel, que apreciaban todos los hombres de Estado en Venezuela que lo conocían, y muy especialmente el Libertador, que esperaba tener en Sucre un teniente digno de él. El señor Zea, primer Vicepresidente de Colombia, ascendió al Coronel Sucre a General de Brigada en agosto de 1819, a los 26 años de edad. El Libertador celebró este ascenso dado por el Vicepresidente, que él meditaba concederle. En estas Memorias hemos hablado varias veces del General Sucre, especialmente desde que el Libertador lo destinó al ejército del Sur, como Comandante en Jefe de la División que debía obrar por Guayaquil, y encargado no solamente de dirigir las operaciones militares, sino los negocios políticos, que ocurrían en aquellos Departamentos, le autorizó para entenderse con el Protector del

Perú, por medio del Ministro Plenipotenciario y directamente también. Hemos referido el modo como dirigió las campañas de 1821 y 1822, y que si fue desgraciado en la primera, por la pérdida de la acción de Guache, él nos explicó la causa de la pérdida, como lo hemos dicho en estas Memorias. Celoso amigo del cumplimiento de la Constitución y las leyes, se opuso al Libertador cuando éste quiso que los Departamentos del Sur de Colombia expresasen libremente sus opiniones sobre la Constitución de Cúcuta y su incorporación a la República. El General Bolívar, que oía los dictados de la razón cuando se le presentaban, convino con el pensamiento de Sucre, y arregló su conducta a los principios de la ley fundamental y Constitución de Colombia.

En julio de 1822, después de la batalla de Pichincha, fue ascendido Sucre a General de División, al cumplir 29 años de edad. Encargóle del mando civil y militar de los Departamentos de Azuay, Quito y Guayaquil; pero muy pronto tuvo que darle la dirección de las operaciones sobre Pasto, cuando se sublevó Boves en octubre de 1822, y ejecutó hábiles movimientos que lo hicieron dueño de la ciudad de Pasto, derrotando a esos aguerridos y tenaces montañeses; pero tuvo Sucre que lamentar la crueldad con que Córdova y Maza trataron a los pastusos, no dando cuartel a los prisioneros y dejando saquear la ciudad. Tuvo que usar de las fuerzas de un batallón para contener al de Rifles y la caballería, que se habían desbandado después de la victoria. El General Bolívar lo llamó a Guayaquil para mandarlo de Plenipotenciario al Perú, cuando marchó una división auxiliar a órdenes del General Valdés; el lector ha visto en la referencia que hemos hecho de la campaña del Perú la habilidad con que Sucre se condujo en ella, distinguiéndose por sus conocimientos estratégicos, que han merecido el elogio de Mariscales distinguidos, como los Duques de Ragusa y de Tolento. Su conducta en el mando de Bolivia, como Presidente, ha dejado en ese país recuerdos memorables, y su memoria es grata a los bolivianos. A su regreso a Colombia, el Libertador le dio la dirección del ejército nombrándolo Jefe superior, Civil y Militar del Sur de Colombia.

En 30 días de operaciones decidió la campaña contra Lamar, concluyéndola con la batalla de Tarqui, que no consideraba Sucre como gloriosa, porque no hay lucha que dé fama y prez cuando se pelea entre hermanos.

El Libertador lo comprometió en Quito, en 1829, para que asistiera al Congreso Constituyente de Colombia. El elogio que

hizo de él en la instalación del Congreso fue de tales consecuencias porque él produjo celos de Urdaneta, el descontento de otros y los enemigos de la unión colombiana juraron sacrificarlo, como hemos referido, y el 4 de junio de 1830, el primer General de Colombia desapareció asesinado en el sitio de Jacoba, en la montaña de Berruecos. Su asistente, el Sargento Caicedo, condujo el cadáver a un sitio que está a la entrada de aquella montaña y forma una planicie sin bosque que podrá tener una hectárea de tierra, y que se llama La Capilla, porque fue bendito aquel terreno para servir de cementerio a los militares que morían por aquellos campos.

El Gran Mariscal murió a los 37 años de edad menos nueve días; dejó una hija tierna que murió en su niñez.

La viuda, que era la heredera del título de Marquesa de Solanda, había preferido cambiar este título nobiliario por el de señora de Sucre, el que no conservó hasta su muerte: porque se casó en segundas nupcias con el General ecuatoriano Isidoro Barriga, que había sido Comandante de un escuadrón a órdenes del General Sucre.

CAPITULO XXXII

Los acontecimientos de 1830 en Colombia me hicieron conocer que era ya innecesario que siguiese en el desempeño de la Legación, no obstante que tanto la liquidación de la deuda colombiana como el negocio de demarcación de límites entre el Perú y Colombia estaban muy adelantados.

La revolución del General Flores en Quito, secundando a Páez, fue un suceso muy desfavorable a la unión colombiana y que he referido; que una política indebida de parte del General Caicedo y su Consejo precipitó este acontecimiento que tánto complicó la cuestión de unidad colombiana.

Luégo que recibí las comunicaciones del Secretario del Interior y del de Relaciones Exteriores, en que me comunicaron haber tomado posesión el Vicepresidente y encargádose del Poder Ejecutivo, hice que todos los individuos de la Legación prestasen el juramento constitucional, y yo lo hice por escrito y oficié al Gobierno dando cuenta de todo, manifestándole que necesitaba instrucciones con respecto al General Flores, que acababa de insurreccionarse en el Departamento del Ecuador y erigido un Estado independiente. Poco tiempo después recibí noticia del infausto acontecimiento de la muerte del General Sucre, de que me he ocupado en el capítulo anterior; y comprendí bien que debía pensar en salvar el decoro de la Legación, dejando de entenderme con el General Flores oficialmente, y tratando de mantener sujeto al Gobierno Nacional, las fuerzas marítimas que existían en el Pacífico, y de las que la fragata **Colombia**, la goleta **Guayaquileña** estaban a mi disposición surtas en el Callao, a órdenes del Capitán de Navío Tomás Carlos Wright, Comandante General de Marina en la estación del Pacífico, a quien le comuniqué mis opiniones de que debíamos mantenernos independientes de Flores, sin entrar en oposición con él, para darle giro a la cuestión política, pues tenía esperanzas de hacerlo entrar en su deber, porque no podía sostenerse en los Departamentos del Sur sin apoyarse en la fuerza material del ejército de Colombia. Aquellos Departamentos habían sufrido tanto en

la guerra de la independencia, por el ejercicio de la autoridad militar, querían un gobierno propio protegido por el Libertador, que al marchar a Bogotá les había dejado varios decretos, aunque imperfectos, de acuerdo con los deseos de los vecinos influyentes del país.

Cuando en diversos pueblos de Venezuela y en la misma ciudad de Caracas, país natal del General Bolívar, se pedía su destierro de todo el territorio de Colombia, los Generales en Jefe: Arismendi, Mariño, Páez y Bermúdez encabezaban esa oposición sistemática contra el Libertador, porque sus glorias hacían aparecer a estos Generales mediocres como hombres de Estado, y sin las cualidades eminentes de Bolívar. El vecindario de Quito le dirigió una manifestación, llamándolo para que fuese a residir en esa ciudad, en donde encontraría amigos sinceros y reconocidos que deseaban honrarle, recibiendo de Bolívar la distinción de ser reconocidos por él, dignos de su aprecio.

El General Flores era el que principalmente había promovido este acto de justicia. Recibí comunicaciones del Gobierno y de mis amigos de Bogotá, Cartagena y Panamá, en que me hacían saber que el Libertador había persuadido al nuevo Prefecto del Magdalena, señor Juan de Francisco Martín, y al Comandante General de División Mariano Montilla, a que se sometiesen al nuevo Gobierno de Colombia y se jurase la Constitución; que había una reacción al oriente de Venezuela, y que los pronunciamientos de las provincias de Neiva y el Socorro para sostener la Constitución de 1821 habían cesado; pero que la agitación en la capital de la República, entre los partidos políticos, crecía de día en día, y que el Presidente había dado una nueva organización a su Ministerio, reemplazando al General París, militar moderado y enérgico, con el General Mendoza, militar honrado pero sin energía ni prestigio en el ejército, y el doctor Osorio, Secretario del Interior y liberal muy moderado, había sido sustituído por el doctor Vicente Azuero, nombramientos que habían producido descontento y desconfianza entre los amigos del Libertador y liberales moderados, lo mismo que en el General en Jefe Rafael Urdaneta, que renunció el mando en Jefe del Ejército y se retiró a su hacienda. Con tales noticias, resolví que la fragata **Colombia** regresase a Guayaquil, y en seguida me despedí del Gobierno del Perú, anunciándole que me retiraba temporalmente, dejando a los comisarios encargados de la liquidación de la deuda, y al primero de ellos, señor Triunfo, de Cónsul general y encargado de negocios, y me embarqué en la goleta **Guayaquileña**, el día 28 de agosto, dirigiéndome a

Guayaquil, para verme con el General Flores en aquel puerto, antes de seguir a Bogotá, para manifestarle lo peligroso de la situación de Colombia, y que debía seguir las opiniones del General Bolívar, expresadas al Comandante General y Prefecto del Magdalena, para que se sometieran a la Constitución de 1830, y que pudiese llevarse a efecto la reunión de un nuevo Congreso Constituyente, conforme al decreto del Congreso de 1830, de que he hablado en el capítulo anterior. Me lisonjeaba la esperanza de obtener buen resultado con el General Flores, porque conocía las opiniones de la mayor parte de los jefes y oficiales del ejército para sostener la integridad de Colombia; y que llevando a mi hermano, el Presidente de la República, el buen resultado que pudiese obtener de esta conferencia, podría dar un giro a su política de consideración para conservar la paz, obrando al mismo tiempo con energía, pues podía prestarle mi apoyo, uniéndome a dos jefes del ejército, de diferentes opiniones, con quienes me ligaban relaciones personales; y la influencia política que tenía con los otros, que conocían mis ideas liberales y ser hermano del Presidente, a quien ellos respetaban.

Al llegar a Guayaquil me impuse del resultado que había tenido la no aceptación de la Constitución en Venezuela, y que el Congreso de Valencia exigía el destierro del Libertador, para poder entrar en acuerdos de federación con el resto de Colombia. El Capitán de Navío Wright y los Coroneles Barriga y Franco, con otros oficiales, pasaron a mi alojamiento a manifestarme que era necesario apoderarnos del General Flores, luégo que llegase a la ciudad, y mandarlo a Buenaventura o Panamá, separándolo del mando del Ecuador, para que se sustituyese por mí, como Comandante en Jefe de la Constitución de 1830. Les manifesté que aun cuando el pensamiento era laudable, siempre era una revolución militar, que no dudaba que sería bien recibida por los amigos de la unión de Colombia, y que su pensamiento podía conciliarse yendo yo a Bogotá y obteniendo del Presidente una comisión para sostener el reconocimiento de la Constitución en esos Departamentos del Sur.

Luégo que llegó el General Flores tuvimos detenidas conferencias, con franqueza de una y otra parte; me comunicó las últimas noticias que había recibido de Bogotá sobre el riesgo de una revolución militar en los Departamentos del interior, pues se había sofocado una en Medellín y los cuerpos del Callao, Boyacá y una columna de Cazadores, habían dado escándalos en la capital, que el Gobierno no había tenido energía de reprimir. Parecióme esto muy grave, y que hacía más urgente mi marcha

rápida a Bogotá, convinimos al fin con Flores en que él ofrecería al Presidente sostener el orden constitucional en los Departamentos del Sur, siempre que se rechazase la idea de intimar destierro al Libertador y dejarlo seguir por su propia voluntad, y que, además, el Gobierno dispusiese que se llevase a efecto el juicio contra los asesinos de Sucre, para vindicarse de las acusaciones de Obando, tan injustas como infames, cuando él era responsable de ese crimen. Me ofrecía, además, que él me daría los cuerpos del Ejército que estaban en el Sur para que marchase con ellos a sostener el Gobierno. Le escribió una carta a mi hermano, diciéndole que yo llevaba instrucciones para entenderme con él, con la confianza que debía inspirarle mi comisión.

Como mi viaje era de urgente necesidad, puso a mi disposición el General Flores la goleta **Istmeña** para que me condujese al puerto de Buenaventura y pudiese seguir inmediatamente a Bogotá. Antes de marchar, en el mes de septiembre, recibí la noticia de la sublevación del batallón Callao, en Bogotá, y tanto el General Flores como yo comprendimos el riesgo que corría el Gobierno constitucional por la exageración de principios del Secretario del Interior; y haber transcrito al Libertador, con fecha 14 de julio, la resolución de que hemos hablado, del Congreso de Valencia. Resolución que ni Flores ni yo podíamos comprender que hubiera tomado mi hermano, sin algún grave incidente que lo obligara a ello, y cuando nos unimos en Cartagena, en diciembre de 1830, le pedí una explicación que me la dio, asegurándome que el 14 de julio le había llevado el señor Azuero la comunicación que dirigía al Libertador, y que él la había tomado, diciéndole al Ministro Azuero que el negocio era arduo, y que no se podía despachar sin reflexionarlo, que lo reservaba en su poder, y que el 18, habiendo aparecido en la **Gaceta Oficial,** se vio obligado a darle curso. Le manifesté a mi hermano que ese acto de debilidad había sido la causa de su caída, que debió destituír a Azuero y declarar que el Presidente de Colombia no se podía prestar a hacer la notificación de un acto indigno de la junta revolucionaria de Valencia, que se llamaba Congreso de Venezuela. Más adelante volveré a hablar sobre ese particular, para continuar ahora la relación histórica de los hechos.

Embarcado en Guayaquil, como dejo dicho, en la goleta **Istmeña,** a fines de septiembre, y al llegar a la altura de la Gorgona, cerca de 3 grados latitud Norte, me informó el Capitán de un buque mercante que una parte de la provincia de

Buenaventura se había separado del Centro y agregado al Ecuador, mandé al señor Juan N. Wallis, que iba a bordo conmigo, con comunicaciones al que hacía de jefe en la revolución, ofreciéndole mi apoyo cerca del Gobierno, con tal que restableciese el orden constitucional, y manifestándole que el General Flores no aceptaría tales pronunciamientos, porque conocía el pensamiento que le guiaba para ponerse de acuerdo con las autoridades supremas. Seguí mi viaje luégo que regresó el bote en que desembarqué al señor Wallis, sobre la costa de Iscuandé, y el 10 de octubre entré en el puerto de la Buenaventura, donde recibí noticia de la destrucción del Gobierno, y que mi hermano, el señor Mosquera, Presidente de la República, había dejado el país yéndose para los Estados Unidos. Supe del mismo modo que todo el Cauca estaba en revolución, y se convocaba una asamblea para deliberar sobre su suerte. Cali estaba en armas contra el General López, y yo no veía facilidad para servir conforme a mis principios, sosteniendo al Gobierno constitucional; porque el problema era, o someterse al Gobierno del General Urdaneta, o agregarse al General Flores, en el Ecuador. No me gustaba ni lo uno ni lo otro.

La revolución del batallón Callao se había verificado el 9 de agosto, sublevándose contra el Gobierno, a instigaciones de los descontentos con la política que había dejado de ser imparcial en su concepto, y que los liberales la tenían por tímida, porque no obraba decididamente en favor de ellos. Tal es la situación de un gobierno de transición cuando falta un hombre extraordinario, de prestigio para dominarla.

En todo el curso de esta obra he venido refiriendo cuán difícil y amarga fue para el Libertador la situación en que lo colocaron Páez y sus directores, queriéndolo lanzar primero en un plan de monarquía, y después en el de la revolución de 1826, secundada por Castillo en Guayaquil, y Flores en Quito. Desde entonces el Libertador se vio constantemente en difíciles circunstancias, y cuando al fin logró dominarlas, resolviéndose a separarse del país, dejándolo constituído, no consiguió el fruto de sus tareas, sino la ingratitud de los que exaltó: el abandono de muchos que se llamaban sus amigos; para que los ambiciosos pretendieran adueñarse de Colombia, despedazada en trizas.

Estas consideraciones y que la idea de mi primitivo plan, de ir a salvar al Presidente, prestándole mis servicios como General, pues los militares que tenía a su lado no eran capaces, como lo probaron, sino de llevar víctimas al matadero, me resolví a no entrar al interior de la provincia de Popayán. Recibí

cartas del señor Rafael Mosquera, que habiendo tenido noticia de mi regreso del Perú, me decían que por ningún motivo entrara, porque querían lanzarme en esos movimientos irregulares, y mi mujer me agregaba: "Los asesinos de Sucre saldrán de ti también, por la misma causa de ser amigo del Libertador y de ser sostenedor de la unión colombiana"; general inteligente, y hombre en capilla, son sinónimos hoy en Colombia. Acepté su consejo, y como no llevaba recursos para irme a Europa si no encontraba en Panamá y Cartagena mantenido el orden constitucional, tomé una cantidad suficiente de dinero en Buenaventura y giré por ella una letra contra mi mujer. Zarpó el buque de Buenaventura y seguí en él para Panamá. Al llegar a ese puerto encontré otra nueva novedad, la del pronunciamiento del General Espinar, adhiriéndose al plan revolucionario adoptado por Urdaneta en Bogotá y por Montilla en Cartagena.

Encontré en Panamá al General Luis Urdaneta, que iba a revolucionar el ejército del Sur, contra el General Flores, según él mismo me dijo en casa de Espinar, con quien procedía de acuerdo, y tomaron el mismo día de mi llegada la goleta de guerra **Istmeña** en que yo había ido, para desempeñar esta comisión. Por todas partes yo no veía sino militares que se disputaban el mando, y todos invocando el nombre del Libertador en el momento que este genio de América estaba moribundo y representaba la idea de Colombia en su persona. Su último suspiro iba a ser la última señal para que dejara de existir la asociación que con frente erguida había humillado al León de Castilla...

En la misma goleta **Istmeña** se había embarcado en Guayaquil el Capitán José María Urbina (hoy General del Ecuador), con pliegos del General Flores para el Libertador, en que le protestaba ser fiel a su amistad, y que en la Constitución que se acordara en Riobamba se pondría un artículo para volver el Ecuador a la unión colombiana, y explicaba los motivos de la revolución verificada en los Departamentos del Sur. Con el mismo Capitán escribí una carta al Libertador, instruyéndole de los motivos de mi viaje, y que el señor Triunfo había quedado encargado de la Legación, y en unión del Coronel Romero continuarían la liquidación de la deuda y recibirían sus sueldos del tesoro del Perú por cuenta de lo que debía pagar a Colombia, cuyo arreglo hice con aquel Gobierno, y le ofrecía tocar en Cartagena para verme con él, y saber en qué época nos podíamos encontrar en Europa; pero como el mismo General Urdaneta me informara que quedaba en Cartagena el Presidente,

señor Mosquera, que debía seguir para Jamaica, y que talvez allí encontraría también al Libertador, si resolvía definitivamente embarcarse en Sabanilla en la fragata **Shanon**, resolví seguir a Jamaica en el paquete inglés.

En esta isla recibí noticia de mi hermano, que me escribía de Cartagena avisándome que seguía para Estados Unidos, y que desearía nos uniéramos en nuestra emigración. Las noticias que tuve del Libertador eran muy tristes. Apenas respiraba aquel ínclito varón, y le llevaban al sepulcro las enfermedades que una vida activa y fatigada le habían hecho contraer, y que se aumentaban por tántas y tan repetidas deslealtades, por tántas y repetidas calumnias, y por tántos y repetidos pesares, de quienes menos debía esperarlos, y que menos derecho tuvieron para ofenderle.

Al llegar a Cartagena me informó mi hermano de todos los pormenores de la revolución del batallón Callao, y las consecuencias que tuvo, hasta que fue derrocado el Gobierno, y lo que había acontecido posteriormente hasta la organización de un Gobierno de hecho, a cuyo frente se había puesto el General Rafael Urdaneta, traicionando la confianza que había hecho de él el Gobierno constitucional nombrándole General en Jefe del ejército. Me abstengo de referir los pormenores de los acontecimientos porque los historiadores como Restrepo han dado cuenta de ellos y porque mi hermano me comunicó que escribiría y publicaría una Memoria para justificar su conducta y referir los hechos con veracidad el día que las pasiones se hubiesen calmado.

Cuando en Cartagena se pronunciaron las autoridades civil y militar en el mismo sentido de los revolucionarios de Bogotá, pretendieron que el Libertador se hiciese cargo del ejército de Colombia como General en Jefe, y no lo dejaron embarcar en la fragata **Shanon**, por medio de una petición tumultuosa que llamaron pronunciamiento popular. El Libertador, enfermo y débil, había perdido esa fuerza de voluntad que lo distinguiera tanto en sus días felices, y se resolvió a permanecer en Colombia, oprimido como se encontraba, por la coacción de sus amigos, que él mismo reconocía, como lo dijo al señor Vergara en la carta que le escribió, y que queda citada en el capítulo anterior. Una triste anécdota tengo que referir aquí, que comprueba lo que dejo expuesto. Cuando permanecía de Ministro en Lima tuve relaciones de amistad con el Conde de Raigecourt, hijo del Par de Francia Marqués de Raigecourt, y como debía viajar por Colombia me pidió una carta de intro-

ducción para el Libertador, a quien quería conocer y tratar. Por el Istmo de Panamá pasó a Cartagena y siguió a Turbaco a presentarse al Libertador, quien le recibió como acostumbraba hacerlo y tuvo una conferencia bastante franca e invitó al Conde para que le acompañara en su viaje hasta París, a que este caballero accedió con mucho gusto, y le dio el Libertador una carta para el Capitán de la fragata **Shanon,** que estaba ya en la bahía, pidiéndole que le diese pasaje en el buque, pues debía acompañarle en su viaje a Jamaica. Pocos días después se trasladó a Cartagena el Libertador, y al recibirlo se hizo la tumultuosa manifestación que llamaron espléndida sus autores, y consiguieron que revocase las órdenes de viaje.

Esa tarde fue el Conde a visitarlo, y lo encontró paseándose en la azotea para tomar fresco con la brisa del mar, y al ver al Conde se dirigió a él diciéndole: "Señor Conde, siento no poder hacer el viaje con usted: todo ese alboroto que ha presenciado usted no es otra cosa que la coacción que se hace sobre mí, por el Prefecto y Comandante General, de quienes puedo decir soy su prisionero. La enfermedad que sufro me ha debilitado de tal modo que he perdido la fuerza moral, y no podré conseguir de estos hombres que me dejen salir a restablecerme o morir en calma". Cuando llegué a París, en 1831, tuve el gusto de ver al Conde y me refirió esta anécdota, dándome un número del periódico **L'Avenir,** en que la había publicado entre otros apuntamientos de su viaje. Me dio el número del periódico; pero lo he perdido, y no puedo copiarlo; pero sí conservo bien lo que contenía tal narración. Ella está de acuerdo con la carta citada.

Cuando el Libertador recibió la invitación de la junta revolucionaria de Cartagena para que se hiciese cargo del mando del ejército, envió a la junta al General O'Leary, con objeto de decirles a su nombre que elevasen una representación al Gobierno Nacional, pidiéndole que removiese a los Ministros que no merecían la confianza pública y que nombrara a otros".

En esos días escribió el Libertador al señor José María Cárdenas, su amigo, y que lo era también de mi hermano y mío, quejándose de la ingratitud de Venezuela, que pedía su destierro y lamentaba que se lo hubieran comunicado por orden del Presidente, que le había sucedido, y tenía estas sentidas palabras: "¿Quién me hubiera dicho que el hombre a quien había escogido por hermano me hiciera notificar el acuerdo de los revolucionarios de Venezuela para que saliera de Colombia?"

Cuando el señor Cárdenas me enseñó esta carta, a mi regreso de Europa, sentí más que mi hermano no hubiera tenido en aquella ocasión la misma energía que tuvo para no prestarse a la exigencia de los revolucionarios, cuando se apoderaron de la capital y que exigían continuase en ejercicio del Poder Ejecutivo.

El 17 de septiembre llegó a Cartagena la comisión enviada de la capital con las actas y documentos que acreditaban la caída del Gobierno constitucional, y el llamamiento que se le hacía para que se encargara del Gobierno. Los comisionados pretendieron justificar las violencias cometidas por la fuerza armada, y las actas populares. El Libertador contestó en términos generales, dando expresivas gracias por el honor que le hacían los padres de familia en Bogotá y el Gobierno provincial. Ofreció hacer cuanto estuviera a su alcance para el restablecimiento del orden, y que prestaría todos aquellos servicios que fuesen compatibles con sus deberes y que pudiesen redundar en beneficio público.

Dirigió al mismo tiempo el General Bolívar una proclama en que expresaba sus ideas de no aceptar mando alguno, y solamente prestaría servicios personales. Pero todavía fue más explícito en las cartas mencionadas escritas al doctor Estanislao Vergara y la dirigida al General Urdaneta. Sin embargo, sus enemigos no cesaban de increparle faltas y parte en la revolución de Urdaneta, no porque lo creyera sino para justificar su mala conducta contra el Libertador. Al saber el Libertador que el Presidente Mosquera debía llegar muy pronto a Cartagena, recomendó al Prefecto y Comandante General que lo recibiesen y tratasen con toda la atención y decoro que correspondía a un magistrado destituído por una revolución a que ellos se habían adherido.

Antes que hubiese caído el Gobierno en Bogotá se dirigió el Libertador al Secretario del Interior, acompañándole las actas que había recibido de Venezuela, y que el Teniente de Navío José Miguel Machado le había llevado a Cartagena de parte del General Infante, del Coronel Parejo y del Comandante Bustillos, que en los cantones de Ríochico, Chaguarama y Orituro, proclamando la unidad de Colombia y al Libertador como su jefe, sometiéndose al Congreso de Colombia, que había declarado revolucionarias las autoridades de Venezuela. El expresado comisionado exageraba los hechos y el Prefecto Juan de Francisco Martín y el Comandante General Montilla se inclinaban a proteger esta revolución; pero el Libertador juzgó que todo se-

ría imperfecto si el Gobierno Nacional no tomaba parte, y contestó a los revolucionarios que procedieran con la mayor prudencia para evitar la guerra civil en Venezuela. Igualmente les manifestó que debían entenderse con el Gobierno de Colombia y con el General Pedro Briceño Méndez. El Secretario del Interior, doctor Vicente Azuero, contestó al Libertador que el Presidente deseaba que se restableciese el orden en toda Colombia sin derramamiento de sangre, conforme a las reglas que dejó establecidas el Congreso Constituyente, y que haría las prevenciones convenientes a los Prefectos de los Departamentos limítrofes a Venezuela.

Este acontecimiento, que no tuvo influencia alguna en Venezuela, sí produjo en Cartagena la exaltación de los amigos del Libertador para persistir en impedirle su viaje, y alentaron en Bogotá y otros pueblos del Centro el espíritu revolucionario que destruyó al Gobierno constitucional con una función de armas, que tuvo lugar el 27 de agosto en El Santuario, lugar próximo al río de Funza, en donde se atraviesa por el puente grande de piedra. La impericia militar de los Jefes del Gobierno; el estado anárquico de dicha fuerza, en que se entendían los oficiales superiores y el Ministro de Guerra, eran ineptos para mandar; produjeron la calamidad de trastornar por sus fundamentos al Gobierno constitucional, quedando por esto todo el territorio de Colombia entregado a cuatro caudillos que se habían apoderado del mando supremo en Venezuela, Departamento del Centro del Atlántico y del Sur, que fueron los Generales Páez, Flores, Urdaneta y Montilla; éste se sometió a Urdaneta nominalmente, y Flores pretendía agregar al sur el Departamento del Cauca.

Al trasladarme de Jamaica a Cartagena informé al Presidente de los motivos que me habían obligado a dejar la Legación del Perú, y cuánto me había afligido no haber llegado en tiempo para saludarlo. Mi hermano ofreció mis buenos deseos; pero me aseguró que habrían sido infructuosos mis servicios, porque el país estaba desconcertado. Andando los tiempos, y después de lo que hice para restablecer el imperio de la Constitución, en la guerra civil de 1839 a 1841, a mi regreso de Pasto, me dijo en París mi hermano: "Mucho he recordado lo que me manifestaste en Cartagena de que habías salvado la situación en 1830". No pretendo, al referir estos hechos, recomendarme, porque no lo necesito; pero he querido que se conozca cada uno de los incidentes que contribuyeron a la disolución de Colombia y a hacer desaparecer con ellos al genio inmortal que la creó.

El doctor Juan de Francisco Martín, Prefecto del Magdalena, y el General Luque, Comandante General de la plaza, me manifestaron al llegar a Cartagena que el señor Juan García del Río había demorado algunos días su viaje a Bogotá, esperando mi arribo a Cartagena, para invitarme a que siguiera con él a la capital de la República y encargarme de la cartera de Guerra, para poder hacer una nueva combinación y crear un Gobierno Nacional en Nueva Granada, y que yo reemplazase a Urdaneta, que siendo venezolano no podía conservarse en el mando; y que hicieron presente que ya no había esperanza de salud del Libertador, que dentro de poco tiempo habría desaparecido, y que era necesario prepararnos a dar una solución a la cuestión. Respondíles, como lo exigía mi deber, que después de haber destituído al Presidente de la República y haber jurado yo la Constitución de 1830, sería un escándalo que yo admitiera el empleo de Ministro de Guerra y Marina, aunque fuese con el laudable objeto de restablecer las libertades públicas y organizar un Gobierno propio de Nueva Granada: que yo ya estaba resuelto a acompañar al Presidente en su viaje a los Estados Unidos, con cuyo objeto había regresado de Jamaica, y escribí en esos días mi última carta al Libertador de despedida. Mucho sentimiento tuve de no haber podido encontrar en Cartagena al Libertador, que se había ausentado buscando un mejor clima en las villas de Soledad y Barranquilla, y que de esta última había seguido por mar a Santa Marta, embarcándose en Sabanilla.

El viaje de mar, que creyeron algunos podía serle provechoso, fue todo lo contrario, no obstante que duró pocas horas. Al desembarcar en el puerto, el 1º de diciembre, fue necesario conducirlo al alojamiento que se le había preparado, en una silla de manos, sacándolo en brazos del bergantín **Manuel**, que lo dondujo. El doctor Próspero Révérend, médico francés, y el doctor Mac-Night, cirujano de la goleta de guerra **Grampus**, de los Estados Unidos, que por casualidad se hallaba en aquel puerto, se encargaron de proporcionar al Libertador algún alivio, con medicinas adecuadas a su estado de postración, y ciertamente lograron aliviarle. Recibió el Libertador, en la ciudad de Santa Marta, la noticia del indulto que había dado el Congreso de Valencia a los conspiradores del 25 de septiembre, que como Carujo, había sido condenado a presidio. Este acto ciertamente no significaba una medida de conveniencia pública sino un acto de hostilidad contra el Libertador, que había indultado la vida al expresado Carujo, que cobarde e innecesariamente asesinó

al Coronel Fergusson, que iba a Palacio el 25 de septiembre a cumplir con su deber de estar con el Libertador, y encontró a Carujo cerca de la puerta de Palacio cuando él y los otros conspiradores salían desconcertados por no haber acertado el golpe. Este hombre, natural de Venezuela, puesto en libertad se proporcionó armas y reclutó alguna gente en Maracaibo, de venezolanos y granadinos, para invadir a Ríohacha y hacer la guerra como defensores del Gobierno que había desaparecido en Bogotá. Todo conspiraba en aquella época a aumentar la aflicción de Bolívar para llevarle rápidamente al sepulcro.

Eran lentos los progresos de la mejoría; creyendo acelerarla el mismo Bolívar, pidió con ansia que le llevaran al campo, a fin de respirar un aire más puro y fresco. En efecto, el día 6 le condujeron a la Quinta de San Pedro Alejandrino, propiedad del Coronel de milicias Joaquín de Mier, uno de los ricos propietarios de esa provincia y que, aunque español de nacimiento, había abrazado la causa de la independencia y era admirador del Libertador. La Quinta mencionada dista de la plaza como dos millas. Allí pasó dos días aliviado y más alegre, de modo que el 8 escribió a uno de sus amigos en Bogotá que estaba mejor, y aun le puso una posdata de su letra. Sin embargo, en aquella misma noche principió la enfermedad a atacarle la cabeza y apareció el hipo.

Para dar una idea exacta del progreso de la enfermedad y su naturaleza, me parece más conveniente referirme al folleto que ha publicado el médico doctor Révérend. Pero sin embargo, puedo decir algo de lo que me consta sobre el principio que tuvo el decaimiento de la salud de Bolívar. En enero de 1822 se encontraba el Libertador en la ciudad de Cali; fue atacado de una terciana, y pidió al médico que lo acompañaba, doctor Joly, que le aplicase un remedio activo para curarlo, y le dio una bebida arsenical, que le cortó inmediatamente la fiebre; pero desde entonces comenzó a sufrir el Libertador en los órganos de digestión, y después de la batalla de Bomboná tuvo un ataque de disentería, que le curó el mismo doctor Joly, y desde entonces su salud no fue completa. Fácilmente se resfriaba, y frecuentemente sufría catarros. Ya he dicho en otra parte, del ataque que sufrió en Pativilca, y la enfermedad que tuvo en agosto de 1829 en Guayaquil. Desde entonces los médicos creyeron que había un daño en los pulmones porque el esputo solía tener marcas de sangre, y los amigos que le acompañábamos por opinión de los médicos, llegamos a temer que no fuera larga la vida de Bolívar; su constitución había perdido mucho, y

a la edad de 46 años tenía el aspecto de un hombre de más de 60, de donde vino que el ejército lo llamase "el viejo Bolívar".

El 15 de diciembre partimos de Cartagena mi hermano el Presidente, el señor Pavajeau y yo para los Estados Unidos, con la triste convicción de no volver a ver al Libertador; el señor Pavajeau, amigo del Libertador, conducía consigo varios baúles que contenían la secretaría privada del Libertador, que le había confiado a su cuidado, y de la que hizo relación en su testamento. El 17 del mismo mes dejó de existir el Libertador de Colombia, y como se encuentra en el folleto citado; los pormenores de su muerte y los últimos honores que se hicieron al Padre de Colombia, nos referimos a esta publicación, en la que se encuentra la última proclama que dirigió el Libertador a los colombianos. Poseemos igualmente la última carta que escribió y que fue dirigida al General Justo Briceño, y que el Coronel Wilson, Edecán del Libertador, se la dirigió con otra suya en que le dice que le acompaña la última firma que puso Bolívar en su vida. Este precioso documento vino a mis manos con varias otras cartas, dirigidas al General Briceño, del General Rafael Urdaneta y otros Generales y Jefes del ejército colombiano que acompañaron a Urdaneta en la revolución de 1830, y que perdió en el combate de Cerinza, en que fue vencido por el General Moreno y que mantuvo en su poder hasta 1854 el Teniente Coronel Poze, que me las dio como documentos que debían servirme en estas Memorias. He concluído la relación histórica de la vida de Bolívar con su muerte, acaecida el 17 de diciembre, aniversario del día en que se firmó en Guayana la Ley Fundamental que dio asistencia a la creación de la República de Colombia, uniéndose en un solo cuerpo la nación la antigua Capitanía General de Venezuela con el Virreinato del Nuevo Reino de Granada. Réstame solamente decir algo con relación a los acontecimientos de aquella época, en que dejaron de existir Bolívar y Colombia; y dar una idea del carácter del Libertador y de su gloria póstuma. Quisiera poseer la capacidad que se requiere, para escribir la historia del Héroe del siglo XIX; pero si esto no me es posible, he tratado de dejar datos verídicos que servirán a otra pluma mejor cortada para escribir un día la vida imparcial del Gran Capitán de la América del Sur y del ínclito guerrero y hábil estadista que dio existencia a cinco Repúblicas americanas y aseguró la independencia de la América española.

El General Luis Urdaneta verificó su viaje a Guayaquil; realizó la insurrección que meditaba, contra el General Flores, apoderándose de los cuerpos del ejército del Sur; marchó al in-

terior, desde Guayaquil, en combinación con las tropas que residían en el Azuay: el Coronel Franco secundó el movimiento en Ibarra. El General Flores hace grandes esfuerzos para salvarse y logra alguna ventaja sobre Franco. La superioridad de su carácter, como hombre público, sobre Urdaneta, le da por resultado la suspensión de hostilidades, haciéndole presente a Urdaneta la necesidad de no derramar inútilmente sangre colombiana, cuando unos y otros eran admiradores del Libertador. Urdaneta había ocupado el territorio de Riobamba, Ambato y Latacunga cuando Flores le comunicó la infausta noticia de la muerte de Bolívar. Con este acontecimiento se desconcertaron los proyectos de Urdaneta que obraba de acuerdo con los principios revolucionarios que sostenían en Bogotá el General Rafael Urdaneta, en el Magdalena el General Montilla y en el Istmo el General Espinar. Los cuerpos del ejército que perdieron su moral desde las rebeliones que tuvieron lugar en 1827, en el Perú y Bolivia, sirvieron de apoyo primero a Flores, después a Urdaneta, para decidir de la suerte de los Departamentos del Sur. El General Flores aprovecha de las circunstancias para darle solidez al nuevo Estado del Ecuador, y busca apoyo en la opinión del país, que ciertamente deseaba tener un gobierno propio: transigió con Urdaneta y lo obligó a salir para Panamá. Como 100 jefes y oficiales a quienes el General Flores consideraba como no adictos a su persona los hizo salir de los Departamentos del Sur, y se contrajo a organizar de nuevo los cuerpos y darle seguridad a la administración pública del nuevo Estado pretendiendo extenderlo por el Norte por lo menos hasta Juanambú.

Mientras esto pasaba en el Sur, al oriente de Colombia se verificaba otra reacción encabezada por el General José Tadeo Monagas, para mantener la unidad de Colombia bajo la autoridad de Bolívar; y los Generales Montilla, José Blanco, Valdés, Carreño y Sardá obraban en el Magdalena en el mismo sentido, y el General Pedro Briceño Méndez, desde Curazao dirigía las combinaciones entre los Jefes que acabo de nombrar y el General Monagas. Páez, Mariño, Arismendi y Bermúdez, que como se ha visto en estas Memorias, fueron alternativamente amigos y enemigos de Bolívar, sostenían en Venezuela la existencia de la nueva República; a ellos se unió el General Soublette.

La comisión confiada al señor Aranzazu para el Gobierno de Venezuela, no tuvo otro resultado que el ofrecimiento de entrar en nuevos pactos de confederación con las repúblicas que se establecieran en el Centro y Sur de Colombia.

Cuando el General Urdaneta recibió la noticia de la muerte de Bolívar, trató de dar un nuevo giro a su política: decretó, como debía, honores al Libertador.

En seguida organizó de nuevo el Consejo de Estado conforme a la Constitución de 1830, convocó una asamblea que debía reunirse en la Villa de Leiva para que organizase el país conforme al decreto del Congreso Constituyente, y se puso en comunicación con el General Páez manifestándole que seguiría la misma conducta de conciliación que habían adoptado el Congreso y el Gobierno constitucional.

En los mismos términos escribió a Flores a Quito y al Prefecto y Comandante General del Magdalena, y otro tanto hizo con el General Espinar al Istmo de Panamá.

A la muerte del Libertador se independizó el Istmo de Panamá, organizando un gobierno propio hasta que hubiera una convención general que reconstituyera el país.

Neiva, Mariquita y la provincia de Buenaventura, en el Departamento del Cauca, obedecían al Gobierno del General Urdaneta y éste mandó fuerzas a Neiva a órdenes del Coronel Joaquín Posada, y al Valle del Cauca una columna a órdenes del General Muguerza, compuesta del batallón Cazadores y un pequeño escuadrón de caballería para que uniéndose a la milicia de Cali, sostuviesen su autoridad, que había sido desconocida por el Prefecto y Comandante General del Departamento, los que, de acuerdo con la excitación de los habitantes de la capital, y la mayor parte de los cantones, se habían agregado provisionalmente al Estado del Ecuador. El General Flores aceptó la agregación y ocupó militarmente a Pasto y aun mandó alguna fuerza a Popayán.

Cuando el General Obando supo que tales fuerzas se dirigían contra el Cauca, se puso en comunicación con el Coronel Posada para entretenerlo en La Plata mientras marchaba a atacar Muguerza, a Buga. Varios vecinos respetables de esta ciudad se acercaron al Teniente Coronel José Bustamante y al Sargento Mayor Marcelo Buitrago, que mandaban el batallón Cazadores, el mismo que había tenido reyertas con el batallón Callao en Bogotá, para que abandonasen la causa de Urdaneta y se unieran al General Obando, que estaba apoyado por Flores. El Mayor Buitrago se quedó enfermo en Buga, y Bustamante siguió con Muguerza, el 10 de febrero de 1831, poniéndose previamente de acuerdo con Obando, por medio de las personas que le habían hablado, para pasarse con su cuerpo, cuando se presentase a atacar a Muguerza; así sucedió, y al presentarse el enemigo,

Muguerza ordenó al Capitán Reyes que hiciese un reconocimiento con una compañía y rompió el fuego con otra de vanguardia de la división de Obando. Bustamante, con su batallón, se pasó a Obando, y Muguerza, con la fuerza que le quedaba, emprendió su retirada a Cali; y perseguido por las fuerzas de Obando, unidas a las de Bustamante, llamaron victoria este suceso y mataron a muchos de los desgraciados milicianos de Cali, que se refugiaban en los bosques de Papayal. En seguida fue ocupado Cali por el General Obando con la fuerza que mandaba. Muguerza y el señor Jefe político José Ignacio González huyeron hacia el puerto de Buenaventura. Entre los prisioneros que cogió Obando cayeron el Capitán Reyes y el Teniente González, que se habían tiroteado en el Papayal, como dejo dicho, y el Capitán Luis Quintero, oficial de "Vargas" y uno de los que el 26 de septiembre de 1828 resistió al asalto que le dio aquel batallón; estando en Pasto, cuando acaeció el asesinato de Sucre, supo que Morillo había sido el comisionado para matarlo, y como sabedor de este hecho, lo manifestó al Teniente Prías y éste hizo alusión de ello en la declaración que dio ante el Comandante de Armas de Imbabura, Coronel Pedro Manzano; le tocó la mala suerte de ser pasado por las armas en compañía de los dos oficiales que no se pasaron con él al batallón Cazadores. No se les juzgó, y se quiso conectar este asesinato asegurando que era una medida de alta política para intimidar a los caleños que aún andaban armados con el Comandante Collazos.

La noticia de este supuesto triunfo se le comunicó al Coronel Posada que estaba en La Plata pensando cómo pasar el páramo de las Moras para irse a unir a Muguerza y temiendo encontrar celadas del astuto Obando; ya inútil su cooperación, resolvió irse a Neiva para ponerse de acuerdo con el señor Caicedo que estaba en el Chaparral, y abrirse paso de nuevo hacia el partido liberal, que había abandonado para unirse al General Rafael Urdaneta, cuando usurpó el Poder Ejecutivo.

El General Moreno, en Casanare, como se ha dicho en otro capítulo, separó aquella provincia para agregarla a Venezuela, cuya agregación no fue aceptada por Páez. El Gobierno constitucional le llamó a Bogotá cuando se revolucionó el Callao, y contestó que marcharía como auxiliar; todo lo que complicaba la marcha regular del Gobierno, que no alcanzó a durar ni cuatro meses.

El General Urdaneta y sus Ministros quisieron darle una forma regular a su efímero gobierno, y que se constituyera la Nueva Granada, para evitar los progresos de la anarquía en que

se encontraba. Por doquiera, el espíritu de los liberales se exaltaba contra el militarismo que dominaba por todas partes, y este pronunciamiento de la opinión hizo conocer al General Urdaneta que no podía sostenerse sin derramamiento de sangre, y trató de evitarlo, entendiéndose con el General Caicedo, que se había declarado en ejercicio del Poder Ejecutivo en la provincia de Neiva, y lo apoyaban el Coronel Posada, con la fuerza con que se le sometió; el General José H. López, con una columna que marchó desde Popayán, con consentimiento de Flores, a cuya autoridad se había sometido el Departamento del Cauca; se unió también el General Caicedo, como auxiliar del Estado del Ecuador, para derrocar la dictadura de Urdaneta.

Viendo el General Urdaneta que sus esfuerzos para llegar a buen término eran inútiles, porque no obtenían sus medidas buen resultado, resolvió concentrar sus fuerzas y batir primero a López y Posada, y en seguida a Moreno, que le atacaba por el Norte. El Ministro, señor Juan García del Río, con apoyo del señor José María del Castillo, le hizo presente a Urdaneta que, ni una ni más batallas, afianzarían su Gobierno, no obstante que vencieran: porque la opinión del Centro de Colombia estaba bien manifiesta contra el mando de un venezolano en Nueva Granada, sostenido por jefes venezolanos y extranjeros, y que era necesario entregarle el mando al General Caicedo, por medio de un convenio; pero que tomase posesión, prestando juramento de dar cumplimiento al decreto del Congreso Constituyente para reorganizar a Colombia, el cual acto debía tener lugar ante el Consejo de Estado, creado por Urdaneta, conforme a la Constitución de 1830. En consecuencia, se abrieron conferencias, se celebró el convenio de Apulo, y el General Caicedo se encargó del Poder Ejecutivo, tan revolucionariamente como antes lo hizo el General Urdaneta; pero no había otro remedio: el Presidente estaba emigrado, el Vicepresidente no podía ejercer el Poder Ejecutivo fuera de la capital, ni mandar el ejército en persona. Este paso, aconsejado por el patriotismo y el deseo de restablecer la armonía en Colombia, hacía siempre honor a Urdaneta, a Caicedo y a los señores García del Río y Castillo.

El mencionado convenio de Apulo se celebró el 28 de abril y fue aprobado inmediatamente por Caicedo y Urdaneta, estipulándose en él que los Generales Urdaneta y Caicedo emplearían cada uno la autoridad que ejercía, su influjo personal y cuantos medios le sugirieran su patriotismo y luces para que se transigieran amigablemente las diferencias que existían en los Departamentos del Centro; así como para que éstos se reu-

nieran bajo un solo gobierno, hasta llegar la época deseada de que se juntara una convención que los constituyese, dándoles magistrados y arreglando sus relaciones con las otras partes independientes de Colombia. Se consignaron a un eterno y perpetuo olvido las disensiones pasadas, ofreciéndose mutuamente la mayor moderación respecto de las opiniones, acontecimientos y actos políticos anteriores; se declararon aseguradas las garantías individuales, los grados y ascensos militares que se hubiesen concedido por una y otra parte. Las fuerzas veteranas, mandadas respectivamente por ambos Generales, debían permanecer en su organización actual con los jefes que las dirigían; después de jurar obediencia y fidelidad al Gobierno, éste determinaría acerca de ellas lo que juzgara conveniente, lo mismo que sobre las tropas existentes en el Cauca: todas las milicias llamadas al servicio debían regresar a sus casas y a sus tareas domésticas. Se declaró abolida, hasta que la convención organizara los Departamentos del Centro, la odiosa distinción de granadinos y venezolanos, que tantos disgustos había causado, y que no debía existir entre hijos de Colombia, según lo expresaban los negociadores.

A virtud de este convenio, y separado de hecho el General Urdaneta del Poder Ejecutivo, el Consejo de Estado nombró al señor Caicedo para sucederle, y que en su persona se identificaran los partidos contendientes. El 30 de abril concluyó Urdaneta el período de su Administración revolucionaria, y el 2 de mayo tomó posesión el General Caicedo del mando de la República, prestando juramento ante el Consejo de Estado, y en los días siguientes 3 y 4 organizó de nuevo el Ministerio con personas de diferentes partidos políticos, para llevar a efecto las estipulaciones de Apulo, y fueron autorizados estos decretos por los Ministros de Urdaneta que estuvieron funcionando hasta que tomaron posesión los nuevos nombrados.

Mientras se negociaba en Apulo y Funza, la columna de tropas que mandaba Moreno había invadido el Departamento de Boyacá. El General Justo Briceño atacó a Moreno en Cerinza, y fue derrotado el 28 de abril, pudiendo salvarse con 400 hombres hacia el sur del Departamento. El General Juan José Reyes Patria y algunos otros oficiales entre los cuales se encontró el Teniente Coronel Francisco Miranda, hijo del célebre Miranda, de Caracas, quedaron prisioneros del vencedor, y en la noche siguiente al combate el Coronel José María Gaitán hizo asesinar a Miranda, cuyo hecho atroz toleró Moreno.

Así concluyó la revolución del 9 de agosto de 1830, en 9 meses de convulsiones políticas en el Centro de Colombia.

La revolución del Magdalena la mancharon con sangre innecesariamente el General Luque y el Comandante Vesga, atacando a los liberales que se habían pronunciado contra el régimen arbitrario que regía en Cartagena, y después de haberlos vencido y muerto a unos, y perseguidos a otros, estos Jefes proclamaron la causa de los vencidos y contramarchan a atacar a Cartagena. El General Montilla y Juan Francisco Martín celebran convenios iguales a los de Apulo, para que se restablezca el orden y pueda constituírse el país.

La reacción de Venezuela, encabezada por Monagas, terminó también al saberse la muerte del Libertador, y Venezuela continuó en una organización metódica, que fue mejorándose paulatinamente.

El Departamento del Cauca continuó unido al Ecuador, por las actas que acordaron todos los cantones de agregación al Ecuador, por sugestiones de Obando que se había declarado dictador, por acuerdo de los militares que mandaba, en una acta que celebraron el 1º de diciembre de 1830, proclamándolo con el título de dictador de la guerra, no obstante que Flores era el Presidente del Estado.

Llamado Obando por el señor Caicedo al desempeño del Ministerio de Guerra, dio un paso inconsulto, porque llevó al seno del Gobierno un hombre reaccionario y vengativo. Hizo violar los convenios de Apulo y Cartagena, y sin haber tenido parte alguna en la terminación de la revolución de Urdaneta, si no fue el efímero combate de Palmira, agitó todas las pasiones, exasperó al señor Caicedo hasta hacerlo renunciar, y que la Convención que se había reunido en Bogotá le eligiese a él. Poco tiempo ejerció el Poder Ejecutivo, porque la misma Convención conoció que Obando estaba militarizando la República, y se apresuró a elegir Presidente provisorio al General Francisco de P. Santander y Vicepresidente al doctor José Ignacio Márquez: encargóse éste del Poder Ejecutivo y se constituyó la República de la Nueva Granada. La Convención sancionó una ley secreta para perseguir a los que habían sostenido el Gobierno de Urdaneta y a los amigos del Libertador, cuya memoria vilipendiaban los llamados liberales de esa época, tanto en Venezuela como en Nueva Granada. Tal es el espíritu del partido cuando se exaltan las pasiones de las nulidades políticas; se complacen en denigrar a los grandes hombres, cuando una revuelta los coloca en puestos que jamás pudieron obtener sino en un descon-

cierto social. Preciso es decir, sin embargo, que en la disociación de Colombia y cuando se rompió hasta el último vínculo que prometía un arreglo nacional, lo que decía un antiguo ateniense: "Desorden y torbellino los gobiernan: expulsado ha sido todo principio de orden".

Mientras esto pasaba en Nueva Granada y Venezuela, en el Ecuador y el Departamento del Cauca, reunido a ese nuevo Estado, se honraba la memoria del Héroe, y en Bolivia y el Perú se hizo justicia generalmente a las intenciones del Libertador, no faltando excepciones en algunos hombres que por razones especiales se complacían en mancillar la reputación de Bolívar. Pero qué contraste el que observé en mi viaje a los Estados Unidos y Europa.

Al llegar a Nueva York, el 4 de enero de 1831, muchas personas que supieron mi arribo, y que había sido el último Jefe de Estado Mayor General del Libertador, me solicitaron para tomar noticias del estado de salud de Bolícar. Al saberse su muerte, a fines de enero, se me pidió un artículo biográfico o necrológico que tuve el gusto de escribir, se publicó traducido al inglés en dos periódicos de Nueva York, y fue reimpreso en Londres y en Alemania. El Presidente Jackson quiso recibirme presentado por su Ministro de Estado, Livingston, para ocuparse conmigo de investigaciones sobre la vida de Bolívar.

José Bonaparte se complació mucho al encontrarse conmigo en el Hotel de Washington Hall, en Nueva York, y estrechamos relaciones por esa circunstancia, haciendo comparaciones entre Bolívar y Napoleón; y en mi marcha a Europa me dio cartas de introducción para su familia, que existía en Italia. Al llegar a Liverpool se supo en la aduana que entre los pasajeros estaba el último Jefe de Estado Mayor General de Bolívar, y se me mandó inmediatamente una orden para que saliese sin que fuese registrado mi equipaje. El Cónsul de Colombia, Mr. Powles, me llevó a visitar los establecimientos científicos y especiales que hay en la ciudad y me presentó al Corregidor de Liverpool, que quería conocerme y darme recomendaciones para las ciudades manufactureras de Manchester y Birmingham, para que pudiese visitar aquellos establecimientos, y ciertamente logré visitarlos en todos sus pormenores; haciendo los directores de ellos muchas preguntas sobre Bolívar, de quien se manifestaban entusiastas.

Cuando llegué a Londres, me visitó inmediatamente el Coronel B. Wilson, y me introdujo a su padre, sir Robert Wilson, el cual caballero había sido miembro del Parlamento, General en el ejército inglés y estaba muy bien recibido por Guillermo IV. Entusiasta amigo de Bolívar, me presentó en la Corte del Rey y a algunos miembros de la Cámara de los Lores, que se complacieron en conocer al último Jefe del Estado Mayor General de Bolívar. El Príncipe Talleyrand, Embajador de Francia en Londres, me dio un pasaporte especial con el cual entré a Francia sin que se examinase mi equipaje, y seguí en una silla de posta a París; en esta parte fui presentado a Luis Felipe, por la misma razón de haber sido Jefe del Estado Mayor de Bolívar; otro tanto me sucedió en Londres y el Palacio de las Tullerías, al entrar en relación con don Pedro I, del Brasil, y doña María de la Gloria, Reina de Portugal. El Rey de Cerdeña en Turín, el Virrey del Reino Lombardo Veto en Venecia y Gregorio XVI en Roma; igualmente me recibieron como amigo, Edecán y Jefe del Estado Mayor General de Bolívar. Por la misma razón fui presentado a varias sociedades científicas y en todas partes oía honrar la memoria de Bolívar; no obstante que algunos escritores como Benjamín Constant, por sugestiones del General Santander y del Teniente Coronel Joaquín Acosta, publicaron imputaciones falsas contra Bolívar, las que fueron contestadas por otros escritores distinguidos, como el Abate De Prat.

Cuando regresé a Colombia todavía encontré que algunos llamados liberales insultaban la memoria de Bolívar; pero andando los tiempos, se le ha hecho justicia, y en Bogotá está colocada la estatua pedestre que presentó al Congreso de Nueva Granada el señor José Ignacio París, y por una ley mandó colocar en la plaza mayor, y me cupo la honra de ejecutarla siendo Presidente de la República.

Al cabo de 12 años recordó Venezuela el deber que tenía de exhumar los restos de Bolívar para llevarlos a su país natal, y llenaron un deber sagrado, para expiar el criminal decreto de expulsión, que sancionó el Congreso revolucionario de Valencia. La República del Perú le ha erigido una estatua ecuestre en la plaza de la Constitución; en los Estados Unidos de América, once poblaciones llevan su nombre; en Colombia, un Estado, una villa y un distrito. En Venezuela, un Estado, una ciudad, y en el Ecuador, una ciudad.

Orgullo tengo de haber pertenecido al Estado Mayor General de Bolívar, y haber podido después de 40 años de su muerte publicar estas Memorias; recordando una conversación con

el Libertador tenida en 1829, cuando le pedía datos para este trabajo, me decía: "Sea usted imparcial y juzgue al hablar de mis hechos gloriosos y aun de errores políticos; el historiador, al referir los anales de un imperio y de sus héroes, pasa a la historia como Tácito, y debe ser tanto más fiel cuando tiene que referir lo que ha presenciado, como usted". Réstame sólo hacer un paralelo entre Bolívar y Washington, Napoleón y San Martín.

La revolución de los Estados Unidos se efectuó únicamente para conseguir la independencia, porque las 13 colonias que la proclamaron gozaban de las libertades públicas y tenía cada una de ellas un gobierno propio. Las colonias españolas eran regidas por Virreyes y Capitanes Generales, con mando absoluto; se había prohibido en ellas la educación política, el comercio con el mundo civilizado. La intolerancia religiosa, el fanatismo y la Inquisición, embrutecían las masas.

El héroe americano tenía por compañeros a Jefferson, Adams, Monroe, Madison, Joy, Franklin, Hamilton y otros distinguidos americanos que cada uno de ellos podía ser Presidente de la República; los que conociendo el carácter íntegro y bondadoso de Washington lo escogieron para Jefe, y por poseer al mismo tiempo algunos conocimientos militares, adquiridos en servicio de la Metrópoli. Dos naciones de primer orden en aquella época, la Francia y la España, protegieron la revolución americana. Washington se distinguió más como un hombre de consejo y de conciliación, que como guerrero; no obstante que ejecutó hábiles movimientos y se distinguió en el paso del Delaware; los americanos, que entre las buenas cualidades que tienen se distinguen por su gratitud a los hombres públicos que sirven a su patria y a la humanidad, han hecho de Washington el bello ideal de los republicanos y al que se pone hoy por ejemplo de buen magistrado en todos los pueblos libres.

En la América española había penetrado la civilización, puede decirse a hurtadillas. Los nobles de ramas secundarias que vinieron a las colonias con los hidalgos que emigraron de España a buscar aventuras y riqueza, fueron los que algo hicieron por la educación de sus familias, y el goce de los fueros aristocráticos les permitió poner obstáculos al despotismo de los mandatarios militares. Bien diferentes han sido por cierto los elementos con que se formaron las unas y las otras colonias. En las norteamericanas, toda la masa libre gozaba de garantías; y en las españolas solamente las tenían las castas privilegiadas y el clero; por esta razón en Venezuela, Buenos Aires, Nuevo Reino de Granada, Méjico y Chile, fueron los promovedores de la

revolución, los descendientes de nobles españoles; y hubo que lidiar con las masas abyectas de indios tributarios y negros esclavos a quienes se había dado una educación propia para mantener el despotismo, haciéndoles creer que todo el poder venía de Dios y el Rey.

Bolívar descendía, como todos los revolucionarios de la América española, de la nobleza de primera o segunda clase.

Perdida Venezuela en 1811, Bolívar se salvó por casualidad; pasa a Cartagena, se da a conocer, da principio a su vida pública, y a la cabeza de una legión granadina marcha de triunfo en triunfo hasta salvar a su patria: da libertad a todos los esclavos y repetidas veces pide a los Congresos que no haya siervos en Colombia. Combate y lucha 20 años seguidos: da existencia a cinco Repúblicas y muere pobre, después de haber perdido el vigor de la virilidad a los 47 años de edad a causa de campañas por climas insalubres y sufrimientos morales que le causaron la envidia y la ingratitud. Washington en pocos años ve triunfar la causa de la independencia de su patria, reconocida por la Gran Bretaña. Muere tranquilo en el monte Vernon, dejando en servidumbre a los esclavos que tenía. ¿Quién le hubiera dicho a Washington que su olvido por la libertad de los africanos debía encender los odios de un gran pueblo y producir una guerra titánica cuyas consecuencias aún continúan desnaturalizando el sistema federal, la soberanía de los Estados Unidos y el porvenir de la gran República? Sin negar el mérito distinguido de Washington, su comparación con el Héroe colombiano da a éste la superioridad.

Al fin del siglo XVIII estalló en Francia una gran revolución con la brillante luz de la libertad que reflejó de la América al Viejo Mundo; estremece todos los tronos, proclama los derechos del hombre, y para destruír una monarquía de once siglos pone en acción todos los elementos morales y las doctrinas que proclamaron sus filósofos, desde el siglo XVII.

Napoleón I, joven en aquella época, y habiendo recibido una educación esmerada, comienza su vida pública distinguiéndose como oficial de artillería en Tolón. Sus talentos militares le ponen en aptitud de mandar ejércitos organizados por el Gobierno de la Revolución Francesa, y solamente tenía que dirigirlos para ilustrar el nombre de la Francia y el suyo.

Principiado el siglo XIX, el crédito de Napoleón lo exalta. El 18 de brumario se apodera del Gobierno de la Francia; deja de ser republicano para hacerse Emperador, enciende con su fama y con su genio el Continente europeo, ayudado por diplo-

máticos como Talleyrand y Mariscales como Soult, Moncey, Macena, Ney, Murat, Bernadotte, Mortier, Macdonald, Jourdain, Davoust, Lannes, Marmont y muchos otros Generales y Estadistas conocidos en las glorias militares de la Francia. Nadie le disputará a Napoleón haber sido el primer Capitán en la primera década del siglo XIX: quiso dominar toda la Europa y mandó el ejército más bien organizado y numeroso de que habla la historia; pero no pudo vencer los elementos del hielo y del fuego, que en Moscow le obligaron a retirarse, y ayudado por ínclitos guerreros regresó a París, venciendo varias veces en su retirada.

Una coalición de tantos reyes y naciones apoyada por el espíritu de la libertad, que jamás ha desaparecido de la Francia, le hicieron conocer al gran Capitán y político de aquella época que debía abdicar para conservar la integridad de la Nación, y se retira a la isla de Elba, conservando en sus sienes la Corona Imperial. Desde allí contempla la Francia, al ejército y a los Mariscales que le acompañaron en 100 combates y no olvidaron jamás al ínclito guerrero: le llaman, y con un puñado de valientes invade la Francia monárquica, restablece su imperio y en 100 días hace temblar a los Reyes de Europa; pero estaba escrito en el libro del destino que un mediocre Capitán tuviera la dicha y la gloria de vencer a Napoleón el Grande en la batalla de Waterloo, sin que fuera victoria obtenida por combinaciones estratégicas, ni superioridad de valor del ejército aliado, sino porque un teniente del Emperador falta a una combinación que le mereció ser llamado traidor. Napoleón podía aún sostener la guerra con ventajas; pero Talleyrand, Marmont y otros hombres de importancia le abandonan y tiene que abdicar por la segunda vez en favor de su hijo, y pudiéndose salvar por la cooperación de su hermano José, resuelve entregarse prisionero a la Inglaterra, creyendo que sería respetado por un enemigo generoso; pero, ¡qué engaño! El Gobierno inglés no posee los sentimientos generosos de esta ilustre nación y obra siempre en beneficio suyo. Se apodera de su gran rival y le condena a morir en Santa Elena; pero esta conducta prepara nuevos acontecimientos que debían hacer renacer la dinastía de los Bonapartes, cuya sangre corre hoy unida a la de los Reyes de Inglaterra.

Ya he referido, en el paralelo de Bolívar con Washington, sus primeras glorias militares y con las que ilustró su nombre y fue proclamado Libertador de Venezuela. Tuvo, como Napoleón, la pérdida de una batalla, que le dio el poder a los españo-

les por haber confiado el mando del ejército a un teniente suyo, al General Mariño, que perdió la batalla de La Puerta, y se vio obligado a regresar a las Provincias Unidas de Nueva Granada en donde el Congreso le aprobó su conducta, le confió el mando del ejército para someter al Estado de Cundinamarca que se había separado de la unión, y se le dio la comisión de ir a someter a Santa Marta, la que no pudo verificar por la emulación de Castillo, como ha visto el lector en estas Memorias. Bolívar se separa del país para que se unan las fuerzas republicanas para resistir a Morillo, y desde Haití, donde reunió una pequeña legión de valientes, resuelve invadir a Venezuela, no en busca de un trono, sino a libertar a sus conciudadanos. La victoria le conduce a Guayana, allí funda a Colombia, y pocos meses antes había comunicado a sus compañeros el vasto plan de destruír al ejército español que constaba de 20.000 hombres en Venezuela y Nueva Granada, y otros 20.000 en el Alto y Bajo Perú. Ejecuta todo el plan con tal destreza, que en una sola batalla, la de Boyacá, liberta todas las provincias del interior de Nueva Granada y vuelve sobre Venezuela; logra regularizar la guerra, destina a Sucre como un punto de apoyo a mandar las tropas del Sur, y después de vencer en Carabobo, corona su obra de libertar a Colombia, en Bomboná y Pichincha; vuelve su vista hacia el Perú, y después de tantos contratiempos, traiciones y defecciones, Bolívar ha creado tres Repúblicas y expulsado al León de Castilla del mundo que descubrió Colón. En esta obra grandiosa, moviendo ejércitos por entre bosques y montañas vírgenes, y sin los recursos de que dispuso Napoleón en un mundo culto, conquistó Bolívar la libertad para un mundo, cuando Napoleón no pudo fundar un imperio universal en el Continente europeo. Admiro, como es debido, al gran Napoleón; pero no puedo negarle la superioridad a Bolívar, que sin los elementos de que dispuso Napoleón y sin tener a su lado tantos y tan distinguidos tenientes como los que he nombrado, entre los Mariscales y estadistas del imperio; a Bolívar le acompañaban solamente Generales patriotas, pero que no podían ayudarle como aquéllos a Napoleón, a excepción del ínclito Sucre, que bien podía llegarse al lado de Bolívar; el activo y enérgico Santander que proporcionó cuantiosos recursos y hombres al ejército que obraba en Venezuela y a las divisiones destinadas al Atlántico y el Sur, al General José Tadeo Monagas como firme apoyo de su autoridad en el oriente.

He comparado a Bolívar con Washington y Napoleón, y entre los distinguidos jefes de la independencia de la América

española solamente mencionaré a San Martín como digno de nombrarlo al lado de Bolívar. Nacido en el Paraguay, en el antiguo Virreinato de Buenos Aires, recibió una educación militar en España. El General San Martín nació el año de 1778, en Yapeyví, en las misiones del Paraguay. Su padre era Gobernador de aquel territorio y lo mandó a educarse a España, destinándolo a la carrera militar. Como hijo de un Coronel, a la edad de 11 años fue nombrado Cadete, y en 1808 era ya Capitán y había hecho sus servicios en la costa de Africa, en donde se distinguió. Sirvió a órdenes del General Solano al principio de la guerra de España contra la Francia y fue recomendado en la batalla de Bailén, mandada por el General Castaños, contra el General Dupont.

Instruído del progreso que tomaba la revolución de Buenos Aires, resolvió regresar a su país en 1812, y en 1813 comenzó su carrera militar, dando organización a los cuerpos que se pusieron a sus órdenes, pues era un jefe que conocía bien esta parte del servicio militar y se distinguió en las campañas contra los españoles que ocupaban a Chile, y no obstante de haber sido derrotado al principio; unido a O'Higgins, que tanto se distinguiera en su patria, logró vencer a los españoles en Maipú, cuya victoria afianzó la independencia de Chile, y el Gobierno de esta República, de acuerdo con el de Buenos Aires, resolvieron emprender una campaña para libertar al Perú, contando con una escuadra que había adquirido y organizado Chile a órdenes del Almirante Lord Cochrane, distinguido marino de la Gran Bretaña. Esta expedición, compuesta de 4.118 hombres de todas armas, embarcada en 18 transportes y convoyada por 8 buques de guerra, llegó a Pisco, en Perú, el 8 de septiembre de 1820. Liberta la capital del Perú y proyecta establecer un gobierno monárquico, para lo cual se entendió con el Virrey español que gobernaba al Perú: mandó comisionados a Europa para negociar un monarca, y en 1822 se trasladó a Guayaquil a ponerse de acuerdo con Bolívar para completar la independencia de la América del Sur, estableciendo monarquías constitucionales. Se persuade de que no puede llevar a efecto su plan y resuelve reunir un Congreso peruano para entregarle el mando que ejercía y separarse para siempre de la vida pública. Diez años sirvió a la causa de la independencia y se retiró a concluír su vida en Europa; sin volver a acordarse de su patria, ni de los hechos gloriosos que ilustraron su carrera militar en las campañas de Chile y el haber iniciado la independencia del Pe-

rú estableciendo su primer Gobierno. Muere tranquilo en París, poseyendo una fortuna que adquirió honradamente.

Bolívar nació 5 años 4 meses después de San Martín y no recibió educación militar. Cuando San Martín emprendió su primera campaña, en enero de 1813, Bolívar ilustraba su nombre con la campaña que libertó a Caracas, mostrándose hábil estratega debido a su genio y a la lectura que hacía de obras clásicas. San Martín era sin duda el distinguido militar que concibiera el modo de ejecutar la campaña de Chile y el plan de libertar al Perú; pero educado en España, no era partidario de la República, y quería la independencia, como lo he manifestado en estas Memorias, bajo gobiernos monárquicos.

Bolívar, después que recibió una educación regular en Caracas, siguió a España a perfeccionarla, visitando a esa nación, a la Francia e Italia, y en Roma concibe la idea de libertar a su patria, estableciendo una república democrática.

El lector no necesita que al hacer este paralelo recuerde los hechos que dejo mencionados en estas Memorias, de uno y otro capitán, con lo cual se comprende muy bien la diferencia entre los dos campeones de la independencia de Sur América y la inmensa superioridad de Bolívar sobre San Martín. Este muere en medio de las comodidades que le proporcionaba su fortuna y al lado de su familia; mientras que Bolívar muere pobre y sin tener a su lado a alguna de sus hermanas o los hijos de ellas, devorado de pesares; pero ocupado únicamente de la idea de la conservación de Colombia. La apoteosis de Bolívar no es mi pluma la que la puede escribir; pero con lo dicho es bastante para señalar la inmensa distancia que separa al vencedor de Maipú, que pone los fundamentos de la República del Perú, con el fundador de Colombia, libertador del Perú y creador de Bolivia.

El General Bolívar tenía la estatura de 5 pies 3 pulgadas de toesa; bien configurado y robusto, amaba al bello sexo pero los empeños de ninguna mujer valieron alguna vez para que Bolívar hiciese cosas injustas. Se exaltaba con facilidad, porque era de una constitución bilioso-nerviosa, tenía arrebatos que le causaron daño; pero asímismo sabía remediarlos sin desdoro.

Conocía bastante bien la historia general y los clásicos latinos, franceses e italianos. Los **Comentarios**, de Julio César, y **Los Anales**, de Tácito, eran su lectura favorita; a Polibio lo consultaba lo mismo que a las obras de Federico II. Admiraba a

Gustavo Adolfo, y hablaba con gusto de las atrevidas campañas de Carlos XII.

Su pureza en el manejo de los caudales públicos y el ordenamiento para que se invirtieran bien, era una de las más bellas cualidades.

En su correspondencia particular se descubrió al Héroe, al político, al amigo y al buen ciudadano; con tal objeto publico algunas cartas en el apéndice, que han sido citadas en estas Memorias.

Lima, enero 19 de 1870.

Garantizo la autenticidad de este manuscrito, que contiene la tercera y última parte de la obra histórica del General Tomás C. de Mosquera, que tiene el título de "Memoria sobre la vida del Libertador Simón Bolívar". Parte final que escribió su autor y firmó en Lima el 19 de enero de 1870.

Se ha conservado este manuscrito en su completa integridad, sin sufrir la menor alteración en poder de los deudos y herederos del General Mosquera, de donde le viene al suscrito la libre disposición de él. Con tales títulos hago cesión de este manuscrito al señor doctor Juan B. Pérez y Soto, mediante un convenio que he hecho con este señor para que lo publique refundido en una misma obra con las dos primeras partes ya impresas.

Bogotá, junio 20 de 1917.

JEREMIAS CARDENAS M.

NOTA:

El manuscrito, bastante deteriorado y pésimamente redactado, lo compró la Academia Colombiana de Historia a la señora viuda del doctor Pérez y Soto y resolvió publicarlo como volumen de la **Biblioteca de Historia Nacional**. No lo consideramos como el escrito original del general Mosquera sino como una copia en la cual se deslizaron muchos errores en la designación de lugares geográficos y en la mención de nombres de personas: inevitablemente algunos de esos errores quedaron en la presente edición que se principió hace más de tres años y que sufrió largas y graves penalidades tipográficas. Los primeros pliegos los corrigieron el Secretario de la Academia, doctor Roberto Cortázar, y el académico don Gustavo Otero Muñoz; los últimos, que fueron los menos, estuvieron al cuidado del suscrito.

En varias páginas del libro se viola descaradamente el lema académico: **Veritas ante omnia**; muy oportuno es recordar el artículo 51 de nuestro reglamento:

"En las obras que la Academia acepte o publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones; el Instituto lo será solamente de que las obras son acreedoras a la luz pública".

En un próximo volumen se publicarán los numerosos documentos a que en el curso de la narración alude el general Mosquera y que forman el **Apéndice** a estas **Memorias**, que hoy se publican en su totalidad, tanto la parte editada en Nueva York el año de 1853 y que llega hasta la época de 1816, como los capítulos finales que se hallaban inéditos.

Bogotá, febrero de 1940.

Luis Augusto Cuervo

INDICE

Págs.

Preliminar 5

CAPITULO I

Origen, nacimiento y primera edad del Libertador Simón Bolívar. 7

CAPITULO II

Primeros servicios que presta Bolívar a su patria hasta que fue hecho prisionero por el Comandante General de las tropas españolas don Domingo Monteverde 17

CAPITULO III

El General Simón Bolívar pasa de Curazao a Cartagena. Sus opiniones políticas y servicios que presta a la Nueva Granada. Recibe el despacho de Brigadier de la Unión 21

CAPITULO IV

Bolívar organiza una división en Cúcuta para salvar a Venezuela. Desavenencias entre el General Bolívar y el Coronel Castillo.—Da principio el Libertador a las operaciones.—Deserción del Coronel Briceño. Principios que guían al Gobierno de la Unión.—El Presidente Camilo Torres admite la dimisión del Coronel Castillo.—El Poder Ejecutivo nombra una comisión directiva de la guerra.—Libertad de Mérida. Operaciones sobre Trujillo hasta libertarla.—Declaración de la guerra a muerte y motivos que la promovieron.—Campaña sobre Barinas.—Acción de Niquitao.—Destrucción de Tíscar.—Libertad de Barinas.—Bolívar adquiere el título de Héroe y Buen Capitán.—Influencia de esta campaña y felices resultados sobre el resto de Venezuela 31

CAPITULO V

Libertada la provincia de Barinas, Bolívar traza un atrevido plan de campaña.—Ofrece al Gobierno de la Unión Granadina ser el primero que éntre vencedor en Caracas.—Juicio del Libertador sobre los jefes españoles, a quienes iba a atacar.—Monteverde y sus Tenientes.—Principios estratégicos de Bolívar.—Monteverde convoca una junta de guerra: su acuerdo y operaciones que emprende llevando por consejeros a un fraile y otros eclesiásticos intolerantes.—Operaciones militares.—Victoria obtenida por Rivas en el campo de Horcones.—Retira-

Págs.

da de la división que mandaba el Teniente Coronel Izquierdo.—Concentración de las fuerzas republicanas.—La batalla de Taguanes.—Ocupación de Valencia.—Retirada de Monteverde a Puerto Cabello.—Bolívar destina a Girardot a perseguirlo y estrecharlo en sitio en aquella plaza: marcha sobre Caracas.—Capitulación que proponen los españoles en La Victoria, y la concede Bolívar.—Sus principios para regularizar la guerra.—Fuga del Brigadier Fierro y sus más adictos compañeros.—Bolívar entra triunfante en Caracas y concluye la campaña que trazó en Barinas.—Entusiasmo de los patriotas de Caracas. Desventuras de los fugitivos 51

CAPITULO VI

Bolívar dicta diferentes medidas para restablecer el orden y asegurar sus operaciones.—Nómbrase una comisión para tratar con el Capitán General de las tropas realistas.—Asume el mando superior y publica un manifiesto.—Resultado de los trabajos de la comisión.—Continúa la guerra sin regularizarse.—Mariño liberta el oriente de Venezuela. Principales operaciones.—Falta de unidad en el mando de Venezuela.—Bolívar continúa sus operaciones sin cooperación de Mariño.—Ataque sobre Puerto Cabello.—Propone de nuevo Bolívar regularización en la guerra, y canje de prisioneros.—Obstinación del General Monteverde, y sus consecuencias.—El General Bolívar da un decreto imponiendo la pena de la vida a los traidores y a los defraudadores de la renta de tabaco.—Estrecha el sitio de Puerto Cabello. Llega una expedición de España a La Guaira.—Rivas y Palacios intentan sorprenderla.—Conoce el jefe español el peligro; se va a Puerto Cabello.—Los realistas se rehacen en diferentes lugares y, en consecuencia Bolívar levanta el sitio de Puerto Cabello y se concentra sobre Valencia.—El General Monteverde sale a atacarle.—Operaciones de Bolívar.—Triunfo de Bárbula y muerte de Girardot.—Batalla de las Trincheras, en que queda destruído Monteverde.—Bolívar premia al ejército.—Entra de nuevo triunfante a Caracas y el pueblo le aclama Capitán General con el renombre de Libertador de Venezuela.—Funda Bolívar la orden militar de Libertadores de Venezuela, para premiar el mérito y exaltar el patriotismo 65

CAPITULO VII

Bolívar deja a Caracas en noviembre de 1813, para ocurrir al occidente, en donde los peligros de la campaña exigían su presencia. Campo Elías vence a Boves en Mosquitero.—Derrota de Aldao, en Bobare, y de Valdés en Yaritagua, por Cevallos.—Batalla de Barquisimeto dada por el Libertador y ganada por Cevallos.—Operaciones consiguientes.—Sucesos desgraciados en Barinas, batalla de Vijirima. Nuevos conflictos de Bolívar, y sus movimientos y operaciones hasta dar la batalla de Araure, en que venció a Cevallos.—Bolívar emprende sobre un vasto campo las operaciones subsecuentes en la campaña de 1813, con escasos recursos por la falta de cooperación de Mariño.—Victoria de Boves sobre Aldao, en San Marcos.—Destitución de Monteverde por los suyos en Puerto Cabello.—Bolívar regresa a Caracas para reanimar el espíritu público, reorganizar el Gobierno y dar vigor a la autoridad que él o cualquiera otro General en Jefe ejerciera.—Se convoca una asamblea popular para el 2 de enero de 1814, para presentarle el estado del país al concluír el año de 1813 .. 86

CAPITULO VIII

Reunión del pueblo de Caracas para prorrogar al Libertador la dictadura de Venezuela.—Repugnancia que mostró Bolívar, y sus juramentos.—Campaña de 1814 en el occidente; negociaciones para unir-

Págs.

se con el Jefe Supremo del oriente.—Campo Elías es destinado a oponerse a Boves; carácter de aquel Jefe.—Pérdida de Barinas; conducta de García de Sena.—Operaciones del General Urdaneta.—Derrota de Campo Elías.—El Libertador recibe esta noticia en la línea sitiadora de Puerto Cabello.—Concentra sus fuerzas en Valencia.—Combates de La Victoria y Pantanero.—Conflictos de los republicanos.—Ejecución de los prisioneros españoles, y razones que motivaron esta terrible medida.—Opinión de Bolívar sobre la guerra a muerte.—Operaciones para oponerse a Boves, defender a Valencia y mantener el sitio de Puerto Cabello.—Sitio de San Mateo y repetidos combates.—Batalla del 25 de marzo.—Muerte heroica de Ricaurte, y sentimientos que produjo en Bolívar.—Auxilia Bolívar a Caracas.—Conflictos en la capital.—Desventuras y victoria de Rivas.—Unión de las fuerzas de oriente y occidente.—Operaciones del General Urdaneta.—Combate de San Carlos y retirada a Valencia.—Sitian los españoles a la ciudad. Defensa heroica de Urdaneta 100

CAPITULO IX

Medidas del Libertador para salvar a Valencia y reunirse a Mariño.—Operaciones de este General.—Batalla de Bocachico ganada sobre Boves: se repliega a Valencia y se retiran los españoles hacia San Carlos.—Estado en que encontró Bolívar a Valencia.—Batalla del Arado.—Retirada sobre Valencia.—Victoria de Piar en el oriente.—Desmoralización de una parte de las tropas republicanas, y conducta enérgica del Libertador.—Batalla de Carabobo.—Nuevas operaciones de Bolívar.—Batalla de La Puerta, ganada por los españoles. Decidióse adversamente la suerte de Venezuela 126

CAPITULO X

Bolívar trata de defender a Caracas.—Noticias del restablecimiento de la monarquía absoluta en España.—Influencia de estos sucesos. Pérdida de Valencia y abandono de Caracas.—Crueldad de Boves y conducta generosa de González.—Boves usurpa el mando al Capitán General Cajigal, y obra con independencia.—Retirada del Libertador al oriente.—Defensa de la Villa de Aragua: insubordinación de Bermúdez: fatales consecuencias.—El Jefe Supremo de oriente, General Mariño, adopta un plan prudente de defensa.—Defección de la escuadrilla; discordia entre los jefes subalternos con los dos Generales en Jefe, Bolívar y Mariño.—Conducta laudable de ambos.—Usurpación del mando por Rivas.—Prisión de Mariño: destitución de Bolívar. Marcha a Nueva Granada.—Bolívar y Mariño llegan a Cartagena. El Congreso aprueba la conducta de Bolívar y le nombra Capitán General del Ejército de la Unión.—Situación del General Urdaneta. Defensa de Maturín: brillante victoria.—Insubordinación de Bermúdez: batalla de Urica.—Muerte de Boves.—Pérdida de Venezuela.—Muerte de Rivas.—Retirada de Urdaneta a Nueva Granada.—Se reúne el General Mac-Gregor a Conde y a Páez.—Situación en que se encontró el Gobierno granadino.—Adopta el plan que le presenta Bolívar. Cuadro de los sucesos de la Nueva Granada en la guerra civil y con los españoles.—El Gobierno general manda una expedición contra Santa Marta, que fracasa en Cartagena por discordias civiles.—Conducta de Bolívar en estas circunstancias.—Se ausenta del país.—Anuncio de la expedición del General Morillo 141

CAPITULO XI

Bolívar llega a Jamaica con algunos compañeros que no quisieron abandonarle.—Se ocupa de varias publicaciones para rectificar el juicio que se formaba por las que hacían los españoles.—Los partidarios

Págs.

del Rey resuelven asesinarlo, y seducen a su criado.—Casualidad que salvó la vida de Bolívar.—A fines de 1815 trata de ir en auxilio de Cartagena, y no pudiendo hacerlo, se ocupa de formar una expedición en la isla de Santo Domindo para libertar a Venezuela.—Ojeada sobre Venezuela y Nueva Granada desde fines de 1815 a mediados de 1816.—Bolívar pasó a Puerto Príncipe a formar su expedición.—Recursos con que cuenta; cooperación de Petión.—Reunión de los emigrados para nombrar un jefe, y elección que se hizo en Bolívar y otros jefes.—Defecciones y disgustos entre los expedicionarios.—Pensamientos del Libertador.—Organízase al fin la expedición, y zarpa el 16 de abril de 1816 del puerto de Aquín.—El 2 de mayo se encontró la escuadrilla republicana con dos buques de guerra españoles, y los toma al abordaje.—Bolívar nombra Almirante a Brión y de Mayor General de la escuadra al Capitán de Navío Villaret.—Llega la expedición a Margarita.—Se ponen de acuerdo Bolívar y Arismendi. Sorpresa de los españoles.—El 7 de mayo de reunió una asamblea popular en la Villa del Norte.—Discurso de Bolívar; elección que recayó en él para Jefe Supremo, y para su segundo, en el General Mariño. Bolívar anuncia el restablecimiento de la República, por una proclama, el 8 de mayo de 1816.—Intima al Brigadier Pardo y ofrece regularizar la guerra.—Operaciones sobre el Continente.—Ocupación de Carúpano.—Conducta de don Salvador Moxó ofreciendo $ 10.000 por la cabeza de Bolívar y de cada uno de los principales Generales republicanos.—Tolerancia de Morillo a semejante crueldad.—Contraste de esta conducta con la del Libertador.—Reúne Bolívar 1.000 hombres y se pone en comunicación con los Jefes del interior del oriente de Venezuela: Monagas, Zaraza, Rojas y Cedeño.—Nómbralos Generales de Brigada.—Hace reunir otra asamblea popular igual a la de Margarita que, bajo la Presidencia del señor Urbaneja, ratifica los acuerdos de la Villa del Norte declarando central el Gobierno.—Bolívar pretende ir a batir las fuerzas navales españolas; pero Brión se opone con varias razones y determinó ir sobre Ocumare con las fuerzas de que podía disponer.—Intrigas de Doncoudray, y su separación del ejército.—Noticias sobre el libelo de este oficial.—Triunfo de los españoles en Punche.—Operaciones de Mariño.—Ocupación de Ocumare por el Libertador, y sus operaciones.—Separación de Brión para ir en comisión, y movimientos de Soublette.—Combate de Los Aguacates y operaciones consiguientes.—Sucesos de Ocumare, y abandono de la expedición por dos goletas.—Conducta de Villaret y medidas que adoptó de acuerdo con el Libertador.—Reúnesele Brión y se salva el armamento.—Marcha sobre Choroní que encuentra Bolívar ocupado por los españoles; su regreso a Bonaire en donde se le reúne Bermúdez.—Explicación sobre los motivos que determinaron la ausencia del Libertador del cuerpo de operaciones.—Su falta en el oriente; llega a Güiria el 16 de agosto.—Disposición en que encontró a los Jefes republicanos.—Intrigas de Bermúdez.—Asonada del 22 de agosto.—Serenidad y valor de Bolívar en medio de los sublevados, con que dominó las circunstancias.—Su separación de Venezuela y regreso a la isla de Santo Domingo 172

CAPITULO XII

Conducta del General Morillo en Nueva Granada luégo que logró apoderarse del Virreinato: Cajigal, Montalvo, Montes y Abascal, Generales españoles humanos, se separaron de la guerra de América. Operaciones de Mac-Gregor y Soublette, después de que se separaron de Bolívar.—Motín militar y conducta de Soublette.—Combate de Quebrada Honda.—El General Monagas se pone a órdenes de Mac Gregor.—Victoria de Los Alacranes.—Operaciones del General Zaraza. Ocupación de Barcelona por los republicanos.—Se nombra en comisión al Intendente general señor Zea, para que vaya a Haití a llamar al General Bolívar para ponerse a sus órdenes y darle una satisfacción por los agravios de Güiria.—Batalla de El Juncal.—Conducta del Gene-

Págs.

ral Arismendi para con el Libertador.—Estado de Venezuela a consecuencia de los sucesos de El Juncal.—Bolívar reúne nuevos elementos de guerra.—La expedición de Mina contra Méjico divide los recursos en Haití.—El Libertador se embarca en el puerto de Jacomel, el 21 de diciembre de 1816; llega a Barcelona y encuentra el ejército disperso.—Situación que tenían los diferentes cuerpos de tropas.—Sucesos que habían tenido lugar en Apure.—Noticia sobre la vida y carrera pública del General Páez.—Reflexiones sobre la política del Gobierno español 193

CAPITULO XIII

Principia la campaña de 1817.—Piar obra sobre Guayana y el Libertador concibe el proyecto de una campaña contra Caracas.—Dirige una proclama y se pone en marcha.—El 9 de enero ataca a los españoles y es rechazado y derrotado en Clarines.—Llega Bolívar a Barcelona; medidas que toma para defender la ciudad; llama al General Mariño que estaba sobre Cumaná.—El General Mariño marcha con 1.200 hombres sobre Barcelona y deja el mando de las fuerzas que quedaban sobre Cumaná al Coronel Antonio José de Sucre, que contaba entonces 23 años.—El Brigadier Del Real entra a la ciudad de Barcelona y no se atreve a atacar a Bolívar, fortificado con 600 hombres en el edificio de San Francisco.—Se reúne Mariño al Libertador; operaciones secundarias, el Brigadier Del Real se retira a Piritu y Clarines.—El Libertador resuelve abandonar a Barcelona para emprender sobre Guayana, que debía ser la base de sus operaciones. Opiniones diversas.—Plan de operaciones del Libertador.—Oposición que encontró en el Gobernador de Barcelona y el General Freytes. Condescendencia del Libertador con los que querían defender a Barcelona.—Sacrificio inútil y temerario de los que soñaron salvarse en la Casa Fuerte.—Informes de Piar al Libertador con el Coronel Olivares. Operaciones de Piar en la provincia de Guayana.—El Libertador sigue a unirse al ejército en oriente, el 22 de marzo, y se encuentra una celada de los enemigos.—Los aterra y se salva con los 15 oficiales que le acompañaban.—Operaciones de Mariño contrariando las instrucciones del Libertador y oposición de varios Generales al desobedecimiento, exigiendo se cumpliesen las órdenes superiores.—Falsas noticias sobre haberse perdido el Libertador, atacados por los amigos.—La agitación extraordinaria que ellas producen se calma con las comunicaciones del General Monagas, anunciando haber pasado el General Bolívar los puntos difíciles.—Conflictos en el cuartel general de Mariño y noticia del General Freytes comunicando la proximidad del enemigo.—Partido que se adoptó.—Situación de los españoles.—Conducta del Brigadier Del Real y sus subalternos.—Se sabe que el General Morillo ha llegado al ejército de Apure.—Victorias de Páez sobre los españoles y retirada del General La Torre.—Morillo impuesto de las operaciones de Piar y Cedeño sobre Guayana, dispone que marche el General La Torre a Angostura a tomar el mando.—Relación de las desgracias de Barcelona.—Juicio sobre tan desgraciado suceso y noticias recibidas para formarlo.—Conclusión del capítulo 208

CAPITULO XIV

Llega el Libertador al cuartel general de Piar, se impone de todo, conoce los buenos resultados que va a dar su plan y toma medidas para estrechar el sitio de Angostura y Guayana la Vieja.—Consideraciones del Libertador para establecer un centro de unidad y gobierno en Venezuela.—Recibe el Libertador un parte de las operaciones del Coronel José Félix Blanco y de tener 22 frailes capuchinos prisioneros.—Asesinato de estos religiosos por el Teniente Coronel Lara y su ayudante Monzón, y cómo fue visto este suceso.—Marcha el Libertador a Barcelona y su encuentro en el camino con los Generales

Págs.

Bermúdez y Valdés, que le instruyen de lo ocurrido en Barcelona. Dicta sus órdenes a diversos Generales y jefes para que obren en combinación y regresa al Orinoco.—El 24 de abril se une en la ribera derecha del Orinoco a la división que conducía para apoyar el sitio de Angostura.—Dificultades para efectuar el paso del río.—Las fuerzas sutiles se presentan a impedirlo: combate parcial; se efectúa el paso y tiene la división que hacer un camino hasta encontrar al Teniente Coronel Mantilla, que les llevaba auxilios.—Progresos del ejército del Orinoco durante la ausencia del Libertador.—Operaciones de Piar y su triunfo espléndido sobre el General La Torre, en el mes de abril. El Libertador, instruído de todo, se traslada a San Félix en donde fija su cuartel general.—Apoyado por sus amigos y sostenido por el ejército puede ejercer el mando con seguridad y sus planes reciben un desarrollo completo.—Se reorganiza el ejército.—Las selvas del Orinoco son la cuna del renacimiento de la República y de la aparición de Colombia.—Morillo en Barcelona.—El General Mariño conspirando nuevamente.—El Congreso de Cariaco.—Desconocimiento del Libertador a esta farsa y órdenes que dictó.—La generalidad del ejército rechaza este atentado, pero encuentra simpatías en Piar, envanecido por el triunfo de San Félix.—Reorganización del ejército.—Piar elevado a General en Jefe.—El Libertador estrechó el sitio de Angostura y Guayana; manda construír lanchas para aumentar las fuerzas sutiles y ocupar esas plazas antes que regrese Morillo de Margarita.—Se ordena al Almirante Brión que introduzca su escuadra al Orinoco, y el 17 de julio mandó que bajasen las flecheras construídas ocultándose de la vista del enemigo.—Son descubiertas y atacadas. El Libertador quería inspeccionar las operaciones.—Peligros que corrió.—Se salva en una rebalsa del río.—Conversación que tuvo con un compañero.—Se pierde la flotilla, pero la entrada de la escuadra de Brión no deja sentir su falta.—Nuevos planes del Libertador para obrar.—Relación de la conversación en la noche del 18 de julio, que alarma a los que acompañaban al General Bolívar.—Se une Brión al Libertador; manda construír unas baterías en la orilla del Orinoco. Contento general del ejército.—Abandono de Angostura por La Torre y entra Bermúdez el 17 de julio.—Permanencia de La Torre en Guayana hasta el 3 de agosto que partió para Granada.—Nuevos desaciertos de Mariño.—Morillo desembarca en Margarita y después de una inútil y sangrienta campaña varios jefes dejan a Mariño y se unen al Libertador.—Comisión que manda cerca de Páez y su resultado. Los llaneros que venían con Boves se pasan al General Páez y saca fruto de ellos.—Morillo, habiendo sido informado de la toma de Guayana y de los progresos de los patriotas, abandona la isla de Margarita y regresa al Continente.—Cómo refiere el tirano estos sucesos y su retirada a Caracas.—Llegan a España noticias de la conducta de Morillo y progresos de los patriotas.—Opinión del Consejo de Indias.—Triunfo de Páez en Barinas.—Mariño y Piar.—Conspiración de este General.—Medidas que adoptó el Libertador.—Bermúdez le hace ceder y se va a Margarita.—Decreto del Libertador sobre bienes nacionales y organización de un gobierno provisorio.—El venezolano Díaz inventa en su obra que él era el que había obrado de modo que Bolívar saliese de Ruiz.—Conclusión del capítulo 220

CAPITULO XV

Situación del ejército republicano al emprender el Libertador la campaña de 1817 sobre Caracas.—Fuerzas del ejército español.—Morillo abre operaciones sobre Apure.—El General Páez concentra sus fuerzas y se dispone a obrar en guerrillas.—El General La Torre recibe órdenes de ir a atacar a Zaraza.—Se une a Aldama y marcha sobre Apure.—El General Páez maniobra sin comprometer batalla y sorprende un destacamento español.—El Coronel Aramendi.—Sabe Morillo la marcha del Libertador a unirse a Zaraza.—Marcha Morillo a

Págs.

reforzar a La Torre.—El General Zaraza no cumple las órdenes del Libertador y se resuelve a recibir la batalla en el Hato de La Hogasa.—La pierde y Morillo no logró llegar antes de la victoria de La Torre, que fue completa.—Da un indulto Morillo. Recibe el Libertador la noticia en San Diego y resuelve regresar a Angostura y dicta diferentes órdenes a sus Tenientes.—Las desgracias no arredran el ánimo de Bolívar.—Páez le da cuenta al Libertador de sus operaciones.—En vista de los informes de Páez el Libertador resuelve unirse a éste en Apure, y parten las fuerzas de Angostura el 31 de diciembre.—Conclusión del capítulo con algunas reflexiones 243

CAPITULO XVI

Bolívar llega de Guayana al campamento del General Monagas, situado en las bocas del río Pao.—Pasa revista al ejército, reunida la división Torres.—Marcha en dirección a Apure.—Se reúne al General Páez y marchan juntos a San Fernando de Apure, ocupado por los españoles.—Arismendi quita al enemigo sus canoas con caballería. Se emprende un rápido movimiento sobre Morillo, que estaba en Calabozo, y queda asediado San Fernando.—Sorpresa de Morillo al verse atacado por Bolívar.—Morillo en persona sale de Calabozo a reconocer al enemigo; lo persigue Arismendi hasta los arrabales de la ciudad, y se salva muriendo un español que se interpuso entre Morillo y Arismendi.—Retirada de Morillo.—Marcha del Libertador en su persecución.—Medidas que había adoptado el Jefe del ejército español para abrir una nueva campaña y situación de dicho ejército al acercarse el Libertador.—Medidas que toma el General Morillo para abrir operaciones cuando se le presentó el ejército y sufre descalabros.—Pensamientos del Libertador para obrar con el ejército unido ya a Páez.—Movimientos que efectúa para llevar a cabo su plan. Circunstancias que obraron en el ánimo de Bolívar para no atacar a Calabozo.—Morillo emprende su retirada a concentrar sus fuerzas. Bolívar regresa a Calabozo y no sigue a cortar al enemigo en su retirada.—Razones que tuvo.—Se emprende la persecución, y hay que suspenderla.—Cedeño y Páez alcanzan al enemigo y le hacen algunos prisioneros.—Posesiones que tomó Morillo, y continúa su retirada en la noche.—El 15 de febrero fue nuevamente alcanzado Morillo en Sombreros, tomó buenas posiciones y rechazó a la infantería republicana, con pérdida.—Continúa Morillo su retirada y el Libertador sigue sus movimientos, yendo a tomar las llanuras limpias, en que era superior por su caballería.—Páez y los llaneros se resisten a marchar.—Repasa el ejército a Calabozo, y el Libertador tiene que convenir con Páez para que regrese a Apure para rendir a San Fernando. El Libertador dispone que se concentren las fuerzas en Calabozo.—Llegada del General Urdaneta al cuartel general.—Su opinión y la de otros Generales sobre las operaciones que adoptó el Libertador.—Emprende el ejército la marcha por Ortiz a los valles de Aragua.—La deferencia del Libertador fue inevitable pero se separó de los principios.—Situación y puntos que ocupaba el ejército realista.—Páez llegó el 25 de febrero de Apure; intimó la rendición a Quero; éste se retiró, es alcanzado y vencido.—Una ojeada sobre las operaciones. Emprendida la campaña segunda de 1818.—El General Morillo se prepara a retirar.—Llega una columna de vanguardia del ejército republicano a Maracay el 12 de marzo.—Toma acantonamientos el ejército, y el cuartel general se fijó en Valencia.—Plan de operaciones del Libertador.—Comienza a organizar la provincia de Caracas.—Morillo, reunido a Calzada, emprende la ofensiva y el Libertador tiene que obrar a la defensiva, emprendiendo una retirada.—Suspende su marcha el 16 en la quebrada de Semen, en donde fue atacado por todo el ejército español.—Batalla de Semen.—Morillo fue herido.—Se retira el Libertador a Ortiz y la caballería huye en derrota.—Medidas que adopta el Libertador para rehacerse.—El Teniente Coronel

Págs.

López bate y mata al Comandante Blanco y la escolta que le acompañaba.—Observaciones necesarias para la historia.—Se reunió el Libertador al resto del ejército en Calabozo.—Se fortifica la ciudad y se forma el batallón Zapadores.—Urdaneta marcha en comisión cerca de Páez y Cedeño, llamándolos.—Llegan estos Generales con sus fuerzas en los momentos en que iba a ser atacado el Libertador por La Torre.—Al encontrarse con un ejército superior al que había combatido en Semen, La Torre resuelve no atacar y retirarse 251

CAPITULO XVII

Plan del General Morillo y sus Tenientes después de la retirada de El Rastro.—El Libertador, a instancias de Páez, persigue a La Torre.—Conferencia entre estos Generales.—Combate de Ortiz.—Retirada de La Torre.—Contramarcha del Libertador hasta San Pablo.—Continúa sus movimientos para llevar a efecto su plan primitivo de obrar sobre el occidente.—Diferentes disposiciones dadas por el Libertador en este sentido.—El Brigadier Del Real hace regresar al Coronel Rafael López, de Valencia, para impedir la reunión del Libertador al General Páez.—Movimientos ordenados por el General Morillo repuesto ya de sus heridas.—El Libertador emprende marcha con una columna de cuerpos de infantería y caballería en dirección hacia el occidente para reunirse a Páez.—Se acampa en un sitio llamado Rincón de los Toros.—Sorpresa que le da el Coronel López y circunstancias especiales de este suceso y cómo se salvó el Libertador. Muere López, y Pla le sucede, se retira según las órdenes que tenía López.—Cómo refirió Renovales su operación en la noche del 16 de abril en Rincón de los Toros.—Conducta de Morillo con los prisioneros de aquella sorpresa.—El Libertador dejó el mando a Cedeño y Torres, y siguió a San Fernando de Apure a ponerse en curación, porque su salud había sufrido mucho.—Atrevimiento del General Páez para entrar en San Carlos.—Su retirada a las llanuras.—Reúnen los Brigadieres La Torre y Correa 1.000 hombres y se dirigen sobre Páez. Movimiento de este General y su resolución de batirse en la llanura de Cojedes.—Resolvió Páez librar batalla y la dió el 2 de mayo venciendo y destruyendo su infantería comprometida en combate desigual.—Páez marcha a alcanzar los dispersos de la infantería y seguir para Araure.—Se retiró para San Fernando a verse con el Libertador.—Cedeño fue batido en la laguna de Los Patos.—Todos los derrotados se retiraron a San Fernando, en donde Bolívar restablece la moral del ejército.—Pérdidas que tuvo el ejército español en esta desastrosa campaña para la República.—Sin embargo, un ejército de 14.000 hombres no pudo destruír completamente a los cuerpos republicanos; su arrojo y valor sostuvieron la situación.—Marcha del Libertador a Angostura.—Operaciones del ejército español después de los combates de Cojedes y laguna de Los Patos.—Sucesos de oriente. El Libertador en Guayana.—Cuadros de cuerpos de infantería, caballería y artillería, venidos de Europa.—Se constituye un Gobierno civil y provisorio y se dictan varias medidas o providencias para reorganizar políticamente el país.—Se organiza de nuevo el ejército.—Noticia de cómo se enganchaban oficiales en Inglaterra y su marcha a Venezuela.—Conducta indigna del Coronel Wilson en el Apure promoviendo nombrar Jefe supremo a Páez.—Modo como procedió Páez. El Alférez O'Leary se fue a Guayana a informar de todo al Libertador. Este escribe a Páez ordenándole que restablezca el orden y remita a a Guayana a Wilson.—Así sucedió, y Wilson fue juzgado y despedido del servicio.—Lamentábase el Libertador de los embarazos que le pusieron sus conmilitones.—Cuadro de las contrariedades que tuvo el Libertador y su penetración para continuar sus planes.—Conversación con Morillo sobre la herida que recibió.—Juicio de Morillo sobre la guerra en Colombia.—Obstáculos que encontró y piensa variar de sistema.—Auxilios y elementos de guerra que recibió el Libertador cuando estaba más necesitado.—Marcha del Coronel José F. Blanco a

Págs.

Casanare.—El General Santander remitió elementos de guerra con algunos jefes y oficiales para organizar las fuerzas de Casanare.—Siguió el General Cedeño a unirse al General Zaraza.—Se remiten auxilios al General Monagas.—El General Mariño llamado al servicio, y el General Bermúdez destinado a cooperar con Mariño a la toma de Cumaná, por la costa.—Manda el Libertador llamar la atención de Morillo sobre diversos puntos para emprender la campaña que debía libertar a la Nueva Granada.—Toma de Güiria por Bermúdez.—El Libertador covoca de nuevo el Consejo de Estado para organizar el país, y éste convoca un Congreso de Diputados de Venezuela y Nueva Granada.—El Presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata y el Libertador se ponen en relaciones.—Marcha del Libertador al oriente.—Derrota de Mariño.—El Libertador regresa a Guayana. Impuesto de las disposiciones de Francia y Rusia para mediar con Inglaterra en favor de España para concluír la guerra, da su manifiesto.—Pérdida de la escuadrilla de flecheros.—Marcha el Libertador al Apure para ir a Nueva Granada 267

CAPITULO XVIII

La campaña de 1819 290

CAPITULO XIX

El General Morillo destinó al Coronel Juer a perseguir las guerrillas del General Pedro Zaraza.—Crueldades de Juer.—El Capitán General de Venezuela teme la invasión de la Costa firme por fuerzas de Margarita y se prepara a defenderla.—El General Mariño manda concentrar el ejército de oriente sobre Cumaná.—El General Aldama hace un reconocimiento sobre el ejército de oriente, e impuesto de su reunión en San Diego, se retira.—Combate en el río Güere.—Retirada de Aldama a Onoto.—Mariño, disgustado por la separación del mando del ejército ordenada por el Congreso, no sigue al enemigo.—Desconcierto producido por las disposiciones del Congreso.—Al llegar el General Urdaneta sobre la costa de Barcelona no encuentra al ejército de oriente.—Ocupa a Barcelona y la división extranjera se desbanda a merodear, y el estado de embriaguez en que se pusieron los ingleses obligaron al General a tomar medidas de precaución.—La escuadrilla española se presenta sobre Pozuelos, y reconociendo la escuadra republicana se retiró.—Saint Just intentó asesinar al General Urdaneta pero no pudo verificarlo.—El General Urdaneta resuelve retirarse en solicitud de los cuerpos que debían reunírsele y zarpó de Barcelona para el puerto de Bordones.—Se le reúne el Coronel Montes y marchó a establecerse en Casituro.—El Almirante Brión navega por el golfo de Cariaco pasando bajo los fuegos de la plaza de Cumaná.—El General Urdaneta ataca temerariamente la fortaleza de Aguaranta, pierde 130 hombres y emprende su retirada en busca de las tropas que debían reunírsele.—Separa al General English por inepto y sigue a Maturín, a donde llegó el 20 de agosto.—El General Bermúdez llegó tarde a Barcelona; atacado por Pereira, se defendió; pero tuvo que emprender su retirada a Cunamacón y mandó al Coronel Sucre a informar de todo al General en Jefe.—El Brigadier Pereira se regresó a Caracas.—El Congreso reunido en Angostura sancionó la Constitución y varias leyes importantes.—Falsas noticias produjeron desconcierto y se pensó acusar como desertor al General Bolívar por haber salido del territorio de Venezuela.—Conatos de revolución contra el Vicepresidente Zea.—El Vicepresidente no acertó a dominar la situación y renuncia ante el Congreso.—Fue elegido Arismendi de Vicepresidente y Mariño de General en Jefe.—El 11 de septiembre, a los cinco días de los desórdenes que tuvieron lugar en el Congreso, llegó el parte de la batalla de Boyacá que produjo grande entusiasmo.—Decreto atentatorio de Arismendi contra los propietarios de ganados.

Págs.

El General Páez cuando quiso cooperar llamando la atención de los españoles por Guananí, no hizo otra cosa que un ataque en el pueblo de La Cruz que no tuvo ventaja ninguna, y regresó a Achaguas.—El General Díaz llega al Apure y triunfa sobre la flotilla de los españoles.—El Libertador, temeroso del no cumplimiento de sus órdenes por Páez, ordena en el mismo campo de Boyacá la marcha del Coronel Carrillo a Pamplona y otra fuerza al Socorro.—Ideas y pensamientos que ensalzan a Bolívar.—Se organiza un Gobierno en Cundinamarca.—Las provincias de Antioquia, Pamplona, Neiva, Mariquita y Socorro quedan libertadas con el estupor que produjo la batalla de Boyacá.—Decretos importantes del Libertador.—El General Soublette destinado a mandar las fuerzas organizadas como ejército del Norte, marchó a Pamplona.—Atacado La Torre en La Cruz, se retira a Bailadores y el General Soublette ocupa a San Camilo de Barinas, en donde debía atacar el General Páez.—El General Soublette dejó el mando al Coronel Justo Briceño para que siguiese a la cabeza de la fuerza, porque debía él seguir a Guayana.—La división tuvo muchas bajas por causa del clima.— Al marchar el Libertador prohibe que se fusile a los prisioneros.—Santader se compromete para canjearlos.—El Libertador recibió aviso de haberlos fusilado de orden de Santander.—Impresión que le causó este suceso, y cómo se condujo el Libertador al improbarlo.—Modo como se trata de justificar el General Santander.—Marcha del Libertador a Cúcuta.—Con la noticia de la expedición de La Torre en el Táchira hizo el Libertador seguir los cuerpos a Pamplona, dejó instrucciones al General Anzoátegui y marchó para Casanare.—Recibió el General Bolívar en el tránsito la mala noticia de la muerte del General Anzoátegui y la suspendió un día para remediar tan notable falta y seguir a Casanare y de allí al Apure.—En el caño de Güenitico encontró el Libertador al ejército que mandaba Páez. Grande entusiasmo en el ejército.—El General Bolívar manifestó a Páez cuánta falta había hecho su cooperación en la campaña de Nueva Granada y modo como se disculpó.—El General Páez quedó encargado de obrar sobre Barinas.—Precipita el Libertador su marcha para Guayana, impuesto de lo que pasaba en Angostura y el oriente.—Encuentro con el General Sucre.—Llega el Libertador a Angostura el 11 de diciembre, y el 14 fue recibido por el Congreso. Modo digno con que fue atendido el Libertador.—Renuncia de la Vicepresidencia hecha por Arismendi y respuesta del Presidente al Congreso.—El 17 de diciembre se sanciona la Ley Fundamental creando la República de Colombia.—Esta Ley sepultó, por lo pronto, las ambiciones.—Un retrospecto del autor.—Acontecimientos del Cauca después de saberse el triunfo de Boyacá.—El 1º de septiembre de 1819 llegó el Teniente Coronel Luna a Popayán y el 3, Calzada con la fuerza que salvó a Bogotá.—Conducta del Obispo Jiménez de Enciso.—Marcha del Teniente Coronel Rodríguez al Cauca.—Triunfo de San Juanito el 29 de septiembre.—Marcha de Calzada a Pasto el 5 de octubre y excomunión del Obispo de Popayán al retirarse con Calzada.—Auxilio que manda el Virrey del Perú al Gobernador de Guayaquil y al Presidente de Quito.—Expedición del General Mac-Gregor a Ríohacha.—Disposiciones que toma el Libertador en Angostura para comprar armas.—El General Santander organiza fuerzas en las provincias del Departamento de Cundinamarca.—Ocupación de Popayán por el Teniente Coronel París, que fue reemplazado por el Coronel A. Obando con perjuicio del servicio nacional.—El Libertador mandó una misión diplomática a Europa.—Varios actos importantes del Congreso de Angostura.—El General Soublette reemplaza al General Mariño en el mando.—El 24 de diciembre se puso en marcha el Libertador, de Guayana para Bogotá.—Nombramiento de los Comandantes en Jefe para la división de Oriente, la del Norte y Sur, confiadas a los Generales Urdaneta y Valdés y al Coronel Mantilla. Publicación de la Ley Fundamental de Colombia.—Fuerza del ejército español al fin del año de 1819.—Situación del ejército republicano en la misma época 316

CAPITULO XX

Págs.

Objeto principal del regreso del Libertador a Bogotá.—Inactividad del General Morillo, preparándose para una guerra defensiva. El Gobierno colombiano no se puede comunicar sino por Angostura, pues los españoles ocupan todo el litoral de ambos mares.—Expediciones organizadas por el Virrey Sámano y el Comandante General de Quito contra los republicanos.—El Libertador dispone cómo deben obrar las divisiones sobre Ríohacha, el Sur, Norte y Magdalena.—El Congreso de Angostura cierra sus sesiones.—Discurso de clausura del Presidente Zea.—Sentimiento por la disolución de la Heroica Colombia de 1819.—El Coronel Juan Illingworth en las costas del Pacífico liberta con los auxilios de los republicanos del Cauca la costa de Buenaventura, en 8 de diciembre de 1819.—El 19 de enero de 1820 abre operaciones el Coronel Salom contra el General La Torre.—El Comandante Maíz atacó en Barbacoas, sitio del río Magdalena, la flotilla del Teniente Barrada y lo venció y persiguió hasta Badillo.—El Gobernador del Chocó se puso en comunicación con el Coronel Illingworth para resistir a los españoles.—El 8 de febrero llegó el Libertador a San Cristóbal y ordenó diversas operaciones sobre el Magdalena, en combinación con Montilla que mandaba la Legión Irlandesa, y con Urdaneta que regía la del Norte sobre La Torre.—Páez debió obrar sobre Barinas.—Impuesto el Libertador de la sorpresa del Coronel Obando en Popayán por Calzada, ordenó la marcha de los batallones Albión y Cundinamarca y dos escuadrones a Neiva para formar una división.—Calzada recorrió todo el Valle del Cauca, recibió informes de Antioquia y el Chocó sobre rechazo a las fuerzas españolas y regresó a Popayán dejando en el Cantón de Caloto la caballería.—Exaltación patriótica que producen las depredaciones de Calzada.—Misión del General Sucre a las Antillas.—Servicios importantes del Coronel Montilla y del Almirante Brión para llevar a efecto la expedición sobre Ríohacha.—El Gobernador español de Ríohacha huye y se ocupa la ciudad.—El Libertador fue instruído en su viaje a Bogotá de que Santander había publicado y mandado cumplir la Ley Fundamental de Colombia.—Conducta laudable de Santander y los habitantes de Bogotá.—Contestación del Libertador al parte que se le dio de este acontecimiento.—Santander presta grandes servicios al Libertador y al país para que lleve adelante la obra de la independencia.—La batalla de Boyacá tuvo diversos efectos políticos, y la situación de América española produce una revolución en España.—Morillo y Sámano recibieron muy mal esta noticia y se limitaron a disciplinar cuerpos.—El Coronel Montilla emprende operaciones al interior de la provincia de Ríohacha, sin resultados.—El Coronel Lara fue destinado a Ocaña con una división para seguir en auxilio de Montilla.—No habiendo llegado a tiempo y amenazado por una fuerza española, se repliega a la ciudad de Ríohacha el Coronel Montilla.—Conflictos en esta ciudad con los irlandeses.—Sánchez Lima atacó en estas circunstancias a Montilla y fue derrotado.—Partido que tuvo que tomar Montilla para reprimir a los irlandeses insurrectos.—Regreso del Libertador a Cúcuta para activar las operaciones.—Córdoba y Maza en marcha para unirse a Montilla y Lara.—Calzada perdió el apoyo que le daban el Obispo de Popayán y el Comandante de Aragón.—Sugeriósele una operación que debía desmoralizar su ejército.—Realizóse el plan y fue derrotada por sorpresa la columna que regía Domínguez, y fue a La Plata.—Se aumentó el disgusto entre Calzada, el Obispo de Popayán y el Comandante de Aragón.—Reciben informes Calzada y el Obispo de la marcha de la división Valdés, de La Plata al Cauca, por Pitayo y se mueve con su ejército el 20 de junio.—El 6 se encuentran las vanguardias y la española fue completamente derrotada en Pitayo.—Retirada de Calzada con el resto de su división el día 7.—Se aumenta la división entre él, el Obispo de Popayán y el Comandante de Aragón.—Abandonó a Popayán, retirándose a Timbío para reunir allí sus dispersos, cuando supo que Valdés había seguido al Cauca.—Sorpresa de un destacamento español en el zanjón de Ja-

Págs.

pio.—Se reunió Valdés a las fuerzas levantadas en el Cauca.—Ocupación de Popayán el 15 de julio.—Calzada se retiró de Timbío a Almaguer, y el Obispo Jiménez fulminó nuevas excomuniones contra los republicanos.—El Coronel Montilla tuvo al fin que deshacerse de los irlandeses mandándoles a Jamaica.—Incendio de Ríohacha.—Enérgica resolución de Montilla contra los insurrectos, y se mueve hacia Sabanilla: ocupó este puerto y en seguida otras poblaciones en donde recibe auxilios de víveres y caballos y refuerzo de hombres.—Sabiendo Lara que Montilla había desocupado a Ríohacha, se dirigió a la ribera derecha del Magdalena en su solicitud de la de Córdoba y Maza.—Operaciones de estos dos Jefes.—Triunfo obtenido por Maza el 25 de junio en Tenerife y se ponen él y Córdoba en comunicación con Montilla.—Organizóse un Gobierno civil en Soledad.—La unión de Córdoba y Maza a Montilla afianza la libertad de la provincia de Cartagena, y el Coronel Romero se retiró de la plaza cuando supo ta victoria de Tenerife.—Se abrió el puerto de Sabanilla al comercio exterior.—Lara se dirigió a tomar cuarteles en la derecha del Magdalena cuando supo las operaciones de Montilla, Córdoba y Maza, y quedó Carmona en tierra de Ocaña para perseguir las guerrillas españolas. El Libertador fijó su cuartel general en la Villa del Rosario de Cúcuta para dirigir desde allí las operaciones e indicó al Vicepresidente Roscio que trasladase el asiento del Poder Ejecutivo a Cúcuta, como se verificó.—El General Soublette fue nombrado Vicepresidente de Venezuela para que fuese con este carácter a dirigir las operaciones de los ejércitos que regían Bermúdez, Monagas, Páez y Zaraza.—Una junta de personas caracterizadas pide al Capitán General de Venezuela que jure la Constitución de 1812, como se había hecho en España.—El General Morillo fue instruído de esto y se trasladó a Caracas y cumplió las órdenes que recibió de la Corte para jurar la Constitución y ponerse en relación con los jefes republicanos para hacer la paz.—Influencia favorable de este acontecimiento en el estado que toma la guerra.—El 7 de julio recibió el Libertador las comunicaciones de La Torre en que la anunciaba la marcha de dos comisionados a tratar del restablecimiento de la paz.—La respuesta atenta y negativa a recibir los empleados, si no era la base del reconocimiento de Colombia como Nación soberana.—Cómo refiere un escritor español el modo como recibió las órdenes Morillo para entenderse con los patriotas.—La Constitución española fue jurada en Caracas el 7 de junio, y el 9 en Cartagena, contra la opinión del Virrey y otros jefes. Manifiesto de Fernando VII y sus efectos.—Reclamaciones del Duque de San Carlos en Londres para impedir la salida de la división Devereux.—Se trasladó con unos pocos oficiales a Sabanilla dicho General y pretendió tomar el mando de las fuerzas que Montilla no le dio porque no tenía órdenes del Gobierno.—El Libertador dejó en Rosario de Cúcuta a los agentes, el General Urdaneta y el Coronel Briceño Méndez, para que se entendieran con los comisionados españoles, con instrucciones de no tratar sino sobre la base del reconocimiento de la independencia.—El Congreso de Guayana estaba disuelto, y reunidos algunos diputados bajo la Presidencia del señor Peñalver respondieron negativamente a las proposiciones de los comisionados españoles.—El ejército del Sur suspende sus operaciones de orden del Libertador; órdenes análogas dio a Páez y Urdaneta, y partió para el Magdalena, se acercó a Cartagena y entró en relación con la plaza. Contesta agriamente el Secretario General una comunicación al Brigadier Torres.—El Libertador regresó inmediatamente por Soledad. Sorpresa que dan los españoles a las fuerzas sitiadoras en Turbaco. Montilla ocurrió rápidamente a regularizar el servicio y el sitio en Turbaco.—El Gobierno español no conoció la índole de los pueblos que combatían por su independencia.—El 20 de agosto se reunieron en San Cristóbal los comisionados españoles con los agentes que dejó el Libertador y presentaron las proposiciones de un arreglo.—No fueron aceptadas.—Respuesta que dio conforme a las instrucciones del Libertador 341

CAPITULO XXI

Págs.

El Libertador, a su regreso de Cartagena propone un armisticio al General Morillo para tratar de la paz.—Fuerza del ejército del Norte a órdenes de Urdaneta, y movimiento que emprende sobre los españoles.—Ocupación de Mérida por el Libertador.—Retirada de Tello y su persecución.—Libertad de Mérida y Trujillo.—El General San Martín ocupa, el 12 de septiembre de 1820, el puerto de Pisco, en el Perú. La corbeta **Rosa** aparece sobre las costas de Colombia.—Revolución de Guayaquil en favor de la independencia.—Marcha del Teniente Coronel Muñoz a Chile en solicitud de armas y buques.—El Virrey del Perú invita a San Martín a suspender las hostilidades y entrar en arreglos de paz, que no pudieron acordarse.—Se rompen las hostilidades. Marcha el General Arenales a Ica, y San Martín hacia el Norte.—El Almirante Cochrane bloquea el Callao y toma la fragata **Esmeralda.** San Martín manda dos agentes a Guayaquil.—Patriotismo de algunos peruanos.—El batallón Numancia y la historia de su marcha al ejército republicano.—El General Arenales ocupó, el 5 de diciembre, el cerro de Pasco, derrotando al General O'Reilles.—El Gobierno de Guayaquil hace emprender operaciones sobre Quito.—Derrota de la división republicana en Guachi.—El Libertador se pone en relaciones con San Martín.—El Coronel Montilla se traslada a Soledad.—Llegada de las fragatas **Diana** y **Atrevida** a Cartagena y Santa Marta con auxilios de Venezuela para los españoles.—El Coronel Carreño marcha contra Sánchez Lima y lo bate en La Fundación.—Batalla de Pueblo Viejo y libertad de Santa Marta.—Operaciones al oriente de Venezuela y libertad de la provincia de Barcelona.—Se unen muchos oficiales y tropa española a los republicanos.—Se presenta Reyes Vargas al Libertador en Trujillo, con la fuerza que regía.—Morillo recibe en San Carlos la invitación del Libertador para entrar en conferencias y le escribió nuevamente de Trujillo sobre el mismo asunto.—Movimientos del General Morillo.—Marcha de Sucre y Plaza al cuartel general de Morillo y su regreso.—Comunicaciones preliminares para un armisticio.—Reunión de los comisionados de ambos ejércitos en Trujillo.—Celebración del armisticio, convenio de regularización de la guerra.—Entrevista del Libertador con el General Morillo.—El Libertador regresó a Barinas.—Ordenes comunicadas a Valdés para obrar sobre Pasto antes de la celebración del armisticio.—Llegada de la corbeta **Alejandro** y otros buques con el Teniente Coronel Muñoz, trayendo elementos de guerra.—Combate de la fragata **Prueba** con la corbeta **Rosa de los Andes.**—Pérdida de ésta por la cobardía de la tripulación que la hizo encallar en un caño y quedó Illingworth con su gente en la costa de Buenaventura sirviendo a Colombia.—Marcha del General Valdés para Pasto.—Organización y acantonamiento del ejército a virtud del armisticio.—Marcha del Libertador a Bogotá con dirección a Popayán, para donde seguían el Coronel Morales, de parte del Libertador, y el Teniente Coronel Moles, de la de Morillo, a notificar el armisticio.—El Coronel Justo Briceño y el Capitán español Manuel Landa siguieron al Magdalena con el mismo objeto. Objeto de la marcha del Libertador al Sur y motivos por qué la suspendió e hizo seguir al General Sucre.—Nombró el Libertador los comisionados que debían partir para España según los deseos que manifestaron los comisionados del Gobierno español.—Sucre en Popayán con los Jefes que debían notificar el armisticio en el Sur.—Acción de guerra en Genoy, que pierde Valdés.—Popayán amenazada, se salva.—El Coronel García imprueba la conducta de Muñoz y toma servicio en Colombia.—El General Sucre marchó a Guayaquil con alguna fuerza auxiliar.—Excita el Libertador a los Diputados al Congreso Constituyente para que sigan al Rosario, lugar designado para capital provisional de Colombia.—Maracaibo independiente.—El Libertador anuncia al General La Torre que las hostilidades continuarán, cumplido el término del armisticio.—Antes de los cuarenta días de término para comenzar las hostilidades lo hicieron los españoles en Cartagena y fueron batidos.—El Presidente de Quito pretende que se varíe la

Págs.

línea divisoria del territorio señalado a los beligerantes, y se niega el General Torres.—El Coronel García abre operaciones sobre Popayán y se retira sin batirse.—El Libertador se trasladó a Barinas y dio principio a las operaciones militares contra el ejército español.—El General Bermúdez marchó sobre Caracas, y después de un combate poco importante ocupó la ciudad y llamó al Vicepresidente de Venezuela para que arreglase el Departamento.—Combate con Morales y es derrotado, teniendo que abandonar a Caracas.—El Brigadier Pereira marcha contra Bermúdez y lo derrota el 23 de mayo de 1821.—El Libertador ocupó a San Carlos y se reunió al ejército de Apure.—El General La Torre divide sus fuerzas, en vez de centralizarlas.—Fuerzas de los dos ejércitos en 1821 y su posición.—Falta de unidad de plan en el ejército español.—Muerte de los Vicepresidentes Roscio y Azuola.—Nombramiento del General Nariño.—Reunión del Congreso Constituyente.—El General La Torre obra contra los principios del arte de la guerra y se prepara para recibir una batalla en Carabobo. El Libertador se aprovechó de la mala dirección que daba La Torre y ocupó el 24 de junio el desfiladero de Buenavista, ataca en seguida a La Torre y lo vence completamente.—Descripción de la batalla. Heroicidad y muerte de los Generales Cedeño y Plaza.—Distinguido comportamiento del Coronel García y el batallón Valencey.—La retirada a Puerto Cabello.—El Coronel Pereira, vencedor de Bermúdez, recibe la noticia de la pérdida del ejército real en Carabobo y se retira para La Guiara.—El Libertador intima rendición: sus respuestas, capitulación.—Conducta del Almirante francés en La Guaira. El Libertador llama al Vicepresidente Soublette a Caracas: le nombra director de la guerra y divide el Departamento de Venezuela en tres Distritos militares.—Ordena el Libertador la suspensión de las operaciones en el Sur.—Terminados los arreglos en Venezuela, el Libertador marcha al occidente y prepara el plan de operaciones para la libertad del Departamento de Quito y auxiliar al Perú 366

CAPITULO XXII 392

CAPITULO XXIII

Santander se encarga del Poder Ejecutivo por la marcha de Bolívar a la campaña del Sur.—Nombra director de la guerra en Venezuela a Soublette, Intendente de ese Departamento.—Protesta de la municipalidad de Caracas.—La guerra del Perú llama hacia esta República la atención del Libertador.—Operaciones de los españoles en Venezuela.—Recibe en Guayaquil la noticia de la muerte del Coronel Heras y honra su memoria.—Operaciones del General Soublette contra Morales.—El General La Torre se separa del mando del ejército español sitiado en Puerto Cabello y le sucede el Brigadier Morales y abre operaciones sobre Maracaibo después de llamar la atención de Soublette sobre Valencia.—Páez y Soublette comprenden las intenciones de Morales y obran en consecuencia y dan parte al Poder Ejecutivo de Colombia para que dicte las medidas necesarias para coadyuvar a las operaciones que ejecutan en los Departamentos del Zulia y Magdalena.—Ordenes que dictó el General Santander.—Ocupa Morales a Maracaibo y el Vicepresidente Santander se declara en uso de sus facultades extraordinarias y llama al Libertador para que se encargue del Poder Ejecutivo.—El oficial español, Boves, se subleva en Pasto.—Morales obra sobre Coro.—Ocupa a Trujillo.—El Libertador se trasladó de Guayaquil a Cuenca y de allí pasó a Quito a organizar nuevas fuerzas y atender al centro de Colombia.—El General San Martín regresó al Perú y se encargó del Poder Ejecutivo.—Reúne el Congreso y se retira del Perú.—Sus alocuciones.—Se organizó en Lima una junta de gobierno.—El General Juan Paz del Castillo llegó al Perú con la división auxiliar de Colombia y se puso a órdenes del Congreso peruano.—Aumentado el ejército unido con esta fuerza, or-

Págs.

denó el Gobierno la marcha de una fuerte división hacia Arequipa a órdenes del General Alvarado.—El Libertador recibió en Quito la noticia de la sublevación de Pasto, acaudillada por el Teniente Coronel don Benito Boves y la sorpresa que le da al Coronel Obando.—Dispone el Libertador la marcha del General Sucre con una división contra Boves.—Combates que dio en Taindala y Yacuanquer.—Ocupación de Pasto por el General Sucre.—Medidas adoptadas por el Libertador y su traslación a Pasto.—Recibió en aquella ciudad comunicaciones del General Juan Paz del Castillo, en que le comunicaba estaba mal visto en el Perú y que tendría que retirarse a Guayaquil. El Libertador juzgaba insuficiente al ejército unido del Perú, Chile y Buenos Aires y preparaba fuerzas para defender la frontera de Colombia o auxiliar al Perú.—Regresó de Pasto a Quito con el general Sucre y dejó al General Salom encargado de la pacificación de Pasto y poner franca la comunicación con Popayán y Bogotá.—Informe del General Paz del Castillo y marcha del Libertador a Guayaquil, acompañado de Sucre y el General Mires, fue a reemplazar al General Salom para que éste se encargase del mando civil y militar en Quito. Juicio del Libertador sobre la guerra y coincidencia entre las operaciones de los ejércitos españoles en Venezuela y el Perú.—El año de 1823 se iniciaba de un modo escéptico a la causa de la independencia. La división colombiana llegó a Guayaquil.—En el mes de febrero recibió el Libertador la noticia de la pérdida de la división que mandaba el General Alvarado.—Noticia de este desastre.—Los restos se retiran y llegan al Callao.—El 26 de febrero el General Santa Cruz dirige una representación al Gobierno para que se separe la junta del ejercicio del Poder Ejecutivo, apoyado en el ejército de observación y se proclama al General Riva Agüero de Presidente del Perú.—Actividad de Riva Agüero, ascensos militares que concede.—El ejército se reorganiza y se mueve sobre Lima.—Medidas que adoptó el Libertador en Guayaquil para organizar fuerzas.—Se dirigió a los Gobiernos de Chile y Buenos Aires pidiéndoles que cooperaran a la libertad del Perú.—El General Santander llama con instancia al Libertador por el progreso que hacía Morales por el norte de Colombia. El Libertador resolvió marchar para Bogotá dejando a Sucre en el Sur; pero en el sitio de Sabaneta recibió nuevas comunicaciones de Santander, dándole parte de la actitud que tomó el ejército colombiano y que no había grave peligro contramarchó a Guayaquil a preparar tropas para auxiliar al Perú, a cuyo efecto mandó al Coronel Urdaneta a Lima a ofrecer a éstos auxilios.—Llegó el General Portocarrero a Guayaquil en la goleta **Macedonia** solicitando el auxilio de Colombia y que el Libertador en persona fuese a dirigir la guerra. Tratado que celebran los Plenipotenciarios para llevar a efecto el auxilio.—Se firmó el convenio el 18 de marzo y el mismo día se embarcó la expedición a órdenes del General Manuel Valdés, y el Libertador quedó en Guayaquil organizando nuevas fuerzas y dictó órdenes para proporcionar recursos.—El General Sucre siguió como Ministro Plenipotenciario cerca del Gobierno del Perú.—Decretos del Congreso peruano para que se llame al Libertador y dando las gracias por los auxilios que recibió de Colombia.—Riva Agüero organiza nuevo ejército.—Respuesta del Libertador al Congreso y Gobierno peruanos, que le llamaban.—El ejército español se aproxima a Lima. Reúne el Presidente una junta de todos los Generales del Perú, Chile, Buenos Aires y Colombia y acuerdan evacuar a Lima y retíranse al Callao dándole el mando en Jefe al General Sucre.—El Congreso se trasladó también al Callao y un regimiento de caballería protegió la emigración que marchaba al norte del Perú.—El Congreso invistió al General Sucre de facultades extraordinarias para obrar contra el ejército español.—El 20 de junio hizo Canterac un reconocimiento sobre el Callao.—Marcha de Valdés a Chancay.—Confusión que hubo en el Callao.—Disposiciones del Congreso.—Sucre les excita a que se trasladen a Trujillo y prescinde de las cuestiones entre el Congreso y Riva Agüero.—Dispone Sucre que una división vaya en auxilio del

Págs.

General Santa Cruz que había desembarcado en Arica.—Esta expedición se confió al General Lara; Sucre quedó en el Callao para defender la plaza y dueño de la bahía con las fuerzas marítimas.—Canterac abandonó a Lima y emprendió marcha para ir a oponerse a las divisiones de Santa Cruz y Lara.—El General Sucre delega las facultades que le había concedido el Congreso en el Gran Mariscal Torre Tagle y se embarcó para ir al Sur a tomar el mando de todo el ejército.—Operaciones del General Santa Cruz.—Sucre le anuncia su llegada a Arequipa.—Santa Cruz cree que no necesita este auxilio y obra aisladamente; se complican las operaciones.—Campaña desactiva sin batallas.—Retirada de Santa Cruz y de Sucre, en consecuencia de la disolución de los 5.000 hombres que mandaba Santa Cruz.—El Libertador esperaba en Guayaquil el permiso del Congreso de Colombia cuando recibió la noticia de la derrota del Coronel Juan José Flores en Pasto por el Coronel español don Agustín Agualongo y se puso en marcha para Quito con una columna.—Agualongo eleva su fuerza y marcha sobre Quito.—El Libertador lo ataca y vence en Ibarra.—Regresa del Norte a Quito y continuó el General Salom a Pasto en persecución del enemigo.—La severidad con que fue tratada la provincia de Pasto produjo malos resultados.—El Libertador al llegar a Guayaquil recibió una diputación del Congreso peruano llamándole.—Entrevista con los comisionados.—El 1º de agosto recibió la ley que le permitía salir de Colombia y el 6 se embarcó en el bergantín **Chimborazo.**—El 1º de septiembre llegó al Callao y el mismo día pasó a Lima.—Recibimiento que tuvo.—Medidas que adoptó para reconciliar a Riva Agüero con el Congreso.—Noticias que se recibieron del Sur. Decretos del Congreso autorizando al Libertador para dirigir la guerra.—Diversos actos del Congreso peruano.—El General Martínez notifica un acuerdo del Gobierno de Buenos Aires al del Perú.—Noticias que recibe el Libertador el mismo día del triunfo de la escuadra colombiana, sobre la española en Maracaibo y del General Sucre, de Arequipa, anunciándole su entrada a esa ciudad y se presentó el Coronel don A. Gutiérrez de La Fuente como comisionado del General Riva Agüero para hacer un arreglo con el Gobierno peruano y el Libertador.—El Libertador le descubre a La Fuente que Riva Agüero estaba traicionando al Perú y a la América.—El Coronel La Fuente entra en arreglos y regresa al cuartel de Riva Agüero.—La historia no ha referido bien estos sucesos y se publican los hechos como pasaron, con documentos.—Situación política de Lima mientras desenlazaba la cuestión de guerra civil entre Riva Agüero y el Congreso.—Marcha del Libertador al Norte.—Nuevas conferencias entre los comisionados del Libertador y Riva Agüero.—El Coronel La Fuente logra tomar documentos importantes y con ellos persuadió a sus compañeros de la traición de Riva Agüero y le pone preso.—Así termina la guerra civil al frente del enemigo común.—Movimientos del Libertador hasta Cajamarca y su marcha a Trujillo.—Comisiona el Libertador a un Edecán, Coronel Diego Ibarra, cerca del Poder Ejecutivo de Colombia pintándole la situación del Perú 424

CAPITULO XXIV 458

CAPITULO XXV 496

CAPITULO XXVI 522

CAPITULO XXVII 556

CAPITULO XXVIII 583

Págs.

CAPITULO XXIX 596

CAPITULO XXX

Nombramiento de comisionado para el arreglo de límites conforme al tratado de 22 de septiembre de 1829.—Llega el Libertador a Quito el 20 de octubre de 1829 y da diversos decretos para iniciar una legislación especial en el Departamento del Sur.—El Libertador recibió en Pasto la noticia de haber terminado la revolución de Córdova. De las medidas que tomó el Consejo de Gobierno para dar sus pasaportes a los Ministros Plenipotenciarios de los Estados Unidos, al de Méjico y Cónsul General de Inglaterra.—El Libertador lamenta la muerte de Córdova indignamente ejecutada.—Ligero juicio sobre este distinguido General.—Planes de monarquía y aversión del Libertador a ellos.—Inexactitudes del señor Larrazábal, al hacer mención de los que lo apoyaban.—El Libertador recibe en Popayán comunicaciones del Consejo de Gobierno en que le comunica los pasos que ha dado e imprueba su conducta.—Contesta a Páez las comunicaciones que condujo Austria y le da a éste instrucciones minuciosas para explicar a Páez cuál sería la conducta del Libertador.—Comunicación importante del Secretario del Libertador al Consejo de Gobierno reiterando su improbación sobre el plan de monarquía.—Continúa el Libertador su viaje atravesando el Valle del Cauca y la montaña del Quindío.—No le sorprende el desenlace que ha tenido la revolución promovida por Páez en Venezuela.—Indicaciones que hace al Consejo de Gobierno sobre la necesidad de acceder a la separación de Venezuela.—Oposición del Consejo de Gobierno a las ideas del Libertador y se llama con urgencia para que se encargue del Poder Ejecutivo.—Suspende sus trabajos sobre monarquía y da orden a los Ministros en Europa que lo comuniquen a los respectivos gobiernos. Páez deja el carácter doble con que se había conducido y se lanza completamente contra la unión colombiana y el Libertador.—La opinión del Centro y Sur de la República manifiesta ideas análogas para que no continúe el régimen central.—La Legación de Colombia cerca del Gobierno del Perú después de haber sido recibido su Ministro, da principio a la liquidación de la deuda contraída por la dicha República del Perú.—Manifestación que hace el Ministro Plenipotenciario General Mosquera a los amigos del Libertador por especial recomendación que recibió para ello.—El Presidente Gamarra se complace al saber las manifestaciones que hizo el General Mosquera y le ofrece a éste atender al Libertador en su ausencia voluntaria de Colombia con el sueldo del Presidente del Perú.—Algunas reflexiones a la conclusión del capítulo 632

CAPITULO XXXI

Introducción.—Congreso de 1830.—Se nombra Presidente al señor Castillo Rada.—Se llama a Bolívar para que vaya a Bogotá a abrir las sesiones.—Llega Bolívar.—Los Secretarios renuncian sus carteras.—Se admitió la renuncia del señor Restrepo.—Los otros Secretarios ocuparon su asiento en las Cámaras.—Se organiza un nuevo Ministerio. Opiniones de Bolívar sobre la revolución de Venezuela.—No cree que debe continuar en el ejercicio del Poder Ejecutivo.—Opiniones del Consejo sobre el Gobierno federal.—Reunión del Congreso.—El Libertador abre las sesiones.—Discurso del General Sucre.—Contestación de Bolívar.—Diputación de Antioquia.—Celos de Urdaneta con Sucre y disgusto con el Libertador.—Acta de instalación.—Mensaje del Libertador.—Proclama.—Llama al Congreso **Congreso Admirable**.—El Congreso aprueba su conducta.—El Congreso cree que el Libertador debe conti-

Págs.

nuar en el ejercicio del Poder Ejecutivo.—Conducta doble de Páez. Promesas con motivo del obsequio de una espada.—Bolívar continúa con repugnancia en el ejercicio del Poder Ejecutivo.—Trabajos del Congreso para reducir a Páez por vías de lenidad.—Bolívar y el Congreso en oposición sobre el Gobierno central.—Medidas tomadas para precaver el contagio revolucionario.—Los revolucionarios de Venezuela. Bolívar quiere ir a hablar con Páez.—El Congreso se opone a esta medida.—Antipatías entre venezolanos y granadinos.—El Congreso nombre una comisión para redactar un proyecto de constitución.—Base de dicha Constitución.—La revolución de Venezuela avanza.—Páez organiza su Gobierno.—El Congreso le envía una comisión.—Se dan salvoconductos a los desterrados por el atentado del 25 de septiembre. Mensaje del Libertador y respuesta del Congreso.—Don Domingo Caicedo nombrado Presidente del Consejo de Gobierno.—Se hace regresar a Cúcuta a los comisionados enviados por el Congreso a Venezuela.—Proclama de Páez contra el Libertador.—No arreglan nada los comisionados y regresan.—Medidas pacíficas tomadas por Bolívar para someter a Páez.—Proyecto de conspiración descubierto.—Medidas tomadas por el Presidente del Consejo del Gobierno y el Libertador. Sublevación del batallón Boyacá en Ríohocha.—El Libertador convoca el Consejo de Estado, con asistencia a él del Presidente del Congreso, del señor Castillo y del General Urdaneta.—Castillo se excusa y escribe una carta al Libertador que le hace perder su serenidad y no hubo dictamen del Consejo.—Celos de Castillo y Urdaneta con Sucre.—El Libertador regresa al campo.—El señor Tanco renuncia la Cartera de Hacienda y es nombrado el doctor José Ignacio Márquez. Cuestión alarmante del señor Castillo en el Congreso que produce grande agitación y es rechazada.—Representación de los vecinos de Popayán de grande trascendencia política.—Revolución de Casanare. Mensaje del Poder Ejecutivo al Congreso, de acuerdo con el Libertador.—Gran agitación que produce intervención indebida de los Ministros de Inglaterra y Brasil.—El Libertador insistía en no seguir mandando.—Intrigas en el Congreso para excluír al General Sucre de la Presidencia de Colombia a que era llamado para suceder a Bolívar.—El Libertador manifiesta que ninguno de los que tuvieron parte en el plan de monarquía debían ser candidatos para la Presidencia, ni tampoco los revolucionarios de Venezuela, e indicó al señor Joaquín de Mosquera.—Los amigos del Libertador y de la unidad colombiana no aceptan la indicación de Bolívar y propusieron al señor Eusebio María Canabal.—Los partidarios del Libertador trabajan tenazmente porque no se separara del mando y lograron que convocara una junta para consultar lo que debieran hacer.—La Junta opinó que debería llevar a efecto su resolución de separarse del mando. Pierde un momento el Libertador la calma, y el General Caicedo y el señor Baralt le hablan con calma y logran restablecer en el ánimo del Libertador su resolución de separarse del mando.—Lo comunica en un mensaje al Congreso.—Elección del Presidente de Colombia. Incidentes que ocurrieron por ligerezas de Bolívar.—Se comunica la elección de Presidente al Libertador y la sanción de la nueva Constitución, por la que quedaba derogado el decreto orgánico de 1828, y las facultades extraordinarias concedidas al Poder Ejecutivo.—El Libertador contesta satisfactoriamente.—El Congreso sanciona un decreto reconociendo los servicios del Libertador.—Alborotos en Bogotá con motivo de la elección de Presidente.—Sublevación de dos cuerpos para irse a Venezuela 718

CAPITULO XXXII 751

Se imprimió este libro en la
IMPRENTA NACIONAL
de Colombia, bajo el cuidado
de la
DIRECCIÓN DE INFORMACIÓN
Y PROPAGANDA DEL ESTADO

M C M L I V - L A U S D E O